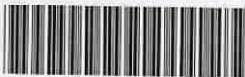


AÑO
CRISTIANO

BY4812
C6
v. 1

009033



1080015355

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

VERITATIS

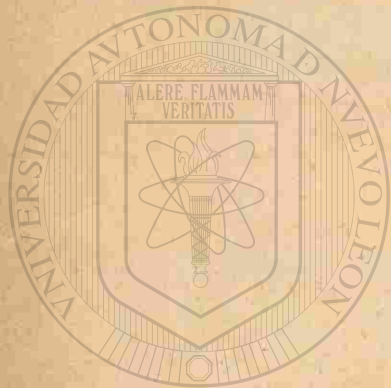


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





COMPENDIO

DEL

AÑO CRISTIANO,

SACADO

DE LA OBRA GRANDE DEL P. CROISSET

QUE

BREVA ESTE TRATADO,

Y DEL

AÑO CRISTIANO MEXICANO.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

CEPA PUBLICADA POR MARIANO GALVAN RIVERA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MEXICO
SE EXPENDE EN LA LIBRERÍA DEL PORTAL DE MERCADERES NÚM. 7.

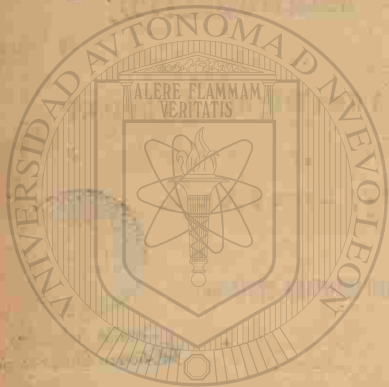
1843.

45607

BV 4812

C6

v.1



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO.—Impreso por Ignacio Carrillo, calle de los Rebeldes núm. 2.—1943.



La Circuncisión del Señor.



S. Marcellus Mártir.



S. Macario de Alejandría.



Sa. Gencoveva Virgen.



ENERO.

DIA PRIMERO.

La Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo.

FUE la Circuncisión una ceremonia religiosa instituida por Dios, cuando celebró su pacto con Abraham. Recibiría en el cuerpo era lo mismo que sujetarse á la obligación de creer las verdades reveladas por Dios, tributar á su Magestad el culto que se dignó prescribir, y cumplir exactamente las condiciones de su alianza. Este signo distinguía al pueblo de Israel de todos los demas de la tierra, y por él fué llamado Abraham padre de los creyentes.

Es evidente que Jesucristo no estaba ni podia estar obligado á la observancia de esta ley en su humanidad sacrosanta; mas siendo el fin de su venida á la tierra, buscar á los hombres por la humillacion y el sacrificio, no se excusó de su cumplimiento, que en él era gratuito, dándonos ejemplo de admirable obediencia y humillacion asombrosa: ¿y por qué? porque la circuncisión se habia ordenado como remedio para purificar la carne del pecado original, y la de Jesucristo estaba libre de toda mancha. Mas cargóse con la marca de pecador, para cargar sobre sus espaldas la pena correspondiente al pecado, porque se habia constituido salvador de los hombres, mediante la satisfaccion infinita que iba á ofrecer con un sacrificio y la efusion de su sangre preciosísima, cuyas primicias ofreció en este adorable misterio.

El verificativo de este misterio podemos decir que mudó la situacion de Cristo y la de los hombres, dando principio á nuestra reden-

609033

cion. Hasta entónces el mundo se hallaba sin Salvador: el Divino Infante no aparecía delante de su Padre Celestial mas que como su Hijo muy amado, objeto de sus complacencias; pero se circuncida; y en el momento mismo la marca de pecador con que aparece delante de su Padre, lo hace ya el blanco de su justicia eterna, por haber tomado sobre sí nuestras culpas para satisfacer por ellas; ya existe en el mundo la víctima de propiciación que se ha de inmolarse por la salud de los hombres; ya existe el Salvador, y por eso en la circuncisión es donde toma el nombre de Jesús, que quiere decir SALVADOR.

Pero ¿qué caro cuesta al Salvador la adquisición de este nombre! El doloroso despojo de su carne sacrosanta, la primera efusión de su sangre, son solo el principio de una continua série de trabajos y persecuciones, de asteridades y fatigas, de humillaciones y tormentos que no terminan sino con su muerte en el madero de la cruz. No fueron en Jesús estos padecimientos una suerte inevitable, sino una elección voluntaria, por la que quiso abrazarse con ellos para darnos ejemplo de aquel desprendimiento práctico universal de todo bien humano y temporal, que significaba la circuncisión; según cuya inteligencia podemos decir, que aunque la ley de circuncisión terminó con la Sinagoga, su significado, esto es, la circuncisión del corazón, subsiste y debe subsistir en la Iglesia, pues no puede tenerse por verdadero y fiel cristiano el que no despoje su corazón de las afecciones terrenas que le impiden amar á Dios plena y perfectamente, y servirle como es debido. Esta es la que llama San Pablo circuncisión de la ley de gracia, donde dice: "Nosotros mismos somos la circuncisión, los que en espíritu servimos á Dios."

Según San Epifanio, el Salvador fué circuncidado en el mismo Portal en que nació. Por lo ménos es muy probable que lo fuese en Belén. El día fué el octavo de su nacimiento, según ordenaba la ley, porque el Señor quiso observarla hasta en las mas menudas circunstancias, para enseñarnos á cumplir perfectamente sus divinos mandamientos.

A mas del misterio de la circuncisión, celebra la Iglesia en este día la octava de la Natividad del Señor y una solemunidad particular de su Santísima Madre, según nos lo demuestra la composición de la misa, porque el Introito, el Gradual y el Ofertorio son de la

Octava de la Natividad; la Epístola y el Evangelio, del misterio de la Circuncisión; y las oraciones en honor de la Santísima Virgen. No era justo que María quedase olvidada en la tierna memoria de aquellas misericordias en que tuvo tanta parte, y en que nos dejó tan admirables ejemplos. La Iglesia, implorando su protección, nos excita á tributar nuestros humildes homenajes á aquella caridad, á aquella devoción inefable con que María Santísima asistió y cooperó á estos misterios. Ella debía ser el objeto de nuestra piadosa imitación; pero desgraciadamente, en vez de copiar los trazos de este Divino ejemplar, los cristianos inadveros y licenciosos fueron cayendo poco á poco en una imitación de los regocijos profanos y desordenados con que los gentiles celebraban el primer día del año. Combatieron tal desórden los Santos Padres, inspirando á los fieles un grande horror á las costumbres paganas, y exhortándolos á santificar un día consagrado nada ménos que con la sangre y el nombre de Jesús.

La misa es del misterio, y la oración la siguiente.

¡Oh Dios, que conferiste al género humano los premios de la salvación eterna por la fecunda virginidad de la bienaventurada Virgen María; suplicámoste nos concedas que experimentemos cuán poderosa es para con vos la intercesión de aquella por quien recibimos al Autor de la vida, Nuestro Señor Jesucristo, que como Dios verdadero vive y reina contigo y con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

La Epístola es del capítulo II de la del Apóstol San Pablo á Tito.

Carísimo: Aparecido ha á todos los hombres la gracia de Dios Salvador nuestro, enseñándonos que renunciando á la impiedad y á las pasiones mundanas, vivamos sobria, justa y religiosamente en este siglo, aguardando la bienaventuranza esperada, y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo; el cual se dió á sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado, purificararnos, y hacer de nosotros un pueblo particularmente consagrado á su servicio y fervoroso en el bien obrar. Esto es lo que has de enseñar y exhortar en Jesucristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo II de San Lucas.

En aquel tiempo: después de cumplidos los ocho dias para cit-

cuncidar al Niño, poniéndole por nombre Jesús, como le había llamado el ángel antes de ser concebido en el vientre.

MEDITACION.

Sobre la voluntad que tiene Dios de salvar á todos los hombres.

Un año nuevo es un nuevo período de nuestra vida, un espacio destinado para que con buenas obras nos labremos una suerte feliz de que disfrutar en la eternidad. ¿Habrá cosa mas justa que emplear bien este tiempo que nos concede Dios, de manera que sea para nosotros un tiempo aceptable, un día de salud, como lo llama el Apóstol? ¿Malograremos un tiempo de que depende la eterna bienaventuranza? Si hasta ahora hemos despreciado los años de vida que hemos debido á la benignidad de Dios, ¿será razon que el resto de ella lo poseamos en la dispacion y la apatía? ¿Qué tiempo destinamos para nuestras almas? ¿Cuánto trabajamos en el negocio de nuestra salvacion? Llegará el último de nuestros años: llegará el pastero de nuestros días, y habremos de decir con el desventurado Enrique: Todo lo hemos perdido.

Tan saludable reflexion debe hacer que volvamos los ojos sobre nuestra vida pasada, para ver lo que hay que enmendar de ella, y disponer los medios con que no solo nos apartemos del mal que hemos obrado, sino que tambien nos encaminemos al bien que debemos obrar. Mucho es lo que tenemos que corregir, y mucho lo que necesitamos trabajar para adquirir la verdadera virtud, con la perfeccion correspondiente á nuestro estado! Acaso es poco el tiempo que nos resta de vida: acaso no veremos el fin de este año, cuyo principio hemos tocado. Pero aunque nos faltara mucho que vivir, es lo primero, que no lo sabemos; lo segundo, que por larga que sea la vida del hombre, no es sobrada para lo mucho que tiene que hacer en este negocio; y lo tercero y último, que el tiempo de vida que Dios nos concede, sea largo ó corto, nos lo concede para que todo él lo empleemos en el negocio de nuestra salvacion.

PETICION Y PROPOSITOS.

Si, Dios mio: toda mi vida quiero emplearla en tu amor y servicio; y así te lo prometo, en la confianza de que me has de ayudar con tu Santísima gracia; porque sin ti nada podemos. Mi vida con-

finaría en el mismo desórden, si tu brazo omnipotente no me sostuviera. No lo mezcuro, es verdad; pero confío en tu misericordia. Concédeme, Señor, especial gracia para remediar los males que he causado en mi vida pasada. Cria en mí un corazón limpio, y renuévame en el espíritu de justicia que te dignaste comunicarme en el bautismo; para que la mudanza que obré en mí tu diestra soberana, sea el principio de una nueva vida que me conduzca á la eterna.

JACULATORIA.

Aliéntame, Señor, y correré por el camino de tus mandamientos.

LECCION.

Sobre el conocimiento de Dios.

El primer paso para acercarse á Dios, nos dice San Pablo, es crear que existe, y existe por sí mismo. Esta verdad es el cimiento de todo lo que enseña la fé. Sin ella no hay religion, y es imposible ser cristiano sin admitirla y confesarla. El mismo Dios para darse á conocer mandó á un caudillo que dijera que le curiaba "El que es;" y en otras partes dice: "Yo soy el que soy."

¿Mas quién es este Dios? Dios es un Espíritu soberano, eterno, é invisible, que por sí mismo existe, principio y fin de las cosas visibles é invisibles, el cual con su omnipotencia las crió, y con su providencia las gobierna y dirige á sí mismo; con tanta sabiduría, que en la existencia, vida y accion de ellas mismas se deja conocer; pues basta ver que existen con una existencia precaria y dependiente, para conocer que las reciben de otro Ser soberano é independiente que les da ser y vida: basta ver la hermosura y órden del universo, para conocer que su Criador supremo posee infinitamente todas las perfecciones que finita y limitadamente ha comunicado á sus criaturas, y otras infinitas de que ellas no son capaces.

Por el conocimiento, pues, de las cosas visibles nos elevamos al conocimiento de las invisibles; y del mismo Dios, como afirma el Apóstol; mas como la razon del hombre, es limitada y por lo mismo no puede alcanzar otras consecuencias mas remotas ó mas sutiles, ni el conocimiento de los misterios y verdades que son sobre la razon, ha sido necesaria su revelacion, hecha por el mismo Dios; y la

fé divina con que sin ver ni comprender lo que Dios nos revela, lo creamos firmemente, porque nos lo dice Aquel que es Verdad y Sabiduría por esencia, que no puede engañarse ni engañarnos.

Este Dios incomprendible nos enseña que es uno en esencia y trino en Personas, que son Padre, Hijo y Espíritu Santo; que el Padre, conociéndose eternamente, engendra por el entendimiento, de una manera incomprendible é inefable, una imagen de sí mismo, no vana, sino infinitamente sustancial, y consustancial á él, espíritu purísimo, eterno, omnipotente, infinito, Dios como él, igual á él, su sabiduría, su Verbo, su Hijo verdadero, segunda persona de la Trinidad adorable; que el Padre y el Hijo, atándose eternamente, producen por la voluntad al Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo, que procede de ambos como de un principio, persona tercera de la Trinidad, divina, eterna, infinita, igual en todo al Padre y al Hijo; por manera, que en la altísima y divina Trinidad, las personas son realmente distintas una de otra, porque el Padre no es el Hijo, ni el Padre y el Hijo son el Espíritu Santo; pero la esencia no es mas que una de las tres divinas personas, porque todas tres son un solo Dios en esencia: el Padre es Dios, el Hijo es Dios; el Espíritu Santo es Dios; mas no son tres Dioses, sino un solo Dios en esencia.

—♦♦♦♦♦—
DIA DOS.

San Martiniano mártir y San Macario de Alejandría.

FLORECIÓ San Martiniano á mediados del siglo V en Numidia, y otros puntos de la costa de Africa. Estaba reducido á la miserable suerte de esclavo de un señor vándalo de nacion, con otros tres hermanos suyos y una jóven llamada Máxima, que era católica, y habia consagrado á Dios su virginidad. El buen servicio de aquellos esclavos habia ganado en su favor la voluntad del vándalo: quiso éste casar á Martiniano con Máxima; pero ésta, resuelta á no violar su voto, se declaró con Martiniano la misma noche de la boda, y le habló con tanta energia, ayudada de la gracia, que convertido Martiniano recibió el bautismo, así como sus otros tres herma-

nos, atraídos por él á la fé de Jesucristo. Noticioso de aquella novedad el amo, que era arriano, los persiguió cruelmente; y puestos en fuga llegaron á Tabraca, ciudad de Numidia, donde Máxima y los cuatro hermanos, reducidos de nuevo á la esclavitud, despues de haber estado bajo el poder de otro señor, fueron remitidos á Genesrico, rey de los vándalos en España, quien dando libertad á Máxima, que se retiró á un monasterio, envió á los cuatro hermanos á Mauritania. El cristiano celo de Martiniano no estuvo ocioso en el destierro: dedicóse con sus hermanos á la conversion de aquellas gentes, é hicieron tanto fruto difundiendo la fé católica, que se vieron reproducidos en aquel pais la caridad y el furor de los primeros cristianos. Premió el Señor con la corona del martirio esta obra inestimable, porque noticioso Genesrico de lo que pasaba, mandó que fuesen apreados los cuatro hermanos, y que atado cada uno á cuatro brutos indómitos fuesen hechos piezas. Así se ejecutó en la Mauritania, donde con tan gloriosa muerte terminaron y ennoblecieron su esclavitud, cortando las palmas de un triunfo y libertad que nunca acaba.

San Macario de Alejandría.

Dos fueron los Santos de este nombre que florecieron á un tiempo, y con virtudes tan semejantes, que ambos fueron respetados como maestros de la vida monástica. Los dos fueron egipcios; pero solo al uno se le llamó egipcio, porque vivió y murió en Egipto, y para distinguirlo del ménos antiguo que se le llama Alexandrino, porque fué ordenado presbítero en Alejandría. Nació en la capital del Egipto inferior, de padres tan pobres, que pasó sus primeros años sirviendo á un paupero. Como á los treinta años de su edad, movido de Dios, se fué á un horroroso desierto á llenar sus pecados, haciendo una vida muy penitente. Agitado en cierta ocasion de los estímulos de la carne, se fué á meter desnudo en un barranco abundante de avispas, de tan fuerte aguijon, que calaba la piel de un jабalí. El vivo y continuo dolor de las picaduras embotaba las sensaciones del placer, por lo que advertido el buen efecto, y prefiriendo el bien de su alma al de su cuerpo, se resolvió á habitar en aquel sitio, como lo verificó por espacio de seis meses, saliendo de allí tan

desfigurado, que no se le conocía sino por la voz; pero con un triunfo tan completo, que no volvió á padecer semejante tentacion. Otros seis meses tambien habitó en un desierto de la Scythia, inhabitable por la multitud de insectos y de sabandijas, de que huian aun las fieras. Ayudaba de continuo, y en siete años no comió mas que yerbas crudas, y nunca durmió mas que dos horas al dia. En cuarentena doblaba sus amsteridades. Una de ellas le pasó enteramente sin acostarse ni sentarse, haciendo siempre oracion en pié ó de rodillas, y sin comer ni beber mas que los Domingos, sostenido de la virtud divina.

Nunca dejó Macario de hacer oracion cien veces entre dia y casi toda la noche; pasando en oracion dos dias y dos noches estático, sin la menor distraccion. Su humildad era profundísima, sintiendo de sí tan bajamente, que buscaba á otros solitarios para aprender de ellos las virtudes en que él abundaba; pero que le parecia no tener. Con este fin fué al desierto de Tabenas, disfrazado en traje de un pobre oficial; pero San Pacomio le conoció, y recibió tales honras, que asustada su humildad le hizo huir de aquel sitio á los desiertos de Nitria.

Informado el Patriarca de Alejandría de su eminente santidad, le ordenó de presbítero, á pesar de las excusas que oponia su humildad; á la que dió luego satisfaccion, dejando los desiertos conocidos y retirándose á una de las mas espartanas soledades de la Libia, para emprender una vida aun mas penitente y perfecta que la que habia llevado. Pero el Señor, que queria le sirviese en formar otros monges y solitarios con su doctrina y ejemplo, le envió tantos discípulos, que aquel desierto se llamó despues el Yermo de las celdas; por las que fabricaban los que concurrían de todas partes á ponerse bajo su direccion. Atendida á esta nuestro Santo con el mayor fervor, predicándoles y ejerciendo todas las funciones del sagrado ministerio, y conduciéndolos con su ejemplo y enseñanza por el camino de la perfeccion.

La fama de su santidad le atrajo el odio de los arrianos, que persiguieron al emperador Valente á que lo desterrase á una isla habitada solo de paganos. Hízose así; llegó á ella San Macario, y trabajó con tanto celo en la conversion de aquella gente, que en breve tiempo se hizo toda la isla cristiana. Indignados los arrianos, lo sacaron

de allí y lo enviaron á su primera soledad; donde consumido al rigor de sus penitencias, lleno de virtudes y merecimientos, dotado del don de profecía y de milagros, murió piédisimamente á los noventa y nueve años de su edad, en el de cuatrocientos cinco de la era cristiana.

La misa es de la octava de San Estevan, que celebra hoy la Iglesia.

La Epistola es tomada de los cap. 6.º y 7.º de los Hechos de los Apóstoles.

En aquellos dias, Estevan lleno de gracia y de fortaleza, obraba grandes milagros en el pueblo. Mas levantáronse algunos de la sinagoga llamada de los libertinos, de los cirineos, de los alejandrinos, de los cilicianos y de los asiáticos, y trabaron disputas con Estevan; pero no podían contrarrestar á la sabiduría y al espíritu con que hablaba. Al oír sus palabras, ardián en cólera sus corazones, y crujían los dientes contra él. Mas Estevan estando lleno del Espíritu Santo, y fijando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesus que estaba en pié á la diestra de Dios, y dijo: "Estoy viendo ahora los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre á la diestra de Dios." Entónces clamando ellos con gran grita, se taparon los oídos, y todos á una arremetieron contra él, y arrojándole fuera de la ciudad lo apedreaban. Y los testigos depositaron sus vestidos á los piés de un mancebo que se llamaba Saulo. Y apedreado á Estevan que oraba, y decia: "Señor, Jesus, recibe mi espíritu." Y poniéndose de rodillas, clamó en alta voz: "Señor, no le hagas cargo de este pecado." Y dicho esto, durmió con el Señor.

El Evangelio es del capítulo XXIII de San Mateo.

En aquel tiempo decia Jesus á los escribas y fariseos: "He aquí que yo voy á enviaros profetas, sabios y escribas, y de ellos degollaréis á unos, crucificareis á otros, á otros azotareis en vuestras sinagogas, y los andareis persiguiendo de ciudad en ciudad, para que recaiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, á quien matastes entre el templo y el altar. En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán á caer sobre la generacion presente. ¡Jerusalem! ¡Jerusalem! que matas á los profetas, y apedreas á los que á ti son enviados! ¡cuántas veces quise reco-

ger tus hijos, como la gallina recoge sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido? Hé aquí que vuestra casa va á quedar desierta. Porque os digo, que no me vereis hasta tanto que no digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

MEDITACION.

Sobre la fortaleza de los mártires.

Considera que es digna de la mayor admiracion la fortaleza de los mártires: ellos fueron maravillosamente fuertes para anunciar la verdad en los peligros, y sostenerla en los tormentos. Aquellos horribles tormentos que las leyes han creído capaces de quebrantar la firmeza de varones esforzados, han sido para los mártires de ningun temor, y han tenido valor aun para verlos con desprecio. Al protomártir Estevan parecieron dulces las piedras que despedazaron su cuerpo angelical: á Ignacio, obispo de Antioquia, apetecibles los leones á que estaba condenado: el anciano Policarpo se hinca con serenidad sobre los leños que lo han de reducir á cenizas: la juventud Bitulia registra con placer los sacros que las uñas de hierro han abierto en su cuerpo delicado, y bendice al Señor llena de gozo. ¿De dónde al martirio tanta fortaleza? ¡Ah! la virtud divina se la inspira. Y bien, esta virtud que los sostiene, ¿se nos ha negado á nosotros? Por ventura ¿no es la misma que nos anima para vencer los obstáculos que embarazan nuestra reforma, y convertirnos á Dios? ¿Pues por qué no obra en nosotros aquel efecto que admiramos en ellos? ¡Ah! porque no correspondemos como ellos á la gracia que se nos da.

Considera que esta cooperacion es absolutamente necesaria para que resplandezca en nosotros la virtud divina: ella constituyó el mérito de los mártires, les dió la palma del triunfo, y puso en sus cabezas la corona de gloria. No por esto deja de ser Dios el autor de nuestra justificacion: lo es, sí, lo es sin duda alguna; pero mediante nuestra correspondencia. Aquel Dios Omnipotente que te crió á ti sin tí, no te ha de salvar á ti sin tí; porque la indisposicion de tu alma causada por el pecado y la inaccion, le impide imprimirte la orna de la gracia, que es de todo punto necesaria para justificarte y salvarte.

PETICION Y PROPÓSITO.

Astí lo conozco y lo confieso, Dios mio; y conozco y confieso que me has dado infinitos auxilios de tu gracia, de los cuales si me hubiera aprovechado debería ser hoy un santo; pero todo lo he desperdiciado, y no me queda mas recurso que implorar de nuevo tu clemencia para que me concedas nueva gracia. Propongo aprovecharme de ella, poniendo todos los medios para alcanzar mi justificacion.

JACULATORIA.

Inclina mi corazon, Dios mio, á la guarda de tus mandamientos.

LECCION.

Sobre el estudio de la religion.

La religion cristiana es el vinculo entre Dios y los hombres, que el Supremo Mediador Jesucristo restituyó en la obra sacratísima de nuestra reconciliacion: su fruto es la santificacion del hombre, y su fin la vida eterna. No hay por lo mismo cosa que deba interesar mas á un cristiano, que la religion que profesa; ya se considere con respecto á los dogmas y verdades que enseña, ya se atienda á los bienes que promete, ó ya se mire con relacion á las obligaciones que impone. Pero aunque así deba ser, se observa con dolor que son muy pocos los que se aplican con empeño á instruirse en tan importante estudio, en que va nada ménos que nuestra salvacion.

Estudiar la religion no es otra cosa que procurar por todos los medios posibles adelantar mas y mas en el conocimiento de Dios, de sus divinas perfecciones, de las obras de su poder, de su sabiduría, de su justicia y de su misericordia; adelantar en el conocimiento de Jesucristo, de sus misterios, de su admirable doctrina, de sus ejemplos y de los de sus siervos los santos que los imitaron mas perfectamente; penetrarse y poseerse de los verdaderos principios y reglas de la moral cristiana y del culto religioso; instruirse en los medios que debemos poner para la debida participacion de los sacramentos, y en todo lo que puede contribuir para establecer en nuestras almas una sólida piedad. Tal es el estudio que debemos hacer de nuestra religion.

DIA TRES.

Santa Genoveva Virgen.

HACIA el año de 422 nació en Nanterre, pequeño pueblo poco distante de Paris, de una familia pobre, pero distinguida por la virtud, la ilustre Genoveva, á quien escogió por patrona aquella capital de Francia. Su padre, llamado Serero, fué un pobre pastor; su madre se llamó Genoncia. Genoveva fué una de aquellas almas privilegiadas en quienes el Señor hace ostentacion del poder de su gracia, para manifestarse admirable en sus Santos, pues prevenida desde la cuna de las mas dulces bendiciones de la gracia, sobresalió su virtud aun en sus mas tiernos años. Tal la reconoció San German obispo, cuando al pasar por Nanterre, de viaje para la Gran Bretaña, supo distinguirla entre la muchedumbre del pueblo que lo rodeaba, y probando su espíritu la exhortó á que consagrarse al Señor su virginidad, dándole una medalla de cobre en que estaba grabada la señal de la cruz.

Llegada á la edad correspondiente para ser recibida entre las vírgenes, se consagró á Dios con voto solemne, y comenzó á alimentarse ya de solas legumbres y á no beber mas que agua; traía de continuo su delicado cuerpo ceñido de cilicio, dormía sobre la dura tierra, y pasaba en oracion las noches que precedian al Domingo, al Jueves, y á los dias en que habia de comulgar. Tal era el temor de su vida, cuando muertos sus padres se vió en la necesidad de acogerse al amparo de su madrina, que residía en Paris; mas esta novedad en nada alteró su vida devota y mortificada, antes bien, tuvo por ella proporcion de entregarse á mas austeridad y rigorosa penitencia, á un ejercicio de oracion casi continuo, y á todas las prácticas de la virtud en una vida humilde y retirada.

En tal situacion la atacó una penosísima enfermedad que le causaba los mas crueles dolores, en términos que privada de sentido por tres dias, llegaron á persuadirse que habia muerto. Sirvióse Dios de aquella especie de éxtasis para descubrirla muchos misterios, y hacerle saber lo mucho que habia de padecer por su amor en el restante de su vida. Así se comenzó á ver muy luego, pues divulgada la fama de su admirable virtud, lo que debia atraerle el res-

peto y veneracion, excitó la envidia y la murmuracion, permitiendo el Señor que por algunos años fuese probada y aquilatada su virtud por el fuego de la persecucion.

Llegó esta á tal extremo, que en cierta ocasion bastó haber contradicho nuestra Santa, para consolar y aquietar al pueblo, el falso rumor que se habia esparcido de que los Hunos se acercaban á destruir la ciudad, para que conmovido contra ella llegase á pensar entregarla á las llamas como hechicera ó maga; sin que bastase para contenerlo la autoridad de San German, que envió en su socorro al arcediano de Auxerre; hasta que al fin la dulzura, humildad y mansedumbre de Genoveva, su resignacion y tranquilidad en medio del peligro, hicieron impresion en los ánimos de sus perseguidores, y convertido el furor en veneracion, la dejaron en paz.

De semejante valor y serenidad, que solo puede conferir una virtud elevada, dió nuestra Genoveva en otra vez, en que sitiada la ciudad de Paris por Meroveo, y reducida á las últimas estrechidades por la falta de viveres, salió en busca de ellos nuestra Santa, y juntado gran cantidad de trigo, se puso al frente del convoy y lo introdujo en Paris, protegiendo Dios tan visiblemente la caridad que la impulsaba, que á poco tiempo se levantó el asedio.

Aunque era tan ardiente su caridad con el prójimo, no perdía nada de su recogimiento interior y de su amor al retiro. Todos los años se encerraba desde la Epifanía hasta la Pascua, en cuyo tiempo solo trataba con las vírgenes que se habian puesto bajo su direccion, y á quienes de continuo exhortaba á la devocion con la Santísima Virgen Maria, á quien ella misma la profesaba muy tierna y afectuosa. Tentada asimismo muy particular con los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, á cuyo honor, por instancias de nuestra Santa, edificó Chilpérico la suntuosa iglesia, que con el tiempo fué dedicada á la misma Santa Genoveva.

Tan sublimes virtudes, los dones de milagros y de profecía de que fué dotada, el respeto de los príncipes y prelados, la veneracion del pueblo y tantos otros motivos que pudieran haber franqueado entrada á la peligrosísima tentacion de la soberbia, solo sirvieron para que Genoveva llevase á un grado heroico su humildad. Esta virtud, egida defensora de todas las demas, formaba el carácter de

nuestra santa: ella le sacó siempre triunfante en los combates que sostuvo en su vida, y ella le acompañó hasta su preciosa muerte, que acaeció en París, á 3 de Enero del año de 512, á los ochenta y nueve de su edad.

La misa es de la octava de S. Juan Evangelista, y en ella se lee la Epístola tomada del cap. XV del Libro de la Sabiduría, que es la siguiente:

“El que teme á Dios, clarará bien; y quien observa exactamente la justicia, poseerá la sabiduría; porque, ella le saldrá al encuentro cual madre respetable, y cual Virgen desposada le recibirá. Le alimentará con el pan de vida y de inteligencia, y le dará á beber el agua de ciencia saludable; y fijará en él su morada, y le hará inflexible; y le sostendrá y no será confundido, sino que lo exaltará entre sus hermanos; y en medio de la Iglesia le abrirá la boca; y le llenará del Espíritu de sabiduría y de inteligencia, y le vestirá el manto de su gloria. Juntará en él un tesoro de gozo y de alegría, y le dará la herencia de un nombre eterno el Señor Dios nuestro.

El Evangelio es del capítulo XXI de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á Pedro: *Sígueme. Volviéndose Pedro á mirar, vió que le seguía el discípulo amado de Jesús, aquel que en la cena se había reclinado en su pecho, y había preguntado: “Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?” A este, pues, como hubiese visto Pedro, dijo á Jesús: “Señor, ¿qué será de este?” Respondióle Jesús: “Si yo quiero que se quede así hasta mi venida, ¿qué te importa? Tú sígueme.” Y de aquí se originó la voz que corrió entre los hermanos, de que este discípulo no moriría. Mas no dijo Jesús: “No moriré,” sino: “Si yo quiero que así se quede hasta mi venida ¿á tí qué te importa?” Esto es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y las ha escrito; y estamos ciertos de que su testimonio es verdadero.*

MEDITACION.

Sobre el no dilatar la conversión.

Considera qué gran desgracia es morir sin haberse convertido; pues á ella camina el que dilata la conversión, porque mientras no la pone por obra, está en riesgo inminente y cotidiano de morir en pecado; lo cual acaece comunmente, aun cuando la muerte no es súbita ni temprana. Y es la razón; que en el pensamiento ó plan de

convertirse se va toda la vida, y la conversión no tiene efecto: llega la muerte, y la conversión no se hace.

Es esta una verdad que acredita la experiencia y convence la razón; porque mientras la voluntad de convertirse no es eficaz, es decir, mientras no lleva á efecto la conversión, ¿qué aprovecha tenerla? Esta voluntad ineficaz desperdicia los auxilios de la gracia: esta voluntad ineficaz deja perder el tiempo; y sin gracia y sin tiempo la conversión no se hace.

Dices que ahora no te encuentras con una voluntad decidida; pero que la tendrás en adelante. ¡Oh desgraciado, y cuánto te alucinas! Si ahora no te decides cómo confías en que te decidirás después, cuando tus culpas sean mas, y tus fuerzas menos, y tu voluntad mas estragada, y tus vicios mas inveterados? ¿Quieres saber qué casta de voluntad será la que tengas después? Oyelo, y tiembra. “Me buscaréis y no me hallaréis; dice el Señor, y moriréis en vuestro pecado.” Es de fé que el que de corazón busca á Dios, lo encuentra, aunque sea en el último instante de su vida. ¿Pues por qué no lo encuentra este otro pecador que te busca? Porque lo busca con aquella misma voluntad ineficaz, insuficiente, falsa, con que anduvo en la vida. En aquella hora fatal dice que ya quiere convertirse; pero no se convierte, porque ni detesta de veras el pecado, ni remedia los males que ha causado, ni quita la ocasión, ni repara el escándalo, ni da satisfacción, ni vuelve la honra, ni pone medio alguno de los que acreditan de verdadera la conversión del pecador.

Considera que el dilatar la conversión es decir con la práctica que todavía no se ha ofendido á Dios bastante; que es menester estar todavía un poco mas de tiempo en su desgracia. ¿Qué impiedad! ¿Qué torpeza! Quererse convertir y no hacerlo ahora, es juzgar que podemos disponer á nuestro albedrío del tiempo y de la gracia del Señor; que podemos sujetar la Providencia á nuestro capricho y hacerla esclava de nuestras pasiones; que no merece Dios el empleo de todo nuestro ser ni la ocupacion de todo nuestro tiempo en su amor y servicio. ¡Oh Dios, y qué merece quien así ofende tu bondad infinita, sino que ésta lo desampare en la hora de la muerte: “Os llamé, y rehusásteis venir; yo reiré en vuestra muerte.”

PETICION Y PROPÓSITOS.

No, Dios mío, no sea así con esta vuestra criatura, que tanto ha abusado de vuestra paciencia; pero que desde este momento se vuelva á vos de todo corazón. Voy, Dios mío, voy ya á dar ahora mismo principio á mi reforma y á la debida penitencia. No rehusó el castigo que aquí me queráis dar, con tal que me perdoneis la pena eterna.

JACULATORIA.

Ahora comienzo á amaros: esta es una mudanza de vuestra diestra soberana.

LECCION.

Sobre la necesidad de una religion.

Por religion se entiende el culto y adoracion que debemos dar á Dios, y del cual ni Dios mismo nos puede dispensar, porque la demanda la misma supremacia de su ser infinito, inefable é incomprendible, increado y que por sí mismo existe sobre el nuestro, finito, limitado, creado por él, y dependiente en todo de su voluntad y providencia. Sentir lo contrario, es no conocer á Dios, ni conocernos á nosotros mismos. Así es que, aun la sola luz de la razon basta para demostrar la necesidad de la religion, pues así como nos hace conocer á Dios creador y conservador nuestro, nos hace conocer que le debemos adoracion y culto; y que este culto debe ser no solo interno, sino tambien externo, puesto que lo debemos acatar y adorar con todo el ser que de él hemos recibido, y este ser es compuesto de alma y cuerpo. Es cierto que los verdaderos adoradores son los que adoran al Señor en espíritu y en verdad; pero esto no quiere decir que no hayamos de adorarlo tambien con el cuerpo, sino que no nos contentemos con meras exterioridades, abandonando el culto interno, y que reconozcamos la superioridad del culto interno sobre el externo. Debemos tambien ésto por el hecho mismo de estar reunidos en sociedad, pues el fin de esta no es solo auxiliarnos unos á otros; sino principalmente unirnos para la adoracion y culto de Dios. Agrégase á esto la necesidad que tenemos de la asistencia, auxilio y providencia de Dios para todo el órden de nues-

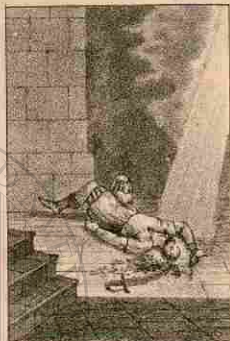
UNIVERSIDAD
 ANIL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



S. Tito Obispo.



S. Prisciliano Martir.

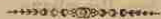


S. Telesforo Papa.



S. Simeon Stilita.

tra vida y remedio de nuestras necesidades. Así es que, si elevamos á Dios nuestra oracion para pedirle los bienes de naturaleza y gracia, debemos enderezar tambien á su magestad nuestra accion de gracias por las que nos dispensa.



DIA CUATRO.

San Tito obispo, San Prisciliano mártir y San Simeon Stilita.

SAN TITO.

SAN Tito, griego de nacion, y criado en el gentilismo, fué convertido por el Apóstol San Pablo, á quien sirvió de secretario e intérprete, y bajo cuya direccion aprovechó mucho en la ciencia de los Santos, imitando los ejemplos de su gran Maestro. Acompañóle en muchos de sus viajes, y casi no se separaba de él sino es cuando lo pedía la necesidad de la Iglesia ó el ministerio apostólico. Tuvole consigo el Apóstol en el concilio de Jerusalem el año de 51, y en diversas ocasiones le encomendó negocios de mucha importancia que desempeñó á su satisfaccion: tal fué, entre otros, la pacificacion de las disenciones que se suscitaron en la Iglesia de Corinto; á donde lo envió San Pablo desde Efeso, con la célebre Epistola que restableció el orden. De Corinto pasó á Macedonia á dar cuenta á su Maestro de su comision, y el Apóstol volvió á enviarlo á Corinto, donde permaneció por algun tiempo, volviendo luego á reunirsele y acompañándole en sus tareas por seis años consecutivos.

Consagrado obispo de Crota por el Apóstol, gobernó aquella Iglesia con admirable santidad, arreglándose en todo á las instrucciones de su Maestro, á quien tuvo el gusto de recibir en su obispado cuando volvia de Roma el año de 63, y de ir despues á reunirsele en Nicópoli, desde donde pasó á Dalmacia por disposicion del Apóstol. Despues de la muerte de San Pablo se restituyó á Crota, don-

de continuó en su gobierno episcopal hasta una ancianidad muy avanzada, que ennoblecó con sus virtudes, y cerró con la muerte de los justos. La Iglesia latina celebra hoy su memoria, y la griega el 25 de Agosto.

San Prisciliano.

Se ignora la patria de este Santo, y solo se sabe por el Martirologio romano, que era clérigo, y que en la persecucion de Juliano el Apóstata, consiguió por la espada la corona del martirio en Roma. El heroico sacrificio de su vida prueba bastante su virtud, y basta el testimonio que con su sangre dió de la divinidad de Jesucristo, para que la Iglesia justamente celebre su memoria.

San Simeón Stilita.

La vida de San Simeón Stilita está llena de hechos tan extraordinarios y maravillosos, que debe mirarse como una especie de prodigio para la admiracion, antes que como ejemplar ó modelo para la imitacion. Quiso el Señor manifestar en ella lo que es capaz de hacer una alma generosa cuando la anima su espíritu y le da aliento su gracia.

San Simeón, llamado Stilita por la columna en que pasó la mayor parte de su vida, nació en la villa de Sisan hacia los confines de la Silesia y la Siria, por los años de 292. Su padre fué pastor, y él pasó los primeros años de su vida apacentando ganado. A los trece años de su edad oyó leer en la Iglesia aquellas palabras del Evangelio: "*Bienaventuradas las que lloran,*" y movido de ellas se retiró al instante á un desierto cercano, donde estuvo siete dias sin comer ni beber, llorando y orando dia y noche postrado en tierra; y de allí se fué á un monasterio vecino, en que con lágrimas y ruegos consiguió ser admitido. De luego á luego fué tanto su fervor que excedió á los mas penitentes, en ayunos, vigilijs y todo género de austeridades; pues muchas veces pasaba de Domingo á Domingo sin tomar bocado. Lo asombroso de sus penitencias fué causa de que se le despidiese del monasterio, porque sus ejemplos hacian caer en confusion á los religiosos; mas amonestado el abad por me-

dió de una vision para que lo recogiese, lo mandó buscar y hallándose dentro de un pozo seco en que se habia metido, se le restituyó al convento. Tres años estuvo en él; mas por huir de la distincion y respeto con que lo trataban, pidió y obtuvo licencia para retirarse á otra soledad mas escondida, donde estuvo otros tres años en una cueva arruinada, expuesto á todos los rigores de los temporales. Aquí fué donde deseoso de imitar el ayuno del Salvador pasó una cuaresma entera sin probar bocado. Vino á verle un sacerdote el dia de Pascua, y hallándole casi al expirar, le dió la Sagrada Comunion, con cuyo divino alimento recobró luego todas sus fuerzas. Llene entonces de confianza en aquel Señor que habia hecho con él esta maravilla, resolvió pasar en adelante todas las cuaresmas con la misma prodigiosa abstinencia, y Teodoro asegura que ya habia pasado veinte y ocho de esta manera, cuando él lo estaba escribiendo.

Siendo tan asombrosas estas austeridades, parecian á Simeón muy ligeras cuando ponía los ojos en Jesucristo crucificado. Retiróse á la cumbre de una elevada montaña: hizo un estrecho cerco de cal y canto, donde estuvo mucho tiempo sin techo y sin abrigo, expuesto á todas las inclemencias del tiempo; y para quitarse la libertad de salir de aquel recinto se echó al pié una cadena de hierro de diez varas de largo, la cual sin embargo se mandó limar despues de tiempo, por seguir dócilmente el consejo del Santo obispo Melecio, que viniéndolo á ver le desaprobó aquella prision, haciéndole ver que sería mas agradable á Dios que solo le ligase en aquel sitio la cadena de su amor.

Espareciéndose por todo el mundo la fama de la santidad y milagros de Simeón, era tanta la gente que de todas partes ocurría á verle, que ya no le bastaban los desiertos y los montes para vivir ignorado en el retiro: para huir del concurso tomó la extraña resolucion de ponerse sobre una columna. Al principio la hizo de tres varas; á pocos años hizo otra de seis varas, donde vivió diez ó doce años. No logrando todo el recogimiento que deseaba, levantó otra tercera de once varas, en que se conservó catorce años empero, queriendo huir mas y mas de la tierra, hizo levantar otra de veintiuna varas de altura, en que pasó todo el resto de su vida. El plano su-

perior de estas columnas no tenía más que vara y tercia de diámetro, y estaba bordado de un parapeto que le llegaba á la cintura, y que no le dejaba espacio para estar en postura que no fuese muy incómoda.

Desde esta altura, como desde un altar se sacrificaba á Dios continuamente con oraciones, genuflexiones y penitencias sin número. Desde ella predicaba dos ó tres veces al día al innumerable gentío que concurria de todas partes á oírle. Sus sermones eran siempre de la penitencia y del desprecio del mundo, seguidos todos de asombrosas conversiones. Los sarracenos, persas, etíopes y otras muchas naciones milárras venían en tropas á pedir el bautismo, después de haber visto ó de haber oído al Santo. Los príncipes árabes lo respetaron, y los emperadores cristianos acudían á él en las necesidades públicas de la Iglesia y del estado; sin que tanta estimación alterara un punto su profunda humildad; en la cual tuvo el Señor cuidado de mantenerle por medio de violentas y continuas tentaciones que permitía para que su corazón no se ensobreciese con su misma grandeza. Estas pruebas, y el fuego de las persecuciones que sufrió el Santo y que padecen siempre los verdaderos discípulos de Cristo, sirvieron para acrecentar su virtud y llevar á mas alta perfección su admirable santidad.

Los incendios de su amor eran visibles cuando oía la misa que se le decía en un altar edificado enfrente de la columna, y cuando recibía la sagrada Eucaristía que se le daba de ocho á ocho dias: alimento divino que casi era su único sustento.

En fin, colmado de merecimientos, dotado del don de milagros y del de profecía, y consumido al rigor de un dilatado martirio, y asombrosa penitencia, puesto en fervorosa oración, entregó su alma al Criador, por los años 462, teniendo sesenta y nueve de edad, y habiendo pasado cuarenta y siete sobre diferentes columnas. Su santo cuerpo fué bajado de la columna por el patriarca de Antioquia y seis obispos, acompañados de los oficiales del emperador y de un inmenso gentío, y conducido á Antioquia, donde se edificó en honor del Santo una magnífica Iglesia, en que fueron continuando los milagros y creciendo la devoción de los pueblos.

La misa es de la octava de los Santos Inocentes, y en ella se lee la Epístola tomada del capítulo XIV del Apocalipsis de San Juan.

En aquellos dias: Vi que el Cordero estaba sobre el Monte Sion, y con él ciento y cuarenta y cuatro mil personas que tenían escrito en sus frentes el nombre de él y el nombre de su padre. Al mismo tiempo oí una voz del cielo, semejante al ruido de muchas aguas, y al estampido de un gran trueno; y la voz que oí era como de citaristas que tañían sus cítaras. Y cantaban como un cantar nuevo ante el trono, y delante de los cuatro animales y de los ancianos; y nadie podía cantar aquel cántico fuera de aquellos ciento y cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra. Estos son los que no se amancillaron con mugeres, porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero donde quiera que vaya. Estos fueron rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero. Ni se halló mentira en su boca; porque están sin mancha ante el trono de Dios.

El Evangelio es del capítulo II de San Mateo.

En aquel tiempo: El Angel del Señor apareció en sueños á José, diciéndole: "Levántate, y toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Heródes ha de buscar al Niño para matarle. Levantándose José, tomó al Niño y á su Madre de noche, y se retiró á Egipto, donde se mantuvo hasta la muerte de Heródes; para que se cumpliese lo que dijo el Señor por boca del Profeta: "Yo llamé de Egipto á mi Hijo." Entonces Heródes, viéndose burlado de los Magos, se irritó sobre manera, y mandó matar todos los niños que había en Belén y en toda su comarca, de dos años abajo, según el tiempo que había averiguado de los Magos. Viose cumplido entonces lo que predijo el profeta Jeremías, diciendo: *Hasta en Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos. Es Raquel que llora sus hijos, sin querer consolarse, por que ya no existen.*

MEDITACION.

Sobre los trabajos de la vida humana.

Considera que los trabajos de la vida, en la intención de Dios,

son como el instrumento que en manos del artífice labra un vaso á otra pieza exquisita, para que sea colocada en un palacio. Sin esta operacion, ¿cómo pudiera servir la materia informe, ni menos lucir como un adorno en aquella gran casa? Aun las materias de mas valor como el mármol, el cedro, la plata y el mismo oro, serian inútiles para aquellos fines, y desechados, á pesar de su riqueza.

A este modo, pues, nuestras almas, criadas á imagen y semejanza de Dios; pero deformadas por el pecado, y faltas de aquellas cualidades de gracia y de virtud que se requieren para prestar á Dios dignos servicios y glorificarlo en la patria celestial con sus excelencias y merecimientos, de ninguna manera se encontrarán aptas y adecuadas para tan alto fin, si no son en la vida presente purificadas, labradas y hermoseadas por mano de su Autor soberano, con el instrumento de los trabajos y penitencias. ¡Ah, que estos abundan en el mundo, y los hombres todos los padecen! ¿Pues por qué no mejoramos de condicion? ¿Por qué no nos hallamos labrados y perfeccionados? Porque la resistencia que oponen nuestras pasiones inutiliza el medio y frustra la operacion benéfica. Padecemos doblemente, y no logramos el fruto. ¡Qué dolor!

Considera que ninguna alma, por inocente que sea, está exenta de ser labrada por medio de la cruz de los trabajos; pues para que ocupe en la patria el asiento que Dios le tenga destinado, es necesario que con sus virtudes se prepare á él, reparando y perfeccionando en sí la imagen de la bondad de Dios que deformó el pecado, y haciéndose para ello conforme á la imagen del Hijo de Dios. ¿Y qué medio mas eficaz y poderoso para conseguir este fin que el de la cruz y los trabajos, que nos abren el camino para ejercitar las virtudes, y nos hacen semejantes á Cristo; que para darnos ejemplo se dignó padecerlos? ¡Ah! que esto es indudable; pues si no somos compañeros de Cristo en los trabajos, no podremos serlo tampoco en el descanso y consuelo de la gloria.

PETICION Y PROPOSITOS.

¡Pacientísimo Jesus, que por mí te escogiste una vida de trabajos y tribulaciones, hazme participante del Espíritu con que los pade-

ciste, para que asemeándome á ti, pueda ser reconocido por hermano tuyo. Toma, Señor, en tu mano el instrumento de los trabajos, y labrame á medida de tu voluntad; que yo te prometí hacerte hablando y dócil, para que surta en mí todo su efecto tu disposicion santísima.

JACULATORIA.

Por las palabras de tus labios, ¡oh Señor! me he hallado con alieno para andar el camino de la cruz.

LECCION.

Sobre la necesidad de la revelacion.

Así como es cierto que la luz de la razon basta para conocer la existencia de Dios; y las primeras nociones de sus atributos, las primeras reglas de la moralidad y las consecuencias mas inmediatas que acaera de uno y otro puede fácilmente deducir el discurso; así tambien es cierto que sin la revelacion jamas podria por sí sola la razon humana ampliar y perfeccionar estos conocimientos, ni mucho menos alcanzar los misterios y arcanos de nuestra religion; pues ademas de ser insuficientes las fuerzas de la razon para tocar tan sublimes verdades y tan escondidos misterios, son distintos los medios por donde Dios nos los ha revelado, de los que la naturaleza suministra para conocer lo verdadero. Esta no puede prestar mas que medios naturales, y estos por sí solos no pueden elevarse al conocimiento de unas verdades que son sublimes aun en el orden sobrenatural. Conviene por tanto los teólogos en que la revelacion es necesaria al hombre para tener la idea delada de Dios, y de los oficios impuestos al mismo hombre, ya respecto de Dios, ya respecto de sus semejantes; y que es tambien necesaria para el conocimiento de ciertas verdades que exceden del orden natural, y cuya ciencia es muy interesante al género humano.

Siendo esto cierto, aun cuando contemplemos á la razon humana con toda la perspicacia, rectitud y energía que debia gozar en el estado de la inocencia y justicia original, cuánto mas lo será en el estado de la naturaleza, caída por la culpa, en que debilitada, extraviada y oscurecida la razon apenas sabe distinguir una á otra verdad entre millares de errores que la circundan; y muchas veces no

puede discernir lo verdadero de lo falso aun en las ciencias naturales, siendo no pocas las en que fluctúa entre extremos contrarios, sin poder conocer con claridad en cuál de ellos se hallan la verdad y la justicia.

Así lo ha acreditado la experiencia de muchos siglos y de todos los pueblos de la tierra, en los que llegaron á verse las acciones mas torpes reputadas por actos de virtud; los principios mas erróneos tenidos por reglas fundamentales de creencia y de moralidad; aprobado el suicidio, adoptado el sacrificio arbitrario de víctimas humanas, y la nefanda idolatría tan fuerte y generalmente establecida, que fué necesaria toda la obra de un Dios omnipotente, que con una predicación animada, asistida de su espíritu y autorizada con milagros y portentos, sacase al mundo todo del abismo de error, impiedad y torpeza, en que se había sumergido. Hé aquí la rectitud y los alcances de la razón humana. Y después de esto ¿habrá quien niegue la necesidad de la revelación! Solo el impío, cuya razón contaminada ya del error, repugna la verdad de una religion divina.

----->>>><<<<-----

DIA CINCO.

La vigilia de la Epifanía, y San Telésforo papa.

ACOSTUMBRA la Iglesia en sus grandes solemnidades, preparar á los fieles para celebrarias dignamente, y á este fin la instituido en las mas célebres las vigilijs que las preceden.

Lo que mas contribuyó á distinguir entre todas la vigilia de la Epifanía, fué el bautismo de los catecúmenos, que en las Iglesias de Oriente se les conferia esta noche aun con mayor pompa que la que se usaba en las de Occidente en los dias precedentes á las Dominicas de Resurreccion y Pentecostes. El pueblo pasaba la noche dedicado á ejercicios espirituales en la Iglesia, iluminada con gran número de lámparas, hachas y velas. Cuando la corrupción de las costumbres obligó á la Iglesia á suprimir las concurrencias nocturnas en los templos, se conservó esta festividad en el oficio eclesiástico y parte de las ceremonias. Aunque por lo común sirve el ayuno de

preparacion á las grandes fiestas eclesiásticas, la Epifanía se exceptuó de esta regla, porque, como dice el Concilio Turonense, los dias comprendidos entre la Natividad y la Epifanía son una fiesta continuada.

Bendecíase esta noche en el Oriente la agua llamada *saludable*, porque se destinaba para bautizar á los catecúmenos; siendo el motivo de esto la antigua tradicion, en virtud de la cual hoy se hacia memoria del bautismo de Cristo.

San Juan Crisóstomo, dice que á la media noche los fieles acostumbaban lavarse con las aguas saludables, las cuales por la bendicion de la Iglesia se asemejaban á las que el Salvador del mundo consagró en su bautismo; y añade que solian llevarlas á sus casas, donde se conservaban incorruptas por dos y tres años, como si acabaran de sacarse de la fuente.

Entre los griegos se observan vestigios de esta ceremonia, pues cada provincia bendice este dia las aguas que la riegan, y sus habitantes se bañan luego en ellas en memoria del bautismo de Jesucristo. Tambien en Africa se observó por algun tiempo, siendo de ello esclarecida prueba el milagro que obró San Eugenio, obispo de Cartago, dando vista á un ciego mientras hacia la bendicion de estas aguas.

Sobre todo, es importante observar que las vigilijs tienen por objeto la preparacion para la festividad que las sigue, la cual, aunque lleva consigo la alegría y el regocijo, de ninguna manera debe emplearse en diversiones peligrosas que apaguen en nuestros corazones el espíritu de devocion, propio de las fiestas cristianas. Si se prohiben en ellas los trabajos serviles, es con el objeto de dejarnos mas expeditos para emplearlas santamente en honor de Dios y provecho de nuestras almas. Los festines y convites que se hacian en los primeros siglos eran modelos de piedad y templanza: en ellos solo se ejercia la caridad, y esto denotaba el nombre de *Agapes*, que se les daba. ¿Podieran llamarse así los que se usan en nuestros dias, cuando reina en ellos la gula, el lujo y el desenfreno mas escandaloso? Lejos de socorrerse en ellos la necesidad de los pobres, se les sustraen las limosnas, y tal vez se les oprime para sufragar á los gastos con que se fomenta el vicio.

San Telésforo.

San Telésforo, séptimo pontífice de la Iglesia después del príncipe de los Apóstoles, era griego de nacimiento, y floreció á principios del II siglo. Profesó la vida solitaria desde su juventud, según la tradición de la Sagrada Familia de carmelitas, que lo numeró entre los solitarios imitadores de los Santos Profetas Elías y Eliseo. Esta familia esclarecida obedeció al Evangelio, y reformada y perfeccionada en sus divinas máximas, se dedicó con muy especial celo al culto de la Madre de Dios, edificando en el monte Carmelo una capilla en honra de la Santísima Señora, bajo cuyo amparo y protección estableció su vida religiosa. La eminente santidad y la sabiduría de San Telésforo, que elogian Tertuliano, San Agustín y otros muchos antiguos escritores, lo hicieron tan distinguido entre sus hermanos y otros grandes hombres de aquella época, que vacando la silla de San Pedro, por muerte de Sixto I, fué colocado en ella con general aplauso, en el imperio de Antonino Pio.

El furor con que los gentiles perseguían á la Iglesia, y la malignidad con que los hereges procuraban corromperla, exigian un pontífice capaz de resistir á los ataques de unos y otros en tiempos tan calamitosos. Desempeñó Telésforo en medio de tan deshecha borrasca todos los deberes de un padre solícito y providente, y de un pontífice enérgico y generoso, que se pone por muro para defensa de la casa de Dios, y se presta á sacrificiar su vida por el reino que le está encomendado. El acierto y el celo con que gobernó la Iglesia acreditóron bien que era el espíritu de Dios el que guiaba sus pasos: sostenía á los débiles, socorria á los menesterosos, consolaba á los afligidos, alimentaba á los encarcelados, y trabajaba sin cesar en la conversión de los hereges y de los infieles. Su sabiduría y su firmeza sostuvieron la pureza del dogma católico, contra los errores del impío. Basilides, y su piedad dió por fruto el arreglo de varios puntos de disciplina. Muchos le atribuyen la reforma y arreglo de la eucaristía que habian establecido los Apóstoles, y la institución de las tres misas de Navidad.

Gobernó este Santo papa la Iglesia mas de once años, sostenién-

dola con su infaigible celo, y edificándola con los ilustres ejemplos de su santísima vida. Sus apostólicas tareas no podian carecer de la corona del martirio: lo padeció en efecto, y fué de los mas ilustres, como se explica Eusebio, y confirma San Ireneo. Su santo cuerpo fué sepultado en el Vaticano, inmediato al de San Pedro.

La misa es de la vigilia de la Epifanía, y en ella se lee la Epistola siguiente, tomada del capítulo IV de San Pablo á los Gálatas.

Hermanos: Mientras el heredero es Niño, en nada se diferencia del siervo, no obstante que es dueño de todo; sino que está bajo la potestad de los tutores y curadores, hasta el tiempo señalado por su padre. Asi nosotros, cuando éramos todavía niños, estábamos tirando bajo los primeros elementos de instruccion que se dieron al mundo. Mas cumplido que fué el tiempo, envió Dios á su Hijo, hecho de la muger, y sujeto á la ley, para redimir á los que estalan debajo de la ley, á fin de que recibiésemos la adopcion de hijos. Y por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Abba, esto es, Padre mío. Y así ninguno de vosotros es ya siervo, sino hijo; y siendo hijo, es tambien heredero de Dios por Cristo.

El Evangelio es del capítulo II de San Mateo.

En aquel tiempo: Muerto Heródes, el Angel del Señor apareció en sueños á José en Egipto, diciéndole: Levántate y toma al Niño y á su Madre, y ve á la tierra de Israel, porque ya han muerto los que atentaban á la vida del Niño. José levantándose tomó al Niño y á su Madre; y vino á tierra de Israel. Mas oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Heródes, temió ir allá; y avisado entre sueños, retiróse á tierra de Galilea, y vino á morar en una ciudad llamada Nazareth; cumpliéndose de este modo lo que habian dicho los profetas: "Que seria llamado Nazareno."

MEDITACION.

Sobre la preparación para celebrar las grandes fiestas.

Considera que en la institución de las fiestas sagradas, á mas del

culto con que se honra á Dios y se le dan gracias por sus misericordias, se lleva por objeto la santificación de las almas. La participación de los sagrados misterios, especialmente de la comunión sacramental, las obras de devoción y de piedad con que se deben santificar las fiestas, son medios de justificación, con que las almas buscan su unión con Dios. Obra es ésta de suma importancia, que requiere toda la dedicación y consagración de nuestro interior para desempeñarse dignamente y lograr su objeto; mas esta aptitud conveniente no puede hallarse en el hombre sin la preparación debida. Hé aquí el motivo porque la santa Iglesia instituyó las vigiliias. La oración, el ayuno, la abstracción, la asistencia en el templo preparaban los ánimos y daban por fruto para la solemnidad siguiente el fervor, la devoción tierna y afectuosa y la santa alegría. ¿Mas hoy qué disposición procuran los cristianos? ¿Qué fruto sacan de las festividades? ¡Oh dolor! ¡Aquel lleno de la piedad y devoción véase hoy reducido á una exterioridad de ceremonia; y en muchos farsaica!

Considera que para lograr esta santa disposición no basta la detestación del pecado, sino que es menester perseguir sus reliquias: los malos hábitos, la propensión á la recaída, la inmodestia, la inquietud del espíritu, la agitación de las pasiones, y tantos, tantos resabios que quedan de las culpas, ya que no produzcan desde luego un acto formal pecaminoso que atente contra Dios en nuestras almas, las aborran y predisponen á él, y son un verdadero impedimento para la devoción y el progreso de la virtud. Es esta una verdad que Jesucristo nos dió á entender bastantemente con un signo, cuando vuelto á la tierra de Israel, despues de la muerte de Herodes, se alejó de Judea, porque reinaba en ella un hijo de aquel su perseguidor. ¿Y nosotros pretendémos que habite en nuestras almas con toda la plenitud de su amor y confianza, mientras no extingamos toda la raza del pecado, su perseguidor? Convenzámonos de que para ser plena y perfectamente de Dios, es necesario que desprendamos nuestro corazón de todas las criaturas y de nosotros mismos.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Convencido estoy, Dios mio, y resuelto á este deshacimiento uni-

versal, para solo vivir de tí y para tí, y celebrar dignamente tus solemnidades: da á mis labios un cántico nuevo, y á mi corazón una santa alegría, para bendecir tu santo nombre y celebrar tus misericordias.

JACULATORIA.

Amé, Señor, la hermosura de tu casa, y el lugar de la habitación de tu gloria. En las iglesias te bendeciré.

LECCION.

Sobre la existencia de la revelacion.

Es indudable que la revelacion divina puede existir; y lo prueba, por una parte, la misma necesidad que tenemos los hombres de que Dios nos revele lo que nos conviene saber y no alcanza nuestra razon. Interesándonos tanto este conocimiento para nuestro bien espiritual y eterno, no sería Dios un Padre providentísimo, como lo es, si no nos socorriera esta necesidad de primer órden, siendo así que socorre hasta la mas pequeña necesidad del insecto mas despreciable. Lo prueban, por otra parte, la benignísima voluntad y el poder sin limites de Dios. Es absolutamente increíble que sabiendo Dios, como sabe, esta necesidad nuestra, y siendo, como es, providentísimo, no quisiera revelarnos lo que nos interesa tanto saber, pues siendo así que nos manda ir á él, se contradiría á sí mismo, si nos ocultara los medios por donde hemos de ir á su magestad; y pensar esto de Dios sería un torpísimo absurdo. Acerca del poder, ¿quién pondrá duda? ¿Por ventura no podrá un Dios omnipotente, que dió al hombre la inteligencia y el conocimiento de las cosas naturales, y capacidad para alcanzar aun algunas sobrenaturales por elevacion de lo visible á lo invisible, revelar al mismo hombre aquello á que no alcanzan sus fuerzas naturales? Quien crió á la alma racional á su imágen y semejanza, esto es, un ser inteligente, capaz de comunicarse con su Criador en la patria celestial, ¿garecerá de poder para comunicarle en la vida presente lo que sea de su divino agrado? Claro es que no; y la existencia de la revelacion lo está probando de un modo incuestionable. A mas de lo que el Señor ha hecho saber á los hombres por ministerio de sus ángeles, y á mas de las sagra-

das figuras, con que en la ley natural y la escrita indicó el misterio de la Trinidad, presiguió al Redentor que habia de venir, y marcó sus padecimientos, su grandeza, su sabiduría y algunas de sus divinas obras; puso tambien en acción dos medios verdaderamente divinos, con que acredita y confirma la revelacion de un modo tan concluyente, que no leja lugar á la duda de un hombre racional. Estas son las profecias y los milagros. Estos dones sobrenaturales exceden toda la capacidad y facultad del hombre, y por consiguiente son emanados de la misma divinidad, y comunicados al hombre por el Espíritu Santo; mas de modo que el hombre no predice de sí ó por sí solo lo que profetiza, sino lo que percibe por la revelacion, ni obra el milagro por propia virtud; sino por la virtud divina que lo asiste y obra por su ministerio, bajo las condiciones indispensables de la fe y de la santidad en tales ministros.

Si en el estado de la inocencia y justicia original, pudieron ser convenientes para acreditar verdades y misterios incomprendibles, mucho mas lo han sido despues del pecado original, que desconcertando la razon humana, dió lugar al error, y corrompiendo el corazon, dió entrada á la infernal soberbia con que el hombre quiere sujetar á su juicio la razon divina, negando su eromena á lo que no alcanza su limitado discurso envuelto en las tinieblas del error y del pecado. Estas, que precipitaron á los hombres en el fatal error de fraguarse á su arbitrio sistemas de creencia y de religion, hijos de su discurso, cuando la verdadera religion no puede ser mas que una, emanada de Dios, hicieron mas necesaria la revelacion, y mas convenientes los medios que la acreditan y sostienen, puesto que son capaces de rendir la resistencia nuestra; por que tambien podrá negar el asenso á unas verdades, en cuyo favor se obran prodigios y maravillas que solo Dios, autor de la religion que establece y de la naturaleza que gobierna, puede obrar! ¿Quién contradiría la certeza dogmática de un hombre tan lleno del espíritu de Dios que pueda profetizar los futuros contingentes muchos siglos antes de que acaezcan, y cuyo verificativo se comprueban con testimonios irrefragables de todos los pueblos y de todos los tiempos?

En efecto es así. La religion cristiana comprueba su institucion



La Adoración de los magos reyes.



S. Lorenzo Martir.



S. Basilio Martir.



S. Apolinario Obispo.

divina con el patente verificativo de las magníficas promesas que le estaban profetizadas, y que todos los pueblos y todos los siglos miran y mirarán cumplidas: la religión cristiana acredita su origen divino con portentosos signos, con milagros estupendos, que solo el Criador de la naturaleza puede obrar, suspendiendo ó contrariando las leyes que le impuso; signos de su omnipotencia, con que manifiesta y declara que esta religión es obra suya, y como tal, única verdadera, y no invención del hombre como el mahometismo, el paganismo y las sectas heréticas.

El judaísmo es hoy una religión vana, falsa y supersticiosa, porque fué instituida para determinado tiempo, que ya espiró con la venida del Mesías y el establecimiento de la Iglesia; pero en su época fué de institución divina, que también comprobó con profecías y milagros, que acreditaron que aquel pueblo era escogido de Dios, con quien había hecho su alianza, y á quien había encargado el depósito de sus Escrituras y legislado por su siervo Moisés.

DIA SEIS.

La Epifanía del Señor ó adoración de los Santos Reyes.

La Epifanía, que significa aparición ó manifestación, y que en el misterio que hoy celebra la Iglesia, se entiende lo mismo que manifestación del Salvador en el mundo, ha sido reputada siempre por una de las fiestas mas célebres y mas solemnes en la Iglesia de Dios, ya por los tres misterios que se comprenden en esta solemnidad, ya porque se considera como fiesta peculiar de la vocación de los gentiles á la fe.

Tres misterios se celebran en un solo día, por ser tradición antiquísima que sucedieron en un solo día, aunque en distintos años: la adoración de los Reyes, el bautismo de Cristo por San Juan, y el primer milagro que hizo Jesucristo en las bodas de Caná de Galilea. A todos tres misterios conviene perfectamente esta palabra Epifanía ó manifestación: manifestó el Señor á los magos, cuando conducidos por la estrella milagrosa que se les apareció, vinieron á reconocerle por su Dios, por su Rey, por su Salvador y de todo el



La Adoración de los magos reyes.



S. Lorenzo Martir.



S. Basilio Martir.



S. Apolinario Obispo.

divina con el patente verificativo de las magníficas promesas que le estaban profetizadas, y que todos los pueblos y todos los siglos miran y mirarán cumplidas: la religión cristiana acredita su origen divino con portentosos signos, con milagros estupendos, que solo el Criador de la naturaleza puede obrar, suspendiendo ó contrariando las leyes que le impuso; signos de su omnipotencia, con que manifiesta y declara que esta religión es obra suya, y como tal, única verdadera, y no invención del hombre como el mahometismo, el paganismo y las sectas heréticas.

El judaísmo es hoy una religión vana, falsa y supersticiosa, porque fué instituida para determinado tiempo, que ya espiró con la venida del Mesías y el establecimiento de la Iglesia; pero en su época fué de institución divina, que también comprobó con profecías y milagros, que acreditaron que aquel pueblo era escogido de Dios, con quien había hecho su alianza, y á quien había encargado el depósito de sus Escrituras y legislado por su siervo Moisés.

DIA SEIS.

La Epifanía del Señor ó adoración de los Santos Reyes.

La Epifanía, que significa aparición ó manifestación, y que en el misterio que hoy celebra la Iglesia, se entiende lo mismo que manifestación del Salvador en el mundo, ha sido reputada siempre por una de las fiestas mas célebres y mas solemnes en la Iglesia de Dios, ya por los tres misterios que se comprenden en esta solemnidad, ya porque se considera como fiesta peculiar de la vocación de los gentiles á la fe.

Tres misterios se celebran en un solo día, por ser tradición antiquísima que sucedieron en un solo día, aunque en distintos años: la adoración de los Reyes, el bautismo de Cristo por San Juan, y el primer milagro que hizo Jesucristo en las bodas de Caná de Galilea. A todos tres misterios conviene perfectamente esta palabra Epifanía ó manifestación: manifestó el Señor á los magos, cuando conducidos por la estrella milagrosa que se les apareció, vinieron á reconocerle por su Dios, por su Rey, por su Salvador y de todo el

género humano. Manifestó su divinidad en el bautismo por medio de aquella voz del cielo que la declaró; manifestó su omnipotencia en el primer milagro que hizo. Es sin embargo el principal objeto de la misa y oficio de este día, la adoración de los Reyes.

Muy probable es que en el mismo punto en que los ángeles estaban anunciando á los pastores el nacimiento del Mesías en Judea, la nueva estrella lo anunciaba tambien en el Oriente. Fué sin duda observada de muchos, porque su extraordinario resplandor y la irregularidad de su curso la hacían distinguir entre todas las demas; pero solo los magos, ilustrados de superior luz, conocieron lo que significaba aquel fenómeno.

Los orientales llamaban *magos* á sus doctores, y en lengua persa esta palabra mago significa tambien *sacerdote*. La Santa Iglesia da el nombre de Reyes á estos tres hombres ilustres, fundada en aquellas palabras del David: "Los Reyes de Tharsis y de las islas; los Reyes de Arabia y de Sabá vendrán á ofrecerte dones." Tambien se funda en una tradicion tan antigua que no es fácil encontrar su principio, y tan autorizada que tiene en su favor el testimonio de los Padres mas célebres de la Iglesia, como Tertuliano, San Cipriano, San Hilario, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Isidoro, el venerable Beda, Teoflacto y otros muchos; siendo de notar que los orientales cuidaban mucho de que sus príncipes fuesen tan instruidos en las ciencias, que mereciesen el título de sabios, principalmente en la astronomía, que era estimada como la ciencia mas digna de los soberanos.

Habiendo, pues, observado estos tres reyes, á quienes algunos llaman Gaspar, Baltasar y Melchor, el día 25 de Diciembre una estrella mas brillante que las ordinarias, juzgaron que era aquella estrella de Jacob, anunciada por el profeta Balaam, como señal de un Rey que habia de nacer para la salud del género humano. Alumbra- dos al mismo tiempo por una luz interior, por la cual conocieron que aquel astro les serviría de guia para encontrar al Mesías, tomaron el camino de Judea, donde sabían por la tradicion, que habia de nacer aquel Rey tan deseado de todas las naciones. El Evangelista dice solamente que vinieron del Oriente, esto es, de un país que era oriental respecto de Jerusalem y de Belen. La opinion mas verosímil es que vinieron de la Arabia Feliz, habitada por los hijos que

Abraham tuvo en Cethura, su segunda muger, á saber: Jecthan, padre de Sabá; y Madian, padre de Ephá; y favorecen esta opinion, la referida profecía de David, y la de Isaias, que anunció "*que vendrían de Madian y de Ephá sobre camellos, como tambien de Sabá para reconocerlo (al Salvador) ofreciéndole incienso y oro, y publicando en todas partes sus alabanzas:*" lo que conviene con las especies de dones que le ofrecieron.

Fueron guiados los magos por la estrella durante todo el viage, que fué de doce dias ó cerca de ellos; pero cuando los Reyes se acercaron á Jerusalem desapareció la estrella. Por eso entraron en aquella corte preguntando por el nuevo Rey, cuyo nacimiento les habia anunciado la estrella en el Oriente. Fué grande la conmocion que causó en Jerusalem ver á unos hombres de aquel carácter, que venían de un país tan distante, preguntando por un nuevo Rey de los judíos, á quien los mismos judíos no conocían, ignorando del todo su nacimiento; pero el que mas se asustó fué el rey Herodes, que quiso verlos para informarse menudamente del motivo de su viage. Celoso de su dignidad, y temiendo perder la corona que indignamente poseía, mandó al punto que concurren á palacio todos los sacerdotes y escribas de la ley; y conociendo bien que un Rey, cuyo nacimiento anunciaba el cielo con signo tan portentoso no podia ser otro que el Mesías, preguntó á la junta dónde habia de nacer Cristo? Respondieron todos á una voz: "En Belen de Judá; porque "asi está escrito por el profeta. Y tú, Belen, tierra de Judá, de ninguna manera eres la mas pequeña entre sus principales ciudades; "porque de tí saldrá el Caudillo que rija á mi pueblo de Israel."

Lleno de turbacion Herodes, y conociendo en su ánimo perverso deshacerse de aquel Niño, llamó aparte á los magos, para informarse aun mas del tiempo en que se les habia aparecido la estrella, y valerse de la diligencia misma con que buscaban al Niño, para descubrirlo, fingiéndose movido de la misma piedad que ellos para ir á adorarlo: "Id, les dice, é informaos con toda diligencia del Niño, y "cuando lo halléis volved á avisarme, para que yendo yo, lo adore "tambien." Mas qué puede la astucia del hombre contra la sabia disposicion de Dios? Fáltése á sí misma la iniquidad, por la misma medida con que juzgaba asegurar el golpe.

Despedidos los magos, volvieron á ponerse en camino, y volvió á

guiarlos la luciente estrella, hasta fijarse sobre el lugar en que se hallaba el Niño. Inundados de gozo los piadosos Reyes, entraron al portal, y postrados en tierra, adoraron á su Rey, su Salvador, su Dios; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron sus dones, oro, incienso y mirra: dones misteriosos, como observan los Santos Padres; pues con la obtencion del oro lo reconocian como á Rey de reyes; con la del incienso como á Dios verdadero, y en la de la mirra como hombre mortal que venia á dar la vida por la salud de los hombres. Nada extraño tiene que á aquellos que Dios escogió para que viniesen como príncipes de las naciones á adorar y reconocer en su nombre al Redentor del mundo, se les alumbrase con luces extraordinarias para el buen desempeño de su cargo, y se les dotase de tal piedad y devocion, que fuese al mismo tiempo mérito y premio en ellos.

Pensaban los Santos Reyes volverse por Jerusalem; pero el ángel del Señor se les apareció en sueños, y les advirtió que se volvieran por otro camino, y que por ningún caso se dexasen ver de Herodes, cuyos artificios descubrieron entónces, conociendo la malignidad de sus perversos intentos. Nació duda que estos Santos Reyes, despues de su diáfano viaje, publicaron las maravillas de que habían sido testigos, y que vivieron santamente, instruyeron morir con la muerte de los justos. Así lo cree la misma Santa Iglesia, y por eso permite el culto público que se les rinde. Sus reliquias, segun se averigua, fueron trasladadas de Persia á Constantinopla; de allí á Milan, y de Milan á Colonia, donde se conservan el día de hoy con singular veneracion.

Aunque en este día se celebran como hemos dicho, el bautismo del Señor por San Juan, y el primer milagro que obró el Señor en las bodas de Caná, reservamos para la octava de esta solemnidad hablar de estas dos grandes misterios.

La misa de este día es del Misal, y en ella se lee la Epistola siguiente, que es del capítulo 90 de Luceo.

Levántate, ó Jerusalem, recibe la luz porque ha venido esta tu luz, y ha nacido sobre tí la gloria del Señor. Porque, hé aqui que la tierra estará cubierta de tinieblas, y de oscuridad las naciones; mas sobre tí nacerá el Señor, y en tí se dejará ver su gloria. Y a tu luz caminarán las gentes, y los Reyes al resplandor de tu nacimiento.

to. Tiende tu vista al derredor tuyo, y mira: todos esos se han congregado para venir á tí: vendrán de lejos tus hijos, y tus hijas acudirán á tí de todas partes. Entónces te verás en la abundancia; se asombrará tu corazón, y se ensañará, cuando vendrá á unirse contigo la muchedumbre de naciones de la otra parte del mar; cuando á tí acudirán poderosos pueblos. Te verás inundada de una muchedumbre de camellos, de dromedarios de Madian y de Efa; todos los sabios vendrán á traerle oro de incienso, y publicarán las alabanzas del Señor.

El Evangelio es del capítulo II de San Mateo.

Habiendo pues nacido Jesus en Belen de Judá, reinando Herodes, hé aqui que unos magos vinieron del Oriente á Jerusalem, preguntando: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque nosotros hemos visto en Oriente su estrella, y venimos con el fin de adorarle. Oyendo esto el rey Herodes se turbó, y con él toda Jerusalem. Y convocando á todos los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas del pueblo, les preguntaba: ¿En dónde habia de nacer el Cristo ó Mesías? A lo cual ellos respondieron: En Belen de Judá, segun está escrito por el profeta: Y tú, Belen, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre sus principales ciudades; por que de tí es de donde ha de salir el Cavallito que rija mi pueblo de Israel. Entónces Herodes, llamando en secreto á los magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que la estrella les apareció, y encaminhándolos á Belen, les dijo: Id, é informaos con exactitud de lo que hay de ese Niño; y en habiéndole hallado, dadme aviso, para ir yo también á adorarle. Luego que oyeron esto al rey, partieron; y hé aqui que la estrella que habian visto en Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando sobre el sitio en que estaba el Niño, se paro. A la vista de la estrella se recogieron por extremo; y entrando en la casa, hallaron al Niño con María su Madre; y postrándose le adoraron; y abriendo sus cofres le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en sueños un aviso del cielo para que no volvieran á Herodes, regresaron á su país por otro camino.

MEDITACION.

Sobre la adoracion de los magos.

Considera por el ejemplo de los Santos Magos cuál debe ser la

devoción con que te aprestes al servicio de Dios, y á tributarle tu adoración y culto. Los magos ven la estrella y sin demora obedecen la inspiración divina que los mueve á emprender el viage, arrojando á las dificultades y peligros que tienen que vencer, para llegar á adorar al Señor. Ignora las neceias tardanzas la gracia del Espíritu Santo, dice un Santo Padre. En efecto, no tiene, ni puede tener el hombre motivo racional para demorarse en acudir á las cosas del servicio de Dios. Los obstáculos, las dificultades que como insuperables opone el mundo á la piedad, se desvanecen como el humo, luego que el hombre se resuelve de veras á seguir la voz de Dios. Este conocimiento de la razón, lo acredita sobremañera la experiencia, y á esta, practicada con diligencia, sigue el buen éxito y logro de la empresa. Los magos hallaron al gran Rey que buscaban, y las almas fervorosas en el camino de la virtud encuentran á su Dios; mas le hallarás tú si no sales de tu tibieza y te das á la verdadera devoción?

Considera que la de los magos no es vaná ni mezquina: ellos adoran al Señor, ofreciéndole por dones oro, incienso y mirra. En el oro se simboliza la caridad, en el incienso la religión, y en la mirra la mortificación. Posedid sus corazones por la caridad; reglada su conducta por la modestia, y guiado su espíritu por la religiosa piedad, ellos son de aquellas verdaderos adoradores que adoran al Señor en espíritu y en verdad. Tal debe ser y no ménos el hombre evangélico que ha recibido una religión pura y santa, libre de las monstruosidades con que la deforma el vicioso que con un corazón corrompido y unas manos manchadas se atreve á presentarse ante el Dios de la santidad á prestarle un culto aparente, que solo exponea su exterior; sin que en su espíritu se encuentre ni el aprecio de la verdadera piedad. "Ese pueblo me honra con sus labios, dice el Señor; pero su corazón está muy lejos de mí." No seas tú del número de esta desgraciada turba: si quieres que tu culto sea acepto á Dios, purifica tu conciencia, arregla tu vida, haciendo que la caridad rija y gobierne todas tus acciones.

PETICION Y PROPOSITOS.

Así lo quiero y propongo, Dios de verdad y santidad, y me consagro de nuevo á tu amor y servicio. Alámbreme, Señor, con aquella luz interior que te dió á conocer á los magos tus adoradores: Dame tu caridad y tus virtudes; para que de este riquísimo tesoro te

ofrezca los dones de santas y piadosas obras con que haga ver que sirve y adora á un Dios que me manda ser santo porque él es Santo.

JACULATORIA.

Venid, adoremos, y postrémonos ante Dios.

LECCION.

Sobre la verdad y la divinidad de la religion judaica.

Aunque la religion de Moises y la de Cristo es la única verdadera que ha existido en el mundo, sobre el fundamento y principio de la ley natural, para proceder por órden, nos ocuparemos hoy de la primera, dejando la segunda para la siguiente leccion. Examinaremos la verdad y la divinidad de la religion mosaica por los milagros que la confirman y por las profecias que la comprueban.

Son tan autorizadas las pruebas de la verdad y de la divinidad de la religion mosaica, que estriban nada ménos que en las sagradas Escrituras, dictadas por el Espíritu Santo, como lo tiene definido de fé nuestra Santa Madre Iglesia, diciendo el principe de los Apóstoles y piedra fundamental de la Iglesia, San Pedro: "Que inspirados del Espíritu Santo hablaron los sagrados escritores." Llámase mosaica la religion del pueblo de Israel, por haberle sido dada por ministerio de Moises, á quien eligió y envió Dios para libertar á este su pueblo de la esclavitud en que lo tenian los egipcios, nombrándolo su caudillo, dando por su medio al pueblo la ley escrita y todos los reglamentos y ordenanzas que arreglaban el culto, y ordenaban su moral.

Aunque la sinagoga no habia de durar mas que hasta el establecimiento de la Iglesia cristiana, como que era la figura de ésta convino que su religion fuese autorizada con milagros y profecias, para que como verdadera y divina, dictada por Dios, se distinguiese de las tenebrosas sectas del gentilismo. A este fin el Señor comenzó á acreditarla aun desde el momento mismo que dió su mision á Moises, por aquella zarza que ardia en el monte y no se consumia. A este primer signo se siguieron las plagas con que por la vanidad de Moises castigó la obstinada resistencia de Faraon, que fueron otros tantos prodigios estapendos y terribles obrados por la virtud divina.

Salido el pueblo de Dios y perseguido en su marcha por Faraon y su ejército, al llegar al mar Rojo se dividieron á una parte y á otra

sus aguas, abriendo enmedio un camino seco por donde pasó el pueblo, y entrando después Faraón con su ejército, volvieron á unirse y lo sumergieron en su seno. Por cuarenta años alimentó Dios al pueblo en el desierto con maná milagroso que les llovía á la madrugada, y en los mismos años se conservaron sin lesión sus vestiduras y calzados: lo alumbraba en las noches con una columna de fuego, y en los días lo cubría con una columna como nube que lo ocultaba á sus perseguidores. Fueron tantas las maravillas con que en la libertad y viage de aquel pueblo, en los castigos con que lo corrigió el Señor en sus campañas, en la misma ministración de la ley, en su establecimiento en la tierra prometida, y en su permanencia en ella por todos los siglos que corrieron hasta la venida del Mesías, fueron tantos, repetimos, los prodigios que obró Dios en testimonio de su ley, que hasta leer las sagradas Escrituras para convencerse hasta la evidencia de la realidad, verdad y divinidad de la religion del pueblo escogido.

A esta prueba se alega la de las profecías que en el sentido literal se dirijan á aquel pueblo, y en el espiritual y místico á la Iglesia cristiana. Las magníficas promesas hechas á Abraham: la historia misteriosa de su familia: la conservación y larga descendencia de Isaac; los pasajes misteriosos de Jacob con Esau: las promesas repetidas á Jacob, sus bendiciones proféticas, y tantas otras particularidades se vieron cumplidas con la existencia de las doce tribus, con el aumento asombroso del pueblo, su libertad, su viage, su establecimiento en la tierra prometida, la alianza que con él hizo el Señor, y el alto grado á que lo elevó dándole maravillosos triunfos sobre sus enemigos, en diferentes y gloriosas épocas, aumentándolo en crédito, autoridad y riquezas, fundando en él su templo, haciéndolo depositario de sus divinas Escrituras, enviándole sus profetas, y siendo por último enviado para él especialmente el Mesías verdadero, el Redentor de los hombres.

Aun los vaticinios y figuras de la reprobacion de este pueblo, que nos es tan visible, aun la extincion de la sinagoga en que se vieron y ven cumplidas las profecías de Isaías, se convierten en pruebas de la verdad y divinidad de su religion. Mas hoy día, la observancia de esta religion es vana y criminal, porque llegando la realidad con la venida del Mesías y el establecimiento de la Iglesia, terminó la sinagoga, que era su figura, y finalizó la antigua alianza con el nuevo pacto y alianza sempiterna que ha hecho Dios con su Iglesia,

La diversidad de la religion mosaica de la cristiana, no indica diversidad de bases fundamentales; esto es: los mandamientos de la ley y las reglas de la moral son los mismos; la religion cristiana no los destruyó ni pudo destruirlos, porque son invariables, y sobre ellos se asienta ella misma; pero sí destruyó todo lo demás que era peculiar de aquel pueblo, y reglaba su culto externo; quitóle su misión, entró en la herencia de sus privilegios, y en la plena posesion de las magníficas promesas de que aquel se hizo indigno por el suicidio de su Salvador y la persecucion de su Iglesia. Sobre aquellas bases fundamentales la religion cristiana ha dado todo el lleno á la moral, llevándola hasta el último grado de perfeccion, que no conoció la sinagoga, y que solo posee la Iglesia católica, como veremos adelante.

DIA SIETE.

San Luciano mártir.

San Luciano fué uno de los mayores sabios de la Iglesia de Oriente, y uno de los mas ilustres mártires de su tiempo. Nació en Siria, y probablemente en Antioquia. Inclinado siempre á la virtud, y desoso de alcanzar la perfeccion, luego que murieron sus padres repartió todos sus bienes entre los pobres, para dedicarse á la vida contemplativa y á la práctica de los consejos evangélicos. No contento con apartarse del mundo con la renuncia de los bienes terrenos, abandonó tambien el estudio de la elocuencia y demas ciencias humanas, en que habia hecho rápidos progresos, y se dedicó únicamente al de las Santas Escrituras. Ordenado de sacerdote, salió de su amado retiro, para repartir á los pueblos el pan de la divina Palabra, sin disminuir por eso la austeridad de su vida, antes bien, aumentándola para predicar no ménos con las obras que con las palabras. Sus vastos conocimientos en la lengua hebrea le facilitaban el exámen de las traducciones hechas de las Sagradas Escrituras, y consagró este talento al servicio de Dios y de la Iglesia, corrigiendo en parte algunas versiones, y trabajando principalmente sobre la edicion de los Setenta. Escribió tambien otras obras dogmáticas, que por su elocuencia y erudicion merecieron los elogios de San Jerónimo.

La celebridad de su nombre dió motivo á que algunos arrianos,

por recomendarse, se gloriasen de ser discípulos suyos, ó hiciesen uso con maligna astucia de algunas de sus espresiones; pero su artificio, siendo bastante conocido, no pudo manchar la opinion de Luciano, y la santa conducta y glorioso martirio con que selló su fé, hicieron ver la falsedad de la nota que se le imputaba.

Acérrimo defensor de la pureza del dogma, escribió impugnando á un sacerdote sabeliano, y éste, indignado contra nuestro Santo, lo entregó á los perseguidores de la Iglesia, imperando aun Diocleciano; y fué por ellos deportado á Nicomedia, donde permaneció en prision cerca de nueve años. No estuvo en ella ocioso su zelo, pues ya de viva voz, ya por escrito, consolaba á sus hermanos, los sostenia en la fé, y escribía en defensa de la religion cristiana, de la que compuso una apología que hizo presentar al emperador Galerio.

Muerto éste despues de algún tiempo, su sucesor Maximino, que habia fijado su residencia en Nicomedia, renovó la persecucion contra los cristianos, y comenzando por los que estaban ya en prision, hizo que se le presentase San Luciano. Empleó primero para seducirlo la dulzura y las promesas; mas viendo que no podia reducir su invicta constancia, dió rienda suelta á su furor, empleando contra el muchos y muy crueles tormentos. San Juan Crisostomo dice que nuestro Santo fué sucesivamente arrojado en un horno encendido, y en un horroroso abismo, precipitado de las alturas, despedido en el potro, y expuesto á las fieras; pero de todos lo sacó vencedor la Divina Omnipotencia.

Causado el tirano y confundido de la firmeza de Luciano, lo redujo á la prision, y lo privó de todo alimento para que el hambre lo consumiese. Antes de que terminase su vida, hizo con él otra tentativa, haciéndole traer viandas ofrecidas á los ídolos, para que excitado por el hambre devorador, las comiese, participando de sus sacrificios; pero el Santo se abstuvo de comerlas, é interrogado de nuevo por el inicuo juez, limitó su respuesta á estas breves, pero enérgicas palabras. "Yo soy cristiano." Las actas de su martirio refieren, que habiendo conseguido algunos fieles licencia para verlo antes de morir, le manifestaron deseo de que celebrase el santo sacrificio, y que proporcionándole la materia conveniente, le colocó sobre su pecho á falta de altar, y no pudiendo ya moverse, ofreció de este modo el sacrificio. Todos los asistentes comulgaron, y el mismo recibió el sagrado viático como la mejor preparacion para consumir su martirio. Sucedió su preciosa muerte á principios del

año de 312. Su cuerpo, segun unos, fué arrojado al mar; mas otros escritores aseguran que fué enterrado en Drapano de Bitinia, de donde enviado despues de tiempo á Carlo-Magna, fué éste quien erigió en su honor un templo en la ciudad de Arlés, donde colocó sus reliquias.

La misa de hoy es de la infraoctava de la Epifania, y la Epístola la misma de ayer, pág. 36.

Levántate, ó Jerusalem, &c.

El Evangelio es el mismo de ayer, pág. 37.

Habiendo nacido Jesus, &c.

MEDITACION.

Sobre la grandeza de Cristo en su misma humillacion.

Considera que nunca apareció Jesucristo tan grande, como es verdaderamente, sino en medio de sus mayores abatimientos: ¿Qué cosa de mayor humillacion para todo un Dios, que verse reducido á las miserias y flaquezas de un niño? Pues he aquí que el nacimiento de ese Niño fisco y desconocido es el que anuncian los ángeles: ese Niño es el que manifiesta un astro á las naciones extranjeras: á ese Niño tan pobre y tan humildemente alojado vienen á adorar los reyes: á ese reconocen por su soberano cuando le ofrecen sus dones, cuando le rinden sus respetos, cuando le tributan vasallaje. ¿Qué monarca del mundo recibió jamas tanto honor en sus magníficos palacios? ¿Qué motivo humano, qué razon natural pudo infiltrar en un sucesor tan maravilloso y tan extraordinario? ¿No se descubre aquí visiblemente la Omnipotencia del dueño del universo? ¿No brilla su Divinidad entre las sombras de su oscuro nacimiento? ¿Dónde se hallará mas bien estampado el carácter de la Magestad Suprema, que en el Hombre Dios? ¿Pero qué impresion hace en nosotros? ¿La reconocemos como es debido? ¿La respetamos y acatamos? ¡Ah! nuestra indiferencia, nuestra indevoción, nuestra altivez son lastimosas pruebas de lo que nuestro corazón se ha alejado de Dios.

Considera que Jesucristo, en medio de su engrandecimiento, no abandona el sendero de la humillacion: le anuncian los ángeles y le rinden sus adoraciones: lo adoran los reyes y le tributan sus presentes; mas él no muda su conducta: siendo dueño del universo, no se enriquece: poseyendo la omnipotencia, no la emplea en la conserva-

ción de su vida, y se atiene á los medios humanos que le ministra el órden de la Providencia. ¡Qué lección para el hombre, que siendo polvo y nada, busca siempre su engrandecimiento, y está en un continuo afán para huir de su miseria y sacudirse de su abatimiento! ¿Pero lo logrará? Cierta es que no. Firme es é invariable la palabra de Dios, y Cristo ha dicho que el que se exaltare será humillado. Ese cuidado de engrandecernos se lo ha reservado Dios: á nosotros no nos toca más que humillarnos y adorar sus disposiciones.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Qué sabia y bien ordenada es, Dios mío, esta tu disposición! pero ¡qué lejos estamos nosotros de conformar á ella nuestra conducta! Sin embargo, no debemos separarnos un punto de esta divina regla. Ella ha de ser de hoy en adelante la que guíe mis pasos, y sujete mi soberbia. Dadme, Dios de bondad, vuestros auxilios para que mi propósito no ceda al torrente de mis pasiones.

JACULATORIA.

Grande es el Señor, y digno de eterna alabanza.

LECCION.

Sobre la verdad y eternidad de la religion cristiana.

No habiendo establecido Dios la religion judaica para que durase perpetuamente en lo tocante á los preceptos y ritos judiciales, debieron estos abrogarse, é instituirse una nueva alianza en lugar de la de Moises, y suceder la nueva ley á la antigua. "Llegará un día, dice el Señor, por el profeta Jeremías, y haré con la casa de Israel una nueva alianza; no segun aquel pacto que establecí con sus padres, en el día en que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; sino que este será un pacto que haré con la casa de Israel despues de aquellos dias: pondré mi ley en sus entrañas y "la escribiré en sus corazones: todos me conocerán, desde el mas pequeño hasta el mas grande de ellos."

La nueva alianza debia establecerse por algun Mediador; así como lo habin sido la antigua por el ministerio de Moises. Este Mediador Supremo es Jesucristo, á quien dice el Señor por boca de Isaías: "Te di para la alianza del pueblo, para la luz de las naciones." Su existencia en la tierra en carne mortal, el desempeño de su mision, la consumacion de su sacrificio, son las condiciones y

medios por donde se trató, estableció y consagró esta nueva alianza: su pacto es inviolable, firmado y consagrado con la sangre del Cordero de Dios: estriba nada menos que en la fidelidad indefectible de todo un Dios, incapaz de faltar á su palabra. Esta nueva alianza produjo un nuevo órden de cosas en el mundo, que tienden directamente á la vida eterna y al reino celestial: nuevos y divinos sacramentos; nuevo é inefable sacrificio, nueva ley, nuevo cetro, nueva disciplina, congregacion universal de todos los pueblos de la tierra bajo de una cabeza: he aquí la Iglesia de Cristo. Fundada por un Dios, sostenida por una fé, regenerada por un bautismo, vivificada por un espíritu, alimentada por un manjar, regida por una cabeza, la Esposa del Cordero se presenta con aquella hermosura verdaderamente perfecta que produce el órden: ella es del tiempo y de la eternidad: de la tierra y del cielo; en el tiempo milita; en la eternidad triunfa: en la tierra trabaja y descansa en la patria.

El Fundador Divino de esta Iglesia es al mismo tiempo su Esposo: durmiendo el sueño de la muerte en el árbol de la Cruz, es abierto su costado por una lanza, y salen de la herida sangre y agua: en la sangre se contiene y simboliza la Eucaristia, máximo de los sacramentos, al cual tienden y se ordenan los demas; en la agua se contiene y simboliza el bautismo, medio de regeneracion indispensable para ser concebidos los hombres, hijos de esta Madre virgen. De tales huesos, de tales músculos se forma la Esposa de Cristo, figurada en la formacion de Eva de la costilla de Adán mientras dormia. Y así como éste al verla, dijo: "Ha aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne: llamarase *Virago*, porque del hombre ha sido hecha;" así Cristo puede decir de su Esposa la Iglesia: "He aquí mi sangre, he aquí la que ha salido de mi corazón: llamarse ha *cristiana*, porque de Cristo ha sido hecha."

Ved aquí el feliz resultado de la nueva alianza: ved aquí una nueva religion toda divina: su dogma, su moral son revelados por la verdad eterna, por la sabiduría increada, humanada para la ejecucion de esta grande obra. Vivió Dios hecho hombre entre los hombres, conversó con ellos, abrió su boca divina, he habló esta su palabra de vida, los llamó y congregó con la predicacion de su feliz nueva, los envió su Espíritu: este Espíritu santificador iluminó las almas, se difundió en los corazones, y así como formó el cuerpo de Cristo en el vientre de María, así tambien organizó, formó y santificó el cuerpo místico de Cristo en el seno de la Iglesia.

DIA OCHO.

San Teófilo diácono, San Apolinar obispo y San Luciano mártir.

SAN TEOFILO DIACONO.

Nuestro calendario hace hoy mención de San Teófilo diácono que floreció en los primeros años de la Iglesia; mas como en aquellos tiempos los Santos y fervorosos cristianos, agitados con fuertes y continuas persecuciones, y ocupados tambien en la propagación de la fé, no podian dedicarse á escribir las vidas de los que entre ellos sobresalian por sus virtudes y gloriosos hechos, carecemos hoy de su noticia en mucha parte. De aquí proviene que tengamos tan pocas noticias de San Teófilo, quien sin embargo, se ve haber sido hombre muy eminente y de grande representacion. Los historiados, res eclesiásticos dicen que fué discipulo de San Lucas evangelista, y á quien su Santo maestro dirigió primero su Evangelio, y despues el libro sagrado de los Hechos apostólicos. En el primero de estos escritos, segun los ejemplares griegos, le da el titulo de *muy poderoso*, palabras que el intérprete latino tradujo y convirtió en la de *Optimo*. Se congetura que la modestia cristiana lo obligó á dejar la dignidad que tanto lo distinguia, y que por esa razon el Evangelista no lo llama del mismo modo en su segundo escrito de los Hechos de los apóstoles. Muchos se han persuadido que este Santo es aquel ilustre antioqueño á quien convirtió San Pedro, y cuya casa, consagrada por el mismo como templo, servia á los primeros fieles de Antioquia para la oración y celebracion de los divinos misterios, y fué el lugar en que el Príncipe de los Apóstoles estableció su primera cátedra.

Padeció San Teófilo el martirio en la Libia, rasgándole las carnes con puntas de acero, revolcándole despues sobre tientos de varas, y entregado por fin á las llamas, en que abrasado su cuerpo, entregó al Señor su bendita alma, abrasada en el fuego del divino amor.

San Apolinar obispo.

En el imperio de Marco Antonino Vero floreció San Apolinar:

Dado desde su juventud al estudio de las ciencias, hizo no menos progresos en el de la virtud, y sosteniéndose vigorosamente en el propósito de una vida cada dia mas adelantada en santidad, llegó por fin á dar los mas sazonados frutos de doctrina y piedad, empleando estos grandes é inapreciables talentos en servicio de la Iglesia. Con ellos se atrajo las bendiciones de Dios y el aprecio de sus hermanos, de modo que elevado á la dignidad episcopal, fué uno de los mejores ornamentos de la Iglesia de Asia, y el padre mas providente para con sus ovejas. Lleno por fin de merecimientos, terminó felizmente su santa vida con la muerte de los justos, en Alepo, ciudad de Asia y capital de su obispado.

San Luciano.

Este Santo, á quien el Martirologio pone hoy en primer lugar, es diverso del que padeció martirio en Nicomedia y de quien hablamos ayer. El ilustre mártir que ahora nos ocupa, fué noble de nacimiento, y se distinguió por su adhesión á la fé, que abrazó convertido por el grande Apóstol San Pedro. Fué enviado á Francia por el papa San Clemente, romano, para que sembrase allí la semilla del Evangelio; pero su celo ardiente lo obligó á ejercer sus tareas apostólicas desde la misma Italia, en donde comenzó á probar del cáliz de Jesucristo, sufriendo una dura prision. Puesto en libertad por los cristianos, llegó á Arles, en donde dispuso con sus compañeros que á cada uno se le asignasen los pueblos que habia de conquistar á Jesucristo. Tocó á San Luciano predicar á los habitantes de Boves, quienes á pesar de su carácter feroz, corrian en tropas á incorporarse al rebaño de Jesucristo por medio del bautismo, no pudiendo resistir á la predicacion de un Santo, que á una vida angélica juntaba los prodigios.

A estos progresos del Evangelio presentó hacer frente el infierno, suscitando una sangrienta persecucion en las Galias, la que San Luciano previó por revelacion divina, y despues de amoniciarla á su pueblo, exhortándolo con todo el fervor de su zelo á padecer por Jesucristo, se retiró al monte Millio para disponerse á morir en defensa de la fé. Los emisarios del tirano lo prendieron en aquel lugar, y empleando para vencer su constancia todos los medios que les sugirió su odio al cristianismo, solo consiguieron acrisolar su fé y conocer que nada era capaz de hacerlo vacilar. Enturecidos, pues, por la entereza con que les reprobaba su injusticia, y por ver que en

medio de los tormentos repetía constantemente las protestas de su fé; uno de ellos desenvainó la espada, y de un golpe separó la cabeza de su cuerpo el día 8 de Enero del año de 85 ó 90. Se refiere que cogiendo con sus propias manos su cabeza, caminó cerca de tres mil pasos hasta el lugar de su sepulcro, y que se oyó una voz del cielo que lo llamaba á recibir la corona obtenida por su triunfo.

La misa de hoy es de la infraoctava de la Epifanía, y la Epistola la misma de la página 36.

Levántate, ó Jerusalem &c.

El Evangelio es el mismo de la pág. 37.

Habiendo nacido Jesus, &c.

MEDITACION.

Sobre la necesidad de acreditar con las obras vuestra fé.

Considera que los magos no se contentaron con buscar al Divino Infante y postrarse ante él, reconociéndolo como á su Dios, sino que tambien le ofrecieron oro, incienso y mirra, dando así un testimonio mas auténtico de su creencia. Examina tu conducta y mira si, como en los piadosos magos, se haya de acuerdo con tu fé. Crees que Jesucristo es tu Señor, tu Dios, el Verbo eterno engendrado por el Padre en la eternidad; crees que es el Rey inmortal de los siglos que rige los cielos y la tierra; crees, en fin, que se dignó encarnar, y que despues de una vida laboriosa y llena de trabajos rindió su espíritu divino en un patibulo afrentoso; pero las acciones prueban esto mismo! Le has tributado el incienso de la oracion, ó mas bien has sido un ingrato para quien el nombre de oracion es casi extraño, que has pasado los dias y aun tal vez las semanas sin acordarte del Dios que en cada instante derrama sobre tí sus beneficios. ¿Puedes, sin llenarte de confusion y de vergüenza confesarte súbdito de un Rey á quien has negado el oro de la caridad, cuyas leyes mil veces has violado en su presencia misma! ¿La fé de un Dios Hombre muerto en una cruz, en medio de los mas acerbos tormentos, y de quien te llamas discípulo, se conforma con esa repugnancia á toda mortificacion? ¿Qué contraste! El Redentor coronado de espinas, y el relinido coronado de rosas. El Libertador en continua vela por salvar al pecador, y éste que es el cautivo duerme tranquilo en los brazos de la culpa, sin pensar siquiera en

sus cadenas. Dios, en fin, apitrandó el cáliz amargo de su pasion, y el hombre embriagado con la copa fatal de los placeres. ¿Es esto ofrecer á Jesucristo la mirra de la penitencia!

Considera que ninguno se ha salvado ni se salvará jamas con una fé estéril y sin obras. El cielo es la patria de los justos, y nadie merece este nombre sino el que obra la justicia. La fé sin obras es una fé muerta que solo te servirá para mayor condenacion, si no obras arreglándote á lo que ella te enseña. Justo es sin duda que perezcan los que mueren en la infidelidad; pero muy mas justo es que se sientan sobre sí el peso insoportable de todo un Dios Omnipotente los que, inutilizando el beneficio de la fé, merecieron ser oprimidos por su brazo justiciero. Que perezcan los que están fuera de la Iglesia, es muy natural; pues ella es aquella arca de salvacion fuera de la cual todos perecen; pero es muy extraño que se pierdan para siempre aquellos á quienes Dios no solo proporcionó los medios de conocer á Jesucristo, sino que de hecho los regeneró en las aguas del bautismo, é hizo participantes del conocimiento de las verdades de nuestra religion. De tantos millares que mueren sin conocer á Dios, cuántos de ellos hubieran sido unos santos si hubieran tenido todos los recursos que á tí te proporciona la Iglesia? ¿Y qué mérito tenias para que de entre esos centenares de infieles Dios te escogiese, haciéndote nacer en el seno de la Iglesia? Y aun naciendo donde efectivamente naciste, ¿no pudo traerte al mundo cuando el nuevo mundo aun era idólatra? Si lo hubiera hecho así, ¿en dónde estarías? Reconoce, pues, el beneficio de la fé, y si hasta ahora has deshonrado el glorioso nombre de cristiano que recibiste en el bautismo: postrado ante su Divina Magestad y con la firme creencia de que te oye, y no se escapa de tu vista el mas recóndito de los sentimientos de tu corazón, dile:

Señor, desde hoy protesto no contradecir jamas mi fé; me portaré como discípulo vuestro, y ya que os dignasteis traerme á vuestra Iglesia solo movido por vuestra bondad, agradeceré, Señor, este beneficio, y aunque débil y miserable sin vuestro auxilio, os prometo, Dios mio, contando con vuestra gracia, que mi creencia será la norma de mis acciones.

PETICION Y PROPÓSITOS.

No es discípulo del Cristo el que no lleva su cruz; propon, pues, abrazar la que Dios te enviare en cualquiera estado; así le ofrecerás la mirra de la penitencia. Otro carácter del cristiano es el amor al

pródigo, y como este se halla inseparable del amor de Dios, probarás con las obras que tienes fé, si resuelves cultivar esta virtud. Así ofrecerás á Dios el oro de la caridad. En fin, jamas se pase un solo día sin que hagas oracion en espíritu y en verdad. Así os lo ofrezco, Dios mio, y para ejecutarlo, imploro vuestra asistencia. Dadme este don divino, este espíritu de oracion, que lleva al hombre hasta tu trono para que alcance tus misericordias.

JACULATORIA.

Yo creo, Señor, y os adoro: ayudadme y haré obras dignas de vos.

LECCION.

Sobre la evidencia de la religion cristiana.

Ya hemos indicado que las profecias son uno de los poderosos medios que hacen evidente la religion cristiana. Tales son los diversos anuncios esparcidos en la Escritura santa acerca de la venida del Mesias, su pasion y muerte, la destruccion de Jerusalem, y el estado de dispersion y envilecimiento á que se ve reducida desde entónces la nacion judía á la vista del mundo entero. Todas estas profecias anuncian los acontecimientos venideros, con tanta claridad y precision, que parecen una historia de lo pasado y no una prediccion de lo futuro como realmente fueron. Al reflexionar con detencion el inmenso espacio de tiempo que ha trascurrido desde que se anunciaron y escribieron estas profecias, hasta su cumplimiento: la sucesion no interrumpida con que se enlazan entre sí en tantos miles de años: la exactitud maravillosa con que corresponden á aquellos mismos sucesos, y la imposibilidad de acomodarlas á ningunos otros hechos de la historia humana, se ve hasta la evidencia que todas ellas emanan de una inspiracion sobrenatural, cuyo origen excede á toda fuerza intelectual del hombre, y que por consiguiente solo en Dios puede hallarse.

En el Evangelio predijo Cristo Señor nuestro, su pasion y muerte circunstancialmente, y su gloriosa resurreccion, y los mismos que oyeron de su boca el anuncio fueron testigos de su cumplimiento, de modo que toda una nacion, y los mismos ejecutores, oyeron ántes lo que despues hicieron y vieron verificando. Anunció á sus discipulos que serian conducidos ante las sinagogas, ante los reyes y los principes, y que ellos los atormentarian y les darian la muerte: pronosticó que sus discipulos habian de hacer grandes milagros: vaticinó que sus Apóstoles habian de testificar de él y predicar su

Evangelio en toda la Judea, Samaria y hasta los últimos confines de la tierra, y profetizó que las naciones gentiles recibirian el Evangelio: todo lo cual se ha cumplido exactísimamente y lo ha visto el mundo entero. Por último, predijo la destruccion de Jerusalem, que habia de ser sitiada por los enemigos, y arrasada hasta los cimientos, de manera que no quedase piedra sobre piedra, la muerte de los habitantes de sus campos, el incendio de su templo, y otras muchas circunstancias anteriores y que seguirian á este terrible asedio, como las sediciones, los horrosos asaltos, el hambre y toda clase de tribulaciones; todo lo que habia de verificarse antes de que muriese la generacion que entónces existia, y todo, todo sucedió puntualmente del mismo modo que lo habia anunciado Cristo á los treinta años despues de su muerte.

Pero si los milagros, si el cumplimiento de las profecias que son tambien un milagro permanente, hacen tan evidente la divinidad de la religion cristiana, su admirable propagacion por todo el mundo, y la perfeccion de su moral, llevan al último grado esta evidencia. Doce pobres pescadores sin las circunstancias que llaman la atencion de los hombres, esto es, sin crédito, sin dinero, sin armas, ni otro algun distintivo, dividen entre sí la tierra, y se separan tomando cada cual su rumbo, y entrándose en naciones desconocidas y distantes, sin tren, sin comitiva, sin credenciales, sin alforja, sin calzado, ni mas que una túnica, á predicar á gentes civilizadas y á bárbaras naciones, á sabios é ignorantes; una doctrina nueva que condena los vicios, que abate la soberbia, que desprecia las riquezas, que aborrece los placeres, que da por el pié á las honras y vanidades, que contradice el genio, que niega la propia voluntad, que sujeta el juicio, domina la opinion, y subordina la razon del hombre: una moral austera, cuya base es el desprendimiento universal, cuyo objeto es el ejercicio continuo de virtudes sublimes que sujetan las pasiones, reprimen la concupiscencia, niegan los apetitos, y conducen al hombre por un camino de humildad y mansedumbre, de sufrimiento y paciencia al amor de la cruz y los trabajos, del retiro y las lágrimas, del propio desprecio, del propio sacrificio hasta morir en las aras de la penitencia ó del martirio: una moral que busca bienes futuros é invisibles por el desprecio y sacrificio práctico de los presentes y visibles: una religion que ensena dogmáticamente verdades y misterios superiores á la razon del hombre, incompréhensibles á la inteligencia criada.

¿Y en qué circunstancias acometen estos pocos pescadores una

empresa tan ardua? Cuando el mundo todo preocupado inveteradamente del error, y sumergido en el profundo abismo de los placeres mas halagüeños, divinizada los vicios y proclamaba el error por verdad indestructible; y con tal ceguera y obstinacion que echa mano de todos sus recursos, del tormento y la muerte para sostenerse en su imperio, y destruir una religion tierna y naciente. Entonces es cuando la palabra pacifica del Evangelio se presenta á contrastar todo el poder del mundo y del infierno: combate, vence, triunfa, y mantiene su imperio por todos los siglos. ¿Podrá darse mayor evidencia de su divinidad? ¡Ah! Esta obra solo es posible á un Dios omnipotente, autor de la verdad, dueño del mundo, que rige los sucesos de la vida y dispone del destino y la suerte de los hombres.

DIA NUEVE.

San Julian mártir.

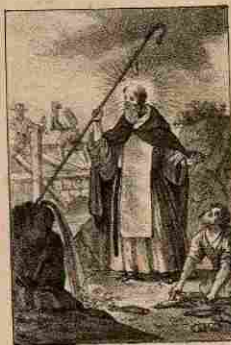
NACIÓ San Julian en Antioquia de Siria. Sus padres mas distinguidos por la piedad que por la nobleza de la sangre, emplearon sus cuidados en proporcionarle una educacion verdaderamente cristiana y piadosa, á que correspondió con abundantes frutos de virtud y religiosidad. Dedicado al estudio de las ciencias, adelantó mucho en ellas hasta la edad de diez y ocho años, en que la obediencia lo obligó á abrazar el estado del matrimonio, sin embargo de la resolucion en que se hallaba de guardar perpetua castidad.

Se desposó en efecto con una vírgen cristiana, llamada Basilisa, fiado en que la Providencia le facilitaria medios para llevar adelante su santo propósito. No se engañó en su esperanza, pues desde la primera noche del matrimonio logró persuadir á su esposa á que le acompañase en el voto de castidad, y el cielo mostró con prodigios cuán agradable le era este sacrificio. La persuadió tambien cuando llegó el caso de que ambos pudiesen disponer de sus cuantiosos bienes, á distribuirlos entre los pobres, y dedicarlos todos á obras de caridad, para lo cual erigieron dos casas ó hospitales en que mantenian, asistir y enseñaban gran número de personas de ambos sexos, presidiendo Julian á los hombres y Basilisa á las mujeres: de donde le vino á nuestro Santo el renombre de *hospitalario*, con que es generalmente conocido.

Perseguian por aquel tiempo á la Iglesia los emperadores Diocle-



S. Julian Mártir



S. Genesio de Amariante.



S. Francis Deacono



S. Eginus Papa Mártir.

ciano y Maximiano, cuyos nombres están escritos con caracteres de sangre en los fastos del imperio romano. Julian y Basilisa procuraban con ayunos y penitencias aplacar la ira del Señor, y atraer las bendiciones divinas sobre los fieles, especialmente sobre los que vivían bajo su dirección. Favoreció el Señor á Basilisa, anunciándole que moriría tranquila en medio de sus discípulos; pero que su esposo terminaría la vida en los tormentos en defensa de la fé. Cumplióse lo uno y lo otro, pues habiendo fallecido Basilisa, vino como teniente de los príncipes el cruel Marciano, digno de representarlos por su barbarie y celo impío en mantener el culto de los dioses: luego que llegó, mandó fijar en los parages públicos la órden sacrilega de que ninguno pudiese comprar ni vender aun lo mas necesario para la vida, sin que primero tributase adoración á los ídolos; y llegando á su noticia las virtudes de Julian, envió á su asesor para que lo indujese á obedecer los decretos imperiales. Encontrólo el comisionado en la Iglesia, animando con sus exhortaciones la constancia de los cristianos, y tuvo con él una larga conferencia; pero sin poder sacar de su boca otra cosa que la confirmación de su fé. Irritado Marciano con la noticia de su resistencia, mandó abrasar la iglesia para que pereciesen todos los que estaban allí reunidos, excepto Julian, á quien hizo traer á su presencia, y despues de otra inútil tentativa, lo mandó golpear con palos llenos de nudos. En la ejecución perdió un ojo uno de los verdugos, y nuestro Santo, haciendo oracion, se lo restituyó, con cuyo milagro convertido aquel hombre confesó en altas voces la fé de Jesucristo, y á poco la selló con su sangre, por mandato del tirano. Julian, oprimido de prisiones fué conducido por las calles de la ciudad, precedido de unregonero que decía á gritos: Así deben ser atormentados los enemigos de los dioses, desobedientes á los decretos imperiales.

El hijo único de Marciano salía de su casa á tiempo que pasaban á Julian, y viendo una multitud de ángeles que lo rodeaban en actitud de coronarlo, se convirtió á la fé: lo que sabido por su padre mandó que se le encerrase en una inmundada prision; pero el Señor la convirtió en un lugar deliciosísimo, iluminándola con claridad celestial, y difundiendo por ella un olor exquisito: con tal prodigio se convirtieron veinte de los soldados, y con esto y la resurreccion de un muerto que hizo Julian en la plaza, se irritó tanto el tirano, que mandó meter á los valerosos mártires en cubas llenas de materiales combustibles á que se prendió fuego; pero saliendo de ellas ilesos, fueron restituidos á la cárcel. Vino á ella la muger misma

de Marciano con el fin de seducir á su hijo; pero sucedió al contrario, porque orando los santos, volvióse á iluminar la prision, se oyeron músicas celestiales que la convidaban á merced; la misma recompensa. Rindióse ella en efecto, y recibió el bautismo de mano del sacerdote Antonio. Luego que supo Marciano la novedad, mandó que reservando á Julian, al presbítero Antonio, al resucitado por Julian, que se llamaba Atanasio, y á su muger y su hijo, los demas fuesen degollados, como se ejecutó al momento.

Hizo despues conducir á los que habia reservado, á un templo de sus dioses, esperando reducirlos á que les ofreciesen incienso; y sacrificasen las victimas; mas orando Julian, el templo se arruinó y cayeron las estatuas destrozadas, con asombro de todos los espectadores. Entonces el tirano lleno de furor mandó cortar la cabeza á Julian, y atormentados de nuevo y expuestos á las fieras los demas, fueron igualmente degollados el día 9 de Enero de 308. No sobrevivió mucho Marciano á sus ilustres victimas, pues murió á poco tiempo comido de gusanos.

La Misa es de la infraoctava de la Epifanía, y la Epistola la misma de la pág. 36.

Levántate, ó Jerusalem &c.

El Evangelio es el mismo de la pág. 37.

Habiendo nacido Jesus, &c.

MEDITACION.

Sobre los actos de religion con que debemos honrar á Dios.

Considera que Jesucristo, con su Santísima Madre y su Padre estigmativo, iba todos los años á Jerusalem á la fiesta de la Pascua, y reflexiona que este divino ejemplo, así como debe ser la norma de nuestra conducta, así descubre la falta de piedad y religion en que lastimosamente vivimos. El Hijo de Dios vivo, igual en todo á su Padre en cuanto Dios, y uno con él en esencia, no rehusa rendirle en cuanto hombre el culto que le es debido, ¡y nosotros, puras criaturas, hecluras de las manos de Dios, ante quien somos como si no fuésemos, no nos dignamos doblar la rodilla ante su Soberana Magestad, ni desplegar nuestros labios, ni soltar nuestra lengua en alabanza ó depreccion al Dios del cielo y de la tierra, Autor supremo de la naturaleza y de la gracia! ¡qué ceguedad! ¡qué soberbia! ¡Avergonzarnos de ser vistos en humilde postura y devota accion an-

te la Magestad divina, aun presente en la Eucaristia, aun en la hora misma del tremendo sacrificio! ¡Oh Dios, y cuánto me acusa mi conciencia sobre este punto! ¡Oh y cuántas ocasiones me he puesto en pie aceleradamente, y disimulado ó negado que oraba á mi Dios, ó veneraba con el debido culto á su Madre Santísima ó sus Santos! ¡Ah! que de lo contrario debería avergonzarme!

Considera que Jesucristo asistia á unas solemnidades que iba á abrogar él mismo, como que se habian ordenado para celebrar unos sucesos que eran figura de los grandes misterios de la redencion que iba á obrar, y para cuya perpetua celebridad iba á instituir la ofrenda y sacrificio de una hostia que sustituyese en su Iglesia con infinita ventaja á todas las de la sinagoga; pero mientras esto se verifica, Jesucristo asiste á sus fiestas y las celebra religiosamente; y nosotros sus redimidos, que viniendo al mundo despues de la redencion, gozamos el sumo honor y dicha de ver en su Iglesia no solo representados sino repetidos los misterios de nuestra redencion ¡será bien que no los celebremos, que no asistamos á sus solemnidades, que en los dias mas sagrados en vez de conducirnos al templo, marchemos á las profanas diversiones, ó que si alguna vez asistimos, sea mas para escandalizar que para edificar á nuestros prógimos; mas para manchar que para purificar nuestras almas; mas para endurecer que para ablandar nuestros corazones; mas para ofender que para honrar á Dios?

¡Oh Dios de santidad y de pureza suma! ¡cómo habeis permitido que en vuestro augustó templo, en la celebracion de vuestros misterios sacrosantos, ante vos mismo, potente en la Eucaristia, me haya presentado en la escandalosa ostentacion del lujo y deshonestidad mas detestable!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Si, detestable ha sido mi sacrilega audacia; mas ya desde hoy, Dios mio, entraré en la observancia de la verdadera piedad: con vuestro auxilio, que imploro humildemente, haré pública y abierta profesion de la religion propia de un cristiano; no me avergonzaré del Evangelio, ni trataré ya mas de complacer á los hombres, faltando á vuestro servicio.

JACULATORIA.

Os adoraré, Señor, en vuestro santo templo, y confesaré vuestro nombre.

LECCION.

Sobre las Santas Escrituras.

Por lo dicho en las anteriores, quedamos asegurados indudablemente del origen divino y de la verdad manifiesta de la religion cristiana, á la cual sirvió el Antiguo Testamento ó Ley escrita, de una perfecta revelacion; de manera, que á la preparacion ha seguido la demostracion mas auténtica y palpable del cristianismo. Varnos ahora á hacer ver como el Protocolo, el Depósito, el Registro de esta misma religion, que se contiene en los libros cuya coleccion llamamos Sagrada Escritura, trae tambien su origen de Dios, es decir, como el Viejo y el Nuevo Testamento han sido escritos por inspiracion divina.

Sobre la base de que la escritura es el medio que ha dado Dios á los hombres para que se comuniquen y perpetúen los conceptos y palabras, y de que lo que Dios ha revelado á los hombres, ha sido para que su conocimiento se difunda de generacion en generacion, y se conserve sin la alteracion que sufren las noticias no escritas, no es ni puede ser extraño que Dios haya ordenado el medio de las Santas Escrituras para depositar en ellas lo que nos ha revelado, y la importante noticia de las obras que ha hecho en nuestro beneficio. Esto supuesto, decimos: que es constante, y hemos manifestado ya, que antes de la venida del Mesías, habian sido escritos y existian los libros que componen el Testamento Antiguo, conservados cuidadosamente en los archivos del templo de Jerusalem, y aun en la sagrada Arca una copia del de la Ley, y que se leian públicamente en las sinagogas de los judios: es constante que aquellos sagrados volúmenes eran el objeto del mayor cuidado y atencion del pueblo hebreo, quien los consideraba y veneraba como una obra sacratísima de origen y autoridad divina, y los llamaban "*Libros de santidad, lo santo del Señor*," y los besaban al abrirlos y cerrarlos, lavándose las manos antes de tocarlos. El historiador Josefo dice de estos Libros lo siguiente: "Estos escritos contienen una relacion de todos los tiempos, y con razon se tienen por divinos;" y Filon el filósofo los llama "Escritos sagrados, oráculos de Dios." Pero vengamos al testimonio de la eterna verdad.

Jesucristo usaba frecuentemente de textos del Antiguo Testamento como de una prueba indudable. "Las Escrituras son las que dan testimonio de mí," decía á los judios. Y á sus discipulos dijo des-

pués de su resurreccion: "Estas son las palabras que os hablé estando aun con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moises y en los Profetas." "Entonces, continúa San Lucas, les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras." No solo aclaraba nuestro Divino Maestro los sucesos que se ofrecian, con pasajes del Antiguo Testamento, sino que á veces decia que los sucesos se verificarian "para que se cumpliese la Escritura." Cuando los judios lo acusaban de blasfemo porque declaraba ser el Hijo de Dios, les impuso silencio con el Libro sagrado, añadiendo esta declaracion importante: "La Escritura no puede faltar."

Los Apóstoles y Evangelistas siguieron exactamente el ejemplo de Jesucristo, como puede manifestarse con multitud de pasajes. Hablando San Pedro de los Profetas que escribieron el Viejo Testamento, declara "*que el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, fué el que vaticinó la futura venida del Señor;*" y en otra parte dice: "Los hombres santos de Dios hablaron siempre inspirados por el Espíritu Santo." En la Epístola á los hebreos se citan las palabras de David y de Jeremias como palabras del Espíritu Santo. En la segunda carta de San Pablo á Timoteo, le dice el Apóstol: "Perseverá en las cosas que has aprendido y se te han encomendado, sabiendo de quién las aprendiste, y que desde la niñez aprendiste las sagradas letras, que te pueden hacer sabio para la salud por la fé que es en Jesucristo. Toda Escritura divinamente inspirada, es útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, para que el hombre de Dios sea perfecto y esté prevenido para toda obra buena." Así pudiéramos citar otros innumerables testimonios; pero lo dicho basta, añadiendo solo dos reflexiones; primera: que Cristo y sus Apóstoles citaban el sagrado texto como una suprema é indisputable autoridad en todas las materias concernientes á la religion; segunda: que no hacen distincion de los libros que componen el Antiguo Testamento, porque su autoridad no les viene del escritor de cada uno, sino del Espíritu Santo que los inspiró á todos.

Acerea del Nuevo Testamento, basta reflexionar, que si las disposiciones divinas reveladas al pueblo escogido, siendo solo la preparacion evangélica, requirieran una Escritura que pasase de mano en mano de generacion en generacion, autorizada por el mismo Dios; igual seguridad requiere el Evangelio y la nueva Ley, siendo como es el complemento de la antigua. Aquel Dios que protegió las revelaciones preparatorias, no podia dejar expuesta al olvido, al error y á los

demas defectos de la flaqueza humana, la plenitud de la verdad que manifestamente descubria y presentaba al mundo.

Así tampoco podia carecer la verdad evangélica de la autoridad que goza la consignada en las antiguas Letras. El mismo Espíritu Santo, que inspiró á los Profetas y demas sagrados escritores del Antiguo Testamento, inspiró á los Apóstoles y Evangelistas que escribieron el Nuevo. Anunciándoles Jesucristo la venida del Espíritu Santo, les dice expresamente: "El consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho." Al referirse el cumplimiento de esta promesa en el sagrado libro de los Hechos de los Apóstoles, se añade que "repuso sobre ellos el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego repartidas sobre sus cabezas que fueron todos llenos de dones, sobrenaturales, y que hablaron lo que el Espíritu Santo les inspiraba, que hablasen. Su predicacion sirvió para introducir el cristianismo en el mundo: sus escritos eran igualmente esenciales para su conservacion.

Concluiremos con el testimonio que da el Principe de los Apóstoles de su co-apóstol San Pablo, diciendo: "Pablo, nuestro muy amado hermano, os escribió segun la sabiduria que le fué dada." Y á la verdad que no podia dejar de ser divina e inspirada, la sabiduria de aquel que el mismo Cristo destinó para doctor de las naciones, á quienes con la predicacion y los escritos habia de instruir en el dogma y formar en la moral.

---*---
DIA DIEZ.

San Gonzalo de Amarante y San Nicanor diácono.

SAN GONZALO DE AMARANTE.

HACIA los fines del siglo XII ó principios del XIII, nació San Gonzalo, en un lugar llamado Atagilde, del arzobispado de Braga en el reino de Portugal. Sus piadosos padres, que eran nobles y abundantes en bienes temporales, no perdonaron medio alguno para cultivar la bella índole del niño con una educacion verdaderamente cristiana y religiosa, con tanto mas esmero cuanto que parecia en él innata la piedad, y aun descubierta con un signo especial, cual fué que acabándole de bautizar fijó los ojos con singular atencion en una imagen de Cristo crucificado; seccion notoriamente age-

na de un niño recién nacido. Crecia con él la piedad, sin sufrir menoscabo con los estudios á que lo dedicaron sus padres, tanto que aprovechado en ellos bajo la inspeccion del arzobispo de Braga, este prelado lo ordenó de presbítero, y lo hizo cura de la parroquia de San Pelayo en Rivadeiveira. El nuevo estado aumentó su humildad y su fervor, y el trato continuo con Dios en la oracion, elevó su espíritu y le comunicó un celo ardiente por la santificacion de sus feligreses, á quienes edificaba con el ejemplo y con la predicacion de la divina palabra; su casa era el albergue de los pobres, y las rentas del beneficio su alimento.

Aunque en el ministerio parroquial hallaba el celo de nuestro Santo la dulce satisfaccion de trabajar por la gloria de Dios, su ardiente amor á Jesucristo le hacia suspirar por la visita de los sagrados lugares que el Salvador santificó con su presencia corporal y en que obró los misterios de nuestra redencion, y sintiéndose cada dia mas movido de la inspiracion de Dios á poner por obra su peregrinacion, pidió al fin y obtuvo la licencia para separarse de su parroquia, dejándola encargada á un presbítero sobrino suyo, que el santo habia educado. Partió pues á Roma, y luego á Palestina, donde fué tal el desahogo de su piedad, y tanta la gracia de devocion con que el Señor se la recompensó, que obedeciendo á la inspiracion divina, moró en aquellos sagrados sitios por mas de catorce años.

Vuelto á Portugal, se encaminó á su parroquia de San Pelayo en traje de peregrino, pidiendo limosna; mas el ingrato sobrino que con letras falsas habia hecho creer su muerte, lo despidió con ferocidad, dándole golpes y amenazándole con mayor estrago, aun despues de habérselo dado á conocer. Recibió Gonzalo con resignacion tales ultrajes, y para recogerse fabricó una ermita á Nuestra Señora, junto al lugar de Amarante, á orillas del rio Tamaga. Hacia en su retiro la vida silenciosa de un ermitaño, y predicaba como un Apóstol por toda la comarca. Por este tiempo se sintió movido á tomar el hábito de Santo Domingo, como lo hizo en el monasterio de Guimgraer, y hecha á su tiempo la profesion religiosa, volvió á su ermita con permiso de sus superiores, á continuar la vida apostólica y solitaria á un tiempo, que habia emprendido, con tanto aprovechamiento propio, y bien de las almas.

Movido á compasion por las frecuentes muertes de los pasajeros que vadesaban el rio Tamaga, emprendió sin mas auxilios que la Providencia de Dios, fabricar un puente, y su confianza alcanzó tan

visibles socorros, que en breve concluyó su empresa. Un día que los operarios se hallaban sin alimento acosados del hambre, compadecido nuestro Santo hizo oracion, y lleno de viva fé llamó á los peces del rio en nombre del Señor, y á su voz acudieron tantos que habiendo comido todos los operarios con abundancia, sobró una porcion á que Gonzalo dió su libertad. En otra ocasion, fatigada la gente de la sed y desfallecida del trabajo, hirió el Santo con su báculo una peña en dos lados, y brotó agua del uno, y del otro vino, con que se refrigeraron los trabajadores.

Una caridad tan ardiente y una virtud tan constante clamaban por el premio eterno al Dios de las misericordias, y su Magestad agrado de la austera y laboriosa vida de su Siervo, se dignó llamarle al perpetuo descanso. Conoció con regocijo que se acercaba su hora, y haciéndose administrar el Sagrado Viático, entregó su bendita alma en manos de su Criador el 10 de Enero de 1259. Continuando despues de su muerte los milagros. El papa Pio IV autorizó su culto. En su ermita se fabricó un monasterio y una Iglesia con el titulo de San Gonzalo.

San Nicanor.

Fué San Nicanor uno de los siete diáconos que eligió la Iglesia en su principio y ordenaron los Apóstoles. Escoged, hermanos, dijeron los Apóstoles, de entre vosotros siete varones de buena reputacion, llenos del Espíritu Santo y de Sabiduría, á los cuales encarguemos esta obra (de distribuir los alimentos en las juntas de los primeros fieles). En aquella reunion de justos se escogieron siete, y los mismos Apóstoles aprobaron la eleccion y les impusieron las manos. San Estevan dió en el acto pruebas del espíritu que le animaba, y todos méjos uno, las fueron dando en diferentes tiempos y lugares. De San Nicanor se sabe que siendo maravilloso en la fé y en toda virtud, fué gloriosamente coronado con el martirio en la Isla de Chipre.

La Misa es de la infructuosa de la Epifania y la Epístola la misma de la páj. 36.

Levántate, ó Jerusalem &c.

El Evangelio es el mismo de la página 37.

Habiendo nacido Jesus, &c.

MEDITACION.

Sobre no seguir otra guía que la luz del Evangelio.

Considera que los Reyes Magos, cuando vinieron á adorar á Jesucristo, no quisieron fiarse de su propia sabiduría para emprender y seguir el camino; sino que se dejaron guiar por la estrella que los conducía. Bella leccion, con que nos enseñaron á no fiarnos de nuestra débil razon; sino seguir en todo la luz del Evangelio. Ni debe ser de otro modo; porque así como no hay otro camino para ir á Dios que el que Cristo nos abrió con su palabra y ejemplo, así tampoco hay otra guía que la luz de su sabiduría que brilla y alumbraba en el Evangelio para hacernos patente el sendero de la razon y de la justicia. De otra manera ¿cómo podríamos acertar con el término feliz de nuestro viaje, guiados por una razon oscurecida con las tinieblas del pecado, susceptible de error, y demasido fiaca para resistir por sí sola el ímpetu de las pasiones y apetitos?

Considera que no basta tener á la vista la luz del Evangelio, si su inteligencia la fiamos á solo nuestra razon; porque siendo ésta capaz de preocupacion y de error, puede engañarse en el modo de entender y aplicar prácticamente á la obra la sublime regla del Evangelio. Para obviar este mal y proveernos del medio necesario para el acierto, dió el Señor á su Iglesia la facultad de exponer é interpretar las Escrituras, y la asistencia de su divino Espíritu para hacer infalible su decision en materias de dogma y de moral. Esto nos dió á entender cuando llegados los magos á Jerusalem, dió lugar á la pregunta que se hizo á los doctores de la ley, para que consultado el Sagrado Texto, declarasen dónde debia haber nacido Cristo. Y despues de esta leccion, seremos nosotros tan soberbios y temerarios, que desconociendo la autoridad de la Iglesia, y menospreciando la de los sagrados expositores, queramos entender los arcanos del Divino Texto con solo la luz de nuestra miserable razon?

PETICION Y PROPOSITOS.

No, Dios incomprendible, no será tan audaz que crea alcanzar por mí solo el sentido de tu altísima palabra. Conozco mi pequenez, y te pido que me des á comer esta palabra de vida, despues que haya pasado por la masticacion de los místicos dientes de tu Esposa y Madre mía la Santa Iglesia. Estos sus misterios y sagrados dientes, estos sus expositores, lo proporcionarán á mi capacidad, y me será en salud.

JACULATORIA.

La luz perpetua alumbrará á tus Santos ¡oh Señor!

LECCION.

SOBRE LA FE.

Siendo una verdad innegable que la verdadera religion se dirige á fines prácticos, vamos á examinar los principios de accion que hay en nosotros, por los cuales nos conduce la religion cristiana á su objeto, que no es otro sino la gloria de Dios y la felicidad de nuestras almas. Estos principios son la fé y la obediencia: por la primera creemos los dogmas, y por la segunda obedecemos los preceptos de esta religion santa. Cuando tratemos de los fundamentos hablaremos de la obediencia; y ahora trataremos de la fé antes de explicar el Credo.

La fé divina es la puerta de la salud, el principio, el fundamento y la raíz de toda justificacion; sin ella es imposible agrandar á Dios, ni llegar al consorcio de sus hijos, como dice el concilio Tridentino. Es una luz divina que se infunde en nuestra alma, por la que creemos en Dios y todo lo que él ha revelado aunque no lo comprendamos; y por lo mismo es una virtud sobrenatural que esfuerza á nuestra alma, para que crea firme é indudablemente la existencia de Dios y de aquellas cosas espirituales y sobrenaturales que no alcanza con la luz de la razon, ni percibe por el órgano de los sentidos. Llámase esta virtud *teologal*, porque tiene por objeto formal al mismo Dios, como primera, suma é indefectible verdad.

El fundamento de nuestra fé es únicamente la palabra de Dios; porque no creemos firmemente como artículo de fé, sino lo que Dios ha dicho y revelado; mas esta creencia es y debe ser firmísima, porque sabemos que Dios es inteligencia y sabiduria infinita, y por lo mismo no se puede engañar; sabemos que es verdad y bondad suma, y por lo tanto no nos puede engañar. Conocemos lo que Dios ha revelado á los hombres, por el ministerio de la Iglesia, á quien ha confiado el depósito de su palabra contenida en las sagradas Escrituras y la tradicion, donde se encuentran como encerradas todas las verdades reveladas y que debemos creer.

Acercu de la *tradicion* es necesario saber que es la palabra de Dios que no se halla escrita en los Libros Canónicos; sino que ha llegado hasta nosotros sucesivamente, como de mano en mano desde los Apóstoles enseñados por Jesucristo, y de quienes recibieron

la instruccion los obispos, pasando despues de unos en otros hasta nuestros tiempos. La necesidad de la tradicion se reconoce por la Sagrada Escritura, por los Padres de la Iglesia, y por el uso mismo que hace de ella esta maestra de la verdad; debiéndose advertir que la tradicion tiene tanta autoridad como la Escritura; pues que la autoridad la tiene de ser palabra divina, y por consiguiente debe ser igual, ya llegue á nosotros por la Escritura sagrada, ya por la tradicion.

La fé, por la cual vive el justo y que la Escritura nos presenta como necesaria para la salvacion, es la fé en Dios, criador y supremo director del universo. "Es necesario, dice San Pablo, que el "que se llega á Dios, crea que existe Dios, y que es remunerador de "los que le buscan." Dotado el linaje humano de la facultad de la razon, obra Dios con nosotros como con criaturas racionales, y no propone verdad alguna á nuestra creencia, de que no nos dé al mismo tiempo convincentes pruebas aunque sean mas ó menos perceptibles unas que otras, para nuestra capacidad.

La creencia en las palabras del Señor, la fiel disposicion de abrazar las verdades reveladas se encuentran en las Santas Escrituras como una obligacion que positivamente exige Dios de nosotros, y con la que debemos cumplir continuamente en toda nuestra vida, como que es la fé un hábito que no debe interrumpirse con acto alguno de infidelidad. Basten como prueba la mas expresa, terminante y autorizada de esta obligacion, las palabras que dijo Jesucristo á sus Apóstoles al darles su mision: "Id por todo el mundo, les dijo, y predicad el Evangelio á toda criatura: el que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado."

Ordenando la Incredula sabiduria que nuestra eterna felicidad dependa de la fé en su palabra, benignamente nos ha proporcionado al mismo tiempo pruebas manifiestas de que esta es su palabra divina, como decíamos antes. Las tres grandes señales con que ha querido poner el sello de la autenticidad á sus revelaciones; han sido los milagros, las profecias y la eficacia moral de las mismas verdades reveladas. La teología natural, esto es, lo que alcanza á conocer de Dios la razon humana por sí sola, no destruye la fé divina de este mismo conocimiento obtenido por la revelacion; pues antes bien la fé ennoblece y confirma aquel conocimiento, de manera que en ella se encuentra su autoridad. Sin embargo, nos sirve para convencernos de que las verdades reveladas, no son contrarias á la recta razon; sino superiores á su alcance. Por lo mismo es muy con-

forme á la razon el obsequio que prestamos á la fé, pues es muy justo que creamos lo que Dios nos dice, aunque no lo comprendamos; porque el no comprenderlo depende de lo limitado de la inteligencia criada; y no de que los arcanos divinos sean contrarios á la razon.

DIA ONCE.

San Higinio papa y mártir.

SAN HIGINIO, sucesor inmediato de San Telésforo en el pontificado, era ateniense: su padre era un filósofo, cuyo nombre y familia no nos ha conservado la historia. El mérito de San Higinio por la virtud y letras fué, sin disputa, sobresaliente, y tanto, que en una época, que las virtudes mas heroicas resplandecian aun entre las ovejas del rebaño de Jesucristo, pudo sobreponerse en el órden de los pastores al muy distinguido con que la virtud recomendaba á sus hermanos ante Dios y para con la Iglesia. Así es que, vacando el trono pontificio por la gloriosa muerte de San Telésforo, fué elegido para que lo ocupase el ilustre San Higinio.

Gobernaba el imperio romano Antonino, á quien su humanidad y moderacion alcanzaron el renombre de Pio ó Piadoso. El caracter de este emperador no era propio para continuar las sangrientas persecuciones que sus antecesores habian excitado contra el cristianismo; pero carecia de la fortaleza necesaria para hacerse obedecer de los que teniendo autoridad en las provincias, muchas veces violaban sus decretos por satisfacer el ódio que los agitaba contra los cristianos. Así es que no dejaba de haber un motivo de afliccion para el Santo pontifice, que por su solicitud pastoral atendia á todas las necesidades de la Iglesia y padecia con cada uno de sus fieles hijos.

Mas no era este solo cuidado el que desvelaba al solícito pastor. La herejía, que como un mal interno causaba mayor estrago, que los descubiertos ataques del paganismo, apareció en la misma capital de Roma: el impio Cerdonio vino á ella desde la Siria y comenzó á esparcir sus torpísimos errores. San Higinio, que jamas se descuidaba en mantener sin lesion el depósito de la fé, descubrió á aquel perverso, y despues de haber empleado medios suaves para reducirlo, lo separó por su obstinacion de la comunión de los fieles.

Semejante ataque le presentó despues Valentin, filósofo platónico, quien resentido de que no se le hubiese provisto en un obispado de Egipto, suscitó en Alejandria las reprobadas doctrinas de Simon Mago, y viniendo á Roma las diseminaba con astucia y disimulo; pero descubierta por el vigilantísimo pontífice se impidió el progreso de su seducción, procurando el prudentísimo Higinio atraerlo con suavidad á la detestacion de sus errores. Contribuyó á su intento San Justino mártir, que floreció con grandes muestras de fervor bajo la direccion de nuestro Santo, y por aquel tiempo publicó su doctísima apología de la religion cristiana, bastante á imponer silencio á los enemigos de la fé.

Siendo tan propio de un celoso pontífice proveer al arreglo de la disciplina y al decoro del culto, fué éste uno de los principales cuidados de San Higinio. La disciplina de la Iglesia habia padecido detrimento, y se habia introducido alguna confusion en sus ritos, por el estado de opresion en que gimieron los fieles bajo el imperio de Trajano y de Adriano. Dedicóse el papa á remediar estos daños: ordenó en los grados eclesiásticos la forma con que debia cada uno desempeñar su ministerio: decretó muchas cosas útiles para la celebracion del Santo Sacrificio de la Misa, y administracion de los Sacramentos del bautismo y confirmacion, y para la consagraci6n y conservacion de los templos; sin descuidarse de proveer á la Iglesia de dignos ministros, á cuyo fin ordenó quince presbíteros, cinco diaconos, y siete obispos para diversas partes.

Habiendo en fin, gobernado la Iglesia entre fatigas y trabajos por el espacio de cuatro años, tres meses y ocho dias, fué coronado con el mártirio que padeció, segun algunos autores, el dia 11 de Enero del año 154 de la era cristiana.

La misa es de la infraoctava de la Epifanía, y la Epístola la misma de la pág. 36.

Levántate, ó Jerusalem, &c.

El Evangelio es el mismo de la pág. 37.

Habiendo nacido Jesus, &c.

MEDITACION.

Sobre la resistencia á la divina gracia.

Considera que es el signo mas manifiesto de reprobacion la resistencia que desgraciadamente opone el hombre á las inspiraciones

forme á la razon el obsequio que prestamos á la fé, pues es muy justo que creamos lo que Dios nos dice, aunque no lo comprendamos; porque el no comprenderlo depende de lo limitado de la inteligencia criada; y no de que los arcanos divinos sean contrarios á la razon.

DIA ONCE.

San Higinio papa y mártir.

SAN HIGINIO, sucesor inmediato de San Telésforo en el pontificado, era ateniense: su padre era un filósofo, cuyo nombre y familia no nos ha conservado la historia. El mérito de San Higinio por la virtud y letras fué, sin disputa, sobresaliente, y tanto, que en una época, que las virtudes mas heroicas resplandecian aun entre las ovejas del rebaño de Jesucristo, pudo sobreponerse en el órden de los pastores al muy distinguido con que la virtud recomendaba á sus hermanos ante Dios y para con la Iglesia. Así es que, vacando el trono pontificio por la gloriosa muerte de San Telésforo, fué elegido para que lo ocupase el ilustre San Higinio.

Gobernaba el imperio romano Antonino, á quien su humanidad y moderacion alcanzaron el renombre de Pio ó Piadoso. El caracter de este emperador no era propio para continuar las sangrientas persecuciones que sus antecesores habian excitado contra el cristianismo; pero carecia de la fortaleza necesaria para hacerse obedecer de los que teniendo autoridad en las provincias, muchas veces violaban sus decretos por satisfacer el ódio que los agitaba contra los cristianos. Así es que no dejaba de haber un motivo de afliccion para el Santo pontifice, que por su solicitud pastoral atendia á todas las necesidades de la Iglesia y padecia con cada uno de sus fieles hijos.

Mas no era este solo cuidado el que desvelaba al solícito pastor. La herejía, que como un mal interno causaba mayor estrago, que los descubiertos ataques del paganismo, apareció en la misma capital de Roma: el impio Cerdonio vino á ella desde la Siria y comenzó á esparcir sus torpísimos errores. San Higinio, que jamas se descuidaba en mantener sin lesion el depósito de la fé, descubrió á aquel perverso, y despues de haber empleado medios suaves para reducirlo, lo separó por su obstinacion de la comunión de los fieles.

Semejante ataque le presentó despues Valentin, filósofo platónico, quien resentido de que no se le hubiese provisto en un obispado de Egipto, suscitó en Alejandria las reprobadas doctrinas de Simon Mago, y viniendo á Roma las diseminaba con astucia y disimulo; pero descubierta por el vigilantísimo pontífice se impidió el progreso de su seducción, procurando el prudentísimo Higinio atraerlo con suavidad á la detestacion de sus errores. Contribuyó á su intento San Justino mártir, que floreció con grandes muestras de fervor bajo la direccion de nuestro Santo, y por aquel tiempo publicó su doctísima apología de la religion cristiana, bastante á imponer silencio á los enemigos de la fé.

Siendo tan propio de un celoso pontífice proveer al arreglo de la disciplina y al decoro del culto, fué éste uno de los principales cuidados de San Higinio. La disciplina de la Iglesia habia padecido detrimento, y se habia introducido alguna confusion en sus ritos, por el estado de opresion en que gimieron los fieles bajo el imperio de Trajano y de Adriano. Dedicóse el papa á remediar estos daños: ordenó en los grados eclesiásticos la forma con que debia cada uno desempeñar su ministerio: decretó muchas cosas útiles para la celebracion del Santo Sacrificio de la Misa, y administracion de los Sacramentos del bautismo y confirmacion, y para la consagraci6n y conservacion de los templos; sin descuidarse de proveer á la Iglesia de dignos ministros, á cuyo fin ordenó quince presbíteros, cinco diaconos, y siete obispos para diversas partes.

Habiendo en fin, gobernado la Iglesia entre fatigas y trabajos por el espacio de cuatro años, tres meses y ocho dias, fué coronado con el mártirio que padeció, segun algunos autores, el dia 11 de Enero del año 154 de la era cristiana.

La misa es de la infraoctava de la Epifanía, y la Epístola la misma de la pág. 36.

Levántate, ó Jerusalem, &c.

El Evangelio es el mismo de la pág. 37.

Habiendo nacido Jesus, &c.

MEDITACION.

Sobre la resistencia á la divina gracia.

Considera que es el signo mas manifesto de reprobacion la resistencia que desgraciadamente opone el hombre á las inspiraciones

de la gracia. Fuera de que el hábito de resistir á sus impulsos produce en el corazón aquel endurecimiento que con el tiempo lo hace insensible aun á los mayores y más eficaces auxilios, frustra esta resistencia los designios de Dios sobre aquella alma, interrumpiendo aquella serie de gracias que el Señor había ordenado para conducirla por su escuela á la felicidad eterna, y con la que una y muchas veces la había introducido al orden que debía seguir para salvarse. Tal es, y tan fatal el efecto funesto de la resistencia á la gracia. A la verdad tiembla el corazón y se estremecen las entrañas al contemplar á una alma luchando á brazo partido contra un Dios de infinita bondad que procura su bien: él la aparta del mal y la induce al bien, ya con la blandura del amor, ya con la fortaleza del terror; y ella se ciega y pugna por buscarse su ruina, cierta y bien cierta de que pudiendo ser feliz, ella misma se labra su desgracia. ¡Santo Dios! ¡Hasta qué grado de obstinación y de endurecimiento hace llegar al hombre la resistencia á la divina gracia!

Considera que á este extremo fatal de obcecación no se llega de un paso, y esto, que por una parte es una ventaja, en la intención de Dios, porque nos da tiempo y facilidad de retractarnos antes de caer en la obstinación; por otra parte se hace en nuestra malicia, un medio funestísimo de perdición, porque halagados con la falsa esperanza de que en adelante no resistiremos más á la gracia, resistimos á la presente una y repetidas veces, por donde sucede que insensiblemente de una en otra resistencia venimos á caer en un estado de impenitencia habitual, que cada vez se hace mayor, y llega hasta el momento fatal de nuestra muerte. Entre tanto, nos habla Dios, nos llama; pero sordos á su voz, sufrimos sin titubear enantos auxilios nos presta su clemencia: inspiraciones secretas, meditaciones eficaces, libros espirituales, enfermedades, accidentes, todo lo perdemos, y frustrando las miras de Dios, no dejamos de la mano el temaz y conocido intento de perdernos. ¡Ah! Conozcamos que nuestra condenación eterna siempre es obra de nuestra resistencia á la gracia. ¡Qué dolor, qué rabia por toda la eternidad, la de haber sido nosotros mismos los artífices de nuestra desgracia eterna!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Señor, no os enojéis, no os retiréis de mí por mis continuas infidelidades. Efecto es de vuestra divina gracia el arrepentimiento que experimenta ya mi corazón. Aumentad esta gracia; yo os pro-

meto no hacer más resistencia; sino seguir en todo vuestra benigna inspiración.

JACULATORIA.

Habla, Señor, todavía; que ya tu siervo te oye.

LECCION.

Sobre la vida según la fe.

Persuadidos ya de la necesidad que tiene el cristiano de la fe, es indispensable advertir que no se limita su obligación á solo creer, sino que á más de que debe trabajar en creer en la fe, debe también arreglar á ella toda su conducta, ó lo que es lo mismo, vivir según la fe. Aumentar la fe ó crecer en ella demanda dos cosas; primera: adelantar en el conocimiento de los misterios y demas dogmas del cristianismo, mediante la instruccion que de ellos debe procurarse, y la meditacion que profundiza más ó menos según el auxilio de gracia y la disposicion intelectual del sujeto. Segunda: Docilitar el corazón para creer humildemente lo que no comprendemos, sin querer escudriñar con nuestra limitadaísima inteligencia los arcanos divinos. Esta práctica es enteramente conforme con el espíritu de la Iglesia, la que en el discurso del año va presentando á nuestra consideracion sucesivamente los misterios sagrados, sin contentarse con que los sepamos y entendamos por una sola vez, sino procurando que cada dia avancemos en su conocimiento, según nuestra capacidad respectiva.

Acercos de la conformidad de nuestra conducta con nuestra fé, debemos considerar, que como la fé no sólo nos enseña lo que debemos creer, sino igualmente las verdades que regulan y dirigen nuestras operaciones, debemos instruirnos en ellas con la mayor exactitud. De otra manera, nos expondríamos á que se disminuyese ó apagase en nosotros esta luz sobrenatural, si no procurásemos sostenerla y fomentarla con el ejercicio de la virtud. El hombre carnal que se entrega á sus gustos y placeres, que da rienda á sus pasiones, y que solo atiende á su felicidad temporal, vive según los sentidos; el que se titula hombre de bien, porque no hace mal á nadie, y que acaso practica por su buen natural algunas obras que parecen y no son hijas de la verdadera virtud, vive según el orden social; pero solo el verdadero cristiano que contemplando la regla de la fé, conforma con ella su conducta, vive según la fé, y es aquel justo que vive de la fé.

Vivir de la fé es juzgar segun lo que ella nos enseña, amar, desear, temer y aborrecer lo que la fé nos dicta que anemos, deseemos temamos y aborrezcamos. Por consiguiente, quien vive de la fé no se rige por las ideas de su amor propio; no se mueve por sus gustos y placeres; no se lleva de sus inclinaciones, y pasiones; no sigue las opiniones, máximas y ejemplos del mundo corrompido: uno solo es su norte y á él se dirige rectamente: la fé cristiana guía todos sus pasos en el camino de esta vida. Así es que no tiene por felices á los que viven en la abundancia y los placeres, porque la fé le enseña los peligros que rodean á semejante estado; porque la fé lo instruye de que el único sendero que conduce á la gloria es el que nos marcó Jesucristo con su doctrina y con su ejemplo.

Confesemos, pues, que con razón es tan apreciable la virtud de la fé, pues tiene su origen en las disposiciones mas benignas, y se opone directamente al orgullo, á la porfia y á la presuncion; á mas de que, considerada como el asenso que se tributa á las verdades reveladas, comprende entre los demas dogmas del cristianismo el de la existencia de Dios y el de una vida futura, en cuyo sentido no es ya solo una virtud, sino la fuente misma y la raiz de donde nacen todas las demas, pues que de ella se originan, y en ella estrictan la religion y la moral.

— 12 —
DIA DOCE.

San Arcadio mártir.

Entre las persecuciones que los emperadores romanos excitaron contra la Iglesia, merece particular memoria la que sufrieron las provincias de Africa, en la cual murieron San Cipriano y muchos de sus discípulos y amigos, como tambien los trescientos mártires, conocidos bajo el título de la Masa blanca, con gran número de otros. En la Numidia y Mauritania, los tiranos no se limitaban á los que se presentaban ó eran denunciados en sus tribunales, sino que enviaban ministros, que haciendo diligentes pesquisas hasta en lo interior de las casas, sacaban de ellas á los fieles, para obligarlos á sacrificar á los ídolos, ó á padecer los mas crueles tormentos. Vivia por aquel tiempo en Cesarea de Mauritania, un cristiano ilustre llamado Arcadio, que viendo su patria en tanta confusion, y acor-



San Arcadio Mártir.



San Gerasimo Presbítero.



Silvanio Obispo.



San Pablo primer ermitano.

dándose del permiso que Jesucristo dió á sus discípulos para huir de la ciudad donde se viesen perseguidos, abandonó sus bienes y fué á ocultarse en la soledad, resuelto á ofrecer á Dios constantemente el sacrificio de alabanzas y penitencias. Siendo tan conocido, no podía ocultar su fuga, pues notando el gobernador que faltaba en las concurrencias, envió á prenderlo. Cercaron su casa, forzaron las puertas, y solo encontraron á un pariente suyo, el cual procuró justificar su ausencia; pero lejos de apaciguarlos, solo sirvió de irritar el furor de los ministros, los que sin órden de arrestarlo, lo llevaron á la presencia del gobernador, el cual mandó que fuese custodiado en una prision, hasta que declarase dónde se ocultaba Arcadio. Noticioso éste del suceso, y animado de caridad, no sufrió que otro padeciese por él: salió de su retiro, é imitando al Salvador cuando dijo á la turba enviada para prenderlo: "Si á mí me buscáis, dejad á los que me acompañan," dijo al gobernador: "Deja ir á mi pariente, que estoy dispuesto á declarar lo que él no puede manifestarte. Pronto estoy, respondió el tirano, á perdonarte, con tal que tú sacrifiques á los dioses. Ignoras, replicó Arcadio, el carácter de un siervo del verdadero Dios: éste mientras vive, solo es para Jesucristo, y tiene por agradable la muerte, cuando conviene para su servicio: inventa suplicios, y verás por experiencia, que ni el hierro, ni la muerte me pueden separar de mi Dios.

Picado el gobernador, discurrió para vengarse un suplicio tan lento como cruel, que haciéndole padecer mucho, le hiciera insupportable la vida: mandó, pues, que cortando poco á poco y con intervalos las estremidades de los miembros, no tocasen aquellas partes en que consiste el principio de la vida. Cortaron los verdugos cada uno de los dedos de coyuntura en coyuntura; separaron ambas manos, luego los brazos hasta el codo, y pasaron á los hombros. El mártir, fortificado por la gracia del Señor, sostuvo tan terribles pruebas con tal constancia, que admiró á los enemigos de la fé: la fervorosa oracion que hacia por sus tiranos, arrancaba lágrimas aun á los que solo habian venido á satisfacer su bárbara curiosidad: solo el juez, cuanto mas delocuente, se mantenía mas insensible, porque dominaba su alma el espíritu de furor y de venganza. Desgraciadamente, firme en su mal propósito, da órden para que con igual lentitud, comiencen por los pies, la horrorosa ejecucion; pero no consiguen arrancar una queja al impávido paciente: reducido ya el cuerpo á un tronco sin accion, conserva sin alteracion la tranquili-

dad de su espíritu: él fija la vista en los menudos pedazos de su cuerpo esparcidos á su derredor, y dándose la enhorabuena, se complace en verse dividido de esa suerte por Jesucristo, á fin de verse reunido con él por la inmortalidad. Cansado, finalmente, el inicuo juez, viendo vencida su crueldad, resolvió poner término al dilatado martirio, haciendo abrir por medio lo que quedaba del cuerpo, del cual salieron con el resto de la sangre y calor vital, todas las entrañas, y el dichoso espíritu voló á recibir la corona que correspondía á su generoso combate el día 12 de Enero.

Parece que Dios quiso amentar la gloria de San Arcadio, quien fiel imitador suyo, se retira cuando no ha llegado su hora; mas luego que la caridad lo llama, se presenta al tirano y sostiene la terrible prueba con una constancia y fortaleza muy superiores á la debilidad humana. En efecto, no era él quien hablaba ni quien combatía, sino el espíritu de Dios el que se explicaba por su boca y lo sostenía en la lucha.

La misa es de la infracrótava de la Epifanía, y la Epístola la misma de la pag. 36.

Lovántate, ó Jerusalem, &c.

El Evangelio es el mismo de la pag. 37.

Habiendo nacido Jesus, &c.

MEDITACION.

Sobre la conducta de Dios.

Considera cuán admirable es la conducta de Dios con los magos y con todos los hombres! ¡Cuán hermosa es, cuán recta, cuán justa y cuán firme! Es una conducta de la gracia que no conoce la naturaleza: de una sabiduría incomprendible al entendimiento humano, y de un amor que hechiza los corazones.

Dios obra en favor de nosotros, cuando parece que nos es contrario: se acerca, cuando parece que se aparta: nos enriquece, cuando parece que nos deja pobres: nos salva, cuando parece que nos arruina: nos da la vida, cuando parece que nos quiere enviar la muerte: nos guía á la paz, por medio de la guerra, y á la perfeccion, por medio de las imperfecciones: á la gloria, por medio de la ignorancia: á la tierra de promision, por un desierto escabroso; y al cielo, por unos caminos que parece que nos apartan y nos guían al infierno. ¿Y por qué está? Porque es un Dios de infinita sabiduría el que nos

conduce, rige y gobierna, y con ella penetra lo que nosotros no alcanzamos ni podemos conocer ántes que acaezca: porque es un Dios de infinita clemencia el que vela sobre nuestra suerte, y por ella nos endereza á nuestro verdadero bien, á costa de aquellos sacrificios temporales que son indispensables. ¡Quién no creería que la devota empresa de los magos se había errado, y atraído un grave mal en vez de un bien, al ver que la estrella se ocultó, y que el nacimiento del Mesías se había descubierto á un rey su perseguidor, astuto, cruel y resuelto á perderlo? Pero la estrella vuelve á aparecer y termina su viage: los magos logran su intento y vuelven sin peligro por otro camino; el Dios Niño se salva; y el despiadado Herodes queda burlado por su misma astucia. ¡Así obró un Dios, árbitro de la suerte de los hombres!

Considera que á esta conducta de Dios debe corresponder la nuestra, así como correspondió la de los magos: entregados en las manos de Dios, para seguir en todo la voluntad divina, ellos parten de su país sin reparar en trabajos ni en dificultades: prosiguen su camino, aunque el astro se les oculta: vuelven por otro, sin hacer caso de un rey falaz y cruel. ¡Qué quiere decir esto, sino que ellos conocen que los inspira y guía un altísimo consejo, una providencia sabia y misericordiosa, que premia con el acierto y logro de nuestros santos designios la pronta obediencia y humilde conformidad que empleamos en seguir la senda que nos marca?

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Dios altísimo, sabiduría inefable, que velas sobre mi destino y me conduces al término feliz de mi carrera; enséñame te ruego, el camino de mi salvacion, porque yo no lo conozco, y muchas veces huyo de mi felicidad y aspiro á mi perdicion! Mas ya sé que en adorar tu providencia y seguir sus disposiciones se vincula el acierto. Así lo quiero y resuelvo de una vez para siempre.

JACULATORIA.

Mostradme, Señor, vuestros caminos: que de hoy en mas no quiero seguir otros.

LECCION.

Sobre el amor á las verdades que la fe nos enseña.

Siendo Dios el origen de toda verdad, no hay hombre que no pueda llegar á conocerla por medio de la luz de la fe, que sobren-

turalmente ilumina nuestro entendimiento, presentándonos al mismo Dios como eterna verdad que se nos manifiesta. Mas así como no se nos predica á Dios ni se nos descubre su verdad por medio de los alifados discursos de la elocuencia humana, sino por la manifestacion sencilla y eficaz del espíritu y de la virtud, como dice San Pablo; así tampoco se logra el conocimiento de que hablamos por solo el estudio especulativo de las verdades reveladas; sino por la adhesion amorosa con que las buscamos para abrazarnos con ellas, por la práctica conformidad de toda nuestra conducta con sus reglas. Así es que no se necesita mas para conocer la necesidad de amar las verdades reveladas, que el conocimiento de que aunque ellas se reciban en nuestro entendimiento, es con el fin de atraer nuestra voluntad á la admission y práctica de lo que ellas contienen y nos enseñan.

De aquí es que haya un enlace tan íntimo entre la fé y la caridad, que no pueda faltar ésta sin que aquella se amortigüe: "la fé sin obras es muerta," dice el Apóstol; y en otra parte nos enseñar que la verdadera y provechosa fé es "la que obra por la caridad." Mas estas obras no seguirán á nuestra fé, mientras no amemos las verdades reveladas. Esto lo comprenderemos mejor con la siguiente reflexion. Dios ha hecho al hombre á su imagen y semejanza, dándole entendimiento para que le conozca, y voluntad para que le ame, con el fin de llenar y perfeccionar este conocimiento y este amor en la gloria por la vision beatifica con que lo vea como es, y por el amor intuitivo con que se le una inseparablemente. Para conseguir estos fines, se constituye el mismo Dios objeto formal de nuestra fé y de nuestra caridad en la vida presente, mostrándose á nuestro entendimiento como suma verdad, y á nuestra voluntad como bondad infinita, conocida por la fé.

Por esta reflexion se viene en conocimiento, lo primero, de la unidad del objeto en Dios y en nuestra alma: en Dios, porque es uno mismo el que es verdad suma y bondad infinita: en nuestra alma, porque es una misma la que conoce y ama; luego deben ser inseparables y obrar de consuno la fé y la caridad que tiene una misma alma á un mismo Dios. Viénesse lo segundo en conocimiento de la unidad del fin, porque el hombre está destinado para conocer y amar á Dios en esta vida á fin de verlo y gozarlo en la otra: luego la fé y la caridad deben ejercitarse simultáneamente para llegar á un mismo fin último. Viénesse en conocimiento lo tercero de la unidad del

medio, porque el medio es el que nos conduce al fin. Este gran medio es Cristo, Dios y Hombre verdadero, el cual tanto es objeto de nuestra fé como de nuestra caridad, aunque bajo los diversos aspectos de verdad y bondad. Y por lo que respecta á nuestra alma, esto es, al modo con que por aquel medio se ha de dirigir á su fin, debe considerarse el medio como un camino, que así lo dijo Cristo de sí mismo: "Yo soy el camino. . . Ninguno viene al Padre sino por "mi." Así es que siendo camino, se ha de considerar que ningún camino se hace sin ver por donde se anda, ni sin andar por donde se ve: luego la fé que es la vision, y la caridad que es el movimiento progresivo con que se anda, no pueden separarse, y han de estar unidas y entrelazadas de modo que entre las dos se haga el viage.

De la falta de esta union y armonía entre la fé y la caridad nace la monstruosidad que se ve en aquellos que no viven segun la fé: una cosa creen y otra obran, y están en una contradiccion tal, que con las obras desmienten lo que creen: sus obras contrarian su fé, y su fé condena sus obras. Tal conducta causa un escándalo permanente con que de continuo se desedifica al prójimo, y priva al que está en ella de la posesion y goce de aquel tesoro riquísimo de gracia y de bendiccion á que la fé le da derecho; pero que no posee ni puede poseer mientras le falte la caridad. ¿Y qué cosa mas digna de amarse, que lo que contiene este tesoro, pues cuanto el hombre puede apetecer para su bien eterno y temporal se encierra en las verdades reveladas: ellas nos enseñan lo que debemos creer, esperar y pedir, y nos abren el camino para obtener y poseer real y verdaderamente los bienes incomparables que nos ha dado nuestro buen Padre Dios. Por eso el anuncio de esta verdad se llamó Evangelio, esto es, NUEVA FELIZ: por eso los Apóstoles no quisieron separarse de Cristo, porque él solo tiene palabras de vida eterna: "Señor, ¿á quién iremos?" le dijo San Pedro; "tú solo tienes palabras de "vida eterna." por eso Cristo las llamó Tesoro escondido y margarita de inestimable precio, declarando que es tal su riqueza, que el que tiene la dicha de hallar este tesoro y descubrir esta margarita, debe vender cuanto tiene para comprarlos á toda costa, y que siendo este un tesoro digno de todo nuestro amor, allí debe estar nuestro corazón donde esté nuestro tesoro.

DIA TRECE.

Octava de la Epifanía, y San Gumesindo presbítero.

El año XV del imperio de Tiberio César, reinando en Galilea Herodes Antipa, y siendo Poncio Pilato, gobernador de Judea por los romanos, Juan Bautista, inspirado del Espíritu de Dios, salió del desierto para predicar penitencia y preparar los caminos del Señor, como Precursor del Mesías. Andaba por las orillas del Jordán bautizando á los que concurrían á él, y exhortándolos á convertirse á Dios.

Por este tiempo el Salvador del mundo vino de Nazaret á Judea, siendo de edad de treinta años, y quiso ser bautizado de San Juan, para santificar desde entonces las saludables aguas del bautismo de los cristianos, del cual era figura el bautismo de San Juan, y para dar principio á su vida pública por este grande acto de humildad. Cuando el Hijo de Dios se iba acercando al río Jordán, alumbrado San Juan con luz sobrenatural conoció clara y distintamente que aquel Hombre que venía á pedirle el bautismo era el Mesías, y lleno de gozo, admiración y respeto le dijo: "Pues qué, Señor, vos venis á mí á ser bautizado, cuando yo debo ser bautizado de vos?" Respondióle el Señor, que era menester cumplir este misterio: que debían sujetarse á los decretos de la Divina Sabiduría, cumpliendo toda justicia y desempeñando sus obligaciones. Al oír esto el Bautista calló y lo bautizó sin réplica.

Acabando el Salvador de recibir el bautismo, se puso en oración á las orillas del Jordán, y en el mismo momento el Padre Eterno manifestó con un extraordinario prodigio cuán grata le había sido su humildad. Alzose repentinamente el cielo, y vió San Juan que el Espíritu Santo bajaba visiblemente en figura de paloma sobre Cristo, y al mismo tiempo oyó una voz del cielo que decía: "Este es mi Hijo querido, en el cual tengo yo todas mis delicias y todas mis complacencias."

No es de admirar que el Espíritu Santo escogiese aquel tiempo para bajar visiblemente sobre el Salvador del mundo, en figura de paloma; porque el bautismo es el Sacramento que mas purifica al alma, y el Espíritu Santo no descansa sino en las almas puras; la

de Cristo no necesitaba purificarse, porque era impecable; pero las nuestras si lo necesitan, y esta purificación nos recomendó el divino Espíritu, para que nos dispongamos á su venida.

Otro gran signo del poder divino celebraba la Iglesia en la solemnidad de la Epifanía, como dijimos en el día primero de ella, y es el primer milagro que obró Cristo en su vida mortal, para hacernos conocer su divinidad. No necesitaba ciertamente el Señor mas que dejarse ver en el mundo, para que pudiese conocerse que era el Hijo de Dios, pues aunque ocultaba su divinidad bajo los velos de la humanidad, esta no podía dejar de tener un atractivo, una superioridad, una fuerza oculta, y tales caracteres de una santidad tan extraordinaria, que luego debiera conocerse que aquel hombre, aunque verdadero hombre, no era pura criatura, sino Hombre Dios. Sin embargo, quiso por su bondad acomodarse á nuestra flaqueza, haciendo obras maravillosas, que son otras tantas pruebas de aquella benignidad y de aquella humildad propias de un Hombre Dios, con que se dignó acreditar nos su divinidad.

A pocos días de haber salido su Magestad del desierto en que había estado por el espacio de cuarenta días, fué convidado á unas bodas en Caná, pequeña población en la provincia de Galilea. Asistió también á ellas su purísima Madre, y los discípulos, que ya entonces le seguían y no eran mas que cuatro ó cinco, se hallaron allí. Hizolo así el Señor para hacernos conocer que él santifica el matrimonio, como que lo iba á embellecer aun mas, elevándolo á Sacramento de su nueva ley.

Sentóse en la mesa junto á Jesus en Santísima Madre, y como la caridad y compasión la animaban de continuo, viendo que se le había acabado el vino, y considerando el somrojo que iban á padecer, volvióse á Jesus, y le dijo sencillamente: "No tienen vino," persuadida á que bastaba representarle la necesidad para que la accorriese con un milagro. La respuesta de su Hijo pudo parecerle algo seca, si no hubiera penetrado el misterio y el sentido: "Muger, le dijo, qué nos importa á mí, ni á tí; aun no ha llegado mi hora." No le replicó María, pero llamó á los sirvientes, y en voz baja les previno que hiciesen en tanto les mandase Jesus.

Había en la misma sala seis grandes vasijas de piedra, prevenidas para las purificaciones que estilaban los judíos. Cada vasija hacia dos ó tres medidas, que corresponden á ochenta azumbres. Dijo, pues, Cristo á los sirvientes: "Llenad esas vasijas de agua;" y en

efecto las llenaron hasta rebosar. Entonces les dijo el Señor: "Llevad ahora de beber al Architrículo;" esto es, al mayordomo ó director de la mesa. Gustó este el vino, y llamando aparte al novio, le dijo: "¿Qué has hecho? Todos sirven el mejor vino al principio de la mesa, y cuando los convidados están hartos de beber sacan el inferior; mas tú has hecho lo contrario: sacaste el vino mas comun al principio, y reservaste el mas generoso para los postres." Probaron el nuevo vino los convidados y todos lo graduaron de excelente. Examinóse á los criados, y todos unánimemente contestaron que ellos habian llenado las vasijas de agua: con lo que toda aquella concurrencia quedó igualmente convencida y admirada de la milagrosa conversion de la agua en vino. Este fué el principio de las maravillas con que manifestó el Señor su gloria y su poder.

Bendigamos al Señor y reflexionemos ¡cuán dichosos serian los matrimonios si para todo se contara con Cristo! No habria necesidad que no encontrase en él su remedio; se lograria la intercesion de la Madre, siendo siervos fieles y obedientes al Hijo. Las profundidades se verian desterradas de los convites, y la santificación de las familias reformaria la faz de la tierra.

San Gumesindo.

A principios del siglo IX nació en Toledo, de padres piadosos, San Gumesindo, y su familia se trasladó con él á la ciudad de Córdoba, en circunstancias en que toda la España estaba afligida por la persecucion de los moros contra los cristianos. Educado piadosamente Gumesindo por el designio que se tuvo de elevarlo al sacerdocio, para cumplir la promesa que sus padres hicieron en su nacimiento de consagrarlo al Señor, se dedicó al servicio de la Iglesia de los Santos mártires Justo, Januario y Marcela, estudiando entretanto las ciencias eclesiásticas, y empleándose en los ejercicios conducentes á aquel fin.

Apenas llegó á la edad señalada por los cánones, recibió por grados los sagrados órdenes, y desempeñó sus funciones con tal virtud y prudencia, que el obispo de Córdoba puso bajo su direccion una parroquia de su diócesis, y en ella con todo el celo y vigilancia de un pastor animado por el espíritu de Dios, dirigió á sus ovejas por la senda de la salvacion, y socorrió sus necesidades temporales hasta donde alcanzaron sus arbitrios. Solo le inquietaba la barbarie

con que los mahometanos perseguian á los fieles; pero en vez de desanimarse por ella, concibió vehementes deseos de padecer el martirio, y creyendo muy propio de un ministro del altar una confesion pública de su fé ante los jueces infieles, comunicó su resolucion á un monge amigo suyo, criado con él en el servicio de la Iglesia. Alentáronse uno á otro para la empresa, y sin aguardar á ser llamados se presentaron espontáneamente al juez, predicando contra los errores de la secta de Mahoma. Calificó éste de imperdonable culpa aquella resolucion generosa, y sin formalidad de juicio mandó á sus ministros les cortasen la cabeza. Los Santos, á semejanza de los apóstoles, se llenaron de gozo porque el Señor se dignaba admitir su sacrificio, y murieron gloriosamente el dia 13 de Enero de 851. El cuerpo de San Gumesindo fué sepultado en el monasterio de San Cristóbal.

La misa es de la octava de la Epifanía, y la Epístola la misma de la pág. 36.

Levántate, ó Jerusalem, &c.

El Evangelio es del capítulo I de San Juan.

En aquel tiempo: Vió Juan á Jesus que venia á encontrarle, y dijo: Hé aquí el Cordero de Dios; ved aquí el que quita los pecados del mundo. Este es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varon, el cual ha sido preferido á mí por cuanto era yo antes que yo. Yo no le conocia; pero yo he venido á bautizar con agua, para que él sea reconocido en Israel. Y dió Juan este testimonio diciendo: Yo he visto al Espíritu Santo descender del cielo en forma de paloma y reposar sobre él. Yo antes no le conocia; mas el que me envió á bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien viéres que baja el Espíritu Santo, y reposa sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo. Yo lo he visto, y por eso doy testimonio de que él es el Hijo de Dios.

MEDITACION.

Sobre la divinidad de Jesucristo.

Considera que cuanto mas se acreditó con signos y prodigios la divinidad de Jesucristo, tanto mas culpables se hicieron los judíos en el endurecimiento con que le resistieron y persiguieron hasta po-

nerio en el madero de la Cruz. El mismo Cristo dijo que eran inescusables de su gravísima obstinacion, pues le habian visto obrar maravillas que nadie puede hacer mas que Dios. ¿Qué le faltó á aquel pueblo desventurado para certificarle hasta la evidencia, de la divinidad del Mesías? El cumplimiento de las profecías en su sagrada persona: los milagros estupendos que obra por todas partes, haciéndose obedecer de los elementos, de las enfermedades, de los demonios, y de la inerte misera la incomparable santidad de su vida, que resplandecía en sus palabras, en sus acciones y en todo el exterior de su persona: su salutaria inefable; el testimonio que dan de su divinidad el Padre y el Espíritu Santo, todo, todo presentaba un inmenso cúmulo de pruebas intachables, que abrieron los ojos á los pueblos idolátricos, pero á las que una ceguedad voluntaria y tenaz, de aquella nacion, resistió y resistió cada vez con mas culpa; pues á pesar de verse castigada con tremenda asolacion, como le pronosticó Jesucristo, vaga y dispersa por el mundo, ni humilla su durísima cerviz, ni ablanda su empedernido corazón. ¡Ah! que no es ménos penosa de la divinidad de Cristo esta misma rebeldía de los judíos, pues su obstinacion y endurecimiento contrapuestos á la docilidad y blandura del cristianismo, manifiestan que en él está el espíritu de Dios y la verdadera virtud, y acreditan á su Divino Autor.

Considera que si el pueblo cristiano carece de esta nota de infidelidad, y con su fé glorifica al Señor, le deshonra por otra parte siempre que no sostenga con la santidad de las costumbres lo que cree y profesa por el rendimiento de su fé. Una conducta tan monstruosa, de ningún modo es propia de los discípulos de Jesucristo, á los cuales no solo instituyó en la fé, sino que los formó en las costumbres. La moral forma al hombre cristiano y lo hace vivo miembro del cuerpo místico de Cristo. Mas si la corrupcion de las costumbres nos hace semejantes al judío y al gentil, ¿cómo confesaremos á Jesucristo, y cómo patentizaremos al mundo en nuestra conducta la celestial doctrina del Dios humando? ¡Oh Dios, y cuánto tengo de que avergonzarme al ver que con mis obras de tinieblas he ofuscado la luz soberana de mi fé, y que mientras mi fé me pone en el número de tus hijos, mis costumbres me colocan en las filas de tus enemigos!

PETICION Y PROPÓSITOS.

El libro de mi conducta se abre delante de mis ojos, y las obras de iniquidad que en él veo escritas, provocan contra mí la justa indignacion de todo un Dios. Esas partidas no se han borrado con la sangre de la penitencia; y tú, Dios de justicia, estás demandándome, como un acreedor cansado de esperar, la satisfaccion de mis deudas. Yo os la ofrezco, Señor, en mis lágrimas, y os pido que las acepteis, de manera, que inclina hacia mí vuestra misericordia, aplicándome el precio de vuestra sangre, única capaz de borrar mis delitos.

JACULATORIA.

Muestra, Señor, tu rostro divinisimo, y serémos salvos.

LECCION.

Sobre el credo y la profesion de la fé.

Persuadidos, como debemos estar, de la necesidad de la fé cristiana, y de la obligacion en que vivimos de arreglar á ella nuestras costumbres, es necesario advertir, que no basta creer interiormente las verdades reveladas por Dios que nos enseña la Iglesia; sino que tambien es obligatorio hacer profesion exterior de nuestras creencias; pues como dice San Pablo á los romanos, "creemos de corazón para la justicia, y hacemos de boca la confesion de nuestra fé, para "la salvacion." Y el mismo Jesucristo por San Mateo, asegura, que no reconocerá en el juicio delante de su Padre á los que no le hubieren reconocido y confesado delante de los hombres. De dos maneras, pues, debemos manifestar nuestra fé á los hombres, patentizando en todas ocasiones por nuestras obras y por nuestras palabras que no nos avergonzamos de profesar el Evangelio, y diciendo, si fuere necesario, el Símbolo de los Apóstoles ó los artículos de nuestra fé.

El conocimiento distinto y particular de los artículos de la fé debe ser mas ó ménos extenso, como ya se ha dicho, segun la edad, el estado, la profesion, el carácter de espíritu, la capacidad y las demas circunstancias de cada fiel. No es facil designar con exactitud á qué grado de conocimiento distinto está obligado cada uno en particular; mas indicaremos con un sabio dogmático: "que la inmorta-

“fidelidad de la alma, la resurreccion de los muertos, el juicio final, la eternidad de un estado de bienaventuranza ó condenacion, el poder y astucia del demonio; la divinidad de Jesucristo, los misterios de su Encarnacion, Nacimiento y demas de su vida mortal, su pasion meritoria, su Muerte expiatoria, su Resurreccion y Ascension á los cielos, con los gloriosos cargos de nuestro Mediador y Pontífice que intercede por nosotros: la justificacion del pecador por los méritos del mismo Cristo: la divinidad del Espíritu Santo, y lo que obra para justificarnos, son puntos de fé que deben considerarse como expresamente comprendidos en la instruccion mas extensa del discípulo de Jesus.”

Hablando ahora del comun de los cristianos bautizados que tienen libre el uso de su razon, se puede asegurar que ninguno puede salvarse si ignora los dogmas que se contienen en el credo, los mandamientos de Dios y de la Iglesia y los sacramentos, especialmente el Bautismo, la Penitencia y la Eucaristia sagrada. Los que son capaces de aprender mas fundamentalmente su religion, y no lo hacen, viven en una ignorancia muy expuesta.

Véamos ahora en qué circunstancias estamos obligados á hacer la confesion expresa de nuestra fé, y la excelencia de la profesion de fé que se contiene en el credo ó Símbolo de los Apóstoles.

Es doctrina de Santo Tomas comunmente recibida, que hay obligacion de confesar la fé, aun con peligro de la vida, cuando veamos que se quita á Dios el honor que le es debido, y todas las veces que de no hacerla se causara la ruina espiritual del prójimo ó se le privara del provecho que debe sacar y que tiene derecho á esperar de nosotros. No se daria á Dios el honor que se le debe, si preguntado uno sobre su fé por los que ejercen la autoridad pública, callara ó respondiera con palabras ambiguas ó equívocas, que pudieran ser interpretadas por el juez ó los asistentes como una apostasia de la fé. Debe, pues, ser clara y terminante la confesion de la fé: sin que sea motivo para callar ó disimular el temor de ocasionar grandes males ó de irritar á los ímpios.

Hay igualmente obligacion de confesar la fé, si es preguntado por particulares, en todas las veces en que no se puede callar sin faltar á la gloria de Dios ó sin causar escándalo. Lo mismo si hay esperanza de que esta confesion reduzca á los extraviados ó fortalezca á los flacos, ó si hay fundamento para temer que de no hacerla se siga el desprecio de la religion, ó que los malos se confirmen en su

error ó se dé motivo para que alguno se puerierva; siendo de advertir que no solo hay obligacion de confesar la fé con palabras, sino tambien con obras, que son un lenguaje mudo, que en caso necesario sirve para declarar nuestra creencia. El renegar de la fé nunca es permitido: el precepto de no negar la fé obliga siempre y á toda hora, de modo que se quebranta aun con un solo acto de negacion: el de no disentir de la fé interiormente obliga tambien de continuo, y el de asentir interiormente y confesarla exteriormente, obliga en las ocasiones, tiempos y casos segun que van llegando ó se van ofreciendo.

Siendo el Símbolo de la fé, compuesto por los Apóstoles, la regla de nuestra fé, y debiendo creerse por todos como el fundamento y la suma de la verdad que Dios nos ha enseñado: acerca de su existencia divina, esencia y unidad, su distincion en tres Personas, y las acciones que por alguna razon se atribuyen á cada una de ellas, tratarémos con la extension posible, en las siguientes lecciones, de cada uno de sus artículos, observando ahora que el credo está dividido en tres partes, de modo que en la primera se comprende la primera Persona de la Trinidad y se describe la grande obra de la creacion: en la otra, la segunda Persona y el misterio de la redencion humana; y finalmente en la última, la tercera Persona, principio y fin de nuestra santificacion. Todos los demas artículos de nuestra fé, todos los dogmas del cristianismo se contienen en el credo, segun iremos viendo. De él dice San Agustin, que es breve y grande á un tiempo: breve en el número de las palabras: grande en el peso de las sentencias: á estas debemos asentir expresa y distintamente: pues no basta creer en globo y á bulto, sino muy en particular lo que Cristo nos enseñó y la Iglesia nos propone.

—♦♦♦♦♦♦♦♦♦♦—

San Hilario obispo.

NACIÓ San Hilario en Poitiers, de padres distinguidos, pero paganos, segun la opinion comun. Su clase los daba esperanzas de hacer brillar á su hijo en los puestos elevados, y para conseguirlo, le hicieron dar una instruccion correspondiente á sus miras: á esta fin lo presentaron al mundo, haciéndole gustar sus placeres; pero

Dios le llevó al conocimiento de la verdad, disponiendo que ninguno satisficiera su corazón, prueba evidente de que no crió al hombre para los bienes de la vida pasajera, sino para padecer en ella los trabajos que le merezcan la futura. Hilario persuadido que había nacido para Dios, desoído conocerlo, y la Providencia puso en sus manos los libros de Moisés y los profetas: en ellos encontró lo que deseaba, y la lectura del nuevo Testamento completó la obra.

Instruido de este modo, abjuró el paganismo, y recibió el bautismo con imponderable alegría, y desde entónces hizo servir su literatura para edificación de la Iglesia, y defensa de la fe. Permaneciendo en el estado del matrimonio vivía como sacerdote, lo que le conciliaba la veneracion y aprecio de toda la ciudad, de modo que habiendo muerto su obispo, toda ella le eligió por su pastor y maestro. Eran entónces los obispos el blanco de las persecuciones y artificios de los arrianos: Hilario al aceptar el cargo se propuso renunciar al sosiego y descanso; lleno de confianza y firmeza se aplicó á conservar el depósito que se le había confiado, sin atender á favores ni amenazas de los hombres, sabiendo que es bienaventurado el que padece por la justicia. Muy en breve su nombre se hizo célebre en las provincias; la mayor parte de los prelados de las Galias, comenzaron á considerarlo mas como gefe, que como hermano; pero Saturnino, fautor declarado del arrianismo, resolvió atraer á los católicos á su partido: Hilario se le opuso fuertemente y lo separó de su comunión, y Saturnino en venganza juntó un conciliábulo, en el que valiéndose de los ministros del emperador Constancio, pervertido de las doctrinas de Arrio, logró su deposicion y destierro á la Frigia. Aquí encontró nuevos padecimientos; pero consolábase con que sus exhortaciones y ejemplos sostenian el valor de sus hermanos, al paso que veía la deplorable situacion de la Iglesia de Asia, donde apenas se conservaban vestigios de la religion ortodoxa.

Pasados dos años, hizo una explicacion de la fé á petición de los obispos franceses, y por esto volvió á tomar la pluma en defensa de Jesucristo lo que le hizo ser en aquel pais, no ya un desterrado, sino el restaurador del imperio del Hijo de Dios. En esta época se celebraron dos concilios por orden del emperador Constancio, uno en Reminis de Italia, y otro en Seleucia, y el Santo aunque desterrado tuvo orden de asistir.

Llegado á Seleucia justificó á los obispos franceses de la nota de sabelianismo que se les atribuía, y defendió la divinidad de Jesu-

cristo, por lo que los diputados de Reminis y Seleucia persuadieron al emperador que lo volviése á Poitiers, teniendo la superioridad de sus luces. No podian hacer cosa mas agradable para él, que volverle á su rebaño; pero el Señor quiso todavía ponerlo en otras sensibles pruebas, para que diese otros testimonios de su virtud, en las muchas persecuciones que sufrió de los arrianos, y los muchos milagros con que acreditó su divina mision.

Despues de mil gloriosos sucesos y continuados trabajos, gobernó en puz su diócesis casi dos años, y finó á recibir la corona inmortal de las manos de Jesucristo, por cuya divinidad había combatido, el 13 de Enero de 368.

Antes de abrazar el cristianismo, estaba unido en matrimonio, y había tenido por fruto una hija llamada Afra, la cual se aprovechó tanto de sus ejemplos, que mereció ser cantada en el número de los Santos. Cuando se dedicó á la Iglesia, se separó de su muger para vivir ambos en estado de continencia. El culto que se tributó á San Hilario comenzó desde luego y no se ha interrumpido. Gran número de templos se han dedicado á su nombre, y sus milagros han dado materia á muchos libros.

La Epístola es del capítulo 4 de la segunda del Apóstol San Pablo á Timoteo.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos, al tiempo de su venida, y de su reino: predica las palabras de Dios, insiste con ocasion y sin ella; reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que teniendo una comezon extremada de oír doctrinas que les halaguen, recurrirán á una caterva de doctores, propios para satisfacer sus deseos: y cerrarán sus oídos á la verdad, y los aplicarán á las fábulas. Tú entretanto invigila en todas las cosas; soporta las aflicciones, desempeña el oficio de evangelista: cumple todos los cargos de tu ministerio, vive con templanza, que ya yo estoy á punto de ser inmolado, y se acerca el tiempo de mi muerte. Combatido he con valor; he concluido la carrera, y he guardado la fé. Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel dia como justo juez; y no solo á mí, sino tambien á los que desean su venida.

El Evangelio es del capítulo 6 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: vosotros sois sal de la tierra, y si la sal se hace insípida, ¿con qué se la volverá el sabor? Para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte: ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemin, sino sobre un candelero, para que alumbré á todos los de mi casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No penséis que yo he venido á destruir la ley ni los profetas; no he venido á destruirla, sino á darla su cumplimiento: que con toda verdad os digo, que ántes faltarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una sola jota ó ápice de ella. Cualquiera pues, que violare uno de estos mandamientos, por íntimos que parezcan, y enseñare á los hombres á ser lo mismo, será tenido por el mas pequeño en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

Sobre la esencia de la fé.

Considera que la fé es una luz divina que nos descubre la verdad, que nos guía á la perfeccion, que nos conserva en la union con Dios, que nos mantiene en la humildad, que sostiene nuestras esperanzas y alienta nuestro amor, que nos dispone á la gracia y que nos hace merecer la gloria. Sin la fé no tiene religion el alma, se engañan sus conocimientos, se pierden sus racionios, no se eleva sobre los sentidos, ni sobre las luces de la razon natural, no merece para el cielo, no obra para la eternidad, no se somete al que es su principio, no obedece á su soberano, jamas gozará de su presencia, ni verá claramente lo que no ha querido creer á ciegos y con humildad. ¡Oh desgracia suma del que carece de la fé! Mas, eres tú dichoso si no tienes una fé viva, una fé que obre por la caridad?

Considera si tienes tú la fé, si vives conforme á sus reglas y máximas, si tu fé es humilde, permanente y universal. Me dices que sí. ¿Pues de dónde nacen tus dudas y tu curiosidad? ¿De dónde viene que no crees que Dios está presente, si no le ves y le sientes.

¿Por qué dudas de su amor luego que te manda alguna tribulacion? ¿Cómo es que admites distinciones en tu creencia? Y en las tentaciones, ¿por qué tiemblas y pierdes el ánimo, como si Dios no te asistiese? Mira bien que para obedecer á la fé cristiana, es preciso que renunciemos á nuestro propio conocimiento, así como para obedecer á la Ley de Dios es menester que renunciemos á nuestra propia voluntad. No es discípulo de Cristo el que no quiere creer lo que él dice, ni está sujeto á Dios el que no quiere hacer lo que agrada á Dios. Para sujetarnos á nuestro Señor, debemos sobreponer nos á nuestras inclinaciones, y no seremos discípulos suyos mientras no nos lagamos superiores á la débil razon humana.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Dios mio! Yo creo lo que no comprendo, así como amo lo que no contenta mis pasiones. Os adoro y siempre os adoraré, con la sumision de todos mis pensamientos, y os amo y amaré con la sumision de todos mis deseos. Creo, mi Dios, todo lo que habeis revelado, y quiero practicar todo lo que habeis prescrito. Mi fé será de hoy en adelante lo que debe ser; todo lo creeré sin recelo, sin vacilacion, sin curiosidad, y no querré otra razon ni garantia de mi creencia, sino la palabra de mi Dios.

JACULATORIA.

¡Pues qué mi alma no estará sujeta á Dios!

LECCION.

Sobre la primera parte del Credo.

El símbolo, llamado de los Apóstoles, fué compuesto despues de la eleccion de San Matias, por los doce Apóstoles de Cristo, poniendo cada uno de ellos un artículo para formar una profesion de fé, de que uniformemente se usase en toda la Iglesia. «Los Apóstoles, dice San Agustín, nos dejaron esta regla cierta de la fé, que comprende doce sentencias conforme al número de Apóstoles; llamáronla símbolo, y formáronla á fin de que los creyentes conservasen la unidad católica y se sostuviesen contra la maldad herética. . . Es fácil decir lo que debe creerse, porque tenemos un símbolo que tan brevemente se oye, como fácilmente se conserva en la memoria.»

Con estudio redujeron en tan cortas sentencias los principales dogmas del cristianismo, para que cualquiera sin dificultad pudiese aprenderlo de memoria. Conforme á esto dice tambien San Ambrosio: "Debemos recordar todos los dias al levantarnos el simbolo de la fé, como un sello impreso sobre nuestro corazon, y recurrir á él en nuestros temores, porque jamas está el soldado sin la divisa que lleva á la batalla. Sobre esta breve nocion entremos ya á tratar del primer artículo del Credo.

"El que se acerca á Dios, dice San Pablo, conviene que crea ante todas cosas que Dios existe." El primer fundamento, pues, de toda la religion y de toda la moral, el primer dogma de nuestra fé y la base del culto cristiano, es la existencia de Dios, que es un ser eterno é infinitamente perfecto, que ha criado el universo con su poder, y le gobierna con su sabiduría. Aunque esta verdad tiene en sí misma toda la certidumbre y evidencia que puede darse, sin embargo, el desventurado ateaista, rehusa confesarla, y dice en su corrompido corazon: "No hay Dios." ¡Ah! que á su pesar hay un Dios juzgador de sus ultrajes; mas el impío quisiera que no lo hubiese para ahogar los remordimientos de su agitada conciencia, y satisfacer sus pasiones con mayor libertad. He aquí la causa porque el ateaista se obstina en negar una verdad que jamas podrá borrar del sentimiento íntimo de su razon y de su corazon, donde el Señor lo ha impreso con caracteres indelebles. Así lo dice el Espíritu Santo por boca de David, en estas palabras: "Has grabado, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro."

Para que en este punto sea mas inexcusable la ignorancia, se nos presentan pruebas de toda especie, y razones de todas clases que no nos dejan la mas leve duda: razones que se fundan en el sentimiento interior de nuestras almas; razones que tienen su apoyo en la fé; razones que toman su origen de los principios de la luz natural; y razones, por último, que nos presentan el grandioso espectáculo de la naturaleza. Expondrémos hoy las de las tres primeras clases, dejando para mañana las de la última.

Por razones fundadas en el sentimiento interior, no se entiende otra cosa, que las pruebas que nos da de la existencia de Dios aquella impresion que el mismo Dios ha grabado en el corazon de todos los hombres; de manera que no ha habido jamas pueblo ni nacion que no haya reconocido la existencia de Dios, ni hombre alguno que en los lances imprevistos y en los peligros de peccar no se

vuelva á Dios para llamarlo en su auxilio por un movimiento natural de su corazon.

El primer principio de todo raciocinio ó discurso, es el sentimiento que forma todo hombre de su pensamiento. Yo pienso; luego existo; pero al mismo tiempo conozco que aquello que piensa en mí no lo debo á mí mismo; no me lo he dado yo, ni está en mí poder el conservarlo. Conozco tambien que no puede habérmelo dado un ser inferior á mí como la materia, porque la materia no piensa; luego es preciso que esta facultad de pensar la haya yo recibido de un ser que sea superior á mí, y á quien deba yo todo lo que soy: pues este ser es Dios.

Este sentimiento de que hay un Dios, se funda tambien sobre una proporcion natural entre esta verdad y nuestro entendimiento. Todos los pueblos y naciones del orbe, civilizadas y salvages, han estado de acuerdo en todos tiempos en reconocer esta verdad: donde quiera que hay hombres se advierte el conocimiento de la Divinidad. Erraron los hombres en tener por Dios á la criatura; pero no erraron en conocer la necesaria existencia de Dios: existencia que no pueden dejar de reconocer, porque todo hombre escucha en su interior una voz que le dice: "Existe un Dios." A él se dirigen siempre los ojos, se elevan los clamores, se levantan los ruegos; innumerables expresiones justifican esta verdad, porque ellas forman el lenguaje y el idioma comun de la naturaleza, y por consiguiente el de la verdad.

¿Y qué diremos, cuando advirtamos que á todo esto se agrega la razon fundada en la experiencia? ¿Por ventura no vemos, no palpamos la providencia de un Dios que remedia las necesidades y atiende á las urgencias de los hombres, que escucha sus plegarias, que consuela y defiende al inocente, que castiga al impío, y que todo lo dirige con orden admirable! El que viste á las plantas, alimenta á las aves, conserva las especies, y vigila sobre el hombre, previniendo el socorro de sus necesidades aun antes de que las empiece á sentir. Todo, todo clama y convence la existencia de aquel Supremo Ser que crió y gobierna al mundo.

Acercas de las razones fundadas en la fé, hay tanto que decir, que por lo mismo nos contentamos solo con insinuar el fundamento, pues basta decir que todo lo que prueba la verdad y la divinidad de la religion cristiana, prueba y demuestra la existencia de Dios, que es el objeto de la religion. Lo mismo debe decirse de la Ley natu-

ral y de la escrita, pues los patriarcas y la sinagoga reconocieron y adoraron al verdadero Dios; y las Escrituras Santas que contienen la palabra de Dios y la Historia Sagrada, son por excelencia el gran Libro de la divinidad.

Finalmente, la luz natural demuestra tan claro como la luz del día la existencia de Dios. La Ley natural está grabada en nuestros corazones, tenemos ideas claras de lo que es bueno y de lo que es malo, impressas en nuestra alma por el dedo de Dios, sin que dependan de la educación. Pues he aquí que esos principios de justicia, esas ideas no adquiridas ó innatas del bien y del mal, que ni se mudan, ni se destruyen en nosotros; no pueden provenirnos sino de la justicia primitiva, dól mismo Dios.

La razón natural nos manifiesta asimismo las relaciones que hay entre nuestra alma y nuestro cuerpo: el enlace maravilloso y conexión que existe entre las operaciones de la una y las sensaciones del otro; las relaciones que tiene el hombre con el mundo, y tantas y tan sabias disposiciones que no son ni pueden ser obra del hombre, que es menester concluir de todo, que existe un Ser infinitamente sabio é inteligente, que todo lo dispone ordenada y suavemente, teniendo á todas las criaturas dependientes de sí, sin depender él de nadie.

—————
DIA QUINCE.

San Pablo, primer ermitaño.

SAN Pablo, á quien venera la Iglesia como modelo de la vida solitaria, nació en la inferior Tebaida, el año de 228. Sus padres por sus grandes conveniencias, le aplicaron con el mayor desvelo al estudio de las bellas letras; y nada omitieron de cuanto podia contribuir al cultivo de su excelente talento. Su vivacidad y penetración le facilitaron hacer maravillosos progresos en la erudición griega y egipcia. Dios lo preservó de los peligros, y la gracia le previno de manera que dirigiendo á Dios todos sus afectos, parecia no haberlo quedado amor para las criaturas.

Huérfano á la edad de quince años, se encontró dueño de cuantiosos bienes en compañía de una hermana casada. Su desprendimiento de las cosas perecederas se dejó ver en la persecución exci-

tada contra los cristianos por el emperador Decio. Como aquella espantosa tempestad se hizo sentir principalmente en el Egipto y la Tebaida, hubo allí gran número de mártires.

Pablo, aunque no dudaba de la eficacia de la gracia, desconfiado de sí mismo, se retiró á una casa de campo para ocultarse á la violencia de los tiranos. Mas no alcanzó este arbitrio á librarlo de un enemigo doméstico. Su cuñado inducido por la avaricia, para aprovecharse de sus bienes, resolvió entregarlo á los tiranos; fué avisado de la traición, y posponiendo riquezas, comodidades y descanso á la edad de veinte y dos años, se abandonó á todos los peligros de la soledad, por mantener su fé. La Providencia que tenia sobre él admirables designios, le hizo ejecutar por voluntad lo que al principio fué por necesidad. Internándose poco á poco en el desierto, se encontró con una cueva que parecia haber sido habitada por fabricantes de moneda, porque se veían esparcidos yunque, martillos, cuños y moldes de Marco Antonio y la reina Cleopatra.

Creyó Pablo ser este el sitio que le señalaba la Providencia, para que se formase al modelo de Jesucristo; inflamado de amor, se decidió á pasar su vida en pobreza, penitencia, olvido del mundo y oracion. No le inquietaba el temor de que le faltase comida y vestido, pues uno y otro le ministraba una frondosa palma, que servia de techo á su cueva, á cuyo pié manaba una cristalina fuente, con lo que se halló provisto hasta la edad de cincuenta y tres años. En lo sucesivo, el Señor, por quien lo habia dejado todo, lo mantuvo como al Profeta Elías, por medio de un cuervo, con la cantidad de pan necesaria para vivir.

Tenia ya San Pablo ciento trece años, cuando dispuso Dios para que no quedase ignorado este prodigio, que á San Antonio, de edad de noventa, que tambien vivia en un desierto, le corriese el pensamiento de que hingu otro habria vivido como él tan separado del comercio humano; la noche siguiente se le reveló que existia otro solitario de mayor mérito, á quien debia visitar. Luego que rayó la luz, se puso en camino; hácia el medio día se le presentó un monstruo á quien haciendo la señal de la Cruz, preguntó: dónde habitaba el siervo de Dios. El monstruo por señas le indicó lo que buscaba, y prosiguiendo Antonio su camino á pesar de otros espectros con que pretendia el demonio impedirlo; al cabo de dos dias por una loba descubrió la caverna. San Pablo que habitaba en ella, sintió el ruido y cerró la puerta; mas Antonio postrado al un-

bral le protestó que no se levantaría hasta que le abriese, pues venia enviado del Señor. Enternecido Pablo le abrió, y abrazándole le dijo: Aquí tienes, Antonio, al que con trabajo has buscado; estás viendo un cuerpo consumido que bien pronto será polvo; pero dime, ¿todavía se fabrican edificios? ¿Todavía adoran los hombres al demonio? Mientras hablaban, un cuervo puso delante de ellos un pan entero. Admirad, dijo Pablo, la bondad de Dios; sesenta años ha que cada día me manda medio pan; pero hoy por tí viene entero. Comunicó luego á su huésped que habia llegado su fin, y lo pidió que fuese á traerle el manto que tenia de San Anastasio y envolviere con él su cuerpo, para darle á entender que moría en su comunión. Partió Antonio á su monasterio, y encontró dos discípulos que cuidadosos le buscaban. ¡Ay de mí! les dijo: me llaman siervo de Dios, siendo pecador; he visto á Eneas, á Juan en el Desierto, á Pablo en el Paraiso, y tomando el manto salí con violencia. Al día siguiente vió el alma de Pablo que subía á los cielos cercada de ángeles, profetas y Apóstoles: postróse para venerarla, y siguiendo su camino, encontró el cuerpo de rodillas, y la cabeza y manos levantadas al cielo: creyó que aun estaba vivo; pero notando que no suspiraba como solía, lo sacó fuera. Dos leones que salieron del Desierto cavaron un hoyo, sepultóse Antonio cantando himnos, y tomando la túnica de palma de San Pablo, volvió á su monasterio, bendiciendo al Señor, y refiriendo el caso, cuya narracion encendió en los monjes el deseo mas vivo de la perfeccion. Lo mismo debe hacer en nosotros, para que logremos la dicha que San Pablo mereció. Es probable que la preciosa muerte de San Pablo acabácese á fines del año de 341 ó principios del de 342.

La Epístola es del capítulo III de la del Apóstol San Pablo á los filipenses.

Hermandos: Lo que antes tuve por ganancia, lo he reputado ya como pérdida; por amor de Cristo. Y en verdad todo lo tengo por perdido en comparacion de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he perdido todas las cosas, y las miro como basura por ganar á Cristo, y hallarme en él, no teniendo aquella propia justicia que nace de la ley, sino aquella que nace de la fé en Jesucristo, la justicia que viene de Dios por la fé, á fin de conocerle á él y á la eficacia de su resurreccion y participar de sus penas, asemejándome á su muerte: de modo que al cabo pueda arribar á la resurreccion de los muertos;

no porque haya logrado ya, ni llegado á la perfeccion; pero sigo mi carrera por ver si alcanzo aquello para lo cual fué destinado por Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XI de San Mateo.

En aquel tiempo respondió Jesus, y dijo: Yo te glorifico, ó Padre, Señor de cielo y tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los pequenuelos. Sí, Padre, por haber sido de tu agrado que fuese así. Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo, sino el Padre: ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo. Venid á mí todos los que estais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y hallareis el reposo para vuestras almas: porque mi yugo es suave y ligero el peso mio.

MEDITACION.

Sobre la dulzura de la virtud.

Considera que la experiencia, la razon y la fé están demostrando que solo es feliz el que sirve á Dios. Los perversos no necesitan consultar otra cosa sino á sí mismos para conocer claramente que NO HAY PAZ PARA EL IMPÍO, mientras el justo dentro de su corazon está leyendo y admirando sin cesar cuán bueno es el Dios de Israel para los que le temen. En efecto, jamas se ha visto mundano que no se queje amargamente del amo á quien sirve, aun en medio de los placeres de que se encuentra rodeado. Al contrario, los santos siempre están contentos: nunca se ha oido de alguno de ellos que se queje del dueño á quien sirve, ni de lo que padece en su servicio. Nada altera su tranquilidad: en los sucesos prósperos bendicen con ternura la mano misericordiosa que los llenó de beneficios; y en la adversidad ven el camino por donde los conduce un Padre tan amoroso, á gozar de la felicidad que él mismo disfruta: advirtiendo que nada puede suceder contra su voluntad, y que en premio de las penas que sufren, lograrán un fruto incomparablemente superior al trabajo que les cuesta.

Considera cuán distinto es el sosiego y la paz de una alma dedicada al servicio de Dios: comparado con el de una persona que hu-

biere consumido su tiempo en agradar al mundo; y cuán diversos serán los sentimientos de uno y otro, al acercarse la muerte. Los necios mundanos no pueden comprender la dulzura de la penitencia, y los padecimientos en el camino de la virtud. Pero es cierto que cuando después de una vida disipada se convierten de veras al Señor, sienten en la privación de los placeres porque antes anhelaban, una delicia superior á la que experimentaban al disfrutarlos.

Y es necesario que esto sea así, porque todas las cosas están violentas, y la sensibilidad padece cuando, por decirlo así, se hallan fuera de su lugar, y extraviándolas de su destino, se les hace servir á objetos distintos. Dios es nuestro último fin, y separándonos de él, no podemos hallar descanso ni quietud. La posesión de las criaturas deja un vacío que jamás se llenará sino con el bien infinito, proporcionado á su capacidad.

PETICIÓN Y PROPÓSITOS.

Señor, tu bondad se manifiesta hasta en los tributos que exiges á tus pobres criaturas: no satisfecho con premiarnos con una bienaventuranza infinita en la vida eterna, tu sabiduría ha dispuesto que aun lo que recibes como mérito sea una anticipada recompensa, y que ganemos la felicidad futura con lo mismo que nos hace felices en la vida presente. Yo te doy gracias por tanta misericordia, y humildemente te pido la gracia que necesito para no frustrar tus piadosos designios, y mis firmes resoluciones de no servir mas que á tí, que me puedes hacer verdaderamente feliz.

JACULATORIA.

Mejor es un día pasado en tu servicio, que mil en el del mundo.

LECCION.

La existencia de Dios, probada por el admirable espectáculo de la naturaleza.

Con solo mirar un hermoso edificio, una bella pintura, una ingeniosa máquina ó un hermoso libro, nos basta, ya que no para juzgar del mérito de la obra, sí para asegurar que ha habido un arquitecto, un dibujante, un maquinista y un escritor que han dado á luz aquellas producciones artísticas, y sería reputado por un demencia el que atribuyese el orden y proporciones, la belleza y naturalidad,

el ingenio y exactitud, y la perfeccion y maestría de estas obras á la contingencia ó al acaso. ¿Quién, pues, podrá dirigir la vista á órden y dimensiones del universo, á la belleza, ingenio y perfeccion de cada una de las partes que lo componen, sin reconocer un artefice supremo, un genio inventor en todas líneas, y cuyas obras no solo son el modelo de lo perfecto, sino que si se encuentra algo de sublime en las obras del hombre, en tanto es admirable en cuanto remedió ménos lejos á la naturaleza?

Todo lo que se nos presenta en el admirable espectáculo de ella, nos indica que hay un designio en cualquiera de sus partes, y por consiguiente manifiesta la existencia de un Ser que las ha criado. El cielo, la tierra y el hombre mismo á una rápida ojeada nos servirán de pruebas inconcusas de esta verdad. Hablemos primero de los cielos ó del inmenso espacio del globo que habitamos, que apenas es un punto, y despues contemplarémos la tierra y el hombre.

La grandeza y tamaño del universo es tan extraordinario, que los mas célebres astrónomos se han fatigado en vano para determinarlos, y solo puede congeturarse por el tamaño del sol y por la distancia que media entre él y nuestro globo. Contraigámonos al sol y á la tierra. Colocados estos cuerpos en la proporcion necesaria para la conservacion del mundo, y para las necesidades de sus habitantes, tales como hoy existen, si el sol se aproximara mas á la tierra, con el excesivo calor se destruiría la vegetacion, perecerian los animales, se derretirian los metales, las aguas se disiparian en vapores, y se convertiría la tierra en cenizas; pero si se apartase mas de lo que dista, la nieve haria perecer á los animales y á las plantas, las aguas y las nubes se congelarian, cubriendo la superficie de la tierra. Lo mismo debe calcularse sucederia si su tamaño fuese mucho mayor ó menor comparado con el de la tierra, permaneciendo á la distancia que hoy tiene el sol. Esta conveniencia, esta proporcion de tamaños y distancias de estos dos cuerpos, demuestran la existencia de un Hacedor infinitamente sabio, que conoce la proporcion en que deben colocarse y ha elegido ésta, mas bien que la otra.

Pasémos á considerar, aunque sea de paso, el admirable espectáculo de la naturaleza, el cual nos excita á dar siquiera una ojeada sobre la tierra, para convencernos mas y mas de esta verdad dogmática.

No pudiendo extendernos como descáramos sobre la multitud de consideraciones que nos presenta el globo que habitamos, nos redu-

ciéremos á hacer algunas indicaciones sobre los insectos, la reproduccion de las plantas, y la estructura del cuerpo humano, con la brevedad á que nos obliga la cortedad del compendio en que nos ocupamos. Despues de la invencion de los microscopios, se ha descubierto un pueblo innumerable de animales, cuya pequeñez es tal, que serian menester un millon y aun mas de estos para igualar el tamaño de un grano de arena; pues todos ellos tienen su organizacion completa, su musculacion y vasos para recibir el alimento, para la nutricion, el movimiento y todas las funciones de la vida, lo mismo que los elefantes y las ballenas. Y ¿quién podrá persuadirse que estos cuerpecitos tan perfectamente organizados, estas máquinas tan admirablemente construidas, en que se advierte un orden, enlace y conexcion de unas con otras, y que por consiguiente suponen inteligencia, prevision y desigmo de su autor, sean obras del acaso, ó de la contingente reunion de los átomos?

Pasemos ahora á tratar de las plantas, y de su admirable reproduccion. Guardadas estas en la tierra, se pudren, se corrompen, reyantán y producen un tallo casi imperceptible, que despues sale de la tierra, crece y engruesa poco á poco, forma un pequeño tronco, produce ramas, despues hojas, y últimamente llegando á cierto estado de corpulencia, brota de las ramas una multitud de flores, de las que nace un sazonado fruto. El otoño lo seca; mas cuando vuelve la primavera se reviste de nuevo de hojas y de flores que vuelven á producir sus frutos, los que se regeneran á sí mismos, conservando en su interior unas semillas que producen nuevos frutos. Y ¿quién no admirará en todo esto una mano poderosa y sabia que dirige tan admirable y uniforme mecanismo? ¿Quién no reconocerá una prósvida mano, que quiso destinar estas producciones para el alimento, medicina, utilidad y otros objetos propios para la conservacion del hombre? En vano querria atribuirse esta combinacion á la casualidad ó al hado; pues no puede negarse que las generaciones de las plantas, siempre observan una misma marcha; y lo que es obra del acaso es incapaz de esta uniformidad.

Por último, en nada resplandece tanto la sabiduría y poder infinito de este supremo artífice, y nada prueba mejor su existencia que la estructura maravillosa del cuerpo del hombre. Aquella innumerable variedad de huesos, de nervios, de arterias, de venas y vasos colocados en tal orden, armonia, distancia y proporcion, que teniendo cada uno su destino, se dirigen todos al fin general de la con-



S. Mauro Abad.



S. Marcelo Papa Mártir.



S. Antonio Abad.



Sra. Prisca Virgen y M.

servacion, por medio del alimento, de la nutricion, del movimiento y el trabajo, del sueño y la vigilia, y otra multitud de acciones vitales con que provee á sus necesidades, atiende á su recreacion y goces de la vida. Pues este mecanismo encantador, esta organizacion del cuerpo humano, en que los anatómicos hallan todos los dias que observar y admirar, prueban una inteligencia y un artifice infinitamente sabio y poderoso. Luego desde los grandes soles hasta el insecto mas pequeño, las plantas, los animales todos, y la organizacion por último de cada una de sus partes, nos publican la existencia de Dios, haciendo que nuestro entendimiento comprenda las perfecciones invisibles de Dios, por las cosas que ha hecho.

DIA DIEZ Y SEIS.

San Marcelo papa y mártir.

Nació San Marcelo en Roma estando ya muy extendida la religion cristiana en que fué educado. Eligió para sí el estado eclesiástico, y el pontífice Marcelino lo elevó á la dignidad de presbítero de la Iglesia de Roma. Por este tiempo los emperadores Maximiano y Diocleciano soltaron los diques á su furor, moviendo la novena persecucion, en que fué Marcelino una de las victimas: vacó por su muerte la silla pontificia cerca de tres años; pero mitigada la persecucion, se unieron los votos por San Marcelo el año de 307.

Elevado á la silla de San Pedro, se dedicó á restituir el vigor de la disciplina y á reparar los daños de la Iglesia. La muerte de Constantino proporcionó á Maxencio la ocasion de aspirar al título de emperador, y desecho de atraer á los cristianos, les concedió alguna tranquilidad que aprovechó Marcelo para establecer útiles constituciones. Distribuyó la ciudad en veinticinco parroquias, facilitó la administracion de los Sacramentos, y proporcionó sepultura decente á los mártires. Toda reforma disgusta, como experimentó Marcelo, pues queriendo los que habian estado en la última persecucion volver al seno de la Iglesia á poca costa, los penitentes y los ministros levantaron el grito contra nuestro Santo acusándole de excesivo rigor.

Nacieron de aqui inquietudes y disensiones, de las que aprovechándose Maxencio, cuya condescendencia con los cristianos solo

era política, tomó pretexto para inquietar la Iglesia. Citó al pontífice y viendo frustrados los caminos de promesas y amenazas, le mandó azotar cruelmente, y lo condenó á servir en las caballerizas públicas, donde creyó lo consumiría el mal trato y la miseria. Pero nada podía ser mas agradable al confesor de Jesucristo como padecer por él: en la oscuridad, el desamparo, en el destrozado vestido solo veía los medios de imitarlo.

Al cabo de nueve meses consiguieron los fieles libertarlo y llevarlo á casa de una virtuosa viuda, la que le suplicó consagrarse allí una Iglesia. Supo Maxencio que allí se otaban los concurrentes en piosos ejercicios y pensó primero en quitar la vida á Marcelo; pero le pareció lo daria mayor tormento que se convirtiese la Iglesia en establo y obligarlo á cuidar allí de las bestias.

Mucho tuvo que sufrir San Marcelo por la pena de ver envilecido aquel lugar santo que regaba con sus lágrimas y deseaba purificar con su sangre; mas no por eso olvidaba á sus ovejas, ni dejaba de exhortarlas de palabra y por escrito. Se asegura que en aquella situación escribió dos Epistolas, una á los obispos de Antioquia dirigida á mantenerlos firmes en la fé, y la otra al emperador Maxencio, representándole el daño que se hacia á sí mismo, y procurando abrirle los ojos á la verdad. Finalmente, consumido por los trabajos murió el año de 309 y su cuerpo que se halló cubierto de un áspero cilicio, fué depositado en el cementerio de Prisila hasta que sus reliquias se trasladaron al monasterio de Aumond en Flandes y parte al de Cluni, quedando las demas en Roma en la Iglesia de su nombre, donde permanecen para la veneracion y ejemplar de los cristianos, á quienes desde su precioso nicho recorriente por su poco sufrimiento y poco amor á Jesucristo, por quien á él se le hicieron tan dulces los penosísimos trabajos de su vida y las miserias de su muerte, y por quien estaria pronto á dejar las delicias de la gloria y padecer mil martirios. Alentémonos con su ejemplo á sufrir toda clase de penalidades, pues la felicidad eterna bien merece el sacrificio de nuestros dias.

La Epistola es del capítulo I de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion: el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos tambien

nosotros consolar á los que se hallan en cualquier trabajo, con la misma consolacion con que nosotros somos consolados por Dios. Porque á medida que se aumentan en nosotros las aficciones de Cristo, se aumenta tambien nuestra consolacion por Cristo. Porque si somos atribulados, lo somos para vuestra edificacion y salud: si somos consolados, lo somos para vuestra consolacion: si somos confortados, lo somos para confortacion y salvacion vuestra, cuya obra se perfecciona con la paciencia con que sufris las mismas penas que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros, sabiendo que así como habeis sido compañeros en las penas, así lo seréis tambien en la consolacion en Cristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo 16 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su cruz, y sígame. Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí la encontrará. Porque ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿O con qué cambio podrá el hombre rescatarla? Porque el Hijo del Hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entonces dará el pago á cada uno conforme á sus obras.

MEDITACION.

De la importancia de la salvacion.

Considera que no tienes negocio de mayor importancia que el de tu salvacion. Ninguno puede tener jamas el hombre, no ya igual, pero ni aun comparable con el de su salvacion. Comparados con la vida eterna los bienes y los males de la temporal, son lo mismo que nada. Entre un bien transitorio, y el conjunto de todos los de la misma clase, hay ménos desproporcion que entre lo finito y lo infinito, lo temporal y lo eterno. Ser desgraciado hasta la muerte, podria tener algun lenitivo, y es seguro que tendria término; ser arrojado á las llamas eternas, no deja esperanza ni consuelo.

Considera que las riquezas, los deleites y el poder sobre la tierra, cuando mas tarde, acaban con la muerte. Si muero bien, esto solo me indemnizará, con indecibles ventajas de las pérdidas y trabajos

de mi vida: si me condeno, nada podrá consolarme en suerte tan infeliz que me habré fabricado por mis propias manos, y por descubrir el negocio de mi salvacion, cuya importancia me hizo Dios el beneficio de descubrirme tantas veces, y ahora mismo me está manifestando en estas reflexiones; pues no hay equivalente al haberse perdido para siempre, el haber perdido el cielo y el haber perdido á Dios. Luego todo lo he perdido para siempre, y lo he perdido sin remedio.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Amable Redentor mio, vos venisteis á la tierra y os hicisteis hombre; padecisteis y moristeis por salvarme: no permitais se pierda en mí el fruto de la redencion. Yo, confiado en vuestra gracia, os prometo cuidar de hoy en adelante, de este fruto que tanto os ha costado. Por lograrlo vertisteis vuestra sangre: justo es que yo vierta tambien la mia por conservarlo y aumentarlo. Bendecid, Dios mio, y dad eficacia á mi resolucion.

JACULATORIA.

Sola una cosa es necesaria, y esta es la salvacion.

LECCION.

Sobre la unidad de Dios.

Demostrada ya la existencia del Ser Supremo, es necesario comenzar á conocer su naturaleza, sus atributos y perfecciones. El primer principio que explica y declara la Escritura Sagrada, relativo á este objeto, es, que Dios es uno: que no hay otro Dios sino *Jehová*: que siendo infinitamente superior á todos los seres, es el único objeto de adoracion espiritual. Oye, Israel: el Señor Dios nuestro es el único Señor, se dice en el Deuteronomio. Porque aunque hay algunos que se llaman dioses, añade San Pablo, ya en el cielo, ya en la tierra, (pues hay muchos dioses ó muchos señores) segun los gentiles; mas para nosotros es un solo Dios, el Padre de quien son todas las cosas y nosotros en él, y solo un Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por él. Aquello que nos repite San Mateo: "Al Señor tu Dios adorará, y á él solo servirás," fué el principio fundamental, no solo de la constitucion judaica, sino de la ley de Cristo.

No hay mas que un solo Dios, y es imposible que haya muchos,

porque es imposible concebir dos esencias ó naturalezas soberanamente perfectas; pues para ser soberanamente perfecto este divino Ser, es preciso que no tenga igual; si tuviera igual caeria de una perfeccion, y si careciese de una perfeccion no seria Dios. Por eso dice Tertuliano: "Si Dios no es uno, no es Dios. Multiplicar la Divinidad es destruirla."

Esta unidad de Dios necesariamente se comprende en la idea que tenemos de un ser infinitamente perfecto, la cual excluye la multiplicidad de los dioses, porque el uno no destruyese lo que el otro hubiese hecho. Y así cada uno en particular, no seria ni perfecto ni todopoderoso. Y si ántes del establecimiento de la religion cristiana se apoderó de la mayor parte del mundo la pluralidad de los dioses, es preciso atribuir la causa de este delirio á la ceguedad á que las pasiones de los hombres, y la ignorancia de aquellos siglos arrastraban desgraciadamente sus entendimientos, hasta el extremo de tributar el culto supremo aun á los seres mas viles y despreciables.

Todas las naciones antiguas profesaban el politeismo, esto es, tributaban su culto á una multitud de dioses. Adoraban unos al sol, á la luna y á las estrellas, otros á los hombres, ya vivos, ya difuntos; llegando á tanto la extravagancia en otros, que hasta las verduras habian sido elevadas al rango de deidades.

En esta multiplicacion se advierte mas bien que en otra cosa, la ceguedad ó ignorancia á que habia reducido á los hombres el pecado. En vez de elevarse los hombres al conocimiento de Dios y al culto de un solo y único Criador de todas las cosas, fijaron su adoracion en estas mismas cosas y desconocieron la Divinidad. La revelacion cristiana nos enseña la causa de esta ceguedad: el pecado original es el principio de ella, y no puede darse prueba mas cierta de esto que la corrupcion del hombre ántes y despues del diluvio; porque aunque podia comprender que no habia sido hecho para las criaturas, sino para el Criador; sin embargo, oscurecida por el pecado su razon natural, perdió las ideas de las cosas espirituales, se entregó completamente al amor de las criaturas, erigió á sus sentidos áribros de todas sus operaciones, colocando todo su placer en los objetos que podian lisonjearlos ó satisfacerlos. Desde entonces se borraron de su memoria todos los deberes para con Dios, precipitándose en toda clase de delirios; mas abrumado con un cúmulo inmenso de necesidades, y oprimido de males, concibió y adoptó la Divinidad como corpórea: resultando de aquí que considerase como

deidad á todo aquello que tenia algun poder ó fuerza sobre el hombre: al aire, por cuya respiracion vivian, al sol que los alumbraba, á la luna que presidia á la noche; ofuscándose mas y mas sus ideas respetaban como á dioses, no solo á Cibéles, Apolo y Diana, sino á los conquistadores que los libraban de sus enemigos.

De todo lo dicho debemos inferir, que mientras los hombres emplearon únicamente sus luces para conocer á Dios, no encontraron sino errores, incertidumbres y extravíos. Dios solo puede indicar al hombre el modo con que debe ser adorado; los mortales ignoran la naturaleza de Dios, para formarse por sí mismos la idea exacta de una religion que, tributando al Ser Supremo el debido culto, los haga dichosos conduciéndolos á su verdadero fin. Y por lo mismo, necesita el hombre de algun otro auxilio que el de la razon, para cumplir los deberes que tenemos para con Dios, y esta no puede ser otro que la revelación. Una de las ventajas que ella nos proporciona, es que al paso que repele á la idolatría y á la irreligion, presenta la Divinidad á nuestra comprensión bajo una idea mas personal, y que la pone mas á nuestro alcance, que cuantas reflexiones puede producir la teología natural. Por tanto, demos gracias á este Supremo Ser que ha querido llamarnos al conocimiento de la verdadera religion por medio de la fé cristiana, creyendo en un solo Dios, un fé y un bautismo, y pidiendo á su bondad se digne convertir á los infieles, separándolos del culto de sus falsas deidades, y á los incrédulos que no quieren rendir homenaje á la deidad verdadera.

DIA DIEZ Y SIETE.

San Antonio Abad.

La historia de San Antonio es una de las mas auténticas de la Iglesia, por haberla escrito el grande San Atanasio, y merece por lo mismo todo nuestro respeto.

San Antonio y S. Pacomio fueron los autores de la vida Cenobítica: nació el primero en Coma, pueblo de Heracles, el año 251. Sus padres nobles y cristianos, se distinguian por la piedad, en la que deseaban sobresaliese su hijo, á cuyo fin le educaron en todo retiro. Desde su infancia le encontraron muy ageno de darse á otra cosa que al retiro, como se dice del patriarca Job.

La muerte de sus padres, acaecida á los diez y ocho años de su edad, le hizo dueño de grandes bienes, en compañía de una hermana. Mas apenas habian pasado seis meses, cuando un dia meditaba en el desprendimiento de los Apóstoles, y lleno de esta idea entró en la Iglesia á punto que se leia la respuesta de Jesucristo al jóven rico: "Si quieres ser perfecto, da á los pobres lo que tienes, ságneme y tendrás en el cielo un tesoro:" le pareció que á él se dirigian estas palabras: volvió á su casa y repartió todas sus tierras, muebles y halajas, reservando solo lo preciso para subsistir él y su hermana. En otra ocasion oyendo leer el Evangelio que previene contra la solicitud del sustento, entendió que debía poner toda su confianza en Dios, y dando lo que habia reservado, entregó el cuidado de su hermana á unas doncellas consagradas á Dios. Libre ya de los lazos que lo unian con la tierra se entregó á la vida solitaria. Antonio se propuso por modelo á un solitario que habitaba en un lugar poco distante, con quien hizo asombrosos progresos en toda virtud; pero esto le atrajo la mas cruda persecucion del demonio. Representaciones impuras, escrúpulos, tedios, y toda clase de seducciones. Pero impávido Antonio, todo lo vencía con la fé, la confianza y la penitencia. Persuadido de que aun necesitaba mayor fervor, fué á encerrarse en un sepulcro, cuya puerta solo abria á un amigo que de cuando en cuando le traia pan; pero allí iba el demonio, no solo á tentarle, sino á maltratarlo con golpes hasta dejarlo como muerto. En tal estado le encontró su amigo, el que le cargó para llevarlo á sepulturar; pero volviendo en sí le pidió lo volviese á llevar.

Monstruos, estruendos, aullidos, dolores, todo lo empleó el tirano tentador; pero de todo triunfó la paciencia y humildad del Siervo de Dios, cuyo Santo Espíritu le tenia destinado para poblar los desiertos. A este fin le inspiró se alzase mas del poblado, y habiendo pasado el Nilo, habitó cerca de veinte años en las ruinas de un castillo, alimentándose con el pan que cada seis meses le traian de la Tebaida. Concedióle el Señor los dones de curar todas enfermedades, dominar fieras, arrojar demonios, mandar á los elementos, y la gracia de persecucion; con cuyos socorros trasladó al desierto tanto número de personas, que fué necesario edificar muchos monasterios. Nada desunimó á Antonio: instruía por sí mismo á sus discípulos; y adelantaba cada dia mas aquella república con tan Santo legislador. Parecía que los solitarios debian estar exentos de la persecucion que suscitó Maximiano; pero Antonio tuvo el valor

de trasladarse á Alejandría para servir y fortificar á sus hermanos: disminuida la persecucion volvió á su desierto, donde aumentó sus penitencias como por castigo de no haber logrado la dicha de ser mártir.

Volvió segunda vez á Alejandría para defender la fé, donde predicó, escribió, é hizo tantos milagros, que hasta los sacerdotes de los ídolos corrían á verle, y le llamaban el Hombre de Dios. Poco después de esta gloriosa expedicion, le dió Dios á entender que su fin se acercaba: convocó á todos los solitarios, los exhortó á permanecer en la piedad, y les anunció que caminaba á su patria. Los de Pisper le instaron para que fuera á morir entre ellos; pero se negó, porque no honrasen su cadáver. Se retiró en fin á la montaña, y sintiéndose enfermo encargó á dos monjes que lo asistían en su última vejez, que lo enterasen con el mayor secreto, y no dijese á nadie el lugar de su sepultura, dejando á Dios el cuidado de hacerlo incorruptible en la resurreccion general. Prevínosle tambien entregasen á San Atanasio sus dos tónicas y el manto, que nueve años antes había recibido de él, y la otra túnica á San Serapion obispo, en el Bajo Egipto, y reservasen para ellos el cilicio que usaba. Estos eran todos sus bienes.

Abrazólos luego, extendió su cuerpo, y manifestando en el semblante la alegría mas pura, entregó su espíritu al Señor el día 17 de Enero del año 356, á la edad de ciento y cuatro años. Sus dos discípulos ejecutaron prontamente lo que les había ordenado; mas sus reliquias se llevaron después á Constantinopla, y de allí á Viena de Francia, donde se había experimentado el poder de su intercesion, con particularidad para la enfermedad llamada por esto el fuego de San Antonio.

La Epistola es del capítulo 65 del Libro de la Subiduria. (Eclesiástico.)

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria se conserva en bendicion. Hizole el Señor semejante en la gloria á los Santos, y engrandecióle, é hizole terrible á los enemigos; y él con su palabra hizo cesar las horribles plagas. Glorificóle en presencia de los reyes; dióle preceptos que promulgase á su pueblo, y le mostró su gloria. Santificóle por medio de su fé y mansedumbre, y escogióle entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios é hizole entrar en la nube, donde cara á cara le dió los mandamientos y la ley de vida y de ciencia.

El Evangelio es del capítulo 12 de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Estad con vuestras ropas ceñidas á la cintura; tened en vuestras manos las luces ya encendidas, y sed semejantes á los criados que aguardan á su amo cuando vuelve de las bodas, para abrirlo prontamente luego que llegue y llame á la puerta. Dichosos aquellos siervos á los cuales el amo al venir encuentre así velando. En verdad os digo que arregazándose él su vestido, los hará sentar á la mesa, y se pondrá á servirles. Y si viene á la segunda vela ó viene á la tercera, y los halla así prontos, dichosos son tales criados. Mas tened esto por cierto, que si el padre de familias supiese á que hora había de venir el hadron, estaría ciertamente velando, y no dejaría que le horadasen su casa. Así vosotros estad siempre prevenidos, porque á la hora que ménos penséis vendrá el Hijo del Hombre.

MEDITACION.

Sobre las tentaciones.

Considera que Dios permite que el demonio se desate contra nosotros, que tengamos tribulaciones y penalidades para acrisolar nuestro amor. La vida del hombre sobre la tierra, no es otra cosa que una milicia continua; es el tiempo del mérito, y solo es verdaderamente feliz el que pelea con constancia hasta adquirir la victoria; y solo es bienaventurado aquel cuya vida es una continua série de pruebas y tentaciones vencidas. No hay tesoro comparable con el que Dios nos prepara como premio de las victorias que nos proporciona en las luchas y tentaciones que permite para nuestro bien, y en que su brazo omnipotente está siempre pronto á sostenernos y ayudarnos.

Considera que la molestia que causa la mas terrible tribulacion, la resistencia á la tentacion mas tenaz y vehemente, pasa en breve; pero el fruto permanece para siempre. La satisfaccion y gozo que produce el triunfo, comienzan á sentirse desde luego, así como la amargura y el tedio siguen inmediatamente á la culpa: un vencimiento facilita muchísimo el siguiente. Se engañan los que creen que toda su vida han de experimentar iguales dificultades, y no ménos los que se persuaden que las tentaciones solo son penas que Dios nos envia para castigarnos, cuando por el contrario nuestro

amantísimo Redentor las permito para que sirvan de ejercicio y educción; porque solo es bienaventurado el que se encuentra en vela cuando viniere su Señor.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Señor, yo veo en las tentaciones uno de los efectos de vuestra bondad: queréis premiarne, y me proporcionais que lo merezca. ¡Cuánto me consuela el pensamiento de que cuando me ponéis en el camino de la cruz es para llevarme al cielo! Solo os ruego que me deis fuerzas para no rendirme. ¡Puede pasar de mí el caliz de la aflicción sin que lo beba? No debe ser. Pues hágase en mí vuestra voluntad santísima.

JACULATORIA.

Guardaré tus mandamientos, Señor, no me dejes jamas.

LECCION.

Sobre el Misterio Augusta de la Santísima Trinidad.

Después de haber manifestado en la lección de ayer la unidad de Dios, hoy deba ocupar nuestra atención el profundo misterio de la Augusta Trinidad, para que desde luego se vea, que no es introducir pluralidad de dioses, decir, creer y confesar tres personas en Dios; porque estas tres distintas personas no son mas que un solo Dios verdadero. Venerar la unidad de Dios en tres personas, y la Trinidad de las personas en la unidad de Dios, es el primero de todos los misterios del cristianismo; es propiamente hablando, el misterio de Dios considerado en sí mismo, y un misterio tan alto, que no puede alcanzario nuestra débil inteligencia, y que siempre lo hubieran ignorado los hombres, si el mismo Dios no se hubiera dignado revelárselos.

La revelación nos enseña que en Dios no hay sino una sola naturaleza divina, un Ser, una esencia sola que no puede dividirse; pero hay tres personas distintas la una de la otra; es decir, que estas tres personas son un solo Dios, porque es una sola naturaleza la esencia ó ser de la Santísima Trinidad; de manera, que el ser una sola la esencia no impide que sean tres las personas, ni el ser tres las personas se opone á que sea una la esencia. Pero aunque son tres personas, no son tres Dioses, sino uno solo; porque para ser tres

Dioses, habian de ser tres seres, tres sustancias, tres esencias, como se ve en el mundo en tres hombres; y como esto no es ni puede ser, por esto no es mas de un Dios. Y aunque sean tres las personas divinas, no hay entre ellas otra diferencia sino que la primera que se llama y es el Padre, no fué engendrado, ni hecho, ni criado por ninguno. La segunda por ser engendrado no como las criaturas, sino de un modo infinitamente superior á la comprensión del entendimiento humano; es el Hijo, no hecho, no criado, sino engendrado por el Padre; y la tercera persona es el Espíritu Santo, no hecho no criado, ni engendrado, sino que procede del Padre y del Hijo.

El Padre es Dios propia y verdaderamente; el Hijo es Dios del mismo modo, y el Espíritu Santo lo es tambien igualmente; pero no son tres Dioses, sino uno solo; porque como queda dicho, la naturaleza es una sola, indivisible y propia de las tres personas. La divinidad está entera en el Padre, la comunica entera al Hijo, uno y otro la comunican del mismo modo y sin disminucion alguna al Espíritu Santo; pero sin embargo de esto no son tres divinidades distintas.

Como la naturaleza divina es una sola y tres las personas, de necesidad deben ser perfectamente iguales; y así el Padre no es mayor, ni mas sabio, ni mas poderoso que el Hijo; ni el Padre y el Hijo son mayores, ni mas sabios, ni mas poderosos que el Espíritu Santo; ni este es mayor ni mas anciano que el Hijo ó el Padre, ni excede á ninguno de los dos en sabiduría ni en poder. Aunque las personas se llaman primera, segunda y tercera, esto no dá á entender en manera alguna que haya entre ellas superioridad de una sobre otra, ni la mas leve anticipacion de tiempo. Igual es su gloria, coeterna su magestad. El Hijo es eterno como el Padre, porque el Padre no puede dejar de conocerse á sí mismo ni un solo instante, y conociéndose es como engendra al Hijo: Hijo único y perfecto de un padre perfecto, luz de luz, verdadero Dios de Dios verdadero: Verbo del Padre, su pensamiento, otro el mismo, y un mismo Dios con él. Y el Espíritu Santo es eterno como el Padre y el Hijo; porque uno y otro no pueden subsistir un solo momento sin amarse reciprocamente; y amándose con un amor eterno y soberanamente perfecto, es como producen abeterno al Espíritu Santo, que es el amor del Padre y el Hijo, y un mismo solo Dios con ellos.

El Padre es inmenso, el Hijo es inmenso, y el Espíritu Santo es inmenso. Es omnipotente el Padre, lo es el Hijo, igualmente lo es

el Espíritu Santo. El Padre es Señor, así como lo es el Hijo, y lo es también el Espíritu Santo. Sin embargo, no hay tres inmensos, ni tres omnipotentes, ni tampoco tres Señores, sino un solo inmenso, un solo Todopoderoso, un solo Señor; porque así como la fe cristiana nos compele á confesar que cada una de las tres personas divinas separadamente consideradas, es inmensa, es omnipotente, es Dios y Señor, la misma religión católica nos prohíbe decir que hay tres inmensos, tres omnipotentes, tres Dioses ó Señores en la divinidad. Hay por último un Padre, no tres Padres; un Hijo, no tres Hijos; un Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos. De todo lo dicho se infiere, como ya hemos advertido, que debemos venerar con San Atanasio, cuyo símbolo hemos vertido en sustancia, la unidad de esencia en la Trinidad de las personas divinas, y la Augusta Trinidad en la unidad de la divina esencia.

—♦—
DIA DIEZ Y OCHO.

La Cátedra de San Pedro en Roma, y Santa Prisca virgen.

La fiesta que celebra la Iglesia bajo el título de: *la Cátedra de S. Pedro en Roma*, es el aniversario ó memoria de aquel afortunado día, en que San Pedro, después de haber fundado la iglesia de Antioquía, vino á establecer su silla pontificia en la capital del universo, convirtiéndola en cabeza de todo el orbe cristiano. Habiendo dispuesto Dios que aquella misma Roma que por espacio de tantos siglos había sido la maestra del error, el centro de la superstición, y el asiento del paganismo, fuese después la maestra de la verdad, la silla de la fe, la cabeza de la religión y la madre de toda la Iglesia; justo era que todos los fieles celebrasen la época de esta felicidad, y que cada año se solemnizase el nacimiento de aquella primera Iglesia del mundo, ó por mejor decir, el día en que se estableció la fe de la Iglesia universal en Roma, como en el centro de su unidad. Este es propiamente el espíritu de la presente festividad, tan antigua en toda la Iglesia.

¿Ni cómo podía ser otro, cuando propiamente hablando se celebra el asiento que toma en el edificio de la Iglesia aquella piedra que Cristo colocó por su fundamento? *“Tú eras Pedro, le dijo, y sobre*



La Cátedra de S. Pedro en Roma.



S. Ciriaco Rey.



S. Fabian Martyr.



S. Sebastian Martyr.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

esta piedra edificaré mi Iglesia;” y como esta declaración la hizo el Señor, en cierto modo, recompensa de aquella gloriosa confesión de fé, con que Simon Pedro predicó su divinidad, diciendo: “Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.” llámase justamente el príncipe de los Apóstoles, *piedra de confesion.* ¿De qué confesion? De la de la fé católica, que Pedro por sí, y la Iglesia por boca de Pedro, emitieron en aquella ocasion en que Cristo preguntó á sus Apóstoles, ¿quién juzgaban ellos que era el Hijo del hombre? como si dijese: Los reprobados hijos de la sinagoga juzgan que soy Juan Bautista, ó Elias, ó Jeremías, ú otro de los profetas; mas la Iglesia ¿qué dice? ¿quién juzga que soy yo? Entónces Pedro á su nombre responde: “Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.”

Que tanto como esto quiera decir la pregunta de Cristo y la respuesta de Pedro, bien se declara con lo que el Señor le contestó. En la magnífica declaración que le hizo, desenvolvió grandes misterios, lo ensalzó con elogios incomparables, le decretó supremos honores, le concedió divinas facultades, y con un nombre glorioso que significaba su destino, lo constituyó fundamento visible y base solidísima de aquella fé indestructible, que forma de todas las piedras del catolicismo un solo edificio, un templo místico en que habita la Divinidad. He aquí la Iglesia que Cristo edifica sobre Pedro. Su base, su estructura, su solidez y firmeza indestructible á toda potestad de tinieblas, la asistencia del Espíritu Santo, la legitimidad, pureza é inmediata revelacion del dogma y de la doctrina, la divina potestad, el sagrado ministerio, el primado, la infalibilidad, la unidad, todo, todo lo que constituye la Iglesia se halla contenido en aquellas divinas palabras del Hombre Dios.

“Bienaventurado eres, Simon, hijo de la Paloma, porque el misterio altísimo en que todos se comprenden y que has confesado, te lo ha revelado mi Padre que está en los cielos, y no debes este conocimiento á la carne y la sangre, que no pueden tenerlo ni comunicarlo. Vemos, pues, por las palabras de Cristo, que declara á Pedro tan absolutamente inspirado del Espíritu Santo, que lo llama Hijo suyo, bajo el símbolo de la Paloma, en cuya figura se ha dignado dejarse ver el Espíritu Santo; y declara la fé que ha confesado tan inmediatamente venida á El de Dios mismo, que ni la carne, ni la sangre, ni el profeta, ni el ángel, sino el mismo Padre celestial, principio sin principio de la adorable Trinidad, se lo ha revelado. Y cuando, á consecuencia de esto, lo dice, nombra, decla-

ra y establece por *pedra fundamental* de su Iglesia, ¿qué podemos contemplar sino que le dice: Tú, que nacido del Espíritu Santo, has recibido de mi Padre esta luz soberana, esta plenitud de fe; por mí eres constituido sostenedor de esta misma fe, como mi vicario y cabeza visible de mi Iglesia: esta fe que une á todos tus hermanos y forma de todos un uno, que es mi Iglesia, en ti tendrá su apoyo: "sobre esta piedra la ha de edificar." Tú eres el foco, el reverbero místico, que recibiendo de mi Padre la divina luz de la fe, alumbrarás con ella á tus hermanos, la difundirás por el orbe, iluminarás todo el templo.

Siendo esto, pues, así, ¿quién puede dudar que cuando Pedro sube al trono pontificio en la capital del mundo, para regir y gobernar desde un centro la Iglesia universal, cuando ocupa la cátedra sagrada en que como maestro de todos ha de declarar el dogma de fe divina en la creencia y la moral; quién puede dudar, repetimos, que este gran suceso no sea establecerse la fe de la Iglesia universal en Roma, como en el centro de su unidad? ¿Quién temerá decir que este suceso es el verificativo de las promesas de Cristo, y como la posesion de aquella dignidad y aquellos cargos que confirió al Apóstol? pues si bien en lo formal los tenía, ya desde que Jesucristo se los dió, y los ejercía desde la Ascension del Señor, y aun más, desde la venida del Espíritu Santo, en que solemnemente se publicó la nueva ley; pero el orden de su administracion, el método económico de su gobierno, la fundacion auténtica de esta cátedra dogmática y potestativa, y la real posesion que complementa, regla y perfecciona el ejercicio de los derechos adquiridos, parece que estaban reservados y como vinculados á este acto.

El es, por tanto, un objeto digno de la mayor celebridad, y como tal lo ha venerado la Iglesia, siendo su festividad tan antigua que el concilio Turonense segundo celebrado el año de 567, había ya de ella como de solemnidad que llevaba muchos años de establecida. Y el papa Pío IV en la bula que expidió en 1558 para fijar esta fiesta al día 18 de Enero, dice que no establece una nueva solemnidad, sino que solo confirma la que ya se celebraba en la Iglesia desde sus primeros siglos.

Fué el establecimiento de la silla pontificia en Roma cerca del año 48 de Jesucristo, comenzando el imperio de Nerón. Veinte y cinco años rigió San Pedro esta cátedra, hasta coronar en la misma

capital sus apostólicos trabajos con un glorioso martirio. Conservábase todavía en Roma la misma cátedra donde se sentaba San Pedro, grosera por el arte y pobrísima por la materia; pero preciosísima para la veneracion de los fieles, que deben mirar con la mayor estimacion y respeto todo lo que sirvió al príncipe de los Apóstoles. Concluiremos advirtiendo, que el llamar á San Pedro *hijo de la Paloma*, es á virtud de una interpretacion que San Jerónimo da á la palabra Bar-Jóna, y está dicho en un sentido místico, siendo muy en orden esta inteligencia, atendida la profundidad misteriosa con que hablaba Cristo, sabiduría divina.

Santa Prisca.

Santa Prisca fué una noble vírgen romana, que á los trece años de edad fué acusada ante el emperador Claudio, de que profesaba la religion cristiana. Mandó éste que fuese llevada al templo de Apolo para que sacrificara á los ídolos, y detestando ella una infidelidad tan criminal, fué encarcelada, habiéndole dado ántes recias bofetadas. Presentada de nuevo al tirano, y hallándola éste mas firme en la fe, ordenó que fuese azotada cruelmente y bañada con aceite hirviendo. Sostuvo la tierna esposa de Cristo tan fuertes tormentos con la mayor constancia y serenidad, de modo que vuelta á la prision y permaneciendo en ella tres dias, era visible el anhelo con que deseaba venir á nuevas pruebas en que mas y mas acreditase su amor á Jesucristo.

En efecto, al tercero día fué expuesta en el anfiteatro á un leon feroz y hambriento que la hubiera devorado al instante; pero olvidado de su ferocidad por la virtud divina, se echó á los pies de la Santa, como si fuese un manso corderillo. En vista de esto, mandó el tirano que la retirasen y la dejasen en la prision sin comer por tres dias, al cabo de los cuales fué colgada en el oculto, y surcadas sus virginales carnes con uñas de acero, se le arrojó á las llamas mas saliendo viva de la hoguera, no respetó la mano sangrienta del perseguidor á la que habían respetado las fieras y las llamas: mandóla llevar el emperador fuera de la ciudad, y á campo descubierto se le cortó la cabeza, volando su bendita alma á recibir el duplicado premio de la virginidad y del martirio. Su santo cuerpo fué sepultado por los cristianos en el camino de Ostia.

La Epístola es del capítulo I de la primera del Apóstol San Pedro.

Pedro, Apóstol de Jesucristo, á los fieles que viven fuera de su patria dispersos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la predestinación de Dios Padre, para ser santificados por el Espíritu Santo, y obedecer á Jesucristo y ser rociados con su sangre: mucho aumento de gracia y paz. Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha regenerado con una esperanza de vida, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, que no puede contaminarse, y que es inmarcescible, reservada en los cielos para vosotros; á quienes la virtud de Dios conserva por medio de la fé, para haceros gozar de la salud que ha de manifestarse en los últimos tiempos. Esto es lo que debe trasportaros de gozo; si bien ahora por un poco de tiempo conviene que seáis afligidos con varias tentaciones para que probada de esta manera vuestra fé, y mucho mas acendrada que el oro, que se acrisola con el fuego, se halle digna de alabanza, de honor y de gloria en la venida manifiesta de Jesucristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo.

En aquel tiempo. Viniendo Jesus al territorio de Cesarea de Filipo, preguntó á sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y respondieronle: Unos dicen que Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías ó alguno de los profetas. Dícesle Jesus: ¿Y vosotros quién decís que soy yo? Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y Jesus respondiendo le dijo: Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan, porque no te ha revelado eso la carne y la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y á tí te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos.

MEDITACION.

Sobre la confesion de la fé.

Considera que estamos obligados á confesar la fé de Jesucristo que profesamos en el bautismo. Esta obligacion nace de la esen-

cia misma de nuestra profesion; pues así como el soldado que dió su nombre á la milicia, y el religioso que profesa el estado y vida monacal, quedan obligados á desempeñar sus funciones y usar sus vestidos y distintivos, no solo en lo secreto y privado, sino en lo público y manifiesto, porque ya forman parte de sus respectivos cuerpitos morales, y ellos han adquirido un derecho incontestable sobre estos sus miembros; así, y mucho mas, el cristiano que dió su nombre á la Iglesia y profesó la fé, que es la que lo distingue del infiel, y recibió un carácter indeleble que en el tiempo y en la eternidad lo distingue y marca por oveja de Cristo, queda por el hecho mismo obligado á hacer pública y manifiesta profesion de su fé; y como esta no puede hacerse manifiesta si no es por las palabras y las obras, debe con unas y otras confesar su fé y religion; pues así como el fiel bautizado adquirió un derecho incontestable para ser reconocido por cristiano católico hijo de la Iglesia ante Dios y los hombres; así lo tiene Cristo para ser reconocido y confesado por él como su Dios y Señor, su Salvador, su Padre, su Maestro, su Rey y dueño soberano, y confesada su doctrina y obedecidos sus mandamientos pública y visiblemente; no solo ante Dios en lo secreto de nuestros corazones, sino también ante los hombres en los templos, las calles y las casas, y ante los mismos tribunales de nuestros perseguidores: siendo esta obligacion tan estricta, que el mismo Cristo nos declara que si lo confesáremos ante los hombres, nos confesará ante su Padre celestial, y si lo negáremos delante de los hombres, nos negará delante de su Padre.

Considera la necesidad en que estamos de confesar la fé de Cristo, pues de no hacerlo en todas las ocasiones en que estamos obligados, perdemos nuestra salud espiritual, sin la cual no podremos obtener la salvacion eterna; pues aunque en el interior conserváramos la fé en Cristo, bastaría no confesarla en los casos obligatorios, para que cometiéramos un pecado capaz de privarnos de la gracia, y por ello del derecho á la bienaventuranza. Por eso dice el Apóstol, que con el corazón se cree, para llegar á la justicia, y con la boca se confiesa, para merecer la salvacion. Siendo esta el premio de la virtud ¿podrá darse á quien no tiene valor para confesar á Cristo? De ninguna manera. El hombre corrompido podrá dar el premio debido á la virtud á quien no la tenga, y aun sea positivamente vicioso; pero el Dios de sabiduría y de verdad, el Dios de santidad y de justicia, no puede premiar sino el verdadero mérito.

PETICION Y PROPOSITOS.

Dadme, Dios mio, este mérito para que alcance vuestra recompensa: vos mismo sois este gran premio que recompensa el mérito del que os confiesa abiertamente, pues cómo podría lograros si yo mismo os apartara de mí con negaros? ¡Oh Dios! muera yo millones de veces, antes que negaros una sola. ¡Oh! si fuera tan feliz que con mi sangre sellara mi confesion!

Aunque me eniese la vida confesáros, Dios mio, os confesaré, y no os negaré.

LECCION.

Continúa la anterior sobre el Misterio Altísimo de la Trinidad Divina.

Teniendo el testimonio incontestable de las Santas Escrituras que nos declaran la divinidad de las tres Personas de la Trinidad adorables, y nos enseñan que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son la fuente de nuestra regeneracion, santificacion y salvacion, dando el Padre origen, siendo el Hijo mediador, y el Espíritu Santo consumador, copiaremos algunos textos sagrados que fijen y esclarezcan en nosotros el conocimiento de Dios y de sus divinas operaciones.

El Padre es Dios. Que el Padre de nuestro Señor Jesucristo es Dios, lo testifican innumerables textos del Nuevo Testamento, en que al mismo tiempo se le distingue como Padre y se le atribuye la divinidad. Bástenos en prueba proponer los tres siguientes. En el Evangelio de San Juan se dice: "No envió Dios á su Hijo al mundo para juzgar al mundo; sino para que el mundo se salve por él." San Pablo en su Epístola á los corintios se expresa así: "Fiel es Dios, por el que habeis sido llamados á la compañía de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo." San Pedro igualmente dice: "Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos ha reengendrado para esperanza de vida." En estos términos se explican invariablemente los sagrados escritores con respecto al Eterno Padre, y en todos los lugares de la Escritura en que *Jesus* es llamado *Hijo de Dios*, se confiesa y declara la divini-

dad del Padre, y la relacion de paternidad que lo distingue del Hijo.

El Hijo es Dios. Habiendo de hablar con extension en el articulo correspondiente de Jesucristo nuestro Señor, solo citaremos ahora dos textos que se refieren á su divinidad y filiacion. Habiendo dicho el Señor por David: "El Señor me dijo: tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy," aplica este texto á Jesucristo el Apóstol S. Juan, cuando dice que Dios cumplió su promesa respecto á la resurreccion; y agrega: Como tambien está escrito en el salmo: "Tú eres mi Hijo; yo hoy te he engendrado." El segundo texto es aquella magnífica declaracion con que el mismo evangelista S. Juan dió principio á su Evangelio, describiendo la generacion eterna del Hijo de Dios, por estas palabras: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios: Este era en el principio con Dios; todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que se hizo fué hecho sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz en las tinieblas resplandeció; mas las tinieblas no la comprendieron."

El Espíritu Santo es Dios. Con respecto á esta tercera Persona de la Santísima Trinidad, veremos los pasajes en que se le describe, y las nociones bajo que Jesucristo lo presentó á la expectation y acatamiento de sus discípulos: "El consolador, dice por San Juan, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, el que os enseñará todas las cosas, y os recordará y hará entender todo aquello que yo os hubiere dicho." "Cuando viniere el consolador, dijo otra vez, que yo os enviaré del Padre, el Espíritu Santo de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí." Y finalmente: "Conviene á vosotros que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá á vosotros el consolador; mas si me fuere, os lo enviaré, y cuando él viniere, arguirá al mundo de pecado, y de justicia y de juicio." Y en otra ocasion habló Jesucristo del Espíritu Santo, para anunciar que el pecado de blasfemia contra él, jamas quedaria sin castigo. "Todo pecado, dice por San Mateo, y toda blasfemia, serán perdonados á los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu Santo, jamas será perdonada: Y todo el que dijere palabra contra el Hijo del Hombre, perdonada le será; mas el que la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará."

Es, pues, el Espíritu Santo Persona divina, distinta del Padre y del Hijo, de quienes procede como de un principio, siendo insepa-

table del Padre y del Hijo en la esencia. Por eso el Salvador cuando ordenó á sus Apóstoles que predicasen su Evangelio, bautizando á todos los que lo abrazasen, les dijo: "Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo." En el *un solo nombre* expresó la unidad de la Esencia divina, por la que tres Personas son un solo Dios; y por la distinción de personas: en Padre, Hijo y Espíritu Santo, expresó la Trinidad, por la que es un solo Dios en tres personas.

Este misterio altísimo se manifestó, aunque entre sombras, en palabras y figuras en el Antiguo Testamento. En el Génesis al describírnos la magnífica obra de la creación, se dicen estas palabras: "La tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el *Espritu de Dios* era llevado sobre las aguas." El profeta David dirigiéndose al Padre celestial, le dice: "*Todas las cosas hiciste en la sabiduría*, que es el Hijo. Al Padre principalmente se atribuye la creación, por ser obra de la omnipotencia; pues se le atribuye el Poder, así como al Hijo la sabiduría y al Espíritu Santo el amor. Mas no por eso es solo obra del Padre, pues todas las obras que se llaman *ad extra*, esto es, fuera de la Trinidad, las obran juntamente las tres divinas Personas. Por eso al criar al hombre dijo Dios, como se lee en el Génesis: "Hágamos al hombre á nuestra imagen y semejanza." En cuyas palabras se insinúa también el Misterio de la Trinidad.

La brevedad de un compendio no nos permite extendernos mas con las pruebas que pudiéramos sacar del Antiguo Testamento, especialmente de los Profetas. Bástenos recordar aquel pasaje de la aparición de los tres ángeles al Patriarca Abraham, cuando vinieron, representando á Dios, á anunciarle, la concepcion y nacimiento de Isaac; y que Abraham adoró lo que significaba, este misterio lo reconocen los Santos Padres, haciéndonos ver que adoró la unidad en la Trinidad representada. "Tres vió y uno adoró."

DIA DIEZ Y NUEVE.

San Canuto, rey de Dinamarca, mártir.

SAN CANUTO IV, hijo de Suenon Estrico, rey de Dinamarca, y nieto del otro Canuto que sujetó á la Inglaterra, fué un gran rey y

gran Santo. Nació á la mitad del siglo XI; su padre tuvo mucho cuidado de confiar su educación á sabios maestros que se aprovecharon con ventaja, de las nobles prendas de que le dotó la naturaleza, y de las virtudes que le trajo la gracia.

Correspondió el noble príncipe á sus desvelos; dentro de poco se halló perfeccionado en los ejercicios de espíritu y de cuerpo. Apenas capaz de montar á caballo, ya lo era de mandar ejércitos; purgó su patria de todos los enemigos de mar y de tierra, y le agregó muchas provincias; pero tantos servicios solo le valieron para que se desengañase del mundo, porque siendo electiva la corona de Dinamarca, en la muerte de su padre eligieron los grandes á su hermano Heroldo, por el temor que tenían á su virtud; pero Dios la premió disponiendo que muriese Heroldo, y Canuto fuese coronado. El celo que tuvo por la religion lo hizo que su primer cuidado fuese purgaria de todos los abusos, por lo que mereció los elogios del papa Gregorio VII en dos bellas cartas con que lo anima á desterrar todos los abusos. La mayor parte de aquellos pueblos rústicos y groseros, no estaban acostumbrados á rendir á los sacerdotes el respeto y veneracion debida; ordenó que en adelante, precediesen á los duques y ocupasen el lugar de los príncipes. Edificó muchas Iglesias, y fundó innumerables monasterios y hospitales hasta agotar sus tesoros.

Un día se despojó de todas las insignias de la dignidad real, y declaró arrojándolas á los pies de Jesucristo, ser su voluntad que la religion reinase en sus estados. Con el mayor lustre regaló su rica corona á la Iglesia de Roschlú, y no puede ponderarse bastante el amor que profesaba al Augusto Sacramento de la Eucaristía, ni su devocion á la Virgen Santísima.

Le pareció que no debía hegar á la Inglaterra el socorro de tropas que le pedia, y mandó equipar una escuadra; pero su hermano Olao que afectaba aprobar sus disposiciones, en secreto le vendia haciendo espaldas para que desertase la gente. El Santo, que no perdía de vista la gloria de Dios, convocó cortes y propuso á los estados que pagasen los diezmos, y repugnándolo los Daneses, se originó de ello la rebelion contra el rey. Canuto puso con seguridad en Flandes á su esposa y sus hijos, y trató de retirarse él á Fionta; pero uno de sus oficiales, llamado Blacon, le desniadó traídoramente, y le condujo á una Iglesia, donde ocurrieron los rebeldes. Al verlos se hincó, y ofreciéndose al Señor como victima, le dijo: Yo

os ofrezco, Dios mío, mi vida: inmero gusto por defender la causa de la Iglesia; dignos de recibir mi pobre sacrificio y perdonad á mi pueblo, como yo le perdono. Diciendo las últimas palabras, fué traspasado con las flechas que de todas partes le venían, el día 19 de Julio de 1087. Al punto manifestó Dios la santidad de su siervo con gran número de milagros, y castigó á toda la Dinamarca con una hambre espantosa y una peste asoladora para la cual no se encontró otra medicina que la invocación del Santo rey. Finalmente, el papa Clemente X, movido de los muchos milagros que obraba Dios por su intercesión, mandó se celebrase el oficio en honra de este Santo mártir el día 19 de Enero.

La Epístola es del capítulo X del libro de la Sabiduría.

El Señor condujo por caminos seguros al justo, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los Santos; enriquecióle en medio de las fatigas, y recompensó abundantamente sus trabajos. Asistióle contra los que querían sorprenderle con fraudes, é hizole rico; guardóle de los enemigos, y defendióle de los seductores. É hizole salir vencedor en la gran lucha, á fin de que saliese victorioso, y conociese que de todas las cosas la mas poderosa es la Sabiduría. Esta no desamparó al justo cuando fué vendido, ántes le libró de los pecadores, y descendió con él á la cisterna; ni le desamparó en la prison hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió el poder contra aquellos que le habian deprimido: convenció de mentirosos á los que le habian infamado, y le dió una gloria eterna el Señor Dios nuestro.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su cruz, y sígame. Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará. Porque ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O con qué cambio podrá el hombre rescatarla? Porque el Hijo del Hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entonces dará el pago á cada uno conforme á sus obras.

MEDITACION.

Sobre que el cristiano debe vivir mortificado.

Considera que para poderse llamar con propiedad cristiano, es necesario tener una vida mortificada: no hay remedio: es preciso que de alguno ó de muchos modos seas probado: esta es la cruel disyuntiva en que te encuentras, ó padeces violencia, ó no eres de los seguidores de Cristo. La cruz, el vencimiento, la penitencia, son los rasgos propios de los seguidores de Jesucristo. ¿Cómo seria posible imitar este divino modelo por el camino de la libertad, de las pasiones y el regalo del cuerpo? Convénzate de esta necesidad lo que hizo el mismo Jesucristo, el cual no quiso que entrase su humanidad Santísima en la gloria que era suya, hasta que hubo padecido inexplicables tormentos y amarguras, exhalando su espíritu en ellas.

Considera que dijo el Señor á sus discípulos: el mundo vivirá en sus alegrías y placeres; pero vosotros debéis ignorarlas. ¿Con quién habla? ¿no es contigo? ¿no se dirige á ti este divino oráculo? Si este precepto obliga indispensablemente á todos los cristianos: si esta ley subsiste en todo su vigor ¿qué será de tí? ¿Acaso tienes dos caminos? ¿hay dos Evangelios? ¿Tus costumbres son semejantes á las de los Santos? ¿Y en medio de una diferencia tan enorme, vives sin susto? ¿Vives en medio de un descomino tan visible, divirtiéndote con placer y tranquilidad? Yerras ciegamente. Tu único placer desde hoy debe ser que puedas decir al Señor: por imitarte me vencí, me humillé, me afligí, me mortifiqué hasta poderme consolar con que no desconocerás en mí la imagen del modelo que me has dado. Sea así Dios mío: desde ahora amo y quiero amar la mortificación con todas sus amarguras.

PETICION Y PROPOSITOS.

Desde hoy, Dios mío, penetrado de tan clara evidencia, resuelvo poner mi mayor esmero en negarme á mí mismo, moderando mis pasiones y resistiendo á mis malas inclinaciones. Os doy las gracias mas humildes, porque compadecido de nuestra ceguedad os dignasteis manifestarnos por boca de vuestro Hijo los escollos que debemos evitar y alumbrarnos para que conociésemos cuánto debemos desconfiar de nosotros mismos: veo, pues, que es necesaria la mortificación y la cruz, y de vos espero las fuerzas para abrazarlas con firmeza hasta que os dignéis llamarme para vos.

JACULATORIA.

Communicadme, Señor, aquel aliento con que los esforzados gozan el reino de los cielos.

LECCION.

Sobre la naturaleza de Dios, su eternidad é inmensidad.

Dios es un espíritu puro, y es imposible que no lo sea, porque si fuera cuerpo se compondría necesariamente de partes distintas, siendo cada una menor que el todo; lo cual repugna evidentemente á la naturaleza de Dios, en quien no puede haber cosa mayor, ni menor, ni mas ó ménos excelente que Dios, que sería el espíritu. Además, si Dios fuera compuesto de partes, habrían de ser hechura de alguno que las hubiera formado para reunir las y hacer de ellas un Dios, lo cual es un absurdo desatinado. No puede suponerse finalmente, que haya cosa mas excelente que Dios; y siendo el espíritu mas excelente que el cuerpo como todos conocen, habría otra cosa mas excelente que Dios, que sería el espíritu. Es pues, Dios, espíritu purísimo é invisible, y si alguna vez se habla en la Escritura de las manos, de los ojos, de los brazos de Dios, es por acomodarse á nuestra inteligencia; pero debe entenderse que en los ojos lo que se significa es que lo ve todo; en los brazos su gran poder, y así de lo demás. La espiritualidad expresa una idea, ya positiva y ya negativa: la negativa consiste en que excluye las propiedades de la materia, como son la solidez, la inercia, la gravedad, &c. La positiva comprende la percepción, el pensamiento, la voluntad, el poder, la accion, entendiéndose por esta última el origen del movimiento, cualidad en que quizá reside la superioridad esencial del espíritu sobre la materia, la cual no puede moverse sin ser movida. La razon natural nos indica que debe aplicarse esta idea á la divinidad.

Para formar de Dios y de su naturaleza alguna idea en nuestra pequeñez, no encontraremos concepto mas propio que aquel con que se definió el mismo Dios hablando á Moisés: "Yo soy el que soy," le dijo, dando á entender, segun San Agustin, que Dios es un Ser independiente y soberano, que existe por sí mismo, que vive de sí solo, distinguiéndose infinitamente de todo otro cualquiera ser criado y dependiente. Esta sola idea nos da á conocer que Dios posee soberanamente todas las perfecciones imaginables y posibles. De esta existencia de Dios por sí mismo, independiente de todo otro

ser, se sigue que es infinito, esto es, que no tiene término ni limite; pues por ninguno puede ser limitado, ni le puede faltar perfeccion alguna. En suma, existir por sí mismo, ser independiente de todo otro ser, ser infinito y poseer todas las perfecciones en sumo grado, es una misma cosa.

Mas cuales sean estas perfecciones de Dios, no es dado á nuestra inteligencia detallarlo: ellas son infinitas, y cada una de ellas es infinitamente infinita. Nuestra inteligencia criada, y por lo mismo limitada, no puede formar de ellas mas que esta idea grandiosa de lo infinito, conociendo que entre ellas no puede haber mayor ni menor, ni mas ó ménos excelente, pues todas son igualmente excelentes é infinitas, y no se distinguen realmente de Dios, sino para nuestro modo de entender; así es, que podemos decir y decimos con verdad, Dios es sabiduría, Dios es bondad, Dios es inteligencia &c., teniendo presente que en Dios no hay otra distincion real que la de las personas, pues el Padre no es el Hijo, ni el Padre y el Hijo son el Espíritu Santo; mas en cuanto á las perfecciones no hay distincion real respecto del mismo Dios, ni entre ellas mismas, pues su bondad es su sabiduría, y su sabiduría es su omnipotencia, y su omnipotencia es su inmutabilidad &c.

De aquí es que aunque las perfecciones son infinitas, no por eso es Dios compuesto, sino simplicísimo, purísimo, incapaz de mezcla ni composicion esencial: un espíritu puro, eterno, inmenso, inmutable, omnipotente, omniscio, esto es, que todo lo sabe, de manera, que no hay ni puede haber cosa alguna ignorada ó no vista de Dios. Esta suma y actualísima inteligencia nos da la definicion mas propia de la naturaleza de Dios, no tomando el divirto entender radical, sino actual bajo la razon de última actualidad subsistente por sí, segun lo cual decimos que Dios es un Ser suma y actualísimamente inteligente.

Pero digamos algo de la eternidad y de la inmensidad de Dios. Reconocida la existencia de Dios, por sí mismo, debe reconocerse su eternidad. Antes que hubiera criaturas hubo una eternidad en que no eran; porque todo lo que es criado ha tenido principio, y lo que tiene principio ha tenido antes una eternidad de no ser. Mas el Ser Supremo siempre ha sido el que es y el que será, sin que pueda asignársele principio ni señalársele fin; así es que la eternidad se mide por la existencia de Dios. Dios existe sin principio ni fin; luego la eternidad es lo que no comenzó ni ha de acabar. "El Señor

"permanece eternamente," dice el profeta David, y dirigiéndose al Ser Eterno exclama: "En el principio, tú, Señor, fundaste la tierra, y obra de tus manos son los cielos: ellos perecerán; mas tú permaneces; y todos se envejecerán como un vestido, y como ropaje los mudarás y serán mudados; mas tú el mismo eres, y tus años no se acabarán." El Apóstol Santiago dice: "En el Padre de las luces no hay mudanza ni sombra de variación." ¿Para qué es curarnos en citar textos? En toda la Escritura no se ve otra cosa á cada paso que la eternidad de Dios. El tiempo pasa, todo lo criado pasa; mas Dios siempre es el mismo, nunca pasa; ni puede pasar; así es que la eternidad es lo que no pasa.

Dios es inmenso: él llena y ocupa el cielo y la tierra: los cielos de los cielos no son capaces de contenerlo, ni hay lugar donde no esté presente: en cualquiera punto indivisible está Dios por esencia, presencia y potencia: no hay límites ni términos que demarquen la inmensidad de Dios, porque en ninguna parte acaba ni termina su inmensidad. Mas no hemos de concebir una extensión ó medida como la de las cosas materiales; pues que el Ser Supremo está en todas partes de un modo mas sublime que el aire ó que una luz inmensa, que es mayor en el todo que una parte. Dios no está así; sin tener cuerpo ni división de partes, está de un modo inexplicable, todo en el todo, y todo en cada parte del todo. Así es que todo Dios está en todo lugar y hasta en el punto mas indivisible. Su existencia en todas partes es de tres modos: por presencia con que todo lo ve; por potencia, con que todo lo obra; por esencia, con que está en todo lo que obra. ¡Oh Dios inmenso! Con razon dijiste por tu Profeta. ¿Acaso no lleno yo el cielo y la tierra?

♦♦♦♦♦

DIA VEINTE.

Santos Fabian y Sebastian mártires.

SAN FABIAN.

Al principio del año de 236 ascendió á la silla pontificia San Fabian, italiano de nacimiento, manifestando Dios su voluntad con una paloma que bajando de lo alto reposó sobre su cabeza cuando se hallaba presente en la reunion que iba á nombrar Pontífice, que estaba bien distante de pensar en él.

Su conducta fué tan santa mientras rigió la Iglesia en estos tiempos peligrosísimos por la persecucion del emperador Maximino, que mereció los elogios de San Cipriano.

Reprimió y condenó con firmeza á cierto obispo de África, sentenciado por herege escandaloso por noventa obispos de aquella parte del mundo: remitió varios santos prelados á predicar el Evangelio á Francia, y todas sus acciones fueron correspondientes á lo particular y puro de su eleccion.

En la sangrienta persecucion de Decio, fué encarcelado de su orden, y el ejemplo de su valor, fidelidad y constancia, preservó á muchos de la apostasia y contribuyó á sostener á los fieles en la verdadera fé, por cuya defensa recibió la corona del martirio en 20 de Enero del año 250, habiendo gobernado la Iglesia catóce años, ocho dias, sirviendo aun despues con el recuerdo de sus instrucciones, á fortalecer á los cristianos perseguidos, haciéndoles preferir una gloriosa muerte á una vil apostasia.

San Sebastian.

¡Cuán cierto es, que no hay estado alguno ni condicion en la sociedad, en que un fervoroso cristiano no pueda promover los intereses de Dios! En el glorioso mártir San Sebastian, natural de Narbona y capitán de las guardias de los emperadores Diocleciano y Maximiano, mortales enemigos del nombre de Cristo, tenemos hoy un ejemplo. Este ilustre militar, modelo de todas las virtudes, estimado de los principes, respetado de los soldados, querido de los grandes y amado de todo el mundo; verdadero en sus palabras, sabio en sus consejos, y fiel en cumplir sus deberes; bajo el traje de su profesion y con la prudencia, que tanto recomendó en él San Ambrosio, era un ministro de la gloria de Dios, ocupándose en los mismos palacios de los emperadores gentiles, en traer á la verdadera creencia á los infieles, obrando maravillosas conversiones, y en fortificar á los que vacilaban en ella, hasta lograr se supiesen sobreponer á los tormentos y á la muerte.

La gloria de Jesucristo era el blanco de las empresas de nuestro Santo, y si su celo no dejaba de exponerlo á los mayores peligros cada dia, tambien se veia en todas ocasiones el auxilio divino que lo favorecia. Sabiendo una vez que los valerosos confesores de la fé, Marco y Marcelino, jóvenes casados y distinguidos, que habian

"permanece eternamente," dice el profeta David, y dirigiéndose al Ser Eterno exclama: "En el principio, tú, Señor, fundaste la tierra, y obra de tus manos son los cielos: ellos perecerán; mas tú permaneces; y todos se envejecerán como un vestido, y como ropaje los mudarás y serán mudados; mas tú el mismo eres, y tus años no se acabarán." El Apóstol Santiago dice: "En el Padre de las luces no hay mudanza ni sombra de variación." ¿Para qué es curarnos en citar textos? En toda la Escritura no se ve otra cosa á cada paso que la eternidad de Dios. El tiempo pasa, todo lo criado pasa; mas Dios siempre es el mismo, nunca pasa; ni puede pasar; así es que la eternidad es lo que no pasa.

Dios es inmenso: él llena y ocupa el cielo y la tierra: los cielos de los cielos no son capaces de contenerlo, ni hay lugar donde no esté presente: en cualquiera punto indivisible está Dios por esencia, presencia y potencia: no hay límites ni términos que demarquen la inmensidad de Dios, porque en ninguna parte acaba ni termina su inmensidad. Mas no hemos de concebir una extensión ó medida como la de las cosas materiales; pues que el Ser Supremo está en todas partes de un modo mas sublime que el aire ó que una luz inmensa, que es mayor en el todo que una parte. Dios no está así; sin tener cuerpo ni división de partes, está de un modo inexplicable, todo en el todo, y todo en cada parte del todo. Así es que todo Dios está en todo lugar y hasta en el punto mas indivisible. Su existencia en todas partes es de tres modos: por presencia con que todo lo ve; por potencia, con que todo lo obra; por esencia, con que está en todo lo que obra. ¡Oh Dios inmenso! Con razon dijiste por tu Profeta. ¿Acaso no lleno yo el cielo y la tierra?

♦♦♦♦♦

DIA VEINTE.

Santos Fabian y Sebastian mártires.

SAN FABIAN.

Al principio del año de 236 ascendió á la silla pontificia San Fabian, italiano de nacimiento, manifestando Dios su voluntad con una paloma que bajando de lo alto reposó sobre su cabeza cuando se hallaba presente en la reunion que iba á nombrar Pontífice, que estaba bien distante de pensar en él.

Su conducta fué tan santa mientras rigió la Iglesia en estos tiempos peligrosísimos por la persecucion del emperador Maximino, que mereció los elogios de San Cipriano.

Reprimió y condenó con firmeza á cierto obispo de África, sentenciado por herege escandaloso por noventa obispos de aquella parte del mundo: remitió varios santos prelados á predicar el Evangelio á Francia, y todas sus acciones fueron correspondientes á lo particular y puro de su eleccion.

En la sangrienta persecucion de Decio, fué encarcelado de su orden, y el ejemplo de su valor, fidelidad y constancia, preservó á muchos de la apostasia y contribuyó á sostener á los fieles en la verdadera fé, por cuya defensa recibió la corona del martirio en 20 de Enero del año 250, habiendo gobernado la Iglesia catóce años, ocho dias, sirviendo aun despues con el recuerdo de sus instrucciones, á fortalecer á los cristianos perseguidos, haciéndoles preferir una gloriosa muerte á una vil apostasia.

San Sebastian.

¡Cuán cierto es, que no hay estado alguno ni condicion en la sociedad, en que un fervoroso cristiano no pueda promover los intereses de Dios! En el glorioso mártir San Sebastian, natural de Narbona y capitán de las guardias de los emperadores Diocleciano y Maximiano, mortales enemigos del nombre de Cristo, tenemos hoy un ejemplo. Este ilustre militar, modelo de todas las virtudes, estimado de los principes, respetado de los soldados, querido de los grandes y amado de todo el mundo; verdadero en sus palabras, sabio en sus consejos, y fiel en cumplir sus deberes; bajo el traje de su profesion y con la prudencia, que tanto recomendó en él San Ambrosio, era un ministro de la gloria de Dios, ocupándose en los mismos palacios de los emperadores gentiles, en traer á la verdadera creencia á los infieles, obrando maravillosas conversiones, y en fortificar á los que vacilaban en ella, hasta lograr se supiesen sobreponer á los tormentos y á la muerte.

La gloria de Jesucristo era el blanco de las empresas de nuestro Santo, y si su celo no dejaba de exponerlo á los mayores peligros cada dia, tambien se veia en todas ocasiones el auxilio divino que lo favorecia. Sabiendo una vez que los valerosos confesores de la fé, Marco y Marcelino, jóvenes casados y distinguidos, que habian

sufrido mil combates en su defensa, se hallaban vacilantes por la ternura de sus padres, mugeres é hijas que les rogaban conservasen su vida y oficios públicos, por amor de ellos; só les presentó valerosamente en la cárcel, consiguiendo con sus exhortaciones no sólo su perseverancia en la religion, sino que sus familias, el oficial del vicario Nicóstrato, encargado de su custodia, el acaide Claudio y los demas presos, el mismo vicario Cronacio y todos sus domésticos, abrazasen el cristianismo, verificándose tantas conversiones con estupendos milagros, entre otros, la portentosa aparicion de nuestro Salvador acompañado de ángeles y rodeado de luz celestial en la sala de Nicóstrato, cuando exhortaba á los confesores, prometiéndole su proteccion, y la maravillosa curacion con la señal de la cruz así de Zoe, muger de éste, que de largo tiempo habiera perdido el habla, como á otros de los nuevos convertidos que con las aguas del bautismo, quedaron sanos de sus achaques.

En las actas de nuestro Santo se refiere lo que el papa San Cayo ayudó á estos apostólicos ministerios, como tambien el presbítero Policarpo que bautizó á los nuevos cristianos, y allí mismo se cuentan los gloriosos, quanto crueles martirios que condujeron al triunfo á estas esclarecidas víctimas de la religion y frutos del ardiente celo de San Sebastian, Zoe, Trunquilino, Nicóstrato, Claudio, Victor, Victorino, Sinforiano y Tibureo, así como los de Marco y Marcelino, y el de Cástulo, que habia dado albergue en el propio palacio del emperador á estos fervorosos cristianos, que no les fué posible salir de la ciudad.

Noticioso Diocleciano de que San Sebastian habia sido el principal autor de estas conversiones, le reconvinó por ello; mas irritado por la libre confesion que él hacia de su fé, cuando que fuese asediado en el campo por una compañía de arqueros, orden que se cumplió con rigor hasta dejarlo por muerto. Sin embargo, habiendo convalécido de sus muchas heridas, por el cuidado de Irene, viuda de San Cástulo, volvió á presentarse al emperador cuando caminaba á uno de los templos de sus ídolos; le representó la injusticia de sus procedimientos, la inocencia de los cristianos y la facilidad con que daba oído á sus calumniadores. Al principio se sorprendió Diocleciano que entendia haber perdido la vida al rigor de las snas; mas desengañado de que aun vivia, dispuso lo prendiesen de nuevo, lo llevasen al circo y lo apalearan hasta que espirase, arrojando despues su cuerpo en una cloaca para que no se le diese sepultura.

Así se verificó el 19 ó 20 de Enero del año de 288, estando el Santo en la flor de su edad, y aunque su cuerpo despues del martirio quedó pendiente de un garfio, de allí fué quitado por una virtuosa viuda, llamada Lucina, á quien se apareció en la noche, ordenándole le diese honorífica sepultura como se verificó.

La Epistola es del capítulo XI del Apóstol San Pablo á los hebreos.

Hermanos: Los Santos por la fé conquistaron reinos, ejercitaron la justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, taparon las bocas de los leones, extinguieron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, sanaron de sus enfermedades, se hicieron valientes en la guerra, desbarataron ejércitos extranjeros. Mugeres hubo que recibieron resucitados á sus hijos ya difuntos. Mas otros fueron estirados en el potro, no queriendo redimir la vida por asegurar otra mejor en la resurreccion. Otros asimismo sufrieron escarnios y azotes, ademas de cadenas y cárceles; fueron apedreados, aserrados, puestos á prueba, muertos á filo de espada; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, desamparados, angustados, maltratados, de los cuales el mundo no era digno; yendo perdidos por las soledades, por los montes, en las cuevas y en las cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fé en Cristo Señor nuestro.

El Evangelio es del capítulo VI de San Lucas.

En aquel tiempo: Bajando Jesus del monte, se paró en un llano, juntamente con la compañía de sus discípulos, y de un gentio de toda la Judea, y de Jerusalem, y del pais marítimo de Tiro y de Sidon que habian venido á oírle y á ser curados de sus dolencias. Y los molestados de los espíritus inmundos eran tambien curados. Y todo el mundo procuraba tocarle; porque salia de él una virtud que daba la salud á todos. Entonces, levantando los ojos hacia sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque sereis saciados. Bienaventurados los que ahora llorais, porque reireis. Bienaventurados sereis cuando los hombres os aborrezcan, y os separen, y os afrenten y abominen de vuestro nombre como maldito, en odio del Hijo del Hombre. Alegraos en aquel

dia, y salud de gozo; porque os está reservada en el cielo una gran recompensa.

MEDITACION.

Sobre la obediencia que debemos á Dios.

Considera que Dios no manda ninguna cosa imposible, su yugo es suave y su carga ligera; te manda que le ames con todo el corazón. ¿Hay alguna cosa más justa? ¿Te manda que ames á tu prójimo? ¿Hay otra cosa más ventajosa? Así como todos los prójimos deben amarte, tú debes amar á todos. Todo el servicio que debes á Dios se contiene en estos dos mandamientos. ¡Oh ley de mi Dios! ¡Qué racional y dulce! ¡Cuán útil eres y ventajosa para aquellos que te observan! ¡Oh Dios mío, qué placer tengo en guardar tus mandamientos, mas que un rico en sus tesoros, y un vencedor en los despojos de sus enemigos rendidos! ¡Alma mía! ¿Por qué no te sometes á tu Dios? ¿No es justo que obedezcas al que te ha dado la vida, que te la conserva y te la puede quitar, que derrama sobre tí tantos beneficios, prometiéndote aun otros infinitos, y que sino le obedeces, te hará miserable en el tiempo y en la eternidad?

Considera que no hay medio en esta alternativa; ó obedeces á Dios ó al demonio, porque ó cumples la ley de Dios ó faltas á ella, y en esta falta sigues la sugestión del enemigo. Ahora bien, reflexiona qué comparación hay entre estos dos Señores. Dios es tu rey; el demonio es tu tirano; Dios te ama, por decirlo así, cuando puede amarte; y el demonio te aborrece cuanto puede aborrecerte; debes esperar de Dios bienes eternos; los que sirven á Dios gozan de una paz tranquila; los que sirven al demonio viven siempre agitados, en guerra y perturbación. ¿A cuál de estos dos quieres servir? ¡Ah! ¿quién puede dudarlo? ¿Quién puede titubear en la elección? Reflexiona si no ¿quién debe recoger los frutos de una viña, sino el que la ha plantado? ¿Quién debe habitar una casa, sino el que la ha construido? ¿A quién debe servir un esclavo, sino al que lo ha rescatado con un precio infinito? ¿No es Dios el que te ha dado el ser, formándote con sus manos? ¿No es Dios el que te ha comprado con su sangre? ¿No le has reconocido por tu Señor en la fuente del bautismo, prometiéndole obedecerle? ¿Qué beneficios no te ha dispensado, y de qué males no te ha librado? ¿qué no debes es-

perar de su munificencia, y qué no debes temer si no le obedeces! Pues ya no hay que vacilar: si el Señor es tu Dios, como realmente lo es, obedece á tu Dios y tu Señor.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Yo voy á hacerlo así: ¡Oh Dios y Señor mío! Está escrito de mí que haga tu voluntad ¡Dios mío! así lo quiero, y tu ley está en el medio de mi corazón; mas es preciso que aparezca en mis obras, porque no puedo amarla de veras, si no la cumplo con exactitud y eficacia. Dame, Señor, un auxilio eficaz de vuestra gracia, y todo lo podré si me confortas.

JACULATORIA.

¿Qué paz tan dulce y quieta gozan los amadores de tu ley, oh Señor!

LECCION.

Sobre las perfecciones divinas, sabiduría y omnipotencia.

Manifestada ya la espiritualidad, simplicidad y eternidad de Dios, se infiere fácilmente su inmutabilidad absoluta, y por lo mismo no nos detendremos en este punto; porque es demasiado claro que si el Ser Supremo fuera mutable, tendría alguna imperfección, porque la mudanza supone ó envuelve imperfección, y esto en manera alguna puede ni imaginarse de Dios. La revolución divina expresamente nos testifica esta verdad. En el libro Profético de Malaquías se leen estas palabras del Señor: "Yo soy el Señor, dice, y no me mudo." Y el Apóstol Santiago dice: "Todo don perfecto y toda dádiva excelente es de lo alto; desciende del Padre de las lúces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación." Esto se hace más perceptible con la reflexión de que la mayor parte de las variaciones que se observan en el modo de obrar de las criaturas depende de su falta de conocimientos, pues aprenden por cierto, bueno ó útil lo que después conocen que no lo es; mas en Dios no puede haber motivo de mudanza porque todo lo comprende infinitamente, y no puede sucederle nuevo consejo ó inteligencia que no tenga en su mente divina de toda eternidad. Mas hablemos ya de su infinita sabiduría.

Hablando exactamente, según Paley, hay diferencia entre conocimiento y sabiduría, pues la sabiduría siempre supone acción, y para el conocimiento basta la aptitud para aprender el objeto. Con respecto al conocimiento, el Criador debe conocer íntimamente la constitución y propiedades de las cosas que ha criado; lo cual parece que contiene también la presencia ó conocimiento anticipado de la acción mutua, alteraciones y mudanzas de las mismas criaturas por sus causas físicas y necesarias. Esta omnisciencia, este conocimiento infinito se deduce de la misma naturaleza de Dios, como de un ser suma y actualísimamente inteligente. Donde existe, allí conoce; y donde conoce, allí obra, sin que sea necesario que se sucedan unas á otras las operaciones, porque todos sus atributos y perfecciones los posee simultánea é infinitamente: da donde es que decimos con verdad que su ser es su entender, y su entender, es su obrar; sin sucesión de actos transitorios ó perecederos, que no los hay en Dios, pues en él nada perece, nada se yerra, nada se desvanece ni se escapa de su inteligencia y su poder.

La sabiduría de la divinidad, que resplandece en todas sus obras, excede á todas las ideas que tenemos y podemos tener de sabiduría tomada de las mas elevadas operaciones intelectuales, de las mas sutiles y sublimes consejos, de la mas alta clase de inteligencia criada que podemos conocer.

La sabiduría de Dios se extiende á todo lo criado y á todo lo increado. El Ser Supremo se conoce á sí mismo infinitamente, siendo él un Ser infinito; comprende perfectamente su naturaleza divina, y sus infinitas perfecciones: conoce todas las criaturas con todas sus relaciones, causas y enlaces, cómo de la obra de sus manos: sabe y conoce las acciones de todos los seres, tanto las que ya se han verificado, como las que se ejecutan en la actualidad, y las que se han de realizar en lo sucesivo; pues para Dios lo mismo es lo presente que lo pasado y lo futuro, y no puede ocultársele uno solo de nuestros pensamientos, desos, inclinaciones, errores, pecados y pasiones; hasta lo mas escondido de nuestros corazones penetra su vista soberana: en una palabra, todo lo conoce perfectísimamente, sin que cosa alguna por ínfima ó secreta que sea, pueda ocultarse á su saber infinito.

El dogma de la infinita sabiduría de Dios es uno de los que se hallan mas constantes y claramente expresados en la divina revelación. David en los Salmos dice: "Miró sobre todos los que habi-

"tan la tierra el que formó su corazón uno por uno, el que entiendo "todas las obras de ellos." Y en otro lugar dice: "¡Oh Dios! Tú "sabes mi necesidad, y mis delitos no te son ocultos. . . ¡Cuán magníficas son tus obras, Señor! Todas las cosas hiciste con sabiduría: llena está la tierra de tu posesion. Hé aquí, Señor, que tú "conociste todas las cosas, las últimas y las antiguas: tú me formaste y pusiste sobre mí tu mano. Maravillosa se ha hecho tu "ciencia en mí." Y San Pablo dice: "Todas las cosas están descubiertas y descubiertas á los ojos de Dios."

Ni es solo en las obras de la creación donde se descubre la divina sabiduría, puesto que brilla y resplandece en todas sus obras: la incomprendibilidad de sus consejos proviene de la alteza misma de su sabiduría: ella es la que regula los sucesos y guía todo el orden de la Providencia. Ella, dice Daniel, es la que forma los sabios y da ciencia á los que conocen la disciplina. Ella revela las cosas profundas y escondidas y sabe las que están en tinieblas. La sabiduría de Dios se ha manifestado portentosa y sobremaniera admirable en la obra de la redención, y en la fundación de la Iglesia. Con respecto á esto dice San Pablo: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprendibles "son sus juicios ó impenetrables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor, ó quién fué su consejero? ¿O quién le dio "á él primero para que le sea recompensado? Porque de él, y por él, "y en él son todas las cosas."

Contrayéndonos ahora á la omnipotencia de Dios, dirémos, que por esta palabra expresamos la idea que concebimos de este atributo de Dios, usando de la palabra mas enérgica y elevada que se encuentra. Nos explicaremos con las palabras de Paley: "Atribuimos, "dice, el poder á la divinidad bajo el nombre de omnipotencia, por "ser una exacta conclusion, que un poder que ha sido capaz de producir un mundo como este, debe ser fuera de toda comparacion "mas grande que el que experimentamos en nosotros mismos, y que "el que observamos en otros agentes visibles; mas grande tambien "que el que podamos necesitar del Ser de quien dependemos para "nuestra individual proteccion y conservación. Es un poder igualmente, al cual ni por nuestra observacion ni por nuestro conocimiento podemos señalar límites de espacio ó duracion."

Dios lo puede todo con solo su voluntad, sin necesitar de instrumento ó de persona alguna. Con solo su querer sacó de la nada cosas

cuerpos inmensos de que se compone el universo, y todos los seres que forman el magnífico espectáculo de la naturaleza. Su poder no se limitó al acto de la creación; sino que puede decirse que se ejercita de nuevo á cada instante, puesto que en cada instante se conservan; y es evidente que no exige ménos poder la conservacion que la creacion de los seres; pues la conservacion es como una creacion continuada. El Todopoderoso imprime sin cesar en los inmensos globos que giran por sus órbitas en el espacio, aquel movimiento que produce las admirables variedades del sistema universal; de manera que ni los grandes astros, satélites de los soles que respectivamente son el centro de cada sistema; ni la hoja del mas pequeño arbusto; ni el fluido que circula por las venas del insecto mas imperceptible, se mueven sin recibir de Dios el primer impulso. El cria continuamente esa multitud de almas que une á los cuerpos de los hombres que van naciendo todos los dias, y no hay efecto alguno de las leyes universales de la materia, que no dependa de él; mas todas estas obras, que solo miran al órden natural, son nada, si se comparan con las operaciones sobrenaturales que ejecuta en el alma, convirtiéndola, regenerándola, justificándola, y haciéndola digna habitacion y templo de la divinidad por la gracia; y aun todavía, si así puede decirse, nada es todo en comparacion de lo que verifica en la glorificacion de las almas de los justos y bienaventurados. ¡Oh infinidad de poder, y quién puede concebirla! Basta querer Dios para que todo se haga: "El Señor, exclama David, hizo en el cielo y en la tierra cuanto quiso. . . . El dijo, y todas las cosas fueron hechas; "el mandó y todas las cosas fueron criadas." Y del mismo modo nos manifiestan las Sagradas Escrituras, que por él solo se conserva la naturaleza toda en el órden que le ha fido, y en su portentoso curso de perpetua reproduccion.

Con este atributo divino de la omnipotencia está intimamente enlazado, por decirlo así, el de la irresistible soberania que ejerce Dios sobre todos los seres. El Profeta David dice: "El Señor ha establecido en el cielo su trono, y su reino dominará sobre todos." "Señor Dios de nuestros padres," se lee en los Paralipómenos; "tú eres Dios en el cielo, y tienes el dominio de todos los reinos de las naciones: en tu mano está la fortaleza y el poder, y ninguno puede hacerte resistencia." Nada dirémos ya de la independencia de Dios, porque en la exposicion misma de la omnipotencia se ve claramente que si él dependiese de otro ser, ó si uno solo no

JUANIL

ÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

ERAL DE BIBLIOTECAS

dependiese de él, no sería omnipotente ni soberano. Concluirémos con la reflexion, de que el conocimiento de esta omnipotencia de Dios, debe imprimir en nosotros sentimientos profundos de un santo temor, que nos aparta de pecar, al ver que ofendemos á un Dios Todopoderoso, que no emplea ménos su poder soberano en premiar al justo que en castigar al pecador.

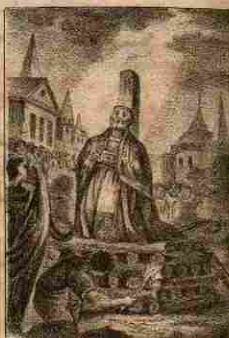
DÍA VEINTE Y UNO.

Santa Ines, vírgen y mártir.

La ciudad de Roma fué el teatro en que Dios quiso manifestar el poder de su gracia en la Santa á quien hoy veneramos. Apenas tenia catorce años Ines, jóven bellísima y de nacimiento muy distinguido, cuando fué denunciada en el tribunal destinado para juzgar á los cristianos, acusada, no solo de profesar la fé, sino de haber rehusado contraer matrimonios con ninguno de los escogidos sujetos que la pretendian, por declararse esposa de Jesucristo.

Esta gloriosa confesion hizo nuestra Santa con denodado valor ante el juez gentil, ante quien fué presentada, el que habiéndose esforzado en vano en hacerle abjurar su creencia, por mas halagos, ofertas y amenazas que usó, hasta poner á su vista verdugos terribles que la intimidasen con sus fieras miradas y voces espantosas, y la manifestacion de los crueles instrumentos que destruirian su cuerpo si no cedia á estos medios mas suaves, dispuso que aprisionada fuese arrastrada hasta las aras de los ídolos, y en ellas se obligase á ofrecerles incienso; violencia que únicamente sirvió á su triunfo, pues aquella tierna mano formó la señal de la cruz sobre ellas, y levanta este trofeo en los mismos inmundos altares de los demonios.

Confundido el juez por la firmeza que no aguardaba encontrar en una niña, la comuina con mandarla á un lugar infame á que sea sacrificada su pureza; mas la Santa, confiando en la proteccion divina, le asegura jamas permitiria el Señor se le hiciese tal ultraje: "no, le dijo, nunca me abandonará mi esposo, que tiene por honra suya proteger á las almas castas que le invocan. Bien podeis manchar con mi sangre vuestra espada; pero no se os permitirá profanar mis miembros consagrados á Dios, ni hacerme victima de vuestra infamia."

S. Ines Vírgen y M^{te}.

S. Fructosus Obispo.



S. Anastasio Mártir.



S. Vicente Mártir.

El juez enfurecido de tan valerosa respuesta, ordenó fuese conducida al lugar público; pero Dios infundió tal respeto hácia la virgen en los concurrentes á esta vil casa, que no se atrevieron ni aun á mirarla; ni solo mas atrevido que los demas osó dirigirlle miradas inmodestas, y al punto cae en tierra sacudido de horrosas convulsiones, y queda muerto, como escribe San Máximo; lo que acaba de aumentar el espanto y el pavor en los otros. La Santa entretanto se ocupaba en cantar un himno en accion de gracias al Omnipotente, que se habia dignado hacerle sentir la presencia de su santo espíritu en aquel parage abominable, y defender su castidad de un modo tan prodigioso; y movida á compasion de aquel hombre infeliz, dirige por él su voto y lo vuelve á la vida, con grandes ventajas tuyas, pues reconoce por Dios á Jesucristo.

A vista de tantos prodigios se obstinan los gentiles y previenen una hoguera en que reducir á cenizas á la Santa; pero las llamas, divididas en dos alas, al mismo tiempo que dejan ileso á Ines, abrazan á los verdugos, y dan con este prodigio una nueva prueba de la divinidad de nuestra religion. Entónces el juez, atribuyendo á hechiceria tan repetidas maravillas, ordena se le corte la cabeza, y la invidja jóven, con mas alegría que otras que van á celebrar sus bodas, camina á la muerte, resistiendo hasta el fin los combates de sus amantes y hasta la seduccion de los verdugos; ofrece su cuello á los filos de la espada, y vuela al cielo á unirse á su inmortal esposo el dia 21 de Enero. Así Ines, dice San Gerónimo, superior á su edad y á su sexo, consagró con el martirio el honor de su virginidad. En tiempo de Constantino se edificó en Roma una magnífica basilica á su honor, en la que se bendicen cada año dos corderos vivos, de cuya lana se hacen los palios que el papa envia á los arzobispos.

La Epistola es del capítulo LI del libro de la Subdualta. (Eclesiástico.)

Yo te glorificaré, ó Señor y Rey, y te alabaré, ó Dios Salvador mio. Gracias tributaré á tu nombre, porque tú has sido mi auxiliador y mi protector; y has librado mi cuerpo de la perdicion y del lazo de la lengua maligna, y de los labios que urden la mentira; y delante de mis acusadores te has manifestado mi defensor. Y por tu gran misericordia, de la cual tomas nombre, me has librado de los leones que rugian, ya prontos á devorarme; de las manos de aquellos que buscaban como quitarme la vida, y del tropel de tribu-

laciones que me cercaron: de la voracidad de las llamas que me rodeaban, y enmedio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de los labios impuros y del falso testimonio: de un rey inicuo, y de las lenguas maldicientes: mi alma alabaré al Señor hasta la muerte; porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de los gentiles.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa: de las cuales cinco eran necias y cinco prudentes. Pero las cinco necias al coger sus lámparas no se provieron de aceite; al contrario, las prudentes junto con las lámparas llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó una voz que gritaba: mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Pero las necias dijeron á las prudentes: dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagau. Respondieron las prudentes diciendo: no sea que este que tenemos no haste para nosotras y para vosotras; mejor es que váyais á los que le venden, y compréis lo que os falta. Mientras iban estas á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban preparadas cutraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al cabo vieron tambien las otras vírgenes diciendo: ¡Señor, Señor! ábrenos. Y él las responde y dice: en verdad os digo que yo no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora.

MEDITACION.

Sobre la vehemencia del amor divino.

Considera que la fortaleza del amor divino, el cual es fuerte como la muerte, en ninguna cosa se describe mas que en la virtud que tiene de separar y cortar; porque no solo nos divide y despega de todo aquello á que estamos asidos, la patria, los amigos, las comodidades, los honores y demas bienes terrenos; sino que, sobre todo, nos aparta de nosotros mismos, haciéndonos despreciar y perder hasta la propia vida por el amado; y este no solo á un varon fuerte y animoso, sino

aun también á una juventud débil y tierna. Siendo esto así, como lo es en efecto, mira bien no te engañes juzgando que amas á Dios, si te encuentras asido y apegado á alguna criatura de la tierra; porque el verdadero amor de Dios no se dice que sea fuerte como la enfermedad que aun no corta el hilo de la vida, sino como la misma muerte, que todo lo corta, y de todo despoja.

Considera que á este amor fuerte, es preciso que acompañe la emulación, la cual es dura como el infierno: por infierno se entiende el tormento que padecen los fuertes amadores de Dios, por el vehemente deseo que los ánima de padecer duras penas por su amado. Mira con cuántas ansias las han buscado los amantes de Dios; mira á la pequeña Inés cuanto placer le causó esforzarse á corresponder las finezas y padecimientos de Jesucristo en las cadenas, en la cárcel, en los tribunales, en los tormentos y en la muerte. Mira á la amante Magdalena de Pazzis, como exclama: "*padecer, no morir.*" ¡O santo amor! ¡y cómo es posible posponerte al amor humano, cuando tus afectos son tan nobles y finos! Tú causas un incendio en que se desea ser consumido, una demencia divina, un deliquio que acaba con la vida y vivifica. ¡O santa emulación, tanto mas apreciable cuanto mas dura y tormentosa!

PETICIÓN Y PROPÓSITOS.

Mi vida continuará en el mismo desórden de amar á las criaturas, si tú, Dios del amor omnipotente, no rompieras sus lazos y me atraigas á tu amor divino. ¡Ah! que no lo merezco; mas tu misericordia me lo otorga, y lo recibo como un don de tu mano liberal. Concédenme, Señor, especial gracia para remediar los males que he causado á mi alma, amando desordenadamente á las criaturas. Cria en mí un espíritu de justicia que me conduzca á amarte á tí solo, como objeto únicamente digno de todos los afectos de mi corazón.

JACULATORIA.

Tarde te conocí, hermosura antigua y siempre nueva.

LECCION.

Sobre la santidad, bondad y otros atributos de Dios.

Continuando en nuestro propósito de dar algunas nociones sobre los puntos mas importantes de la fé, trataremos en esta leccion de

la santidad, bondad y otros atributos de Dios, como hemos hecho en las anteriores.

Dios es santo por esencia. Esta santidad de Dios le compete tanto y le es tan esencial, que sin ella no seria Dios. La santidad se toma de la repugnancia al pecado é incompatibilidad con él: así es que la santidad y la iniquidad se repugnan entre sí, de manera que es absolutamente imposible que se unan, mezclen ó confundan entre sí, ni que se hallen á un mismo tiempo en un sugeto; pues aunque el sugeto sea capaz de una y otra, como el ángel y el hombre; pero solo pueden tener las sucesivamente, pasando de bueno á malo, ó de malo á bueno; mas no á un mismo tiempo, porque es imposible que á un mismo tiempo sea uno bueno y malo. Mas en Dios, ni aun sucesivamente puede darse la iniquidad, porque es santo por esencia, que vale lo mismo que decir: "Dios es santidad." Siendo Dios la santidad misma, preciso y necesario es que repugne siempre y en todo momento la maldad, y que la repugne infinitamente, porque su santidad es infinita; de manera, que es realmente imposible que en Dios haya no solo iniquidad ó maldad; pero ni aun la mas leve inclinacion al mal. Antes por el contrario, es su santidad tal, que no sólo en lo extensivo sino en lo intensivo carece de todo grado y límite, porque es infinita. Por eso se dice en el sagrado libro de los Reyes: "*No hay santo como el Señor;*" pues aunque el hombre y el ángel son capaces de santidad, ni la tienen de su naturaleza, ni la poseen en infinito: la santidad que tienen la reciben de Dios por la gracia santificante, que es participacion de la naturaleza divina; y la pueden perder, como de hecho la pierden por el pecado. Pero Dios tiene la santidad por sí mismo, y no la puede admitir la culpa.

Dios es justo. No fuera Dios justo si no fuera justo, no solo en el sentido en que se toma la palabra justo por lo mismo que santo, sino aun en lo particular de la justicia tomada en rigoroso sentido, pues aunque Dios está sobre toda la ley y no puede ser obligado; pero su misma perfeccion demanda que funde y sostenga los principios y reglas de justicia que ha dado á los hombres, que los obligue á su observancia, que premie la virtud y castigue el vicio; y todo eso hace Dios. "*¡No es cierto, se lee en el Génesis, que si bien hicieres serás recompensado; y si mal, estará luego á las puertas el pecado!*" Y por San Mateo dice el Señor: "Irán los malos al suplicio eterno y los justos á la vida eterna." Las Santas Escri-

turas, la historia del mundo, la luz de la fé y de la razon, nuestra observacion y experiencia, nos demuestran de continuo con testimonios irrefragables y ejemplares multiplicados, esta justicia de Dios ejercida sobre sus criaturas en el tiempo y para lo eterno.

Dios tiene una equidad perfecta. En la administracion del sistema retributivo, que constituye el gobierno moral de Dios, ostenta maravillosamente esta perfeccion. "Sin acepcion de personas, dice San Pedro, juzga segun la obra de cada uno." Y antes habia dicho el Señor por Esauquel: "El hijo no cargará la maldad del Padre, y el Padre no llevará la maldad del Hijo: la justicia del justo sobre él será, y la impiedad del impio sobre él será." La malicia y la ignorancia de los hombres, hace que juzguen sin equidad muchas veces; pero Dios, en quien no cabe parcialidad, ni malicia, ni ignorancia, ni otro algun defecto, castiga y recompensa á sus criaturas con total conocimiento de la causa y de todas las circunstancias que agravan ó disminuyen sus faltas. Cuanto mayor es la gracia que el hombre recibe, tanto mayor es la responsabilidad en que queda.

Dios es providente. El orden admirable que observamos tienen todas las cosas hácia un fin, y hácia un designio, nos indica bastante la Providencia de su Autor soberano. La fé nos hace ver á Dios, no solo conservando las criaturas, sino tambien reglando y dirigiendo hasta las menores acciones, con tan irreversible fuerza, que ninguna puede sustraerse de su dominio; ni dejar de contribuir á la ejecucion de su voluntad; sin que por eso violente Dios el libre albedrio del hombre, ni sea autor de la culpa, pues el permitir que oren las causas segundas, no es bajo la voluntad de beneplácito, y sin ser Dios autor del mal, viene á suceder que el bueno y el malo están bajo su dominio, si bien el justo bajo el cetro blando y suave de su gobierno paternal, y el pecador bajo la vara de hierro de su justicia vengadora: "Los regirás, dice el Profeta, con vara de hierro, y los romperás como á un vaso de barro." Este dominio de Dios, esta soberania con que de todo dispone y todo lo rige, junto con el cuidado que tiene de nosotros, y la benignidad con que socorre nuestras necesidades, sabiendo como sabemos, que todo es efecto de su amor paternal, hace que su Providencia sea toda nuestra esperanza, nuestro consuelo, y nuestro refugio; que arrojemos sobre él nuestros cuidados, como nos aconseja el Profeta, en la confianza de que él nos nutrirá, nos custodiará, nos defenderá,

nos hará prosperar en los verdaderos bienes, y nos conducirá por un camino recto á nuestra felicidad eterna; para lo cual es necesario que cumplamos con la condicion que Cristo nos ha puesto, de buscar el reino de los cielos; pues en evitando nosotros de hacer su voluntad, el cuida de todas nuestras cosas: no olvidemos estas palabras de Cristo: "Vuestro Padre sabe lo que habeis menester ántes que se lo pidáis. No andéis afanados para vuestra alma, esto es, para manteneros, pensando *qué comeréis, ni para vuestro cuerpo, *po qué vestiréis...* Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes, y vuestro Padre celestial las atempera. *¡Pues no sois vosotros mucho mas que ellas!*" Con estas y semejantes palabras nos describe el Salvador su Providencia, y nos enseña á confiar en ella, trazándonos al mismo tiempo un rasgo bellísimo de su bondad divina.*

Dios es suma bondad. El Ser Supremo es nuestro bondadoso Padre y protector. "Suave es el Señor para con todos, dice David, y sus misericordias sobre todas sus obras." "El hace, dice San Mateo, nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores." David le llama: "Padre de huérfanos y juez de viudas." "El hace justicia á los que sufren injurias: da comida á los hambrientos, desata á los aprisionados: el Señor alumbrá á los ciegos, endereza á los lisiados, defiende á los peregrinos, ampara al huérfano y á la viuda." Mas á paso que ejerce Dios su bondad con toda la familia del género humano, son con preferencia objetos de su proteccion los que temen al Señor, los que pertenecen á su Iglesia. David dice: "El que halata en el socorro ó refugio del Altísimo, morará en la proteccion del Dios del cielo. Dirá al Señor: Amparador mio eres tú y refugio mio.... Con sus espaldas te hará sombra, y bajo de sus alas esperarás. Como un escudo te cubrirá su verdad." Y el mismo Cristo dice por San Lucas: "No temáis, pequeña grey, porque plugo á vuestro Padre celestial daros el reino." Pruebas todas de la especial bondad que emplea en el consuelo y amparo de las almas humildes y piadosas.

Otra prueba especial de la bondad de Dios, es la que nos da, haciendo que los mismos padecimientos y aficciones que sufrimos como consecuencia del pecado, nos enderecen al bien, de suerte que muchas veces son la medicina con que nos curamos de aquel mal. Ellos humillan nuestra soberbia, docilitan nuestro corazon, avivan nuestra fé, y ponen en ejercicio nuestra paciencia, nuestra sumision,

nuestra conformidad y nuestra fortaleza. Las penas temporales con que nos castiga, son correcciones de un padre, como nos lo advierte la Sabiduría. "No frustres, dice, la corrección del Señor, ni desmayes cuando él te castiga; porque el Señor castiga al que ama, y se complace en él, como un padre en su hijo."

Dios es misericordioso. Este es el atributo de la Divinidad que con mas profusión se declara en los Libros sagrados: en muchos de sus pasajes brilla su benigna disposición á perdonar las iniquidades de sus hijos, cuando se convierten y vuelven á su Dios arrepentidos, ofreciéndole el sacrificio de un corazón contrito y humillado. "Deje el impío su camino, dice Isaías, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Señor y tendrá misericordia de él." Mas donde se muestra la misericordia de Dios en todo su esplendor, es en la admirable obra de la redención del linage humano: en aquella donación con que el Padre celestial verdaderamente nos dió á su Hijo, para que se sacrificara por nosotros, para que todo aquel que en él creyere no pereciera; sino que tenga la vida eterna. "Dios, que es rico en misericordia, dice San Pablo á los Efesos, por su extremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente con Cristo."

DIA VEINTE Y DOS.

San Anastasio y San Vicente mártires.

SAN ANASTASIO.

El heroico atleta de la fé de que vamos á hablar, confundirá en todos tiempos á los que refusan dar oídos á las verdades del Evangelio y á sus victoriosas pruebas, contentándose con creer á sus mentirosos contrarios: conducta que desgraciadamente imitan el día de hoy, los que llamándose espíritus fuertes, solo son unos entes despreciables. San Anastasio era persa é hijo de un padre mago, que procuró instruirlo en esta supersticiosa profesión; mas él, deseando distinguirse en la honorífica de las armas, se alistó en las tropas de Cosroes, que poco ántes había tomado á Jerusalem. Habiendo oido decir á los soldados que el sagrado madero de la cruz serviría de triunfo en aquella ocasion de la victoria que sus armas habían alcanzado

de los cristianos, deseó saber por qué estos le prestaban tanta veneración. Efectivamente, informándose para satisfacer esta curiosidad de todos los misterios del cristianismo, de la santidad de su doctrina y el valor de sus mártires, se convenció de su verdad, recibió el bautismo, y anhelando por conseguir toda la perfección del cristianismo, se encaminó al monasterio de San Atanasio en Jerusalem, donde fué admitido por su abad Faustino. Siete años pasó allí, en cuyo tiempo aprendió la lengua griega, y todo el Sálterio, dedicándose ademas de la lectura de las sagradas Escrituras y las vidas de los mártires, que inflamaban su corazón en deseos del martirio, á la práctica de todas las virtudes.

Esta vehemente inclinacion al martirio, le fué confirmada del cielo por una vision en que se le presentó una copa de oro adornada de pedrería llena de exquisito vino, dándosele á entender que pronto bebería el cáliz del Salvador. El éxito comprobó la verdad de la revelacion. Habiendo pasado poco despues á Cesarea, ocupada tambien por los persas, y mirando á unos soldados que se ocupaban en la magia, les reconvinó la supersticion de sus ocupaciones, manifestándoles la vanidad de esta ciencia, que él habia tenido en otro tiempo la desgracia de aprender. Arrestado por tal motivo y presentado al gobernador, declaró ante él, ser cristiano, y reconvenido por él sin lograr cediese en cosa alguna agena de su religion, fué conducido á la cárcel con orden de que se le cargase el cuello y espaldas de gruesas piedras; pero en otra segunda audiencia, mirando que no obstante esta pena, cada vez permanecía mas firme en su creencia, fué apaleado cruelmente y reducido de nuevo á la prision á continuar aquel castigo. Tan penosa tarea no disminuyó su fervor, y el descanso de la noche solo le servia para desempeñar sus oficios monásticos, obrando en ellos con tanta caridad, que cuidaba siempre de no perturbar el sueño de su compañero en la cadena. En el intermedio que se esperaban las órdenes del emperador respecto de su persona, no lo abandonó la Providencia. Una noche fué visitado de los ángeles, que llenaron de luz el calabozo; su abad le mandó dos religiosos que lo visitasen; y el empeño de un principal cristiano alcanzó el permiso de llevarlo á la iglesia el día de la Invention de la cruz, donde llenó de alegría y edificacion á los fieles.

Con el mismo aprecio fué visto de los cristianos en su camino á Persia en union de otros confesores de Cristo; mas habiendo llegado á la pequeña ciudad de Bessalos, fué detenido de orden del prin-

cipe, quien mandó un juez que entendiése en su causa, el que hallándolo siempre constante en no abandonar su religion y volver á la idolatría, lleno de ira dispuso lo apalcaran y colgasen de una mano, suspendiendo de sus piés grandes pesos; y no consiguiendo nada de estos tormentos y mirando la veneracion que le tenían los fieles, hasta anoldar en cera sus prisiones para conservar sus señales como reliquias, le sentenció á ser degollado junta con sus compañeros, lo que se verificó el día 22 de Enero de 693. Su cabeza, separada de su cuerpo, fué arrojada despues de la ejecucion á los animales, los que no tocaron estos preciosos restos de su mortalidad.

ALERE FLAMMA
VER
San Vicente.

Este glorioso mártir español es uno de los mayores ornamentos de su patria, y justamente se disputan el lugar de su nacimiento Zaragoza, Valencia y Huesca en el reino de Grandia. El obispo de Zaragoza, Valeriano, su maestro en la virtud y letras, lo elevó al diaconado, destinándolo, á pesar de sus pocos años, al importante oficio de la predicacion, tanto mas deliando, quanto que en aquella época gobernaba la España, Daciano, por los emperadores Diocleciano y Maximiano. Este gobernador pareció que aun antes del edicto de persecucion del año de 303, tenía presos á Valeriano y á su diácono en la cárcel de Valencia, sufriendo las mayores penidades y miserias; pero mirando no podia vencerlos con tan prolongado tormento, quiso él mismo triunfar de su constancia con amenazas y ruegos. Hizolos conducir á su presencia, y habiéndoles dirigido varias preguntas, sin pudiendo explicarse libremente Valeriano por impedimento de la lengua, mandó este á nuestro Santo contestase por ambos lo que hizo con tan noble libertad, hija de una buena conciencia y digna de una santa causa, que irritándose Daciano, aunque se contentó con desterrar al obispo, convirtió toda su rabia contra el denodado intérprete.

Hablando San Agustín de los tormentos que sufrió nuestro valeroso mártir, asegura fueron los mayores que pudo padecer una criatura, á no estar sostenida por una fuerza sobrenatural y divina, y los padeció conservando tal paz en su semblante, gesto y palabras, que no pudo ménos de admirarla el mismo tirano, cuyas agitaciones daban muestras visibles de su furor. No hay en esto la menor ponderacion, y para convencerse de ello, demos una pequeña idea de la

fortaleza admirable de San Vicente. Tendido en el pozo y estrimado con cuerdas y máquinas sus piés y manos, quedaron dislocados todos sus miembros, y suspendido despues cruelmente, fueron sus carnes desgarradas con garfios de hierro: suspendiase por algunos minutos la ejecucion para dejar enfriar las heridas y hacerlas mas dolorosas; torrentes de sangre corrian de todas las partes del cuerpo, y entretanto el mártir se reía y se burlaba de la debilidad de sus verdugos, heroismo que hizo confesarse por vencido al mismo juez. En este estado se le convidó con el perdón si entregaba los libros sagrados para arrojarlos al fuego: una terminante negativa fué la contestacion del Santo y la presuncion de nuevos padecimientos y nuevos triunfos. Acostado sobre una horrosa parrilla de hierro en forma de sierra cruzada de puntas del mismo metal, su despedazado cuerpo, atado con cadenas, se expuso á un fuego ardiente en su parte posterior, mientras las superiores eran atormentadas con láminas encendidas y rociadas con sal y grasa, para que las llamas penetrasen hasta las entrañas. ¡Inútiles esfuerzos! Tanto ayúdole lejos de abatir al paciente, aumentaba su vigor y aliento, pues quien pone su confianza en Dios, siempre siente los efectos de su poderosa asistencia.

Cansado el nuevo juez, dispuso que el mártir se conduzca á un calabozo sembrado de cascotes cortantes, atándole las piernas á dos estacos, y negándole todo consuelo. Vicente canta allí alabanzas á Dios; los ángeles lo visitan; la oscura prison queda iluminada; el héroe se pasa por ella como si estuviese sano, y el carcelero á vista de tales maravillas, confiesa á Jesucristo. En tales circunstancias, Daciano, llorando de despecho, permite se le dé algun alivio, los fieles acuden á la cárcel, enjagan sus heridas, recogiendo su sangre como preciosas reliquias, y poniéndolo en un lecho blando, vueta al cielo el que habia resistido la horrosa parrilla. Su cadáver, arrojado á un barranco pantanoso, es defendido de las fieras y aves de rapina por un cuervo, y precipitado al mar con una piedra, sobrenada hasta la orilla y es sepultado honoríficamente, edificándose despues un magnífico templo. ¡O religion! ¡Cuánto confirmas tu verdad, hombres tan sobrenaturalmente esforzados!

La Epístola es del capítulo III del libro de la Subiduria.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellas el tormento de la muerte. A los ojos de los insensatos pareció

que morían; y su salida de este mundo se miró como una desgracia, y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros; mas ellos, á la verdad, reposan en paz; y si delante de los hombres han padecido tormentos, su esperanza está segura de la inmortalidad. Su tribulación ha sido ligera, y su galardón será grande; porque Dios hizo prueba de ellos, y hallólos dignos de sí. Probólos como el oro en el crisol, y los aceptó como víctimas de holocausto; y á su tiempo se les dará la recompensa. Brillarán los justos, y volverán como centellas que discurren por un cañaveral. Juzgarán á las naciones, y señorearán los pueblos; y el Señor reinará con ellos eternamente.

El Evangelio es del capítulo XXI de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando sintiereis rumor de guerra y sedición, no os alarméis: es verdad que primero han de acontecer, mas no por eso será luego el fin. Entonces, les decía, se levantará un pueblo contra otro pueblo, y un reino contra otro reino; y habrá grandes terremotos en varias partes, y pestes y hambres; y aparecerán en el cielo cosas espantosas y prodigios extraordinarios. Pero antes que sucedan todas estas cosas, se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán á las sinagogas, y metrán en las cárceles, y os llevarán por fuerza ante los reyes y gobernadores por causa de mi nombre; lo cual os servirá de ocasión para dar testimonio. Grabad, pues, en vuestros corazones la máxima de que no debéis disculpar de antemano cómo habeis de responder: pues yo pondré las palabras en vuestra boca, y una sabiduría á que no podrán resistir ni contradecir vuestros enemigos. Y seréis entregados por vuestros mismos padres, y hermanos, y parientes, y amigos, y harán morir á muchos de vosotros; de suerte que seréis odiados por amor de mí; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas.

MEDITACION.

Sobre la confianza en Dios.

Considera que á nada se debe temer cuando se entrega el corazón á Dios. Si este Señor toma de su cuenta nuestros intereses, si nos admite en el número de sus amigos, ¿quién nos podrá hacer daño? ¿ni qué podrá faltar á quien tiene de su parte á Jesucristo? Ya

venos la fé, la fortaleza, la constancia y alegría que ha dado á los mártires; ¿qué multitud de prodigios ha obrado en su favor! y sobre todo ¿qué premios no reserva en el cielo para los que le sirven con fidelidad. ¿Puedo estarse mejor que sirviendo á tan grande amo? La pobreza, la enfermedad, las persecuciones, la misma muerte; todo hace el Señor que sirva de mérito á quien le sirve: Dios cuida de mí, dice el profeta, y nada me faltará.

Considera con qué bondad provee á las necesidades de todos los que le sirven; bien las ve sin que sea necesario manifestárselas, y pocos hay que en el discurso de su vida no hayan experimentado disposiciones especiales y aun milagros de la Divina Providencia con que se han visto remedidos. Seamos nosotros pueblo suyo, y experimentaremos que él es nuestro Dios. Pues nuestros humanos arbitrios, nuestras medidas, nuestra aparente prudencia, muchas veces solo sirven para desconcertar la economía de la Providencia, y para poner obstáculos á los designios de Dios. Él tiene contado el número de nuestros cabellos: él nos tiene escritos en sus manos. ¿Cómo podrá olvidarnos! ¿Dónde está nuestra fé y confianza en sus palabras?

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh mi Dios, y qué lástima se debe tener de los que os sirven mal, y os aman poco! El dolor que siento de haberos servido tan mal hasta aquí, sea, mi buen Jesus, sea fiador del deseo que tengo de amaros en adelante sin reserva. Vos, Señor, conocéis todas mis necesidades; mejor que yo, sabéis lo que me conviene, dadme una confianza grande en vuestra Providencia, para que ni tema los males, ni deseé los bienes que ignoro si me perjudican; haced que viva tranquilo esperándolo todo de vos.

JACULATORIA.

MI Señor me gobierna, y nada me faltará.

LECCION.

Sobre la creación del cielo y la tierra.

El dogma de la creación del mundo, que es dogma de fé, expreso en las Sagradas Escrituras, por el cual creemos que Dios crió el cielo y la tierra, es bien manifiesto despues de haber extendido

muestra vista por el universo, y de habernos convencido, aun por sola la luz de la razón, de que ni ha podido formarse por sí solo, ni haber sido obra de la contingencia ó del acaso. Hemos visto también en la penúltima lección que las Escrituras Santas, nos testifican de un modo incontestable que Dios es omnipotente; y sobre estas bases continuando la exposición del primer artículo del Símbolo de nuestra fe, vamos ahora á ocuparnos en considerar al Ser Supremo como el único creador universal de los cielos y la tierra, y de todo lo que en él se contiene.

Dios crió al universo y lo sacó de la nada, sin que existiese antes ninguna materia para que fuese formado. Esta resolución de Dios no fué obra de la fuerza, de la coacción ó de la necesidad; sino solo de su libre voluntad; ni hubo otra cosa que lo moviese á la obra de la creación, sino el comunicar su bondad á las criaturas que hizo; puesto que la naturaleza divina, perfectísima por sí misma y felicísima en sí sola, no necesita absolutamente de nada: por lo que dice David, al Señor. "Mi Dios eres tú, que no tienes necesidad de mis bienes." Crió, pues, todas las cosas para hacer conocer, amar, adorar, servir y glorificar su esencia infinita; su bondad, su sabiduría, su justicia, su poder y todas sus perfecciones. "Porque las cosas invisibles de Dios, dice San Pablo, se ven después de la creación del mundo, viéndolo en conocimiento de ellas por las obras criadas: aun su virtud eterna y su divinidad."

Llevado de su bondad el Ser Supremo, todas las cosas que quiso hacer hizo; y sin valerse de ejemplar, de similitud ó de forma alguna que existiese con anterioridad á la creación; puesto que el ejemplar de todas las cosas se contiene en la inteligencia divina; viéndolo el Supremo Artífice en sí mismo, como dice el catecismo romano, con aquella suma sabiduría y aquel infinito poder que le es propio, crió la universalidad de las cosas; "él dijo, y fueron hechas las cosas; él mandó, y fueron criadas." De estas expresiones se vale el Profeta David para acomodarse á nuestro modo de entender, y que comprendamos que en el mismo instante en que quiso Dios que el cielo y la tierra se hiciesen, fueron hechos. Un Ser Todopoderoso no necesita mas de querer, y al instante está todo hecho; pero no crió todas las cosas en un instante, como pudiera haberlo hecho si hubiera querido, sino en seis días, y según el orden que fué mas de su agrado.

En el primer día crió el cielo y la tierra, y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y

el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. Esta palabra *era llevado*, se conserva por la antigua versión; pero la voz hebreá que le corresponde, mas bien significa *estar, sobre ó encima*, que *ser llevado*. Luego crió Dios la luz y la separó de las tinieblas. En el segundo día hizo el firmamento, y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre él. En el tercero reunió las aguas que estaban debajo del cielo en un lugar, y que apareciera la árida, y llamó á la árida, tierra, y á las congregaciones de las aguas, mares; é hizo producir á la tierra todo género de árboles y plantas. En el cuarto, hizo el sol, la luna, las estrellas todos y planetas. En el quinto, formó las aves y los peces; y en el sexto crió á todos los animales de la tierra, y finalmente, al hombre y á la mujer, dándoles dominio sobre la tierra y sobre todos los animales.

Cuando decimos, pues, que Dios es el Creador del cielo y de la tierra, bajo el nombre de cielos no solo debe comprenderse la luna y los demás planetas que atraen y son atraídos al derredor del sol, sino también este mismo sol, centro de nuestro sistema planetario, y esa multitud de soles ó de estrellas fijas, centros probablemente de otros tantos sistemas; y bajo el nombre de tierra no solo el globo que habitamos, fundada bajo su propia estabilidad, según David, sino también los mares, á quienes puso término que no traspasarán y no volverán á cubrir la tierra; también los árboles y todas las producciones que vegetan sobre la tierra y los animales todos que la habitan. Pero las dos criaturas principales, y por lo mismo las que deben llamar mas especialmente nuestra atención, son los ángeles y los hombres. Veamos hoy lo que nos enseña la revelación acerca de los primeros, dejando para otra lección lo que nos dice con respecto á los hombres.

Convocando David á todas las criaturas para que alaben á Dios, y dividiéndolas en las que son de los cielos y las que son de la tierra, dice: "Alabad al Señor los que sois de los cielos, alabadlo en las alturas. Alabadlo todos sus ángeles, todos sus poderíos. Alabadlo, sol y luna, todas las estrellas y la luz. Alabadlo, los cielos de los cielos, y todas las aguas que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor, porque él mandó y fueron hechas las cosas: las estableció para siempre y por siglo de siglo." Además, en el Génesis se lee: "Que habiendo echado Dios á Adán del paraíso, puso querubines y espada que arrojaba llamas, y andaba al rededor pa-

“ra guardar el camino del Arbol de la vida. Y el Profeta Rey exclama: “Que haces á tus espíritus ángeles y á tus ministros fuego quemador.” De este texto usa el Apóstol San Pablo para probar á los hebreos la superioridad de Cristo sobre los ángeles, porque Cristo es hijo de Dios, y estos fueron hechos ministros por Dios. Finalmente, él mismo en su carta á los colosenses dice: “Porque en él fueron criadas todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, ya sean los tronos, ó dominaciones, ó principados, ó potestades, todas fueron criadas por él mismo y en él mismo; y él es ante todas las cosas, y todas subsisten por él.”

Consta, pues, por lo dicho, como un dogma de fé la existencia de estos espíritus soberanos que se llaman ángeles; pero no sabemos positivamente el día en que fueron criados. Ellos son unas criaturas espirituales é inteligentes que no fueron criadas para ser unidas á cuerpos; por consiguiente ni tienen cuerpo ni figura y no pueden ser percibidos por nuestros sentidos; pero tienen conocimiento y entendimiento como los hombres, y mas perfectos que el conocimiento y entendimiento humano, y aunque pueden mover los cuerpos y se han aparecido alguna vez en figura humana, esta figura es aparente, y el movimiento que dan á algun cuerpo nada tiene de común con la union entre el cuerpo y el espíritu del hombre. Las mas célebres apariciones de esta clase son las de los tres á quienes hospedó Abraham, la del arcángel Rafael á Tobías, y la del arcángel Gabriel á Daniel y Zacarías y á la Virgen Santísima.

Aunque ignoramos el número de los ángeles, sabemos que es grandísimo por Daniel, que dice hablando del Altísimo: “millares de millares le servian, y diez veces cien mil estaban delante de él,” y en el Apocalipsis así se expresa San Juan: “y vi y oí voz de muchos ángeles al rededor del trono. y era el número de ellos millares de millares.” En cuanto á sus clases y gerarquías, Isaías dice de los serafines *que estaban en el trono del Señor*. San Pablo habla á los hebreos *de los querubines de gloria*. El mismo hace mención de los tronos, dominaciones, principados y potestades. En otra Epístola habla de las virtudes, así como en otra de los arcángeles; y el Apóstol San Judas Tadeo menciona estos últimos hablando del arcángel San Miguel. En el libro de la Gerarquía celestial, que se atribuye á San Dionisio y San Gregorio se divide á los ángeles en tres gerarquías, y cada una en tres órdenes ó coros. En la primera, los serafines, los querubines y los tronos: en

JANIL

NOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS

®

*S. Melchor Arzobispo.**Madre Santa de la Paz.**S. Felice Obispo.**S. Juvenio Martir.*

la segunda, los dominaciones, los principados y los potestades; y en la tercera, los virtudes del cielo, los arcángeles y los ángeles.

Crío Dios estos espíritus soberanos para hacerlos bienaventurados, á cuyo efecto los adornó con todo lo necesario para llegar á la vida eterna: dióles una inteligencia clarísima para conocer el bien, una voluntad bien dispuesta para amarle, y todas las gracias que se requieren para poder perseverar y merecer la bienaventuranza; mas no todos se aprovecharon de estas buenas disposiciones, aunque la mayor parte de ellos perseveró y llegó á obtener la gloria; pues siendo fieles á Dios, humildes y obedientes á sus órdenes, el Señor los confirmó en la gracia y lo ven y gozan sin cesar. Los oficios que ejercen los ángeles, se pueden considerar con respecto á Dios y con relacion á las criaturas. Bajo el primer concepto, sus oficios son amar á Dios, cantar en su presencia y ser sus ministros ó enviados. S. Juan en el Apocalipsis, exclama: "y ví y of la voz de muchos ángeles al rededor del trono.... que decían en alta voz: digno es el Cordero que fué muerto, de recibir virtud, y divinidad, y sabiduría, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendición." Sirven al Señor para ejecutar sus órdenes respecto á las criaturas y especialmente al hombre; por eso son llamados en la Escritura espíritus destinados á los ministerios, enviados unas veces en favor de los fieles y otras como ejecutores de la justicia eterna.

Con respecto á los hombres, los oficios de los ángeles son presentar á Dios sus oraciones, anunciarles alguna vez la voluntad divina y ser sus guardas y protectores: que Dios los emplee en estos ministerios se manifiesta con tantos pasages de la Escritura, que ocuparíamos muchos pliegos en referirlos. Por último, los estableció Dios para guardas y protectores especiales de su Iglesia y de cada uno de los fieles, como se haya testificado en la revelacion de un modo indudable.

DÍA VEINTE Y TRES.

San Ildefonso, arzobispo de Toledo.

Nació San Ildefonso, uno de los mas ilustres preladados de España, en Toledo, á principios del siglo VII. Sus padres Estevan y Lucía, nobles, ricos y virtuosos, lo obtuvieron del cielo despues de

muchos años de su matrimonio. Fueron sus primeros maestros su tío San Eugenio, y San Isidoro de Sevilla; sus progresos en las letras fueron correspondientes á la escaseza de tales hombres, y su pureza de alma desde su niñez fué tan grande, que su sola presencia contenía en los límites de la decencia á los jóvenes mas inmodestos.

No fué menor su humildad y menosprecio de las cosas del mundo, como lo manifestó bastante la moderacion con que recibió á su vuelta de Sevilla los mayores aplausos de sus paisanos, los que aun siendo jóven estuvieron tan lejos de desvanecerlo, que todos sus deseos eran los de retirarse á la soledad, hasta que se resolvió á tomar el hábito religioso en el monasterio de San Cosme y San Damian, conocido con el nombre de Agaliense, á cuyo fin huyó secretamente de su casa; mas apenas tuvo su padre noticia de donde se hallaba, ocurrió con gente armada á sacarlo por fuerza del monasterio, y lo hubiera logrado, si el Santo escondido entre unas ruinas, no hubiera evitado el que lo encontrasen.

Mas si su padre se hallaba tan desconsolado por la pérdida de tal hijo, su piadosa madre pasó al convento á fortalecerlo en su vocacion, recomendándole la ferviente devocion á la Santísima Virgen, bajo cuya proteccion lo habia puesto desde que nació, siendo las primeras palabras que pronunció en la infancia su balbuciente lengua. Con tales consejos, nuestro Santo se consagró á la obediencia, humildad, modestia y mortificacion, virtudes que le hicieron amable á sus superiores y respetado de sus hermanos, tanto, que apenas falleció el abad, fué nombrado su sucesor con increíble utilidad y aprovechamiento de sus súbditos.

Por este tiempo pasaron á mejor vida los padres de nuestro Santo, y su rico patrimonio fué dedicado á obras de piedad, entre las cuales es memorable un convento de benedictinas, formado y dirigido por San Ildefonso. Mas á pesar de las muchas ocupaciones de que estaba rodeado, su amor por el culto divino le hizo darse lugar para hacer varias composiciones admirables del oficio eclesiástico.

Vacó por aquel tiempo la silla de Toledo por la muerte de San Eugenio, tio de nuestro Santo, y al momento se puso los ojos en él para sucederle, eligiéndolo el rey y el pueblo para arzobispo; dignidad que resistió mucho hasta quedar convencido de ser esta la voluntad de Dios, á la que se sujetó humildemente. Sus virtudes religiosas se perfeccionaron con las pastorales, de suerte que no mé-

nos era ejemplar de los monjes, que de los prelados mas completos. Su caridad, su celo, la suavidad de su trato, su humildad y demas prendas, le grangearon bien pronto el respeto y amor de sus ovejas, y su misericordia la acreditó la fundacion que aun hasta el fin del siglo pasado existía en España, para dar de comer diariamente á treinta pobres.

Mas si tantas virtudes ilustraron á toda la España, no ménos la condecoraron las admirables obras salidas de su pluma, frutos de su profunda erudicion, y en que tanto resaltaron la elocuencia de su lenguaje, su celo por la fé orthodoxa, y su amor á la Santísima Virgen. Entre ellas se cuentan la obra de la perpetua virginidad de la Madre de Dios; el Tratado de la debilidad humana; los Opúsculos de la propiedad del Padre, Hijo y Espíritu Santo; las Anotaciones á las acciones divinas, y otras composiciones entre las cuales se cuentan, Himnos, Sermones, Homilias, Versos y no pocas otras que no pudo concluir; todas las que, segun dice su discípulo San Julian, fueron generalmente admiradas, como se reconoce en las que se conservan hasta nuestros días, justamente, pues han sido estos escritos aprobados en los Concilios, y han merecido á su autor el título de Doctor de la Iglesia, así como el de Doctor Mariano, los que escribió en defensa de la Virgen Maria, y la impugnation que hizo de los errores con que los hereges atacaban su pureza virginal.

Dos sucesos prodigiosos manifiestan cuán gratos fueron estos servicios á la reina de los ángeles. El día de Santa Leocadia asistia el Santo, con el rey, el clero y el pueblo, á su solemnidad en su templo: de repente comenzó á levantarse con grande admiracion de todos, la lápida del sepulcro, del cual salió la Santa trescientos años despues de su muerte, y tocándolo con la mano, le dijo: *Ildefonso, por tí vivo la gloria de mi Señora*. Todos quedaron inmóviles, ménos el Santo, que le rogó intercediese con Dios por los ciudadanos de Toledo, y le cortó con la daga del rey parte del velo que le cubria la cabeza para perpetua memoria del suceso, y lo guardó en su Iglesia. En otra vez, como diremos el día de mañana, la misma purísima Virgen le dió una casulla traída del cielo.

Pleno, en conclusion, San Ildefonso de méritos, pasó á recibir el premio de sus virtudes el día 23 de Enero del año de 669, á los setenta de edad, veinte y ocho de religion; y nueve de obispado. Su cuerpo, que habia sido sepultado junto con el de San Eugenio en el templo de Santa Leocadia, en tiempo de la invasion de los árabes,

fué llevado ocultamente á Zamora, donde se venera en el altar mayor de su catedral.

La Epistola es la de la página 83.

Carísimo: te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, &c.

El Evangelio es el de la página 84.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: vosotros, &c.

MEDITACION.

Sobre la necesidad de las buenas obras.

Considera que un cristiano sin buenas obras, es un árbol sin fruto, una tierra estéril, una lámpara sin aceite, un navio sin provision; su fé estéril y no produce ningun fruto; está muerta ó moribunda. El que nada hace, nada cree; el que cree y no obra, será mas castigado que aquel que no tiene fé. Cuanta mas luz tengas, tanto mas obligado estás á vivir bien; y cuanto mayor sea tu conocimiento, mas culpable eres si no lo aprovechas. Mucho se pedirá al que ha recibido mucho; se le ha de tomar cuenta así del mal que ha hecho como del bien que ha omitido. La esterilidad es una especie de iniquidad que no se disimulará en un cristiano. La higuera infertuosa fué arrojada al fuego; y se quitó el talento al siervo indolente que le habia escondido; al paso que se dió el cien doblado y la vida eterna con muchos grados de gloria al laborioso Hildesono, que supo multiplicar con buenas obras los talentos que se le dieron para que negociase.

Considera que la fé ó nos salva ó nos condena, ó nos hace pecora ó mejores: creer el bien y obrar el mal, es estar juzgado antes de comparecer al tribunal divino, y condenado antes de ser acusado. El que no hace lo que cree, pronto dejará de creer lo que no hace; la fé no sobrevive mucho tiempo á la caridad. Haz, pues, obras buenas y muchas; hazlas en gracia de Dios, con buena intencion, sin diferirlas; y que sean tantas como las que hayas hecho malas. Harás todo el bien que puedas creyendo que es nada lo bueno que ahora haces. Hazle mientras tienes tiempo, porque bien pronto no lo tendrás.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Así es, Señor, que he perdido el tiempo y el trabajo: mis dias han sido vacíos y mis manos se encuentran sin buenas obras; pero si tu mano liberal aun no se encoge para mí, si aun tu oído me escucha, con tu auxilio soberano espero reformarme enteramente: mi voluntad es esta, y la eficacia con que ponga los medios, debida únicamente á vuestra gracia, dará todo el logro á mi deseo.

JACULATORIA.

Esto es hecho, Dios mio, yo siento en mi una mudanza que es obra de vuestra diestra.

LECCION.

Continúa la anterior sobre los ángeles.

Hemos dicho que no todos los ángeles perseveraron ni fueron confirmados en gracia: hubo unos ángeles prevaricadores, á quienes llama la Escritura ángeles malos, diablos, potestades del infierno, demones, espíritus de malicia y de tinieblas: estos habian sido criados con los demas por Dios, en el mismo estado y con las mismas dotes y el propio fin que los buenos; mas prevaricaron y se atragaron su reprobacion. Así como nos hemos ocupado de explicar lo que la fé nos enseña con respecto á los ángeles buenos, vamos á examinar ahora lo que nos dice de los ángeles malos.

En la Escritura leemos que estos espíritus fueron numerados entre los ángeles de Dios, y de aqui inferimos que indudablemente fueron criados en estado de gracia. En qué manera pecaron no lo revelan las sagradas páginas; mas por ellas mismas se vé lo bastante que su culpa fué de soberbia. Estos hijos de luz, por el pecado se hicieron *gobernadores de las tinieblas de este mundo*, perdieron el carácter de santos, y con él los goces y privilegios del cielo. El Apóstol San Jadas Tadeo, nos dice de ellos, que no guardaron su principado, sino que desampararon su lugar, y en otra parte: *que caía á Satanás como un rayo que caía del cielo*. El primer suceso de la historia de Satanás, revelado en la Biblia, fué la seducción de nuestros primeros padres. Que la serpiente que tentó á Eva era el diablo, se convence por la total analogia del carácter de Satanás, en-

ganador y enemigo de los hombres, y por varios pasajes del Nuevo Testamento. Lo mismo se deduce de la declaración de Jesucristo cuando dijo que Satanás fué homicida desde el principio. En el Apocalipsis se describe el diablo como *aquella antigua serpiente... que engaña á todo el mundo*, aludiendo claramente á su aparición á Eva. Satanás fué el que se declaró haber incitado á David, en un momento de orgullo, al pecado de soberbia de hacer la enumeración de Israel, según se refiere en los Paralípmenos. Satanás fué el que dice Zacarías que estaba en pie á la derecha del Angel del Señor, para oponerse á Jesus, siervo fiel y sumo sacerdote del Señor. Satanás fué el agente poderoso que tentó y persiguió hasta la muerte á Jesucristo nuestro Salvador. Parece que para complemento del admirable plan de la redención del hombre, era conveniente que nuestro Redentor se sujetase, aunque impecable, á ser tentado como nosotros lo somos. Así se vé en San Mateo y San Marcos, que ántes de dar principio á su ministerio, fué llevado por el espíritu al desierto, donde habiendo ayunado por espacio de cuarenta dias, permitió que le tentase el diablo. Satanás fué por último, el que entró en Judas Iscariote despues de la cena y le puso en el corazón que entregase al Señor, como expresamente nos lo declara San Juan Evangelista.

La voz *Satanas* significa enemigo, y se aplica por excelencia al diablo, por ser el mas poderoso y malicioso de todos los enemigos: él lo es de Dios contra quien se rebeló; de Cristo á quien tentó y persiguió, por permission de Dios; y cuyo dominio espiritual siempre ha intentado contrariar ó interrumpir. Entre el Mesías de Dios y Belial, príncipe de las tinieblas, diametralmente opuestos uno á otro, como lo son en todos sus atributos y todos sus actos, no puede haber concordia, como dice San Pablo á los Corintios. Con mas especialidad es enemigo del hombre, cuya perdicion siempre está procurando: aun las enfermedades y la muerte misma son consecuencias del pecado á que fué inducido el hombre por Satanás. El afligió á Job en su cuerpo, familia y hacienda; y de aquella muger que por espacio de diez y ocho años, dice San Lucas, *estaba tan encorvada que no podia mirar hacia arriba*, declaró Jesucristo, que así la tuvo ligada Satanás. Los mancos, los cojos, los paralíticos, los ciegos y los lunáticos, que fueron objeto de los milagros del Salvador, todos se describen como personas *oprimidas del diablo*. Bajo este aspecto se ha dirigido la malicia de nuestro enemigo contra los

seguidores de Jesus: "*Simon, Simon*, dijo Cristo al Apóstol San Pedro, *míral que Satanás os ha pedido para sarandearos como trigo.*"

¿Para qué es relatar mas testimonios? Mientras nos hallamos en este estado de naturaleza degenerada y pecadora, estamos expuestos á la tentacion de este enemigo: propio es de él pervertir y extraviar nuestra razon, excitar en nosotros el orgullo de la falsa filosofia, gozándose en la ignorancia de los hombres para envolverlos en el error, engañarlos con la mentira, dando á la virtud el aspecto de la dificultad, y vistiendo al vicio con brillantes adornos, como que siempre se opone con todos sus principados y potestades á los progresos de la luz divina, y se trasfigura en ángel de luz para seducirnos.

El diablo que así engaña y esclaviza á los hombres, y que algunas veces hace caer aun á los mismos justos, se representa tambien en la Escritura como nuestro acusador delante de Dios. Así se nos describe en el Apocalipsis, donde dice: "Oí una gran voz en el cielo, que decia: ahora se ha cumplido la salud y la virtud; y el reino de nuestro Dios y el poder de su Cristo; porque es ya derribado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba delante de nuestro Dios dia y noche." Para completar lo que nos dice la revelacion con respecto á los ángeles malos, véamos el fin que se les espera: "*un fuego eterno*, dice el Señor por San Mateo, *está preparado para el diablo y para sus ángeles.*"

En vista de todo esto, ¿quién no se admirará al ver personas que niegan la existencia del enemigo de nuestras almas ó lo tienen como una alegoría? El Espíritu Santo no puede errar ni fingir, y los Apóstoles y el mismo Jesucristo hacen mención de él, no como de un ser imaginario, sino como de un poderoso enemigo; una de cuyas astucias es sin duda la de intentar persuadirnos que no existe, para que dejemos de estar alerta contra los lazos que nos arma; mas su existencia es indudable, y debe ser un motivo para que siempre estemos vigilantes contra él, como nos lo ordena Jesucristo.

DIA VEINTE Y CUATRO.

Nuestra Señora de la Paz, y San Timoteo.

La festividad de Nuestra Señora de la Paz, establecida en Toledo, se extendió á toda la España, de donde, como otras muchas, pa-

ganador y enemigo de los hombres, y por varios pasajes del Nuevo Testamento. Lo mismo se deduce de la declaración de Jesucristo cuando dijo que Satanás fué homicida desde el principio. En el Apocalipsis se describe el diablo como *aquella antigua serpiente... que engaña á todo el mundo*, aludiendo claramente á su aparición á Eva. Satanás fué el que se declaró haber incitado á David, en un momento de orgullo, al pecado de soberbia de hacer la enumeración de Israel, según se refiere en los Paralímpenos. Satanás fué el que dice Zacarías que estaba en pie á la derecha del Angel del Señor, para oponerse á Jesus, siervo fiel y sumo sacerdote del Señor. Satanás fué el agente poderoso que tentó y persiguió hasta la muerte á Jesucristo nuestro Salvador. Parece que para complemento del admirable plan de la redención del hombre, era conveniente que nuestro Redentor se sujetase, aunque impecable, á ser tentado como nosotros lo somos. Así se vé en San Mateo y San Marcos, que ántes de dar principio á su ministerio, fué llevado por el espíritu al desierto, donde habiendo ayunado por espacio de cuarenta dias, permitió que le tentase el diablo. Satanás fué por último, el que entró en Judas Iscariote despues de la cena y le puso en el corazón que entregase al Señor, como expresamente nos lo declara San Juan Evangelista.

La voz *Satanas* significa enemigo, y se aplica por excelencia al diablo, por ser el mas poderoso y malicioso de todos los enemigos: él lo es de Dios contra quien se rebeló; de Cristo á quien tentó y persiguió, por permission de Dios; y cuyo dominio espiritual siempre ha intentado contrariar ó interrumpir. Entre el Mesías de Dios y Belial, príncipe de las tinieblas, diametralmente opuestos uno á otro, como lo son en todos sus atributos y todos sus actos, no puede haber concordia, como dice San Pablo á los Corintios. Con mas especialidad es enemigo del hombre, cuya perdicion siempre está procurando: aun las enfermedades y la muerte misma son consecuencias del pecado á que fué inducido el hombre por Satanás. El afligió á Job en su cuerpo, familia y hacienda; y de aquella muger que por espacio de diez y ocho años, dice San Lucas, *estaba tan encorvada que no podia mirar hacia arriba*, declaró Jesucristo, que así la tuvo ligada Satanás. Los mancos, los cojos, los paralíticos, los ciegos y los lunáticos, que fueron objeto de los milagros del Salvador, todos se describen como personas *oprimidas del diablo*. Bajo este aspecto se ha dirigido la malicia de nuestro enemigo contra los

seguidores de Jesus: "*Simon, Simon*, dijo Cristo al Apóstol San Pedro, *mírad que Satanás os ha pedido para sarandearos como trigo.*"

¿Para qué es relatar mas testimonios? Mientras nos hallamos en este estado de naturaleza degenerada y pecadora, estamos expuestos á la tentacion de este enemigo: propio es de él pervertir y extraviar nuestra razon, excitar en nosotros el orgullo de la falsa filosofia, gozándose en la ignorancia de los hombres para envolverlos en el error, engañarlos con la mentira, dando á la virtud el aspecto de la dificultad, y vistiendo al vicio con brillantes adornos, como que siempre se opone con todos sus principados y potestades á los progresos de la luz divina, y se trasigura en ángel de luz para seducirnos.

El diablo que así engaña y esclaviza á los hombres, y que algunas veces hace caer aun á los mismos justos, se representa tambien en la Escritura como nuestro acusador delante de Dios. Así se nos describe en el Apocalipsis, donde dice: "*Oí una gran voz en el cielo, que decia: ahora se ha cumplido la salud y la virtud; y el reino de nuestro Dios y el poder de su Cristo; porque es ya derribado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba delante de nuestro Dios dia y noche.*" Para completar lo que nos dice la revelacion con respecto á los ángeles malos, véamos el fin que se les espera: "*un fuego eterno*, dice el Señor por San Mateo, *está preparado para el diablo y para sus ángeles.*"

En vista de todo esto, ¿quién no se admirará al ver personas que niegan la existencia del enemigo de nuestras almas ó lo tienen como una alegoría? El Espíritu Santo no puede errar ni fingir, y los Apóstoles y el mismo Jesucristo hacen mención de él, no como de un ser imaginario, sino como de un poderoso enemigo; una de cuyas astucias es sin duda la de intentar persuadirnos que no existe, para que dejemos de estar alerta contra los lazos que nos arma; mas su existencia es indudable, y debe ser un motivo para que siempre estemos vigilantes contra él, como nos lo ordena Jesucristo.

DIA VEINTE Y CUATRO.

Nuestra Señora de la Paz, y San Timoteo.

La festividad de Nuestra Señora de la Paz, establecida en Toledo, se extendió á toda la España, de donde, como otras muchas, pa-

só á nuestra América. Las pocas noticias que se tienen de su historia y otras razones nos han persuadido sería lo mas conveniente copiar lo que sobre esta materia dice un autor español bien acreditado, y es como sigue.

“En el día 24 de Enero se celebra en todo el arzobispado de Toledo la admirable descendencia de la Reina de los ángeles desde el trono de su gloria eterna á la santa iglesia catedral de Toledo, con el fin de manifestar su agradecimiento á su devotísimo siervo San Ildefonso por una dádiva de los tesoros del cielo, la cual se conserva hasta el día para eterna memoria de un favor tan singular.

“No satisfecha la Santísima Virgen con haber honrado al Santo por medio de la gloriosa Santa Leocadia, en los asombrosos términos que queda dicho en su vida, quiso por sí misma manifestarle su gratitud al apreciable obsequio que le hizo en la defensa de su perpetua virginidad, contra los blasfemos hereges impugnadores de tan singular prerogativa. Llegó la víspera de la festividad, que por decreto del Concilio X Toledano se mandó celebrar en España en el día 18 de Diciembre, pasó el santo prelado á la media noche acompañado de su familia y algunos de su clero y pueblo, á cantar los maitines de aquella solemnidad, y advirtiéndose al tiempo de entrar en la iglesia un inmenso resplandor, cuya excesiva luz no podían resistir los ojos corporales de la comitiva, huyaron asustados dejando solo al Santo. Entró Ildefonso lleno de confianza en el Señor al templo, y puesto de rodillas ante el altar donde acostumbraba orar, vió sentada en su cátedra á la Santísima Virgen entre una multitud innumerable de espíritus celestiales. Atónito con la novedad, y turbado con la reverencia que le causó la soberana presencia de la Reina de los ángeles, luchaba consigo mismo sin atreverse á mirar ni á explicarse. Pero viendo la Señora la congrua en que se hallaba su siervo, le alentó con su benignidad, diciéndole: “No temas, Ildefonso, porque aunque soy Madre de Dios, no me desdeno en descender de los cielos para honrarte, para consagrar tu iglesia y eternizar en todo el mundo tu memoria. Sabe que porque defendiste con tanto brío y celo mi virginidad pureza contra los blasfemos enemigos que procuraron negarme esta singular gracia, y por el amor y afecto que me profesas, quiero honrarte con este don del cielo y darte por mi mano esta vestidura gloriosa, de la que usarás en mis festividades.” Y poniéndole una casulla sobre los hombros,

desapareció al momento, quedando el templo lleno de inexplicable fragancia. Entraron los clérigos despues de algun tiempo á la iglesia, deseosos de saber lo acaecido, y hallaron al Santo anegado en lágrimas de gozo, tan distraido con la dulzura que le ocasionó el prodigio, que no acertaba á explicarles el suceso; y refiriéndoles despues de reparado, lo ocurrido de aquella extraordinaria fineza, pasmados y asombrados todos, le veneraron en lo sucesivo como á privado de la Reina de los ángeles.”

Por haber sido tan particular el beneficio dicho, dispuso la santa iglesia de Toledo celebrar su memoria anualmente en el día siguiente á la festividad de San Ildefonso, en reconocimiento de un favor tan singular concedido á su prelado; persuadida á su mayor abundamiento, que despues que la Santísima Virgen consagró aquel templo con su real presencia, quedó por casa suya, para que en ella la invocasen los fieles con particular afecto, recompensando con innumerables beneficios de protección que tiene acreditados la experiencia.

La referida casulla se conservó en la santa iglesia de Toledo con el aprecio y veneracion correspondiente hasta la irrupcion de los árabes, en la que temerosos los fieles de que cayese en sus manos tesoro tan precioso, la retiraron á la ciudad de Oviedo, donde permaneció en la cámara santa inclusa en una arca con grande custodia y resguardo, sin atreverse á abrirla los prelados de aquella iglesia, por los castigos que el Señor ha hecho cuando lo han ejecutado no siendo justísimo el motivo, manifestando por ellos la profunda veneracion que se debe á los dones del cielo.

Tambien se llama esta festividad de nuestra Señora de la Paz, por lo siguiente: Cuando el rey D. Alfonso el VI conquistó de los moros la ciudad de Toledo, una de las condiciones estipuladas fué, el que quedase por meziputa el templo principal de aquella capital. Ausentóse Alfonso á Castilla la Vieja, dejando á su muger Doña Constanza por gobernadora de Toledo con el arzobispo D. Rodrigo nuevamente electo; y pareciendo á estos que era cosa indigna de la piedad cristiana que siendo los católicos los dueños de la ciudad, no lo fueran de la iglesia metropolitana consagrada con la real presencia de la Virgen Santísima, centro y asilo de los fieles, mirando con horror por lo mismo el que sirviese para los cultos del falso profeta Mahoma, trataron de apoderarse de ella con gente armada, sin reparar en el contrato celebrado por el rey, ni temer el

peligro á que se exponían en un pueblo donde era mayor el número de agarenos, los cuales, advirtiéndolo lo hecho, tomaron las armas para vengar la injuria, juzgádole haber quebrantado Alfonso el pacto juramentado; y solo se aquietaron por haber sabido que se ejecutó sin saberlo el rey, á quien despacharon embajadores inmediatamente querellándose del atentado. Sintió Alfonso en el alma semejante procedimiento como tan amante de la fidelidad en sus contratos. Volvió á Toledo precipitadamente con firme resolución de hacer en la reina y arzobispo un escarmiento, por la violencia que hicieron á su real palabra. Súpose en la ciudad el enojo que concibió el rey: para moverle á compasión, salieron los cristianos vestidos de luto en procesion de penitencia; pero como era un príncipe de tanto honor y fuerte empeño, no fué capaz semejante invencion piadosa para ablandar su magnánimo pecho; como ni los ruegos de su hija única, que vestida de cilicios le suplicó llena de lágrimas se dignase perdonarles, atendiendo al motivo que les animó para una accion que solo tuvo por objeto el que se le tributaran al Señor los cultos correspondientes en aquel templo. Pero en fin, oidos sus ruegos en el cielo, se logró el intento por una de sus extraordinarias disposiciones; y fué, que considerando los ámbes el peligro á que se exponían si el rey llegaba á ejecutar la resolcion premeditada, posttrados á sus pies le suplicaron encarecidamente perdonase á los cristianos, manifestándole que convenían desde luego gustosos en la dimision del templo. Conociendo Alfonso en esto que obraba la Divina Providencia, para que sin embargo de su palabra real lograsen los cristianos el fin que deseaban, no otro que el que se adora á Dios en la principal iglesia, lleno de regocijo entró en la ciudad y perdonó con magnificencia á la reina, arzobispo y católicos que contribuyeron á la empresa; y verificada la paz no esperada por el insinuado medio, se llamó la fiesta que celebraron en este dia en accion de gracias de Nuestra Señora de la Paz, con cuyo título continúa su memoria.

San Timoteo.

Este ilustre Santo, que mereció ser llamado del Apóstol de las gentes *discipulo carísimo, hijo amado, y hermano* en Jesucristo, nació en Listria de Licaonia, de padre gentil, y madre judía de nacion; pero cristiana en creencia, lo mismo que su abuela Lois, las que

lo criaron en la piedad y lo aplicaron á las letras sagradas. San Pablo al recibirlo por compañero, le ordenó se circuncidase, no por ser ya necesaria esta ceremonia, sino por juzgarlo útil en aquellas circunstancias para atraerse la estimacion de los hebreos. En diversas de sus epístolas manifiesta el aprecio que hacia de su persona, muy bien merecido por las muchas conversiones á que cooperó en la Grecia, y fidelidad con que lo acompañó en sus viages á Jerusalem y á otras provincias de Asia y Euroja.

San Pablo, de vuelta á Roma, lo mandó á visitar varias iglesias, lo que hizo fructuosamente. En Filipos fué preso por la fé; mas apenas se vió libre, volvió á trabajar con igual celo y fervor. Despues lo consagró obispo de Efeso, á donde le dirigió una epístola en que le enseña las obligaciones de pastor, de doctor de la Iglesia, y del cristiano en general, en todas las condiciones y estados: le aconseja modere sus penitencias y cuide de su salud. Visitólo posteriormente en su vuelta del Oriente, y de Roma volvió á dirigirle segunda epístola, cuya meditacion es utilísima en nuestros dias, por la vigilancia y precaucion que le recomienda contra los esparcidos de falsas doctrinas.

El Apóstol San Juan, amó tambien á nuestro Santo, cuando se retiró á Efeso; y se tiene por cierto que el Angel de la iglesia de Efeso á quien tanto elegia en el Apocalipsis exhortándolo á renovar la gracia que recibió en su consagracion, es San Timoteo.

Poco despues del destierro del Santo evangelista, los gentiles, en una de sus fiestas, prendieron á San Timoteo, lo arrastraron y golpearon con piedras y masas. Sus discípulos, que lo hallaron espirando, lo llevaron á un monte cercano, donde murió el año 97 de la era cristiana.

La Epístola es del capítulo VI de la primera del Apóstol San Pablo á Timoteo.

Cartisimo: Sigue en todo la justicia, la piedad, la fé, la caridad, la paciencia, la mansedumbre. Pelea valerosamente por la fé, asegúra la vida eterna, para la cual fuiste llamado y de la que tienes hecha una buena confesion delante de muchos testigos. Yo te ordeno en presencia de Dios que vivifiques todas las cosas, y de Jesucristo, que ante Poncio Pilato dió testimonio confesando generosamente la verdad, que guardes lo mandado sin mácula, sin ofension, hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, que hará manifiesta á su tien-

po el bienaventurado y solo poderoso, el Rey de los reyes y Señor de los señores; el solo que es inmortal por esencia, y que habita en una luz inaccesible; á quien ninguno de los hombres la visto ni tampoco puede ver: cuyo es el honor y el imperio sempiterno. Amen.

El Evangelio es del capítulo XIV de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno de los que me siguen no aborrece á su padre y madre, á su muger y á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, y aun su vida misma, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga con su cruz y me sigue, tampoco puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros queriendo edificar una torre no hace primero despacio sus cuentas, para ver si tiene el caudal necesario con que acabarla? No le suceda que despues de haber echado los cimientos y no pudiendo concluirla, todos los que le vean comiencen á burlarse de él, diciendo: Ved ahí un hombre que comenzó á edificar y no ha podido acabar. O ¿cuál es el rey que habiendo de hacer la guerra á otro rey, no medita ántes consigo si podrá con diez mil hombres hacer frente al que con veinte mil viene contra él? Que si no puede, despachando una embajada, cuando está el otro todavía lejos, le ruega con la paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncie todo lo que posea, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

Sobre la paz interior del alma.

Considera que una de las mayores prerogativas que el Señor concedió á su Santísima Madre, fué hacerla medianera de la paz para con Jesucristo, en bien de los hombres; pero para conocer cuanto en esto mismo nos favoreció, es necesario formar concepto, de cuán precioso es este don de la paz interior que por Maria se nos concede: este es aquel sosiego y tranquilidad en que el corazón se conserva, sin que ni la prosperidad lo altere, ni la adversidad lo perturbe; es un dulce reposo totalmente desconocido de los mundanos, y que la satisfaccion de todas las pasiones, no es capaz de causar. Es la que pone en nuestro corazón á Dios, que es un bien infinito, solo capaz de llenar su capacidad y en el cual descansando el alma, goza suavemente del inestimable bien de la paz.

Considera, que este gran legado nos dejó Jesucristo en manos de su Madre, al subir al cielo: "mi paz, dijo, os doy; mi paz os deixo: y siendo así, que todas las gracias nos vienen por Maria, á ella debemos pedir nos lo conceda; y que para obtenerlo, podamos contemplar lo que pasa en el corazón de los santos, y en el de los mundanos. Estos, despues de recorrer la cadena de sus deleites, no encuentran otro fruto, que la inquietud, amargura, fatiga y tristeza inexplicables; miéntras aquellos, á pesar del ayuno, del cilicio, y de la continua mortificación, es tanta la paz y alegría que intunda su interior, que no sabiendo en él, se deja ver en sus semblantes y en su trato. ¡O paz divina, ó paz verdadera, mas dulce y apreciable que cuantos plácemes hay en la tierra.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Yo, Madre clementísima, Madre de la Paz, me siento animado del deseo de que esta santa paz reine en mi corazón: haz que mi espíritu no se divague ni se agite en cosas inútiles y perniciosas, que me privan de este precioso beneficio, hazmelo ya ¡Señora! inclinándome á la soledad y retiro, y fomentando en mí el amor á la oracion.

JACULATORIA.

Dadme, Señora, la paz, que el mundo no puede dar.

LECCION.

Sobre la creacion del hombre.

La última obra de Dios en la creacion del mundo fué el hombre, y la mas perfecta en la tierra como hecha á imagen de Dios: criatura racional que obra con conocimiento y eleccion, que conoce la razon porque obra. Su ser consiste en un cuerpo y una alma. El cuerpo aunque material, excede en hermosura y perfeccion á todos los objetos materiales, y nada hay mas acabado en la naturaleza que lo que llamamos la figura humana. Su alma, un destello de la Divinidad, es lo que piensa en el hombre, lo que da, lo que ama, desea, teme, espera, se alegra, se entristece y ejecuta todas las acciones propias de un espíritu capaz de conocer y amar al mismo Dios, el cual le hizo superior á todas las demas, á excepcion de los ángeles.

El sexto día de la creación, dijo Dios: *Hogamos al hombre á nuestra imagen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra.... Formó, pues, el Señor, al hombre del barro de la tierra, inspiró en su rostro soplo de vida, y fué hecho el hombre en ánima viviente.* Este soplo de vida es el alma espiritual é inmortal. Sin detenernos en esta verdad que nos manifiesta la razón, y nos comprueba la Escritura Santa de una manera tan inequívoca, que la economía toda de la religión no podría subsistir sin este principio fundamental, animadamente indicaremos el argumento más común en la materia. Todo aquello que piensa y hace reflexión sobre sus pensamientos, es espiritual; porque la materia es incapaz de pensar ni raciocinar; por más combinaciones que en ella se imaginen, nunca se concibe otra cosa que la extensión, la figura y el movimiento local. Es imposible que el pensamiento sea cuerpo, ni que el cuerpo sea pensamiento; y como no podemos dudar que pensamos, que conocemos, que queremos, y que reflexionamos, pues la misma dada de si pensásemos, ya es un pensamiento, es evidente que hay en nosotros un principio espiritual que nos hace pensar, y este principio es lo que llamamos alma racional. Por otra parte, si el alma es espiritual no puede ménos que ser inmortal; porque todo lo mortal es corruptible, y solo es corruptible lo que consta de partes separables una de otra, y lo que es espiritual no tiene partes separables una de otra; por consiguiente, no puede ser corruptible ni mortal.

Después de haber criado Dios al hombre, formó á la mujer. La formación del alma de uno y otro fué la misma; pero para el cuerpo de la mujer no tomó Dios tierra, sino que mientras aquel dormía, *tomó una de sus costillas, é hizo carne en su lugar, y trasformó la costilla en mujer, y llamó á Adán, con lo que se nos da á entender el gran vínculo que debía formar el matrimonio.* El sueño que envió Dios al hombre, representó un gran misterio: á saber, que así como no fué unida la mujer al hombre, sino después de haber sido formada de su costilla, así también la Iglesia no estuvo unida á Jesucristo por el vínculo sagrado que forma entre los dos una unión indisoluble, hasta después de haber sido formada del agua y de la sangre que manaron del costado de Cristo después de su muerte: á cuyo misterio, haciendo alusión San Pablo, dice á los Efesios,

que nosotros somos los miembros de Jesucristo, la carne de su carne y los huesos de sus huesos.

Creó Dios á Adán y Eva en un estado de inocencia, que contenía en sí inestimables ventajas para hacerlos bienaventurados como los ángeles, comunicándose á ellos sin reserva por toda la eternidad, con la posesión de Dios que es lo único que puede hacer felices á los ángeles y á los hombres; porque nadie puede ser perfectamente bienaventurado, sino poseyendo todo lo que se puede desear; de manera que nada tenga ya que apetecer ni que temer, pues solo Dios es igual bien supremo que sacia completamente todos nuestros deseos, el cual solo es capaz de aniquilar todos nuestros temores; y en medio de las satisfacciones más halagüeñas y de los goces más inefables que puede inventar nuestra ingeniosa imaginación en lo humano, la incertidumbre de su corta duración y la seguridad de su falta de permanencia, hacen desvanecer como el humo, los aliecientes de una felicidad imaginaria, de un placer fingido en el hecho de no ser duradero. Nuestros primeros padres, estaban formados para gozar de este supremo bien por toda la eternidad. Fueron criados para disfrutar de la gloria eterna, con solo la condición de vivir en la obediencia y dependencia de Dios, de unirse á él con todo su corazón, de rendirle homenaje como á su soberano; debían amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismo, y abstenerse también de comer el fruto de un árbol particular. El mismo Dios había impuesto en lo íntimo de su corazón estas indispensables obligaciones, y expresamente había prevenido á Adán: *De todo árbol del Paraíso comerás: Mas del árbol de ciencia del bien y del mal no comas; porque en cualquier día que comierdes de él, morirás.* Con la mayor facilidad podían haber cumplido estos preceptos: porque el tiempo de criarlos Dios les había proporcionado todas las prerrogativas corporales y espirituales que podían contribuir á facilitar su cumplimiento.

Entre los dotes corporales que disfrutaban los hombres en el estado de la inocencia, solo harémos mención, como los principales, del de gozar de una salud perfecta sin estar sujetos á las enfermedades; el de poderse preservar de la vejez y de la muerte, y el de habitar el Paraíso. En vano nos detendríamos, si tratáramos de manifestar los testimonios en que se fundan estas aserciones, y solo recordáremos aquellas expresiones de San Pablo á los romanos: *Así como por un hombre entró el pecado en este mundo, y por el pe-*

cado la muerte, así también pasó la muerte á todos los hombres por aquel en quienes todos pecaron. El fruto del árbol de la vida, según San Agustín, hubiera preservado á los que lo hubiesen gustado, de la muerte. Dios hubiera hecho al hombre bienaventurado si hubiera obedecido su precepto; pues se lo puso para probar su obediencia; sobre lo que astutamente engañó el demonio á Eva, haciéndola perder las prerogativas corporales del estado de la inocencia, y al mismo tiempo las espirituales que gozaban ella y Adán.

Mas ¡ó inescrutables juicios de Dios! Los hombres no conservaron largo tiempo estas tan grandes y tan apreciables prerogativas, y perdieron el estado precioso de su primitiva inocencia por su desobediencia, arrastrando tras sí á toda su generacion, degradando con la culpa aquella naturaleza que fué criada por Dios con tanta perfeccion y brillantez; pero este dogma comunmente conocido con el nombre de pecado original, será objeto de la leccion siguiente: pues no debemos mezclar el sentimiento de la caída de nuestros primeros padres con los himnos gloriosos que debemos cantar al Altísimo Criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles, que nos sacó de la nada y nos ha dado el ser, concediéndonos la gracia de la revolucion, por la que hoy lo adoramos como Hacedor del universo.

DIA VEINTE Y CINCO.

La conversion de San Pablo.

La conversion de San Pablo es un suceso tan notable en la historia del cristianismo, y de tanta trascendencia para su propagacion, que justamente la Iglesia ha establecido una fiesta particular para recordarla. Saulo, judío de nacimiento, pertenecía á la secta de los fariseos, la mas orgullosa y opuesta á Jesucristo; era hombre instruído en todo lo perteneciente á la religion, ceremonias y costumbres de su nacion, muy adherido á la ley y tradiciones judaicas, y eclesisimo de la integridad de los dogmas y fiteros de la sinagoga. Así es que desde el nacimiento de la Iglesia se declaró su mortal enemigo y perseguidor, no solo de palabra sino tambien de obra, principiando por la muerte del Santo diácono y primer mártir de la fé



La conversion de S. Pablo



S. Policarpo Obispo



S. Paula Virgen



S. Juan Crisostomo.

San Estevan, á la que asistió, encargándose del cuidado de las capas de los que lo apedreaban.

No contento el eficaz y celoso jóven con esta demostracion de su ardor por la destruccion del cristianismo, que tanto aborrecia, se puso á la cabeza de los perseguidores, y con poder especial que consiguió de los pontífices, entraba á las casas, sacaba por fuerza de ellas á los hombres y á las mugeres cargados de cadenas, los presentaba al Sanhedrin, y daba su voto con placer para que fuesen ajusticiados. En las sinagogas hacia atormentar á los nuevos creyentes para que blasfemasen de Jesucristo, y declaró á todos los que abrazaban su fé tan decidida guerra, que su nombre se extendió por toda la Judea y aun fuera de ella, causando terror á cuantos se alistaban en las banderas de la cruz. Ultimamente, no contento con la persecucion que habia capitaneado en Jerusalem, Galilea y toda la Palestina, ni con la sangre vertida por su causa, resolvió pasar á Damasco con el mismo objeto, llevando cartas para obrar libremente en las sinagogas de esa ciudad contra los cristianos.

Estaba ya cerca de la ciudad á donde caminaba con otros compañeros, cuando al medio dia vió repentinamente bajar del cielo una luz mas brillante que el sol, y rodeó á cuantos lo acompañaban. Todos vieron la luz prodigiosa, y todos cayeron en tierra confundidos y sobresaltados de terror. Entonces se oyó una voz que le dijo en hebreo: *Saul, Saul, ¿por qué me persigues?* A lo que contestó, *¿Quién sois vos, Señor?* *Yo soy, se le dijo, Jesus Nazareno á quien tú persigues: dura cosa es para tí cocer contra el agrujón.* Entonces Saul asustado y temblando le respondió, *Señor, ¿qué queréis que haga?* Jesus volvió á decirle: *Levántate y entra en la ciudad de Damasco, y allí se te dirá todo lo que debes hacer.* Agregóse á estas palabras una revelacion de lo que el Salvador pretendia de su persona, del oficio á que lo destinaba, y de la proteccion que recibiria contra las persecuciones de los judios y de los gentiles, especialmente de estos últimos, á quienes con particularidad era enviado para que abriese sus ojos á la claridad del Evangelio.

Los compañeros de Saul lo oian aunque confundidamente; pero no veian con quien hablaba y permanecian absortos, y acablada la vision, tuvieron que levantarlo porque nada veía, y llevándolo de la mano, lo condujeron á Damasco, y lo hospedaron en casa de un cierto Judas, en la que permaneció tres dias ciego, sin comer ni beber, llorando los excesos de su falso celo y pidiendo perdon á Dios. En-

tratando se apareció el Señor á Ananías, varon piadoso é irrepreensible, y muy estimado de los judíos, mandándole fuese á la calle Recta á casa de Judas, y buscase á Saulo que hacia allí oración. Ananías sin advertir quien le hablaba, estremecido á este nombre, pretendia excusarse, mas el Señor le dijo: *Ve, nada temas, porque este es ya un vaso escogido por mí para que anuncie mi nombre á las naciones, y á los reyes, y á los hijos de Israel. Yo le haré ver cuanto habrá de padecer por mí.* Obedeció entonces Ananías, encontró á Saulo en el lugar que se le habia indicado, é imponiéndole las manos, le dijo: *Hermano Saulo, el Señor Jesus que te apareció en el camino, me ha enviado á tí para que recobres la vista, y quedas lleno del Espíritu Santo;* y al instante cayeron de sus ojos unas como escamas y recobró la vista. Entonces Ananías le declaró todo lo que Dios le habia revelado sobre su vocación, y le administró el bautismo, siendo de edad como de treinta y seis años.

Así ganó la Iglesia nascente este nuevo Apóstol, justamente contado en el número de los que promulgaron la fé por todo el orbe; piedras fundamentales de una religion, que no puede tener por autor sino al único y verdadero Dios.

La Epístola es del capítulo IX de los hechos de los Apóstoles.

En aquellos días, Saulo, que todavia no respiraba sino amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes, y le pidió cartas para Damasco, dirigidas á las sinagogas, para traer presos á Jerusalem cuantos hombres y mugeres hallase profesores de la vida cristiana. Caminando, pues, á Damasco, ya se acercaba á esta ciudad, cuando derrepente le cercó de resplandor una luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él respondió: ¿Quién eres tú, Señor? Y el Señor le dijo: yo soy Jesus, á quien tú persigues. Dura cosa es para tí dar caces contra el aguijón. El entonces temblando y desamparado, dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Y el Señor le respondió: Levántate, y entra en la ciudad, donde se te dirá lo que debes hacer. Los que venian acompañándole estaban asombrados oyendo su voz; pero sin ver á nadie. Levantóse Saulo de la tierra, y aunque tenia abiertos los ojos, nada veia; por lo cual, llevándole de la mano, le metieron en Damasco. Aquí se

mantuvo tres días privado de la vista, y sin comer ni beber. Estaba á la sazón en aquella ciudad un discípulo llamado Ananías, al cual dijo el Señor en una vision: ¿Ananías? Y él respondió: aquí me tenéis, Señor. Levántate, le dijo el Señor, y ve á la calle llamada Recta, y busca en casa de Judas á un hombre de Tarso, llamado Saulo, que ahora está en oración. (Y en este mismo tiempo veia Saulo en una vision á un hombre llamado Ananías que entraba y le imponia las manos para que recobrase la vista). Respondió empero Ananías: Señor, he oído decir á muchos que este hombre ha hecho grandes daños á tus santos en Jerusalem. Y aun aquí está con poderes de los príncipes de los sacerdotes, para prender á todos los que invocan tu nombre. Ve á encontrarle, le dijo el Señor, que ese mismo es ya un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre y anunciarle delante de todas las naciones, y de los reyes, y de los hijos de Israel. Y yo le haré ver cuantos trabajos tendrá que padecer por mi nombre. Marchó, pues, Ananías, y entró en la casa, é imponiéndole las manos, le dijo: Saulo, hermano mio, el Señor Jesus que te apareció en el camino que traías, me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo. Al momento cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista, y levantándose, fué bautizado. Y habiendo tomado despues alimento, recobró sus fuerzas, y estuvo algunos días con los discípulos que habitaban en Damasco. Y desde luego empezó á predicar en las sinagogas que Jesus era el Hijo de Dios. Todos los que le oian estaban pasmados y decian: ¿Pues no es este aquel mismo que con tanto furor perseguia en Jerusalem á los que invocaban este nombre, y que vino acá de propósito para conducirlos presos á los príncipes de los sacerdotes? Saulo empero cobraba cada dia nuevo vigor y esfuerzo; y confundia á los judíos que habitaban en Damasco, demostrando que Jesus era el Cristo.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: Bien ves que nosotros hemos abandonado todas las cosas, y te hemos seguido; ¿cuál será, pues, nuestra recompensa? Mas Jesus le respondió: En verdad os digo que vosotros que me habeis seguido, en el día de la resurrección, cuando el Hijo del hombre se sentará en el sélio de su magestad, vosotros tambien os sentareis sobre doce sillas, y juzgareis á las

doce tribus de Israel. Y todo aquel que haya dejado su casa, ó sus hermanos ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su muger ó hijos, ó heredades por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

Sobre la misericordia de Dios.

Considera cuán cierto es que Dios es rico en misericordia; pues estando Pablo muerto por la enemistad que le tenia, se dignó resucitarle á la gracia. Mira como está repitiendo continuamente esto mismo llamándote con la misma dulcísima queja, ¿por qué me persigues? ¿Conoces como se debe, el beneficio que Dios te hace en esto? Si lo concierdas, anduvieras como estático de estupor, pasmado, alsorto y enagenado, mucho mas de lo que debía estar Lázaro despues de restituído á la vida. ¿Tiene Dios por ventura alguna necesidad de tí? ¿No es tan grande, glorioso y dichoso sin tí como contigo? Sin embargo, no quiere dejarte en aquel estado de muerte que mereces por una eternidad, atendiendo á tu ingratitud, y á que esta muerte tú mismo te la has buscado; sino que te llama para que vivas con doblada vida.

Considera que no puede darse otra razon de esta gran caridad que Dios usa contigo, sino que es rico en misericordia: su misericordia es obrar segun sus riquezas; repartir dádivas proporcionadas, no á quien las recibe, sino á quien las dá; porque nos ama por misericordia, no por justicia. Aquel ama por justicia, que encuentra en el amado el mérito por el cual le ama. Aquel ama por misericordia que no haya en el mérito, sino que se lo da; y de esta manera puntualmente se porta Dios contigo. Por esto el Apóstol trae á la misericordia, por raíz de aquel amor que le determina á justificarnos. Bendita sea tal misericordia y tal riqueza que vuelve al hombre de muerte á vida.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Quién, Dios mio, á vista de tan crecida misericordia podrá resistir? Con mucha razon clama el mismo Pablo: "Si alguno es tan insensible que no ame á nuestro Señor Jesucristo, sea anatematizado." ¿Puede haber mayor ingratitud, mayor malicia, mayor impiedad, que no amarte? Concédeme, Padre santo, que correspondá á

la inmensidad de riquezas que en mí ha empleado tu magnífica misericordia. Yo prometo aprovecharlas desde hoy; dame tu gracia para que así lo cumpla.

JACULATORIA.

Señor, ¿qué quereis que haga? Preparado está mi corazón.

LECCION.

Sobre el dogma del pecado original.

Habiendo faltado á la obediencia del precepto de Dios nuestros primeros padres, se hicieron enemigos del mismo Dios, reos de muerte, y perdieron las gracias de que disfrutaban en el estado de inocencia, atrayendo sobre todo el linage humano la funesta herencia del pecado que por eso se llama original: en consecuencia, todos los hombres al ser concebidos, nos encontramos con una naturaleza degenerada y corrompida, que solo ha podido ser reparada á virtud de los méritos de un Redentor divino, por cuya gracia hemos vuelto á adquirir los derechos perdidos, volviendo á ser hijos suyos y capaces de la felicidad eterna. Pero como hallamos heredado la culpa de nuestros primeros padres que se ha comunicado á toda su descendencia, ó como todos los hombres pecaron en Adán, es uno de los dogmas del cristianismo á que debemos nuestra humilde creencia; pues como dice San Pablo, ahora vemos las verdades de la fé como un enigma, porque es esencial en los misterios no verse con evidencia y estar envueltos en sagradas sombras, debiendo para abrazarlos hacer el sacrificio de nuestro entendimiento, y verificar el obsequio misterioso de nuestra fé á la divinidad que se ha dignado hacernos participantes de su revelacion; sin que por esto dejemos de valernos de la luz natural, que nos presenta conjeturas muy fuertes en nuestra misma flaqueza y corrupcion, para comprender de algun modo este misterio.

Tres estados distinguen los teólogos en la naturaleza del hombre: el de naturaleza pura, el de naturaleza en su integridad y el de la naturaleza corrompida. Considerando al hombre en el primer estado, no puede tener derecho alguno á aquello que sea superior á su naturaleza, ni tiene ningun titulo para exigir que Dios le conceda algun don sobrenatural, ni mucho menos la bienaventuranza eterna; pues lo único que se debe á la pura naturaleza del hombre, es

el conocimiento de Dios según lo alcanza la razón natural. En el estado de la naturaleza en su integridad, en el cual fué criado Adán, no fué absoluta la promesa que le hizo Dios de la bienaventuranza, sino bajo la condición de su obediencia y de sus méritos; y faltando estos, Dios no haría injuria al primer hombre arrojándole al infierno, como lo hizo con los ángeles que pecaron. Por el delito de Adán quedaron él y sus descendientes en el estado de la naturaleza corrompida en que nacemos, y en este se cerraron las puertas del cielo para todo el género humano, hasta que Jesucristo las abrió con su pasión y muerte, y así solo sus hijos tienen derecho á él.

Cuando Adán pecó, á mas de perder la gracia y el derecho á la bienaventuranza, perdió también muchas prerogativas que le había concedido el Señor, como era la inmortalidad, el dominio sobre las demás criaturas, quedando sujeto á la muerte y á todas las miserias y penalidades que rodean nuestra vida. Entónces aun no tenía hijos, pues el primogénito que fué Cain, nació cuando sus padres estaban ya fuera del paraíso y con la maldición de Dios: por consiguiente los hijos de Adán no tenían ya mas herencia que su expulsión y sus trabajos. Esto es en cuanto á la bienaventuranza y los demás bienes sobrenaturales; mas en cuanto á la muerte, las dolencias y trabajos de la vida, todos ellos son efectos de la constitución natural del cuerpo humano; y solo son castigo del pecado en cuanto á que si Adán no pecase, le haría Dios inmortal, y entónces nacerían sus hijos de unos padres que tendrían la naturaleza humana enriquecida con el dote de la inmortalidad. Si en este caso hubiera Dios enviado la muerte ó las demás penalidades á los hombres, acaso entónces podrían quejarse de Dios; mas cuando nacieron recibieron ya de su progenitor una naturaleza sujeta á la muerte, y una constitución expuesta á las enfermedades y al cansancio. En Adán fué un verdadero castigo el comer el pan con el sudor de su rostro, porque no estaba precisado á ello ántes del delito, ni lo hubiera estado después si no lo hubiese cometido; pero en sus hijos semejante necesidad es una consecuencia de la naturaleza que heredamos, viciada ya y corrompida. De la misma manera si nuestros padres perdieron por el pecado el dominio que tenían sobre sus pasiones, estas se habian revelado ya cuando sus hijos nacieron, y este desórden se vió muy pronto en Cain.

Por otra parte, observamos que todas las criaturas son perfectísi-

mas en su género, es decir, se hallan perfectamente dispuestas para los fines á que están destinadas; pero todo lo contrario observamos en el hombre á pesar de ser la criatura mas noble que Dios ha hecho: esta suprema obra de Dios se halla al presente con mayores defectos que las otras, y es la que mas se aparta del fin para que fué criada; porque dotado el hombre de un entendimiento que lo dirija á la verdad, se halla lleno de errores; inclinado á amar la verdad, casi siempre va por el camino de la mentira; ignora las cosas mas palpables, y la naturaleza está para él llena de misterios: poseyendo una voluntad para amar el bien, busca el mal muchas veces. Toda criatura ama á su semejante, y muy rara vez destruye una fiera á la de su especie; mas los hombres se matan unos á otros, ningun animal tiene tantas enfermedades como el hombre, ninguno tantos enemigos: el hombre en suma es un compendio de perfecciones y defectos.

Cuando vemos, pues, que una bella producción del arte, obra del artífice mas afamado y en que sabemos no ha omitido empeño ni gusto alguno, está llena de extraordinarios defectos, no dudamos un momento que se ha descompuesto, y que no ha llegado á nosotros como salió de las manos del artesano que la construyó. Luego no habiendo en el universo obra mas primorosa por una parte, ni mas llena de defectos por otra, que el hombre, debemos inferir que no salió así de las manos de su artífice: luego esta obra cayó y ha padecido gran trastorno. La caída fué el pecado original causa de todos nuestros males. Además, tenemos un principio que nos inclina á lo verdadero y á lo bueno, y tenemos también pasiones que nos arrastran á lo malo: la primera inclinación es indudable que viene de Dios; (pues de dónde procede el principio que nos trae á lo malo) no puede ser de Dios, porque no puede á la vez persuadir á la virtud y argüir en favor del vicio; luego la inclinación hácia el desórden proviene de la caída del hombre y de la rebeldía de las pasiones.

Pero veamos ya confirmadas estas sólidas conjeturas de nuestra razón con los fundamentos indudables que nos presenta la revelación divina, con respecto á este dogma del pecado original. Las Escrituras Santas nos enseñan que la caída de nuestro primer padre del estado de justicia original al de pecado, fué la causa de una degeneración moral y de un crimen punible en toda la familia de sus descendientes. El Apóstol San Pablo hablando á los romanos y á

los corintios, establece expresamente la doctrina de que *por un hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte, y que así también pasó la muerte á todos los hombres por aquel en quien todos pecaron: que por el pecado de uno murieron muchos: que el juicio fué de un pecado para condenación: que por el pecado de uno reíno la muerte por un solo hombre: que por la desobediencia de un sólo hombre, muchos fueron hechos pecadores; y finalmente que en Adán todos murieron.*

Todo el sistema del cristianismo se funda en una verdad á que en vano quiere resistir la filosofía humana, es decir, que el hombre se halla en un estado de naturaleza caída y viciada, y que solo puede salvarse de las consecuencias del pecado por la divina misericordia, y de su poder por la divina gracia. La lucha con nuestra humana naturaleza que nos aqueja aun despues de que conocemos la verdad, se describe por el Apóstol con rasgos de una dolorosa experiencia, donde dice: *queriendo yo hacer el bien, hallo la ley de que el mal reside en mí, porque yo me detesto en la ley de Dios segun el hombre interior; mas veo otra ley en mis miembros que contradice á la ley de mi voluntad, y me lleva esclavo á la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me libará del cuerpo de esta muerte!*

La doctrina de la Escritura Santa acerca de la maldad del género humano, se halla confirmada por la historia que nos refiere del mismo. En el Génesis leemos que ántes del diluvio vió Dios á los descendientes de Adán, y miró que *era mucha la maldicia de los hombres sobre la tierra, y que todos los pensamientos del corazón eran inclinados al mal en todo tiempo.* A excepcion de una sola familia, quedó destruido el linage humano por las aguas del diluvio, y la tierra se pobló de los descendientes de Noé; mas la propension de los hombres quedó sin variarse. Los descendientes de aquel Patriarca se hundieron en una casi universal idolatría. Escogió Dios un pueblo particular á quien se dignó revelar su voluntad; mas aun en este pueblo favorecido, se advierte una invariable propension á revelarse y á pecar, *¡ay de la nación pecadora!* exclamaba *Isaías, del pueblo cargado de iniquidad, raza maligna, hijos malvados!* Si la razon, pues, y la fe nos testifican del dogma del pecado original, demos gracias á Dios que por los méritos de Jesucristo aplicados en el bautismo, nos ha lavado de esta mancha, regenerando nuestra naturaleza viciada.

DIA VEINTE Y SEIS.

San Policarpo obispo y mártir, y Santa Paula viuda.

SAN POLICARPO.

SAN Policarpo, nacido por el año setenta de Jesucristo, en el imperio de Vespasiano, puede muy bien apellidarse Apóstol, así por ser su inmediato sucesor, como por haber sido discípulo é imitador de San Juan Evangelista, y por los elogios que leemos en el Apocalipsis de su persona con el título de Angel de Smirna, á quien el mismo Jesucristo declara irrepreensible y promete la corona de vida.

Electivamente, aunque en el mucho tiempo en que gobernó su Iglesia no tuvo mayor persecucion la fé por parte del emperador Trajano, le dieron mucho que merecer las contradicciones de los gentiles y de los judios, mas él sostuvo á los fieles con el ejemplo de sus virtudes y tanta caridad en sus instrucciones, que parecia haber renacido en sus exhortaciones, paciencia y suavidad de carácter, el amado discípulo de Cristo. Cuando San Ignacio mártir pasó preso de Antioquia á Roma, fué visitado por nuestro Santo, cuya piedad admiró, y despues le dirigió desde Treas dos epístolas, una á él y otra á su pueblo, que juntas con otras cinco que pudo conseguir con posterioridad y remitió á los cristianos de Filipos, son las siete que se conservan de aquel divino prelado.

Cuanta seria su santidad, se infiere por el testimonio de los mismos gentiles, que unánimes lo llamaban delante de los jueces: *Maestro y doctor del Asia, padre comun de los cristianos y el mayor contrario de los dioses,* y la veneracion de los fieles era tanta, que tenían por gloria el servirlo, y los grandes de la corte venian á visitarlo, pues como asegura San Ireneo, era singular la gravedad de sus modales, la inocencia de sus costumbres, la magestad de su semblante y el maravilloso influjo que llegó á adquirir en los espíritus.

Despues de haber gobernado la Iglesia de Smirna por mas de sesenta años, hizo viage á Roma para arreglar varios puntos, especialmente sobre la celebracion de la pascua, y allí fué recibido con particular estimacion del papa Aniceto y de todo el pueblo; hizo varias conversiones de hereges, á cuyos errores siempre vió con tanto horror, al grado de que encontrándolo en la calle el herejarca Mar-

cion, y preguntándole si le conocía, le contestó: *Si, te conozco por el primogénito de Satanás.*

Restituido á Smirna, la paz de que hasta entónces habia gozado la Iglesia fué alterada por los decretos de Marco Aurelio, y se habian sacrificado algunos cristianos, cuando su grey, temiendo por su vida, logró so retirarse á una casa de campo, para evitar lo hallasen los que lo buscaban para martirizarlo. Cedió el Santo á sus ruegos; pero tres dias antes de su prision, soñó que ardia su almohada, lo que tuvo por señal de que su martirio sería entre las llamas. Los que lo solicitaban al fin descubrieron el lugar de su retiro, y aunque pudo escaparse, no lo ejecutó, y diciendo solamente *que se haga la voluntad de Dios*, se presentó á los soldados, que quedaron sorprendidos al ver su respetable ancianidad. El Santo ordenó se les diese de cesar, y pidiéndoles permiso para hacer oracion, permaneció en ella por dos horas con tal fervor y uncion, que asombró á los circunstantes.

Al dia siguiente fué conducido en un asno á Smirna, y luego puesto en un carro en que sufrió muchos malos tratamientos por resistir á los que intentaban seducirlo para que apostatase, y al llegar al anfiteatro lo hicieron bajar tan aceleradamente, que se lastimó una pierna. Al entrar en este lugar se oyó una voz del cielo que le decia: *Valor, Policarpo, manteneos firmes.* El procónsul ante quien fué presentado, lo exhortaba á que abandonase la fé de Cristo, á lo que el Santo entre otras cosas le respondió: "Hace ochenta y seis años que le sirvo: jamas me ha hecho mal, ántes mucho bien; cómo podré hablar mal de mi Rey, mi Salvador y mi bienhechor, que me ha protegido, y es juez soberano que ha de castigar á los malos, y premiar á los buenos! Amenazado con las fieras y el fuego, contestó con igual heroismo, confesando ser cristiano delante de todo el pueblo.

Entónces el juez, á falta de fieras que lo devorasen, mandó fuese quemado vivo; y luego que la hoguera, á cuya formacion concurrió á porfia el fanático pueblo, estuvo dispuesta, el Santo con inmutable serenidad se desnudó, y no permitiendo lo atasen al poste, sino únicamente le ligasen los brazos á la espalda, vió arder con la misma tranquilidad la leña que lo rodeaba; mas perdonándolo el fuego que formó á su alrededor una bóveda como la vela de un bajeel inflada por el viento, sintiéndose al mismo tiempo olorosos perfumes, irritados los gentiles, lo atravesaron con una espada ó lanza un costa-

do, por cuya herida entre arroyos de sangre voló su grande alma á ser coronada de los laureles inmarcesibles de la gloria.

Santa Paula, viuda.

SANTA PAULA, matrona romana, de nobilísima familia, pero mas noble por la santidad de su vida, muerto su marido, varón de igual nobleza y á quien habia dado cinco hijos, se convirtió toda al servicio de Dios, y comenzó á distribuir entre los pobres de Cristo sus copiosas riquezas, con tanto afecto, que los hacia buscar por toda la ciudad, y se contristaba si algun débil ó menesteroso no se sustentaba con su socorro; en cuyo ejercicio de caridad perseveró hasta la muerte, soliendo decir que deseaba morir en la mendicidad, y que en su muerte fuese envuelto su cuerpo en agena mortaja.

Encendida en mayor fervor de caridad y de virtud con los ejemplos y palabras de los Santos Epifanio y Paulino, obispos, determinó dejar su patria para ir á habitar en un desierto; y venciendo la resistencia de sus hijos que se oponian á su separacion, se embarcó con su hija Estocquia, compañera de su santo propósito, y con feliz navegacion llegó á Palestina, cuyos sagrados monumentos visitó con tan tierna devocion, que si no la llamase el anhelo de ver los unos, no pudiera arrancarse de los otros. Resuelta á fijar su mansion en estos santos lugares, escogió á la tierra de Belen, donde edificados cuatro monasterios, uno para monges, de cuyo gobierno se encargó San Gerónimo, y los otros tres para vírgenes, se encerró en uno de ellos, donde pasó el resto de su vida en admirable santidad. Resplandeció en ella principalmente la humildad; y la clemencia y blandura para con los humildes y necesitados, formaban su carácter. Sufrió con admirable paciencia y mansedumbre las calumnias de los envidiosos y varias tentaciones del siglo. Hablaba muy poco, y se prestaba á oír con gran docilidad el dictámen ajeno. Tenia de memoria las Sagradas Escrituras, y leia con ahinco continuamente el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Si puede llamarse sueño el que apenas interrumpia la continua oracion en que gastaba los dias y las noches, este lo tomaba sobre la dura tierra en que estaban tendidos ásperos cilicios. Su ayuno era asombroso, y de ningún modo pudo conseguirse que usara de vino para reparar las fuerzas del cuerpo. Así vivió esta Santa matrona hasta los cincuenta y seis años de su edad, en que cayendo en

una gravísima enfermedad y sintiendo que se acercaba su muerte, avivó su fervor extraordinariamente, y exhalada en deseos de volar á su Dios, le alababa y bendecía, hasta el dichoso momento en que le entregó su purísimo espíritu á 26 de Enero.

Trasladado su santo cuerpo por manos de los obispos á la iglesia del Santo Sepulcro, de todas las ciudades de Palestina concurrió á su funeral una innumerable multitud de monjes, vírgenes, viudas y pobres, que mostraban llorando, los vestidos que habian recibido de su mano. Despues de tres dias fué sepultada junto al sepulcro del Señor.

La Epístola es del capítulo III de la primera del Apóstol San Juan.

Carísimos: Todo aquel que no practique la justicia, no es hijo de Dios, y tampoco lo es el que no ama á su hermano. En verdad que esta es la doctrina que aprendisteis desde el principio: Que os améis unos á otros. No como Cain, que siendo hijo de maldad dió muerte á su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras eran malignas, y las de su hermano justas. No extrañeis, hermanos, si os aborrece el mundo. Nosotros conocemos haber sido trasladados de la muerte á la vida, en que amamos á los hermanos. El que no los ama permanece en la muerte. Cualquiera que tiene odio á su hermano es un homicida. Y ya sabéis que en ningún homicida tiene su morada la Vida eterna. En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dió el Señor su vida por nosotros, y así nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido que no venga á descubrirse, ni oculto que no llegue á saberse. Lo que es digo de noche, decidlo á la luz del dia; y lo que es digo al oído, predicadlo desde los tejados. No temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma: temed ántes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno. ¿No es así que dos pájaros se venden por un cuarto, y no obstante ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No teméis, pues, que temer: valeis vosotros más que muchos pájaros. Todo aquel, pues, que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos.

MEDITACION.

Sobre el aliento en defender la fé de Cristo.

Considera, que dice el Apóstol: "Trabaja como buen soldado de Cristo," lo cual debes entender de tres modos. Se puede decir que es lo primero en cuanto combate contra los tiranos, como lo hizo San Policarpo, el cual fué soldado suyo y soldado muy valeroso. Lo segundo en cuanto combate contra los errores, y de esta suerte lo son los doctores, los prelados y predicadores, que apenas nacen y se levantan monstruos contra la fé, cuando con toda presteza atacan el error sosteniendo el dogma católico. Lo tercero, en cuanto combato contra los propios apetitos y contra sus solícitos incitadores, mundo, demonio y carne. Tú juzgarás que solo te pertenece el último; pero te engañas, porque en el estado actual del mundo, contra todos tenemos que combatir.

Considera que como verdadero cristiano, te debes instruir para refutar tantos errores como se han levantado contra la fé y la moral cristiana. ¿No oyes á los impíos que dicen que es afrenta perdonar al enemigo, ceder, humillarse, vivir castamente, frecuentar sacramentos: como si profesarse cristiano devoto desdijese de la nobleza? ¿Pues qué excusa puedes tener para no rechazar y rebatir tales errores que neciamente pretenden levantarse contra la doctrina y ciencia de Dios? La ciencia práctica del Evangelio, no es ménos doctrina de Jesucristo, que la otra que se contiene en el símbolo en orden á los dogmas de la fé. ¿Pues cómo puedes tú, siendo, como eres, soldado suyo, permitir que tantos y tan abiertamente la condenen todos los dias en sus necias conversaciones y atrevidos escritos? Si no sabes cómo has de responder á tales errores, ¿por qué no lo aprendes, siendo tan fácil como es!

PETICION Y PROPOSITOS.

Quiero desde esta hora ser un fiel soldado de Jesucristo; pelear y defender sus derechos aun á costa de mi vida y de las mas caras prendas de mi corazon. Sea yo, Señor, tan dichoso que así lo haga. Concededme esta exquisita gracia, de que espere, habiendo dado mi sangre por asegurar que eres el único Dios verdadero y el Dios de mi corazon.

JACULATORIA.

Vos sois mi Dios y mi Señor, en cuyas banderas militaré.

LECCION.

Sobre la segunda parte del Credo.

CREO EN JESUCRISTO.

Habiendo ya manifestado en las lecciones anteriores los fundamentos irrecusables de la revelacion divina por los que creemos en Dios Padre Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, pasaremos ya á tratar de la segunda parte del símbolo que comprende la creencia en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro. Hemos procurado conocer á Dios como Autor de la naturaleza, que con su providencia gobierna el mundo; pero el modo mas útil de conocerlo es como un Dios que nos ha declarado que él mismo es el único bien de los hombres. Para conocerlo de esta manera, es forzoso reconocer nuestra miseria, tener muy presente el estado de naturaleza corrompida en que nos hallamos despues del pecado original, y la necesidad en que por consiguiente estamos de tener un mediador para podermos acercar á Dios. El conocimiento del Ser Supremo sin el de nuestras miserias, nos llenaría de atívez: el de nuestras miserias sin el de Jesucristo, de desesperacion; pero el conocimiento de Jesus, Hijo único de Dios, libertándonos de ambos extremos, obra nuestra salvacion porque en él encontramos el único e infalible arbitrio para remediar nuestras miserias y para acercarnos á Dios. Por consiguiente nos es de todo punto necesario dedicarnos á conocer á Jesucristo. El que no lo conoce, nada conoce fuera ni dentro de sí mismo; porque solo por medio de Jesucristo conocemos á Dios como conviene y nos conocemos á nosotros mismos.

Es tan admirable, por otra parte, tan necesaria y tan útil la creencia y confesion de este artículo de nuestra fé, que el Apóstol San Juan dice en su primera epístola: "Cualquiera que confesare que Jesus es el Hijo de Dios, Dios está en él y él en Dios." Jesucristo mismo llamó bienaventurado al Apóstol San Pedro que confesó el primero esta verdad, diciendo: "Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo," y respondióle Jesus: "Bienaventurado eres, Simon hijo de Juan; porque no te reveló esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos." Para que esté, pues, Dios en nosotros y para hacer-

nos dignos de la bienaventuranza, creamos y confesemos este artículo, y al presente examinémoslo en cuanto á que en él se comprenda la Divinidad de Jesucristo, Verbo de Dios, segunda persona de la Trinidad Augusta, unigénito del Padre, engendrado, no hecho, ántes de todos los siglos, consustancial al mismo Padre é igual á él, que con el Padre y el Espíritu Santo, es un solo Dios.

Jesucristo es el Hijo de Dios, el Verbo Divino que se hizo hombre para librar á los hombres de sus pecados y del poder del demonio; para reconciliarlos con Dios, dándoles nuevo derecho á la vida eterna, y á los dones sobrenaturales, y para ponerlos en posesion de la eterna bienaventuranza; en una palabra, para ser el Mesías, el Redentor prometido por los profetas y esperado por tanto tiempo. Así es que Jesucristo es Dios y hombre juntamente, tal como lo habian anunciado los profetas del Mesías, llamándolo Hijo de Dios, ó simplemente Dios por su naturaleza divina, Hijo de David por su naturaleza humana, y Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros, por la union de estas dos naturalezas en una sola persona. Hablando el Mesías por boca de David, dice: El Señor me dijo: "Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy." "Por cuanto ha nacido, dice Isaías, un infanteito para nosotros, y un hijo se ha dado á nosotros, y el principado ha sido puesto sobre su hombro, y será llamado su nombre Admirable, Consejero, Dios." "Reinará en tí el que te crió, dice en otro lugar, el Señor de los ejércitos es su nombre, y tu Redentor el Santo de Israel, será llamado el Dios de toda la tierra."

Hemos dicho que Jesucristo tiene dos naturalezas, divina y humana: en cuanto á la primera referiremos algunos testimonios de la Escritura, en que se nos declara que Jesus, en cuanto Dios, procede de Dios. San Pablo dice á los corintios: "fué hecho el primer hombre Adán en alma viviente: el postrer Adán en espíritu, vivificante. . . . El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo del cielo, celestial." "Yo de Dios salí, dijo nuestro Salvador á los judíos, y vivo, y no de mi mismo; mas él me envió. . . . Porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió. . . . Y en otro lugar, dijo: "ninguno subió al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo." Y San Juan Bautista, dijo hablando de Cristo: "el que viene del cielo sobre todos es." Estas expresiones, pues, deben entenderse en su sentido propio y natural, y declaran que Jesucristo en cuanto

Dios, salió del seno del Padre, y de un modo especial descendió á este mundo.

Jesucristo vino al mundo por su Encarnación y Nacimiento; por que venir al mundo y ser nacido son expresiones sinónimas en el idioma de los judíos, y San Pablo dice á los galatas: cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios á su Hijo hecho, esto es, concebido y nacido de mujer. Siendo, pues, cierto, que Jesucristo salió de Dios y descendió del cielo cuando encarnó, se sigue que ántes estaba con Dios en el cielo.

San Lucas nos dice: que el Bautista tenía de edad seis meses mas que el Hijo de María: sin embargo, el mismo Bautista declara que Jesus existió ántes que él: "este era el que yo dije, exclamó, el que ha de venir en pos de mí ha sido engendrado ántes de mí; por que era primero que yo." Job que vivió en una época de muy remota antigüedad, confesó á Cristo como un ser vivo: "yo sé, dice, que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra, y que de nuevo he de ser rodeado de mi piel y en mi carne veré á mi Dios."

El Antiguo Testamento abre sus páginas diciendo: "En el principio crió Dios el cielo y la tierra." Y San Juan abre su Evangelio, diciendo: "en el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios;" luego en este tiempo ya existía Cristo en cuanto Dios, y existía con el Padre, mas ¡que mejor! Cuando el mismo Cristo dijo poco ántes de ser crucificado: "Padre, glorifícame tú en tí mismo con aquella gloria que tuvo en tí ántes que fuese el mundo." Si se reflexiona sobre estos dos pasajes, y se vé al mismo tiempo que Cristo es llamado por el Apóstol, Sabiduría de Dios, fácilmente reconocémos a aquel personaje que con el nombre de Sabiduría dice en los Proverbios: "el Señor me poseyó en el principio de sus caminos, desde el principio, ántes que crease cosa alguna. Desde la eternidad fui ordenada... y ántes que la tierra fuese hecha."

Por último, el Señor dice por su Profeta Miqueas, hablando del Mesías: "y tú, Belén Efrata, pequeña eres entre los lugares de Judá: de tí me saldrá el que sea dominador en Israel, y la salida de él desde el principio, desde los días de la eternidad, ó mas literalmente, desde siempre." Y San Mateo refiere: que habiendo convocado el rey Heródes á los sacerdotes y escribas del pueblo, les preguntaba, ¿dónde había de nacer Cristo? Y ellos le dijeron: en Belén de Judá; porque así está escrito por el Profeta: "y tú Belén, tierra de

Judá, no eres la menor entre las principales de Judá; porque de tí saldrá el caudillo que gobernará á mi pueblo de Israel." Vése por tanto que nuestro Redentor existió, ántes de venir al mundo, en un estado mas sublime que la condicion de los mortales, y que su existencia no tiene principio, sino que es de toda eternidad. ¿Cuál ha sido, pues, la naturaleza de Jesucristo ántes de su Encarnación? La revelacion nos enseña que hasta entónces no habia tomado la naturaleza humana: que su naturaleza no era la de los ángeles ni la de ninguna clase de criatura por eminente que sea en la escala de los seres, sino la naturaleza divina, la naturaleza del mismo Dios.

Por la naturaleza divina, Cristo es consustancial al Padre, y con el Padre y el Espíritu Santo un solo Dios, como ya se ha explicado. En cuanto á la naturaleza humana, tiene un cuerpo y una alma como nosotros. Ambas naturalezas están juntas sin confusion en Jesucristo, de manera que en él no hay mas que una sola persona, que es el Hijo de Dios. De esta union de las dos naturalezas en una sola persona, se sigue que, segun la diferencia de ellas, puede entenderse como dijo Cristo: "mi Padre y yo somos una misma cosa," lo que es una verdad, hablando de la naturaleza divina. "Mi Padre es mayor que yo," es tambien otra verdad hablando de la naturaleza humana. Siguese tambien que podemos atribuir en Jesucristo á Dios lo que conviene al hombre, y al hombre lo que conviene á Dios; porque la misma persona es Dios y hombre, y así decimos que Dios padeció y que el hombre es Dios.

DIA VEINTE Y SIETE.

San Juan Crisóstomo.

Nació San Juan Crisóstomo en Antioquia por el año de 347 de padres nobles y ricos; pero desgraciadamente gentiles. El obispo de aquella ciudad, Melesio, reconociendo en el niño Juan tamaños que anunciaban un alto destino, tomó empeño en ganarlo para Jesucristo, lográndolo con éxito tan feliz, que así él, como sus padres Segundo y Antusa, recibieron el bautismo. La moderacion, humildad y prudencia de nuestro Santo, resaltaron desde su infancia, en que aprovechó mucho en las letras y en la elocuencia, tanto, que muerto su padre, supo persuadir á su madre, jóven todavia, no pasase á

Dios, salió del seno del Padre, y de un modo especial descendió á este mundo.

Jesucristo vino al mundo por su Encarnación y Nacimiento; por que venir al mundo y ser nacido son expresiones sinónimas en el idioma de los judíos, y San Pablo dice á los galatas: cuando vino el cumplimiento del tiempo, envió Dios á su Hijo hecho, esto es, concebido y nacido de mujer. Siendo, pues, cierto, que Jesucristo salió de Dios y descendió del cielo cuando encarnó, se sigue que ántes estaba con Dios en el cielo.

San Lucas nos dice: que el Bautista tenía de edad seis meses mas que el Hijo de María: sin embargo, el mismo Bautista declara que Jesus existió ántes que él: "este era el que yo dije, exclamó, el que ha de venir en pos de mí ha sido engendrado ántes de mí; por que era primero que yo." Job que vivió en una época de muy remota antigüedad, confesó á Cristo como un ser vivo: "yo sé, dice, que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra, y que de nuevo he de ser rodeado de mi piel y en mi carne veré á mi Dios."

El Antiguo Testamento abre sus páginas diciendo: "En el principio crió Dios el cielo y la tierra." Y San Juan abre su Evangelio, diciendo: "en el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios;" luego en este tiempo ya existía Cristo en cuanto Dios, y existía con el Padre, mas ¡que mejor! Cuando el mismo Cristo dijo poco ántes de ser crucificado: "Padre, glorifícame tú en tí mismo con aquella gloria que tuvo en tí ántes que fuese el mundo." Si se reflexiona sobre estos dos pasajes, y se vé al mismo tiempo que Cristo es llamado por el Apóstol, Sabiduría de Dios, fácilmente reconocémos a aquel personaje que con el nombre de Sabiduría dice en los Proverbios: "el Señor me poseyó en el principio de sus caminos, desde el principio, ántes que crease cosa alguna. Desde la eternidad fui ordenada... y ántes que la tierra fuese hecha."

Por último, el Señor dice por su Profeta Miqueas, hablando del Mesías: "y tú, Belén Efrata, pequeña eres entre los lugares de Judá: de tí me saldrá el que sea dominador en Israel, y la salida de él desde el principio, desde los días de la eternidad, ó mas literalmente, desde siempre." Y San Mateo refiere: que habiendo convocado el rey Heródes á los sacerdotes y escribas del pueblo, les preguntaba, ¿dónde había de nacer Cristo? Y ellos le dijeron: en Belén de Judá; porque así está escrito por el Profeta: "y tú Belén, tierra de

Judá, no eres la menor entre las principales de Judá; porque de tí saldrá el caudillo que gobernará á mi pueblo de Israel." Vése por tanto que nuestro Redentor existió, ántes de venir al mundo, en un estado mas sublime que la condicion de los mortales, y que su existencia no tiene principio, sino que es de toda eternidad. ¿Cuál ha sido, pues, la naturaleza de Jesucristo ántes de su Encarnación? La revelacion nos enseña que hasta entónces no habia tomado la naturaleza humana: que su naturaleza no era la de los ángeles ni la de ninguna clase de criatura por eminente que sea en la escala de los seres, sino la naturaleza divina, la naturaleza del mismo Dios.

Por la naturaleza divina, Cristo es consustancial al Padre, y con el Padre y el Espíritu Santo un solo Dios, como ya se ha explicado. En cuanto á la naturaleza humana, tiene un cuerpo y una alma como nosotros. Ambas naturalezas están juntas sin confusion en Jesucristo, de manera que en él no hay mas que una sola persona, que es el Hijo de Dios. De esta union de las dos naturalezas en una sola persona, se sigue que, segun la diferencia de ellas, puede entenderse como dijo Cristo: "mi Padre y yo somos una misma cosa," lo que es una verdad, hablando de la naturaleza divina. "Mi Padre es mayor que yo," es tambien otra verdad hablando de la naturaleza humana. Siguese tambien que podemos atribuir en Jesucristo á Dios lo que conviene al hombre, y al hombre lo que conviene á Dios; porque la misma persona es Dios y hombre, y así decimos que Dios padeció y que el hombre es Dios.

DIA VEINTE Y SIETE.

San Juan Crisóstomo.

Nació San Juan Crisóstomo en Antioquia por el año de 347 de padres nobles y ricos; pero desgraciadamente gentiles. El obispo de aquella ciudad, Melesio, reconociendo en el niño Juan tamaños que anunciaban un alto destino, tomó empeño en ganarlo para Jesucristo, lográndolo con éxito tan feliz, que así él, como sus padres Segundo y Antusa, recibieron el bautismo. La moderacion, humildad y prudencia de nuestro Santo, resaltaron desde su infancia, en que aprovechó mucho en las letras y en la elocuencia, tanto, que muerto su padre, supo persuadir á su madre, jóven todavia, no pasase á

segundas nupcias, como lo deseaba esta, atendidos los peligros de su edad, el cuidado de sus intereses y la protección además de su querido hijo y de una niña su hermana.

Bien instruido ya Juan en la gramática, retórica y filosofía por Libario y Andragario, partió á Atenas, emporio entónces de las letras, en la que perfeccionó las que habia aprendido, y adelantó tanto en las que ignoraba, al grado de haber sobrepajado en mucho á todos sus compañeros, mereciendo la demostracion singular que se hacia en aquellos tiempos en Grecia á los mayores literatos, y consistia en ponerse en pié las asambleas de sabios á su presencia. Resentido de esta distincion que no habia merecido Artemio, orador gentil, lo acusó de cristiano; pero el Santo defendió tan bien su religion y se manejó con tanta sabiduria y humildad en esta apologia, que convirtió al cristianismo á su competidor. Este suceso inspiró al obispo de Atenas el deseo de ordenarlo de sacerdote para hacerlo su sucesor, lo que entendido por nuestro Santo, huyó ocultamente y regresó á su patria. En ella se dedicó á abogado de los pobres y viudas, en lo que logró un crédito muy grande, no ménos que en explicar los libros sagrados en desempeño de la obligacion que habia contraído al ordenarse de lector. Mas llamándolo su virtud y génio á la soledad y al retiro, y fastidiado de los aplausos humanos, que cordialmente aborrecia, se sepultó en un monasterio, donde escribió sus primeras obras sobre el sacerdocio, la compuncion y la virginidad, en las que dió á conocer su profunda sabiduria y sólídísima santidad. Pasó en seguida á un desierto habitado solo de fieras; pero las austeridades á que se entregó lo debilitaron tanto, que para recobrar su salud se vió forzado á volver á la ciudad.

Melecio, obispo aun de Antioquia, venciendo su resistencia, lo ordenó de diácono; pero á los cinco años de ejercer con utilidad general el ministerio de la predicacion, se volvió á la soledad, de lo que lo sacó el sucesor en el obispado Flaviano, pasando personalmente por él al monasterio para ordenarlo de presbítero. Elevado á esta dignidad, se dedicó á edificar é instruir al pueblo con tales ejemplos, que adquirió un alto concepto de santidad, y su elocuencia lo hizo acreedor al título de Crisóstomo, es decir, *boca de oro*, alcanzando con estos dotes, no solo santificar al pueblo fiel, sino civilizar á los bárbaros moradores del monte Anano, y derribar los templos de los ídolos en Seleucia y Monte-Casio. De estas gloriosas fatigas fué sacado por el emperador Arcadio para patriarca de Constantino-

pla, primera Iglesia del Oriente, contra la voluntad del pueblo de Antioquia, que hizo tal oposicion, que tuvo que salir secretamente á desempeñar este ministerio apostólico á que Dios lo llamaba. El regocijo con que esta ciudad lo recibió, fué extraordinario; mas las depravadas costumbres que reinaban en ella, hicieron recelar que el nuevo prelado no dejaria de sufrir grandes contradicciones, como realmente sucedió, hasta morir desterrado. Un general del emperador de gran autoridad, solicitó un templo para los arrianos, cuya secta profesaba: el patriarca conferenció sobre el particular con el ante Arcadio, y lo confundió hasta hacerlo emudecer; mas resentido este gefe militar, se insurreccionó en Tracia y causaba horribles estragos, mas con igual facilidad fué apaciguado por el Crisóstomo y reconciliado con el emperador.

La emperatriz Eudoxia se declaró enemigo de nuestro Santo, así por un negocio en que se hallaba interesada y perdió por su celo y rectitud, como por un sermón que predicó sobre el lujo de las mugeres, en que reprendia indirectamente sus injusticias; y empeñándose en que el integérrimo patriarca saliese desterrado, se pronunció en un concilábulo que reunió en Calcedonia, la sentencia de destierro que solicitaba. El Santo salió de la ciudad con toda la tranquilidad de un justo; mas á pocos dias un espantoso terremoto llenó de consternacion la corte, y el pueblo, mirándolo como castigo de la injusta proscripcion de su prelado, á quien amaba tiernamente, se conmovió en términos que el emperador lo hizo volver en el acto, aunque él lo resistia, pidiendo se examinase su causa ante un concilio legitimamente congregado.

Después de su vuelta, la inconsideracion ó malicia de un herege maniqueo le hizo perder otra vez la gracia del emperador; pues habiéndose encargado de arreglar la fiesta con que habia de celebrarse la ereccion de una estatua de la emperatriz Eudoxia, dispuso bailes, espectáculos y juegos junto al templo de Santa Sofía, cuyo ruido interrumpia los divinos oficios. Reprendió estos excesos el Santo al que habia ordenado estas diversiones, lo que tomando por un agravio la emperatriz, encendida en cólera contra el celo de prelado, consiguió fuese otra vez desterrado á los confines de Sicilia. La escolta que lo conducia lo maltrató mucho en los sesenta dias que duró la marcha; pero habiendo llegado al lugar de su destierro, Cucus, donde fué recibido honoríficamente de su obispo; aunque medio muerto de hambre, de cansancio y demas molestias del camino,

á lo que se le agregaron unas fuertes calenturas, se dedicó á la conversion de aquellas gentes en las que hizo mucho fruto.

Poco lo dejaron descansar allí sus enemigos, y consiguieron otro decreto del emperador, para hacerlo pasar á Pitónide, ciudad situada en las extremidades del imperio, en las fronteras de los Sarmatas. La caminata fué tan penosa como la anterior: sus conductores lo hicieron viajar al sol y al agua, hasta un lugar del Ponto en que se veneraban las reliquias de San Basilio, obispo y mártir, quien apareciéndosele, le anuncia que el día siguiente moriria, como se verificó; pues aunque se pusieron en camino los soldados llevándolo á pesar de sus ruegos, tuvieron que revolver con él, por haber entrado en agonía. Falleció el Santo como se le habia anunciado, á 14 de Setiembre del año de 407, de edad de sesenta y tres años, á los nueve y medio de su pontificado, y su venerable cuerpo se sepultó solemnemente junto al de San Basilio, hasta que á los treinta años fué conducido á Constantinopla de orden de Teodosio y Pulqueria, hijos de Arcadio. Posteriormente se llevaron sus reliquias á Roma, y se veneran en el Vaticano.

Este glorioso y apostólico Santo es tambien muy ilustre por la sabiduria y elocuencia de sus muchas obras. Los literatos de todos los siglos les han tributado mil merecidos elogios. Baste decir que aun comparado con el gran doctor de la Iglesia, San Agustin, se ha dicho: "que si en este padre se encuentra mas abundancia de principios y mas conexión en los argumentos, el Crisóstomo lo excede en la exposicion de la doctrina acerca de las costumbres y las verdades católicas." Justamente, pues, se ha asegurado, que estos dos padres y San Jerónimo, forman una biblioteca de lo mejor que han escrito los teólogos antiguos.

La Epistola es del capítulo IV de la segunda del Apóstol San Pablo á Timoteo.

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos al tiempo de su venida y de su reino: predica las palabras de Dios; insiste con ocasion y sin ella; reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que teniendo una comenza estremada de oír doctrinas que les halaguen, recurrirán á una caterva de doctores propios para satis-

facer sus deseos, y cerrarán sus oídos á la verdad y los aplicarán á las fábulas. Tú entretanto invigila en todas las cosas: soporta las adiciones; desempeña el oficio de evangelista: cumple todos los cargos de tu ministerio: vive con templanza; que ya yo estoy á punto de ser inmolado, y se acerca el tiempo de mi muerte. Combatido he con valor: he concluido la carrera, y he guardado la fé. Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel dia como justo juez; y no solo á mí, sino tambien á los que desean su venida.

El Evangelio es el mismo de la pág. 84.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros &c.

MEDITACION.

Sobre el provecho que nos traen las persecuciones del mundo.

Considera, que las persecuciones, aunque no nos placen, son la cosa mas útil y provechosa; pues nos hacen cambiar al cielo y nos estimulan cuando nos paramos en la tierra; nos desprenden de las criaturas que nos impiden amar á Dios; nos mantienen dentro de nuestros deberes; nos purifican de nuestros vicios; hacen radicar en nosotros la virtud; nos disgustan de la vida presente, y nos hacen desear la futura. ¿Serias de Dios si el mundo te amase? Dios es el que prohibe á las criaturas que te acariacen. Este Padre de misericordia arma al universo contra tí, para obligarte á que vuelvas á sus brazos; siembra espinas en la tierra para que no pongas en ella tu descanso. No puede quemar el pecado, pero quiere el efecto del pecado; aborrece al perseguidor, pero ama tiernamente al perseguido. Así lo experimentó el Santo Crisóstomo cuando se encontraba tan aborrecido de los malos como amado de Dios.

Considera que el principio de la sabiduria es el temor de Dios; la que viene del temor de ofender á los hombres ó deseo de agradarles, es falsa y engañosa; no seria siervo de Jesucristo, decia el Apóstol, si quisiera agradar á los hombres; y si á éstos les agrada es preciso disgustar á Jesucristo. ¿Por qué te alligés? no son un mal las persecuciones, sino misericordias de Dios, y grandes gracias tuyas tus mismas desgracias. ¿Piensas acaso que se puede vivir en el mundo sin penas y trabajos? ¿Cómo serás miembro de Jesucristo si no sufrés la persecucion? ¿Cómo has de reinar con Jesus, si con

Jesús no eres atribulado? ¡Oh Dios mío! cuán admirable es vuestra sabiduría: no sería vuestro si el mundo me hubiera querido; me habeis afligido misericordiosamente, y habeis sido conmigo amoroso y severo á un mismo tiempo.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Conozco el mérito y valor de la persecucion; yo la aprecio y la deseo de todo mi corazón: porque ella me dará á conocer por siervo y seguidor vuestro: haced, Señor, que venga á mí este incomparable bien, pero sostenedme en mi flaqueza con la virtud de vuestra gracia.....

JACULATORIA.

Ninguna criatura me separa de la caridad de Jesucristo.

LECCION.

Continúa la anterior sobre la divinidad de Jesucristo.

Entre los muchos y sólidos testimonios con que se confirma la divinidad de Jesucristo, Hijo único de Dios, presentáremos los siete siguientes. Es indudablemente Dios el que era desde la eternidad, el que no tuvo por usurpacion ser igual á Dios, el que es Unigénito del Padre, el Verbo por cuyo medio tuvieron efecto las disposiciones del Padre, aquél á quien se atribuye la obra de la creacion, el que fué la luz y la vida de los hombres, y por último, el que declara en Jehová las Escrituras Santas.

Manifestamos en la leccion de ayer que Jesucristo habia existido ántes de la Encarnacion; de aquí se infiere que es Dios, porque solo Dios ha existido desde la eternidad. Esta es la mas obvia y mas natural interpretacion del texto del Profeta Miqueas que hemos citado: pero ademas el mismo Jesucristo en el Apocalipsis expresamente dice de sí mismo: *yo soy el Alfa y Omega, el primero y el postrero, principio y fin.* Y ya ántes habia dicho el Profeta Isaias: "Esto dice el Señor Jehová, Rey de Israel y su Redentor, el Señor Jehová de los ejércitos. Yo el primero y yo el último, y fuera de mí no hay Dios."

"El mismo sentimiento hayo en vosotros, dijo San Pablo á los filipenses, que hubo tambien en nuestro Señor Jesucristo, que siendo en forma de Dios no tuvo por usurpacion el ser igual á Dios, sino

que se anonadó á sí mismo, tomando forma de siervo, hecho á la semejanza de hombres y hallado en la condicion como hombre, se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios tambien los exaltó." En este pasage luce el Apóstol muy clara alusion á cuatro distintos estados de Jesucristo: su gloria original, su descenso de aquella gloria, su humillacion hasta la muerte de cruz, y su final exaltacion. Ahora bien: ántes de anonadarse y de tomar la forma de siervo, ó lo que es lo mismo, ántes de su Encarnacion, era en la forma de Dios, y no tuvo por usurpacion ser igual á Dios, ó tener la naturaleza divina, porque algunas veces *forma* denota la naturaleza de la cosa; y el no tener por usurpacion ser igual á Dios, no puede provenir de otro principio sino de participar realmente de la divinidad del Padre; porque á la verdad entre Dios y sus criaturas, aun las mas sublimes, no puede haber igualdad alguna, ni semejanza en el derecho á la adoracion de los hombres y de los ángeles, sino ántes bien una infinita disparidad.

El Evangelista San Juan nos dice: "en esto se demostró la caridad de Dios hácia nosotros, en que Dios envió al mundo á su Hijo Unigénito para que vivamos por él. Nosotros lo vimos y damos testimonio, que el Padre envió á su Hijo para ser Salvador del mundo; y en otro lugar testifica, que cuando el Verbo se hizo carne, vieron sus discipulos su gloria; *gloria*, añade, *como de Unigénito del Padre.* De estos y otros muchos lugares se deduce con evidencia, que la persona á quien el Padre envió al mundo y se manifestó en carne, habitó ántes de su Encarnacion en la gloria del Padre, fué el Hijo del mismo Padre, el Hijo del Altísimo.

Es verdad que algunas veces se aplica en sentido secundario el título de Hijo de Dios á los ángeles y á los justos; mas esto es por adopcion. No así Cristo, el cual se denomina Hijo de Dios en un sentido propio y por excelencia, distinguiéndose por este título de los mismos ángeles y de todas las criaturas. Por eso dice el Apóstol escribiendo á los colosenses: "dando gracias á Dios Padre. . . . que nos trasladó al reino de su Hijo muy amado. . . . el cual es imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura; porque en él fueron criadas todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra: las visibles y las invisibles, ora sean tronos ó dominaciones ó principados, ó potestades, todas fueron criadas por él mismo y en él mismo. Y él es ante todas las cosas y todas subsisten por él."

Y en la Epístola á los romanos lo llama el Apóstol propio y expresamente *propio Hijo de Dios*, diciendo: "el que aun á su propio hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros." Así es que este epíteto *propio* con la expresión *Unigénito* que se le da en otras partes, demuestra claramente que respecto de nuestro Salvador el título de Hijo de Dios expresa una relación con el Padre, absolutamente peculiar á Jesucristo: relación á que ninguna criatura pueda pretender derecho alguno, como que por ella Cristo, como verdadero y Unigénito Hijo del Padre, participa realmente de su naturaleza divina.

Cristo era el Verbo, el Verbo de Dios. La verdadera significación de este título, jamás se aplica en las Escrituras Santas á ningún profeta humano, ni á ningún otro agente subordinado, sino solo á nuestro Señor Jesucristo. Si examinamos los lugares del Antiguo Testamento en que se hace mención del Verbo del Señor, halláremos que es muy extensa, y que denota, no solo la verdad revelada, sino más particularmente la luz, vida, sabiduría y poder del Omnipotente. Por su Verbo crió Dios al mundo y dió existencia á todas las cosas: por su Verbo reguló el orden de la naturaleza: por su Verbo gobierna, ilustra, inspira, sana, anima espiritualmente á los hijos de los hombres. El Verbo fue la persona por cuyo medio se llevaron á efecto todas las portentosas obras del Padre, y que él por sí y de un modo peculiar á sí mismo era la verdad, sabiduría y poder operativo de Dios, entendiéndose que hablamos de él bajo el principio de ser verdaderamente uno con el Padre en la divina naturaleza.

La misma aplicación del título de Verbo á Cristo, se halla en el Nuevo Testamento. El Apóstol San Juan nos asegura que todas las cosas fueron hechas por él, y que nada de lo que fue hecho se hizo sin él. En el mundo estaba, sin él, y el mundo por él fue hecho. Para complemento de esta parte, es conveniente recordar aquel sublime pasaje de la Epístola de San Pablo á los colosenses, que citamos poco ha, en que se ve que el Hijo de Dios, el primogénito del universo, como creador del mundo material é inmaterial, fue el objeto, como también el medio ó el autor de todas las cosas.

Mas no fueron las obras de la creación las únicas operaciones del Verbo; antes de su Encarnación fue también un vivificador y un ilustrador espiritual del género humano, y con más especialidad un celestial caudillo y gobernador del pueblo de Dios. Recorriendo la

historia de aquel misterioso ángel de Jehová, de quien tantas veces se habla en el Antiguo Testamento, como visitador y protector del pueblo de Dios; aquel divino mensajero que confortó á Agar en el desierto, que conversó con Abraham en el valle de Mambré; que más adelante clamó desde el cielo y detuvo el sacrificio de Isaac; que libró á Job, que habló á Moises de enmedio de la zarza; que guiaba á los hebreos en una columna de nube por el día y de fuego por la noche; que se opuso á Baalam, que fortaleció á Josué, que fue enviado para expeler á los idólatras de la tierra de promisión, que dió á Gedeon su comisión, y que se manifestó á Amós y á Zacarías: que este ángel misterioso, pues, no era otro que el mismo Hijo de Dios, se infiere claramente, entre otros lugares, del siguiente de Malaquías: "he aquí que yo envío mi ángel, y preparo el camino ante mi faz, y luego vendrá á su templo de dominador á quien vosotros buscais, y el ángel del testamento que vosotros deseais." Supuesto lo cual, la doctrina de la divinidad de Cristo halla una clara confirmación en la historia de este ángel. Agar dijo al ángel que le hablaba: "tú, Dios, que me has visitado." Cuando apareció á Abraham, no solo le reveló los designios de su providencia, sino que Abraham se dirigió á él como al Ser Supremo. Cuando habló á Jacob le dijo: *yo soy el Dios de Belet*. Cuando llamó á Moises le dijo: *yo soy el que soy*; y por último en las profecías de Amós y Zacarías se le describe como el Señor Jehová; y en muchos de los testimonios que hemos copiado se ve que los escritores sagrados repetidas veces dan el nombre del Señor Jehová al Verbo, y de Hijo de Dios á Cristo.

Recapitulando pues, todo lo dicho en esta lección, recordáremos que en las Escrituras Santas, consta la divinidad del Verbo hecho Hombre, esto es, de Cristo, porque él era desde la eternidad, y porque se le describe en los términos que se aplican á la primera causa; porque él era en forma de Dios, y no tuvo por usurpación el ser igual á Dios; porque él es el Unigénito del Padre y la misma naturaleza con él; porque fue el Verbo por quien tuvieron efecto las disposiciones del Padre, y cuyas operaciones demuestran que realmente poseía la divinidad; porque á él expresa y repetidamente se atribuye la obra de la creación; porque él fue la luz, y la vida de los hombres, el Señor, y gobernador del pueblo de Dios, el ángel del testamento en quien estaba el nombre, el carácter y el poder del omnipotente, y porque los escritores sagrados declaran que él era el Señor y Dios.

DÍA VEINTE Y OCHO.

San Tirso, mártir, y San Julian, obispo.

SAN TIRSO.

VENERÁSE este Santo en la ciudad de Apolonia, teatro de su martirio y lugar de su sepulcro; como tambien de San Galinico degollado por la fé. San Tirso sufrió allí muchos tormentos, de que Dios lo sacó libre, y murió después en paz lejos de los perseguidores y verdugos; debiéndose advertir que el Santo fué llevado á esta ciudad para concluir el proceso que se le habia formado en Bitinia, donde fué presado y entregado al tormento por cristiano, poco antes del martirio de San Lacio, ciudadano de Cesarea: los tres Santos padecieron bajo el emperador Decio, al fin del año de 250, ó al principio del siguiente.

Además del templo magnífico en que se colocó el cuerpo de nuestro Santo, fabricado el siglo VI en Apolonia, el emperador Justiniano le edificó otro en Constantinopla, y en Francia y España se venen algunas reliquias de San Tirso.

San Julian.

San Julian, á quien Dios concedió á sus padres despues de muchos años de matrimonio; fué singularísimo en su vida: antes de nacer, un sueño misterioso anunció su futura santidad: apenas salió á luz, con el brazo extendido bendijo á los circunstantes: un niño vestido de pontifical, oró por él, y á estos felices principios, corresponsó todo el curso de su existencia.

Terminada bajo tales auspicios su infancia, se dedicó al estudio de las letras, en que hizo maravillosos progresos, y deseando entregarse á la contemplacion y retiro, muertos sus padres, abandonó su casa, y tomó una reducida habitacion contigua al convento de San Agustin, para tener á la vista el ejemplo de los religiosos con que se fervorizaba. Resuelto á abrazar el estado eclesiástico, se dispuso con fervor, recibió los sagrados órdenes con elevacion, y principió á ejercitar sus ministerios con celo y fruto. Predicó con notable aprovechamiento de los fieles en varias aldeas, en la ciudad de

Burgos y en otras muchas provincias de España; y nombrado arcediano de Toledo, ocupaban todos sus momentos, el coro, el estudio y todos los ministerios de su empleo, de suerte que en las funciones pastorales, era como la mano derecha de su obispo.

Noticioso el rey Alfonso VIII de la insigne santidad de Julian, lo nombró para el obispado de Cuenca, y aunque el Santo lo rehusó, tuvo al fin que ceder, para llegar á ser como en sus demas estados, ejemplo de pastores celosos. Su familia se componia de un solo criado virtuoso, en cuya compañía, sin mas cortejo, entró en la ciudad. Ejercitaba con sus ovejas toda clase de obras de misericordia; y si la práctica de las espirituales produjo el destierro de la ignorancia, la reforma de las costumbres, el castigo paternal de los viciosos, la perfeccion de su clero y la mejoría de todas las clases de la sociedad; el ejercicio de las corporales fué no ménos heroico: gastaba sus rentas en el socorro de los pobres, manteniéndose él y su capellan con fabricar estillas, por cuyo contacto, Dios hizo algunos milagros; daba de comer diariamente á los pobres, mereciendo tener una vez por convidado en su mesa á Jesucristo, y en otra de una grande excaez de viveres, recibió un socorro celestial de trigo, el que mandó distribuir á los indigentes, cuya necesidad era tan urgente, que su fiel criado, oprimido del trabajo de repartirlo, con la prisa que el pueblo le daba, murió víctima de su caridad.

Su pureza de conciencia fué tan grande, que acosado de tentaciones, aunque siempre salia victorioso, hacia penitencia temiendo haber incurrido en alguna culpa. Al fin, lleno de años y merecimientos, purificado del Señor con una enfermedad grave y penosa, fortalecido con los santos sacramentos, cubierto de cilicio, acostado en la dura tierra y con una piedra por cabecera, esperó tranquilamente la última agonía: en la que acompañado de la Madre de Dios, coronada de rosas y de un coro de vírgenes, habiendo recibido de su mano una palma, voló al cielo en su segunimiento, el día 28 de Enero del año de 1208. Los que lo acompañaban, vieron subir su alma en forma de rano blanco de palma, y otro se encontró junto á su cuerpo, entero é incorrupto, cuando se trasladaron sus reliquias.

La Epistola es del capítulo XX de los hechos de los Apóstoles.

En aquellos dias: Pablo desde Mileto envió á llamar á los abcnanos de la iglesia de Éfeso; á los cuales imbiendo llegado y estando todos juntos, dijo Pablo: Tened cuidado de vosotros y de todo el reba-

fio en que el Espíritu Santo os ha constituido obispos, para que gobernéis la Iglesia de Dios que él ha adquirido con su sangre. A Dios os encomiendo, y á la palabra de la gracia de aquel que puede edificaros, y hacer participantes de su herencia á todos los santificados. Ni plata, ni oro, ni vestido de nadie he deseado, como lo sabeis vosotros mismos; porque en las cosas necesarias para mí y para los que me acompañan, me sirvieron estas manos. En todas las cosas os he mostrado que trabajando de esta suerte, importa ayudar á los enfermos, y acordaros de las palabras del Señor Jesus, porque él mismo dijo: Mucho mejor es dar que recibir.

El Evangelio es del capítulo VI de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orin y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierren y roban. Atesorad mas bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orin ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben. Porque donde está tu tesoro, allí tambien está tu corazón. Antorcha de tu cuerpo son tus ojos: si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado, mas si tienes malicioso tu ojo, todo tu cuerpo estará oscurecido. Que si lo que debe ser luz en tí es tinieblas, las mismas tinieblas ¿cuán grandes serán! Ninguno puede servir á dos señores; porque ó tendrá aversión al uno y amor al otro, ó si se sujeta al primero, mirará con desden al segundo. No podéis servir á Dios y á las riquezas. En razon de esto os digo: No os acongojeis por el cuidado de hallar que comer para sustentar vuestra vida, ó de donde sacareis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¿Qué, no vale mas la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo como no siembran ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valeis vosotros mucho mas sin comparacion que ellas? Y ¿quién de vosotros á fuerza de discurso puede añadir un codo á su estatura? Y acerca del vestido, ¿á qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo como crecen: ellos no labran ni tampoco hilan; sin embargo, yo os digo que ni Salomon en medio de toda su gloria se vistió como uno de estos lirios. Pues si una yerba del campo que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fé? Así que, no vayais diciendo acongojados:

¿Dónde hallarémos que comer y beber? ¿Dónde hallarémos con que vestirnos? Como hacen los paganos, los cuales andan tras todas estas cosas: que bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demas cosas se os darán por añadidura.

MEDITACION.

Sobre la observancia del amor de Dios y del prójimo.

Considera, como los dos héroes que hoy nos propone la Iglesia por modelo, cumplieron perfectamente el precepto máximo de la ley: el primero, renunciando el propio honor, los placeres, los bienes, los amigos, el cuerpo y la vida, para llenar el de amar á Dios mas que todas las cosas. Este divino mandamiento es el primero en dignidad, porque es el fundamento de todos los otros, y el complemento de toda perfeccion. Es el primero en la necesidad, porque sin este amor todas las virtudes son estériles ó infructuosas. Es el primero en la dulzura, porque la caridad hace suave el yugo del Señor, llenando el alma de paz y de la uncion del Espíritu Santo, que hace cumplir todos los otros; porque el que ama á Dios, no hace cosa alguna que pueda desagradarle. ¡Oh Dios, y qué excelencias de la caridad! mas qué poco se encuentran en nosotros cuando con tanta facilidad te ofendemos y tan débilmente cedemos del propósito de la virtud, al menor obstáculo que se nos presenta, como si no fueras un Dios digno de todo nuestro sacrificio, como lo eres de todo nuestro amor.

Considera como el segundo héroe llenó perfectamente este precepto, consagrando sus talentos al provecho del prójimo, predicando y convirtiendo almas á Dios, y ayudando y socorriendo al prójimo con generosa, pronta y solícita caridad. Hablando de esta virtud divina el Apóstol San Pablo, nos la propone bajo el símil de los miembros de un mismo cuerpo, como que somos miembros del cuerpo místico de Jesucristo. No hay cosa mas desemejante que los miembros de nuestro cuerpo: el uno es cálido, el otro frio; uno seco, otro húmedo; uno fuerte, otro blando; uno trabaja, otro está en ocio y descanso; y sin embargo, no hay cisma entre ellos, dice el Apóstol, ni division ni celos: si el uno padece un mal, el otro se afecta; si la mano derecha hiere á la izquierda, esta no toma el cuchillo para vengarse; la cabeza, que es la parte mas noble y elevada, se ba-

ja para sacar una espina que molesta el pie. Los bienes y los males son comunes: el fuerte lleva al débil; el cálido calienta al frío; el brazo se deja cortar por salvar la cabeza. ¡Oh caridad maravillosa! unión admirable, practicada por los santos, obligatoria á todos los cristianos!

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Dónde se encontrará, ¡Dios santo! cosa mas dulce y mas encantadora que la caridad cristiana? Ni la hay, ni puede haberla. Convenido de esta verdad, es pido, Señor, por lo que me amas, este amor sólido, fuerte y suave al mismo tiempo, y la gracia necesaria para cumplir el precepto que me lo inspira. Haced que imite á vuestros Santos, dando por vuestro amor y el de mis próximos cuanto demande la caridad, hasta mi misma vida.

JACULATORIA.

Bienaventurados los que temen á Dios, y caminan por los senderos de la justicia.

LECCION.

Sobre el misterio de la redencion del género humano.

En las cuatro lecciones anteriores hemos hablado por una parte de la caída y ruina moral del linaje humano, cuya naturaleza corrompida perdió la felicidad eterna y todos los bienes sobrenaturales de que hubiera sido dotada, si Adán no hubiera pecado, y por otra hemos recorrido las pruebas que nos presta la revelacion sobre la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, Hijo verdadero de Dios. La investigacion de estos dos importantes dogmas de nuestra fé, nos conducen naturalmente al conocimiento de otro no menos interesante, que es la redencion del linaje humano.

Desde luego nos asalta el deseo de saber, ¿cuál fué el poderoso motivo y el objeto adecuado que impulsó al Hijo de Dios á humillarse hasta el extremo de tomar nuestra humana naturaleza, y revestido de ella, sufrir toda suerte de escarnios y morir por último, afrentosamente en una cruz? Su objeto no puede haber sido únicamente el de revelarnos la verdad. Cierto es que era importante; así como tambien lo era el de presentarnos un modelo práctico ó regla segura de bien obrar á que debiésemos conformar nuestra conduc-

ta; pero por importantes y saludables que sean estos objetos, otro mas alto y de mas vasta estension motivó la venida del Hijo de Dios haciendo que se humillase desde la elevacion de su divina gloria, hasta la frágil naturaleza humana. Este gran Dios objeto fué de la reconciliacion de los hombres con Dios, mediante la pasion y muerte con que nos redimió el mismo Hijo de Dios hecho verdadero hombre.

El grandioso proyecto de la mision del Redentor se anuncia desde que habiendo caido en el pecado Adán y Eva, dijo Dios á la serpiente: "pondré enemistades entre tí y la muger, y entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar." Ya en otra leccion hemos notado que la serpiente que tentó á Eva fué el diablo, y el linaje de la muger no es otro que Jesucristo descendiente de Eva, hijo de la Virgen María: así lo entienden los padres de la Iglesia. La maldicion, pues, que aquí se pronuncia y promesa de que va acompañada, indican que el Salvador habia de subyugar á nuestro enemigo y libertar de su esclavitud á la descendencia del primer padre. Por Isaias dice el Señor al Redentor: "He aquí que yo te he establecido para que seas luz de las naciones, y seas mi salvacion hasta las estremidades de la tierra."

Es sabido que el nombre de Jesús que tuvo el Hombre Dios significa esto mismo. El ángel del Señor dijo á San José: "*Parirá la Virgen María, un hijo, y llamarás su nombre Jesus, porque el salvará á su pueblo de los pecados de ellos.*" Y los ángeles que anunciaron á los pastores el nacimiento del Redentor, lo hicieron con estas palabras, segun San Lucas: "*Os es nacido el Salvador que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.*" A cada paso dan testimonio los Apóstoles y Evangelistas, de que Cristo Jesus vino al mundo para que el mundo por su medio pudiese ser salvo: que el Evangelio es la virtud de Dios para salvacion: que Dios envió á su Hijo al mundo para que el mundo sea salvo por él: que él fué hecho por Dios, sabiduría y justificacion, y santificacion y redencion: que él habrá obtenido para nosotros la eterna redencion. Pero ¿qué puede hallarse mas decisivo en el asunto, que la declaracion del mismo Jesucristo que refiere San Lucas: "*El Hijo del Hombre ha venido á buscar y salvar lo que habia perecido.*" La salvacion del género humano debe medirse por la profundidad de su degradacion y la estension de su ruina, y valmarse por la naturale-

za de los males á que estaba sujeto y de la perdición de que ha sido librado.

Para dar á este asunto la distinción mas adecuada, consideraremos que el Measas vino al mundo, en primer lugar, á ofrecer con su pasión y muerte un sacrificio expiatorio de infinito valor por nuestros pecados, y en segundo lugar, á proporcionarnos el celestial influjo, único que nos puede reengendrar, santificar y preparar para la gloria.

Aunque Dios concede con infinita benignidad su perdón al transgresor que abandona sus iniquidades y obra según la ley; y aunque este entero cambio de disposición y de conducta, debe mirarse como una condición indispensable, sin la cual el pecador no puede formar una justa esperanza de salvarse, sin embargo, no debemos creer que el arrepentimiento y la enmienda son en sí lo que basta para obtener el perdón y adquirir la paz eterna. Al paso que los escritores sagrados declaran que tendremos perdón y nos salvarémos bajo la condición de un verdadero arrepentimiento, promulgan la doctrina de que la misericordia de Dios para con nosotros, se nos concede, no porque nos arrepentimos, no porque hayámos merecido esta misericordia, sino porque el Hijo de Dios se ofreció á sí mismo en expiación ó sacrificio propiciatorio por los pecados de los hombres. " *Todos pecaron*, dice S. Pablo á los romanos, *y tienen necesidad de la gloria de Dios: justificados gratuitamente por la gracia del mismo, por la redención que es en Jesucristo, á quien Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, á fin de manifestar su justicia por la remisión de los pecados pasados en la paciencia de Dios, para demostrar su justicia en este tiempo, á fin de que él sea hallado justo y justificador de aquel que tiene la fe de Jesucristo.*" Con expresa alusión á este sacrificio propiciatorio describe San Juan en el Apocalipsis á Jesucristo, como *Cordero muerto desde el principio del mundo*. Estaba predestinado en los eternos consejos de la Sabiduría y amor divino, que la sangre del Cordero, y solo ella, fuera la que hubiera de lavar la mancha del pecado; no debe, pues, sorprender que se hiciera la promesa de un Redentor inmediatamente después de la caída de Adán.

El uniforme sentimiento del género humano, sobre que para aplacar la ira de Dios no basta el arrepentimiento del pecado, sino que también es necesaria la expiación, puede inconcusamente atribuirse á la luz de la razón. En todas las edades, desde la caída del hombre hasta el establecimiento del Evangelio, se manifestó anticipada-

mente la grande expiación de Jesucristo en el rito del sacrificio de animales, el que fué practicado por Abel, Noé, Abraham, Jacob, Job y otros siervos del Señor, y que según parece, representaba á un mismo tiempo la muerte que merecían los ofensores y el sacrificio expiatorio que estaba decretado del futuro Redentor, y la ley de Moisés se distinguía por una copiosa variedad de sacrificios, en los cuales se representaba el sacrificio expiatorio de Jesucristo: aquellos no eran mas que *sombras de bienes venideros; mas el cuerpo es Cristo*, como dice San Pablo á los colosenses.

Si abrimos el Nuevo Testamento, en la historia de la pasión de Jesús, hallamos desde luego la clave de las figuras que contenía el culto de los Patriarcas y el ceremonial de Moisés, y en las palabras de nuestro mismo Salvador y de sus Apóstoles, tenemos abundantes pruebas de que la muerte de Cristo fué un sacrificio, y que con ella se hizo la expiación del pecado y de los pecados del mundo, de manera, que no falta mas sino que cada uno de los hombres se la aplique por la penitencia para que obre en él el efecto saludable de su justificación y salvación. Veamos, pues, las pruebas que hemos insinuado. Cuando Juan Bautista hablando con el pueblo les mostró á Jesús, dijo de él: "*He aquí el Cordero de Dios: he aquí el que quita los pecados del mundo.*" Frase que nos denota que Cristo era la realidad de aquella figura que lo presignaba en el Cordero Pascual, y en el Cordero del holocausto diario del templo, víctima de sacrificio por el pecado. Hablando Jesucristo con sus discípulos, se les presenta bajo el carácter de Salvador del linaje de Adán: "*Yo soy*, dice, *el buen Pastor: el buen Pastor da la vida por sus ovejas.*" Y en otra parte dice: "*el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo.*" En el Evangelio de San Mateo, se lee: "*El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir; y para dar su vida en redención por muchos.*" Estas notables palabras del Salvador se confirman con estas otras que dijo en la cena al dar á sus discípulos el cáliz: "*Debed de este todos, porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados.*" El Apóstol San Pedro dice: "*El mismo que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz para que muertos á los pecados vivamos á la justicia, por cuyas llagas habeis sido sanados.*" San Juan nos dice: "*La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.*" Y mas adelante: "*Esto es escribo para que no pequeis; mas si alguno pecare, tenemos por abo-*

gado á Jesucristo el justo, y él es propiciacion por nuestros pecados, y no tan solo por los nuestros, sino por los de todo el mundo." Y en el Apocalipsis se dice: "Y cantaban un cántico nuevo, diciendo: Digno, eres, Señor, de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste muerto y nos has redimido para Dios con tu sangre, de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nacion. . . . Estos que están cubiertos de vestiduras blancas. . . . Son los que vinieron de grande tribulacion, y lavaron sus ropas, y las blanquecieron con la sangre del Cordero, por esto están ante el trono de Dios." Finalmente, el Apóstol San Pablo dice á los colosenses: "Dios nos trasladó al reino de su Hijo muy amado, en el cual por su sangre tenemos la redencion y la remision de los pecados." Y á Timoteo dice: "Porque uno es Dios, y uno el medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre que se dió á sí mismo en redencion por todos." Basten estos testimonios, para que reconociendo á Jesucristo por nuestro redentor, le agradezcamos tan grande beneficio y le correspondamos empleándonos de todo corazón en su amor y servicio.

DIA VEINTE Y NUEVE.

San Francisco de Sales, y San Valerio obispo.

San Francisco de Sales.

Nació este dulcísimo Santo en el castillo de Sales en la Saboya el 21 de Agosto de 1567, de unos padres ricos y nobles, y si en infancia fué muy débil por haber nacido á los siete meses del embarazo de su madre, no se señaló ménos por la suavidad de su carácter, su misericordia para con los pobres y su caridad para los atribulados.

Habiendo pasado á estudiar al colegio de Annecy, su espíritu sólido lo hizo inclinarse con tanta vehemencia al estudio, como ver con la mayor aversion todos los pasatiempos; su virtud rebosaba en lo exterior, no ménos que su aplicacion á cuanto se le enseñaba. Así es, que teniendo solo doce años abrazó el estado clerical; á que lo conducía el amor de la perfeccion y de la saliduría, recibiendo por su voluntad la prima tonsura. A esta edad se trasladó á Paris

á aprender las lenguas bajo la direccion de Genebrardo, y la filosofía en el colegio de los jesuitas, quienes si en nuestro Santo adquirieron un constante y tierno amigo y panegirista, lograron tambien en él uno de los mayores ornamentos de sus escuelas. La vida que en esta ciudad entabló Francisco fué de suma edificacion: no conocía sino su colegio y las Iglesias; se entregó á toda clase de austeridades como la mejor custodia de la pureza virginal; huía de todas las malas compañías y distracciones peligrosas, y su vista contenía á los mas disolutos.

En seguida se dirigió á Padua por órden de su padre á estudiar jurisprudencia, en la que continuó el mismo plan devoto de vida que habia emprendido en Paris, triunfando de los malos ejemplos y seduccion de sus compañeros, especialmente en una peligrosa ocasion, en que abusando éstos de su candidez y amabilidad natural lo pusieron en ella, mas él se libró escupiendo á la cara y arrojando á la infame ramera un tizon ardiendo á la cabeza. Aumentó con este suceso su vigilancia y penitencias, al grado que se vió en peligro de perder la vida, lo que miraba con tanta indiferencia que ordenó se entregase su cadáver al anfiteatro anatómico, ocupada únicamente su caridad del beneficio público; pues no habiendo sido útil á nadie, segun decia, en su vida, causase algun provecho al género humano despues de muerto.

Restablecido de sus males recibió con los mayores aplausos el grado de doctor, y partió á Roma á visitar el sepulcro de los Santos Apóstoles, y á Loreto, donde veneró la casa en que encarnó el Divino Verbo. Vuelto á su patria se incorporó entre los abogados sin renunciar á sus deseos de ser eclesiástico, y siendo nombrado provosto de la Iglesia de Annecy, recibió los sagrados órdenes con los intersticios de la Iglesia, que empleó en prepararse dignamente de uno á otro. Antes de recibir el de presbítero le encargó el obispo el ministerio de la predicacion, y desde el primer sermón convirtió entre muchas otras, tres personas famosas por su calidad y vicios, que despues dieron muy buenos ejemplos. Elevado al sacerdocio se dedicó totalmente al desempeño de sus ministerios: decia misa diariamente con el mayor fervor; rezaba el oficio divino con singular devocion y era incansable en el púlpito y confesionario.

En estas circunstancias, habiendo encargado el duque de Saboya al obispo de Génova, Granier, procurase convertir á los habitantes de los valles de su diócesis, contaminados con las heregias de Zúin-

glio y de Calvino, fué nombrado nuestro Santo á esta expedicion apostólica como superior de una mision de jesuitas y capuchinos, lo que desempeñó en medio de mil contradicciones y padecimientos, hasta que logró ver restablecido el culto católico en Tonon, ciudad principal, y reducir multitud de aquellos engañados sectarios. Obligado en seguida á ocupar el gobierno del obispado de Génova como coadjutor de su obispo, pasó á Roma, donde recibió extraordinarias honras del papa y los cardenales.

Las mismas distinciones le dispensaron Enrique el Grande y su corte cuando fué á Paris por negocios de la religion; y si en esta capital admiró su desinterés en no dejar su pequeña Iglesia por otras de mas pingüe y lustre que le ofreció el rey, no menos edificó el celo con que con notable fruto se dedicó en ella á la conversion de hereges y pecadores, adquiriendo tal fama, que personas de primera clase lo tomaban por consejero.

De vuelta á la Saboya, encontró muerto á su obispo Granier, y previas las mas santas disposiciones, se consagró con las mas claras señales de que Dios lo llamaba al ministerio episcopal. Principió la reforma de su diócesis por el arreglo de su casa; en la que introdujo el mejor orden, tanto en las obligaciones domésticas, como en los ejercicios de devocion, siendo él el primero en dar ejemplo á los demas.

Arreglada su casa, se dirigió á reformar toda su diócesis. Visitaba toda sin excusar trabajo alguno, penetrando hasta los precipicios de los Alpes, provió las parroquias de curas instruidos y virtuosos; con el mismo empeño procuró reducir á los hereges y cismáticos, como á los pecadores endurecidos y viciosos. La indulgencia era su carácter distintivo, y si se le reconocia, contestaba que él trataba de hacer penitentes y no desesperados. Costóle gran trabajo, pero logró al fin restablecer la disciplina en las casas religiosas: introdujo en su obispado á los fuldenses y barnabitas, y fundó una congregacion de eremitas con el título de la Visitacion, á la que dió excelentes reglas; como tambien con la misma advocacion estableció otra de mugeres á cuya cabeza puso á Santa Juana Francisca Fremiot, baronesa de Chantal, viuda de gran virtud que se habia puesto bajo su direccion. El objeto de esta comunidad, era para que se admitiesen de religiosas á las que por su estado, salud delicada, pobreza, ú otros defectos naturales se veian excluidas de otros conventos.

En medio de tantas y tan varias ocupaciones, no dejó el Santo de dirigir multitud de almas en el confesionario y con sus dulcísimas y solidísimas cartas, y de escribir obma espirituales que hasta el dia son útiles á las personas piadosas, de tanto mérito como la *Introduccion á la vida devota y la practica del amor divino*. El prodigioso concepto que se tiene de estos escritos, vindica al santo de las persecuciones que la primera le suscitó, y recomiendan altamente sus demas obras de su Tratado sobre el Símbolo, sus sermones y otros opúsculos en que realizan su ardiente caridad y amor de Dios.

En todas partes donde se presentaba nuestro Santo era igual su celo y fervor. Al acabarse el año de 1618, acompañó al duque de Saboya á Paris, donde á pesar de las muchas visitas que lo agobiaban, prodieó en la mayor parte de las iglesias de esa capital, y cuando salió para su obispado, fué universal el sentimiento. Su vida, en una palabra, puede llamarse un continuo sacrificio hecho á Dios: en las pestes se exponia al contagio sin ningun temor, ejemplo que convirtió á muchos hereges; en el socorro de los pobres empleaba no solo todas sus pequeñas rentas, sino hasta el valor de sus mas preciosos muebles y vestidos; sus vigiliias y fatigas apostólicas eran imponderables; y su constante ejercicio en la oracion y mortificacion de sus mas indiferentes afectos, no se distraia por el grave peso de sus ocupaciones.

En el año de 1622, el citado duque de Saboya lo llamó á Aviñon, para recibir á Luis XIII, que volvía triunfante de la guerra. Al salir de Annecy, se sintió indispuesto y se despidió para siempre de sus ovejas. Pasó de Aviñon á Leon, donde continuó sus acostumbrados ejercicios privados y pastorales hasta el 27 de Diciembre en que dijo la última misa, y despues de comer fué atacado de apoplejia, de que murió la mañana siguiente, de cincuenta años de edad y veinte de obispado. Su venerable cuerpo se trasladó á Annecy y se sepultó en la Iglesia de la Visitacion: su corazon quedó en Leon con el mayor aprecio, y á su contacto se han seguido algunas maravillas.

Fué canonizado este gran modelo de los obispos por el Sr. Alejandro VII, el dia 19 de Abril de 1665, con univerral alegría de todo el orbe católico.

San Valerio, obispo.

San Valerio, nacido como se cree en Zaragoza, fué el primer obispo de aquella Iglesia. Ignóranse los pormenores de su vida hasta antes de su asistencia al concilio Eliberitano, celebrado hacia el año de 300. Su vigilancia pastoral puso aquella diócesis en gran verdad y lozania de toda virtud; especialmente el clero resplandecía en la predicación de la palabra de Dios. El fruto de este campo, correspondía á los sudores de tan buen labrador; pues muchos fieles de su diócesis, derramaron su sangre por la confesión de la fé en la persecucion de Diocleciano y Maximiano.

No vio jamas la Iglesia enemigos mas crueles que estos emperadores, y los ministros de que se valieron para llevar al cabo su mal propósito. El feroz Daciano fué mandado á España con esta comision. Entró por las provincias derramando la sangre de los que adoraban al único Dios verdadero; en Zaragoza comenzó explicando su saña contra Valerio y contra su diácono San Vicente mártir. Quiso ganarlos primero con dádivas y con palabras engañosas, para que su ejemplo derribase la constancia de los demas. A los halagos añadió tormentos, y esperando que podría el rigor lo que no habia alcanzado la blandura, los mandó llevar á Valencia á donde él iba. En aquella ciudad estuvieron los siervos de Dios, en un hediondo calabozo, hasta que los mandó comparecer en su presencia. Exhortólos con estudiada mansedumbre á que abrazasen de grado la idolatria; amenazábalos con nuevos martirios si no mudaban de propósito. Mas como Vicente, lleno del Espíritu Santo, por encargo de Valerio, hubiese rebatido la propuesta del juez, y hecho públicamente la confesion de la fé de Cristo; reservando Daciano contra él todo su furor, al anciano Valerio mandó salir desterrado, diciendo: *Quítadme de aquí este obispo; porque desprecia los edictos de los emperadores.* Derramó el Santo copiosas lágrimas al separarse de su diácono, y no pudiendo volver á su diócesis por estar así prevenido en la sentencia, se retiró junto á Barbastro á un pequeño lugar llamado Enel, donde estuvo escondido mientras duraba el fuego de la persecucion, viviendo como ángel en carne hasta el año de 315 en que dió su espíritu al Señor.

La Epístola es de los capítulos XLIV y XLV de la Sabiduría.
(Eclesiástico.)

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la ira vino á ser instrumento de reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso juró el Señor darle gloria en su descendencia. Dióle la bendicion de todas las naciones, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia; y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecible en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio; y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio y fuese alabado su nombre y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados y les entregó sus bienes, dando al uno cinco talentos, á otro dos, y uno solo á otro, á cada uno segun su capacidad, y marchóse inmediatamente. Fué, pues, el que recibió cinco talentos á comerciar con ellos, y sacó de ganancia otros cinco: de la misma suerte aquel que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que recibió uno, fué é hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas pasado mucho tiempo, volvió el amo de dichos criados, y llamólos á cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, presentólos otros cinco, diciendo: señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco mas que he ganado con ellos. Respondióle su amo: muy bien, siervo bueno y leal; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho; ven á tomar parte en el gozo de tu señor. Llegóse despues el que habia recibido dos talentos, y dijo: señor, dos talentos me diste; aquí te traigo otros dos que he ganado con ellos: díjole su amo: Bien está, siervo bueno y fiel; pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas mas; ven á participar del gozo de tu señor.

MEDITACION.

Sobre la humildad y mansedumbre.

Considera que Jesucristo nos ordena que lo imitemos, diciendo: "Aptended de mí que soy manso y humilde de corazón." Estas dos

virtudes nos recomendó principalmente como que fueron, las que formaron, por decir lo así, su carácter entre los hombres; pues aunque posee todas las virtudes, son estas las que juzgó mas convenientes para nuestra reforma. Mira lo mucho que debes trabajar por conseguirlo: pues sus efectos no solo caen en provecho de nuestro individuo, sino tambien en el de nuestros prójimos. Apénas hay pasiones que causen mas estragos en el mundo que la soberbia y la ira. La soberbia, mas de todos los vicios, los mantiene, los irrita y los pone en accion para lograr sus fines. La ira turba el órden, rompe la caridad, introduce la discordia, agita los ánimos, y arma al hombre contra su semejante, hasta causar su ruina y perdicion. ¡Ah, que hasta este pequeño rasgo para conocer la importancia y necesidad de la humildad y de la mansedumbre!

Considera que el Salvador deseó tan vivamente formarnos en la humildad y mansedumbre, que quiso enseñarnos personalmente y ponernos en sí mismo un ejemplar perfecto que imitemos para su práctica, progreso y perfeccion. A la verdad no ha habido ni pudiera haber quien fuese mas humilde y mas manso que Jesucristo: manso y humilde con sus discípulos y con las turbas; manso y humilde entre las mayores adversidades, ultrajes y trabajos; manso y humilde desde que nace en un pesebre, y huye de Herodes su perseguidor, hasta que muere en una cruz, á manos de sus enemigos, á quienes perdona, y para quienes pide de su Padre celestial la misma gracia. Siendo, pues, tal el ejemplar divino, cierto es que las copias deben ser muy parecidas. Así lo entendieron los Santos, y por eso se esforzaban á adelantar y perfeccionarse cada dia mas, y mas en tan excelentes virtudes; ellas formaron con especialidad el caracter de virtud con que tanto resplandeció San Francisco de Sales, sus palabras, sus escritos, su conducta toda se ve marcada con el sello divino de estas virtudes. ¿Pero son ellas las que forman el nuestro? ¿Resplandecen en nuestras obras y palabras? ¿Podremos ser conocidos por ellas como discípulos de Cristo? ¡Ah! ¿Qué vanamente llevamos este título glorioso! En la vida nos consolamos con tenerle; pero en el juicio de Dios nada nos aprovecha, si no lleva consigo la sustancia de la virtud.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Cierto es que soy hijo de un Dios todo humildad y mansedumbre; mas si no las poseo, degenero de mi Padre, y por lo mismo no

me reconocerá por hijo suyo. No sea tal mi desgracia ¡oh Dios bueno y misericordioso! Mas antes seame dada por tu bondad tal virtud, que me haga reconocer en tu presencia por fiel retrato de tu Hijo, que siendo como es, el primogénito entre muchos hermanos, no se desdén de confesarme como tal. Esto te pido por la misma humildad y mansedumbre de tu Hijo Soberano, y por la intercesion de su fiel imitador San Francisco de Sales.

JACULATORIA.

¡Oh Señor, que siervo tuyo soy: yo soy tu siervo é hijo de tu esclava!

LECCION.

Sobre que Dios prometió un Mesías á un Salvador del linage humano.

Para manifestar este dogma consolador de la revelacion cristiana, será muy conducente demostrar las promesas hechas por Dios al género humano de un Salvador, y que estas promesas tantas veces repetidas, han tenido ya su cumplimiento exacto. Veamos como fué prometido á los judíos un Mesías que seria su legislador y Salvador y de toda la descendencia de Adán.

Al hablar del pecado original, y de la redencion, hemos recordado aquel pasaje del Génesis, en que se refiere que antes de pronunciar Dios la sentencia contra Adán y Eva, dirigiéndose á la serpiente, le dijo: Estableceré una eterna enemistad entre ti y la muger, entre tu linage y su linage; ella quebrantará tu cabeza. El demonio tomó por instrumento la serpiente para seducir á Eva, y por consiguiente, á él se dirigieron estas expresiones; cuyo sentido fué, que en el trascurso de los tiempos, un descendiente de Eva, enviado por Dios, quebrantaría la cabeza de Satanas, destruyendo su dominio y el pecado. Así lo comprendieron los primeros patriarcas hasta Abraham, y desde la época de este padre de los creyentes, hizo tantos progresos la idolatría y la supersticion, que comenzó á oscurecer la memoria de esta promesa, y se hubiera perdido, si Dios no hubiese llamado á Abraham, y prometido que el Mesías naceria de su familia, y que todas las naciones serian benditas en su descendencia. La misma promesa hecha en los propios términos á Isaac, y en seguida á Jacob, fué la tercera revelacion del Mesías. Próximo ya á morir Jacob, anunció á sus hijos la suerte futura de la tribu de

que cada uno de ellos debía ser origen. Al llegar á Judá, entre otras profecías, les hizo la siguiente muy notable: No será quitado de Judá el cetro y de su puesto el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectación de las gentes. Expresiones que denotan el tiempo en que el Mesías debía aparecer en Israel.

Cuando Moisés dió la ley á los Israelitas en el desierto, les anunció de parte del Altísimo: "El Señor, les dijo, suscitará un profeta de vuestra nación; á él escuchareis." Esta profecía no puede entenderse sino del Mesías, porque Moisés no habla sino de un solo profeta, aunque sabía que Dios había de suscitar muchos en el pueblo escogido; porque habla de un profeta, semejante á él, esto es, legislador como él; al decir, le escuchareis, insinúa que anunciaría una nueva doctrina, que no solo hablaría á nombre de Dios, sino también en su nombre: últimamente, que hablando este profeta, Moisés y la ley callarían en su presencia.

A proporción que se acercaba el tiempo señalado en los consejos eternos del Altísimo para la venida del Mesías, las profecías eran mas claras y mas circunstanciadas. David, en cuya casa había de reinar, lo vió de lejos y suspiró incesantemente por él. Le canta en sus salmos con una magnificencia, á la que jamás llegará cosa alguna. Vióle excediendo á Salomón en magnificencia y en sabiduría, vióle en un trono mas durable que el sol, vió á sus pies todas las naciones vencidas y benditas en él, vióle en el esplendor de los santos saliendo ántes que la aurora del seno del padre, pontífice eterno sin sucesor, no segun el órden de Aaron, sino del de Melchisedec.

Prescindiendo de otras muchas profecías, solo haremos mención de las tres principales, de Daniel, Ageo y Malaquías. Daniel nos dice que en una vision que tuvo escuchó: "Se han abreviado setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la provocation y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad; sea traída justicia perdurable y tenga cumplimiento la vision y la profecía, y sea unigido el Santo de los Santos. Sabe y nota atentamente desde la salida de la palabra, para que Jerusalem sea otra vez edificada, hasta Cristo príncipe. Serán siete semanas y sesenta, y dos semanas; y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempos de angustia, y despues de sesenta y dos semanas será muerto el Cristo; y no será mas suyo el pueblo que le negará, y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario." En esta profecía se anuncia la venida del Mesías y su grandioso objeto el

número de los años que debían pasarse desde el edicto dado para la reedificación de Jerusalem hasta la muerte del Mesías.

A la vuelta del cautiverio de Babilonia, los judíos construyeron un templo nuevo. La vista de él causó en los jóvenes llantos de júbilo; pero los ancianos lloraban de dolor recordando otra época mas venturosa para su nacion. En estos momentos el profeta Ageo se presenta, y á nombre de Dios exclama: "¿Quién ha quedado entre vosotros que haya visto esta casa en su primera gloria? ¿Y cuál es parece esta obra? ¿Acaso no es ella ante vuestros ojos como si no fuera?... Pero tened buen ánimo, trabajad pues, yo soy con vosotros, dice el Señor de los ejércitos. La palabra que concerté con vosotros cuando salisteis de la tierra de Egipto y mi espíritu estará en medio de vosotros, no temáis.... Aun falta un poco, y yo conmoveré el cielo y la tierra, y la mar, y todo el universo. Y moveré todas las gentes, y vendrá el desecado de las gentes, y henchiré esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos.... Grande será la gloria de esta última casa, mas que la primera, dice el Señor de los ejércitos, y en este lugar daré paz." Es imposible que estas palabras hagan relacion á otro que al Mesías. Finalmente, Malaquías, el último de los profetas, anunció la venida del precursor de Jesucristo y la del Salvador, con la proximidad que se nota en estas palabras. "He aquí, yo envío mi ángel y preparará el camino ante mi faz: Y luego vendrá á su templo el Dominador á quien vosotros buscáis, y el Angel del Testamento que vosotros deseáis. He aquí viene, dice el Señor de los ejércitos." Estos oráculos de Malaquías fueron la última voz de los profetas. Toda la nacion judaica quedó en la expectativa de la pronta venida del Mesías, pues era él toda su esperanza. Siempre tuvieron fijos los ojos hacia el lugar donde debía nacer, y confrontaban todos los hombres extraordinarios que aparecían de cuando en cuando con algunos rasgos del retrato que habia trazado de la Escritura.

En los textos de la Escritura en que Dios promete el Mesías, se encuentra evidentemente la prueba de que ya ha venido algunos siglos hace. Jacob anuncia que vendrá cuando haya perdido su cetro la tribu de Judá, y esto sucedió luego que Herodes, príncipe idumeo, fué hecho rey de Judca por los romanos, hace mas de mil ochocientos años.

Daniel declaró que el Mesías seria condenado á muerte. Ageo predijo que la gloria del segundo templo seria superior á la del pri-

mero, y que en él daría Dios la paz al mundo. Malaquías declama que el Mesías vendría á este templo. Pero este templo ha sido arruinado por los romanos hace mas de mil setecientos años; luego es preciso que el Mesías haya venido ya. Esta es la idea que la revelacion nos ofrece de las promesas hechas por Dios con respecto al Mesías, y á la época de su venida, y lo que solo ella puede manifestarnos como depositaria de la voluntad divina declarada á los hombres.

DIA TREINTA.

Santa Martina virgen y mártir.

HACIA el principio del siglo II nació esta gloriosa Santa en Roma, de familia muy distinguida, pues su padre obtuvo por tres veces el cargo de cónsul. Sus padres que eran cristianos la educaron con tanto esmero en los principios de la religion, y ella aprovechó en tal grado en la práctica de las virtudes, que luego que estos murieron repartió á los pobres las muchas riquezas que había heredado, inflamada en el deseo de la perfeccion.

Presa por cristiana Santa Martina, y manteniéndose firme en confesar su fé, fué atormentada por dos veces con azotes, despedazada con garfios de hierro, con tientos cortantes y agudas puntas, y no cediendo su constancia bañaron su cuerpo con manteca derretida y la expusieron en el anfiteatro á las fieras, las que no se atrevieron á tocarla, como ni tampoco las llamas en que fué arrojada. Muchos de sus verdugos, ilustrados de la gracia de Dios y convencidos con tantas maravillas, se convirtieron al cristianismo y fueron mártires. Mas no terminaron aquí los prodigios: por sus oraciones se arruinaron los templos de las falsas deidades con fuertes terremotos, y se destruyeron sus estatuas; sus heridas brillaban y esparcían un olor suavisimo, y los coros angélicos cantaban en su compañía las divinas alabanzas. Por último, separada la cabeza del cuello, voló á la eterna bienaventuranza, precedida de una voz celestial que la llamaba. De esta suerte ostenta Dios su poder, haciendo triunfar al sexo débil de unos tormentos muy capaces de intimidar á los hombres mas esforzados.

Las reliquias de esta gran Santa, á quien Roma ha profesado una singular devocion en una capilla fabricada al pié del monte Capito-



Sta. Martina Virgen



S. Pedro Solitario Confesor.



S. Severo Obispo.



S. Ignacio Mártir.

mero, y que en él daría Dios la paz al mundo. Malaquías declama que el Mesías vendría á este templo. Pero este templo ha sido arruinado por los romanos hace mas de mil setecientos años; luego es preciso que el Mesías haya venido ya. Esta es la idea que la revelacion nos ofrece de las promesas hechas por Dios con respecto al Mesías, y á la época de su venida, y lo que solo ella puede manifestarnos como depositaria de la voluntad divina declarada á los hombres.

DIA TREINTA.

Santa Martina virgen y mártir.

HACIA el principio del siglo II nació esta gloriosa Santa en Roma, de familia muy distinguida, pues su padre obtuvo por tres veces el cargo de cónsul. Sus padres que eran cristianos la educaron con tanto esmero en los principios de la religion, y ella aprovechó en tal grado en la práctica de las virtudes, que luego que estos murieron repartió á los pobres las muchas riquezas que había heredado, inflamada en el deseo de la perfeccion.

Presa por cristiana Santa Martina, y manteniéndose firme en confesar su fé, fué atormentada por dos veces con azotes, despedazada con garfios de hierro, con tientos cortantes y agudas puntas, y no cediendo su constancia bañaron su cuerpo con manteca derretida y la expusieron en el anfiteatro á las fieras, las que no se atrevieron á tocarla, como ni tampoco las llamas en que fué arrojada. Muchos de sus verdugos, ilustrados de la gracia de Dios y convencidos con tantas maravillas, se convirtieron al cristianismo y fueron mártires. Mas no terminaron aquí los prodigios: por sus oraciones se arruinaron los templos de las falsas deidades con fuertes terremotos, y se destruyeron sus estatuas; sus heridas brillaban y esparcían un olor suavisimo, y los coros angélicos cantaban en su compañía las divinas alabanzas. Por último, separada la cabeza del cuello, voló á la eterna bienaventuranza, precedida de una voz celestial que la llamaba. De esta suerte ostenta Dios su poder, haciendo triunfar al sexo débil de unos tormentos muy capaces de intimidar á los hombres mas esforzados.

Las reliquias de esta gran Santa, á quien Roma ha profesado una singular devocion en una capilla fabricada al pié del monte Capito-



Sta. Martina Virgen



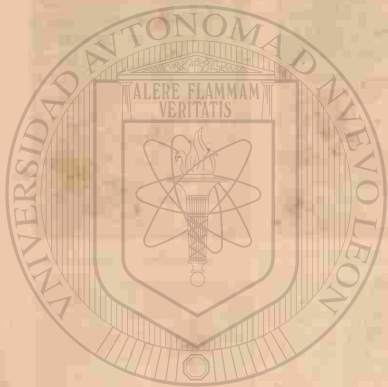
S. Pedro Solitario Confesor.



S. Severo Obispo.



S. Ignacio Mártir.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

lino, fueron descubiertas el 25 de Octubre de 1664 en el pontificado de Urbano VIII, su particular devoto, junto con las de San Concordio y otro Santo mártir, y colocadas en la antigua iglesia de la Santa, que reedificó despues Alejandro VI, contándose desde entonces á Santa Martina en el número de los patronos de aquella capital del orbe cristiano. La invencion de estas reliquias tuvo lugar en la bóveda de su Iglesia ya arruinada: estaba en un atahud, ó gran cofre de barro, colocado sobre una grande piedra entre dos paredes, y cubierto de tierra y cascajo. Hallóse separada la cabeza del resto del cuerpo en una vasija muy maltratada, y se reconoció fácilmente ser de una jóven. Había en la caja otros huesos separados por tres láminas. Las inscripciones manifestaban ser de los Santos que hemos menciondo. Aunque no se sabe el día fijo de la muerte de Santa Martina, el referido papa Urbano VIII la asignó para el 30 de Enero, componiendo él mismo los himnos que se rezan en su oficio.

La Epistola es del capítulo LI del libro de la Sabiduría.—(Eclesiástico.)

Página 130.

Yo te glorificaré, ó Señor y Rey, y te alabaré, &c.

El Evangelio es del capítulo 25 de San Mateo, pág. 131.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante, &c.

MEDITACION.

Sobre la dicha de dar la vida por Jesucristo.

Considera, qué gozo, qué consuelo causa la noticia de haberse ganado un pleito, de haberse conseguido una victoria que asegura la corona! Pues incomparablemente mayor es el que experimenta un mártir en su muerte. Con ella pone fin á su destierro; con ella rompe una larga cadena de males; con ella termina una continua serie de escollos, de temores, de peligros; con ella se ciega el maanial peregrino de inquietudes, de sustos, de sobresaltos; con ella comienza una felicidad eterna é interminable. Las almas de los justos están en las manos de Dios, y el tormento de la muerte no los afligirá. Lo que hace terrible la muerte es la vista de un Dios airado; pero cuán léjos estará de temerla el que la admite por Dios!

Quando no se ama la vida, se deja sin dolor; y cuando se piensa que el morir es principio de una vida eterna, se muere con placer.

Considera cuánto consuela á una alma justa la memoria de lo pasado! ¡Cuánto le alienta la esperanza de lo futuro! Las misericordias del Señor que está para recibir, y la eterna bienaventuranza que está para gozar. A la verdad, aun el alma santa tiene motivo para temer, á vista de sus culpas pasadas; pero también le alienta la vista del Crucifijo. Al mártir la vista de Jesucristo le inspira tan grande confianza, que ni la tentación le derriba, ni la turbación le ofusca, ni el horror de la muerte es capaz de hacerlo titubear. ¡O Gracia de gracias digna de codiciarse! ¡O feliz Martina, que fuiste favorecida con ella! alcánzanos de aquel por quien diste la vida, que imitemos tu pureza, y hagamos de nuestra vida igual sacrificio.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Cierto es que no puede haber mayor dicha, ni obra mas meritoria que dar la vida por el amador como tampoco muerte de mayor alegría y consuelo: mas tal dicha, tal mérito y consuelo ¿podré lograrlos yo que tanto disto de la santidad de los justos? Ciertamente que no, mientras no me acerque á ti, Dios mio, por la sangre de tu Cristo. ¡Ah! este es mi deseo y la petición humilde y confiada con que me presento á ti: alcánzar de tu misericordia que con esta sangre rescates mi alma y la lavés de la mancha del pecado, y que esmaltada con ella me haga digno de ti.

JACULATORIA.

Cristo es vida para mí, y el morir una ganancia.

LECCION.

Jesucristo es el Mesías prometido.

El Mesías prometido por Dios desde los primeros dias del mundo, anunciado con tanta frecuencia en la Ley y los profetas, señalado con caracteres tan marcados, es Jesucristo vida nuestra, autor del cristianismo, soberano objeto de nuestra adoración y reverente culto. "Este Mesías sagrado, siendo Hijo de Dios, aprendió la obediencia por las cosas que padeció, dice San Pablo, y consumado fué hecho autor de salud eterna para todos los que le obedecen." Como el objeto de la mision de Jesucristo era atraer el mundo al conoci-

miento de Dios, reconciliarlo con él, y establecer una nueva alianza entre Dios y los hombres, la venida del Mesías ha debido manifestarse con tanta evidencia, que nadie de buena fé pudiera desconocerle al notar en él todos los caracteres señalados por los profetas de un modo tan particular, que con ningun otro puede equivocarse ni confundirse.

Para demostrar, pues, que Jesucristo es el Mesías, basta confrontarlo, por decirlo así, con el retrato que se nos hace de él en el Antiguo Testamento. Cotejando las profecías con los Evangelios, en primer lugar las que tocan al origen del Mesías y al tiempo y lugar de su nacimiento; en segundo lugar, las tocantes al modo extraordinario con que debia nacer, á su condición y á su carácter personal, y finalmente las que dice en relacion á su predicacion y milagros, y á las contradicciones que debia sufrir su doctrina, dejando para la siguiente leccion las pertenecientes á su pasión y muerte, vocacion de los gentiles y reprobacion de los judíos.

El Mesías, segun todos los profetas y el vaticinio de Jacob, debia nacer de la tribu de Judá, y de esta tribu fué la familia de David. Pues he aquí que los mismo judíos así lo han creído siempre hasta el dia, y con frecuencia han llamado al Salvador el Hijo de David. El profeta Isaias lo da á conocer por el nombre de vástago de Jessé que fué el padre de David: "Saldrá, dice, una vara de la raíz de Jessé... y reposará sobre él el Espíritu del Señor." Segun las dos genealogías de Jesucristo que nos han dejado San Mateo y San Lucas, el Salvador descendió de David; y San Pablo hablando á los hebreos, dice: "Manifiesta cosa es, que del linage de Judá nació nuestro Señor."

Dijimos ya en otra leccion que Jesucristo nació conforme al vaticinio de Jacob, en el tiempo en que la tribu de Judá acababa de perder el cetro y la autoridad real por la usurpacion de un príncipe idumeo, cual era Herodes. Por todos los cálculos que han hecho los sagrados expositores y los historiadores, Jesucristo nació en la semana sesenta y cinco de las designadas en la profecía de Daniel: nació tambien en Belén, pequeña poblacion de Judá, segun la profecía de Miqueas de que hemos hecho mencion en una de las anteriores lecciones, la que se conservaba tan presente en la memoria de los judíos, que sus doctores la refirieron á Herodes cuando les preguntó sobre el lugar en que debia nacer el Mesías prometido.

El Evangelio nos refiere que habiendo sido presentado Jesus en el templo con arreglo á la ley, el Santo viejo Simeon y profetisa Ana lo reconocieron por el Mesías: que á la edad de doce años asombró con su profunda doctrina á los doctores que estaban en el templo, y que durante su vida fué varias veces al mismo templo para enseñar al pueblo, con lo que quedaron cumplidas las profecías de Aggeo y de Malaquías que copiamos en la lección de ayer; por consiguiente todas las profecías que miran al origen ó familia del Mesías, al tiempo y al lugar de su nacimiento, se han verificado en Jesucristo, hallándose en él estos cinco primeros caracteres del Mesías: ser de la tribu de Judá, de la familia de David, nacer en Betlen, en el tiempo señalado por Jacob y Daniel, y estar en el segundo templo. Mas el Mesías debía nacer de un modo extraordinario.

En efecto el Salvador nació de una Virgen, cumpliéndose la célebre profecía de Isaías, relativa al nacimiento del Mesías, la cual dice: "Oíd pues, casa de David.... Por eso el mismo Señor os dará una señal. He aquí que concebirá una Virgen, y parirá un Hijo, y será llamado su nombre Emmanuel." Esto nombre significa *Dios con nosotros*: vemos cumplida en Jesucristo esta notable profecía por el mas asombroso milagro, formándose por obra del Espíritu Santo en el vientro de la Virgen María un cuerpo, que unido al abas y á la divinidad en la persona del Verbo, nos dió este compuesto divino de hombre y Dios verdadera en Jesucristo: conforme á lo cual dijo el ángel del Señor á San José: "José, hijo de David, no temas recibir á María tu mujer, porque lo que en ella ha nacido, de Espíritu Santo es." Así se nos refiere en el Evangelio de San Mateo; y en el de San Lucas se nos dice, que respondiendo el ángel á la Virgen María, le dijo: "El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sembrar, y por eso lo Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios."

Por lo tocante á la condicion temporal del Mesías por su pobreza, Zacarías la habia profetizado en las siguientes palabras: "Regocijate mucho, hija de Sion, canta, hija de Jerusalem: mira que tu Rey vendrá á tí justo y salvador: él vendrá pobre y sentado sobre una asna y sobre un pollino hijo de asna." Esta profecía se cumplió en la entrada que hizo efectivamente Jesucristo en Jerusalem; y que refieren los evangelistas, y su pobreza se notó al verlo nacer en un establo, mantenerse los treinta primeros años de su vida mortal á merced de su personal trabajo, y los tres últimos de las limosnas

que le hacian. "Las raposas tienen sus madrigueras, decía el mismo Jesucristo, y los pájaros del aire sus nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene en donde reposar su cabeza."

Isaías que puede llamarse el Profeta del Mesías, nos ha trazado muy detallada y minuciosamente el carácter personal del Salvador; de quien dice lo siguiente: "*El Espíritu del Señor reposará en él. El espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de piedad, y será lleno del espíritu de temor del Señor. No juzgará por los informes de los ojos, y no condenará por vida. Y en otro lugar: El promulgará justicia á las naciones: no veerá ni tendrá acepción de persona, ni será oída de afuera la voz de él.... hará justicia según verdad. No será triste ni turbulento, mientras que establezca la justicia en la tierra.*" En efecto, en Jesus se encuentra lo sublime de la moralidad y de la perfección; la imaculada pureza de sus costumbres, la profundidad de su doctrina, la excelencia de su sabiduría, su equidad imparcial, su ardiente celo por la gloria de Dios. El heroico desprendimiento de sí mismo y de todas las cosas, para estar consagrado todo á la honra y servicio de Dios y al bien de los hombres, lo colocan á una distancia infinita de todo lo que el género humano habia producido y puede producir de bondad y excelencia en los hombres, pues no hay acción, no hay palabra suya, que no dé á conocer lo eminente de su carácter personal, y que no le señale como el original del retrato trazado por Isaías.

Finalmente, las profecías que miran á la predicacion del Mesías, que dicen relacion á sus milagros y que anuncian las contradicciones que sufriria su admirable doctrina, se ven cumplidas de un modo indudable en Jesucristo. El repetido Isaías, tomando la voz del futuro Mesías, se expresa en estas palabras: "El Espíritu del Señor se ha reposado sobre mí; porque el Señor me ha llenado de su uncion: me ha enviado para anunciar su palabra á los que son dulces, para publicar el año de reconciliacion del Señor, y el día de la venganza de nuestro Dios, para consolar á todos los que lloran." La vida pública de Jesucristo, no fué empleada sino en la predicacion á los pobres, y siempre anunciaba á los hombres que el tiempo de la reconciliacion habia llegado.

Este mismo Profeta anuncia en otra parte: *Al principio Dios ha aliviado la tierra de Zablon y la tierra de Neftai, y al fin su mano se ha hecho pesada sobre la Galilea de las naciones, que es*

tá á lo largo del mar, al otro lado del Jordan. El pueblo que caminaba en las tinieblas, ha visto una grande luz, y el día se ha levantado para aquellos que habitaban en la region de la sombra de la muerte. Se nota en esta profecía que el Mesías debía comenzar su predicacion en las tribus de Zabulon y Neftali; y en San Mateo se lee, que dejando Jesucristo á Nazareth, fué á parar á Cafarnaum, pueblo marítimo sobre los confines de Zabulon y de Neftali, para que tuviese su mas puntual cumplimiento la profecía, iluminándose esta region con luz del Evangelio; y pronunció despues su maldicion contra Betzaide, Corozain y Cafarnaum, que no quisieron aprovecharse de su predicacion; de manera que nada dejó de cumplirse de lo predicho por Isaias.

Que el Mesías debía hacer milagros, es una predicacion bastante repetida por los Profetas. Solo recordaremos un anuncio de Isaias: *“Dias mismo vendrá y os salvará. Entonces serán abiertos los ojos de los ciegos, y serán abiertas las orejas de los sordos. Entonces el ciego saltará como el ciervo, y la lengua de los mudos será suelta.”* Del Evangelio consta que Jesucristo ha hecho multitud de los mayores milagros, verificados algunos puntualmente, para probar que era el Mesías Hijo de Dios.

Por último, al repetido Isaias anunció que la predicación del Mesías sufriría contradicciones: *“El se volverá vuestra santificación, y él será una piedra... de escándalo para Ismael, un lazo y un motivo de ruina á los que habitan en Jerusalem: muchos de entre ellos tropezarán contra esta piedra.”* Esta profecía se ha cumplido á la letra, pues en el Evangelio vemos que una parte muy corta de la nacion judía se aprovechó de la predicacion y fué santificada; mas para la mayoría fué por su culpa un motivo de escándalo, porque encaprichándose en contradecir su doctrina y desconocerlo por el Mesías, en sostener la ley de Moisés y todo lo que formaba la expirante sinagoga, se buscó su ruina, porque la disposicion de Dios de establecer su Iglesia y abrogar la sinagoga, no podia dejar de cumplirse, y el resultado debía ser y fué en efecto, que terminada la figura por la existencia de la realidad, y fenecido el pacto de Dios con aquel pueblo, por el establecimiento de la nueva alianza, la nacion judía perdió todos sus derechos y prerogativas, y vino á quedar, no solo como uno de tantos pueblos de la tierra, sino como un pueblo reprobado, y con tan gran motivo y justa causa como el crimen que cometió contradiciendo la verdad que le anunciaba el Mesías, y per-

siguiéndolo hasta ponerlo en una cruz. Por eso dijo el mismo Jesucristo á los discípulos del Bautista que vinieron de su parte á preguntarle si era él el Mesías: *“Bienaventurado el que no fuere escandalizado en mí.”* Despues de todo esto, ¿quién podrá dudar que Jesucristo es el Mesías prometido?

DIA TREINTA Y UNO.

San Pedro Nolasco, fundador.

SAN Pedro Nolasco fué natural del Languedoc y nació de una familia muy noble el año de 1189. Educado segun las costumbres de la nobleza de aquel tiempo, habiendo perdido á su padre á la edad de quince años, siguió al conde de Montfort, general de la cruzada contra los albigenses, y despues de la famosa batalla de Muret, en que murió Pedro, rey de Aragon, el vencedor compadecido de la tierna infancia de su hijo Jaime, le dió por ayo á nuestro Santo que solo tenia veinte y cuatro de edad, oficio que desempeñó inspirando al jóven príncipe la piedad para con Dios y el amor á la justicia y verdad, especialmente con su ejemplo, pues huyendo de todos los placeres mundanos, solo se ocupaba en cumplir sus deberes, en la erccion, estudio y penitencia.

La extraordinaria inclinacion con que habia nacido á favorecer á los pobres y desgraciados, á quienes socorría abundantemente, lo movió á ampliar los bienes que poseia en su patria en librar á los cristianos cautivos entre los moros. Los buenos sucesos de sus primeros ensayos, lo excitaron á solicitar limosnas y á establecer una congregacion con el mismo fin. Atacó á este piadoso instituto, como ha sucedido con todos los de la Iglesia de Dios, la furia del inferno, la maldicencia de los hereses, y la envidia de los perversos cristianos; pero nuestro Santo con el auxilio divino, logró obtener la aprobación del rey, de los grandes y personas piulosas, que favorecieron una empresa por la que se restituian al estado y se conservaban en la religion, sujetos que hacian falta á aquel y podian abandonar esta. La misma Madre de Dios quiso tomar empeño en proteger esta obra tan misericordiosa y tomarla á su cuidado, pues apareciéndose en una noche á San Pedro Nolasco, á San Raimundo de

Peñafort y al rey D. Jaime, les reveló sería de su agrado se estableciese un Orden religioso, que tomase su nombre y tuviese por objeto romper las cadenas de los fieles, cautivos en poder de los bárbaros.

Comunicado este aviso entre los tres que lo habían recibido, el rey presentó á nuestro Santo en la Iglesia catedral el día de S. Lorenzo, al obispo de Barcelona, de quien recibió el hábito religioso, y haciendo en sus manos junto con dos compañeros nobles los tres votos ordinarios de religion, al que se añadió el cuarto de redimir cautivos aun á costo de su propia libertad, quedó establecido el cautativo *Orden de Nuestra Señora de la Merced y redencion de cautivos*. Dióles Jaime para ennobrecerlos sus mismas armas, á las que acompañó el obispo su cruz, y les cedió la mayor parte de su real palacio de Barcelona, para habitación de los primeros religiosos; mas habiéndose aumentado muy en breve su número, pasaron á otra casa á la que se agregó el templo de Santa Eulalia. Ocupado desde luego San Pedro en el arreglo de su nueva familia, no volvió á la corte sino una sola vez, en que partidos encontrados alteraban la tranquilidad pública de Aragon y aun habían detenido prisionero al rey en un castillo: negocio delicado que terminó felizmente el Santo, y es una de las muchas pruebas de ventajas que proporcionó á la sociedad los varones apostólicos.

Vuelto Nolasco á su monasterio, aunque ya por sí y por sus hijos había trabajado en remitir algunas limosnas para la redencion de los cautivos, considerando no ser esto bastante para llenar cumplidamente su voto, determinó pasar personalmente en union de otro compañero á emprender aquella peligrosa mision. Trasládose á los reinos de Valencia y Granada, ocupados por los sarracenos, y en ambas expediciones tuvo un felicísimo éxito, pues no solo redimió cuatrocientos cristianos, sino que aprovechando la ocasion de su residencia entre los moros, convirtió muchos de ellos al cristianismo. Con tan dichosos principios se propagaba el orden de la Merced en Cataluña y Aragon, lo cual movió á la sede apostólica á aprobarlo y confirmarlo por una bula en 1239, y á privilegiarlo en los siglos siguientes con la concesion de innumerables indulgencias.

Las expediciones del rey de Aragon despues de la conquista de Mallorca á los reinos de Valencia y Murcia, interrumpieron las empresas de nuestro Santo, que en recompensa recibió el permiso y medios de establecer nuevos monasterios de su orden en las tierras

conquistadas, dándoles entre otras cosas el castillo de Unera, famoso por haberse descubierto, cavando en él, una imagen de la Santísima Virgen oculta bajo una gran campana, que sacada de allí se atrajo desde luego la devocion del pueblo. El caritativo Redentor despues de haber sacado de las mazmorras de España considerable número de cristianos, pasó con el mismo piadoso fin á Argel, donde si no fué tan feliz en su expedicion, logró aumentar sus méritos con la paciencia con que padeció mil persecuciones y ultrajes por Jesucristo, deseando sacrificar por su amor la sangre y la vida, como había ya ofrecido por el de su prójimo sus bienes y libertad; mas Dios se contentó con sus heroicos deseos, y no consintió consumasen el martirio los infieles. Cuando regresó de sus viages renunció el cargo de Redentor y el de general de su orden, y aunque se le admitió dejase el primero, no se le permitió separarse del gobierno, por mas empeños que hizo anhelando solo vivir en él retiro y obediencia. Sin embargo, condescendiendo en parte con sus súplicas, se le nombró un vicario que lo auxiliase, con lo que el Santo aliviado en parte se entregó á los oficios mas bajos y abatidos del convento, especialmente á repartir las limosnas diarias á los pobres en las puertas de él, ministrándoles con los auxilios temporales para subvenir á las necesidades del cuerpo, los espirituales de que esta clase de gente se halla mas necesitada para su salvacion. Práctica edificante, que siempre han ejercido las comunidades religiosas, á quienes tanto odian los que no saben ni han sabido jamas alargar una mano benéfica y compasiva, al pobre que desfallece de hambre!

El resplandor del nuevo instituto ilustraba al mundo y hacia estimable á su fundador, á quien no solo honraban los reyes de España, sino tambien el gran San Luis rey de Francia, quien el Languedoc lo recibió con sumas demostraciones de aprecio y estimacion. Comunicóle sus designios de pasar á la conquista de Tierra Santa, convidándolo á seguirlo; proposicion que recibió nuestro Santo con alegría, porque ella lo brindaba con grandes ocasiones de ejercitar su caridad y cumplir su voto. Así es que sin que lo detuviesen su avanzada edad y delicada salud, se dispoina á partir, cuando una grave enfermedad, resultado consiguiente á sus muchas penitencias y cristianos trabajos, puso fin á su gloriosa vida en la noche de Navidad del año de 1256 ó 1257, despues de haber dado admirables ejemplos, instrucciones y consejos á sus hijos. Su cuer-

po fué sepultado segun sus órdenas como el de un simple religioso; mas en virtud de los muchos milagros obrados por su intercesion, el papa Benedicto XII permitió lo elevasen de la tierra y se colocara en una capilla dedicada al Santísimo Sacramento: el Sr. Urbano VIII lo canonizó solomamente, y su culto se difundió á Francia, España y Nuevo Mundo, con rito igual al de los otros Santos patriarcas de religiones por concesion posterior de Clemente X.

La Epistola es del capítulo XXXI de la Sabiduria (Eclesiástico).

Bienaventurado el rico que fué hallado sin culpa, y que no corrió tras el oro, ni puso su esperanza en el dinero y en los tesoros. ¿Quién es este y lo elogiáramos? Porque él ha hecho cosas admirables en su vida. Él fué probado por medio del oro, y fué hallado perfecto; por lo que tendrá una gloria eterna. Pudo pecar y no pecó, hacer el mal y no le hizo; por eso sus bienes están asegurados en el Señor; y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey; porque ha sido del agrado de nuestro Padre daros el reino. Vended lo que poseéis y dad limosna. Hacedos unas bolsas que no se echen á perder, un tesoro en el cielo que jamás se agota, á donde no llegan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí tambien estará vuestro corazon.

MEDITACION.

Sobre el amor del prójimo.

Considera que debemos amar á nuestro prójimo, imitando el amor con que Dios nos ama. Aquellas tres divinas Personas que no son mas que un Dios, una esencia, una naturaleza, ordenan que todos los hombres formen un solo corazon; y Jesucristo nos da el ejemplo de las cualidades que debe tener, acomodándose á nuestra flaqueza, haciéndose padre, médico, sustento, maestro y todas las cosas, remediando todas nuestras necesidades, y dándonos de todas aquellas cosas que en sí tiene, como piedad, compasion, riquezas, poder, y otras con que podamos remediar á nuestros hermanos, al cautivo redimiéndolo, al enfermo curándolo, al ignorante enseñándolo, al pobre socoriéndolo. ¡O amor santísimo que hace comunes

los bienes entre los hermanos! De suma importancia es procurarlo, pues sin él no hay semejanza con Dios; no hay imitacion de Jesucristo, no hay hermandad, y por consiguiente, no hay salvacion.

Considera cuántos auxilios nos ha dado nuestro buen Señor para que le seamos semejantes, y cuánto los hemos dejado perder; ¡cuántos pobres mas limosneros que nosotros, siendo ricos tal vez nosotros! ¡Cuántos mas compasivos, teniendo mas lejos á los que padecen! ¡Cuántos privándose de su descanso, atravesando y surcando los mares, para socorrer al necesitado! ¡Y todos estos ejemplos, todas las inspiraciones, y la presencia de los objetos que merecen nuestra compasion, y la proporcion que tenemos de aliviarlos facilmente, aun no nos mueven? Muévanes hoy por fin San Pedro Nolascó, cuya caridad y verdadero amor á sus hermanos se ha perpetuado hasta nosotros; él le hizo desasirse de sus bienes y mendigar para el rescate de los cautivos; no escusar trabajos, viajes y navegaciones; y fundar finalmente una religion, cuyo instituto fuera su socorro. Con razon mereció la inspiracion y amparo de aquella Madre de Merced y Caridad, que generosamente ofreció á su amado y precioso Hijo, para rescate de los hombres míseros cautivos del demonio.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Dios! y qué cuenta tan terrible tengo que dar de tantos auxilios como me habeis dado y podia haber comunicado á mis hermanos, tantas proporciones como he tenido para socorrerlos, tantos talentos que no he empleado en ellos. ¿Qué diré de mí sino que soy un desnaturalizado, infinitamente desemejante á Dios, por la desunion que he tenido con mis hermanos para quienes nada he sido? Perdón, Señor, y gracia para formar en mi corazon un nuevo vínculo de caridad que me enlace con vos y con mis prójimos, haciéndome semejante á vos y útil á ellos.

JACULATORIA.

Así como me ama mi Dios, amare yo á mis hermanos.

LECCION.

Continúa la anterior.

Hemos visto en la leccion de ayer, que desde la caída de Adán, se hizo por Dios la promesa de un Mesías para la redencion del géne:

ro humano: Esta promesa se renovó á Abraham, á Isaac y Jacob, á quienes hizo Dios padres de un pueblo numeroso y escogido. El Mesías, pues, debía hacer de esta nacion, instruírle, darle una ley mas santa y mas perfecta que la de Moises, y comenzar por ella la grande obra de la regeneracion; mas ya Dios habia previsto que este pueblo no pagaría sus beneficios sino con ingratitudes, y que en vez de reconocer al Salvador, le haria morir en una cruz; muerte que aceptó el Señor, no por una necesidad inevitable, pues el Hijo de Dios, como dice Isaias, se ofreció porque quiso; sino para satisfacer con ella á la justicia divina por los pecados de los hombres; sin que por esto dejase de ser esta decidido un crimen de aquel pueblo, pues la permision divina, por la que pudo concebirlo y ejecutarlo, ni lo autorizaba ni lo compelia á su ejecucion; por lo que toda la eleccion, segun las causas segundas, nació de la malicia de aquel pueblo. Siendo pues obra suya, bien mereció la reprobacion con que el Señor lo castigó, y por la que ha subsistido y subsistirá en su ceguedad, vago y errante por el mundo hasta la cercanía de su fin, en que se convertirá y abisará el Evangelio. Los gentiles que no debían entrar en la nueva alianza, sino despues de los judíos, entraron antes que ellos, por su reprobacion, y formaron la Iglesia del Mesías; verificándose de este modo que los que debían ser los primeros, quedaron los últimos, y los que debían ser los últimos fueron los primeros, como lo predijo Jesucristo. El mismo y sus Apóstoles nos han descubierto esta serie de los designios de Dios que se han realizado con hechos y sucesos tan manifiestos que no dejan lugar á la menor duda; mas lo que ahora hace á nuestro asunto es que estos tres grandes acontecimientos, la muerte del Mesías para redencion de los hombres, la reprobacion de los judíos y la vocacion de los gentiles, son las tres grandes señales para reconocer al Mesías anunciadas clarissimamente por los profetas, y verificadas en Jesucristo de un modo tan palpable, que es preciso lo reconocemos por el Mesías verdadero, con solo el simple cotejo de las profecias con la historia Evangélica.

Ocho siglos antes de la pasion y muerte del Señor, la anunció el profeta Isaias tan detalladamente como si escribiera su narracion despues de sucedida. Lleno del espíritu de aquel á quien están presentes todos los siglos, veia á través del vasto espacio de tantos centenares de años todo lo que anunciaba del Salvador; profecía que trasladáramos á la letra, si los estrechos límites de este compendio

nos lo permitieran; mas nos contentaremos con cotejar algunos trozos de ella con el Evangelio. Isaias dice: "El está sin hermosura ni brillantez. . . . Nos ha parecido un objeto de desprecio. . . . Un varon de dolores. . . . Nosotros lo hemos considerado como un leproso y como un hombre herido de Dios." Y el Evangelio nos presenta á Jesucristo cargado de oprobios, desgarradas sus carnes por los azotes, coronado de espinas, el rostro abofeteado; agobiado de imprecaciones y maldicecho del pueblo judío. Isaias continúa: "*Pué puesto entre los malhechores;*" y San Juan nos refiere, que puesto Cristo en paralelo con Barrabas, que era un ladron, este fué preferido. Y San Marcos dice: "*Ellos crucificaron tambien con él á dos ladrones, el uno á su derecha y el otro á su izquierda.*" Isaias profetizó: "*El será llevado á la muerte como una oveja que van á degollar; permanecerá en silencio sin abrir la boca, así como un cordero está mudo delante del que lo espuela.*" Y San Mateo refiere: "*Entonces, levantándose el gran sacerdote, le dijo: ¿Y no respondes nada á lo que depomen contra tí? pero Jesucristo calló.*" Isaias predijo: "*El ha pedido por los infractores de la ley.*" Y el Evangelio nos atestigua que Jesucristo en la cruz rogaba por los que le crucificaban: "*Padre, decia, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*"

El salmo 21 de David, es otra de las profecias mas expresas y detalladas de la pasion y muerte de Cristo; comparemos únicamente dos trozos de ella. David dice: "*Todos los que me veian se burlaron de mí: hablaban de mí ultrajándome, y me insultaban meneando la cabeza: él ha esperado en el Señor, decian, que el Señor le liberte ahora: qui le salva si es verdad que le ama.*" Y San Mateo refiere: "*Los que pasaban por allí le blasfemaban meneando la cabeza. . . . Los principes de los sacerdotes se burlaban tambien de él, y decian: á otros salvó, y á sí mismo no puede salvar. . . . Confío en Dios: libérole ahora si le ama.*" David agrega: "*Horadaron mis manos y mis pies: contaron todos mis huesos. . . . se repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes.*" Así puntualmente lo hicieron con Jesucristo, y San Juan refiere: "Que los soldados tomaron sus vestiduras y las hicieron cuatro partes. . . . Mas la túnica no tenia costura. . . . y dijeron unos á otros: no lo partamos; mas echemos suertes sobre ella cuya será; para que se cumpliese, añadiendo el Evangelista, la Escritura, que dice: repartieron mis vestidos, &c."

Hemos visto pues, cumplidas en Jesucristo las predicciones que los profetas hicieron con respecto á la muerte del Mesías; mas los mismos

profetas anunciaron también que los que habían morido al Mesías serían reprobados de Dios por tan horrible atentado. Vamos á verlo.

Después de haber anunciado el arcángel Gabriel al profeta Daniel, como él mismo refiere, que Dios había abreviado el tiempo en que debía venir el Mesías, añade: Y después de sesenta y dos semanas será muerto el Cristo, y no será más suyo el pueblo que le negará, y un pueblo con un candil que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, y durará la desolación hasta la consumación y el fin." Supuesto, como ya hemos dicho, que estas semanas deben contarse de años, Jesucristo nació en la semana sesenta y cinco y murió en la setenta. Por otra parte, viendo los judíos que el castro había salido de Judá, y que las setenta semanas de Daniel estaban al concluirse, le esperaban ya á cada momento: así es que la Samaritana decía á Jesucristo: *El Mesías va á venir; y los mismos sacerdotes y levitas, luego que veían aparecer algún hombre eminente por su carácter, pensaban que podía ser el Mesías, como se comprueba con el hecho de haberle mandado preguntar si era el precursor de Cristo? según refiere el Evangelista S. Juan.*

Jesucristo había declarado varias veces que él era el Mesías; pero el día de su prisión lo verificó de un modo más auténtico ante el pontífice y los jueces de la nación, cuando conjurado por aquel para que dijese si él era Cristo, Hijo de Dios? respondió: Tú lo has dicho. Digoos, pues, que veáis desde hoy en adelante al Hijo del Hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios, y viniendo sobre las nubes del cielo. Entonces el gran sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: "Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos de testigos! "Desde entonces abandonaron todos los otros puntos de acusación intentados contra Cristo, y le hicieron condenar á muerte, únicamente por haber declarado que él era el Mesías, verificándose de este modo la profecía que anunció la muerte del Mesías, y la reprobación de este su pueblo, que en vez de reconocerlo lo negó y persiguió.

Se ve también en esta profecía, que el fin de la venida del Mesías era la expiación de la iniquidad de todo el género humano, como ya hemos manifestado en otra lección. Si no se han convertido todos, no es por insuficiencia de la redención, sino por la resistencia que muchos oponen á la gracia; así es que en los primeros años que siguieron á la muerte de Cristo, muchos judíos abrazaron el Evangelio; pero los más obstinados en no reconocer á Cristo como el Mesías, sufrieron el peso todo de los castigos contenidos en la profecía. Pocos años después, cuando aun existía la generación que vió mo-

rir á Cristo, los romanos sitiaron y arruinaron á Jerusalén, profanando el templo, y poniendo la estatua de un emperador sobre sus ruinas. Los restos de la nación judía se dispersaron por todo el universo, y son todavía su juguete y su oprobio; lo estamos viendo con nuestros propios ojos: ni el templo ni la antigua Jerusalén existen: acabaron los sacrificios; las tribus y las familias se miran confundidas. Pues ahora bien: el cumplimiento de esta segunda parte de la profecía supone necesariamente el de la primera. "El pueblo que ha de renunciar al Mesías, dijo el Profeta, no será más su pueblo." Únicamente por haber renunciado al Cristo, debía ser reprobado; vemos que en efecto ha sido reprobado; luego ha renunciado al Mesías crucificando á Cristo; luego Jesucristo es el prometido Mesías.

Habiendo, pues, demostrado que reprobó Dios al pueblo que en vez de reconocer hizo morir al Mesías, vemos algo acerca de la vocación de los gentiles á la fé de Cristo. S. Pablo dice en la Epístola á los romanos, hablando de los judíos, que "*por el pecado de ellos vino la salud á los gentiles.*" Esta sustitución de los gentiles al pueblo de Israel, ha sido una de las señales más marcadas de la venida del Mesías, predicha por los profetas del modo más terminante y cumplida del modo más palpable. Citaremos, no obstante, para probarlo con la autoridad, dos pasajes de Isaías, dejando otras muchas profecías que contiene el Antiguo Testamento sobre este punto; dice, pues, el Profeta, hablando del Mesías, las siguientes palabras que le dirige Dios: "Poco es que seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob y convertir las heces de Israel. He aquí que yo te he establecido para que seas luz de las naciones, y seas mi salud hasta las extremidades de la tierra." Aquí se ve que un pequeño número de judíos, designados por estas palabras, heces de Israel, reconocería al Mesías; pero que multitud innumerable de gentiles serían convertidos: así se ha verificado puntualmente. En otro lugar dice también Isaías del Mesías: "Esto rociará muchas gentes: sobre él cerrarán los reyes su boca, porque le vieron aquellos á quienes no se contó de él, y los que no le oyeron le contemplaron."

Finalmente, se lee en las Actas de los Apóstoles, que San Pablo y San Bernabé, viendo que los judíos de Antioquía y de Pisidia se oponían á su predicación, les dijeron con firmeza: "A vosotros convenia que se hablase primero la palabra de Dios; mas porque lo deseáis y os juzgais indignos de la vida eterna, desde este punto nos volvemos á los gentiles." Así lo hicieron estos y otros Apóstoles, especialmente S. Pablo, á quien justamente se llama el Apóstol de las gentes,



SUPLEMENTO (*)

DIA QUINCE.

San Mauro, Abad.

SAN MAURO, célebre propagador de la vida monástica, era romano, y de una de las familias mas nobles. Siendo aun niño lo puso su padre, llamado Eutiquio, bajo la dirección y enseñanza de San Benito Abad, consagrándolo á Dios para que le sirviera en la vida monástica; en la que aprovechó tanto en breve tiempo con el auxilio de la gracia, que era admirado de su mismo maestro, quien le proponia frecuentemente á los demas discipulos por ejemplo de todas las virtudes y de especial observancia monacal. Siendo jóven dió un admirable ejemplo de obediencia que recomienda San Gregorio papa, y que Dios hizo resplandecer con un milagro. Fué el caso, que habiéndose sumergido en las aguas de un lago un monje llamado Plácido, mandó San Benito á San Mauro que lo socorriese, lo que hizo al momento arrojándose á la agua, y andando sobre ella tomó á Plácido por los cabellos y lo trajo á tierra. Enviado á las Galias por el mismo San Benito, edificó el célebre monasterio que rigió con sumo cuidado por espacio de cuarenta años, propagando maravillosamente la disciplina monástica. Así llenó sus dias y así llegó hasta la edad de mas de setenta años, en que, escarrocido por la santidad y los milagros, voló á los cielos á recibir el premio de sus virtudes, el año 575 de Cristo.

(*) Por no haberse encontrado con oportunidad los datos necesarios para escribir las vidas de los Santos que pasan á referirse, se dejaron para colocarlos despues del mes en este suplemento; y son cortas, porque aquellos tambien lo son.

DIA VEINTE Y UNO.

San Fructuoso, obispo y mártir.

SAN FRUCTUOSO, ciudadano y obispo de Tarragona, padeció el martirio en la persecucion de Valeriano y Galerio contra los cristianos. Entre los mas acérrimos perseguidores del nombre cristiano se distinguía Emiliano, quien venido como presidente á Tarragona, de pronta providencia hizo poner en la cárcel al Santo obispo, y llamándolo á su presencia á los tres dias, procuraba, ya con astucia, ya con amenazas desquiciar de la fé el heróico pecho de aquel soldado de Cristo. Pero su constancia y aliento en confesar la fé y sostener el propósito de la virtud, bien pronto desengañaron al tirano de que ni la blandura, ni el rigor, ni el fuego, ni el hierro son capaces de hacer balancear un corazon sostenido de la virtud divina; por lo que decretó que el glorioso confesor fuese quemado vivo. Dispuesto el anfiteatro y conducido á él el Santo mártir, fué tanta la sensacion que causó en el concurso tan lastimosa ejecucion, que aun muchos de los gentiles lamentaban la injusticia y crueldad de su muerte. Ofrecian algunos cristianos al Santo obispo una copa con mixtura de sustancias aromáticas, para embotar en lo posible la viveza y acerbidad de aquel tormento; pero San Fructuoso, observador exactísimo del ayuno, lo rehusó, diciendo con mansedumbre y suavidad: "Prescindid de ese empeño: todavía no es hora de quebrantar el ayuno;" y á un cristiano, que tomándole la mano le pedia se acordase de él en la presencia de Dios, le respondió lleno de ternura: "Toda la Iglesia católica, difundida desde el oriente al occidente, tengo en mi corazon, y necesario es que la tenga en mi mente."

Convirtióse luego el Santo pastor á sus ovejas, y consolándolas paternalmente, les pronosticó que nunca les faltaria pastor; y dicho esto, alegre y seguro subió á la pira que ya comenzaba á arder, y puesto en ella de rodillas, bendecía, alababa y glorificaba al Señor desde la hoguera, cuyas llamas, creciendo por momentos y circundando al glorioso mártir, redujeron á cenizas su santo cuerpo; mas no consiguieron enervar la actividad de aquel otro fuego divino que ardia en su corazon y que llevó á los cielos su purísima alma: viéronla subir Babylon y Migdonio, cristianos; á la mansion celestial, rodeada de ángeles y ceñida con la corona de su triunfo.

Llegada la noche ocurrieron los cristianos al lugar del martirio, y cada uno tomó y llevó consigo lo que pudo de las sagradas cenizas; pero apareciéndoseles San Fructuoso les ordenó que las reuniesen y sepultasen en un solo lugar; de donde con el tiempo se han llevado parte á Manresa, parte á Barcelona, quedando otra en Taragona, y la porcion mayor en el convento de benedictinos de Genova.

DIA VEINTE Y CINCO.

San Juvencio, y San Máximo mártires.

San Juvencio, llamado así por Teodoreto, aunque algunos le dicen Juventino, y San Máximo, á quien otros llaman Maximiano ó Maximino, eran soldados de ejército, bajo la tiranía de Juliano Apóstata: profesaban la religion cristiana, y se distinguían por su piedad y religiosidad no común, y por su instruccion en las sagradas letras; por lo que no es extraño que fuesen, como dice Theodoro, oficiales de distincion y dignidad en el ejército del emperador.

Estos fervorosos cristianos y esforzados militares, hallaron el camino para la verdadera gloria, donde otros encuentran el vehículo para su perdicion y su ignominia. Sucedió, pues, que hallándose en un convite, se sintiese afectada su delicada virtud por la licencia, desenfreno é impiedad de otros concurrentes, y que lamentándose entre sí de la decadencia de la religion, causada por la apostasia á que eran inducidos los cristianos por el impío Juliano, fuesen escuchados por cierto satélite del emperador que le refirió lo que habian hablado. Acaecía esto en circunstancias que Juliano, queriendo comprometer y vejar á los cristianos, habia infectado las fuentes y los rios de Antioquia, mandando que se echasen en sus aguas las victimas inmundas y sacrilegas que por su orden se habian ofrecido á los ídolos; por tanto, no fué necesario mas sino que se impusiese al desnaturalizado emperador, de la piadosa queja de aquellos militares, para que al momento mandase, como lo hizo, que fuesen reducidos á prision, en la que los detuvo por algun tiempo, mandando ántes confiscarles todos sus bienes, en términos de no dejarlos ni aun el vestido.

Llenóse la cárcel de muchos cristianos animosos, que no teniendo las iras del emperador, iban á visitar á los Santos confesores de

Cristo, para consolar y alentar su espíritu. Mas no era necesario esta diligencia, porque nuestros Santos estaban tan regocijados de la dicha que iban á lograr, que ántes bien ellos consolaban y animaban con su ejemplo á sus caritativos amigos. Sabido esto por Juliano, cuya malicia no perdonaba ocasion ni medio para seducir y corromper á los fieles, hizo que entre los cristianos piadosos que entraban á la cárcel, se mezclasen dos de los apóstatas mas artificiosos, para que hablando privadamente con Juvencio y Máximo, procurasen atraerlos á la idolatría; mas repelidos por estos generosos confesores de Cristo, con unas respuestas tan sabias y piadosas, como decididas y valientes, volvieron á informar al emperador del éxito de su diligencia; con lo que desengañado Juliano, mandó que en las tinieblas de la noche fuesen conducidos á extramuros de Antioquia, donde á la sazón se hallaban, y degollados en silencio. Así se ejecutó, quedando los cuerpos tirados en el campo, y sus separadas cabezas, por un raro prodigio, con las facciones mas hermosas y agraciadas, que si estuviesen vivos; de modo que los cristianos, que despreciando su propio peligro, ocurrieron á sepultarlos, á una voz clamaban bendiciendo al Señor, y repitiendo en loor de su santa amistad, aquel verso de David: "En su vida no se separaron, y en la muerte no se han dividido." ¡Oh santa amistad, cuyo vínculo es la caridad, cuyo efecto la reciproca edificación, cuyo objeto el servicio de Dios y la santificación de las almas, cuyo fin la union santa con Dios, y cuyo fruto su fruicion soberana.

FEBRERO.

DÍA PRIMERO.

San Ignacio, mártir.

SAN Ignacio mártir y obispo de Antioquía, floreció en el primer siglo de la Iglesia. Tomó el sobrenombre de Teóforo, que significa el hombre que lleva á Dios; según la opinión de algunos autores, sobre este Santo, siendo niño, puso las manos nuestro Salvador, proponiéndolo por modelo de la inocencia y humildad cristiana; algunos han dudado de este hecho, pero lo que es positivo es, que fué discípulo de San Juan Evangelista y uno de los primeros obispos del cristianismo. Su conducta puede con razón servir de modelo de las virtudes episcopales según nos la representa el Crisóstomo, pues rodeado de peligros y velando sobre doscientas mil almas solo en la capital de su diócesis, atendía en particular á cada una como pudiera hacerlo en la grey mas reducida. No solo dirigió la navegación de su iglesia por medio de la oración, penitencias y oportunas instrucciones, sostenidas con el auxilio divino, en la persecucion de Domiciano; sino que concluida esta, la defendió contra la malignidad de los herejes, que se esforzaban en destruir la unidad, la caridad y la fé de los primitivos cristianos, aun padeciendo por esto calumniosas acusaciones ante los demas obispos. La gracia que el Señor le habia concedido para oponerse á la herejía, se conoció una vez en que sin noticia alguna humana pasó á cierta Iglesia en que se trataba de introducir el cisma, y reuniendo al pueblo en el templo lo previno contra la seducción, y logró oportunamente evitarla.

La paz de que habia disfrutado la Iglesia bajo el imperio de Nerva, terminó en el de su sucesor Trojano, quien no solo dejaba impunes á los que en su nombre perseguían á los cristianos, sino que el mismo tomó parte en la persecucion, aunque sin publicar edicto alguno. Habiendo pasado á Antioquía en Enero del año 107 juzgó des-

truir aquella cristiandad si la privaba de su pastor, y al efecto hizo parecer á su presencia á San Ignacio, con quien tuvo un largo diálogo esforzándose por cuantos medios le fué posible á que renunciara á Jesucristo; mas mirando su denodada resistencia, lo condenó á ser deportado á Roma para servir de diversion y espectáculo al pueblo, y de pasto á las fieras. El Santo oyó su sentencia con alegría y hincamiento de rodillas á Dios que lo hacia digno de derramar su sangre en defensa de su religion, y cargado de cadenas fué llevado á embarcarse á Seleucia, en compañía de los diáconos Filimon y Agatopo, que no quisieron abandonarlo.

Grandes fueron los trabajos que nuestro Santo pasó en tan dilatado camino; mas sumos tambien los consuelos que el Señor le dió con las visitas de San Policarpo y de los obispos de Efeso y Tralles, y la veneracion de todos los fieles, hasta enviarse comisionados los que no podian ir en persona á visitarlo para pedirle sus oraciones. El celo apostólico de San Ignacio resultó mucho ademas en esta ocasion, como se conoce por las cartas que remitió á varias Iglesias, y su ardiente deseo de dar la vida por Cristo en la que escribió á Roma, rogando á los fieles no pidiesen á Dios lo librase de una muerte que lo pondria en posesion de su amado.

Los soldados que lo conducian se daban prisa para llegar á Roma antes de que se acabaran las fiestas, y toda diligencia les parecia poca. Al momento que se supo su llegada, innumerables tropas de cristianos salian á recibirlo y venerarlo, y al entrar en la ciudad el Santo con los que lo acompañaban, de rodillas se ofreció á Dios como victima consagrada á su nombre, y pidió con fervor por la paz y tranquilidad de la Iglesia. Conducido al anfiteatro á vista del numeroso concurso que asistía á la fiesta llamada de los sellos, luego que oyó rugir á los hambrientos leones exclamó en alta voz con grande alegría: *Yo soy trigo del Señor y debo ser molido por los dientes de estas fieras, para que pueda ser presentado como pan puro á Jesucristo.* Cumplióse sus votos, pues al instante fué despedazado por aquellas bestias, invocando hasta su último aliento el dulcísimo nombre de Jesus, que tenia grabado en su corazón.

Algunos pedazos de sus huesos recogidos por los cristianos, fueron llevados á Antioquía, y después trasladados á Roma, cuando la primera fué tomada y casi reducida á ruinas por los persas y sarracenos, en el año de 540 ó en el de 639, y estas preciosas reliquias

son tenidas en gran veneracion y se conservan en la Iglesia de San Clemente.

La Epistola es del capítulo VIII del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: ¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulacion, ó la angustia, ó el hambre, ó la desnudez, ó el riesgo, ó la persecucion, ó el cuchillo? (Segun está escrito, por tí somos entregados cada dia en manos de la muerte: somos tratados como ovejas destinadas al matadero). Pero en medio de todas estas cosas, triunfamos por virtud de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fuerza, ni todo lo que hay de mas alto ni de mas profundo, ni otra ninguna criatura, podrá jamas separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo XII de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: En verdad, os digo, que si el grano de trigo, despues de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. El que ama su alma, la perderá; mas el que aborrece su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: que donde yo estoy allí estará tambien mi siervo. Y aquel que me sirva, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

Sobre las inspiraciones divinas.

Considera que la inspiracion es una luz que ilumina nuestro entendimiento, y nos conduce á Jesus: es la voz de Dios que nos habla, nos instruye, nos exhorta y nos amenaza: es un soplo de su espíritu, un rayo de su sabiduría y una impresion de su amor: es una semilla del paraíso, que produce frutos de vida eterna: es un germen de la eternidad, un principio de la salvacion, el precio de la sangre de Jesucristo, y una gracia que le ha costado la vida. Cuando apagas una inspiracion, acallas la voz de Dios, ofendes al Espíritu Santo, imitando á Heródes que hizo morir á San Juan Bautista, que era la voz del Señor: á Saul, que hizo morir á los sacerdotes, que son los órganos de la Divinidad, y tambien á los judíos, que hi-

cieron morir á Jesus y á los profetas. Cuando resistes á las inspiraciones, resistes al Espíritu Santo; pecas con advertencia, con obstinacion, con malicia: escondes el talento que Dios te concede: abusas de sus dones, y huellas á su Divino Hijo; aprisionas, por decirlo así, la verdad: rompes la cadena de aquellas gracias que Dios te tenia preparadas, y en fin, arriesgas tu salvacion.

Considera: ¿qué tiempo ha que Dios te está hablando, que llama á la puerta de tu corazon, que te aguarda, te busca, te persigue, te ruega y te instiga, para que dejes aquel pecado, y te corrijas de aquel vicio, y entregándote toda á Dios, no abuses ya de sus gracias! ¿Cuánto tiempo ha que tienes como aprisionada la verdad en tu entendimiento, sin darle la libertad de que descienda á tu corazon ni se manifieste en tus operaciones! mas tú siempre resistes sin considerar que la justicia de Dios va á estallar sobre tu cabeza, viene á quitarte el talento que no has aprovechado; va á trasladar á otro el reino de la gracia y del amor, en que tú no has querido entrar. ¡Oh corazon ingrato, corazon infeliz, corazon endurecido y obstinado; ya no te hablará Dios, ó su palabra no te moverá: el Espíritu Santo ya no te dejará oír el sonido amoroso de su voz; ya no te alentará la esperanza; el amor de Dios ya no te enardecerá, ni te recordará la conciencia, ni te aprovecharán ya los remedios: no esperes ya que nadie te instruya ni te advierta tus extravíos, porque habiendo abusado de las gracias de Dios, las retira y ya no te las concede.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Dios, y cuánto temo sea este ya mi infeliz estado! Pero Dios mio, aun oigo tu voz, y por ello conozco que todavía no me has abandonado: empero soy un pródigo: he disipado todos los beneficios que me has hecho; mas ya no quiero hacerlos esperar, ni abusar tuas de vuestra paciencia, ni resistir á vuestra gracia, ni mantenerme rebelde á vuestras luces. ¿Queréis que yo deje este pecado en que caigo con tanta frecuencia? Pues le dejaré. ¿Queréis que mude de vida y que renuncie todos los deleites y diversiones del siglo? Los renuncio de todo mi corazon, y me consagro enteramente á vos, pidiéndoos me sostengais con vuestra gracia y alenteis mi propósito,

JACULATORIA.

Habla, Señor, que tu siervo oye.

LECCION.

Sobre el tercer artículo del símbolo de los Apóstoles.—Jesucristo fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen.—Esta lección se contrae á la posibilidad y efecto de la Encarnación del Divino Verbo.

Pasamos á tratar del tercer artículo de la fé contenido en el símbolo de los Apóstoles en estos términos: *El cual fué concebido del Espíritu Santo, nacido de María Virgen.* Refiriéndose á Jesucristo, de quien viene hablando, y á quien ha confesado único Hijo de Dios Padre y Señor nuestro, confiesa que fué concebido en tiempo, por obra del Espíritu Santo, y que nació de Santa María Virgen. Este artículo tan fundamental, como que es la base de nuestra religion, debe ser tratado con la extension posible y adecuada á nuestro instituto en estas lecciones, de las que dedicaremos el mayor número á su primera parte; no contrayéndonos precisamente á la Concepcion en los términos que la trataremos á su fin, sino extendiéndonos á lo que hay que saber de la Encarnacion, proponiendo con la claridad conveniente el dogma católico.

Omitiremos asimismo el tratar de la posibilidad de la Encarnacion, porque lo que de hecho existe y nos consta ciertamente por un artículo terminante de fé, es sin la menor duda posible. Fuera de que, no envolviendo como de hecho no envuelve, la Encarnacion contradiccion alguna, se comprende en aquella Omnipotencia de que habló el Arcángel San Gabriel á María Santísima, cuando al anunciarle este misterio le dijo: *Porque no será imposible para Dios toda palabra*; esto es, todo lo que se puede concebir en la mente. Así es que no encontrándose, como realmente no se halla, argumento alguno demostrativo con que probar la imposibilidad de la Encarnacion, debe ser tenida y expresada firme é indudablemente posible.

Nos encargaremos, no obstante, de un argumento que por abucador pudiera solucir á los incautos, y se funda en la inmutabilidad intrínseca de Dios; pero en esto puntualmente consiste la falsedad del argumento, pues supone que Dios por la Encarnacion sufriria intrínsecamente mutacion: lo que no es así, porque Dios se hizo hombre sin perder ni adquirir nada en su misma esencia divina, sino solo difundiendo su perfeccion, y por tanto sin padecer en sí mit-

danza alguna. Esta mutacion únicamente la hubo de parte de la naturaleza humana que tomó, porque careciendo de subsistencia propia adquirió la divina por la union hipostática en la persona del Verbo.

Hemos dicho que la Encarnacion del Verbo se puede concebir en la mente; pero esto es en cuanto á que nuestro entendimiento no alcanza ni puede alcanzar racionalmente contradiccion alguna con que oponerse á su posibilidad; mas no en cuanto á que con sola la luz natural, sin la revelacion pudiera evidentemente conocerse y demostrarse la posibilidad de la Encarnacion, ni mucho ménos su ejecucion, porque ella es llamada por el Apóstol, *Sacramento escondido de los siglos en Dios.* De donde es que el concilio Toledano asiente que: "Si la Encarnacion pudiera mostrarse con la razon, no fuera admirable, y si con el ejemplo, no fuera singular;" porque este misterio es fuera de toda esfera y toda proporcion del conocimiento natural, aun del angélico, y por consiguiente sobrenatural en todo.

Así es que la existencia de la Encarnacion del Divino Verbo no pudo conocerse con solas las fuerzas de la razon natural; y por lo mismo fué necesaria su revelacion. Por ella se anunció este *gran Sacramento de piedad*, como la llama San Pablo: "este enigma sacramentalísimo, como la denomina San Cirilo Alejandrino;" esta admirable mixtura, como la expresa San Agustin.

Mas no por esta expresion de San Agustin se entienda que por la Encarnacion se confundieran las sustancias; pues como se advierte en el símbolo de San Atanasio, Jesucristo es uno, no por confusion de la sustancia sino por la union de la persona. Así es que por Encarnacion no se entiende otra cosa que la union de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona del Divino Verbo: lo que antepone para que al mismo tiempo que se expongan los testimonios por donde consta la revelacion de este misterio, se pruebe la divinidad del Mesías, no porque tratemos de convencer al cristiano católico que no necesita de estas demostraciones, sino por iluminarlo para que pueda confundir con el mismo texto sagrado á los enemigos de nuestra religion.

En el sagrado libro de las profecias de Baruc se dice de Jesucristo: *Este es nuestro Dios, y no será reputado tal otro con él.* Y adelante dice: *El se dejó ver en la tierra, y conversó con los hombres.* Esta profecía, como es claro y la entienden los sagrados intérpretes, al mismo tiempo que nos declara la divinidad del Mesías,

nos manifiesta su humanidad, en la que se dejó ver en la tierra y conversó con los hombres.

Isaías al capítulo IX dice: *Ha nacido para nosotros un niño pequeño, y se nos ha dado un hijo, y se ha puesto su principado sobre sus hombros, y será llamado su nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del futuro siglo, Príncipe de paz.* Puede declararse mas terminantemente la divinidad y humanidad de Jesucristo cuando se nos revela que el que es Dios, Admirable, Padre del siglo venidero, nace para nosotros pequeño, y reina por la cruz que lleva sobre sus hombros!

El mismo profeta en el capítulo XLV escribe: *Esto dice el Señor. . . . Contigo es Dios; y no está Dios sin ti: verdaderamente eres tú Dios oculto, y Dios Salvador de Israel.* Aquí vemos que quien habla es Dios verdadero, pues dice al principio, *esto dice el Señor*, y aquel á quien habla es tambien verdadero Dios, pues le dice: *Contigo está Dios, y fuera de ti no está Dios;* e inmediatamente añade: *En verdad, eres tú Dios escondido, Dios Salvador de Israel;* es decir, tú eres verdadero Dios, aunque estás oculto bajo los velos de la humanidad, que tomaste sin dejar de ser Dios para salvar á Israel.

¿Mas para qué es referir las pruebas de un misterio revelado de que nadie puede racionalmente dudar? Baste reconocer en Jesucristo todos los caracteres de la divinidad. Su eternidad se le confiesa en Miqueas en el capítulo V, en el que se dice que su salida, ó mas propiamente su procesion, es desde los dias de la eternidad. David declara el culto de adoracion que se le debe, diciendo: *Lo adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones te servirán:* el imperio de todo el mundo, donde dice de él que *dominará desde el uno al otro mar, y desde el rio hasta los términos del borde de la tierra;* y la celsitud, grandezza y santidad de su nombre digno de eterna bendicion; *su nombre, dice, es bendito eternamente, y la tierra toda será llena de su magestad.*

Pero este no es ya un misterio revelado y anunciado á Israel por el órgano de los profetas, sino verificado ya y cumplido en Jesus Nazareno. *No será quitado el cetro de Judá,* dijo el patriarca Jacob iluminado del Espíritu Santo, *no será quitado el cetro de Judá ni el jefe de su muslo,* esto es, de su descendencia, *hasta que venga el que ha de ser enviado, y el mismo será la espectacion de las naciones,* es decir, el esperado y deseado de los pueblos. He

aquí el célebre vaticinio de Jacob que constantemente está obrando contra los judios. Esta nacion vencida y sojuzgada desde el año trigésimo sexto despues de la Ascension del Señor, dispersa desde entónces y esclavizada entre los pueblos, prófuga, errante, misera, sin esplendor, *sin cetro, sin príncipe,* sin potestad legislativa, gubernativa ni judicial; y por lo que respecta á la religion, sin templo, sin altar, sin sacrificios, sin sacerdotes; esta nacion, repetimos, está comprobando con su ruina la realidad de la venida del Mesias verdadero. Ya faltó el cetro de Judá; ya faltó el príncipe real de su descendencia: Herodes, el último de sus reyes era ya un extranjero: el vaticinio de Jacob se cumple, y se cumple en Jesus de Nazaret.

El es el que da lleno á todas las figuras: él es el que cumple todo lo que del Mesias y Salvador de Israel estaba escrito en los libros proféticos. Pero son tantas las predicciones, que por no difundimos demasiado, examinaremos solamente la profecia de Daniel. Todas las circunstancias notadas en ella acerca del unguido del Señor que habia de venir, tienen su cumplimiento en Jesus Nazareno. Daniel vaticina á aquel en cuya venida cesarian las profecias: estas cesaron con la venida de Jesucristo, y no se ha levantado ya mas otro profeta. Daniel anuncia á aquel despues de cuya muerte habian de ser destruidos el santuario y ciudad de Jerusalem; lo cual aconteció despues de la muerte de Cristo, por los emperadores Tito y Vespaciano que sitiaron la ciudad y la arruinaron completamente con su templo. Daniel anuncia á aquel con cuya venida cesarian la hostia y el sacrificio, y uno y otro faltaron y han cesado por todos los siglos siguientes. Daniel predice á aquel, el cual muerto, se hallaria la abominacion de la desolacion en aquel templo, la cual ha de durar hasta la consumacion y el fin; y esta experimenta el pueblo judío, que despues de la muerte de Cristo ve asolar su templo, y errante y misero, hecho el ludibrio de las naciones, se halla disperso entre ellas, sin templo, sin altar, sin sacrificio, sin sacerdote, sin príncipe y sin patria. Daniel por último, vaticina á aquel que habia de venir hácia el fin de las setenta semanas que le fueron reveladas y que comenzándose á contar desde la data del edicto de Artaxerxes para el reedificio de Jerusalem, hasta la venida de Cristo, dan exactamente el cómputo de cuatrocientos noventa años hácia cuyo fin, esto es, en el medio de la septuagésima semana, es de hecho crucificado y muerto Jesucristo. Otros muchos y grandes testi-

monios del Antiguo Testamento, comprobados con los del Nuevo y con los que nos da la historia, fundan y establecen de un modo indestructible el dogma católico de la Encarnacion del Divino Verbo; pero lo dicho, que ya hemos amplificado en las lecciones anteriores, basta para asentar que fué posible, y se verificó en Jesucristo nuestro Señor.

DIA DOS.

La purificacion de Nuestra Señora.

La fiesta de este dia comprende dos grandes misterios: la purificacion de la Santisima Virgen, y la presentacion de Jesucristo. La mas pura de todas las virgenes, la mas santa de todas las mugeres, viene á ofrecer un sacrificio de expiacion por una mancha que no contrajo, y á cumplir una ley que no le obliga. El Santo de los santos, el Sacerdote Eterno del Nuevo Testamento viene á ofrecerse al Señor como sagrada víctima, y quiere ser rescatado para inmolarse á sí mismo por nosotros en el Calvario. ¡Cuántos misterios se encierran en uno solo! ¡Cuántos sacrificios del Hijo y de la Madre por la gloria de Dios y el bien de los hombres! María en la presentacion de su Hijo, sacrifica por amor de los hombres lo que mas ama como Madre, que es su Hijo; y en la purificacion sacrifica, por decirlo así, lo que mas aprecia como Virgen, que es la gloria de la misma virginidad; pues sin haberla perdido ni haber contrahido mancha alguna, se presenta entre el comun de las mugeres que necesitan purificacion. Jesucristo, inocente y santo por naturaleza, toma sobre sí nuestras culpas y aparece como pecador á ofrecerse á su Padre celestial, como víctima de expiacion por la salud de los hombres. ¡Qué piedad! ¡Qué humillacion! ¡Qué caridad, propia verdaderamente de un hombre Dios, y de uno, que aunque es pura criatura, es verdadera Madre de Dios!

Quando el Señor dió la ley á su pueblo, ordenó que las mugeres paridas, por algun tiempo despues del parto se abstuviesen de entrar en el templo, y de tocar cosa alguna consagrada al culto. Este tiempo era de cuarenta dias, si paria hijo, y ochenta si era hija lo que pudiese, con la obligacion de que pasado el término respectivo, la madre se presentase en el templo y ofreciese al Señor en holocausto.



La Purificacion de Nra Señora.



S. Blas Obispo.



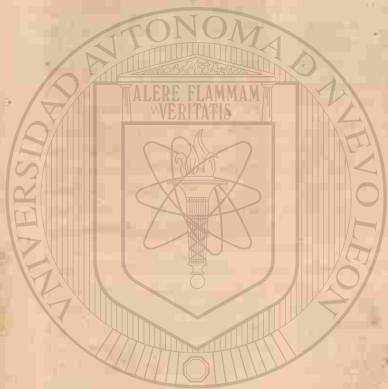
S. Andrés Corsario.

El Beato Felipe de Jesus
Padre de la Merced.

to un tierno corderillo en acción de gracias por su feliz alumbramiento, y un pichón ó tórtola por expiación del pecado, esto es, de la impureza legal. Mas si era pobre, ofreciese otra tórtola u otro pichón en lugar del cordero; los cuales, ofrecidos al Señor por el Sacerdote, quedase purificada.

Además de la ley de la purificación de la madre, había otra que particularmente se entendía del hijo primogénito, del que ordenaba *se separase para el Señor y se le consagrara*. Por esta ley todos los primogénitos de Israel debían ser dedicados al ministerio sagrado; pero porque Dios había destinado para él á los hijos de la tribu de Levi, ordenó que los primogénitos de las otras tribus fuesen presentados al Señor, como primicias que se le debían, y que después fuesen rescatados. Es cierto que la ley de la purificación de ningún modo obligaba á María, porque habiendo concebido por obra del Espíritu Santo, y siendo madre sin dejar de ser Virgen, no tenía necesidad de purificarse. El nacimiento de Jesucristo fué de un modo milagroso, y no solo no manchó ni pudo manchar á su Madre, sino que aun la dejó mas pura y mas santificada. "¿De dónde, pues, dice San Agustín, puede venir mancha alguna á la Virgen Madre?" Sin embargo, la Purísima María se sujetó voluntariamente á esta humillante ley: va al templo en el día que ella señalaba, y ofrece por sí y por su Divino Hijo, los dos pichones que la ley ordenaba ofreciesen los pobres, sin que por esto dejase de ofrecer en realidad el cordero en su mismo Hijo Santísimo, del cual era figura el cordero que la ley ordenaba.

Pero si la Señora hizo en este día un gran sacrificio como Virgen, por su purificación, no le hizo menor como Madre en la presentación de su Hijo muy amado. Fácilmente se comprende que el que hizo la ley no estaba obligado á ella; con todo, se sujetó á su observancia, y María ofreció cinco siglos por su rescate; si bien no dió este precio por eximirle del servicio del altar, pues bien sabia que era el Sacerdote Eterno, que se había de ofrecer é inmolarse á sí mismo por la salud de los hombres. Era, pues, la ceremonia legal, por decirlo así, no mas que la corteza del misterio; mas en el interior todo era sacrificio en el Hijo y en la Madre. Por esta oblacion comienza hoy Cristo en el templo el sacrificio del Calvario, y María, ofreciéndole á su Eterno Padre, en cierto modo le presenta á la cruz; pues aseguran unánimes los Padres que esta oferta la hizo María, instruida del misterio, con plena deliberación y toda voluntad; en



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

cuya atencion le dan el glorioso nombre de Reparadora del linage humano.

Cuando la Santisima Virgen entró en el templo, se hallaba en él un venerable anciano, llamado Simeon, hombre justo y timorato, que largo tiempo habia que suspiraba por la venida del Mesias; estaba lleno del Espiritu Santo, de quien habia recibido cierta oculta seguridad de que no moriria sin haber visto con sus ojos al Cristo del Señor. Con esta fin le conduxo en esta sazón al templo, y le dió á conocer interiormente que aquella muger era la Madre de Dios, y que el Hijo que llevaba en sus brazos era el Mesias verdadero. Arrebatado entónces de un extraordinario ímpetu de amor, de agradecimiento y de alegría, tomó al Niño en sus brazos, y comenzó á exclamar, diciendo: "Ahora sí, Señor, que puedes disponer de vuestro siervo, llamándole al descanso eterno; pues ya han visto mis ojos venturosamente al Salvador de los hombres, al que ha de enseñar á las naciones, disipando con su luz las tinieblas del error y de la idolatría; al que ha de ser en fin la gloria de tu pueblo de Israel."

Volviéndose despues el Santo anciano á María, y restituyéndole á su Hijo Soberano, le dijo: "Bien comprendo que aunque este niño ha venido al mundo para salvar á todos los hombres, ha de ser su venida ocasion de ruina y perdicion para muchos; porque no querrán aprovecharse de su muerte. El viene á ser un objeto de contradiccion para un ingrato pueblo; y tú misma, que acabas de ofrecerle como víctima á su Eterno Padre, serás atravesada en lo mas íntimo de tu alma con una espada de dolor, que la penetrará de parte á parte, cuando llegue la hora de consumarse á tu vista su sangriento sacrificio."

Mientras Simeon hablaba entró en el templo una santa viuda, de edad de ochenta y cuatro años: era hija de Fanuel, llamábase Ana, y era célebre por el don de profecía, y por la santa vida que constantemente habia observado desde la muerte de su marido, con quien habia vivido siete años. Esta, pues, arrebatada del mismo espíritu que Simeon, comenzó á alabar á Dios, y á referir lo que sabia de aquel Divino Niño, á cuantos esperaban la redencion y la salud de Israel.

La fiesta de la Purificacion de la Santisima Virgen, es una de las mas antiguas que celebra la Iglesia. El papa Gelasio, que gobernaba la Iglesia á principios del siglo VI, la instituyó con la ceremonia de bendecirse y tenerse en ella candelas encendidas. Algunos creen

que este papa solo le dió mayor solemnidad; pero que ya se celebraba desde el siglo III. Tanta verdad es, que la devocion á la Santisima Virgen reinaba en los fieles desde los primeros siglos de la Iglesia; así como lo es, que en estos y en aquellos ha colmado á los hombres de sus gracias y favores, estendiendo sobre todos nosotros el manto inapreciable de su proteccion soberana.

La Epistola es del capítulo III del profeta Malaquías.

He aquí que yo envío mi ángel, el cual preparará el camino delante de mí. Y luego vendrá á su templo el dominador á quien buscáis vosotros, y el Angel del Testamento de vosotros deseado. Vedlo ahí que viene, dice el Señor de los ejércitos. ¿Y quién podrá pensar en el día de su venida? ¿Y quién podrá pararse á mirarle? Porque él será como un fuego que derrite, y como la yerba de los bataneros. Y sentarse ha como para derretir y limpiar la plata, y purificará á los hijos de Levi, y los acrisolará como al oro y la plata, y ellos ofrecerán al Señor con justicia los sacrificios. Y será grato al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalem, como en los siglos primeros y tiempos antiguos.

El Evangelio es del capítulo II de San Lucas.

En aquel tiempo: Cumplido el tiempo de la purificacion de la Madre, segun la ley de Moises, llevaron al Niño á Jerusalem para presentarle al Señor, como está escrito en su ley. Todo varon que nazca el primero, será consagrado al Señor; y para presentar la ofrenda de un par de tórtolas, ó dos palominos, como está ordenado en la ley del Señor. Habia á la sazón en Jerusalem un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeon, el cual esperaba la consolacion de Israel, y el Espiritu Santo moraba en él. El Espiritu Santo le habia revelado, que no habia de morir antes de ver al Cristo del Señor. Así vino inspirado de él al templo. Y al entrar con el Niño Jesus sus padres, para practicar con él lo prescrito por la ley, tomándole Simeon en sus brazos, bendijo á Dios, diciendo: Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo á tu siervo, segun tu promesa; porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado: al cual tienes destinado para que, espuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine á los gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel.

MEDITACION.

Sobre la humildad de la Santísima Virgen en su purificación.

Considera el extraordinario mérito que tiene la humillación de María cuando se presenta en el templo para purificarse. Siendo legítima Madre de Dios verdadero, humanado en su vientre sacratísimo por obra del Espíritu Santo, sin concubio de varón, y sin detrimento de su virginidad, nada desordenado hubiera sido que, usando de sus altos privilegios y de aquel divino esplendor que la distinguía del camino de las mugeres, con un carácter único y singular se hubiera escusado del cumplimiento de una ley que notoriamente ni le obligaba ni hablaba con ella; tanto más, cuanto que parecía exigirlo así el decoro mismo de su Divino Hijo, y el crédito de su concepción y nacimiento todo divino, todo puro, todo immaculado; pero la luz soberana de inescudada inteligencia la ilumina: con ella conoce que es Madre de un Dios que viene á humillarse por la salud de los hombres; y no necesita más para arrojarle valerosamente al abismo de la más profunda humillación: la Madre del Verbo encarnado se mezcla entre las madres de los hombres: la Virgen de las vírgenes se confunde entre las que han perdido el tesoro inestimable de la virginidad: la immaculada María, más pura que los ángeles, entre las mugeres maculadas que tenían prohibida la entrada en el templo, y no podían tocar las cosas sagradas; y aparece á la vista de los hombres sin privilegio ni distintivo alguno, como una madre manchada, una de tantas mugeres necesitadas de purificación. ¡Resolución heroica! ¡doloroso sacrificio! ¡abatimiento sumo, tanto más meritífero para con Dios, cuanto más secreto y oculto de los hombres en la infencion, y más público y manifiesto en la ejencion!

Considera que esta humillación de María, fué imperada por el ardiente amor que profesaba á su Hijo Santísimo, y que la guiaba á su imitación, tanto en la humildad, como en la obediencia; no precisamente á la ley de la purificación que no le obligaba; sino á la disposición divina que le inspiraba su observancia, aunque no le obligase. De álmis amantes es apeteer la imitación del amado, con tanta vehemencia que en cuanto cabe, se dé una transformación en él, ya que no en lo material, sí en lo formal de las virtudes, inclinaciones, máximas y afectos. Así lo fué de María, con tanta más plenitud y perfección, cuanto que estaba llena de gracia, caridad y

virtud. ¡Oh espíritu sublime, oh amor inefable, oh virtud honrada de Dios, ejemplar y edificación de los hombres!

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Qué léjos me hallo, oh divina María, del amor que te anima, y de la virtud que te perfecciona y esmalta! La tibieza, la debilidad de mi espíritu me tienen en tal abatimiento, que apenas doy un paso en el camino de la virtud; y aunque admiro y bendigo tus ejemplos, me hallo sin fuerzas para imitarlos, en lo que me es posible. Aléntame, no obstante, el saber que en tí tengo, no solo un ejemplar que me edifique, mas una protectora soberana que me proporcione la gracia necesaria para servir á Dios con aliento y fervor: esto te pido, resuelto á poner los debidos medios, con solicitud y eficacia.

JACULATORIA.

Toda pura y hermosa eres, María, y en tí no hay mancha alguna.

LECCION.

Sobre la conveniencia de la Encarnacion del Verbo Divino.

Después de haber tratado en la anterior sobre la posibilidad y efecto de la Encarnación, como un preliminar conveniente para entrar con orden en esta importantísima materia, vamos á examinar en la presente la conveniencia de que el Divino Verbo se dignase revestir de nuestra humilde naturaleza. Bastaba saber que así lo había hecho el Hijo de Dios, para convencernos desde luego de ser esta obra convenientísima y muy propia de aquel que es la sabiduría esencial que procede del Padre; mas como quiera que no pretendemos sujetar á nuestro exámen la conveniencia de esta obra admirable como quien critica, sino como quien admira y bendice las obras de Dios, bien podemos reconocerla por parte de Dios, por la del género humano, y por la de todo el universo: por parte tambien de la persona que encarnó, y de la naturaleza que tomó, tanto en cuanto á la especie, como en cuanto al sexo; finalmente, por parte del tiempo en que se verificó la Encarnación.

Nos escusaríamos sin duda, de tratar este asunto, si no hubiera personas de tan cortas ideas, que llegan á concebir un desdoro, ó mas bien un envilecimiento en la magestad divina por su union

hipostática á nuestra humilde naturaleza, sin considerar que así como el sol no se mancha porque ilumina al lodo, ni el alma por estar unida al cuerpo, así tampoco se desdora la divinidad por su union á la carne, cuando es tan pura, tan santificada y sublimada, cuanto dice su union á la misma divinidad. No negamos por esto que sea un misterio de humillacion, cuando el Hijo de Dios, igual al Padre en cuanto á la divinidad, aparece en cuanto hombre menor que el Padre, como lo dijo él mismo; pero si pretendemos desvanecer la idea de un envilecimiento propiamente tal en la esencia y perfecciones divinas, y hacer formar la mayor posible de la inconcebible exaltacion de la humanidad sacrosanta de Cristo Señor nuestro, por su union hipostática á la divinidad.

Esto supuesto, veamos como fué conveniente á Dios el encarnar. No hay duda en que es á Dios convenientísima, ó por mejor explicarnos, muy propia de Dios una obra en que resplandezcan sus perfecciones infinitas; para esto ha sido criado todo el mundo; pues como dice el Profeta, *los cielos predicán la gloria de Dios; y el firmamento anuncia las obras de sus manos*; y como escribe el Apóstol: *por las cosas visibles se dejan ver las invisibles*; siendo cierto que todas las cosas las hizo el Señor por sí mismo, esto es, que él mismo es el fin de todas sus obras, ¿en qué obran, brillan, y resplandecen mas admirablemente estas perfecciones, que en la de la Encarnacion? Déjase ver la bondad, porque no se desdenó de tomar una sustancia criada; manifestóse la justicia, porque dió una satisfaccion rigorosa de los pecados: la sabiduría se descubre, en que halló el modo de satisfacer una deuda infinita, y supo conciliar la misericordia con la justicia; resplandee el poder, porque nada hay mayor que hacerse Dios hombre, juntando en uno cosas tan distantes como la divinidad y humanidad. Así es que necesariamente hemos de confesar que fué convenientísimo á muy propio de Dios el encarnar. Pero aun hay mas.

Es muy propio del sumo bien, que es Dios, el comunicarse de un modo sumo porque como el bien es de su naturaleza comunicable, el sumo bien debe ser de sí sumamente comunicable; por la Encarnacion Dios se comunica hácia fuera de un modo sumo, porque hace que el Verbo, el alma y el cuerpo sean una persona. De manera, que no puede concebirse mayor comunicacion fuera de Dios, porque excede á las del órden natural, sobre natural y de gloria. En el primero, comunica Dios sus dones, pero los naturales, haciendo

al hombre racional: en el segundo, comunica los sobrenaturales criados, haciendo al hombre santo: en el tercero, se comunica á sí mismo; pero solo en el ser inteligible para ser gozado por la inteligencia y el amor, y por ello hace al hombre bienaventurado. Pero en la Encarnacion por la union hipostática se comunica segun su ser propio natural y personal á su humanidad, de tal modo, que siendo en cuanto á ella verdadero hombre, este hombre es Dios, así como Dios por la Encarnacion se hizo hombre. ¿Puede concebirse mayor comunicacion; ni mas propia de Dios? Evengamos en ello, y veamos cuán conveniente ha sido al género humano.

A la verdad, que para conocerlo y confesarlo así, no necesitamos mas que reflexionar en los grandes bienes y utilidades que le han venido por la Encarnacion: por ella ha sido libertado de la esclavitud del demonio y del pecado: por las palabras y ejemplo de Cristo es instruido y guiado á la virtud; adquiere por sus méritos un derecho á la gracia y á la gloria: su naturaleza es sublimada hasta la divinidad, de quien se hace en cierto modo consanguinea: se acerca mas fácilmente al Padre celestial por su divino Hijo, que es nuestro hermano y nuestra carne: hácese, por abreviar, mas fácil y llano el camino á la bienaventuranza por los sacramentos y mas abundantes gracias.

Mas no solo al linage humano, sino aun á todo el universo fué convenientísima la Encarnacion; porque como dice el Apóstol, *todas las cosas fueron renovadas ó restablecidas en Cristo*, esto es, todas recibieron con el hombre por la Encarnacion, decoro, nobleza y esplendor, á causa de que el hombre es un cierto compendio ó epilogo del universo; pues tiene de comun el ser, con las piedras; el vivir, con las plantas; el sentir, con los brutos, y el entender, con los ángeles.

¿Y quién podrá dudar de lo conveniente que fué el que encarnase la segunda persona de la Trinidad adorable? Pues habiéndose perdido el linage humano por la maligna astucia de Satanas, y por el soberbio intento de nuestros primeros padres, de adquirir la ciencia del bien y del mal, ¿á quién convenia mejor que al Hijo divino el encarnar, cuando él es la sabiduría increada que procede del Padre, y de quien por consiguiente era muy propia la empresa de vencer y confundir al demonio, deshaciendo con su sabiduría la obra que aquel mismo hizo con su astucia, y corregir al hombre enseñándole la verdadera ciencia, que consiste en temer y amar á Dios?

Bien patentiza esta verdad toda la economía de este admirable misterio; porque el Hijo de Dios buscó el remedio de nuestro mal con una medicina que se ostenta dictada por su infinita sabiduría, en razón de que la escogió directamente contraria á las causas del mal. Este había sido causado por los desarreglados deseos de honras, riquezas y deleites, por los cuales el enemigo común atrajo á Adán, y ha atraído siempre á todos los hombres al pecado. El Verbo divino, conmovido con su sabiduría todo el mal y sus causas, le aplica por medicina sus contrarios opuestos, que son el desprendimiento y menosprecio efectivo de las honras, riquezas y placeres aun licitos. Pero esta medicina, ¿cómo podía ser aplicada por el único y verdaderamente único que podía hacerlo con fruto, si no tomaba la naturaleza de la misma especie humana que había contraído el mal? Hé aquí la conveniencia de que encarnara en la misma especie; pues apareciendo en ella verdadero hombre, se hallaba apto para el desprendimiento efectivo que hemos dicho, y que observó sin la menor interrupción desde su nacimiento en un establo, hasta su muerte en una cruz. Es verdad que no lo practicaba por necesidad; pues siendo impasible, carecía de toda inclinación desordenada á las criaturas; pero esto mismo hace su desprendimiento más meritorio para alcanzar el perdón, y de toda eficacia para la reparación de la especie humana; pues estando toda ella corrompida, no podría percibir la incorrupción, si no le fuera ó manaba de quien, siendo no solo incorrupto, sino incorruptible, era el único que podía limpiarla y santificarla.

Por semejante razón fué conveniente que el Hijo de Dios encarnase según el sexo varonil; pues así como nuestro primer padre Adán, por la generación natural, comunicó á toda su descendencia la mancha del pecado original, era muy conveniente que se borrara y lavase por un segundo Adán, por un hombre nuevo, que por medio de una regeneración espiritual, diese nuevo ser, nueva existencia, nuevo nacimiento del agua y el Espíritu Santo á los hombres, de quien se constituyó verdadero padre, y de quienes formaba aquella raza de mucha duración que profetizó Isaias.

Rástanos solo hacer alguna observación acerca de la conveniencia de la Encarnación en cuanto al tiempo en que se efectuó. Varias y poderosas son las razones con que se prueba esta congruencia; pero basta que observemos la dignidad del Verbo encarnado, que siendo tanta y tan sublime, podía fuese anunciado anticipadamente por

oráculos, figuras y varios sacramentos de la antigua ley, un tan alto misterio, y por él la venida de un tan gran Salvador. Fuera de que era muy conveniente que el hombre que había pecado por la soberbia, fuese profundamente humillado antes de recibir el remedio, para que conociese mejor la gravedad de su mal, la debilidad de la naturaleza, y la necesidad que tenía del médico, y así clamase á él y buscase el auxilio de su gracia. Por esto no encarna luego que, cometido por Adán el pecado, se digna anunciar su remedio, sino que viene en la plenitud del tiempo, como dice el Apóstol, ó como profetiza Habacuc, *en el medio de los años*, no en el medio, entendido matemáticamente, sino moralmente, esto es, en cierto tiempo que no era ni hacía el principio, ni hacía el fin de los siglos, y que por tanto se dice medio. En él se verificó; mas con tal disposición de su Providencia, que pudiesen aprovecharse de su beneficio todos los hombres, consiguiendo su justificación los que existieran antes de la Encarnación por la fe del Redentor que había de venir al mundo; y los que después de ella hemos existido, por el efecto seguido realmente de la redención; por manera, que los que antes de ella se perdieron, no pudiesen atribuirlo á la demora de la Encarnación; pues se les poseyó de un medio con que aun anticipadamente pudiesen lograr su fruto, obteniendo desde luego en fe de la redención futura, el perdón de sus pecados, y siendo por ello reservados para obtener la glorificación cuando el Redentor triunfante formase de ellos su brillante comitiva.

DIA TRES.

San Blas, obispo y mártir.

Fué San Blas natural de Sebaste en Armenia: hombre muy distinguido por sus profundos conocimientos en filosofía y medicina, y mas que todo por sus costumbres virtuosas é irreprensibles, delidas tanto á un excelente natural de que lo había dotado el cielo, como del desengaño que en su corazón produjo el estudio de una ciencia, que mas que ninguna otra da á conocer la caducidad y miserias de la vida humana.

Penetrado de estos sentimientos, y deseando asegurar una vida eternamente feliz y libre de toda muerte de achaques, pensaba resuel-

lamentamente retirarse á un desierto á vivir solo para Dios, cuando habiéndole fallecido el obispo de su patria, fué elegido para sucederlo con universal aclamación; y no pudiendo resistir á aceptar esta carga, solo se propuso asegurar en el desempeño de su Apostólica misión, hacerse Santo y santificar á sus ovejas con su doctrina y ejemplos. Efectivamente, puso en ellos tanta eficacia, que todos hallaron en su santo pastor, padre, modelo y guía segura.

Su inclinación al retiro, empero, era tan grande, que al fin se resolvió dejar el obispado, y retirarse á una gruta colocada sobre la cima del monte Argeo, poco distante de la ciudad; donde Dios manifestó su santidad y el don de milagros de que lo había dotado, por lo que no solo ocurrían en tropas á su soledad por remedio, hombres afligidos de dolencias de cuerpo y alma, sino que las mismas fieras salían de sus cuevas á que las bendijese y sanase de los males de que adolecían.

Hacia el año de 315 vino á Sebaste, Agrícola, gobernador de Capadocia, por mandato del emperador Licinio, con orden de exterminar á los cristianos, en cuyo cumplimiento dispuso que todos los que estuviesen presos por esta causa fuesen arrojados á las fieras. Al efecto, habiendo ido sus ministros entre otras partes al monte Argeo en busca de leones y tigres, hallaron la cueva de nuestro Santo, y conociendo ser cristiano, lo condujeron á la presencia de Agrícola.

Al llevar á San Blas para la ciudad, salían en tropas las gentes, aun infieles, á recibir su bendición y á que los curase de sus males; entre los cuales una afligida mujer le presentó un hijo suyo que estaba agonizando por habérselo atravesado una espina en la garganta. Hizo el Santo oración por aquel niño, rogando á Dios, que tanto á aquel como á los demás que en lo futuro invocasen su protección, los sanase de semejantes dolencias, y sin otro medicamento, arrojó el enfermo la espina. De aquí resultó la devoción que el pueblo cristiano tiene al Santo mártir, la fe con que se invoca su nombre en esta clase de enfermedades, y los prodigios que diariamente se experimentan, como lo han reconocido aun los mismos médicos, pudiéndose citar, entre otros á Aescio, antiguo profesor griego, que lo dejó consignado en sus obras.

Presentado ante el gobernador, hizo el Santo obispo una gloriosa confesion de su fe, y obró en la cárcel tantos milagros, que irritado el tirano, mandó despedazasen sus carnes con uñas acerradas, y sabiendo que siete mugeres habian enjugado con lienzos y piadosa devoción

los torrentes de sangre que manaban de sus heridas, las hizo conducir ante sí con dos pequeños infantes que llevaban en los brazos. Mandóles allí imperiosamente sacrificasen á los ídolos, y pidiéndoles ellas como para cumplir su orden, los arrojaron con denuedo cristiano en el río, por lo que ciego de cólera Agrícola, las hizo ahogar con los niños en las mismas aguas, ganándose así las coronas del martirio.

Ordenó el gobernador que en el mismo río arrojasen á nuestro Santo, quien armado con la señal de la cruz, caminó sobre él á pié cujuto y sentándose con serenidad en su parte mas profunda, desafió á los gentiles á que hiciesen otro tanto en nombre de sus fingidos dioses: no faltaron quienes aceptasen el desafío; mas su atrevimiento sirvió para confusion de la idolatría, quedando miserablemente ahogados aquellos ciegos y fanáticos temerarios. Una voz celestial convidó al Santo, á recibir la palma del martirio, y saliendo á la orilla fué degollado el año de 316.

Los innumerables prodigios obrados en todos tiempos por la intercesion de nuestro Santo han hecho célebre su culto en toda la cristiandad, en donde se le han edificado multitud de ermitas y templos: muchos lugares lo han elegido por su tutelar y patrono, y en todo el orbe se aprecian extraordinariamente sus reliquias, por su patrocinio, singular así en las enfermedades de la garganta, como en las que atacan á los animales.

La Epistola es del capítulo I de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion: el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos tambien nosotros consolar á los que se hallan en cualquiera trabajo, con la misma consolacion con que nosotros somos consolados por Dios. Porque á medida que se aumentan en nosotros las aficciones de Cristo, se aumenta tambien nuestra consolacion por Cristo. Porque si somos atribulados, lo somos para vuestra edificacion y salud: si somos consolados, lo somos para vuestra consolacion: si somos confortados, lo somos para confortacion y salvacion vuestra, cuya obra se perfecciona con la paciencia con que sufrís las mismas penas que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confian-

za que tenemos de vosotros, sabiendo que así como habeis sido compañeros en las penas, así lo seréis también en la consolación en Cristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, méguese á sí mismo, y cargue con su cruz, y sígome. Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá: mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará. Porque, ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O con qué cuánto podrá el hombre rescatarla? Porque el Hijo del Hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entónces dará el pago á cada uno conforme á sus obras.

MEDITACION.

Sobre la proteccion que nos dispensan los Santos.

Considera que Dios nos ha puesto en sus Santos un refugio y amparo de tanta solidez y tan verdadera proteccion, cuanto que se funda en la plenitud y perfeccion de caridad que gozan en la patria celestial, y en la aceptación en que están sus méritos ó intercesion para con este Padre de misericordias y Dios de toda consolación. El les hace ver nuestras necesidades, él hace que perciban nuestras plegarias y oraciones, al paso que él les dota de una caridad tan tierna y tan interesada por nuestro bien, que no pueden negarnos la intercesion que le pedimos, siempre que nuestra oracion tenga las convenientes cualidades, y el objeto de nuestra peticion sea conducente á nuestra salud y verdaderos intereses. La caridad que tienen en la gloria es sabia, justa y benéfica; no puede amparar los intereses del hombre con perjuicio de los intereses de Dios: no puede solicitar como un bien, lo que en realidad es un mal; no puede proteger el crimen, ni hacer sombra al delito; pero si ampara al delincuente, no para autorizarlo en sus delitos, sino para abrirle el camino á su perdon y justificacion. Tal es la proteccion que Dios nos concede y proporciona en sus Santos: ella contiene cuanto puede sernos benéfico y saludable para lo corporal y espiritual, para lo temporal y lo eterno; y carece del error y la injusticia que vician la proteccion del mundo, y que en vez de proporcionarnos un verdadero amparo, nos abren el camino para nuestra ruina y perdicion.

Considera que la aceptación en que están para con Dios los méritos de sus Santos, y el valimiento que tiene su intercesion, exigen de nosotros que los interrogamos y solicitemos de un modo digno de Dios y de los mismos Santos, ya por la bondad del objeto en que los interesemos, y ya por la que debemos procurar en nosotros mismos. Verdaderamente los deshonramos siempre que nuestras peticiones contengan el error y la injusticia, y siempre que abusemos de sus gracias para continuar en el pecado ó no hacernos mejores. Imposible es inducirlos á error, imposible privarlos del agrado de Dios: ni toman parte en nuestra torpe y blasfema peticion, ni su valimiento para con Dios disminuye un punto, porque nosotros los invoquemos para lo que no es delicto; pero el juicio práctico con que buscamos su intercesion para lo inícuo, los deshonra en nuestro corazon, y nos hace acreedores á la maldiccion de Dios.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Dios! y cuántas veces he podido inducir sobre mí la maldiccion verdadera, por la aparente benedicion que erradamente solicitaba, cuando pedía lo que no era conforme á la justicia y á mi salud eterna! Mas ahora conozco que es tanta vuestra bondad, que sin que yo lo mereciese, recibisteis el Rostro sacratísimo de vuestro Hijo divino, y la faz de vuestros Santos, para darme tiempo de penitencia, en que reconociendo mi error, pudiese justificarme á vuestros ojos. Yo os rindo infinitas gracias por este beneficio; quiero y propongo aprovecharme de él, y os pido humildemente me continuéis vuestra gracia para una entera reforma, y una perfecta conversion á vos.

JACULATORIA.

Alabad al Señor en sus Santos: alabado en la firmeza de su virtud soberana.

LECCION.

Sobre la necesidad de la Encarnacion del Divino Verbo.

Siendo el objeto de esta obra no solo exponer las doctrinas que debemos saber, sino prevenir cuanto se pueda, el que seamos conducidos á los errores á que diestramente procuran llevarnos los incrédulos, valiéndose de las mismas opiniones de los teólogos para alucinar á aquellos que no estén impuestos en las cuestiones de las eclesie.

las, nos ha parecido oportuno tratar aquí de las que se promueven sobre la necesidad de la Encarnación. Cualquier católico poco instruido que oiga decir que no fué necesaria, y al mismo tiempo observe que se apoya esta opinión con autoridades de Santos Padres y de teólogos ortodoxos, entrará en muchas dudas que no acertará á resolver, porque uno de los arbitrios de que se valen los que de mala fé hablan de la religion, es manifestar opiniones que á primera vista parecen contradichorias, por no expresar el caso ó circunstancia en que hablan, ó el sentido en que deban entenderse.

Bajo este supuesto, decimos, que ha habido cinco opiniones diversas acerca de la necesidad de la Encarnación del Divino Verbo. La primera asegura, que de tal manera fué necesaria, que bajo de ninguna hipótesis pudo Dios abstenerse de verificarlo. La segunda, que fué necesaria, en la hipótesis de la creación del mundo. La tercera, que lo fué, no solamente supuesta la creación, sino la caída del primer hombre, de suerte que Dios no pudo dejar de reparar al género humano, ni podía verificarlo por otro camino que por el de la Encarnación. La cuarta, sostiene que Dios pudo no reparar al hombre caído; pero supuesto que quiso hacerlo, debía necesariamente efectuarlo por medio de aquella. La quinta y última, que es la que siguen casi todos los teólogos, enseña que la Encarnación solo fué necesaria en el concepto de que Dios quiso exigir una satisfacción condigna á su justicia ofendida por el pecado.

Se vé claramente que de las opiniones referidas, excepto la última, pueden deducirse consecuencias en contra de otros principios religiosos de difícil respuesta. Hé aquí el motivo porque, según hemos dicho, los principales teólogos se han contraído á sostener la quinta, mucho mas cuando las otras opiniones tienen en su contra argumentos ineluctables. En efecto, atribuyéndose en la Sagrada Escritura la grande obra de la Encarnación únicamente á la benevolencia y misericordia de Dios para con los hombres, es claro que ni absolutamente, ni aun supuesta la creación, fué aquella necesaria. Tampoco lo fué en la hipótesis de la caída del hombre, porque bien pudo Dios no redimirlo. Esto es evidente, supuesto que en las mismas Santas Escrituras, se dice que la redención fué una cosa para mí de gracia, y ya se vé que lo que es de gracia no es de necesidad, y es libre el que las dispensa para hacerlo ó omitirlo: así es que San Agustín dice: "Toda la masa de la naturaleza humana es dueña de pena; y si á todos los hombres hubiera Dios castigado con

el suplicio de su merecida condenacion, sin duda que no habria obrado injustamente." Luego Dios fué libre para redimir ó no al hombre. ¿Quién podrá negar esto al ver que no quiso redimir á los ángeles malos? Y si esto no fué una injusticia respecto de Dios, tampoco lo sería el que hubiera dejado perecer á los hombres.

En fin, sería necesario limitar demasiado la omnipotencia y sabiduría de Dios, para sostener que no encontró ó no pudo practicar de otro modo la reparacion del género humano, sino por medio de la Encarnación, lo cual es contra lo que enseñan los Santos Padres. San Atanasio dice: "Que Dios pudo sin haber venido, desatar la maldición." San Gregorio Nacienceno, despues de haber referido que Jesucristo tomó carne, añade: "Esto hizo nuestro Salvador; pero con solo su voluntad pudo como Dios, habernos dado la salud; así como con solo su mandato sacó de la nada al universo." San Agustín asegura que son necios los que dicen que la sabiduría de Dios no podía librar á los hombres, sino haciéndose hombre, á los cuales respondemos, que pudo sin duda hacerlo.

Explicadas ya las diversas opiniones que no admitimos acerca de la necesidad de la Encarnación, pasemos á fundar la última, que adoptamos. Conviene antes explicar que una cosa puede entenderse necesaria respecto de la consecucion de otra, de dos modos: el primero, cuando esta no puede bajo de ninguna hipótesis obtenerse sin aquella; segunda, cuando aun bajo varios aspectos pueda obtenerse sin la que se cree necesaria, esta lo es en un caso ó circunstancia determinada. De este segundo modo decimos que lo es la Encarnación para reparar al linage humano, supuesta, como observamos al principio, la satisfaccion que Dios se propuso dar á su justicia ultrajada. Entendido, pues, el sentido en que aseguramos que fué necesaria la Encarnación, pasemos á demostrarlo por medio de la autoridad de los Santos Padres y de la autoridad de la razon. San Atanasio dice: "Como el Verbo sobrepuje á todos los hombres, solo él fué idóneo para padecer é interceder con su Padre por ellos." San Basilio: "No busques redencion en tu hermano, sino en alguno que exceda á tu naturaleza; y que no sea solamente hombre, sino hombre Dios, Jesucristo Señor nuestro, que solo pudo aplacar á Dios por nosotros." San Ambrosio: "Como ningun hombre pueda ser tan digno, el Verbo fué elegido por su Padre para que quitara los pecados de todo el mundo, de suerte que solo aquel que era sobre todos los hombres podia ofrecerse por todos." San Cirilo Alejandrí,

no: "¿De qué modo podía un hombre pagar el precio por todos, si su pasión hubiera sido solo la de un puro hombre?" San Agustín: "Ni hubiéramos sido libres por Jesucristo mediador entre Dios y los hombres, si no hubiera sido también Dios." San Fulgencio: "De ninguna manera la naturaleza humana hubiera sido idónea y suficiente para quitar el pecado del mundo, sino por la unión del Verbo de Dios." San León, hablando de Jesucristo, continúa: "Si no fuera verdadero Dios, no hubiera traído el remedio." San Anselmo, elocuentemente, nos dice: "Esta satisfacción no podía darla otro que Dios, ni debía ministrarla otro que el hombre; y por lo mismo fué necesario que la diera un Dios hombre." Se deduce de las autoridades asentadas, que si según los Santos Padres, solo un Dios hecho hombre podía dar una satisfacción condigna á Dios, supuesto que exigía esta satisfacción, fué de consiguiente necesario que Dios se hiciera hombre, ó lo que es lo mismo, fué necesaria la Encarnación. Esto mismo nos persuade la razón, como lo demostraremos brevemente.

Para proceder á la explicación de estas proposiciones, debemos decir ántes, que por satisfacción de condigno, se entiende aquella que vuelve á la persona ofendida todo lo que se le había quitado, por un acto que iguale la gravedad de la injuria. Esto asentado, y que la voluntad de Dios de ser satisfecho de condigno, se declaró desde el punto mismo en que se perpetró el pecado original, como lo prueba la promesa que desde luego hace el Redentor, y la sentencia pronunciada contra Adán y toda su descendencia, que llevando la culpa y padeciendo la pena en todos sus individuos, jamás se pudo levantar ni restaurar por sí sola; y si ántes por el contrario, hundirse de siglo en siglo en mas profundo abismo de iniquidad, torpeza y oscuridad; y como lo prueba, por decirlo de una vez, toda la Escritura Santa, pues casi toda ella se ordena á la declaración y comprobación de esta verdad: asentado lo dicho, repetimos, debíamos proceder al exámen de la gravedad infinita del pecado, si en ello pudiese haber duda; pero no siendo dable que la haya, pues basta saber que el pecado es, como lo define Santo Tomas, una aversión á Dios y conversión á la criatura, para descubrir lo infinito de su gravedad y malicia, como lo es de un acto que quita á Dios en el juicio y corazón del hombre la razón de último fin, y la pone en la criatura, es decir, que hace de la criatura su Dios y término de felicidad, no solo temporal, sino aun eterna, y á Dios lo envile-

ce tanto como reputarlo por de ménos estimación y aprecio que la criatura por quien lo cambia; no siendo dable, volvemos á decir, que quepa duda en esto; veamos si el puro hombre, es decir, si los hombres todos, á escepcion de Jesucristo que no fué hombre puro sino Dios y Hombre, pudo dar esta satisfacción de condigno que Dios exigió. Sin demorarnos ni un momento, responderémos que no.

Poco tenemos que decir para demostrar esta proposición. Supuesto que la ofensa es infinita, y que la satisfacción que se exige ha de ser de condigno, esto es, ha de igualar á la gravedad de esta ofensa, se requiere que sea infinita la satisfacción: el valor ó estimación de todo el linaje humano, de todas sus obras, y de todos sus sacrificios; aun los de su propio ser y existencia, es finito y limitado como de seres criados en el orden natural: luego no puede igualar la gravedad de la ofensa que es infinita: luego no puede ni pudo nunca satisfacer de condigno.

Si pues el hombre puro no puede satisfacer, necesario es que ofrezca esta recompensa quien reúna en sí la aptitud para ofrecerse como víctima á la justicia divina, y el mérito infinito de sus acciones. ¿Y en quién se puede dar esta reunión admirable de lo inmortal y lo mortal, de lo divino y lo humano? Solo en quien reúna las dos naturalezas divina y humana; luego supuesta aquella voluntad de Dios de ser satisfecho de condigno, fué necesaria para el efecto la Encarnación del Divino Verbo; pues tomando la satisfacción todo su aprecio y estimación de la persona que la dá, aquella satisfacción que se requeria fuese infinita, solo la podía dar una persona infinita. Todo esto se contrae al pecado mortal. La cuestión sobre el venial no es de nuestro instituto, y por esto la omitimos.

También podemos considerar á la Encarnación como necesaria, si atendemos á que era el medio que ofrecía al hombre los mas eficaces y poderosos, con que adquirir el bien y apartarse del mal, que es en lo que consiste su reparación. Cinco razones hallamos para lo uno y otras tantas para lo otro. Las que nos certifican de la mayor facilidad y conveniencia con que somos promovidos al bien, son estas. Por la Encarnación se certifica mas la fé, porque se nos revelan sus misterios por el mismo Dios, hecho hombre, que por sí mismo nos habla, como advierte el Apóstol. Aumentase mas la esperanza, porque por él nos hallamos sin los obstáculos insuperables que nos impedían llegarnos al bien sumo. Se enciende mas la caridad por la manifestación de tanto amor de Dios hácia nosotros,

como nos descubre este misterio. Dáosen un ejemplo del bien obrar, y por último, se nos participa la misma divinidad, que es en lo que consiste la verdadera bienaventuranza del hombre.

No son ménos poderosas las razones que tenemos para convencernos de que mas fácilmente nos aparta del mal. Es la primera: que el hombre se halla por la Encarnacion con instruccion y fuerzas para detestar y despreciar al diablo, por cuanto á que por este misterio ha sido ya humillado. La segunda es: que se conoce mas la dignidad de la naturaleza humana y por ello se retrae mas el hombre de manillarla con la culpa. La tercera es: que se espela la presuncion, porque no habiendo precedido méritos algunos, se recomienda la gracia de Dios en Cristo. Es la cuarta: que por tanta humillacion es reprendida y al mismo tiempo curada nuestra soberbia; y la quinta, ser el hombre librado por ella de la esclavitud del demonio y del pecado. ¿Con qué afecto tan tierno deberémos venerar y agradecer un misterio que nos ha traído bienes tan indecibles?

— o o o —

DIA CUATRO.

San Andres Corsino.

El bienaventurado Andres, descendiente de la antigua y noble familia de Corsino, nació en Florencia en 30 de Noviembre de 1302. Sus padres lo recibieron como fruto de sus oraciones y del voto que habian hecho de consagrarlo al servicio de Dios; pero muy pronto tuvieron el desconsuelo de verlo entregado á toda clase de vicios desde su mas temprana edad, asociado con jóvenes perversos, y hacer gala de distinguirse en la disolucion á que se habia entregado en todas líneas. No quedaba á sus piadosos padres otro recurso que pedir al Señor su conversion y llorar sus extravíos. Un dia, anegada su peregrina madre en lágrimas, se presentó á su hijo, diciendo: "Veo con extremo dolor que eres en efecto el lobo que ví en sueños la víspera de tu nacimiento." Curioso Andres, le instó con viveza porque le explicara lo que acababa de decirle, y ella entonces le refirió que cercana á su parto, habia soñado que de su vientre salia un pequeño lobo: que vió luego á aquella fiera entrar en la Iglesia de los Carmelitas, y transformarse allí en manso cordero, refiriéndole tambien el voto que ella y su marido habian hecho poniéndolo bajo

la proteccion de la Santísima Virgen. Causaron tal impresion en Andres estas palabras, que postrado á los piés de su madre, y pidiéndole perdon por lo pasado, le ofreció, que pues se habia cumplido la primera parte de su sueño, nada omitiria para que se cumpliese la segunda. Encaminóse á la Iglesia del Cármen, y arrodillado ante el altar en fervorosa oracion, movido por la gracia, se ofreció á Dios y á su Purísima Madre: al punto se mudó su corazón y resolvió encerrarse en aquel convento, como lo verificó. Todas las pasiones á que habia dado rienda suelta, se sublevaron contra él. Con la mayor violencia al verso reprimidas, como sucede siempre en cualquiera que trata de convertirse; pero resuelto de veras nuestro Santo, llega con la mortificacion, obediencia y silencio á domar los malos hábitos. Despues de un año hizo su profesion solemne, y en vez de disminuir en el fervor, adelantaba en la perfeccion y en las ciencias, y ascendió por los grados prescriptos, al sacerdocio. Edificaba nuestro Santo á los hermanos de su convento y á los pueblos de la provincia, cuando la ciudad de Fierolia perdió su obispo; y reunido el clero, nombró por sucesor á San Andres Corsino. Advertido oportunamente, fué á esconderse entre los cartujos, y siendo inútiles todas las diligencias practicadas para encontrarlo, se trataba de proceder á nueva eleccion, cuando un niño de tres años descubrió el lugar de su retiro, y conocida con esto la voluntad de Dios, admitió el obispado. Aumentó en su nuevo estado sus ordinarias mortificaciones, añadió mayores austeridades, agregó al rezo divino los saimos penitenciales, lastimaba su cuerpo con diarias disciplinas, formaban sus lechos salmientes de viñas, y ocupado siempre en los ejercicios de su ministerio, la meditacion y oracion eran su único recreo. El gran talento que poseia para reconciliar los espíritus desavenidos, movió á Urbano V á enviarlo á Colonia en calidad de legado para pacificar las perniciosas turbulencias que despedazaban la ciudad. Fué feliz en sus negociaciones, inspiró en todos los corazones los sentimientos de caridad cristiana, y desterrada la discordia, reinó en aquella ciudad la apetecida paz. Vivió hasta la edad de setenta y un años, y en la noche de Navidad de 1372, celebrando la misa llamada de Gallo, sintió los anuncios de la fiebre, que destruyendo su cuerpo, puso término á sus dias el 6 de Enero inmediato. Fué beatificado solemnemente en 1440, por el papa Eugenio IV, y en 1629 lo canonizó Urbano VIII y fijó su fiesta en el 4 de Febrero, mandando se rozase su oficio en toda la Iglesia.

La Epistola es de los capítulos XLIV y XLV de la Sabiduría.—(Eclesiástico.) Página 199.

He aquí un sacerdote grande que en sus días agradó á Dios, &c.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo, pág. 193.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debía ir muy lejos, &c.

MEDITACION.

Sobre la fuga de las ocasiones y de las malas compañías.

Considera, que el bien grano no puede separarse de la zizafia; mas tú si puedes y debes apartarte de las malas conversaciones. Por mas que te disfrazes y te encubras, te darán á conocer tus compañías. Tú eres lo que son aquellos con quienes tratas, porque toda hombre gusta de aquel que le semeja. Si permites que frecuenten tu casa personas viciosas, puede creerse que tú lo eres tambien; ó que llegarás á serlo pronto. Si tenemos amistad con los que amamos, y gustamos de asemejarnos á los que miramos con aficion, precisamente hemos de ser malos, si tales personas son malas. En vano esperas ser bueno viviendo entre malos, porque no se adquiere la salud entre los sanos, pero sí se contrae la enfermedad entre los enfermos. Ejemplo es de esto el Santo que celebramos hoy, el cual tuvo suspensas las gracias que despues lo condujeron á tan alta santidad, mientras vivió asociado con jóvenes perversos; mas luego que dejó su compañía, ganó la gracia su corazón y obrando en él eficazmente, lo condujo á la perfeccion por un camino de desprendimiento y de negacion propia. Sigue tú su ejemplo si quieres evitar los funestos resultados de las malas compañías.

Considera que el buen ejemplo hace todos los buenos, así como el mal ejemplo hace todos los malos. El candor y la verigüenza son los dos baluartes de la inocencia; mas estos se arruinan si se ven cometer las culpas que causan el mal ejemplo; porque propendiendo por nuestra corrupcion al pecado, nos animamos á cometerlo siempre que lo vemos autorizado por el mal ejemplo; pues este ennoblete y acredita el vicio á nuestra vista, le hace honroso, licito, justo, fácil y necesario, hasta tener rubor de ser inocente entre los culpados y casto entre los impúdicos. ¡Pues qué es esto sino estar ya senta-

do en la cátedra de la pestilencia? ¿Ser ya el autor que fomenta la iniquidad? ¿Enseñar ya el mal á los hijos y á los domésticos, y aumentar el crédito del vicio con los escándalos y con los malos ejemplos? ¿Y este gran mal de dónde habrá venido? De no huir las ocasiones, de no dejar las malas compañías.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Lo conozco, Señor: mi obstinacion en seguir exponiéndome al contagio que ha producido en mí la enfermedad de que queriais alejarme para que no perdiese mi salud. Mas ya estas reflexiones que debo á vuestra bondad me hacen apelar á la medicina que me dais en la fuga de aquel lugar de pestilencia, de aquel aire mal sano. Esto es hecho, Dios mio; no seria siervo vuestro si tratase todavía de agradar á los hombres; mas esta resolucion animosa no podrá tener efecto si no la asegurais con vuestra gracia. Concedédmela por vuestra bondad, pues yo no la merezco.

JACULATORIA.

Apartadme, Señor, de aquel camino que al hombre parece recto; pero que su fin conduce á la muerte.

LECCION.

Sobre el motivo de la Encarnacion, y en qué consista esta.

Habiendo tratado sobre la posibilidad, conveniencia y necesidad de la Encarnacion del Divino Verbo, pide el órden que hablemos del motivo porque se efectuó: si bien lo haremos brevemente, aunque es un asunto que en parte ha dividido las escuelas, por una cuestion en que no entraremos, contentándonos solo con insinuarlo, y siguiendo por lo que á nosotros toca, la de Santo Tomas. Se pregunta, pues, ¿si en el caso de que el hombre no hubiera pecado, hubiera Dios encarnado en fuerza del presente decreto de Dios por el que se efectuó la Encarnacion? Ó lo que es lo mismo, ¿si el pecado de Adán fué el único motivo de haber Dios decretado el encarnar, de tal modo que no pecando Adán no hubiera encarnado el Verbo Divino? Por la afirmativa de este segundo modo de preguntar, están los discípulos de Santo Tomas con el Santo Doctor, quien aunque reputa probables una y otra sentencia, se adhiere mas á esta.

Escoto y sus discípulos distinguen en Dios dos decretos: el uno acerca de la sustancia de la Encarnacion, por motivo de ennoblecer y glorificar á la naturaleza humana, y por tanto sin conexión con el pecado; y el otro acerca de la circunstancia de la *posibilidad* por motivo de reparar á la naturaleza, y por lo mismo conexo con la culpa, y que por consiguiente, aunque Adán no hubiera pecado, hubiera venido Cristo; pero no en carne pasible. Pero contra esta sentencia, así como contra la de Suarez y otros que en algo convienen con ella, está la de los Tomistas, mas arreglada y conforme á la razón, con que se atiende únicamente á lo que se encuentra en la Escritura y tradición, ó puede colegirse de ellas. Véamos como lo prueban, esto es, como sostienen que el único motivo de la Encarnacion fué la redención del género humano, de tal modo, que si Adán no hubiera pecado, no habria encarnado el Hijo de Dios en virtud de este decreto.

Aquellas cosas, dicen, que penden y provienen de sola la voluntad de Dios, y son sobre todo lo que pide el órden natural, no podemos saberlas por otro medio que el de la Escritura Santa ó de la tradición: es así que ni la Sagrada Escritura ni los Padres señalan otro motivo para la Encarnacion que la redención del género humano; luego debemos tener este por el único. Que la Escritura y tradición sea lo único á que debemos atenemos, es claro, porque en ellas se contiene la revelación de aquellas cosas que dependen únicamente de aquella libre voluntad de Dios, y que por consiguiente solo á su Magestad son notorias mientras no las revele á nosotros; y por esto se dice en la Sabiduría: *¿Quién de los hombres podrá saber el consejo de Dios, ó quién podrá penetrar lo que Dios quiere?*

Pruébase la segunda proposición de este argumento con textos de la Sagrada Escritura y autoridades de los Padres; de los cuales nosotros no asentaremos aquí mas que las palabras del Salvador que nos refiere San Lucas en el capítulo XIX, y son estas: *Vino el Hijo del Hombre, dijo de sí mismo Jesucristo, á buscar y salvar lo que habia perdido; y aquel otro del Apóstol San Pablo que dice: Jesucristo vino á este mundo á salvar á los pecadores.* Esto mismo se encuentra en Isaías, y en cuanto puede citarse de la Escritura: esto enseñan los Santos Padres, entre los que San Agustín dice terminantemente: "Ninguna causa hubo para que Cristo hubiera venido, mas que el salvar á los pecadores." Citase por último para

comprobacion, nada ménos que el símbolo de la fé, explicado por el concilio general de Nicea y sostenido constantemente por la Iglesia universal. En él se dice de Jesucristo: "Que por nosotros los hombres y por nuestra salvacion descendió de los cielos, y encarnó por obra del Espíritu Santo, y se hizo hombre." Si pues hubiera habido otro motivo mas para la Encarnacion, ¿habrian dejado de asignarlo los profetas, el Salvador mismo, sus Apóstolos, su Iglesia y los Padres que son sus luminares? De ninguna manera. No negamos por esto que Dios pudiera haber encarnado en virtud de otro decreto; pero sí el que nos conste, que en fuerza de arte lo haya hecho por otro motivo mas que el de reparar al hombre.

Baste lo dicho acerca de esta célebre cuestion, en que se encuentran fuertes y sutiles argumentos de la escuela de Escoto; pero siempre triunfante y científicamente deshechos por la de Santo Tomas; y veamos si se puede asegurar que en efecto hubiera encarnado el Divino Verbo en el caso de no haber existido el pecado; y cuáles de estos vino á borrar.

Acerea de lo primero nada puede decirse con certeza, como quiera que no se nos ha revelado y es cosa que pende únicamente de la voluntad de Dios: ni basta para asegurarlo el que se hallen algunas razones de congruencia, porque la voluntad de Dios es muy libre, y por consiguiente no ligada en manera alguna á estas conveniencias.

Acerea de lo segundo, decimos que Cristo vino al mundo á borrar todos los pecados, tanto el original como los actuales; pero principalmente el original. Pruébase con las palabras de San Juan, quien dice: *Cristo es propiciacion, esto es, victima de propiciacion por nuestros pecados; mas no solo por los nuestros, sino tambien por los de todo el mundo.* Y en el epítitilo anterior habia dicho: *La sangre de Cristo nos limpia de todo pecado.* Así lo han definido los concilios Toledano sexto y Tridentino; y es la razon porque vino á salvar á los hombres: luego habia de borrar todos los pecados, no solo el original, sino tambien los actuales, que son obstáculos para la salvacion.

No obstante, si no hubiera habido mas pecados que el original, hubiera venido, porque este es pecado de todo el mundo, como que existió en la raíz; y tanto, que este es del que habló el Bautista cuando al ver á Cristo dijo: *He aquí el Cordero de Dios: he aquí el que borra los pecados del mundo.* La razon es, porque este solo

pecado había hecho incapaz de la bienaventuranza á todo el linaje humano; por lo que habia este para motivar la venida del Salvador. Pero vengamos ya á tratar sobre la esencia misma de la Encarnación del Verbo.

Para poder ser entendidos en lo que vamos á decir, es necesario explicar ántes qué se entiende por naturaleza de una cosa, y qué por persona. La naturaleza se toma aquí por la perfecta esencia de la cosa; pero la persona es la sustancia intelectual é incommunicable de la naturaleza.

Unirse en la naturaleza es unirse de tal modo, que de la union resulte solamente una naturaleza, así como del cuerpo y del alma, de la materia y la forma, se levanta una naturaleza solamente; mas unirse en la persona es unirse á la persona, no constituyendo otra persona mas que aquella á que se une; y por tanto el ser hecha la union en la persona, es haber sido unidas las naturalezas, de modo que la union ha sido terminada á una persona que subsiste en una y otra naturaleza.

Esto supuesto, decimos que la union del Verbo encarnado no fué hecha en la naturaleza; y que por consiguiente las naturalezas divina y humana no se mezclaron formando una sola, sino que una y otra permanecieron íntegras, sin confundirse ni mezclarse, unidas á la persona del Verbo. Este es dogma de fé, definido por la Iglesia en el concilio de Calcedonia contra Eutyches, quien enseñaba la doctrina errónea de la confusion ó mezcla de las dos naturalezas, contra la cual escribió San Leon á Flaviano la célebre carta que se recibió y aprobó en el concilio Calcedonense, en conformidad de cuya decision profesa la Iglesia universal este dogma de fé, diciendo en el símbolo de San Atanasio, que Jesucristo es uno, no por haberse convertido la divinidad en carne, sino por haber asumido á la humanidad á Dios: uno absolutamente, no por confusion de la sustancia, sino por unidad de la persona, esto es, por ser una la persona. Siendo, pues, un dogma de fé, no es controvertible entre los católicos; pero habiendo sido necesario sostenerlo contra la doctrina errónea de Eutyches y de sus discípulos á quienes siguieron los armenios, lo prueban y demuestran los Santos Padres y teólogos católicos con los textos mismos de la Escritura Santa del Antiguo y Nuevo Testamento, constantes en Baruc, en Isaias, en las Epístolas de San Pablo y San Juan, y en el mismo sagrado Evangelio, donde Jesucristo dijo de sí propio que es uno con su Padre, esto es,

en cuanto Dios, y luego dice que su Padre es mayor que él, esto es, en cuanto hombre.

La misma distincion de naturalezas divina y humana prueban otros textos de la Escritura, atribuyendo á Jesucristo cosas contrarias que, por serlo, no pueden convenir á una sola naturaleza, sino unas á la divina y otras á la humana, como el ser nacido en tiempo, y sin embargo ser desde la eternidad; apartarse de nosotros, y estar siempre con nosotros; descender del cielo, y habitar en la tierra, y sin embargo no faltar del cielo. Estas y otras propiedades anunciadas y predicadas de Cristo, no le pueden convenir sino siendo como es en realidad, Dios y hombre juntamente. Todo lo cual prueba y funda el dogma de la distincion de las dos naturalezas divina y humana, unidas hipostáticamente en la persona del Verbo Divino, como veremos en la leccion siguiente, en que continuaremos tratando de este misterio inefable.

—♦—
DIA CINCO.

San Felipe de Jesus, y sus compañeros, protomártires del Japon.

Si la Iglesia católica debe gloriarse de haber visto reproducir en estos últimos tiempos, los prodigios que fueron tan frecuentes en los ilustres mártires de los primitivos fieles; nuestra patria puede también honrarse, no solo de tener entre los valerosos mártires del Japon á uno de sus hijos, sino que este haya sido el primero en derramar su sangre por la fé en este ilustre escuadron de protomártires. Nació San Felipe en esta ciudad de México, de padres españoles, distinguidos en calidad y nobleza, llamados Alonso de las Casas y Antonia Martinez, los que procuraron darle una educacion cristiana é ilustrada, haciendo cursase las aulas de gramática en el colegio máximo de San Pedro y San Pablo, que dirigian los Padres de la Compañía de Jesus, con notable provecho de la juventud mexicana, á la que instruian con no menor empeño y eficacia en la virtud que en las letras.

Quando fué capaz de elegir estado, abrazó el de religioso, tomando el hábito de la reforma de San Pedro Alcántara en el convento de Santa Bárbara de Puebla de la provincia de San Diego, madre

pecado había hecho incapaz de la bienaventuranza á todo el linaje humano; por lo que habia este para motivar la venida del Salvador. Pero vengamos ya á tratar sobre la esencia misma de la Encarnación del Verbo.

Para poder ser entendidos en lo que vamos á decir, es necesario explicar ántes qué se entiende por naturaleza de una cosa, y qué por persona. La naturaleza se toma aquí por la perfecta esencia de la cosa; pero la persona es la sustancia intelectual é incommunicable de la naturaleza.

Unirse en la naturaleza es unirse de tal modo, que de la union resulte solamente una naturaleza, así como del cuerpo y del alma, de la materia y la forma, se levanta una naturaleza solamente; mas unirse en la persona es unirse á la persona, no constituyendo otra persona mas que aquella á que se une; y por tanto el ser hecha la union en la persona, es haber sido unidas las naturalezas, de modo que la union ha sido terminada á una persona que subsiste en una y otra naturaleza.

Esto supuesto, decimos que la union del Verbo encarnado no fué hecha en la naturaleza; y que por consiguiente las naturalezas divina y humana no se mezclaron formando una sola, sino que una y otra permanecieron íntegras, sin confundirse ni mezclarse, unidas á la persona del Verbo. Este es dogma de fé, definido por la Iglesia en el concilio de Calcedonia contra Eutyches, quien enseñaba la doctrina errónea de la confusion ó mezcla de las dos naturalezas, contra la cual escribió San Leon á Flaviano la célebre carta que se recibió y aprobó en el concilio Calcedonense, en conformidad de cuya decision profesa la Iglesia universal este dogma de fé, diciendo en el símbolo de San Atanasio, que Jesucristo es uno, no por haberse convertido la divinidad en carne, sino por haber asumido á la humanidad á Dios: uno absolutamente, no por confusion de la sustancia, sino por unidad de la persona, esto es, por ser una la persona. Siendo, pues, un dogma de fé, no es controvertible entre los católicos; pero habiendo sido necesario sostenerlo contra la doctrina errónea de Eutyches y de sus discípulos á quienes siguieron los armenios, lo prueban y demuestran los Santos Padres y teólogos católicos con los textos mismos de la Escritura Santa del Antiguo y Nuevo Testamento, constantes en Baruc, en Isaias, en las Epístolas de San Pablo y San Juan, y en el mismo sagrado Evangelio, donde Jesucristo dijo de sí propio que es uno con su Padre, esto es,

en cuanto Dios, y luego dice que su Padre es mayor que él, esto es, en cuanto hombre.

La misma distincion de naturalezas divina y humana prueban otros textos de la Escritura, atribuyendo á Jesucristo cosas contrarias que, por serlo, no pueden convenir á una sola naturaleza, sino unas á la divina y otras á la humana, como el ser nacido en tiempo, y sin embargo ser desde la eternidad; apartarse de nosotros, y estar siempre con nosotros; descender del cielo, y habitar en la tierra, y sin embargo no faltar del cielo. Estas y otras propiedades anunciadas y predicadas de Cristo, no le pueden convenir sino siendo como es en realidad, Dios y hombre juntamente. Todo lo cual prueba y funda el dogma de la distincion de las dos naturalezas divina y humana, unidas hipostáticamente en la persona del Verbo Divino, como veremos en la leccion siguiente, en que continuaremos tratando de este misterio inefable.

—♦—
DIA CINCO.

San Felipe de Jesus, y sus compañeros, protomártires del Japon.

Si la Iglesia católica debe gloriarse de haber visto reproducir en estos últimos tiempos, los prodigios que fueron tan frecuentes en los ilustres mártires de los primitivos fieles; nuestra patria puede también honrarse, no solo de tener entre los valerosos mártires del Japon á uno de sus hijos, sino que este haya sido el primero en derramar su sangre por la fé en este ilustre escuadron de protomártires. Nació San Felipe en esta ciudad de México, de padres españoles, distinguidos en calidad y nobleza, llamados Alonso de las Casas y Antonia Martinez, los que procuraron darle una educacion cristiana é ilustrada, haciendo cursase las aulas de gramática en el colegio máximo de San Pedro y San Pablo, que dirigian los Padres de la Compañía de Jesus, con notable provecho de la juventud mexicana, á la que instruian con no menor empeño y eficacia en la virtud que en las letras.

Quando fué capaz de elegir estado, abrazó el de religioso, tomando el hábito de la reforma de San Pedro Alcántara en el convento de Santa Bárbara de Puebla de la provincia de San Diego, madre

fecunda de varones muy piadosos y ejemplares; pero duró poco su fervor, pues se volvió del noviciado al siglo con grave sentimiento de sus padres, que se habían llenado de gozo al verlo emprender aquel camino de la perfección cristiana. Dedicóse en lo pronto á aprender el oficio de platero; mas pasado algun tiempo, se dirigió á Manila en las islas Filipinas con caudal y recomendaciones bastantes para ocuparse en el comercio; lo que prueba que si por una vejeidad había abandonado su vocacion, su vida, aunque no fuese tan arreglada como debiera, tampoco se manchó con vicios deshonorosos.

Habiendo llegado al lugar de su destino en la flor de su edad, y con todos los medios para facilitarse una vida mas cómoda y descansada, movido interiormente de la gracia, reflexionando en la inconstancia con que había abandonado el claustro, los bienes que por ella hubiera perdido y los peligros de que se veía rodeado, resolvió volver á la casa de Dios, solicitó y obtuvo nuevamente el hábito en el convento de Santa Marta de los Angeles de Manila, de la misma descalcez que ántes había abrazado. Este nuevo llamamiento del Señor obró con toda eficacia en nuestro Santo; su corazón se mudó repentinamente desde que vistió por segunda vez el sayal del humilde Francisco: su humildad, devoción, castidad, obediencia, lo hicieron un ejemplo de virtud á toda su comunidad durante el tiempo de su noviciado; y admitido á la profesion, en la que dejó su antiguo apellido de Casas por el de Jesus, dió bien á conocer lo tomaba para imitarlo con la perfección que demandaba la santísima Orden en que se había incorporado. Su caridad especialmente, la ejercitaba en la asistencia de los enfermos, á quienes servia con el mayor esmero, y poniendo igual cuidado en sujetar la carne al espíritu, se entregó con el mas ardoroso fervor al retiro, á la soledad y todas las austeridades de la penitencia, con tales veras que edificaba al paso que asombraba á los religiosos mas antiguos y venerables.

Este mismo tenor de vida continuaba despues de su profesion, cuando se le mandó por el comisario general de San Francisco (por solicitud que habían hecho sus padres) se trasladase á esta capital á recibir los sagrados órdenes. Obedeció nuestro Santo, desnudo de toda voluntad propia, y se embarcó en Cavite para regresar á su patria el 12 de Julio de 1596, en el galeon llamado de San Felipe, que parecia pronosticarle la felicidad que le esperaba y á la que se había preparado con tantos ejercicios de la mas sólida y religiosa piedad. En esta penosa navegacion fué Felipe de Jesus el modelo, la

edificacion y el consuelo de cuantos iban en su compañía, y en breve se concilió la veneracion de los pasajeros y de la gente de mar, que de comun acuerdo le daban el título de Santo, y con justicia, pues su recogimiento interior era tal como si se hallase en su celda; su paz imperturbable en los mayores peligros y su caridad en socorrer á los necesitados, aun quitándose el pan de la boca, edificante, su celo en inspirar á todos la virtud con sus exhortaciones, sin igual; y sus costumbres, en una palabra, tan irreprehensibles, que manifestaban tener su corazón abrasado del amor divino.

A los catorce dias de embarcado, una deshecha borrasca vino á turbar los ánimos de los navegantes, aumentando su susto la vista de un triste cometa y la multitud de monstruos marinos que se descubrian en las aguas, devorando hasta los fardos de ropa que el temporal obligaba á arrojar al mar; rompióse el timon, abrióse el casco, y la gente toda atribulada, deseando salvarse, viendo que Manila se hallaba muy lejana, se resolvió, á pesar de los riesgos á que se exponia, á arribar á las costas del Japon, que solo distaba ciento cincuenta leguas. Mientras seguian aquel rumbo, adifigios, con tantos contratiempos, vino de nuevo á asombrarles otra maravilla. Dejose ver en el cielo una cruz blanca y resplandeciente, por un cuarto de hora, la cual, mudando de color, se puso roja como sangre, y desapareció cubierta con una nube negra. Duraron estos trabajos seis dias, al cabo de los cuales avistaron el puerto de Hirando, donde al entrar, encalló el buque. Esto obligó á descargarlo; mas impidiéndose despues su salida por el gobernador, hasta que obtuviesen licencia del emperador, se hizo necesario mandarlo una embejada con varios presentes, siendo nuestro Santo uno de los nombrados á ese fin.

El imperio del Japon, donde San Francisco Xavier había introducido el primero la luz del Evangelio el año de 1540, había progresado tanto en el cristianismo desde la predicacion de este gran Apóstol del Oriente, que en 1587 se numeraban ya mas de doscientos mil cristianos, entre ellos muchos reyes, príncipes, generales, y los mas distinguidos y nobles señores de la corte; mas habiendo subido al trono Faicozama, aunque al principio se había mostrado afecto á la religion, posteriormente convertido en cruel perseguidor, determinó exterminarla de todos sus dominios.

Comenzó por desterrar á los misioneros, así Jesuitas como de otras religiones; mas habiendo quedado muchos de estos celosos operarios

ocultos para auxiliar á los cristianos en aquella persecucion, bendijo Dios sus trabajos como lo habia hecho en la primitiva Iglesia, de suerte que en 1597, está es, á los dos años de haber tenido principio esta tempestad, que el infierno por medio de los hereges y otros hombres inquietos habia promovido para aniquilar el cristianismo, lograron bautizar mas de setenta mil personas.

En estas circunstancias, á fin del año de 1596, fué citando nuestro Santo, nombrado por sus compañeros, pasó á Meaco, á verse con el comisario de su Orden, Fr. Pedro Bautista, que se hallaba en esa ciudad de embajador, para facilitar la salida del galeon que estaba aun detenido en Hirando; viage que hizo tan apostólicamente que se mantuvo de limosna, padeciendo mil necesidades, al punto de llegar á ser despojado de su pobre túnica, por no haber tenido con que pagar el hospedage en una posada. Concluida su comision, se disponia á partir, cuando se vió repentinamente detenido por el gobernador de Gibumoxo, él, su referido comisario, otros tres religiosos y doce japoneses que vivian en el convento, manteniéndose en este estado desde el 9 hasta el 30 de Diciembre, y aunque muchos le aconsejaron se salvase, alegando su carácter de embajador y no hallarse su nombre en la lista de los detenidos, respondió con heroica resolucion: *No permita Dios que mis hermanos estén presos, y yo en libertad. De mí será lo que fuere de ellos.*

El día 30, estando los religiosos en el coro rezando vísperas, vino mucha gente armada á conducirlos á la cárcel, que distaba mas de un cuarto de legua. El superior tomó un crucifijo, y capitaneando á sus súbditos, los condujo á la Iglesia, donde fueron todos atados con crueldad en medio de las mayores afrentas y desprecios, cantando entre tanto los ilustres confesores de Cristo ante el altar mayor el *Te Deum* en accion de gracias, y el himno *O gloriosa Domina*, pidiendo su favor á la Reina de los mártires. Caminaron en seguida recibiendo los mayores ultrages de los gentiles, que los llenaban de lodo y de salivas, hasta la prision, en la que se encontraron con otro religioso francisco, Fr. Martin de la Ascension, tres jesuitas japoneses, Juan de Goto, Pablo Miki y Diego Kisaí, y otros tantos cristianos de la propia nacion, que habian traído de Oxaca por la misma causa. Reunidos en ella todos estos héroes valerosos, es indecible la constancia y alegría con que aguardaban llegase la hora de derramar su sangre por la fé que habian predicado, y nuevos ejemplos vinieron á llenar de confusion á los gentiles y de honor á la reli-

gion. Entre los primeros habia tres niños, llamados Luis, Antonio y Tomas, aquel de doce años, los otros dos no pasaban de quince, todos dedicados al servicio de la sacristia del convento; el niño Luis no estaba puesto en la lista, mas sabiéndolo él, lloró y gritó tanto, que fué necesario ponerlo, y convidándole un caballero gentil con la libertad, le respondió con santo denuedo: *Harto mejor harías tú en recibir el bautismo, sin el cual serás infeliz por toda la eternidad: emplea en esto tu industria, y déjame á mí.*

A los 3 días de Enero de 1597, sacaron á los veinte y cuatro mártires de la prision, llevándolos con las manos atadas á la espalda por las calles de Meaco hasta la plaza, donde les cortaron la parte superior de la oreja izquierda, cuyas preciosas reliquias recogieron los cristianos con devocion, y los pasearon de tres en tres en carretas por toda la ciudad ante un innumerable gentío, á quien predicó con el mayor fervor el jesuita Pablo Miki.

Al día siguiente los condujeron en las mismas carretas de Meaco á Oxaca, luego á Sacay, y de aquí á Nangasaki, paseándolos en todas partes por las calles, y predicando en todas ellas el santo Miki. Es indecible lo que los mártires padecieron en los treinta días de su caminata, tanto por los escarnios del pueblo y el mal trato de sus conductores, como por los frios tan rígidos del Japon; mas sus semblantes alegres y modestos, manifestaban el gozo con que padecian por Jesucristo. Llegados á Nangasaki, lograron fuese su ejecucion en viernes y despues de haber recibido la sagrada comunion. El 5 de Febrero fué este día dichoso: las cruces y lanzas se hallaban prevenidas en una pequeña loma fuera de la ciudad, á la que desde entonces llaman los cristianos el *Monte de los mártires*. Llegados allí los héroes, cada cual corrió á abrazar su cruz, distinguiéndose el fervor de nuestro Santo paisano, que al besar la suya, exclamó: *¡Oh dichoso navio, oh feliz galeon de San Felipe, que te perdiste para que se ganase este Felipe! ¡Oh pérdida, no pérdida para mí, sino la mayor ganancia!* Los verdugos suspendieron tan dulces coloquios y colocaron á los Santos en las cruces, sostenidos sus cuerpos por cinco argollas, dos en los brazos, dos en las piernas y otra en el cuello; mas al caer de ellas nuestro Felipe, ó por ser de pequeña estatura, ó por otra causa, corrió hácia abajo, desollándose las espaldas; y sintiendo se sofocaba por la opresion de su garganta, comenzó á implorar á grandes voces el dulcísimo nombre de Jesus, por lo que fué mandado atravesar con la lanza, recibiendo dos golpes, y des-

pues el tercero con otra que sostenía el cuerpo que se desplomaba. Así logró este ilustre mexicano ser el protomártir entre sus mismos compañeros. Igual fué el valor de los restantes, sin excepcion de edad ni condicion. El anciano Kisai, de sesenta y cuatro años, devoto tiernísimo desde su conversion, de la pasion de Cristo, se hallaba absorto en esta contemplacion: los ejemplares Fr. Pedro Bautista y Fr. Martin de la Ascension (guardian que habia sido el primero, y lector de teología el segundo en el convento de Churubusco), y sus demas religiosos, estaban con la misma devocion: Pablo Milci, de treinta y tres años, predicó hasta morir: Juan de Goto, joven aun, exhortaba á perseverar en la fé, porque él daba la vida, á su anciano padre, quien lo acompañó al pie del patíbulo hasta que lo vió expirar y se retiró bañado de su pura sangre: los seculares, casi todos de la tercera Orden de San Francisco, no degeneraron de su espíritu, señalándose los tiernos niños: Luis, que no dejó de rezar mientras estuvo vivo el Padre nuestro y Ayo María, y Antonio, bañado en lágrimas de alegría, convidaba á los asistentes á cantar en su compañía el Salmo *Laudate pueri Dominum*. Así volaron á la feliz bienaventuranza estos valientes campeones en número de veinte y seis, pues á los sentenciados en Mexico, se agregaron otros dos en el camino.

Con muchas maravillas mostró el cielo lo agradable que le habia sido este sacrificio, pues entre otras, los veinte y seis cuerpos se conservaron por cuarenta dias en las cruces, frescos, incorruptos y aun hermosos, exhalando tal fragancia, que hasta los gentiles confesaban el milagro, no atreviéndose ademas las aves de rapina á tocar tan respetables cadáveres. Movido por todo esto y hechas las informaciones necesarias, los declaró mártires el Señor Urbano VIII á los treinta años de su martirio, señalando el 5 de Febrero para su fiesta. Una antigua tradicion enseña que vivia aún la madre de nuestro Felipe cuando fué beatificado, y recibió honores dignos de la madre de tan valeroso mártir. México ha venerado siempre á su ilustre hijo; posee reliquias suyas, y le ha edificado templo en que diariamente alaba á Dios la ejemplo comunidad de las religiosas capuchinas de la reforma de Santa Coleta. ¡Felipe, no olvides á tu patria ante el Eterno! ¡Tú eres su gloria: sé tambien su baluarte!

La Epistola es del capítulo VI de la que escribió San Pablo á los galatas.

Hermandos: A mí libreme Dios de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo. Porque respecto de Jesucristo, ni la circuncision ni la incircuncision valen nada, sino el ser una nueva criatura. Y sobre todos cuantos siguieren esta norma, venga paz y misericordia, como sobre el Israel de Dios. Por lo demas, nadie me moleste en adelante; porque yo traigo impressas en mi cuerpo las señales del Señor Jesus. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, hermandos, con vuestro espíritu. Amen.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo, pág. 97.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno, &c.

MEDITACION.

Sobre la féaldad y la magnanimidad de los Mártires.

Considera la fidelidad con que los Santos mártires, y especialmente el que celebramos hoy, correspondieron al beneficio que Dios les hizo en aquella doble vocacion con que los llamó primeramente á la luz de la fé, y despues á la prueba del amor, por el sacrificio de sus vidas hecho en obsequio de su Criador y Redentor Soberano. Llámanos á la luz de la fé, luz divina, luz esplendorosa que difunde verdad de tan grande excelencia, que con ella sola puede el hombre hallarse verdaderamente lleno y satisfecho; pero verdad, no obstante, atacada y combatida por la astucia de nuestro enemigo, con tan sutiles reformas y fuertes ilusiones, que es prueba de virtud y de fidelidad verdadera el no dejarse seducir de ellas, y sí rebatirlas con firmeza, especialmente si esto se hace por una gloriosa confesion de fé ante el tribunal tiránico, que anaga con el decreto de la muerte. Tal fué la obra, y tal el mérito de los esforzados mártires de Cristo, Felipe de Jesus y sus generosos compañeros, que fieles á las promesas del bautismo, supieron sostenerlas hasta la tentacion, hasta la confesion animosa, hasta la aceptación de la muerte.

Considera la magnanimidad con que los Santos mártires llenaron y perfeccionaron la profesion de su fé, hasta ponerle el sello con el sacrificio de sus vidas y la efusion de su sangre. Verdaderamente grande fué el ánimo con que se sostuvieron sin flaquear, ni contur-

base con la vista del suplicio, con la experiencia del tormento, con la presencia de la muerte misma. Al verlos inundados en un gozo inefable que los hacía exhalair vivas expresiones de amor y de alabanza, de acción de gracias y de recíproca congratulación, parecería, ó que sus cuerpos eran insensibles, ó que unos eran los que padecían y otros los que celebraban su dicha, poseídos de un divino entusiasmo; pero *¡la maravilla no es sino un prodigio de la gracia que sabe comunicár al alma fiel y corazón amante una fortaleza sobrehumana, que haciéndolos superar los mas vivos padecimientos de la naturaleza, los pone en aptitud de dar con su magnanimidad en el martirio, la gran prueba del amor que Jesucristo mismo declaró ser la mayor que puede dar el hombre!* Tal es la que para gloria de Dios y edificación nuestra, dió el glorioso Felipe de Jesús: el bendice su destino, se abraza con la cruz que va á hacerlo semejante á su Redentor, la alaba y glorifica, se tiende en ella, y elevado en los aires, muere invocando y celebrando á un mismo tiempo el nombre saludable de Jesús, su generoso capitán.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Verdaderamente eres admirable en tus Santos, ¡oh Dios Omnipotente! pues sabes presentarlos al combate revestidos de una virtud tan heroica, que no podemos ménos de reconocerla y confesarla toda divina. Al contemplarla, un entusiasmo santo se apodera de nuestro corazón; mas si vos no lo legitimáis con vuestra gracia y vuestra caridad, ¿qué podrá producir por sí solo? El sería un afecto noble, sí; pero transitorio, semejante á un fuego fatuo que brilla y desaparece en un momento. ¡Oh, no sea así, Dios mio, sino una disposición sólida y permanente con que esté siempre pronto á dar por vos la vida!

JACULATORIA.

Perciosa es á tus ojos, oh Señor, la muerte de tus Santos.

LECCION.

Sobre la esencia de la Encarnación del Divino Verbo.

Continuamos tratando sobre el Altísimo misterio de la Encarnación del Divino Verbo, acerca de su esencia misma, llenos á la verdad de admiración y asombro de la inconcebible dignación de Dios,

que ha tenido á bien revelar las obras mas excelsas de su poder y su sabiduría á unas criaturas á quienes excede infinitamente en su esencia y perfecciones; pero á quienes ama de tal modo, que las dota de las sublimes facultades de la inteligencia con que las hace semejantes á sí, para que en cuanto es dado al mísero mortal, se levante, se eleve, vuele y contemple en el seno mismo de la Divinidad, los tesoros inmensos de la sabiduría y ciencia de Dios, sus juicios incomprendibles y sus investigables caminos. Una criatura salida de sus manos en inocencia y justicia original, la mancha, la pierde y corrompe su naturaleza con ofensa infinita de su Criador; pero este Ser Divino, infinitamente sabio y compasivo, sabe repararla, empleando su misericordia de modo, que ella misma dé plenisima satisfacción á su justicia, y repare el ultraje del honor divino al mismo tiempo que vuelva su esplendor al humano, todo por una obra hecha á su costa y á impulso de su amor, en que compiten su benignidad suma y su incomprendible sabiduría, pues obra para el efecto de su empresa un portento tan asombroso, como humanar á la divinidad y divinizar á la humanidad, uniendo; sin confundirlas, á una y á otra en la persona del Verbo increado. Veamos de qué manera.

Ya hemos dicho en la leccion anterior que la union no se hizo en la naturaleza, y que ni la divina ni la humana, aunque unidas íntimamente, se confundieron ni mezclaron. Ahora proponemos otro dogma de fé, definido en el concilio de Efeso contra Nestorio, y confirmado en el Calcédense, y es, que la union del Verbo Divino con la naturaleza humana, fué hecha en la persona del Verbo, de modo que en Cristo es única la persona, que es la del Verbo, y uno mismo el Hijo de Dios y del hombre. Así lo profesa la Iglesia católica, nuestra madre y maestra en los símbolos de la fé. En el de los Apóstoles, dice: *Y creo en Jesucristo su único Hijo, Señor nuestro, que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nacido de María Virgen.* En el Niceno se explica mas, diciendo: *Creo... en un Dios verdadero de Dios verdadero... consustancial al Padre... que por nosotros hombres y por nuestra salud descendió de los cielos, y encarnó del Espíritu Santo, esto es, obrando la virtud del Espíritu Santo, de María Virgen, y fué hecho hombre.* Con cuyas palabras profesa la Iglesia, que es uno y mismo, una y misma persona el Hijo de Dios y del hombre. Finalmente, en el de San Atanasio, dice: que es *uno absolutamente, no por confusión de la sustancia, sino por unidad de la persona.*

Tal es la confesion de la Iglesia católica contra los errores de Nestorio, que se atrevió á negar que la union de las naturalezas humana y divina en Cristo fuese hecha en la persona, ó que de esta union resultase una sola persona, que fuese juntamente Dios y hombre. Contra este, pues, sostiene la Iglesia su dogma tomado de la Escritura Santa, segun la cual, confesamos que el Hijo de Dios se hizo hombre, no por conversion de la divinidad en carne, que este seria un pensamiento insulso, sino por una asuncion de la humanidad á Dios, que es como debemos entender al Evangelista San Juan, donde dice que el *Verbo se hizo carne*, esto es, tomó carne uniéndola á su persona. Pero lo que hace á nuestro intento, es ver en este texto sagrado, mas claro que la luz, la única persona divina en Cristo, pues no se une á una persona criada accidental ó moralmente, como delimita Nestorio, sino á la misma carne, esto es, á la naturaleza humana; pero de tal modo, que se puede decir, y se dice con verdad, que el *Verbo se hizo carne*, no porque se convirtiera en carne, como hemos explicado ya ántes, sino porque la misma persona que subsiste en la naturaleza divina subsiste en la humana, siendo por consiguiente Dios hombre verdadero, y hombre Dios verdadero.

De otra manera, ¿cómo hubiera desempeñado la obra de nuestra redencion á que fué enviado? Si en Cristo hubieran habido dos personas, la obra de nuestra redencion hubiera sido nula; porque ninguna de las dos podia redimirnos del pecado: no la divina, porque no podia padecer ni satisfacer por nosotros; no la humana, porque no podia conferir á sus obras satisfactorias valor infinito cual se requería para nuestra redencion; luego era preciso que fuera, como en realidad fué, y es una sola persona, que siendo la hipóstasis ó supuesto de la humanidad, diera mérito infinito á su sacrificio. Así pues, el Hijo de Dios hecho hombre es uno mismo física y personalmente.

Por consiguiente, la Beatísima Virgen su verdadera Madre, debe decirse propia, verdadera y católicamente Madre de Dios, y no solo de Cristo como pretendía Nestorio, no porque hubiera engendrado á la divinidad ó á Dios puro, ¿quién jamas puede decir tal cosa? Si no porque engendró á un hombre que es Dios. Así es que el Apóstol San Pablo dice escribiendo á los galatas: *Envío Dios á su Hijo hecho de la Mujer*, es decir, que aquel que habia sido hecho hombre por una humanidad tomada real y físicamente de la sustancia

misma de la mujer, es el mismo Hijo de Dios, y Dios como su Padre, á quien su Padre envía para salvar á los hombres: luego esta mujer de quien es hecho el Hijo de Dios, para explicarnos con San Pablo, es Madre del Hijo de Dios, de aquel que es Dios verdadero, uno en esencia con el Padre y el Espíritu Santo, y distinto en la persona. Así lo definió contra Nestorio el concilio de Éfeso, y así es como los Santos Padres llaman á María verdadera Madre de Dios.

Inferida esta consecuencia, que bien pedía el asunto de que venimos tratando, veamos en qué modo puede decirse Cristo persona compuesta; para cuya inteligencia advertimos que la dición Cristo, que significa unguido, es nombre de la persona, no de otro modo que Pedro. Esto supuesto, se pregunta ¿si Cristo es compuesto, es decir, si la persona de Cristo es compuesta? Se responde que si es Cristo persona compuesta de dos naturalezas, divina y humana; porque la persona de Cristo, aunque segun lo que en sí es, y como subsiste desde la eternidad en su propia naturaleza, es simple como la misma naturaleza; de la cual no se distingue realmente; pero sin embargo, formalmente, segun que está en Cristo, no solo termina la naturaleza divina, sino tambien la humana, y en las dos unidas subsiste luego está Cristo compuesta de ellas; pues aquello se dice compuesto, que consta de varias cosas realmente distintas y unidas; á quienes comunica el ser.

Tambien se puede decir que Cristo es compuesto de la persona del Verbo y de la humana naturaleza, porque tambien consta de ellas realmente distintas y unidas; y aun se une mas inmediatamente la naturaleza humana á la persona del Verbo, que á la naturaleza divina que es la propia al Verbo, porque no se une á la naturaleza divina sino mediante la persona. Mas es tan inmediata esta union de la naturaleza humana con el Verbo Divino, que entre él y ella no hay nada criado que medie, ó medio formal que ligue y una al Verbo con la humanidad; "porque así como entre la materia y la forma nada hay que medie, así tambien entre la naturaleza y el supuesto (que es el Verbo) no puede caer medio alguno," en cual se uniera la naturaleza humana primero que á la persona divina, dice Santo Tomas. Omitimos explicar mas estas ideas, porque hacerlo solo serviría de confundir á los que no tienen algunos principios de teología.

DIA SEIS.

Santa Dorotea, virgen y mártir.

Las actas de la vida de Santa Dorotea escritas por San Aldhelmo obispo de Sajonia, nos dan una probabilidad suficiente acerca de la Santa, aun cuando algunos eríticos severos se atrevan á desechárlas como apócrifas. Segun ellas, Santa Dorotea nació de una familia distinguida por su nobleza y piedad, confirmada en el martirio de los padres de nuestra Santa. Su virtud y mérito eran mirados en Cesarea como verdadero prodigio y modelo de doncellas cristianas. Los dotes de cuerpo y alma que le adornaban movieron á muchos á pretenderla por esposa; mas ella, que había consagrado su virginidad á Jesucristo rehusó constante toda proposicion de matrimonio. Persona tan ilustre no pudo esconderse al gobernador, el cual oyendo hablar de sus singulares prendas la hizo comparecer en su tribunal y le intimó que sacrificase á los ídolos. "Bien sé, respondió la virgen, lo que han mandado los emperadores; pero tambien sé que solo se le debe tributar adoracion al único Dios verdadero." Instó el gobernador amenazándola con los tormentos y la muerte, é insistió Dorotea, asegurando que ninguna fuerza la haria mudar de resolucion, y exhortando al mismo para que se convirtiese á Jesucristo. Pero lejos él de ceder, antes de proceder á la ejecucion, entregó á nuestra Santa á dos mugeres que poco ántes habian apostatado de la fé para que con empeño procurasen seducirla. Mas la gracia de Dios la sostuvo en términos que ántes por el contrario, logró rendir á aquellas dos apóstatas; de modo que al dar cuenta de su comision no hicieron mas que mostrar su arrepentimiento y prontitud á morir por Jesucristo; felicidad que lograron inmediatamente, siendo arrojadas vivas en presencia de Dorotea, en una caldera de agua hirviendo, donde con una gloriosa muerte expiaron su anterior culpa. La vista de su martirio produjo en la tierna doncella la alegría mas pura, considerando que el Señor quiso valerse de ella como instrumento para salvar aquellas almas, y aumentó su valor para resistir á los tormentos á que desde luego fué entregada; pues viendo el juez su constancia, la hizo colocar en el potro, tormento que sufrió con muestras de extraordinario júbilo. Quitáronle de aquel suplicio no para concederle descanso, sino para ponerla en otro que juzgó mas terrible, dando con palos furiosos

*S. Dorotea Virgen y Mártir.**S. Rosalinde Muñt.**S. Juan de Mata**S. Polencia Virgen y Mártir*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

golpes á su cuerpo maltratado, y abrasado con hachas encendidas sus costados. Cuanto mas la hacian padecer, mas alegre se manifestaba, hasta que cansado el tirano la sentenci6 á ser degollada. Oy6 la Santa esta sentencia y exclam6 llena de regocijo: "Bendito seas, Señor, por la gracia que me haceis de llamarme á vuestro paraíso celestial."

Camin6 para el suplicio y entreg6 contenta su garganta al cuchillo y su alma al Criador, el 6 de Febrero del año 308, cumpliendo poco ántes de morir la promesa que le habia hecho al jóven Teófilo, el cual por burla le pidió, que pues iba á unirse con su esposo le mandase unas flores y manzanas de su jardín.

La Epístola es del capítulo LI del libro de la Sabiduría (Eclesiástico).

Señor, Dios mío, tú ensalzaste mi casa sobre la tierra, y yo te supliqué que me librases de la muerte, que todo lo disuelve. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, que no me desamparase en el tiempo de mi tribulación y mientras dominasen los soberbios. Alabaré sin cesar tu nombre, y le celebraré con acciones de gracias; pues fué oída mi oración, y me libriste de la perdición, y me sacaste á salvo en el tiempo calamitoso. Por tanto, Señor Dios nuestro, te glorificaré y te cantaré alabanzas.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que si se lo halla un hombre, lo encubre, y gozoso del hallazgo, va y vende todo cuanto tiene, y compra aquel campo. Es asimismo semejante el reino de los cielos al comerciante que trata en piedras preciosas; y viniéndole á las manos una de gran valor, va y vende todo cuanto tiene, y la compra. También es semejante el reino de los cielos á una red que echada en el mar coge todo género de peces, la cual estando llena, sácanla los pescadores y sentados en la orilla van escogiendo los buenos, y los meten en sus cestos, y arrojan los de mala calidad. Así sucederá al fin del siglo: saldrán los ángeles y separarán á los malos de entre los justos; y arrojaránlos en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes. ¿Habéis entendido bien todas estas cosas? Sí Señor, le respondieron. Y él añadió: Por eso todo doctor instruido en lo que mira al reino

de los cielos es semejante á un padre de familias que va sacando de su repuesto cosas nuevas y cosas antiguas.

MEDITACION.

Sobre el bien inestimable que encierra nuestra fé.

Considera que, como dijo Cristo, es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que si se lo halla un hombre, lo encubre, y gozoso del hallazgo va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo. Llámase tesoro, porque contiene en sí una riqueza inestimable; en él se encuentran los designios de la Providencia para el bien de los hombres; la vocacion de estos á su solicitud y á su logro; bienes inestimables de gracia y bendicion, para justificacion y mérito en la tierra, y para gozo eterno é inefable en los cielos; medios poderosísimos y eficacísimos para adquirirlos y conservarse en ellos; un Dios hecho el gran medio de santificacion y salvacion; su palabra divina que da vida á los hombres; una gracia santificante que da derecho á la salvacion eterna; una virtud sublime, que muda al hombre de hijo de Adán, y tal vez de hijo de Belial, en hijo de Dios, ¿qué mas? Es imposible, realmente imposible, registrar todas las preciosidades de este riquísimo tesoro: baste saber que el Hijo de Dios, cuya sabiduría es divina, increada, infinita, nos asegura que es tan sumamente estimable, que merece bien el sacrificio de todo cuanto somos y tenemos, por adquirirlo y disfrutarlo; y que por mucho que demos, es nada, y se nos da de gracia.

Considera que este tesoro está escondido, no porque de suyo no esté muy manifiesto, sino porque le roban á nuestra vista nuestra terrenalidad, nuestra corrupcion, nuestra torpe ignorancia, nuestra negligencia, nuestra obstinacion en la culpa. ¡Fatal ocultacion, y casi irremediable, pues depende, no de un Dios liberal y generoso, misericordioso y amante, que nos le pone en nuestras manos, sino de la malicia y el endurecimiento de un corazón ingrato, que no estima la dádiva excelente con que se le ha regalado; de la voluntaria ceguera de un hombre que cierra los ojos á la luz de la fé, para no entender lo que le anuncia y obrar libremente; para no ver su vida que tiene pendiente delante de sus ojos, y buscar su exterminio y perdicion. ¿Cómo, pues, podrá hallar este tesoro? ¿Cómo vencer esta funesta ocultacion que se le roba de la vista, por la interpo-

acion de un muro impenetrable de iniquidad y de pecado, que cada dia hace con nuevas culpas mas espeso y tenebroso? No así para la invieta Dorotea, que hallando en este tesoro las preciosísimas palmas de la virginidad y del martirio, supo comprarlas al precio de su sangre y de su vida.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Haz, Dios mio, que yo imite esta generosa resolusion: aparta de mi corazón todo lo que puede apartarme de tí, que eres el sumo bien, el tesoro escondido á tus enemigos y manifiesto á tus amigos: abre mis ojos al conocimiento de este bien inestimable, y mi corazón al anheloso empeño de solicitarlo y adquirirlo: que yo no quiero ya otro bien ni otro tesoro que vos mismo.

JACULATORIA.

Apartad, Señor, mis ojos, para que no vean la vanidad del mundo, y abridlos para que siempre vean vuestra verdad.

LECCION.

Concluye la anterior sobre la esencia de la Encarnacion del Divino Verbo.

Concluimos nuestra compendiosa disertacion sobre la esencia misma de la Encarnacion, para pasar en la leccion siguiente á tratar sobre su causa moral y fisica. Acerca de lo primero, son varios los puntos que hemos de tocar, comenzando por el exámen de si la union de la divinidad con la humanidad es sustancial. El Angelico Doctor Santo Tomas, que es nuestra guia en estas tan delicadas y sutiles materias, responde, que esta union no es accidental, como si de muchos entes completos que gozaron de su propio ser resultara por accidente un agregado ó todo; que este es el error de Nestorio: ni tampoco esencial, como si de muchos resultara una única esencia ó naturaleza, como queria Eutyches, sino que es sustancial, y tomada la sustancia, no por esencia, como algunas veces se toma, sino por subsistencia é hipóstasis ó supuesto. Pero como hay entre los autores quien diga que á lo ménos predicable y lógicamente se puede decir esta union accidental, es de necesidad rebatirlo, asentando: Que la union de la naturaleza humana con el Verbo de ninguna manera es accidental, sino absolutamente sustancial.

Ya se deja entender que lo predicable se versa acerca de los accidentes que revisten al ente, como los considera la lógica, y lo predicamental acerca de las entidades físicas ó accidentales que cualifican al ente, como los considera la física. La primera registra en el ente ó sujeto su género, su especie, diferencia, individuo y propio. La segunda considera la sustancia, cuantidad, cualidad, relación, acción, pasión, lugar, tiempo, situación y hábito. Con esta explicación ya está en claro la preocupación que pudo padecer aquel autor, porque ni de una ni de otra clase puede decirse de la humanidad que es accidente del Verbo, y por consiguiente ni su union accidental, predicible y lógicamente; pues en cuanto á la primera, aunque la humanidad le venga al Verbo como á un ente completo y sea fuera de su esencia; sin embargo, como quiera que es traída á la comunión ó participación de su mismo ser sustancial, no puede decirse accidente lógico, respecto de él, ni predicarse de él accidentalmente. Tampoco en cuanto á la segunda, pues ni las naturalezas unidas, ni el supuesto en que se unen, ni el compuesto mismo son accidentes, sino verdaderas sustancias.

Ni vale decir que hay sustancias que se unen accidentalmente; porque cuando tal sucede, no se dice ó explica su union por modo de sustancia, sino por modo de accidente, como por ejemplo, del hombre cubierto con un ropaje, no se dice que es ropaje, sino que está vestido de él; pero no es así en la union del Verbo con la naturaleza humana; porque verdadera y católicamente se dice que Dios es hombre y el hombre es Dios; y así es que la humanidad se predica del Verbo por medio de sustancia, no de accidente. Luego la union del Verbo y la naturaleza humana es absolutamente sustancial.

Pero aun hay otro punto que conviene tratar, y es acerca de averiguar si la union hipostática es la mayor de todas. Para cuya solución decimos, que si la union hipostática se considera de parte de las sustancias que se unen, no es la mayor, porque la union de los extremos es tanto menor cuanto mas distan entre sí los extremos, y los extremos que se juntan en esta union distan infinitamente. Pero si se considera de parte de aquel en quien se unen, es entre las uniones criadas la máxima, porque tanto mayor es la union cuando el medio en quien se juntan los extremos es mas simple, y ménos se aparta de los extremos unidos; la persona del Verbo, que es medio en esta union, es Ser simplicísimo y máximamente uno;

y con el un extremo, que es la naturaleza divina, es realmente uno y mismo: con el otro extremo que es la humanidad, está íntima y sustancialmente unido, de tal modo que le comunica su ser, su unidad y su subsistencia: luego esta union es la máxima de todas, y tanto, que tiene el segundo lugar despues de la Trinidad. "Entre todas las cosas que rectamente se dicen uno, tiene el primer lugar la unidad de la Trinidad, en la que tres personas son una sustancia: en segundo lugar está aquella, en que por la inversa, tres sustancias son en Cristo una persona." Así se explica el Padre y Doctor de la Iglesia San Bernardo.

Se hace asimismo conveniente decir algo acerca de la union del alma y cuerpo de Cristo entre sí. Queriendo evitar el error de Nestorio, algunos dieron en el de creer que la carne y alma de Cristo no habian sido entre sí unidas como partes, porque juzgaban que de tal union habia de resultar necesariamente persona creada, no entendiendo ó no queriendo entender que esta personalidad criada se impidió por la asuncion y union de la humanidad al Verbo que suple en ella las veces de subsistencia creada, trayéndola á la comunión ó participación de su mismo ser sustancial en el instante mismo de la creacion del alma y produccion del cuerpo. Contra estos, pues, que cayeron en aquel error, decimos con el Angélico Doctor, que es de fé que en Cristo su alma está unida á su cuerpo: lo primero, porque el cuerpo de Cristo es animado; así lo canta la Iglesia en la fiesta de la Circuncision; donde dice que el Verbo, "tomando un cuerpo animado, se dignó nacer de una Virgen," y no puede decirse cuerpo animado aquel á que no está unida el alma. Lo segundo, porque es cierto de fé que Cristo es de la misma especie que los hombres todos; y la union de alma y cuerpo pertenece á la razon de la especie humana. Lo tercero, porque es tambien de fé que Cristo es hombre concebido y nacido; y el término de la concepcion y generacion humana es el compuesto de cuerpo y alma. Es pues indudable que el alma de Cristo está unida á su cuerpo.

Pregúntase tambien si la union hipostática ha sido hecha por gracia? Y se responde, que si por gracia se entiende algun don habitual inherente al alma ó humanidad; mediante el cual hubiera sido hecha la Encarnacion, no ha sido hecha por gracia; mas si por gracia se entiende la gratuita voluntad de Dios, cierto es que la Encarnacion fué hecha por gracia como causa eficiente. Finalmente, si por gracia se entiende un don gratuito de Dios, en este senti-

do es máxima gracia, como concedida sin haber precedido ningunos méritos.

Pregátese, finalmente, ¿si la gracia de la union es natural á Cristo hombre? Responde Santo Tomas, que la gracia de la union, ya se entienda la misma union sustancial, ó ya la gracia habitual, no es natural, en el sentido de ser causada por los principios de la naturaleza humana; pero que puede decirse natural en otros dos sentidos: en el primero, por cuanto fué conferido á la humanidad desde el principio de la concepcion con la misma naturaleza. En el segundo, porque es causada por la naturaleza divina, que es naturaleza de Cristo. Pero en sí mismas consideradas, tanto la gracia de la union como la gracia habitual, son cosa sobrenatural.

Cerráremos esta materia con la explicacion de la distincion que se advierte entre la *asumpcion* de la humanidad y su *union* al Verbo. Distinguese ciertamente la *union* tomada por relacion (que es el respecto, orden ó enlace que tiene una cosa con otra) de la *asumpcion*, como que esta es *accion*; pues no significa otra cosa que *tomar para sí*. Diferenciase tambien de la *asumpcion* la *union*, tomada por accion que une, porque la union importa solo conjuncion de los extremos; pero la *asumpcion* importa en el que asume, esto es, toma para sí habitud ó tendencia de término, al cual se eleva y conduce la cosa asumida ó tomada. De donde es, que toda *asumpcion* es union; mas no toda union *asumpcion*. Así es que el Padre y el Espíritu Santo se dicen unir, pero no asumir. Además, la union importa relacion de equiparacion, esto es, de cotejo ó comparacion, y denomina igualmente uno y otro extremo, y así es que se dice de la humanidad igualmente que de la divinidad el que está unida. Mas no así la *asumpcion*, la cual, como quiera que es *accion* del que asume ó toma parte para sí, al un extremo que es el agente, lo denomina *asumenté*, esto es, que toma para sí; pero al otro extremo que es el paciente, lo denomina ó nombra *asumpto*, es decir, tomado. Véase con esto claramente las diferencias que hay entre la *union* y la *asumpcion*, y con esto tambien terminamos lo que nos ha parecido bien decir, aunque concienzosamente, acerca de la esencia misma de la Encarnacion; en lo que ha sido indispensable usar de muchos términos propios de la materia, por no esponernos á un error, que sería muy fácil, por buscar diversos modos ó expresiones con quearnos á entender con mas claridad; pues como nota Jacquier, de la equivocacion de los términos han nacido muchos errores aun heréticos.

DIA SIETE.

San Romualdo, abad.

HACIA el año de 956, nació Romualdo en Ravena, siendo sus padres los duques de este título. Su primera educacion fué muy descuidada; pero Dios, sirviéndose de la inclinacion que nuestro jóven tenia á la caza, principió á inspirarle poco á poco el amor de la soledad. Cuando ya tenia veinte años, hizo su padre lo acompañase á un desafio que tuvo con un pariente suyo, el que quedó muerto en el campo, lo que sintió tanto Romualdo, que no obstante haber sido únicamente testigo y no tener otra culpa, se retiró al monasterio de San Apolinario, cercano á Roma, á hacer penitencia, sin pensar en permanecer en él para siempre. Pero habiendo sido su corazon conmovido por las exhortaciones de un religioso lego, y la vision que tuvo del referido Santo titular del monasterio, pidió el hábito, que aunque con dificultad, por temor de su padre, al fin lo consiguió por una orden expresa del arzobispo, y recibido por los monges, subsistió en el convento entregado á todas las austeridades de su estado; mas á consecuencia de una violenta persecucion que le buscó su fervor, de algunos relajados de sus conventuales, se trasladó á los dominios de Venecia, á un desierto en que se puso bajo la direccion de un santo ermitaño llamado Marino, hombre sencillo y severo, que le ministró bastante materia en que ejercitar la humildad, paciencia y mortificacion.

Por aquel tiempo Pedro Urseolo, dux de Venecia, por consejo del abad Guerinio, de nuestro Santo y de su maestro, determinó abandonar su puesto y sujetarse á una vida de obediencia, á cuyo efecto, en compañía de tres de sus consejeros y otros dos nobles sus amigos, salió de la capital secretamente, encaminándose á una abadía de Francia, en la cual quedó bajo la conducta de Guerinio, y Marino y Romualdo se establecieron en un desierto inmediato. Allí comenzó aquel á conocer la santidad y humildad de su discípulo, que jamás se quejaba de los malos tratamientos que le hacian sufrir, antes bien en una ocasión que repetia los golpes en la oreja, con que castigaba sus involuntarios yerros, le dijo humildemente que si le acomodaba, lo hiciese en la otra, pues iba ya perdiendo el oído de ese lado. Tantas pruebas le ganaron la consideracion de su maestro, en términos que habiendo venido muchas personas á reunirse

con estos siervos de Dios, Romualdo tuvo que aceptar el cargo de dirigirlas.

El retiro, el ayuno, la oración y el trabajo de nuestro Santo, eran extraordinarios, así como su celo, su discreción y penitencia; pero singularmente resplandeció en él un don de persuasión para convertir á los grandes de la tierra, del que se sirvió con su mismo padre, pues habiéndose éste retirado al monasterio de San Severo, cediéndolo á la tentación, se hallaba ya resuelto á abandonarlo, cuando sabiéndolo Romualdo, descalzo y con solo su báculo, partió á Ravena, se le presentó, y hablándole con una superioridad asombrosa, lo redujo á los sentimientos penitentes que lo habían movido á abrazar aquel género de vida, y á que perseverase en ella, como lo hizo, hasta su muerte.

Las heroicas virtudes de nuestro Santo debían ser probadas en la tribulación, la que no faltó, tanto de parte del demonio con terribísimas tentaciones, como de algunos monges rebeldes á su zelo por la regularidad religiosa, cómo le sucedió en el monasterio de Bañi, que pasó á regerlar desde el bosque de San Martín, donde había reunido en unas celdillas varios discípulos, y el de Clare, que lo obligaron á aceptar el emperador Oton III y el arzobispo de Ravena, después de haber habitado en las soledades del lago Comolito, de las faldas del monte Apennino y de la isleta de Perca, en las que se había ocultado á los ojos de todo el mundo, procurando, aunque en vano, dejasen de buscarlo muchas personas, unas atraídas por la fama de su santidad, y no pocas deseosas de ponerse bajo su dirección.

El cielo recompensaba sus fatigas con las conversiones señaladas de algunos personajes, como la del conde de Olivan y otro sugeto distinguido de Alemania, que abrazaron por su consejo el estado monástico, no menos que con la eficacia que dió á sus palabras, según lo experimentó la ciudad de Fivoli, reconciliada por su medio con su monarca á quien había ofendido, y con el celo apostólico que lo hizo tan respetable, de lo que tenemos un ejemplar en el mismo soberano que se acaba de mencionar, al que persuadió á hacer pública penitencia por el delito de haber quitado la vida, faltando á la fé de su palabra, al senador Crescencio.

Fundó después un monasterio en Parezo, y encargando de su gobierno á un abad de su satisfacción, se encerró en él por tres años, disfrutando en paz de las mas abundantes gracias del cielo, entre

ellas, la perfecta inteligencia de la Sagrada Escritura y las dones de profecía y lágrimas. De este retiro tuvo que salir para fundar otro monasterio en Orvieta, donde noticioso del martirio de su discípulo San Bonifacio, apóstol de Rusia, deseando también igual dicha, resolvió pasar á Hungría; pero cayendo de una enfermedad, se vió obligado á regresar á Orvieta y después á la cima del monte Syria, en cuyo espacio de tiempo compuso una exposicion de los Salmos.

Pero la mas célebre de la multitud de fundaciones hechas por nuestro Santo, es la de Camalduli de Toscana en los valles del monte Apennino. Quedóse un día dormido cerca de un manantial, y se le representó en el sueño una escala fijada en la tierra que tocaba con su extremidad al cielo, por la cual subian sus religiosos vestidos de blanco. Juzgando misteriosa la vision, eligió á algunos de sus discípulos, vistiéolos de ese color, y dándoles nuevas constituciones, erigió la religion camaldulense, que por mas de seis siglos ha conservado su fervor y dado muchos Santos á la Iglesia.

Conociendo el Santo se acercaba su muerte, se retiró al monasterio de Valde-Castro, en que veinte años ántes había profetizado morir, y se encerró en una celdilla para guardar el resto de sus dias el mas exacto y riguroso silencio. A pesar de haberse agravado sus males, no admitió mas cama que el suelo, ni se dispensó de sus ayunos y demas austeridades, hasta el dia en que, instruido de que iban á tener fin sus trabajos, ordenó á los dos monges que lo asistian saliesen de su celda y no volviesen hasta la mañana siguiente. Colijeron ellos lo que podia ser, y se quedaron junto á la puerta dejando al Santo en oracion; mas pasado algun tiempo, no oyendo sus acostumbrados suspiros, entraron y lo hallaron que acababa de expirar, teniendo entónces de edad ochenta años. Los repetidos milagros que obró vivo y muerto, hicieron obtener de sus monges licencia para erigir sobre su sepulcro un altar, á los cinco años de su muerte; su cuerpo se halló sano y entero, y en el año de 1632 se celebró solemnemente su fiesta el día del aniversario de su glorioso tránsito. En 1466 volvió á hallarse su santo cuerpo en el mismo estado, y el papa Clemente VIII destinó para su solemnidad el 7 de Febrero, dia de su primera traslación.

La Epistola es del capítulo XLV del libro de la Sabiduría (Eclesiástico).

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria se conserva en bendicion. Hízole el Señor semejante en la gloria á los Santos,

y engrandecióle, é hizole terrible á los enemigos; y él con su palabra hizo cesar las horrendas plagas. Glorificóse en presencia de los reyes, dióle preceptos que promulgase á su pueblo, y le mostró su gloria. Santificóse por medio de su fé y mansedumbre, y escogióle entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, é hizole entrar en la nube, donde cara á cara le dió los mandamientos y la ley de vida y de ciencia.

El Evangelio es del capítulo XLIX de San Mateo, pág. 163.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: Bien ves, &c.

MEDITACION.

Sobre la excelencia de la vida monástica.

Considera que por dos principios es, y se puede llamar de suma excelencia, la vida monástica. El primero, porque enseña al hombre y lo acostumbra á vivir siempre de la fé. El segundo, porque lo hace morir á sí mismo para vivir siempre para Dios. El desórden que introducen las pasiones en el interior de un hombre que no las doma para gobernarse por la razon, produce aquella deformidad que se advierte en su conducta, por la irregularidad de sus acciones, que desviadas del sendero de la razon, lo hacen semejante á un barco, que impelido de los vientos, pierde su rumbo, y á merced de ellos, flota en diversas direcciones, expuesto á parecer á cada instante y sin poder tocar en el puerto de su destino. Pues he aquí, que este gran mal, esta notable deformidad evita y corrige la vida monástica, con tanta mas ventaja y perfeccion, quanto que no la rige solo la razon humana, sino la razon divina conocida por la fé. Desprendido el monge de su propio juicio y propia voluntad, se consagra esclusivamente á vivir bajo de una obediencia ciega y absoluta de la voluntad divina, expresada en sus reglas y en la disposicion de su prelado, á mas de los preceptos generales de la ley y de las reglas de perfeccion que sigue como norma de su conducta. Esta suma de bondad moral forma el empleo de su vida, y como toda ella se dirige á hacerlo señor de sí mismo para vivir siempre segun la sabiduria y bondad de Dios, se sigue necesariamente que su vida es de suma excelencia, digna de estar escondida con Cristo en Dios, como se explica el Apóstol.

Considera que á esta vida da el lleno y perfeccion la constante y absoluta mortificacion interior, y la maceracion exterior bajo que vive el monge. Sin ellas le seria imposible tocar á aquel grado de perfeccion, supuesto que esta no es imaginaria ó un ente de razon, sino el resultado real y efectivo de esta misma mortificacion interior y maceracion exterior, que verdaderamente hacen que el hombre muera á sí mismo para vivir solo para Dios. Apenas hay cosa de que se tenga una experiencia tan conocida y acreditada como de esta verdad. ¿Qué es sino esta muerte mistica y esta absoluta obediencia, lo que ha formado esos hombres admirables, esos ángeles en carne, esas vivas imágenes de la bondad de Dios? Jamas produjo la filosofia, ni producirá en todos los siglos y entre todas las naciones, unos seres semejantes; y los produce la vida monástica, exactamente observada, para admiracion de los hombres, gloria y alabanza de Dios.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Si, Santísimo Jesus, gran maestro de perfeccion, cjemplar divino y regla indefectible del bien obrar; digno eres de eterna alabanza por haber fundado este estado de perfeccion, que sacando á los hombres de la comun miseria, los eleva hácia tí y los diviniza con la semejanza de tu rostro de santificacion que se estampa en ellos. Dame, Señor, una gracia semejante, para que despojándome del hombre viejo, me halle revestido de tí, que eres el Hombre nuevo, resplandor de la gloria del Padre, plena y perfecta imagen de su bondad.

JACULATORIA.

Vivo yo; mas no yo; vive en mí Jesucristo.

LECCION.

Sobre la causa moral de la Encarnacion.

Inquirir cuál haya sido la causa moral de la Encarnacion del Divino Verbo, no es otra cosa que averiguar si el mismo hecho hombre; es decir, si Cristo mereció ó pudo merecer de condigno ó de congruo su Encarnacion, y si los antiguos Santos Padres, ya que no el corrompido linaje en su comun, pudieron merecerla en alguno de los modos dichos. A una y otra cuestion satisfarémos, advirtiendo ántes que el mérito se puede considerar en abstracto, y así es un

derecho ó acción al premio; ó en concreto, y entónces es una obra digna de premio ó retribucion. Mas suele distinguirse en mérito de condigno y mérito de congruo. El de condigno es aquel que tiene condignidad ó proporcion con su premio, y por tanto es del mismo orden con él. El de congruo es aquel que no tiene igualdad de proporcion con el premio, sino que es de inferior orden; aunque es cierta conveniencia ó cierta decencia para que se le confiera aquel premio, y se funda en la amistad, y en la obra gratuita que procede del amigo.

Hecha esta advertencia acerca del mérito, conviene notar igualmente como cierto de fé, que la humanidad de Cristo no mereció la union hipostática por méritos que la antecedieran en tiempo, porque la humanidad no existió ni un instante real ántes de la union, sino que en el mismo instante real fué criada y unida al Verbo, como está definido en los concilios Efesino, Calcedonense y otros, contra los herestiacas Nestorio y Fotino.

Más si la humanidad de Cristo hubiera existido en sí con la gracia habitual ántes en tiempo que fuera unida al Verbo, hubiera podido merecer la Encarnacion; pero no de condigno, porque como sus obras no hubieran procedido de un supuesto infinito, sino criado, en este caso que fingimos no hubieran sido del mismo orden con la Encarnacion, que es obra de infinita dignidad. La hubiera, pues, merecido de congruo, porque para el mérito de congruo no se requiere igualdad al premio, sino que basta la amistad con Dios. Pero vengamos ya á la cuestion.

Esta es: ¿Si la humanidad, como conjunta al Verbo, es decir, si Cristo mereció ó pudo merecer su Encarnacion por obras precedentes ó subsecuentes á ella, en el orden de la naturaleza? Convienen bien los teólogos en que Cristo no mereció su realidad, pero ni aun pudo merecer de ley ordinaria su Encarnacion. Mas algunos sostienen que pudo á lo ménos de potencia absoluta merecerla, mucho mas por las obras que la subsecuieron, en cuanto que Dios hubiera decretado la Encarnacion en atencion á los futuros méritos de Cristo.

Esta opinion, sostenida á la verdad con sutileza y suposiciones gratuitas, mas que con autoridades ni razones de peso, está bastantemente contestada por la escuela de Santo Tomas, con solo demostrar lo implicatorio de sus consecuencias; pues de aquí se seguirá que este mérito que se supone, seria causa y efecto en el mismo género de causa eficiente, es decir, de causa que obra y produce, que

seria causa de sí mismo, porque seria causa de su principio formal: que la Encarnacion seria causa y efecto juntamente, principio y principiado, anterior y posterior á sí misma; cosas todas que implican; pues el mérito es causa eficiente del premio, porque hace al hombre digno de premio, y se tiene para el premio como medio para el fin y camino para el término; y por tanto se considera existente ántes que el premio. Si pues el principio del mérito fuera causado por el mérito, el mismo seria causa eficiente y efecto en el mismo género; el mismo existiria ántes y despues de sí propio, primero como causante y despues como causado. La Encarnacion, ó lo que es lo mismo, la persona del Verbo comunicada á la humanidad, es principio eficiente y formal de todo el mérito de Cristo: eficiente, porque ninguna operacion de Cristo puede concebirse sino como precedente del supuesto, como quiera que las acciones sean de los supuestos ó personas, y primero es *ser* que obrar; y principio tambien formal, porque todo el valor de aquellas operaciones es de la persona divina, como de principio formal que los valoriza y dignifica. Fuera de que primero debió ser, segun nuestro modo de concebir, decretada la Encarnacion que decretadas las obras que se suponen haberla merecido. Cristo comienza á *ser* en tiempo por la Encarnacion, y despues que existe obra: luego ni mereció ni pudo merecer su Encarnacion, que es necesario suponer ya hecha, para concebir, no solo que obre meritoriamente, pero aun que exista.

Por la misma razon se sostiene que Cristo no mereció las circunstancias que precedieron ó acompañaron á la Encarnacion, ó que en algun género son causas ó principios de las sustancias de la Encarnacion puesta en ejecucion, ó que la acompañan necesariamente, como el *ser* concebido por obra del Espíritu Santo de la Virgen Maria, porque esto influyó en la Encarnacion misma, por la que Cristo empezó á ser, y por consiguiente á merecer. Pero sí mereció aquellas circunstancias de su Encarnacion que no influyen en ella ni las acompañan necesariamente, como la prediccion de los profetas, la anunciacion por el ángel, y probablemente la virginidad de su Madre, porque estas circunstancias no son causas ó principios de mérito, ni de ellas depende el mérito de Cristo; al contrario, de la Encarnacion misma, de la cual sí depende, como vimos ántes, el mérito de Cristo.

Mereció, finalmente, las circunstancias consiguientes á la Encarnacion, como las alabanzas de los ángeles, la adoracion de los pas-

tores y de los magos, la aparición de la estrella, el ser Juez del mundo, Institutor de los sacramentos, &c., porque estas no se requirieran por su mérito, ni se tienen de parte del principio de merecer, sino que le siguen.

En cuanto á la continuación de la Encarnación, es comun en los teólogos, contra Suarez y otros pocos, que Cristo no la mereció, es decir, que no fué continuada á virtud de los méritos de Cristo, cuya explicación hacemos, porque no entiendan las personas indoctas, que cuando decimos que Cristo no mereció queremos decir que no fué digno de ello; no, muy al contrario, pues bien sabemos y deben entender, que en el Apocalipsis está escrito que: *Digno es el Cordero que fué muerto, de recibir la virtud y la divinidad*. Queremos, pues, decir que aquello lo obró Dios por su gratuita voluntad, y no obligado por los méritos de Cristo. Hecha esta advertencia, damos la razon de por qué no mereció Cristo la continuación de su Encarnación; y es porque la continuación de la Encarnación es la misma acción indivisible con que fué comenzada, pues no se continúa al modo de las cosas sucesivas ó divisibles por la añadidura de algo, como parte, grado, auxilio, &c., sino que es toda juntamente y se mide por duracion del todo indivisible; es á saber, por la eternidad participada, como inmutable y permanente. Si pues es una acción indivisible de la misma Encarnación, y esta no se efectuó por su mérito, luego tampoco su continuación.

Véamos por último brevemente, si los Santos Padres del Antiguo Testamento merecieron ó padieron merecer de condigno el que encarnara el Divino Verbo, ó las circunstancias intrínsecas de la Encarnación. Respondemos desde luego que no, con la comun sentencia de los teólogos, que está por la negativa, y es cierta. La razon es, porque el mérito de condigno debe igualarse con el premio en valor y virtud, lo que no podía darse en los antiguos Padres, por que su mérito como procedente de supuestos ó personas finitas, era finito, y por consiguiente desigual é inferior infinitamente al premio que era de valor infinito. Así es que esto se nos declara en la Escritura como una obra de misericordia puramente. *Apareció, dice San Pablo, la benignidad y humanidad de nuestro Salvador Dios: no por las obras de justicia que hicimos nosotros, sino segun su misericordia nos hizo salvos*. Y Zacarias, padre del Bautista, habia dicho inspirado del Espíritu Santo, que *el que nace de lo alto, ó acaso mas propiamente, segun los intérpretes, que el Oriente, que*

es nombre propio del Mesias, y voz hebrea que significa vástago ó pimpollo, que este, en fin, que habia venido á dar la ciencia de la salvación á su pueblo, nos visitó por las entrañas de misericordia de nuestro Dios. ¡Con qué expresiones, pues, mas claras y terminantes se nos puede declarar lo gratuito, voluntario y libre de este beneficio de infinito valor que el Señor quiso hacernos?

Los teólogos, no obstante, reconocen en los antiguos Santos Padres el mérito de *congruo* para que encarnara el Divino Verbo; pero este no es mas de lo que suena, esto es, que era conveniente que Dios oyera, es decir, atendiera á los deseos y ruegos de aquellos sus amigos que le eran fieles y obedientes, y deseaban y le pedian en visce al *Deseado de las naciones, al Mesias*, que era la *expectacion* é inferior al premio, varían los teólogos que sostienen diversas opiniones, en cuyo exámen no entraremos; pues no siendo (como no es) de *condigno*, nos deja en la misma sentencia que hemos apuntado, y es que la obra de la Encarnación se hizo por la gratuita voluntad de Dios que quiso usar con nosotros de sus misericordias.

DIA OCHO.

San Juan de Mata.

Tuvo San Juan por patria á Fancon en la Provenza, y nació el año de 1160. Fué de muy distinguida familia por su nobleza y piedad cristiana, la que procuraron inspirarle desde sus primeros años, dedicándole con voto á la Santísima Virgen Maria. No se vieron en él los defectos é imperfecciones de la infancia: su genio dulce le inclinaba á la virtud: su modestia y su candor manifestaban claramente su inocencia, su diversion era la oración, su recreo la lectura de libros piadosos y la penitencia su ejercicio. Hizo progresos en la gramática, equitación, esgrima y demas habilidades propias de su clase, pero mucho mas en la ciencia de los Santos. El dinero que sus padres le enviaban para sus gastos lo invertia en los pobres y en los enfermos, á los cuales visitaba en los hospitales todos los viernes.

Concluidos sus estudios volvió á la casa de su padre, para no trabajar sino en su santificación. Consiguió facilmente licencia para retirarse á una ermita cercana á su patria; pero interrumpiendo su

tores y de los magos, la aparición de la estrella, el ser Juez del mundo, Institutor de los sacramentos, &c., porque estas no se requirieran por su mérito, ni se tienen de parte del principio de merecer, sino que le siguen.

En cuanto á la continuación de la Encarnación, es comun en los teólogos, contra Suarez y otros pocos, que Cristo no la mereció, es decir, que no fué continuada á virtud de los méritos de Cristo, cuya explicación hacemos, porque no entiendan las personas indoctas, que cuando decimos que Cristo no mereció queremos decir que no fué digno de ello; no, muy al contrario, pues bien sabemos y deben entender, que en el Apocalipsis está escrito que: *Digno es el Cordero que fué muerto, de recibir la virtud y la divinidad.* Queremos, pues, decir que aquello lo obró Dios por su gratuita voluntad, y no obligado por los méritos de Cristo. Hecha esta advertencia, damos la razon de por qué no mereció Cristo la continuación de su Encarnación; y es porque la continuación de la Encarnación es la misma acción indivisible con que fué comenzada, pues no se continúa al modo de las cosas sucesivas ó divisibles por la añadidura de algo, como parte, grado, auxilio, &c., sino que es toda juntamente y se mide por duracion del todo indivisible; es á saber, por la eternidad participada, como inmutable y permanente. Si pues es una acción indivisible de la misma Encarnación, y esta no se efectuó por su mérito, luego tampoco su continuación.

Véamos por último brevemente, si los Santos Padres del Antiguo Testamento merecieron ó padieron merecer de condigno el que encarnara el Divino Verbo, ó las circunstancias intrínsecas de la Encarnación. Respondemos desde luego que no, con la comun sentencia de los teólogos, que está por la negativa, y es cierta. La razon es, porque el mérito de condigno debe igualarse con el premio en valor y virtud, lo que no podía darse en los antiguos Padres, por que su mérito como procedente de supuestos ó personas finitas, era finito, y por consiguiente desigual é inferior infinitamente al premio que era de valor infinito. Así es que esto se nos declara en la Escritura como una obra de misericordia puramente. *Apareció, dice San Pablo, la benignidad y humanidad de nuestro Salvador Dios: no por las obras de justicia que hicimos nosotros, sino segun su misericordia nos hizo salvos.* Y Zacarias, padre del Bautista, habia dicho inspirado del Espíritu Santo, que *el que nace de lo alto, ó acaso mas propiamente, segun los intérpretes, que el Oriente, que*

es nombre propio del Mesías, y voz hebrea que significa vástago ó pimpollo, que este, en fin, que habia venido á dar la ciencia de la salvación á su pueblo, nos visitó por las entrañas de misericordia de nuestro Dios. ¡Con qué expresiones, pues, mas claras y terminantes se nos puede declarar lo gratuito, voluntario y libre de este beneficio de infinito valor que el Señor quiso hacernos?

Los teólogos, no obstante, reconocen en los antiguos Santos Padres el mérito de congruo para que encarnara el Divino Verbo; pero esto no es mas de lo que suena, esto es, que era conveniente que Dios oyera, es decir, atendiera á los deseos y ruegos de aquellos sus amigos que le eran fieles y obedientes, y deseaban y le pedian en visce al *Deseado de las naciones, al Mesías*, que era la *expectacion* é inferior al premio, varian los teólogos que sostienen diversas opiniones, en cuyo exámen no entraremos; pues no siendo (como no es) de condigno, nos deja en la misma sentencia que hemos apuntado, y es que la obra de la Encarnación se hizo por la gratuita voluntad de Dios que quiso usar con nosotros de sus misericordias.

DIA OCHO.

San Juan de Mata.

Tuvo San Juan por patria á Fancon en la Provenza, y nació el año de 1160. Fué de muy distinguida familia por su nobleza y piedad cristiana, la que procuraron inspirarle desde sus primeros años, dedicándolo con voto á la Santísima Virgen Maria. No se vieron en él los defectos é imperfecciones de la infancia: su genio dulce le inclinaba á la virtud: su modestia y su candor manifestaban claramente su inocencia, su diversion era la oración, su recreo la lectura de libros piadosos y la penitencia su ejercicio. Hizo progresos en la gramática, equitación, esgrima y demas habilidades propias de su clase, pero mucho mas en la ciencia de los Santos. El dinero que sus padres le enviaban para sus gastos lo invertia en los pobres y en los enfermos, á los cuales visitaba en los hospitales todos los viernes.

Concluidos sus estudios volvió á la casa de su padre, para no trabajar sino en su santificación. Consiguió facilmente licencia para retirarse á una ermita cercana á su patria; pero interrumpiendo su

quietud las frecuentes visitas, se trasladó á Paris con el objeto de estudiar la teología, lo que verificó hasta obtener el grado de doctor. Mandáronle que se ordenase de sacerdote, y aunque con ansia lo deseaba se hubiera apartado del santuario, á no haberlo conducido la obediencia hasta el sagrado altar. Su ordenación y primera misa fueron acompañadas de grandes prodigios. Al ordenarse se presentó una columna de fuego sobre su cabeza, y al consagrar la hostia se le representó una vision que en confuso le revelaba los designios de la Providencia. Hallaron estas gracias su corazon dispuesto, y quiso el Señor que habiendo oido hablar de un Santo ermitaño llamado Felix de Valois, quisiese hacerse su discípulo. Bien pronto conoció Felix la elevada perfeccion del compañero que Dios le enviaba á su soledad, y ambos trabajaban con indecible fervor en la práctica de las virtudes. Eran continuas sus vigiliias y oracion, la que no era interrumpida sino por conferencias dirigidas á excitarse al amor de Dios. En una de estas, Juan descubrió á Felix el designio de dedicarse á libertar á los cristianos cautivos, é inflamado el Santo anacoreta, se ofreció á tener parte en la ejecucion del proyecto. Se encaminaron á Roma, en la cual se presentaron á Inocencio III. El, oyéndolos detenidamente, estableció un nuevo orden religioso, declarando gefe y ministro general á Juan de Mata: les dió por divisa un hábito blanco con una cruz roja y azul, y el título de Orden de la Santísima Trinidad de la redencion de cautivos.

Terminado así este negocio, volvieron á Francia, colmados de beneficios de la silla apostólica los fundadores, y se presentaron á Felipe Augusto, que los recibió favorablemente. Gaucher les cedió una posesion en el lugar llamado Cierro-Frio, donde se estableció la primera casa del Orden. El papa le dió tambien en Roma la iglesia de Santo Tomas llamada de la Navecilla, cuando nuestro Juan volvió á dicha ciudad. Pero habiendo determinado entregarse al ejercicio de su vocacion, el pontífice lo detuvo para aprovecharse de sus consejos; y habiendo sido enviado como legado al rey de Dalmacia, restableció la disciplina eclesiástica, reformó las costumbres y convirtió á los pueblos á la unidad de la Iglesia. Logró al fin el permiso de pasar á los países dominados por los mahometanos, donde se espuso á muchos riesgos por Jesucristo. A su vuelta con los cautivos los bárbaros, arrancaron el timon, los mástiles, y destrozaron las velas; pero nuestro Santo con su capa y las de sus compañeros, formó un nuevo aparejo; y arribó con felicidad al puerto de Ostia.

Llamado, por último, á Roma, volvió á aquella ciudad en que pasó los dos últimos años de su vida. Puede decirse que su oracion era perpétua y su ayuno continuo. Sobresalía en la devocion á la Virgen Maria, á quien miraba como su querida Madre y protectora de su religion. Los trabajos apostólicos y la penitencia llegaron á consumir sus fuerzas: colmado de méritos, dotado con los dones de profecía y milagros, abrasado en el fuego de la caridad terminó su gloriosa carrera el 21 de Diciembre de 1213, á los sesenta y un años de edad, y diez y seis despues de confirmada su religion.

La Epistola es del capítulo XXXI de la Sabiduría (Eclesiástico).

Pág. 214.

Bienaventurado el rico, &c.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas, pag. 103.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Estad &c.

MEDITACION.

Sobre el abuso que hacemos de las gracias de Dios.

Considera que cuando una alma piensa en el criminal abuso que ha hecho de las gracias de Dios, es preciso que esta reflexion le sea muy funesta, y que conciba un gran temor: verá la enormidad de sus delitos; que Dios la ha colmado de sus gracias todo el curso de su vida, y que ella ha correspondido con ingratitudes y resistencias: que este Dios de bondad no ha cesado de llamar á la puerta de su corazon para que se vuelva á él; pero que éste corazon ha estado siempre cerrado y resistente: es preciso, pues, que tema haber agotado la fuente de las gracias, haber llenado la medida, y obligando á Dios con su perfida resistencia, á separar de ella las tierras miradas de su misericordia, para no verla sino con las de su cólera é indignacion. Tristes reflexiones que bien meditadas, si no quiere caer en la última desgracia que es la desesperacion, deben conducirla á la mas pronta y verdadera conversion.

Considera, que es muy justo adigirse por el funesto abuso que se ha hecho de las gracias de Dios; ninguna cosa merece con mas razon las lágrimas y suspiros, y seria muy grande dicha poder lavarle, y expiarle aunque fuese á costa de toda la sangre; pero si por desgracia no puede ser así, á lo ménos acogíndose al único y segu-

ro medio de alcanzar el perdón, que es una voluntad sincera de hacer en adelante un uso mas santo de ellas, esperar firmemente que Dios (no obstante esta ingratitud) se dignará volver á concederlas: su bondad es infinita, y aun podría ser, como ha sucedido á muchos Santos, que llorando con sinceridad sus culpas, esta contrición ha sido el medio de elevarse á una santidad eminente. Así se podrá decir del que esto hiciere, lo que la Iglesia dice del pecado de Adán, *felix culpa*: desgracia es ser ingratos con Dios; pero feliz el que por su arrepentimiento, emprende una nueva vida de penitencia, y amor, con que vuelve á atraerse las tiernas miradas de su buen Dios.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Lloraré en la amargura de mi corazón el grande abuso que hice de las gracias abundantísimas que he recibido todo el tiempo de mi vida, y amaré mi confianza en la misericordia de mi Dios; esperaré de su bondad que se dignará derramar sobre mí el celestial rocío de sus inspiraciones; tomaré una resolución que quede grabada para siempre en mi alma, de ser fiel en adelante. Dignate, Señor mío, de dar fuentes de lágrimas á mis ojos y contrición dolorosa á mi corazón.

JACULATORIA.

¡Cuán grande es tu poder, y cuán inagotable tu misericordia!

LECCION.

Sobre la causa física de la Encarnacion.

Causa física de una cosa es aquel principio que la produce ó obra directamente, trasmitiéndola de la potencia al acto: aquel ente que por su virtud produce el efecto, es su causa física ó efectiva. Conforme á estos principios, vamos á investigar cuál fué la causa física ó eficiente de la Encarnacion. Pero hemos dicho mal, investigar ó inquirir, porque la investigación supone duda ó ignorancia, y nadie puede racionalmente dudar, ni es creíble que haya quien ignore que una obra toda divina como esta, no puede haber sido hecha sino únicamente por Dios. En efecto, ninguna criatura fué ni pudo ser causa principal, física ó eficiente de la Encarnacion, solo Dios pudo obrarla, y por eso el profeta Habacuc la llama obra suya, diciendo á Dios: *Haz, ó Señor, tu obra en medio de los años*; y el profeta David dice: *Que Dios hace maravillas solo*. La Encarna-

cion es la máxima de todas las maravillas: luego no puede ser obra mas que de Dios; pues un milagro de tal magnitud y excelencia requería virtud infinita que la produjera. Es en realidad obra de la Omnipotencia, esto es, del poder infinito de Dios, y por tanto común á las tres Divinas Personas, á las que es común la Omnipotencia, no ménos que la esencia. Siendo, pues, obra de la Omnipotencia, y esta común á las tres divinas personas, no podía obrar la una sin que obraran las otras; con la diferencia de que el Hijo intervino de dos modos respecto de la Encarnacion, el uno obrándola por la Omnipotencia, lo que tambien hicieron el Padre y el Espíritu Santo, y el otro, tomando nuestra naturaleza humana, lo cual no hicieron las otras dos personas. Atribúyese, no obstante, con especialidad y con cierta apropiacion al Espíritu Santo, porque la Encarnacion es obra del amor divino, y el amor se atribuye al Espíritu Santo, como que él mismo es el amor del Padre y del Hijo. Atribúyesele tambien, porque es grandemente obra de gracia, y la gracia se le atribuye, segun aquello de San Pablo á los corintios: *En las gracias hay divisiones; mas el Espíritu es el mismo*. Finalmente, se le atribuye, porque por la Encarnacion fué singularmente santificada la humanidad de Cristo, y la santificacion se atribuye tambien al Espíritu Santo. Mas no porque se escluyan las otras dos personas divinas; pues fuera de la razon teológica que hemos dado antes, se insinúa en la Escritura toda la Trinidad juntamente en esta obra: *Envió Dios á su Hijo, hecho de la muger*, dice el Apóstol á los galatas: he aquí al Padre. *Se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo*, dice el mismo Apóstol á los filipenses: he aquí al Hijo. *Lo que en ella ha nacido*, dice el Angel en el Evangelio segun San Mateo, hablando de la Virgen Maria: *Lo que en ella ha nacido del Espíritu Santo es*: he aquí al Espíritu Santo: luego esta obra es hecha, por toda la Trinidad, aunque solamente la segunda persona encarnó.

Pero no por esto debe decirse que es Padre de Cristo, segun la carne; el Espíritu Santo, ni toda la Trinidad, porque para la denominacion de Padre se requiere que se confiera algo de la sustancia y produzca á la prole en semejanza de su naturaleza; pues la paternidad sigue á la generacion, y esta es origen ó produccion del viviente por el viviente en semejanza de naturaleza especifica; y ni uno ni otro prestó el Espíritu Santo ó toda la Trinidad en la concepcion de Cristo segun la carne; porque para ella nada le confirió de su

sustancia ni lo produjo semejante en naturaleza. Es, sí, Cristo Hijo del Padre; pero no por el modo con que obró su Encarnación, sino por la unión hipostática de las naturalezas divina y humana en la persona de su Hijo, ó para mas explicarnos, por la asunción de la humanidad á Dios en aquella persona que ab-eterno fué engendrada por el Padre de su misma sustancia y en perfecta semejanza de su naturaleza, y que por lo mismo es su Hijo verdadero.

Lo contrario de lo que advertimos en cuanto al Espíritu Santo ó á toda la Trinidad en la Encarnación del Verbo, advertimos acerca de la Virgen María: ella fué su verdadera Madre, porque suministró la materia para su cuerpo sacrosanto, y concibiéndolo en su vientre virginal, lo produjo en el sentido que deba decirse en semejanza de su naturaleza; pero no por esto fué su causa ni aun instrumental, porque sola la Omnipotencia divina obró en ella activamente esta maravilla. Pero hablemos algo acerca de las Personas divinas en cuanto á la posibilidad de tomar para sí ó terminar otra naturaleza que la propia.

El sexto concilio de Toledo se explica en la confesion de fé, por estas palabras: "Toda la Trinidad obró la Encarnación del Hijo, porque son inseparables las obras de la Trinidad; mas solo el Hijo tomó la forma de siervo en singularidad de persona, no en unidad de naturaleza divina; en lo que es propio del Hijo, no en lo que es comun á la Trinidad." Y en el Sinodo sexto se dice: "Que el Padre y el Espíritu Santo nada tienen comun en la Encarnación, sino su benignísima voluntad." No por esto se niega la posibilidad de la Encarnación con respecto al Padre y al Espíritu Santo; pero sí el que de hecho no haya encarnado sino el Hijo. Y porque haya sido mas conveniente que el Hijo, y no el Padre ó el Espíritu Santo tomara nuestra humilde naturaleza, ya se ha dicho en la lección sobre la conveniencia de la Encarnación. Lo fué en efecto; porque así como por el Verbo fueron hechas todas las cosas, convenia que por el Verbo fueran todas reparadas, y por aquel que es Hijo natural de Dios, fuéramos hechos hijos adoptivos de Dios. Quiera su Magestad que ya que hemos logrado tan grande beneficio, sepámosle aprovecharnos de él, aplicándonos por la penitencia á expeler de nosotros la corrupcion de que vino á purificarnos el Verbo por la unión hipostática á nuestra naturaleza, y acercándonos por el Hijo encarnado á aquel Padre que por el Hijo encarnado nos admitió á su amor, para que santificados lo gocemos sin fin.

DIA NUEVE.

Santas Apolonia y Petronila, vírgenes y mártires (*).

SANTA APOLONIA.

LA Iglesia de Alejandria, de cuya ciudad era Santa Apolonia, gozaba de tranquila calma, cuando hacia el fin del año de 248 un poeta oscuro que cultivaba la magia y se gloriaba de su adhesión al paganismo, logró armar á los gentiles contra la fé de Jesucristo y sublevar al populacho de aquella ciudad acostumbrado á las disensiones para hacer guerra á los cristianos, como lo consiguió, pues atropellando el respeto debido á las leyes y á la autoridad del principe, se arrojó furioso sobre cuantos profesaban la verdadera religion.

Un anciano llamado Metro fué su primera victima. Pretendieron obligarlo á blasfemar del sacrosanto nombre de Dios, é irritados de su resistencia, lo golpearon con palos cruelmente, hirieron sus ojos y rostro con cañas aguzadas, llevaronlo fuera de la ciudad y lo dejaron sepultado entre las piedras con lo que quitaron la vida. Siguióse á este martirio el de la devota muger Quinto, la que arrastrada al templo de un ídolo, precisándola á adorarle; por la viva repugnancia con que así de obras como de palabras se negó á tan sacrilego culto, fué atada por los piés, golpeada contra las piedras, herida atrocemente con látigos, y conducida en fin al mismo sitio donde habia muerto San Metro, asesinada con igual suplicio.

La impunidad de tales excesos, y aun en cierto modo su autorización por los magistrados que debieron impedirlos, precipitaron al furioso pueblo á nuevos atentados: todas las casas de los fieles se vieron invadidas y sitiadas por un movimiento de conspiracion general por la multitud desenfrenada, á la que no contenia la vejeidad, ni el parentesco, ni los vinculos mas respetables de la sociedad. Muchos cristianos perdiendo cuanto poseían, tuvieron que salvar la vida en la fuga; pero otros mas valerosos perecieron entre los mas terribles tormentos á manos de los sediciosos. Entre estos últimos se cuenta á la Santa que hoy venera la Iglesia, llamada Apolonia ó Polonia, virgen distinguida por su virtud y respetable por su ancianidad. Hallábase retirada en su casa y entregada como siempre á los ejercicios de devoción, á tiempo que los amotinados la arrebatara.

(*) La vida de Santa Petronila irá por suplemento.

ron de su pacífica morada, y dieron principio á sus padecimientos, golpeando sus quijadas, de modo que hicieron saltar todos los dientes. Tanto mas enfurecidos contra ella, cuanto era mayor la veneracion que le habian conciliado sus virtudes, no les dió la rabia tormento que no ejercitasen en aquella heróica, cuya imperturbable serenidad y constancia dejaba burlados todos sus esfuerzos, y se sobreponia á la debilidad del sexo y de los años. Amenazáronla por fin con arrojarla atada en una hoguera que al efecto encendieron á su vista. La Santa, inflamada en amor de Dios sintió entónces una inspiracion extraordinaria, por la cual el Supremo Dueño de la vida la dispensaba de las leyes ordinarias para mostrar á los ímpios cuán voluntario y gustoso era su sacrificio. Pidió una pequeña dilacion, como si tratara de deliberar el partido que mas le convenia, y luego que se vió libre, se arrojó por sí misma á las llamas que la consumieron muy en breve. Este hecho, lleito por el particular movimiento de Dios que tuvo la Santa, llenó de asombro á los infieles y les dió una prueba convincente de que eran invencibles los cristianos: estos tuvieron un motivo de adorar á Dios, admirable en sus santos, á los cuales conduce algunas veces por sendas desconocidas al término de sus trabajos.

Son muchos los templos y altares levantados á honor de la Santa, y muy particular la devocion que le profesa el orbe cristiano por las maravillas sin número obradas por su intercesion, especialmente en los molestos y penosos dolores de dientes yuelas, gracia con que parece haberle Dios premiado los atrocsimos tormentos con que Santa Apolonía perdió los suyos á manos de los enemigos de su nombre y por la confesion de su fé.

La Epístola es del capítulo LI del Libro de la Sabiduría (pág. 190).

Yo te glorificaré, ó Señor y Rey, &c.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo (pág. 131).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos &c.

MEDITACION.

Sobre el propio desprecio.

Considera que es necesario sufrir el menosprecio, y aun estimarle; debemos amar el ser menospreciados; debemos desearlo y aun buscarlo; de manera que por todos sus aspectos nos conviene sufrirlo. Si lo consideramos como un mal temporal, por lo mismo nos conviene abrazarnos con él: si lo consideramos como un mal, pero mal imaginario, nos conviene sufrirlo desestimándolo, esto es, no haciendo caudal de lo que sufrimos, ni del mismo menosprecio: si lo consideramos como un bien, como que realmente lo es para nuestra alma, nos conviene amarlo, desearlo y buscarlo con solicitud, como un bien inestimable y necesario para que nos asegure la salvacion eterna. Aun respecto de ciertos defectos nuestros, que no afectan á la moral, y si nos causan confusion y vergüenza, nos conviene estimarlos y hacer de modo que sean conocidos para que nos atraigan el desprecio de las gentes: pues no hay duda que todo aquello que nos mantiene en la humillacion es sumamente provechoso. Nuestro centro es la bajeza y la nada; á él nos debemos encaminar, en él debemos perseverar y buscar en él nuestro descanso; porque todo lo que está fuera de su centro, está violentado y no puede subsistir.

Considera que si tenemos bienes de gracia, de virtud y de merecimiento, nos conviene esconderlos en el seno de la humildad, para que el demonio no nos los robe, así como tambien esconder los talentos del alma y las prendas personales, cuando no sea necesario usar de ellos para el servicio de Dios ó bien del prójimo, pues en caso que no le exija la obligacion ó la caridad, nos está bien el que no luzcan nuestras prendas, para que no seamos expuestos á los asaltos de la soberbia, que es el medio por donde el demonio nos roba nuestros tesoros, y nos impide las ganancias que debiamos tener con el uso discreto de los talentos y cualidades que nos adornan, y de los que formamos un ídolo á que sacrificamos nuestras almas cuando nos domina la vanidad, á semejanza de los israelitas que formaron el becerro de oro con los adornos de este metal que estaban solo destinados á su servicio y no á su adoracion. Así que es mucha importancia, esconder nuestros bienes para asegurarlos, teniendo presente que el ser bueno y parecerlo, es cosa peligrosa: parecer bueno y no serlo, es una viciosa hipocresía; mas el ser bueno y no hacer ostentacion de serlo, es la condicion mas santa y ventajosa.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Jesus mio! ¡Cómo es posible que yo estime en tanto la humildad y al mismo tiempo huya tanto de la humillacion, siendo así que sin la humillacion no puedo adquirir la humildad? Dadme a cualquiera costa esta virtud, aunque sea con pérdida de mi honor, y de cuantos bienes poseo en esta vida. Hacedme la gracia de que yo sufra con paciencia y sin amargura el menosprecio a mi persona; para que os posea en el cielo, á donde no entraré jamas, si no soy verdaderamente humilde en el corazon y humilde en el entendimiento.

Bueno es para mí el ser humillado.

LECCION.

Sobre la realidad del cuerpo que tomó el Divino Verbo.

Dios nuestro Señor, que con su altísima sabiduría rige y gobierna el universo, y provee al hombre no solo de lo que necesita en el orden natural, sino aun mucho mas en lo que necesita en lo sobrenatural, ha tenido á bien permitir que algunos hombres audaces y llevados de su soberbia que ha ofuscado su misma ciencia y corrompido sus talentos, ó armatrados por sus pasiones que da abismo en abismo los han sumido en el error de las heregias, se hayan atrevido á atacar de muchas maneras la verdad revelada con proposiciones y doctrinas erróneas que rebatidas y confundidas por la Iglesia católica, depositaria de la fé, intérprete del sentido de la palabra de Dios, maestro de la verdad, han servido de motivo y dado ocasion á las declaraciones mas solemnes y firmes con que han establecido de un modo indestructible los dogmas mas importantes y fundamentales de la fé.

Así es que afirmar y hacer resplandecer el de la realidad y perfeccion de la humanidad unida hipostáticamente al Verbo, tanto de la sustancia espiritual como de la corporea, ha permitido el Señor que se levanten en diversas épocas los marcionistas maniqueos, los valentinianos y otros como Apolinaris, que sembrando sus crutes en medio del cristianismo, se lisonjearon de poder extinguir la luz indeciciente de la fé y establecer el imperio de las tinieblas; pero que

frustrados sus intentos y engañados en sus esperanzas, vieron con vergüenza y confusion inexplicable, que estas se disipaban como el humo, y aquella brillaba con mas actividad y fuerza por luminosos escritos de los sagrados doctores; pero aun mucho mas con la declaracion de la Santa Iglesia regida bajo el Espíritu Santo en los concilios de Nicea, de Éfeso, de Constantinopla, de Calcedonia y otros.

En ellos se han detallado los dogmas que vamos á transcribir, y por los de la Iglesia católica extendida por todo el orbe de la tierra, tiene, enseña y defiende que el Divino Verbo tomó hipostáticamente todas las partes que pertenecen á la integridad y perfeccion de la humanidad, como lo manifiestan y potentizan los mas brillantes testimonios de la Escritura Santa. Es, pues, dogma de fé que tomó hipostáticamente un cuerpo, no fantástico ó aparente sino real y verdadero; por el que dice el Evangelista: *Que el Verbo se hizo carne*, esto es que encarnó tomando un cuerpo tan verdadero que pueda decir con propiedad y verdad, como en efecto dijo el mismo Jesucristo de sí propio: *He aquí que subió á Jerusalem y el Hijo del Hombre será entregado... y lo condenarán á muerte, y lo entregarán... para ser crucificado, y resucitará al tercer dia.* Un cuerpo cuya realidad y verdad prueba el mismo Salvador, cuando apareciendo despues de su resurreccion á sus discípulos, que contrabados y aterrados con su repentina aparicion, les parecia ver un espíritu; los tranquilizó, y les dice: *¡Por qué os habéis perturbado y qué pensamientos se levantan en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies, y veréis que soy el mismo que fué clavado en la cruz. Palpad y ved que un espíritu no tiene carne y hueso como veis que yo tengo.* Y habiendo dicho esto, continúa el Evangelista, *les mostró las manos y los pies.* ¡Qué prueba mayor y mas concluyente que esta que dá á sus discípulos Jesucristo que siendo la misma verdad no podía engañarlos? dice Tertuliano escribiendo contra Marcion.

Demas de esto, siendo Cristo, como dice el Apóstol, verdadero Mediador de Dios y de los hombres, que su intercesion y sujecion verdaderamente obtuvo á los hombres sus reconciliacion con Dios, debió ser verdadero hombre, porque no siendo, no podía interceder y sujetarse á Dios, dice San Irineo. Nada mas cierto se tiene en la Escritura, dice el mismo Padre, que el que Cristo entregó su cuerpo para ser crucificado, y derramó su sangre en precio de nuestra redencion; mas este precio no fué pagado en apariencia ni nosotros

redimidos estimativamente, sino en realidad y verdad, y por consiguiente real y verdadero el cuerpo crucificado y la sangre vertida. El angélico Doctor demuestra del mismo modo la verdad que venimos probando. Mas en las Escrituras se teje la genealogía de Cristo, se nombran sus padres, su familia, tribu, tiempo, lugar y modo de su natividad; se dice nacido, circuncidado, sujeto á sus padres, herido con azotes, fijado en la cruz, muerto, sepultado, que resucita y sube á los cielos; luego tomó verdadero cuerpo, porque si así no fuera, todo esto sería falso, lo que no puede decirse. Así se explica San Ignacio obispo, San Irineo y Tertuliano.

Mas no solo deseamos creer y confesar que tomó verdadero cuerpo, sino que fué un cuerpo terreno de carne y sangre como el nuestro, tomado de la Virgen Santa María, como lo acredita la Escritura Sagrada y lo tiene declarado de fé la Iglesia contra los valentinianos; para cuya comprobacion bástenos el anuncio del arcángel San Gabriel á la Virgen Santísima: *Concebirás en el vientre, le dice, y parirás un Hijo, y llamarás su nombre Jesus*. Hélo aquí concebido verdaderamente de la sustancia de la Madre, y dado á luz para habitar entre los hombres como Hijo, esto es, no inmediato, sino descendiente de Abraham y de David, á quienes se habia prometido en premio de su fidelidad. Mas ¿para qué tantas pruebas, que solo pudieron ser atacadas por el espíritu de tinieblas que agita á los herejes dichos y á sus secuaces?

Sin embargo, como nos hemos propuesto tratar con la posible extension estas materias, para que nada falte á su integridad, diremos con la Iglesia, como un dogma de fé, que el Verbo Divino tomó una alma intelectual como lo declaró el mismo Jesneristo cuando dijo: *Triste está mi alma hasta la muerte, y luego á su Padre celestial: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Tiene, pues, alma como nosotros, porque tomó verdadera é íntegra humanidad, la que no lo sería si careciese de alma intelectual ó de alguna parte esencial del cuerpo, como la sangre que pertenece á la integridad de la naturaleza animal; pero tan esencialmente, que sin ella no puede subsistir, y que además es un órgano ó instrumento universal, por el que el alma ejerce en el cuerpo muchas funciones vitales, y que según los teólogos, estará en los cuerpos gloriosos. Debemos decir por tanto que el Verbo Divino tomó hipostáticamente la sangre natural, y por esto dice Clemente VI que una sola gota de sangre de Cristo tiene valor infinito por su union al Verbo.

DIA DIEZ.

San Guillermo.

SAN Guillermo, nacido en Francia en el siglo XII, despues de haber vivido licenciosamente en la profesion militar, fué llamado por Dios á su servicio mediante la conversacion de algunos santos solitarios. El ministro principal de su conversion, queriendo desprenderlo de los hábitos viciosos que habia contraido, y quitarle la ocasion de recaida, lo aconsejó que emprendiese un viage á Roma por devocion, y visitase con espíritu de penitencia el sepulcro de los Santos Apóstoles y otros lugares sagrados.

El Santo, como un verdadero penitente penetrado de la mas viva compuncion, siguió el consejo, é hizo su peregrinacion á Roma, en donde con piedad fervorosa visitó los sepulcros de los Apóstoles, y se ocupó en otras obras de devocion. Pero no satisfecho con aquella penitencia se presentó al papa, Eugenio III, pidiéndole que le impusiese otra para expiar mas y mas sus pecados. El pontífice, siguiendo la práctica que se observaba en aquel tiempo, le ordenó que fuese en peregrinacion á los Santos Lugares de Jerusalem.

Guillermo no vaciló un momento en abrazar esta penitencia, y partió gustoso á cumplirla. Luego que llegó á Jerusalem hizo las santas visitas de costumbre, y permaneció allí ocho años ejercitándose en las obras satisfactorias que le dictaba su corazon humillado, cuya contricion y ternura se aumentaban cada dia mas á la vista de aquellos sagrados lugares. Al fin de aquel tiempo volvió á Europa; pero resuelto á vivir separado del comercio de los hombres, buscó un desierto donde pudiese entregarse enteramente al servicio de Dios, y lo encontró en la Teseant. Allí vivió algun tiempo, hasta que la falta de su piedad lo obligó á tomar la direccion de un monasterio.

Padeció sin duda grandes aflicciones de espíritu por la poca regularidad de los monjes; tanto que despues de haber trabajado con mucho zelo por hacer que reviviese en ellos el espíritu de fervor, se vió precisado á abandonarlos. Se retiró pues y fué á vivir á las montañas de Premo, donde habia otros ermitaños tan enemigos de la regla como los primeros. Estos lo ultrajaron varias veces, hasta que habiéndolo arrojado de su compania fijó su domicilio en un valle enteramente desierto, cuya sola vista causaba terror.



S. Petronila Virgen y María.



S. Guillermo Ermitaño.



S. Severino Martir.



S. Desiderio Obispo.

Se retiró Guillermo á aquella horrorosa soledad el mes de Setiembre de 1155, sin tener al principio mas habitacion que una cueva subterránea, en que se ponía á cubierto de las inclemencias del tiempo; hasta que el señor del castillo de Burid mandó que le construyesen una celdilla. Vivió en ella cuatro meses sin mas compañía que la de las bestias, y sustentándose con las yerbas con que se alimentaban estas; mas al fin de este tiempo admitió por discípulo y compañero á un sugeto púdoso llamado Alberto que se había resuelto á adoptar su método de vida, y que habiendo estado con él trece meses que presidieron á su muerte, escribió el austero tenor de vida que observaba.

En los últimos dias de su vida le concedió el cielo el don de milagros y el de profecía; y conociendo que ya se apresuraba su paso á la eternidad, pidió los santos sacramentos, que le fueron ministrados por un sacerdote de la ciudad de Chatillon, y murió con la muerte de los justos en los brazos de su amado discípulo el 10 de Febrero del año de 1157.

La Epístola es del capítulo IV de la primera del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros somos unos necios por amor de Cristo; mas vosotros sois los prudentes en Cristo; nosotros flacos, vosotros fuertes; vosotros sois honrados, nosotros viles y despreciados. Hasta la hora presente andamos sufriendo la hambre, la sed, la desnudez, y los malos tratamientos; no tenemos donde fijar nuestro domicilio; y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos nos maldicen, y bendicimos; padecemos persecucion y la sufrimos con paciencia; nos ultrajan y retornamos súplicas; somos en fin tratados hasta el presente como la basura del mundo y como la escoria de todos. No os escribo estas cosas porque quiera sonrojáros, sino que os amonesto como á hijos míos muy queridos en Cristo Jesus nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas (pág. 314).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, &c.

MEDITACION.

Sobre la paciencia.

Considera que todo lo que padeces es nada en comparacion del castigo que has merecido, de la recompensa que te está preparada, del mal que has cometido, del bien que has dejado de hacer, y en fin, de lo que sufrieron Jesucristo y todos sus santos. Si vives sin cruz, no eres discípulo de Jesus, si no llevas la cruz en pos de Jesucristo, no reinarás en su compañía. Preciso es padecer en el tiempo ó en la eternidad, en esta vida ó despues de la muerte; en la tierra ó en el infierno. Nadie pasa de las delicias á las delicias; ni de la felicidad á la felicidad; sino mas bien, de la felicidad á la desventura, de las delicias á los suplicios. Considera esto bien, y escoge despues el partido que quieras tomar. ¡Ah! ¡Quién puede titubear? Ya que es necesario padecer en este mundo, que sea logrando el fruto de nuestro trabajo. Padezcamos por Jesus, padezcamos con Jesus, padezcamos lo que nos envia Jesus, y padezcamos como ha padecido Jesus.

Considera que cuando sufres con paciencia, Jesus sufre contigo, y Jesus permanece y reina contigo. Entónces eres la víctima de su amor, el trono de su gracia, y el trofeo de su gloria. Pagas todas tus deudas; reunes grandes tesoros; practicas todas las virtudes; arrancas de raiz todos los vicios; tienes la insignia de los predestinados; aseguras tu salvacion; te libras del infierno y mereces el paraíso. ¡Oh Jesus, Salvador mio! ¡cuán mal reconozco la gracia que me habeis dispensado, asociándome á vuestros padecimientos! ¡Ah, que me he tenido por miserable cuando me colmáis de bienes, y he murmurado contra vos, cuando me dais las muestras mas sensibles de vuestro amor; pues me tratáis como os ha tratado vuestro Padre celestial, que no os envió al mundo para vivir en las delicias, sino para morir en los tormentos. Siendo esto así, ¿qué razon tengo para quejarme?

PETICION Y PROPOSITOS.

Quiero en adelante amar y estimar los padecimientos, ya que los ha consagrado con los suyos mi Redentor Divino; quiero que los míos sean una continuacion de los suyos, las reliquias de su cruz, la prenda de su amor, la muestra de que le sigo como su amartela.

do y su discípulo, y el carácter de mi predestinacion. ¡Oh Jesús! ¡Cuánto me consuelan mis dolores cuando pienso en tu pasión! ya no siento mi cruz cuando pienso en tu cruz: ya veo, ya conozco que padecer y morir es la vida de los predestinados; morir sin padecer es la muerte de los réprobos; y sufrir y callar es la perfeccion de la virtud, la divisa del valor, y un fondo inagotable de todo merecimiento.

JACULATORIA.

Por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios.

LECCION.

Sobre el orden y modo de la ascension de la humanidad al Verbo, ó lo que es lo mismo, la Concepcion de Cristo.

Concluimos la materia de que tratábamos en la leccion anterior, aunque no contrayéndonos ya precisamente á la humanidad en sí misma, tomada por el Verbo, sino al orden con que se considera unida. Es dogma de fe decidido en el concilio quinto general, que el alma y cuerpo de Cristo, esto es, la humanidad que uno y otro componen, fué tomada por el Verbo divino juntamente, es decir, en un mismo instante. Esta decision se dió contra Orígenes, que decía que el alma de Cristo habia sido criada con las demas almas al principio del mundo, y que habia merecido por sus obras ser unida hipostáticamente al Verbo, y que de facto se le habia unido antes que se uniese á la carne en el vientre de la Virgen. Mas este error fué condenado por aquel concilio que fulminó el anatema contra quien tal dijese. Las palabras del concilio son estas: "Si alguno dice ó siente que el alma de nuestro Señor Jesucristo habia existido y sido unida al Verbo de Dios antes de su Encarnacion y Natividad de la Virgen, sea excomulgado." Justamente fué condenado este error; pues sobre la falsedad de que las almas sean criadas antes de unirse á los cuerpos; envuelve el de dar á la alma de Cristo subsistencia propia, y que por consiguiente hubiera de tener unida al Verbo doble subsistencia, la propia y la del Verbo. ¡O Dios! ¡Y cómo pretendemos explicar tan sublime misterio! ¡Cómo se atreve á alzarse nuestro humilde discurso del polvo de la tierra, penetrar los arcanos de la Divinidad, y persuadirse de que es capaz

de explicar lo que no puede comprender! Pero séanos licito, ya que comenzamos y hemos avanzado en nuestro asunto, terminarlo hasta donde alcancen nuestras fuerzas.

Era llegado aquel medio moral de los tiempos de que habló Habacuc: cumplíase las setenta semanas de Daniel y los tiempos en su plenitud instaban ya por la venida de aquel *Desado* de las naciones, que era la *Expectacion* de los pueblos; cuando el Señor, fiel á su palabra y constante en su voluntad de reparar la humana naturaleza, habiendo de hacerlo por medio de su Divino Hijo, que tomando carne de la misma descendencia de Adán, fuese hecho verdadero hombre, y por tanto apto para desempeñar aquella obra: ordena y dispone que se conciba y nazca una muger, que privilegiada desde su concepcion misma, con plenitud de gracia y dones del Divino Espíritu, preservada de toda mancha de pecado, santificada extraordinaria y asombrosamente, conservada en la virginidad mas pura y perfecta ministrase á su tiempo la materia de que habia de formarse el cuerpo sacrosanto que el Verbo habia de tomar para sí hipostáticamente.

Con este fin hace que esta criatura excelentísima, esta muger admirable se conciba y nazca de legítimo y verdadera matrimonio, como verdadera hija descendiente de Adán, engendrada y nacida en orden natural de un padre y una madre hijos y descendientes de Adán, pertenecientes en su origen á la misma naturaleza corrompida que venia á purificar aquel en quien iban á ser benditas todas las generaciones.

María, pues, esta criatura singular, crece en edad, y crece en ella el caudal inmenso de gracias y virtudes de que la dotó el Altísimo. Por su divina inspiracion emite el voto de virginidad perpétua: por igual inspiracion se desposa legítimamente con un varon santísimo, verdaderamente justo, verdaderamente casto, que no habia de llegar jamas, como no llegó á su Virgen Esposa. He aquí á la Madre de Dios: he aquí la obra del Altísimo, obra verdaderamente divina, propia de la Sabiduría increada. Elige á una muger del linage corrompido de Adán; pero la preserva de la culpa, la llena de gracia, y la eleva en santidad sobre los mismos querubines y serafines: la desposa con legítimo y verdadero matrimonio contraído con un varon que adquiere sobre ella todos los derechos de esposo; pero que cede voluntariamente su uso y deja llesa su virginidad: hace que esta le sea consagrada por un voto que le dé mayor realce, y que aumenta-

do el mérito de la Virgen pura se la haga mas agradable á sus divinos ojos. Finalmente, se concibe en su vientre virginal, pero por virtud del Espíritu Santo, sin concurso de varon: y concebido y nacido de ella hace que su virginidad no reciba lesion alguna; y en vez de empañar el caudor de la Madre, la purifica y santifica aun mas.

Llegádose, pues, el momento incomprendiblemente venturoso y feliz para el cielo y la tierra, cuando la Virgen Inmaculada María en altísima contemplación de la Divinidad es abrasada en incendios del divino amor, es enviado de Dios el Arcángel Gabriel que saludándola respetuosamente, le anuncia el adorable misterio que por virtud del Altísimo iba á obrarse en su vientre purísimo. *He aquí, le dice, que concebirás en el vientre, y parirás un Hijo, y llamarás su nombre Jesus: este es verdaderamente grande y excelso; y es realmente Hijo del Altísimo, y como tal será reconocido y llamado.* Sobresaltada la purísima y prudentísima doncella, se informó del modo con que se había de obrar aquel misterio. *¿Cómo se hará esto, le dice, porque no conocen varón?* Esto es, no puedo conocer varón por el voto de perpetua virginidad que tengo hecha y estoy obligada á cumplir. Mas el ángel la satisface, diciéndole: *El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y obrará en tí la virtud del Altísimo; porque el Santo que nacerá de tí es en realidad y se llamará Hijo de Dios.* A tales y tan divinas palabras que acaban de desenvolver el misterio sacrosanto, la humildísima María se anonada en la presencia de su Dios y Señor, y pronuncia con dulce voz estos tiernos conceptos: *Ho aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.* El ángel desaparece. Entónces el Espíritu Santo en un solo instante forma con su virtud divina el cuerpo de Cristo de la purísima sangre apta para la concepcion que de su propia sustancia prepara y suministra la Virgen María: á su seno materno hace llegar esta sangre purísima, y de ella forma allí mismo el sagrado cuerpo organizado, y le infunde una alma criada en el mismo instante. El Divino Verbo toma este cuerpo animado y lo une á sí hipostáticamente, de manera que ántes que el cuerpo pueda subsistir humano, humano con la sustancia del alma, y ántes que esta sustancia por sí con la sustancia de que es capaz, subsistan desde el mismo instante de la concepcion con la sustancia divina del Verbo, evitando de este modo que en el cuerpo animado, esto es, en la humanidad hubiera, ni por un solo momento, personalidad criada sino solo la persona del Verbo en

quien se une la naturaleza humana, que por obra del Divino Espíritu toma de la Virgen sagrada. Tengase presente lo que hemos dicho ántes acerca de que este misterio fué obrado por toda la Trinidad, y de qué modo se debe entender haber sido obra del Espíritu Santo.

Finalmente, recordemos lo que ya hemos dicho, á saber, que la concepcion de Cristo se hizo en un instante, en cuanto á la formacion del cuerpo, que es en lo que consiste principalmente. Daríamos la prueba si pudiera haber quien dudase que un agente de infinita virtud como es el Espíritu Santo, puede en un instante disponer la materia á la forma debida. Así lo hizo en efecto, mas con tal perfeccion, cual correspondia á una obra toda divina, porque no hemos de entender que el cuerpo estuvo perfeccionado ántes de su animacion ó asuncion al Verbo, pues es contra la fé decir que la carne de Cristo primero fué concebida y despues tomada por el Verbo. *«Ten firmísimamente, dice San Agustín, y de ninguna manera dudas que la carne de Cristo no fué concebida en el vientre de la Virgen ántes de ser tomada por el Verbo.»* Así es que para explicarnos mejor, podemos decir que fué tomado por el Verbo el cuerpo cuando se concebía, sin que por esto se entienda, ni que la concepcion se hizo en espacio ó sucesion de tiempo, pues fué obra de un instante, ni que el Verbo tomó el cuerpo inanimado, pues como hemos dicho ya en otra leccion, lo tomó animado: de donde se colige y prueba innegablemente que la animacion se hizo en el mismo instante de la concepcion, y en el mismo la asuncion del cuerpo animado ó humanidad del Verbo: que en el mismo instante y por el mismo hecho quedó encarnado, uniendo en su persona divina las dos naturalezas, divina y humana; por lo que sin dejar de ser verdadero Dios, como lo fué siempre de toda la eternidad, comenzó á ser en tiempo verdadero hombre.

DIA ONCE.

San Severino, abad, y San Desiderio, obispo (*).

Nació San Severino en Borgoña á mediados del siglo V, de nobles ascendientes, que á pesar de los esfuerzos que en esa época ha-

(*) La vida de San Desiderio irá por suplemento.]

cian los arrianos para difundir sus errores, supieron conservarse y seguir con fervor en la religion católica. En esta fué educado nuestro Santo, abrazándola con tanto empeño, que siendo muy jóven abandonó el mundo para seguir la vida solitaria muy conforme á sus piadosas inclinaciones. Al efecto recibió el hábito en el monasterio de Agaunum, compuesto de celdas separadas, en que los monges vivian en soledad y total abstraccion, aun de sus mismos compañeros, dedicándose exclusivamente al servicio de Dios.

Aquel monasterio fué despues erigido en la abadía de San Mauricio por su protector el rey Segismundo, hijo y sucesor del trono de Gondebaldo, reuniéndose entónces los monges á practicar en comunidad y bajo obediencia, los mismos ejercicios piadosos que ántes desempeñaban en la soledad de sus celdas. La sólida y reconocida santidad de Severino lo hicieron subir al primer puesto, eleccion que acreditó la experiencia, pues por muchos años gobernó el nuevo establecimiento en clase de abad, con el tino y prudencia que inspira la virtud y el conocimiento del corazon humano. Colocado nuestro Santo en este brillante puesto, se hicieron mas visibles su austeridad, su retiro, su prudencia y demas prendas que justamente le captaron la veneracion de todos y el aprecio y respeto de sus súbditos.

El nombre de Severino se oía con admiracion en Borgoña, y su fama se extendió á otras partes de Europa, especialmente á Francia, en que á la sazón reinaba Clodoveo, primer monarca católico que ocupó el trono de los franceses. Este rey se hallaba sumamente malo de una fiebre en el año de 504, y mirándose desahuciado de los médicos, quiso la visitara nuestro Santo y le alcanzase del cielo la sanidad con la virtud de sus oraciones. Obedeció Severino y partió á consolar al pidoso enfermo, anunciando á sus monges al despedirse, no volverian á verse sino en las mansiones celestiales. Al transitar por Nevers, puso sano al obispo Eulalio, que á consecuencia de sus enfermedades, habia quedado sordo y mudo: á las puertas de Paris hizo lo mismo con un leproso, y llegado al palacio de Clodoveo, le devolvió la salud con solo tocarlo. Este don de hacer milagros le hizo admirable á toda la corte y tan respetable al rey, que en accion de gracias por su prodigiosa curacion, distribuyó grandes limosnas entre los pobres, principalmente entre los que estaban oprimidos en las prisiones.

No quiso detenerse Severino mucho tiempo en la corte de Clodo-

voo, pues estaba fuera de su centro, que solo era la vida solitaria; así es que se retiró de Paris, y pasando por Castel-Landon, se unió con dos eclesiásticos que estaban dedicados á Dios en una capilla solitaria. Estos virtuosos sacerdotes lo recibieron con sumo agrado, y tuvieron que admirar de cerca las sublimes virtudes de que habian sido hablar ántes. Algún tiempo permaneció nuestro Santo en aquel lugar, hasta que murió en el año 507, llenando de pesadumbre á sus dos virtuosos compañeros, y con sentimiento general de los habitantes de Castel-Landon.

Esta capilla se volvió con el tiempo abadía de canónigos regulares reformados de San Agustín, y en ella fueron depositadas las reliquias de nuestro Santo, y aunque los hugonotes saquearon este lugar y las desaparecieron en su mayor parte, tal atentado no ha sido bastante para borrar á San Severino de la memoria de los fieles, ni destruir el culto que se le ha dado, pues aun á fines del siglo pasado existía en Paris una parroquia dedicada á su nombre.

La Epístola es del capítulo III de la de San Pablo á los filipenses (pág. 90).

Hermanos: Lo que ántes tuve por ganancia, &c.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre noble fué á un país lejano á tomar posesion de un reino y volverse; con cuyo motivo llamó á diez de sus criados, les dió diez minas de plata, y les dijo: Negociad con ellas hasta mi vuelta. Es de saber que sus naturales le aborrecian, y así despacharon tras de él embajadores, diciendo: No queremos á ese por nuestro rey. Pero habiendo vuelto despues de tomar posesion del reino, mandó luego llamar á sus criados á quienes habia dado su dinero, para informarse de lo que habia negociado cada uno. Vino, pues, el primero, y dijo: Señor, tu mina ha rendido diez minas. Respondióle él: Bien está, buen criado; ya que en esto poco has sido fiel, tendrás mande sobre diez ciudades. Llegó el segundo y dijo: Señor, tu mina ha dado de ganancia cinco minas. A este dijo: tú tendrás el gobierno de cinco ciudades. Y vino otro, y dijo: Señor, aquí tienes tu mina, la cual he guardado envuelta en un pañuelo; porque te he tenido miedo, pues eres hombre de un natural austero: tomas lo que no has

depositado, y siegas lo que no has sembrado. Dícele el amo: ¡Oh mal siervo! por tu propia boca te condeno. Sabias que yo soy un hombre austero que me llevo lo que no deposité, y siego lo que no he sembrado, ¿pues cómo no pusiste mi dinero en el banco para que á mi vuelta lo sacases de allí con ganancia? Entónces dijo á los que allí estaban: Quitadle la mina y dadla al que tiene diez minas. Señor, replicaron ellos, tiene ya diez minas. Pues yo os digo, respondió el Señor, que al que ya tiene se le dará, y será colmado de bienes; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.

MEDITACION.

Sobre la penitencia.

Considera que si no haces penitencia no te salvarás, y si no la haces pronto, pueda ser que no la hagas nunca; pues no siempre tendrás el tiempo que ahora se te presenta, ni la gracia que ahora te toca al corazón, ni la voluntad que ahora tienes de hacerla. El que abusa del tiempo, es privado del tiempo; el que abusa de la gracia, es privado de la gracia; y el que abusa de la libertad, es privado también de la libertad; pues aunque Dios no se la quite directa y positivamente, si permite que su endurecimiento no le deje tener una voluntad sincera y un dolor verdadero de sus culpas. ¡Ah! ya hace mucho tiempo que estás diciendo que quieres mudar de vida, y no lo ejecutas; muchos años hace que estás prometiendo á Dios que te corregirás de aquel vicio, que dejarás aquella compañía perjudicial á tu alma; que saldrás del estado de tibieza y de languidez que tanto provoca á Dios á que te vomite; que serás sufrido, devoto, recogido, exacto en tus ejercicios, pacífico, generoso y caritativo. ¿Y dónde está esta mudanza? ¡En qué has cumplido tus promesas? ¡Cómo has desempeñado tu palabra? ¡Oh loco! ¿Por qué difieres tu conversión de un día para otro? ¿Es justo que seas malo porque Dios es bueno? ¡Ha de servir tu paciencia para que sigas en tu impiedad? ¿Y su justicia ha de ser como esclava de tu malicia?

Considera que el pecar por la esperanza del perdón, es pecar por presunción; es conservar el vicio con la gracia que ha de destruirle; es alimentar y fomentar el pecado con el remedio que habría de darle la muerte; es hacer de la penitencia el fundamento de la impenitencia. No hay que dudarle; aincinados con un falso propósito que nos formamos de arrepentirnos en adelante; con una voluntad ine-

ficaz de reformar nuestra conducta, dejamos ir los días y los años de nuestra vida, sin dar lugar á aquel terror y sobresalto que muchas veces siente el pecador despreocupado, y que no pocas obra en él todo su efecto saludable; pero que nosotros frustramos por la vana esperanza de una conversión que nos figuramos ya á ser efectuada de un día á otro, siendo así que nunca llega á verificarse; y siendo así también que el perdón en que confiamos, no podemos obtenerlo mientras no tenga efecto nuestra pretendida conversión. ¡Ah, que en esto mostramos cuán injuriosa y desatinada idea formamos de la santidad y perfección de Dios! Un dios que no sea zeloso de su gloria, que no ahorrezca infinitamente el pecado, que vea con indiferencia á su criatura manchada con la culpa, que sea indolente á la protervia de esta, que esté pronto á perdonarla sin que se arrepienta y quite la ocasion de sus pecados, que se deje burlar de su impudencia sin hacer uso de su justicia vengadora; un dios, repetimos, de estas cualidades, no es el Dios verdadero, sino una ilusion que la ceguera y el endurecimiento han formado en el corazón del pecador impenitente. ¡Oh, tiemblan, tiemblan todos los que pecan en la confianza de un perdón que no buscan ni solicitan con la verdadera penitencia!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Confieso, Dios mío, que ya no merezco vuestra gracia, después que he abusado tanto de ella. Reconozco que vuestra bondad es infinita por la paciencia que tenéis en esperarme y sufrirme; pero esperad aun mas, Salvador mío, esperad otro poco, que de veras quiero convertirme, quiero hacer penitencia hoy mismo, en esta hora, en este instante, sin dejarlo para mañana, ¡qué sé yo si mañana viviré, o si tendrá la gracia que hoy tengo, ó la misma voluntad! Hoy, hoy, Dios mío, hoy me convierto, desde este instante mudo de vida, y quiero que esta sea empleada toda en tu amor y servicio, con el auxilio de tu divina gracia, que imploro humildemente.

SACRATORIA.

Hoy que he oído la voz de mi Señor, no endureceré mi corazón.

LECCION.

Sobre la devocion al sacrosanto misterio de la Encarnacion.

Quando con la extension posible hemos presentado en las anteriores lecciones el sacrosanto misterio de la Encarnacion, juzgamos muy del caso hablar en la presente sobre la devocion que debemos profesarle, ya por la excelencia misma de aquella obra divina, ya por la magnitud incomprendible del beneficio que en él y por él hemos recibido, y ya finalmente, por el amor de Dios hácia nosotros que en él se nos patentiza, y de que es él la mayor prueba y el testimonio mas auténtico. Una obra toda de Dios, en que su Magestad desplega y emplea sin tasa ni medida su omnipotencia y su sabiduria, no puede dejar de ser en sumo grado perfecta y excelente. Derramadas sobre ella todas las riquezas inmensas de la sabiduria y de la ciencia de Dios, la hacen, no solo á nuestro juicio, sino realmente en sí misma, el mayor de los milagros, la obra mas grande de la Omnipotencia. ¡Juntar en uno, extremos infinitamente distantes como las naturalezas divina y humana, y unir las en una persona, de modo que formen la máxima de las uniones, despues de la Trinidad en una esencia! ¡Aparecer visible entre nosotros el que en sí es invisible! ¡Criar una alma y formar un cuerpo en un instante, y unidas entre sí, hacer que carezcan de subsistencia propia para subsistir con la divina del Verbo, y en virtud de ello impedirse la personalidad criada; para que no haya mas que una persona divina! ¡Terminar esta su propia naturaleza y la humana, siendo en una y otra uno y mismo su puesto! ¡Quedar por tanto hecho Dios verdadero Hombre, y este Hombre verdadero Dios! ¡Ah, obra tan sublime solo podia ser hecha por Dios Trino y Uno, Omnipotente y Sabio al infinito!

En efecto, ni el poder criado, ni el saber humano, era dado no solo hacer, pero ni aun alcanzar con la luz natural este portentoso. Sabíalo solo, y solo podia hacerlo el que queria hacer en él y por él al hombre el máximo de los beneficios. No le hay en realidad semejante, ni el hombre pudo jamás concebirlo mayor. En él recibe humanando en tiempo al que *ab eterno* existe y existe por sí mismo; al que es Dios infinito en bondad y perfecciones; pero del que no podrá gozar sino por él mismo. Una barrera impenetrable, un muro indestructible media entre el Santo de los Santos y la corrompida descendencia de Adán. Es necesario destruir esta pared, es indis-

pensable purificar esta naturaleza: hé aquí la obra del Hombre Dios. Solo él es *Coriero de Dios que quita los pecados del mundo*: solo él es en quien *son benditas todas las generaciones*. Dios y Hombre verdadero, unido del Señor, lleno de gracia y de virtudes; en quien habita, por decirlo de una vez, toda la plenitud de la Divinidad; sus obras son de infinito valor y mérito, su sacrificio condignamente satisfactorio. Hecho por esto víctima de propiciacion para la salud del hombre, se alza justamente con el solio y glorioso renombre de su Reparador y Redentor, que es en él, no solo un título adquirido acaño, sino un oficio que ejerce por mision de su celestial Padre, y que tan plena y perfectamente desempeña, que franqueado el paso á la corte celestial con la destruccion del pecado, introduce en ella, no solo un cuerpo animado, real y verdadero, asumo á la Divinidad, sino otro cuerpo místico de Santos y verdaderos adoradores que vive de su espíritu, y de que él es el alma y la cabeza.

Empero este tan grande beneficio jamás lo pudo merecer el hombre: gracia es de Dios y muestra sin semejanza de su amor; así lo declara el mismo Cristo: *De tal modo amó Dios al mundo*, dijo á Nicodémas, *que dió á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él creyere, no perezca, sino que tenga la vida eterna*. En cuyos sublimes conceptos nos hace ver la sobremiencia de su amor, que es tal, cual lo manifiesta la excelencia infinita del divino don que nos hizo en la persona de su Hijo. Asimismo nos hace manifiesto que este amor y su efecto, son absolutamente gratuitos, y de ningún modo obligados por merecimientos nuestros, que no hubo en realidad; pues nos amó primero que nosotros le amásemos, como testifica San Juan; y no solo primero que le amásemos, sino teniendole de hecho el odio que envuelve la infidelidad y el pecado; odio que imprimió en el hombre el carácter de enemigo de Dios. Así justamente lo denomina y por tal le califica el Apóstol, siendo su resultado el conocimiento de la singularidad del amor divino, cuando observamos, que si no se da en lo criado mayor caridad que dar uno su vida por sus amigos, como dijo el Salvador, el amor de este y de su divino Padre se sobrepuso á todo amor, puesto que el Padre nos dió á su Hijo, y el Hijo se donó á sí mismo, cuando no solo no le amábamos ni éramos sus amigos, sino que positivamente le odiábamos con odio inico, dice el Profeta, y éramos sus declarados enemigos. ¡Oh amor sin semejante, amor inmenso, que solo se mide y

aprecia por lo que no tiene precio ni medida, por el don infinito en que se muestra y cifra!

Con razon la obra sublime de la Encarnacion se atribuye especialmente al Espíritu Santo, esto es, al divino y esencial amor; pues ella misma, su principio, su objeto, su fin, sus efectos y cuanto la circunda, todo respira amor, porque en todo y por todo se difunde la bondad de su Divino Autor. Por eso dijo el mismo Jesucristo que su Padre nos le habia donado, para que creyendo en él, tuviéramos la vida eterna, que importa nada ménos que recibir en nosotros los bienes todos de gracia y gloria que nos participa la bondad divina y entrar nosotros mismos en el goce de nuestro Señor.

Pues si tanto como esto tiene en sí mismo y trae para nosotros el misterio amabilísimo de la Encarnacion, ¿con qué afectos, con qué sentimientos, con qué muestras de gratitud, de reconocimiento y de amor deberémos mirarlo? ¿Qué bendiciones, qué alabanzas corresponderá que le demos? ¡Ah! Todo nuestro ser, nuestra alma, nuestro corazon y todo cuanto somos y poseemos, debe ser empleado en venerarlo, en ensalzarlo, en predicarlo; y todo, todo debe serle consagrado, por la donacion mas completa; por el mas perfecto sacrificio que de nosotros mismos hagamos en reconocimiento y correspondencia del beneficio que de Dios Trino y Uno recibimos en una obra en que vemos empleado el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, el amor del Espíritu Santo; pues á impulso de este amor, y á direccion de esta sabiduría, la desempeña este poder divino.

Sea, pues, correspondido segun nuestra pequeñez, con la entera consagracion de todo nuestro amor, con la exclusiva aplicacion de nuestras luces á la adquisicion de la ciencia de los Santos, y con el absoluto empleo de todas nuestras facultades, de todas nuestras fuerzas en el servicio de Dios. Tal debe ser nuestra devocion. Dios sabe discernir muy bien las flores de los frutos; aquellas sin estos no pueden agradarle, porque quiere ser adorado en espíritu y verdad; y que así como, no en apariencias, sino en realidad y verdad se nos dió en la Encarnacion, así nosotros nos le damos entera y cumplidamente, en la confianza de que el que por nosotros tuvo la dignacion de humanarse, no tendrá ménos la de dársenos en premio y recompensa de nuestra consagracion en la patria.

UNIVERSIDAD

UN

JANIL
 TOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

®

DIA DOCE.

Santa Eulalia, virgen y mártir.

Aux cuando á fines del siglo III se hallaba la ciudad de Barcelona oscurecida con las tinieblas del paganismo, tuvo Eulalia la felicidad de nacer de padres cristianos que cuidaron de educarla segun las máximas del Evangelio y de formar su corazon para la virtud. No solo la instruyeron en los deberes de su sexo y de una sana moral, sino que ilustraron su entendimiento con el estudio de las sagradas letras, á lo que el cielo añadió una eleccion suave y una belleza seductora. Era la admiracion de cuantos la veian y trataban; los gentiles respetaban sus virtudes y muchos de ellos abrazaban el cristianismo: los fieles tenian en ella un objeto edificante que enardecia su fervor, y que por sus sabios consejos los precavia de las supersticiones del paganismo: siendo de edad de catorce años, era madre espiritual de muchas almas. Vivia nuestra Santa retirada con sus padres en una casa de campo en Barcelona. Sus únicas ocupaciones eran la oracion, la lectura de los libros sagrados, y la enseñanza de las máximas evangélicas con que instruía algunas doncellas cristianas que tenia en su compañía. Habia consagrado su virginidad al Celestial Esposo y ni aun los quehaceres domésticos la apartaban jamas de su presencia. La memoria reciente de tantos mártires la excitaban con viveza á derramar su sangre por Jesucristo, exhortando á sus discípulos á que permaneciesen firmes en la fé. Con esta vida angelical no solo tenia el esfuerzo suficiente para sostener la causa de la religion, sino tambien para vindicarla de los ataques de la idolatria, como lo manifestó en la persecucion que suscitaron los emperadores Diocleciano y Maximiano.

En el año de 304 fué comisionado el cruel Daciano para restablecer en España el culto de los ídolos, y mientras todos se conmovian por las escenas sangrientas que presagaba la entrada del ministro en esta region, nuestra Santa llena de regocijo tributaba alabanzas al Señor, porque previó que muy pronto se cumplirían sus deseos. Sin dar parte, logró para conseguir su intento, escaparse de su casa luego que tuvo noticia de que en Barcelona se habia publicado el edicto imperial para que todos sacrificasen á los dioses. Salíó Eulalia de noche y caminó con animosidad á pié hasta llegar á Barcelo-



Sta. Eulalia Virgen y Mártir.



S. Baugno Mártir.



Sta. Catalina de Rusia.



S. Valentin Presbítero.

na á la hora en que el pregonero llamaba al pueblo á sacrificar á los dioses. La predicadora evangélica que habia salido para vindicar el honor del verdadero Dios, entró al tribunal sin ser llamada, y con el fervoroso zelo de que se sentia abrasada, habló en los términos mas enérgicos á favor de la religion.

Después de haber tenido crueles deslates, enfurecido Daciano por su resistencia, mandó que la azotasen cruelmente, tormento que sufrió la Santa con indecible gozo y llena de una santa alegría.

Viéndose el juez despreciado resolvió variar de tormentos, y al efecto mandó traer el oculto, y colgada en él la tierra doncella dispuso que la desgarrasen con ganchos de hierro hasta que descubriesen las entrañas. Eulalia sufrió con tranquilidad este nuevo tormento, pidiendo á Dios que la confortase para que no triunfase aquel ministro de tinieblas.

Confianza este en su poder, le propuso de nuevo que sacrificase á los ídolos y viviria; pero fué tan decisiva su respuesta, que al punto mandó Daciano que la fijasen en una cruz y aplicasen á sus costados flechas encendidas. En tanto que padecía este último suplicio entonó unos versículos del salmo cincuenta y tres, y torciéndose las llamas se volvieron contra los verdugos. La Santa prosiguió su oracion en estos términos: "Confirma, Señor, en mí vuestra misericordia; haced alguna demostracion con que vuestros fieles os glorifiquen, y mandad que mi alma sea recibida en vuestra casa." Las llamas se extinguieron y la bienaventurada Eulalia partió á recibir la corona de las vírgenes y la palma gloriosa de los mártires.

La Epistola es del capítulo LI del libro de la Sabiduría (pág. 130).

Yo te glorificaré, ó Señor y Rey &c.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo (pág. 131).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos &c.

MEDITACION.

Sobre el aborrecimiento del mundo.

Considera que debemos despreciar al mundo, debemos aborrecerle, debemos huírle en todos tiempos; pero en especial cuando se de-

clara enemigo de Jesucristo. Debemos despreciar al mundo, porque siempre engaña; pues promete mucho y no cumple su promesa: sus deleites no son verdaderos, ni permanentes, ni puros; ni pueden contentar al corazon, y que se nos van de delante cuando queremos disfrutarlos. Debemos aborrecer al mundo porque es enemigo de Jesucristo; esclavo y partidario del demonio; tirano de la virtud, señor, padre y protector de todos los vicios. El que ama al mundo, cree en las máximas del mundo; que por cierto no le amaria si creyese en las del Evangelio, que le es contrario; y así, aunque cristiano de nombre, es un infiel de corazon; y en el hecho de ser amigo del mundo se declara enemigo de Dios. ¡Qué desgracia!

Considera que es necesario huír del mundo con el espíritu, con el corazon, y en lo posible con el cuerpo; porque su compañía es peligrosa; sus máximas detestables; sus costumbres perniciosas; sus ejemplos escandalosos; su comunicacion contagiosa; y sus partidarios soberbios, avaros, sensuales, traidores, pérfidos y enemigos de Dios. El mundo está ya juzgado; está ya condenado; preciso es, pues, apartarse de su compañía y no amarle bajo ninguna pretexa. ¡Ah! Que vale mas ser aborrecido de los malos que amado; porque dice nuestro divino Salvador: "Si eres del mundo, morirás en tu pecado." Así es que el amor del mundo nos es sumamente pernicioso, pues hace que séamos envueltos en su perdicion. Por eso el Profeta deseaba mas bien ser el mas pequeño y humilde en la casa de Dios que habitar con satisfaccion en las magníficas tiendas de los pecadores. ¡Oh, séamos penetrados de este mismo espíritu para detestar al mundo, y no anhelar sino por la amistad y la gracia de nuestro Dios!

PETICION Y PROPOSITOS.

Tú, ó Señor Jesus, que al encomendar á tu divino Padre los discípulos que te dió, la alegraste que no era del mundo ni le amaban, concédeme que logre yo esta segregacion del mismo mundo y esta odio santo con que lo aborrecen los tuyos, para que así tambien obtenga de tu bondad una recomendacion semejante por la que, reconocido por tí como discípulo de tu escuela, logre la acogida saludable de tu Padre celestial que contigo y el Espíritu Santo vivo y reinas por los siglos de los siglos.

JACULATORIA.

El que es del mundo muere en su pecado; ¡Librame de él, oh Señor!

LECCION.

Sobre el nacimiento de Cristo Señor nuestro.

La segunda parte del tercer artículo del Credo ó símbolo de los apóstoles, confiesa que el Hijo de Dios vivo, que de toda eternidad ha engendrado el Padre celestial, se dignó nacer en tiempo de la Virgen Santa María. Por este artículo pues tenemos como dogma de fé innegable é intergiversable, que así como fué verdaderamente concebido en el vientre de la Virgen y de su misma sustancia, así despues del tiempo, esto es, cumplido el periodo de que la naturaleza ha señalado al concebido en el claustro materno, lo dió á luz aunque de un modo que salvando la esencia de un verdadero parto, careció de todo lo que pudiera ser indecoroso al Dios Hombre Niño. Nació pues de ella; pero nació sin lesión del claustro virginal de su Madre: nació de ella, pero sin ocasionarle dolores ni fatigas: nació de ella, pero sin que á su parto se siguieran los resultados naturales.

¿Mas qué decimos sin dolor ni molestia? Antes por el extremo contrario, y entendiendo en sentido propio y natural á Isaias, debemos contemplar á la purísima doncella y verdadera Madre en el transporte mas vivo y sublime, en la hora del parto. *Producirale, dice aquel Profeta, y se llenará de gozo y placer, y alegre sobre manera, alabará al Señor.* Ni era justo que la que había concebido por una operación toda divina, y santa tuviera sobre sí la maldición de Eva. Debía ser exceptuada de esta pena, la que dando á luz al Redentor del humano linage, tenía cierta parte en su reparación. Era infortunado lo que atrajo la maldición; pero esta no debía comprender á aquella, que aunque verdadera Hija de su descendencia, era en cierto modo cooperadora á su purificación y bendición.

Así como confesamos á Cristo dos generaciones, una eterna del seno de su Padre, otra temporal del seno de María, así por rigurosa consecuencia debemos confesarle dos filiaciones, una eterna, en cuanto engendrado por el Padre es un verdadero, propio y natural Hijo; otra temporal, en cuanto concebido en humana naturaleza de la Virgen y nacido de ella, es un verdadero, propio y natural Hijo. Porque, como hemos visto en las lecciones anteriores, aunque María no fuese causa física de la Encarnación, prestó de su propia sustancia la materia para el cuerpo de Cristo; el cuerpo no se concibió sin el Verbo, pues entonces se le unió cuando se concebía. Es por

tanto verdadera Madre de Dios, como lo tienen decidido de fé los concilios de Efeso y de Calcedonia.

Así cumplió el Señor las solemnes promesas que tan generosa y magnificamente había hecho á sus fieles siervos Abraham y David. Él recompensa su fidelidad prometiéndoles verdadero Hijo de María.

La descendencia de esta Virgen Santa de la tribu y familia de David, está comprobada con la de su verdadero esposo San José, cuya genealogía se teje en el Evangelio por San Mateo y San Lucas. El primero la trae desde Abraham hasta José, contando en los progenitores á Abraham y á David, y trayéndola despues por Salomon hasta José: el segundo sube con ella desde José hasta Adán, contando asimismo á Abraham y á David á quien la hace llegar por Natán. Siendo, pues, José descendiente de David de su misma tribu y familia, lo era su esposa María; porque estando prohibido por la ley dada por Moises de orden del Señor, que se ve en el sagrado Libro de los Números, que las hijas que fuesen hierederas de su padre por no tener hermanos, casasen con varones de otra tribu, sino que habían de ser precisamente de su misma tribu para que en ella quedase la herencia; hallándose María en este caso, y siendo observantísima de la ley, debió contraer el matrimonio con varón de su tribu, y habiéndolo contraído con José, de la tribu y familia de David, no cabe la menor duda en que de la misma era su esposa María, y por consiguiente de ella tambien Cristo, verdadero Hijo de María; cumpliéndose así lo que estaba escrito por Isaias y David, á saber, que Cristo segun la carne, sería oriundo de la tribu de Judá, que era á la que pertenecía David y de la familia de éste, como con términos expresísimos lo testifica tambien el Apóstol San Pablo.

¿Pero qué mas prueba queremos que la que nos suministra el mismo hecho consuntivo en el Evangelio de subir María con José de Nazaret á Belen ciudad de Judá, para registrarse en ella en virtud del edicto de César Augusto? Fueron á asentarse en los registros ó padrones de Belen por cuanto eran de la casa y familia de David, dice el Evangelista, cuya expresión no se debe limitar ó contraer solamente á José sino tambien á María, pues dice que fué á inscribirse ó registrarse con María, su muger. Y una de las razones de congruencia que asignan los teólogos para haber querido el Salvador nacer en Belen, es la de haber querido con esto mostrar que era de su descendencia, y que estaba cumplida la promesa que

le había hecho, pues nacía, y nacía en la ciudad en que el mismo David había nacido.

Ella, sin embargo de estar ya ennoblecida por el nacimiento de aquel grande amigo de Dios y gran rey de Judá y de Israel, y de haber de serlo en sumo grado por el del Hombre Dios, era en su población corta y en su comercio miserable. ¡Ah! que esto nada importa delante de Dios!—Dios sabe ennoblecirla y hacerla tan magnífica que no haya quien iguale su esplendor y su gloria. Muchos siglos ántes se la anuncia el Señor por su Profeta Miquas, según que lo refiere San Mateo: *De ninguna manera, le dice, de ninguna manera, ¡o Belén! eres tú pequeña entre las principales de Israel, porque de tí saldrá el caudillo que regirá mi pueblo.* Este, pues, que viene á ennoblecerc y no á recibir nobleza, quiere todavía ménos que una población corta y sin fama: él nace en Belén, pero no en su centro sino en un suburbio; no en una de sus casas, sino en una cueva conjunta á una posada y destinada á los animales, esto es, en un establo. En él quiere nacer para manifestar desde luego al mundo que su grandeza y esplendor lo trae consigo mismo, y que ni toma ni necesita tomar el de la tierra; y hacerle entender por otra parte, cómo se han de despreciar las honras, las riquezas y comodidades terrenas, cuyo menosprecio viene á enseñar con sus palabras y ejemplos, no como algunos filósofos que lo hicieron llevados de una soberbia refinada, sino para enseñarnos la prudencia del Espíritu que da su debido lugar á los bienes celestiales sobre los terrenos, y nos conduce á la adquisición de aquellos por la carencia de estos.

Por esto dispone que su Madre Santísima no halle alojamiento en la posada ni se le proporcione mas lecho, mas cama para reclinario que el pesebre. *Lo envolvió en pañales, dice el Evangelista, y lo reclinó en el pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada.* En este pesebre quiere recibir las señales de reverencia y adoración con que un buey y un asno muestra reconocer en él á su Criador, para confusión y vergüenza del pueblo judío, y de todos los que aun hoy se le semejan. Tal es el concepto de la profecía de Isaias que en el capítulo primero escribe: *Conoció el buey á su poseedor y el asno el pesebre de su Señor; pero Israel no me conoció, y mi pueblo no me entendió.* Mas todo esto se verificó para probar con el evento de las criaturas aun las mas pequeñas que anunciaron los Profetas, el efecto de la venida del Mesías, en quien se

cumplen y verifican todas las particularidades que como señales habían descrito muchos siglos ántes aquellos sus enviados, á quienes los reveló con este objeto.

Con el mismo asignan la hora de su nacimiento, según que entienden muchos Santos Padres aquel texto de la Sabiduría al capítulo XVIII: *Cuando un quieto silencio ocupaba ó tenía en suspenso todas las cosas y la noche en su curso había hecho la mitad de su camino, tu Omnipotente Verbo cual campeón esforzado saltó de su real silla á la tierra de exterminio.* Así se cumple, como se ve con claridad en la narración que San Lúcas hace del nacimiento, el cual inmediatamente refiere el anuncio que el ángel hizo á los pastores de aquella region, de los que dicen que estaban en vela guardando las vigiliás de la noche sobre su ganado. Por todo lo cual, es práctica antiquísima de la Iglesia celebrar en la media noche del 24 al 25 de Diciembre la Natividad del Señor, como acaecida á esa hora; y en cuanto al mes y día, lo observa así la constante tradición de la Iglesia tanto griega como latina. He aquí lo que nos permiten los estrechos límites de nuestra lección decir acerca del nacimiento de Cristo Señor nuestro, que sucedió, según la común sentencia, hácia el fin del año cuatro mil de la creación del mundo, en el cuadragésimo primero del imperio de Augusto César. Veneremos nosotros este sagrado misterio con el castísimo Patriarca José, esposo verdadero de la Inmaculada Virgen.

DIA TRECE.

San Benigno, presbítero y mártir, y Santa Catalina de Ricci, virgen.

SAN BENIGNO, MARTIR.

SAN Benigno nació en la ciudad de Todi, en la Umbria, y desde sus primeros años fué educado en la religión cristiana, en cuyo conocimiento y práctica aprovechó tanto, que mereció ser le confiesen los sagrados órdenes, y finalmente el del presbiterado. Ejercía nuestro Santo este órden sacro, con grande aprovechamiento suyo y utilidad de la Iglesia, á tiempo que los emperadores Diocleciano y Maximiano excitaban una cruel persecucion contra los cristianos.

El terror de esta persecucion se extendia por todas partes, y los desiertos y las cavernas eran el asilo de los fieles, que entretanto llegaba su hora para dar con su sangre un testimonio mas de la divinidad de nuestra religion, huian el peligro conforme á la doctrina y al ejemplo de su Divino Maestro Jesucristo; pero Benigno, inspirado del Espiritu Santo, para salir al frente en este glorioso combate, é inflamado en el zelo de la religion y del provecho de las almas, nada temia, y su constancia y valor llegaron á tal grado, que abiertamente manifestaba en todas sus acciones ser cristiano, y no cesaba de promulgar con la predicacion de la divina palabra la religion del Crucificado. Tal conducta no era en lo natural para permanecer mucho tiempo sin atraer sobre si el furor de los tiranos; así es que fué preso por los idolatras, y presentado ante el juez, confesó la fé con tal resolucion, que irritado éste, le hizo padecer atroces suplicios en que terminó su gloriosa carrera, cifándose la corona del martirio. Su santo cuerpo fué sepultado en un lugar en que despues se edificó en su honor una basílica con monasterio de vírgenes religiosas. Arruinado este con el tiempo, fueron trasladadas las reliquias de nuestro Santo á una iglesia de monjes de San Benito. Succedió en esta que cierto mongé, llevado de una devocion indiscreta, quiso robar la cabeza de San Benigno; entró en efecto al templo, abrió la caja en que se guardaba, y tomó en las manos la sagrada cabeza; mas queriendo salir con ella, no pudo conseguirlo, pues de tal modo se le ocultó la puerta por disposicion divina, que aunque dió muchas vueltas á la iglesia, nunca halló la salida. Por lo cual, desistiendo de su empresa, volvió á meterla en su relicario, y publicó esta maravilla para gloria de Dios y honor de nuestro Santo.

Santa Catalina de Ricci.

SANTA Catalina, hija de Pedro de Ricci y de Catalina de Bonza, casos muy ilustres de la Toscana, nació en Florencia el año de 1522. En su edad tierna quedó huérfana de madre; mas se encargó de su educacion su madrina, dama de gran virtud y prudencia, hasta la edad de siete años que la puso su padre en el convento de Monticelli, de que era religiosa Luisa de Ricci, tia de la Santa. Aquí fué donde esta niña, separada de los riesgos del mundo y rodeada de los mas edificantes ejemplos de virtud, se dedicó al servicio de Dios, y abandonando los falsos placeres mundanos, entregó

su corazón á los verdaderos y únicos bienes, que hacen felices en esta vida y bienaventurados en la otra.

Los frutos de esta clase de educacion, sensibles por lo comun en cualquiera que sea el estado que abraza la persona que la recibe, fueron tan marcados en nuestra Santa, que habiéndola sacado su padre del monasterio y llevádola á su casa, en nada se entibió su deseo de asegurar su salvacion con el retiro, la oracion y la práctica de las virtudes que habia aprendido entre las religiosas; mas conociendo la llamaba Dios á la perfeccion, resolvió volverse al claustro, y aunque con bastante repugnancia de su padre, tomó el hábito en el convento de Domínicas de Prat en Toscana, el año de 1535, á los catorce años de su edad, dejando en su profesion hasta su antiguo nombre de Alejandrina que habia recibido en el bautismo, sustituyéndole el nuevo de Catalina.

Destinada nuestra virgen para esposa del Crucificado, debia gustar las delicias de la cruz y conocer los tesoros encerrados en este árbol, tan amargo á los sensuales como gustoso á las almas puras que quieren conformar su vida á la del Hombre Dios. El Señor, para probar su fortaleza y resignacion, la visitó con una dolorosa enfermedad por el espacio de dos años, la que sufrió Catalina con tanta alegría á pesar de los crueles dolores con que era atormentada y de los molestos síntomas que producía la compleccion de sus males, que sirvió de objeto de edificacion á toda su comunidad su paciencia, y la memoria constante que hacia en sus padecimientos de los que atormentaron al Salvador en toda su dolorosísima pasion.

Curada milagrosamente Catalina de esta enfermedad, no por eso se apartó del camino seguro de la cruz en que tanto hubiera medrado su fervoroso espíritu: abrazó con las mayores veras todos los ejercicios de la penitencia, atormentando su cuerpo con crueles disciplinas; frecuentes ayunos á pan y agua, y aun sin tomar alimento en todo el dia, el uso de una cadena que le impedia la libertad de sus movimientos, y otras austeridades admirables en una tierna virgen y en una alma tan pura que no habia perdido la gracia bautismal. Acompañaba estas mortificaciones interiores con las mas sublimes virtudes internas, como la humildad, la obediencia, la union íntima con Dios, la confianza en él y la perpétua vigilancia sobre todos sus sentidos y afecciones del alma.

Tantas y tan ejemplares virtudes la elevaron bien presto á los primeros cargos del monasterio: siendo todavía jóven fué sucesiva-

mente maestra de novicias, sub-priora, y á la edad de veinticinco años, priora perpetua de su comunidad. Su mérito se hizo público á todo el mundo: los obispos, los príncipes, los cardenales y otros varones piadosos, tenían el mayor placer en hablar con ella: los Emmos Cervini, Alejandro de Médicis y Aldrobandini, que después ocuparon bajo diversos nombres la silla de San Pedro, tuvieron un elevado concepto de su santidad; pero lo que es mas portentoso, es haberse aparecido, estando viva, en Roma al ilustre San Felipe Neri, que deseaba vivamente conocerla. Fué igualmente favorecida nuestra Santa del cielo con éxtasis frecuentes, principalmente cuando meditaba sobre la pasión, que era todos los juéves en la noche y duraba hasta los víctres en la tarde.

Quiso Dios premiarle todos sus sacrificios, penitencias y austeridades, y recibir en su seno á quien tanto habia padecido en esta vida, y murió en 2 de Febrero de 1559, á los sesenta y siete años de su edad. En el de 1732 fué beatificada por Clemente XII, y canonizada solemnemente por Benedicto XIV en el de 1746, señalando el dia 13 de este mes para su festividad.

La Epistola es del capítulo VII de la primera del apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos. En órden á las vírgenes yo no tengo precepto del Señor; doy *si* consejo, como quien ha conseguido del Señor la misericordia de ser fiel. Juzgo, pues, que este estado es ventajoso á causa de las miserias de la vida presente, que es ventajoso al hombre el no casarse. ¿Estás ligado á una muger? No pretendas soltura. ¿Estás sin tener muger? No busques esposa. Si te casares, no por eso pecaste. Y si una doncella se casa, tampoco peca; pero estos sufrirá en su carne aflicciones y trabajos. Mas yo no hablo de vosotros. Lo que yo digo, hermanos, es que el tiempo es corto; y que así lo que importa es que los que tienen muger vivan como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que huelen, como si no olieren; y los que hacen compras, como si nada poseyesen; y los que gozan del mundo, como si no gozasen de él, porque la escena de este mundo pasa. Ahora bien; yo deseo que vivais sin cuidados ni inquietudes. El que no tiene muger, anda solícito de las cosas del Señor, y en lo que ha de hacer para agradar á Dios. Al contrario el que tiene muger anda afanado en las cosas del mundo, y en como ha de agradar á la muger, y se halla dividido. X la muger sol-

ta y la vírgen, piensan en las cosas de Dios para ser santas en el cuerpo y en el espíritu en nuestro Señor Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo (pág. 269).

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido &c.

MEDITACION.

Sobre el buen empleo del tiempo.

Considera que el tiempo es precioso, y cada uno de los momentos vale una eternidad; es breve porque solo dura la vida; es irremediable, porque ya no vuelve jamás. Corren los años y desaparecen con la velocidad del viento que ahora sopla en nuestro rostro y un momento después está muy lejos de nosotros: corren los años; se acerca la muerte; se presenta la eternidad; el juicio está sobre nosotros. Sabemos esto bien: conocemos la importancia de emplear bien este tiempo para proporcionarnos la bienaventuranza de una eternidad que nunca acaba; pero á pesar de eso lo malgastamos como si nada valiese, y lo dejamos inútilmente: como si hubiese de volver: ¡ah, que aun sola la lentitud en el obrar es ya daño crecido, porque el tiempo no camina al mismo paso, sino que viene y desaparece en el mismo acto!

Considera que la cortadía del tiempo y la velocidad con que camina, en vez de excusarnos el cargo que Dios nos hará por su mal empleo, antes debe aumentarlo, porque si fuese dilatado y estuviese en nuestra mano su duración, podríamos decir, aunque neciamente, que confiábamos en su larga duración para hacer el negocio de nuestra salud; pero cuando no es así, y que sabemos á no poderlo dudar que no contamos mas que con el instante presente, ¿qué excusa podremos tener del desperdicio que hagamos de este tiempo limitado y fugaz? Aunque si el negocio que en él tenemos de hacer fuese de tan poca importancia como los bienes terrenos, podríamos decir que el poco interés que habia en perderlo ó lograrlo nos excusaba suficientemente de no poner en él toda la solicitud moralmente posible; pero cuando no es así, sino que nos interesa tanto como la salvacion eterna de nuestra alma, ¿habrá excusa bastante á sincerar,

nos de la lastimosa pérdida que hicimos? Finalmente, si este negocio fuese de tal calidad, que aunque importante y arduo, pudiese desempeñarse en breve espacio, alguna excusa podríamos tener de nuestro desperdicio; empero no es así, porque la santificación de una alma así como demanda muchas obras de virtud y tales series de actos que puedan engendrarse en las verdaderos hábitos de virtudes, así demanda tiempo en que esto se efectúe; y este tiempo no puede ser ménos que toda la vida de un hombre; cuánto ménos los cortos momentos que un moribundo dedica á la disposición de su alma desgraciada!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Emplea bien el tiempo que Dios te da, aprovecha estos preciosos momentos para resarcir con una saludable penitencia lo mucho que has perdido de tu vida: ¡ah, este tiempo perdido no volverá jamás! pero á lo ménos prepara el venidero, piensa en tu salvacion, trabaja en ella; mira que el demonio se fatiga por perderte, sabiendo, como dice San Juan, que te queda poco tiempo. ¿Será razon que él trabaje con tanta actividad en arrastrarte á tu perdicion, y que tú no te agites con la misma ó mayor eficacia en frustrarle sus miras y erigar tu ruina? ¡Oh, que sólo un corazón endurecido puede ver con tan fatal indolencia que le arribatan el reino de los cielos, y lo surgen en el abismo de su perdicion! ¡Oh Dios, Dios mio, despierta mi alma del letargo funesto en que se encuentra, y haz que trabaje incessantemente en salvarse!

JACULATORIA

El tiempo es corto: miéntras lo tenemos, obremos el bien.

LECCION

Sobre la pasion de Cristo Señor nuestro.

El cuarto artículo del Credo se contrae á la pasion y muerte de Cristo: dice así: *Pasión bajo del poder de Poncio Pilato: fue cru-*

cificado, muerto y sepultado. De él nos ocuparemos en esta y las siguientes lecciones, procurando compendiar cuanto nos sea posible un asunto para cuya debida explanation no hay, ni ha habido, ni habrá ingenios y plumas bastantes en lo criado. La pasion del Hombre Dios para reparar al puro hombre, vencer al principio de las tinieblas, y con uno y otro glorificar á Dios, es sin disputa la empresa mas sublime, la obra mas asombrosa, y por consiguiente el asunto mas elevado, que ofreciéndose al ingenio humano, lo hace palpar su insuficiencia, y que apele á las luces del Divino Espiritu, que son las únicas que pueden expresarlo. Los sagrados evangelistas se contentan con referirlo simplemente, dejando á la contemplacion lo que no puede explicarse con palabras. Los padres de la Iglesia y los místicos agotan las expresiones y frases mas valientes de los mas ricos idiomas para exponer sus conceptos; pero el vacío que aun queda hace conocer desde luego su desproporcion: los siglos corren, los volúmenes se aumentan, y el inefable asunto aun queda intacto. ¡Ah! que no es dado al misero mortal correr el velo del divino arcano! Contentémonos, pues, con ir asentando lo que la humilde consideracion alimbrada de la fe ha podido alcanzar; pero para proceder con orden, procuremos ante todas cosas hablar algo acerca de la necesidad, conveniencia y acerbidad de la pasion de Cristo.

La pasion de Cristo puede decirse no necesaria absolutamente; pero sí para la redencion del hombre, conforme á la distincion que de la necesidad insinuamos al tratar de la de la Encarnacion. Si se trata de una necesidad simple y absolutamente tal, que es aquella que se da cuando omitido el medio es imposible conseguir el fin, decimos que la pasion de Cristo no fué necesaria; porque Dios, para quien nada justo y ordenado es imposible, podia de otro modo salvar al hombre. Pero si se trata de una necesidad respectiva, esto es, supuesta la voluntad de Dios de ser satisfecho con ella, y que de otro modo no se salvara el género humano, decimos que la pasion de Cristo fué necesaria, y en el hecho lo fué, porque realmente habia Dios decretado que Cristo padeciera, y que sin su pasion no se salvara el hombre.

Estó supuesto, ocurren varias y sólidas razones que persuaden la grande conveniencia de que Cristo padeciese para librar al linage humano. Estas razones fluyen de este argumento: tanto es algun modo mas conveniente para conseguir un fin cuanto por él concurren muchos medios que convienen al fin. Por la pasion de Cristo, fuera de la

libertad que logramos del demonio y de la culpa, conseguimos muchos otros bienes que nos facilitan la consecucion de nuestro último fin; porque, primeramente, esta muestra inconcebible del amor de Dios nos lo hace conocer mejor y nos excita á amarlo cuanto podamos; y consintiendo en el pleno y perfecto amor de caridad nuestra perfeccion la logramos. En segundo lugar, por la pasion de Cristo se nos dan ejemplos eminentísimos de obediencia, humildad, constancia, justicia y otras virtudes que en ella resplandecan y que son necesarias para nuestra salud espiritual. Por ella, fuera de esto, conocemos la necesidad de conservarnos libres del pecado cuando nos vemos redimidos de él á tanto precio como la sangre de Cristo. Cede además en mayor dignidad del hombre, al ver que la muerte que mereció es superada por el Hombre Dios, es decir, que Cristo hizo gloriosa y feliz la muerte que el hombre mereció ignominiosa y funesta. Luego es preciso confesar que la pasion de Cristo fué convenientísima, especialmente por lo que sufrió en la cruz, pues en ella la ignominia y el dolor llegaron á lo sumo, y por consiguiente fué mas grande y perfecto el ejemplo de su fortaleza.

Acerca de esto no podemos menos que advertir otra conveniencia que nos insinúa la Iglesia misma. Ella dice que Cristo fué crucificado, para que el demonio que en el leño habia vencido, fuese vencido en el leño. En efecto el fruto del árbol vedado trajo la muerte del hombre y lo sujetó á Satanás; pero Cristo, fruto del árbol de la cruz, da la vida al hombre y lo libera de la bestia infernal. Basten estas reflexiones acerca de la necesidad y conveniencia; porque no podemos extendernos mas, y tratemos ya acerca de la acerbidad de la pasion de Cristo.

Para la inteligencia de esto es menester estar en la de que Cristo Señor nuestro tomó todas las disposiciones de alma y cuerpo que pudieran causarle ó aumentarle la pena; porque habiéndose hecho hombre mortal y pasible para padecer y morir por el hombre, era de necesidad que en su alma y en su cuerpo hubiera aquellas disposiciones sin las cuales, ni las cosas morales ni las físicas le habrían inferido pena alguna. Así es que en el alma de Cristo hubo tristeza, temor y otras pasiones, nunca desordenadas ni susceptibles de desorden como las del hombre; pero sí con la accion que á cada una es propia para afectar, aunque ordenadamente al alma y al corazon, y de este modo hacerlos padecer. Así tambien hubo en Cristo dolor sensible, porque su alma tuvo todas las potencias naturales, y su

cuerpo era pasible y mortal; y por tanto podia ser herido y molestado, no padeciendo solo el cuerpo sino aun el alma por la lesion del cuerpo; porque como el alma es forma del cuerpo, es consiguiente que perturbado el cuerpo por alguna pasion corporea, necesariamente se perturba el alma, aunque accidentalmente.

Bajo de este supuesto podemos considerar la grandeza del dolor de Cristo por la disposicion del alma y del cuerpo. Porque, en cuanto al cuerpo, Cristo estaba complexionado de un modo perfectísimo, como que su cuerpo fué formado milagrosamente por virtud del Espíritu Santo, y por lo mismo fué en él vivísimo el sentido del tacto, de cuya percepcion se sigue el dolor. En cuanto al alma, fué tambien éste sumo; porque ella, segun sus fuerzas interiores, sintió eficazmente todas las causas de la tristeza y desconsuelo.

Mas esta tristeza y este dolor, es menester que los contemplemos en toda su pureza, intensidad y extension; quiere decir, que en Cristo se halla sin lenitivo alguno, ni cosa que pudiera enervarlos en lo mas mínimo, y segun todas las causas materiales que los producian y todos los objetos que abrazaban: lo que no sucede en otros pacientes, pues ó se les mitiga por alguna consideracion de cosa que pueda consolarles, ó el entorpecimiento que proviene de los mismos dolores, enerva su agudeza, ó la sensacion ó el acto subsecuente, disipa al que ha pasado; y que finalmente, no pueden padecer todos junta y distintamente á un tiempo. Mas en Cristo no es así; porque como quiera que se entrega voluntariamente á aquella pasion y dolor por librarnos del pecado, toma ó percibe tanta cantidad de dolor, cuanta es proporcionada á la magnitud del fruto que de allí se seguia; y así es que no aparta su mente ni su imaginacion de la consideracion de aquellas cosas que podian causarle tristeza; mas antes las considera todas con atencion; y deja obrar junta y distintamente á cada uno de los tormentos, y obrar y padecer á cada una de las fuerzas lo que les es propio; de tal modo que un acto no impidiera otro. ¡Oh acerbidad de pasion! Pero aun hay mas.

Cristo padece de parte de todo género de hombres; padece en todo bien humano, en todos sus miembros, en todos los sentidos de su cuerpo. Lo atormentan y persiguen gentiles y judios, hombres y mugeres, y lo que es aun mas sensible, sus amigos, sus beneficiados, sus discípulos. Padece en todo bien humano, en la amistad, porque sus amigos lo abandonan; en su fama, por las blasfemias que

contra él se profieren; en su honor y gloria, por las irrisiones y las bafas que le hacen; en sus cosas, por el despojo de sus vestiduras, que era cuanto poseía; en el alma, por la tristeza, el tedio y el temor; en el cuerpo, por las heridas y azotes, por los clavos en las manos y pies, por las espinas en la cabeza, por las salibas y bofetadas en el rostro. Padece según todos los sentidos; según el tacto, herido con los clavos y azotes; según el gusto por la hiel y vinagre; según el olfato, por el lugar fetido de cadáveres en que es crucificado; según el oído, por las blasfemias é irrisiones que escuchó; según la vista por cuanto le rodea; pero especialmente por la de los objetos, que aunque en diverso grado, le son muy caros, su Madre y su discípulo Juan, que al pie de la cruz lloran y con su llanto ameniaban la amargura que padece. Debe por todo decirse, que si se consideran juntas todas las causas del dolor de Cristo, su dolor fué intensivamente mayor que todos los dolores de la vida presente; por que fuera de todas las causas que hemos apuntado, vemos su alma atormentada de un modo incomprendible con la consideración de todos los pecados de los hombres, que como nuestro fiador, tomó sobre sí para satisfacer por nosotros; y su sensibilidad, toda afectada por la aprehension viva de la muerte corporal que realmente va á sufrir y que naturalmente es horrible á la humana naturaleza.

♦♦♦♦♦

DIA CATORCE.

San Valentín, presbítero y mártir.

La excesiva caridad para con los cristianos, y el celo ardiente por la conversión de los infieles, dieron á conocer en Roma en tiempo de Claudio II á nuestro ilustre mártir por el año de 270. La caridad que ejercitaba con los cristianos, su carácter amable y su exterior compuesto y moderado, hacian que todos lo apreciaran, y se rian con agrado su doctrina; y aun se convirtieran á ella.

Los enemigos del cristianismo, considerando que en Valentín tenían un contrario muy poderoso, lo denunciaron al emperador Claudio como el enemigo mas fuerte de los dioses del imperio. Este emperador mandó llamarlo y lo recibió con sumo agrado, manifestán-

do que no podía ménos que respetar su virtud y admirar su talento. Le preguntó por qué no quería ser su amigo y por qué quería profesar una religion proscrita en el imperio. El Santo contestó sin turbarse, que si él llegara á conocer algun dia al Dios á quien él adoraba, se tendria por dichoso y detestaria el falso culto que tributaba á las deidades del paganismo. Dijo despues que los dioses del imperio habian sido unos hombres malvados á quienes se les atribuan las mayores infamias y la mas desenfrenada disolucion.

Al oirse estas palabras, se suscitó un murmullo entre los concurrentes que pedia que se castigara; pero el emperador procuró hablar con él á solas para que lo instruyera en los misterios de la religion, y el Santo le dijo que si queria ser feliz, que su imperio floreciera, que sus enemigos fueran destruidos, y asegurarse de una felicidad eterna, que creyera en Jesucristo y recibiera el bautismo, pues que así como no hay otro Dios que el Dios de los cristianos; así del mismo modo no hay salvacion fuera de la religion cristiana. La gracia comenzaba á producir sus efectos en el alma de Claudio; pero el miedo de perder el trono, le hizo sofocar estos impulsos, y encargó la causa de nuestro Santo al prefecto Calpurneo.

Este no quiso juzgarlo por sí mismo, y lo encargó á Astereo. Como este habia sido testigo de la conferencia con el emperador, creyó hacerle un servicio disuadiendo á Valentín, y para hablar con él con mas libertad, lo llevó á su casa. Al entrar Valentín, rogó á Dios fervorosamente que sacara de las tinieblas del error á los habitantes de aquella morada. Astereo le dijo que si Jesucristo le restituía la vista á una hija á quien amaba tiernamente, que hacia muchos años que estaba ciega, se hacia cristiano con toda su familia. Valentín entónces con una ciega confianza en Dios, le rogó que pues se habia dignado concederle la vista á un ciego de nacimiento, se dignase concedérsela á aquella pobre doncella; y al momento la recobró la tierna niña. Todos se arrojaron á los pies de Valentín y le pidieron con ansia el bautismo. No pudo estar oculto por mucho tiempo este suceso, y aunque el emperador deseaba salvarlo, el pueblo se le oponia, y así mandó á los jueces que lo sentenciaran. Despues de haber estado un dia en la cárcel, lleno de prisiones y sufriendo los mas crueles tratamientos, fué degollado fuera de la ciudad en la Via flaminia, en 14 de Febrero del año de 270.

La Epístola es del capítulo X del libro de la Sabiduría (pág. 116).

El Señor condujo por caminos seguros al justo, &c.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: No tenéis que pensar que yo haya venido á traer la paz á la tierra: no he venido á traer la paz sino la guerra; pues he venido á separar al hijo de su padre, á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra: y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa. Quien ama al padre ó á la madre más que á mí no merece ser mio, y quien ama al hijo ó á la hija más que á mí tampoco merece ser mio; y quien no carga con su cruz y me sigue no es digno de mí. Quien conserva su vida la perderá; y quien perdiere su vida por amor mio, la volverá á hallar. Quien á vosotros recibe, á mí me recibe; y quien á mí me recibe, recibe á aquel que me ha enviado á mí. El que hospeda á un profeta en atención á que es profeta, recibirá premio de profeta; y el que hospeda á un justo en atención que es justo, tendrá galardón de justo; y cualquiera que diere de beber á uno de estos pequeños un vaso de agua fresca solamente por razón de ser discípulo mio, os doy mi palabra que no perderá su recompensa.

MEDITACION.

Sobre los daños que causa la avaricia.

Considera que las riquezas falaces de esta vida sufocan la semilla de Dios. El deseo de tenerlas, la solicitud en buscarlas, la congoja en conservarlas, el temor de perderlas, el dolor de haberlas perdido, son espinas que impiden que la semilla divina nazca, crezca y fructifique en nosotros; porque ¿cómo puede tener fe un avaro si tiene sentimientos contrarios al Evangelio? Jesucristo declara bienaventurados á los pobres, y el avaro los cree miserables. Jesucristo declara miserables á los ricos, y el avaro los juzga felices: si él tuviese por felices á los pobres, ¿cómo no querría ser él también pobre? Si juzgase miserables á los ricos, ¿cómo podría querer las riquezas del mundo? ¡Ah! que la fe combate á la pasión de la avaricia, y la pasión de la avaricia hace guerra contra la fe; de aquí es, que el que quiera conservar la fe en su corazón, debe renunciar la sórdida avaricia.

Considera que si la avaricia ataca el fundamento de la fe, no ménos combate contra la esperanza: el avaro no espera los bienes de la otra vida; porque ¿quién puede esperar lo que desprecia de tal modo que lo postpone á los bienes terrenos? Si estimase las verdaderas riquezas que están en el cielo, ¿no se afanaría por adquirirlas? Es así que no lo hace, al mismo tiempo que vemos que se agita sin cesar en acumular riquezas; luego nos dá á entender que estima en ménos la posesion de todo un Dios, que sus miserables tesoros; y que por consiguiente no espera los bienes eternos. ¡Oh ceguedad, ó desgracia, ó daño irremparable el que causa la avaricia en una alma criada para el Sumo bien que solo puede llenarla! ¡Oh necio, y rápidamente necio, quien se condena por unos bienes que solo tienen de bienes el nombre, y jamas ha de gozar! ¿Qué gana en acumular tantas riquezas, sino envidias, tormentos, aflicciones, por lo que indispensablemente ha de dejar en la puerta de la muerte, no llevando consigo mas que el rescripto fatal de su condenacion por estos bienes?

PETICION Y PROPÓSITOS.

Seámos nosotros cuerdos, y despreciemos esa poca de tierra que el avaro estima en mas que su alma. ¿Qué es el oro, qué son las piedras preciosas sino una vil materia, destinada á servirnos, y no á que la sirvamos, ni mucho ménos á que le sacrifiquemos nuestras almas? Si todo el mundo fuese aun mucho mas precioso de lo que es para estimacion de los hombres, todo el mundo debíamos despreciar; porque nosotros somos unos espíritus sublimes, unas inteligencias capaces de la bienaventuranza y destinadas á la fruicion del Sumo bien. Haz, ó Dios, que yo conozca la dignidad de mi alma, y que obré segun ella.

JACULATORIA.

Señor, ó Señor, mi único tesoro, mi única recompensa.

LECCION.

Continúa la materia sobre la pasión de Cristo.

Si nuestra mente, llevada de una fuerza irresistible á los tiempos de Isaias, quiere observar con él ocho siglos ántes este asombroso evento, este caso estupendo, esta divina catástrofe, él con vision pro-

fética descubre al Redentor de los siglos con las vestiduras cubiertas de sangre y á los ángeles, según interpreta San Gerónimo, que admirados preguntan: *¿Quién es este que viene de Edén con tendidas vestiduras de Bosra? ¿Este hermoso en su ropaje que se avanza en la multitud de su fortaleza? Mas el divino Campeon responde: Yo soy el que en mis palabras profiero la justicia y el defensor que sostengo la lid para salvar á mi pueblo. Pero apartémonos esta vision profética, cuyo glorioso cumplimiento atómito el mundo ha visto en el triunfo de Cristo por la cruz, y que solo hemos presentado para hacer ver á los enemigos declarados y á los cobardes cristianos, que si su Rey padece, no padece por debilidad; pues él es el que camina y se avanza en la multitud de su fortaleza: ni padece por iniquidad ó criminalidad; pues él es el que en sus palabras profiere la justicia; sino porque generalmente se ha constituido defensor que pelea para salvar, esto es, un verdadero libertador de su pueblo.*

Apartemos, pues, una vision que mas nos recuerda las glorias de la pasion que la pasion misma, y pongamos ante los ojos de nuestra consideracion la que ántes habia escrito el mismo profeta al capítulo LIII, y que nos da una idea del asombroso extremo de abatimiento é ignominia á que voluntariamente se redujo el Salvador en su amarguísima pasion. El profeta lo ve como una vara silvestre y como una raíz que sibe de la tierra seca y árida. *No tiene forma, dice; esto es, casi no tiene figura de hombre ni hermosura, y lo vimos, y no se distinguía el rostro.* He aquí un hombre verdaderamente despreciado, y el último de los hombres, un varon de dolores que sabe bien la que se padece; su rostro está como escondido y despreciado . . . Verdaderamente tomó él nuestras enfermedades, esto es, se hizo responsable de nuestros pecados, y tomó sobre sí nuestras dolores; es decir, el padeció la pena que nosotros merecíamos, y en tanto exceso, que nosotros lo hemos tenido ó reputado como un leproso y herido y humillado por Dios.

Tal es el vaticinio de las humillaciones y padecimientos de Cristo Señor nuestro, que en su sacrosanta humildad tuvo pleno y puntual cumplimiento, así como todos los pasos y circunstancias tan detalladamente predichas por sus profetas, que mas parecen una historia de lo acaecido, que un anuncio de lo que habia de suceder muchos siglos despues: disposicion divina, con que se hizo inexcusable la incredulidad del pueblo judío, que tenia, leia y respetaba

estas mismas Escrituras; pero que cegándose voluntariamente por su iniquidad para no entenderlas, las cumplió en la parte que á él se referian, para su reprobacion; no de otro modo que lo que está acaeciendo con los ímpios de nuestros dias, por quienes tambien se cumplen otras predicciones para su perdicion. Pero volvamos á tomar el hilo. Una de las profetas mas claras es la que se contrae á la entrega del Salvador por el traidor Jódas: esta se halla aneclada por David en los Salmos 40, 68 y 108, y por Zacarías en el capítulo XI, y en cuanto á la ignominia que sufre el Salvador, corresponde bien al concepto de Isaias que ántes asentamos. El vil ajuste de la entrega por treinta dineros, y la devolucion de ellos por Jódas, movido de su arrepentimiento infructuoso, se expresa en Zacarías, y lo demas del caso en los Salmos dichos: en ellos se manifiesta el íntimo dolor de Cristo por la traicion de aquel discipulo: *El hombre, dice, con quien llevé tanta paz y armonia, en quien habia puesto mi confianza, que se alimentaba con el pan de mi mesa, éste es puntualmente el que tan gran traicion hace conmigo.* Mas esta la logra aquel traidor, no por ignorancia ó falta de poder en Jesucristo; sino porque su Magestad se ofreció porque quiso, como lo anunció Isaias. Bien se deja ver, lo primero, en las palabras que dirigió al mismo Jódas, cuando diciendo á sus discipulos que uno de ellos lo habia de entregar, le pregunta el traidor, como refiere San Mateo: *¿Acaso soy yo, Maestro? Tú lo has dicho,* le responde el Señor. Déjase tambien ver lo segundo en las palabras que el Señor le dice, y refiere San Juan: *Lo que estás disponiendo hazlo pronto:* palabras con que se manifiesta, que sin su permiso no hubiera conseguido su intento el traidor Jódas.

Lo mismo acaece á los soldados que van á ejecutar la prision en el Hijo; la sola voz soberana de Cristo da con ellos en tierra; y si se levantan y le ligan con saerlegas manos, es porque entre ellas se les pone voluntariamente, llevado de su amor al hombre, por quien no rehusa padecer y morir. Mas no es posible, ni de nuestro instituto describir en estas lecciones circunstanciadamente la pasion del Señor. Contraigámonos por tanto á los tormentos de los azotes y coronacion de espinas.

El primero se declara con términos expresos por los santos evangelistas Mateo, Marcos y Juan, y se insinúa lo bastante por San Lúcas. La crueldad con que fué ejecutado, y el horroroso extrago que causó en el delicadísimo y sensibilísimo cuerpo de Cristo, se

entendiendo bien por las vivas expresiones de los profetas, y por las revelaciones hechas á algunos santos, fuera del respetabilísimo sentir común y universal, que es muy conforme á lo que sabemos acerca del desconcierto é injusticia con que se procedió contra Cristo, no solo por parte de los iníquos jueces, sino aun por los soldados y criados que hicieron de él asunto de burlas é irrisiones, y objeto de su crueldad y saña. Se ignora sin embargo el número de azotes determinado por Pilato, y el que de hecho le hicieron sufrir los verdugos, así como la clase de azote con que hirieron al Señor, esto es, si con varas, cordeles ó correas, porque todo esto puede significar el término de que usan los Evangelistas; solo sí que fue ejecutado, no como se prevenía en la ley, sino estando el Salvador ligado á la columna. Así lo refieren San Gregorio Nacianceno, San Gerónimo, San Paulino, el venerable Beda, y San Gregorio Turonense; y la columna se ve en Roma en el templo de Santa Praxedis. Algunos sienten que el Señor sufrió dos veces el tormento de los azotes, fundados en que por fórmula del juicio romano se ejecutaba con los que iban á ser crucificados; pero los Evangelistas no lo refieren, y no es creíble lo hubiesen omitido si se hubiera así verificado.

En cuanto á la corona de espinas con que atormentaron la sagrada cabeza del Salvador cuando le trataron como rey de burlas, era sentencia común, fundada en varias razones de congruencia, haber sido tejida de zarzas ó abrojos; pero siendo de juncos marinos la que rescató á gran precio de poder de los Bárbaros San Luis, rey de Francia, y que se venera en París como la verdadera corona de Cristo, debe mudarse aquella sentencia y atenernos á lo que el hecho manifiesta.



DIA QUINCE.

Santos Faustino y Jovita, mártires.

Los Santos hermanos Faustino y Jovita, nacieron en Brescia, ciudad de Lombardia, de una familia noble y probablemente cristiana. Desde niños manifestaron su amor y zelo por la religión y el espíritu que los animaba en predicarla, su amor al retiro y á las prácticas de piedad, y su aversión á los placeres mundanos. Esta conducta irreprochable los hacía venerables á los mismos gentiles, y muy

*Santos Faustino y Jovita, Mártires.**S. Casario Obispo.**S. Juliana Virgen y Mártir.**S. Eudule esclavo y Mártir.*

apreciables á los fieles, principalmente á su obispo Apolonio que, por miedo de la persecucion que sufría la Iglesia, se hallaba oculto en un lugar seguro, libre de las asechanzas de sus enemigos.

Este virtuoso prolado, reconociendo tanta virtud y zelo en estos dos hermanos, y sus excelentes disposiciones para ministros del altar, ordenó á Faustino de presbítero y á Jovita de diácono; los cuales redoblando sus esfuerzos, con la gracia del sacramento, en la propagacion del reino de Cristo; se dedicaron con tanto empeño en convertir á los infieles, que en Brescia eran ya muy pocos los que no habian abierto los ojos á la luz del Evangelio, y los efectos de su predicacion no se limitaron únicamente á los habitantes de aquella ciudad, sino se extendieron á otros muchos que de las inmediaciones ocurrían á oír su doctrina, guiados de la fama de su santidad y milagros.

Un personaje de la ciudad llamado segun unos Juliano, ó el conde Julico, como otros creen, dió aviso al emperador Adriano que entonces ocupaba el trono de Roma, de los progresos que el cristianismo hacia en Brescia por medio de nuestros Santos, los mayores enemigos de los dioses del imperio, procurando intimidarlo haciéndole concebir peligros que no existían, y comprometiéndolo á que lo comisionara para formarles causa y castigarlos. Así lo consiguió este hombre cruel y supersticioso, y revestido con todo el poder imperial hizo prender á los dos humildes hermanos, previniéndoles sacrificasen á los ídolos ó se preparasen á sufrir los mas terribles tormentos. Una resuelta negativa y la gloriosa confesion de la fé de Cristo, fué toda la contestacion que los Santos dieron á estas amenazas; mas el juez no pasó á realizarlas, por cuanto el emperador se hallaba próximo á llegar á esta ciudad, y quiso diferir para entonces su martirio.

Llegado Adriano á Brescia ordenó que Faustino y Jovita asisiesen con él al templo del sol, para que allí sacrificasen acompañados de él á los ídolos. Hizo al efecto conducirlos á este lugar; mas luego que los Santos se presentaron se puso negra la estátua de Apolo que era de oro muy bien bruñido. Este hecho sobresaltó al emperador; pero atribuyóelo supersticiosamente á la magia que suponía en los cristianos, y su indignacion llegó al colmo, cuando vió derribarse á sus pies convertida en polvo aquella imagen que él veneraba por su dios. Mandó al momento fuesen arrojados los dos hermanos á las fieras, y una nueva maravilla vino á acabar de confir-

dirlo: aquellos feroces animales en vez de embostirlos y saciar en sus cuerpos su rabiosa hambre, los neciaron y halagaron. En vista de esto ya no quiso el emperador por entónces hacer otra prueba y se resolvió á llevarlos consigo en el viage que emprendió por toda la Italia, para ver si los disundia de su creencia. Estuvieron en Roma, en Milan y en Nápoles, y tanto en estos lugares como en todos los sitios por donde pasaron, convertian á una multitud de infieles, sin que fueran bastantes á contenerlos los repetidos tormentos que les hacian sufrir. Volvieron á su país natal, y fueron degollados por orden del mismo emperador en el año de 121 ó 122 de la era cristiana. La ciudad de Brescia los tiene por patronos, y es la depositaria de sus reliquias.

La Epistola es del capítulo X de la del Apóstol San Pablo á los hebreos.

Hermanos: Traed á la memoria aquellos primeros días, cuando despues de haber sido iluminados, sufristeis un gran combate de persecuciones; por un lado habiendo servido de espectáculo al mundo; y por otro tomando parte en las penas de los que sufrían semejantes iniquidades. Porque os compadecisteis de los que estaban entre cadenas y llevásteis con alegría la rapina de vuestros bienes, considerando que teniais un patrimonio mas excelente y duradero. No queráis, pues, malograr vuestra confianza, la cual recibirá un grande galardón; porque es necesaria la ciencia para que, siendo la voluntad de Dios, obtengáis lo que os está prometido. Pues dentro de un brevísimo tiempo vendrá aquel que ha de venir, y no tardará. Entre tanto, el justo mio vivirá por la fé.

El Evangelio es del capítulo XXIV de San Mateo.

En aquel tiempo: Estando Jesús sentado en el monte del Olivar, se llegaron á él sus discípulos y le preguntaron en secreto: Dños, ¿cómo sucederán esas cosas, y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo? A lo que Jesús les respondió: Mirad que nadie os engañe. Porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y seducirán á mucha gente. Oiréis asimismo noticias de batallas y rumores de guerras: no hay que turbaros por eso; que si bien han de preceder estas cosas, no es este el término. Es verdad que se armará nación contra nación y un reino contra otro reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en varios lugares; empero todo esto no es mas que el principio de los males. En aquel

tiempo seréis entregados para ser puestos en los tormentos, y os darán la muerte, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Con lo que muchos padecerán entónces escándalo y se harán traicion unos á otros, y se odiarán reciprocamente. Y aparecerán un gran número de falsos profetas que pervertirán á mucha gente. Y por la inundacion de los vicios se restinará la caridad de muchos; mas el que perseverará hasta el fin, ese se salvará.

MEDITACION.

Sobre la disposicion para la muerte.

Considera que es de absoluta necesidad disponerse para morir, porque los años pasan, el tiempo corre y la terrible eternidad no dista de nosotros mas que el momento espantoso en que la muerte corte el hilo de nuestros días y nos adjudique á aquel órden invariable, en que la suerte que nos toque ha de hacernos eternamente felices con Dios, ó eternamente desgraciados en el infierno. Acaso el mucho tiempo que hemos vivido, y el ver que aun no morimos, nos hace confiar en que tendremos todavía años enteros de vida, que nos presten la oportunidad de disponernos para morir; mas esta es una ilusion; pues el haber vivido no prueba que ahora háyamos de vivir, y si ahora tenemos un instante de vida, no podemos contar con el siguiente. Muchos se prometian lograr al día presente, y se han quedado en el camino: lo mismo puede sucedernos á nosotros con el día venidero, á cuya luz nos robará tal vez la losa del sepulcro. ¿Qué hacemos, pues, que no nos disponemos para un trance tan inevitable, que sabemos de positivo ha de llegar y no sabemos cuándo? ¿Para un trance de que depende toda una eternidad feliz ó desgraciada, según la disposicion en que nos encontramos, no perdamos tiempo?

Consideremos que esta disposicion para morir es tanto mas necesaria, cuanto en nuestra vida pasada hemos desatendido de todo punto el importante negocio de nuestra salvacion, y dándonos á una serie de desórdenes, que así como han trastornado nuestra razon llenándola de tinieblas, han engendrado en nosotros vicios y costumbres tales, que con la mayor facilidad producen nuevos pecados, de mayor gravedad por la reincidencia, y de mas fatales consecuencias por la impetencia final á que inducen. Si no tratásemos seriamente de tomar nuestras medidas para evitar una muerte desgraciada, y

proporcionarnos aquella que es preciosa en los ojos del Señor, ¿qué será de nosotros? Llegará el día en que se nos avise que la muerte está sobre nosotros y que nos amaga ya con el golpe fatal. ¿Y qué haremos entonces?... La conciencia cargada de pecados, las pasiones sorprendidas en lo mas acalorado de sus empresas, los vicios en la mitad de su carrera, las fuerzas morales y físicas sin acción y casi al extinguirse, las deudas sin pagarse, los perjuicios sin repararse, la fama y el honor sin restituirse, la ocasión sin quitarse, los negocios embrollados, la hacienda intrincada, la mente oscurecida, el corazón angustiado: tal será nuestra situación, y tal ha sido la de mil y mil hombres abandonados que han desechado de sí el pensamiento de la muerte por no contrastarse, y por no dar paso á una disposición que ya no tiene lugar á las puertas de la muerte, y que hecha en tiempo los habría asegurado su salvación eterna.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Confieso, Dios mío, que el comenzar desde ahora mi disposición para morir, es de absoluta necesidad. Vos sabeis el estado de mi conciencia, y registráis hasta el último seno de mi corazón: la una y el otro me están diciendo que no he puesto ni aun la primera base de este edificio, y que si hoy naufragase, ciertamente sería desprevénida mi muerte. Tocado de este convencimiento, y convencido tambien de que no tengo excusa en vuestra presencia, para no disponerme desde luego á morir bien, me resuelvo á trabajar desde este instante, con el auxilio de vuestra divina gracia, en la reforma de mi vida, arreglo de mis negocios y preparacion de mi espíritu. Confortadme en esta resolucion y continuadme vuestra gracia, para que así como comienzo, perfeccione esta obra.

JACULATORIA.

Dije: ahora empiezo: yo veo en mí una mudanza que es obra de vuestra diestra soberana.

LECCION.

Continúa la pasión de Jesús.

Después de haber sido Jesús azotado y coronado de espinas, lo presentó Pilato al pueblo para ver si con eso quedaba satisfecha su rabia. *Salió pues, Jesús,* dice el evangelista San Juan, *con una co-*

rona de espinas, y una vestidura de púrpura, y dijoles Pilato: Ved aquí al hombre. Buscaba Pilato un medio con que poder libertar la vida de Jesucristo, de cuya inocencia estaba muy bien persuadido; pues habiéndole examinado escrupulosamente á su satisfacción, y lo mismo á sus acusadores, habia dicho: "No encuentro causa en este hombre." Le pareció por tanto, que el espectáculo de Jesús azotado, coronado de espinas, cubierto de sangre y hecho todo su cuerpo una viva llaga, debería moverlos á compasion. ¿Quién no esperaría que el pueblo hebreo se contuviera á la presencia de Jesucristo en aquella situación tan lamentable? Pero no fué así: ese mismo pueblo que antes habia admirado las virtudes y obras portentosas del Salvador, grita: *Crucifícalo, crucifícalo.* Escarmentemos con este ejemplo, y temamos que cuando llegue á obsecarnos la culpa, ni las virtudes, ni los beneficios, ni aun la misma presencia de Jesús cubierto de heridas por nuestro amor, nos arrancarán del pecado; antes mientras mas cometamos, mas y mayores queremos cometer todavía.

Pilato exasperado, según se expresa en místico, porque su tentativa habia sido infructuosa, les dijo: *Tomadlo allá vosotros y crucifícalo.* Ya habia Pilato ántes procurado evadirse de juzgar á Jesús, pues cuando se lo presentaron al efecto, les dijo: *Tomadlo allá vosotros y juzgadlo según vuestra ley;* mas los judíos respondieron: *No es lícito á nosotros matar alguno.* Después á la segunda demision que Pilato intentaba hacer de Jesús y de su causa, diciéndoles: *Tomadlo allá vosotros, y crucifícalo,* contestaron: *Nosotros tenemos ley, y según la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.* Varias son las opiniones de los intérpretes acerca de esta primera respuesta de los judíos: *No es lícito matar alguno,* las cuales refiere y explica Santo Tomás con su acostumbrada solidez. Inmediatamente se opone á ese aserto de los judíos lo que estaba mandado en el Exodo: *No permitirás que vivan los hechiceros.* Jesucristo era calumnjado por tal entre aquellos, como se ve en varios pasajes del Evangelio en que atribuan á Jesús la virtud de hacer milagros por la potestad del demonio: luego no podian decir que no les era lícito matar á alguno. San Agustín dice que lo que quisieron dar á entender, fué, que no les era permitido juzgar en día festivo, aunque sí en otro cualquiera. San Juan Crisóstomo es de sentir de que como los judíos acusaban á Jesucristo de un delito civil cometido contra la república, y consistia según ellos, en que trataba de hacerse rey, y

por lo mismo decían: *Todo aquel que se hace rey contradice al César*, no podían imponer pena por semejantes delitos; pues se hallaban sujetos á los romanos que los gobernaban en lo civil; aunque les permitían el uso de su religion.

Esta opinion tiene al parecer en su contra dos objeciones: la primera es, que los judíos no solo acusaban á Jesus de delito civil, sino religioso, porque lo tenían como se ha dicho por hechicero, y ademas dijeron á Pilato, cuando éste les manifestó que no encontraba causa en Jesucristo: *Nosotros tenemos ley, y segun la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios*. Parece, pues, que este era el principal crimen que trataban de acumular á Jesus; porque segun leemos en el Evangelio, cuando Caifás le dijo: *Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas, si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios*, respondió: *Tú lo has dicho, y aun os digo que seréis desde aquí á poco al Hijo del hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo*; entonces, continúa el sagrado texto, *el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras, y dijo: Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Ha aquí ahora acabáis de oír la blasfemia: ¿qué os parece?* Y ellos respondiendo, dijeron: *Reo es de muerte*. La segunda objecion consiste en que los judíos apedrearon á San Esteban sin hacer escrupulo de que no podían matar á alguno. A esto contesta el mismo San Juan Crisóstomo que los romanos dejaron á los judíos la libertad de imponer las penas establecidas por su ley. Mas entonces adquiere mayor fuerza la primera objecion.

Para conciliar estas, dicen los intérpretes, que los judíos podían imponer las penas referidas, es decir, las que establecia su ley, como la de apedrear á algun delincuente; mas de ningún modo las otras, y mucho menos las que estaban en cierto modo reprobadas por la ley misma, como era la de crucificar: pues en el Deuteronomio se lee: *Maldito todo el que está pendiente del leño*. Ahora bien: como los judíos querían que Jesucristo muriese; mas no se contentaban con que muriese, sino que su odio se extendia á que fuera con una muerte infame, cual era la de ser crucificado; no pudiendo ellos imponer esta pena, sin embargo de que les era permitido imponer otras aun de muerte, por lo mismo tuvieron que ocurrir á los romanos para suplicar con su autoridad la que les faltaba. De este modo se cumplió lo que Jesucristo habia anunciado ántes de su pasion cuando dijo: *Veid que subimos á Jerusalem, y el Hijo del Hombre será*

entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas, y le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles para que lo escarnezcan, y azoten, y crucifiquen.

Entendido ya el texto sagrado, continuemos la narracion. De dos delitos principales acusaban los judíos á Jesus ante Pilato: de que queria hacerse rey ó Hijo de Dios; con el primero procuraban amedrentarlo y obligarlo á que lo condenara: con el segundo le demostraban la pena que debia imponerle, que era de muerte; y aunque la impuesta por la ley de los judíos era la de ser apedreado, ellos pedían que lo mandara crucificar. De suerte que viendo Pilato los dos delitos, y teniendo uno de ellos pena de muerte, facil era agregarle la cualidad de que fuese muerte de cruz. Sin embargo, insistían mas en el crimen político, porque conocían que era el que mas habia de mover al juez. Este habia notado en Jesucristo una gravedad, moderacion, prudencia y sabiduría en sus respuestas nada comunes. Ademas, como gentil no le era dificil creer que un hombre tuviera algo de divino, pues los idólatras adoraban varios semidioses. Habia tambien conocido que los judíos perseguían á Jesus solamente por odio y envidia: por lo mismo era de temer que el delito de hacerse Hijo de Dios, no hiciera mucha impresion en Pilato, y tal vez lo absolviese. No estaba ménos agitado el corazon de este juez con ideas análogas á estas: de aquí fué que, no habiéndole salido bien las medidas que habia tomado, se encontraba al fin en el caso de absolverlo ó de condenarlo. Volvió á entrar al pretorio ó audiencia, pensativo, y preguntó á Jesus: *¿De donde eres tú?* No deseaba saber cual era su origen como hombre, pues ya estaba bien informado de que era galileo; lo que queria entender era su origen divino, como si le dijera á su modo de entender: *¿A qué deidad perteneces? ¿Qué concepto debo formar de tu divinidad? ¿Quiénes son tus padres celestiales? ¿Has venido del cielo ó de la tierra?* Estas eran las dudas de Pilato, á las que Jesus nada contestó, porque no era necesario; pues si Pilato estaba persuadido de su inocencia, si conocía que el odio y la envidia de los judíos eran el motivo de que estos lo persiguieran, ¿para qué necesitaba mas indagaciones?

Viendo Pilato que nada respondía Jesus, le dijo: *¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y tengo poder para soltarte? A lo que Jesus respondió: No tendrías poder alguno sobre mí, si no te hubiera sido dado de arriba*. Palabras sublimes que no deben borrarse de los corazones de los jueces. Eso

poder de que se jactaba Pilato, tal como él lo entendía, era un poder despótico y tirano; porque el juez no lo tiene para absolver ó condenar á su arbitrio á los acusados. Si estos aparecen reos, no tiene facultad para absolverlos, y si aparecen inocentes, tampoco la tiene para condenarlos. Alguna vez pueden tener los supremos magistrados fundamentos de utilidad comun para dejar impune á un criminal; pero nunca pueden tenerla para condenar á un inocente.

Repetimos que Jesucristo respondió á Pilato: *No tendrías poder sobre mí si no te hubiera sido dado de arriba*, para que reflexionemos que siendo los hombres iguales segun la naturaleza, la potestad que tienen unos sobre otros les viene de arriba, ya sea mediata, ya inmediatamente, segun sostienen los defensores de ambas opiniones; pero lo cierto es que Dios por medio de su ley, es el que induce la obligacion de obedecer á los superiores. Finalmente, contrada esta respuesta á lo particular de la pasion del Señor, declaraba á Pilato, y nos declara á nosotros, que en tanto pudieron los hombres perseguir al Hijo de Dios, juzgarlo, condenarlo á muerte y dársela, en cuanto estaba decretado por Dios que así sucedería; mas en cuanto á la intervencion de los hombres, no por una disposicion de beneplácito divino que autorizara á los hombres para hacerlo; sino solamente por permission, no impidiendo que obraran las causas segundas ó inmediatas. Sin que por esto dejara de ser verdadero decreto; pero decreto en que entraba la permission, para el efecto físico é inmediato de la causa humana ó obra del hombre.

♦♦♦♦♦

DIA DIEZ Y SEIS.

San Onésimo y Santa Juliana, virgen y mártir. (*)

San Onésimo era frigio y esclavo de Filemon, sugeto rico y de calidad, de la ciudad de Colosas en Frigia, el cual habia sido convertido por San Pablo. Los progresos que habia hecho en la virtud eran tan grandes, que su casa era como una iglesia, por las buenas obras que allí se practicaban. No obstante, Onésimo, lejos de aprovecharse de los buenos ejemplos de ella, progresaba en los vicios, hasta que despues de haber dado muchos disgustos á su señor, lo

(*) La vida de Santa Juliana irá por suplemento.

robó y se huyó. Habiendo gastado lo que habia adquirido por este medio fraudulento, se dirigió á Roma para buscar nueva fortuna, la que en efecto consiguió felicísima. El apóstol San Pablo habia sido conducido á Roma por haber apelado al César, y estaba como prisionero; pero acompañado del soldado que lo custodiaba, tenia la libertad de andar por la ciudad. Onésimo lo encontró inopinadamente, y no pudo ocultarle lo que le habia pasado. El Apóstol que se hacia todo para todos con el fin de conquistar todo el mundo para Jesucristo, lo recibió con una calidez y ternura verdaderamente paternales; lo instruyó en la doctrina del Evangelio, lo convirtió á la fe y lo bautizó, haciéndolo de este modo, de esclavo, ladrón y fugitivo, siervo fiel de Jesucristo. San Pablo pensó despues tenerle consigo, mas no se determinó á ello sin el consentimiento de Filemon; resolvió, pues, enviarlo á Onésimo con una carta en que le pide que conceda á su esclavo el perdón del robo y de la huida.

Filemon recibió á Onésimo con toda la bondad que podia esperarse de un verdadero cristiano; y no contento con perdonarle la falta, le dió libertad y lo envió á Roma para que acompañase á San Pablo. Este se sirvió de él como de un hombre fidelísimo; y el ardoroso zelo con que trabajó en la propagacion del Evangelio, manifiesta que no solo fué su conversion sincera, sino que progresando en las virtudes y trabajando en utilidad de la Iglesia, procuró borrar las feas manchas de su pasada vida. Poco tiempo despues envió el Apóstol á nuestro Santo con Tiquico á que llevase una carta que habia escrito á los fieles de Colosas. Esto es lo unico que nos dice la Escritura Santa de la vida de San Onésimo; pero las constituciones apostólicas, que aunque no muy autorizadas no dejan de ser de respetable antigüedad y de contener cosas dignas de crédito, nos dicen que San Pablo lo hizo obispo de Berea en Macedonia; y segun estas y lo que hemos encontrado en autores recomendables, creemos que Dios coronó su vida por la gloria del martirio, que los modernos griegos dicen haber sucedido bajo el imperio de Domiciano, hácia el año 95.

La Epistola es del capítulo I de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios (pág. 96).

Hermanos: Bendito sea Dios, &c.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo (pág. 97).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno &c.

poder de que se jactaba Pilato, tal como él lo entendía, era un poder despótico y tirano; porque el juez no lo tiene para absolver ó condenar á su arbitrio á los acusados. Si estos aparecen reos, no tiene facultad para absolverlos, y si aparecen inocentes, tampoco la tiene para condenarlos. Alguna vez pueden tener los supremos magistrados fundamentos de utilidad comun para dejar impune á un criminal; pero nunca pueden tenerla para condenar á un inocente.

Repetimos que Jesucristo respondió á Pilato: *No tendrías poder sobre mí si no te hubiera sido dado de arriba*, para que reflexionemos que siendo los hombres iguales según la naturaleza, la potestad que tienen unos sobre otros les viene de arriba, ya sea mediata, ya inmediatamente, según sostienen los defensores de ambas opiniones; pero lo cierto es que Dios por medio de su ley, es el que induce la obligación de obedecer á los superiores. Finalmente, contrada esta respuesta á lo particular de la pasión del Señor, declaraba á Pilato, y nos declara á nosotros, que en tanto pudieron los hombres perseguir al Hijo de Dios, juzgarlo, condenarlo á muerte y dársela, en cuanto estaba decretado por Dios que así sucedería; mas en cuanto á la intervención de los hombres, no por una disposición de beneplácito divino que autorizara á los hombres para hacerlo; sino solamente por permiso, no impidiendo que obraran las causas segundas ó inmediatas. Sin que por esto dejara de ser verdadero decreto; pero decreto en que entraba la permisión, para el efecto físico é inmediato de la causa humana ó obra del hombre.

♦♦♦♦♦

DIA DIEZ Y SEIS.

San Onésimo y Santa Juliana, virgen y mártir. (*)

San Onésimo era frigio y esclavo de Filemon, sugeto rico y de calidad, de la ciudad de Colosas en Frigia, el cual habia sido convertido por San Pablo. Los progresos que habia hecho en la virtud eran tan grandes, que su casa era como una iglesia, por las buenas obras que allí se practicaban. No obstante, Onésimo, lejos de aprovecharse de los buenos ejemplos de ella, progresaba en los vicios, hasta que despues de haber dado muchos disgustos á su señor, lo

(*) La vida de Santa Juliana irá por suplemento.

robó y se huyó. Habiendo gastado lo que habia adquirido por este medio fraudulento, se dirigió á Roma para buscar nueva fortuna, la que en efecto consiguió felicísima. El apóstol San Pablo habia sido conducido á Roma por haber apelado al César, y estaba como prisionero; pero acompañado del soldado que lo custodiaba, tenia la libertad de andar por la ciudad. Onésimo lo encontró inopinadamente, y no pudo ocultarle lo que le habia pasado. El Apóstol que se hacia todo para todos con el fin de conquistar todo el mundo para Jesucristo, lo recibió con una calidez y ternura verdaderamente paternales; lo instruyó en la doctrina del Evangelio, lo convirtió á la fe y lo bautizó, haciéndolo de este modo, de esclavo, ladrón y fugitivo, siervo fiel de Jesucristo. San Pablo pensó despues tenerle consigo, mas no se determinó á ello sin el consentimiento de Filemon; resolvió, pues, enviarlo á Onésimo con una carta en que le pide que conceda á su esclavo el perdón del robo y de la huida.

Filemon recibió á Onésimo con toda la bondad que podia esperarse de un verdadero cristiano; y no contento con perdonarle la falta, le dió libertad y lo envió á Roma para que acompañase á San Pablo. Este se sirvió de él como de un hombre fidelísimo; y el ardoroso zelo con que trabajó en la propagación del Evangelio, manifiesta que no solo fué su conversión sincera, sino que progresando en las virtudes y trabajando en utilidad de la Iglesia, procuró borrar las feas manchas de su pasada vida. Poco tiempo despues envió el Apóstol á nuestro Santo con Tíquico á que llevase una carta que habia escrito á los fieles de Colosas. Esto es lo unico que nos dice la Escritura Santa de la vida de San Onésimo; pero las constituciones apostólicas, que aunque no muy autorizadas no dejan de ser de respetable antigüedad y de contener cosas dignas de crédito, nos dicen que San Pablo lo hizo obispo de Berea en Macedonia; y según estas y lo que hemos encontrado en autores recomendables, creemos que Dios coronó su vida por la gloria del martirio, que los modernos griegos dicen haber sucedido bajo el imperio de Domiciano, hácia el año 95.

La Epistola es del capítulo I de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios (pág. 96).

Hermanos: Bendito sea Dios, &c.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo (pág. 97).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno &c.

MEDITACION.

Sobre los efectos del amor que Dios tiene á los pecadores.

Considera que no contento Dios con dar al pecador tiempo de penitencia, lo busca positivamente para obrar su perfecta conversion, atrayéndole á su gracia y á su amor. ¡Cosa asombrosa! Un enemigo si busca á su enemigo para agradarle, no es sino porque no puede vengarse ó porque espera de él algún bien, ó teme algún mal; pero Dios no tiene que temer ni que esperar de un pecador, y puede reducirlo á la nada ó precipitarlo en el infierno. Pues ¿por qué te busca, hombre pérfido y malvado! Porque te ama y quiere salvarte. ¡Oh, y cuánto tiempo ha que Dios ofendido y enojado por tus pecados, haciendo á un lado su ofensa, te busca y te pide la paz! ¡Oh, y cuántas veces te ha perdonado! Y aun hoy está dispuesto á perdonarte: oye si no lo que te dice por boca de Jeremías: “Si un marido repudiare á su muger, y separándose ella de él, tomare otro marido, ¿caso la recibirá cuando vuelva á su casa? Y tú, alma infiel, que te has prostituido á tantos amadores; no obstante esto, vuélvete á mí y yo te recibiré.” Así habla el Señor, y así obra también, pues siendo así que lo hemos ofendido tanto y por tan repetidas veces, nos ha vuelto á perdonar siempre que nos hemos arrepentido de veras; siendo tanta la estimacion que hace de la misericordia, que nos manda á nosotros, hombres, bajo pena de condenacion eterna, que perdonemos á nuestros enemigos todas las veces que nos ofendan.

Considera que Dios no solo busca al pecador y le perdona siempre que se le humilla; sino que es el primero en pedirle la paz. Cuando se trata de reconciliarse con un enemigo (qué dificultades no se ofrecen para quien ha de dar los primeros pasos! Y siempre se cree con derecho de esperar la satisfaccion el que ha recibido la ofensa. ¡Qué agravios no hemos hecho nosotros á Dios! Ciertamente hemos sido los agresores, y toda la culpa es nuestra; sin embargo, Dios es el que nos busca y se adelanta á solicitar nuestra amistad por medio de las gracias con que nos ilumina el entendimiento y nos mueve el corazon. Dios le pide el primero la paz al pecador, y se la pide en tono de súplica, como si fuera el ofensor y temiese algún mal de su enojo. “Nosotros, dice San Pablo, somos embajadores en nombre de Cristo, como que Dios os amonesta por nosotros. Os roga-

mos por Cristo que os reconcilia con Dios.” Mas este Dios es tan benigno, que no se contenta con rogarnos por sus embajadores, sino que él mismo en persona, en pie, con la cabeza descubierta, como se representa en los Cantares, llama continuamente á la puerta de nuestro corazon, y nos pide lleno de mansedumbre y humildad, que le dejemos entrar. ¡Oh Dios! Y ¿quién soy yo para que así os habeis hasta pedirme por gracia lo que os debo de justicia! ¡Oh, y cuánta es vuestra bondad! y cuánta al mismo tiempo mi maldad, pues que tomo ocasion de ser vos tan sumamente bueno, para ser yo cada dia mas malo y mas ingrato!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Y bien, alma mía, ¿harás siempre la guerra á tu Dios? ¿No le abrirás nunca la puerta de tu corazon? Mucho tiempo ha que está llamando: ¿cuándo le dejarás entrar? ¿Qué, no quieres rendirte? ¡Ah! ¿Qué ganarás en luchar contra tu Dios? Mira que es mas poderoso que tú, y que tarde ó temprano caerás en sus manos: entrégate hoy en la de su misericordia; no sea que despues vengas á caer en la de su justicia. Ea, vamos á postrarnos á sus pies; pidámonle gracia y misericordia, y conságuemonos á su santo servicio con una fidelidad inviolable.

JACULATORIA.

¡Halle al que ama mi alma: le tengo y no le dejaré.

LECCION.

Continúa la anterior sobre la pasion de Jesucristo.

Las cosas se trataban, por explicarnos así, en las disposiciones del Altísimo por la pasion de su Hijo; y la una manifiesta á la otra, hasta cierto punto oculta. Aquella consistia en la absolucion ó condenacion de un hombre inocente, á quien los escribas y sacerdotes por envidia censaban de que queria hacerse rey de Israel, é Hijo de Dios; la segunda es la reprobacion del pueblo hebreo. Ambas cosas debian quedar aquí plenamente justificadas, para lo cual usó Dios del mismo instrumento de que se habian valido los judíos para obrar contra Jesus. En efecto, aquel mismo presidente á quien centriaron los judíos para que le sentenciara á muerte; lo hizo, es verdad, pero dando manifiestas pruebas de la inocencia de Jesus y de la in-

justicia con que lo condenaban; pues hemos visto que no una sino cuantas veces se le proporcionaron procuró evadirse de juzgar á Jesus: confesó públicamente que no encontraba causa en él; y aun se valió de arbitrios injustos para suavizar el encono de los Judíos, como fué el mandarlo azotar, con lo que vino á quedar demostrada la inocencia del Salvador y la injusticia de su condenacion á muerte. La reprobacion de los Judíos quedó igualmente verificada por la protesta voluntaria que hicieron de que no tenían otro rey que el César; porque esta protesta dimanaba de que no querian reconocer á Jesus por el Mesías prometido; á pesar de la santidad de su vida, de lo sublime de su doctrina, de sus obras maravillosas que no podian ser ejecutadas sino por un poder divino; y en fin, por el cumplimiento de las profecías en la persona de Jesus. No solamente desoñaron los Judíos como á su Mesías y Rey á Jesucristo, y se sujetaron por su voluntad á un rey de la tierra, renunciando los inestimables derechos de ser pueblo de Dios, sino que despues se fulminaron ellos mismos contra sí propios el anatema cuando clamaron: *Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* De este modo se verificó aquella profecía de Daniel: *Y despues de setenta y dos semanas será muerta el Cristo, y no será ya pueblo suyo el que lo negará. Y un pueblo con un capitullo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario.* Aquí puede decirse que comenzó la reprobacion del pueblo hebreo, por haber negado á Cristo, y se completó cuando se fulminaron el anatema de que su sangre cayera sobre ellos y sobre sus hijos, comenzándose á sentir los efectos de esta terrible reprobacion cuando Tito destruyó á Jerusalem.

Mas Jesucristo, siempre piadoso, y procurando hacernos conocer nuestros errores, aun permitió un arbitrio extraordinario, ya que los ordinarios no habian bastado para vencer la tinidez del juez cobarde, y fué que la muger de este tuviera en esa misma noche una vision; por lo que cuando Pilato estaba indeciso sobre si condenaba ó absolvía á Jesus, recibió un recado de esta, como nos lo asegura el evángelista (San Mateo, diciendo: *Y estando el sentadoren su tribunal, le envió á decir su muger: Nada tengas tú con aquel justo, porque muchas cosas he padecido hoy en vision por causa de él.* Jesucristo quiso por medio de estas visiones advertir á Pilato la injusticia que iba á cometer. ¿Por qué no las mandó directamente á él, y no á su muger? Responden los intérpretes: Porque Pilato, que estaba poseído de miedo y no queria que los Judíos

hacran á calumniarlo de que favorecía á un enemigo del César, no hubiera hecho aprecio de ellas: y aunque lo hubiera hecho, no lo habria publicado, porque entónces hubiera temido igualmente que los Judíos dijeran que eran pretestos de que se valia para no condenar á Jesus, y por esta causa no se hubiera hecho público ese arbitrio extraordinario de que Dios se habia servido para mover el corazón de Pilato; de suerte que no se pudiera poner la menor duda en que si condenaba á Jesus era por su temor injusto, y por no perder la amistad del César, aunque para conservarla fuese necesario cometer una injusticia, como la de condenar á un inocente, al que sabia muy bien que sus enemigos acusaban y perseguian unicamente por odio y envidia. Fijemos atentamente la consideracion en lo que sucedió á Pilato, para que no imitemos su conducta en perjuicio de nuestras almas. Debemos ser muy zelosos en resistir las tentaciones. Infelices de nosotros si no habiendo tenido valor para oponernos rectamente á la tentacion cuando comienza, la dejamos avanzar; pues ménos lo tendremos para vencerla, hallándose ya muy avanzada y casi triunfante. Entónces nos alucinarémos con la ridícula disculpa de que pecamos por puro compromiso, y no por nuestra voluntad; pero esta vana excusa no nos librará del pecado y su reato.

Esto fué puntualmente lo que hizo Pilato: *Porque viendo, dice S. Mateo, que nada conseguía, sino que ántes se levantaba tumulto, tomando agua lavó sus manos ante el pueblo diciendo: "Yo estoy inocente de la sangre del justo: vosotros la sois."* Frase que equivale á la que comunmente usamos cuando queremos echar la culpa de un hecho á otra persona, y le decimos: Yo por mí nada tengo que ver con esto; allá os lo haya á vosotros. Ridícula fué á la verdad esa disculpa de Pilato, como lo son muchas de las que nosotros alegamos para cometer nuestros crímenes; por lo mismo leemos en la Escritura esta admirable peticion: *No deslindes mi corazón á palabras de malicia para buscar excusas á los pecados.* Habiendo hecho Pilato aquella protesta respondió el pueblo lo que ya asentamos ántes, á saber: *La sangre de él caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.*

Entónces Pilato, aun persuadido de la inocencia de Jesus; pero como halagada su conciencia por la respuesta del pueblo, como si los Judíos le hubieran dicho: Esto que tú haces injustamente, no lo pagarás tú, sino nosotros, que nos sujetamos á la pena: lo condenó en fin á muerte. En los pecados no puede ponerse sustituto para

que pague las culpas de otro: cada uno ha de pagar las suyas, así como Pilato y los judíos han pagado las que cometieron, aquel la de haber condenado por respetos humanos á un inocente, y estos la de haber influido en esa injusticia, y tanto, que ellos fueron los que lo promovieron y causaron. *Entonces, dice el Sagrado Texto, se lo entregó al pueblo para que lo crucificase.* Habiéndose esparcido por la ciudad la sentencia que al fin había dictado Pilato contra Jesús, todo el pueblo se puso en movimiento. El vulgo, siempre novelero, pasaba de un extremo á otro. Jesús había llamado mucha la atención del pueblo con sus milagros; y como los personajes que se hacen mas visibles en lo público son los que mueven mas la curiosidad cuando se ven en situación semejante á la de Jesús, todo el pueblo quería verlo y ser testigo de sus padecimientos. Los discípulos y afectos al Salvador, se hallan en la mayor consternación y amargura, al mismo tiempo que sus enemigos y todos aquellos que habían alucinado se encontraban muy alegres; alegría que fué uno de los mayores martirios que padeció Jesús, pues se quejaba de ella por loca del Profeta rey: *Y se alegraron, y contra mí se juntaron... No se gocen sobre mí los que me son contrarios injustamente; los que me aborrecen sin causa y se hacen del ojo.* Y en otra parte: *Mirame y ayeme, Señor Dios mío. Humilla mis ojos, para que yo nunca duerma en la muerte; no sea que alguna vez diga mi enemigo: He prevalecido contra él. Las que me atribulan se regocijarán si yo fuere comido.*

Ya por fin está Jesús sentenciado á muerte: ya están cumplidas las profecías de que hablamos ántes: *El Hijo del Hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes... y lo entregarán las gentes para ser burlado, azotado y crucificado.* Al fin los enemigos de Jesús consiguen lo que intentan, y procuran llenar la ciudad de voces de aplauso y de triunfo. Entonces fué cuando se verificó aquello que había dicho el profeta Jeremías: *Silbaron y rechinaron los dientes, y dijeron: Devorémosle, esto es el día que esperábamos.* Si en efecto, esto es el día de la potestad de las tinieblas. Ved los preparativos para la ejecución de la sentencia fulminada contra Jesús por un juez inicuo; reservemos para mañana seguirlo en su dolorosa marcha hasta la cumbre del Calvario.

DÍA DIEZ Y SIETE.

San Teóduo y sus compañeros, y San Rómulo,
mártires (*).

En el año 309 de Jesucristo, durante la persecucion del emperador Galerio Maximiano, cinco cristianos llegados de Egipto á Cesarea de Capadocia, que se daban el nombre de hermanos, sin duda por su bautismo y adopcion espiritual, fueron detenidos por los guardas á su entrada en la ciudad por haber declarado venir de Cilicia de visitar en las minas á los fieles condenados á trabajarlas, y que el objeto de su venida era satisfacer el mismo deber con los que allí se hallaban aprisionados por la propia sagrada causa de la religion cristiana. En el acto fueron encadenados como criminales sorprendidos en el delito, y se les condujo al tribunal del gobernador Firmiliano, quien oida su confesion, los remitió á la cárcel.

Al dia siguiente comparecieron ante el mismo juez en union del célebre S. Pánfilo, sacerdote de Cesarea, que se venera en primero de Junio, y de algunos otros confesores que hacia dos años estaban presos; y antes de interrogar á los recién venidos, se les mandó dar tormento. Despues de haberlo sufrido con la mayor constancia, preguntóles Firmiliano sus nombres y patria: contestó por todos el llamado Elias, manifestando el suyo y los de sus compañeros Jeremias, Isaias, Sammel y Daniel, agregando eran de la ciudad de Jerusalem, entendiendo por este nombre la patria de los fieles, llamada por S. Pablo Jerusalem celestial y ciudad del Dios vivo. El gobernador, que no conocia ninguna ciudad nombrada así, pues la antigua ya no existia, dudó de la sinceridad de los declarantes y mandó volverlos á la tortura. Puestos á ella los cinco cristianos y obligando á Elias á determinar el lugar de su patria, prosiguió el fúestre mártir en hacer la descripcion del cielo con tan hermosa pintura de sus bellezas, bienes y felicidades, que entendiendo el tirano ser alguna fortaleza desde donde los cristianos pretendian trastornar el imperio romano, redobló sus esfuerzos á fin de descubrir este lugar que tanto le formidaba; mas viendo la constancia y alegría de aquellos héroes entre tales tormentos, y que nada adelantaba en sus pesquisas por no al-

*S. Rómulo Mártir.**S. Nicom. Obispo.**S. Ciriaco Presbítero.**S. Eleuterio Obispo.*

[*] La vida de San Rómulo irá por suplemento.

canzar el misterio, dispuso fuesen todos decapitados, lo que se ejecutó al momento.

En seguida fué condenado tambien el sacerdote Pánfilo, que habia ya sufrido otros combates, y hallándose entre los concurrentes un criado suyo muy jóven, á quien el Santo hubiera educado en la virtud y letras, luego que oyó la sentencia, exclamó, que á lo ménos no se negase á sus cuerpos el honor de la sepultura. Ofendido Firmiliano de esta petición, mandó que lo prendiesen; mas confesando el ser cristiano en la declaracion que inmediatamente se le tomó, fué aplicado al tormento sin respeto á su edad. Ordenóle en seguida sacrificase á los dioses, y como rehusase hacerlo, hizo despedazar sus costados con tanta inhumanidad, que llegaron á descubrirse los huesos, permaneciendo el valeroso jóven entre tantos padecimientos, tranquilo y sin derramar una lágrima, ni exhalar un suspiro. Continúo este cruel martirio por algun tiempo, hasta que irritado el júnz de tan heroica constancia, lo mandó arrojar en una hoguera, de donde voló á la bienaventuranza.

Uno de los fieles, testigos de esta victoria, corrió á la cárcel, á la que habia sido devuelto San Pánfilo, á noticiárselo, elogiando la constancia del jóven atleta cuanto era debido; y esta accion, le mereció acompañarlo en la gloria, pues sabedor el tirano de las alabanzas hechas á su víctima, mandó sin otra forma de juicio se le cortase la cabeza, como se verificó al momento.

El valor de tantos héroes de la religion, encendió el ánimo de nuestro Teódulo, anciano venerable por su numerosa posteridad, que lo reconocia por padre, abuelo y bisabuelo, por la exactitud en el fiel desempeño de sus deberes, y la confianza y estimacion que le merecia á su amo, que era el mismo gobernador Firmiliano. Corrió, pues, á la prision como San Saletico, abrazó á los confesores, animólos á sufrir con la misma constancia que sus compañeros, y se congratuló con ellos por el triunfo que con su muerte habia conseguido el cristianismo. Enfurecido el juez al saber tal confesion en un dependiente suyo; olvidado de los servicios que le habia prestado su honradez y fidelidad, y del aprecio que profesaba á un criado tan recomendable, hizo lo conducir á su presencia, é injuriándole con las expresiones mas duras, lo sentenció á ser crucificado, suplicio que llenó de placer á Teódulo, por morir como su Redentor, y que sufrió con extraordinario valor, hasta entregar su espíritu bienaventurado en las manos de Jesucristo.

A continuacion fué arrojado en una hoguera San Julian, por haber ido á abrazar los cuerpos ya difuntos de nuestros mártires, encomiéndolos voz en cuello, sin temor de los paganos que los custodiaban, ni hacer caso alguno de sus insultos y violencias.

Los cuerpos de todos estos Santos quedaron por órden del gobernador, expuestos por cuatro dias y otras tantas noches, para que fuesen devorados por los animales; pero mirando no se acercase á ellos uno solo, permitió á los cristianos les diesen honorífica sepultura.

La Epistola es del capítulo I de la del Apóstol Santiago.

Carísimo: Tened por objeto de sumo gozo el caer en varias tribulaciones, sabiendo que la prueba de vuestra fé ejercita la paciencia, y que la paciencia perfecciona la obra, para que así vengais á ser perfectos y cabales, sin faltar en cosa alguna. Mas si alguno de vosotros tiene falta de sabiduria, pidasela á Dios, que á todos dá copiosamente, y no zahiere á nadie, y le será concedida. Pero pidala con fé, sin sombra de duda, pues quien anda dudando, es semejante á la ola del mar alborotado y agitada del viento acá y allá. Así que un hombre semejante no tiene que pensar ha de recibir poco ni mucho del Señor. El hombre de ánimo doble es inconstante en todos sus caminos. El hermano, pues, que sea de baja condicion, ponga su gloria en su exaltacion, mientras el rico la debe poner en su abatimiento, porque se ha de pasar como la flor del heno. Pues así como en saliendo el sol ardiente se va secando la yerba, cae su flor y se acaba toda su vistosa hermosura; así tambien el rico se marchitará en sus andanzas. Bienaventurado, pues, aquel que sufre con paciencia la tentacion, porque despues que fuere así probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman.

El Evangelio es del capítulo XII de San Juan (pág. 226).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: En verdad en verdad que si el grano de trigo &c.

MEDITACION.

Sobre la utilidad y necesidad de las tentaciones.

Considera que por una disposicion admirable de la Sabiduria de Dios, las cosas se perfeccionan y fortifican por sus contrarios; el mal

purifica el hier; la tempestad fortifica los árboles; la nieve fecunda la tierra; la agitación del mar impide que su agua se corrompa; el fuego refina el oro; el combate aumenta el valor y la destreza del soldado; á este modo pues, la tentación aumenta y fortalece á la virtud que ataca, y aumenta la caridad. Cada cosa tiene su contrario, y todo subsiste por la oposición; de manera que la guerra que tienen entre sí los elementos conserva al mundo; si pues no eres tentado no te salvarás; si huyes de pelear, no serás coronado; mas no basta que tengas en tu contra á la tentación, y que esta te envista: es necesario que tú resistas, que combates contra ella para que se aumente tu vigor, se aguilete tu virtud y crezca tu mérito: de otro modo no te serviría tu contrario para este efecto saludable que cede tanto en tu bien, sino que obraría él de una fuerza superior empleada en tu destrucción; arruinaría tu virtud, te corrompería y te arrojaría al infierno.

Considera que no debe asustarte la potencia de tus enemigos, la sagacidad y la fuerza de su tentación, porque no combates solo: pelea contigo la virtud divina de un Dios que te asiste para hacerte triunfar, y que saca su gloria de humillar á nuestros enemigos con tu sostenimiento en la virtud. Es verdad que tu naturaleza es débil; pero la gracia que te sostiene es poderosa. Combates contra unos espíritus y potestades; pero tambien son espíritus y dotados de excelentísima gracia los que te defienden: poderosos son los demonios, pero mas fuertes que ellos son los ángeles; y aunque no eres mas que un hombre flaco y débil, obra en tí la fortaleza de un Dios que está contigo. ¡Ah! con tanto poder debías triunfar en todas ocasiones, y crecer en virtudes mientras mas tentaciones padecieras; empero, no es así, porque no pones de tu parte todo el esfuerzo que puedes, toda la cooperación que es indispensable para que obra en tí el inmenso poder con que Dios te socorre: porque eres un cobarde, un traidor, un pérfido que das entrada al demonio franqueándole las puertas de tu corazón; ó por lo ménos, no huyes de la ocasión, ni acudes á Dios, ni vives con vigilancia, ni sofocas la tentación en su principio: medios indispensables, sin los cuales jamás conseguirás el buen efecto de las tentaciones.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Dios mio! ¡Cuán bueno es para mí el que yo sea tentado, si portándome con virtud coopero á los altos fines con que vos permiti-

tis la tentación! Pero ¡cuán mal me irá si no presto esta cooperación á los auxilios con que vos me socorreis contra la malicia de mis enemigos! En esto estriba toda mi felicidad: cooperar á vuestra gracia con todas mis facultades y fuerzas naturales, para salir de mi pequeñez y ser grande en el reino de los cielos. No debo despreciar tanta ventaja, ni malograr medio tan poderoso: así lo quiero, así os lo prometo, implorando el socorro de vuestra gracia.

JACULATORIA.

Prueba, Señor, mi corazón y visita todos sus senos, para que se haga enteramente tuyo.

LECCION.

Continúa la anterior.

Continuemos, pues, observando nuestro divino modelo, con el objeto de imitarlo del mejor modo que nos sea posible. Condenado á muerte por Pilato, al momento se nos presenta aquella santa resignación en la voluntad del Eterno Padre, que fué el distintivo característico de la vida de Jesús. Esa paciencia, esa conformidad, esa obediencia voluntaria de Jesucristo estaba ya anunciada por David: *Sacrificio y ofrenda no quisiste... holocausto y hostia por el pecado no demandaste: entonces dijo: He aquí que vengo... para hacer tu voluntad: Dios mio quiselo, y tu ley reemplazo de mi corazón.* S. Pablo nos aclara mas estos conceptos diciendo: *Sacrificio y ofrenda no quisiste, mas me apropiaste culpa: holocaustos por el pecado no te agradaron. Entonces dijo: Heme aquí que vengo: en el principio del libro está escrito de mí: que he de hacer, ¡ó Dios! tu voluntad.* Con tan santa resignación se entregó Jesús á los verdugos, que, segun la expresion del Salmista, *lo recibieron como el leon preparado para la presa.* Jesús cargado con la cruz, como nos lo asegura el evangelista San Juan, *salió á aquel lugar que se llama Calvario, y en hebreo Gólgota, entre los oprobrios y afrentas de aquel pueblo que pocos dias antes lo habia recibido con ramos de triunfo, habia extendido sus vestiduras en el camino para que pasara, y habia exclamado: Bendito el que viene en nombre del Señor.* Ahora solo se ocupa en llenar de maldiciones y denuestos á Jesús.

De esta suerte caminó hasta llegar al lugar del sacrificio. San Juan, despues de habernos dicho que Jesucristo llevó la cruz á cues-

tas hasta el monte Calvario, continúa: *Y allí lo crucificaron, y con él á otras dos de una y otra parte, y á Jesus enmedio.* Estos dos que crucificaron á los lados de Jeshu, nos dice San Mateo que eran dos ladrones. De este modo se cumplieron en Jesus las profecías que hablan de la pasión y muerte del Salvador. El Salmista habia dicho: *Han hablado mis enemigos contra mí; y los que rechaban mi alma, tuvieron juntos consejo, diciendo: Dios le ha desamparado; perseguídle y prenderte, porque no hay quien le libre.*

—*Contra mí susurraban todos mis enemigos: contra mí meditaban males. Palabra injusta decretaron contra mí.— Yo soy guisano y no hombre: oprobio de los hombres, y deshecho de la plebe. Todos los que me veían, hicieron burla de mí: hablaron con los labios y menearon la cabeza.* Cotejemos estas profecías con lo que nos refiere el evangelista San Mateo, y veremos la perfecta igualdad que se encuentra entre lo anunciado y lo sucedido. Dice el Evangelista: *Y los que pasaban le blasfemaban moviendo sus cabezas y diciendo: ¡Ah! tú el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate á tí mismo: si eres Hijo de Dios, desciende ahora de la cruz.* Asimismo instalándole también los principes de los sacerdotes con los escribas y ancianos, decían: *A otros salvó, y á sí mismo no puede salvarse: si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y le creéremos: confió en Dios, libelo ahora si le ama, pues dijo: Hijo soy de Dios.*

Cotejemos también el espectáculo sangriento que nos presenta Jesus en el Calvario, y vemos cuán parecido es al retrato que ya habia hecho de él David: *Tú eres mi Dios, no te alejes de mí: porque la tribulación está cercana, pues no hay quien me ayude. Me han cercado muchos becerros: toros gordos me han sitiado. Abrieron sobre mí su boca, como león devorador y rugiente. Como agua he sido derramado, y se han desecado todas mis huesos. Mi corazón se ha hecho como cera que se derrite en medio de mí vientre. Secóse como un tiesto mi vigor, y mi lengua se pegó á mis fauces, y me has conducido hasta el polvo del sepulcro. Por cuando me rodearon muchos perros, y conjetico de malignos me sitió. Horadaron mis manos y mis pies: contaron todos mis huesos. Y ellos me estuvieron observando y mirando: se repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suerte. Sárame, Dios mío, porque han entrado las aguas hasta mi alma. Atollado estoy en el abismo del profundo, y no hay consistencia. He llegado á alta mar,*

y la tempestad me ha anegado. Me cansé de dar voces, enronquecieron mis fauces: desfallecieron mis ojos, miéntras que espéro en mi Dios. Se han multiplicado sobre los caballos de mi cabeza los que me aborrecen sin razon. Se han robustecido mis enemigos, que me persiguieron injustamente. . . . Tú sabes mi improprio, y mi confusion, y mi vergüenza. A tu vista están todos los que me atribulan: improprio y miseria aguardó mi corazón. Y esperé que alguno se entristeciese conmigo, y no lo hubo: y que alguno me consolase, y no lo hallé. — Y me dieron hiel por comida: y en mi sed me dieron á beber vinagre. En efecto, el evangelista San Juan nos refiere que Jesus para que se cumpliese la Escritura dijo: *“Sed tengo.” Habia allí un vaso lleno de vinagre; y ellos poniendo al rededor de un hisopo una esponja empapada en vinagre, se la aplicaron á la boca.*

En fin, son muchas las profecías que hablan de la muerte de Jesus y de las circunstancias de ella; pues dirigiéndose toda la Escritura á demostrarnos al Mesias, ya como que habia de venir, ya como venido en carne mortal, y ya en fin, como que ha de volver en gran gloria y magestad á juzgar al mundo, es preciso que á cada paso nos encontremos con profecías, símbolos y figuras de Jesucristo. Cotejémos por tanto las profecías que hablan de la pasión y muerte del Redentor, con aquella tan expresa y terminante de Isaias. Dice así: *No hay buen semblante en él ni hermosura; y le vimos, y no era de mirar, y le vimos nudo. Despreciado, y el postrero de los hombres, varón de dolores y que sabe de trabajos; y como escondido su rostro y despreciado, por lo que no hicimos aprecio de él. En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades; y el cargo con nuestros dolores; y nosotros le reputamos como leproso, y herido de Dios, y humillado. Mas él fue herido por nuestras iniquidades, quebrantado fue por nuestros pecados: el castigo para nuestra paz fue sobre él, y con sus cardenas fuimos salvados. Todos nosotros como ovejas, nos extraviámos: cada uno se desvió por su camino; y cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros. Él se ofreció, porque quisiera lo quisiera, y no abrió su boca: como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila enmudecerá, y no abrirá su boca. . . . Desde la angustia y desde el juicio fue levantado en alto. . . . porque fue cortado de la tierra de los vivientes: por la maldad de mi pueblo lo he herido. . . . Y el Señor quiso quebrantarte con el trabajo. Este*

es el cuadro lastimoso que nos presenta Jesus en el Gólgota. Barlado, azotado, coronado de espinas, y en fin, clavado en una cruz; mas este abatimiento en que á la vista de los hombres parece *guano y no hombre*, es por su voluntad. Allí mismo da entrada en su reino á uno de los dos ladrones que implora su misericordia. *Señor, le dice aquel bienaventurado delincuente, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.* Jesus que de nada tenia mas deseo que de la conversión de los pecadores, y do que se lograra en ellos el fruto de su pasión y muerte, no se hace rogar mucho tiempo. Apenas aquel malhechor invoca su piedad, cuando Jesus le contesta: *En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso.* Jesus manifestó que era Dios, cuando para morir levantó la voz y dijo: *En tus manos Señor encomiendo mi espíritu.* Cuando no debía esperarse de un hombre en el estado en que se hallaba Jesucristo, que pudiera pronunciar sino débiles quejas, él manifiesta que es el Señor de la vida y de la muerte, y que á se sujeta á esta es por su voluntad; pues como si nada hubiera padecido, como si nada hubiera perdido de su vigor, como si sus fuerzas no hubieran desfallecido, da una gran voz, que fué lo mismo que decimos: "Muero, porque quiero."

Ya tenemos á Jesucristo clavado en una cruz y muerto. De su sagrado cuerpo se vierten arroyos de sangre con que se lavan los pecados del mundo, y se funda y se riega su Iglesia: ya se cumplió la profecía de Zacarías: *En aquel día habrá una fuente patente á la casa de David y á los habitantes de Jerusalem para la purificación del pecador:* aprovechémonos de esta fuente, lavemos nuestras estolas en la fuente del Cordero. No caiga su sangre sobre nosotros como sobre los judíos para nuestra reprobación, sino para nuestra redención. Subamos con la consideración el monte Calvario, y digamos: *Cuán terrible es este lugar! No hoy aquí otra casa, sino la casa de Dios y la puerta del cielo.* Si, católicos, en este monte se halla la casa de misericordia. Allí nos dió Jesus una prueba de su amor, no solo á los hombres en general, sino especialmente respecto de sus enemigos, instruyéndonos prácticamente en lo que ántes nos había insultado: *Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.* Está nos había mandado nuestro divino Maestro: y fué lo que practicó en la cruz, rogando por aquellos mismos que lo habían perseguido, calumniado y atormentado: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* No solo los ama y ruega por ellos, sino que

los disculpa. Allí abre las puertas del cielo al venturoso ladrón que imploró su clemencia; allí, en fin, nos deja á su muy amada Madre por Madre nuestra. ¿Eramos acaso dignos de tan gran beneficio? Nosotros que con nuestras culpas crucificamos á Jesus, ¿merecíamos, no diremos ser hijos, pero ni esclavos de María? Pues Jesus nos la da por Madre. Vivamos siempre en la contemplación de las penas que Jesus padeció en el Calvario por nosotros y jamas pecaremos.

DIA DIEZ Y OCHO.

San Simeon, obispo de Jerusalem, mártir.

CROPAS, hermano de José, y María, hermana de la Santísima Virgen, fueron los padres de San Simeon ó Simon, que era primo hermano de nuestro Salvador. Según los mejores intérpretes, este Santo era hermano de Santiago el menor, á quien sucedió en el obispado de Jerusalem; y es verosímil que por la relación de parentesco que tenia con Jesucristo, lo siguiera en su predicación, y fuera testigo de los prodigios y milagros que obró para publicar su santa doctrina.

Quando murió Jesucristo, quedó nuestro Santo predicando la doctrina en la Judea, sin temor de la persecución ni del furor de los Judíos. En el año 62 de la era cristiana, quitaron la vida los judíos á Santiago, á cuyo sangriento martirio asistió Simeon. Luego que se aplacó un poco la persecución, se reunieron los apóstoles en Jerusalem, y nombraron obispo de aquella ciudad á San Simeon.

A los cuatro años de su elevación á la dignidad episcopal, se suscitó la sangrienta guerra civil entre los judíos y los romanos. San Simeon salió con todos los cristianos de aquella ciudad para trasladarse al otro lado del Jordan á una pequeña ciudad llamada Pelea, mientras que Vespasiano ocupó la Judea, y destruyó el templo y la ciudad, sin dejar piedra sobre piedra, según lo había pronosticado el Salvador. Después de este trastorno, y cuando Vespasiano abandonó la Judea, dejando únicamente las ruinas de Jerusalem, volvió San Simeon con los cristianos, y vivió entre los escombros, hasta que Adriano la asoló completamente. En este tiempo floreció mucho la religion y se aumentó sobrenmanera el número de los fieles,

porque se convirtieron muchos judíos al cristianismo. Nuestro Santo tuvo no solamente que convertir á los infieles y judíos, sino también á ciertos herejes, tales como los nazarenos, que negaban la divinidad de Jesucristo y confundían los preceptos de la ley antigua con los de la nueva. También convirtió otra secta acudillada por Ebion, que autorizaba la separación de los matrimonios y sancionaba otros errores muy perniciosos; y tuvo el consuelo de ver desaparecer en sus días todas estas falsas creencias.

Simón era el único descendiente de la estirpe real de David, porque todos habían muerto por orden de Vespasiano y Domiciano. Fue acusado nuestro Santo ante Trajano que repitió el mismo decreto, no solo como descendiente de aquel rey, sino también como cristiano, y Atiqa, gobernador de la Palestina, condenó al Santo obispo á ser crucificado, tormento que padeció con paciencia inalterable y extraordinaria fortaleza, hasta que por fin murió el año 107 ó 106 según otros, de edad de 120 años.

La Epístola es del capítulo I de la del Apóstol Santiago.

Carísimos: Bienaventurado el hombre que sufre con paciencia la tentación, porque después que fuere probado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido á los que le aman. Ninguno cuando es tentado diga que Dios le hienta, porque Dios no puede dirigirnos al mal, y así él á ninguno tienta, sino que cada uno es tentado, atraído y halagado por la propia concupiscencia. Después la concupiscencia, en llegando á concebir, pare el pecado; el cual, una vez que sea consumado, engendra la muerte. Por tanto, no os engañéis en esta materia, hermanos míos muy amados. Toda dádiva preciosa y todo don perfecto, de arriba viene, como que desciende del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variación. Porque de su voluntad nos ha engendrado con la palabra de la verdad, á fin de que seamos como las primicias de sus criaturas.

El Evangelio es del capítulo XIV de San Lucas (pag 156).

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas: Si alguno &c.

MEDITACION.

Sobre el dominio de Dios sobre nosotros.

Considera que Dios es nuestro primer principio y nuestro último fin: nos ha criado para su gloria, para hacernos eternamente felices con la participación de su misma bienaventuranza; y para ello nos ha dado un ser y una existencia de que él es el autor, el conservador y el reparador: nuestra vida la debemos á él, y en él tiene su principio. Por consiguiente, dependemos de Dios en todo, y nuestra dependencia es de todo punto necesaria, esencial, absoluta, continua, y para toda la eternidad; de manera que, sea en el tiempo ó sea en la eternidad, no se da ni puede darse un modo de sustrernos de Dios para ser en alguna cosa de nosotros mismos. Solo en el pecado que cometemos no somos dependientes de Dios, y aun en él no podemos caer sin su permiso; si bien esta no es una cosa positiva que influya en nosotros para pecar, sino solo la conservación de nuestro ser con sus facultades, y la de los objetos de que abusamos. Ademas, el pecado y su pena eterna nos separan de Dios; pero no nos sustraen de su dominio; pues si no estamos bajo el cetro blando de su misericordia y de su amor, estamos bajo la vara de hierro de su justicia que obra sobre nosotros y nos rige á nuestro pesar y para nuestro castigo. ¿En qué, pues, no estaremos bajo el dominio de Dios? ó ¿cómo podremos sustrernos de él? Es menester confesar que este dominio, de su naturaleza, por todos respetos, y de todo derecho es plenísimo, fortísimo é indeclinable.

Considera que las cualidades de este dominio de Dios sobre nosotros, de ninguna manera deben servirnos de tormento ó aflicción, sino antes al contrario, de mucho consuelo, lleno y satisfacción para nuestras almas. No por esto negamos que justamente se llena de terror y de congoja el pecador que vé contra sí á todo un Dios justiciero y omnipotente, de cuyas manos no puede escapar en modo alguno; pero sí, que este mismo pecador no está necesitado á soportar una situación tan terrible; pues el mismo Dios, cuya indignación ha provocado, le abre el camino para su reconciliación, mediante la cual halle en él, no un enemigo poderoso para confundirlo y perderlo, sino un padre tierno y amoroso que lo perdona de corazón, que olvida sus ofensas y corona su penitencia con la debida consolación de que inunda su alma arrepentida. Y si tan benéfico es para el pe-

cador el dominio de Dios y su supremacía, peñante mas debe serlo para las almas fieles, que bajo este reinado, esta dominación suprema se encuentran á cubierto contra los males y provistas de todos los bienes! Yo sé bien, decía San Pablo, á quien me he confiado; y estoy cierto de que es poderoso á conservar mi depósito para aquel día: día, es sin duda el sentido, en que fijándose para siempre la suerte de los hombres, al depósito confiado al Señor quede establecido en la suerte de los bienaventurados.

PETICION Y PROPOSITOS.

Sea esta para mí, oh Dios misericordioso el término y la recompensa de la fidelidad con que me mantenga bajo tu amoroso dominio; y sea este el que rija mis pasos por el camino de tus mandamientos. Yo prometo observarlos como la expresion que verdaderamente son de tu divina voluntad, á cuyo beneplácito quiero vivir en todo subordinado y obediente; siendo mi voluntad y mi deseo que no haya en mí, palabra, acción ó pensamiento en que desconozca tu supremo dominio y me rebela contra mi Señor; sino antes sea toda mi conducta una continua y solenne protestacion de él, para tu gloria y alabanza.

JACULATORIA.

Señor, ¿qué quieres que haga?

LECCION.

Continúa la anterior.

Entre los judíos el suplicio de la cruz era, á mas de muy aserto, el mas infame que se conocia, y con el cual se castigaba á los grandes malhechores; pues ya hemos insinuado antes que en el Deuteronomio se les: *Maldito es de Dios el que pende del leño.* Este suplicio infame fué el que eligió Jesus por varias razones: la primera para enseñarnos á no temer la muerte, cualquiera que sea el modo en que la suframos. San Agustín escribe: «La sabiduría de Dios dió al hombre un ejemplo del modo de vivir rectamente; pertenece á la vida recta el no temer aquello que no debe temerse; y aquel hombre Dios, modelo nuestro, mostrará con su muerte que no debia temerse.» Hay hombres que aunque no temen la muerte en general, se horrorizan con cierto género de ella, y como el hombre que

vive rectamente, no solo no ha de temer la muerte, mas ni el modo en que la suframos, sea cual fuere, por lo mismo Jesus escogió la especie de muerte que era entónces la mas horrorosa é infame. La segunda, por la analogia que se encontraba entre la caída del primer hombre y su reparacion. Aquel pecó gustando el fruto de un árbol; Cristo se presenta en un leño como fruto para limpiarnos del pecado y darnos la vida eterna. *El que come mi carne, y bebe mi sangre vivirá eternamente;* nos dice el mismo Señor. Un autor místico exclama: «Lo que justamente debía Adán, satisfizo Jesus muriendo injustamente; aquel extendió la mano para gustar la suavidad de la manzana, este para apurar hasta las heces del cáliz amargo de la cruz; aquel encontró la muerte en el árbol, este en el árbol la salud. Adán por el fruto de un árbol causó la ruina del mundo; Jesus en otro árbol la reparó.» La tercera, para que el aire fuese tambien purificado, como lo habia sido la tierra. Así lo observa un gran teólogo; pues á los demonios llama la Escritura potestades del aire; y como Jesus con su sangre, sus sudores, sus pasos habia santificado la tierra, era muy conveniente que tambien lo fuera el aire. La cuarta, para que se cumpliera lo que Cristo habia dicho, y nos refiere San Juan: *Cuando yo fuere levantado de la tierra, traeré á mí todas las cosas.* Los místicos entienden que Jesus quiso demostrarnos que el camino para el cielo era desprenderse de la tierra; y San Atanasio exclama: «Así como se ofreció á la muerte por todos; del mismo modo manifiesta á todos la senda que conduce al cielo.» La quinta para dar una señal pública de que Jesus moria por todos los hombres. El mismo San Atanasio observa que Jesus no quiso morir en secreto, ni entre paredes, sino en público y á la vista de todo el mundo, con los brazos extendidos, manifestando de esta manera que su muerte es para la salud de todos los hombres y que está pronto á recibirnos en sus brazos, sean los que fueren.

Sexta: porque la muerte de cruz era mas conforme á las figuras de Jesucristo que habia en la ley antigua. El inocente Abel fué muerto por Cain en el campo, y su muerte fué efecto de la envidia que este habia tenido respecto de aquel; Jesucristo espiró en una cruz por el odio que le tenian sus hermanos los judíos. Abel era pastor de ovejas, y Jesus es el buen pastor, no de ovejas, sino de hombres. Cain, como leemos en el Génesis, sacó á Abel fuera para darle la muerte: lo mismo hicieron los judíos con Jesucristo. Dios castigó á Cain haciéndolo andar errante; mas conservándole siem-

pre la vida: los judíos han sido castigados de la propia suerte; pues nadie podrá negar el hecho de que andan errantes por todo el mundo después de haber cometido su execrable delito; sin embargo, la nación se ha conservado y conserva todavía, y ni los malos ni los buenos tratamientos que ha recibido en diversas épocas y naciones, han logrado extinguirla, y ni aun refundirla en las diversas sociedades en que ha vivido.

Isaac es la segunda figura de Jesús. Isaac fué prometido á Abraham; y Dios como nos dice el Apóstol, *prometió á Jesús por sus profetas en las Santas Escrituras. Dios mandó á Abraham que le sacrificase á su hijo unigénito Isaac; y el mismo Dios no perdonó á su propio Hijo, sino que lo entregó para remedio de todos nosotros.* Isaac cargó sobre sus hombros la leña con que había de ser sacrificado, y con ella á cuestas subió hasta la cumbre del monte en que había de consumarse el sacrificio: Jesús sube hasta la cumbre del Gólgota llevando sobre sus hombros la cruz en que había de morir. Isaac, atado y colocado encima de la misma leña esperaba la muerte: Jesús elevado en la propia cruz la recibió. Isaac sin replicar se sujetó á la voluntad de su padre; y Jesús fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. No se consumió el sacrificio en la persona de Isaac; pero substituyó su lugar un cordero; mas si se consumió en la persona de Jesús que es el *Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.* Aquel cordero tenía la cabeza enredada en un zarzal, y Jesús la tenía coronada de espinas.

El cordero pascual que inmaculaban los israelitas todos los años, en memoria del beneficio que les había hecho Dios sacándolos de Egipto y llevándolos á la tierra de promisión, era otra de las figuras de Jesús crucificado. San Pablo nos dice: *Limpia la levadura vieja, para que seáis una nueva masa. . . Porque Cristo, que es nuestra pascua, ha sido inmolado.* En el mismo tiempo del año en que era inmolado el cordero pascual lo fué Jesús, que según nos enseña el Apóstol San Pedro, es el *Cordero inmaculado é incontaminado.* El cordero pascual era comido por los judíos con festinación; con esta mismo fué sacrificado Jesús; de suerte que en pocas horas fué preso, juzgado, sentenciado y muerto. Tanto la muerte del cordero como la de Jesús fueron cruentas y ambas en favor del pueblo: la del cordero, en memoria del beneficio recibido; la de Jesús fué un beneficio que recibieron no solamente los judíos, sino todos los hombres. La sangre del cordero untada sobre las puertas de los hebreos,

los libró de la muerte, cuando el ángel exterminador pasó dándole á todos los primogénitos de los egipcios: la sangre de Jesús libra de la muerte á cuantos se saben aprovechar de ella; por lo que el profeta Isaías había dicho: *Este rociará muchas gentes.* Por la ley estaba prohibido que se quebraran los huesos del cordero pascual; y tampoco lo fueron los de Jesús, pues como leemos en San Juan: *Los judíos (porque era la Parasceve, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado porque aquel era el gran día del sábado) rogaron á Pilato que les quebrasen las piernas, y que fuesen quitados. Vinieron pues los soldados, y quebrantaron las piernas al primero y al otro que fué crucificado con él; mas cuando vinieron á Jesús, viéndolo ya muerto, no le quebrantaron las piernas.* Inmediatamente que los judíos acabaron de comer el cordero pascual fueron libres de la esclavitud en que los tenían los egipcios; y al momento que Jesús murió quedó libre el género humano de la esclavitud del demonio y de la culpa.

Mucho tendríamos que extendernos si quisiéramos explicar todas las profecias que tuvieron por objeto la pasión y muerte de Jesús, como por ejemplo, la que anunció su crucifixion entre dos ladrones, diciendo: *He sido reputado entre los inicuos;* y otras.

Para terminar esta lección, prescindiendo de las muchas particularidades de la pasión del Salvador, solamente nos encargáremos de una, porque á primera vista presenta una contradicción entre los evangelistas sagrados; y como los incrédulos se valen de todas esas especies para atacar la creencia de los fieles, hemos juzgado muy conveniente explicarla. San Juan refiere que era casi la hora de sexta cuando Pilato mostró á Jesús al pueblo, diciéndole: *Éd aquí á vuestro Rey,* y San Márcos asegura que era la hora de tercia cuando lo crucificaron; de donde parece que según estos dos evangelistas, fué Jesús crucificado antes que lo mostrara al pueblo Pilato, lo que ciertamente es contra la verdad de los hechos. Para la debida inteligencia de esta objecion, es preciso saber que los judíos dividían el día en cuatro periodos iguales, que llamaban Prima, Tercia, Sexta y Nona, division que aun observa la Iglesia en el rezo de las horas canónicas. Así que, cuando los días son iguales con las noches, se llama prima todo el tiempo que corre de las seis hasta las nueve; tercia, de las nueve á las doce; sexta, de las doce á las tres de la tarde; y nona de las tres á las seis. San Juan dijo muy bien cuando aseguró que Pilato había mostrado á Jesús casi á la hora de sexta, pues ha-

huyendo sucedido esto cerca de las once, estaba mas inmediata la hora de sexta que la de tercia, á la manera que nosotros, comunmente hablando, cuando ha pasado ya mas de las once y media, de ellos son cerca de las doce, y tambien podemos decir son las once dadas, porque mientras no da la hora que sigue, contamos la anterior; por lo mismo se expresó tambien con exactitud San Márcos, pues mientras no daban las doce, ó lo que es lo mismo, mientras no era medio día, podia asegurar que estaba en la hora de tercia, y como Jesus fué crucificado poco antes de medio día, pudo decir muy bien el Evangelista, que lo habia sido á la hora de tercia. Entendida ya esta aparente contradiccion de los evangelistas, no nos resta otra cosa que meditar continuamente en lo que sufrió Jesus por nosotros, para que sepamos aprovecharnos de los inagotables tesoros de sus méritos: al efecto, no solo fijemos nuestra atencion en los padecimientos físicos ó exteriores de Jesus, sino en los interiores, á los que dedicaremos la leccion de mañana.

DIA DIEZ Y NUEVE.

San Gabino, presbítero y mártir.

El glorioso mártir de quien vamos á hablar hoy, tan distinguido por su cuna, pues fué pariente del emperador Diocleciano, tan honrado por su parentela, habiendo tenido la dicha de ser hermano del papa San Cayo, y tan famoso por sus escritos, que combatiendo á la idolatría, trajeron á la verdadera religion á infinidad de infieles, es tambien un modelo de heroismo cristiano, así por sus virtudes sacerdotales, como por el grandioso sacrificio á que exhortó á su hija que habia tenido en el estado del santo matrimonio.

Nuestro santo, que era natural de Dalmacia, habia pasado á Roma en compañía de su hermano, para vivir en el centro de la fé y unidad católica; en esta ciudad se casó, y tuvo por hija á Santa Susana, á la que dió una virtuosa y esmerada educacion, principio de la heroicidad que despues manifestó la ilustre virgen, en el caso que tocarémos despues; mas habiendo quedado viudo, se decidió á abrazar el estado eclesiástico, objeto principal en esta época del odio y persecucion de los paganos, volviendo á emprender para desempeñar bien su alto ministerio, el estudio de las sagradas letras, á que en

su juventud se habia dedicado, como tambien el de todas las materias pertenecientes á la religion.

Elevado con estas disposiciones, y la práctica de todas las virtudes, al sacerdocio, se desplegó su ardiente zelo y caridad, tanto para fortalecer á los perseguidos cristianos en su fé, como para atraer á ella á los gentiles. Visitaba á los fieles en sus casas y en las grutas en que se habian ocultado, por temor de los perseguidores, les administraba los sacramentos, los consolaba en sus aflicciones y socorria los quanto le era posible en sus necesidades, pasando muchas noches en lóbregas cavernas para poder celebrar el día siguiente el adorable sacrificio de la misa, y alimentar á los católicos con el pan de los ángeles. Los ratos ociosos se dedicaba á escribir libros en que demostraba con toda claridad la certeza de nuestra santa religion, con los cuales, no ménos que con sus sólidos y elocuentes discursos, convirtió millares de paganos de dentro y fuera de Roma.

La subida de San Cayo al pontificado por el año de 282, llenó de alegría á nuestro Santo, porque veia que uniendo sus trabajos á los de su hermano, serian mas útiles á la Iglesia de Dios, como se verificó, pues el nuevo pontifice encontró en Gabino un fiel ayuda en su gobierno, un inseparable compañero en sus tareas, y un firme apoyo en los graves contratiempos que tuvo que padecer por la deshecha tempestad que padeció de parte de las autoridades civiles.

Bien sabia Diocleciano el carácter y la profesion de los dos hermanos, y no trataba de perseguirlos personalmente por entonces; pero teniendo noticia de la extremada belleza de Susana, hija de Gabino, quiso casarla con Maximino Galerio, su antiguo yerno, á quien habia hecho César del imperio, que se hallaba viudo. Para efectuar este enlace, comisionó á Claudio, caballero romano, quien se dirigió con este fin á Gabino; mas nuestro Santo, al proponerle á su hija á quien mil veces habia imitado las ventajas de la virginidad, el desprecio de las cosas del mundo, y la importancia de las eternas, recordándole estas santas lecciones y mirándola decidida á no aceptar esposo alguno en la tierra, por haberse consagrado á serlo de Jesucristo, la exhortó con eficacia y valor á preferir la corona del martirio, á ceñir la diadema de emperatriz del universo. Fiel la virtuosa virgen á sus promesas y á su fé, se resistió con valor á cuantas propuestas se le hicieron para lograr diese la mano al César, y permaneciendo firme en su heroica y generosa resolucion, murió

gloriosamente en defensa de su virginal castidad y de la fé de Cristo, que de todo corazón profesaba.

No se sació Diocleciano con el sacrificio de esta ilustre víctima, y resolvió vengarse de aquel que tuvo por desaire, en Gabino, al que consideraba causa de la resistencia de su hija. Hízolo encerrar en un oscuro calabozo, para que muriese al rigor del hambre y de la sed, y no contento con los crueles padecimientos que estas debían ocasionarle, ni de la espantosa oscuridad é intolerable hediondez de la prision, lo hacia atormentar diariamente con todo género de martirios y mortificaciones, que inventaba la crueldad del paganismo. Seis meses soportó nuestro Santo tan continuo padecer, muriendo por fin degollado el 19 de Febrero del año 296.

Las preciosas reliquias de San Gabino fueron depositadas por los cristianos en el cementerio de San Sebastian, hasta el año de 1608, en que el papa Paulo V, á pedimento del embajador de Francia, Carlos Neufville, y su esposa Jaquelina de Harlay, se las donó, y fueron trasladadas á Leon, y colocadas á la pública veneracion de los fieles en una urna de plata en la Iglesia de la Santísima Trinidad del colegio de la Compania de Jesus.

La Epistola es del capítulo X del Libro de la Sabiduría (pág. 116).

El Señor condujo por caminos seguros &c.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No tenéis que pensar que yo haya venido á traer la paz á la tierra: no he venido á traer la paz sino la guerra; pues he venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de la suegra, y los enemigos de los hombres serán las personas de su misma casa. Quien ama al padre ó á la madre mas que á mí, no merece ser mio; y quien ama al hijo ó á la hija mas que á mí, tampoco merece ser mio. Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien conserva su vida, la perderá; y quien perdiere su vida por amor mio, la volverá á hallar: quien á vosotros recibe, á mí me recibe; y quien á mí me recibe, recibe á aquel que me ha enviado á mí. El que hospeda á un profeta en atencion á que es profeta, recibirá premio de profeta; y el que hospeda á un justo en atencion á que es justo, tendrá galardón de justo; y cualquiera que diere de be-

ber á uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca solamente por razon de ser discípulo mio, os doy mi palabra que no perderá su recompensa.

MEDITACION.

Sobre las preeminencias de la humildad.

Considera que un buen juicio debe sentir en todo humildemente, y dar á Dios la gloria, tomando para sí lo que únicamente pueda pertenecerle, que es el convencimiento de su nada. Dios es todo, y yo soy nada. Dios es dueño de todo, y yo no tengo mas que pobreza y miseria. Dios es omnipotente y puede todas las cosas, y yo no puedo mas que pecar y perderme. Es verdad, yo soy nada de mí, y por esta virtud humillándome me acerco á Dios, me uno á Dios, y de esta manera me vuelvo grande. Yo no poseo, yo no soy dueño de nada por mí, no hay duda; pero humillándome, y uniéndome á Dios se comunica su Magestad á mí, y me hace participante de todos sus bienes y de todas sus riquezas. Yo nada puedo por mí mismo, lo confieso; pero la humildad, elevándome hasta Dios, y uniéndome á él, me hace participar de su poder, y por consiguiente puedo todas las cosas. ¡O nada glorioso! ¡O pobreza riquísima! ¡O fortísima debilidad! Que produce en mí la humildad, que socorre todas mis necesidades, y me solicita todas las gracias.

Considera que con la humildad, los vicios, y los pecados mismos, no solo dejan de ser perniciosos; pero en alguna manera pueden ser útiles. Pero sin la humildad, las virtudes mismas son poco seguras, y pueden ser perniciosas. El publicano es un miserable, y un gran pecador; pero es humilde, no se atreve á mirar al cielo, ni acercarse al altar, y esta humildad le convierte en un santo, y le hace merecer los elogios de un Dios. El fariseo refiere sus virtudes, y cuenta todas sus buenas obras: si era justo ántes, desde que perdió la humildad es pecador; y aunque él se alaba, hay un Dios que la vitupera, á él y á sus obras. ¡Qué admirable poder el de la humildad, pues de un pecador hace un santo! ¡Qué veneno el de la soberbia, pues de un justo hace en un instante un gran pecador! La humildad sabe poner aun las culpas de modo que sean materia de virtudes; y la soberbia al contrario, aun de las virtudes mismas hace que sean materia de pecado.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Pues que la humildad es capaz de abrirme el camino para la justificación, convirtiéndome de un pecador como soy en un santo, yo no quiero, Dios mío, abrazar otro medio, ni seguir otro camino que el que me proporciona esta virtud excelentísima. Cuando contemplo que vos mismo, para justificarme os humillasteis voluntariamente, ya no puedo dudar que la humildad sea un medio indispensable para la justificación. Yo os prometo, pues, abrazarme con ella, y quiero sea desde este instante mismo, confiando en que vos me dareis la fortaleza necesaria para vencer mi soberbia, y me regalareis con la gracia que habeis prometido á los humildes.

JACULATORIA.

Dios resiste á los soberbios; pero á los humildes da su gracia.

LECCION.

Continúa la anterior.

Dedicamos la presente leccion á imponernos en los dolores interiores que padeció Jesus, ó, como se expresan los místicos, en los dolores mentales. En ellos tenemos cada uno de nosotros un influjo directo: porque si bien Jesus cargó con todas nuestras culpas para redimirnos de ellas por medio de toda su pasion, podrémos, á nuestro modo de entender, figurarnos esto como en globo; pero cuando se trata de los dolores mentales de Jesus, entónces cada uno de los hombres fué un verdugo que directamente oprimió el corazón de nuestro Redentor. El primer dolor que numeran los místicos entre aquellos fué el de la condenacion de tantas almas que no se habían de aprovechar de la pasion y muerte de Jesus. Este piadoso Señor, con su infinita sabiduría, tuvo presentes todos y cada uno de los pecados que habían de cometerse por los hombres. Esta no fué una idea general sino particular; porque Dios no vé como nosotros los objetos á bulto, cómo suele decirse, sino que como infinitamente sabio, y que se halla presente á todos los tiempos, pasados, presentes y futuros, vió nuestros pecados tan clara y distintamente como los vé en el mismo momento en que los cometemos. Figurémonos,

pues, cuál seria el cúmulo de iniquidades que se presentaron á la vista de Jesus. Si cada uno de nosotros al tiempo de hacer un examen general de su conciencia, se sorprende y espanta entrando al detalle de sus pecados, sin embargo de que de muchos no se acuerda, de otros no percibe con claridad las circunstancias agravantes, y de los mas ignora absolutamente las consecuencias, ¿qué sentiria el corazón de Jesus, cuya alma divina percibia en toda su estension todos estos pormenores? ¿El conocia la gravedad y malicia de nuestros pecados, como que solo Dios puede formar idea adecuada de la gravedad de la culpa; veia sus circunstancias; y en fin, la trascendencia de ellas. Nosotros cometemos un pecado, y nos parece que terminó el mal en solo nosotros; pero ¡cuántas veces un pecado nuestro, sin percibirlo nosotros, será causa de otros pecados de nuestros prójimos! ¡Cuántas veces serán ocasion de que muchas almas perezcan eternamente en el infierno! Esto que nosotros no concebimos, y que las mas veces nos es imposible conocer, lo veia Jesus en todo su aspecto y con toda distincion.

Mas no solamente lo atormentaba la memoria de nuestros pecados, sino la pérdida de los auxilios que había de ministrarnos. Veia el empeño que había de tomar por convertir á cada uno, y tambien el empeño que habían de tomar los hombres en huir de su Divina Magestad. ¡Cuántas recaídas! ¡Cuántos propósitos sin efecto! ¡Cuántas conversiones efímeras! De suerte que se presentaba á la vista de Jesus, á nuestro modo de entender, como un campo de batalla en que Jesus por una parte, y el mundo, el demonio y la carne por otra, se disputaban á palmas el terreno; y al fin, despues de haber sostenido muchas almas una alternativa constante entre el arrepentimiento y el crimen, venian á sucumbir y á ser presa del dragon infernal. ¡Qué dolor seria este para Jesus! Los místicos para explicarlo se valen de una comparación que da bastante idea de lo que se quiere explicar. Dicen, pues, que así como en un patio de tormentos siente el cuerpo dolores insuportables cuando se le disloca alguno de sus miembros, así el alma de Jesus los sentia incomprendibles al ver que se separaban de él sus miembros morales, es decir, las almas de los hombres que debían formar un solo cuerpo con su Divino Redentor.

Se agregaba á esta angustia el conocimiento que Jesus tiene de las penas eternas del infierno y de las delicias de la gloria. Los hombres, cuando saben la grandeza de un mal ó de un bien que

pueda resultar á alguna persona de su estimacion que no tiene conocimiento de aquella, vemos la mortificacion que sufren. Un hijo que no percibe las desgracias que puede ocasionarle un mal matrimonio, aunque prevenga en general algunas, jamas siente el pesar que el padre prudente que las previene todas y las conoce en su verdadero valor. Así sucedia respecto de Jesus. Los hombres, por mas que apuren el entendimiento, no son capaces de formar idea exacta de las penas del infierno ni de las dulzuras de la gloria; pero Jesus, que conoce perfectamente ambas cosas, ¿qué dolor no sentiria al conocer que despues de haber padecido tanto por librar á los hombres de las penas del infierno y proporcionarles las dulzuras de la gloria, no habian de aprovecharse de sus padecimientos ni de sus auxilios? Volvamos á la comparacion del padre y el hijo, para acercarnos de algun modo á la idea de los padecimientos de Jesus. Si el padre supiera que el hijo cuya educacion le ha costado muchas fatigas, habia de darle muchas pesadumbres; que no habian de servirle ni consejos, ni correcciones, ni escarmentos; y en fin, que despues de haber empleado en redimir sus crímenes todo su caudal, habia de perecer en un patíbulo, ¿cuál seria la suerte de este padre infeliz? Sin duda que en la cama, en la mesa, en medio de las mayores distracciones, se le presentaria la imagen de aquel hijo ingrato, y no le dejaría un momento de reposo. Pues he aquí lo que sucedió á Jesus; y con la enorme diferencia del conocimiento que su Magestad tiene de lo que le hemos costado, de lo que tenemos que padecer y de lo que perdemos para siempre. No solamente los pecados de los que habian de condenarse atormentaban á Jesus, sino aun los de aquellos que habian de salvarse. ¿Será posible, diria Jesus en su corazón, que no solamente aquellos infelices que me han de volver las espaldas para siempre me han de agraviar, sino aun mis propios amigos? ¿Cómo se le representaria cuando se hallaba en el Huerto la negacion de su apóstol Pedro? ¿Con que aun aquel hombre á quien de humilde pescador le elevado á la dignidad de piedra fundamental de mi Iglesia, se ha de poner de parte de mis enemigos, aun ha de negar que me conoce? ¿Qué seria si á la negacion de San Pedro añadiesemos la persecucion con que habia de fatigar á la Iglesia naciente un San Pablo, los extravíos de un San Agustin, y por último, los pecados de todos los que antes de convertirse habian de ofenderle, y las recaídas de los que ya se hubieran convertido! Aunque los hombres tengan mucha proba-

bilidad de que el hijo, la persona ó el amigo han de arrepentirse con el tiempo del agravio que les hayan hecho, no por eso dejan de serles sensibles sus faltas, y tanto mas, cuanto es mayor el amor que tienen á la persona que los ofende. ¿Qué amor entre los hombres puede compararse con el que tiene Jesus á sus criaturas? Por lo mismo fué indecible la pena que tubo por los pecados de sus escogidos.

Fué tambien grande la que le cansaba la presencia y los padecimientos de su Madre Purísima. Veia Jesus que la única persona que en nada lo habia ofendido jamas, padecía los mayores tormentos que despues de los suyos se habian padecido y podian padecerse por una criatura. ¿Qué terrible contraste, al considerar por una parte el cúmulo de pecados de los hombres, y por otra los padecimientos tan grandes y terribles de su divina Madre, es decir, de aquella criatura privilegiada que por su sumision á la voluntad del Omnipotente y por el ejercicio de todas las virtudes, merecia ser amada y respetada de todos los mortales! Veia que éstos no habian de aprovecharse de la poderosa intercesion de esta Santísima Señora que en vano la dejaba por Madre á muchos hombres; que no solo no la habian de amar y respetar como tal, sino que habian de hacerle una guerra cruel y directa. ¿Cómo se presentarian á la consideracion de Jesus los hereges antiguos y los incrédulos modernos, blasfemando de la santa, de la pura, de la amable Maria? Ya unos le niegan su maternidad; ya otros el que fuese virgen intacta antes del parto, en el parto y despues del parto; ya los incrédulos que han extendido sus miras hasta atacar á la religion en sus bases, hablan de ella y del divino fruto de su vientre, en el lenguaje mas obsceno que puede imaginarse.

Esto mismo sucedia respecto de la Iglesia de Jesucristo, esposa suya. Esta, fundada con la sangre de su divino Esposo, propagada por sus apóstoles, se presentaba á su vista destrozada y llena de heridas por los mismos hereges é incrédulos. ¿Con qué dolor no veia Jesus separarse del gremio de su Iglesia esas considerables porciones de hombres que han tenido la desgracia de apostatar! ¿Qué pena agobiaría su purísimo corazón al ver que esos mismos hombres, no contentos con abandonar ellos solos á su antigua madre, procuran arrancar de sus brazos quantos hijos suyos pueden, por medio de la propagacion de sus erróneas y detestables máximas? Católicos, pongámonos en la situacion de Jesus, y jamas

se aparten de nuestra memoria aquellos terribles padecimientos que oprimieron á su alma, aun mas todavía que los físicos á su cuerpo. Ya pues que cada uno de nosotros tuvo una parte directa é inmediata en esas penas, procuremos aliviarlas ahora; y si nuestros pecados atormentaron á Jesus en el tiempo de su pasión, esforcémosnos con el ejercicio de las virtudes que tenga por base el sincero arrepentimiento de aquellas, para que aprovechándonos de esos padecimientos de nuestro divino Redentor, le demos el placer de que no se inutilice en nosotros el fruto de su pasión y de su muerte.

DIA VEINTE.

San Eleuterio, obispo de Tournay, mártir.

SAN Eleuterio nació en Tournay el año 456, de padres cristianos, de los que recibió una tan buena educación, que junto con sus talentos naturales lo hicieron muy temprano avanzar tanto en la virtud y en los estudios, que San Medardo su discípulo, siendo todavía jóven, le anunció sería obispo de su misma patria.

La situación en que se hallaba Tournay respecto de la religion era muy desgraciada. Despues de la muerte de San Piató, su obispo, el cristianismo habia disminuido insensiblemente, así por la escasez de ministros eclesiásticos, como por la veocidad y comercio de los infieles circunvecinos; y la residencia en ella de Childerico, rey idolatra; de suerte que llegó á ser no ménos la capital de la impiedad y superstición, que del reino de los franceses. En este tan lamentable tiempo, Eleuterio, no contagiándose con los malos ejemplos, resplandecía con el brillo de sus virtudes, con la práctica de ellas y el estudio de las ciencias sagradas, se preparaba á reanimar en sus paisanos la casi extinguida luz del Evangelio.

Childerico no habia sido hasta entónces perseguidor de la Iglesia; pero habiéndose encendido la guerra entre los romanos que habitaban las Galias y los francos, éstos, juzgando no deber dejar en paz á los cristianos, creyéndolos también sus enemigos, les promovieron una cruel persecucion. En consecuencia el gobernador de Tournay expulsó de la ciudad á las familias cristianas, y entre ellas salió la de Eleuterio, que á la sazón tenia treinta años, quien con su padre Sereno y su madre Blanda se retiró á una aldea, donde permaneció

siete años, en que estuvo impedido el ejercicio público de la religion; continuando allí su piadosa vida, y esperando con paciencia el remedio de tantos males, el que pedia continuamente á Dios con fervorosas súplicas.

Estas fueron al fin atendidas; pues con el casamiento de Clodoveo con la princesa Santa Clotilde en el año de 493, muy pronto se vió libre en sus estados el ejercicio de la religion, aun ántes de que este rey la abrazase por la mediacion de su cristiana esposa. Los fieles de Tournay se reunieron en Blandin, aldea donde se habia retirado Eleuterio, construyeron una Iglesia con el título de San Pedro, y nombraron un obispo; pero habiendo muerto éste violentamente á poco tiempo de su eleccion, fué nombrado nuestro Santo á pesar, de su resistencia, para ocupar la vacante. Al efecto pasó Eleuterio á Roma á obtener la confirmacion del papa, y á su vuelta recibió los órdenes sagrados con el episcopal en Reims, de mano de San Remigio su metropolitano.

A poco tiempo el rey Clodoveo y los principales señores de la corte recibieron el bautismo, lo que causó en el reino una mudanza felicísima en favor del cristianismo. Eleuterio entró inmediatamente con su clero en Tournay, y se dedicó con un zelo apostólico á dissipar las tinieblas de la idolatría, y á arrancar las supersticiones y los vicios. Su predicacion animada de la caridad y del ejemplo de su vida surtió prodigiosos efectos; muy en breve abrazaron la religion once mil personas en sola la ciudad, sin contar con otra multitud que habia convertido ántes. Sus palabras no fueron ménos eficaces que sus obras; en ambas hizo Dios poderoso á nuestro Santo, concediéndole entre otros dones el de milagros como á los Apóstoles.

Envidioso el demonio de los progresos que la religion de Jesucristo hacia en la iglesia de Tournay, hizo nacer errores muy peligrosos para alterar la pureza de la fé; pero el Santo obispo con valor y fortaleza admirables se opuso al furor de la heregía; tomó todos los medios necesarios para extinguirla, aun haciendo tres viajes á Roma para consultar á la Santa Sede; reunió un concilio en Tournay en el año de 527; y combatió á los hereges con tal constancia, así de viva voz como por escrito, que justamente ha sido colocado entre los escritores eclesiásticos de nota.

Sin embargo de tanto zelo, permitió el Señor para probar su paciencia y fidelidad, que la persecucion de los hereges se convirtiese

se aparten de nuestra memoria aquellos terribles padecimientos que oprimieron á su alma, aun mas todavía que los físicos á su cuerpo. Ya pues que cada uno de nosotros tuvo una parte directa é inmediata en esas penas, procuremos aliviarlas ahora; y si nuestros pecados atormentaron á Jesus en el tiempo de su pasión, esforcémosnos con el ejercicio de las virtudes que tenga por base el sincero arrepentimiento de aquellas, para que aprovechándonos de esos padecimientos de nuestro divino Redentor, le demos el placer de que no se inutilice en nosotros el fruto de su pasión y de su muerte.

DIA VEINTE.

San Eleuterio, obispo de Tournay, mártir.

SAN Eleuterio nació en Tournay el año 456, de padres cristianos, de los que recibió una tan buena educación, que junto con sus talentos naturales lo hicieron muy temprano avanzar tanto en la virtud y en los estudios, que San Medardo su condiscípulo, siendo todavía jóven, le anunció sería obispo de su misma patria.

La situación en que se hallaba Tournay respecto de la religion era muy desgraciada. Después de la muerte de San Piat, su obispo, el cristianismo habia disminuido insensiblemente, así por la escasez de ministros eclesiásticos, como por la veocidad y comercio de los infieles circunvecinos; y la residencia en ella de Childerico, rey idólatra; de suerte que llegó á ser no ménos la capital de la impiedad y superstición, que del reino de los franceses. En este tan lamentable tiempo, Eleuterio, no contagiándose con los malos ejemplos, resplandecía con el brillo de sus virtudes, con la práctica de ellas y el estudio de las ciencias sagradas, se preparaba á reanimar en sus paisanos la casi extinguida luz del Evangelio.

Childerico no habia sido hasta entónces perseguidor de la Iglesia; pero habiéndose encendido la guerra entre los romanos que habitaban las Galias y los francos, éstos, juzgando no deber dejar en paz á los cristianos, creyéndolos también sus enemigos, les promovieron una cruel persecucion. En consecuencia el gobernador de Tournay expulsó de la ciudad á las familias cristianas, y entre ellas salió la de Eleuterio, que á la sazón tenia treinta años, quien con su padre Sereno y su madre Blanda se retiró á una aldea, donde permaneció

siete años, en que estuvo impedido el ejercicio público de la religion; continuando allí su piadosa vida, y esperando con paciencia el remedio de tantos males, el que pedia continuamente á Dios con fervorosas súplicas.

Estas fueron al fin atendidas; pues con el casamiento de Clodoveo con la princesa Santa Clotilde en el año de 493, muy pronto se vió libre en sus estados el ejercicio de la religion, aun ántes de que este rey la abrazase por la mediacion de su cristiana esposa. Los fieles de Tournay se reunieron en Blandin, aldea donde se habia retirado Eleuterio, construyeron una Iglesia con el título de San Pedro, y nombraron un obispo; pero habiendo muerto éste violentamente á poco tiempo de su eleccion, fué nombrado nuestro Santo á pesar, de su resistencia, para ocupar la vacante. Al efecto pasó Eleuterio á Roma á obtener la confirmacion del papa, y á su vuelta recibió los órdenes sagrados con el episcopal en Reims, de mano de San Remigio su metropolitano.

A poco tiempo el rey Clodoveo y los principales señores de la corte recibieron el bautismo, lo que causó en el reino una mudanza felicísima en favor del cristianismo. Eleuterio entró inmediatamente con su clero en Tournay, y se dedicó con un zelo apostólico á dissipar las tinieblas de la idolatría, y á arrancar las supersticiones y los vicios. Su predicacion animada de la caridad y del ejemplo de su vida surtió prodigiosos efectos; muy en breve abrazaron la religion once mil personas en sola la ciudad, sin contar con otra multitud que habia convertido ántes. Sus palabras no fueron ménos eficaces que sus obras; en ambas hizo Dios poderoso á nuestro Santo, concediéndole entre otros dones el de milagros como á los Apóstoles.

Envidioso el demonio de los progresos que la religion de Jesucristo hacia en la iglesia de Tournay, hizo nacer errores muy peligrosos para alterar la pureza de la fé; pero el Santo obispo con valor y fortaleza admirables se opuso al furor de la heregía; tomó todos los medios necesarios para extinguirla, aun haciendo tres viajes á Roma para consultar á la Santa Sede; reunió un concilio en Tournay en el año de 527; y combatió á los hereges con tal constancia, así de viva voz como por escrito, que justamente ha sido colocado entre los escritores eclesiásticos de nota.

Sin embargo de tanto zelo, permitió el Señor para probar su paciencia y fidelidad, que la persecucion de los hereges se convirtió

toda en contra del Santo obispo. Varias veces fué maltratado por ellos, y hubiera sucumbido sin una proteccion singular del cielo; pero habiendo querido Dios premiarle sus trabajos y sufrimientos, lo llamó á la eterna recompensa, cinco semanas despues de haber sido estropeado con inaudita crueldad, y recibido un golpe en la cabeza. Fué su gloriosa muerte el 20 de Febrero del año de 532, á los setenta y seis de edad y treinta y seis de obispado. Dióse sepultura á su cuerpo en la Iglesia de Blandin, cerca de sus padres, segun lo habia dispuesto en su testamento, y en el año de 1064 fué trasladado solemnemente á la catedral de Tournay.

La Epistola es del capítulo I de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios (pág. 243).

Hermanos: Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias, &c.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Mateo (pág. 244).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, &c.

MEDITACION

Sobre la fidelidad á la gracia.

Considera que la gracia es la voz de Dios que nos llama: ¿con qué afecto y docilidad debemos escucharle? Es una visita que Dios nos hace: ¿con qué humildad debemos recibirle? Es una amonestacion y recuerdo de lo que le debemos: ¿con qué reconocimiento debemos corresponderle? Si no queremos escucharle cuando nos habla ¿qué desaire le haremos! Si no queremos recibir su visita, si le arrojamos cuando nos busca: ¿cuál será nuestra insolencia ó ingratitud! Pues esto es lo que hacemos todas las veces que no somos fieles á la gracia. ¡Oh! y cómo vengará el Señor este desprecio! ¡El callará, porque no quisimos escucharle! ¡Silencio terrible, mas digno de temerse que todos los castigos! ¡El se retirará, porque no le quisimos recibir! ¡Fúnesto retiro, que nos deja en el hielo de nuestra indiferencia! El nos abandonará, porque no quisimos ser suyos, y le arrojamos de nosotros. ¡Abandono tremendo, principio de la pena de dafío! ¡Oh, no, Dios mío, no ceséis de hablarme, no os vayais, no me

dejéis; que yo vuelvo ya en mí del letargo funesto en que yacia, y no aspiro á otro bien que á ser muy vuestro!

Considera que la gracia es el precio de la sangre de Dios, y el fruto de su muerte: pues si es el precio de la sangre de Dios, ¿qué gran valor tendrá! ¿Qué estimacion debéremos hacer de ella! Si es el fruto de su pasion y muerte, ¿qué virtud tendrá! ¿Qué cuidado debéremos tener de no dejarla perder! Ser infiel y resistir á la gracia, segun el Apóstol, es pisar con los piés la sangre de Jesucristo; ¿qué profanacion! ¿Tendré yo parte en ella! ¿Puedo yo sentirme culpado sin horror! Anonadar la virtud de la cruz, ¿qué ingratitud! Esta sangre pisada con los piés clamará mas rocio que la de Abel, no para pedir misericordia como lo hubiera hecho si le hubiesemos respetado; sino para pedir venganza contra los que la profanan: si yo soy de este número, ¿cómo no temblo! Si el principio de nuestra salvacion, y el fundamento de nuestra esperanza se vuelve la ocasion de nuestra condenacion y el instrumento de nuestra pérdida: ¿á dónde podrémos acudir! La gracia es el principio de todos nuestros méritos, el origen de todas nuestras virtudes, y la semilla de nuestra eterna bienaventuranza. Si soy fiel á la gracia, no hay méritos que no pueda juntar, no hay virtud que no pueda adquirir, ni certidumbre de la eterna bienaventuranza con que no pueda confiar; pero menospreciar la gracia, es menospreciar, ó abandonar la virtud. Ser infiel á la gracia, es privarse á sí mismo del único medio de juntar tesoros inmensos de méritos; y resistir á la gracia es renunciar la esperanza de la bienaventuranza eterna.

PETICION Y PROPÓSITOS.

No hay cosa mas difícil de adquirir, ni mas fácil de perder que la gracia santificante. Es verdad que los medios ordenados por nuestro divino Salvador para la adquisicion de su gracia, nos la hacen sumamente fácil; pero la dificultad consiste en que nosotros no prestamos la disposicion debida para que obtengamos estos medios en nuestras almas los efectos saludables que obran en las que se disponen convenientemente; y acerca de la facilidad de perderla, reconocemos tambien que la misma gracia da fuerzas para resistir á la tentacion, y no caer en la culpa; pero la facilidad de caer en pecado perdiendo la gracia, proviene de la malicia en que abunda nuestro corazon, de la frecuencia de las ocasiones, de las recaidas en culpas veniales, y

de tantas, tantas causas, que es como milagro conservarse en la gracia, y no vivir expuesto á perderla á cada instante. Para remediar uno y otro mal, sean nuestros propósitos procurar cuanto podamos las mejores disposiciones para adquirir la gracia por la digna recepción de los santos sacramentos, y evitar cuidadosamente todas las causas y ocasiones que puedan hacer que la perdamos. Estos son mis propósitos, ó Dios mío, esperando de tu bondad infinita los auxilios necesarios para llevarlos á efecto ahora y siempre.

JACULATORIA.

Haz, Señor, que siempre more en mí tu gracia, y que no se frustre para mí su saludable efecto.

LECCION.

Sobre la muerte de Cristo.

En el Evangelio santo, según San Mateo, leemos, que luego que Jesús entregó su alma santísima, el velo del templo se rompió en dos partes de arriba abajo, que tembló la tierra, que las piedras se hicieron pedruzcos, que los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de los santos que habían muerto resucitaron. Estos prodigios, sobre las tinieblas, que desde la hora de sexta hasta la de nona, es decir, desde el medio día hasta el completo de tres horas, cubrieron toda la tierra, son una demostración del sentimiento que hace la naturaleza por la muerte de su divino Autor, como lo conoció muy bien el arceopagita San Dionisio, cuando al observar las tinieblas y el terremoto exclamó: "O la máquina del mundo se destruye, ó el Autor de la vida padecer."

Padecía y moría en efecto Cristo, luz del mundo; era preciso que lo significaran las tinieblas por una milagrosa substracción de los rayos del sol ó inexistencia de la luz, como sienta la opinión mas común de los intérpretes; moría el que dando fin á la sinagoga y destruyendo la idolatría, iba á edificar sobre nuevo fundamento su Iglesia, de que es piedra angular; era preciso que lo significara un movimiento en la tierra y la ruptura de sus piedras: moría el Cordero sin mancha, que quiso ser sacrificado para borrar la culpa y abrir el camino del cielo; era preciso que lo significase con rasgarse de arriba abajo el velo del templo, haciendo asimismo aquella antigua de-

mostración de sentimiento usada en el pueblo de Israel, de romper las vestiduras en alguna gran pérdida ó desgracia: moría el que es libre entre los muertos, como dice el Profeta; era preciso que lo significase la apertura de los sepulcros y resurrección de los muertos. He aquí como llora la naturaleza la muerte de su Criador, al mismo tiempo que anuncia su grande obra y lo preconiza verdadero Dios, Hijo del Altísimo. Así lo confiesan el centurion y sus soldados, viendo estas maravillas, y el pueblo duro que vuelve del Calvario penetrado de espanto y de terror, no puede ménos que herir sus pechos y pedir misericordia. ¡O exaltación de la gloria y magestad de Cristo en su misma muerte! Pero véamos ya como en ella misma se realiza su empresa, contrayéndonos solo al nacimiento de la Iglesia, por haber de hablar despues con mas extensión sobre los efectos de la pasión y muerte de Cristo.

Muerto ya nuestro divino Salvador Jesucristo, uno de los soldados, dice el Evangelista San Juan, *abrió su costado con una lanza, é inmediatamente salió de el sangre y agua.* Los Santos Padres Ambrosio, Agustín, Cirilo Alejandrino y otros, reconocen como milagrosa esta agua salida del costado de Cristo despues de la sangre; pero atendamos á la significación de todo el misterio. El Padre San Agustín la da diciendo que significa la Iglesia nacida de la misma sangre y agua. . . . ¿Qué sale del costado de Cristo, sino el sacramento que reciben los fieles? habia dicho ántes. Pero no lo entenderemos bien si no advertimos que la Iglesia es Esposa de Cristo, y recordamos como fué formada la primera muger, esposa de Adán, y madre natural de todo el linage humano. *Envío Dios un sabor, ó sueño, á Adán,* dice el Génesis, y habiéndose dormido tomó una de sus costillas. . . . y formó de la costilla que habia tomado de Adán una muger y la presentó á Adán. Ahorí bien; siendo Cristo el segundo Adán, que por el sacramento del bautismo habia de reengendrar en el órden sobrenatural á los que en él creyeran, ¿qué vemos en esta misteriosa apertura de su costado y flujo de sangre y agua, cuando ya está muerto con aquella sínta muerte que en los justos se denomina sueño? ¿Qué vemos sino la producción y formación de su Esposa la Iglesia, que habia de recibir en su seno maternal á aquellos que reengendrados por las aguas d'el bautismo son hechos sus hijos, y á quienes alimenta con el sacramento del cuerpo y sangre de Cristo, significado en la sangre de su costado, así como el bautismo en el agua milagrosa que de él salió en los

que se significan tambien los demas sacramentos como contenidos en aquellos principales? Todo lo cual se confirma con advertir, que todos ellos reciben toda su virtud de la pasion de Cristo. Si, pues, vemos producida esta Esposa de Cristo en su muerte, ¿dejaremos de confesar que la muerte en Cristo no corta ni frustra sus empresas como hace con los demas hombres, sino que antes por el contrario las llena y perfecciona? No podemos dudarlo, así como arriba nos vimos precisados á confesar, que esta misma muerte que al puro hombre humilla, á Cristo exalta.

¿Mas por lo ménos podrá gloriarse la muerte de haber dominado á Cristo, y manteniéndolo por una necesidad inevitable bajo su tenebroso cetro como á los puros hombres? De ninguna manera; porque si Cristo muere, es porque quiere morir, y muere quando quiere y por el tiempo que conviene. *Potestad tengo, dice el Salvador, de disponer mi alma, y potestad tengo de volver á tomarla otra vez;* y por esto habia dicho el Profeta, hablando de Cristo, que era *libre entre los muertos*: y en otra parte se dice en boca de Cristo dirigiéndose á la muerte: *¡O muerte, yo seré tu muerte!* ¿Por qué? Porque su muerte es voluntaria y libre, y por consiguiente le quita la necesidad inevitable con que la sufre el hombre aunque no quiera, y con que permanece por todos los siglos bajo su dominacion, sin posibilidad de volverse á levantar por sus propias fuerzas.

Pues si así es en realidad, volvamos á confundir á la muerte con otras expresiones de la Sagrada Escritura, haciéndole ver como ha sido burlada en la victoria que se le consiguió lograr sobre Cristo, preguntándole para su confusion: *¿Dónde está, ¡o muerte! tu victoria?* Cierto es que Cristo ha muerto; pero tú no lo hiciste morir mal de su grado: tú no lo dominaste, ni ligas su alma, ni corrompes su cuerpo, ni por tí es humillado, sino antes exaltado; ni frustras sus empresas, ni destruyes ó impides sus obras; antes por tu medio las llena y perfecciona, quitándote por último tu amargura, y embotando tu antiguo aguijon que tan cruel y funestamiento has hincado hasta ahora en el misero mortal.

DÍA VEINTE Y UNO.

San Severiano, obispo y mártir.

Nació San Severiano á fines del siglo IV ó principios del V, y habiendo sido instruido competentemente en las ciencias sagradas, fué electo y consagrado obispo de Scitópolis en Palestina, cerca del Jordan, en cuyo puesto se hizo muy recomendable por su loable conducta, sana moral, fiel desempeño de su alto ministerio, y vigilancia con que defendió el sagrado depósito de la fe ortodoxa, de los errores de los eutiquianos, contra quienes tuvo que combatir.

Estos herejes habian sido condenados en el concilio de Calcedonia; y San Eutimio, uno de los principales fundadores de la profesión monástica en Palestina, no solo recibió esta sentencia como ortodoxa, y por lo tanto digna de veneracion y respeto, sino que mandó se publicase y obedeciese en todos los monasterios que estaban á su cargo. Su ejemplo y autoridad hubieron sin duda movido á los demas á sujetarse del mismo modo al concilio, si un monje turbulento llamado Teodosio, expulsado de su comunidad por sus excesos, no hubiese osado acusar á los decretos del concilio como fautores de la heregia de Nestorio, del todo opuesta á la de Eutiques, arrastrando en su seduccion la simplicidad de la emperatriz Eudoxia, viuda de Teodosio el joven, residente en la actualidad en la Palestina, y cuyo influjo sedujo un gran número de solitarios.

Aumentado considerablemente el partido de este perverso, se avanzó á nuevas atentadas con el auxilio de sus sectarios: invadió la silla episcopal de Jerusalem, obligando al patriarca Juvenal á abandonarla; arrojó de sus puestos á todos los sacerdotes católicos, reemplazándolos con sus inmorales partidarios; cometió inauditas crueldades con los fieles que habian recibido al santo concilio, maltratándolos con tanta inhumanidad, que algunos murieron en fuerza de los tormentos; y despues de haber llenado á aquella ciudad de espanto y confusion, saqueádola y cometido mil excesos, salió de allí, tanto por el temor de no caer en manos de los oficiales del emperador, como por ir á subyugar otras ciudades á su heregia.

Prosiguió, pues, su persecucion en las provincias vecinas, atacando principalmente á los pastores, quienes se oponian como era de su deber á sus violencias, esforzándose á preservar á sus ovejas del mor-

*S. Severiano Obispo y Mártir.**Sa. Margarita de Cortona.**S. Florencio Confesor.**S. Pedro Damiano*

tífero contagio de la heregía. Pero ninguno de ellos manifestó mayor valor y zelo, ni fué mas feliz en sus sucesos que nuestro Severiano, que armado con el escudo de la fé, y fortalecido de la caridad, paciencia, perseverancia y demás virtudes pastorales, supo contener aquella irrupcion que amenazaba á la grey, que con tantos alcaes habia cuidado siempre, y dar como buen pastor la vida en su defensa.

Irritados los malvados hereges de su tenaz y heroica resistencia, se apoderaron de nuestro Santo, y habiéndolo arrastrado inhumanamente fuera de la ciudad, lo sacrificaron á su furor, y aun se asegura que el mismo sacrilego monge Teodosio quiso ser su verdugo. Así se granjeó San Severiano la corona triunfante del martirio, por mano de los enemigos de la fé de la Iglesia romana, que no han sido ménos furiosos, ántes bien mas crueles en sus persecuciones contra los católicos, que los mismos paganos. Esta gloriosa muerte acaeció en el año de 452, aunque se ignora el mes y el día.

La Epístola es del capítulo IV de la primera del Apóstol San Pedro.

Carísimos: Alegros de ser participantes de los trabajos de Cristo, para que cuando se descubra su gloria, os gocéis tambien con él llenos de júbilo. Si sois infamados por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados; porque la honra, la gloria y la virtud de Dios y su espíritu mismo reposa en vosotros; pero jamas llegue el caso en que alguno de vosotros padezca por homicida, ó ladrón, maldiciente, ó codiciador de lo ajeno. Mas si padeciéreis por ser cristiano, no se avergüence, sino alabe á Dios por tal causa. Pues tiempo es de que comience el perjuicio por la causa de Dios, si primero empieza por nosotros; ¿cuál será el fin de aquellos que no creen el Evangelio de Dios? Y si el justo á duras penas se salva, ¿á dónde irá el impío y pecador? Por tanto, aquellos que padecen por la voluntad de Dios, encomienden sus almas al Criador fiel por medio de sus buenas obras.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo (pag. 172).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido que no venga á descubrirse &c.

MEDITACION.

Sobre la imitación de Jesucristo.

Considera que si conocemos á Jesucristo, no podemos dejar de estimarle; si nosotros le estimamos, no podemos dejar de amarle; si le amamos, tendremos gusto en imitarle. Si en lugar de tener gusto en su imitación tenemos pena, es señal que no le amamos. Una de las pruebas mas sensibles de nuestro amor es el deseo de unirnos á la persona que amamos; y la perfecta semejanza del corazón es la que hace esta union. La razon nos obliga á amar á lo perfecto y á lo que estimamos, y el recto amor propio nos obliga á imitarle; porque es el medio de perfeccionarnos á nosotros mismos. Si nosotros no solicitamos con verdad imitar á Jesucristo, es señal que no le estimamos, y no puede haber mayor ceguedad; pero si estimándole no le imitamos, es no amarnos á nosotros mismos, y no puede haber mayor locura. Para castigarnos justisimamente y con la mayor severidad, Dios mio, no habeis menester mas que abandonaros.

Considera que el amor que Jesucristo nos tiene le ha obligado á hacerse parecido á nosotros; y el amor que nosotros le tenemos debe obligarnos á parecernosle. ¿Hay algo en esto que podamos arriesgar? Jesucristo nos dice á todos: *Quien me ama, me siga*; y nosotros nos paramos. ¿Qué! (nos dice el mismo) ¿podeis dejar de amarme, despues de las relaciones que tengo con vosotros? Pero si me amais, ¿podeis dejar de seguirme? ¿Puedo yo mostraros mejor mi amor, que padiendo por prueba del vuestro una cosa que os está tan bien? ¿Podeis vosotros manifestar mas vuestra ingratitud y vuestra ceguedad, que rehúsanolo? El amor que Jesucristo nos tiene le obligó á hacerse parecido á nosotros, aun con la mayor costura; porque fué menester para esto despojarse de su soberanía y vestirse de nuestra bajaça. ¿Y nosotros hallaremos dificultad en mostrar nuestro amor á Jesus, trabajando en hacernosle parecidos; ántes que hallemos en esto nuestra gloria y nuestra suprema bienaventuranza? ¿De qué nos deberemos admirar mas, ó de que Dios se haya hecho parecido al hombre, ó de que el hombre difidente y sienta el hacerse parecido á un Hombre Dios?

PETICION Y PROPÓSITOS.

Me avergüenzo, Dios mío, de haber tenido tan poco amor á mi divino Redentor Jesus, que no me haya aplicado á procurar su imitacion santísima, para hacerme una copia ó imagen, aunque pequeñísima, de tan divino y grandioso ejemplar. La falta de un amor ardiente, de una gratitud especial á mi divino Maestro, y de un celo verdadero por el bien de mi alma, han ocasionado esta desemejanza espantosa, en que me encuentro de aquel que es el primogénito entre muchos hermanos, y de quien todos debemos ser fieles copias, para ser reconocidos por el Padre celestial, que busca en nosotros el rostro de su Hijo. Mas ya que ahora reconocemos la causa fatal de tan gran yerro, corriámosla, procurando encendernos en el amor y gratitud á nuestro Dios humanado, y en un celo activo y eficaz, que cuanto antes forme en nosotros la imagen del Hijo de Dios, sin la cual no podemos ser bienaventurados. Así espero cumplirlo como lo promete, confiando, Dios mío, en vuestro auxilio soberano.

JACULATORIA.

Muéstrame, Señor, tus caminos, para que andando en ellos, nos hagamos imitadores tuyos.

LECCION.

Sobre la sepultura del cuerpo de Cristo y descenso de su alma á los infiernos.

El artículo cuarto del Credo, sobre que hemos venido escribiendo, asienta tambien que el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo fué sepultado; y el quinto, en su primera parte dice que su alma descendió á los infiernos. Sobre uno y otro punto procuraremos dar la explicacion conveniente, advirtiendo ántes, que aunque en la leccion anterior demostramos que la muerte no lo dominó, no quisimos decir que su muerte fuese aparente; pues es de fé que real y verdaderamente se separó el alma del cuerpo (que es en lo que consiste la muerte natural), aunque tanto el alma como el cuerpo entre sí, separados, permanecieron unidos á la divinidad, de modo que no hubo otro supuesto despues de la muerte de Cristo para su cuerpo y para su alma, que la misma persona del Verbo Divino; y por eso los

artículos de que escribimos están concebidos en términos de decir que el Hijo de Dios fué sepultado, que el Hijo de Dios descendió á los infiernos; porque el Verbo Divino nunca dejó lo que una vez tomó hipostáticamente; y por esto tampoco se separó la divinidad de la sangre de Cristo vertida. Que en los tres dias que Cristo estuvo muerto, no pueda decirse propiamente hombre, ni propiamente Cristo, es bien claro; porque en cuanto á lo primero, por la muerte verdadera que sufrió quedó destruída la divinidad, es decir, separada realmente el alma del cuerpo; y consistiendo en la union de una y otra sustancia la humanidad, no puede decirse propiamente hombre mientras está muerto. Por semejante razon no puede decirse propiamente Cristo, porque como hemos dicho, en los tres dias de su muerte su humanidad estuvo destruída; y aunque de las sustancias entre sí separadas no se separó la divinidad, no estaban formando ó constituyendo el compuesto *unido entre sí*, que es Cristo.

Esta destruccion de la humanidad, es decir, esta muerte verdadera de Cristo, fué muy conveniente para que se demostrase la verdad y realidad de la naturaleza humana que tomó; porque si súbitamente hubiese desaparecido de entre los hombres, se habria tenido por fantasma. Lo fué igualmente para que satisficiese por nosotros, que por el pecado estábamos adjudicados á la muerte; para que muriendo, nos librase del temor de la muerte; y resucitando de entre los muertos, mostrase aquella virtud con que superó á la muerte, y nos diese esperanza de resucitar.

Mas para acreditar y comprobar la verdad de su muerte, quiso ser sepultado; pues cuando á uno se pone en el sepulcro, es porque consta que verdaderamente está muerto; y tanto quiso Dios que constase la muerte de su Hijo Santísimo, que dispuso se hiciese todo el funeral, inspirando á José de Arimathea, que pidiendo á Pilato el cuerpo de Cristo, viniese con Nicodemo, lo bajasen de la cruz, lo ungiesen con las cien libras de aromas de mirra y aloes compradas por Nicodemo, lo envolviesen en una sábana limpia, y lo pusiesen en un sepulcro nuevo que estaba en un huerto cercano, abierto en una piedra, y cuya boca ó puerta cerró con una gran lápida. He aquí prevenida y quitada toda sospecha acerca de la realidad de la muerte de Cristo, y de la verdad de su resurreccion; pues el ser el monumento ó sepulcro nuevo en que ningun otro cuerpo hubiese sido puesto, el ser cavado en la piedra, y cerrado con una gran lápida á que ponen los judíos el sello y las guardias, asegura hasta

la evidencia que Cristo es el sepultado, y Cristo el que resucita.

Dice el Evangelio santo, que el cuerpo de Cristo fué ungido con los aromas de mirra y aloes; pero no se debe á esto su incorrupcion en el sepulcro, sino á ser un cuerpo unido hipostáticamente á la divinidad; por lo que, para muestra de la divina virtud, y hacer ver que su muerte era voluntaria y no provenida de enfermedad de la naturaleza, permaneció incorrupto el sacrosanto cuerpo en el monumento, conforme á lo que tenía anunciado el Señor por su Profeta, donde dijo: *«No darás á tu Santo, ó Señor, que vea la corrupcion esto es, no será corrompido. Así se mantiene el cuerpo de Cristo en el sepulcro por un día y dos noches, mientras que su alma santa descende á los infiernos.»*

Este descendimiento de Cristo á los infiernos fué muy conveniente, porque así como lo fué que muriendo nos librara, no de la necesidad de morir, porque todos hemos de morir, sino de la de permanecer en la muerte, porque resucitaremos; así lo fué tambien que bajara á los infiernos, para que nos librara de ellos; porque el hombre por el pecado había incurrido, no solo en la muerte del cuerpo, sino tambien en el descenso á los infiernos. Estos son los senos de la tierra, destinados unos para tormento, y otros para cárcel de las almas separadas; y por lo que respecta al de los réprobos, tambien para sus cuerpos despues del juicio universal. El seno ó limbo de los padres no era propiamente cárcel, sino un lugar en que sus almas esperaban la redencion, y se llama seno de Abraham. Los otros tres son el de los niños que mueren con el pecado original: el purgatorio á que van los que mueren en gracia; pero debiendo por sus culpas algunas penas; y el de los condenados.

No á todos bajó Cristo, esto es, la alma de Cristo unida á la divinidad; no á todos bajó, repetimos, de un mismo modo, porque al infierno de los condenados no bajó segun la presencia real, esto es, no bajó real y sustancialmente; porque ni el lugar era conveniente á Cristo, ni podia darse con respecto á los réprobos el fin de su bajada, que era consolar y librar á los que estaban detenidos en los infiernos. Solo, pues, descendió á este infierno segun el efecto, arguyendo y convenciendo á los condenados de su infidelidad y malicia; y esto por modo de locucion ó de manifestacion que entre los espíritus puede hacerse sin que lo impida la distancia del lugar.

Á los otros infiernos sí bajó la alma de Cristo real y sustancialmente, y no solo segun el efecto y operacion; mas no bajó con aquel

género de movimiento con que se mueven los cuerpos andando sucesiva y gradualmente toda la distancia que hay de un lugar á otro, y circunscribiéndose en el lugar que ocupan, ó mas claro, ocupando circunscriptivamente el lugar; sino con aquel género de movimiento con que se mueven los ángeles, que no tienen necesidad de ir corriendo sucesivamente toda la línea, sino que de un modo desconocido á nosotros se hallan en el lugar, y ocupan éste no como los cuerpos, sino apropiándosele por la operacion que en él ejecutan. Así bajó y se halló real y sustancialmente la alma de Cristo en los infiernos, y como instrumento de la Divinidad hizo en ellos la operacion de expeler las tinieblas exteriores é iluminar este lugar.

En él se mantuvo tanto como el cuerpo en el sepulcro, esto es, un día y dos noches; de manera que descendiendo en el momento de la muerte de Cristo, ascendió en el de su resurreccion. Así lo siente San Ireneo, San Gregorio Niceno, Tertuliano y otros Padres, y así lo canta la Iglesia en el oficio del Sábado santo.

Acerca del objeto de este descenso, ya hemos insinuado arriba que fué el de consolar á aquellas almas, manifestándoles que era su Redentor, aliviarles sus penas y librarlas en fin de aquella cárcel; pero esto se entiende con respecto á las que eran capaces de esta gracia, esto es, á las que hallándose con la fé, perfeccionada por la caridad, podian lograr los efectos de la pasion. Por esta causa ninguno de los condenados fué consolado, aliviado ni libertado por Cristo; porque están ya confirmados en el pecado. Tampoco fueron libradas las almas de los niños que habian muerto con el pecado original, dice Santo Tomas; y la razon es la misma, porque carecieron de fé y caridad, y caidos del orden sobrenatural no podian elevarse á él por no estar ya en la presente vida, en la que solamente es el hombre capaz de convertirse de la culpa á la gracia.

De las almas que estaban en el purgatorio no todas fueron libradas por Cristo, sino únicamente aquellas que estaban suficientemente purgadas, ó que por la fé y devocion á la muerte de Cristo habian en la vida merecido de congruo esta gracia. Así lo siente Santo Tomas, fundado en que la pasion de Cristo no tuvo entónces mas virtud que la que hoy tiene, y hoy no se libran por aquella las almas del purgatorio, sino que pagan tanto como deben, y no salen hasta haber satisfecho toda su deuda; á no ser que los vivos sufragan por ellas, y por sus obras les alcancen indulgencia parcial ó plenaria. Algunos opinan que Cristo libertó á todas las almas del

purgatorio por una indulgencia plenaria, y esta sentencia no es improbable; pero no tiene los fundamentos y autoridad que la primera.

Las almas de los Santos Padres, es decir, todas las que estaban en el seno de Abraham, fueron libertadas por Cristo. Desde el instante de su muerte les aparece concediéndoles la clara vision de la Divinidad, de que estaban privadas por no haberse aun pagado el precio de la redencion, y saciéndolos del lugar del infierno en el momento de su resurreccion, como habia anunciado el Profeta Zacarias, diciendo: *Tú en la sangre de tu Testamento sacaste á tus aprisionados del lugar en que no habia agua.*

VERITATIS

DIA VEINTE Y DOS.

Santa Margarita de Cortona.

Nació Santa Margarita en Albion, lugar de la diócesis de Chimi en la Toscana, por el año de 1219, y sus padres comenzaron á educarla con sumo esmero y cuidado; pero como murió su madre, siendo todavía muy niña, y su padre pasó á segundas nupcias, quedó nuestra Santa bajo la direccion de su madrastra, que desde el principio de su matrimonio, la veia no solo con despego, sino con aversion, maltratándola y haciéndole aborrecible la casa paterna. Tanto por esta causa, como porque parece que Margarita fué naturalmente inclinada al vicio en su juventud, despreció los consejos de su padre, abandonó la casa allonde habia nacido, y se entregó á todo género de placeres. Su rara hermosura, su edad juvenil, la amabilidad de su trato, y otros muchos atractivos, hacian que tuviera mil pretendientes que se empeñaban en seducirla. Entre todos éstos, escogió Margarita á un caballero del Monte Pulciano, con quien vivió algun tiempo en torpe amistad, sin que la contuvieran ni los remordimientos de su conciencia, que por entónces no escuchaba, ni la consideracion del escándalo que causaba su vida licenciosa, ni tampoco la idea del grande disgusto que daba á su padre, y la mala nota que hacia recaer sobre su familia. A estas consideraciones se sobreponia Margarita para saciar su desordenada pasion, y para vengarse en cierta manera del mal trato de su madrastra.

Pero Dios no quiso que continuara por mas tiempo en el camino de su perdicion, y fijó el *hasta aqui* de sus vicios y desórdenes. La

presencia del cadáver ya corrompido y casi deshecho de su desgraciado amante, que, segun la comun opinion, se descubrió por una perrita, fué el instrumento de que Dios se valió para convertirla. Ella entónces conoció el peso de sus culpas, y creia que ninguna penitencia seria bastante para borrarlas; sin embargo, no desconfió de la misericordia divina, y desde aquel momento resolvió mudar de vida. Lo primero que hizo fué dirigirse á la casa de su padre, postrarse á sus piés, y con lágrimas de verdaderm arrepentimiento, pedirle humildemente perdon, por haber desoído sus consejos y despreciado su autoridad. El amoroso padre, viendo en el aspecto de Margarita las señales ciertas de la sinceridad de su arrepentimiento, la recogió de nuevo en su casa con el mismo amor que le tenia ántes de sus extravíos, y ella permaneció en su compañía algun tiempo.

La madrastra se disgustó mucho de este hecho, y maltrataba á Margarita con mas rigor que ántes, hasta el punto de echarla de la casa, y exponerla de nuevo á los riesgos de que Dios la habia librado. En efecto, nuestra Santa se vió sola, desamparada, sin asilo donde guarecerse y con todos los alicientes que exponen á las mugeres al borde de los precipicios. En esta triste y comprometida situacion, puesta una vez en oracion, alzó los ojos al cielo, y exclamó llena de lágrimas; *Es posible, dulcísimo Salvador de las almas, que convirtiendo cada dia tantas, solo á la pérdida de la mia te has de mostrar insensible! Pues en verdad, Señor, que tanto te costó la de una Magdalena, como la de una Tais pecadora. ¡O tú que me rescataste con el precio infinito de tu sangre, no me abandones en el triste desamparo en que me veo, y ten misericordia de mí!* Esta súplica fervorosa llegó hasta el cielo; inspiró Dios á Margarita que fuera á Cortona, y solicitara un confesor sabio y prudente, que pudiera dirigirla y aconsejarle lo que le convendría hacer. Marchó nuestra Santa á Cortona, y despues de haber hecho una confession general de todas sus culpas, pidió humildemente que la recibieran de tercera en el órden de S. Francisco, y se contara en el número de las que se llamaban *Hermanas de Penitencia*.

En esta hermandad estableció un método de vida edificante. Habitaba una celdilla estrecha y retirada del bullicio del mundo, á donde se entregó á todo género de mortificaciones y penitencias. No tomaba mas que un pedazo de pan y una corta cantidad de agua, y esto una sola vez al dia; de manera que su conservacion se tuvo por milagrosa. No dormia mas que unos ratos sobre el duro suelo,

sin abrigo alguno, y poniendo por cabecera una piedra. La mayor parte de la noche pasaba en profundas meditaciones sobre la pasión de nuestro divino Salvador, encomendándose muy particularmente á la Santísima Virgen María, á quien había tomado por su singular patrona. Procuró Margarita destruir su hermosura, que había sido la causa de su perdición en la juventud, y con ese intento se raspaba la cara con ásperas piedras hasta que arrojaba sangre, y después se frotaba con un lienzo toscó con alguna estopa gruesa; y con esto consiguió desfigurarse de tal manera, que no parecía ni aun semejanza de lo que había sido.

Tuvo una época en que el espíritu maligno la asaltó con fuertes tentaciones, y se valió de los medios mas sagaces para entibiarla en su fervor. Le quiso hacer entender que el rigor de sus penitencias era ya excesivo, que llegaría á terminar con su existencia, haciéndose responsable de ella ante Dios, y que ya practicaba las penitencias por un espíritu de vanidad. En el primer combate de estas tentaciones, comenzó á dudar Margarita; pero después descubrió su origen, y postrada una vez delante de un Crucifijo, rogó á Dios fervorosamente que le manifestara su voluntad, y le dijera el camino que debía seguir. Antimóla el divino Salvador, y la confirmó en el método de vida que hasta allí había adoptado, fortificándola con sublimes consolaciones, é infundiéndole grande esperanza para que en lo sucesivo no desconfiara de la misericordia divina, ni escuchara las instigaciones del demonio. Los repetidos favores que Margarita recibía del cielo, endulzaban sus grandes mortificaciones y todos los trabajos temporales que tenía que sufrir.

En el último término de su vida aumentó mas sus penitencias, porque maceraba su cuerpo muchas veces al día con crueles disciplinas, y salía por las calles con un dogal al cuello, porque deseaba hacer público su arrepentimiento, del mismo modo que lo habían sido sus culpas. Muchas veces pedía que la encerrasen en el lugar de las mujeres dementes, para sufrir toda clase de menosprecios. Dios desde esta vida premió su virtud y sus penitencias, porque la dotó del sublime don de contemplación, y tuvo un aviso celestial de que se acercaba el fin de su vida temporal, para que comenzara la que tenía preparada llena de delicias, y que nunca tiene fin. Desde que supo esto ya no se ocupó de otra cosa que de Dios, hasta que murió el 22 de Febrero del año 1297, á los cuarenta y ocho de su edad y veinte y tres de su conversión. Un grande concurso de toda cla-

se de gentes ocurrió á la habitacion de Margarita á ver y venerar su cadáver, el cual fué sepultado con grande pompa en la iglesia de San Francisco de Cortona; y después de algunos milagros que obró Dios en su tumba, justificados plenamente por la silla apostólica, permitió su culto Leon X en la diócesis de Cortona, el cual se extendió después por Urbano VIII en el año de 1623 á toda la órden de San Francisco. Ultimamente en el año de 1728 fué canonizada nuestra Santa por el Sr. Benedicto XIII, que señaló el dia 23 de este mes para su festividad.

La Epistola es del capítulo III y VIII del libro de la Sabiduría (Cantar de los Cantares).

Me levantaré y daré vueltas por la ciudad, y buscaré por calles y plazas al amado de mi alma. ¡Ay! le busqué, mas no le hallé. Encontráronme las patrullas que rondan por la ciudad. ¿Visteis por ventura al amado de mi alma? Cuando á pocos pasos me encontré al que adora mi alma: asíle y no le soltaré hasta haberle hecho entrar en la casa de mi madre, en la habitacion de la que me dió la vida. ¡Oh hijas de Jerusalem, conjuroos por las corzas y los ciervos de los campos, que no disperteis, ni interrumpais el sueño á mi amada hasta que ella quiera! Póneme por sello sobre tu corazón, póneme por marca sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte, duros como el infierno los celos: sus brasas, brasas ardientes y un volcan de llamas. Muchas aguas no han podido extinguir el amor, ni los rios podrán sofocarle. Aunque un hombre recompensa de este amor dé todo el caudal de su casa, lo reputará por nada.

El Evangelio es del capítulo XV de San Lucas.

Solían los publicanos y pecadores acercarse á Jesus para oírle; y los fariseos y escribas murmuraban de eso, diciendo: Mirad cómo se familiariza con los pecadores y come con ellos. Entonces les propuso esta parábola: ¿Quién hay de vosotros que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en la dehesa y no vaya en busca de la que se perdió, hasta encontrarla? En hallándola, se la pone sobre los hombros muy gozoso; y llegado á casa, convoca á sus amigos y vecinos, diciéndoles: Regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mía que se me había perdido. Os digo que á este modo habrá mas fiesta en el cielo por un

pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. ¡O qué muger temiendo diez dragmas, si pierde una, no enciende luz y barre bien la casa, y lo registra todo hasta dar con ella? Y en hallándola, convoca á sus amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo que ya he hallado la dragma que habia perdido. Así os digo yo, que harán fiesta los ángeles de Dios, por un pecador que haga penitencia.

MEDITACION.

Sobre cómo venga Dios el pecado mortal.

Considera que el cielo y el infierno conspiran á hacernos comprender el aborrecimiento que Dios tiene al pecado mortal, con las venganzas, que por este motivo ha ejecutado su Magestad. El cielo, por el modo con que destrerró de él á los ángeles rebeldes. El infierno, por los tormentos que hace sufrir á tantos infelices por un solo pecado mortal. Una multitud casi sin número de ángeles, esto es, de criaturas muy perfectas, precipitadas al infierno á una desgracia infinita y eterna, por un Dios infinitamente justo, infinitamente misericordioso, por un solo pecado, por un pecado de pensamiento, por un pecado de vanidad, por un pecado de un momento, me hacen concebir mas lo que es Dios, y lo que le ofende un pecado mortal. ¿Pues cuál es mi cogtedad de cometerle con tanta facilidad, y aun de hacer del mismo pecado mi dicha? Dios siendo justo no castiga al pecador mas de lo que él merece. Dios misericordioso le castiga siempre ménos de lo que merece: no obstante castiga un pecado con un infierno. Saca de aquí lo que será el pecado.

Considera que aun desde esta vida castiga Dios el pecado, y venga su Magestad ofendida de un modo terribilísimo. No contemplemos ya las desgracias y males temporales, sumamente acerbos, de que muchas veces vemos cercado al pecador, que es perseguido por la justa indignacion de un Dios vengador de sus ofensas: males en cuya comparacion la muerte misma es un recurso apetecible, y su memoria el lenitivo mas cordial de un hombre atribulado. No contemplemos, pues, castigos de esta clase: contemplemos, sí, el mayor y mas terrible que puede venir sobre el pecador impenitente, que es el abandono de un Dios que calla y deja al pecador en su estado, permitiendo que lo aumente y multiplique, para castigar el pe-

cado con el pecado mismo. ¡Oh Dios, y qué castigo! En el rigor de vuestra ira santa, en la vehemencia de vuestra cólera, en vuestra tremenda indignacion, vos mismo no habeis podido hallar una pena, un castigo semejante á esta pena á este castigo. El es como una copa del veneno mas fuerte y mas activo, dado á un hombre que, en la embriaguez de sus criminales excesos, la bebe hasta las heces, sin saber lo que bebe, y al otro instante se encuentra destituido de la vida.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh, no me deis á mí semejante castigo! Mas ántes apurad las saetas todas de males temporales, con que flechais y heris al pecador, para que destituido de la fuerza fatal que le trajo al exceso de ofenderos, se os rinda al fin, y dé á vuestra misericordia el triunfo y la victoria. Si, Dios mio; aquí quemad, aquí cortad, aquí no perdoneis, para que me perdoneis eternamente.

JACULATORIA.

Aquí corta, ó Señor, aquí abrasa, aquí no perdones, á fin de que me perdones para la eternidad.

LECCION.

Sobre la causa de la pasion y muerte de Cristo.

Si hay en el hombre gratitud y amor á su verdadero bien, debe emplear todo su discurso, y ocupar su atencion toda en la mas seria y profunda meditacion de las causas que lo fueron de la pasion y muerte de Jesucristo. Desde luego se presenta á nuestra consideracion el pecado, el horrendo pecado, como causa motiva, atrayendo sobre el Unigénito del Padre toda la pena de su justicia para castigo de quien, siendo la inocencia misma, toma sobre sí nuestras culpas para satisfacer de condigno como nuestro fiador. *Puso el Señor sobre él, dice el Profeta Isaias, las iniquidades de todos nosotros.* ¿Y para qué? Ya lo habia dicho ántes; para sufrir la pena que nosotros merecíamos: *Yo le he herido por el pecado de mi pueblo.* He aquí la causa de su pasion y muerte afrentosísima. El aparece como pecador: *él se hace por nosotros maldito, dice el Apóstol.* Si no hubiéramos pecado, no padeciera ni muriera Cristo,

Pero alguno dirá: Dios podía remitir la deuda ó contentarse con la satisfacción que pudieran darle, no de condigno, pero sí de congruo, los hombres que somos los verdaderos reos y responsables á la justicia del Eterno: ¿Por qué, pues, descarga el golpe de su espada sobre su mismo Hijo? ¡Ah! ¡qué ingrato sería quien así, discurriese! Le mostraría no reconocer aquella misericordia que fué, se puede decir, la única causa de nuestra reparación, por la pasión y muerte de Cristo; porque podía haberse quedado la culpa viva, y el pecador sin remedio; pero esto no lo sufre el amor del Padre y del Hijo, porque es tan grande, tan vehemente, tan fino, que hace que el mismo Padre *no perdona á su propio Hijo*, como dice el Apóstol; sino que lo entregue á los tormentos y á la muerte por todos nosotros, y que el mismo Hijo ponga su alma por librarnos del pecado, ¡pero cómo entrega el divino Padre á su Hijo muy amado? ¿Cómo! Preordenando su pasión, y que ésta sea para nuestra salud: inspirándole la voluntad de padecer por nosotros, y no defendiéndolo de la pasión, sino exponiéndolo á sus perseguidores. ¡O cuánto debemos al amor que el Padre celestial nos tiene! Pero no nos contentemos con esta reflexión que excita nuestra gratitud; profundicemos el asunto.

La preordenación de la pasión de Cristo nos hace notorio un decreto que Cristo obedece. ¿Quién puede dudarle? El mismo Salvador, después de haber declarado que tenía potestad de deponer su alma y de volverla á tomar, dice: *Este mandato recibí de mi Padre*; y al conducirse al lugar de su pasión, dice á sus discípulos: *Con arreglo al mandato que me dió mi Padre, procedo: levantaos; vamos.* ¿Pero qué se sigue de aquí? ¿Que Cristo carece de libertad? Que padece obligado de una necesidad absoluta de que no puede excusarse! Nada de eso. Cristo obedece, es verdad; porque como dice el Apóstol, *se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*; pero esta obediencia no menoscaba su libertad, porque es voluntaria. *El se ofreció*, dice Isaías, *porque él mismo quiso ofrecerse*; y San Pablo dice: *Cristo, nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros*. De aquí es que reconocemos al amor como causa de la pasión de Cristo; porque nos amó el Padre celestial, nos dió á su Hijo; porque nos amó este Hijo divino, se entregó á sí mismo. Libre fué el Padre y libre fué el Hijo para hacernos este beneficio; pero su amor los movió á dispensármolo.

Pues si esto es así, no podrán decirse los perseguidores de Cristo

causa de su pasión y muerte; ¡Ah! ¡qué error sería discurrir de esta manera! Porque ellos en efecto fueron la causa *directa*, poniendo la causa suficiente de su muerte con intención de privarlo de la vida, y siguiéndose el efecto. Cristo solo fué causa *indirecta* de su muerte en cuanto no impidió, como podía; sino que aceptó los tormentos con que sus enemigos se la causaron. Así también en el Padre celestial, permitiendo solo aquellas acciones de los judíos y gentiles con que atormentaron á su Hijo Santísimo hasta causarle la muerte; pero no preordenándolas en cuanto eran pecaminosas, porque Dios no es ni puede ser autor del pecado, que únicamente procede de la malicia del hombre, por el abuso que hace de su libre albedrío para satisfacer sus desordenadas pasiones. Así es que de ningún modo pueden excusarse los judíos y gentiles que atormentaron á Cristo, principalmente aquellos, pues con la intención clara y manifiesta de privarlo de la vida se lo entregaron á Pilato, y expresa y terminantemente le pidieron su muerte, haciéndose responsables á su sangre cuando Pilato rehusaba dar la sentencia: hecho innegable por el que, á mas de los precedentes, fueron desde luego reconocidos y tenidos por autores de la muerte de Cristo, como se los hizo ver é imputó públicamente y con mucha justicia el Príncipe de los Apóstoles por repetidas veces.

Mas no solo fueron causa, sino causa *culpabilísima*, porque en manera alguna pueden excusarse de su gravísimo pecado. La multitud y grandeza de los milagros de Jesucristo, la santidad admirable de su vida, la bondad y excelencia de su doctrina, y el testimonio expreso que dió su divino Padre, acreditan su divinidad y la verdad de su misión, en calidad de Mesías y Redentor, y por consiguiente hacen inexcusables á sus perseguidores. Verdad es esta proferida por el mismo divino Salvador: *Si no hubiera venido, había dicho y no les hubiera hablado, no tendrían culpa; pero ahora, es decir, habiendo venido y habládolos, no tienen excusa de su pecado*. Y después añadió: *Si no hubiera hecho entre ellos obras que ninguno otro hace, no tendrían pecado*; pero las hizo y por tanto son inexcusables.

Es verdad que, como siente Santo Tomás, los plebeyos, el comun del pueblo que no subja los misterios de la Escritura, no conoció con toda claridad que Jesucristo era el Mesías prometido y ungido del Señor; pues aunque habian dudado si lo era, al ver prodigios y maravillas tan estupendas como hacían, fueron después engañados por sus príncipes que los hicieron creer lo contrario. Estos príncipes,

es decir, los doctores, sacerdotes y aun los fariseos, si conocieron que era Cristo el Mesías prometido en la ley, porque veían en él todas las señales que los profetas predijeron de él mismo; pero ni unos ni otros, dice el Angélico Doctor, conocieron que era Dios é Hijo natural de Dios, según lo que dijo el mismo Jesucristo: *No conocieran á mi Padre ni á mí.* Mas había la diferencia entre ambos, de que la ignorancia de los principes no los excusaba enteramente del decido, porque era ignorancia errata y en cierto modo afectada, pues veían señales evidentes de la divinidad de Cristo; pero las pervertían por el odio y la envidia que contra él habían concebido, y no querían dar crédito á sus palabras con que afirmaba ser Hijo de Dios: con lo que pusieron el sello á su reprobacion, según lo que dice Jesucristo, que el que *no quiere creer, ya está juzgado.*

Mucho hay que decir acerca de esta materia; pero los estrechos límites de nuestras lecciones nos obligan á terminarla con la reflexión de que lo que por nuestro amor hizo Cristo, para nuestro bien lo hizo; queremos decir, que la pasión y muerte á que por nosotros se entregó, es la causa universal suficiente para la redención de los pecados de todo el género humano; la cual sin embargo, para que tenga efecto en nosotros, debe sernos aplicada por nuestra verdadera conversión á Dios, que consiste en apartarse de lo malo y abrazar lo bueno, doliéndonos de nuestras culpas, y haciendo por ellas la debida penitencia. Si la hacemos, por la pasión de Cristo somos libres del pecado, de la potestad del diablo y de la pena eterna debida á nuestras culpas: somos reconciliados con Dios, porque se quita la causa de la enemistad, que era el pecado; y borrado éste, se nos abren las puertas de los cielos. Todo esto puede causar la pasión y muerte de Cristo; pero para que lo cause en efecto, debe ser aplicada como hemos dicho, por la debida recepción de los sacramentos y por las buenas obras, así como una medicina, por eficaz que sea, no obrará su efecto, si no se aplica en la debida forma.

He aquí en la pasión de Cristo la salud del género humano. Él la obró por modo de mérito; porque Cristo tuvo gracia, no solo como singular hombre, sino como cabeza de los otros; y por tanto, nos mereció la salvacion como á miembros de su místico cuerpo. Ella obró nuestra salud por modo de satisfaccion, porque Cristo padeciendo, dió como cabeza nuestra á Dios, aun mas de lo que exigía la recompensa de toda la ofensa del género humano: lo primero, por la grandeza del amor con que padecía; lo segundo, por la dignidad

de su vida que daba, que era vida de Dios y hombre; lo tercero, por la generalidad de la pasión y magnitud del dolor: todo lo que, procediendo de una persona divina, daba un valor infinito á su pasión, tanto en lo satisfactorio como en lo meritório.

Obró tambien la pasión de Cristo nuestra salud por medio de sacrificio, porque fué oblation de cosa sensible, con verdadera immolation, como fué la separacion del alma y del cuerpo, y efusion de la sangre hecha en honor de Dios, en reconocimiento de su supremo dominio y para aplacarlo. La obró finalmente, por modo de redencion, porque fué suficiente y superabundante satisfaccion por el pecado y reato de pena. Dió en efecto Jesucristo el precio de nuestra redencion; pero este precio es nada ménos que su misma alma: así lo dijo el Redentor divino á sus discípulos: *El Hijo del Hombre vino á dar su alma para la redencion.* Reflexionemos bien esto para que sepamos apreciar nuestras almas, y agradecer á nuestro Redentor el infinito beneficio de su amarguísima pasión.

♦♦♦♦♦

DÍA VEINTE Y TRES.

San Florencio, confesor, y San Pedro Damiano.

SAN FLORENCIO.

Nació San Florencio en la ciudad de Sevilla en España, por el año de 432. Sus padres, nobles por su linage é ilustres por su piedad, se esmeraron en educarlo conforme á las máximas del Evangelio. Así es que desde los primeros años de su juventud respaldó en virtudes; y progresando en la santidad, se halló con la fortaleza suficiente para confesar el nombre de Jesucristo. Ignoramos cuáles hayan sido las circunstancias de este glorioso combate, y cañ todos los portadores de su preciosa vida; pues de la inscripcion que se encuentra en la caja de sus reliquias, solo consta que murió con la muerte de los justos, á los cincuenta y tres años de su edad, en 23 de Febrero del año 485, y que lo tuvieron sin enterrar hasta el 13 de Marzo, sin que el santo cadáver padeciese corrupcion alguna, expuesto todo este tiempo á la veneracion de los fieles.

La Iglesia santa de Sevilla, que hace hoy una especial memoria de nuestro Santo, escogió este dia para celebrar su fiesta, por haber sido el de su dichosa muerte, y es creible que en la misma haya co-

es decir, los doctores, sacerdotes y aun los fariseos, si conocieron que era Cristo el Mesías prometido en la ley, porque veían en él todas las señales que los profetas predijeron de él mismo; pero ni unos ni otros, dice el Angélico Doctor, conocieron que era Dios é Hijo natural de Dios, según lo que dijo el mismo Jesucristo: *No conocieran á mi Padre ni á mí.* Mas había la diferencia entre ambos, de que la ignorancia de los principes no los excusaba enteramente del decido, porque era ignorancia errata y en cierto modo afectada, pues veían señales evidentes de la divinidad de Cristo; pero las pervertían por el odio y la envidia que contra él habían concebido, y no querían dar crédito á sus palabras con que afirmaba ser Hijo de Dios: con lo que pusieron el sello á su reprobacion, según lo que dice Jesucristo, que el que *no quiere creer, ya está juzgado.*

Mucho hay que decir acerca de esta materia; pero los estrechos límites de nuestras lecciones nos obligan á terminarla con la reflexión de que lo que por nuestro amor hizo Cristo, para nuestro bien lo hizo; queremos decir, que la pasión y muerte á que por nosotros se entregó, es la causa universal suficiente para la redencion de los pecados de todo el género humano; la cual sin embargo, para que tenga efecto en nosotros, debe sernos aplicada por nuestra verdadera conversion á Dios, que consiste en apartarse de lo malo y abrazar lo bueno, doliéndonos de nuestras culpas, y haciendo por ellas la debida penitencia. Si la hacemos, por la pasión de Cristo somos libres del pecado, de la potestad del diablo y de la pena eterna debida á nuestras culpas: somos reconciliados con Dios, porque se quita la causa de la enemistad, que era el pecado; y borrado éste, se nos abren las puertas de los cielos. Todo esto puede causar la pasión y muerte de Cristo; pero para que lo cause en efecto, debe ser aplicada como hemos dicho, por la debida recepción de los sacramentos y por las buenas obras, así como una medicina, por eficaz que sea, no obrará su efecto, si no se aplica en la debida forma.

He aquí en la pasión de Cristo la salud del género humano. Él la obró por modo de mérito; porque Cristo tuvo gracia, no solo como singular hombre, sino como cabeza de los otros; y por tanto, nos mereció la salvacion como á miembros de su místico cuerpo. Ella obró nuestra salud por modo de satisfaccion, porque Cristo padeciendo, dió como cabeza nuestra á Dios, aun mas de lo que exigía la recompensa de toda la ofensa del género humano: lo primero, por la grandeza del amor con que padecía; lo segundo, por la dignidad

de su vida que daba, que era vida de Dios y hombre; lo tercero, por la generalidad de la pasión y magnitud del dolor: todo lo que, procediendo de una persona divina, daba un valor infinito á su pasión, tanto en lo satisfactorio como en lo meritório.

Obró tambien la pasión de Cristo nuestra salud por medio de sacrificio, porque fué oblation de cosa sensible, con verdadera immolation, como fué la separacion del alma y del cuerpo, y efusion de la sangre hecha en honor de Dios, en reconocimiento de su supremo dominio y para aplacarlo. La obró finalmente, por modo de redencion, porque fué suficiente y superabundante satisfaccion por el pecado y reato de pena. Dió en efecto Jesucristo el precio de nuestra redencion; pero este precio es nada ménos que su misma alma: así lo dijo el Redentor divino á sus discípulos: *El Hijo del Hombre vino á dar su alma para la redencion.* Reflexionemos bien esto para que sepamos apreciar nuestras almas, y agradecer á nuestro Redentor el infinito beneficio de su amarguísima pasión.

DIÁ VEINTE Y TRES.

San Florencio, confesor, y San Pedro Damiano.

SAN FLORENCIO.

Nació San Florencio en la ciudad de Sevilla en España, por el año de 432. Sus padres, nobles por su linage é ilustres por su piedad, se esmeraron en educarlo conforme á las máximas del Evangelio. Así es que desde los primeros años de su juventud respaldó en virtudes; y progresando en la santidad, se halló con la fortaleza suficiente para confesar el nombre de Jesucristo. Ignoramos cuáles hayan sido las circunstancias de este glorioso combate, y cañ todos los portadores de su preciosa vida; pues de la inscripcion que se encuentra en la caja de sus reliquias, solo consta que murió con la muerte de los justos, á los cincuenta y tres años de su edad, en 23 de Febrero del año 485, y que lo tuvieron sin enterrar hasta el 13 de Marzo, sin que el santo cadáver padeciese corrupcion alguna, expuesto todo este tiempo á la veneracion de los fieles.

La Iglesia santa de Sevilla, que hace hoy una especial memoria de nuestro Santo, escogió este día para celebrar su fiesta, por haber sido el de su dichosa muerte, y es creible que en la misma haya co-

menzado el culto inmemorial con que ya se hallaba á mediados del siglo XV, y dura hasta el presente. Algunos confunden á este Santo con otro del mismo nombre que fué martirizado en Tíle, por creer que este lugar pertenece al territorio de Sevilla; pero no es sino de la Galia en donde lo colocan los mártirologios.

San Pedro Damiano.

La primera educación de la grande antorcha de la Iglesia, S. Pedro Damiano, que nació en Ravenna el año de 988, no correspondió á los importantes servicios que le debió el catolicismo, pues apenas nacido, aunque descendiente de una familia honrada, é hijo legítimo, fue expuesto fuera de la casa paterna, reducido despues á la mendicidad, y cuando lo recogió un hermano suyo, tratado con dureza y desuido, al grado de ponerlo á guardar cerdos.

De este estado de abyeccion lo sacó su otro hermano llamado Damiano, de quien tomó el nombre nuestro Santo, y mirando su inclinacion á los estudios, le proporcionó los medios para dedicarse á ellos, y aunque ya habia salido de la juventud, arrojó tanto á sus compañeros, que bien pronto se puso en estado de poder enseñar á los demas; ocupacion que al mismo tiempo que le proporcionó bastante dinero, tambien por el cambio de fortuna principió á ser combatido de grandes tentaciones contra la castidad, que lo movieron para no verse vencido, á ocurrir á la continua oracion, á la limosna, austeridades corporales, y al retiro de todos los objetos que miraba como peligrosos.

Sin embargo, deseando romper completamente con el mundo, se helaba por abrazar la vida monástica; pero lejos de su patria. Estando en estos pensamientos se encontró con dos solitarios de Pont-Avellana, y edificada de su virtud, resolvió acompañarlos al lugar de su retiro, que era una ermita en la Umbria al pie del monte Apentino, fundada veinte años antes por el venerable Ludolfo, donde se practicaba con el mayor fervor toda clase de observancias austeras, unidas al ejercicio de las mas sólidas virtudes. Nuestro Santo abrazó gustoso una regla tan conforme á sus deseos, y presto asombró su zeloso empeño por la perfeccion, no pudiéndose decidir fácilmente, si sus crueses penitencias, su soledad y devocion, eran mas admirables que su profunda humildad, su ciega obediencia, su inalterable paciencia, su ardiente caridad al prójimo y su encendido amor de Dios.

Méritos tan relevantes obligaron á sus superiores á encargarle la instruccion de los religiosos, no solo de su monasterio, sino tambien de los de Pomposa y San Vicente, y concluida esta mision, á aceptar el de abad del mismo de Pont-Avellana, empleo que desempeñó con tanto tino y sabiduria, que salieron de su escuela multitud de Santos, entre los que se conocen á San Rodolfo, obispo de Gubbio, á Santo Domingo el Lorigado, y á San Juan de Lodi, obispo tambien de Gubbio, que escribió su vida.

La reputacion de nuestro Santo bien pronto se difundió por todo el mundo. Los papas Gregorio VI, Clemente II, Leon IX, Victor II, y un gran número de obispos, se sirrieron con buen suceso de sus luces, y muchas veces lo obligaron á salir de su desierto para valerse de sus consejos y de su pluma. Estévan IX, en fin, unido á muchos prelados, lo forzaron á consentir, aun usando de su autoridad pontificia el primero, á aceptar el capelo de cardenal, y lo ordenó obispo de Ostia.

Colocada esta brillante luz sobre mas elevado candilero, dió mayor esplendor; no limitándose su solicitud pastoral al bien de su rebaño, sino comunicándose á toda la Iglesia de Jesucristo, á la que prestó los mas importantes servicios en circunstancias muy difíciles y comprometidas. Opusosa el anti-papa obispo de Velletri, que tomó el nombre de Benedicto X, cuya eleccion habia sido simoníaca; y de orden del legitimo pontífice Nicolas II, que sucedió á este usurpador, se dedicó á combatir en diversas diócesis el vicio de la simonia y otros desórdenes, á restablecer la disciplina eclesiástica en general, y reformar las costumbres de los particulares, no sin graves peligros, como le sucedió en Milan, donde solamente su suavidad y prudencia, pudieron libertarlo del furor del populacho, estimulado por algunos perversos.

Ni fué éste el único negocio en que se ocupó con fruto en servicio de la Iglesia, antes bien puede decirse que en su tiempo ésta se gobernaba bajo su direccion, siendo el consultor de los papas, el oráculo de los obispos, la luz de los reyes y la guía de varios particulares de consideracion, á todos los cuales instruía y dirigía, tanto de palabras como con sus sabios escritos. Tan relevantes servicios hicieron al papa Nicolas denegar á nuestro Santo el permiso que con muchas veces le pedía para volver á su antigua soledad y retiro, lo mismo que á su sucesor Alejandro II, á quien fué no ménos útil su presencia, pues habiéndose suscitado por segunda vez cisma

por la usurpacion del obispo de Parma, que se nombraba Honorio II, la pluma de Pedro en las cartas que remitió al príncipe Enrique y á los principales prelados de Alemania, su elocuencia en los concilios reunidos con este motivo, y su zelo y valor en este negociado, hicieron triunfar al legitimo pontífice de los esfuerzos de los partidarios del anti-papa. Pasó despues en calidad de legado del mismo Alejandro á Francia y otras partes, desempeñando así estas como otras negociaciones, del modo mas glorioso á los intereses de la Santa Sede.

Concluida esta comision, alcanzó nuestro Santo el permiso de retirarse á su soledad de Font-Avellana, volviendo á sus antiguos ejercicios monásticos con el mismo fervor con que ántes se habia entregado á ellos; y en esa época fué cuando se entregó á combatir los abusos que atacaban á la religion y á la disciplina por medio de sus escritos, en los que se observa claridad, soltura y energia, tanto como admira su zelo por la reforma de los vicios, especialmente al de la simonía; su ardor por el fiel desempeño de los deberes de los eclesiásticos y monges, su empeño por la dignidad con que debía desempeñarse la oracion pública, y su afliccion por la decadencia de espíritu monástico. *Trasmitamos*, decia á los religiosos relajados, *trasmitamos á la posteridad los ejemplos de virtud que nos han dejado nuestros padres*. ¡Ah! ¡Que esta exhortacion no se aparte de la memoria de nuestros regulares; que la recuerden sin cesar; hoy que tan contrariados y perseguidos se miran todas las comunidades, olvidado el mundo de los servicios importantes que les debe!

No permaneció Pedro dilatado tiempo en su amado retiro: en el año de 1063 volvió á salir de él de orden del Papa, para trasladarse á Francia en clase de su legado, á fijar los límites de algunos obispados, juzgar y castigar á varios simoniacos, en cuyo asunto se granjeó la aprobacion general por el tino y prudencia con que se manejó y el feliz éxito de tan delicada comision. Algun tiempo despues pasó á Alemania á otro negocio no ménos espinoso, que era impedir el divorcio que solicitaba su rey Enrique IV, para lo que el pontífice lo nombró presidente del concilio que debía rennirse para estorbar tal escándalo. Logrólo evitar nuestro Santo, asociado de los obispos que se habian juntado en Francfort y de otros muchos señores de la corte, convenciendo al rey de la injusticia de su proyecto,

apartando así de su persona este oprobio, y haciéndolo volver al camino del honor.

Regresó nuestro Santo otra vez á su soledad; pero bien pronto tuvo que salir para ir á Ravena, á remediar varios desórdenes, como lo consiguió reduciendo á los delincentes á pedir penitencia. Las fatigas de este último viage acabaron con las fuerzas de un cuerpo agobiado por la vejez y debilitado por las largas austeridades; Pedro Damiano volviendo á Roma fué atacado de la fiebre en el monasterio de Nuestra Señora de Faenza, y murió allí el 22 de Febrero de 1027, de edad de ochenta y tres años; y habiendo los habitantes de esta ciudad obtenido permiso de tributarle culto público, trasladaron su fiesta al dia siguiente del en que se celebra la cátedra de San Pedro en Antioquia.

La Epistola es del capítulo XLIV y XLV del Libro de la Sabiduría (Eclesiástico).

El Señor echó su bendicion sobre la cabeza del justo; por eso le entregó la tierra hereditaria, y la repartió entre las doce tribus. Y halló gracia en los ojos de toda carne. Hizolo grande y terrible á sus enemigos, y con sus palabras amanzó los monstruos. Glorificólo en presencia de los reyes; dióle preceptos que intimase á su pueblo, y le mostró su gloria. Santificólo en su fé y en su mansedumbre, y lo eligió de entre toda carne. Y públicamente le dió sus preceptos, y ley de vida ó de ciencia, y le ensalzó. Hizo con él una eterna concierta, y lo citó con el cluto de la justicia, y lo adornó el Señor con corona de gloria.

El Evangelio es del capítulo XV de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Esto es mi mandamiento, que os améis unos á los otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que éste, dar uno su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hicierais las cosas que yo mando. Ya no os diré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor. Mas os he dicho amigos, porque os he dicho todas las cosas que he oido á mi Padre. No me elegisteis vosotros á mí; mas yo os he elegido á vosotros, y os he establecido para que veáis y saqueis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidierais al Padre en mi nombre os lo dé.

MEDITACION.

Sobre la resignacion á la voluntad de Dios.

Considera cuán dichosa es el alma que se entrega á la voluntad de Dios! Qué segura puede estar de que Dios no la abandonará, aun cuando todas las criaturas la abandonen! Si Dios la defiende, ¿quién la puede dañar? San José esprimoso modelo de este perfecto y santo abandono. La perfeccion de esta virtud consiste primeramente en abandonarse enteramente á la disposicion de Dios, aun cuando parece mas contraria á nuestros intereses á inclinaciones: nuestra principal, ó por mejor decir, nuestra única inclinacion debe ser, seguir la de Dios. Un ángel manda á José de parto de Egipto, huir con Jesus á Egipto: todas las razones parece que persuadian á José quedarse en Judea; sus intereses, su inclinacion, sus parientes, sus amigos, su establecimiento, su reposo, su necesidad, y la facilidad de ganar su vida, que era como otras tantas cadenas que le detenian, pero las rompió todas sin dudar ni tardar un solo instante. El ángel le dijo la voluntad de Dios; con que no atiende ni á su conveniencia, ni á su inclinacion, ni le queda otra que la de ejecutar esta voluntad.

Considera que nada hacemos con entregarnos á la disposicion de Dios, aun cuando parece mas contraria á nuestros intereses, si no la seguimos cuando la hallamos contraria á nuestro discurso. La voluntad de Dios es la única razon para un hombre perfectamente resignado. Cualquiera otra que le alegue, disminuye á su parecer su mérito, disminuyendo lo perfecto de su resignacion. No se lo daría todo á la voluntad de Dios, si dejase algo para el discurso. Nuestra fe jamas es tan perfecta como cuando creamos las verdades, no solo que no conocemos, sino las que se oponen á las experiencias de nuestros sentidos y á nuestros principios aparentes. De la misma manera nuestra resignacion nunca es tan perfecta, como cuando nos abandonamos á la orden de Dios; aun cuando parece contraria á nuestros discursos. Estas son momentáneas victorias de nuestra debilísima razon, que se encuentra asimismo cercada de nieblas é ignorancia; y la razon divina es emanacion de un piñazo inmenso de sabiduria divina, incapaz de ser ofuscada por sombra alguna de error ó de ignorancia. Es verdad que nues-

tra razon no la alcanza; pero esto proviene de la misma luz divina, cuya fuerza no pueden soportar los debilísimos ojos de nuestra alma; así como los de nuestro cuerpo no pueden sufrir la del disco del sol. ¿Hay por ventura nieblas en el sol? Ciertamente que no. ¿Pues cómo se nos oscurece cuando lo contemplamos de hito en hito? ¡Ah, que las nieblas están en nuestros ojos lastimados por la actividad y vehemencia de la luz solar! No de otro modo se esconde entre las sombras del misterio la razon divina, cuando nuestro miserable discurso se atreve á contemplarla con la soberbia de quererla comprender y sujetar á su cálculo.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Apartad de mí, Señor, tan abominable soberbia: vos habeis dicho que el escudriñador de la Magestad será oprimido de la gloria misma de vuestra soberanía; y yo tambien sé, que mientras mas me eleve á contemplaros, mas os sublimaréis sobre mí. Porque yo soy una criatura limitada é infinitamente pequeña en vuestra presencia; y vos sois un Dios inmenso é incomprensible, que aunque estáis á mí presentísimo, tambien distais de mí infinitamente para poderos alcanzar. Dad, pues, á vuestro siervo un corazon humilde, que abraze vuestras verdades reveladas, y las crea firmemente, aunque no las alcance ni comprenda.

JACULATORIA.

Tú, oh Señor! eres un Dios Altísimo sobre toda la tierra.

LECCION.

Sobre la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo.

La importancia del dogma cristiano de la resurreccion del Salvador, contenido en la segunda parte del artículo quinto del Credo, se conoce bastante por aquellas palabras que dirige el Apóstol San Pablo á su discípulo Timoteo: *Acuérdale que el Señor Jesucristo, del linaje de David, resucitó de los muertos, según mi Evangelio... Fiel palabra; pues si somos muertos con él, tambien con él viviremos: si sufríremos, tambien con él reinaremos: si le negáremos, él tambien nos negará: si no creemos, él permanece fiel: no puede negarse á sí mismo. Amonesta estas cosas, dando testimonio delante del Señor. Huye de contiendas de palabras,*

que para nada aprovechan sino para trastornar á los que las oyen. En estas expresiones nos indica el Apóstol la necesidad que tenemos de creer y confesar á Jesucristo resucitado, imitándolo en sus sufrimientos si queremos resucitar con él. Para creer, pues, este misterio, y para dar testimonio de él delante del Señor y de los hombres, verémos en qué consiste, y cuál es la imitación que exige de nosotros el Apóstol, examinando despues lo que nos dice la revelacion sobre este punto fundamental y sobre esta base indestructible de la religion cristiana, á fin de conocer la inmediata conexcion que tiene la resurreccion de Jesus con su divinidad, y cómo este milagro magnífico confirma la verdad del cristianismo, que ya manifestamos en un principio, de un modo el mas sólido, firme é incontestable.

Habiendo Jesucristo vida nuestra, satisfecho plena y superabundantemente con su muerte á la justicia divina ofendida por el linage humano, era muy justo que volviese á su estado natural. La situacion de abatimiento, de humillacion y de trabajos, era á la verdad un estado muy extraño y violento, y que en manera alguna convenia á Jesucristo. Se habia sujetado á él voluntariamente para redimir á los hombres; pero ejecutada ya la redencion, era necesario que las humillaciones tuviesen término, y que á los padecimientos sucediesen los goces y las glorias debidas al vencedor de la culpa y del demonio. *Jesucristo ha resucitado en verdad*; es decir, se ha vuelto á unir al cuerpo su alma que se habia separado de él por la muerte, y ha salido glorioso é inmortal del sepulcro: no es dado á la humana naturaleza comprender esa vida gloriosa á que pasó en el instante de la resurreccion, en que el alma de Cristo se unió para no separarse jamas de su cuerpo. La Omnipotencia divina manifestó toda su magnificencia para enriquecer y adornar la santa humanidad de Jesus, á quien *fué dada toda la potestad en el cielo y en la tierra*; y no podemos dudar que los dones que Dios le comunicó, solo pueden calcularse formando una sola idea del afecto con que ama Dios á su Hijo, y de lo que éste habia merecido por las penas que sufrió unido á aquel cuerpo entonces mortal. Así es que la potestad dada á Jesucristo en el cielo y en la tierra, debe entenderse que no fué aquella que tiene como propia en quanto Dios, sino que se dió á su humanidad santa como recompensa de su pasion y muerte. Mediante esta potestad, fué constituido Soberano de todas las criaturas para disponer de ellas; de suerte, que este es un nuevo

derecho, por el que pertenecemos á Jesucristo temporal y espiritualmente, sin que criatura alguna pueda substraerse de este especial dominio igualmente lo que constituyó Dios al principio de todas sus gracias y castigos; por lo que quanto sucede en la vida de los hombres, es efecto de su misericordia ó su justicia. La misma resurreccion del Hombre Dios es un rasgo patente de esa infinita misericordia. Los hombres necesitaban que se les mostrase en la persona del Redontor, cuáles debian ser los efectos de la libertad que les habia adquirido con su muerte, y cuál el objeto adonde deberian dirigir sus esperanzas: necesitaban igualmente que se les enseñase con toda claridad el fin á que estaban destinados, y la abundancia de gloria que preparaba Dios á sus santos. Jesucristo nos habia redimido, no solo segun el alma sino tambien segun el cuerpo; convenia por tanto, que él mismo se presentara á nosotros como el modelo mas perfecto y acabado de nuestra redencion, á cuya vista se excitase nuestra esperanza, de que así como él habia resucitado lleno de gloria y magestad á aquel mismo cuerpo que habia sido clavado y muerto en una cruz por la salvacion de los hombres, así tambien resucitará los de cada uno de nosotros en el último de los dias, aunque ántes tengan que sujetarse por una vez al imperio de la muerte.

La resurreccion, pues, del Salvador, debe ser el modelo de nuestra resurreccion espiritual; y la vida de Jesucristo resucitado en su carne, el original de la vida de un cristiano resucitado en el espíritu. Dos ejemplos debemos tomar de la resurreccion del Salvador. El primero es, que así como Cristo resucitó y no innere mas, un cristiano regenerado espiritualmente despues de muerto al pecado, debe resucitar á una nueva vida que se haga distinguir desde luego por la integridad de sus costumbres, en que brillen la inocencia, la santidad, la modestia, la justicia, la beneficencia y la humildad. El otro es que, establecido este nuevo régimen de vida, "perseveremos, como dice el catecismo del concilio de Trento, de manera que no nos separemos, con el auxilio de Dios, del camino de la justicia en que una vez entramos. Porque las palabras del Apóstol no solo demuestran que la resurreccion de Cristo se nos propone por ejemplo de la resurreccion, sino que tambien declaran que nos da la virtud de levantarnos, y nos proporciona fuerzas y vigor para permanecer en la santidad y en la justicia, y para guardar los preceptos de Dios. Porque á la manera que de su muerte no solo tomamos el ejemplo para morir al pecado, sino que tambien sacamos la

virtud para morir á él; así tambien su resurreccion nos da fuerzas para conseguir la justicia, y para andar despues venerando á Dios piadosa y santamente en la nueva vida, á la que hemos resucitado."

Al resucitar el Salvador del mundo segun el cuerpo, entró en una vida inmortal, del todo exenta de miserias; absolutamente separada del mundo, sin participar de su corrupcion, libre completamente de la servidumbre de las demas criaturas, exclusivamente dedicada á Dios, y que preservada por último de todos los esfuerzos de la malicia humana, lo hace bajo de cierto aspecto, insensible á sus ultrajes, poniéndolo en quieta posesion de una dicha perpetua, de la mas inalterable felicidad; tal es el modelo que propone el Apóstol para la imitacion de los fieles que han resucitado del pecado á la gracia. Despues de haber renunciado á la malicia del pecado, quiere que jamas volvamos á él, que nuestra nueva vida sea tan inmortal como la de Jesucristo; que en ella no nos ocupe el amor de las criaturas, sino unicamente el de Dios; que seámos una masa nueva y nuevas criaturas segun la santidad de Dios; que vivamos y caminemos en espíritu, que renunciemos á la carne, y que de dia en dia se aumente nuestra renovacion. Esta es la idea de un verdadero cristiano resucitado á la gracia.

Mas para conocer si verdaderamente hemos resucitado con Cristo, segun el espíritu, tenemos algunas señales tan seguras é inequívocas, que quitan toda duda, como que son tomadas de la palabra divina. Dirigiéndose San Pablo á los colosenses, les dice: *Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado á la diestra de Dios: pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra; porque estais ya muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando apareciere Cristo, que es vuestra vida, entónces tambien vosotros apareceréis con él en gloria. Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: mortificad impureza, lascivia, deseos malos y avaricia, que es servicio de ídolos, por las cuales cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la incredulidad. En las cuales, vosotros tambien andabstis en otro tiempo cuando viviais en ellas. Mas ahora dejad tambien vosotros todas esas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras torpes de vuestra boca. No insistáis los unos á los otros; despojados del hombre viejo con sus hechos, revistiéndoos de nuevo de aquel que se renueva por el conocimiento conforme á la imágen de aquel que lo crió. De aquí se infiere cla-*

ramente, que los que desprecian la vida, los honores, las comodidades, las riquezas por Cristo, y que solo buscan las cosas de arriba, verdaderamente han resucitado con él: los que solo encuentran gusto en las cosas celestiales y no en las terrenas, han resucitado con él mismo, y para resucitar á la gloria, ya nos indica finalmente el Apóstol que la única senda es la de la mortificacion de las pasiones.

La resurreccion del Salvador, por otra parte, á la vez que nos sirve de modelo para arreglar la conducta de nuestra vida, es igualmente el apoyo mas firme y el objeto mas interesante de nuestra esperanza, el móvil de nuestros deseos, y el consuelo único en medio de los males y de las aflicciones que por todas partes nos rodean en este valle de lágrimas. La razon es porque Jesucristo nuestro Redentor no resucitó solamente para sí, sino tambien para entrar, como cabeza de sus miembros y primogénito de sus hermanos, en aquella misma herencia que nos espera, y en la que se nos ha ofrecido tendríamos parte todos los cristianos que voluntariamente no la renunciemos por preferir á ella los deleites y bienes miserables de la tierra. Jesucristo con su resurreccion ha tomado posesion de las riquezas inexplicables que forman esta herencia, y es nuestro depositario de la parte que de ella deba tocarnos con proporcion á nuestros méritos. Aunque nuestro cuerpo se destruye por algún tiempo, hemos de poseer algun dia una inmortalidad gloriosa que nos librára de toda miseria. Tenemos la prenda de esta verdad en la resurreccion de Jesucristo, habiéndonos prometido que nos hará semejantes á sí mismo; por lo que debemos tener siempre muy presente á Jesús resucitado, con el objeto de alentar nuestra esperanza y de animarnos á despreciar todos los bienes y males de esta vida, que por grandes y molestos que sean, nunca pueden ser duraderos.

En efecto, ¿qué mayor motivo de esperanza que tener un Salvador que ha resucitado para librarnos del poder de las tinieblas? *El nos hizo dignos de participar la muerte, como dice el Apóstol San Pablo á los colosenses, de los santos en luz, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado. . . . El que es imágen de Dios invisible. . . . Y el mismo es la cabeza del cuerpo de la Iglesia que es principio, primogénito de los muertos. ¿Qué esperanza puede ser comparable con aquella vocacion con que nos convoca el Resucitado que ha sido, segun el mismo Apóstol, manifestando á sus Santos, á los cuales ha querido Dios hacer conocer las riquezas de su gloria de este misterio entre los gentiles, que Cristo es en todo*

tras la esperanza de la gloria? ¿Exista acaso algun género de confianza que sea preferible á la que debe inspirarnos nuestro Salvador, que dijo, segun el repetido Apóstol hablando á los hebreos: *No te dejaré ni desampararé jamas, de manera que digamos con confianza: El Señor es quien me ayuda, no temere cosa que me pueda hacer hombre.... Jesucristo ayer y hoy; el mismo tambien en los siglos?* Con esta firme confianza, é imitando el modelo de lo que nos presenta el Salvador en su gloriosa resurreccion, podremos resucitar con Cristo á la vida espiritual é inmortal de la gracia.

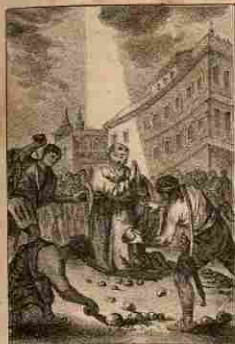
DIA VEINTE Y CUATRO.

San Matias, Apóstol, y San Modesto, obispo. (*)

SAN MATIAS.

SAN MATIAS nació en Belen, y perteneció á la tribu de Judá. Era hijo de padres ilustres por su nobleza, y muy recomendables por su virtud y exacta observancia de la ley antigua. En ella educaron á nuestro Santo con aquél amor y ternura que inspira la virtud; y como Matias era naturalmente inclinado á todo lo bueno, con mucha facilidad recibió las santas lecciones de sus padres, que se grabaron en su alma para que sirviesen de fundamento á las heroicas acciones que despues ejerció en el apostolado. Conservó intacta la inocencia de su alma y pureza de sus costumbres, aun en la juventud y en medio del bullicio tumultuario del mundo, que por todas partes le presentaba obáculos, y le ofrecia placeres que halagaban sus sentidos y su carne; pero que si los hubiera disfrutado, se habria puesto al grande peligro de su eterna condenacion.

Luego que Jesucristo recibió el bautismo por la mano de San Juan á las márgenes del rio Jordan, y que comenzó á predicar su nueva ley, se unió con el Matias, y se contó entre sus discipulos, aunque no perteneció al colegio apostólico sino hasta despues de la muerte del Salvador. Lo acompañaba Matias á todas partes, y fué testigo de los grandes prodigios que se obraron para fundar la religion que Jesucristo habia traído de los cielos; y lo mismo que los



S. Matias Apóstol.



S. Modesto Obispo.



El Beato Sebastian de Aparicio.



S. Cesario Confesor.

(*) La vida de San Modesto irá por Suplemento.

otros discípulos del Salvador, estuvo presente en las diversas apariciones de Jesucristo despues de su resurreccion, siendo testigo de los milagros que obró para probar que habia muerto en la cruz para salvar al género humano. Recibió de su divino Maestro las instrucciones que comunicaba á sus discípulos para que predicaran su doctrina en el mundo, y oyó de su boca la orden de que se retiraran á Jerusalem despues de su gloriosa Ascension, para que allí recibieran al Espíritu Santo, segun lo habia prometido el Padre Eterno. Presenció tambien nuestro Santo la Ascension de Jesucristo á los cielos, sobre el monte Olivete, y despues, unido con los Apóstoles y demas discípulos volvió á Jerusalem, y se juntaron todos con la Santísima Virgen María en la casa del cenáculo, donde oraban continuamente, quedando santificada esta habitacion, que se tuvo como el primer templo del culto católico.

En este lugar tenian sus juntas los Apóstoles con el objeto de arreglar la Iglesia naciente, y de dar un buen orden á su predicacion; y en estas reuniones quisieron llenar la falta de un Apóstol, que despues de haber vendido vilmente á su Maestro, habia muerto desesperado, para que se completara el número de doce que sustituyeran á los patriarcas de las doce tribus, segun la profecía del Santo rey David. Procedieron los Apóstoles á nombrar el sucesor de Judas; y la mitad de los votos recayó en favor de Matías, y la otra mitad en José llamado Barsabas, por sobrenombre el Justo. Los dos candidatos eran igualmente dignos de ser Apóstoles; pero como solo era un lugar el vacante, se resolvió decidiera la suerte, quién de los dos debia ocuparlo, y esta señaló á Matías, que ya estaba destinado por Dios para predicar su doctrina, y enseñar su ley. De esta manera quedó ya nombrado Apóstol nuestro Santo, y en union de los demas recibió al Espíritu Santo el dia de Pentecostes. Desde entonces se dedicó con un zelo admirable á las tareas del apostolado, predicando por todas partes la religion y los preceptos que habia oído de la misma boca de su Maestro. Dice San Clemente Alexandrino, que nuestro Santo se habia esmerado particularmente en predicar la penitencia y la necesidad de las mortificaciones, como único medio de sujetar la carne, y de vencer las fuertes tentaciones del demonio. Acerca de los lugares donde predicó San Matías no están conformes los autores que hablan de su vida. Unos fundados en la antigua tradicion griega, dicen que llevó la luz evangélica por toda la Capadocia, y por las costas del mar Caspio, haciendo su principal re-

sidencia en el puerto Isso. Otros, que predicó en la Judea y padeció grandes persecuciones, sufriendo toda clase de trabajos y privaciones, y exponiéndose á mil peligros por aumentar la gloria de Dios y extender su doctrina, hasta que logró la corona del martirio.

Como su predicación y sus frecuentes conversiones tenían irritados á los judíos, que creían en Matías un enemigo implacable de la ley de Moisés, que publicando nuevas doctrinas destruía aquella; se propusieron quitarlo de en medio y el pontífice Annias mandó que fuera muerto á pedradas. Se procedió á la ejecución de esta cruel sentencia; y puesto de rodillas nuestro Santo en el lugar del suplicio, alzó los ojos al cielo y dió gracias á Dios porque le concedía el martirio que tanto había deseado. Después hizo oración rogándole por la conversión de tantos infelices, que estaban expuestos á su eterna condenación; y cayendo sobre él multitud de piedras, lo dejaron medio muerto, en cuyo estado uno de los del pueblo le cortó la cabeza por no verlo padecer. No se sabe el año cierto en que murió nuestro Santo; pero sí el día que fué el 24 de Febrero. Las reliquias de San Matías se veneran en Roma en la Iglesia de Santa María la mayor, y una parte de ellas en el arzobispado de Tréveris, en una Iglesia dedicada al Santo Apóstol.

La Epístola es del capítulo I de los Hechos de los Apóstoles.

En aquellos días: Levantándose Pedro en medio de los hermanos (cuya junta era como de unas ciento veinte personas) les dijo: Hermanos, es preciso que se cumpla lo que tiene profetizado el Espíritu Santo por boca de David, acerca de Judas, que se hizo adúltero de los que prendieron á Jesús, el cual fué de nuestro número, y había sido llamado á las funciones de nuestro ministerio. Este adquirió un campo con el precio de su maldad; y habiéndose ahorcado, revuelto por medio, quedando esparcidas por tierra todas sus entrañas: cosa que es notoria á todos los habitantes de Jerusalem; por manera que aquel campo ha sido llamado en su lengua Haceldama, esto es, campo de sangre. Así es que está escrito en el libro de los Salmos: Quede su morada desierta, ni haya quien habite en ella; y ocupe otro su lugar en el episcopado. Es necesario, pues, que de estos sujetos que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que Jesús Señor nuestro conversó entre nosotros, empezando desde el bautismo de Juan hasta el día en que apartándose de nosotros se subió al cielo, se elija uno que sea como nosotros, testigo de su re-

surrección. Con eso propusieron á dos, á José, llamado Barsabas y por sobrenombre el Justo, y á Matías. Y haciendo oración, dijeron: ¡Oh Señor, tú que ves los corazones de todos, muéstranos cual de estos dos has destinado á ocupar el puesto de este ministerio y apóstolado, del cual cayó Judas por su prevaricación, para irse á su lugar. Y echando suertes, cayó la suerte á Matías; con lo que fué agregado á los once apóstoles.

El Evangelio es del capítulo XI de San Mateo.

En aquel tiempo, respondió Jesús, y dijo: Yo te glorifico, ó Padre, Señor de cielo y tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los pequeñuelos. Sí, Padre, por haber sido de tu agrado que fuese así. Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo. Venid á mí todos los que estáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis el reposo para vuestras almas; porque mi yugo es suave y ligero el peso mío.

MEDITACIÓN.

Del fin del hombre.

Considera que toda nuestra gloria consiste en servir á Dios; y que nada hay mas glorioso que este servicio; porque servir á tal dueño es reinar. Dios es verdaderamente grande, y no hay otra cosa que lo sea sino lo que tiene relacion con Dios: lo que en la tierra nos parece grande, no lo es delante de Dios; pues todo lo criado es ante su Magestad como si no fuese. Respeto de nosotros hay muchas cosas grandes, porque compartámlas con nuestra baja, las hallamos superiores á nosotros. Sin embargo, si atendemos á la dignidad del hombre, y á lo que ésta puede entibiarse y sublimarse por la gracia y caridad que nos une con Dios mismo, nos hallaremos superiores á toda criatura que no tenga mas gracia ó caridad que nosotros. Mas esto no recomienda al hombre en sí mismo, porque él de suyo nada es: recomienda, sí, la bondad divina que tanto nos eleva, y recomienda la excelcencia misma de la gracia, que ea-

cando al hombre de la limitada esfera del orden natural, le da ser y existencia en el sobrenatural, y colocado en él, lo engrandece y sublima. Hé aquí el motivo porque es de tanto aprecio y tanta dignidad el fin del hombre; pues se mide, no por la excelencia y grandeza del mismo hombre, sino por la de todo un Dios á quien sirve. Causa porque, aun en lo particular de los ministerios de este orden, nadie puede introducirse, ni tomar por sí el honor, sino el que es llamado por Dios, dice el Apóstol.

Considera que esta vocación de que acabamos de hablar, es una prerogativa de la soberanía de Dios, tan únicamente suya, que criatura alguna la ha disfrutado ni puede disfrutarla jamás. Fúndase lo primero en esta misma soberanía de Dios, que no puede despojarse ni ceder lo que es tan propio suyo. Fúndase lo segundo en el supremo dominio del Señor sobre todas sus criaturas, para hacer de todas y de cada una de ellas lo que sea de su agrado. Fúndase lo tercero en su infinita sabiduría, por la cual conoce todo lo que conviene á su gloria y á nuestro bien, penetra y descubre hasta lo mas oculto é imperceptible del corazón del hombre; y para decirlo en una palabra, fúndase en la autoridad y potestad con que ordena todas las cosas, y rige y gobierna los destinos de los hombres. ¿Qué hay, pues, que admirar que forme al hombre en un estado de justicia original; y que caído por la culpa, lo restituya por una gracia de reparación? ¿Que se escoja á un pueblo para hacerlo depositario de sus promesas, y después lo repruebe por su mala correspondencia? ¿Que congregue á todas las naciones bajo de una fé y un bautismo, formando de todo el mundo su amada heredad; y que á pesar de este amor, ó mejor diremos, por un efecto de este amor sabio é inteligente, la exponga por siglos enteros á los embates de cuantos enemigos pueden atacarle? ¿Que entre los mismos hijos de la Iglesia, llamados todos á la opción de la herencia celestial, escoja el menor número que supo hallarse fiel, y repruebe y condene para siempre á una mayoría inmensa, que, ya del gentilismo, ya de las sectas, ya de los hijos impenitentes é ingratos de la misma Iglesia, malogran el beneficio de la vocación, con que los había llamado á la suerte de los justos? ¿Que repruebe á un Judas elevado ya al sacerdocio y al apostolado, y llame y elija á un Matías, humilde y escondido, y lo coloque en el lugar de aquel, para que lleve su nombre y la luz de su fé á los pueblos que no le conocían, y obtenga el premio eterno y la silla de gloria que perdió aquel traidor é in-

gratisimo discípulo? ¡Oh Dios de infinita Magestad, y quien no temblará ante tu soberanía! ¡Quién no se estremecerá de tus justos juicios y de lo investigable de tus caminos, ocultos y escondidos á toda inteligencia criada, y no sujetos á cálculo alguno del humano discurso!

PETICION Y PROPÓSITOS.

En medio del asombro y del pavor á que nos inducen estas reflexiones, un rayo de divina luz nos consuela y calma la agitación de nuestro espíritu. Este Dios soberano es nuestro Padre: sus miras son benéficas: á nadie niega la gracia suficiente para salvarse; á todos provee de los medios convenientes para labrarse su suerte eterna: con su providencia rige y gobierna al mundo segun su voluntad, que siempre es sabia justa y conforme á la razon divina, su juicio es recto, y jamás reprobará al justo ni premiará al iníquo; nuestra correspondencia á la gracia de su vocación es conforme á la voluntad sincerísima que tiene de salvarnos, y es el medio que espera de nosotros para hacernos lograr la bienaventuranza. Séamos, pues, fieles, y serémos salvos.

JACULATORIA.

Bienaventurado el que oye la voz de Dios y la obedece.

LECCION.

Jesucristo resucitó segun las Escrituras.

Para probar la resurrección del Salvador con los testimonios más irrecusables de la revelacion, es necesario manifestar que este dogma fundamental del cristianismo se halla en las Escrituras Santas del modo mas claro é indudable; y á pesar de que todos los contenidos en el Credo de los Apóstoles tienen esta circunstancia indispensable, sin embargo, los padres del primer concilio constantinopolitano, quisieron que en el Símbolo de la fé que profesaban, y que la Iglesia ha adoptado despues, dándole lugar en el santo sacrificio de la misa, se agregasen despues de las palabras que comprenden la resurrección del Señor, estos preciosos términos, *segun las Escrituras*, tomados de la Epistola de San Pablo á los corintios, en la que dice: *Desde el principio yo os enseñé lo mismo que habia aprendido: que Cristo fué sepultado, y que resucitó al tercero dia*

según las Escrituras, para manifestar la importancia de este gran misterio, aun con respecto á todos los demas; pues según el mismo Apóstol en el propio capítulo, si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, y también es vana nuestra fe. . . . Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, porque aun estais en vuestros pecados, y por consiguiente también los que durmieron en Cristo han perecido. Si en esta vida tan solamente esperamos en Cristo, como desimos en la lección de ayer, los mas desdichados somos de todos los hombres. Mas ahora, Cristo resucitó de entre los muertos, primitivos de los que durmieron; porque como la muerte fue por un hombre; también por un hombre la resurrección de los muertos; y así como en Adán mueren todos, así también todos serán vivificados en Cristo. Por esta razon San Agustín, admirándose de la fe de este artículo, dice: "No es gran cosa creer que Cristo ha muerto; esto lo creen los paganos, los judíos y los hombres perversos; todos creen que murió; pero la fe de los cristianos es la resurrección de Cristo, y tenemos por lo mas sublime el creer que ha resucitado."

Entre muchos anuncios que hizo Jesucristo, San Mateo nos refiere, que yendo Jesús á Jerusalem, llamó aparte á sus discípulos, y les dijo: *Ved que vamos á Jerusalem, y el Hijo del Hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, y le condenarán á muerte, y le entregarán á los gentiles para que le es carnezcan, y azoten y crucifiquen; mas al tercero dia resucitará.* En virtud de estos anuncios, los sacerdotes y los fariseos pidieron á Pilato, según refiere el mismo Evangelista, que guardara el sepulcro; no sea, dijeron, que vengan sus discípulos y lo hurten, y digan á la plebe: *Resucitó de entre los muertos, y sea el postrer error peor que el primero;* lo que demuestra palpablemente que Jesucristo habia anunciado de un modo nada equivoco, que resucitaria al tercero dia despues de muerto; y al mismo tiempo que los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, comprendian muy bien que si se verificaba la resurrección de Cristo, seria un milagro, despues del qual seria imposible negar que él era el Mesías; pues que tenían que la sola opinión de esta resurrección, si se esperecia, no lo hiciera mirar por todo el pueblo como el Salvador.

Pero véamos ya como se han verificado estas profecías, refiriendo el Señor verdaderamente. El Evangelista San Lucas dice: *Que las mujeres que habian seguido á Jesús el primer dia de la semana, fueron muy de mañana al sepulcro llevando los aromas*

que habian preparado, y hallaron la losa del sepulcro volteada; y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús; y aconteció, que estando consternadas por esto, hé aquí dos varones que se pararon junto á ellas con vestiduras resplandocientes; y como estuviesen medrosas y bajasen el rostro á tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; mas ha resucitado: acordaos de lo que os hablo estando aun en Galilea, diciendo: Es menester que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercero dia. Entonces se acordaron de las palabras de él, y salieron del sepulcro, y fueron á contar todo esto á los once Apóstoles y á todos los demas. En esta narración y las de los otros tres Evangelistas, reina una sencillez, una sinceridad y buena fé, que convence de la verdad de la historia y del historiador. Ninguna de ellas contradice á la otra, á la vez que ninguna se parece á las otras exactamente. Nada se divisa en estas relaciones que indique una intención de realzar la gloria de su Maestro en los discípulos que las han escrito: en ellas todo lo que se refiere es digno de Jesucristo, y un Hombre Dios que sufrió voluntariamente la muerte para rescatar al género humano, no debia resucitar ni manifestarse despues de su resurrección, sino del modo que se advierte en los Evangelios haberlo verificado.

Hagamos ligeras reflexiones sobre los principales hechos que se contienen en las mencionadas relaciones de la resurrección de Cristo que nos han dejado los Evangelistas, y nos convencieramos mas y mas de las verdades anteriores. Aunque la piedra que cerraba el sepulcro estaba sellada, ningun obstáculo podia impedir que resucitase este cuerpo glorioso y divino. Luego que salió de él, bajó un ángel, excitó un gran temblor de tierra, quitó la losa, y su resplandor, junto con estas maravillas, infundió tal espanto en los guardias, que cayeron en tierra como muertos. Y habia habido, dice S. Mateo, un gran terremoto, porque un ángel del Señor descendió del cielo; y llegando, revolvió la piedra, y se sentó sobre ella; y su aspecto era como un relámpago; y su vestidura como la nieve, y de temor de él, se asombraron los guardias, y quedaron como muertos. No sabemos la hora fija en que resucitó Jesucristo; solamente diremos que la Magdalena fué muy de mañana, como se infiere de la relacion que copiamos de San Lucas, y San Juan dice: *Y el primer dia de la semana vino Maria Magdalena de mañana*

na al sepulcro cuando aun era oscuro, y vió quitada la losa del sepulcro. San Gersónimo, San Gregorio Niceno y Teophilacto, opinan que fué poco despues de la media noche, entre el sábado y el domingo. En los oficios del Sábado santo canta tambien la Iglesia: Esta sacratísima noche, en la que resucitó el Señor; y pareció que escogió esta hora nuestro Salvador para manifestar que por su resurrección, nos condujo de las tinieblas del pecado á la luz de la gloria, destruyendo con su muerte las tinieblas de la noche, y para declarar que anticipándose Cristo á la salida del sol, trajo con su resurrección un día mas importante y una luz mas excelente que la de aquel luminoso astro del día.

Habiendo Cristo resucitado el domingo, estuvo sepultado por consiguiente parte del viernes en que fué crucificado, todo el sábado y el principio del día domingo; por lo que propiamente se dice que resucitó al tercero día, para que se cumpliesen las profecias de Oséas y del mismo Salvador, y la figura de Jonás, como explica detenidamente entre otros padres, San Gregorio Niceno. Y así como para declarar su divinidad, segun el catecismo tridentino, no quiso diferir su resurrección hasta el fin de los siglos, para que creyésemos que habia sido verdadero hombre y que habia muerto verdaderamente, quiso volver á la vida, no inmediatamente despues de su muerte, sino al tercero día; el cual tiempo parece bastante para comprobar una miterie verdadera.

Cristo finalmente, resucitado segun las Escrituras, no ha resucitado como los hombres, sino por su propia virtud, de manera que la resurrección del Salvador no se debe considerar bajo el concepto solo de haber vuelto á la vida, como ha sucedido á otros; sino que resucitó por su fuerza y por su sumo poder, segun dice San Pablo á los corintios en estas palabras: *Nuestro Señor Jesucristo... pues aunque fué crucificado por enfermedad, mas vive por el amor de Dios. Porque nosotros tambien enfermos en él; mas vivimos con él por la virtud de Dios en vosotros. Así lo habia predicho el mismo Salvador, segun refiere San Juan. Yo pongo mi alma para volverla á tomar. No me la quita ninguno; mas yo la pongo por mí mismo; poder tengo para ponerla, y poder tengo para volverla á tomar. Y en otro lugar: Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré. Los judios le dijeron: En cuarenta y seis años fué hecho este templo; ¿y tú lo levantarás en tres dias? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los*

muerτος, se acordaron sus discípulos que por esto lo decia, y creyeron en su nombre viendo los milagros que hacia.

DIA VEINTE Y CINCO.

El Beato Sebastian de Aparicio, y San Cesario confesor. (*)

EL BEATO SEBASTIAN DE APARICIO.

Nació el Beato Sebastian en España en la villa de Gudiña del reino de Galicia en 20 de Enero del año de 1502; sus padres Juan de Aparicio y Teresa del Prado, humildes labradores, pero temerosos de Dios, le dieron una educación cristiana, la que unida á su bello indole, produjo los mejores frutos, siendo desde muy niño inclinado á los ejercicios de piedad, sumiso á sus padres y mayores, modesto, moderado y recomendable en todas sus obras. La Providencia manifestó desde esta corta edad lo que se complacia en él, pues teniendo solo doce años, hallándose gravemente enfermo de una fiebre contagiosa y de un tumor maligno, oculto en una mal resguardada choza, entró un lobo, y habiéndole reventado el tumor, le lamó, y lo dejó perfectamente sano.

Siendo ya jóven, y deseando socorrer á sus padres, pasó á Salamanca á servir á una señora viuda, lo que hizo con suma fidelidad; mas ofendido de una acción deshonesta que cometió ella en su presencia, le reconvinó con zelo, quien irritada de su cristiana libertad, lo despidió de su casa. De aquí se dirigió á San Lucar de Barrameda, y se acomodó en la casa de dos doncellas huérfanas; y viendo la afición que una de ellas le manifestaba, se retiró á Zafra, y despues de diez meses volvió á San Lucar, donde sufrió otro ataque del demonio, valiéndose de la hija de su amo, que habia cometido la desevoltura de huirse en otro tiempo con su amante, y trataba de seducir á nuestro jóven: esto lo determinó á trasladarse á la América, habiendo ántes persuadido á esta malvada muger á encerrarse en un monasterio á hacer penitencia, como lo verificó.

Treinta y un años de edad tenia Sebastian cuando se embarcó, y despues de haber sufrido con admirable paciencia los ludibrios é in-

(*) La vida de San Cesario irá por Suplemento.

na al sepulcro cuando aun era oscuro, y vió quitada la losa del sepulcro. San Gersónimo, San Gregorio Niceno y Teophilacto, opinan que fué poco despues de la media noche, entre el sábado y el domingo. En los oficios del Sábado santo canta tambien la Iglesia: Esta sacratísima noche, en la que resucitó el Señor; y pareció que escogió esta hora nuestro Salvador para manifestar que por su resurrección nos condujo de las tinieblas del pecado á la luz de la gloria, destruyendo con su muerte las tinieblas de la noche, y para declarar que anticipándose Cristo á la salida del sol, trajo con su resurrección un día mas importante y una luz mas excelente que la de aquel luminoso astro del día.

Habiendo Cristo resucitado el domingo, estuvo sepultado por consiguiente parte del viérnes en que fué crucificado, todo el sábado y el principio del día domingo; por lo que propiamente se dice que resucitó al tercero día, para que se cumpliesen las profecias de Oséas y del mismo Salvador, y la figura de Jonás, como explica detenidamente entre otros padres, San Gregorio Niceno. Y así como para declarar su divinidad, segun el catecismo tridentino, no quiso diferir su resurrección hasta el fin de los siglos, para que creyésemos que habia sido verdadero hombre y que habia muerto verdaderamente, quiso volver á la vida, no inmediatamente despues de su muerte, sino al tercero día; el cual tiempo parece bastante para comprobar una miterie verdadera.

Cristo finalmente, resucitado segun las Escrituras, no ha resucitado como los hombres, sino por su propia virtud, de manera que la resurrección del Salvador no se debe considerar bajo el concepto solo de haber vuelto á la vida, como ha sucedido á otros; sino que resucitó por su fuerza y por su sumo poder, segun dice San Pablo á los corintios en estas palabras: *Nuestro Señor Jesucristo... pues aunque fué crucificado por enfermedad, mas vive por el amor de Dios. Porque nosotros tambien enfermos en él; mas vivimos con él por la virtud de Dios en vosotros. Así lo habia predicho el mismo Salvador, segun refiere San Juan. Yo pongo mi alma para volverla á tomar. No me la quita ninguno; mas yo la pongo por mí mismo; poder tengo para ponerla, y poder tengo para volverla á tomar. Y en otro lugar: Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré. Los judios le dijeron: En cuarenta y seis años fué hecho este templo; ¿y tú lo levantarás en tres dias? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los*

mueertos, se acordaron sus discipulos que por esto lo decia, y creyeron en su nombre viendo los milagros que hacia.

DIA VEINTE Y CINCO.

El Beato Sebastian de Aparicio, y San Cesario confesor. (*)

EL BEATO SEBASTIAN DE APARICIO.

Nació el Beato Sebastian en España en la villa de Gudiña del reino de Galicia en 20 de Enero del año de 1502; sus padres Juan de Aparicio y Teresa del Prado, humildes labradores, pero temerosos de Dios, le dieron una educacion cristiana, la que unida á su bello indole, produjo los mejores frutos, siendo desde muy niño inclinado á los ejercicios de piedad, sumiso á sus padres y mayores, modesto, moderado y recomendable en todas sus obras. La Providencia manifestó desde esta corta edad lo que se complacia en él, pues teniendo solo doce años, hallándose gravemente enfermo de una fiebre contagiosa y de un tumor maligno, oculto en una mal resguardada choza, entró un lobo, y habiéndole reventado el tumor, le lamó, y lo dejó perfectamente sano.

Siendo ya jóven, y deseando socorrer á sus padres, pasó á Salamanca á servir á una señora viuda, lo que hizo con suma fidelidad; mas ofendido de una accion deshonesta que cometió ella en su presencia, le reconvinó con zelo, quien irritada de su cristiana libertad, lo despidió de su casa. De aquí se dirigió á San Lucar de Barrameda, y se acomodó en la casa de dos doncellas huérfanas; y viendo la aficion que una de ellas le manifestaba, se retiró á Zafra, y despues de diez meses volvió á San Lucar, donde sufrió otro ataque del demonio, valiéndose de la hija de su amo, que habia cometido la desevoltura de huirse en otro tiempo con su amante, y trataba de seducir á nuestro jóven: esto le determinó á trasladarse á la América, habiendo ántes persuadido á esta malvada muger á encerrarse en un monasterio á hacer penitencia, como lo verificó.

Treinta y un años de edad tenia Sebastian cuando se embarcó, y despues de haber sufrido con admirable paciencia los ludibrios é in-

(*) La vida de San Cesario irá por Suplemento.

sultos de los pasajeros y gente del mar, por su virtud y simplicidad, arribó felizmente á Veracruz, donde hizo una corta mansion. Internóse despues hasta las inmediaciones de Puebla, y por dos años se dedicó á sembrar trigo y maiz; mas no produciéndole mayores utilidades la labranza, se dedicó á amansar novillos, adquiriendo en este ejercicio la admiracion, respeto y benevolencia de los del país, por haber sido el primero á quien vieron domesticar estas fieras: inventó ademas las carretas tiradas por bueyes, que se usan hasta el dia entre nosotros, y se ocupaba en trasportar en ellas semillas de unas haciendas á otras, como tambien los cargamentos de Veracruz á lo interior.

Pasó en seguida á los nueve años de estas tareas á avocarse en México, y continuando en este penoso ejercicio, abrió con increíble industria y singular trabajo, el camino que tenemos de esta capital hasta Zacatecas, admirando todos en esta empresa su laboriosidad y zelo por el bien público, su constancia y desinterés, no ménos que su ejemplar conducta, su caridad, su oracion, penitencia y castidad, virtudes con que recomendaba altamente el Evangelio, que entónces se predicaba á los indios, quienes no solamente hallaron en él un modelo que imitar, sino un seguro patrocinio y un suave lenitivo en los males que en aquella época los aquejaban.

Fatigado de aquel penoso ejercicio de las carretas, las vendió, y comprando una hacienda de labor entre Atzacapuzalco y Tlalnepantla á poco mas de una legua de México, volvió á su antigua ocupacion de la labranza, trabajando personalmente con los peones, y observando una vida tan frugal y austera, que su alimento no era otro que el de los pobres, tortillas y chile, con un poco de vaca los dias festivos, su bebida era solo agua, sus vestidos ordinarios, y su cama una estera delgada. Bendecía Dios sus tareas con abundantes cosechas, que hicieron aumentar considerablemente sus ganados y tierras; mas esta opulencia solo reflujó en beneficio de los indigentes, á quienes socorria con crecidas limosnas. En estas circunstancias un sugeto de esta capital, deseoso de que se enlazase con una hija suya de algunas proporciones y prendas naturales, lo convidó para su casa; mas luego que se le propuso el matrimonio delante de la ofrecida esposa y toda la parentela, lo rehusó eficazmente por mas instancias que se le hicieron, alegando con humildad la desigualdad de su nacimiento.

Contaba ya nuestro Sebastián sesenta y dos años de edad, habien-

do conservado ileso su virginidad, cuando resolvió contraer matrimonio con una doncella pobre y virtuosa de Chapultepec. Efectuólo con el intento de amparar esta tierna niña, y con ánimo de permanecer virgen en su compañía, como lo verificó durante el año que vivió con ella, tratándola con el amor de padre y la atencion de marido, aunque no dejó de perturbarse su paz por el interés de sus suegros; mas muerta su consorte, olvidando las molestias que le habian causado, les entregó los dos mil pesos en que habia dotado á su hija.

Pasó poco despues á segundas nupcias, que fueron tan virginales como las primeras, y habiendo tambien enviudado al año, resolvió retirarse al claustro á terminar sus dias en la estrecha senda de la perfeccion. Hizo donacion de todos sus bienes á las religiosas de Santa Clara de esta ciudad de México, que en la actualidad fundaban su convento con suma pobreza, con sola la condicion de que lo admitiesen en su servicio. Vestió en efecto el hábito de donado, y sirvió en la sacristia de este convento por espacio de un año con el mayor esmero, zelo y edificacion; pero deseando abrazar la vida religiosa, tomó el hábito de novicio en el convento de San Francisco de esta misma capital el dia 9 de Junio del año de 1574, á los setenta y dos de su edad; y despues de un noviciado que mas bien fué la prueba de su última perfeccion, en cuyo tiempo sufrió continuas persecuciones del demonio, por la obediencia al convento, profesó de lego, y fué mandado de Tecali, seis leguas distante de Puebla. En este desempeño él solo los oficios de cocinero, limosnero, sacristan, portero, refitolero y hortelano, admirándose en tan diversas ocupaciones su alegría, prontitud, mansedumbre y humildad.

De aqui pasó al convento de Puebla, donde fué destinado á recoger la limosna del campo, á cuyo fin volvió á fabricar dos carretas que habilitó de bueyes pedidos de caridad, que él solo uncia y desumcia, pasando regularmente las noches en el campo. Alteraba sus tareas de limosnero en cortar y conducir toda la leña necesaria al servicio de su comunidad, sufriendo todos estos trabajos con la mayor serenidad, y sin desatender los ejercicios y prácticas que le prescribia su regla. Sin embargo, Dios que queria purificarlo, permitió sufrirse una persecucion en el mismo claustro, que tuvo por resultado reducirlo por segunda vez al noviciado.

Sumas fueron las angustias que tuvo que sufrir nuestro Santo en este estado. El maestro de novicios lo ocupó en trabajos penosísi-

mos, como si fuese joven; pero lo que mas atribuló su inocente espíritu, fué el empeño que se tomó en hacerle aprender la doctrina cristiana, segun el método y órden del catecismo; pues no satisfechos sus maestros de que Sebastian supiese en la sustancia los artículos de la fé y observara prácticamente los mandamientos como lo manifestaban sus obras, insistían en que se los repitiese con las mismas palabras y secuela con que se hallan en los textos, castigando su escasez de memoria con graves y asperísimas reprensiones, acompañadas de crueles disciplinas. La paciencia con que nuestro Aparicio llevaba estas pruebas, la puntual observancia de sus deberes, su mortificación, humildad, obediencia y demas virtudes, adornadas de una santa simplicidad, movieron al superior á sacarle de esta penosa vida y que volviese á su antigua ocupacion. Hizolo así á pesar de su avanzada edad, y prosiguió en el ejercicio de limonero, caminando diariamente muchas leguas, edificando por todas partes con los heroicos ejemplos de su santidad, y siendo objeto de una justa admiracion por los singulares prodigios con que el cielo lo favorecia.

Era maravilloso el trato familiar que tenia con los bueyes de sus carretas: llamábalos por sus nombres: dábales de comer con su mano, ó en la falda de su hábito: señalábales la cantidad que cada cual debia comer: reñíalos si peleaban entre sí por la comida; siendo admirable cómo lo obedecian en cuanto les mandaba y cómo cumplian sus órdenes. Igual fué tambien el dominio que tuvo sobre otros animales indómitos, que perdian su ferocidad á su presencia y quedaban domesticados. Las cosas insensibles le prestaban ademas obsequiosa obediencia, y aun en algunas necesidades fué socorrido por los mismos ángeles del cielo. No se admiró ménos su santa simplicidad, la que llegó á términos de haberle hecho una vez creer los caristas que estaba muerto, y juzgando ser cierto se dejaba pacíficamente llevar á enterrar, asegurando él mismo su muerte al padre guardian, que vió la travesura con que se divertian aquellos jóvenes.

No fué menor que esta pureza de alma su ardiente fé, que le inspiró seguridad para arrostrar las dificultades tan superiores á sus fuerzas con que allanó montes, igualó valles, desmontó bosques y supo introducirse en el corazon de los americanos sumergidos aun en la barbarie: su caridad ardiente, que lo constituyó padre de los atigidos, á los que socorria con limosnas no solo en el siglo, sino

aun de religioso, llevándole alimentos y desnudándose de sus hábitos para cubrir sus carnes: su humildad fué sublime, y muy austera la penitencia con que ademas de los muchos trabajos que padecia en sus ministerios y caminatas, adigia su anciano y debilitado cuerpo, para tenerlo siempre sujeto á su fervorosísimo y magnánimo espíritu.

Mas llegó el feliz término de tantas fatigas, y habiendo tenido sobrenatural noticia de su próxima muerte y despedíndose de sus amigos, se halló repentinamente atacado en el monte de Tlaxcala, de una gran debilidad de estómago, acompañada de violentos y repetidos vómitos, en cuyo estado se dirigió á su convento de Puebla, donde se recostó en un portalliz de la huerta desde donde miraba el cielo, y esperaba allí tranquilamente el fin de su vida. Noticioso el guardian de su enfermedad, lo hizo por obediencia dejarse conducir á una celda de la enfermería, en la que mirando el lecho que se le preparaba, y la asistencia y cuidados que se le prestaban, no pudo ménos de decir al compañero que lo asistia: *¿Qué os parece? ¿Cómo no me quieren dejar donde tengo mi consuelo!* Agravósele el mal por los cinco días siguientes, sin dar la menor señal de impaciencia ó turbación, hasta que el 25 de Febrero del año de 1600, habiendo adorado de rodillas al Santísimo Sacramento, que no pudo recibir por la continua basca, y recibida la sagrada extremauncion, voló su bendita alma al seno de su Criador á los noventa y ocho años de su edad.

Su semblante se puso al momento como el de un joven robusto y sano, desapareciendo todas las trazas de su ancianidad, su austeridad y muerte: la celda y parte del convento quedó llena de una suave fragancia, y la comunidad entera se dedicó á apoderarse de cuanto le habia servido, estimándolo todo como preciosas reliquias. La misma veneracion le prestó el piadoso pueblo los cuatro días que estuvo insepulto, en cuyo tiempo fué necesario vestirlo varias veces por la violencia devota con que se le cortaba en fragmentos la mortaja, siendo muchas y raras los portentos con que Dios honró á su siervo. Diósele en seguida honorífica sepultura, y en diversas ocasiones se encontró su cuerpo sin corrupcion alguna. El Señor Pio VI en fin, dió el decreto de su beatificación, y su bienaventurado cadáver está expuesto al público culto de los fieles en la ciudad de la Puebla.

La Epístola es del capítulo IV de la primera del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros somos unos necios por amor de Cristo; mas vosotros sois los prudentes en Cristo: nosotros flacos, vosotros fuertes: vosotros sois honrados, nosotros viles y despreciados. Hasta la hora presente andamos sufriendo la hambre, la sed, la desnudez y los malos tratamientos. No tenemos donde fijar nuestro domicilio; y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos: nos maldecen, y bendicimos; padecemos persecucion, y la sufrimos con paciencia: nos ultrajan, y, retornamos súplicas; somos en fin tratados hasta el presente como la basura del mundo y como la escoria de todos. No os escribo estas cosas porque quiera sonrojarme, sino que os amonesto como á hijos míos muy queridos en Cristo Jesus nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas (pág. 214).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, &c.

MEDITACION.

Sobre la liberalidad con que Dios recompensa nuestros servicios.

Considera la liberalidad con que recompensa Dios todo lo que se hace por su amor. Inspiraciones saludables, auxilios particulares, gracias sobreafluantes, valor de los méritos y de la sangre de un Hombre Dios; dones sobrenaturales, mas preciosos que todo el mundo junto: todo esto es alguna vez recompensa de una ligera obra de caridad, de un solo acto de amor de Dios, de un simple deseo de una alma justa. Parece que ya no se acuerda Dios de todos los infinitos beneficios que nos ha hecho, luego que le damos ocasion, por decirlo así, para hacernos otros nuevos, con nuestra fidelidad á su servicio. Al mismo tiempo que da los talentos, da los medios y la industria para negociar con ellos; y en ganando dos, añade cuatro. Toda la Escritura está llena de parábolas y de ejemplos, que acreditan la liberalidad con que premia Dios en nosotros aquello mismo que él nos da. ¡Pero qué servicios somos capaces de hacer á todo

un Dios? ¿Todo cuanto podemos hacer, no es obligacion nuestra, y la mas esencial de todas nuestras obligaciones? ¿Puede haber para nosotros, ni mayor gloria, ni mayor recompensa, que él mismo admitirnos á su servicio? Sin embargo, quiere Dios recibirnos por mérito nuestras mismas obligaciones; quiere señalar un infinito premio á la mas ligera prueba de nuestra debida obediencia. Por haber estado prontos á su voz; por haber alargado un vaso de agua en su nombre; por haberle tributado nuestro respeto; un paraíso, una gloria eterna, una felicidad que la hace el mismo Dios. ¡Oh, y cuánta verdad es que Dios todo lo premia como Dios! Y despues de todo esto, ¿será posible, Divino Salvador mio, que yo quiera servir á otro dueño?

Considera que aunque Dios no recompensara nuestros servicios con otra cosa, que con dignarse de admitirlos, quedaríamos sobradamente recompensados. ¿Cuántos grandes no reciben otra recompensa en la corte por lo que sirven al soberano? Perdieron la salud, gastaron toda su vida, arruináronse en el servicio de un hombre; y una palabra benigna, un mirarlos alguna vez con agrado, vale para ellos un elogio, y suele ser no pocas veces todo el premio que reciben. Pero al mas pequeño acto de mortificacion, al sacrificio de un momento, á un *nada* hecho, ó padecido por Dios, se sigue al instante una asombrosa abundancia de bendiciones. Ni en el gran dia de los premios, que es el dia del juicio, quiere Jesucristo hacer mencion de otras cosas, sino de las mas ordinarias, de las ménos ruidosas y de las mas fáciles. ¡Mi Dios, un torrente de delicias, océanos inmensos de consuelos, una bienaventuranza infinita, eterna, por un maravé que ofrecí á vuestro tesoro, por una visita que hice á un pobre enfermo, á un encarcelado; por haber cumplido con un acto de religion á que estaba obligado bajo de graves penas! ¡Y como si todo esto fuera poco, como si no fuera bastante, vos mismo quereis ser mi recompensa! ¡Oh mi Dios; y con todo eso teneis tan pocos que os sirvan! ¡Y hay hombres que tengan por gran trabajo el servir! ¡Y los hay negligentes, flacos y disgustados en vuestro servicio! ¡Tenemos fé, sabemos bien la religion que profesamos!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Conozco, Dios mio, al hacer estas reflexiones, que es incomprendible el estrago que hacen en el corazón del hombre las pasiones; el

amor del mundo, los pecados, los vicios á que se abandona: su razon ofuscada no sabe ya discernir entre la luz y las tinieblas: teniendo ojos no vé, teniendo oidos no oye; y embrutecida por los apetites de la carne, no conoce ya mas que la yerba venenosa de que se alimenta. ¡Oh Dios! Sacadme de esta situacion tan lastimosa: abridme los ojos para que vea y aprecie vuestra bondad, reconozca vuestros beneficios, y aspire al sumo y verdadero bien con que vos me brindáis. ¡Léjos de mí la torpeza y la ambicion que me apartaron de mi Dios, y me envilecieron y humillaron en el amor desordenado de las criaturas! Desde este instante detesto vicios tan abominables; y solo quiero la honra de servirlos y el placer de daros gusto haciendo vuestra voluntad.

JACULATORIA.

Tú solo ¡oh Dios! eres mi esperanza; mi porcion en la tierra de los vivientes.

LECCION.

Continúan las pruebas de la resurreccion de Jesucristo.

Recorrerémos brevemente las nueve apariciones que verificó el Señor ántes de su subida á los cielos segun nos refiere la Escritura. En los Hechos de los Apóstoles se lee: *Lo resucitó al tercero dia, y quiso que se manifestase no á todo el pueblo, sino á los testigos que Dios habia ordenado ántes, á nosotros que comimos y bebimos con el despues que resucitó de entre los muertos.*

La primera aparicion del Salvador fué á la Magdalena, para recompensarle la fé, la caridad, el fervor y la perseverancia con que habia ido á buscarlo á su sepulcro, y para indicarnos el consuelo que las almas afligidas deben esperar por la fé de Jesucristo. Jesucristo se apareció despues á las santas mugeres que habian ido á embalsamar su cuerpo con aromas, y les previno llevasen la nueva de su resurreccion.

La tercera aparicion del Señor fué á San Pedro, cabeza de la Iglesia. Porque desde el principio, dice San Pablo á los corintios, *yo enseñé lo mismo que habia aprendido; que Cristo... resucitó al tercero dia segun las Escrituras y se apareció á Cefas ó Pedro, y despues de esto á los once Apóstoles.*

Se apareció tambien el mismo dia á dos de sus discípulos que iban al castillo de Emmaus en el camino, y entrando en conversacion con ellos les explicó, sin darse á conocer todavia, comenzando desde Moisés y los profetas, todas las Escrituras que hablan de él, segun refiere San Lucas. *Y estando sentado con ellos á la mesa, tomó el pan y lo bendijo, y habiéndolo partido, se los daba, y fueron abiertos los ojos de ellos, y lo conocieron; y él entónces desapareció de su vista.*

La quinta aparicion de Jesus fué la que hizo á todos los Apóstoles en el lugar en que se hallaban congregados en el mismo dia. Y no obstante de hallarse cerradas las puertas, estando sentados, segun S. Marcos, *á la mesa los once Apóstoles, se les apareció, y les afesó su incredulidad y dureza de corazon, por no haber creído á los que le habian visto resucitado. Y les dijo: Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura: el que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.* Para acabar de convencerlos de su resurreccion, porque no podian volver de su pasmo ni creer á sus propios ojos: *Ved mis manos, les dijo, segun San Lucas, y mis piés que yo mismo soy: palpá y ved que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo; y dicho esto les mostró las manos y los piés. Mas como aun no lo acabasen de creer, y estuviesen maravillados de gozo, les dijo: ¿Teneis aquí algo de comer? Y ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel; y habiendo comido delante de ellos, tomó el sobante y se los dió. Por último, segun San Juan, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A los que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuvieris, les son retenidos.*

No habiéndose encontrado en esta ocasion Santo Tomas con los demas Apóstoles, permaneció tenaz en su incredulidad sobre la resurreccion de Cristo, hasta llegar á decir que no lo creería si no tocaba él mismo las llagas de su Maestro. Volvió el Señor ocho dias despues al lugar donde estaba Santo Tomas con los otros, estando cerradas las puertas, segun San Juan, *se puso en medio de ellos, y dijo: Paz á vosotros; y despues dijo á Tomas: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano, métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomas y le dijo: Señor mio y Dios mio. Jesus le dijo: Bienaventurados los que no vieron y creyeron.*

La sexta aparición fué en Galilea, á la orilla del lago de Tiberíades, á Pedro, Santiago, Juan, Tomas, Natanael, y otros dos discípulos, un día que estaban ocupados en la pesca. Habiéndoles hecho lograr una pesca asombrosa, *llega pues Jesús, dice San Juan, y tomando el pan se los da, y asimismo del pez.* Esta fué ya la tercera vez que se manifestó Jesús á sus discípulos despues que resucitó de entre los muertos. Y cuando hubo comido, quiso que San Pedro con un triplicado testimonio del amor que exigió de él, reparase la culpa que habia cometido negándole tres veces. Luego le confió el gobierno de su Iglesia, le anunció el género de martirio que padecería, y no quiso satisfacer su curiosidad en órden á la muerte de San Juan Evangelista.

Habiendo hecho congregar Jesucristo á sus Apóstoles y discípulos en un monte de Galilea, se hallaron allí juntos mas de quinientos, y se manifestó á ellos; cuya promesa les habia hecho por medio de los ángeles y por las santas mugeres en el mismo día de su resurrección.

La última vez que se apareció el Señor á sus Apóstoles, fué al tiempo de subir al cielo. San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, dice expresamente que Jesucristo se manifestó muchas veces á sus discípulos despues de su pasión, y que les mostró con muchas pruebas que estaba vivo, apareciéndoseles por cuarenta días y habiéndoles del reino de Dios, en cuyas palabras ha juntado este evangelista innumerables pruebas que no están escritas en los libros sagrados; pero estas apariciones tan diferentes y reiteradas, añodian á las primeras una nueva certidumbre, y servian para afirmar á los Apóstoles en la fé de la salvación. Aunque podemos creer con sólidas razones, que Jesucristo apareció á la Virgen Santísima; pero la revelación no nos lo dice; ya sea para darnos á entender la profunda humildad de María, que siempre quiso que estuviesen ocultas las gracias que recibía; ya sea para ensalzar la grandeza de su fé y de su esperanza, que podia pasarse sin estos consuelos. Por último, no quiso manifestarse el Señor al pueblo judaico, ó á los gentiles que habian tenido parte en su muerte, sino solo á los testigos que habia escogido antes; porque aquellos no eran dignos de su visita, ni eran á propósito para atestiguar su resurrección, ni formaban su Iglesia.

La disposición en que se hallaban los Apóstoles al tiempo de la resurrección, es otra prueba de la verdad de este hecho; porque no

pueden tenerse por sospechosos de una credulidad indirecta ó que se acerque á la simplicidad; pues en las relaciones de los Evangelistas se ve que no esperaban la resurrección de Jesucristo. Nosotros esperábamos, decian los discípulos de Eimmaus, según San Lucas, al mismo Salvador, que él hubiere restablecido el reino de Israel. Con semejante esperanza, su muerte en una cruz desvaneció la poca que tenían en sus promesas; así es que tuvieron por un sueño la relación que les hicieron las santas mugeres, de la conversacion que habian tenido con los ángeles en el sepulcro, y así permanecieron hasta que Jesús comió con ellos, y que hizo le tocase las llagas Santo Tomas. Ya desde entónces se nota en los Apóstoles un valor extraordinario para atestiguar la verdad de la resurrección. Unos hombres sin literatura, como los llamaban los príncipes de los sacerdotes, y tan groseros, que apenas entendian lo que les decia Jesucristo; estos hombres tan simples y tan cobardes, se exponen sin la menor precaucion á poner en ejecución las órdenes de su Maestro: so arrojan los primeros á los peligrós en presencia de todo el pueblo: no se valen de insinuaciones: anuncian libremente la resurrección de Jesucristo, echándoles en cara á los judíos, que aquel que predicaban era el mismo á quien ellos crucificaron, y al dar testimonio de esta verdad, producen los libros de los profetas que habian predicho su resurrección.

El feliz y rápido progreso de la predicación evangélica es la cuarta prueba de la resurrección de Jesucristo, porque en él se observa el poder visible del Altísimo, el que no podia haberse ostentado por el ministerio de unos hombres que hubieran sido embusteros, publicando, como publicaron, esta gloriosa resurrección del Salvador. Un discurso solo de San Pedro convirtió tres mil hombres: en otro, cinco mil. La fé se comunicó á manera de un incendio. El Evangelio pasó velocísimamente de Jerusalem al resto de la Judea, á Samaria y á las naciones vecinas. Habiéndose dividido despues los discípulos del Salvador para anunciar el cristianismo, dice el Apóstol San Pablo á los romanos, que la profecía del Salmo 18 estaba ya cumplida, pues su voz se ha hecho oír en toda la tierra, y su palabra ha resonado hasta en las extremidades del universo.

La constancia de los Apóstoles comprueba finalmente la resurrección de su Maestro. A pesar de las contradicciones y persecuciones de que fueron el blanco, tanto entre los judíos como entre los gentiles, ellos permanecieron firmes hasta la muerte, cruel y violenta

para la mayor parte de ellos. ¿Y podrá ser una impostura ó una maquinación de los Apóstoles, como se atreven á decir los incrédulos, el objeto de los esfuerzos de su predicación, y la resurrección de Cristo que testifican á voz en cuello? Pero ¿cómo no ha sido delatada esta trama á vista de los suplicios y de la muerte por alguno de tantos como predicaron esta verdad por el transcurso de tantos años? Porque al fin se encuentran personas que por preocupación ó indiferencia atribuyen hechos maravillosos á causas extravagantes; pero nunca se hallan quienes quieran morir por defender que han visto lo que no han visto efectivamente. Tales son las pruebas que atestiguan la resurrección de Jesucristo.

DÍA VEINTE Y SEIS.

San Porfirio, obispo y confesor, y San Nestor, obispo y mártir. (*)

SAN PORFIRIO.

NACIÓ San Porfirio en Tesalónica de Macedonia, por el año 333, y desde su infancia se conoció su afecto á la vida solitaria y contemplativa. Así es que luego que llegó á los veinticinco años, se retiró al famoso monasterio situado en el desierto de Sceta, donde permaneció cinco años, entregado á la meditacion y penitencia, y á la práctica de todas las virtudes, que debían conducirle á la perfeccion de su estado. De aquí pasó á Jerusalem á visitar los Santos Lugares, y fijó su residencia en una cueva situada en las márgenes del Jordán; donde aumentó tanto sus mortificaciones y penitencias, que habiendo enfermado gravemente, tuvo que abandonar su gruta, y volver á Jerusalem á restablecer su salud, la que no pudo conseguir por entónces; pero que no interrumpió la devocion con que diariamente visitaba aquellos sagrados sitios, santificados con la presencia de nuestro divino Redentor, aunque con tanto trabajo, que muchas veces se desmayaba de cansancio. Su fervor sin embargo era tanto, que jamas admitió ningun auxilio de sus amigos, penetrado siempre de la memoria de los padecimientos de Jesus.

(*) La vida de San Nestor irá por Suplemento.

No quedó sin premio tan ardiente y constante devocion. Un día que llegó muy fatigado á la cumbre del monte Calvario, tuvo un éxtasis, en que vió á Jesucristo y al buen ladrón pendientes de sus cruces, y orando al Señor, tendido en el suelo por la fuerza de sus males, con las mismas palabras que le había dicho Dimas, le pareció que éste lo lobantaba del lugar en que yacia, y lo acercaba al Señor, el que le dijo: *Toma este madero y guárdalo*, expresiones que por entónces no comprendió. Pasada esta vision, recobró sus sentidos Porfirio, y se halló libre de todas sus enfermedades.

El estado de suma pobreza á que se hallaba reducido nuestro Santo por haber distribuido sus bienes á los pobres, lo puso en la necesidad de aprender el oficio de zapatero para mantenerse, sin ser gravoso á ninguno; pero llegando á noticia del obispo de Jerusalem sus recomendables prendas, lo ordenó de sacerdote cuando tenia cuarenta años de edad, y lo comisionó para que cuidara la santa cruz, con lo que entendió lo que Jesucristo le había dicho en la vision tendida en el Calvario. Para hacerse mas digno de ser depositario de aquel tesoro, se propuso Porfirio seguir una vida mas austera; su ordinario alimento eran raíces amargas y un poco de pan duro, añadiendo en los dias festivos una corta cantidad de queso, otra de aceite y unas gotas de vino que echaba en la agua.

Se hallaba Porfirio muy contento en aquel su estado, cuando el año 396 fué llamado por el patriarca de Cesarea; el que no obstante su resistencia, lo consagró obispo de Gaza. Condecorado ya con aquella dignidad, pasó á tomar posesion de su silla, sufriendo en el camino multitud de penalidades, causadas por los infieles para impedir su viage.

A poco de haber arribado á Gaza, sobrevino una grande escasez de lluvia, de la que tomaron motivo los paganos para perseguir á los fieles. Esforzábense aquellos en pedir á sus ídolos, especialmente al que llamaban *Maznas*, que cesase aquella plaga; pero nada conseguían, porque irritado el Dios verdadero con sus supersticiosos sacrificios, continuaba la sequedad. Los cristianos entónces, en compañía de su obispo, salieron en procesion á la iglesia de San Timoteo, donde se veneraban sus reliquias; pero al volverse á la ciudad, se encontraron con las puertas cerradas por la malevolencia de los gentiles. Sin embargo, no duró mucho tiempo esta tropelía, porque á poco rato, cubriéndose el cielo de nubes, se desprendió una copiosa lluvia; milagro con que se convirtieron multitud de idólatras,

que uniéndose á los cristianos, fueron al templo á dar gracias á Dios por sus beneficios.

Este acontecimiento irritó mas á los gentiles, que aun preponderaban en la ciudad, los que infirieron graves molestias á los cristianos; mas habiendo ocurrido San Porfirio á Constantinopla al emperador Arcadio, consiguió por la mediacion de San Juan Crisóstomo, no solo que terminase aquella persecucion, sino un decreto particular para que fuesen destruidos todos los templos de los ídolos en Gaza. Al llegar á su diócesis nuestro Santo, salieron á recibirlo en procesion todos los cristianos; y á vista de ellos y de multitud de infieles, quiso Dios manifestar su poder, pues pasando por un sitio donde se hallaba un idolo, cayó éste de su pedestal y se hizo pedazos, portento á que se siguieron muchas conversiones.

Llegado á Gaza el comisionado del emperador para destruir los templos idólatras, nuestro Santo tuvo el gusto de verlos consumidos en las llamas, derribando él mismo el infame simulacro de *Maznas* y su famoso templo, levantando con su trabajo personal y el de los cristianos, una elegante basílica de un gusto exquisito y poco usado en aquel tiempo, durando la obra cinco años. El mismo San Porfirio la consagró solemnemente el día de Pascua de Resurreccion del año 408.

Ultimamente, despues de haber concluido esa obra, y teniendo la dulce satisfaccion de ver extinguida la idolatria en su diócesis, fué á recibir el premio de sus trabajos y de sus heroicas virtudes á la eterna bienaventuranza, siendo su glorioso tránsito el 26 de Febrero del año 420, á los setenta de su edad y treinta de su obispado.

La Epistola es del capítulo I de la del Apóstol Santiago.

Carísimos: Bienaventurado el hombre que sufre con *paciencia* la tentacion, porque despues que fuere probado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido á los que le aman. Ninguno cuando es tentado diga que Dios le tienta, porque Dios no puede dirigirnos al mal; y así él á ninguno tienta, sino que cada uno es tentado, atraído y halagado por la propia concupiscencia. Despues la concupiscencia, en llegando á concebir, pare el pecado; el cual una vez que se ha consumado, engendra la muerte. Por tanto, no os engaíeis en esta materia, hermanos míos muy amados. Toda dádiva preciosa y todo don perfecto, de arriba viene, como que desciende

del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variacion. Porque su voluntad nos ha engendrado con la palabra de la verdad, á fin de que seámos como las primicias de sus criaturas.

El Evangelio es del capítulo XIV de San Lucas (pág. 156).

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno &c.

MEDITACION.

Sobre las falsas máximas del mundo.

Considera que siendo tan opuesto el espíritu del mundo al espíritu de Cristo, y no teniendo Cristo mayor enemigo que el espíritu del mundo, no debe causar admiracion que las máximas del uno sean tan contrarias á las máximas del otro, ni que los gustos sean tan diferentes. Pero lo que debe aturdir á todo buen entendimiento, es que el mundo tenga mas secuaces que el Salvador del mismo mundo, y que conviniendo todos en que las palabras de Cristo son palabras de vida eterna, sea tan poco seguida su doctrina, al mismo tiempo que las máximas del mundo reinan y dominan en todas partes. Porque ¿dónde no reina con imperio la ambicion, el interes y el amor de los deleites? ¿Dónde no es mirada con repugnancia la cruz de Jesucristo? ¿Dónde no es oída su doctrina sobre la abnegacion de sí mismo, con horror y con disgusto? ¡Ah, que hoy solo se le considera al mundo como el teatro, como la region de los placeres! En él reinan como tiranas las pasiones: la humildad cristiana está desterrada de él. Entre los mismos azotes con que cada dia está castigando Dios á los mundanos, en medio de tanta multitud de desgracias como los hacen gemir, ¿se corrige mucho el mundo? ¿Pierde por ventura sus falsas brillanteces? ¡Ah, mi Dios! La profundidad se sustenta hasta de los mismos despojos; y lejos de quedar enterrada la concupiscencia entre las ruinas de una fortuna abatida, renace con mayor viveza en su mismo abatimiento.

Considera seriamente y con atencion la siguiente máxima mundana, sin que para conocer su disonancia sea menester apelar á otro tribunal que al de la razon. El que vive en el mundo (se dice) ha de hacer lo que hacen los demas; y ¡quiera Dios que esta perniciosa máxima no se introduzca en los claustros! Porque, de buena fé, ¿es juicio, es prudencia seguir á ojos cerrados lo que hace la muche-

dumbre, que obra sin tino ni concierto, sin seguridad en la conciencia, y aun casi cierta de que su modo de obrar la conduce á su perdición? ¡Es puesto en razon entregarse al humor, al capricho y á las pasiones de los otros? Y si estos otros hacen mal, ¿por qué hemos de hacer lo que hacen los otros? ¡Por ventura se discurre así en las demas materias que no tocan á la religion y á las costumbres? Si los otros estragan la salud con sus desórdenes y con sus excesos, ¿hay acaso muchos locos que digan: *Es menester hacer lo que hacen los demas?* Si los otros se arruinan en el comercio por sus temerarias ideas, emprendiendo proyectos quiméricos en los negocios, ¿hay comerciante tan necio que infiera debe hacer lo que los otros, aunque éstos fueran en mucho mayor número? A la verdad que esta máxima pugna contra toda la fuerza de la razon y de la religion. Jamas admitirán éstas un absurdo semejante, ni aprobarán la conducta de quien viva según él.

PETICION Y PROPÓSITOS.

La moral santa del Evangelio debe ser la que regle nuestra conducta; y apartarse de ella, es buscar el error, la depravacion: esta moral jamas se muda ni falta, y las máximas del mundo no pueden prescribir contra ella. Jesucristo ayer y hoy, dice el Apóstol, y el mismo por los siglos; así su moral es hoy la misma que fué ayer y ha de ser hasta la consumacion de los siglos. Ni sus principios se varian, ni sus reglas se mudan, ni su perfeccion puede demeritarse, por mas que la deshonren los malos cristianos. Sea por tanto nuestro propósito vivir siempre arreglados á la moral de Jesucristo, y conformes en todo á las máximas del Evangelio; y sea asimismo nuestra peticion al Señor, que nos libre y ponga á cubierto del espíritu del mundo, su irreconciliable enemigo.

JACULATORIA.

Aparta, Señor, mis ojos de la vanidad del mundo.

LECCION.

La resurreccion de Jesucristo es una de las pruebas mas terminantes de la verdad de nuestra religion.

Aunque al exponer la primera parte del Credo, hemos manifestado sobradamente la verdad de la religion cristiana, y hemos explicado los motivos de credibilidad en que estriba nuestra fé, sin embargo, la importancia del dogma de la resurreccion de Cristo, hace como ya dijimos, fundándonos en la autoridad del Apóstol, que si Jesucristo no ha resucitado, vana sea nuestra fé, y no debemos omitir esta nueva prueba que nos presenta de la verdad y de la solidez de nuestra creencia la resurreccion del Salvador. Por otra parte, la multitud de pruebas, la claridad de las demostraciones, y la fuerza de las razones que abundan para convencer al espíritu mas incrédulo, de este dogma fundamental; al mismo tiempo que la conexcion que él tiene con la revelacion del cristianismo, no permiten acaso hablar ni reflexionar sobre la verdad de la resurreccion de Jesus, sin ver victoriosamente demostrada la verdad de la religion santa que él mismo ha promulgado con su predicacion, asegurado con su muerte y fundado con su misma resurreccion gloriosa.

Si es verdadera la resurreccion de Cristo nuestro Salvador, Cristo ha sido verdaderamente enviado por Dios, y por consiguiente la religion que vino á enseñar al mundo es verdadera y divina, como que solo Dios puede ser autor de tan grande milagro. Probándose, pues, la certeza de la resurreccion de Cristo, no puede ponerse en duda la verdad del cristianismo: entremos, pues, en el pormenor de estas convincentes é indudables pruebas.

En la leccion antecedente leemos que Jesus despues de su resurreccion se presenta á sus discípulos hallándose cerradas las puertas de la casa donde estaban. «Es cosa maravillosa, dice San Ambrosio, cómo una naturaleza corporea pudo pasar por un cuerpo impenetrable, cómo un cuerpo visible abrió una entrada imperceptible, y un cuerpo palpable tuvo una operacion difícil de comprender. No penetró lo que estaba cerrado, y naturalmente impenetrable, con una naturaleza espiritual, sino con un cuerpo glorioso y resucitado.»

Para demostrarse como cierto un hecho histórico, según las reglas de la mas sana y mas severa crítica, no se exige otra cosa, sino

qué se encuentre referido por muchos testigos que no pudieron engañarse ni engañarnos al referir el suceso que nos cuentan. Ahora bien; la multitud de Apóstoles y discípulos de Cristo que testifican su resurrección, no pudieron engañarse al creerla, porque aseguran que lo vieron con sus propios ojos á Jesucristo resucitado, no solo cada uno de por sí, sino aun estando todos reunidos; no una vez sola, sino repetidas ocasiones: dentro y fuera de casa, en la ciudad y en sus alrededores: ellos afirman que por el espacio de cuarenta días han hablado, han comido, han andado con él, que tocaron su cuerpo, que tocaron con la mano las preciosas cicatrices de sus llagas: para comprobar mas sus dichos, atestiguan que han tenido consigo mas de quinientos testigos de la resurrección, por todos los cuales fué visto el Salvador; finalmente, los Apóstoles recuerdan y refieren los preceptos y las grandiosas promesas que les hizo Cristo. ¿Podrían acaso engañarse sobre hechos tan sensibles y notables; si no es que todos á la vez hubieran enloquecido, lo que sería imposible? Porque en efecto, ó vieron verdaderamente á Cristo resucitado, ó lo que les parecía Cristo era solo una fantasma ó una figura de Cristo; pero esta semejanza no podía ser producida por Dios, porque repugna á la subiduría infinita y á la verdad divina inducir á un error casi invencible, y que muy pronto se extendería por todo el universo: tampoco podía ser invención del demonio; porque, aun prescindiendo de que los deístas, que son los únicos que podían admitir esta suposición, no creyendo en la revelación, tampoco pueden creer en la existencia de los ángeles, la religion cristiana es demasiado santa para que agrada-se al enemigo del género humano emplearse en hacer prodigios ó simular apariciones en obsequio de un culto que ha destruido el imperio que ejercía ántes sobre la raza humana: ni Dios tampoco podía conceder su permiso al diablo, para que indujese á un error tan notable y de tan difícil desengaño, no ya solo á los Apóstoles y discípulos, á quienes se presentada aquel falso simulacro, sino tambien á todo el género humano. No pudo ser por consiguiente el objeto de su vision y de los demas sentidos de los discípulos de Cristo, sino el Salvador mismo. Los Apóstoles, pues, no han podido engañarse á sí mismos con respecto á la resurrección de Jesucristo.

Pero estos testigos de la resurrección tampoco han podido engañarnos. Prescindiendo de todos los caracteres de verdad y de sinceridad que hemos manifestado se encuentran en los Apóstoles, in-

conscusamente repugna á la naturaleza y á la costitucion humana, que muchos hombres atestigüen, sin ninguna esperanza de utilidad, una mentira manifiesta y un hecho de cuya falsedad estuviesen bien persuadidos. Es así que los Apóstoles han testificado la resurrección de Cristo sin ninguna esperanza de emolumento, ni en el presente ni en el futuro siglo. No en la otra vida, porque ¿qué ventaja podrían esperar, sino ántes bien las penas debidas á los impostores en cualquiera religion? Tampoco en ésta, porque, ¿de quién podrían recibir riquezas, deleites, fama ó honores, cuando anunciando la resurrección de Cristo desagrababan á los judíos, á los paganos, á los magistrados y á los sacerdotes, cuyos deseos, cuyas preocupaciones y cuyos errores impugnaban? Por otra parte, entre los suplicios y en medio de los mas crueles dolores, testifican este hecho, y sellaban sus testimonios con su sangre, como lo refieren los historiadores sagrados y profanos: *Iban gozosos*, dice la Escritura, *porque se les habia juzgado dignos de sufrir contumelia por el nombre de Jesus*. Es verdad que hay muchos ejemplares que nos refieren las historias de sugetos que han dado su vida por la patria, y aun algunos otros por una religion falsa; pero no en tanto número, ni jamas podrían presentarnos los deístas un solo ejemplo de alguno que se haya ofrecido á la muerte para testificar una cosa que en su concepto era absolutamente falsa.

Ó la resurrección de Cristo es verdadera, ó los Apóstoles hubrían inventado una mentira para engañar al género humano, y para establecer una nueva religion fraguada por ellos; pero una de dos, ó el fraude se habria combinado viviendo todavia Cristo, y con su consentimiento, ó despues de su muerte; pero uno y otro son absurdos inadmisibles. Porque lo primero, repugna que Cristo se entreguo á sí mismo á una muerte cruelísima para que se promulgase su fingida resurrección, y por otra parte, si hubiera convenido en semejante fraude con sus discípulos, no habria predicho tan clara y manifiestamente que habia de resucitar al tercero dia, para que los judíos no impidiesen el éxito de su predicación. Pero si el fraude se supone intentado despues de la muerte de Cristo, si no hubiese resucitado en realidad, no debían mirarlo los Apóstoles sino como un impostor, por quien habían sido engañados, y contra el que se habria excitado mas bien su odio que el deseo de aumentar su gloria. ¿Qué mayor absurdo que suponer en los Apóstoles, hombres rudos, pobres y sin luces, la empresa de inventar persuadir á todo el mun-

do un hecho tan increíble, en obsequio de un hombre que miserablemente los habia engañado! ¡Qué mayor absurdo que asegurar con su vida la santidad de un hombre á quien los Apóstoles creyese un impostor! ¡Y qué mayor absurdo finalmente, que el que se hubieta podido conservar el secreto de esta supercheria aun en medio de los tormentos, entre tantos discípulos de Jesus y entre mas de quinientas personas que aseguran haber visto resucitado al Salvador del mundo.

Si los Apóstoles hubiesen inventado la resurreccion de Jesucristo para enganar al universo y predicar á los pueblos una falsa religion, habrian sido sin duda unos hombres malvados que hacian lulubrio de la religion y de Dios, ó unos ateos que no creyese en su existencia ni su justicia; pero ¿cómo podria entónces concebirse que unos hombres de esta clase, ó bien los mayores malvados, ó bien los ateos mas resueltos, renunciase á todas las delicias de la vida, se sujetasen gustosos á los oprobios y á la muerte, promoviesen la gloria y el culto del Ser Supremo, procurasen destruir los simulacros de las falsas deidades, y difundiesen por último por todo el universo la religion mas santa, el cristianismo, no solo con sus palabras y sus escritos, sino con sus hechos, con extraordinarios esfuerzos, sin perdonar diligencia ni tarea alguna, sufriendo toda clase de penalidades y aun la muerte misma?

Pero aun hay mas; ó Cristo resucitó verdaderamente, ó sus discípulos robaron su cuerpo del sepulcro. Vamos, pues, á demostrar la imposibilidad de que verificasen tal hurto, porque para que los Apóstoles robasen el cuerpo de su Maestro, era necesario ó que estuviesen durmiendo los guardas que habian puesto para custodiar el sepulcro los príncipes de los sacerdotes, como decian en otro tiempo los judíos, ó extraerlo á viva fuerza, resistiéndolo los mismos guardas, ó seduciendo á éstos y corrompiéndolos con dinero, como asientan algunos deistas modernos, ó por último, excavando por conductos subterráneos hasta el centro del sepulcro donde se hallaba el cuerpo de Cristo. Manifestando, pues, que de ninguno de estos cuatro modos pudo usarse, quedará manifiesta la imposibilidad de este robo. Vamos por partes.

Los guardas de que se trata eran soldados romanos, acostumbrados á la mas rigurosa disciplina militar, y que verosimilmente no pudieron dormirse todos á la vez, faltando todos á su deber; principalmente cuando se trataba de un asunto en que tenian mucho interés

los príncipes de los sacerdotes, y que naturalmente debia excitar su curiosidad. Los judíos, y despues de ellos nuestros filósofos modernos, fingen gratuitamente este robo del cuerpo de Cristo, contradiciéndose consigo mismos, segun advierte San Agustin. Ningun otro argumento presentaban los judíos, como se lee en el Evangelio, ni hay otro que puedan alegar los deistas, fuera de la relacion de los soldados, que segun les aconsejaron los judíos, sobornándolos, decian: que habia sido sacado del sepulcro el cuerpo de Cristo, estando ellos durmiendo. ¿Y podrá haber cosa mas débil, ni mas sutil que el argumento de estos militares? Porque si estaban durmiendo, ¿cómo pueden testificar que los Apóstoles extrajeron el cuerpo del Salvador? ¿En qué legislacion, en qué tribunal civil se daria la mas pequeña validez á semejante testimonio? Es preciso no olvidar que el cuerpo no podia sacarse sin romper el sello y levantar una gran piedra que lo cerraba, y ambas acciones no podian verificarse sin hacer ruido y sin despertar alguno. Tambien es digno de reflexionar, que si el cuerpo hubiese sido furtivamente extraido, no se habrian encontrado en el sepulcro los lienzos en que estaba envuelto, pues los que lo hubieran robado no habrian gastado tan inútilmente el tiempo en esto, aumentando su riesgo. Por último, si los judíos no hubiesen conocido lo fabuloso de este rapto, habrian hecho castigar el descuido de los soldados, y establecido una pesquisa jurídica para rastrear la existencia del cuerpo, y destruir de este modo la predicacion apostólica.

No pudieron extraer el santo cuerpo á viva fuerza, porque la ignorancia y la timidez de los Apóstoles no eran para acometer una empresa de tanto valor, porque los judíos, si esto hubiese sucedido, se habrian aprovechado para hacer castigar á los Apóstoles, ó al ménos lo habrian publicado para desconcepcionar el hecho de la resurreccion, mejor que finir el sueño de los soldados que se habian dejado arrebatar un depósito que se les habia confiado. Las mismas razones persuaden que no pudo haber cohecho ó soborno de los guardas, cuando ademas los Apóstoles no eran sino unos pobres pescadores, y que debian temer que, recibido el dinero por los soldados, éstos podrian descubrirlos en cualquier lance.

Por último, no pudo entrarse al sepulcro por alguna excavacion subterránea, porque él estaba labrado en la roca; porque aunque así no fuese, no podian en undia hacer la excavacion necesaria para que no fuese oido el ruido por los guardas; ademas, despues se habria

visto algun vestigio del subterráneo, ó por lo ménos, del lugar por donde se habia hecho la comunicacion bastante para entrar y extraer el cadáver. Luego los Apóstoles no pudieron sacar el cuerpo de Cristo. Luego Jesucristo ha resucitado verdaderamente, y con su resurreccion nos ha manifestado la verdad del cristianismo.

DIA VEINTE Y SIETE.

San Leandro, arzobispo de Sevilla.

La ciudad de Cartagena en España fué el lugar del nacimiento de San Leandro, quien tuvo padres nobles, y tan virtuosos, que veneramos en los altares no solo á este su hijo Santo, sino también á sus hermanos San Fulgencio, obispo de Ecija, y San Isidoro, sucesor de Leandro en el arzobispado de Sevilla. También su hermana Florentina, aunque no está canonizada, murió en olor de santidad, en el estado de vírgen y el ejercicio perfecto de todas las virtudes.

Siendo muy jóven San Leandro se retiró del mundo, eligiendo por su habitacion un monasterio, donde moró muchos años, entregado á la continua práctica de todas las virtudes y al estudio de las ciencias eclesiásticas, para poder ser útil alguna vez á la Iglesia de Dios y á la salvacion de sus prójimos. En esta mansion de delicias llegó nuestro Santo á tocar un alto grado de perfeccion y una no vulgar instruccion en la sagrada doctrina, circunstancias que produjeron su eleccion al obispado de Sevilla, carga que si admitió, á pesar de su humildad y amor al retiro, fué porque consideró que el Señor lo llamaba á prestar los mas importantes servicios á la religion y á los fieles.

Se hallaba entonces dominada la España por los visigodos y ostrogodos, que inbuídos en la herejía arriana, no contentos con seguir las perniciosas máximas de esta secta, trataban de extenderla por todas partes, y perseguían á los que oponian alguna resistencia. Al ocupar la silla el Santo obispo vió con dolor al arrianismo extendido por toda su diócesis, por lo que su primer objeto fué la conversion de todo su pueblo á la verdadera fé. Tomó en esto el mayor empeño, y tanto con sus fervientes ruegos á Dios, en cuya proteccion puso su principal esperanza, como con su constante predica-

cion y asidua tarea de enseñar los principios de la religion católica y combatir los errores de los arrianos, logró la conversion de la mayor parte de sus diocesanos, siendo uno de los instrumentos de que Dios se valió para reducir á la verdad á la nacion española. A los grandes esfuerzos de nuestro Santo debió convertirse el valeroso mártir San Hermenegildo, hijo primogénito del rey Leovigildo, ciego sectario y protector de los arrianos, quien irritado de ver rehusar á su hijo la comunión de un obispo de su secta, cometió el horrendo crimen de mandarlo matar, haciendo desterrar al mismo tiempo á San Leandro.

Esta desgracia no alteró la tranquilidad de nuestro Santo, que se glorió de padecerla por la gloria de Dios y el bien de sus hermanos; mas tampoco fué de larga duracion su destierro, pues muy pronto Leovigildo, atormentado de crueles remordimientos de su conciencia, lo devolvió á su silla, y aunque él no se convirtió al catolicismo, le entregó á su hijo Recaredo, que debia ser su sucesor, para que lo educase en la doctrina ortodoxa. Hizolo así San Leandro con tanto fruto, que teniendo despues el placer de ver subir á este piadoso príncipe al trono, logró por su medio y ejemplo, que las costumbres se reformasen en Sevilla, que la piedad cristiana se extendiese, y que con los sublimes discursos que hacia á sus pueblos, se cimentase la verdadera fé, quedando confundidos los vanos sofismas de los obispos arrianos.

No se contentó el zelo de nuestro Santo con la conversion de los visigodos, sino que tomó empeño en la de los suevos, pueblos tambien de España, que igualmente se hallaban corrompidos con el mal ejemplo y perversidad de Leovigildo, y logró que abjurasen sus errores y volviesen á la verdadera creencia; mereciendo por tan felices conquistas, y el gran bien que de ellas resultaba á la Iglesia universal, lo felicitanse San Gregorio Magno con una carta gratulatoria.

Eternizada la herejía arriana por los esfuerzos de S. Leandro, se dedicó este zelosísimo obispo á mantener entre los fieles la fé y la doctrina católica en toda su pureza, como tambien el fervor y santidad de las costumbres, debiéndose á sus lecciones la heroica constancia con que padecieron despues el mártir en Sevilla tantos ilustres cristianos por defender la fé ortodoxa. Asistió Leandro al concilio celebrado en aquella ciudad, en que se arreglaron algunos puntos de disciplina; y el tercero Toledano del año de 589, en que asistieron setenta y dos obispos, se sancionaron veinte y tres cánones

tambien de disciplina, que tenian por objeto otros tantos puntos combatidos por los arrianos, cerrando de una vez la puerta á sus errores, y se mandó la observancia rigurosa de los cánones penitenciales, para probar la verdadera conversion de los que abjuraban el arrianismo.

Nuestro Santo se hizo tambien célebre por sus escritos, siendo uno de los mas famosos la carta que dirigió á su hermana Florentina, que título: *Regla de la vida monástica*, en la que resalta el desprecio que trataba infundir á todos, del mundo, y los consejos mas apropiados para los ejercicios de la oracion, que nos separa de la tierra y nos une á Dios. Reformó ademas la liturgia española, que no dejaba de tener grandes defectos, obra que despues perfeccionaron San Isidoro y San Ildefonso.

Hacia mucho tiempo que nuestro Santo padecía una cruel y dolorosa enfermedad de gota, que con sus vehementes dolores le hacía ejercitar su paciencia. San Gregorio, que adolecia del mismo mal, consolaba al Santo en sus cartas, diciéndole ser un favor especial del cielo, porque lo hacia padecer. Por fin descansó en el Señor S. Leandro, tanto de sus crueles padecimientos, como de todas las fatigas de su vida laboriosa y penitente; siendo su glorioso tránsito el dia 27 de Febrero del año 596.

La Epistola en de los capítulos XLIV y XLV del libro de la Subiduría (Eclesiástico) (pág. 199).

He aquí un sacerdote grande &c.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo (pág. 190).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debía ir muy lejos, &c.

MEDITACION.

Sobre la necesidad de la penitencia para salvarse.

Considera que no hay mas que dos caminos para ir al cielo; la inocencia ó la penitencia. No hay medio: O nunca pecaste, ó eres pecador. ¡Pues Dios! ¿Quién se podrá lisonjear de aquella primera inocencia? ¿Pues quién se podrá escusar de los rigores de la penitencia? Busca algun otro camino: por lo ménos es cierto que Jesucristo le ignoró. Fabriquémonos el sistema que nos pareciere; finjámos el moral que se nos antojare: pretextos de salud, vanos

títulos de la edad, excusas frívolas del amor propio, alegatos aereos del estado ó de la condicion; no hay privilegios, no hay razones que te eximan de una ley tan indispensable. No hay otro partido que tomar: ó llorar mientras dura el tiempo de nuestra vida, ó despues arder por toda una eternidad. Es esta vida el tiempo de la misericordia, es el fruto de la muerte del Redentor; pero la divina justicia no puede ser frustrada de sus derechos: estos son los que conserva, y sostiene la penitencia; ella ocupa, por decirlo así, el lugar de la justicia divina; ella la representa como apoderada surya. Si por cierto: quiere Dios dejar á tu buena fé el castigo de tus pecados, quiere que tú mismo seas el vengador de tus delitos; quiere que tú te impongas á tí propio la pena que merecen; puede poner tus intereses en manos mas favorables ni mas amigas? Desengañémonos; todo pecado ha de ser indispensablemente castigado; ó por un Dios vengador, ó por el hombre penitente.

Considera qué grande error es pretender salvarse sin hacer penitencia. Si no quieris renunciar mi Evangelio, dice el Salvador del mundo, debéis estar persuadidos á que el que peca, si no hace penitencia, vanamente se lisonja de conseguir su salvacion. ¿Se sigue hoy en el mundo esta doctrina? ¿Pero no será hacer bastante penitencia, confesar sus pecados, rezar algunas oraciones, ejercitarse en algunas obras satisfactorias impuestas en la confesion? ¿No bastará esto para cumplir con el precepto de hacer penitencia? Mas yo pregunto: ¿y será posible que la doctrina de Jesucristo sobre la necesidad de la penitencia, no se ha de reducir mas que á esto? ¿Los santos que no conocieron otro moral que el de Jesucristo, entendieron por ventura aquella doctrina, segun esta benigna interpretación? Ni aun nosotros mismos, aunque no tengamos mas que una leve tintura de nuestra religion, nos persuadiémos facilmente á que todo el castigo que la divina justicia exige por nuestros pecados, se reducirá á una tan corta, tan ligera y tan superficial satisfaccion. ¿Será esta toda la penitencia cristiana despues de tan enormes culpas? (R)

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ciertamente que no, Dios de justicia y de misericordia! Ciertamente que no basta, ni para satisfacer á la justicia, ni para alcanzar la misericordia, una penitencia tan superficial, tan corta, tan limitada, que no obra tal vez ni aun la correccion de un solo defecto. No es esta ciertamente la penitencia que vos exigís, y que debe obrar las

entra y perfecta conversión del pecador á vos. Dejar de obrar el mal; comenzar á obrar el bien; quitar de delante de vos el mal de nuestros pensamientos pecaminosos; redimir nuestros pecados con obras de misericordia; hé aquí la penitencia que vos me exigís por vuestro Profeta Isaías; y la que yo propongo abrazar, macerando mi carne para reducirla bajo la servidumbre del espíritu, y sujetando á éste bajo la observancia de nuestra santa ley. Así espero cumplido contando con vuestra gracia que humildemente imploro.

JACULATORIA.
 Cumpliré en mi carne, oh Salvador mio! lo que falta á tu pasión aplicándome la por la penitencia.

LECCION.

Sobre la gloria y las ventajas de la resurrección de Cristo.

Aunque en las cuatro lecciones anteriores hemos procurado reunir toda la doctrina de este dogma importante y fundamental del cristianismo, para concluir lo mas esencial de los puntos que en ella se contienen, manifestaremos hoy la gloria de la resurrección del Salvador, y las ventajas que ella nos ha proporcionado.

Dijimos ya que el alma bienaventurada de Cristo, al tercero dia despues de haberse separado de su cuerpo, volvió á unirse al mismo en su resurrección, aunque ni aquella ni éste se habian separado jamas de la divinidad, al verificarse esta nueva union, el cuerpo sagrado del Señor tomó una gloria matavillosa y celestial. La identidad, por decirlo así, de este cuerpo, la comprueban las figuras de sus llagas y los vestigios de sus gloriosas cicatrices, que presentó á Santo Tomás el mismo Jesucristo para que las tocara, y á los demás Apóstoles para que las viesen, y que quiso conservar sin permitir que su nuevo glorioso estado las borrara, ya para afirmar mas la fé de la resurrección, ya para llevar perpetuamente las insignias ó los trofeos de su victoria, y ya finalmente para mostrar á su Eterno Padre el precio de nuestra libertad. Con otros muchos argumentos puede comprarse la verdad y la identidad del cuerpo de Cristo resucitado; y el testimonio de los Apóstoles, y las apariciones que hemos visto referen los libros sagrados, nos aseguran que resucitó de entre los muertos, y salió del sepulcro aquel mismo cuerpo que estuvo pendiente en la cruz. No solo fué el mismo cuerpo, sino que

sin duda resucitó con su misma carne, huesos y sangre; pues como dice S. Agustin, "el poder divino quiso que quedase el mismo cuerpo, aunque permaneciendo algunas cualidades y sin permanecer otras, le quedó por ejemplo la facultad de moverse; pero no la fúti-ga ó el cansancio que causa en nosotros el movimiento; permaneció en él la facultad de comer, como dió de ello repetidas pruebas á los Apóstoles; pero sin la necesidad de hacerlo que nosotros tenemos para conservar la vida."

La gloria del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, se deduce claramente de las siguientes palabras de San Pablo á los filipenses: *Jesucristo reformará nuestro cuerpo abatido, para hacerlo conforme á su cuerpo glorioso, segun la operacion con que tambien puede sujetar á sí todas las cosas*, y le dió á su Padre antes de su dolorosa pasión. Esta gloria se manifestó tambien cuando se apareció á todos los Apóstoles entrando al Cenáculo, cuyas puertas estaban cerradas. "El Señor manifestó á sus discípulos, dice San Gregorio, su carne para que la viesen y palpasen, introduciéndose estando cerradas las puertas, para demostrarles que su cuerpo, despues de la resurrección, tenia la misma naturaleza que antes; pero se hallaba adornado de una superior gloria;" y en este sentido deben entenderse aquellas expresiones de San Pablo á los corintios: *Si conocemos á Cristo segun la carne: mas ahora ya no lo conocemos*; "porque la resurrección del Señor, dice San Leon, papa, no fué el fin de la carne, sino la commutación de ella; mas en virtud de este aumento no se consumió su naturaleza." Varió la cualidad; pero no faltó la naturaleza, y se hizo impasible aquel cuerpo que pudo ser crucificado: se hizo inmortal el que pudo morir: se hizo incorruptible el que pudo ser vulnerado, y con razon se dice que la carne de Cristo en aquel estado en que antes habia sido conocida, no se conocia despues, porque nada quedó en ella de pasible, ni nada enfermizo; de tal suerte que es la misma por la gloria que adquirió. El profeta David, dice: *Y reflexió mi carne.* "Reflexió la carne del Señor, dice San Máximo, naciendo de la Virgen María, segun el profeta Isaías, cuando dijo: *Saldrá una rru de la raíz de Jess, y de su raíz subirá una flor.* Pero reflexió tambien, cuando cortada por los judíos la flor de su cuerpo, germinó resucitando con gloria del sepulcro; y á manera de una flor olorosa, dió á todos los hombres la inmortalidad, rodeándolos del

suave olor de las buenas obras, manifestándose con toda la incorruptibilidad y el esplendor de la Divinidad eterna.

Explicando San Hilario aquellas palabras de Cristo á su Esposo Padre, que refiere San Juan, cuando dijo: Glorifícame tú en tí mismo con aquella gloria que tuve en tí ántes que fuese el mundo: en estas palabras, dice, nada nuevo busca Jesucristo, nada ageno desea; pide ser tal cual habia sido ántes; pide pare si aquello que ántes era... Y el día de su resurreccion es cuando ha tomado esta gloria. Por eso dijo el Señor al sumo sacerdote cuando le preguntaba si era el Hijo de Dios, segun nos refiere San Mateo: Tú lo has dicho; y aun os digo que veréis desde aquí á poco al Hijo del Hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo. Porque la naturaleza de la carne glorificada despues de la resurreccion, se adornaba con la claridad que ántes tenia, cuando habiendo confesado el Hijo del Hombre á su Padre, resucitó para nunca mas morir.

Hemos visto ya la gloria que adquirió Jesucristo por su resurreccion; veámos ahora las ventajas, los frutos y las utilidades que nos han resultado á nosotros de ella misma. Por la resurreccion de Cristo Jesus, Salvador y Señor nuestro, no sólo conocemos su victoria de la muerte y del demonio, su inmortalidad y su gloria, segun acabamos de observar, y finalmente, su divinidad; sino que conseguimos otras muchas utilidades de este dogma fundamental del cristianismo, y de este misterio de nuestra revelacion, pues por él conocemos la resurreccion de nuestros cuerpos y la de nuestras almas. Ningun cristiano duda, dice San Agustin, que nosotros estábamos muertos en el alma y en el cuerpo: en aquella, por el pecado, y en éste, por la pena de la culpa, y por consiguiente tambien por el pecado. Para curar y resucitar á la una y al otro, es necesario renovar en mejor lo que en peor se habia mudado. La impiedad es la muerte del alma, así como la corruptibilidad es la del cuerpo, por la que se separa de él el alma. Faltando Dios, muere el alma, no de otro modo que faltando el alma muere el cuerpo. Pero el alma se resucita por la penitencia, y la renovación de la vida comienza todavía en el cuerpo mortal en virtud de la fé, por la que creemos en aquel que justifica al impío, la que se aumenta por medio de las buenas obras, y crece de día en día, y se robustece quanto se renueva mas y mas el hombre interior. Pero el cuerpo ó el hombre exterior, quanto mas se prolonga esta vida mortal, tanto mas se acerca á la

corrupcion; y las enfermedades, la debilidad, las afecciones y la edad misma, nos conducen á la dissolution que llamamos muerte. Su resurreccion se dilata hasta el fin, cuando tambien nuestra justificacion se perfeccionará infaliblemente. Entonces seremos semejantes á él, porque lo veremos como es en sí. A estas dos muertes, pues, opuso nuestro Salvador la suya, y para hacer ambas resurrecciones en nosotros, verificó la suya; porque aunque no pudo ser pecador ó impío, para que como un espíritu muerto se renovase en el hombre interior, sino que revestido de la carne mortal, única que murió y única que resucitó, con ella sola nos enseñó á resucitar en el cuerpo y en el alma... La única muerte, pues, de nuestro Salvador, sirvió de salud á las dos muertes nuestras, es decir, del cuerpo y del alma; y su única resurreccion hizo en nosotros ambas resurrecciones.

La resurreccion de Cristo ha producido la resurreccion de nuestro cuerpo, porque aquella aunque perfectísima, es el ejemplar de la nuestra; y á la manera que resucitando el cuerpo de Cristo acabamos de ver la inmortal gloria que adquirió, del mismo modo nuestros cuerpos débiles y mortales, adquiriran por la resurreccion la gloria y la inmortalidad. Por eso el mismo Jesucristo dijo por San Juan: *Así como el Padre resucita los muertos y les da vida, así el Hijo da vida á los que quieren.* Sin embargo, este primer fruto de la resurreccion no ha de lograrse desde luego, porque Dios ha dispuesto que primero nos conformemos con Cristo paciente y muriendo en esta vida para llegar despues á aquella semejanza, por la que resucitarémos igualmente con Cristo.

En cuanto al segundo efecto de la resurreccion de Cristo que es la resurreccion de nuestra alma de la muerte del pecado á la vida de la gracia, despues de lo que hemos dicho en la leccion del día primero de este mes, bastará copiar lo que dice el Apóstol S. Pablo á los romanos: *¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados con él en muerte por el bautismo, para que como Cristo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así nosotros tambien andemos en novedad de vida. ¿Porque si fuimos juntamente con él á la semejanza de su muerte, lo seremos tambien á la de su resurreccion. Sabiendo esto que nuestro viejo hombre ha sido crucificado juntamente con él, para que sea destruído el cuerpo del pecado, y no sirvamos ya mas á él.* A la manera, pue

que la pasión dolorosa y la preciosa muerte del Redentor del mundo es la causa de la remisión y del perdón de las culpas del humano linaje, en virtud de la cual morimos al pecado, la gloriosa resurrección de Jesucristo, es la causa de nuestra vida y de nuestra regeneración espiritual, la que llegamos á alcanzar por medio de la gracia santificante, como enseña en el mismo lugar el repetido Apóstol: *No está escrito solamente por Abraham, que le fué imputado á justicia; mas también por nosotros, á quienes será imputado si creemos en aquel que resucitó de entre los muertos, á Jesucristo nuestro Señor, el cual fué entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.*

DÍA VEINTE Y OCHO.

San Roman, abad.

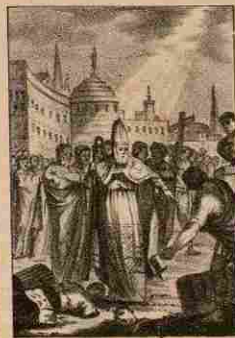
SAN ROMÁN ó ROMANO, fué natural de la Borgoña, y nació por el año 390, de padres virtuosos que acertaron á criarlo con tanta piedad, que desde muy niño se hizo recomendable por sus costumbres puras, y un vehemente desso de consagrarse al servicio divino en la soledad. Así es que desde muy niño procuró instruirse en las costumbres de los anacoretas, y apenas entrado en la juventud, y movido de un aviso celestial, se retiró al monasterio de Aynai en Leon de Francia, donde permaneció algun tiempo ocupado en las prácticas religiosas.

De allí pasó á abrazar la vida eremítica á un monte escabroso, situado en los límites de la Francia y la Switserlandia, que se llama Jura, donde fijó su residencia en un pequeño llano, nombrado Condat, en el que habia un manantial de agua pura y un árbol copulento, cuyas ramas iban á defenderlo de la intemperie de las estaciones. Aquí estableció Roman su morada, resuelto á permanecer hasta la muerte en aquella desconocida soledad. El método de vida que emprendió fué admirable. Su alimento lo componian algunas frutas silvestres que se daban en el bosque; su sueño era muy corto; y el día lo ocupaba en la oración mental, en rezar algunos salmos, en la lectura de algunos libros espirituales que habia llevado consigo, y en el cultivo de un corto pedazo de tierra.

Después de algunos años de soledad, se le reunió su hermano



S. Aster Obispo



S. Rufino Confesor



S. Leoncio Arzobispo.



S. Roman Abad.

que la pasión dolorosa y la preciosa muerte del Redentor del mundo es la causa de la remisión y del perdón de las culpas del humano linaje, en virtud de la cual morimos al pecado, la gloriosa resurrección de Jesucristo, es la causa de nuestra vida y de nuestra regeneración espiritual, la que llegamos á alcanzar por medio de la gracia santificante, como enseña en el mismo lugar el repetido Apóstol: *No está escrito solamente por Abraham, que le fué imputado á justicia; mas también por nosotros, á quienes será imputado si creemos en aquel que resucitó de entre los muertos, á Jesucristo nuestro Señor, el cual fué entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.*

DÍA VEINTE Y OCHO.

San Roman, abad.

SAN ROMÁN ó ROMANO, fué natural de la Borgoña, y nació por el año 390, de padres virtuosos que acertaron á criarle con tanta piedad, que desde muy niño se hizo recomendable por sus costumbres puras, y un vehemente desso de consagrarse al servicio divino en la soledad. Así es que desde muy niño procuró instruirse en las costumbres de los anacoretas, y apenas entrado en la juventud, y movido de un aviso celestial, se retiró al monasterio de Aynai en Leon de Francia, donde permaneció algun tiempo ocupado en las prácticas religiosas.

De allí pasó á abrazar la vida eremítica á un monte escabroso, situado en los límites de la Francia y la Switserlandia, que se llama Jura, donde fijó su residencia en un pequeño llano, nombrado Condat, en el que habia un manantial de agua pura y un árbol copulento, cuyas ramas iban á defenderlo de la intemperie de las estaciones. Aquí estableció Roman su morada, resuelto á permanecer hasta la muerte en aquella desconocida soledad. El método de vida que emprendió fué admirable. Su alimento lo componian algunas frutas silvestres que se daban en el bosque; su sueño era muy corto; y el día lo ocupaba en la oración mental, en rezar algunos salmos, en la lectura de algunos libros espirituales que habia llevado consigo, y en el cultivo de un corto pedazo de tierra.

Después de algunos años de soledad, se le reunió su hermano



S. Aster Obispo



S. Rufino Confesor



S. Leonadro Arzobispo.

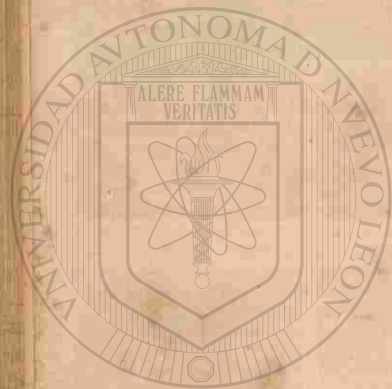


S. Roman Abad.

menor, llamado Lupicino, inspirado por Dios para abrazar el mismo género de vida. A este nuevo ancoreta, que hizo los mayores progresos en la virtud con los ejemplos de Roman, se reunieron unos eclesiásticos de Noyon, y sucesivamente tanto número de solitarios que quisieron ponerse bajo la dirección de nuestro Santo, que se hizo necesario fabricar un monasterio; siendo este el origen de la grande abadía de Condat, que últimamente se llamó de San Claudio, por haberse retirado á él, renunciando la mitra, este piadoso prelado.

Viendo Roman que se aumentaba mucho el número de sus discípulos, edificó otro monasterio, que se llamó de Laucone, y encargó de su gobierno á Lupicino. Lejos de entibiarse el fervor con el aumento de casas; en una y otra se encendió una santa emulación, de suerte que no podría fácilmente decidirse cuál de las dos sobresalía mas por sus penitencias y mortificaciones, por su obediencia y humildad, por su amor á Dios y caridad fraterna, y por el exacto cumplimiento de sus reglas. A estas dos comunidades de hombres se agregó bien presto otra de mugeres, deseosas de santificarse en aquella misma soledad. Admitiólas bajo su dirección Roman, y les formó un convento con la mas estrecha clausura, y fué nombrada su primera abadesa una hermana de nuestro Santo.

Aunque el carácter de Roman y de Lupicino era muy opuesto, siendo este sumamente severo en su gobierno, al paso que aquel se distinguió por su dulzura é indulgencia, ambos monasterios estaban perfectamente arreglados con un mismo espíritu de penitencia, y los monges de uno y otro veneraban á sus respectivos superiores. La comida designada para los dos era muy escasa, y consistía en algunas semillas que cultivaba cada comunidad en sus respectivos terrenos. Un año que fué abundante la cosecha en el de Condat, algunos monges alteraron la cantidad y calidad de los alimentos, aunque sin aprobacion de Roman. Súpolo Lupicino, y para corregir esta relajacion, propuso á su hermano el cambio de gobierno en los monasterios; hizoase así en efecto; pero los monges relajados, viendo la firmeza del nuevo abad, se fugaron del monasterio para evitar el restablecimiento de la anterior abstinencia; mas las fervorosas oraciones de Roman alcanzaron de Dios que volviesen arrepentidos á Condat aquellos preocupados apóstatas, los que perseveraron despues, manifestando en su ejemplar conducta el mas profundo arrepentimiento de la falta que habian cometido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Noticioso San Hilario, obispo de Arlés, de la santidad de Roman, lo hizo llamar á su presencia y lo ordenó de sacerdote. Esta dignidad fué un nuevo motivo para que Roman aumentara sus penitencias y sus ayunos, para hacerse digno ministro del Altísimo. Con el objeto de alcanzar las gracias necesarias para cumplir con las obligaciones de su nuevo estado, dispuso nuestro Santo pasar á Agaune, á visitar el sepulcro de San Mauricio en compañía del virtuoso Paladio. La primera noche de su viage posaron en la choza de unos leprosos, á quienes pagaron el hospedaje sanándolos de su asquerosa enfermedad. La fama de San Roman era tan grande, que el obispo de Génova y el pueblo salieron á recibirlo al camino, y lo condujeron en triunfo con su compañero: distinción que mortificó sobremanera la humildad de ambos, y que procuraron evitar á la vuelta de su piadosa romería.

Habiendo vuelto Roman á su monasterio, poco tiempo después oprimido de sus trabajos y de los años, murió ejemplarmente á 28 de Febrero del año 460, á los setenta de su edad y treinta de su retiro; siendo el primero, como dice el martirologio, que en aquella ciudad hizo vida eremítica, y esclarecido con singulares virtudes y milagros, fué después padre de muchos monges. Sepultóse su cuerpo en el monasterio de Baume, y Dios ha hecho glorioso su sepulcro con multitud de maravillas.

La Epistola es del capítulo III de la de San Pablo á los filipenses.

Hermanos: Lo que ántes tuve por ganancia, lo he reputado ya como pérdida por amor de Cristo. Y en verdad, todo lo tengo por pérdida en comparacion de mi Señor Jesucristo; por cuyo amor he perdido todas las cosas y las miro como basura, por ganar á Cristo y hallarme en él, no teniendo aquella propia justicia que nace de la ley, sino aquella que nace de la fe en Jesucristo, la justicia que viene de Dios por la fe, á fin de conocerlo á él y la eficacia de su resurreccion, y participar de sus penas, asemeándome á su muerte: de modo que al cabo pueda arribar á la resurreccion de los muertos. No porque yo haya logrado ya, ni llegado á la perfeccion; pero yo sigo mi carrera; por ver si alcanzo aquello para lo cual fui destinado por Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas (pág. 214).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeños ña grey, &c,

MEDITACION.

Sobre qué nuestra dicha consiste en servir á Dios.

Considera que no solo hallamos en el servicio de Dios nuestro engrandecimiento, ni solo servimos para crédito y leor de su soberanía; sino que tambien hallamos en servirle la plenitud de toda felicidad. Como fuimos criados por Dios, no podemos hallar nuestra entera dicha sino en él. Su divina Magestad es el autor de todo nuestro ser, y debe ser el centro de todos nuestros movimientos, que fuera de él no hallan objeto en que puedan quietarse. Dios es soberano bien de sí mismo. ¿Pues cómo no ha de serlo de nosotros? Dios se basta á sí mismo. ¿Pues cómo no ha de bastar al corazón del hombre? Tenemos una alma capaz de un bien infinito; todo lo que es finito, todo lo que no es Dios, puede ocuparla, puede entretenerla; pero no puede llenarla. Aunque colme el Señor de innumerables bienes nuestro corazón, se quedará vacío si él mismo no se nos da á sí propio; porque si á él no tenemos, aunque seámos poseedores de todo el universo, pobres serémos y necesitados. Por eso los dichosos del mundo jamás cesan de aspirar á mas de lo que gozan, ni dejan de buscar nuevos objetos que satisfagan el insaciable apetito que tienen de gozar, y llenen el vacío en que dejaron sus corazones las miserables criaturas de que vanamente disfrutaron. ¡Infelices!

Considera que no solo en la tierra hace el Señor nuestra felicidad; sino que esta tiene su lleno y perfeccion en la patria celestial, de tal modo que no puede quedarle que apetecer al alma, y poseerá un bien que infinitamente supera aun los deseos mas avanzados y grandiosos que pueden concebirse. Viendo y poseyendo á Dios en el cielo, vendrémos á ser parecidos á él; santos, puros, sabios, poderosos, ricos y dichosos como su divina Magestad, transformándonos en Dios, sin tener otra voluntad; afecto ó deseos sino los suyos. Dios nos será todo para todas las cosas, poseyéndole, serémos bienaventurados con su misma bienaventuranza; pura, constante y eterna. El que pueda comprender, Señor, lo que vos sois y valeis, es el que solo puede comprender las dichas que preparais á los que os aman; pero solo vos, Salvador mio, que hacéis esta dicha, la podeis comprender, de la misma manera que solo vos me la habeis podido merecer, y me la podeis hacer poseer. ¿Oúdsno será, ó Jesus mio,

que yo gozo esta gloria, de quien vos sois el principal objeto? ¿Cuán-
do será el que yo vea vuestro divino rostro, y que os contemple ca-
ra á cara? ¿Cuándo llegará el que yo admire la gloria de vuestro
reino? ¿Cuándo seréis mi todo en todas las cosas? ¿Cuándo acaba-
reis de llenar mi alma del torrente de delicias que inunda la santa
ciudad de Sion! ¿Cuándo me embriagaréis del divino néctar de que
está llena vuestra casa? ¡Ah! No me dilateis la fruición del sumo
bien que sois vos: vuestro soy; para vos me criasteis; y no estoy en
mi centro si no estoy en vos.

PETICION Y PROPÓSITOS.

El errado concepto que formamos de la felicidad, hace que viva-
mos siempre tristes, y anhelando por un bien que huye delante de
nosotros, y que apenas tocamos cuando desaparece. Aun en lo es-
piritual buscamos cierto contentamiento sensible, que no puede ser
permanente; y por cuya falta nos angustiamos muchas veces y per-
demos la paz. No consiste en esto nuestra felicidad. El estado de
gracia, procurado de modo que en lo posible tengamos de él certe-
za moral: una conciencia recta, que nos dé un testimonio favorable:
el exácto cumplimiento de la ley de Dios; el ejercicio de las virtudes
propias de nuestro estado; la obediencia á la inspiración de Dios: la
voluntad sincera y eficaz de procurar la perfección: la perfecta con-
formidad con las divinas disposiciones; hé aquí lo que forma la ver-
dadera felicidad del hombre sobre la tierra; á que pone el colmo la
perseverancia en el bien obrar. Sea, pues, nuestro propósito poner
los medios para adquirir este estado de felicidad verdadera, pidién-
dole al Señor nos lo conceda.

JACULATORIA.

Alegrémonos de que nuestros nombres estén escritos en el cielo.

LECCION.

Sobre la sexta parte del Credo: SUBIO A LOS CIELOS.

A los cuarenta dias de la resurrección del Salvador; congrega-
dos todos los Apóstoles en la ciudad de Jerusalem, se les apareció
Cristo por última vez, y les dijo que fuesen por todo el mundo á ins-
truir y bautizar á los hombres: les prometió el don de hacer milagros:

les aseguró estaría con ellos todos los dias hasta la consumación de
los siglos; promesa que desde entónces hizo Dios á su Iglesia de no
desampararla jamas: les abrió los ojos del alma para que comprendie-
sen el sentido de las Escrituras, y ofreciendo enviarles inmediata-
mente al Espíritu Santo, les previno permaneciesen en aquella san-
ta ciudad hasta que recibieran la virtud del cielo. Despues de esto
los condujo á Betania, cerca de Jerusalem; y de allí al monte Olive-
te, adonde luego que llegaron les echó su bendición, y elevándose
al cielo, una nube lo ocultó á los ojos de sus discípulos. No puede
imaginarse cosa mas magestuosa que la ascension á los cielos del
Hombre Dios, de nuestro Redentor Jesucristo. En cuanto á la natu-
raleza divina, jamas se separó de los cielos ni de otro ningun lu-
gar: en todos está, todos los comprende con su inmensidad infinita.
El se eleva á los cielos, no ya como Dios, sino tambien como Hom-
bre, compuesto de un cuerpo y de una alma llena de gloria y ma-
gestad.

Jesucristo subió á los cielos por su propia virtud, por aquella fuerza
que es la que le pertenece en cuanto Dios, y aun en cuanto hombre,
á causa de hallarse glorificada su humanidad santísima. Conclui-
da ya la obra de la redención humana, sube de este mundo á su Pa-
dre, y triunfante por sí mismo atraviesa los cielos, y se coloca sobre
todas las cosas en la misma gloria de su Padre Eterno. Subir por su
propia virtud es no necesitar del poder de otro para ser elevado; así
es que en la Escritura Santa se dicen ascendidos, Elias, Habacuc, el
diácono Felipe; pero ninguno de ellos subió por su propia fuerza y
virtud. El libro cuarto de los Reyes nos refiere la asuncion de Elias,
diciendo que como hablaban entre sí Elias y Eliseo, *hé aquí un car-
ro de fuego, y unos caballos de fuego separaron el uno del otro y
subió Elias al cielo en un torbellino.* En los Hechos de los Apósto-
les se lee, que despues de haber bautizado Felipe al eunuco de la rei-
na Candaces, *cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arre-
bató á Felipe, y no le vió mas el eunuco.* Estos santos fueron lle-
vados por virtud divina, y transitaron por el aire grandes espacios;
pero Jesucristo ascendió por la poderosa virtud de la divinidad, y
tambien por virtud de su alma bienaventurada que podia mover al
glorioso cuerpo á su arbitrio. Por eso dice San Pablo á los efesios:
*El que descendió, ese mismo es el que subió sobre todas las cielos
para llenar todas las cosas.* Descendió sin la vestidura del cuerpo:
subió con este vestido; pero el mismo que bajó fué el que subió, por-

que ninguno subió al cielo por su propia virtud sino Cristo, porque nadie bajó del cielo sino Cristo; aun cuando bajó sin cuerpo y subió con él: por lo que creemos que ascendió al cielo por su propia virtud como Dios y como hombre. Mas cómo y en qué lugar esté en el cielo el cuerpo del Señor, sería inútil investigar. "No es iludido discurrir á nuestra fragilidad, dice San Agustín, los secretos de los cielos, y solo conviene á nuestra fé creer que subió al cielo el cuerpo del Señor.

En algunos lugares de la Escritura Santa se dice que Jesucristo fué ascendido; pero estas expresiones no se oponen en manera alguna á su ascension por su propia virtud: porque á la verdad, la virtud con que Cristo subió al cielo está en él mismo, por lo que se dice rectamente que ascendió; pero la misma virtud desciende de la divinidad, que es comun al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y con la misma propiedad se dice que Cristo fué ascendido por el Padre, ó exaltado al cielo: igualmente puede decirse exaltado ó ascendido por el Espíritu Santo; y aun finalmente, el mismo Hijo divino puede decirse que ascendió y exaltó al cielo su cuerpo, como se dice del mismo modo hablando de la resurreccion; así se expresa San Pablo á los romanos: *Y si el espíritu de aquél que resucitó á Jesus de entre los muertos mora en vosotros: el que resucitó á Jesucristo de entre los muertos, vivificará tambien nuestros cuerpos mortales por su espíritu que mora en vosotros.* Por consiguiente, aunque Cristo se dignó ascendido, no se opone á que él mismo haya subido por su propia virtud y divinidad á los cielos.

Entre las muchas profecias que se encuentran en el Antiguo Testamento relativas á la venida y pasion del Mesias, no son pocas las que hacen mencion de su reino en la gloria. El mismo nombre con que era conocido entre los amigos judíos, tenia una conexioñ inmediata con su dignidad real. El Mesias, el ungido, el que habia de sentarse para siempre sobre el trono de David su padre, restableciendo á Israel, era el objeto de sus más fundadas esperanzas, apoyadas en las declaraciones de los libros sagrados. *Se mancomunaron los príncipes,* dice el Mesias por boca de David, *contra el Señor y contra su Cristo... mas yo he sido por él establecido rey sobre Sion, monte Santo aygo para predicar su precepto. El Señor me dijo: Mi Hijo eres tú; yo te he engendrado hoy.* Isaías al anunciar la venida del Mesias, á quien entre otros dictados dá el de príncipe de paz, añade: *Se extenderá su imperio, y la paz no ten-*

drá fin: se sentará sobre el solio de David y sobre su reino para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.

En estas profecias, ó en la mayor parte de ellas están conformes, así los judíos como los cristianos, en reconocer que se refieren al Mesias; pero los cristianos, dando otro paso mas, confesamos que el ungido rey de Israel de quien tan explícitamente han hablado los profetas, no es otro sino Jesucristo, cabeza de la Iglesia, *Rey de reyes y Señor de los señores*, como lo llama el Apocalipsis, no solo por la evidencian y naturalidad de estas interpretaciones, sino por la aplicacion directa que han hecho de muchos de estos pasages, tanto nuestro mismo Salvador como los Apóstoles y Evangelistas.

Después que nuestro amable Redentor condujo á sus Apóstoles al monte Olivete, los que se habian congregado le preguntaban, según leemos en los Hechos de los Apóstoles, diciendo: *Señor, ¿restituirás en este tiempo el reino de Israel? Y les dijo: No toca á vosotros saber los tiempos ó los momentos que puso el Padre en su propio poder: mas recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalem, y en toda la Judea y Samaria, y hasta las estremidades de la tierra. Y cuando esto hubo dicho, viéndolo ellos, se fué elevando y lo recibió una nube, que lo ocultó á sus ojos; y estando mirando cuando él se iba, hé aquí que se pusieron al lado de ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales tambien les dijeron... Este Jesus que se ha subido al cielo, así vendrá, como lo habéis visto ir al cielo.*

Entónces fué en esta época venturosa, cuando entró nuestro Redentor en la gloria inescrutable y eterna. Las puertas eternas de los cielos se abrieron de par en par para recibir á su Rey. Habiendo triunfado de todos sus enemigos y pisado la cabeza de la serpiente, el Hijo de Dios volvió á ocupar su puesto, y subió como dice el Apóstol á los cielos, *sobre todos los cielos para llenar todas las cosas.* Por lo cual, dice el mismo á los filipenses: *Dios tambien lo ensalzó, y le dió un nombre, que es sobre todo nombre: para que al nombre de Jesus se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infernos; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.* Estos y otros lugares del Nuevo Testamento, en que se describe el poder, la exaltacion y la gloria del desecho de las naciones, tienen una máni-

fiesta analogía con las profecías copiadas poco há del Antiguo, y de esta suerte tenemos en ambos Testamentos los testimonios mas in-
tachables de la divina revelacion sobre el dogma de la gloriosa as-
cension á los cielos de nuestro Señor Jesucristo. Mas como el cum-
plimiento de las profecías que dicen relacion al reino universal é
ilimitado de Cristo, debe mirarse como progresivo, y al presente se
halla muy lejos de haberse completado; es evidente que la época de
su principio debe fijarse como lo hemos hecho en el glorioso perio-
do en que dejando la esfera de su humillacion personal, que tomó
para redimirnos, subió nuestro Salvador por su propia virtud á los
cielos, segun hemos visto, y se sentó á la diestra del Padre.

PARA LOS AÑOS BISIESTOS,
DIA VEINTE Y NUEVE.

La Traslacion del cuerpo de San Agustin.

Esta festividad, establecida en memoria de la segunda traslacion del cuerpo del gran padre de la Iglesia San Agustin, es digna de toda consideracion. El año de 506 habia sido trasladado de la catedral de Hipona, donde fué sepultado despues de su muerte el cuerpo de San Agustin, á la isla de Cerdeña, por varios obispos católicos, desterrados de Africa por la fé católica. En este lugar permaneció mas de doscientos años hasta la invasion de los sarracenos á principios del siglo VIII, en que se hizo una segunda traslacion á Pavia, que es el motivo de esta fiesta, por las portentosas circunstancias que la acompañaron. Estas nos las refiere el sabio cardenal Barónio, sugeto de tanta crítica como piedad, y son como siguen.

Sabiendo Luitprando, rey de los lombardos, veron distinguido por su piedad y religion, que los sarracenos habiendo ocupado á Cerdeña, profanaban los lugares sagrados de esa isla, y principalmente el venerable sepulcro de San Agustin, mandó unos legados de la primera nobleza, que rescataran á cualquier precio el cuerpo de tan gran Padre, y lo condujesen á Pavia. Estos, cumpliendo las órdenes del rey, sacaron á fuerza de dinero las preciosas reliquias del poder de los bárbaros, y embarcándolas en una nave, llegaron con favorable viento, en el corto espacio de un dia y una noche á



La traslacion del cuerpo de S. Agustin.



S. Albino Obispo.



S. Sixto Papa Confesor.

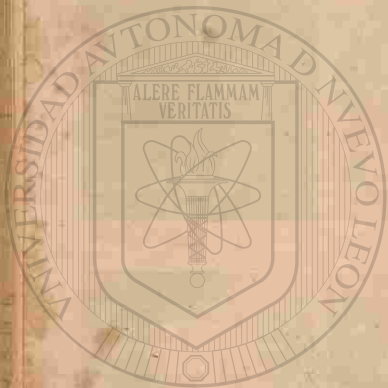


S. Pablo Martir.

las costas de Génova. Noticioso Luitprando del próspero fin de su viage, lleno de alegría tributó al Señor las mas ricas gracias, y convocando á los obispos y á todo el clero de su reino, salió á recibirlos, acompañado de los grandes de su corte y de una innumerable multitud de pueblo; y al llegar donde se hallaba el sagrado cuerpo, depeestas las insignias reales, descubierta la cabeza y con los pies desnudos, se acercó á venerarlo con tal humildad y devocion, que dejó admirado y edificado á todo el concurso.

Pero fué mayor el honor con que Dios quiso distinguir á su siervo: obráronse por su medio muchas maravillas: no pocos de los presentes que padecian de varias enfermedades: recobraron la salud, y volvieron á sus casas alegres y sanos. El sagrado cuerpo fué conducido honoríficamente entre armoniosos cánticos y depositado en una hermosa heredad, en la que el rey con todo el acompañamiento de los prelados y primera nobleza, lo veló religiosamente durante la noche. Al dia siguiente estando ya dispuesta la pompa para conducir el precioso tesoro á Pavia, fué imposible moverlo de su lugar, lo que visto por Luitprando, rasgándose las vestiduras, y postrándose en tierra, derramando abundantes lágrimas, hizo voto á Dios, por consejo de uno de los obispos, que si le permitía llevar á Pavia el cuerpo de San Agustin, haria donacion de aquella heredad en que se hallaba, á la Iglesia en que habia pensado depositarlo. Acercándose entónces á la caja que encerraba las reliquias, la encontró tan leve, que lo que no habian podido hacer muchos hombres, lo hicieron con la mayor facilidad dos solos que se encargaron de llevarla. Asi es que con universal alegría fueron conducidos aquellos inmortales despojos hasta Pavia, y colocados en el templo de San Pedro, llamado *in Caelo aureo*, que el mismo rey habia fabricado con real magnificencia: hizose esta colocacion el año 725 de Cristo.

Hizo el cielo célebre aquel lugar con innumerables maravillas: allí mismo saltó de repente una perenne fuente de agua dulce, y multitud de enfermos sanaron de sus dolencias con solo el contacto del sepulcro. Entre estas admirables curaciones fué la mas notable por sus circunstancias la siguiente. Pasaban á Roma cuarenta franceses, afligidos por varias enfermedades á visitar las sagradas reliquias que se veneran en aquella ciudad, con esperanzas de conseguir la salud. Haciendo noche en una poblacion á tres leguas de Pavia, vieron todos en sueños que de una iglesia próxima dedicada á los



Santos mártires Cosme y Damian, salia un obispo de aspecto venerable, el que, habiéndoles preguntado dónde iban, é informado del piadoso objeto de su viage, les dijo pasasen á la inmediata ciudad, y hallarian el remedio que solicitaban en el templo de San Pedro *in Caelo aureo*: interrogado por los peregrinos por su nombre, les contestó ser Agustín obispo de Hipona. Llenos de admiración y de gozo partieron á otro día á Pavia, y entrando en el templo clamaron á una voz: *Santo Padre Agustín sednos propicio, como nos habeis remedio*. Al momento que hicieron esta peticion todos quedaron completamente sanos, glorificando Dios de esta suerte á su fiel siervo.

A estos portentos con que Dios hizo glorioso el sepulcro del gran doctor de la Iglesia San Agustín en Pavia, nos parece conveniente agregar la noticia de que el 28 de Octubre de 1842, se ha trasladado nuevamente á Hipona el cuerpo de su grande obispo, y de que ha sido recibido por toda la cristiandad de Africa con una magnificencia y esplendor, que por sin duda no cede en nada á la que vió Pavia hace mas de once siglos. Así preparaba el Señor en su bondad infinita en aquella tierra que parecia abandonada por sus crímenes, el cumplimiento de aquellas palabras del Profeta: *Se alegrará la desierta y sin camino, y saltará de contento la soledad y florecerá como lirio*. Decid á los apocados de comzon: *Alentaos y no temais, mirad que traerá nuestro Dios venganza en retorno: el mismo Dios vendrá y os salvará!* Y la que era seca se mudará en estanque y la sedienta en fuentes de aguas. En las moradas en donde habitaban dragones, nacerá el verdor de la caña y del junco. Y allí habrá senda y camino, y se llamará camino santo."—*Isaias, cap. XXXV.*

NOTA. No se papa en este día Epistola y Evangelio, por no haber fiesta fija ó santo asignado á él, cuya misa se oira como en los demás días: en este regularmente se celebra alguno de los atrasados que por ocupacion de su día queda para un día libre.

MEDITACION.

Sobre el juicio particular.

Considera que cada uno es juzgado en el mismo momento en que expira, y que este juicio decide irrevocablemente de nuestra eterna suerte. Representante un moribundo, á quien le acaban de adminis-

trar todos los sacramentos, y que solo le resta un leve soplo de vida. Es un reo que va á comparecer ante el Supremo y Soberano Juez para darle estrecha cuenta de todos los momentos de su vida. Pensamientos altaneros, palabras inconsideradas, máximas fundadas en la pasion, dictámenes voluntariamente errados, deseos impuros, acciones libres, respetos humanos, intenciones torcidas, todo ha de ser examinado, todo juzgado, y todo por un Dios que todo lo ha de examinar, todo lo ha de juzgar, segun todo el rigor de su divina justicia. Concibe, si es posible, cuáles serán entónces los horribles sobresaltos, los espantosos temores de una alma que conoce está presa al cuerpo, por decirlo así, de un solo cabello, y que dentro de dos ó tres instantes ha de comparecer ante el terrible tribunal de Dios! No tiene entónces enemigo mas cruel que su conciencia: esta le pone á la vista ántes de expirar todas sus obras; ella misma le anticipa, por decirlo así, el juicio y la sentencia. ¡Gran Dios! ¡Qué horror, qué sobresalto al ver que brota allá como del fondo del alma una multitud innumerable de pecados que estaban hasta entónces sepultados en un profundo olvido! ¡Ah! Y cuántos pecados de la juventud, que se habian escondido siempre á nuestro exámen! ¡Cuántas culpas graves que nos habian parecido acciones indiferentes, y entónces pecados confesados, que por falta de contricion no se nos habian perdonado! Todo esto se presenta á la memoria, todo se representa á la imaginacion en aquellos últimos momentos; pero qué turbacion y qué espanto á vista de tanto monstruo de iniquidad!

Considera qué cosa tan difícil es no rendirse al peso de tanto dolor, de tanto espanto, de tanto temor en aquella desesperada extremidad. Concécese que el tiempo se va á acabar, vese el alma á la entrada de aquella espantosa eternidad. La incertidumbre de la suerte que la espera, el temor de que sea eternamente desdichada, los justos motivos en que se juzga este temor, todo esto pone á la pobre alma en un estado tan infeliz, que se puede llamar un infierno anticipado. Tiene entónces muy presente toda la ley santa de Dios, y lo que la aflige mas, que conoce su justicia y su importancia, palpa su dulzura y su facilidad. Disipadas todas las preocupaciones, y sosegado el tumulto con que las pasiones la aturdiran y la atolondraban, reconoce, toca con las manos el desierto que cometió en no haberse conformado con las máximas del Evangelio. Costumbres perniciosas, condescendencias excesivas, ideas frívolas, leyes del mundo imaginarias, abusos autorizados, deleites, gustos, pasatiempos engañosos vanos, alegrías postizas y superficiales, ya os acabásteis, ya

sistis en un amargo, en un doloroso arrepentimiento. ¡Oh dolor! ¡Oh desesperación! ¡Oh intolerable suplicio!

PETICION Y PROPÓSITOS.

No permitais, Dios mio, que tan fatal desgracia venga sobre mí: haced que antes abra los ojos y conozca la vanidad del mundo; pues quiero vivir en él de manera que no me contamine de su corrupción. ¡Ah, que mucho tengo de que purificarme, y que corregir de la vida pasada! Ardua es la empresa; pero posible, y vos me habeis dado el modo de ejecutarla. Yo ejerceré conmigo mismo un juicio riguroso, como me aconseja vuestro Apóstol: castigaré mis delitos, repararé los daños, arreglaré mis negocios; en una palabra, haré con la penitencia lo que en aquel día pudiera estar vivo contra mí, y remediaré en tiempo lo que entonces no encontraría remedio.

JACULATORIA.

Señor, hazme saber mis delitos: descúbreme mi iniquidad y mis pecados.

LECCION.

Sobre el reino de Jesucristo con respecto á la Iglesia militante.

Cuando nuestro Divino Salvador, hecha la grandiosa obra de la redencion, tuvo á bien subir por su propia virtud á sentarse á la diestra de su Divino Padre, dejando la tierra con su presencia corporal visible, se dignó prometer á su agraciada esposa, la naciente Iglesia, que no la abandonaría; pues si se apartaba de ella con su presencia sensible, invisiblemente estaria con ella hasta la consumacion de los siglos. Mas esta asistencia invisible del Salvador no es la de un simple espectador que solo observa los sucesos sin tomar parte en ellos sino como correspondia á la inmensa caridad de Jesu cristó y á la magestad de su supremo dominio, la de un Dios Salvador que conserva la obra de su amor, y la de un Dios humanado Rey de todos los siglos, Sumo Pontífice y Sacerdote eterno, Esposo fidelísimo é inseparable de su santa esposa, Cabeza invisible de esta misma Iglesia suya, y especialmente de su místico cuerpo, que eminentemente forman sus predestinados.

Así es que si se queda con esta su muy amada porcion, es para

consolarla en sus trabajos, fortalecerla en los combates que sostiene contra sus orgullosos enemigos, el gentilismo, la herejía, la apostasia, el filosofismo y toda clase de infidelidad y de error; alimentarla con su preciosísimo cuerpo realmente presente en la Sagrada Eucaristia; regirla y gobernarla con suma sabiduría y divino poder; ofrecerse á sí mismo por su salud, sacrificándose incontinentemente en todo el mundo y por todos los siglos, como hostia pacífica y víctima sagrada de propiciacion; obrar con sus ministros la salud de los pueblos, ya por la palabra de vida que difunde las luces de la fé y la piedad, ya por los sacramentos que purifican las almas y las socorren en todas sus necesidades; regir tambien y gobernar su Iglesia en todo lo espiritual y sagrado, asistiendo invisiblemente á los ministros que se eligió y en su nombre la rigen; fecundarla en el Espíritu Santo, para criar y alimentar hijos fieles y fervorosos que sean las delicias y el esplendor de su Santísima, Virgen é immaculada Madre; difundir en ella el espíritu de santificacion que le da vida y la llena de sus gracias y dones; mantener en ella la *unidad* que solida, perpetua, caracteriza y distingue á esta santa, única, verdadera Iglesia; y comunicar á su místico cuerpo aquel fuego divino de santo amor que vino á traer á la tierra y en que quiere ser abrasado, para que dirija al Señor todos sus afectos, por él viva, en él obte, por él se mueva, á él alabe y glorifique, acompañando en la tierra el cántico eterno de bendicion y de alabanza con que le glorifica en la altura de los cielos la Iglesia ya triunfante.

Por fines tan altos, tan necesarios y provechosos, promete el Señor y cumple la asistencia que en todo tiempo y lugar presta á su Iglesia; mas como esta asistencia es invisible, é invisible tambien y solo conocido por sus efectos lo que obra en las almas y en los destinos ó suertes de las naciones y de sus individuos, era preciso que una Iglesia visible, compuesta de sus fieles hijos que forman esta congregacion, tuviese una cabeza visible y un gobierno exterior que la rigiese en nombre y con la potestad misma de Cristo. Por esta causa; al separarse de ella con su presencia corporal visible, comunica á su vicario y á todo el cuerpo de los pastores sagrados, la potestad omnimoda que ha recibido de su Divino Padre: "Se me ha dado, les dice, toda potestad en el cielo y en la tierra: veudo, pues, por el mundo, enseñad á todas las naciones, bautizando en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo á los que abrazaren la fé; enseñándolos á observar y guardar todo lo que os he manda-

do: y yo os prometo que estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos." Tenemos, pues, aquí, por una parte que confiere á sus Apóstoles y á todos sus legítimos sucesores la potestad misma real y sacerdotal que recibió inmediatamente de la divinidad en su Encarnación Santísima, y cuyo ejercicio dilató hasta que llegase el tiempo oportuno para su ejecución. Con la potestad real y sacerdotal rige el vicario de Cristo toda la Iglesia, y subordinados á él rigen los obispos y párrocos sus respectivas porciones del rebaño de Jesucristo. Con la misma dictan los sagrados concilios las leyes canónicas que forman y establecen la disciplina de la Iglesia.

En cuanto al gobierno civil de las naciones, cierto es que no constituye propiamente el reino de Cristo, pues, como dijo el mismo á Poncio Pilato, su reino no es de este mundo; mas no por eso está excluido el mismo gobierno civil del reino de Cristo: sus leyes deben ser justas, cristianas y conformes al espíritu del Evangelio; sus individuos pertenecen á la Iglesia, y son las ovejas mismas del rebaño de Jesucristo: sus príncipes son consagrados con la unción santa por mano de los pastores de la Iglesia: á su autoridad está anexa la obligación de proteger y defender á la Iglesia; y en nombre del mismo Salvador rigen y gobiernan sus pueblos, y no es digno de la potestad real ni de la obediencia, y confianza de su reino, el que sea enemigo de Cristo y de su Iglesia.

Con la potestad sacerdotal, los pastores de la Iglesia entran en el arcaño de las conciencias, juegan las almas, las dirigen espiritualmente y con la sangre del Cordero las lavan y purifican de la mancha del pecado en el sacramento de la penitencia. ¡Potestad divina, propia solamente de Dios, y que comunicada al sacerdote lo saca de la esfera de hombre y lo hace como un Dios sobre la tierra, ó por mejor decir, lo hace uno con Cristo, siendo de material el ser de hombre que tiene, y de formal el ser el mismo Cristo por la participación y el ejercicio del sacerdocio y de la potestad que de él recibe y que con él ejerce. Con la misma potestad sacerdotal confieren los pontífices los órdenes sagrados: con la misma administran los sacramentos los obispos, párrocos y presbíteros, agregado á esta potestad de jurisdicción: con la misma consagran el cuerpo de Cristo. ¡Para qué es cansarnos! De la potestad real y sacerdotal de Cristo, ejercida por sus ministros, proviene todo gobierno de la Iglesia y todo socorro y alimento espiritual de sus hijos; y del mismo principio y por los mismos medios difunde el Señor su espíritu

y el fuego de su amor que anima y vivifica su cuerpo místico, ¿Y á cuya custodia, cuidado y vigilancia debe estar encargado el sagrado depósito de la fé en lo dogmático y moral, sino á este cuerpo sacerdotalísimo de los pastores de la Iglesia, y especialmente al que es sobre todas y ejerce el primado, como piedra fundamental y cabeza visible de la misma Iglesia? Así es en efecto; la pureza del dogma, la santidad de las costumbres son un cargo peculiar y propiísimo de los pastores de la Iglesia; y el que de ello no cuida es indigno de tan alto puesto y justamente reputado por un mercenario y un intruso, cuya voz no conocen las ovejas.

Hé aquí el reino de Cristo en la Iglesia militante, y en lo que se obra en el tiempo; pero su fin y el objeto que formalmente abraza y á que se dirigen todas sus acciones es espiritual, es eterno, es divino, es uno mismo con el que tiene y goza la Iglesia ya triunfante; pues no hay mas diferencia que esta, ya lo posee inamisiblemente, y aquella pone los medios y trabaja por afirmar lo que ya tiene, esto es, la gracia, la caridad; y adquirir lo que se le ha prometido, esto es, la gloria.

Siendo, pues, todo lo que se haya de formar en el reino de Cristo sobre la tierra interna, místico, sagrado, espiritual, invisible, ¿quién puede dudar ó no alcanzar la inteligencia de lo que Cristo dijo por estas palabras: "El reino de Dios dentro de vosotros está?" ¿Ni quién podrá hallar impropiedad en que un reino invisible y espiritual sea asistido de Cristo invisible y espiritualmente, al mismo tiempo que regido y cuidado por sus ministros, y con su autoridad en lo corporal y visible? Esta asistencia invisible, pero real y verdadera, era de absoluta necesidad; porque los hombres dejados á sí mismos, ó obrando solo por sus propias fuerzas y según su limitado discurso, no eran capaces de poner por obra ni llevar á perfección una empresa de tanto tamaño como la fundación y conservación de la Iglesia; mucho mas, en medio de las terribles persecuciones que ha padecido, ya de parte de los gentiles que quisieron exterminarla en sus principios, y ya de parte de los hereges que en todo tiempo la han combatido. Prueba evidéntísima de este aserto son las sectas de los hereges, que á pesar de la licencia de costumbres y de la libertad en la creencia, y á pesar también de estar sostenidas por el poder infernal, todas han venido alajo. Comienzan, crecen, caen, y desaparecen, sucediéndose unas á otras como las olas del mar que se rompen y deshacen contra las rocas de la ribera. No

así la Iglesia santa, que es sostenida por el poder de todo un Dios y Rey soberano del cielo y de la tierra, que la ha hecho su heredad, la cultiva, la cuida, la defiende, la sostiene y ampara; trabajando sin cesar, ya en la santificación de las almas por los sacramentos; ya en la perfección de estas por los dones y gracias; ya en la luz, prudencia, y entereza que comunica á los pastores; ya en el sostenimiento de todo el cuerpo, que unido á su cabeza no puede ser vencido por sus enemigos; pues aunque estos la humillen y lo hieran como los judíos hirieron y humillaron el cuerpo físico de Cristo, se levanta glorioso, impassible, inmortal, como aquel cuerpo glorioso salió del monumento invulnerable, incapaz de tormento, de dolor, de muerte; por donde, así como este, resucitado ya, quedó exento del poder de sus enemigos, que acción ninguna podían ya ejercer sobre él; así este triunfante en la gloria no reconoce ya enemigos que puedan obrar contra él; y aun militante en la tierra, no puede ser destruido; porque su consistencia, su existencia, su vida, no consiste en los cuerpos ni en la vida, humana ó existencia natural del hombre; sino en la union indisoluble de la cabeza con el cuerpo, esto es, de Cristo con su Iglesia: union que se mantiene con la gracia, la caridad, las virtudes, mediante las cuales el espíritu del Señor se difunde por todo el cuerpo, lo anima, lo vivifica, le da acción, lo sostiene y lo salva; y aunque á todos sus miembros los devorara la espada del perseguidor, el cuerpo no sería destruido, pues tiene una existencia y una vida á que no pueden tocar todo el poder de los hombres y del infierno unidos.

SUPLEMENTO.

DIA NUEVE.

Santa Petronila, vírgen.

Fué Petronila una doncella romana, á quien San Pedro, Apóstol, convirtió á la fe con toda su familia. Habiendo tenido la dicha de recibir el bautismo en una edad muy inocente, fué despues instruida en las máximas de la religion por el mismo Apóstol. Siendo cristiana toda su familia, y acudiendo San Pedro á su casa con frecuencia, estaba la jóven Petronila á los piés del Apóstol, como otra Magdalena á los de Cristo, aprovechando la ocasion de oír sus santas instrucciones. Y como por otra parte, el mismo Apóstol la habia reengendrado á la gracia por el bautismo, comenzó la Santa á llamarse *hija espiritual* de San Pedro, prefiriendo este título quizá á otros muchos que tendria; y por haberse hallado este nombre de *hija de San Pedro* en las antiguas actas de los santos mártires, se padeció la equivocacion de tenerla por hija legitima y natural del Apóstol. Hizo mas verosímil esta equivocacion, por constar del mismo Evangelio que San Pedro fué casado, y sabemos por la tradicion de la Iglesia, que su muger fué mártir generosa de Jesucristo, por lo que no es de admirar que con el tiempo el título de *hija de San Pedro*, con que se honra á Petronila, diese motivo á creer que San Pedro habia sido su padre natural y verdadero.

Descañó ardentemente la santa doncella padecer por Jesucristo, así como él habia padecido por ella, y movida de estas fervorosas ansias, todo el objeto de sus deseos y todo el asunto de sus oraciones, era la cruz. Concediólela el Señor, dándole por cruz la misma cama, donde la tuvo inmóvil por muchos años con una grave perlesia. Era espectáculo verdaderamente digno de admiracion, ver á una doncella en lo mas florido de su edad, de extraordinaria hermosura, de un espíritu vivo, pronto y despejado, atormentado su delicado cuerpo con agudísimos dolores, sin que se notase en ella la me-

así la Iglesia santa, que es sostenida por el poder de todo un Dios y Rey soberano del cielo y de la tierra, que la ha hecho su heredad, la cultiva, la cuida, la defiende, la sostiene y ampara; trabajando sin cesar, ya en la santificación de las almas por los sacramentos; ya en la perfección de estas por los dones y gracias; ya en la luz, prudencia, y entereza que comunica á los pastores; ya en el sostenimiento de todo el cuerpo, que unido á su cabeza no puede ser vencido por sus enemigos; pues aunque estos la humillen y lo hieran como los judíos hirieron y humillaron el cuerpo físico de Cristo, se levanta glorioso, impasible, inmortal, como aquel cuerpo glorioso salió del monumento invulnerable, incapaz de tormento, de dolor, de muerte; por donde, así como está, resucitado ya, quedó exento del poder de sus enemigos, que acción ninguna podían ya ejercer sobre él; así este triunfante en la gloria no reconoce ya enemigos que puedan obrar contra él; y aun militante en la tierra, no puede ser destruido; porque su consistencia, su existencia, su vida, no consiste en los cuerpos ni en la vida, humana ó existencia natural del hombre; sino en la unión indisoluble de la cabeza con el cuerpo, esto es, de Cristo con su Iglesia: unión que se mantiene con la gracia, la caridad, las virtudes, mediante las cuales el espíritu del Señor se difunde por todo el cuerpo, lo anima, lo vivifica, le da acción, lo sostiene y lo salva; y aunque á todos sus miembros los devorara la espada del perseguidor, el cuerpo no sería destruido, pues tiene una existencia y una vida á que no pueden tocar todo el poder de los hombres y del infierno unidos.

SUPLEMENTO.

DIA NUEVE.

Santa Petronila, vírgen.

Fué Petronila una doncella romana, á quien San Pedro, Apóstol, convirtió á la fe con toda su familia. Habiendo tenido la dicha de recibir el bautismo en una edad muy inocente, fué despues instruida en las máximas de la religion por el mismo Apóstol. Siendo cristiana toda su familia, y acudiendo San Pedro á su casa con frecuencia, estaba la jóven Petronila á los piés del Apóstol, como otra Magdalena á los de Cristo, aprovechando la ocasion de oír sus santas instrucciones. Y como por otra parte, el mismo Apóstol la habia reengendrado á la gracia por el bautismo, comenzó la Santa á llamarse *hija espiritual* de San Pedro, prefiriendo este título quizá á otros muchos que tendria; y por haberse hallado este nombre de *hija de San Pedro* en las antiguas actas de los santos mártires, se padeció la equivocacion de tenerla por hija legitima y natural del Apóstol. Hizo mas verosímil esta equivocacion, por constar del mismo Evangelio que San Pedro fué casado, y sabemos por la tradición de la Iglesia, que su muger fué mártir generosa de Jesucristo, por lo que no es de admirar que con el tiempo el título de *hija de San Pedro*, con que se honra á Petronila, diese motivo á creer que San Pedro habia sido su padre natural y verdadero.

Descañó ardentemente la santa doncella padecer por Jesucristo, así como él habia padecido por ella, y movida de estas fervorosas ansias, todo el objeto de sus deseos y todo el asunto de sus oraciones, era la cruz. Concediólela el Señor, dándole por cruz la misma cama, donde la tuvo inmóvil por muchos años con una grave perlesia. Era espectáculo verdaderamente digno de admiracion, ver á una doncella en lo mas florido de su edad, de extraordinaria hermosura, de un espíritu vivo, pronto y despejado, atormentado su delicado cuerpo con agudísimos dolores, sin que se notase en ella la me-

nor señal de impaciencia, con un semblante siempre sereno, con una modestia y con una apacibilidad inalterable. Mirábanla todos como un milagro vivo de paciencia y de virtud, admirábanla, y proponíanla por modelo de la perfeccion cristiana.

Todas estas virtudes eran efecto de su caridad y de su fé. El encendido amor que profesaba á Jesucristo la hacia suspirar incesantemente por el martirio, y á vista del abrasado deseo que tenia de derramar su sangre por la religion, le parecia nada todo cuánto padecía. Era correspondiente á estas virtudes la tiernísima devocion que profesaba á la Santísima Virgen; y en conclusion se puede decir, que toda la perfeccion cristiana se dejaba como palpar en aquella dichotísima doncella.

Era la casa de Petronila como el hospicio general de San Pedro y de todos los cristianos que habia en Roma, y se dice que un dia en que habian concurrido muchos, y estaban todos para sentarse á la mesa, algunos de ellos mostraron extrañar mucho, que bastando la sombra sola del Apóstol para curar á otros enfermos, quisiese el Santo dejar parálitica en una cama á la hija de un hombre que á todos hacia tanto bien. Pareciendo á San Pedro que aquella estrañeza podia debilitar su fé y su confianza, mandó á Petronila que se levantase, y viniese á servirlos á la mesa, lo que hizo al punto la Santa, como si nunca hubiera estado enferma. Quedaron todos asombrados, bendiciendo al Señor, obrador de aquellas maravillas; pero declarándoles el Apóstol que á la Santa doncella le era mas conveniente la enfermedad que la salud, y que era voluntad de Dios que todavía se purificase mas y mas por algunos años, continuando los ejemplos de su invencible paciencia, le mandó volverse á la cama, y en el mismo instante se volvieron á apoderar de ella todos sus males, quedando tan parálitica como antes. Tiénesse por cierto que Petronila permaneció en el mismo estado por algunos años; y que no sanó perfectamente hasta despues del martirio del Apóstol. Fácilmente se deja considerar la vida que haria en Roma la ferrosísima doncella, despues de la preciosa muerte de su padre espiritual. Instruida en tal escuela, formada por tal mano, y gobernada por tan diestro director, qué progresos no haria en el camino de la perfeccion? Su casa parecia verdaderamente un monasterio, y nunca dejaba su retiro sino para consolar y para ayudar á los fieles que estaban en las prisiones, ó para enterrar á los que habian sido martirizados.

No tardó Dios en autorizar aquella eminente santidad con el don, y con el esplendor de los milagros. Todas las enfermedades cedian á sus oraciones; y bastaba, dicen las actas, que tuviese deseo de rogar al Señor por los enfermos para que desde aquel mismo punto estuviesen sanos. Pero ni las penitencias, ni las prolijas y molestas enfermedades habian ajado un punto su extraordinaria hermosura, y las maravillas que se contaban en Roma de su virtud, de su espíritu, y de otras muchas prendas naturales, hacian mucho ruido en toda la ciudad. Viola un dia Flaco, caballero romano, y enamorado ciegamente de ella, resolvió pretenderla para esposa, para cuyo efecto, sin querer valerse de otro interlocutor, el mismo se fué un dia á su casa con grande acompañamiento de criados y de lacayos, y la hizo derechamente la proposicion.

Quedó Petronila extrañamente sorprendida, tanto de la visita, como del asunto de ella; pero siendo muy dueña de sí misma disimuló perfectamente su estrañeza, y respondió á Flaco con la mayor urbanidad, que quedaba sumamente reconocida y obligada por la honra que pretendia hacerla; pero que siendo materia de tanta consideracion le pedia tres dias de término para pensarla, y para poner orden en los negocios de su casa, que al cabo de ellos podria enviarla algunas doncellas y criadas que la acompañasen. Retiróse aquel caballero muy satisfecho de la atenta respuesta de la que consideraba ya como su futura esposa.

Pero nuestra Santa que desde sus mas tiernos años habia consagrado á Dios su virginidad, resuelta mas que nunca á no tener otro esposo mas que Jesucristo, se encerró en su casa con otra Santa virgen, llamada Felicitas, y pasó todos los tres dias en oracion, en ayunos y en todo género de penitencias. Animada de una viva fé, y de una tierna confianza en Jesucristo, á quien siempre llamaba su divino esposo, y en la Santísima Virgen á quien no miraba su querida Madre, suplicaba á los dos con las mayores instancias, que no la dejasen por mas largo tiempo en el mundo, expuesta á agrandar á otros ojos que á los de su divino Esposo Jesucristo. *Abóguese, Señor, mi vida en mi sangre, ó en mis lágrimas*, exclamaba con fervor, y fué oída su oracion. Al amanecer el tercer dia vino á su casa el presbítero Nicodemus, celebró el santo sacrificio de la misa, dióla la comunión, y tuvo el consuelo de verla expirar tranquilamente al pie del altar, consumida con el fuego del divino amor. Poco tiempo despues llegaron las doncellas que enviaba Flaco para acom-

pañarla, y en lugar de conducirla al tálamo nupcial, siguieron el acompañamiento de los funerales, llevándola á la sepultura.

Fué enterrado el santo cuerpo en un cementerio del campo de Ardi, que despues se llamó de su nombre, y con el tiempo se fundó en él una iglesia en honra de la misma Santa. El papa Gregorio III la hizo una de las estaciones en el octavo siglo, y Paulo I lo trasladó á la Iglesia de San Pedro en el Vaticano; donde cada año se celebra su fiesta con extraordinaria solemnidad.

—♦♦♦♦♦—
DIA DIEZ Y SEIS.

Santa Juliana, vírgen y mártir.

Tenemos el sentimiento de no poder dar la noticia que justamente apetece la piedad cristiana, acerca de la vida de Santa Juliana y de su glorioso mártirio, por la absoluta falta de las actas de él, que sin duda se han perdido en el transcurso de los tiempos; no sabiéndose mas de que su santo cuerpo reposa en el convento de religiosas de Santa Clara de Bolonia, á donde fué trasladada del lugar de su mártirio, que parece haber sido en la Armenia.

—♦♦♦♦♦—
DIA DIEZ Y SIETE.

San Rómulo, mártir.

San Rómulo, que con otros varios compañeros dió el glorioso testimonio que Jesucristo predijo habian de dar de su divinidad las almas generosas que él escogeria para tan importante objeto, se hallaba en la ciudad de Concordia, situada en la costa del mar Adriático, cuando una de las mas fuertes persecuciones que ha sufrido la Iglesia, hacia los mayores estragos en la cristiandad; si bien siempre provechosos á la causa de Dios que sabe sacar su gloria de la persecucion misma, fortaleciendo á sus mártires para que lo confiesen y con su sangre se esmalten y glorifiquen su nombre; fecundando los campos de la Iglesia con este riego esclarecido; y llenando de confusión y vergüenza á los obstinados enemigos del nombre cristiano que ven volverse contra ellos mismos el medio de que se valieran para destruir á la naciente iglesia, que croce mas, se robus-

tece y se cubre de gloria, mientras mas se procura deprimirla y sumirla en el olvido.

Nuestro Rómulo, con sus gloriosos compañeros, nada aterrado por los tormentos y la muerte que por todas partes presentan los tiranos á los fieles de Cristo, entró con denuedo en la palestra, y confesando animosamente la fé del Crucificado, se dispuso á padecer los tormentos; á que fué sentenciado por el inicuo juez. En efecto, este hombre despiadado mandó romperle las mejillas con varas calzadas de plomo; en seguida le hizo colgar en el potro y abrasar sus costados con luchas encendidas; sin que lo tormentoso de la postura en el potro, ni el ardor activísimo de las teas, arrancasen del Santo mártir una sola palabra que no fuese de gloria y alabanza al Dios omnipotente por cuyo amor dala la vida, y de exhortacion cristiana al pueblo circunstante.

Vencido el tirano en estas fuertes pruebas; pero no desistiendo de la obstinada empresa á que le instigaban las furias infernales de que estaba poseído, mandó calentar una caldera de aceite hasta que hirviese en mucho grado, y estando ya dispuesta, la hizo verter sobre el flagado cuerpo de nuestro invicto mártir; mas este recibió este baño de fuego con tal serenidad, que parecia ser de una agua fresca y consoladora que templase los ardores ocasionados por las teas. Viendo por último el tirano, que nada podia alenazar con sus crueldades de tan generoso confesor de Cristo, mandó que allí mismo se le cortase la cabeza. Ejecutose al momento con nuestro Santo, y con sus demas humildes compañeros que habian sufrido con él iguales tormentos. Sus santas reliquias fueron sepultadas por los cristianos; y se conservan en Concordia con singular veneracion, obran do el Señor por ellas muchas milagrosas curaciones.

—♦♦♦♦♦—
DIA VEINTE Y CUATRO.

San Modesto, obispo de Tréveris.

Floreció San Modesto en el siglo quinto, con grande edificación de la Iglesia, que vió en él un zeloso pastor de las almas, un vigilante defensor de la fé, y uno de los finales mas luminosos, que en tiempos difficilísimos supo desterrar las tinieblas del error, y reducir á los pueblos oscurecidos á la pureza del dogma católico. Por la antigüedad de la época en que existió, ignoramos las particulan-

dades de su vida en los años de su juventud, acaso porque los estragos de las guerras hayan ocasionado la pérdida de los preciosos documentos que sin duda existieron, referentes á los gloriosos hechos de nuestro Santo, y tal vez de otros varones ilustres de aquellos tiempos. Por los pecos que existen, se observa que San Modesto fué creado obispo de Mileto, y provisto despues en la santa iglesia de Tréveris en la Bélgica. El gran mérito de nuestro Santo, ya por sus virtudes y la inocencia de su vida, y ya por su sabiduria, debia ser la causa de que se le trasfiriere de la silla episcopal de Mileto á la de Tréveris, gobernando la Iglesia universal el papa Gelasio.

Este calenlo se funda en que habiendo sufrido la iglesia de Tréveris grandes estragos por las repetidas irrupciones de los bárbaros, que tres ó cuatro veces tomaron por asalto la misma ciudad de Tréveris, entregándola al saqueo é incendiándola en mucha parte, especialmente en la vez que la tomó el rey Childerico; la desmoralización de las tropas gentiles habia contaminado de tal modo á sus habitantes, que olvidados de las reglas de la moral cristiana, se dieron desenfundadamente á los excesos de la gula y de la lascivia, aun en los momentos mismos en que se veían invadidos de los bárbaros y á punto ya de una nueva captura de su desgraciada capital; siendo tan general la corrupción, que un escritor afirma, que era mas fácil hallarse un edificio sin lesion alguna de la guerra, que un hombre de probidad, ó exento del contagio general; y que se veía ser mayor el estrago que la licencia del soldado habia hecho en la moral de los treverenses, que el fuego y el hierro habian hecho en las repetidas devastaciones de aquella nobilísima ciudad. Sobre este fundamento, fácil es de entender que interesada la piedad del papa Gelasio por la reduccion de aquellos miseros cristianos á la pureza de la fé y á la integridad de las costumbres, y conocida la sabiduria y el zelo extraordinario de San Modesto, tratase de encomendarle una empresa tan ardua y tan importante al mismo tiempo, colocándolo en la silla episcopal de aquella iglesia.

A la verdad, que segun se observa, no pudo ser mas acertada la eleccion, y el evento lo comprobó de una manera incontestable. Entró nuestro Santo en esta selva espesa que presentaba tantas dificultades á los trabajos de un operario evangélico; pero su zelo y su paciencia lo allanó todo: los ricos, que por sus proporciones se dan con mas ahinco á los vicios, y que por la soberbia que les infunden sus riquezas, resisten mas á la correccion, oyeron al fin las

amonestaciones paternales de su nuevo pastor, y corrigiendo sus desórdenes, comenzaron á ejercitarse en la piedad cristiana. La clase menesterosa, que arrastrada del ejemplo de los otros, no cuidaba ya ni aun de guardar el pudor que inspira la misma naturaleza, viéndose socorrida por nuestro Santo, no ménos por los auxilios temporales, que por la saludable correccion y paternales consejos con que los apartaba del mal y encaminaba al bien, comenizó á apartarse del sendero de la perdicion en que corria precipitadamente y á arreglarsus costumbres, de manera que en poco tiempo varia de aspecto la ciudad, y las ruidosas conversiones que cada día obra Dios por medio de nuestro Santo en los mas miseros pecadores, renovaron el fervor de los primeros siglos, y dieron nuevo aliento á la piedad: todo debido al zelo infatigable del santo obispo, á la energía de su predicacion, á la prudencia de su gobierno, y sobre todo, al ejemplo constante de sus esclarecidas virtudes, por las que resplandecia como un faro que en la noche sirve de guia y fija el rumbo del errado navegante, y con los que, á la manera de un dique opuesto al torrente impetuoso de las aguas, habia resistido el solo y hecho entrar en su cauce el de las pasiones desenfundadas de todo un pueblo.

En tan importante empresa, que con la bendicion de Dios tuvo todo su logro, consumió nuestro Santo el resto de su importante vida, la que fué coronada de una muerte verdaderamente preciosa en los ojos del Señor, hácia los años de 499 segun unos, ó pocos ménos segun otros; su santo cuerpo fué sepultado en la iglesia de San Matias, Apóstol, donde en los años sucesivos se exponia su cabeza á la veneracion del pueblo en la Semana santa y en la vigilia de Pentecostes. Otras reliquias del Santo se veneran en Bolonia en el templo de Santa Lucia.

DIA VEINTE Y CINCO.

San Cesario, confesor.

Fuó San Cesario natural de Nazianzo en Capadocia, hijo de San Gregorio y de Santa Nona, y hermano de Santa Gorgonia y de San Gregorio, obispo de Nazianzo, que por su profunda sabiduria en las ciencias divinas y teológicas fué llamado el *Theologus*, siendo uno de los mas brillantes ornamentos de la Iglesia. Su padre habia sido

gentil; pero las oraciones, los ejemplos, y las exhortaciones de su santa muger, le convirtieron á la fé, y habiendo sido bautizado por San Leoncio, obispo de Cesarea, mereció con el tiempo por sus virtudes ser elevado á la dignidad episcopal, y despues de su muerte ser contado en el número de los santos. Hijo de padres santos nuestro Cesario, no podia dejar de recibir una educacion verdaderamente cristiana y devota, que ayudaba en mucha parte la esclarecida virtud de su hermano; y descubriéndose en él grandes talentos llamó no ménos la atencion de sus padres el cultivo de su ingenio, que la práctica de la virtud; y como los desvelos paternales mirasen mas al bien de aquel hijo que rectamente amaban, que al consuelo de tenerlo en su compañía, no dudaron curiarlo á hacer sus estudios en las escuelas de Alejandria, bien encargada su asistencia y el cuidado de su juventud.

A la verdad, que poco necesitaba este cuidado el temprano juicio y sólida virtud de Cesario; pues se condujo con tanto acierto, que aprovechando siempre en el estudio de la piedad, supo darse al de las ciencias, en que hizo grandes progresos, especialmente en la Astronomia, Geometría, Aritmética y Medicina, cuya práctica comenzó desde luego con aceptación. Cuando ya estuvo para volver á su casa, dispuso su santa madre salirle al encuentro con su hermano San Gregorio, y logró en efecto reunirlos en Constantinopla. En esta capital hacian instancia á nuestro Cesario para que se radicase en ella; pero por consejo de su hermano á quien siempre respetó mucho, se volvió á su patria, en la que vivió con gran piedad y templanza, ejerciendo la medicina sin emolumentos en favor de los necesitados; mas como su pericia en este arte fuese bien singular, en breve se halló sollicitado de las personas de distincion y de los mas ilustres personajes, á quienes servia de buena voluntad y sin interés; siendo tal la elevacion de su alma y la solidez de su virtud, que habiendo llegado á disfrutar por sus prendas la amistad y el favor de los emperadores Constancio, Juliano y Valente, no se ensoberbeció en manera alguna, y se vió en él el raro ejemplo de un cortesano que en medio de la corrupcion de los áulicos mantuvo intacta su virtud; y en toda su pureza el dogma de la fé, á ciencia y presencia de un Julian apóstata, perseguidor de la iglesia, y de un Valente, protector de los hereges y perseguidor de los católicos.

Sobre este particular se recomienda tanto la constancia en la fé y la integridad en las constumbres de nuestro San Cesario, quanto

que Juliano lo tentó de mil maneras para atraerlo á su apostasía y corromper su moral; pero sostenido por Dios con auxilios extraordinarios y los consejos de su Santo hermano Gregorio, se sostuvo con tanto valor y generosidad, que quedaron frustrados los intentos del tirano, de quien el fin fué de retirarse, para buscar en la fuga su seguridad. Muerto desuadramente el apóstata Juliano, abrió nuestro Santo su aula para enseñar la medicina, en cuyo ejercicio se mantuvo algun tiempo, hasta que llamado á la corte por el emperador Valente, fué á poco nombrado por él censor ó tesorer general del erario público en la provincia de Bitinia; cuyo cargo desempeñó con gran pureza é integridad, así como con el acierto que le proporcionaba su pericia en la aritmética y el cálculo.

Por este tiempo recibió de Dios una muestra de la providencia paternal con que vela sobre su conservacion; pues aquel Señor que supo preservarle de la infidelidad y de la corrupcion, lo libertó maravillosamente de la ruina casi total de la ciudad de Nicea, donde se hallaba, causada por un espantoso terremoto, y en que, segun la expresion de su hermano San Gregorio, acaso fué el único de los nobles que salvó su existencia, siendo sacado de entre los escombros que lo cubrian, y que le dejaron cierta señal, muestra nada equivoca de la bondad divina y de la aceptación con que el Señor miraba la integridad de su virtud. Acaso por este accidente su santo hermano le aconsejó que diese de mano á todo negocio secular y asistencia á la corte, y se consagrara esclusivamente al cuidado de su alma en el retiro. Hízolo así en efecto nuestro Cesario, doció siempre á las inspiraciones del Señor y á los santos consejos de su hermano, y entregándose á la oracion y á los rigores de la penitencia procuró sazonar su alma para el trance de la muerte que contemplaba vecina.

En efecto, habiendo contraído una enfermedad mortal, de que conoció no saldria, se dispuso con los Santos Sacramentos y los mas fervorosos y devotos afectos, y murió santamente en Nazianzo su patria, hácia los años de 370. Fué sepultado allí mismo, y su hermano San Gregorio tuvo la grata satisfaccion de llenar mas de lo acostumbrado los deberes de la amistad y del amor fraternal, pues pronunció la oracion fúnebre de su hermano en sus mismas exequias, recomendando las esclarecidas virtudes en que había sobresalido, de que él había sido un testigo presencial, y que le dieron bastante fundamento, á mas de la ilustracion interior con que se sin-

tió, para presagiar que los honores con que ensalzaba sus virtudes vendrían á perpetuarse por una celebridad aniversaria, como efectivamente ha probado el evento en la Iglesia griega y en la latina.

DI A VEINTE Y SEIS.

Suñ Nestor, obispo y mártir.

Fue San Nestor obispo de una antigua ciudad situada en los confines de Panfilia. Ignóranse las particularidades de su vida antes de su elevacion al obispado; pero las grandes virtudes con que resplandeció en él nos dan bastante margen para conocer los rápidos progresos con que había avanzado en el camino de la perfeccion cuando la Iglesia, á pesar de su humildad, lo elevó á aquella dignidad tan sagrada. Admirábase en él con especialidad, una modestia y una piedad tan ejemplares, que se atraía la veneracion de todo el mundo, sin que el profundo respeto con que lo honraban disminuyese un punto la humildad de que estaba poseído y que parecía haber nacido con él; los efectos de su zelo correspondian bien al crédito y veneracion que recibía del pueblo; pues trabajaba tanto en la salud de las almas, cuanto puede advertirse por la adhesion que le profesaba su grey, y por el proceder mismo de los enemigos de la Iglesia, que cuando trataron de poner en ejecucion las tiránicas ordenes del despiadado Decio, juzgaron de absoluta necesidad deshacerse del pastor antes de acometer á la grey; no prometiéndose el éxito que deseaban en su empresa si no quitaban á aquella Iglesia el firmísimo apoyo de su infatigable prelado.

Con esta mira el prefecto Irenarco se apoderó de su persona, mandando soldados que cercasen su casa y le trojesen á su presencia. Hallábase el Santo en oracion, cuando uno de sus domésticos le avisó que la casa estaba rodeada de tropa; mas fue tanta la serenidad de su espíritu, que concluyó primero su oracion, y siguiéndose con la santa cruz salió pacíficamente á recibir á sus aprehensores. Conducido á la presencia del tribunal sufrió el interrogatorio que acostumbraban hacer los perseguidores de los cristianos, y la intimacion de las ordenes imperiales, contestando el Santo obispo con tanta modestia como firmeza, que él no debía obedecer los mandatos del príncipe contra los mandamientos de Dios, ni temia la amenaza de unos

tormentos que deseaba con ansia padecer. Oida esta generosa respuesta, mandó Irenarco se le condujese cargado de prisiones á la ciudad de Perga en Panfilia para presentarlo al presidente Pollion, ó Publio, segun se lee en el menologio griego, siguiéndolo él mismo para hacer su acusacion.

La fatiga del camino y los malos tratamientos que recibía nuestro Santo de sus perseguidores no sirvieron mas que de redoblar su fervor é inflamar el deseo en que se abrasaba de padecer por Jesucristo, y que le hizo prorumpir ante el tribunal, "que en los tormentos y fuera de los tormentos confesaria á Cristo Hijo de Dios vivo." Llegado á la presencia del tirano Pollion le preguntó este su nombre, y le amenazó con los mas crueles tormentos si no abjuraba de su religion. Mi nombre en lo temporal, respondió el Santo, es el de Nestor; ante Dios mi glorioso distintivo es, ser y confesarme cristiano. Si por esta causa me persigues y atormentas mi cuerpo, me tendré por dichoso. Irritado el juez mandó inmediatamente que se le colgase en el Euleo y se le rasgase las carnes con uñas de hierro; lo que se ejecutó con la mayor crueldad hasta descubrirse las costillas. Entretanto el invicto Nestor, lleno de júbilo engrandecía al Señor diciendo en altas voces: "Bendiciré al Señor en todo tiempo; su alabanza estará siempre en mi boca." Antes de que muriese en tan atroz suplicio, quiso el tirano tentar de nuevo su constancia con las promesas y el favor del príncipe; empero nuestro Santo, mas valeroso mientras mas herido, respondió con firmeza: Con mi Cristo estuve siempre, con él estoy y estaré hasta el fin. Oido esto por el tirano mandó que lo bajasen del Euleo, y se dispusiese una cruz para que muriese como Cristo quien queria estar con él; juzgábala fogonina; mas para nuestro Santo no pudo darse trono de mayor gloria. Así es que fijado en la cruz, recogió las pocas fuerzas que le quedaban, y desde ella, como desde una cátedra, predicaba la palabra divina, enseñando á los gentiles la religion de Jesucristo, y exhortando á los cristianos á confesar y no negar á Cristo en los tormentos y en la muerte misma. Concluida su oracion con un ferrosísimo Amen, entregó dulcemente su generoso espíritu en manos de su Criador.

MARZO.

DIA PRIMERO.

San Albino y San Rosendo, obispos.

SAN ALBINO.

NACIÓ San Albino en la Bretaña el año de 496, de una familia noble y antigua. Prevenido de la gracia desde sus primeros años, se sujetó al yugo suave de Jesucristo, y rompiendo todos los lazos que lo ataban al mundo, venciendo los obstáculos que le impedían emprender el camino de la perfección, y resolviéndose á consagrarse á Dios únicamente, abrazó en su juventud la vida religiosa en el monasterio llamado entonces Cineillac, y después Tintillant. Entróse allí á la práctica de todas las virtudes, esforzándose en sosegar todos los movimientos de la carne con todo género de mortificaciones, una vigilancia continua en refrenar los sentidos y la lengua, guardando tal recogimiento interior, así dentro del claustro, como fuera de él, cuando la obediencia lo precisaba á salir, que parecía enterrado dentro de sí mismo con Dios, sin ocuparse sino de él, ni atender á ninguna cosa del mundo. Con tales prendas se adquirió el aprecio de su comunidad al grado, de que murió el abad, fué electo de común acuerdo para sucederlo, obligándolo á pesar de su resistencia, á aceptar el cargo.

Aunque no tenía entonces sino treinta y cinco años, correspondió an bien á las esperanzas que se habían formado de su gobierno, que ten el espacio de los veinticinco que rigió al monasterio, logró establecer en él la primitiva pureza del espíritu religioso, que había disminuídose en él, alcanzando con sus ejemplos, persuasiones, perseverancia y paciencia, aun de los mas relajados, que adoptasen la reforma con ejemplar sumisión y quedasen desarraigados los desórdenes, ocupando su lugar las virtudes, de manera que llegó á ser en Francia por su regularidad y disciplina, una de las comunidades mas santas y edificantes. ¡Tales suelen ser los frutos que produce la santidad de un superior vigilante y arreglado! ¡Ojalá convencidos

los padres de familia con estos ejemplares, cuiden de formar con su buena conducta, hijos cristianos y útiles ciudadanos!

San Albino no dejaba de conocer los felices resultados de su zelo; mas atribuyéndolo todo á Dios, no tenía otro empeño que vivir en el claustro oculto é ignorado de todos. Pero la fama de sus virtudes, que se había extendido á provincias remotas, movió al clero y pueblo de Angers á nombrarlo su obispo, sacándolo de su monasterio, sin atender á la modestia y humildad con que se resistía. Colocado en la silla episcopal, nada disminuyó de sus anteriores virtudes, su zelo lo dirigió á desterrar los vicios de su diócesis, su caridad á socorrer á los pobres y afligidos, su grandeza de ánimo á hacerse respetar de los grandes, su amabilidad á ser querido de todas sus ovejas; aumentando su veneración el don de milagros de que Dios lo habia adornado y hacia servir para confirmar en la fé y adelantar en el camino de la salud á los fieles.

Su historiador Fortunato, refiere varias maravillas obradas por nuestro Santo en beneficio de algunos atribulados; mas lo que hizo mas gloriosa su memoria, fué el empeño que tomó, imitando la fortaleza del Bautista, en desterrar los matrimonios incestuosos, comunes entónces en Francia, y la sabiduría con que dió cabo á esta empresa tan delicada y comprometida, en la que si bien tuvo mucho que padecer, manifestó al mismo tiempo cuán bien sabia juntar la prudencia con la dulzura, y la firmeza con la humildad. Como la ley de Dios era el único norte de su conducta, se manejó lo mismo con los grandes que con los pequeños, y sin miramiento ni consideración á ninguna clase de personas, ni las amenazas, ni los respetos, ni las súplicas lo obligaron á aflojar un punto de su generosa resolución, en la que fué auxiliado de los consejos de los sujetos mas sábios y piadosos de esa época, especialmente de San Cesario, obispo de Arles, á cuya ciudad emprendió viage nuestro Santo con el único fin de consultarle en esta espinosa materia.

La pretension del obispo de Angers dió lugar á la reunion de varios concilios provinciales para examinarla, á los que sin perdonar fatigas y trabajos asistió S. Albino, como tan penetrado de la importancia del asunto y resuelto á que nada se determinase contra la sana moral: en estas juntas no dejó de sufrir contradicción por parte de algunos prelados de menor firmeza que la suya, que lo obligaban á levantar las excomuniones que habia fulminado contra los páblicos incestuosos renuentes en quitar el escándalo, á lo que el San-

to se opuso constantemente, no cediendo sino cuando las circunstancias y el bien de la Iglesia requerían tratase con benignidad á algunos, justificando el cielo su conducta con sucesos milagrosos de que supo aprovecharse, é insistiendo en sus miras, logró se tratase este punto en que se interesaba tanto la gloria de Dios en un concilio mas público y general. La ciudad de Orleans fué escogida para su celebracion; y á este sínodo, en que concurren los obispos mas santos de la nación, de los cuales nueve ocupan lugar en el martirologio romano y tres se veneran con culto público en sus iglesias, se presentó San Albino, y fué el principal autor de los reglamentos contra los matrimonios incestuosos, siendo nuestro Santo uno de los mas exactos en hacerlos cumplir en su diócesis los once años que sobrevivió á estas resoluciones, así como habia sido el principal promovedor de ellos.

Ultimamente, continuando en el mismo ejemplar, tenor de vida que desde su tierna edad habia emprendido y en la que todos los diversos estados se hubiera perfeccionado, siendo ya de ochenta años, y no pudiendo por sus achaques y vejez asistir al quinto concilio de Orleans, mandó á él un diputado á su nombre, y pasados poco mas de cuatro meses de haber dado esta última muestra de su solitud pastoral, descansó en el Señor el dia 19 de Marzo del año de 1550.

San Rosendo. (*)

La Epistola es de los capitulos XLIV y XLV de la Sabiduría (Eclesiástico) (pág. 199).

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias &c.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo (pág. 199).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta parábola: Un hombre que debía &c.

MEDITACION.

Sobre los funestos efectos del amor propio.

Considera que nuestras pasiones son nuestros mayores tiranos; y toda la fuerza, lozanía y vigor que tienen se la deben á nuestro amor propio. Amamos demasiado, y de aquí proviene que sentimos

(*) La vida de este Santo se hallará al fin de este tomo en el suplemento.

tan ciegos; nuestro genio, nuestras inclinaciones viciosas, todo conspira á perdersenos. Nuestro amor propio es nuestro suplicio; no es menester ir lejos para encontrar el verdadero principio de nuestras inquietudes: el origen de nuestras desazones, de nuestras pesadumbres y de nuestras lágrimas, está en el fondo de nuestro corazon. Tan ardientemente inclinados á los placeres, y tan delicados en todo lo que puede lastimar aun ligeramente nuestro orgullo; en esto consiste nuestra desgracia; ¿Pero es amarse el perderse? Quien ama su vida la perderá. Este es el fruto del amor propio; no hay condenado que no haya sido el artífice de su perdicion, y esto solo porque se amó demasiado. ¿Qué vicio hay que no esté alimentado á costa del amor propio? ¿X qué facilidad no hallaría la virtud si este fatal amor fuera menos poderoso? El pecado no tiene mas miel ni mas atractivos que los que el amor propio le presta; por poco entendimiento, por poca religion que se tuviese se le miraría con horror; pero este amor ciega el entendimiento, debilita la fé, y nos domestica con el pecado. ¿Podemos tener mayor enemigo? ¿Pero acaso le miramos como tal? ¡Mi Dios! ¿cuánta verdad es que el que aborrece su vida la asegura en la eternidad; y cuánta es que el que entrega su corazon á los deseos desordenados, el que lisonjea los sentidos, el que pasa los dias en la debilidad, en los regalos y delicias pierde su alma! Destierra del mundo el amor propio (decía San Bernardo), y desterrarás el infierno.

Considera que amarse uno á sí mismo es desearse todo bien; pues he aquí que ninguno se ama tanto como el que se aborrece; niégunse muchos gustos, muchas satisfacciones, es verdad; ¿pero hay acaso una sola que no sea contraria á nuestra salvacion? Mortifícanse las pasiones; ¿pero hay alguna que no sea perniciosas? Tíense á raya los sentidos; ¿pero por qué? ¿sino porque están de inteligencia con el enemigo? Abrázase, hévase la cruz; pero no hay otro camino que guíe á la vida: esto es lo que se llama aborrecerse á sí mismo. ¿Y no es esto amarse verdaderamente? Vuelve los ojos al ejemplo de todos los santos; ¿qué te parecen? ¿Andaban errados en desear las cadenas, los cárceles, las fieras, cuando nada temían tanto como ser perdonados de ellas?

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Mi Dios, y qué poco se aman los hombres del mundo cuando solo suspiran por lo que los ha de atormentar y perder! ¿Qué ene-

migo les podrá hacer tanto mal como el que ellos se hacen á sí mismos. Ellos se sacrifican al mundo, que no es mas que una vana fantasma, hasta consumir sus dias, y vivir en perpetua amargura; cuidados infinitos, enfados mortales, crueles remordimientos, penas eternas, estos son los frutos del amor propio. Libradme, Señor, de mí mismo: yo conozco que el amor desordenado que me tengo es la causa de las ofensas que os hago, y de los daños que me hacen. Por lo mismo propongo rectificarlo de manera que no sea ya mi perdicion, sino mi verdadero bien lo que yo ama.

JACULATORIA.

Amete yo, Dios mio, Dios de mi salud; y ámeme en tí ordenadamente.

LECCION.

Jesucristo está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso.

Frecuentemente en las sagradas letras se encuentra que las afecciones y los miembros humanos se atribuyen á Dios, para acomodarse á nuestra grosera inteligencia, acostumbrada á entender solo lo material y sensible; pero estando bien persuadidos de que Dios es un espíritu purísimo, por estas ó semejantes expresiones metafóricas, ningún hombre sensato puede entender que se atribuya al Hijo de Dios la acción física y material de sentarse, ni que el Eterno Padre tenga mano derecha ó izquierda como los hombres. ¿Qué significa, pues, y qué damos á entender cuando decimos que está sentado Cristo á la derecha del Padre? Así como entre los hombres para honrar una persona se la coloca á la mano derecha, así por analogía, para explicar la gloria de Cristo que consiguió como hombre sobre todos los demas, se dice que está á la derecha del Eterno Padre. Que está sentado denota la posesion tranquila de su gloria, y del imperio y dominio que le pertenecia sobre todas las cosas. Por la mano derecha se significa la suma é inefable bienaventuranza y la felicidad eterna; por eso en el último de los dias se dice que los escogidos estarán á la diestra, y á la izquierda de Cristo los infelices réprobos. El Espíritu Santo se sirvió de estas expresiones figuradas, para darnos á entender, al decir que Cristo está sentado, que el cielo es el lugar de su descanso y el trono de su imperio; y al añadir que está á la diestra del Padre, que como Dios tiene igual

gloria y poder con el Padre, y que en cuanto hombre se le ha dado como dijo él mismo á sus discípulos despues de su resurreccion, según refirió San Mateo, *toda potestad en el cielo y en la tierra.*

Que Jesucristo está sentado, no significa la situacion ó la figura del cuerpo, dice el catecismo del concilio de Trento, sino que declara aquella firme y estable posesion del poder real y de la suma gloria que recibió del Padre, según dice el Apóstol escribiendo á los efesios: *“Para que sepais..... cual es aquella soberana grandeza del poder que obra en nosotros, que creemos segun la eficacia de su poderosa virtud, la cual efectuó en Cristo resucitándolo de los muertos y colocándolo á su derecha en los cielos, sobre todo principado y potestad, y virtud y dominacion, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, mas aun en el venidero. Y todas las cosas sometió bajo los pies de él, y la puso por cabeza de toda la Iglesia.”* Y aunque hablando del hombre habia usado el Salmista rey, de la mismas palabras: *“Todos las cosas las sujetaste bajo sus pies;”* inmediatamente continúa: *“Las ovejas y las vacas todus y las demas bestias del campo;”* por donde se denota la diferencia del poder concedido al hombre ántes de su culpa, y el que le adquirió en su gloria Cristo en cuanto hombre, á quien se dió todo poder así en la tierra como en el cielo. Aun se nota mas esta diferencia, si consideramos la profeta de David sobre este asunto, y la aplicacion que de ella hace San Pablo: aquel dice en el salmo CIX: *Dijo el Señor á mi Señor: “Séntate á mi derecha, hasta que ponga á tus enemigos por pecana de tus pies. De Sion hará salir el Señor el cetro de tu poder; dominará en medio de tus enemigos. Contigo está el principado en el día de tu poder entre los resplandores de los santos: del vientre ántes del lucero te engendré.”* No puede darse anuncio mas completo del estado de gloria á que habia de elevarse el Mesías desde el día glorioso de su ascension á los cielos, así como tampoco nada puede haber mas claro que el que en esta profeta describió David á Cristo verdadero Dios y verdadero hombre. Por eso el Apóstol San Pablo dirigiéndose á los hebreos, *“¿A cuál de los ángeles?”* exclama, *“¿Dijo alguna vez el Señor: séntate á mi derecha hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies?”* Así recibió Dios Padre en los cielos con la magnificencia y el honor que conviene á su Hijo unigénito, que siendo Dios con él, goza de la misma gloria de la divinidad, el estado de la bienaventuranza y la potestad real.

y judicial de una manera inmutable. Así es que, dice San Ambrosio: "Que la escritura santa parece que atribuye mas al Hijo que al Padre, no porque tenga mas que él, sino para que no parezca que tiene ménos."

Jesucristo está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso, no solo en cuanto Dios, bajo cuyo concepto es igual al Padre, sino tambien en cuanto hombre, bajo cuya consideracion es menor que el Padre: la razón es, porque no siendo dos Cristos, uno Dios y otro hombre, ni dos personas, sino solo un Cristo y una sola persona, por eso se dice que Cristo Dios y hombre está sentado á la diestra del Eterno Padre; y así la humanidad de nuestro Salvador, esto es, su cuerpo y su alma, están en el trono divino á la diestra de Dios Padre, no por dignidad propia sino porque uno y otra están unidos con la persona del verdadero y natural Hijo de Dios.

No debe parecer inútil insistir en este punto tan delicado, si recordamos las advertencias del Apóstol San Pablo á los romanos, que dice, hablando de Cristo: *"Él que ha sido predestinado Hijo de Dios, con poder, según el espíritu, de santificación por la resurrección de Jesucristo Señor nuestro, de entre los muertos. De ahí pues entenderse por estar á la derecha del Padre estar en la suma bienaventuranza, en la que se encuentran la justicia, la paz y el gozo; así como hallarse al lado izquierdo, es encontrarse en la miseria, por las iniquidades, los trabajos y las aflicciones. Cuando se dice, pues, que Dios está sentado, no se significa la posición de sus miembros, sino aquella potestad de juez de que nunca carece su Magestad, dando siempre á los buenos dignos premios, y castigos á los merecedores de ellos; aunque en el último juicio se hará mucho mas manifiesta, y se verá mas clara esta cualidad del Hijo de Dios, juez de vivos y muertos."* Y en otro lugar así se expresa: *"A la diestra de Dios se dice la excelencia del honor y de la indelible felicidad."*

Supuesta ya la inteligencia genuina de estas expresiones metafísicas, no puede oponerse el que en los Hechos de los Apóstoles se refiere que, como San Esteban estaba lleno de espíritu santo, mirando al cielo vió la gloria de Dios y á Jesús que estaba en pie á la diestra de Dios: pues que aquel Santo mártir habló seguramente del cuerpo de Jesús, el que en efecto hay razones para creer que está en pie, como que esta posición es la mas natural al cuerpo humano, supuesto que el sentarse es para descansar, y el des-

sano supone una fatiga ó debilidad que no se halla en aquel cuerpo glorioso. El Apóstol tambien hablando á los efesios, dice: *Dios, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo, por cuya gracia éis salvos, y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos con Jesucristo.* Lo que no debe entenderse del acto de sentarse corporalmente, sino de la participación que nos ha concedido el Salvador de su gloria celestial, haciéndonos participantes de su herencia, y coherederos del cielo. Si Agustín agrega: *"Cristo está en pie, para manifestarnos su benignidad; está sentado, para indicarnos su autoridad."*

Por último. Las profecías del antiguo Testamento que hemos visto ayer, nos enseñan que el Mesías había de establecer un reino perpetuo en que él había de ser el rey; hemos visto tambien que la época de este periodo de gloria comenzó en su ascension gloriosa á los cielos; hoy observamos que está sentado á la diestra de Dios, y que esto quiere decir que su poder aun en cuanto hombre es tal, que todas las cosas están sometidas bajo sus pies. ¿Dónde está, pues, lo que debemos mirar como su reino? No en la dignidad temporal, no como los judíos esperaban en la transitoria potestad y gloria de este mundo, sino en un dominio ejercido invisiblemente sobre todas las criaturas; y con respecto al linaje humano, en un gobierno moral y espiritual de nuestras almas. Preguntando los fariseos á Jesús cuándo vendría el reino de Dios, les respondió, y dijo, según San Lucas: *El reino de Dios no vendrá con muestra exterior; ni dirán: Heo aquí, o heo allí, porque el reino de Dios está dentro de nosotros.* Igual doctrina enseñó Jesús, según San Juan, cuando respondió á Pilato, que le preguntaba si era el Rey de los judíos: *Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, mis ministros sin duda pelearian para que yo no fuera entregado á los judíos; mas ahora mi reino no es de aquí.* Entonces Pilato le dijo: *¿Luego rey eres tú?* Respondió Jesús: *Tú dices que yo soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio á la verdad.* Finalmente, San Pablo dice á los romanos: *El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz, y gozó en el Espíritu Santo.* Pidamos, pues, á Jesucristo que ejerza en nuestras almas este su suave imperio, para que salvos por su gracia nos sentemos con él en los cielos.

DIA DOS.

San Pablo mártir y San Simplicio papa.

SAN PABLO MARTIR.

De este Santo, cuyo nombre se refiere en casi todos los martirologios y registros de los latinos, desgraciadamente no se saben las particularidades de su vida ni aun de su martirio, sino solo que le padeció con heroica constancia en el Puerto Romano, ciudad poca distante del puerto de Ostia en las orillas del Tiber, donde otros muchos héroes del cristianismo habían sellado con su sangre la fé del Crucificado. Nuestro San Pablo padeció en compañía de algunos otros mártires ilustres; mas sobre quiénes hayan sido estos sus compañeros varían los autores; del que mas frecuentemente hacen mencion es de San Primitivo; mas ni de uno ni de otro nos dicen con qué género de martirio consumaron su vida. Hallamos, sí, que siglos despues fueron extraídas sus reliquias del cementerio de Calisto y trasladadas á España, donde se guardan en tién gran culto en el convento de religiosos descalzos de la Santísima Trinidad, que parece ser el de Zaragoza.

San Simplicio papa.

San Simplicio, que floreció á mediados del siglo V, fué hijo de Gestino y natural de Tibur (hoy Tivoli), en la campiña de Roma. Su primera juventud la pasó en el temor santo de Dios, y habiendo sido admitido en el clero romano, se hizo célebre por su aplicación al estudio de las letras sagradas, no ménos que por los ejemplos de sus virtudes. Tan preciosas cualidades le granjearon tal estimación, que habiendo vacado la silla pontificia por muerte de San Hilario, fué elevado á ella, con universal aplauso de la cristiandad, en 5 de Marzo del año 467, correspondiendo á tan merecida confianza por el acierto con que rigió la Iglesia en una época de las mas difíciles y comprometidas en que se ha visto jamas.

Gobernaban á la sazón Antemio en Occidente y León en Oriente, y por principio de su pontificado tuvo nuestro Santo que oponerse á las miras injustas y perversas de ambos príncipes. El primero protegía á los hereges macedonianos, quienes trataban, con motivo de la muerte de San Hilario que se habia opuesto á sus empresas, de dar impulso á su causa; mas su digno sucesor lo imitó tam-

bien en su zelo pastoral, haciendo vanos los esfuerzos de esos sectarios y la proteccion de Antemio. El otro emperador luego que tuvo noticia de su elevacion al solio pontificio, le escribió dándole los parabienes, y al mismo tiempo solicitaba la confirmacion de un decreto del concilio de Calcedonia, por el cual se sobreponia la silla del patriarca de Constantinopla á las de Alejandria y Antioquia; mas nada alcanzó del nuevo pontífice, que con valor resistió esta pretension, conservando ileso los antiguos sagrados cánones.

El santo papa consiguió gobernar con tranquilidad la Iglesia durante el reinado de Antemio, que aunque favorable á diversas heregias, no se atrevia á oponerse á las medidas que tomaba el santo pastor para liberrar de ellas al rebaño de Jesucristo. Pronto, sin embargo, terminó esta felicidad por la muerte de este príncipe, y la sucesion de tiranos que usurparon el trono de Occidente, desde Ricimero, Olibrio, y otros dos emperadores, dando lugar á la invasion de los francos, borgoñeses, godos y vándalos, quienes se apoderaron de las Galias, España y Africa, y despues conducidos por Odoacro ocuparon el resto del imperio en Italia. Como estos nuevos soberanos unos eran gentiles y otros arrianos, todos perseguian al catolicismo y se empeñaban en destruir á la Iglesia. El mismo estado guardaban las provincias de Oriente por el favor que dispensaban á los hereges eutiquianos el emperador Zenon y el tirano Basilio; pero en aquellas circunstancias tan apuradas la prudencia y sabiduría de Simplicio supo salvar su nave de tan deshocha tempestad. Ningun príncipe era católico: la Iglesia gemia bajo la dominacion de todos; pero su vigilante cabeza la libró de todos los peligros que la amenazaban.

Signóse á esta tormenta otra mayor en el Oriente. Zenon afectaba tomar interes por la Iglesia, y Acacio, patriarca de Constantinopla, valiéndose de esta coyuntura volvió á insistir en solicitar de Simplicio la preferencia detegrada ántes de su silla; mas este insistió en su primera negativa con la misma firmeza que en tiempo de León. Entre tanto Zenon fué destronado por Basilio, quien repuso en sus sillas á los eutiquianos que estaban desterrados, como en Alejandria á Timoteo Eluro, autor de la muerte del patriarca San Protero, y á Pedro el Batavero en la de Antioquia, de las que fueron arrojados los legítimos pastores. Hizo aun mas el tirano. Publicó un edicto contra el concilio ecuménico de Calcedonia; pero Acacio con su clero y los monges de Constantinopla se coligarón

en defensa del concilio, y escribieron al papa lo que pasaba; resistiéndose á la recepcion del decreto de Basileo, y sosteniendo la ortodoxia de la recepcion.

El Santo pontífice exhortó al clero y á Acacio á que continuasen oponiéndose á los esfuerzos de Basileo y Eluro, logrando por este medio se revocase el edicto, publicándose otro en que se condenaba á Eutiques y Nestorio, y habiendo recobrado su trono Zenon y escribió asegurándole de la integridad de su fé, le contestó nuestro Santo anirándole á que con su autoridad protegiese á la Iglesia de los perversos que la oprimian, así como el Señor lo habia asistido contra sus enemigos.

Simplicio ademas convocó un concilio en Roma, en el que excomulgó al herejiarca Eutiques, á Dioscoro de Alejandria, y á Timoteo Eluro; y el hipercita Zenon se vió obligado á anular todos los decretos de Basileo contra la fé, y á expulsar de Antioquia á Pedro el Batanero, y de sus sillas á otros siete ó ocho prelados eutiquianos: otros obispos temerosos de igual suerte retractaron la aprobacion que habian dado al edicto de Basileo y reconocieron el concilio de Calcedonia, y Timoteo Eluro se envenenó para evitar el sonrojo de su deposicion. Los de su partido pusieron en su lugar á Pedro Mungo; pero irritado el emperador, se dice mandó dar muerte á los autores de esta eleccion, arrojó á Mungo de la silla y repuso al legítimo obispo Timoteo Solofaciolo segun los deseos del papa, quien no se descuidó de avisar á Zenon las noticias que tenia de que los partidarios de Pedro el Batanero perseguian de muerte al patriarca católico Estevan, puesto en lugar de aquel usurpador, pidiéndole con instancia desterrase de la ciudad al sedicioso.

Entre tantas tareas no se descuidó nuestro zeloso pontífice del gobierno de la Iglesia universal. Hizo diversos reglamentos útiles, y entre otros uno para la distribucion de las rentas de la Iglesia, y estableció sacerdotes semaneros para la administracion del bautismo y penitencia en los templos de San Pedro y San Pablo, y de San Lorenzo. Ni fué menor su vigilancia en santificarse con la práctica de las virtudes: fué muy asidua su oracion, profunda su humildad, grande su liberalidad para con los pobres, y muy austeras las penitencias con que maceraba su cuerpo.

Nuestro Santo al fin falleció como valiente capitán con las armas en la mano en defensa de la Iglesia; pues habiendo vacado la silla de Alejandria por muerte de su patriarca Timoteo Solofaciolo, los

católicos eligieron por sucesor á Juan de Tabenas; mas no siendo este virtuoso varon del agrado del emperador, restableció en su lugar á Pedro Mungo; lo que sabido por Simplicio, le escribió una carta muy enérgica quejándose de su conducta, haciéndole ver lo canónico de aquella eleccion y protestando no admitiria á aquel excomulgado que iba á ponerse á la cabeza de los hereges. Disponiase á confirmar en el patriarcado á Tabenas, cuando recibió carta de Zenon que lo acusaba de perjurio, y cuando Simplicio se preparaba á hacer la correspondiente averiguacion, cayó enfermo, y murió como los justos el día 10 de Febrero del año 483, despues de haber gobernado la Iglesia quince años, once meses y seis dias. Su cuerpo fué sepultado honorificamente en la iglesia de San Pedro el 2 de Marzo, en que fija su fiesta el martirologio.

La Epistola es del capítulo VII de San Pablo á los hebreos.

Hermanos: Hubo en la ley antigua muchos sacerdotes sucesivamente, porque la muerte les impedia que durasen siempre; mas como Jesus siempre permanece, posee eternamente el sacerdocio. De aquí es que puede perpetuamente salvar á los que por su medio se presentan á Dios, como que queda siempre vivo para interceder por nosotros. A la verdad, tal como este nos convenia que fuese nuestro pontífice, santo, inocente, imaculado, separado de los pecadores, y mas elevado que los cielos: que no tuviese necesidad, como los demás sacerdotes, de ofrecer todos los dias sacrificios, primeramente por sus pecados, y despues por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez sola, ofreciéndose á sí mismo Jesucristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo XXIV de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Velad, porque no sabeis á que hora ha de venir nuestro Señor. Sabed, pues, esto, que si un padre de familias supiera á qué hora le habia de asaltar el ladrón, estaria seguramente en vela, y no dejaria minar su casa. Pues asimismo estad vosotros igualmente apercebidos, porque á la hora que ménos pensais ha de venir el Hijo del hombre. ¿Quién pensais que es el siervo fiel y prudente, constituido por su señor sobre su familia, para repartir á cada uno el alimento á su tiempo? Bienaventurado el tal siervo á quien, cuando venga su señor, le hallara cumpliendo así. En verdad os digo que le encomendará la administracion de todos sus bienes.

MEDITACION.

Sobre el buen uso de las adversidades.

Considera que las adversidades y las miserias de esta vida no son puramente castigos por nuestras culpas. El delincuente cuando padece la pena que le corresponde, en justicia no merece recompensas pero el Hijo de Dios, queriendo convertir este destierro, á que justamente estamos condenados, en una carrera gloriosa y ventajosa para nosotros, le quitó el nombre de suplicio y le dió el de milicia y de combate, ennoblecíendole con su mismo ejemplo, y autorizándole con la dignidad de su divina persona: de suerte, que aquel que mas y mejor padece, es el mas gloriosamente coronado. Es ocioso pretender huir de los trabajos; no hay condicion tan ilustre, no hay fortuna tan brillante, no hay estado tan privilegiado que esté á cubierto de las adversidades. Nacen las cruces en la elevacion del mismo tronco; es insensatez, es locura, persuadirse que se pueden prevenir, ni que se pueden evitar. No consiste la habilidad en excusarlas, sino en aprovecharse de ellas. El que mas se empeña en desviarlas, es las enciema mas; ni hay otro medio para suavizarlas que el arte de aplicarlas bien. En comprendiendo bien lo mucho que valeu, dejáremos de temerlas. Quizá no hay cosa que sea mas ventajosa á los fieles. Míranse comunmente las adversidades como castigos; y á la verdad tienen toda la amargura de tales para aquellos que las miran con ojos ménos cristianos; pero mirémoslas con los ojos de la fé; con atencion á la mano paternal que las distribuye, y hallaremos que en suma solo son señales de predestinacion.

Considera que el mundo en la realidad no gusta de pobres, ni de afligidos; en su opinion toda adversidad es un estorbo invencible para hacer fortuna: este es el concepto que forma el mundo de las adversidades. Pero sujétese uno á las órdenes de la divina Providencia, este contento con el estado en que Dios lo colocó; sufra con paciencia las incomodidades, y las necesidades que están ajenas á él; reciba con resignacion aquel contratiempo, aquella desgracia, y su herencia será el cielo, porque esta es la legítima de los afligidos y de las almas humildes. La adversidad, santificada con saber aprovecharse de ella, es la prenda mas segura, y la ménos equívoca de nuestra predestinacion. ¡Y después de esto levantamos el grito, nos quejamos de los trabajos de la vida! En una condicion oscura y

abatida se encuentran grandes ventajas para el cielo. Los desprecios, los llantos, las enfermedades, son copiosos manantiales de bienes para la otra vida: ninguna cosa adelanta mas el negocio de la salvacion. No hay cosa mas fácil que saberse aprovechar bien de los trabajos. Es cierto que muchos no tienen talentos para trabajar, para hacer cosas grandes á mayor gloria de Dios; pero quién dirá que no tiene talento para padecer? Los negocios temporales no se pueden manejar sin genio, sin destreza, sin crédito, sin apoyo; pero en materia de salvacion, la simplicidad, la sencillez, la pobreza, el menosprecio y la oscuridad pueden y deben considerarse como los principales y mas eficaces talentos.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Dadme, Señor, un recto juicio para formar el concepto que debo de las adversidades de la vida. Léjos de mí el horror con que las contemplan los mundanos. Yo conozco que son el mejor medio para separarme del amor, de la vida y del apego á las criaturas; y traerme á vos, como único consuelo verdadero, y bien lleno y perfecto que solo puede satisfacer los deseos de mi corazón. La medicina es amarga, pero con ella logro una salud verdadera y estable que me mantiene en la vida de la gracia.

JACULATORIA.

Nos conviene que por muchas tribulaciones entremos en el reino de los cielos. Es tu palabra, Señor, cúmplala en mí.

LECCION.

Sobre las causas de la subida de Cristo á los cielos.

Ya anteriormente insinuamos que Cristo habia subido á los cielos, porque no convenia á un cuerpo adornado con las dotes y gloria de la inmortalidad habitar en la oscura mansion de la tierra, sino que su domicilio propio debia ser el cielo. Esta es la primera causa que asigna el catecismo del concilio de Trento, y cuyos fundamentos expone San Agustin, comentando el salmo LVI. *Seas ensalzado, ó Dios, sobre los cielos, y tu gloria por toda la tierra.* Esto es, seas ensalzado para que recibas el premio de tu humildad: seas ensalzado tú que tomaste nuestra carne en el vientre de la Virgen María: tú que al nacer fuiste reclinado en un pesebre: tú que

lleando al mundo, quisiste ser conducido á los pechos de tu santa Madre: tú que no durmiendo por custodiar á Israel te sujetaste á dormir, comer y todas las demas funciones del cuerpo humano; tú á quien vendió Judas, compraron y no poseyeron los judíos: tú que fuiste aprendido, nato, azotado, coronado de espinas, pendiente en la cruz, atravesado con una lanza, muerto y sepultado. *Seos ensalzado, á Dios, sobre los cielos; dice sobre los cielos, porque eres Dios en el cielo, porque eres el Juez que ha de venir; y dice: Tu gloria por toda la tierra.*

La segunda causa de la ascension del Señor que ajea el citado catecismo del concilio de Trento, es para cuidar de aquellas cosas que pertenecen á nuestra salud. Para que á la manera que el sumo pontífice en el antiguo Testamento entraba en el *Sancta Sanctorum* para rogar á Dios por el pueblo una vez en el año, como dice San Pablo á los hebreos: *“Mas estando Cristo ya presente, pontífice de las buenas verdades. . . entró una vez en el santuario, habiendo hallado una redencion eterna. . . Porque no entró Jesus en un santuario hecho de mano, que era figura del verdadero, sino en el mismo cielo para presentarse ahora delante de Dios por nosotros. . . El que tambien intercede por nosotros;”* cuyas palabras comentando Teodoro, dice: *“Resucitado de entre los muertos, se sienta á la diestra del Padre, para de este modo no dejar nunca de tener cuidado con nosotros, y presentando al Padre nuestras acciones limpias de manchas, por ellas pedimos la salvacion.”* Y San Gregorio el Grande agrega: *“En el Hijo unigénito el rogar por el hombre, es mostrarse á sí mismo hombre ante el Eterno Padre; y pedirle por la naturaleza humana, es haber recibido la misma naturaleza en la excelcencia de la divinidad.”* El Señor, pues, intercede, ruega por nosotros, no con voces, sino con su comunicacion. Y no solo cuida de nosotros elevando sus súplicas al Eterno, sino ofreciendo sacrificios y ejerciendo su sacerdocio perennemente en el santuario celestial, no con sangre agena, como el sumo sacerdote de la ley antigua, sino que, como dice San Pablo: *Por su propio sangre entró una vez en el santuario, habiendo encontrado la eterna redencion, y ofreciendo una hostia por el pecado, se sentó para siempre á la diestra de Dios. Porque fué hecho sacerdote, no segun la ley del mandato carnal, sino segun el poder de la vida indisoluble, sacerdote eterno segun el orden de Melquisedec. Hubo á la verdad muchos sacerdotes, que siendo mortales, no podian perma-*

necer; pero este como ha de permanecer eternamente, tiene el sacerdocio sempiterno; por cuya razon siempre puede salvar á los que por su mediacion se acercan á Dios, viviendo siempre para interceder por nosotros. Tal convenia que fuese nuestro pontífice, santo, inocente, immaculado, separado de los pecadores, y el mas excelente en los cielos, que no tenga necesidad, como los demas sacerdotes, de ofrecer hostias todos los dias; primero por sus delitos y despues por los del pueblo. El se ofreció una vez á sí mismo por hostia. . . . Ultimamente tenemos. . . Pontífice que se sentó á la diestra del trono de Magestad en los cielos, ministro del verdadero Tabernáculo que fijó el Señor, y no el hombre. Como todo pontífice se constituye para ofrecer dones y hostias, es necesario que este sacerdote Eterno ofrezca alguna cosa.” ¿Qué ofrece pues? pregunta San Juan Crisóstomo; y responde: *“No una nueva victima, no un nuevo sacrificio, sino la misma hostia que una vez ofreció, vuelve á ofrecer por nosotros para la destruccion del pecado. El mismo sacrificio, idéntica hostia, el propio sacerdote, porque presenta al Padre Eterno el único sacrificio que puede aplicarlo.”* Que el Señor ha subido para ser nuestro abogado con su Eterno Padre, se manifiesta evidentemente por las siguientes palabras del Apóstol San Juan á la Iglesia católica, dichas despues de la ascension de Cristo: *Si alguno pecare, tenemos por abogado con el Padre á Jesus Cristo el justo.* Advertiremos, por último, que la intercesion de Cristo no solo es directamente eficaz, sino un medio para que sean acceptas las súplicas de los fieles. *Los sacrificios espirituales de la Iglesia en la tierra, son acceptas á Dios por Jesus Cristo;* dice el Apóstol San Pedro, y con razon podemos inferir que nuestro intercesor es representado por el Angel del Apocalipsis que apareció con el carácter de un sacerdote que estaba en pie delante del altar con un incensario en la mano, y le fueron dados muchos perfumes, dice el Apóstol, *para que pudiese de las oraciones de los santos.* Las oraciones de los santos son ofrecidas por el Redentor en el altar de Dios; mas lo que solo les da la fragancia y las hace acceptables á Dios son los perfumes que las rodea, el perfume de la intercesion de nuestro Redentor. Subió, pues, á los cielos para cuidar de nuestra salud, ejerciendo para favorecernos los oficios de pontífice, sacerdote, abogado é intercesor nuestro para con su Eterno Padre.

Para comprobar que su reino no es terreno, no era de este mundo, es la tercera de las causas porque subió Jesus Cristo á los cielos,

segun el catecismo del repetido concilio de Trento: "Porque los reinos de este mundo," dice, "son terrenos y vacilantes, y estrictan en el poder de la carne; mas el reino de Cristo no es terreno, cual lo aguardaban los judios, sino espiritual y eterno: y que sus grandezas y riquezas son espirituales, el mismo lo demostró colocandó su silla en los cielos; en cuyo reino aquellos son mas ricos y mas abundantes de todos los bienes, que buscan con mas diligencia las cosas de Dios; porque como testifica Santiago: *¿Por ventura no ha elegido Dios á los pobres de este mundo para ser ricos en fé, y herederos del reino que prometió Dios á los que le aman?*" En el nuevo Testamento al reino de Cristo se le llama reino de los cielos ó el reino de Dios, y el cotojo de un gran número de lugares de aquel libro sagrado nos comprueba que todos estos términos se emplean para expresar uno solo y un mismo reino. Es reino de los cielos, porque el Rey de los cielos es el que lo gobierna, y porque pertenece á objetos invisibles y celestiales. Es reino de Dios, no solo porque el Padre lo ha erigido, sino tambien porque se rige y gobierna por la sabiduría y poder de la divinidad. Por último, es reino de Cristo, porque Cristo es su gloriosa cabeza.

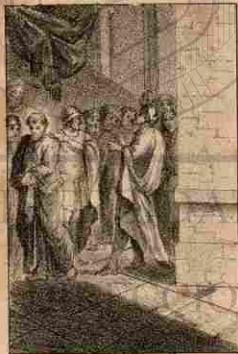
Quiso tambien Jesucristo Señor nuestro subiendo á los cielos, hacer que nosotros le siguiésemos con el deseo; y esta es la última causa de su ascension gloriosa que alega el catecismo tridentino: "Porque á la manera que en su muerte y en su resurreccion nos habia dejado el ejemplo de morir y de resucitar, con el espíritu, así con su ascension nos enseña ó instruye para que colocados todavia en la tierra, nos traslademos con el pensamiento al cielo, confesandó que somos peregrinos y huéspedes sobre la tierra," como dice San Pablo á los hebreos; y buscando la patria no seamos peregrinos ni advenedizos, sino empujados de las cosas santas y domésticas de Dios, como añade á los efesios; *pues nuestra morada está en los cielos*, como anuncia por último á los filipenses. Elevemos los ojos á aquella altura en que está Cristo. Los deseos terrenos no depriman nuestra alma que está llamada para el cielo: elegidos para las cosas eternas, no nos ocupen las perecederas: habiendo entrado en el camino de la verdad, no nos dejemos deslumbrar por engañadoras luces. Pisemos con tal tiempo las cosas temporales, como dice el papa San León, "que conozcamos que somos peregrinos en el valle de este mundo, en el que si aparecen algunas comodidades que nos halagan; no debemos abrazarlas néciamente, sino dejarlas



S. Emeterio y S. Cledonio Mártires.



S. Casimiro Confesor.



S. Basilio Presbítero Mártir.



S. Vidal Mártir.

pasar con fortaleza." Apoyados en las fuerzas de nuestra fé, nos exhorta San Hilario á que "asi como subió con su cuerpo Jesucristo Señor nuestro á los cielos, nosotros que somos sus miembros sigamos á nuestra cabeza con activos deseos y con el ejercicio de las buenas acciones. Subamos tras él con benevolencia, compuncion y caridad."

Pueden, por último, asignarse algunas otras causas de la ascension del Señor á los cielos. El quiso subir para presentar á su Eterno Padre y ofrecerle las primicias de nuestra naturaleza: él quiso ascender á los cielos para cumplir todas las cosas que estaban escritas de él en la ley y en los Profetas; porque todos los ministerios de Cristo se refieren, como á su fin, á su ascension maravillosa, y en ella se contiene la perfeccion de todos, segun la expresion del Apóstol: *Subió sobre todos los cielos, para que se cumpliesen todas las cosas.* Jesus se ha elevado á los cielos para prepararnos el camino: él mismo dijo por San Juan: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. . . En la casa de mi Padre hay muchas moradas. . . Pues voy á aparejaros el lugar. Y si me fuere y os aparejare lugar, vendré otra vez y os tomaré á mí mismo para que en donde yo estoy, estéis tambien vosotros.* Nuestro eterno Legislador quiso subirse al cielo para dar la debida autoridad á su ley, y mostrar que la habia traído del cielo. El enviado de Dios para redimir y salvar al mundo, debió volver, habiendo cumplido su mision, al Eterno Padre que lo habia mandado; por eso el mismo Cristo dijo: *Voy á aquel que me envió.* Finalmente, subió á los cielos Jesucristo para que no lo mirásemos como hombre tan solamente y con cierta terrena benevolencia y amor imperfecto, como le tenían los Apóstoles ántes de su ascension, sino que elevando nuestros afectos, le amemos como Dios con el amor mas perfecto y sublime.

—♦♦♦♦♦—
DIA TRES.

Santos Emeterio y Celedonio mártires.

Los santos hermanos Emeterio y Celedonio eran naturales de Leon, en España, é hijos de San Marcelo, que militaba en la legion romana, bajo cuyas banderas tambien se hallaban alistados nuestros Santos. El honor y la virtud eran los distintivos de estos soldados

cristianos; y por estas cualidades se hacían respetar de sus compañeros, á los que continuamente exhortaban á la obediencia y sumisión á las autoridades y á las leyes; procuraban desterrar de la tierra los vicios y la relajación de costumbres; se esforzaban con sus pláticas en convertir del paguismo á los que seguían su profesión, y daban á conocer con su ejemplo que no hay una sola á la que no pueda santificar el cristianismo.

Hacia ya mucho tiempo que Emeterio y Celedonio estaban en el ejército; cuando se publicaron en Roma los crueles edictos contra la religion católica que profesaban; mas en lugar de desanimarlos esta persecucion, les hizo desear con ansia llegase la vez de dar la vida por amor de Jesucristo y en defensa de su fé. El procónsul comisionado para llevarlos al cabo se detuvo en Calahorra, donde por todas partes levantaba suplicios para sacrificar á los cristianos, é inventaba martirios los mas dolorosos para hacerlos apostatar; este obligó á muchos fieles á abandonar la ciudad para habitar en el desierto, creyéndose en él mas seguros; y esto mismo que á otros menos fervorosos los hacía huir, estimulaba á nuestros heroicos hermanos á presentarse en el teatro de tantos horrores y hacer una gloriosa confesion de su creencia. Abrasados sus corazones con el ardiente faego de la caridad proyectaron abandonar á Leon y pasar á Calahorra, animándose mutuamente en ofrecerse victimas voluntarias en las aras de una religion, que con tanto odio y encarnizamiento, como injusticia y barbarie, era perseguida.

Partieron, pues, Emeterio y Celedonio de Leon, abandonando las banderas romanas, para ir á combatir al perseguidor de su fé á Calahorra. Apenas llegaron á esta ciudad comenzaron á predicar la religion, sin acordarse por los crueles suplicios ni las horribles amenazas del tirano; resueltos á morir por Cristo y á propagar por todas partes la divinidad de su nombre. Muy poco tiempo permanecieron libres, porque informado el procónsul de que eran cristianos y del empeño con que promovian los intereses de su religion, mandó los encerrasen en la cárcel y los cargasen de cadenas. En la prision se animaban los dos hermanos con fervor y se disponian para el martirio, esperándolo con ansia para unirse á su Dios; mas este suspirado bien les fué retardado por el juez, esperando que el tedio y las penalidades de la cárcel, ó la seducción y ofertas triunfases al fin de su constancia; pero todo fué en vano, nuestros valerosos Santos sostuvieron aquellos padecimientos y vieron con des-

precio todas las promesas que se les hicieron, resueltos á sufrir toda clase de tormentos ántes que dejar el glorioso renombre de cristianos.

Viendo el procónsul que ni los tormentos que les habia hecho sufrir en la prision, ni las lisonjeras ofertas de que se habia valido abundaban en lo mas mínimo aquellos esforzados corazones, los condenó á ser degollados; sentencia que oyeron con gusto los valerosos mártires, como tan conformes á los ardientes deseos que tenían de volar al cielo, cuyas puertas veian abiertas para recibirlos y que los ángeles les preparaban las coronas con que debían ceñir sus sienes por premio del combate, con cuya vista se alentaban sus ánimos, ansiando porque se acercase aquel feliz momento.

Llegóse, en fin, aquella aspirada hora: salieron nuestros santos de la prision y fueron conducidos á las orillas del rio Arnedo, donde delante de una inmensa multitud ofrecieron serénamente sus cuellos al verdugo y cayeron sus cabezas al golpe de la cuchilla, causando una general admiracion su constancia y fortaleza. Sus cadáveres quedaron sepultados en las orillas del mismo rio, hasta que concluida la persecucion se exhumaron y colocaron en la iglesia catedral de Calahorra, de cuya diócesis son patronos principales.

El Señor hizo glorioso su sepulcro al que, como escribe el poeta Prudencio, ocurría multitud de peregrinos con suma utilidad y provecho, de los que dirigian con pureza sus oraciones ante estas preciosas reliquias; porque estos Santos oyen inmediatamente todas las peticiones; y las llevan á los ojos del eterno Rey.

La Epistola es del capítulo III del libro de la Sabiduría.

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellas el tormento de la muerte. / A los ojos de los insensatos pareció que morian; y su salida de este mundo se miró como una desgracia, y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros; mas ellos, á la verdad, reposan en paz; y si delante de los hombres han padecido tormentos, su esperanza está segura de la inmortalidad. Su tribulacion ha sido ligera, y su galardón será grande; porque Dios hizo prueba de ellos, y hallólos dignos de él. Probólos como el oro en el crisol, y los aceptó como victimas de holocausto; y á su tiempo se les dará la recompensa. Brillarán los justos, y volarán como centellas que discurren por un cañaveral. Juzgarán á las naciones y señorearán á los pueblos; y el Señor reinará con ellos eternamente.

El Evangelio es del capítulo XXI de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando sintieréis rumor de guerra y sediciones, no os alarméis; es verdad que primero han de acontecer; mas no por eso será luego el fin. Entónces, les decía, se levantará un pueblo contra otro pueblo, y un reino contra otro reino; y habrá grandes terremotos en varias partes, y pestes y hambres; y aparecerán en el cielo cosas espantosas y prodigios extraordinarios. Pero antes que sucedan todas estas cosas, se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán á las sinagogas, y meterán en las cárceles, y os llevarán por fuerza ante los reyes y gobernadores por causa de mi nombre; lo cual os servirá de ocasión para dar testimonio. Grabad, pues, en vuestros corazones la máxima de que no debéis discutir de antemano, como habeis de responder; pues yo pondré las palabras en vuestra boca, y una sabiduría á que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Y seréis entregados por vuestros mismos padres y hermanos, y parientes, y amigos, y harán morir á muchos de vosotros; de suerte que seréis odiados por amor de mí; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas.

MEDITACION.

Sobre los feisos atractivos que usa el diablo para engañarnos.

Considera que el amor de los deleites, el amor de las honras y el amor de las riquezas, son las tres grandes máquinas que dan impulso á las operaciones de los hombres, y ponen en movimiento todas las pasiones. Como el enemigo de la salvacion conoce muy bien la violenta inclinacion del corazon humano á estos tres objetos, no cesa de combatirle por estos tres flacos. El ejemplo solo de Salomon debiera bastar para nuestro desengaño. Este poderoso rey no negó gusto alguno á sus sentidos. Colmado de bienes, de honras, de aplausos, y de deleites, se vio precisado á confesar cuando estaba como anegado en un piélago de delicias, que todo cuanto habia hallado en la tierra era vanidad y adiccion del espíritu, y todas las mayores brillantes del mundo, engaño, apariencia, ilusion. Con efecto, qué otra cosa se puede encontrar en este destierro? Es cier-

to que el mundo promete siempre riquezas y grandes honores; (pero de cuándo acá fué el árbitro ni el distribuidor de esos bienes? Empeña en grandes gastos á los que siguen su partido; pero qué fruto sacan de ellos? ¿Cuál es su recompensa? ¿Acaso fueron nunca herencia de los mundanos la paz, el gusto, ni la dulce tranquilidad de la vida? ¿Nos brinda acaso algun deleite que no esté mezclado de una amarga hiel? Disfrutamos alguno, y tras el nos hallamos llenos de arrepentimiento y de dolor. Nos promete grandes honras; (pero acaso es dueño de ellas? ¿Y podrá uno prometerse sincera veneracion donde todo está lleno de envidiosos y de malignos?

Considera hasta dónde llega la ceguera y la imbecilidad del entendimiento de los hombres. Si el amor de los deleites, el de las honras, y el de las riquezas tienen tanto poder sobre nuestro corazon, ¿á qué fin ir á buscar esos bienes en otra parte que en su verdadera fuente? ¿Dónde se gustan, ni dónde se pueden gustar deleites mas puros ni mas dulces, que en el servicio de Dios? La alegría, la tranquilidad, son la legítima de las almas justas: la virtud por sí sola es la mayor riqueza; es un tesoro por el cual se debieran dar todos los caudales y bienes de este miserable mundo. La virtud por sí sola hace al hombre respetable. ¿Qué bienes hay mas preciosos ni mas sólidos que aquellos cuyo principio es el mismo Dios? ¿Qué gloria mas digna de nuestra ambicion que la de servir al dueño soberano de todas las cosas, al árbitro de nuestra eterna suerte? ¡Oh ceguera! ¡Oh locura de los hombres! Dejarse destumbrar, dejarse engañar por la lisonjera idea de una quimérica é imaginaria felicidad que todos los mundanos se prometen, y hasta ahora ninguno ha podido encontrar. ¿Dónde está la razon, dónde está el seso del que se persuade que puede ser feliz, entregándose en presa á sus pasiones, condenando las máximas de Jesucristo, fabricándose una especie de religion acomodada al gusto de sus sentidos, y por la regla de sus propios ideas, viviendo sin fe, sin devocion, sin piedad, y condenándose miserablemente? Gustos, alegrías, diversiones, abundancia, felicidad, todos son nombres especiosos que usa el vocabulario del mundo para alucinar á sus adoradores; pero en conclusion, nombres llenos de aire y de nada mas, incapaces de engañar, de destumbrar á un hombre de juicio y de razon.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Jesús, luz de sabiduría, que destierra las tinieblas del error! Alámbrame para conocer los lazos que por todas partes me tienden mis enemigos: ellos pretenden ofuscar me, de manera que pierda los principios de la religion y de la recta conciencia: ellos procuran alucinarme con una religion yana, que no es la de mi Redentor; y con una conciencia errónea, que no es la de las almas justas; pero tú, Dios mio, no has de permitir que mi enemigo se goce sobre mi: levántate, Señor, y caigan y dispense mis enemigos. Sé mi fortaleza y mi amparo: en tí siempre confío.

JACULATORIA.

Mi porcion, Señor, será amar siempre tu ley.

LECCION.

Sobre las ventajas de la ascension del Señor.

Cinco beneficios, entre otros innumerables, recibimos de la ascension gloriosa de Cristo nuestro bien. Ella, abriéndonos las puertas del cielo, nos proporcionó la venida del Espíritu Santo, nos proveyó de un abogado en la gloria ante el Eterno Padre, fijó nuestra esperanza para el perdón de nuestros pecados, nos preparó el lugar, y nos abrió el camino para la felicidad eterna. Por esto el Apóstol San Pablo interpreta á los efesios, y nos hace advertir estos cánticos del salmista rey: *Subiste á lo alto, cantivaste á la esclavitud: tomaste dones para los hombres, aun los que no creían que moraba el Señor Dios.... próspero nos hará el camino Dios de nuestras saludes.*

Veamos esos dones que, subiendo al cielo, anunció David que daría á los hombres, y el Apóstol asegura á los efesios habernos ya dado positivamente, que no son otros que la fé, la esperanza y la caridad. Dió estos dones á los hombres, porque siendo uno mismo con el Padre y el Espíritu Santo, y viniendo todo don perfecto de lo alto, se dice con toda propiedad que los dió.

Nuestra fé ha recibido un aumento muy considerable con la ascension gloriosa del Señor, porque la fé tiene por objeto aquellas cosas que no se ven y que se hallan distantes de la razon y de la

inteligencia humana. Así, pues, si nuestro Redentor no se hubiese separado de nosotros, se disminuiría el mérito de nuestra fé. *Bienaventurados se llaman los que no vieron y creyeron.* El mismo discípulo dice, hablando del Espíritu Santo: *Arguirá al mundo de justicia;* esto es, comparando la justicia de los creyentes con la iniquidad de los infieles; porque esta comparacion es el vituperio de los que no creen. *De justicia,* dice San Juan, *porque voy al Padre y ya no me veis.* Por lo cual, dice San Agustín: "Al mundo se arguirá de su pecado, pero de la justicia agena, así como se arguyen las tinieblas de la luz. Porque cuan gran mal resulte á aquellos que no creen, puede manifestarse no solo por sí mismo, sino igualmente por el bien que disfrutan los que creen. Y porque los infieles acostumbran decir, ¿cómo hemos de creer lo que no vemos? Por eso convino deferir la justicia de los creyentes en estas expresiones: *Porque voy al Padre y ya no me veis.* Así es que no se alaba la fé de los que vieron á Cristo porque creían lo que veían, esto es, al Hijo del hombre, sino porque creían lo que no veían, esto es, al Hijo de Dios. Cuando se apartó de su vista la forma de siervo, entonces comenzó á cumplirse perfectamente la sentencia del Apóstol: *El justo vive de la fe.*" Los mismos Apóstoles, dice San Leon, "que habiendo sido confirmados con tantos milagros, enseñados con tantas lecciones, sin embargo, se amedrentaron de la atrocidad de la Pasion del Señor, y no sin resistencia recibieron la verdad de la resurreccion. Solo de la ascension del Señor resultó que lo que primero habia sido miedo se convirtiese en gozo: porque habian elevado toda su contemplacion á la divinidad del que estaba sentado á la diestra del Padre, no los detenian ya los objetos de la vision corpórea para dirigir sus afectos al que ni descendiendo del Padre se habia asentado de él, ni separándose de sus discípulos los habia abandonado." Entonces el Hijo del hombre se manifestó mas sagrado y excelentemente Hijo de Dios, cuando se recibió en la gloria de la Magestad del Padre, y que comenzó de un modo inefable á estar mas presente á la divinidad." De este modo se explica por qué despues de su resurreccion dijo Cristo á la Magdalena, que hacia las veces de la Iglesia representando su persona cuando se la acercaba á abrazarlo. *No quieras tocarme porque aun no he subido á mi Padre.* Esto es, no quiero que vengas á mí corporalmente. Te detengo para cosas mas sublimes, te preparo para mayores conocimientos: entonces me palparás mas per-

fecta y verdaderamente cuando aprendas lo que no tocas, y cuando creas lo que no miras. Explicando este mismo pasaje San Bernardo, dice: «Cristo te remite al mas cierto conocimiento de la fé, que aprende lo que no sabe el sentido y lo que no está sujeto á experimentos. *No quieras tocarme*: quiere decir, aprende á tener por mas cierto, y á seguir como mas seguro, lo que la fé te persuade, que lo que te enseñan los sentidos, porque aun no he subido á mi Padre; como si despues de haber subido pudiera ó quisiera ser tocado por ella. Y en efecto, podría, pero con el afecto, no con la mano; con el deseo, no con los ojos; con la fé, no con los sentidos.» Nuestra fé, pues, se ha aumentado y perfeccionado por la ascension gloriosa del Señor á los cielos.

Ella tambien ha confirmado nuestra esperanza; porque habiendo Cristo elevado su humanidad sagrada al cielo y colocádola á la diestra del Eterno Padre, adquirimos la mas fundada esperanza de que nosotros, que somos miembros suyos, subiremos tambien allá, y nos juremos con nuestra cabeza, como el mismo Señor rogó á su Padre, segun nos refiere San Juan: *Padre santo, guarda por tu nombre á aquellas que me diste, para que sean una cosa, como tambien nosotros. Mientras que yo estaba con ellos los guardaba en tu nombre. . . . Mas no ruegas tan solamente por ellos, sino tambien por los que han de creer en mi la palabra de ellos. Para que sean todos una cosa, así como tú, Padre, en mí y yo en tí, que tambien sean ellos una cosa en nosotros. . . . Yo les he dado la gloria que tú me diste. . . . Padre, quiero que aquellos que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy; para que sean mi gloria que tú me diste.* El mismo Señor dijo á sus discipulos: *Foy á aparejaros el lugar. Y si me fuere y os dispusiere lugar vendré otra vez y os tomaré á mí mismo, para que en donde yo estoy, estéis tambien vosotros. Tambien sabeis á donde yo voy, y sabeis el camino. . . . Yo soy el camino, la verdad y la vida.* La esperanza, pues, de llegar al cielo se excita en nosotros con este misterio; porque como dice San Mateo: *«Donde quiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán tambien las águilas.»* En cuanto precedió la gloria de la cabeza, se sigue la esperanza del cuerpo, dice el papa San Leon; porque por este misterio no solo nos hacemos poseedores del paraiso, sino que penetramos con Cristo á los cielos, habiendo conseguido por la gracia inefable de Cristo mucho mas de lo que habiamos perdido por la envidia del demonio; porque aque-

llos á quienes el enemigo comun arrojó de la felicidad de la primera habitacion del género humano, el Hijo de Dios los colocó incorporados consigo á la derecha del Eterno Padre. Tenemos á nuestro Señor y Salvador Jesucristo, primero pendiente de la cruz, y ahora sentado en el cielo. Dio nuestro precio cuando estaba en la cruz; recogió lo que habia comprado cuando se sentó en el cielo. Cristo subió á los cielos, suba tambien con él nuestro corazon; porque así como él sube sin separarse de nosotros, así nosotros ya estamos con él aun cuando todavia no se haya verificado en nuestros cuerpos lo que se nos ha prometido anteriormente. Acercuémonos con confianza al trono de la gracia, para que consigamos la misericordia: acercuémonos á la Jerusalem celestial y á la concurrencia de muchos miles de ángeles: á la Iglesia de los que han entrado en los cielos: al juez y Dios de todos; á Jesus, medidor del nuevo Testamento. ¡Cuántos motivos para afirmar y fijar nuestra esperanza nos presenta, pues, la gloriosa ascension á los cielos de nuestro Señor Jesucristo!

Nuestro amable Redentor, por último, y su subida á los cielos, arrebata todo nuestro amor, lo excita é inflama, y lleva nuestros corazones al único objeto digno de él y capaz de llenarlo y de satisfacerlo completamente. El evangelista San Mateo nos dice: *«Donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazon.»* Si Cristo estuviera en la tierra, todos nuestros pensamientos se fijarian en su aspecto humano, y nos acostumbrariamos á mirarlo solo como hombre con una especie de afecto terreno. Por eso dijo el Señor á sus discipulos: *Si me amáreis, os gozareis, porque voy al Padre.* «Para que yendo al Padre,» comenta San Agustin, «podais comprender que soy igual al Padre en cuanto Dios. Manifestó su carne á sus discipulos despues de la resurreccion, los confirmó en la fé de la misma resurreccion, y se la subió al cielo. Quitada su presencia corporal, ya no lo vieron como hombre: se congregaron y comenzaron á orar. Jesucristo les habia de mandar al Espíritu Santo para llenarlos del amor espiritual, quitando de ellos todos los deseos terrenos. Así les hacia entender ya como era el Verbo de Dios y el Verbo era Dios, por quien todas las cosas fueron hechas. Mas no podrian cumplir con tal inteligencia sin que se separase de sus ojos, y por esto les dijo: *Si me amáreis, os gozareis, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo.* Como si dijera: No querais dejarme; pero es mejor, para que no veais esta humanidad,

y así penseis en la divinidad. Me quito á vosotros exteriormente, y conmigo mismo os lleno interiormente. ¿Por ventura no entra Cristo segun la carne, y con su santa humanidad, en el corazón de los fieles? Segun la divinidad, lo posee; segun la carne, habla por los ojos al corazón y enseña afuera, habiando dentro para que nos convirtamos interiormente, y seamos vivificadores y confirmados con él mismo." Esta misma doctrina, confirmando en varios lugares de sus obras San Bernardo, quien asigna como principal causa de haber encarnado el Unigénito del Padre, que los hombres terrenos que no podian amar sino carnalmente, se dirigiesen al amor de su humanidad sagrada, y poco á poco se elevasen al amor espiritual. "Por lo cual," dice, "convenia á los Apóstoles que la carne de Cristo se subiese á los cielos, para que de ellos bajase el Espíritu Santo. Si no me fuere, decía Cristo, no vendrá á vosotros el consolador. Esto es, si no se quitase de vuestra vista la presencia de la humanidad, ocupada con ella vuestra alma, no conoceria la plenitud de la gracia espiritual, no recibiria su aliento, ni se encenderia en su amor." "Por eso," concluye San Agustin, "dijo Cristo: Yo soy el camino, la verdad y la vida; porque nada debe detenernos en el camino, cuando el mismo Señor que se ha dignado ser nuestra segura senda, no ha querido detenernos, sino que pasemos, para no fiarnos en las cosas temporales, aunque recibidas por él mismo para nuestra salud; antes bien que por ellas corramos mas alegremente, para que merezcamos llegar á aquel mismo que separó nuestra naturaleza de las cosas temporales, subiéndola consigo al cielo, y sentándola al lado de su Padre."

DIA CUATRO.

San Casimiro confesor, principe de Polonia.

Nació San Casimiro en Polonia el 5 de Octubre del año 1458, y fué el tercer hijo de Casimiro III y de la virtuosísima Isabel de Austria. Muy poco tuvo que hacer esta en la educación de un niño en quien parece se habia prevenido la gracia á ocupar su corazón desde la cuna, lo mismo que su ayo Longino, canónigo de Cracovia, hombre de una piedad extraordinaria, pues desde sus mas tiernos años fué admirado nuestro Santo de todos por el desprecio con que

veía la magnificencia y lujo de la casa real, y la delicadeza con que se trataban los cortesanos. Dedicóse á los ejercicios piadosos y á castigar su inocente cuerpo con las mas ásperas penitencias: llevaba siempre bajo el vestido, que era toco, un rudo cilicio, dormía poco y sobre el duro suelo, pasando la mayor parte en oracion, meditando especialmente la Pasion de Jesucristo, de que era muy devoto, y cuyos acerbos dolores procuraba traer siempre presentes. Muchas veces salia á media noche de su habitacion para orar en la puerta de los templos y esperar allí fuese la hora de los divinos officios, á los que asistia postrado ante los altares con la mas edificante devocion y tiernas lágrimas, con particularidad durante la misa en que parecia absorto, manifestando los mas profundos sentimientos de su respeto y amor al respetable Redentor, cuyos misterios se representan en ese santísimo sacrificio.

No era inferior la devocion que profesaba á la Santísima Virgen, á la que saludaba diariamente con un himno que se cree compuesto por él. Su caridad para con los pobres fué tambien singular: socorriaos con cuantos medios le era posible, y solicitaba aun de su hermano el rey Uladislaw crecidas limosnas con que auxiliarios, y despreciando las criticas de los cortesanos que le decian que el demasiado trato de los indigentes envilecia la dignidad de su cuna, no se abstenia de prestarles cuantos servicios necesitaban, considerando que en esos infelices servia al mismo Cristo.

En esa época solicitaron los palatinos y otros nobles del reino de Unghria, que se hallaban disgustados del gobierno de su soberano Matias Corvino, dar el trono á nuestro Casimiro, que aun no habia cumplido quince años, y al efecto su padre, á pesar de su resistencia, lo hizo marchar al frente de un ejército de veinte mil hombres el año de 1741, para defenderse de los que no quisiesen recibirlo. Temiendo el Santo ofender á su padre con su tenaz oposicion, partió á Unghria; mas sabiendo al aproximarse que ya la nobleza se habia reconciliado con su rey, y que éste con un número considerable de tropas se disponia á impedir su entrada, no quiso proseguir su intento y se retiró. Aunque este paso lo dió de acuerdo con su padre, no dejaba éste de hallarse incómodo por ver frustrados sus designios, por cuyo motivo no quiso presentárselo Casimiro y se retiró al castillo de Dobzki, distante tres millas de Cracovia, donde se dedicó por espacio de tres meses á ejercicios de virtud y á la contemplacion de los sagrados misterios.

y así penseis en la divinidad. Me quito á vosotros exteriormente, y conmigo mismo os lleno interiormente. ¿Por ventura no entra Cristo segun la carne, y con su santa humanidad, en el corazón de los fieles? Segun la divinidad, lo posee; segun la carne, habla por los ojos al corazón y enseña afuera, habiando dentro para que nos convirtamos interiormente, y seamos vivificadores y confirmados con él mismo." Esta misma doctrina, confirms en varios lugares de sus obras San Bernardo, quien asigna como principal causa de haber encarnado el Unigénito del Padre, que los hombres terrenos que no podian amar sino carnalmente, se dirigiesen al amor de su humanidad sagrada, y poco á poco se elevasen al amor espiritual. "Por lo cual," dice, "convenia á los Apóstoles que la carne de Cristo se subiese á los cielos, para que de ellos bajase el Espíritu Santo. Si no me fuere, decía Cristo, no vendrá á vosotros el consolador. Esto es, si no se quitase de vuestra vista la presencia de la humanidad, ocupada con ella vuestra alma, no conoceria la plenitud de la gracia espiritual, no recibiria su aliento, ni se encenderia en su amor." "Por eso," concluye San Agustin, "dijo Cristo: Yo soy el camino, la verdad y la vida; porque nada debe detenernos en el camino, cuando el mismo Señor que se ha dignado ser nuestra segura senda, no ha querido detenernos, sino que pasemos, para no fiarnos en las cosas temporales, aunque recibidas por él mismo para nuestra salud; antes bien que por ellas corramos mas alegremente, para que merezcamos llegar á aquel mismo que separó nuestra naturaleza de las cosas temporales, subiéndola consigo al cielo, y sentándola al lado de su Padre."

DIA CUATRO.

San Casimiro confesor, principe de Polonia.

Nació San Casimiro en Polonia el 5 de Octubre del año 1458, y fué el tercer hijo de Casimiro III y de la virtuosísima Isabel de Austria. Muy poco tuvo que hacer esta en la educación de un niño en quien parece se habia prevenido la gracia á ocupar su corazón desde la cuna, lo mismo que su ayo Longino, canónigo de Cracovia, hombre de una piedad extraordinaria, pues desde sus mas tiernos años fué admirado nuestro Santo de todos por el desprecio con que

veía la magnificencia y lujo de la casa real, y la delicadeza con que se trataban los cortesanos. Dedicóse á los ejercicios piadosos y á castigar su inocente cuerpo con las mas ásperas penitencias: llevaba siempre bajo el vestido, que era toco, un rudo cilicio, dormía poco y sobre el duro suelo, pasando la mayor parte en oracion, meditando especialmente la Pasion de Jesucristo, de que era muy devoto, y cuyos acerbos dolores procuraba traer siempre presentes. Muchas veces salia á media noche de su habitacion para orar en la puerta de los templos y esperar allí fuese la hora de los divinos officios, á los que asistia postrado ante los altares con la mas edificante devocion y tiernas lágrimas, con particularidad durante la misa en que parecia absorto, manifestando los mas profundos sentimientos de su respeto y amor al respetable Redentor, cuyos misterios se representan en ese santísimo sacrificio.

No era inferior la devocion que profesaba á la Santísima Virgen, á la que saludaba diariamente con un himno que se cree compuesto por él. Su caridad para con los pobres fué tambien singular: socorriaos con cuantos medios le era posible, y solicitaba aun de su hermano el rey Uladislaw crecidas limosnas con que auxiliarios, y despreciando las criticas de los cortesanos que le decian que el demasiado trato de los indigentes envilecia la dignidad de su cuna, no se abstenia de prestarles cuantos servicios necesitaban, considerando que en esos infelices servia al mismo Cristo.

En esa época solicitaron los palatinos y otros nobles del reino de Unghria, que se hallaban disgustados del gobierno de su soberano Matias Corvino, dar el trono á nuestro Casimiro, que aun no habia cumplido quince años, y al efecto su padre, á pesar de su resistencia, lo hizo marchar al frente de un ejército de veinte mil hombres el año de 1741, para defenderse de los que no quisiesen recibirlo. Temiendo el Santo ofender á su padre con su tenaz oposicion, partió á Unghria; mas sabiendo al aproximarse que ya la nobleza se habia reconciliado con su rey, y que éste con un número considerable de tropas se disponia á impedir su entrada, no quiso proseguir su intento y se retiró. Aunque este paso lo dió de acuerdo con su padre, no dejaba éste de hallarse incómodo por ver frustrados sus designios, por cuyo motivo no quiso presentárselo Casimiro y se retiró al castillo de Dobzki, distante tres millas de Cracovia, donde se dedicó por espacio de tres meses á ejercicios de virtud y á la contemplacion de los sagrados misterios.

Volvieron los ángeles á solicitar á nuestro Santo; mas rehusó con magnanimidad ceñirse la corona, apeteciendo mejor el silencio del retiro, que el bullicio de la corte, y la oscuridad de la vida solitaria que el esplendor del trono. Negóse igualmente á todos los ventajosos partidos matrimoniales que le proponia su padre, á pesar de las instancias de éste, de las exhortaciones de los cortisanos y de los consejos de los médicos que juraban recobrarla su pérdida salud en el estado del matrimonio. Casimiro habia hecho voto de castidad, y rehusó sacrificar una virginidad, que guardó hasta la muerte, á las consideraciones humanas de una esclarcida sucesion, diestras enlaces y dilatada vida.

Algun tiempo ántes de morir conoció que su fin se acercaba, y se dispuso para su tránsito con mayores penitencias, duplicado fervor en el servicio divino, continua oracion, poco descanso y suma dedicacion á todos los ejercicios piadosos. Tanta austeridad acabó de agotar sus fuerzas: así es que atacado de una calentura que le daba todos los dias, habiendo recibido los Santos Sacramentos con edificacion y ternura de los que lo asistian, murió en Vilna, capital de la Lituania, el dia 4 de Marzo de 1483, á los veinte y tres años y cinco meses de edad.

Su cadáver fué sepultado en la iglesia de San Estanislao: los muchos milagros obrados por su intercesion, compilados por algunos escritores, movieron al papa Leon X á poner á Casimiro en el catálogo de los santos; y al exhumarse su cuerpo ciento veinte años después de su muerte se encontró incorrupto ó intactos los riquísimos adornos con que se habia enterrado, y sin lesion el ejemplar del himno con que diariamente saludaba á la Reina de las Virgenes, que se dispuso se pudiese en su sepulcro: y al abrirse la bóveda se advirtió un aroma suavisimo. San Casimiro es patron de Polonia y de otros lugares, un modelo acabado que debe proponerse á todos los jóvenes que se hallan en la peligrosa edad de las pasiones, y un intercesor poderoso para conseguir no se apartase del recto camino de la virtud desde los primeros pasos de la vida.

La Epistola es del capítulo XXXI de la Sabiduria (Eclesiástico).

Bienaventurado el rico que fué hallado sin culpa, y que no corrió tras el oro, ni puso su esperanza en el dinero y en los tesoros. ¿Quién es este, y le elogiaremos? Porque él ha hecho cosas admi-

rables en su vida. El fué probado por medio del oro, y fué hallado perfecto; por lo que tendrá una gloria eterna. Pudo pecar, y no pecó; hacer el mal, y no le hizo: por eso sus bienes están asegurados en el Señor; y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discipulos: Estad con vuestras ropas ceñidas á la cintura, tened en vuestras manos las luces ya encendidas, y sed semejantes á los criados que aguardan á su amo cuando vuelve de las bodas, para abrirle prontamente luego que llegue y llame á la puerta. Dichosos aquellos siervos á los cuales el amo al venir encuentre así velando. En verdad os digo que arregándose el su vestido, los hará sentar á la mesa, y se pondrá á servirlos. Y si viene á la segunda vela ó viene á la tercera, y los halla así prontos, dichosos son tales criados. Mas tened esto por cierto, que si el padre de familias supiese á qué hora habia de venir el ladrón, estaria ciertamente velando, y no dejaría que le horasen su casa. Así vosotros, estad siempre prevenidos, porque á la hora que ménos penseis vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

Sobre la desconfianza de sí mismo, y confianza en Dios.

Considera que no debemos confiar en nuestras propias fuerzas, porque son muy débiles. No podemos tener un buen pensamiento ni formar un santo deseo, ó hacer acto alguno que nos conduzca á nuestra salvacion sin la gracia de Dios. ¿Quién eres tú para arrostrar al demonio, si Dios no te assiste? ¿Quién puede resistir con sus solas fuerzas á la mas ligera tentacion? Toda nuestra fortaleza consiste en el conocimiento de nuestra debilidad, y en la desconfianza de nosotros mismos: *En el silencio y en la esperanza estará vuestra fortaleza*, dice Isaias. Acuérdate de la desgracia que sucedió á San Pedro por haber presumido de sí mismo; *cuída no te suceda lo mismo: Se previene el caballo para el dia de la batalla: mas el Señor da la salud*, dice el Espíritu Santo. Aunque te prepares con buenas resoluciones, si confías en tus fuerzas, perecerás en la batalla: *Haz ver, Señor*, dice Judit, *Dios del cielo y de la*

tierra, como no desamparas á los que se precian de tí, y humillas á los que presumen de sí, y se factan de su poder.

Considera que no puedes confiar en tus méritos, porque no tienes seguridad de haber hecho una acción buena, y á mas el bien que has hecho no ignora al mal que has cometido; y en tus buenas obras ha tenido mas parte Dios, que tú mismo: *Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid: así ni vosotros si no estuviereis en mí:* dice el sarmiento. ¿Acaso el sarmiento se gloria del fruto que produce, ó se precia la plama de aquello que escribe? Necesarias son las buenas obras para salvarnos; pero no podemos apoyarnos en nuestros méritos; porque el que se estima ser algo, no siendo nada se engaña. *Quien en sus riquezas fué, dice el Espíritu Santo, caerá; mas los justos brotarán como hojas verde.* ¡Oh loco, que crees haber hecho algo delante de Dios y confías en unos méritos que dejan de serlo luego que te apoyes en ellos y los estimes en algo! Conoce mas bien que el Dios de fortaleza que te dió el hacer aquellas obras, es el único apoyo en que tú y ellas estriban; y si amas de veras la salud de tu alma, búscala en él obedeciendo sus mandatos, huyendo las ocasiones de la culpa, desconfiando de tí, y colocando en él toda la esperanza.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Así lo quiero, Dios mio, como convencido que estoy por una lastimosa experiencia, de que la falta de precaucion y la demasiada confianza con que me he versado en el peligro han sido la causa de mis funestas caídas. Desde hoy va á ser otra mi conducta, y mis obras os acreditarán que conozco cómo se debe confiar en vos, desconfiando el hombre de sí mismo. Poder tenéis para sostenerme sin caer en medio de los peligros y ocasiones; mas yo no debo abusar de este vuestro poder; y si abuso seré un temerario, por el mismo hecho desmereceré vuestra asistencia. Haced, Señor, que esta me valga siempre, para que pueda cantar con vuestro Profeta, que vos me habéis librado de todos los peligros de perderme.

JACULATORIA.

Bienaventurado el hombre que siempre está poseído de un santo temor.

LECCION.

Sobre las cualidades de Jesucristo.

La creencia de los misterios que hemos examinado recorriendo los artículos de nuestra fé, desde la Encarnacion del Verbo divino, hasta que elevó su humanidad sagrada á la diestra del Padre, nos han conducido al conocimiento de Jesucristo: tan sublime como necesario á todo cristiano; porque el que posee á Jesucristo, posee la verdadera sabiduría, y el que lo ignora, vive siempre cubierto de tinieblas. Por lo mismo, cuanto mas lo conocemos, tanto mas movidos nos sentiremos á amarle, con tanto mayor gusto nos sacrificaremos en su servicio, tanto mas dispuestos estaremos para imitarlo, y con mayor satisfaccion nos gloriaremos del nombre de cristianos con que nos honramos. Nada, pues, debemos omitir de cuanto contribuya á perfeccionar nuestro conocimiento en este punto, debiendo ocuparnos de examinar las calidades de Jesucristo, y lo que es en el cielo con respecto á su Eterno Padre, con relacion á las criaturas en general, y despues lo que es en orden á los hombres en particular.

Jesucristo en orden á su Eterno Padre es la imagen de Dios, es la figura de su sustancia y el resplandor de su gloria: es su Verbo ó su eterna palabra: es la virtud, y por último, la sabiduría de Dios. El conocimiento de Cristo bajo estos seis respectos, puede llamarse el conocimiento eminente y sublime del Señor, cuya importancia nos da bastante á conocer el Apóstol San Pablo, cuando dice á los filipenses: *En verdad todo lo tengo por pérdida, por el eminente conocimiento de Jesucristo mi Señor, por el cual todo lo he perdido y lo tengo por basura, con tal que gane á Cristo.* Examinemos, pues, cada una de estas calidades.

El Apóstol, hablando á los corintios, dice: *De Jesucristo: el cual es la imagen de Dios;* y á los colosenses: *El que es imagen de Dios invisible.* En lo que nos da á entender, que Jesucristo como Dios, tiene una perfecta semejanza con Dios su Padre; pues como hemos manifestado al explicar el augustísimo misterio de la Santísima Trinidad, la segunda persona es el Hijo Unigénito del Padre, Dios por naturaleza, Dios con su Padre, y un solo Dios verdadero.

El mismo Apóstol comienza así su epístola á los hebreos: *Habiendo hablado Dios muchas veces y en muchas maneras á los*

Padres en otro tiempo por los profetas: últimamente, en estos días nos ha hablado por el Hijo, al cual constituyó heredero de todo... El cual, siendo el resplandor de la gloria y la figura de su sustancia, y sustentándolo todo con la palabra de su virtud, habiéndolo hecho la justificación de los pecados, está sentado á la diestra de su Magestad en las alturas. Dico San Pablo que es imagen de la sustancia del Padre, para darnos á entender que Jesucristo, como Verbo de Dios, no es una imagen superficial y transitoria de la sustancia de Dios su Padre, sino que es un carácter siempre subsistente y una viva expresion de su naturaleza; porque, como hemos dicho, no son sino uno solo y un mismo Dios: y dice que es el resplandor de la gloria, para denotarnos que Jesucristo, como Verbo de Dios, es una luz que dimana de su Padre, como la luz del sol; de suerte que la gloria y el resplandor del Hijo de Dios expresa y representa perfectamente la gloria y resplandor de Dios Padre; porque la naturaleza que produce ambas cosas y que comunica el Padre Eterno á su Hijo Eúigénito, es la misma.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Estas palabras de San Juan, y cuyo contenido habia anunciado ántes el Profeta Isaias, nos dan á entender que el Hijo de Dios es la expresion interior del pensamiento y del conocimiento de Dios su Padre. Nuestra palabra exterior no es otra cosa que la expresion exterior de nuestros conocimientos y de nuestros pensamientos; y se llaman palabra interior estos mismos pensamientos, cuando no los producimos exteriormente.

Finalmente, Jesucristo es la virtud y la sabiduria de Dios: oigamos al Apóstol hablando á los corintios: *Puesto que los judíos piden milagros, y los griegos buscan sabiduria, nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los gentiles; mas para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos, predicamos á Cristo, virtud de Dios y sabiduria de Dios; pues lo que parece loco en Dios, es mas sábio que los hombres; y lo que parece flaco en Dios, es mas fuerte que los hombres.* Lo que dico San Pablo para darnos á entender, no solo que Jesús en cuanto Dios es la eterna sabiduria y la virtud de Dios siempre subsistente, como ya demostramos al probar la divinidad de Jesucristo; sino tambien que por Cristo Dios y hombre se han manifestado de un modo particular á las criaturas la omnipotencia y sabiduria de Dios. Quedan, pues, examinadas con la rapidex que

exigen los límites de estas lecciones, las calidades de Jesucristo en orden á su Padre, y cómo se le denomina con toda propiedad imagen de Dios, figura de su sustancia, resplandor de su gloria, su Verbo y la virtud y sabiduria de Dios: veamos ahora cómo debe considerarse Cristo en el cielo con respecto á las criaturas en general.

Jesucristo, mirado bajo esta consideracion, se llama el Primogénito ántes de todas las criaturas: *por él y para él fueron criadas todas las cosas: en él subsisten todas.* Jesucristo lo mantiene todo por su palabra omnipotente; es el restaurador de todas las criaturas: por último, Jesucristo es el heredero nombrado por Dios de todas las cosas. Examinemos los testimonios de la revelacion en que se fundan estos títulos, y que designan á Cristo estas calidades, explicando la verdadera inteligencia de estos nombres y dictados.

Jesucristo es el Primogénito ántes de todas las criaturas. *Donde gracias, dice el Apóstol á los colosenses, á Dios Padre, que... nos trasladó al reino de su Hijo muy amado. El que es imagen de Dios invisible, el Primogénito de toda criatura; porque en él fueron criadas todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, ahora sean troncos ó dominaciones, ó principados ó potestades, todas fueron criadas por el mismo. Y él es ante todas las cosas, y todas subsisten por él.* Bien claro manifiesta aquí San Pablo que el Hijo de Dios subsistia ántes que tuviese existencia ninguna de las criaturas. En efecto, el Verbo Eterno es engendrado por el Padre desde toda la eternidad, como hemos manifestado ya mas claramente. Es engendrado y no criado, porque es eterno como Dios Padre: él fué por sí mismo el hacedor de todas las cosas: el que realmente hizo toda la obra de la creacion de Dios; lo que es una prueba decisiva de que no era él una criatura, sino por el contrario, que participaba esencialmente de la naturaleza del Padre. Por las obras visibles de la creacion, dice el Apóstol, hemos comprendido la virtud eterna y la virtud de Jehová; y nada puede haber mas improbable en la teologia natural, ni mas repugnante á la revelacion, que la idea de que Dios criase primero un ser particular y que le emplease despues como Criador de lo demas del universo. *Yo soy el Señor, dice Dios por el Profeta Isaias, hacedor de todas las cosas, que extiende sobre los cielos, que afirmó la tierra, y ninguno conmigo... Yo soy el Señor, y no hay otro.* Algunos críticos quieren que la creacion de que habla aquí San Pablo, era la espiritual ó nueva creacion. Aun cuan-

do así fuese, ella probaría siempre la divinidad de Cristo, no siendo ménos divina esta creación que aquella; pero los padres griegos de la primera Iglesia, que conocieron mejor que nosotros la fuerza de los términos de su idioma, entendieron este pasaje de la creación física del universo.

Por Jesucristo y para Jesucristo fueron criadas todas las cosas. Esta verdad no solo es una consecuencia de lo dicho anteriormente y que se expresa por el Apóstol en el lugar citado, sino que también S. Juan terminantemente nos asegura, *que todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que fue hecho se hizo sin él*; cuyas expresiones nos dan á entender que Jesucristo es Dios como su Padre, que en esta calidad crió al mundo, y que lo crió para su gloria; porque Dios lo hace todo con este objeto, es decir, para hacer conocer, amar, adorar, servir y glorificar su esencia infinita, su bondad, su sabiduría, su justicia y demas perfecciones. *Todas las cosas*, dicen los Proverbios, *las ha hecho el Señor por sí mismo*.

En Jesucristo existen todas las cosas. *Todas subsisten por él*, dice el Apóstol, para indicarnos que Cristo en cuanto Dios, así como las otras dos personas de la augusta Trinidad, nos conserva en el ser que nos ha dado; porque como se lee en otro lugar de las sagradas letras: *En Dios mismo vivimos, y nos movemos y somos*.

Jesucristo lo mantiene todo por su palabra omnipotente. El repetido Apóstol, hablando del Hijo de Dios, así se expresa. *El cual siendo el resplandor de la gloria... y sustentándole todo con la palabra de su virtud... está sentado á la diestra de su Majestad en las alturas*. Con lo que indica que las criaturas se conservan por la omnipotencia del Hijo de Dios, así como fueron criadas por su poder. Aquella misma palabra que las sacó de la nada, les impide volver á ella; con cuyas expresiones estableció un modo tan invencible la divinidad de Jesucristo, que es preciso se halle extraordinariamente oscurecido ó enteramente corrompido el corazón de un cristiano para no verse penetrado de una luz tan pura y de un consuelo tan grato como esperecen sobre nuestra alma este y otros innumerables testimonios que nos acreditan la revelación de la divinidad de Jesucristo nuestro Criador y perpetuo conservador.

Jesucristo es el restaurador de todas las cosas. Así lo aseguran S. Pablo á los efesios por estas palabras: *Para hacernos conocer el sacramento de su voluntad, según su beneplácito que habia propuesto en sí mismo, para restaurar en Cristo todas las cosas en la dis-*

pensacion del cumplimiento de los tiempos; así las que hoy en el cielo como en la tierra en él mismo. Jesucristo, pues, ha restablecido ó debe restablecer todas las criaturas á su órden natural, de manera que reconciliado el hombre con Dios, no tengan los demonios sobre ellas tanto poder como tenían ántes. Este restablecimiento de las criaturas ha empezado ya; pero hasta el fin del mundo no se verán de un modo ostensible á todo el mundo triunfantes por Jesucristo de la esclavitud dura y vergonzosa del demonio.

Finalmente, Jesucristo es el heredero de todas las cosas establecido por Dios. Ya el Salmista rey habia anunciado esta calidad del Mesias, cuando dice, hablando á su nombre: *El Señor me dijo: Mi Hijo eres tú; yo te he engendrado hoy; páteme y te daré las gentes en herencia tuya, y en posesion tuya los términos de la tierra*. Y el Apóstol la confirma escribiendo á los hebreos: *Dios en estos dias nos ha hablado por el Hijo, al cual constituyó heredero de todo, por quien hizo también los siglos*. Con lo que nos manifiesta que Jesucristo en cuanto hombre ha sido declarado Señor de todas las criaturas, que entró en posesion de todos los bienes de Dios su Padre, y que recibió el dominio absoluto sobre todas las cosas como una herencia debida á su calidad de Hijo de Dios. Quedan, pues, manifestadas las calidades de Jesucristo, considerado con respecto á las criaturas en general, por las que se denomina el Primogénito ántes de las criaturas: por quien fueron hechos y en quien subsisten: el que lo mantiene todo por su palabra: el restaurador de las criaturas, y el heredero de todas las cosas.

DIA CINCO.

San Eusebio, presbítero.

San Eusebio, discípulo y compañero de San Gerónimo, nació en Cremona, de Italia, á fines del siglo IV, de una familia honrada y de distincion. Desde muy niño se dedicó á seguir el camino de la virtud, en cuyos principios habia sido educado; y habiendo pasado su primera juventud en su patria, movido del deseo de visitar los sepulchros de los Apóstoles San Pedro y San Pablo se dirigió á Roma á satisfacer su piadosa devocion.

En esta ciudad tuvo la dicha de conocer y tratar á San Gerónimo, y resolviendo quedarse con él le pidió lo admitiese en su com-

pañía; lo que consiguió fácilmente, recibiendo el Santo Doctor no solo como su discípulo en las ciencias divinas, sino también como compañero y amigo íntimo con quien pudiese comunicar todos sus designios. Habiendo Eusebio pasado algún tiempo en Roma dedicado al estudio de las Sagradas Escrituras y al ejercicio de la penitencia, acompañó á su maestro en su viage al Oriente, cuando se retiró á Palestina después de la muerte del papa Dámaso, á quien había servido de secretario é intérprete.

En aquella provincia, después de haber venerado todos los lugares santificados por la presencia de Jesucristo, especialmente los que fueron teatro de nuestra redención, y visitado á los solitarios y á otras personas piadosas de la Siria y de los desiertos de Egipto, se encontró Eusebio en el monasterio de Belen, que había construido Santa Paula á San Gerónimo, resolviéndose á morir en el entregado al retiro y al estudio de las sagradas letras.

Mas pasados algunos años lo envió su maestro, en compañía de su hermano Pauliniano, á Italia, así para vender y distribuir á los pobres lo que les restaba de patrimonio, como para prestar sus servicios y ayudas á varias personas que los necesitaban. Durante el curso de este viage proenó nuestro Santo vivir con tanto recato y recogimiento como si estuviese en el retiro de su monasterio; conducta con que edificaba á cuantos lo trataban, especialmente el acto heroico con que sufrió lo maltratado ignominiosamente el famoso Rufino, enaigo terrible de San Gerónimo, respondiendo con bendiciones, según el consejo de Jesucristo, á las injurias y ultrajes con que este hombre exaltado satisfacía en el discípulo el odio que profesaba al maestro; mas éste, mirando en tan injusto procedimiento ofendidas escandalosamente la verdad y la justicia, tomó á su cargo la defensa de Eusebio, y puso en claro las calumnias de su comun adversario.

Vuelto nuestro Santo á su monasterio de Belen, siguió su antiguo régimen, dedicándose como ántes al estudio de las letras sagradas, en las que llegó á adquirir una instrucción sobresaliente, mereciendo un lugar distinguido entre los Santos Padres y autores eclesiásticos, por diversas obras piadosas que compuso. San Gerónimo le dirigió sus comentarios sobre San Mateo y Jeremías, y conociendo bien su literatura, su prudencia y moderación, se acompañó con él para intentar la conversion del herejara Vigilancio, y últimamente el aprecio y mucha confianza que aquel Santo Doctor hizo de su

discipulo, manifestó bastante que reconocia sus talentos, tanto como sus virtudes.

Después de la muerte de tan santo maestro, fué nombrado Eusebio su sucesor en el gobierno del monasterio, el que rigió con el mayor acierto y prudencia durante todo el resto de su vida, vigilando la rigurosa observancia de la disciplina, y procurando con su ejemplo y eficaces exhortaciones aumentar el fervor de los religiosos, formándolos verdaderos discípulos de Cristo. Su dichoso tránsito correspondió á la santidad con que había vivido, y se conserva hasta hoy el sepulcro en que fué sepultado en Belen, sobre el cual, aunque se halla vacío, se celebra la misa con toda solemnidad en el día 5 de Marzo, destinado para su fiesta.

La Epistola es del capítulo X del libro de la Sabiduria.

El Señor condujo por caminos seguros al justo, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos; enriquecióle en medio de las fatigas, y recompensó abundantemente sus trabajos. Asistióle contra los que querian sorprenderle con fraudes, é hizole rico. Guardóle de los enemigos, y defendióle de los seductores. É hizole salir vencedor de la gran lucha, á fin de que saliese victorioso, y conociese que de todas las cosas la mas poderosa es la sabiduria. Esta no desamparó al justo cuando fué vencido, ántes le libró de los pecadores, y descendió con él á la cisterna; ni le desamparó en la prison hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder contra aquellos que le habían deprimido: convenció de mentrosos á los que le habían infamado, y le dió una gloria eterna el Señor Dios nuestro.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No tenéis que pensar que yo haya venido á traer la paz á la tierra: no he venido á traer la paz sino la guerra; pues he venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nieta de su suegra; y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa. Quien ama al padre ó á la madre mas que á mí, no merece ser mio; y quien ama al hijo ó á la hija mas que á mí, tampoco merece ser mio. Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien conserva su vida, la perderá; y quien perdiere su vida por amor mio, la volverá á hallar. Quien á vosotros recibe, á mí me recibe; y

quien á mí me recibe, recibe á aquel que me ha enviado á mí. El que hospeda á un profeta en atención á que es profeta, recibirá premio de profeta; y el que hospeda á un justo en atención á que es justo, tendrá galardón de justo; y cualquiera que diere de beber á uno de estos pequeños en un vaso de agua fresca solamente por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra que no perderá su recompensa.

MEDITACION.

Sobre la sinceridad de la penitencia y un buen propósito.

Considera que no basta solo tener dolor de los pecados cometidos, es menester resolverse sinceramente á no cometerlos en adelante. La verdadera señal para conocer el arrepentimiento que tenemos de haber pecado, es la firmeza de la resolución de no pecar; cuando observamos esta, podemos creer que estamos verdaderamente arrepentidos. Lo uno responde por el otro, porque si volvemos á caer fácilmente en las mismas culpas, podemos desconfiar con razón de haber estado verdaderamente arrepentidos de ellas. San Gerónimo dice: "No es penitente, sino embustero, el que se delicia en incurrir en las faltas que un momento, ántes lloraba á los piés de un confesor. Examina por esta regla la sinceridad de tus propósitos, y la calidad de tus confesiones. Mira si esta sinceridad, esta resolución es absoluta, y no de estas pequeñas resoluciones que llamamos veleidades, porque de estas está lleno el infierno. Estas nos entristecen, nos ponen inquietos, pero no penitentes. Estos ligeros sentimientos del pecado y débiles deseos de la virtud, pueden divertirnos y engañarnos, pero no justificarnos. Para ser penitente no basta decir: Yo lo quisiera ser, sino yo lo quiero ser, y lo haré á cualquiera precio. Las veleidades son voluntades condicionales que nada producen. Yo quisiera, quiere decir: yo quisiera renunciar al pecado como tal cosa, ó tal cosa no lo fuese. Extravagante es esta voluntad, pues encierra en sí una contradicción. Yo quisiera, quiere decir: Dios me solicita por sus inspiraciones á dejar el pecado, cuando á la verdad yo no hago mas que resistirme; equivoco los movimientos de la gracia por defecto de mi albedrío; los avisos de mi conciencia, juzgo consentimientos de mi voluntad al bien; y los deseos ineficaces de convertirme, juzgo que han hecho ya mi conversión. ¡No es esto lo que te ha llegado hasta aquí,

y que formando una frágil é imaginaria idea de penitencia te has embarazado tener un verdadero arrepentimiento? La poca firmeza que has tenido en tus propósitos te convence bastantemente.

Considera que esta resolución debe ser eficaz. El perzoso, dice la Escritura, quiere y no quiere, porque formando débiles resoluciones cree querer; pero como no pone la mano al trabajo, y no ejercita nada, es constante que no quiere. Querer con eficacia apartarse del pecado, es aplicar todos los medios por difíciles ó poco gustosos que sean para conseguirlo; es aplicarse á vencer todas las dificultades que se oponen á nuestras buenas resoluciones, por grandes que sean; es huir las ocasiones capaces de volvernos á hacer caer por agradables que sean, ó apropiadas para nuestras inclinaciones ó intereses. ¿Has hecho esto cuando has querido apartarte del pecado? Si lo has hecho así, tu propósito es sincero y tu penitencia verdadera; pero si no qué caso podrás hacer de tus confesiones? Quiere Dios que no sea necesario arrepentirte de tus mismos arrepentimientos.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Es así, Dios mío, que el testimonio de mi conciencia me convence de que las que he juzgado resoluciones de una alma penitente, no han sido sino treguas ó pausas que he hecho para volver después con mas aliento á perpetrar los delitos que creia haber detestado seriamente. El horror que me causaban mis pecados; el empujido de una vida criminal; el deseo de la paz que gozari las almas virtuosas, me hacian volverme á tí, y eran en efecto un buen principio para mi conversión; si yo hubiera redondeado esta con la fuga de las ocasiones, con la perseverancia en el bien obrar, con la pronta resistencia á las tentaciones del enemigo, con la reparación de los males que ántes habia causado á mis prójimos; pero nada de esto hice; y dejando las raíces, retoñó pronto el venenoso arbolito que tantas veces me ocasionó la muerte. No será así de hoy en adelante; yo trataré de hacer real y efectiva la reforma de mi conducta, y tu santo temor tendrá mi brazo para que no vuelva á avanzarse al fruto mortífero que tan justamente me has vedado. Sostiene con tu brazo poderoso, pues sin él nada puedo.

JACULATORIA.

¡Oh Dios! Tú alargarás tu diestra á la obra de tus manos.

LECCION.

Sobre las calidades de Jesucristo en orden á los hombres.

En la leccion de ayer hemos visto las calidades de Cristo y los diversos oficios que ejerce en el cielo, considerado solamente con respecto á su Eterno Padre, y por las relaciones que tiene con todas las criaturas en general; examinemos hoy las calidades, los oficios que ejerce á la diestra del Eterno Padre, sus nombres, títulos y distintivos con respecto á los hombres en particular, de las que están llenas las escrituras santas, con el objeto importantísimo de darnos á conocer mas y mas cada vez á Jesucristo. No seria por lo mismo aseguible designar todas y cada una de estas calidades con que se ha dado á conocer, y solo daremos una rápida ojeada por las siguientes, manifestando que Jesucristo en orden á los hombres es nuestra Mediador, Redentor, Abogado, Sacerdote, Pontífice, Víctima, Templo, Altar, Padre, Cabeza, Hermano, Luz, Maestro, Doctor, Apóstol y Profeta. Es el Angel del Nuevo Testamento, el camino por donde debemos andar, la puerta por donde debemos entrar, la piedra angular del edificio, y el fundamento sobre que estamos edificados: el árbol de quien somos ramas, la verdad que debemos seguir es nuestra vida, nuestro Pan, Pastor, Esposo, Médico, Rey y Juez: es el Autor y consumador de nuestra fé y de la gracia, y finalmente, ha de ser algun dia nuestra eterna felicidad, bienaventuranza y gloria en los cielos, adonde ha de elevarnos con él, á la diestra de su Eterno Padre, siempre que lo imitemos, proponiendonoslo como el modelo de nuestra conducta.

Jesucristo es nuestro medianero; porque *uno es Dios, dice S. Pablo, y uno el medianero entre Dios y entre los hombres, Jesucristo hombre, que se dió á si mismo en redencion por todos*; con lo que dá á entender que Cristo nos reconcilió é hizo nuestra paz con Dios: *por eso le llama, hablando á los efesios, nuestra paz; porque él es nuestra paz, el que de dos ha hecho un pueblo*; por último, dice, que hizo revocar la sentencia de muerte que estaba pronunciada contra los hombres, y pacificó todas las cosas por su sangre.

Jesucristo es nuestro redentor, nuestro reparador y salvador. El profeta Isaias le dá estos nombres cuando dice: *No temas, gusano de Jacob, los que sois muertos de Israel: yo te he auxiliado, di-*

es el Señor, y tu redentor es el Santo de Israel. . . . Cielos, enviaid rocío de lo alto, y las nubes luevan al justo: abráss la tierra, y brote al Salvador, y la justicia nazca con él. Al referirnos San Juan la predicacion de Cristo á los samaritanos, se expresa así: *Y decian á la mujer: Ya no creemos por tu dicho; porque nosotros mismos le hemos oido, y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo.* San Pedro, segun se refiere en los Hechos de los Apóstoles, dijo al concilio de los sacerdotes: *El Dios de nuestros padres resucitó á Jesus, á quien vosotros matasteis poniéndole en un madero. A este ensalzóle Dios con su diestra por príncipe y por Salvador, para dar arrepentimiento á Israel y remision de pecados.* Cristo, pues, nos rescató de la esclavitud del pecado, de la tiranía del demonio y de las penas del infierno, reparando los males todos que habia hecho la culpa á la naturaleza humana; todo lo que se ha manifestado ya mas detenidamente al exponer el misterio de nuestra redencion.

Jesucristo es nuestro abogado en el tribunal de la divina justicia: *Si alguno pecare, se lee en la primera epístola de San Juan, tenemos por abogado con el Padre á Jesucristo el justo, que está siempre vivo para interceder por nosotros y para alcanzarnos misericordia*, como dice tambien San Pablo, y hemos explicado ya al considerar los beneficios que ha atraido sobre nosotros la ascension gloriosa del Señor á los cielos.

Jesucristo es nuestro sacerdote y nuestro pontífice. *Tú eres sacerdote eternamente segun el orden de Melchisedec*, asegura David que dijo Dios á Cristo; y hablando de esto San Pablo á los hebreos: *Fué necesario, dice, que en todo semejase á los hermanos, para que fuese delante de Dios un pontífice pio y fiel para expiar los pecados del pueblo.* Cristo ofreció á Dios su Padre un sacrificio que fué el cumplimiento de todos los de la antigua ley; el único capaz y el solo suficiente para aplacar la ira de Dios y para reconciliarnos con él, como ya vimos al examinar las causas de la subida de Jesús á los cielos.

Jesucristo es nuestra víctima, nuestro templo y nuestro altar. Estando escribiendo San Pablo á los hebreos, dice: *Heme aquí, dijo el Señor, que vengo para hacer, ó Dios, tu voluntad, en la cual somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez.* Así Cristo fué una sola vez inmolado para agotar los pecados de muchos.

Cuando Jesucristo ofreció destruir y reedificar el templo

de Dios, dice San Juan; *el hablaba del templo de su cuerpo*; y S. Pablo agrega: *Estando Cristo ya presente, pontífice de los bienes venideros, por otro más excelente y por fco laboránculo, no hecho por mano, es á saber, no de esta creación.* En otros muchos lugares igualmente nos suministra el Apóstol estas ideas, enseñándonos que se ofreció Cristo á Dios su Padre por nuestros pecados: que fué sustituido á las víctimas antiguas, incapaces de aplacar á la justicia divina; y que el templo y el altar en que se ofrecían estos antiguos sacrificios eran una figura de Jesucristo. *Es necesario, dice, que las figuras de las cosas celestiales sean purificadas con tales cosas; mas las mismas cosas celestiales con víctimas mejores que estas.* De esta manera tenemos en Jesucristo la víctima que estamos obligados á ofrecer á Dios para libertarnos de la muerte eterna; pues que se ofreció en el altar de la cruz á fin de lavarlos con su sangre, para que quedando purificados, vengamos á ser una misma víctima agradable á Dios. Todos los días continúa sacrificándose de un modo inefable en los altares, aplicándonos así hasta el fin de los siglos el fruto del sacrificio sangriento que ofreció en el Calvario. Las ofrendas todas que podemos presentar á Dios, ya sean oraciones, ya acciones ó ya el martirio mismo, no son dignas del Señor, si no van unidas con Jesucristo. La unión, por la que somos una víctima con él, debe uniformar también nuestros sentimientos y disposiciones á aquellas con que se ofreció á su Padre, que fueron ejecutadas en todo su santa voluntad. Debemos por lo mismo sujetar nuestros deseos á esta misma voluntad, haciéndole el sacrificio de nuestras inclinaciones, intereses y gustos, aceptando con sumisión perpetua las aflicciones, pérdidas, enfermedades y toda suerte de desgracias, considerándolas como golpes con que el Señor hiere la víctima de nuestro cuerpo, hasta que le dé el último de muerte, que debemos recibir igualmente en espíritu de sacrificios y en unión con la de Cristo.

Jesucristo es nuestro Padre. Así le llama el profeta Isaías al anunciar la venida del Mesías: *“Será llamado Padre del siglo venidero,”* porque él nos da la vida espiritual, la que no será consumada sino en el siglo venidero.

Jesucristo es nuestra cabeza. “Y el mismo,” dice San Pablo, *“es la cabeza del cuerpo de la Iglesia.”* El es el origen de la vida espiritual de todos, siendo para la reunión de los fieles lo que la cabeza con respecto al cuerpo. Y á esta unión que tenemos los cris-

tianos con Cristo, debemos la sólida esperanza de acompañarlo en la gloria. Al tratar de la Iglesia daremos á estas ideas toda la debida extensión.

Jesucristo es nuestro hermano. El mismo Salvador no se desdennó de llamarnos sus hermanos. San Mateo nos refiere, que habiendo salido al encuentro despues de su resurrección, á las santas mugeres que buscaban su cuerpo en el sepulcro, les dijo: *No temáis; id, dad las buenas á mis hermanos para que vayan á la Galilea: allí me verán.* San Pablo dice también, que es el Primogénito entre muchos hermanos; con lo que indica que nos ha amado hasta elevarnos á la calidad de hijos de Dios y coherederos con él de su reino; pero con esta diferencia, que Jesucristo es por naturaleza Hijo y heredero de Dios su Padre, y nosotros lo somos solamente por adopción. *Somos hijos de Dios, dice el mismo Apóstol; y si hijos, también herederos; herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo; pero si padecemos con él, para que seamos también glorificados.*

Jesucristo es nuestra luz. Los Profetas así le nombran en el Antiguo Testamento. Balaam, para anunciar su venida, se expresa de este modo: *De Jacob nacerá una estrella.* Zacarías, con el mismo objeto, dice: *Yo haré venir á siervo el Oriente,* ó el sol de Oriente. El santo anciano Simeon y el profeta Isaías habian anunciado que seria la luz de las naciones. San Juan dice: *Era la luz verdadera que alumbró á todo hombre que viene á este mundo....* Y otra vez habló Jesus, diciendo: *Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no andará en tinieblas; mas tendrá la luz de la vida.* Antes de que viese á la tierra, todas las naciones caminaban en tinieblas, y estaban sentadas en la region y sombra de la muerte; porque aunque esta luz estaba en el mundo, no la conocía el mundo por las tinieblas de idolatría en que estaba sumido.

Jesucristo es nuestro maestro y nuestro doctor; porque él nos dió el conocimiento saludable de la verdad, nos enseñó la ciencia de la salvación, y vino á dar á los hombres instrucciones divinas con sus palabras y sus milagros. *Nicodemo vino á Jesus de noche,* dice San Juan, *yo le dije: Rabbi, sabemos que eres Maestro venido de Dios; porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviera con él.* Ya ántes lo habia anunciado David, diciendo: *Veid que, les di á los pueblos por testigo, por cau-dillo y por maestro á las naciones.* No solo en cuanto Dios,

sinó aun como hombre es nuestro Maestro; y aunque estamos obligados á creer lo que nos dicen los Apóstoles y Evangelistas, no es porque sean propiamente nuestros maestros, sino porque la revelacion nos enseña que nos hablan de parto de Jesus lo que aprendieron de él. Cristo nos enseña con su palabra y nos ayuda con su gracia. Su palabra leída ó predicada nos enseña lo que debemos creer, esperar y amar; y su gracia nos da fuerza para practicarla. Siendo Cristo nuestro maestro debemos escucharlo y oír sus doctrinas con empeño y con docilidad, leyendo los libros en que se contienen, prefiriendo siempre aquellos en que mas se encuentre y manifieste el espíritu del Evangelio. El mejor libro de piedad es el que mas nos mueve á estudiar á Jesucristo y abrazar las reglas evangélicas; el que nos pone á la vista grandes verdades de la moral cristiana, nos hace conocer nuestra miseria y flaqueza, y la necesidad continua en que nos hallamos de la gracia del Señor para obrar nuestra salud. Por lo que toca á aquella especie de libros que entretienen con visiones, revelaciones, prácticas, métodos, devociones nuevas y arbitrarias, que no se dirigen á la reforma del corazón, son algunas veces mas peligrosos que provechosos, y con tales libros puede uno tenerse por devoto toda la vida, dice el célebre Enmiño, sin vivir un dia como verdadero cristiano. Debemos, por último, oír á Jesucristo siendo dóciles á las verdades que sus ministros, ó nuestros padres ó superiores nos intiman de su parte, y hacer buen uso de los deseos que él mismo nos inspira, pidiendo á nuestro divino Maestro como San Agustin: "Háblame, Señor, de manera que te oiga."

Jesucristo es nuestro Apóstol. San Pablo dice á los hebreos: *Considerad al Apóstol y Pontifice de nuestra confesion Jesus.* En efecto, Cristo es el Apóstol, que quiere decir, enviado de Dios su Padre á los hombres.

Por último, *Jesucristo es nuestro Profeta por excelencia.* Dios no dejará un Profeta, dijo Moises á los judios, *de vuestra nacion: no dejéis de oírle y obedecerle;* y que Moises habla del Mestis, lo aseguran San Pedro y San Estevan. Así es que Cristo fué por quien hablaron los Profetas, y él mismo hizo profecías que se cumplieron con toda puntualidad en el tiempo debido: otras cuyo cumplimiento vemos al presente, y que es para nosotros una prenda segura del cumplimiento futuro de las que nos dejó para los últimos tiempos.

¡Oh Jesucristo, mediador y redentor nuestro! intercede por noso-

tros, presentando como sacerdote eterno la víctima de tu sagrada humanidad, entrando como pontífice de la nueva ley al templo de Dios, y recibiendo en tí, como en sagrado altar, los humildes votos de tus hijos, de quienes eres cabeza y á quienes le dignaste llamar hermanos: ilumina, instruye y convence aquellos á quienes fuiste enviado como nuestro Apóstol y Profeta.

DIA SEIS.

San Victor mártir y Santa Coleta vírgen.

SAN VICTOR MARTIR.

San Victor, cuyo nombre hallamos en los martirologios y registros citado con elogio, parece haber sido nativo de la ciudad de Apamia, en Bitinia. Por lo ménos en ella padeció muchos y muy crueles tormentos por el largo espacio de tres años, en compañía de San Victorino, y segun algunos autores, de San Claudiano y Santa Bassa su muger; aunque es de creer que estos dos últimos se le unieran en Nicomedia, á donde nuestro Santo fué conducido por disposición del tirano, para tentar de nuevo su constancia con nuevos y exquisitos tormentos. ¿Pero qué pueden la astucia y la tiranía de los hombres contra la providencia y la virtud divina? Victor, expuesto en un teatro á una prueba acaso mas rigorosa que las precedentes, se halla socorrido poderosamente de la gracia, y con ella triunfa de sus perseguidores; ó mas bien, triunfa en el aquel que es la cabeza de los mártires, y que así como les dió el ejemplo, así tambien les mereció y les comunica la admirable fortaleza con que padecen para su gloria, y crédito de la religion. Nuestro Victor murió en la cárcel; pero ignoramos si fué á consecuencia de los tormentos padecidos, ó porque en ella se le hiciera morir por el hambre ó por la espada.

Santa Coleta, vírgen, reformadora del órden de las Claras.

Nació Santa Coleta el año de 1380 en la ciudad de Corbie, en Picardia, y fué hija única de un honrado carpintero apellidado Boiles. Desde niña se conoció tenerla Dios destinada para alguna grande empresa de su gloria, pues se hizo muy notable su virtud y el desprendimiento de las cosas del mundo, no habiéndose jamas divertido ni aun con los juegos inocentes de los niños. Su amor á la cas-



S^{ta} Coleta Vírgen.



S^{to} Tomás de Aquino Doctor.



S^{to} Juan de Dios.



S^{to} Francisco Paula.

idad y humildad se admiró desde su tierna edad, viéndosele huir de las amistades sospechosas hasta de las personas de su sexo, y buscar con empeño todas las ocasiones de verse abatida y despreciada.

Agrogóse á estos sólidos principios un odio santo á su cuerpo, que la hizo ejercitar toda clase de austeridades, ayunos continuos, disciplinas diarias y un áspero silencio que llevaba siempre bajo su tosco vestido, que la mortificaba sin cesar. Su oracion era perpetua y la materia mas común de ella la Pasion de nuestro Salvador, en que hallaba todo su consuelo; y para no ser interrumpida en este santo ejercicio, eligió para su habitacion un enarce de la casa de sus padres, retirado de los demas en que habia concurrencia. Su caridad para los pobres y enfermos era tan ardiente que en asistirlos encontraba todo su placer; y conociendo que su hermosura podia causar alguna inquietud á los jóvenes, no solo procuró destruirla con sus ásperas penitencias, sino que pidió á Dios la desfigurase, lo que alcanzó tan cumplidamente, que no le quedó de su belleza primera otra cosa que cierto aire de magestad religiosa y devota, que edificaba á cuantos la miraban.

Muertos sus padres repartió Coleta su corta herencia á los pobres, y para evitar todo trato con las gentes se retiró á las Dérquins, comunidad edificante de mugeres piadosas, establecida en varios lugares de Flandes, Picardía y Lorena; las cuales, aunque no hacian voto alguno, vivian en comunidad con mucho arreglo, trabajando para mantenerse y haciendo una vida entre secular y religiosa. Mas como este modo de vivir no era en un todo conforme á los ideales de nuestra Santa, que deseaba mayores austeridades y vigor, tomó el hábito de la tercera Orden de San Francisco, y pasó tres años en una pequeña celda que tenía entrada en una iglesia, la cual le habia cedido el abad de Corbia, y aquí se preparó con inexplicables penitencias para ejecutar el designio á que Dios la tenía reservado, de reformar el orden de las Claras. Perfeccionada ya bastante con tan fervorosa preparacion, dió principio entrando en un convento de estas religiosas, nombradas Cerbanistas, con ánimo de restituirlo á su primitiva observancia. Pasó despues con el mismo objeto al convento de Amiens, y sucesivamente á otros; mas no pudiendo llevar su proyecto adelante sin la autorizacion de la Silla Apostólica, se dirigió á Niza de Provenza, donde recabó de Pedro de Luna, reconocido en Francia por legítimo pontífice en tiempo de aquel cisma, con el nombre de Benedicto XIII, quien nombró á la Santa

superiora general de toda la Orden de Santa Clara, facultándola para que hiciese todas las reformas que juzgase convenientes.

Comenzó nuestra Santa su reforma por los monasterios de Paris, Beauvais, Noyon y Amiens, y en todas partes sufría Coleta tan ruda contradiccion, tan mal trato y tales desprecios, que á no haber sido acogida por Dios para esta obra, tal vez habria sucumbido en ella. Salió despues de Francia para trasladarse á Saboya con la misma idea, y en este lugar y en Borgoña fué donde comenzó á observarse la estrechísima regla de la Santa, adoptándola el primero el convento de Besançon.

A estos conventos tuvo la satisficcion Coleta de ver seguir bien pronto el restablecimiento de la primitiva regla de Santa Clara, á otros de Francia, Flandes y España, contando antes de su muerte hasta diez y siete monasterios reformados. Abrazaron igualmente su regla algunos de religiosos en Francia, que tomaron el nombre de Coletinos; mas habiendo reunido el papa Leon X el año de 1517 con el título de Observantes todas las reformas del Orden franciscano, solo subsisten hasta el día los conventos de monjas en que se guarda la regla de Santa Coleta con grande admiracion de todo el mundo.

Procuró nuestra Santa inspirar á sus hijas el mismo espíritu de humildad, pobreza y obediencia que habian formado su carácter, y por eso dispuso que sus hijas no tuvieran voluntad propia, nunca habiesen grandes conventos, y solo vistiesen toscos sayales, á los que las movia con su ejemplo, pues ella estaba descalza, y no solamente su vestido era de telas gruesas, sino compuesto de remiendos para hacerlo mas ridiculo y manifestar en esto su gran despendimiento de las cosas humanas. Ayunaba todos los dias, y los Viernes sin tomar alimento, contemplando en los sacrosantos misterios de la redencion humana: lo mismo practicaba los dias de la semana santa, como los mas propios para entregarse á esta meditacion y á los rigores de la penitencia.

Ultimamente, residiendo en el convento de Gante, siendo de sesenta y siete años de edad fué acometida de la última enfermedad, recibidos los Santos Sacramentos descansó en el Señor el día 6 de Marzo de 1447. El Orden de San Francisco reza oficio en su honor, por concesion de varios Sumos Pontífices, y el cuerpo de Santa Coleta exhumado casi un siglo despues de su muerte se halla ex-

puesto al culto público en la iglesia de su monasterio del mismo Gante.

La Epístola es del capítulo VII de la primera del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: En orden á las vírgenes yo no tengo precepto del Señor; doy, sí, consejo, como quien ha conseguido del Señor la misericordia de ser fiel. Juzgo, pues, que este estado es ventajoso á causa de las miserias de la vida presente, que es ventajoso al hombre no casarse. ¿Estás ligado á una muger? no pretendas soltura. ¿Estás sin tener muger? no busques esposa. Si te casares, no por eso pecaste. Y si una doncella se casa, tampoco peca; pero estos sufrirán en su carne aflicciones y trabajos. Mas yo no hablo de vosotros. Lo que digo, hermanos, es que el tiempo es corto; y que así lo que importa es que los que tienen muger vivan como si no la tuvieran; y los que lloran, como si no llorasen; y los que huelgan, como si no holgasen; y los que hacen compras, como si nada poseyesen; y los que gozan del mundo, como si no gozasen de él: porque la execra de este mundo pasa. Ahora bien: yo deseo que vivais sin cuidados ni inquietudes. El que no tiene muger anda solícito de las cosas del Señor, y en lo que ha de hacer para agradar á Dios. Al contrario, el que tiene muger anda afanado en las cosas del mundo, y en cómo ha de agradar á la muger, y se halla dividido. Y la muger soltera y la virgen piensa en las cosas de Dios para ser santa en el cuerpo y en el espíritu: en nuestro Señor Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. De las cuales cinco eran necias y cinco prudentes. Pero las cinco necias al coger sus lámparas no se proveyeron de aceite; al contrario las prudentes, junto con las lámparas llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Pero las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea

que este que tenemos no baste para nosotras y para vosotras; mejor es que váis á los que lo venden, y compréis lo que os falta. Mientras iban estas á comprarlo, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al cabo vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, Señor! ábrenos. Y él las responde y dice: En verdad os digo que yo no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el día ni la hora.

MEDITACION.

Sobre la deudicia de morir en pecado.

Considera como no hay desgracia mas funesta que la de vivir en pecado; pero el colmo de todas las desgracias es morir en pecado. El pecado sin la muerte es un gran mal, y hablando en rigor, es el único mal que se debe temer; pero este mal no excluye la esperanza de todo bien; antes bien puede servir de materia y ocasion para ejercitar las mas excelentes virtudes; puede ser, como lo ha sido en muchos santos, motivo para la mas asombrosa penitencia. Pero el sumo mal es el pecado con la muerte. El pecado imprime en la muerte el carácter de su malicia; la muerte pone el último sello á la impenitencia del pecador. El pecado hace funesta para siempre la muerte. ¡Qué consecuencia tan extraña! La muerte hace irremisible para siempre el pecado. ¡Qué suerte mas triste y mas espantosa! La muerte en pecado extingue todo rayo de esperanza: no hay gracia que pedir; no mas cielo que esperar; ya no hay Salvador que implorar; ya no hay misericordia que aguardar. Ternura de Madre en María para con los pecadores; compasion de la Iglesia hacia sus hijos; precio infinito de la sangre de Jesucristo, todo se acaba, todo casa, todo se perdió para el pecador por la muerte en pecado: la impenitencia final lo destierra para siempre de la congregacion del pueblo de Dios, y borra su nombre del libro de la vida. Por la muerte en pecado la justicia divina imprime un carácter imborrable de reprobacion en el infeliz réprobo; los demonios vienen á ser sus compañeros, el infierno su eterna morada, los fuegos y todos los tormentos su herencia, la rabia y la desesperacion su pasion dominante, la condenacion su destino y su muerte. Impenitencia final, espantosa muerte en pecado, ¡qué terrible eres!

Considera cómo en el momento en que se muere en pecado, todo el mal que se hizo viene á ser eterno en sus suplicios y en su

malicia; y todo el bien que se había hecho, queda perdido y olvidado para siempre. Acciones de honradez, servicios hechos á otros, liberalidades derramadas, actos de religion, ayunos, oraciones, buenas obras, nobleza, fama, talentos, gloria, mérito, todo muere, todo se amigüla para el pecador que muere impenitente. El tesoro de las misericordias queda cerrado para él, el manantial seco. Jesucristo se olvidó, por decirlo así, de la calidad y del nombre de Padre y de Salvador, y solo atiende á que es Rey para revestirse eternamente de la severidad de juez, de un Dios enojado, de un Dios airado. ¡Oh Señor! ¿Y quién podrá presentarse ante vuestra indignacion irritada, á vuestra venganza infinita? ¿Quién puede? Un número prodigioso de pecadores que viven en pecado y mueren impenitentes. Yo, yo mismo que hago ahora todas estas terribles reflexiones, yo que viví en el pecado y que moriré en él si no me entrego ahora á la penitencia, para no ser del número de los desventurados. ¿Y cómo es posible no morir en pecado cuando se dilata la penitencia hasta la muerte? Cuando se vive en pecado, raras veces deja de ser la muerte semejante á la vida. El pecador espira, pero no el pecado. ¡Cuántas gentes, Dios mio, trabajan en su reprobacion! La muerte en pecado acaba esta funesta obra. El mundo está lleno de estos infelices obreros: no hay condicion, no hay estado en que no haya muchos; los grandes del mundo son muy diestros en este arte: los dichosos del siglo no tienen otra suerte que esta: los que tienen una vida regalona y ociosa, no la tienen inocente; y las personas consagradas á Dios, que deshonran la santidad de su estado con sus relajaciones, ¿por ventura no viven en pecado? Todas estas personas tan familiarizadas con el pecado, que vivejen en la mayor parte en el pecado, morirán en su estado de gracia? Los remordimientos de la conciencia se embolan en ellos, el alma se endurece; Dios se venga. ¡Perdida, pero justo castigo de Dios!

PETICION Y PROPOSITOS.

—Libradme, Dios de piedad, de tan desgraciada suerte; no terminen mis dias con la muerte en pecado; ni se glorie el demonio de que me hizo infeliz eternamente. ¡Aciso, Padre mio, has consumido toda tu bendicion en otras almas, sin reservar para mí una gracia que me saque ahora de mi infeliz estado, y me vuelva á mi Padre! — Oh Dios, Dios de bondad y de misericordia infinita! usadla

os ruego, otro poco conmigo: yo he abusado de cuanta me habeis dispensado; mas de hoy en adelante variaré mi conducta: aprovecharé vuestra gracia, trabajaré con ella hasta morir, para gozar de vos eternamente.

JACULATORIA.

Si me concedeis vuestra gracia, yo me asiré de vos y no os dejaré jamas.

LECCION.

Sobre las demas calidades de Jesucristo en orden á los hombres.

Continuando la explicacion de las calidades de Cristo con respecto á los hombres en particular, decimos que Jesucristo es el Angel del Testamento ó de la Alianza. El último Profeta que anunció la venida del Mesías, que fué Malaquías, dice: *He aquí, yo envío mi ángel y preparará el camino ante mí, y luego vendrá á su templo el dominador á quien buscais, y el Angel del Testamento que vosotros deseais.* Así le denominan tambien los Evangelistas para manifestar que el Mesías fué enviado á los hombres por Dios su Padre, para hacer con ellos una nueva alianza.

Jesucristo es nuestro camino. Preguntándole Santo Tomas, segun nos refiere San Juan, Señor, no sabemos á dónde vas; ignos cómo podremos saber el camino? Jesus le dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí.* En los otros tres Evangelistas, casi en las mismas palabras se encuentra el modo de seguir este camino: *si alguno quiere venir en pos de mí, nieguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame.*

Jesucristo es la puerta por donde debemos entrar. *El que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas,* dice San Juan, *sino que sube por otra parte, es ladrón y saltador; mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas. . . . Este proverbio les dijo Jesus; mas ellos no entendieron lo que les decia, y Jesus les dijo otra vez: En verdad, en verdad os digo, que yo soy la puerta de las ovejas. Todos cuantos vinieron, ladrones y saltadores, y no los oyeron las ovejas; yo soy la puerta: quien por mí entrare, será salvo y entrará y saldrá, y hallará pastos. No podemos, pues, entrar sino por él en el camino de la salvacion y en el cielo hácia donde nos conduce: el que entra, sea en el templo que fuere, por otra puerta que no sea Jesucristo, está fuera del camino de la salvacion, si no lo rectifica.*

Jesucristo es la piedra angular del edificio, y el fundamento sobre que estriba y en que estamos edificados. David había dicho: *La piedra que desecharon los edificadores, esa ha sido puesta por cabeza del ángulo. Por el Señor ha sido hecho esto, y es cosa maravillosa á nuestros ojos.* Recordando esta escritura Jesús, agregó, según nos refiere San Mateo: *Por tanto os digo: que quitado os será el reino de Dios, y será dado á un pueblo que haga los frutos de él.* Con lo que nos indicó que despues de haber sido desechado por los judíos, vino á ser su cabeza y los unió con los gentiles de modo que ni estos ni aquellos pueden construir el edificio espiritual de su salvacion, sino sobre Jesucristo, á quien es necesario que miremos todos los hombres como el principio y fundamento de nuestra esperanza. Cristo se compara á una piedra desechada por los arquitectos, y colocada despues en lugar mas importante del edificio, agregando que el que cayere sobre esta piedra será quebrantado, y que será desecho aquel sobre quien ella cayere. San Pedro dice á los judíos que Jesucristo es esta piedra que ellos desecharon, y que fué colocada despues en el punto principal del ángulo, cuyo fundamento, dice San Agustín, "se halla puesto en lo mas alto, y no en la parte baja, porque el edificio de que se trata está construido para el cielo y no para la tierra."

Jesucristo es el árbol de quien somos las ramas. *Yo soy la verdadera vid*, dice por San Juan, *y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará; y todo aquel que diere fruto, lo limpiaré para que dé mas. . . . Estad en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto si no estuviere en la vid; así ni vosotros, si no estuviereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí y yo en él, este lleva mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada. El que no estuviere en mí, será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo colgarán, lo meterán en el fuego, y arderá.* Es tan clara esta parábola, tan sencilla y natural su aplicacion, que no necesita de comentario alguno.

Jesucristo es la verdad que debemos seguir: él mismo dice por San Juan: *Yo soy la verdad.* Por consiguiente sigue la verdad el que sigue á Jesucristo; se aparta de la verdad el que se separa del Salvador; siendo amar la mentira apartarse de Jesucristo; y unirse á él, abrazarse con la verdad.

Jesucristo es nuestra vida. Así lo ha dicho él mismo; y San Pa-

blo añade: *Cuando manifestare Jesucristo que es vuestra vida, compareceréis con él en la gloria.* Para comprender estas expresiones que parecen metafóricas, es necesario saber que hay dos vidas en el cristiano: la natural que tiene por principio la alma, y la espiritual, cuyo principio es el espíritu de Jesucristo que habita en nosotros. Estas verdades nos enseña el Apóstol cuando dice que hemos recibido el espíritu de Jesucristo que habita en nosotros. *Yo vivo, dice, ó por mejor decir, no soy yo el que vivo; mas vive en mí Cristo.* Que nuestra vida espiritual es una vida oculta, lo dice á los colosenses: *Porque estais ya muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.* Finalmente, añade á los corintios, que la vida del Señor se manifestará alguna vez en nosotros: *trayendo siempre la mortificacion de Jesús en nuestro cuerpo para que la vida de Jesús se manifieste tambien en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, somos á cada paso entregados á muerte por Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste tambien en nuestra carne mortal.*

Jesucristo es nuestro pan. Así lo asegura el mismo Salvador. *Yo soy*, dice por San Juan, *el pan vivo bajado del cielo: el que comiere este pan, vivirá eternamente. . . . Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida.* En efecto, Jesucristo nos alimenta con su propia carne, con su divina palabra, pues que *no solo con el pan vive el hombre, y con su abundancia gracia, como se manifestará al hablar del angusto misterio de la Eucaristia.*

Jesucristo es nuestro pastor. Profetizando Isaías la venida del Mesías, se expresa en estos términos: *Como pastor apacentará su grey; con su brazo recogerá los corderos y los alzará en su seno: el mismo llevará las ovejas paridas.* Esquiel para anunciar la venida del mismo, del descendo de las naciones, se vale de estos términos: *Salvaré mi grey, y no será mas espuesta á la presa, dice el Señor; y juzgaré entre ganado y ganado, y levantaré sobre ellas un solo pastor, que las apacienta.* San Juan nos refiere que despues de haber contado Jesús á los judíos la parábola del buen pastor, ó la comparacion con el malo, dice: *Yo soy el buen pastor: el buen pastor da su vida por sus ovejas. Mas el asalariado y que no es el pastor, del cual no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebatá, y dispersanse las ovejas. . . . Yo soy el buen pastor y conosco mis ovejas, y las mías me conocen. Como el Padre me conoce, así conosco yo al*

Padre, y pongo mi alma por mis ovejas. Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco; es necesario que yo las traiga, y vistan mi voz, y será hecho un solo aprisco y un pastor. San Pablo al concluir su Epístola á los hebreos, los saluda de esta modo:

Y el Dios de la paz, que por la sangre del Testamento eterno rescibió de los muertos al grande pastor de las ovejas, Jesucristo nuestro Señor, os haga idóneos en todo bien para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que sea agradable á sus ojos por Jesucristo, al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amen. Fácil es conocer por cuántos títulos conviene esta calidad á nuestro divino Redentor: en todas ocasiones dá las muestras más expresivas de la ternura con que mira á sus ovejas, habiendo llegado hasta dar su vida inestimable por librarlas de la muerte eterna. Con infinita caridad diariamente nos conduce, nos alimenta con su santa palabra, y con su propia carne y sangre. El nos gobierna y cura con su gracia, nos busca cuando estamos descarriados, para conducirnos al aprisco, y nos corrige con provechosos castigos cuando nos desviamos del camino eterno. El nos levanta y consuela en nuestras flaquezas y aflicciones, poniéndonos á la vista las de su lastimosa pasión, y llenándonos de una fuerza interior con que podamos resistir las miserias de la vida. Por último, él vela sobre nosotros como un pastor sobre su rebaño, nos defiende sobre las invasiones de nuestros enemigos, y nos libera de los lobos que nos rodean buscando á quien devorar: nuestra gratitud, inocencia, sencillez y sumisión, no deben tener límites respecto de un tan bueno y divino pastor.

Jesucristo es el esposo de las almas puras. El mismo Señor toma esta calidad con motivo de la alianza que hizo con su Iglesia y por el exceso de su divino amor: alianza de un amor mútuo, de la que participan las almas justas, mientras perseveran en la justicia: alianza eterna, matrimonio indisoluble, y que es, según el Apóstol San Pablo, la sagrada norma y modelo del matrimonio puro y casto de los fieles cristianos. *Los discípulos de Juan, dice San Mateo, dijeron á Jesús: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan? Y Jesús les dijo: ¿Por ventura pueden estar tristes los hijos del esposo mientras que está con ellos el esposo? Mas vendrán días en que les será quitado el esposo, y entonces ayunarán... Porque os zelo, dice San Pablo á*

los corintios, con el zelo de Dios. Pues os he desposado con Cristo para presentaros como virgen pura al único esposo.

Jesucristo es nuestro médico. El mismo tomó esta calidad cuando dijo por San Mateo: *Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos;* para dar la razón y manifestar el motivo porque estaba con los publicanos y pecadores. Es bien sabida la enfermedad de los hombres después del pecado; pero Cristo nos libera de ella, haciendo de su misma sangre el bálsamo para curarnos. Verdad es que aunque el alma rescite de la muerte del pecado á la gracia, no conseguimos la salud perfecta, porque durante esta vida no quedamos totalmente libres de la concupiscencia, que es el funesto origen de todos nuestros males. La carne es flaca y siempre nos quedan los ímpetus y deseos carnales que nos inclinan al mal: el alma padece violentas agitaciones que la exponen con frecuencia al peligro de caer, y solo podemos encontrar el remedio en la gracia de este divino médico. A veces nos presenta una bebida muy amarga; pero él sabe mejor lo que nos conviene, y así debemos confiar del todo en su bondad, y dejar que nos cure según su voluntad, diciéndole con San Agustín: *“Aplicad, Señor, el fuego y el hierro sobre mis llagas; haced de mí lo que sea de vuestro agrado en esta vida, para perdonarme en la otra.”* Por otra parte, Cristo vino á sanar nuestros males y nuestras enfermedades, cargándose él mismo de ellas, y tomando para sanarlas el cáliz que nosotros debíamos beber. *En verdad, dice Isaías, él tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, y nosotros le reputamos como leproso y herido de Dios, y humillado. Mas él fue llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fue por nuestros pecados: el castigo para nuestra paz fue sobre él, y con sus cardenales fuimos sanados.*

Jesucristo es nuestro rey. Los Profetas así lo llamaron: él mismo tomó esta calidad delante de Pilato; y S. Pablo lo denomina rey de justicia, rey de paz, y rey de reyes. Como Dios y como hombre ha sido ensalzado sobre todas las criaturas y recibió todo poder en el cielo y en la tierra, según hemos manifestado al tratar del reino de Cristo.

De la explicación de las doce calidades de Cristo que acabamos de examinar, debemos inferir la confianza que hemos de tener en Jesucristo, quien vino á establecer una nueva alianza, siendo el camino y la puerta que nos conduce á la gloria; en él, como en la pie-

da angular, fundemos nuestra esperanza, abrazándonos como las ramas á este árbol de salud en que está nuestra verdad, nuestra vida y nuestro pan; ocurramos al aprisco de nuestro pastor, al regazo de nuestro esposo, á la salud de nuestro médico, al gobierno de nuestro rey soberano.

DIA SIETE.

Santo Tomas de Aquino, doctor.

Este célebre Doctor de la Iglesia y esclarecido astro del sagrado Orden de predicadores, fué hijo de Landulfo, conde de Aquino, y de Teodora, cuyo padre era el conde Chieti de la casa de los Carracinos; nació en Marzo de 1225 en el castillo de Roca-Sicca, en Italia. Un santo ermitaño predijo la grandeza á que llegaría Tomas, lo que junto á los talentos y prendas naturales que se descubrían en él desde su niñez, movieron á sus padres á ponerlo, cuando apenas contaba cinco años de edad, en el monasterio de Monte-Casino, para formar su corazón en la piedad, y el espíritu para las ciencias. Los progresos que el Santo hizo en la virtud y primeras letras fueron tan extraordinarios, que al hacerlos presentes á Landulfo el abad de Monte-Casino, lo exhortó á que lo dedicase á los estudios, asegurando el provecho que de sus talentos y virtuosas inclinaciones debería resultar á la Iglesia de Dios.

Conforme á estos consejos Tomas fué enviado á Nápoles, cuyas escuelas eran entonces muy célebres, y en ella aprovechó bastante en el estudio de las humanidades y dialéctica, sobrepasando á todos sus condiscípulos, y manifestando al mismo tiempo tanta piedad y sólido deseo de adelantar mucho mas que en las ciencias humanas en la mas importante de la salvacion, que teniéndolo apenas diez y nueve años rompió los lazos de la carne y de la sangre, y despreciando las vanas esperanzas con que lo brindaba el mundo, solicitó ardientemente entrar en la religion de Santo Domingo, en cuyo noviciado fué efectivamente admitido con el mayor placer de los superiores, que ganaban para su Orden aquella preciosísima alhaja.

Llenó de asombro la conducta de nuestro Santo á todos sus parientes, amigos y conocidos, y de dolor á su madre, que luego que recibió la noticia partió violentamente á Nápoles, y se presentó en el convento exigiendo de los religiosos le dejasen ver á su hijo. Te-

nerosos los superiores de que su novicio succumbiese á una tentación tan terrible, en que se remita para el triunfo la ternura y autoridad materna, no quisieron exponer á ella al joven Tomas, y lo enviaron secretamente á Tarracina, despues á Anagni, y últimamente á Roma, donde lo ocultaron en su convento de Santa Sabina. Habiendo averiguado Teodora el paradero de su hijo, ocurrió á esa ciudad con la misma solitud; mas irritada de haber sufrido otra repulsa como en Nápoles, llegando á saber que se había dispuesto mudar á Tomas á Paris á que en su universidad estudiase filosofía y teología, y estuviere á cubierto de las persecuciones de sus parientes, ordenó á sus dos hijos Landulfo y Reinaldo, que serían en la Toscana bajo de las banderas del emperador Federico II, lo sorprendiesen en el camino y se lo remitieran preso á su casa; orden que fué obedecida cumplidamente, lográndose encerrar á nuestro Santo en el castillo de Roca-Sicca.

Incríbles son los padecimientos y terribles asaltos que en su misma casa tuvo que sufrir Tomas, é indociles los triunfos que con la divina gracia alcanzó en esta prision doméstica. Sus parientes, unidos á su madre, empeñaron todos los medios posibles para vencer su constancia, valiéndose de los halagos, de las lágrimas, de las violencias y de cuanto estuvo en su alcance para seducirlo. Todo fué inútil: nada consiguieron sus artificios é importunidades, y el fútil arbitrio de que se sirvieron, intentando moverlo por las persuasiones de su hermana, joven amable y de talento, acabó de desengañar á sus perseguidores; pues movida esta de las exhortaciones y ejemplos de su hermano, resolvió imitarlo, y renunciando un matrimonio ventajoso que tenía aceptado, dió de mano al mundo, y tomó el velo de religiosa en el monasterio de Santa Maria de Capua, donde vivió y murió santamente, despues de haber sido su abadesa.

Los hermanos de Tomas, Landulfo y Reinaldo, tomaron otros medios mas indecorosos para triunfar de él. Encerráronlo con mas estrechez en la torre, hicieronle pedazos la ropa religiosa, lo llenaron de oprobios y tratamientos indecorosos, y no logrando nada con ninguna de estas violentas trolepías, se valieron de una muger hermosa y deshonesta para que lo corrompiese. La circunstancia fué comprometida para nuestro Santo; pero en aquel conflicto quedó no solo victorioso, tomando un tizon ardiendo con que obligó á huir á la infame ramera, sino que alcanzó de Dios no volver á ser moles-

da angular, fundemos nuestra esperanza, abrazándonos como las ramas á este árbol de salud en que está nuestra verdad, nuestra vida y nuestro pan; ocurramos al aprisco de nuestro pastor, al regazo de nuestro esposo, á la salud de nuestro médico, al gobierno de nuestro rey soberano.

DIA SIETE.

Santo Tomas de Aquino, doctor.

Este célebre Doctor de la Iglesia y esclarecido astro del sagrado Orden de predicadores, fué hijo de Landulfo, conde de Aquino, y de Teodora, cuyo padre era el conde Chieti de la casa de los Carracinos; nació en Marzo de 1225 en el castillo de Roca-Sicca, en Italia. Un santo ermitaño predijo la grandeza á que llegaría Tomas, lo que junto á los talentos y prendas naturales que se descubrían en él desde su niñez, movieron á sus padres á ponerlo, cuando apenas contaba cinco años de edad, en el monasterio de Monte-Casino, para formar su corazón en la piedad, y el espíritu para las ciencias. Los progresos que el Santo hizo en la virtud y primeras letras fueron tan extraordinarios, que al hacerlos presentes á Landulfo el abad de Monte-Casino, lo exhortó á que lo dedicase á los estudios, asegurando el provecho que de sus talentos y virtuosas inclinaciones debería resultar á la Iglesia de Dios.

Conforme á estos consejos Tomas fué enviado á Nápoles, cuyas escuelas eran entonces muy célebres, y en ella aprovechó bastante en el estudio de las humanidades y dialéctica, sobrepasando á todos sus condiscípulos, y manifestando al mismo tiempo tanta piedad y sólido deseo de adelantar mucho mas que en las ciencias humanas en la mas importante de la salvacion, que teniéndolo apenas diez y nueve años rompió los lazos de la carne y de la sangre, y despreciando las vanas esperanzas con que lo brindaba el mundo, solicitó ardientemente entrar en la religion de Santo Domingo, en cuyo noviciado fué efectivamente admitido con el mayor placer de los superiores, que ganaban para su Orden aquella preciosísima alhaja.

Llenó de asombro la conducta de nuestro Santo á todos sus parientes, amigos y conocidos, y de dolor á su madre, que luego que recibió la noticia partió violentamente á Nápoles, y se presentó en el convento exigiendo de los religiosos le dejasen ver á su hijo. Te-

nerosos los superiores de que su novicio succumbiese á una tentación tan terrible, en que se remita para el triunfo la ternura y autoridad materna, no quisieron exponer á ella al joven Tomas, y lo enviaron secretamente á Tarracina, despues á Anagni, y últimamente á Roma, donde lo ocultaron en su convento de Santa Sabina. Habiendo averiguado Teodora el paradero de su hijo, ocurrió á esa ciudad con la misma solitud; mas irritada de haber sufrido otra repulsa como en Nápoles, llegando á saber que se había dispuesto mudar á Tomas á Paris á que en su universidad estudiase filosofía y teología, y estuviere á cubierto de las persecuciones de sus parientes, ordenó á sus dos hijos Landulfo y Reinaldo, que serían en la Toscana bajo de las banderas del emperador Federico II, lo sorprendiesen en el camino y se lo remitieran preso á su casa; orden que fué obedecida cumplidamente, lográndose encerrar á nuestro Santo en el castillo de Roca-Sicca.

Incríbles son los padecimientos y terribles asaltos que en su misma casa tuvo que sufrir Tomas, é indocibles los triunfos que con la divina gracia alcanzó en esta prision doméstica. Sus parientes, unidos á su madre, empeñaron todos los medios posibles para vencer su constancia, valiéndose de los halagos, de las lágrimas, de las violencias y de cuanto estuvo en su alcance para seducirlo. Todo fué inútil: nada consiguieron sus artificios é importunidades, y el fútil arbitrio de que se sirvieron, intentando moverlo por las persuasiones de su hermana, joven amable y de talento, acabó de desengañar á sus perseguidores; pues movida esta de las exhortaciones y ejemplos de su hermano, resolvió imitarlo, y renunciando un matrimonio ventajoso que tenía aceptado, dió de mano al mundo, y tomó el velo de religiosa en el monasterio de Santa Maria de Capua, donde vivió y murió santamente, despues de haber sido su abadesa.

Los hermanos de Tomas, Landulfo y Reinaldo, tomaron otros medios mas indecorosos para triunfar de él. Encerráronlo con mas estrechez en la torre, hicieronle pedazos la ropa religiosa, lo llenaron de oprobios y tratamientos indecorosos, y no logrando nada con ninguna de estas violentas trolepías, se valieron de una muger hermosa y deshonesta para que lo corrompiese. La circunstancia fué comprometida para nuestro Santo; pero en aquel conflicto quedó no solo victorioso, tomando un tizon ardiendo con que obligó á huir á la infame ramera, sino que alcanzó de Dios no volver á ser moles-

tado de los estímulos de la impureza, sintiendo en un sueño que dos ángeles lo ceñían con un cingulo, recibiendo con este signo, en premio de su fidelidad, el don de la continencia.

Noticiosos los dominicos de Nápoles del estado en que se hallaba su novicio, y de la constancia con que se había manejado en los dos años que llevaba de prision, se disfrazaron, fueron secretamente á visitarlo, le vistieron de nuevo el hábito, y con el auxilio de su convertida hermana le facilitaron los medios de salvarse por una ventana; cuando lo vieron en su convento, temerosos de perderlo otra vez, lo enviaron á Roma á su general Fr. Juan el Alemán, quien pocos días despues lo llevó en su compañía á Paris, y mandólo despues á Colonia á aprender teología bajo la enseñanza de Alberto Magno, doctor de los mas insignes de la Orden.

En esta escuela hizo los mayores adelantos Tomas, y aunque su extrema taciturnidad, su circunspeccion y modestia, le adquirieron entre sus discípulos el apodo de *Buce mudo*, concluido su estudio en Colonia, manifestó sus grandes conocimientos en Paris, donde pasó á graduarse; explicando en seguida públicamente al maestro de las sentencias con tal acierto, que muy pronto sobrepusó su reputación á la de Alberto el Magno, su preceptor, y aventajó la de todos. En efecto, no solo en su tiempo fué el hombre mas acabado en la filosofía y teología, sino que especialmente en esta última ciencia, es hasta el día la admiracion de los sábios, y la autoridad mas respetada en las escuelas.

No fueron ménos ilustres que su ciencia sus virtudes. La mortificación de su cuerpo era extraordinaria, atendidas sus graves ocupaciones, sin que estas disminuyesen sus largas vigilias, sus continuos ayunos y sus demas austeridades con que atormentaba su carne, sujetándola á su ferrososa é inocente espíritu. Su humildad era profundísima, y en medio de tantos y tan merecidos aplausos, hablaba de su saber con desprecio, atribuyendo solo á Dios los que nombraba escasos conocimientos. Su oracion era perpetua: ella precedía, acompañaba y ponía término á sus estudios; de esta abundante fuente sacaba la solución de las dificultades, la inteligencia de las Escrituras, los sublimes pensamientos, las luces todas que le han adquirido los gloriosos títulos de Angel de las escuelas, Maestro de los teólogos y Martillo de los errores y heregias.

Visto precisado por sus superiores á recibir el grado de doctor en Paris, y en las turbulencias que ocurrieron en esa universidad, se

distinguió mucho su sabiduría, su prudencia y moderacion. En dicho establecimiento habia contraido la mas estrecha amistad con San Buenaventura, astro no ménos resplandeciente del Orden de San Francisco, y en la gran cuestion suscitada contra los Ordenes mendicantes, se reunió á este gran Santo, y escribió cada cual la victoriosa defensa de su respectivo cuerpo, que hizo emmudecer á sus adversarios: obras que despues sirvieron de modelo al eximio justina Francisco Suarez para hacer la de su religion, no ménos perseguida que lo fueron en sus principios las ilustres de predicadores y menores. Igual servicio prestó despues á la Santa Sede defendiéndola de los nuevos asaltos de la heregía de aquel tiempo, y de los anátnicos que se intentaban renovar.

Sus trabajos literarios no se limitaron á Paris, enseñó ademas en varios lugares de la Italia, como en Bolonia, en Fondi, en Pisa y en Orvieto, dejando en todas partes monumentos grandiosos de su sabiduría y recomendables ejemplos de su humildad y demas virtudes, dando entre otros resplandeciente brillo á su santidad, la renuncia del arzobispado de Nápoles que pretendia darle el papa Clemente IV, y para lo cual lo habia hecho venir de Paris, á cuya ciudad habia vuelto.

Retiróse en seguida á su convento de Nápoles, donde entregado á la contemplacion y al estudio, continuó su célebre Suma, tan elogiada no solo por los padres mas acreditados de la Iglesia, sino por el mismo Jesucristo; pues estando una vez en oracion ante un crucifijo, arrebatado en un suavisimo éxtasis oyó le decia por la boca de la imagen: *Tomás, bien has escrito de mí, ¿con qué quieres que te premie?* A lo que nuestro Santo respondió: *Señor, con ninguna otra cosa sino con vos mismo*: gracia singularísima que repitió el cielo otras dos veces, una en Orvieto, cuando componía el oficio del Santísimo Sacramento, de que era muy devoto, y otra en Paris explicando lo que nos enseña la fé de este adorable misterio.

Tenia intencion de pasar el resto de su vida en Nápoles, cuando recibió orden del papa Gregorio X para asistir al concilio general que habia convocado en Leon en el año de 1274, y se puso en camino sin embargo de estar convaleciendo de un fuerte ataque de apoplejía, que lo habia privado por tres días y dádole á presentir su próxima muerte. Apenas llegó al monasterio de Fosanova, de la esclarecida Orden benedictina, volvió á recaer de la misma enfermedad, de la que fué asistido por aquellos monjes, con la caridad que

les, era tan propia y el recomendable mérito del enfermo. Salíó nuestro Santo de aquel ataque, y entónces se dedicó, por dar gusto á los que tanto lo habían favorecido, á escribir una exposicion del *Cantar de los Cantares*, preparándose siempre á la muerte como el penitente mas penetrado del terror de los juicios divinos, aunque la vida pasada en la inocencia, en las austeridades y en la práctica de la perfeccion evangélica habia sido una continua disposicion para aquel terrible lance.

En efecto, esta recaida era la última; sintiendo nuestro Santo se acercaba su hora, se confesó y pidió el sagrado Viático, en cuya presencia hizo una solemne profesion de su fé, una humilde confesion de las faltas que como hombre podía haber cometido en sus escritos, y una sincera protesta de sujetarlos todos á la autoridad infalible de la santa Iglesia: finalmente, al otro dia de haber recibido la Extremacion termino su dichosa carrera y entró en el gozo de su Señor á 7 de Marzo de 1274, á los cincuenta años de su edad.

El abad y monges de Pesanova sepultaron honoríficamente su precioso cuerpo en su misma iglesia, y gozosos largo tiempo con la posesion de este incomparable tesoro, lo disputaron ardentemente á los dominicos que lo reclamaban, hasta que el papa Urbano V dió sentencia favorable á estos últimos, quienes lo trasladaron al convento de su Orden de Tolosa el año de 1369, época en que ya el papa Juan XXI habia decretado la canonizacion de nuestro Santo, que se verificó en el de 1323.

La Epístola es del capítulo VII de la Sabiduría.

Ve desee la inteligencia, y me fué concedida; é invoqué el espíritu de sabiduría, y se me dió; y la preferí á los reinos y tesoros, y en su comparacion fué por nada las riquezas; ni pagarómme con ellas las piedras preciosas; porque todo el oro respecto de ellas, no es mas que una menuda arena, y á su vista la plata será tenuta por lodo. La amé mas que la salud y la hermosura, y propuse tenella por luz, porque su resplendor es inextinguible: todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y por su medio he recibido innumerables riquezas. Y gozámme en todas estas cosas, porque me guiaba esta sabiduría; é ignoraba yo que ella fuese madre de todos estos bienes. Aprendíla sin ficcion, y la comuniqué sin envidia, ni encubro su valor; pues es un tesoro infinito para los hombres, que á cuan-

tos se han valido de él, los ha hecho partícipes de la amistad de Dios, y recomendables por los dones de la doctrina.

El Evangelio es del capítulo V de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida, ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte. Ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celestín, sino sobre un candelero, para que alumbré á todos los de la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No penseis que yo he venido á destruir la ley ni los profetas: no he venido á destruirla, sino á darla su cumplimiento; que con toda verdad os digo, que antes saltarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una sola jota ó ápice de ella. Cualquiera, pues, que violare uno de estos mandamientos, por mínimos que parezcan, y enseñare á los hombres á hacer lo mismo, será tenido por el mas pequeño en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

Sobre la eternidad de Dios.

Considera que Dios es eterno: en ningún tiempo empezó á ser: en ninguna cesará de ser; porque Dios es el que es. Yo soy el que soy; quiere decir, que subsiste por sí mismo, é independientemente de otra cosa; y por eso es un ser necesario, y por consiguiente inmutable, no siendo su esencia distinta de su existencia. Dios es antes que todos los tiempos, y será despues de acabados estos; es en el tiempo, pero no es medido por él; encierra todos los tiempos en su eternidad, pero no está contenido en ellos; él es por el cual empieza todo, y él no empieza; él es por quien todo se adelanta, y Dios no se adelanta; por él va pasando todo, y él no pasa; por él todo escala, y él no fenece. Nada se acaba, ni nada es futuro en la eternidad de Dios; todo es presente, porque Dios es siempre el que es. Los cielos, dice el Profeta, aunque parecen incorruptibles, perece-

rán; pero vos, Señor, quedareis siempre eterno é inmutable. La eternidad de Dios es como roca inmóvil; el tiempo es como un torrente que pasa al pié de esta roca y que lleva consigo todas las cosas, siendo tambien él llevado por lo rápido de su curso; y naciendo y muriendo siempre, hace nacer y perecer á todo consigo. El mundo pasa con su figura; todos los que tienen asimiento á él, pasarán con él; pero vos, Dios mio, vos no pasareis: porque sois eterno, ni los que se unieren á vos se acabarán.

Considera que la eternidad de Dios es para nosotros un principio de muchas verdades verdaderamente grandes y propias para arreglar nuestras acciones; porque siendo Dios eterno es inmutable, y por consiguiente igualmente hermoso, igualmente bueno, perfecto; y por esta razon es siempre igualmente amable. ¿Pues de dónde nace que el amor que le tengo sea tan mudable é inconstante? Dios es el mismo siempre para mí; ¿por qué no será yo siempre el mismo para con él? Siendo Dios eterno, es inalterable é inmóvil; ¿pues cómo no me llevo á él? El que se acoge á un arrimo tan firme y constante, está seguro. No así aquellos infelices, dice San Agustín, que se aseguran en las cosas transitorios, y que han de acabar; porque pasarán y acabarán con ellas. Dichoso de aquel que dice con el Profeta: Yo quiero asegurarme en Dios, y poner toda mi esperanza en él. Siendo Dios eterno, sus premios serán tambien eternos. ¿Pues qué mayor dicha podemos tener que servir á un Señor cuyos premios no puedan acabar, como ni él tampoco? Si sirva á los grandes, ó á los reyes, y consigo su favor, estos grandes, estos reyes, su favor y todas las utilidades que puedo sacar, acabarán con ellos aunque sean muy elevados, y todos los que se acogieren á ellos, caerán con ellos. Pero hácia vos, Dios mio, cuya grandeza está avanzada sobre el solidísimo fundamento de la eternidad, no hay cosa que pueda pasar ni caer, como ni los premios que prometéis á los que os sirven. La eternidad es el premio que concedéis á sus menores trabajos; ¿pero qué eternidad? Una eternidad que es la posesion de una vida que encierra en sí todos los bienes y para siempre. ¿Qué dicha! ¿qué recompensa! Los condenados, dice Tertuliano, tienen siempre sobre sí todo el peso de la eternidad, y los bienaventurados gustan cada instante toda la bienaventuranza de toda la eternidad. ¿Dios es acaso ménos ingenioso en el premio que en el castigo? Dios es eterno, y por consiguiente sus penas y premios son eternos. ¿Quién no temerá

ofender á Dios, pues puede hacer durar su venganza toda una eternidad! No temais, dice el Salvador, á los que solo pueden quitar la vida al cuerpo; sino temed á aquel que despues de haber muerto al cuerpo, puede tambien condenar el alma á un tormento eterno. Murmurase algunas veces de la paciencia de Dios en sufrir á los pecadores; pero Dios es paciente, porque es eterno; tiene con que compensarse de esta paciencia en la eternidad de las penas á que destina á los que de ella abusan. Temed, pues, la paciencia de Dios, para que no despues te muestre todo el rigor de su justicia en la eternidad.

PETICION Y PROPÓSITOS.

La suerte que en esta vida me labrare con mis obras será la que me toque eternamente; de manera que toda la eternidad, con respecto á mí, está dependiendo de este tiempo brevísimo en que vivo sobre la tierra. Si vivo bien, la eternidad será para mí una fuente inagotable de inefables delicias. Si vivo mal, esta fuente no manará para mí sino amargura, y amargura en cuya comparsion son dulzuras las penas de esta vida. ¿Pues qué me detiene para abrazar de una vez la reforma de mi mala conducta? Si es inaccion, apatia, tibieza, debo vencerla, estimulándome con estas consideraciones. Si es alguna criatura que yo ame desordenadamente, debo renunciar de ella por su bien y por el mio. Si son mis reincidencias y mis vicios, debo trabajar en su correccion hasta morir, si es necesario, en esta empresa. Así os lo propongo, Dios mio, contando con vuestra gracia.

JACULATORIA.

Mi alma se adhirió á tí, Dios mio, no permitas que sea confundida.

LECCION.

Concluye la anterior.

Para terminar la enumeracion y explicacion de las diversas calidades ú oficios que ejerce Jesucristo despues de su ascension gloriosa á los cielos con respecto á los hombres en particular, deberiamos verlo primeramente como nuestro Juez; calidad que él mismo se ha dado y ha querido manifestar, cuando nos ha anunciado por

medio de sus Apóstoles, que vendrá á juzgar algún día á todos los hombres, y que ha sido establecido por su Padre, Juez de vivos y muertos; mas como esta materia deba tratarse con mayor extension al exponerse el dogma de la religion cristiana, que comprende esta verdad, la dejamos para su artículo correspondiente, pasando á las últimas calidades que nos propusimos examinar hace dos días.

Jesucristo es el autor y consumidor de nuestra fé. *Corramos á la batalla*, exhorta San Pablo á los hebreos, *poniendo los ojos en el autor y consumidor de la fé, Jesus, el cual habiéndole sido propuesto gozo, sufrió cruz, menospreciando la deshonra, y está sentado á la diestra del trono de Dios.* Así es que nos da la fé por su gracia, nos la perfecciona y hace que la conservemos hasta el fin.

Jesucristo es el autor de la gracia. Innumerables son los lugares de la Escritura Santa en que se le atribuye esta calidad. Unas veces nos lo presentan como único dador y distribuidor de este don; otras con Dios Padre, y que en union con él es la fuente de donde dimana. *Gracia á vosotros, y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*, es la salutación del Apóstol San Pablo á los romanos. Con iguales ó semejantes términos se expresa al principio de la mayor parte de sus otras cartas, y su mas frecuente conclusión es la que sigue: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros, ó con vuestro espíritu.* Al concluir la segunda Epístola á los de Corinto, se hace mención con especialidad de la gracia de Cristo, y la caridad ó amor de Dios como dones unidos. *La gracia de nuestro Señor Jesucristo y la caridad de Dios, y la comunicacion del Espíritu Santo sea con todos vosotros;* y la conclusión del Apocalipsis por San Juan, es igualmente: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros.* El término gracia, usado en la Escritura Santa, tiene una significacion muy extensa: literalmente equivale á favor; y en cuanto dice relacion con Dios, es aplicable á todos los dones, y especialmente á los espirituales que se digna conceder al hombre. Si tenemos falta de fé, la Escritura nos enseña que la pidamos á él. *Aumentanos la fé*, decian á Jesús los Apóstoles, segun nos refiere San Lucas. *Paz sea á los hermanos*, decia San Pablo á los efesios, *y caridad con fé de Dios Padre del Señor Jesucristo.* ¿Tenemos algun pesar, ó nos hallamos humillados ó en afliccion? Ella nos enseña á que acudamos á Jesús, como tambien al Padre, por consuelo. *El mismo Señor nuestro Jesucristo. . . . consuele vuestros corazones*, dice el mismo

Apóstol á los de Tesalónica, *y los confirme en toda buena obra y palabra.* Nos hallamos combatidos por el enemigo común; expuestos á sus tiros, y sin la fortaleza necesaria para resistir sus ataques! *Te basta mi gracia*, dice el mismo Redentor, segun el repetido Apóstol, *porque la virtud se perfecciona en la enfermedad.* Muy claro es en general que se concede á los verdaderos miembros de la Iglesia la gracia ó el favor divino por su cabeza omnipotente; pero mas especialmente se hace observar la operacion de la gracia de Jesucristo en la remision de los pecados, en la conversion de los pecadores y en la satisfaccion de los justos.

La autoridad de perdonar los pecados del mundo que, como se dice al hablar del sacramento de la penitencia, ejerció Jesus durante su mansion en la tierra, era una facultad inalterable propia de su divina naturaleza, y al presente está en pleno ejercicio de ella despues que Dios le ensalzó. . . . *por Principio y por Salvador para dar arrepentimiento á Israel y remision de pecados*, como se dice en los Hechos de los Apóstoles. La eficacia de la gracia de nuestro Salvador para la conversion de los pecadores, se halla reconocida entre las revelaciones mas expresas. En los Hechos se lee que Cristo fué ensalzado para dar *arrepentimiento y remision de pecados*, ó mas bien, conversion de ellos. Dios resucitando á su Hijo, decia San Pedro á los judios, *os lo ha enviado primeramente á vosotros para que os bendiga, á fin de que cada uno se aparte de su maldad.* El Apóstol San Pablo fué él mismo un memorable ejemplo de aquella total trasformacion del corazon que obra en los pecadores la gracia de nuestro Señor Jesucristo; y mucho tiempo despues de haberse verificado en él semejante mudanza, todavia expresa sus deseos de *conocerla mas, y la virtud de su resurreccion, para poder alcanzar aquello para lo que habia sido tomado de Jesucristo.* Por último, la santificacion, así como la conversion, es obra de aquel espíritu que se concede al pueblo de Dios por Jesucristo. Tan rica, tan poderosa y efectiva es la gracia de Jesus para la remision de los pecados, la conversion de los pecadores, la santificacion, consolacion y fortaleza de los justos! Con razon, pues, se dice á Jesucristo autor de la gracia y su consumidor.

Ha de ser tambien algún día nuestra gloria y nuestra felicidad en el cielo; *porque la vida eterna no consiste sino en conocer al verdadero Dios, y al que envió el Padre, Jesucristo*, como dice S. Juan. Padre, dice el mismo Jesus por boca del Evangelista, *quiero que*

aquellos que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy, para que vean mi gloria que tú me diste, porque me has amado; union tan perfecta que, como dice el Apóstol San Pablo, Jesucristo sea en todas las cosas. Pero no será la bienaventuranza en el cielo, sino de aquellos que le hubieren seguido como su modelo en la tierra. Si alguno quiere venir en pos de mí, dice casi con iguales palabras en los cuatro Evangelistas, nieguese á sí mismo, tome su cruz, y sígase. Por consiguiente debemos examinar con el mayor empeño la última calidad de las que nos hemos propuesto reconocer en Jesucristo.

Jesucristo por último es nuestro modelo. Porque los que conoció en su presencia, á estos también predestinó para ser hechos conformes á la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y á los que predestinó, á estos también llamó; y á los que llamó, á estos también justificó; y á los que justificó, á estos también glorificó, según dice San Pablo á los romanos; y hablando á los corintios, dice el mismo: El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial. . . . Por lo que así como trajimos la imagen del terreno, llevamos también la imagen del celestial. Debemos conformar nuestra vida con la de Jesucristo, como dice San Juan. En una palabra, difícilmente se encontrará otra verdad más claramente establecida en la Escritura, que la necesidad en que nos hallamos de imitar á Jesucristo como á nuestro modelo. Ejemplo os he dado, dice por último, hablando por San Juan, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros también hagáis.

¿Pero en qué cosas deberemos imitar á Jesucristo, y en cuáles no podemos? Para contestar á esta pregunta es necesario advertir que en la vida de nuestro Salvador hay unas acciones que debemos imitar todos los cristianos en cualquier estado ó condición de la vida en que nos hallemos colocados; y hay otras cuya imitación depende naturalmente de las diferentes ocasiones y de las disposiciones interiores ó exteriores en que cada uno se halle. Por ejemplo, lo que hizo Cristo como doctor y predicador, no puede ser imitado por el común de los cristianos; pero además de las disposiciones comunes á todos los estados, no hay ninguno en particular en que no deba mirarse alguna circunstancia de su vida preciosa como norma y modelo especial propuesto á nuestra imitación.

El común de los cristianos, cualquiera que sea el estado en que

nos hallemos, debemos juzgar de todas las cosas, pensar, obrar y sufrir como pensó, juzgó, obró y sufrió Jesucristo. Un cristiano debe ser un hombre ocupado toda su vida en estudiar y copiar este perfecto modelo, sin que jamás nos sea lícito perderlo de vista, procurando imitarlo así como el pintor que queriendo copiar un cuadro que tiene presente, lo mira á cada pincelada, por no discrepar en la línea más pequeña. Pero en particular debemos tener presente su desprendimiento de toda concupiscencia, esto es, de toda sensualidad, soberbia, curiosidad y avaricia; y en segundo lugar, su union con Dios, por cuya gloria obraba Jesucristo en todas sus acciones: estas dos disposiciones contienen en sí el compendio de toda la vida cristiana, y ellas son el fundamento y resumen de las máximas todas del cristianismo. San Pablo comprende estas disposiciones de Cristo, cuando nos dice que Cristo vino al mundo para enseñarnos á renunciar toda iniquidad, esperando la eterna bienaventuranza y la felicidad celestial. Tales disposiciones deben ser comunes á los cristianos todos, de cualquier estado ó condición que sean, y cualquiera que sea su profesion ó empleo.

Para detallar especialmente las acciones de Jesucristo que debemos imitar en las condiciones ó situaciones particulares de la vida, sería necesario hacer una narración muy agena de nuestro objeto. Lo que puede decirse en general es, que leyendo con cuidado el Nuevo Testamento, en cuya lección debemos ocuparnos, veremos á Jesucristo, por ejemplo, manifestar en su persona á los colocados en autoridad, que no deben usar de su poder sino para procurar la gloria de Dios y la salvacion de sus súbditos: á los pastores, que deben sacrificarse por sus ovejas, amarlas con ternura, conocerlas con esmero, instruir las, dirigir las, reunir la oracion, la mortificación y la humildad con los trabajos del ministerio; no temer á los hombres, sino solo á Dios; seguir inviolablemente la verdad, y menospreciar los juicios del mundo, sus amenazas y promesas. De este modo se podrían recorrer todas las condiciones, todos los estados, y manifestar á los amos y á los criados, á los ricos y á los pobres, á los padres y á los hijos, á los solitarios y á los que viven en el mundo, cómo deben imitar á Jesucristo, según la sentencia de San Pablo: Sed tales, como fue Cristo Jesús.

Puesto que Jesucristo es el autor y consumidor de nuestra fe, al mismo tiempo que de la gracia, y que él es nuestra felicidad eterna, y el modelo que debemos imitar todos en común los cristianos,

y cada estado ó condicion en particular, elevamos con frecuencia nuestra alma á los cielos, venerando las diversas calidades de Jesucristo con respecto á Dios y á los hombres.

DIA OCHO.

San Juan de Dios, fundador de los hermanos de la caridad.

San Juan de Dios fué portugués, y nació el año 1495; su padre era carpintero, y aunque pobre, muy honrado y cristiano. Pasó la mayor parte de su juventud sirviendo al conde de Oropesa, en Castilla, y después se alistó de soldado en el ejército español, en cuyo peligroso estado, olvidando la cristiana educación que habia recibido de su padre, se entregó á la disolución, al desorden y á las vanidades del mundo, aunque siempre agitado con mil remordimientos. Tal fué la vida de Juan hasta el año 1536, que separándose del servicio militar, pasó á Sevilla, donde se acomodó de criado de una señora rica y principal.

Apartado nuestro Santo de la peligrosa compañía de los soldados, y teniendo ya cuarenta años de edad, iluminado de la divina gracia conoció sus extravíos, y resuelto á enmendarse, lavó sus manchas pasadas con una dolorosa confesion, y se entregó á la oracion y penitencia.

Abrásado en la mas ardiente caridad para con sus prójimos, determinó pasar á la Africa á asistir á los cautivos cristianos, abandonados en sus enfermedades; pero al llegar á Gibraltar se encontró con un caballero paisano suyo que iba desterrado á Ceuta, y condelido de sus desgracias, no solo se ofreció á servirlo sin salario alguno, sino que llegando al lugar de su destierro, y habiendo enfermado gravemente, lo socorrió con su trabajo personal, y lo asistió y curó como si fuera su padre. Por consejo de su confesor se volvió á Europa; puso primero un comercio de chucherías en Gibraltar, de donde pasó á Granada con un pequeño capital. En una y otra parte fué el consuelo de los necesitados, y emedio de las distracciones anexas al manejo de sus negocios, perseveró siempre en sus ejercicios piadosos, y no contentándose con favorecer á los pobres

corporalmente, exhortaba siempre á la emienda de sus costumbres á los que concurrían á su tienda.

Tenia nuestro Santo cuarenta y tres años de edad, cuando tuvo la fortuna de oir un sermón al sabio y venerable maestro Juan de Avila, cuyas inflamadas voces lo movieron eficazmente á seguir el camino de la perfeccion cristiana. La parte que este grande hombre tuvo, tanto con este sermón como con sus instrucciones, en la heroica virtud á que fué elevado Juan de Dios, nos obliga á decir algo de lo que fué este instrumento de la santidad del ilustre fundador, cuya vida compendiamos. Juan de Avila fué un sacerdote ejemplarísimo, que empleó toda su vida en la predicacion del Evangelio con tanto fruto, que mereció el renombre de Apóstol de Andalucía: su celo por la salvacion de las almas fué tan grande, que aun pensó fundar una religion que se dedicase por todos los medios posibles á este santo fin; sentimientos que descubrió claramente cuando fundada la Compañía de Jesus en su tiempo, la amó y protegió en gran manera, como tan conforme á sus miras, y mandala á ella á sus mas escogidos discípulos de los muchos eclesiásticos que lo seguian. El gran concepto que se tenia de la santidad de este padre lo demuestra el célebre dicho de San Ignacio, á quien habiéndolo dicho que el P. Avila queria entrar en su Orden, contestó de esta suerte: *Si viniere, lo traeremos en los hombros como la arca del Testamento.* Su sabiduría reluce en muchas obras espirituales. Murió este Padre á 10 de Mayo de 1569, con general pesar de España, y fué sepultado en el colegio de los Jesuitas de Montilla: sus virtudes están aprobadas en grado heroico, y se trata de su beatificacion en Roma.

Este fué el experimentado piloto que debia conducir á nuestro Santo á los altos fines á que la Providencia lo tenia destinado; como ya se le habia dado á entender cuando años ántes atravesando caritativamente un rio con un bello niño sobre sus hombros para que no se mojase, le manifestó al bajarlo una granda abierta con una cruz encima, diciéndole: *Juan de Dios, Granada será tu cruz;* palabras que por entónces no comprendió. El inflamado sermón, pues, de este grande Apóstol, de tal manera commovió á Juan, que sin poderse contener comenzó á sollozar y á dar voces en la iglesia, confesando á gritos sus pasados desórdenes y pidiendo públicamente perdon de ellos á Dios: Salió del templo, y corriendo por las calles clamaba al cielo por misericordia, se mesaba los cabellos y lle-

raba amargamente con tales señales de dolor, que el populacho te- niéndolo por loco, lo apedreó y maltrató de manera, que llegó á su morada cubierto de lodo y chorreando sangre. Allí repartió sus bienes á los pobres, y viendo las humillaciones que había sufrido por su creída demencia, se propuso continuar simulando ese esta- do para satisfacer con los malos tratamientos que recibía, sus co- metidos pecados. Fue en consecuencia encerrado en el hospital de los dementes, donde recibía con espíritu de penitencia los inhu- manos castigos con que ántes se acostumbraba devolver á su juicio á estos desdichados enfermos, como los medios mas apropiados á su curacion.

Habiendo descubierto el venerable Juan de Avila que no era le- cura la de nuestro Santo, sino un efecto de su humildad, viéndolo lleno de llagas y de miserias lo exhortó á salir del hospital, para que sirviese á Dios en otra clase de vida. Obedeció Juan los consejos de su director, hizo una confesion general, y aunque se apartó de aquel establecimiento, no dejaba de concurrir á él diariamente á cuidar y á asistir á los enfermos, y para subvenir por sí mismo á sus enfermedades emprendió el grande trabajo, á pesar de lo debili- tado de sus fuerzas, de cortar leña en los montes y venderla en la ciu- dad. Poco tiempo despues puso de su cuenta una casa para asistir á los enfermos, la que sostenia con su trabajo personal y las limos- nas que coleccionaba. Asistialos con mucho esmero, procurando que nada les faltase, ni de los auxilios corporales para la curacion de sus dolencias, ni de los espirituales para que asegurasen su salvacion los que sucumbian á la violencia de ellas. Este hospital estableci- do por el mismo Santo el año de 1540 en Granada, debe reputarse como fundamento de la caritativa. Orden que fundó, con el título de Hermanos de la Caridad. Como el objeto de nuestro Santo al establecer esta nueva familia religiosa fué fundar un instituto que reiniese la contemplacion de María con las caritativas tareas de Mar- za; de tal suerte reglamentó á sus nuevos compañeros, que en su práctica de vida alterbase la oracion con la exacta asistencia de los enfermos, y las molestas tareas de procurarles los auxilios necesar- ios, solicitando limosnas de las personas piadosas y acomodadas. Noticiosos el arzobispo de Granada, el obispo de Tuy, presidente de la chancillería, y otros sujetos de la misma ciudad, del admira- ble método con que Juan de Dios gobernaba su hospital, fomenta- ron con todo empeño sus caritativas empresas, auxiliándolo con

grandes sumas de dinero. Este último prelado señaló el hábito á los nuevos religiosos, aunque por entónces ni formaron reglas, ni hicieron votos algunos hasta el año 1570, que fué confirmada esta religion por San Pio V, tiempo en que ya había muerto el Santo.

Una desgracia imprevista dió á conocer á poco tiempo la asom- brosa caridad de Juan de Dios. Un terrible incendio se manifestó en su hospital; pero sin que le causaran espanto las llamas, sacó él sólo á todos los enfermos sobre sus espaldas para trasladarlos á lu- gar seguro, teniendo la felicidad de que ninguno pereciese. Ni el amor á sus prójimos se limitaba en nuestro Santo á asistirlos en sus dolencias; él ocurría á cualquiera parte á donde había necesitados. Cubiertas las atenciones primeras de su instituto, con el dinero sob- rante daba limosnas y dotaba doncellas para evitar cayeran en un precipicio; enseñaba á los ignorantes la doctrina cristiana y con su aspecto penitente, el ejemplo de su vida y sus dulces palabras sa- caba de mal estado á muchos pecadores obstinados.

Algunos negocios suyos lo llevaron á la corte de España, donde fué bien recibido del rey y de los principes, quienes lo socorrieron con cuantiosas limosnas, que repartió entre los pobres, y lo trataron con el mayor aprecio. No era esto muy del gusto del humilde Juan, cuya pasion dominante, despues la misericordia, era el desprecio de sí mismo; así es que habiendo sido injuriado por cierta muger, lla- mándolo hipócrita y embustero, le dió una moneda, como en nues- tra del placer que había recibido de verse humillado.

La virtud de nuestro Juan era muy heroica para que dejase de ser probada por la persecucion del mundo ingrato. Vuelto á Gra- nada continuó en el servicio de sus enfermos con la misma dedica- cion de siempre; pero unos malvados lo calumniaron ante el arzo- bispo, como receptor de malhechores y prostitutas; hizo llamar el prelado, y con la mayor sencillez se indemnizó en su presencia, diciéndole que si tal clase de gente se albergaba en su hospital, él no podía abandonarlos en sus dolencias; que Dios había muerto por todos, y que la caridad no era aceptadora de personas; ni distinguia al pobre, del rico; al virtuoso, del criminal.

Una caridad tan ardiente al fin llegó á costar la vida á nuestro Santo. Un dia estaba muy fatigado guardando una porcion de le- ña en su hospital, cuando vió caer á un hombre en un estanque in- mediato, y sin atender á otra cosa que á salvar aquel infeliz, se echó al agua y lo sacó; pero este resfrió le causó una calentura, que aun-

que oculta por algun tiempo, al fin llegó á postarlo, y no pudiendo ya moverse se acostó en el suelo de su celda, cubierto con su pobre hábito y un pedazo de sayal, sirviéndole una cesta de almohada. Viéndolo en esta humilde situación, una dama, rica de la ciudad pretendió llevarlo á su casa para asistirlo, y mirando su resistencia, rogó al arzobispo se lo mandase, cuya orden tuvo que obedecer Juan, y nombrando un superior interino, y despidiéndose de sus amados enfermos, partió á la casa de aquella señora caritativa, quien lo asistió con mucho esmero y le leía libros piadosos con grande consuelo del Santo. Noticioso el pueblo del deplorable estado de salud en que se hallaba Juan de Dios, ocurrían todas las clases de él á encomendarse á sus oraciones, con suma mortificación de nuestro Santo, que con lágrimas aseguraba á todos ser el mayor pecador del mundo, y lo único que suplicaba era que cuidasen de los pobres de su hospital despues de su muerte. En tan edificantes ejercicios llegó el 8 de Marzo del año 1550, en que habiéndose puesto de rodillas delante de un altar, abrazado con un crucifijo é invocando el sneratísimo nombre de Jesus, espiró tranquilamente, de edad de 55 años. A su funeral asistió el arzobispo, el clero, la nobleza y un inmenso número de pobres de Granada, que lo lloraban como á su padre y bienhechor, y sus exequias duraron nueve dias seguidos. Urbano VIII lo beatificó el año 1630, y Alejandro VIII lo puso en el catálogo de los santos el de 1654.

La Epistola es del capítulo XXI de la Sabiduría. (Eclesiástico)
(pág. 498)

Bienaventurado el rico que fué hallado &c.

El Evangelio es del capítulo XXII de San Mateo.

En aquel tiempo se llegaron á Jesus los fariseos, y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley? Respondióle Jesus: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante á este. Amarás á tu prójimo como á tí mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas. Congregados entónces los fariseos, Jesus les hizo esta pregunta: ¿Qué os parece á vosotros del Cristo? ¿De quién es Hijo. Dícenle: De Da-

vid. Replicóles: ¿Pues cómo David en espíritu le llama su Señor, cuando dice: Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi diestra, mientras que yo pongo tus enemigos por peana de tus pies? Pues si David le llamaba su Señor, ¿cómo cabe que sea hijo suyo? A lo cual nadie pudo responderle una palabra; ni hubo quien desde aquel dia osase hacerle mas preguntas.

MEDITACION.

Sobre la imitación de Cristo en la humillacion y la paciencia.

Considera que el ejemplo de Jesucristo nos lo debe hacer todo fácil. El ejemplo, cuando viene de un grande, ó de un rey, tiene el mayor poder sobre nosotros, nos hace vencer las mayores dificultades. Si viene de una persona á quien amamos, el mismo amor nos impide ver las dificultades que se ofrecen; y si nos da este ejemplo por efecto del amor verdadero ó tierno con que nos ama, hallamos un gusto positivo en imitarle. Solo obligó á Jesucristo el amor generoso y verdadero que nos tiene á darnos los ejemplos de humildad, paciencia, pobreza, mortificación y obediencia que nos propone. Eran estas virtudes para nosotros no solo muy correspondientes, sino aun necesarias. Abrazólas por tanto su divina Magestad para persuadirnos su práctica con su ejemplo, despues de habérnosla persuadido tantas veces con sus máximas. La pobreza, los trabajos y las adversidades son remedios de nuestras almas. Jesucristo era perfectamente santo: el contagio del pecado original no habia llegado á él, ni podía llegarle, porque era santo por naturaleza; por consiguiente no necesitaba para sí el ejercicio de estas virtudes. Estas suponen penas: Jesucristo era, no solamente inocente, sino el santo de los santos: con que no estaba obligado á sujetarse á ellas. Son ademas preservativos contra las inclinaciones corrompidas de nuestro conzon; su divina Magestad era impecable; y así no los necesitaba; pero nosotros como enfermos necesitamos de remedios, y no tenemos valor de tomarlos. Somos pecadores y por consiguiente dignos de castigo, y tenemos dificultad de someternos. Estamos pervertidos, y sumamente inclinado nuestro conzon á todo género de pecados: y así no nos podemos defender sin poderosos preservativos, siendo igualmente tímidos, cobardes y enfermos, atendemos menos á nuestra necesidad que á nuestra repugnancia, con la determinacion de parecer primero que curarnos con remedios que nos parecen amargos, y que no se acomodan con nuestra delicadeza.

Considera que Jesucristo, atendiendo también á esto, y deseando animar nuestra cobardía con su ejemplo, quiso, aunque era inocente, padecer los tormentos mas ásperos, para obligarnos á que nos sujetásemos á las penas bastantemente ligeras, que su misericordia, igualmente que su justicia, nos impone; y por esta razon aunque sano, y nuestro médico, quiso tomar primero los remedios, por amargos que fuesen, para obligarnos á que nos los aplicásemos. Bebió el cáliz hasta lo último, y bebiéndole, le quitó toda la amargura, para empujarnos á beberle despues. El amor que Jesucristo nos tuvo, lo hizo aceptar las humillaciones y sufrimientos, aunque considerado su dignidad no le fuese necesario, y aunque tales humillaciones y padecimientos fuesen indignos de su divina Magestad, á quien la union hipostática y la vision beatifica hacia incapaz de padecer, y era menester un milagro continuo para hacerse pisable, y el ejemplo de Jesucristo, el amor que nos manifiesta, sujetándonos á estas aliciones, y el amor que le debemos tener, que nos obligaran á abrazarlas, no solo sin dificultad, sino con gusto!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Bastaban estas reflexiones para hacernos apreciables los trabajos y cruces de esta vida, y para estimularnos al ejercicio de las virtudes con que aquellos se llevan fructuosamente; pero aun añadiremos la reflexión que nace de la necesidad de sufrirlos con paciencia para sacar de ellos fruto y provecho para nuestras almas, y es la de que no está en nuestro albedrio el tener ó no trabajos y penas en la vida presente, pues nos las decreta aquel Dios soberano que tiene en sus manos la suerte de los hombres, y estos, aunque quieran, no pueden evadirse de su padecimiento, ni evitar lo que el mundo llama su destino. Asi es que todo este asunto gira sobre esta disyuntiva: ó padecemos sin fruto ni merecimiento, poseído de la impaciencia y exasperacion; ó padecemos con mérito y provecho que me da el ejercicio de la paciencia y conformidad. ¿Qué dices, alma mía! ¿Qué extremo eliges de estos que únicamente ha dejado el Señor en tu albedrio? ¡Ah! Estimuláste con las consideraciones que acabas de tener, con las reflexiones que has hecho, con el ejemplo de Cristo Jesus que has contemplado; estimuláste á abizcarte con tu cruz y tus trabajos por una perfecta conformidad de tu voluntad con la de Dios, y el ejercicio de una paciencia tal que pueda darte la imitacion de Cristo: no huyas de los trabajos ni apetezcas cambiar

los por las mayores felicidades de la tierra, pues no hay en el mundo felicidad comparable á la de padecer fructuosamente.

JACULATORIA.

Yo no me gloriaré sino en la cruz de Cristo.

LECCION.

Sobre la septima parte del Credo.

De la segunda venida de Jesucristo á la tierra.

La verdad de este artículo de nuestra creencia tiene una fuerza admirable para separar á los hombres del pecado y refrenar los deseos desordenados del ánimo. *En todas tus obras*, dice el Eclesiástico, *acuérdate de tu fin, y jamas pecarás*. En efecto, por muy entregado que se halle á los vicios un pecador, si trae á la memoria que alguna vez ha de ser presentado delante del mas justo de los jueces, á quien ha de dar cuenta, no solo de sus acciones y palabras, sino aun de sus mas ocultos pensamientos, no puede menos de contenerse en la carrera de la culpa, y de atemorizarse á la vista de las penas que se le esperan. El justo por otra parte, para estimularse mas y mas á seguir la justicia y caminar con alegría en la senda de la virtud, necesita tener presente este terrible juicio; porque aunque pase la vida en medio de la miseria y de la infamia, de las aliciones y penalidades todas, la endulza el recuerdo de aquel dia en que despues de los combates de esta vida mortal, será declarado vencedor delante de todos los hombres, y recibido con eternos honores en la patria celestial. Por estas y otras razones observamos que los Profetas, los Apóstoles y los predicadores se valen tan frecuentemente en sus exhortaciones de la memoria del juicio. Isaías dice: *He aquí que vendrá el día del Señor cruel y lleno de indignacion, de ira, y de furor para poner la tierra en soldad, y para hacer pedazos en ella á los pecadores. Yo quitaré de la tierra*, dice Sofonías, *todo lo que hay en ella; la talaré toda: exterminaré de ella hombres y bestias: exterminaré las aves del cielo, y los peces del mar; y procearán los impios; y exterminaré á los hombres de la faz de la tierra, dice el Señor... Callad delante del Señor Dios, porque cerca está el día del Señor. Y haré que queden atónitos*, dice Ezequiel, *sobre tí muchos pueblos; y los reyes de ellos temblarán de grande espanto por tí, cuando*

mi espada comenzare à volar sobre las caras de ellos; y se espantará repentinamente cada uno por su alma en el día de tu ruina. Y et los muertos, grandes y pequeños, se lee en el Apocalipsis, que estaban en pie delante del trono, y fueron abiertos los libros, y fut abierto otro libro, que es el de la vida, y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, segun sus obras. Y dió la mar los muertos que estaban en ella; y la muerte y el infierno dieron los muertos que estaban en ellos, y fut hecho juicio de cada uno de ellos, segun sus obras. Por último, San Clemente asegura que acostumbraba decir el Apóstol San Pedro: "¿Quién podrá pecar si tiene siempre el juicio ante sus ojos?" Exponiendo San Gerónimo el siguiente texto de Job: *¿Quién soy yo que pueda responderle...? Pues aun cuando tuviera algun rastro de justicia, no responderé, sino que rogaré à mi juez, se expresa en estos términos: "Manchado con los dias y las noches de mis pecados, me lleno de temor al tener que dar cuenta hasta del último instante, y que se me diga: Gerónimo, ven à ser juzgado." Y en otro lugar dice: "Siempre que considero aquel día, se estremece todo mi cuerpo; y ya coma, ya beba, ya haga cualquiera otra cosa, siempre me parece que oigo sonar en mis oídos aquella terrible trompeta: Levantaos, muertos, y venid à juicio." San Bernardo, lleno de llanto y horror, se expresa así: "Temo el fuego, temo el semblante del Juez, tremendo hasta para las mismas angélicas potestades. Me estremezco de la ira del Todopoderoso, à la vista de su furor, al ruido del mundo que se cae, de la destruccion de los elementos y de la terrible voz del ángel. Me estremezco à la vista de la bestia infernal, del centro del infierno, del gusano roedor, del fuego devorador, del humo y del pavor..... ¡Ay de mí, Madre mía! ¿Para qué concebiste à tu hijo de dolor, à un hijo de amargura, de indignacion y llanto eterno? ¿Para que me recibiste en tus brazos, me alimentaste à tus pechos, habiendo nacido solo para ser combustible de las llamas y pábulo del fuego?" San Agustin dice en sus confesiones: "No me separaba del profunido caos de los delitos carnales, sino el miedo de la muerte y del juicio venidero, que à pesar de todos mis pensamientos, jamas se apartaba de mi corazón." Tanta es la importancia de este artículo de nuestra creencia, y tal la han juzgado siempre los Profetas, los Apóstoles y los Santos Padres, recordando con tanta frecuencia el día del juicio ó el día del Señor, como lo llaman Malaquías, Joel y San Pablo, porque en*

cierto sentido los demás dias pueden llamarse nuestros; pues que en ellos Dios permite que hagamos nuestra voluntad libremente, conforme à lo que el Señor dijo à Jerusalem, como nos refiere S. Lucas: *¿Ah, si tu reconocieras siquiera en este tu día lo que puede traerle la paz! mas ahora está en cubierto de tus ojos.* Pero en el último día el Señor juzgará del buen ó mal uso que hayan hecho de esa voluntad, y de las disposiciones que han tenido para esperar à la segunda venida del Señor, cuyo consideracion hemos visto cuán importante sea, y cuya verdad vamos à ver comprobada por los testimonios de la revelacion.

La segunda venida del Mesias en gloria y magestad esta anunciada de un modo inequívoco por los Profetas en todos los lugares en que la pronostican para los últimos dias del mundo, é igualmente en los que la predicen, anunciando la restitucion de Israel y la gloria manifiesta del Redentor. El profeta Joel indica hasta el lugar donde ha de comenzar la reñion de todos los mortales en el día del juicio. *Sonad la trompeta, dice, en Sion: dad alaridos en mi santo monte: estremézcaose todos los moradores de la tierra, porque viene el día del Señor.... Y dará prodigios en el cielo y en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo.... He aquí en aquellos dias y en aquel tiempo: cuando yo levantaré el cautiverio de Judá y de Jerusalem, juntaré todas las gentes y las llevaré al valle de Josafat, y allí disputaré con ellas.... Levántense, y vayan las gentes al valle de Josafat, porque allí me sentaré para juzgar à todas las gentes al contorno. ¿Y quién podrá pensar en el día de su venida, dice Malaquías, y quién se parará para mirarlo? Porque él será como fuego derretidor.... y se sentará para derretir y limpiar la plata, y purificará à los hijos de Levi, y los afinará como oro.... Y me llegará à vosotros para hacer juicio, y seré yo al punto testigo contra los hechiceros, y adúlteros y perjuros, y los que defraudan el salario del jornalero, à las viudas y pupillos, y apriemen al extranjero, y no me temieron, dice el Señor Dios de los ejércitos.... Porque he aquí vendrá un día encendido como horno; y todos los soberbios, y todos los que hacen impiedad serán como estopa, y los abrasará el día que debe venir, dice el Señor Dios de los ejércitos, sin dejar de ellos ni raíz ni renuevo.... Y hallareis à los impios hechos y ceniza bajo la planta de vuestros pies el día que yo obraré, dice el Señor.*

Aun más, expresa se encuentra esta verdad en el Nuevo Testamento. San Mateo nos refiere que después de haber manifestado el Salvador las señales que precederán al día terrible del juicio, continuó: *Como el relámpago sale del Oriente y se deja ver hasta el Occidente, así será también la venida del Hijo del hombre.....*

*Y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y entonces se reunirán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y magestad.... El cielo y la tierra pasarán; mas mis palabras no pasarán.... A la hora que menos penseis, ha de venir el Hijo del hombre.... Y cuando viniere el Hijo del hombre en su magestad y todos los ángeles con él, se sentará sobre el trono de su magestad. San Lucas, refiriendo la misma conversacion de Jesucristo, dice: Para que se cumplan las cosas que están escritas.... Entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con grande poder y magestad. Exponiendo este lugar San Atanasio, dice: "No quiere Jesucristo ocultar su segunda venida; sino ponerse desde luego á la espectacion universal, no en un establo despreciable que adoptó en la primera para enseñarnos la humildad, sino con toda la magnificencia de su gloria; porque no vuelve para padecer como en su venida primera, sino para repartir el fruto de su cruz á todos, dándoles la resurreccion, la inmortalidad, la incorruptibilidad, ni viene á ser juzgado, antes bien á juzgar á los vivos y á los muertos." San Pablo ofrece á los corintios: *El tambien os confirmará hasta el fin sin culpa, en el día del advenimiento de nuestro Señor Jesucristo.* El mismo dice á los colosenses: *Cuando apareciere Cristo, que es nuestra vida, entonces tambien vosotros aparecereis con él en gloria.* A los tesalonicenses los saluda en otros términos, *El Señor os multiplique y haga crecer mas y mas vuestra caridad, para confirmar vuestros corazones sin reprehension en santidad delante de Dios y Padre nuestro en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos.* El mismo Apóstol exhorta á Timoteo á que guarde el mandamiento sin mácula ni reprehension hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, *la cual mostrará á su tiempo el bienaventurado y solo poderoso, el Rey de los reyes y Señor de los señores; y le protesta delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar vivos y muertos en su venida y en su reino, que predique la palabra, que insista á tiempo y fuera de tiempo.* Concluyamos con*

las siguientes palabras del mismo á Tito: *Se manifestó á todos los hombres la gracia de Dios Salvador nuestro, enseñándonos que renunciando á los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanca bienaventurada y el advenimiento glorioso del Hombre Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dió á sí mismo por nosotros.* Tales son los testimonios irrecusables de la revelacion de la segunda venida de nuestro Salvador.

DÍA NUEVE.

Santa Francisca, viuda, fundadora de las Colatinas.

Santa Francisca fué natural de Roma, y nació el año de 1384, fruto del matrimonio de Pablo Burgo y Jacoba Rofredeschi, personas nobles y ricas, y que como tales, procuraron darle una educacion cristiana, de la que supo aprovecharse tan bien, que todo su deseo era seguir una vida perfecta; pero Dios, que la tenia destinada para ejemplar de todos los estados, permitió que desoyendo su padre su vocacion, la casara á la edad de doce años con un jóven de la misma Roma, y de igual nobleza que la suya.

Fué nuestra Santa en su matrimonio un completo modelo de mugeres casadas. Obediente á su marido, retirada de todas las concurrencias públicas, y dedicada en un todo al cumplimiento de sus obligaciones, supo hallar á Dios en sus negocios domésticos, dedicándole el tiempo que le sobraba en ejercicios piadosos, ya en su casa, y ya en los templos cuando le era posible. Criada con el mayor estuero, segun el consejo del Apóstol, de instruir á su familia en la religion con sus lecciones y ejemplos; velaba atentamente sobre sus costumbres, no ménos que sobre sus necesidades corporales; en dos palabras, su casa mas bien parecia un monasterio que habitacion de dos jóvenes esposos, y porque no faltase ni aun el rezo canónico, ella rezaba diariamente el oficio divino; empero tan atenta á no faltar en nada á sus deberes, que en llamándola su consorte al momento dejaba lo que leia, y acudia á ver lo que le mandaba; obediencia que el Señor quiso manifestar lo agradable que le era, pues habiendo una ocasion interrumpido por cuatro veces un salmo que principiaba, por ocurrir á otros tantos llamamien-

tos de su marido, la quinta halló que estaba el versículo escrito con letras de oro.

Las mortificaciones con que maceraba su cuerpo (con el debido permiso de su esposo) eran extraordinarias: su abstinencia llegó á dominar á tal punto el gusto del paladar, por los frecuentes ayunos á pan y agua, que para ella lo mismo era un plato de yerbas amargas, que el manjar mas bien condimentado: su vestido se reducía á una sarga gruesa sin otro niágun lienzo; sus disciplinas y cilicios tan crueles, que su confesor se vió precisado á prohibírselos. Tantos ejemplos de virtud no fueron infructuosos, y pronto tuvo quienes los imitasen; pues muchas damas romanas, abandonando sus extravíos, se reunieron á Francisca, formando una comunidad bajo su direccion, con la regla de los Benedictinos del monte Oliveta, aunque sin apartarse del siglo, hacer voto alguno, ni portar hábito que las distinguiera.

Por este tiempo quiso Dios probar á nuestra Santa con una gran tribulacion. Hallábase Roma afligida con un cisma, para cuya terminacion iba á reunirse un concilio general, cuando fué invadida por el ejército del rey de Nápoles, siendo en consecuencia desterrados el esposo y cuñado de Francisca, y retenido en rehenes su hijo mayor Juan Bautista. En medio de tantas desgracias, ella estaba tranquila, conformándose á semejanza del paciente Job, con las siempre adorables disposiciones del Altísimo; resignacion heroica que logró su debido premio, viendo muy pronto restablecida la paz de la Iglesia, y libres y devueltos á sus dignidades y bienes á las personas que mas amaba en este mundo.

Serenada esta tempestad en gran parte por las oraciones de Francisca, le permitió su esposo que hiciese voto de castidad, y fundara un monasterio de monjas con el nombre de Oblatas, bajo la regla de San Benito, y sujetas á la congregacion de los Olivetanos. Esta fundacion se hizo en el año de 1425, siendo aprobado este instituto por el papa Eugenio IV, con el título de Colatinas, el de 1437.

Hasta este año la Santa no habia tomado el hábito, aunque habia vivido en el monasterio; pero habiendo muerto su esposo en el mismo año, se vistió el traje religioso y fué nombrada superiora á pesar de su resistencia, y de que solo queria, como siempre lo habia pretendido, ser una criada de todas, por cuyo motivo continuamente ejecutaba los oficios mas humildes y bajos, y con una ejemplar sumision se sujetaba en todo al dictámen de las que eran sus

hijas, por su doble carácter de abadesa y fundadora. Tanta humildad fué premiada superabundantemente del cielo. En la oracion que regularmente era sobre la pasion de Jesucristo y en la comunión, eran frecuentes sus éxtasis, revelándole el Señor los misterios mas oscuros, ilustrándola con luces sobrenaturales. Concedióle el don de profecía, el de penetrar los corazones, y tambien el de los milagros. Era muy devota de la Santísima Virgen, bajo cuya proteccion fundó su monasterio, de S. Juan Evangelista y del Angel de su guarda, con quien, como dice la Iglesia en su oracion, conversaba familiarmente, presentándosele con tanto resplandor, que la iluminaba en medio de las tinieblas de la noche.

Habiendo caido enfermo de mucha gravedad su hijo Juan Bautista por el año de 1440, se vió precisada la Santa á salir de su monasterio; pero una violenta fiebre la imposibilitó volver á él. Revelóle el Señor su próxima muerte con la mayor claridad: así es que habiendo recibido los Santos Sacramentos, y pronosticado moriría en juéves, entregó su espíritu al Criador el 9 de Marzo del mismo año, á los cincuenta y seis de su edad. Los muchos milagros que obró Dios por su intercesion, movieron al papa Paulo V á canonizarla, como lo verificó con la mayor solemnidad el año de 1608. Sus sagradas reliquias son veneradas en Roma con un culto muy especial.

La Epistola es de la primera del Apóstol San Pablo á Timoteo, capítulo V.

Carísimo: Honra á las viudas que verdaderamente son tales. Mas si alguna viuda tiene hijos ó nietos, atiende lo primero á gobernar bien su casa, y dar el retorno debido á sus padres, pues esto es de lo que Dios se agrada. Pero la que verdaderamente es viuda y desamparada, espere en Dios y ejercítase en plegarias y oraciones noche y dia. Porque la que vive en deleites, viviendo está muerta. Hazles, pues, entender estas cosas, para que sean irreprochables. Que si hay quien no mire por los suyos, mayormente si son de la familia, este tal negó la fé, y es peor que un infiel. No sea elegida viuda de ménos de sesenta años de edad, ni la que haya sido casada mas de una sola vez, y que testifique con las buenas obras si ha criado bien los hijos, si ha ejercitado la hospitalidad, si ha lavado los piés de los santos, si ha socorrido á los atribulados, si ha practicado toda suerte de virtudes.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que si se lo halla un hombre lo encubre; gozoso del hallazgo va y vende todo cuanto tiene, y compra aquel campo. Es semejante asimismo el reino de los cielos al comerciante que trata en piedras preciosas, y viniéndole á las manos una de gran valor, va y vende todo cuanto tiene, y la compra. También es semejante el reino de los cielos á una red que echada en el mar coge todo género de peces, la cual estando llena, sacanla los pescadores, y sentados en la orilla van escogiendo los buenos, y los meten en sus cestos, y arrojan los de mala calidad. Así sucederá al fin del siglo: saldrán los ángeles, y separarán á los malos de entre los justos; y arrojaránlos en el horno de fuego: allí será el llanto y el crujir de dientes. ¿Habeis entendido bien todas estas cosas? Sí, Señor, la respondieron. Y él añadió: Por eso todo doctor instruido en lo que mira al reino de los cielos es semejante á un padre de familias que va sacando de su repuesto cosas nuevas y cosas antiguas.

MEDITACION.

Sobre la miseria y desolación de un pecador.

Considera que un pecador es dos veces infeliz en la adversidad: una por el mal que padece, y otra por el modo con que padece. Si le llega una desgracia ó una mudanza de fortuna, ó la pérdida de una persona, en quien tenía su apoyo y asimiento, padece sin alivio, sin consolacion, ni remedio; porque ¿á dónde irá á buscar el consuelo ó el alivio? ¿Acaso en la memoria de lo pasado? Todo le confunde, viendo tanto trabajo que se tomó inútil, y tantos delitos como cometió sin otro fruto que la confusion que le queda, que puede ser funesta desesperacion. ¿Pues qué? ¿Le irá á buscar en la situacion presente? Este es el motivo continuo de su dolor, por la aplicacion que tiene á su mal, de quien no puede apartar el pensamiento, sin poder ser sostenido de la fé, que en él es débil; ni fortificado por la gracia de Dios, de que está privado; ni consolado con la union del Espíritu Santo, que endulza los mas amargos dolores; porque se ha hecho indigno de ella. ¿Buscará, pues, su alivio en la consideracion de lo futuro? ¿Pero ay! que esta consideracion es la que acaba de desolarle, persuadido por los desórdenes de su vida

pasada, que solo saldrá de los males temporales para entrar en los eternos.

Considera, preguntándote á tí mismo, si eres uno de estos infelices, ¿á qué lado podrás volverte en tu mala fortuna? Saldrá de sí mismo el pecador, dice San Agustin, para buscar socorro; pero no lo hallará. Busca el alivio en las cosas de afuera, y solo halla en ellas esperanzas efímeras. ¿Recurrirá á Dios? ¡Oh dolor! O no le conoce, ó tiene cortisima idea de su poder y de su bondad; con que no puede tener confianza. Pero cuando recurriese á Dios, no debería acaso temer que le arrojase con las mismas palabras con que desechó á los perdidos israelitas. El pecador infeliz se volverá hácia el mundo de quien hizo su dios, y á quien se habia sacrificado todo. Este mundo es un perdido y un traidor, que le hizo traicion, y le abandonó, despues de todas las promesas con que le habia engañado. ¡Irá á buscar consuelo en sus amigos? ¡Qué pocos quedan en la mala fortuna! Un infeliz ordinariamente parece que tiene mal contagioso, porque todo el mundo huye de él, y aun cuando se hallase alguno tan generoso que quisiese tomar parte de su desgracia, la que se tomase no le aliviará. Si entra en sí mismo, mucho ménos, pues todo él se halla poseido de los mayores males. A cualquiera parte que se vuelva, solo halla desórdenes y confusion; solo halla remordimientos en su conciencia, solo se vé rodeado de delitos; pero delitos desmenuados de placer, porque todos los matices que lo adornaban, y que los hacian tan apreciables á sus ojos, ya en su adversa fortuna no le queda mas que una dolorosa memoria, una confusion, un arrepentimiento ineficaz é inútil, y una funesta desesperacion. Vé aquí á dónde viene á parar la falsa y breve prosperidad de los malos.

PETICION Y PROPOSITOS.

El desengaño en todas líneas y materias es el bien mas apreciable que podemos lograr; pero en la presente no solo es apreciable, sino absolutamente necesario para adquirir el sumo bien de que nos separa y nos priva el funesto engaño que nos mantiene adheridos á las criaturas y engolfados en las empresas y vanidades del mundo. ¡Oh si este desengaño obrara en nosotros todo el efecto deseado! Pero la desgracia es que á pesar de que conocemos nuestro error, no queremos prescindir de los encantos que lo mantienen en nosotros; de donde resulta que con los ojos abiertos nada vemos, y con-

tinuamos en nuestros devaneos, hasta que llega el punto de que hacemos una quiebra absoluta en todos nuestros bienes, pues á la pérdida de los bienes temporales se sigue la de los eternos, y á los trabajos de esta vida los que no tienen fin en la futura. Abre, pues, alma mía los ojos á la verdad, y aprovechándote del desengaño que esta te proporciona, evita la ruina que puede traerte tu alucinamiento. Sea esta tu propósito, y pídele al Señor el acierto en los medios que debes emplear para desprenderte del mundo y las criaturas.

JACULATORIA.

Aparta, Señor, mis ojos, para que no vean la vanidad, ni los cieguen los hechizos y falsicias del mundo.

LECCION.

Sobre el juicio particular.

Bajo diversos conceptos se considera el juicio en las Escrituras Sagradas, y por lo mismo son muy distintas las acepciones que se dan á esta voz. Hay un juicio de discrecion, como aquel de que habla el salmista rey cuando dice al Señor: *Júzgame, Dios, y diciérneme mi causa de uno gente no santa.* Otro juicio hay de condenacion, del cual habla San Juan, cuando copia las siguientes palabras del Redentor: *Quien cree en el Hijo de Dios, no es juzgado; mas el que no cree, ya ha sido juzgado; porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios.* Y en otro lugar: *Los que hicieron bien irán á resurreccion de vida; mas los que hicieron mal á resurreccion de juicio.* Hay, por último, un juicio oculto y otro manifesto. "El juicio oculto," dice S. Agustin, "es la pena por la que ahora cada uno de los hombres, ó se ejercita para purgarse, ó se amonesta para convertirse; ó si desprecia la vocacion, ó la disciplina de Dios, se ciega para la condenacion. El juicio manifesto es aquel en que ha de venir el Señor á juzgar á los vivos y á los muertos, en el que se repartirán premios á los buenos y suplicios á los malos; pero entonces aquella confesion no valdrá para el remedio de los malos, sino para aumento de su condenacion." De estos dos juicios, dice el Señor por San Juan: *En verdad, en verdad os digo, que el que oye mi palabra y cree á aquel que me envió, tiene vida eterna, y no viene á juicio; mas pasó de muerte á vida. Esto es, no vendrá al juicio manifesto para ser condenado, si no sal-*

vo. El juicio oculto se obra en esta vida, segun dice San Agustin; el manifesto se hace despues de la muerte, siendo necesario presentarse cada uno en la presencia de Dios y dar cuenta de sus operaciones, recibiendo por último la sentencia del juez. Mas esto ha de verificarse en dos diversos tiempos: el primero, al momento despues de la muerte de cada hombre, y el segundo al fin del mundo. El primer juicio es particular y privado, cuando pasando cada uno de nosotros de esta vida mortal, al instante se presenta en el tribunal de Dios, donde sufre el mas riguroso exámen de todo cuanto ha pensado, dicho ó obrado en todo el tiempo de la vida; y el otro es el juicio general, cuando reunidos todos en el último dia, bajará el Señor con gloria y magestad á juzgar á todos.

Separada el alma del cuerpo, comparece delante del tribunal de Jesucristo, para dar cuenta de todo cuanto ha hecho bueno ó malo en esta vida. Este dogma de nuestra religion se halla expresado de un modo inequívoco y terminante en las siguientes autoridades del depósito sagrado de nuestra fé. San Pablo dice á los hebreos: *Está establecido á los hombres que mueran una sola vez, y despues es el juicio.* Y tú, ¿por qué juzgas á tu hermano? Dico el mismo á los romanos: *O tú, ¿por qué menosprecias á tu hermano? Pues todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. ... Y así, cada uno de nosotros dará cuenta á Dios de sí mismo, pues no nos juzguemos ya mas los unos á los otros.* Y finalmente, con mas extension á los corintios: *Sabemos que si nuestra casa terrestre de esta morada fuere deshecha, tenemos de Dios un edificio, casa no hecha de mano, que durará siempre en los cielos. ... Por esto vivimos siempre confiados, sabiendo que mientras estamos en el cuerpo vivimos ausentes del Señor. ... Y por esto procuramos con teson, ahora estamos ausentes, ahora presentes, serle agradables; porque es necesario que todos nosotros seamos manifestados ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba segun lo que ha hecho, ó bueno ó malo, estando en el propio cuerpo.*

La cuenta que hemos de dar ha de ser tan exacta, que el mismo Jesucristo dice por San Mateo, *qué toda palabra ociosa que hablabren los hombres, darán cuenta de ella en el dia del juicio.* Así es que seremos examinados detenidamente de los pecados que hubiéremos cometido por pensamiento, de palabra, con las obras, ó por omision, por el mal ejemplo que hubiéremos dado, por los pecados de otros de que hubiéremos sido cómplices; por las virtudes mismas

hubiéremos practicado, si la intencion al ejercerlas ha sido viciosa ó imperfecta. En una palabra, sobre las obligaciones generales, particulares y personales que debemos cumplir y no ejecutar. En el Eclesiástico se lee: *Todo cuanto se hace lo traerá Dios á su juicio por cualquier á yerro, sea aquella cosa buena ó mala.* San Mateo nos refiere, entre los cargos que nos hará Dios en el juicio: *Porque tuve hambre, y no me diste de comer; porque tuve sed, y no me diste de beber; era huésped, y no me hospedasteis; á menudo, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.* Sin que se admita la disculpa de no haberlo visto llambriento, sediento, &c.; pues el Señor agrega: *En verdad os digo, que en cuanto no lo hicisteis á uno de estos pequeños, ni á mí lo hicisteis.* San Pablo amonestando á los romanos, dice: *Por tu dureza y corazón impenitente, advertas para ti en el día de la ira y de la revelacion del justo juicio de Dios, el cual retribuirá á cada uno segun sus obras; esto es, con la vida eterna á los que perseverando en hacer buenas obras buscan gloria, y honra é inmortalidad; mas con ira é indignacion, á los que son de contienda, y que no se rinden á la verdad, sino que obedecen á la injusticia. . . . Porque todos los que sin ley pecaron, por ley serán juzgados. Porque no son justos delante de Dios los que oyen la ley; mas los habedores de ella serán justificados. Hablad y haced, dice el Apóstol Santiago, como que empezais á ser juzgados por la ley de la libertad, porque se hará juicio sin misericordia á aquel que no usó misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio. ¿Qué aprovechará, hermanos míos, á uno que dice que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura podrá la fe salvarlo? El Apóstol San Judas al anunciar el juicio, refiriéndose á Encé, dice, que este profeta contaría al Señor, á conocer á todos los impíos de todas las obras de su impiedad que malamente hicieron, y de todas las palabras injuriosas que los pecadores impíos han hablado contra Dios. Estos son murmuradores querrellosos, que andan segun sus pasiones, y su boca habla cosas soberbias que muestran admiracion de las personas por causa de interés. Por último, San Pedro dice á los judíos: *Los que extrañan que no concurráis á la ignominia de turjia, darán cuenta á aquel que está dispuesto para juzgar vivos y muertos.**

En tan severo exámen las acciones de los hombres no serán juzgadas segun las máximas, el ejemplo y los respetos puramente hu-

manos, sino con arreglo á la eterna verdad, conforme á la divina palabra, y segun el Evangelio de Jesucristo. El mismo Salvador dice por San Juan: *Si alguno oyere mis palabras, y no las guardare, no lo juzgo yo. . . . El que me desprecia y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella lo juzgará en el día postrimero. Porque yo no he hablado de mí mismo, mas el Padre que me envió, él me dió mandamiento de lo que tengo de decir, y de lo que tengo de hablar, y sé que su mandamiento es la vida eterna.*

Manifestada ya la verdad del juicio particular que ha de seguir inmediatamente á nuestra muerte, y la severidad, exactitud y reglas que en él han de observarse, fijemos ahora nuestras ideas sobre el juez ante quien hemos de ser presentados. Jesucristo Señor nuestro está adorno de esta calidad, y ha de desempeñar este importante y terrible oficio para con todos los hombres. Así nos lo asegura la revelacion en muchos lugares, de los que algunos son los siguientes. San Juan nos asegura haber dicho el Salvador: *Así como el Padre resucita los muertos, y les da la vida, así el Hijo da vida á los que quiere. El padre no juzga á ninguno; mas todo el juicio ha dado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honra al Padre. . . . El Padre dió al Hijo el poder de hacer juicio, porque es Hijo del hombre.* San Pedro, segun refieren los Hechos de los Apóstoles, dice: *Jesucristo nos mandó que predicásemos al pueblo, y que diésemos testimonio de que él es el que Dios ha puesto por juez de vivos y muertos.* San Pablo protesta á Timoteo delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar vivos y muertos.

Esta circunstancia de ser Jesucristo el juez, debe hacernos temblar al considerar aquel día tremendo; porque á mas de tomarnos una cuenta exactísima hasta del último instante, él es el mismo que nos instruyó, que padeció y murió por nosotros; nos manifestará su doctrina practicada por él propio, los auxilios recibidos por salvarnos; á su perspicacia y su conocimiento no puede ocultarse lo mas leve, así como su rectitud suma nada puede disimular ó despreciar; y su justicia inexorable no ha de hablarse á nuestros ruegos, ni mandar un ápice de las reglas que tiene establecidas. Inmensa confusion debe cubrir al pecador que se ve en su presencia, sin excusa ni pretexto que poder alegar, sin recurso ni consuelo á

que poderse acoger. Oprimido del peso de las culpas, abrumado con su gravedad, y que en vano intenta ya todos los medios de salvarse, cuando en tiempo oportuno los desprecia por el mas frívolo interes.

Para librarnos, pues, de estos justos y fundados motivos de temer á tan terrible é inexorable juez, es necesario juzgarnos á nosotros mismos para prevenir la exactitud y rigor con que hemos de ser juzgados, siguiendo el consejo que San Pablo da á los corintios: *Si nos examinásemos á nosotros mismos, ciertamente que no seríamos juzgados. Mas cuando somos juzgados, somos corregidos del Señor para que no seamos condenados con este mundo.* Debemos aplacar ahora á nuestro juez con nuestra penitencia, y procurararnos á toda costa la paz y el consuelo de una conciencia pura, de modo que podamos decir con el Salmista: *En ti, Señor, esperé: tú me mirás, Señor Dios mio... porque preparado estoy para los azotes, y mi dolor está siempre delante de mí. Pues yo publicaré mi iniquidad y andaré pensativo por mi pecado.* Debemos, finalmente, estar siempre prevenidos, velando y orando en todos tiempos, segun el aviso del Señor que nos refiere San Lucas: *Mirad, pues, por vosotros, no sea que nuestros corazones se carguen de glotonería y de embriaguez, y de los afanes de esta vida, y que venga de repente aquel día. Volad, pues, orando en todo tiempo para que seáis dignos de... estar en pie delante del Hijo del hombre.*



DIA DIEZ.

San Macario, obispo de Jerusalem.

San Macario, el mas zeloso defensor de la divinidad de Jesucristo contra los arrianos, nació á fines del siglo III, y en sus primeros años fué conducido por sus padres por las rectas sendas de la virtud, dedicándose al mismo tiempo al estudio de las sagradas letras, en las que hizo considerables adelantos. Por el año 314 lo elevó su mérito á la silla episcopal de Jerusalem, despues de la muerte de Hermon, viniendo á ser el trigésimo nono obispo de aquella ciudad, despues del Apóstol Santiago. Su sólida piedad, la sabiduría de su



S. Macario Obispo



S. Kuzepo Martir



S. Gregorio Papa Martir



S. Andrés Martir

que poderse acoger. Oprimido del peso de las culpas, abrumado con su gravedad, y que en vano intenta ya todos los medios de salvarse, cuando en tiempo oportuno los desprecia por el mas frívolo interes.

Para librarnos, pues, de estos justos y fundados motivos de temer á tan terrible é inexorable juez, es necesario juzgarnos á nosotros mismos para prevenir la exactitud y rigor con que hemos de ser juzgados, siguiendo el consejo que San Pablo da á los corintios: *Si nos examinásemos á nosotros mismos, ciertamente que no seríamos juzgados. Mas cuando somos juzgados, somos corregidos del Señor para que no seamos condenados con este mundo.* Debemos aplacar ahora á nuestro juez con nuestra penitencia, y procurararnos á toda costa la paz y el consuelo de una conciencia pura, de modo que podamos decir con el Salmista: *En ti, Señor, esperé: tú me mirás, Señor Dios mio... porque preparado estoy para los azotes, y mi dolor está siempre delante de mí. Pues yo publicaré mi iniquidad y andaré pensativo por mi pecado.* Debemos, finalmente, estar siempre prevenidos, velando y orando en todos tiempos, segun el aviso del Señor que nos refiere San Lucas: *Mirad, pues, por vosotros, no sea que nuestros corazones se carguen de glotonería y de embriaguez, y de los afanes de esta vida, y que venga de repente aquel día. Velad, pues, orando en todo tiempo para que seáis dignos de... estar en pie delante del Hijo del hombre.*

—♦♦♦♦♦

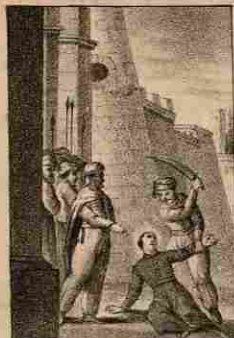
DIA DIEZ.

San Macario, obispo de Jerusalem.

San Macario, el mas zeloso defensor de la divinidad de Jesucristo contra los arrianos, nació á fines del siglo III, y en sus primeros años fué conducido por sus padres por las rectas sendas de la virtud, dedicándose al mismo tiempo al estudio de las sagradas letras, en las que hizo considerables adelantos. Por el año 314 lo elevó su mérito á la silla episcopal de Jerusalem, despues de la muerte de Hermon, viniendo á ser el trigésimo nono obispo de aquella ciudad, despues del Apóstol Santiago. Su sólida piedad, la sabiduría de su



S. Macario Obispo



S. Kuzepo Martir



S. Gregorio Papa Martir



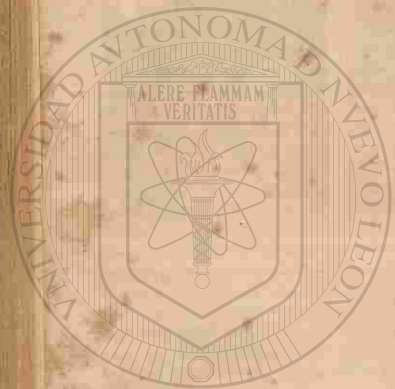
S. Andrius Martir

conducta, su zelo para extender la fé de Jesucristo, y por conservar su pureza y demas virtudes, lo hicieron considerar justamente como uno de los más santos é ilustres prelados de la Iglesia en su tiempo.

Cuando la herejía de Arrio comenzaba á salir de Egipto y á comunicarse á las otras provincias del imperio, se unió Macario á S. Alejandro, obispo de Alejandría, y la atacó con tanto estuerzo, que el herejiarca, despues de haber sido expelido de esta ciudad, habiéndose refugiado á la Palestina, lo contaba en el número de sus mas grandes enemigos. Desacreditaba su conducta con el mayor conato, y animado de un espíritu inoble de venganza, denigraba su reputacion, tratando de ignorante y herege grosero á un prelado que, segun S. Atanasio, no respiraba más que el espíritu de los varones apostólicos por la pureza de su doctrina, la santidad de su vida, la sinceridad, rectitud y sencillez de su corazón.

San Macario asistió despues al concilio general de Nicea, compuesto de trescientos diez y ocho obispos, los mas de ellos confesores de Jesucristo en las últimas persecuciones; mas puede juzgarse de la alta reputacion de que gozaba nuestro Santo en la Iglesia, por el lugar de su firma, que fué la tercera del referido número de prelados y la primera de los de la Palestina: consideracion que sin duda se debió á su mérito personal, mas bien que á la dignidad de su silla, que por entonces dependia de Cesarea, metrópoli de la Palestina. Habiendo contribuido con sus luces al triunfo de la verdad ortodoxa en aquella venerable asamblea, se volvió á Jerusalem á ejecutar sus decisiones, y se dedicó á preservar su rebaño del veneno del arrianismo, impidiendo que lo contagiasen de las diócesis de Cesarea, de Lidia y de Scitópolis donde se habia propagado. Las grandes atenciones de su Iglesia y la suma vigilancia en que convenia estar para defenderla del error, no lo distrayeron de la práctica de las virtudes privadas: humilde, caritativo, modesto, constante en la oracion, y ejercicios de penitencia, no ménos persuadía á la perfeccion evangélica con su ejemplo, que la hacia amar con sus exhortaciones. La prueba mas concluyente que se puede tener de la santidad de Macario, es el haber correspondido el cielo al arbitrio de que se valió para la designacion de la cruz de Jesucristo: suceso que le ha merecido una justa celebridad en la Iglesia.

El año siguiente al concilio de Nicea, que era el vigésimo del reinado de Constantino, este príncipe, queriendo celebrar las vi-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

teñales de su imperio de una manera mas laudable que sus predecesores, determinó que se construyesen templos muy suntuosos, principalmente en la Tierra Santa. Los gentiles, para abolir la memoria de la resurrección de Jesucristo, habian terraplendo su sepulcro y fabricado encima un templo en que ofrecian sacrificios á los ídolos de Júpiter y de Venus; mas el emperador resuelto á fabricar en el mismo lugar una iglesia en honor de la resurrección del Salvador, escribió á San Macario una carta, que nos ha conservado Eusebio, encargándole la dirección de la obra, y que esta quedase mucho mas suntuosa que las demas. Santa Elena, madre de Constantino, llegó á pocos dias á Jerusalem, y se encargó ella misma de la ejecución. Comenzó dando orden de que se derribase el templo de Venus, y de que cavasen hasta encontrar el Santo Sepulcro. Se verificó así, y este apareció en efecto, encontrándose ademas tres cruces. Como no se sabia cuál era la de nuestro Redentor, pues el título probablemente estaba separado, el santo obispo Macario, lleno de fé, se valió de un medio para reconocerla, cuya seguridad dependia inmediatamente de la voluntad de Dios. Mandó que cada una de las tres cruces se fuesen aplicando á una enferma que hacia mucho tiempo que habia perdido la salud; y haciendo él entretanto una oracion muy fervorosa, se sintió aquella sana milagrosamente luego que la tocaron con la tercera cruz, señal bastante segura de que este era el tesoro que se buscaba.

Se debe tambien á la piedad y zelo de nuestro Santo la construcción de las Basílicas del monte Calvario, del de las Olivas y de Belen; pues aunque los emperadores Constantino y Elena dieron todos los gastos, fueron movidos principalmente por las exhortaciones y consejos de Macario, quien á los veinte años de obispado en el de 334, terminó su existencia con una muerte santa y correspondiente al mérito de su vida.

La Epístola es del capítulo XIII de la del Apóstol San Pablo á los hebreos.

Hermanos: Acordaos de vuestros preladados, los cuales os han predicado la palabra de Dios: cuya fé habeis de imitar, considerando el fin de su vida. Jesucristo es el mismo que ayer, es hoy, y lo será por los siglos. No os dejéis, pues, llevar de doctrinas varias y peregrinas. Lo que importa, sobre todo, es fortalecer el corazón con

la gracia, no con aquellas viandas que nada aprovecharon á los que practicaron su observancia. Tenemos un altar, de que no pueden comer los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre por el pecado ofrece el pontífice en el Sancta Sanctorum, son quemados fuera del poblado. Que aun por eso Jesus para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, á él fuera de la ciudad cargados con su improperio. Puesto que no tenemos aquí ciudad fija, sino que vamos en busca de la que está por venir. Ofrezcamos, pues, á Dios por medio de él, sin cesar, un sacrificio de alabanza; esto es, el fruto de los labios que bendicen su nombre. Entre tanto no osheis en olvido la beneficencia y el comunicar con otros vuestros bienes, porque con tales ofrendas se gana la voluntad de Dios. Obedeced á vuestros preladados, y estadles sumisos, porque ellos valen, como que han de dar cuenta de vuestras almas.

El Evangelio es del capítulo XI de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Ninguno encienda una candela para ponerla en un lugar escondido, ni debajo de un celemin; sino sobre un candelero, para que los que entran vean la luz. Antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo estuviere puro, todo tu cuerpo será alumbrado; mas si estuviere dañado, tambien tu cuerpo estará lleno de tinieblas. Cuídate, pues, de que la luz que hay en ti no sea tinieblas. Porque si tu cuerpo estuviere todo iluminado, sin tener parte alguna oscura, todo lo demas será luminoso, y como antorcha luciente te alumbrará.

MEDITACION.

Sobre la penitencia.

Considera que la penitencia para ser buena ha de ser verdadera; para ser verdadera ha de ser severa: Dios nos perdona nuestros pecados; pero con condicion de que no nos los perdonemos nosotros á nosotros mismos. Su divina Magestad tiene la bondad de olvidarlos; pero nosotros nos hemos de acordar de ellos, y solo la pena que nos imponemos nos conserva la memoria de ellos. Dios cesa de aborrecernos luego que nosotros hacemos penitencia; y esta es la razon por la cual se remite el pecado; pero la pena no queda, por lo regular, perdonada enteramente, sino mudada en otra; ántes de la

penitencia merecíamos una pena eterna; después de la penitencia se contenta Dios con una pena temporal, que es en la que se compensa: Dios nos hace árbitros y jueces de esta pena; pero apelará á su justicia de nuestra sentencia si no correspondiere; y la sentencia que Dios dará, será severa, si la tuya fuere blanda é indulgente; no nos tengamos lástima, si queremos que Dios la tenga de nosotros. Si hicieramos reflexión que la pena que tomamos ó que se nos impone en la penitencia, es compensación de una pena eterna, no seríamos tan blandos con nosotros mismos. ¿Tendríamos dificultad de pagar una moneda á quien nos perdonase diez mil? Aunque no sea necesario que haya igualdad entre la cosa que se compensa y la conmutada, debe haber alguna proporción; ya que no se nos pide lo que debemos, á lo ménos paguemos lo que podamos. Verdaderamente que no guardamos bien las reglas de la justa compensación, cuando se nos perdona una pena infinita que debíamos, y mandázenos decir por toda penitencia algunas oraciones vocales, las rezamos con tan poca atención, que de nuestra penitencia misma hacemos materia para nueva penitencia; ó cuando con una ó dos horas de penitencia queremos satisfacer pecados que merecían pena eterna. La causa de ser tan blandos y de hacer tan poca penitencia, es, ó que no hemos pensado bastante en lo que es pena eterna, ó que creemos que jamas hemos sido acreedores á ella.

Considerad que nada puede gobernarnos mejor sobre este particular, que el modo con que Dios lo ha dispuesto por sí mismo, cuando ha querido imponer alguna pena temporal, que es la penitencia de esta vida. Perdonó á David; pero no por eso dejó de castigarle: ¿y hasta dónde no llegó el castigo? ¿Qué fué su penitencia? David fué perseguido de su hijo, abandonado de sus vasallos, despojado de su reino, y no obstante se dice que le habia hecho gracia; ¿pues qué fuera si Dios se vengase? La Iglesia nuestra madre, y madre tan apacible y tierna, imponía á sus hijos penitencias de siete años por pecados que hoy se tratan de flaquezas; pero ¿qué penitencias? Un solo día de penitencia parece á nuestra tibieza un año. ¡El pecado es hoy ménos grave que era entonces! ¿La misericordia de Dios ménos amable? ¿Su justicia ménos digna de temerse? ¿Somos ménos cristianos? Si, somos ménos cristianos, y por eso ménos penitentes.

PETICION Y PROPOSITOS.

¡Ah Señor, no diga esto de mí mi propia conciencia y el rectísimo juicio que ha de discernir mi causa! Yo conozco que no merezco otra calificación, pues en verdad soy cristiano en el nombre; pero mis obras no lo acreditan. Sin embargo, los sentimientos que hoy animan mi corazón condenan una deformidad tan enorme como la que hay entre lo que soy y lo que debo ser. Yo quiero, pues, cambiar enteramente de conducta: salir del estado de inmortificación y de tibieza en que he vivido por contemporizar con mis inclinaciones y dar gusto á mis apetitos. Quiero abrazarme con los rigores de la penitencia; y que esta sea la que al mismo tiempo que expie mis pasadas culpas, me preserve de las que mi malicia ó mi flaqueza pudieran aun hacerme cometer. Para lograr esta empresa, espero me ayudeis con vuestra gracia.

JACULATORIA.

Yo mismo me reprendo ¡oh Señor! y hago penitencia en la ceñiza y en el cilicio.

LECCION.

Sobre el fin del mundo, y señales que precederán al juicio universal.

Examinado ya el juicio particular, debemos ocuparnos del universal; pero como este ha de verificarse al fin del mundo, vamos ántes á informarnos de lo que nos enseña la fé cristiana con respecto á esta catástrofe, tan expresamente profetizada en las Sagradas Escrituras, y de las señales que han de proceder á aquel día terrible: veremos lo que nos enseña el depósito sagrado de nuestra creencia sobre la época en que debe acontecer este suceso, la venida del Anticristo y todos los grandes preparativos que han de designar la segunda venida del Mesías á la tierra, con el objeto de juzgar á los vivos y á los muertos.

Ignoramos el tiempo y la época señalada de la final destrucción del universo; únicamente sabemos por la revelación que el cielo y la tierra acabarán, que así como tuvieron principio han de tener fin, y que han de hacer lugar, por decirlo así, á un nuevo cielo y á una nueva tierra que serán la eterna morada de los bienaventurados.

Oigamos la palabra divina manifestada por las Escrituras Santas sobre este punto: *El cielo y la tierra pasarán*, dice el Señor por S. Mateo, *mas mis palabras no pasarán*. Mas de aquel día ni de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo, sino solo el Padre. Y así como en los días de Noé, así también será la venida del Hijo del hombre. Porque así como en los días antes del diluvio se estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento, hasta el día en que entró Noé al arca, y no le entendieron hasta que vino el diluvio y llenó á todos, así será también la venida del Hijo del hombre. . . . Velad, pues, porque no sabéis á qué hora ha de venir nuestro Señor: estad apercebidos. . . . porque á la hora que menos penseis, ha de venir el Hijo del hombre. . . . y cuando viniere. . . . en su magestad, y todos los ángeles con él, se sentarán entonces sobre el trono de su Magestad, y serán todas las gentes juntas ante él.

Mas para terminar este mundo, han de preceder señales y sucesos notables que están profetizados en las Escrituras Sagradas y que podemos reducirlos á seis. Las guerras, hambres casi universales, frecuentes terremotos, y el trastorno de las estaciones y de muchas leyes de la naturaleza. La segunda señal será el verso casi amortiguada la caridad entre los cristianos. La tercera, la extension de la predicacion evangelica por toda la tierra. La cuarta, la venida del Anticristo. La quinta, la vuelta de Elias y de Enoch al mundo. La última, la conversion de los judíos. Examinemos los fundamentos en que estriba nuestra creencia sobre cada una de estas señales.

Las guerras, pestes, hambres, terremotos y trastornos de las leyes que observamos en la naturaleza, se ven anunciadas primeramente por Isaías, que así se expresa: *Estruendo de muchedumbre en los montes como de pueblos numerosos: voz de sonido de reyes, de gentes emigradas: El Señor de los ejércitos ha dado la orden á los tropas de la batalla, á los que vienen de tierras remotas, desde el extremo del mundo: el Señor, y los instrumentos de su furor para destruir toda la tierra. Ahullad, porque cercano está el día del Señor; como aislamiento vendrá enviado del Señor: por eso todas las manos serán descoyuntadas. . . . se dolerán como mujer que está de parto: cada uno quedará alónito mirando á su vecino: sus rostros como caras quemadas. Ha aquí que vendrá el día del Señor, cruel, y lleno de indignacion y de ira, y de fu-*

*ror, para poner la tierra en soledad. . . . Porque las estrellas del cielo y el resplandor de ellas no derramarán su lumbré: se ha entenebrecido el sol en su nacimiento, y la luna no resplandecerá en su lumbré. . . . Sobre esto turbará el cielo, y se moverá la tierra de su lugar, á causa de la indignacion del Señor de los ejércitos y por el día de la ira de su furor. . . . Todo hombre que fuere hallado, será muerto; y todo hombre que sobreviviere, caerá á cuchillo. El Evangelista San Mateo nos refiere, que habiendo dicho los discípulos á Jesus: ¿Qué señal habrá de tu venida y de la consumacion del siglo? Respondiéndoles, dijo entre otras cosas: Oiréis guerras y rumores de guerras: mirad que no os turbeis, porque conviene que esto suceda; mas aun no es el fin. Porque se levantara gente contra gente, y reino contra reino, y habrá pestilencias, y hambres, y terremotos por los lugares. . . . Y despues de la tribulacion de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su luz. Casi en los mismos términos se expresan S. Marcos y S. Lucas, quien agrega: *Habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas: y en la tierra consternacion de las gentes por la confusion que causará el ruido del mar y sus ondas, quedando los hombres yertos por el temor y recelo de las cosas que sobrevendrán á todo el universo. . . . Y les dijo una semejanza: Mirad la higuera y todos los árboles: cuando ya producen de si el fruto entendéis que cerca está el estío. Así tambien vosotros cuando vieris suceder estas cosas, sabed que cerca está el reino de Dios.**

La segunda señal será el que se vea amortiguada la caridad entre los cristianos. El profeta Joel habia dicho: *Levantaos, y vayan las gentes al valle de Josafat. . . . Echad las hoces, porque mudará esta la mies: venid y descendad, porque lleno está el lugar, rebosan los bógaros; porque se multiplicó la maldicia de ellos.* Y Jesucristo, segun S. Mateo, hablando de estas señales, dice: *Entonces os entregarán á tribulacion y os matarán, y seréis abortecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Y muchos entonces serán escandalizados, y se entregarán unos á otros, y se aborrecerán: entré si. . . . Y porque se multiplicará la iniquidad se resfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin será salvo.* Del mismo modo se refiere en San Marcos y San Lucas esta doctrina del Salvador.

La tercera señal del juicio será, el que el Evangelio de Jesucristo haya sido predicado ya por toda la tierra; y será predicado esto

Evangelio del reino de Dios por todo el mundo, dijo Jesús por San Mateo, en testimonio á todas las gentes, y entonces vendrá el fin. S. Marcos expresa la misma y iden por estas palabras: Y ante todas cosas conviene que sea predicado el Evangelio á todas las gentes.

La señal cuarta debe ser la venida y la persecucion del Anticristo. Entonces, dice el Señor por San Mateo, si alguno os dijere: Mirad; el Cristo está aquí ó allí, no le creais; porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y darán grandes señales y prodigios, de modo que si puede ser, caigan en error aun los escogidos: ved que os lo he dicho de autemano. Por lo cual, si os dijeren: he aquí que está en el desierto, no salgais; mirad que está en lo mas retirado de la casa, no lo creais. Lo mismo nos repite San Marcos sobre la venida del Anticristo. San Juan nos dice en una de sus epistolas: Hijitos, ya es la última hora; y como habeis oido que el Anticristo viniere, así ahora muchos se han hecho Anticristos; de donde conocamos que es la última hora. . . . ¿Quién es mentiroso sino aquellos que niegan que Jesús es el Cristo? Este tal es el Anticristo, que niega al Padre y al Hijo.

Las Santas Escrituras describen el carácter de este individuo que se llama Anticristo con estos seis notables distintivos. 1º Que será un hombre poderoso y perverso, opuesto á todo bien, y especialmente á Jesucristo. *No os movais*, dice San Pablo á los tesalonicenses; *ni os perturbéis, como si el día del Señor estuviese ya cerca, y no os dejéis seducir de nadie en manera alguna: porque no será, sin que antes . . . sea manifestado el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta sobre todo lo que se llama Dios ó que es adorado.* 2º El querrá ser temido por Dios y hacerse adorar como tal. El referido Apóstol. continúa el texto en estos términos: "De manera que se sentará en el templo de Dios mostrándose como si fuese Dios. ¿No os acordais que cuando estaba todavía con vosotros os decia estas cosas?" 3º El suscitará contra la Iglesia la persecucion mas seductora, á la que se rendirán multitud de cristianos. "La venida de aquel, continúa, es en toda seducción de la iniquidad para aquellos que perecen, porque no tuvieron el amor de la verdad para ser salvos. Por eso crearán en error para que crean á la mentira, y sean condenados todos los que no creyeron á la verdad, antes consintieron á la iniquidad." 4º El hará falsos milagros con que muchos serán engañados. "La venida de aquel es, segun operacion de Satanás, en toda potencia, en señales

y en prodigios mentirosos." Y el Señor ya vimos que dijo por S. Mateo: Que hará grandes señales y prodigios, de modo que si puede ser, caigan en error aun los escogidos. 5º El perseguirá á la Iglesia; pero no por mucho tiempo. "Si no fuesen abreviados," dice Jesucristo por San Mateo, "aquellos días, ninguna carne seria salva; mas por los escogidos, aquellos dias serán abreviados." Lo mismo se lee en San Marcos. Orígenes, San Gerónimo, San Agustín y San Gregorio, opinan que esta persecucion solo durará tres años y medio, poco mas ó ménos; y agregan que lo que el profeta Daniel anunció de que Antiocho destruiria el sacrificio perpetuo del templo de Jerusalem, era una profecía de lo que el Anticristo figurado por Antiocho ha de hacer en orden al sacrificio de la ley nueva en todos los lugares á donde se extienda su dominio. 6º El será destruido por Jesucristo con el soplo de su boca. "Entonces," dice S. Pedro en el lugar citado, "se descubrirá aquel perverso, á quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, y le destruirá con el resplandor de su venida."

La quinta señal del fin del mundo será la venida de Enoc y Elías á la tierra, para oponerse al Anticristo, y para trabajar en la conversion de los judíos; el Anticristo les quitará la vida; é inmediatamente será confundido por la presencia de Cristo. El Génesis nos dice, que "Enoc anduvo con Dios, y desapareció porque le llevó Dios." En el libro de los Reyes se refiere "que subió Elías á los cielos en un torbellino." Jesús dice por San Mateo: "Elías en verdad ha de venir, y restablecerá todas las cosas." En el Apocalipsis: "Daré á mis dos testigos, y profetizarán mil doscientos sesenta dias vestidos de sacos." Todo lo demas consta por la tradicion conservada por los Padres.

La última señal es la conversion de los judíos. A mas de hallarse anunciada por Osías y Malaquías, San Pablo hablando á los romanos, dice: "No quiero que ignoreis este misterio . . . que la ceguera ha venido en parte á Israel, hasta que haya entrado la plenitud de las gentes. Y que así todo Israel se salvasse, como está escrito: Vendrá de Sion el libertador, que desterrará la impiedad de la raza de Jacob. Y esta será mi alianza con ellos, cuando quitaré sus pecados." Un velo oculta hoy á los ojos de los judíos el cumplimiento de las profecías: él se correrá al fin del mundo, y volviendo en sí recobrarán la misericordia de Dios. "¿Cuán incomprensibles son sus juicios é impenetrables sus caminos!"

DIA ONCE.

San Eulogio, presbítero y mártir.

Quando la ciudad de Córdoba, en España, se hallaba en poder de los sarracenos, nació Eulogio ó Eloy, de una ilustre y cristiana familia de la misma ciudad, y sus padres para impedir se contagiase con los errores de la secta de Mahoma, lo hicieron educar por una congregacion de clérigos de la iglesia del santo mártir Zoilo, en cuya compañía adquirió los conocimientos de nuestra sagrada religion, y se perfeccionó en la práctica de todas las virtudes, especialmente la caridad y humildad.

Hecho notable nuestro Santo tanto por su virtud como por su sabiduría, no pudo negarse á ascender al sublime estado del sacerdocio, á que lo obligó, á pesar de su resistencia, el obispo de Córdoba, y habiéndolo ordenado de presbítero, lo colocó en una cátedra de ciencias eclesiásticas en la famosa escuela que entónces florecia en aquella ciudad; puesto que desempeñó con general satisfaccion. Pero la enseñanza de sus discípulos no entibió el fervor de su vida: á su infatigable estudio reunió la vigilia y oracion; visitaba con la mayor frecuencia á los monjes para observar de cerca sus costumbres, é imitar á los mas virtuosos; formó tambien unas reglas de piedad para que le sirviesen de guia en su conducta, comunicándolas á otras personas que procuraban seguirlo.

El culto católico que era tolerado en Córdoba por los moros, mediante cierta contribucion, fué repentinamente prohibido por Abderraman III, que reinaba en esa ciudad, quien levantó una sanguineta persecucion contra el cristianismo. El obispo de Córdoba y otros muchos fueron reducidos á prision en compañía de Eulogio, el que se dedicó á animar á estos ilustres confesores de la fé, para que no vacilaran entre la apostasia y la muerte, y no contento con estos zelosos oficios escribió desde la cárcel su *Exhortacion al mártirio*, dirigida á las vírgenes María y Flora, que fueron decapitadas el año 851. Estas ofrecieron á nuestro Santo alcanzar de Dios su libertad citando se viesen en la bienaventuranza; lo que se verificó bien presto, pues á los seis dias de su glorioso triunfo quedó Eulogio libre.

En el año 852 padecieron martirio otros muchos cristianos, y aunque murió repentinamente Abderraman, su hijo continuó la persecucion, y por su orden fueron muertos, entre otros, San Fandila, monje; San Anastasio, San Felix y las Santas Digna, Columba y Pomposa; á todos los cuales no solo animó Eulogio en sus tormentos, sino que los defendió despues de muertos, en una famosa apologia en que combatió á sus calumniadores. Escribió tambien otras obras con el mayor valor en defensa del cristianismo: todo lo que le acarrió tal fama, que habiendo vacado el arzobispado de Toledo por el año 858 fué nombrado á esta dignidad, aunque por haber sobrevivido poco á su eleccion, no llegó á obtenerla.

Por fin llegó el tiempo en que nuestro Santo sellase con su sangre la fé que predicaba. Vivía en Córdoba una jóven y noble doncella llamada Lucrecia, hija de padres moros; pero que habia sido bautizada secretamente por un pariente suyo cristiano; lo que habiendo llegado á noticia de sus padres, la trataban con la mayor crueldad para hacerla apostatar. Luego que supo esto Eulogio, compadecido de la situacion de Lucrecia, le proporcionó los medios para salvarse, y consiguiendo extraerla de la casa paterna, la puso en un lugar seguro donde pudiese servir á Dios con toda libertad.

Sabedores los padres de Lucrecia de que Eulogio habia sido el autor de la fuga de su hija, lo acusaron ante el cadí, quien habiendo hecho llamar á nuestro Santo, lo amenazó de muerte si no descubria el lugar donde se hallaba la jóven, y no abjuraba la religion de Jesucristo. Resistióse Eulogio al primer mandato, y declaró valerosamente al juez que ningun género de tormento seria suficiente para hacerle abandonar su fé, en cuya virtud dispuso el cadí fuese llevado al consejo del rey. En vano se esforzó allí uno de los consejeros en vencer la heroica constancia de Eulogio; éste, superior á la seducccion y al temor, hizo una gloriosa confesion del Evangelio, y se puso á explicar los dogmas de la verdadera religion y á impugnar los delirantes absurdos del Alcoran, lo que no pudiendo sufrir aquellos fanáticos secuaces de Mahoma, lo sentenciaron á muerte, y en consecuencia de esta órden fué degollado fuera de las puertas de Córdoba el dia 11 de Marzo del año de 859, "mereciendo," dice el Martirologio, "ser compañero de los mártires de aquella ciudad, cuyas vidas y combates padecidos por defender la fé católica habia escrito con gran cuidado."

La Epistola es del capítulo II y III de la segunda del Apóstol San Pablo á Timoteo.

Carísimo: Acuérdate que nuestro Señor Jesucristo, del linage de David, resucitó de entre los muertos, según mi Evangelio: por el cual estoy yo padeciendo, hasta verme entre cadenas como malhechor: si bien la palabra de Dios no está encadenada. Por tanto, todo lo sufro por amor de los escogidos; á fin de que también ellos consigán la salvación adquirida por Jesucristo, con la gloria celestial. Pero tú ya has visto mi doctrina, mi modo de proceder, el fin que me propongo; cuál es mi fé, mi longanimidad, mi caridad, mi paciencia; cuáles las persecuciones y vejaciones que he sufrido; lo que me sucedió en Antioquía, en Iconio y en Listra; cuán grandes han sido las persecuciones que he tenido que sufrir; y como de todas me ha sacado á salvo el Señor. Y todos los que quieren vivir virtuosamente según Jesucristo, han de padecer persecución.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Nada hay escondido que no venga á descubrirse, ni oculto que no llegue á saberse. Lo que os digo de noche, decído lo á la luz del día; y lo que os digo al oído, predicado desde los tejados. No temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma: temed ántes al que puede arrojarnos alma y cuerpo en el infierno. ¿No es así que dos pájaros se venden por un cuarto, y no obstante ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestras cabezas están todos contados. No teméis, pues, que temer; valeis vosotros mas que mucho pájaros. Todo aquel, pues, que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos.

MEDITACION.

Sobre el juicio final y sentencia de los condenados.

Considera que en este terrible día nos hemos de hallar ya avergonzados, ya gozosos, según el lugar que ocupemos, y á que por nuestras obras nos háyamos hecho acreedores, si á la diestra ó á la siniestra del Señor. Entónces, dice el Salvador, el supremo Juez pro-

nunciará la sentencia de condenación contra los réprobos, y de bendición para los escogidos. Entónces se os dirá: "Apartaos de mí, malditos, que soy vuestro Dios, y á quien habeis obligado con vuestros delitos á ser vuestro enemigo: de mí, que era vuestro Salvador, y á quien con vuestras ingratiudes habeis hecho vuestro contrario y vuestro juez: de mí, que debía ser vuestra eterna bienaventuranza, y ahora seré quien os castigue con eterna infelicidad. Vosotros os habeis querido separar voluntariamente de mí para unirlos á la criatura por vuestros placeres; y ahora seréis á vuestro pesar apartados eternamente de mí para padecer los mayores tormentos: Vosotros no seréis mi pueblo, y yo no seré vuestro Dios. O, si os hago conocer que soy vuestro Dios, será empleando el poder divino en castigaros. Se os dirá: *Id malditos, amados, honrados y reverenciados de los hombres; pero malditos de Dios. Vosotros habeis amado la maldición, y la habeis hallado, y con ella todos los males: vosotros habeis huido de la bendición, y ella se huyó de vosotros; y con ella todos los bienes.* Pero á dónde irán estos infelices, cuando se separen de vos? ¡Oh qué horror! al fuego eterno. ¿Cómo se podrá estar, cómo se podrá subsistir en medio de un fuego devorador? No obstante, subsistirán, y abandonados de la Providencia, pues no experimentarán de su parte otro efecto que su eterna conservación para sus eternos tormentos.

Considera cuánto tiempo estarán en este fuego? Eternamente: tanto como Dios será Dios; que es lo mismo que decir, tanto tiempo cuanto Dios abhorrecerá al pecado. Estos infelices abhorrecerán también su culpa; pero infructuosamente, porque ya jamas cesarán de padecer, arder y desesperarse. *Este fuego eterno no estaba preparado para vosotros, dice el Señor, sino para los demonios; mas vosotros, habeis querido ser compañeros de su rebelion, y por eso lo seréis eternamente de sus tormentos.* ¡Qué golpe de rayo para estos infelices! ¡Pero qué espanto para nosotros! Estas palabras: *Venid tras mí, y llevad vuestra cruz,* te parecen ásperas y difíciles ahora; medítalas de espacio; no sea que despues sean mas ásperas y tormentosas las de un juez airado: *Id, malditos, al fuego eterno.* Atiende que no te puedes librar de estas, si no es practicando y recibiendo dócilmente las primeras.

PETICION Y PROPOSITOS.

En efecto, Señor, toda cuanto austeridad y rigor puede darse en las máximas de nuestro Evangelio, es nada en comparación de la acerbidad y rigor de los tormentos eternos que merecemos por nuestras culpas; aquí nada es sobre nuestras fuerzas, y todo puede decirse momentáneo: allí todo es sobre la capacidad natural del hombre, y todo eterno: ¿Pues quién podrá racionalmente juzgarse aquí con piedad, y dispensarse de la mortificación, sabiendo de cierto que lo que aquí no pague, lo ha de pagar allá, y con un extremo incalculable? ¡Ah! Yo no quiero dar en la locura de aquellos que prefieren los efímeros gozos de esta vida al descanso y verdadero gozo de la eterna. Yo quiero hacer aquí conmigo mismo un juicio estricto y severo; y aplicarme una pena tan rigurosa, que si no ignora, porque es imposible, la infinita malicia de mis culpas, iguale á las fuerzas que me deis, y que auxiliéis con vuestra virtud.

FACULATORIA.

Poqué, Señor; ten misericordia de mí.

LECCION.

Sobre el juicio universal.

El santo rey David nos dejó la mas brillante narracion profética del juicio final en los salmos XCVI y XCVII: "El Señor reinó, regocijose la tierra. . . Nube y oscuridad al rededor de él; justicia y juicio son el apoyo de su trono. Fuego irá delante de él, y abrasará al rededor á sus enemigos. Alumbraron sus relámpagos la redondez de la tierra: vió la tierra y fué conmovida. Los montes como una cera se derrieron á la vista del Señor: á la vista del Señor toda la tierra. Anunciaron los cielos su justicia, y vieron todos los pueblos su gloria. . . El Señor manifestó su Salvador: á la vista de las naciones descubrió su justicia. Se acordó de su misericordia y de su verdad para con la casa de Israel. Vieron todos los términos de la tierra al Salvador del Dios nuestro. . . Muévase el mar y su plenitud, la redondez de la tierra y los que moran en ella. . . A la vista del Señor porque vino á juzgar la tierra. Juzgará la redondez de la tierra en justicia, y los pueblos en equidad." El profeta Isaias dice: "He aquí que el Señor vendrá en

fuego y sus carros así como torbellino: para retornar con saña su furor y su reprension con llama de fuego: porque el Señor juzgará discerniendo á toda carne con fuego y con su cuchillo, y serán muchos los que matará. . . Yo vengo á recoger las obras de ellos y los pensamientos de ellos con todas las gentes y lenguas, y vendrán y verán mi gloria." Otros varios testimonios podíamos agregar del Antiguo Testamento, en que se demuestran, tanto los sucesos que han de preceder, como los que han de acompañar al juicio; pero nada mas expreso y detallado puede darse en el asunto, que la descripción de este dia que hizo el Señor á sus discipulos poco ántes de su pasion. San Mateo nos refiere las señales que han de preceder, del modo que hemos visto en la leccion de ayer, despues de lo cual continúa el Salvador diciendo: "Entonces parecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo, y entonces plairán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y magestad; y enviará sus ángeles con trompetas y con grande voz, y allegarán sus escogidos de los cuatro vientos, desde lo sumo de los cielos hasta los términos de ellos." A continuación los exhorta á estar preparados y vigilantes con las parábolas del siervo que aguarda á su señor, y de las diez vírgenes que esperando al esposo, solo entraron con él á las bodas las cinco prudentes que con oportunidad habian preparado sus lámparas. Mas para comenzar á darles una idea de la estrecha cuenta que há de tomársenos en aquel dia, les añadió inmediatamente la otra parábola del Señor, que entregó á uno de sus siervos cierta cantidad de dinero, á otro una menor, y al último una muy pequeña; y que presentándose despues á tomarles cuentas; habiendo el primero negociado y duplicado el capital, el Señor le dijo: "Porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor." Otro tanto sucedió con el segundo; mas el tercero, en vez de negociar con su dinero, le habia enterrado, y al venir á dar cuentas á su Señor, no le volvió sino la misma cantidad que habia recibido. El Señor, despues de reprenderle su pereza, y mandarle quitar lo que le habia dado, dijo: "Al siervo inútil echadlo en las tiembías exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes." Una de las circunstancias particulares del juicio universal será que el Señor sentará cerca de sí á todos los santos, que juzgará con él á todos los demonios y á los impios para realizar su gloria á proporcion de lo que ellos se hubieren humillado, para confundir á los perversos que des-

precian la santidad, y para manifestar finalmente, que los santos no hacen sino un solo cuerpo con Jesucristo, cuyos miembros son. San Mateo nos refiere, que preguntando San Pedro ¿quién tendrían después los que como él lo habían abandonado todo por seguirlo? Jesús les dijo: "En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, cuando en la regeneración se sentará el Hijo del hombre en el trono de su magestad, os sentareis también vosotros sobre doce sillas, para juzgar á las doce tribus de Israel; y cualquiera que dejase casa, ó hermanos, ó padre, ó madre, ó muger, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna." San Lucas nos dice también que Jesucristo se expresó así con sus Apóstoles: "Vosotros habéis permanecido conmigo... y por esto dispongo yo del reino para vosotros, como mi Padre dispuso de él para mí; para que comáis y bebáis á mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar á las doce tribus de Israel." San Pablo dice á los corintios: "¿No sabéis que los santos juzgarán de este mundo? Y si vosotros habéis de juzgar el mundo, ¿no seréis dignos de juzgar cosas de poquísima monta? ¿No sabéis que juzgaremos á los ángeles? ¿Pues cuánto mas las cosas de este siglo?" El santo rey David ya habia dicho igualmente: "Se regocijarán los santos en la gloria, se alegrarán en sus moradas. Los ensalzamientos de Dios en su boca, y espadas de dos filos en sus manos para hacer venganza en las naciones, represiones en los pueblos... Para lucer sobre ellos el juicio decretado, esta gloria es para todos sus santos." Los santos, pues, suscribirán la sentencia dada por el juez de vivos y muertos, Cristo Jesús; y respecto á los ángeles alabarán á aquellos que conservaron su principado, así como también comprobaban con sus sufrimientos las penas eternas impuestas por el supremo juez á los ángeles que por apostasía cayeron de la gracia de Dios. De este modo uno solo será el supremo juez que dará la sentencia, Jesucristo Señor nuestro, y los demas como asesores pondrán á la vista de todos los fundamentos de las sentencias pronunciadas por Cristo, para que se patentice á todos con cuánta justicia se salva, ó se condene cada uno.

Aunque como dijimos al hablar del juicio particular, el exámen ha de ser rigorosísimo de todas las palabras, pensamientos y acciones, no solo de las omisiones, sino aun de las obras que aunque buenas en sí, se hayan desvirtuado por la mas ó menos perfecta intención; sin embargo, observamos que Jesucristo solo hace mención en

en sentencia, de las obras de misericordia para el premio, y de sus omisiones para el castigo, ya para que sepan los hombres que en aquel tribunal no solo se ha de dar cuenta de la fé, sino también de las obras, ya también para que conozcan cuán expuestos están á ser condenados los que ofenden positivamente á Dios en muchos pecados, cuando ven que se condena á aquellos que desprecian solamente las obras de misericordia, y ya finalmente, para que entendamos que no hay pecado por grave que sea, que la caridad no satisfaga, y que por lo mismo justamente se condenan los que no han redimido sus pecados con limosnas ó con las demas obras.

Hemos visto ya el proceso, el tribunal, y el juez de aquel terrible juicio; digamos algo antes de concluir, de los testigos y acusadores. El primero será el mismo Juez, como dice el Señor por Jeremías, y aun mas por David, cuando dice: *Oye pueblo mio, y hablaré, Israel, y atestiguaré contra ti... injustamente creiste, que seré tal como tú: arguiré y te pondré delante de tu cara; serán acusados también por los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, en los que está patente lo que Dios ha mandado que se haga, lo que ha prometido y lo que ha amonestado: Y fueron juzgados, dice el Apocalipsis, los muertos, por las cosas que estaban escritas en los libros. Será igualmente acusador su propia conciencia. El apóstol San Pablo dice á los romanos, hablando de los gentiles: Estos tales que no tienen ley, ellos son ley: á sí mismos que demuestran la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio á ellos su misma conciencia; y los pensamientos de dentro, que unas veces los acusan, y otras los defienden en el día en que Dios juzgará las cosas ocultas de los hombres, según mi evangelio. Serán acusados, los ímpios por los ángeles santos, cuyas inclinaciones no quisieron seguir los demonios que los tentaron, las criaturas todas de que abusaron, y por último, aquellos para quien fueron causa y ocasion de su condenación, de cualquier modo.* (R)

—————♦—————
DÍA DOCE.

San Gregorio Magno, Papa y Confesor.

S. Gregorio, á quien su extraordinaria virtud y sabiduría le han adquirido el renombre de Grande, nació en Roma por el año de 540, y tuvo por padres á Gordiano y á Silvia, sujetos no menos nobles

que virtuosos, como lo prueba el que habiéndose separado por común consentimiento, su padre abrazó el estado eclesiástico, llegando por sus méritos á ser cardenal, y su madre se retiró á un monasterio.

Desde su niñez se dedicó Gregorio con grande aplicacion á los estudios, de suerte que á los treinta y cuatro años de edad, sumamente instruido en la latinidad, retórica, filosofía y ambos derechos, fué nombrado gobernador de Roma, por el emperador Justino el Mozo, con aplauso de toda la ciudad. Pero este supremo cargo no sirvió sino para mortificar á nuestro santo, porque no cuadraba con el desprecio con que veía al mundo, y los humildes sentimientos de su corazón.

Habiendo muerto Gordiano, se fundaron segun su última voluntad, con sus grandes riquezas, varios monasterios, entre ellos uno en su misma casa, con el nombre de San Andres, el que se entregó á los monges Camaldulenses. En este convento, siendo su abad San Valentin, se retiró Gregorio el año 575, cuando tenia treinta y cinco de edad. El fervor del nuevo novicio, lo hizo entregarse con tanto empeño á la penitencia, que sus ayunos llegaron á poner en peligro su vida, hasta que consiguió de Dios milagrosamente verme curado de los males que le habia causado su abstinencia: igual fué su zelo por adquirir todas las virtudes, uniendo á la práctica de todas ellas, el profundo estudio de las sagradas letras.

Pero Gregorio no habia nacido para estar sepultado en la soledad; ardiendo su corazón en el fuego de la gloria de Dios, partió á Inglaterra á conducirle la luz del Evangelio, con licencia del papa Pelagio I, mas apenas tuvo noticia de su salida el pueblo, cuando clamó porque se le hiciera volver. En efecto volvió á Roma nuestro santo á prestar otros servicios mas importantes á la Iglesia, pues á poco tiempo fué creado cardenal por Pelagio II, y remitido á Constantinopla en clase de nuncio apostólico, para tratar ciertos asuntos con el emperador Tiberio, quien lo recibió con el mayor aprecio. En esta ciudad guardó el mismo tenor retirado de vida, que en Roma y aquí escribió á instancias de San Leandro, los treinta y cinco libros de moral sobre Job, tan admirados de todos los sabios. Empeñóse el emperador en honrar á nuestro santo, y al efecto lo eligió por padrino del principe su nieto, á quien regeneró con las saludables aguas del bautismo. Por ese mismo tiempo el patriarca de Constantinopla escribió un libro que contenia varios

errores; pero afortunadamente Gregorio logró convencerlo de ellos y que se retractase, logrando así cortar en su origen un mal que pudo cundir á muchos, por la autoridad que daba á su autor la alta consideracion que le profesaban los pueblos.

En el año 584 volvió Gregorio á Roma á instancias del pontífice, llevando un brazo de San Andres y la cabeza de San Lucas, que le regaló el emperador: depositó estas preciosas reliquias en su monasterio, y él tambien volvió á este su querido retiro. Pero duró poco en él, porque casi al mismo tiempo que sus monges lo nombraron por prelado, Pelagio II lo hizo su secretario, destino que desempeñó con mucho acierto y sabiduría. Muerto Pelagio, el pueblo romano nombró por sucesor á Gregorio; pero aunque no pudieron vencer su resistencia á subir al pontificado, sin embargo, se encargó en lo pronto del gobierno de Roma, durante la peste que entonces la asolaba, la que consiguió del Señor terminase con sus oraciones, habiendo entonces instituido para este fin, las públicas procesiones de las letanias, que hasta ahora se observan en la Iglesia.

Terminada la peste, conociendo nuestro santo no ser ya tan necesaria su presencia, salió de Roma y se ocultó en un bosque para evitar su consagracion; pero habiendo descubierto el lugar donde se hallaba una columna milagrosa de luz, fué devuelto á la ciudad y consagrado sumo pontífice el día 3 de Septiembre del año 590. Recibió su exaltacion con el mas grande temor; así es que á los obispos que le congratulaban, les contestaba lleno de lágrimas y de timidez, pidiendo oraciones para el acierto. Su admirable obra, que tituló *el Cargo Pastoral*, manifiesta cuán bien conocia el peso de sus obligaciones.

Desempeñólas Gregorio con la mayor perfeccion: reformó el sacramentario ó misal, é introdujo en la misa el rezo de los Kyries: dedicóse á instruir al pueblo, predicando varias elocuentes homilias, y escribió ademas otras cuarenta, que publicó en el tiempo de su pontificado; hizo otras varias obras, en todas las cuales se admira no menos su profunda sabiduría, que la persuasiva elocuencia con que movia los corazones.

Su ardiente caridad no se limitaba á los fieles: era muy dulce para tratar á los que tenían la desgracia de estar separados de la Iglesia; recibia con benignidad á los hereges, á los cismáticos y judíos, exhortando á los obispos á que imitasen su conducta, con cuyo me-

dio logró la conversión de muchos de todos estos infelices. No cuidaba menos de las necesidades temporales de su rebaño: cuanto poseía era de los pobres; y no contento con socorrer mensualmente á una multitud de ellos, de que tenía un registro, diariamente comían en su mesa diez mendigos, que su sacristán tenía cuidado de convidar; los extranjeros, los peregrinos, los huérfanos, y en fin, todos los necesitados hallaban en él santos auxilios y consuelo.

El zelo de Gregorio por engrandecer á la Iglesia fué tambien muy notable: los templos cristianos, principalmente en Italia, estaban asolados y casi destruidos por la cruel guerra de los Lombardos; pero los cuidados y rentas del sumo pontífice se ocuparon en restablecerlos. Las costumbres de los fieles fueron reformadas por el celoso pastor: los abusos se corrigieron; la piedad se aumentó sobremanera, y la heregía quedó casi extinguida. La fe católica fué dilatada por su solicitud pastoral en Inglaterra: en España se apagó el arrianismo: en las Galias abolió la simonía, y en la África contruyó los progresos de los donatistas.

No fué menos grande Gregorio como príncipe temporal. En la invasión de los Lombardos al territorio de Italia, acudió nuestro santo á la defensa de los pueblos, dando las órdenes mas acertadas, habiendo estos sitiado á Roma el año 592, libró á la ciudad, é hizo levantar el sitio; y obrando como vigilante pastor, logró convertir al catolicismo á Aguilulfo, rey de aquellos bárbaros. Ultimamente, noticioso de las cuantiosas contribuciones con que eran oprimidos los pueblos de órden de la emperatriz Constantina, le escribió una enérgica carta, con la que consiguió cesaran aquellos tributos que costaban los mas grandes sacrificios. La profunda humildad de Gregorio esmalta tantas prendas. Lejos de vanagoriarse por los aplausos que merecía por ellas, se tenía por el mayor peccador. á la referida emperatriz Constantina, que en una carta le manifestaba su deseo de saber por revelacion si era ó no predestinada, le contestó que él se tenía por indigno de semejantes gracias: sabiendo que los obispos apreciaban tanto sus obras, que las leían con la mayor frecuencia al pueblo, se mortificó demasiado y les encargó leyesen los escritos de San Agustin, que debían tener mas aprecio: en fin, en todas sus cartas se firmaba *siervo de los siervos de Dios*, y de aquí tomaron esta frase los sucesores de San Pedro, para firmarse del mismo modo.

Todo el tiempo de su pontificado padeció de una suma debilidad

de estómago, de continas calenturas y de ataques de gota, que varias veces lo postraban en la cama por mucho tiempo, edificando á cuantos lo visitaban por su admirable paciencia; pero al fin, totalmente destruidas sus fuerzas, murió en el ósculo del Señor, á 12 de Marzo de 604, habiendo gobernado la iglesia trece años seis meses y diez dias. Sus reliquias son veneradas por griegos y latinos en el templo del Vaticano: el dia de su muerte era festivo antes del cisma, en los monasterios de Inglaterra y en todo el reino por disposición del concilio de Oxford, y actualmente es muy célebre en varias comunidades religiosas, por haber canonizado en él el papa Gregorio XV, á los santos Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Felipe Neri, Teresa de Jesus é Isidro Labrador el año de 1622.

La Epistola es del capítulo IV de la segunda del Apóstol San Pablo á Timoteo.

Cartaismo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos al tiempo de su venida y de su reino: predica la palabra de Dios, insiste con ocasion ó sin ella: reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, sino que teniendo una comeczon extremada de oír doctrinas que les halaguen, reunirán á una caterva de doctores propios para satisfacer sus deseos; y cerrarán sus oídos á la verdad, y los aplicarán á las fábulas. Tú entretanto invigila en todas las cosas: soporta las adiciones: desempeña el oficio de evangelista: cumple todos los cargos de tu ministerio: vive con templanza: que ya yo estoy á punto de ser inmolado, y se acerca el tiempo de mi muerte. Combatido he con valor; he concluido mi carrera, y he guardado la fé. Nada me resta, sino aguardar la corona de justicia que me está reservada, y que me dará el Señor en aquel dia como justo juez; y no solo á mí, sino tambien á los que desean su venida.

El Evangelio es del capítulo V de San Mateo. [pág. 629.]

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra, &c.

MEDITACION.

Sobre el vencimiento de los obstáculos para procurar nuestra salvacion.

Considera que la salvacion es difícil, pero no es imposible. Porque es difícil, es menester esforzarse; pero como no es imposible, no

hay que desesperarse. Aunque haya poderosos obstáculos que vencer, hay mas poderosos medios para ayudarnos. Dios nos manda que cuidemos de nuestra salvacion, y seria injusto si no nos diese los medios para conseguirla; Dios nos obliga so pena de su indignacion, á esperar la bienaventuranza que nos promete, es menester que nos enseñe el camino que hemos de tomar, y nos dé los socorros necesarios para poder llegar al término. La posesion de Dios debe ser mi recompensa; solo Dios puede darme á Dios; con que es menester que me dé la gracia, que es la única cosa que me puede dar derecho á esta posesion. Es verdad que hay enemigos poderosos y muy dichos de temerse, que nos disputan la victoria; pero tenemos muchos mas poderosos protectores que nos la prometen y nos la aseguran. Es muy difícil contentar á Dios, cumplir con sus preceptos y salvarse, es verdad; pero no es ménos difícil contentar al mundo, satisfacer sus pasiones y condenarse. Los condenados mismos en el infierno confiesan que caminaron por una senda dura y trabajosa. ¿Y para qué? Para obrar la iniquidad, y buscarse su perdicion. ¿Pues no hubiera sido mejor que hubieran hecho el camino de la austeridad y de la penitencia para vivir santamente y salvarse?

Considera que la mayor dificultad que en la práctica se nos presenta para hacer nuestro único negocio, es el vencernos á nosotros mismos. Esfuerzos hace el mundo por atraernos; astucias emplea el demonio por perderlos; pero ni uno ni otro enemigo puede avanzar sus planes hostiles, mientras que no esté de inteligencia con los enemigos domésticos. Lo mismo puede decirse aun de nuestra misma carne; pues aunque estamos vestidos de ella y la traemos con nosotros mismos, ella no podrá dominarnos mientras se le tenga enfrenada con el vencimiento de las pasiones, la guarda del corazón, la mortificacion de los sentidos y toda especie de modestia y austeridad de vida. Mas esto es puntualmente lo que no se quiere; porque nuestro corazón resiste el perfecto desprendimiento y abnegacion de sí mismo. Fácil es, dice San Gregorio papa, dejar las cosas que están fuera de nosotros; pero muy árido y dificultoso el negarse el hombre á sí mismo. Sin embargo, esta abnegacion propia es indispensable para alcanzar la victoria y lograr la conquista del reino de los cielos; pues mientras no esté rendido este baluarte, que nos estorba el paso para el camino de la virtud, es imposible andar en él y encontrar con la puerta de los cielos. El reino de

Cristo en nosotros consiste en la perfecta entrega de nuestro corazón á su magestad, para que reine en nosotros, mediante la observancia de su ley y la obediencia á todo lo que dispone de nosotros nuestro rey soberano; por consiguiente se ha de dejar el hombre á sí mismo para ser todo de Dios, y mientras esto no haga, ni Dios reina en él por gracia y caridad, ni él puede tener esperanza de reinar con Dios por premio y gloria eterna.

PETICION Y PROPOSITOS.

Es menester ser muy ciegos para no conocer que el reino de Dios no viene á nosotros mientras no prestamos á su Magestad una perfecta obediencia y conformidad con su voluntad divina. Sean estas, pues, el fruto que saquemos de estas reflexiones y el propósito que hagamos para reformar nuestra vida. Pero aun no basta esto; porque fácilmente se allana nuestra voluntad á querer lo que exige el orden y la razon; mas como esta voluntad bien ordenada se encuentra resistida por las pasiones y las inclinaciones viciosas, es de absoluta necesidad vencer estas, para que aquella pueda afirmarse en sus resoluciones. Sea, pues, el segundo propósito abrirle el camino á esta misma voluntad bien ordenada, por medio de los vencimientos mas fuertes y de los sacrificios mas generosos; entónces ya no habrá obstáculos que impidan nuestro bien.

JACULATORIA.

Me alegraré y correré por el camino de la justicia, si me dais vuestra gracia, ó Señor.

LECCION.

Continúa la materia de la anterior.—Última sentencia.

Jesucristo nos ha dicho que no reconocerá por suyo delante de su Eterno Padre al que no lo haya confesado delante de los hombres. Estas solas palabras han formado el proceso de toda nuestra vida, y ellas son las que dictan la terrible sentencia que justamente merecemos. Nosotros somos los mejores testigos en nuestra contra. Del fondo de nuestra conciencia se levanta un grito que en vano nos esforzamos á no escuchar. El interiormente nos está condenando, haciéndonos ver que nuestras obras han negado á nuestro Dios, aunque lo hayun confesado nuestros labios; y tambien que estos han estado cerrados por respetos humanos, cuando debian

abrirse para glorificar á Dios, y dar un testimonio público de nuestra creencia. Si, ciertamente hemos temido á los hombres, y hemos encubierto á sus ojos que somos cristianos, hemos procurado reves-irnos por agradarlos, con apariencias de incrédulos; ¡y así esperamos obtener una sentencia favorable en el juicio de Dios! Ah, qué engañados estamos! Un rayo que cayera junto de nosotros no nos sería tan formidable como aquellas terribles palabras: *Apartaos de mí, malditos: id al fuego eterno que está aparejado para el diablo y para sus ángeles.* Si en el mundo, cuando un delincuente teme con fundamento que puede ser condenado á muerte por el juez, se llena de pavor y sobresalto, esperando que se dicte su sentencia, ¿que será cuando la oísemos aguardando de la boca de Jesucristo? Meditemos, pues, en ella, para que obremos en este mundo de modo que evitemos caiga sobre nosotros aquel espantoso anatema y obtengamos una sentencia favorable.

Aunque la potestad de juzgar á los hombres es comun á las tres personas de la Augusta Trinidad, ya hemos manifestado que principalmente se atribuye á la segunda, que es el Hijo, al cual tambien decimos que le conviene la sabiduría, aun cuando es comun igualmente al Padre y al Espíritu Santo; pero es necesario advertir además, que Jesucristo no solo ha de ejercer en el último de los días la facultad de juez del género humano, considerado como Dios, sino tambien como hombre. Así lo declara el mismo Salvador por el evangelista San Juan, cuando dice: *En verdad, en verdad os digo, que viene la hora cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán; porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así tambien dió al Hijo el tener vida en sí mismo; y el dió poder de hacer juicio, porque es Hijo del hombre. No os maravillaís de esto, porque viene la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. "Venrá con grande potestad á juzgar," dice San Agustín: "se dejará ver terrible al quo antes se presentó bajo un aspecto amigable: mostrará su poder" el que ántes manifestó ya su paciencia. En la cruz fué modelo del padecer, en el juicio lo será del poder, porque aparecerá como hombre juzgado, pero en claridad." *Varones galileos,* dijeron los ángeles que se aparecieron á los discípulos despues de la ascension del Señor, segun nos refieren los Hechos de los Apóstoles, *¿qué estais mirando al cielo? Este juez que de vuestra vista se ha subido al cielo, así vendrá como le habeis**

visto ir. Bajo su misma forma vendrá al juicio, y por tanto lo verán los ímpios, que no pueden ver la forma de Dios, y que se cump-la la Escritura que recuerda San Juan: *Verán al que traspasaron. . . .* Calló cuando no venia á juzgar al mundo; no callará cuando vendrá á juzgarlo. En su vida estaba oculto para que no lo conociesen, segun aquella expresion de San Pablo á los Corintios: *La Sabiduría que no concio ninguno de los principes de este siglo; porque si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria.* Habiendo pues estado en el mundo oculto en su poder, cuando lo esperamos que venga por segunda vez, nada ha de tener de oculto, pues el Salmista dice: *Dios vendrá manifestamente. . . . Fuego se encenderá en su presencia, y al rededor de él tempestad fuerte. Llamará al cielo y á la tierra para juzgar á su pueblo.* Calló cuando vino oculto, así como calla la oveja cuando es conducida al matadero; así como el cordero, delante del que lo traquila, sin abrir su boca. Calló oculto, porque fué reputado como hombre tan solamente; pero *Dios vendrá manifestamente, y no callará.* Manifestamente vendrá el Juez Omnipotente á quien no puede resistirse; el Juez Supremo, cuyo juicio no puede evitar ningun pecador, ni apelar de él; Juez Sapientísimo, á quien nada puede ocultarse, con cuyos ojos, mas lúcidos que el sol, iluminará, segun el Apóstol, lo mas escondido de nuestras tinieblas, y manifestará todos los consejos del corazon; Juez Santísimo, que en expresion de San Pedro, *no hizo pecado, ni fué hallado engaño en su boca;* Juez integérrimo y justísimo, que no es aceptador de personas, segun Isaías; Juez severísimo que no se doblega, y cuyo juicio es sin misericordia, como dice San Juan, para con aquellos que no la tuvieron. El mira en la conciencia de los pecadores el número, la fealdad y la gravedad de sus culpas sin ninguna sombra, sin velo ni excusa alguna. "¿Por qué quieres ocultarte á tí mismo?" exclama San Agustín. "Te tienes á la espalda y no ves; pero yo haré que te veas, poniéndote al frente lo que te pusiste á la espalda, para que veas tu fealdad, no para que te corrijas sino para que te avergüences. Har, tú, pues ahora lo que amenaza Dios que hará cuando dice por David: "Te pondré delante de tu cara." Quitate de tu espalda en donde no quieres verte, ocultándote tus mismos hechos, y ponte, delante de tí. Preséntate ante el tribunal de tu alma: sé tú mismo tu juez, sálga de tí tu confesion, y dí á tu Dios: *Porque yo conozco mi*

iniquidad, y mi pecado está siempre enfrente de mí, contra ti solo he pecado, y he hecho el mal delante de ti.

Todos los atributos de Dios acusarán á los pecadores, los condenarán y los condenarán. La omnipotencia, porque no han obedecido al imperio de tanto poder, como dice San Agustín: la bondad y la misericordia, porque fueron ingratos á tantos beneficios; porque hicieron para ellos inútil la efusión de la sangre de su Unigénito Hecristo; porque no quisieron percibir el fruto de los sacramentos establecidos, para hacer nacer, recuperar y aumentar las gracias necesarias para la salvación; y porque finalmente abusaron de la predestinación, de la palabra de Dios, de las advertencias de los buenos, de las prosperidades, á la vez que de las adversidades, en una palabra, de todas las criaturas y de los auxilios todos. Por eso se dice en el libro de la Sabiduría: *Pugnará todo el orbe de toda la tierra contra los insensatos*; esto es, conocerán que nada hay en el orbe de toda la tierra, de que no hubieran podido usar para merecer la gloria eterna, prometida por Dios.

La severidad del juicio será tal que por mucho que háyamos dicho hasta aquí, y por mucho que agreguemos ahora, apenas podremos formar una idea pequeñísima de ella; pues según San Juan, *el juzgará hasta las mismas justicias*, y en vano clamarán los pecadores á las piedras y á las montañas: *Caed sobre nosotros, y escondednos de la vista del que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero*. Verán á aquel Hecristo, del que apartaron los ojos, al que pisaron, despreciaron y volvieron á crucificar en sí mismos pecando, no ya como un misericordioso Salvador, sino como un Juez el mas severo. Ahora su sangre preciosa clama por los pecadores, y se presenta en holocausto diariamente ante la justicia divina en favor de ellos; entonces ésta elevará su voz contra los iníquos. El autor del libro sobre el Símbolo á los catecúmenos, que se halla en las obras de San Agustín, dice estas notables palabras: *“Manifestará Cristo á sus enemigos las cicatrices gloriosas que ha querido conservar en su cuerpo despues de su resurrección, y manifestándose á ellos les dirá: Ved aquí al hombre á quien crucificasteis: aquí tenéis aquel Dios y hombre en quien no quisisteis creer, ó cuyas doctrinas no quisisteis seguir; ved las llagas que vosotros mismos abristeis; mirad el costado que atravesasteis: por vosotros y por vuestra causa fué abierto, y no quisisteis entrar en él.”* Tertuliano, en el libro sobre el Testimonio del alma, así se expre-

sa: *“Se presentará el alma como reo en la presencia de Dios, en el terrible dia del juicio, sin tener que decir una palabra á estos ó semejantes cargos de aquel severo Juez. Predicabas á Dios, y no le seguías; creías en él, y no le obedecías; abominabas al demonio, y con tus culpas le tributabas culto; apelabas algunas veces al juicio de Dios, y vivías como si no hubiese de existir jamás; creías y temías los suplicios eternos del infierno, y no precavías con tu buena conducta hacerte acreedor á ellos: te gloriabas del nombre de cristiano, y te reías del cristianismo...”* Y en otro lugar: *“En vano clamará entonces con clamor mas expresivo que Esau: Bendiceme tambien á mí. ¿Acaso tienes sola una bendición? yo te ruego que me bendigas; pero como dice David, no quisieron la bendición, y la bendición se apartará de ellos... y se vestirán la maldición como si fuese un vestido, y entrará en el interior de ellos como el agua, y en sus huesos como el aceite, y en vano exclamarán como él mismo: ¿A dónde me escaparé de tu espíritu? Y á dónde huiré de tu presencia?... Id al fuego eterno.* Mas á los santos y elegidos sonará blandamente á sus oídos, como la voz del esposo que convida á la boda; como la palabra del amigo que llama al convite eterno; como la palabra del padre que ofrece la herencia; como la voz del Señor, que pone á la vista el premio y la corona, y dice: *Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo.”* San Bernardo aconseja, hablando de los libros por los que hemos de ser juzgados: *“No quieras escribir en tus libros, esto es, en tu conciencia con las letras de tus culpas; pero si acaso hay ya algunas escritas, procura borrarlas con las lágrimas de la penitencia, conformáudote con el consejo de San Pablo: Si nos examinásemos á nosotros mismos, ciertamente no seríamos juzgados. ¡Oh, qué bien juicio el que me sustrae y me esconde del severo é inescrutabile juicio divino! Me horrorizo de caer en las manos del Dios vivo; quiero presentarme á la presencia de su ira ya juzgado; y por lo mismo yo juzgaré y examinaré mis acciones buenas y malas; escudriñaré mis caminos y mis deseos, á fin de que aquel que ha de escudriñar á Jerusalem en medio de la luz, nada encuentre en mí que no esté ya escudriñado.”*

DIA TRECE.

San Rodrigo, mártir, y Santa Eufrasia, vírgen.

SAN RODRIGO, MARTIR.

Nació San Rodrigo hácia la mitad del siglo IX, en España, en una antigua villa no lejos de Córdoba, á tiempo que infestada la España por los mahometanos era el teatro de bien contrarias excepciones; pues cuando por una parte se veia sucumbir á los flacos por el temor de la muerte, se veia por otra presentarse al cadalso las almas generosas á sellar con su sangre la fé de Jesucristo. Dichosamente pudo contarse entre estos fieles animosos nuestros Santo, si bien con el dolor de ver á un hermano suyo sumido en los errores del mahometismo. Rodrigo hizo cuanto pudo para volverlo al sendero de la verdad; pero el ingrato hermano pagó su celo con un odio irreconciliable.

Dedicado nuestro Santo al cuidado de su alma y al cultivo de las ciencias eclesiásticas, resplandeció tanto por su virtud y letras, que se le juzgó digno de los sagrados órdenes, y fué elevado á la dignidad sacerdotal. Aumentado con ella su fervor, el zelo de las almas le llevaba al ejercicio mas asiduo de las sagradas funciones de su ministerio, trabajando sin cesar en el sostenimiento de los fieles y conversion de las almas pervertidas. Mas el Señor le destinaba á dar con su sangre el testimonio mas ilustre de su religion. El odio que su hermano alimentaba contra él habia de ser la causa inmediata de su persecucion y de su muerte; pero ántes dió de él la muestra mas evidente, si bien se realzó con ella la virtud no comun de nuestro Santo. Sucedió, pues, que hallando un dia Rodrigo á su pérfido hermano en una ruina, se metió por medio para apaciguarle; mas esta accion que debia atraerle el amor y la gratitud de aquellos hombres, los irritó de modo que maltratándole y llenándole de heridas, lo pusieron á pié de perder la vida.

Recobrada su salud, no su milagro, continuaba en sus santos ejercicios, si bien guardándose prudentemente, por cumplir el mandamiento del Señor, de no exponerse á la gran prueba del martirio ántes del tiempo ó sazón preordenado por su divina Magestad. Llegó, en fin, este tiempo apetecido: el hermano apóstata y traidor consumó su maldad entregando á los infieles á su inocente hermano,

*S. Eufrosia Virgen.**S. Amalthea Reina.**S. Longinos Martir.**S. Abraham Ermitaño.*

y éste, cargado de prisiones, fué sumido en una profunda mazmorra. Halló en ella nuestro Santo á un cristiano fervoroso que Dios le destinaba para que fuese su compañero en los trabajos y en la muerte. Lamábase Salomon, y su compañía fué de gran consuelo para nuestro Santo, pues mutuamente alimentaban sus espíritus, y se exhortaban á la constancia en el martirio.

No duró mucho este alivio á Rodrigo: el rey mahometano, sabedor de este alivio que se daban en sus penas, los mandó separar, para que probasen todo el horror del calabozo y de la soledad; y á pocos mas dias se resolvió á decidir de una vez de su destino. Hizo los conducir al tribunal; el juez empleó el alegato y las promesas, así como el terror y la amenaza; pero uno y otro fué en vano: la constancia de los esforzados soldados de Cristo lo superó todo, é irritó de manera á aquel tirano, que sin mas espera les mandó cortar la cabeza: ejecutóse al instante, volando aquellas almas felices á ceñirse en la patria celestial la corona del triunfo. Sus santos cuerpos fueron arrojados al Betis; mas este caudaloso rio restituyó por la divina disposicion tan precioso tesoro. El de nuestro Rodrigo fué hallado incorrupto despues de veinte dias, y sepultado honrosamente en un templo; y en otro se recogió tambien al de su santo compañero.

Santa Eufrosia, virgen.

En fines del siglo IV existió Antigono, caballero ilustre, de esclarecida nobleza en la corte de Roma, en tiempo del emperador Teodosio el menor, de quien era paciente y habia recibido empleos y destinos muy distinguidos. Este casó con Eufrosia, dama tambien muy noble y de mucha virtud, y estos fueron los padres de nuestra santa, que fué la hija única de aquel matrimonio; porqué luego que la tuvieron hicieron voto de castidad, que guardaron ambos con mucha religiosidad hasta su muerte. Murió Antigono cuando Eufrosia apenas tenia un año; y la virtuosa madre para librarse de los compromisos de la corte y de la importunidad de los amantes que solicitaran su mano para nuevas nupcias, se retiró secretamente á Egipto, donde poseia grandes riquezas, llevando en su compañía á la tierna Eufrosia. Elijó para su habitación una casa inmediata á un monasterio, que entonces se componia de ciento treinta monjas que seguian la vida perfecta en el retiro del claustro y la disciplina monástica. No tomaban mas alimento que yerbas; y eso solo

una vez al día después de medido el sol, y no dormían sino en un saco de cilicios, trabajando continuamente en labores de manos para sostener el culto divino y los gastos de aquel monasterio.

La madre de Eufrasia, que había nacido y se había criado en las comodidades y el lujo de una casa opulenta, pudo renunciar todo esto; y en medio de sus posesiones y riquezas, procuró imitar la estricta observancia de aquellas monjas, á quienes visitaba con mucha frecuencia, y les rogó encarecidamente que aceptaran anualmente una pensión considerable, para que pudieran mantenerse con descanso y disminuyeran los grandes trabajos que tenían; pero la abadesa de aquel monasterio á quien animaba un sublime espíritu de pobreza, rehusó la oferta, diciendo que para poder comprar el cielo, como ellas deseaban, era necesario renunciar todas las comodidades del mundo, y solo pudo conseguir que admitieran un poco de aceite para la lámpara de la iglesia, y otra cantidad de incienso para que sirviera en la celebración de los divinos oficios.

Con el virtuoso ejemplo de aquellas vírgenes santas y el de su cristiana madre, se iban formando en el corazón de Eufrasia los sentimientos piadosos, y procuraba imitar las prácticas de virtud que veía en todos los que la rodeaban. Antes de que cumpliera siete años, pidió á su madre con mucho empeño, que le permitiera entrar en el monasterio á servir á Dios con mas perfeccion; y la madre llena de alegría la presentó á la abadesa, quien tomando una imagen de Jesucristo se la presentó, y la tierna niña le dijo: "Yo me consagro á Cristo en este voto." Desde ese momento quedó Eufrasia en el monasterio, y su madre se retiró con el dolor de verse ya separada de su hija; pero también con el consuelo de dejarla en el albergue de la virtud.

Pasado algun tiempo se enfermó gravemente la madre; y conociendo que su muerte se acercaba, procuró darle las últimas lecciones en estos términos: "Temed á Dios; honrad á vuestras hermanas, y servidles con humildad. Jamás penseis de quién habeis nacido, ni os digais á vos mismo que descendéis de real estirpe. Sed humilde y pobre en la tierra, para poder ser rica y poderosa en el cielo." Después de esto, murió con el consuelo de que ya había asegurado la inocencia de su hija en el claustro, y estaba libre de los riesgos del mundo. Llegó á noticia del emperador la muerte de la madre de Eufrasia, é inmediatamente mandó por la niña para tenerla en su corte y casarla con un senador romano; pero la tierna

niña, con una resolución superior á su edad, escribió diciéndole: "Invicto emperador: habiéndome consagrado á Dios en castidad perpetua, no puedo faltar á la promesa con que me he ligado, ni casarme con un hombre mortal, que muy en breve vendrá á ser alimento de gusanos. Por el amor de mis padres, que os digneis distribuir en pobres, huérfanos é iglesias, todos mis bienes. Dad á mis esclavos libertad, y descargad á mis vasallos y sirvientes, dándoles lo que les sea debido. Ordenad á los mayordomos de mi padre, que ajusten las cuentas con los arrendatarios, libertándolos de cuanto deban desde la muerte de mi padre, para poder yo servir á Dios, sin obstáculo ni impedimento, y ponerme en su presencia sin que me llame la atención el cuidado de los negocios del mundo. Rogad á Dios por mí, vos y vuestra digna esposa, para que yo merezca ser digna sierva de Jesucristo. Así contestó Eufrasia á la invitación de un monarca; así dispuso de todas las riquezas con una caridad ardiente, y así renunció del mundo para buscar á Dios en el claustro de un convento, entregada á la penitencia y oracion. ¡O mundanos los que sacrificais vuestras almas por adquirir bienes temporales; vosotros en el día del juicio seréis confundidos con el heroico ejemplo de una tierna jóven!

Eufrasia era el modelo de perfeccion de todas las monjas; y la abadesa, para probar su vocacion, muchas veces le imponia algunas penas que sufría con admirable resignacion. Pasado algun tiempo de la profesion, duplicó sus ayunos, pues ya no tomaba las yerbas mas que cada tres días, y últimamente se pasaban siete, para tomar alimento alguno. Hé aquí el modo de sujetar la carne; el ayuno y la mortificacion. No es entre los banquetes y pasatiempos en donde se encuentra la castidad. Eufrasia misma se impuso la obligacion de asear diariamente las celdas de sus compañeras, y lavar y fregar las cosas del uso comun del convento, sin que estas ocupaciones corporales distrajeran su espíritu, que siempre estaba unido á Dios, por la continua oracion. Se distinguia también entre sus compañeras por su humildad, y la ciega obediencia á la prelada; porque cualquiera indicacion de ella, era un precepto que guardaba religiosamente.

Estrenada su salud por los ayunos y continuas penitencias, se fueron debilitando sus fuerzas, y murió temprano, en el año 410, á los 30 de su edad; y aunque no se dice el día de su muerte, el Martirologio lo celebra hoy.

La Epístola es del capítulo VII, de la primera del Apóstol San Pablo á los Corintios [pág. 516].

Hermanos: En orden á las vírgenes &c.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo [pág. 550].

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos &c.

MEDITACION.

Sobre las males que trae al pecador el estado de prosperidad.

Considera que la excesiva prosperidad, ó hace que el pecador pierda la fé, como sucede algunas veces; ó la debilita, como sucede ordinariamente. Si el pecador pierde enteramente la fé en la prosperidad, su desgracia es suma; pues con perder la fé lo perdió todo. No puede tener ni esperanza de conversion ni remedio para su salvacion; porque siendo como es la fé el fundamento, faltando éste, todo falta. Si solo se le disminuye la fé, tambien es muy desgraciado; porque queda su espíritu dividido, entre las falsas luces de su pasion, y las verdaderas de su fé. No son estas tan fuertes que puedan oponerse á sus pasiones, ni convertirle; pero son suficientes para inquietarle. Si la fé queda entera, ésta le confunde y le atormenta; porque solo le representa objetos contrarios á sus inclinaciones, verdades que condenan sus acciones y vida. En el Evangelio, si lo lee, solo halla maldiciones contra los ricos y dichosos del siglo: solo ve la obligacion de sufrir su cruz, y de llevarla. Si mira á Jesucristo, Autor y principio de la fé, halla á su Juez en la persona misma de su Salvador; porque si no es su modelo, será el que le condena; y ¿cómo puede Jesus crucificado, ser modelo de un rico, entregado á sus delicias, ó de un dichoso del siglo? La prosperidad no solo debilita ó hace perder la fé, sino que tambien hace lo mismo con la esperanza: ésta tiene dos efectos; el primero, hacen desear los bienes invisibles y eternos, porque se nos presentan grandes y verdaderos; y el segundo es, hacérnoslos esperar, por parecernos fáciles de conseguir con el socorro divino. La prosperidad destruye estos dos efectos de la esperanza, ó á lo menos es incompatible con ellos. Un hombre en medio de la prosperidad y de la abundancia, logrando todas las delicias y bienes, embelesado y

encantado por el amor de los bienes de la tierra, y fuera de sí por los deleites groseros y sensuales que posee, ¿cómo puede estar capaz para moverse, con la consideracion de los bienes puramente espirituales y purísimos que la esperanza cristiana le propone? El hombre carnal, dice San Pablo, no gusta de las cosas espirituales. Renunciaria con gusto los bienes del cielo, con que se le asegurasen para siempre los bienes de la tierra; pero aun cuando un pecador dichoso, fuera capaz de desear los bienes invisibles, ¿podria esperarlos? La fé enseña, que siendo pecador no los puedo conseguir, sino es haciendo penitencia y mortificando sus pasiones, su carne y sus sentidos. ¿Pues cómo podrá, quien está enteramente entregado á sus deleites, abrazar la mortificacion que le causa tanto horror?

Considera que la prosperidad impide ó estorba al pecador recobrar la caridad; porque hace su conversion como imposible, y á él como incorregible. Los hombres no se le atreven. A un grande del mundo, á un dichoso del siglo, rodeado de dependientes que le lisonjean, solo le representan con aplausos sus mayores desórdenes. ¿Qué difícil es que un grande encuentre á un Juan Bautista, que le diga: *No es permitido lo que ejecutas*. Dios no se digna de corregirle; porque el pecador dichoso olvida, menosprecia y abandona á Dios. Dios tambien por su parte le menosprecia; *¿y quién podrá corregir*, como dice el Espíritu Santo, *á quien Dios menosprecia*? Dios le olvida y le abandona á los desos de su corazón, que es mucha mas severa pena que si le abandonase en manos de sus mas crueles enemigos: no se digna de enojarse contra él con aquel enojo de padre con que castiga á sus hijos para emendarlos; porque no le mira ya como hijo: *Ya no me digno de enojarme contra ti*, dice por boca del profeta. El mayor efecto, dice San Agustín, de la ira de Dios contra el pecador, es no enojarse contra él. El mas terrible de todos los castigos es el no castigarle.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Con justa razon abandona el Señor á los que lo abandonan; pues si bien es liberal y bondadoso, lo es como Dios; esto es, siendo lo de manera que no degrade ni envilezca su infinita dignidad, ni consienta en la desestimacion de unos bienes, que si bien nos comunican con liberalidad, no los prodiga con insensatez. Esta reflexion basta para hacernos temer el abuso que hacemos de las gracias y auxilios que Dios nos da; y de este santo temor, podemos

formar nuestro propósito, pidiendo al Señor nos tenga de su mano para que no le abandonemos ni en la prosperidad ni en la desgracia.

JACULATORIA.

Bienaventurado el hombre que siempre teme á Dios.

LECCION.

Sobre las causas del juicio final.

Habiendo ya manifestado bastantemente el dogma cristiano por el que creemos el juicio final, y habiendo probado nuestra creencia por la autoridad de muchos lugares expresos y terminantes de las Escrituras Santas, en cuya fé ha estado siempre la Iglesia; como nos lo confirman los escritos de los Santos Padres, cuyos textos hemos copiado, no puede quedar duda en que despues del juicio particular que ha de seguir á la separacion del cuerpo y del alma de cada uno: al fin del mundo, ha de venir por segunda vez el Mesías ó juzgar á los vivos y á los muertos: nos resta, pues, que examinar las causas de este segundo juicio, segun exponen terminantemente Santo Tomas, el catecismo del concilio de Trento, y otros muchos teólogos dogmáticos.

Aunque cada hombre es juzgado al instante que muere, sin embargo es aquel juicio de mucha utilidad, entre otras, por las seis razones siguientes: Primera, para que se aumente la gloria de los santos, y el castigo de los malos á proporcion de los méritos de cada uno de ellos. Segunda, para justificar la conducta divina delante de los hombres, contra la que blasfeman tan frecuentemente los impíos, y vindicar la providencia, la sabiduría y la justicia divina. Tercera, para recompensar ó castigar á los cuerpos de los hombres así como á sus almas. Cuarta, para que sabiéndolo los pecadores, sean atraídos á la penitencia. Quinta, para que los justos recuepen su fama, y la pierdan los impíos; y sexta, para que sean separados los buenos de los malos públicamente delante del mundo entero.

Como despues de la muerte de los hombres suelen quedar sus hijos ó discípulos, sus amigos ó sectarios, y los defensores ó propagadores de los ejemplos de su sana doctrina ó de sus errores, de su santa vida ó de sus malas obras, es necesario que por esta razon se aumenten los premios ó las penas de los que en su vida dieron ori-

gen á aquellas diversas consecuencias y fueron los autores de tan dichosos, ó de tan infelices resultados. Hay pecados y buenas obras que no tendrán su fin y cumplimiento hasta el fin del mundo, y que por consiguiente no podrán ser castigados ó recompensados hasta entónces con su debida proporcion. Finalmente, como la utilidad ó la calamidad que resulte de las doctrinas, de los ejemplos y de las buenas ó malas acciones, que traen despues de sí reatos y consecuencias, pertenecen á muchos, y acaso traen consigo los errores ó la felicidad, no solo de una, sino de muchas generaciones; y tal vez no tendrán fin hasta el último dia del mundo, era justo y conveniente que se hiciese un exámen y se tomase cuenta de todos los hechos buenos ó malos que se siguieron á la vida del hombre, que aunque juzgado ya á su fallecimiento, se hizo acreedor sin embargo á mayores premios ó á mayores castigos. Los ejemplos harán patente esta verdad.

Un herejiara no solamente es reo de todo el mal que él ha hecho separándose de la Iglesia: es tambien cómplice en el pecado que cometen todos los que persuadidos por su ejemplo ó seducidos con sus engaños, ó alucinados por sus sofismas se separaron, ó han de separarse de la Iglesia hasta el fin del mundo: por consecuencia sus pecados no habrán llegado al colmo ni podrán ser castigados en su justa proporcion hasta el último de los dias. Por el contrario, un Apóstol merece, no solo por el bien que él mismo ha puesto en ejecucion, sino igualmente por el que hacen y harán hasta la terminacion de los siglos las personas formadas, instruidas y convertidas al Señor por sus ejemplos, sus escritos y sus instrucciones. De este modo puede juzgarse del castigo, por decirlo así, de los pecados, y especialmente del escándalo, así como tambien de la feundidad, si así se puede llamar, de las virtudes que hacen necesario el juicio final.

La segunda causa del juicio final es para que sean vindicadas de las críticas de los impíos, y alabadas, como corresponde, de la Providencia divina, su sabiduría inmensa y su eterna justicia. Los males y los bienes, las adversidades y las prosperidades se mezclan de tal modo en el mundo, que muchas veces no distinguen á los malos de los buenos, y aun en otras recaen con preferencia las desgracias en los justos y las comodidades en los perversos, por razones ocultas que la Providencia divina conserva en sus arcanos: de donde resulta que muchos blasfemen de la justicia del Eterno, de su pro-

videncia, y aun los justos se commueven algunas ocasiones cuando ven á los malvados poderosos en riquezas y rebosando honores. "Por poco no se movieron mis pies," dice David: "por poco no resbalaron mis pasos; porque me llené de zelo sobre los iníquos, viendo la paz de los pecadores; porque no atienden ellos á su muerte, y no hay firmeza en la llaga de ellos. No se ven en el trabajo de los hombres, ni con los demás serán azotados. Por eso se apoderó de ellos la soberbia. Pensaron y hablaron malignidad; iniquidad hablaron en alto. Pusieron contra el cielo su boca... Y dijeron: ¿Acaso Dios sabrá esto, y tendrá de ello noticia el Altísimo? He aquí que los mismos pecadores y los que abundan en el siglo han adquirido riquezas. Y dije: Luego en vano he justificado mi corazón, y he lava doentre los inocentes mis manos; pues he sido azotado todo el día... Pensaba en entender esto; trabajo es esto para mí; hasta que entre en el santuario de Dios y entienda las postimerias de ellos... Levántate, Dios, juzga tu causa... Dije á los malvados: No queráis hablar inicuamente contra Dios... Porque es Dios el juez: á este humilla, y á aquel ensalza... Todos los negocios de corazón quedaron turbados. Durmieron su sueño, y nada hallaron en sus manos todos estos hombres de riquezas... Desde el cielo hiciste oír tu juicio, la tierra tembló y se sosegó." Era, pues, necesario un juicio universal, en el que se decreten públicamente premios á los buenos y castigos á los malos, para que se dé la alabanza que se debe á Dios, á su justicia, su providencia y su sabiduría. Por eso dice el citado Profeta: "No tengas envidia á los malignos, ni celos de los que hacen iniquidad; porque ellos como heno se secarán prontamente, y como hortaliza y yerbas luego decaerán. Espera en el Señor... y pondrá en claro como la luz tu justicia, y tu buena causa como el mediodía... No quieras enviar al que tiene prosperidad en su camino." "Los arbustos pequeños," dice San Agustín, "y los troncos de las yerbas son generalmente débiles, no se levantan á grande altura de la tierra, y carecen de largas raíces, por lo que se secan en el invierno, y se caen con la fuerza del sol en el estío. Ahora es el invierno, aun no aparece tu gloria; pero si estuviere profunda la raíz de tu caridad, sufrirá como muchos árboles el rigor de los fríos y reverdecerá en la primavera, esto es, en el día del juicio: entonces florecerá y aparecerá la frondosidad y la gloria de los árboles; porque estais muertos," dice el Apóstol á los colosenses, "á la manera que se ven en el

invierno secos, áridos y muertos los árboles. ¿Qué esperanza puede haber si estamos muertos? La que tiene el árbol en su raíz, que conserva toda la fuerza y vegetación. La raíz está dentro, y en donde está nuestra raíz, allí está nuestra vida; porque allí está nuestra caridad, y nuestra vida, dice, está escondida con Cristo en Dios. ¿Cuándo florecerá el que así tiene su raíz, cuando llegará nuestro verano, cuando se presentará nuestro estío, cuando nos miraremos vestidos con la frondosidad de las hojas y nos veremos cubiertos de abundantes frutos? Oigamos lo que sigue: *Quando apparebis Christa, que es vuestra vida, entonces tambien vosotros apparebis Christa, que es la gloria.* En otro lugar dice el mismo Santo Doctor: "Quando llegáremos á aquel juicio de Dios, á cuyo tiempo se llama con toda propiedad dia del juicio, y algunas veces, dia del Señor, se manifestarán como justísimos, no solo los juicios que se verifiquen entonces; sino tambien todos los que ha habido desde el principio y los que han de seguirse hasta aquella época. Allí tambien se manifestará entonces, con cuánta razon se oculten hoy á los sentidos y al entendimiento humano todos los justos juicios de Dios; sin embargo que no se oculta hoy á las almas piosas que es justo el que permanezcan ocultos y que no se manifiesten claramente hasta entonces. Por eso dice el salmista rey: *Acocerá el pecador al justo, y crucirá sus dientes contra él; mas el Señor se burlará de él, porque está previendo que vendrá el dia de él.* ¿Qué dia! Aquel en que retribuirá á cada uno segun sus obras. Porque atesora para si la ira en el dia de la ira y de la revelacion del justo juicio de Dios. Pero el Señor prevée, tú no prevées; por esto te indicará el que ve desde ahora las cosas futuras como si estuvieran presentes, y te cobdese estos conocimientos aumentando tu ciencia, que no es poca la que consigue el que se junta al sabio. El Señor tiene los ojos del conocimiento: tú no los de la credulidad y de la fé. Créete lo que Dios vé. *Vendra, pues, el dia del injusto, el cual está Dios previendo.* ¿Qué dia! El dia de las venganzas, porque es necesario que se venga en el impío, ya se convierta ó ya no se convierta; porque si sucede lo primero, el mismo ha vengado á Dios por su penitencia; porque peca la iniquidad; y si lo segundo, las penas á que será condenado serán su venganza eterna." "Ahora conocemos á Dios," dice San Basilio, "han solamente en una pequeña parte: lo concebimos como misericordioso y no como justo, para que en el supremo juicio lo conozcamos completamente; porque la justi-

cia es la plenitud de la divinidad.¹⁴ Conviene por consiguiente que haya un juicio general para que á todos se patentice que la *miseri-cordia de Dios*, como dice el Eclesiástico, *desde toda la eternidad y eternamente se ejerce sobre los que le temen, y que en los pecadores se vea su ira*: pudiéndose decir que Dios concede algunas veces la felicidad temporal á los impíos para remunerar en un tiempo brevísimo sus buenas obras, habiendo de castigarlos despues eternamente por sus graves crímenes; por el contrario, permite que los buenos sean ejercitados con penas temporales, tanto para castigarlos por los pecados veniales, como para dar materia á su paciencia, cuando despues ha de darles el tesoro infinito de su gloria. *No querrais juzgar ántes de tiempo*, dice San Pablo á los corintios, *hasta que venga el Señor que iluminará también las mas escondidas tinieblas*.

La tercera causa del juicio general es, que tanto los santos como los réprobos, ejecutaron buenas ó malas acciones en las que turbaron parte sus cuerpos, por lo que las buenas ó malas obras pertenecen de algun modo á los cuerpos como á los instrumentos con que algunas de ellas se verificaron; es por lo mismo muy conveniente que se den juntamente á las almas, y á los cuerpos tambien, los premios debidos de la gloria eterna ó los castigos merecidos de los suplicios interminables; lo que no podría verificarse sin la resurreccion universal de la carne y sin el juicio universal que lo ha de seguir inmediatamente. "Decimos," exclama Tertuliano, "que debe creerse el pleno y perfecto juicio de Dios, como que ya ha de ser último, y por lo mismo perfecto: el mas justo, y por consiguiente el mas digno de Dios, pleno y perfecto. Así es que la plenitud y perfeccion del juicio no consta sino de la representacion de todo el hombre, y como quiera que el hombre todo conste necesariamente de dos sustancias, la corpórea y la espiritual, es tambien necesario que sea juzgado en una y en otra, porque con una y otra vivió y mereció ó faltó, pues con una sola no habria vivido. Cual vivió, así debe ser juzgado, y cual mereció, recibir el premio ó el castigo; porque la vida es la causa del juicio y lo que en él se examina; así, pues deben tener parte en él las dos sustancias que compusieron al hombre mientras tuvo vida." La esperanza de que su cuerpo habia de disfrutar de la felicidad eterna, animaba en sus inauditos padecimientos al sufrido Job, cuando exclamaba: De nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios, á quien he de

ver yo mismo, y mis ojos lo han de mirar.... esta mi esperanza está depositada en mi pecho; y si los justos han de participar en sus cuerpos del premio que hayan merecido con sus obras, los inícuos tambien sufrirán en su carne los castigos á que se hayan hecho acreedores. Es conveniente, por tanto, el juicio universal, para que en él sea juzgado todo el hombre, no solo en cuanto á su alma, sino tambien en cuanto á su cuerpo, puesto que en el juicio particular solo el alma inmortal recibe el premio ó el castigo de sus buenas ó malas obras, convirtiéndose aquel en polvo, mientras llega la resurreccion general.

DIA CATORCE.

Santa Matilde, reina de Alemania.

Nació Matilde en Alemania, y su padre, que lo fué Teodorico, conde de Sajonia y hombre de mucha virtud, dispuso que la niña entrara á educarse al monasterio de Erford, que estaba gobernado por su abuela que era la abadesa. Al lado de esta virtuosa religiosa, y con el ejemplo de las demas, recibió Matilde las primeras ideas de la piedad y de la religion, y las fué perfeccionando con la edad y con la lectura de libros espirituales, que dirigian sus inclinaciones á las cosas serias, y la apartaban de todo lo inútil. Cuando Matilde llegó á la pubertad, su padre consideró que era preciso casarla, y la sacó del convento para que se desposara con Enrique, hijo de Oton, duque de Sajonia, cuyo matrimonio se verificó en el año 913. El esposo que Teodorico habia elegido para su hija era digno de ella por su virtud, y habiendo llegado á ser duque de Sajonia por la muerte de su padre, ocupó despues el trono de Alemania en el año 919, por el fallecimiento de Conrado.

Este príncipe virtuoso supo hacer la felicidad del pueblo, y procuró aliviar á sus vasallos de las gabelas y tributos que ántes pagaban. Fué muy afortunado en la campaña, y siempre triunfó de los húngaros y de los danos, habiendo añadido á su imperio el territorio de Baviera. Matilde se habia propuesto seguir en su palacio la misma vida arreglada que en su niñez tuvo en el convento de Erford, y procuraba extender su piedad entre sus domésticos.

Estaba dedicada continuamente á la oracion y meditacion, y á la

práctica de las obras de misericordia, bien con sus domésticos, ó con sus demas vasallos. Procuraba no concurrir á diversiones si no era aquellas que por razon de su estado debia asistir, haciendo quanto estaba de su parte para que en su corte no hubiera el lujo que es tan pernicioso en la sociedad.

Visitaba Matilde todos los dias á los enfermos en los hospitales, daba crecidas limosnas á los pobres, y consolaba á los infelices presos, á quienes muchas veces sacaba de las cárceles; cuando esto era compatible con la justicia. A imitacion de esta Santa practicaba su marido todas las virtudes con igual fervor; pero habiendo caido gravemente enfermo, Matilde conoció que tal vez llegaria el fin de su vida, y no cesaba de rogar á Dios por él en los templos donde estaba en continua oracion, y puesta á los piés de los altares oyó las lágrimas y gemidos del pueblo que le avisaban la muerte de su esposo, y en aquel mismo acto llamó á un sacerdote para que celebrase el santo sacrificio de la Misa, y ella se despojó de todos sus vestidos y joyas preciosas para dárselas al mismo sacerdote, manifestándole con esto el desprendimiento con que veia desde entónces las cosas del mundo.

En su viudedad quedaron á Matilde tres hijos, el mayor que se llamaba Oton, que ocupó el trono: Enrique, duque de Baviera, y Bruno, que fué santo y arzobispo de Colonia. En Alemania entónces era la corona electiva, y Matilde tomó empeño en que el pueblo nombrara á Enrique, posponiendo al primogénito, pero contra el voto de ella recibió Oton la corona de Alemania en el año 937, y despues subió al trono de Roma en el de 962. Los deseos que tuvo Matilde de que se coronara Enrique, le parecieron un delito muy grande, que procuró lavar con penitencias y repetidas mortificaciones: Oton y Enrique faltando al respeto maternal y á las consideraciones de que era digna Matilde, tanto por su virtud como por haber sido reina, conspiraron contra ella, guiados únicamente de la ambicion por poseer lo que le tocaba de viudedad. Por mucho tiempo careció nuestra Santa aun de lo necesario para la vida, y en esta situacion lo que mas añigó su espíritu era ver que no tenia con que socorrer á los infelices; pero por fin llegaron á conocer su error los hijos, y volvieron á Matilde su viudedad, y entónces ya pudo ser liberal con los necesitados, dando á sus riquezas el mejor destino que puede dárselas, que es el de redimir con ellas nuestras culpas y comprar el cielo, depositándolas en los pobres, para tenerlas con-

vertidas en preciosos tesoros en el día del juicio. ¡Cuán distantes están de hacer esta compra los que solamente la hacen del infierno, negando los socorros á los menesterosos, y aun despojándolos de lo poco que tienen para aumentar el lujo y sostener los vicios! Matilde fundó con su dinero varias iglesias y cinco monasterios, de los cuales el principal puede decirse que fué el de Polden, en el ducado de Brunswick, en el que mantenía de su cuenta tres mil monges. No fué ménos célebre el que fundó en Quidlemburgo, cuya abadía llegó á ser la primera del imperio. En esta casa donde sepultó el cadáver de su esposo, fijó su habitacion ordinaria, y ya no pensó en otra cosa que en las prácticas de virtud, y en enseñar á los pobres y á los ignorantes el modo de servir á Dios.

Llegó su última enfermedad, y se confesó con su nieto Guillermo, que era arzobispo de Metz, el cual murió ántes que ella, y se repitió su confesion públicamente delante de varios sacerdotes y monges; y habiendo recibido los últimos sacramentos, murió tranquilamente el 14 de Marzo del año 968. Sus reliquias se conservan en el monasterio que la Santa fundó en Quidlemburgo.

La Epístola es del capítulo XXXI de los Proverbios.

¿Quién hallará una muger fuerte? Es de mayor estima que todas las preciosidades traídas de léjos y de los últimos términos del mundo. El corazon de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Ella le acarrea el bien todos los dias de su vida, y nunca el mal. Busca lana y lino, de que hace labores con la industria de sus manos. Viene á ser como la nave de un comerciante que trae de léjos el sustento. Se levanta ántes que amanezca, y distribuye las raciones á sus domésticos y el alimento á sus criadas. Puso la mira en unas tierras, y las compró; y de lo que ganó con sus manos plantó una viña. Revistióse de fortaleza, y esforzó su brazo. Probó, y echó de ver que su trabajo le fructificaba: por tanto tendrá encomendada la luz toda la noche. Aplica sus manos á los quehaceres fatigosos, y sus dedos manejan el huso. Abrió su mano para socorrer al mendigo, y extiende sus brazos para amparar al necesitado. No temerá que molesten á los de su casa los frios ni las nievas, porque toda su familia traen vestidos aferrados. Se labró ella misma para sí un vestido acolchado de lino finísimo y de púrpura es de lo que se viste. Su esposo hará un papel brillante entre los jueces, cuando se sentare con ellos los señadores del país. Ella

teje finísimas telas, y las vende, y entrega también ricos cefidores á los cananeos. La fortaleza y el decoro son sus atavíos: y estará risueña en los últimos días. Abre su boca con sabios discursos, y la ley de la bondad gobierna su lengua. Vela sobre los procederes de su familia, y no como ociosa el pan. Levantáronse sus hijos, y aclamáronla dichosísima: su marido también, y la alabó. Muchas son las mugeres que han allegado riquezas; pero tú te aventajas á todas. Engañoso es el donaire y vana la hermosura: la muger que teme al Señor esa será la celebrada. Dadle del fruto de sus manos, y celebrense sus obras en presencia de los jueces.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo. [pág. 559.]

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos &c.

MEDITACION.

Sobre el sumo mal que en sí encierra la tibieza.

Considera qué gran motivo de temor y de humildad es no poder asegurarnos de si estamos en gracia; pero si acaso hay fundamento para creer que no lo estamos, es mucho mayor el motivo para nuestra humillación y para nuestro desconsuelo. Un fervoroso teme no estarlo; pero espera mas de lo que teme; porque tiene muchas razones par creer que lo está, y así no le inquieta el temor; pero un hombre tibio tiene muchas razones de creer que no está en gracia, y por consiguiente teme mas de lo que espera. ¿Qué puede haber mas terrible! Luego que la gracia está en una alma, reside el Espíritu Santo en ella como en su templo. ¿Pues por dónde se puede juzgar que resida el Espíritu Santo en una alma tibia? Es el Espíritu Santo un espíritu purísimo, ardiente y vehementísimo. Una alma tibia es material, sensual, fria y cobarde: ¿pues cómo este espíritu podrá subsistir en una alma de estas calidades? Su divina Magestad nos asegura que esto no puede ser. ¿Cómo podría un espíritu ardiente habitar en un corazón de hielo? ¿Cómo se habia de conformar con tanta cobardía? Pues si hay tantas razones para dudar que el Espíritu Santo habite en una alma tibia, las mismas dan á entender que no está en gracia; porque este es el nudo ó union que une al Espíritu Santo con el alma. La gracia es en nuestra alma, lo que la alma en nuestro cuerpo; esto es, su forma, ó por me-

por decir, el alma de nuestra alma. El alma en el cuerpo, es principio continuo de las acciones de la vida natural. La gracia en nuestra alma, es principio continuo de las acciones de la vida sobre natural. Cuando vemos un cuerpo sin ningún movimiento ó acción de vida natural, inferimos con razon, que se ha separado el alma, que murió; pues asimismo cuando se ve una alma sin ningún movimiento, ó acción de la vida divina, de la vida sobrenatural, ¿no dobo inferir que no está la gracia, y que esta alma está muerta? ¿Pues cómo hallaremos acciones de vida sobrenatural en una alma tibia y cobarde? Entre ella en sí misma, examine su corazón y acciones, y vea si encuentra una sola que sea verdaderamente sobrenatural, de quien Dios sea únicamente el principio y el fin. La naturaleza, el genio, la pasión, la costumbre, la vanidad y respeto humano, serán por la mayor parte principio de todas sus acciones, y puede ser que la gracia no tenga parte en ellas.

Considera que el medio mismo de que una alma tibia se sirve para recobrar la gracia; quiero decir, el sacramento de la Penitencia, da motivo á dudar que la logre. El sacramento de la Penitencia debe ser acompañado con contrición, ó perfecta ó imperfecta, pero verdadera: y esto aun cuando nos confesamos solamente de pecados veniales: sin esta circunstancia la confesion es nula ó sacrilega. Una y otra condicion es muy difícil para una alma tibia, singularmente de los pecados veniales. La consideracion del infierno es casi el único motivo para mover á una alma tan poco sensible como es la tibia; y esto no puede ser, á lo ménos directamente, motivo de contrición imperfecta de los pecados veniales. La perfecta le es aun más difícil; porque, en fin, el dolor de haber ofendido á Dios, aun en cosas ligeras, por solo la consideracion de haberle desagradado, es tan noble, tan desinteresado y perfecto, que es lo mas á donde pueden llegar las almas mas fervorosas: ¿pues cómo podrá esperar una alma tibia y poco fiel, que muestra con las frecuentes faltas veniales que comete de propósito deliberado, que siente tanto el desagradar á Dios? Todo esto, Señor, da motivo á mi tibieza para dudar de la bondad de mis confesiones, y para temer que el mismo medio que me habeis dado para recobrar la gracia, haya sido por mi negligencia ocasion de perderla.

PETICION Y PROPOSITOS.

Las reflexiones que acabamos de hacer, aunque á primera vista parecen llevadas á un extremo de rigor, nada tienen en realidad que no sea muy conforme á las reglas de la moralidad y á los principios sobre que gira toda la economía de la gracia de Dios en la santificación de las almas. No se juzga así por el común de los hombres que no obedecen á la voz de su conciencia, y por eso cometen los lastimosos yerros que los conducen á su perdición. Nosotros mas temerosos y delicados, y por lo mismo mas cuerdos, debemos ver este negocio con toda la circunspeccion que demanda; esto es, como que de él depende la salvacion de nuestra alma; y cierto es que cuando se trata de ella no debemos contentarnos con ménos que con una total seguridad de la legitimidad de los medios que pongamos para lograrla. Sea este nuestro propósito, y pidamos al Señor el acierto en la eleccion de estos medios.

JACULATORIA.

Dígnate, ó Señor, comunicarme aquella sabiduría que asiste á tus consejos.

LECCION.

Continúa la anterior.

Otra de las causas por que es conveniente que despues del juicio particular que sufre todo hombre inmediatamente despues de la muerte, haya de haber un juicio universal, en que reunidos todos sean examinados públicamente y sentenciados conforme á sus merecimientos, ha sido sin duda dar á esta resoluzion definitiva de la suerte eterna de los hombres, todo el aparato, magnificencia y publicidad convenientes, á fin de que la vergüenza, el pudor y confusion de verse los pecadores descubiertos sin velo alguno, tales como son, exciten en su vida aquel santo y justo temor de Dios, que siendo el principio de la sabiduría, los retraiga y contenga de aquellos delitos que no se atreverian á cometer en público, y que nécesariamente imaginan pueden quedar ocultos sin descubrirse jamas; y esta es la cuarta de las causas que anunciamos en la leccion anterior, y que continuamos hoy.

El justo temor del juicio universal debe retraer á los pecadores

de sus crímenes y hacerlos entrar en el camino recto, á la vez que alentar y recrear á los justos en medio de las adversidades y contradicciones que se ofrecen en esta vida mortal. San Juan en el Apocalipsis nos refiere que vió un ángel volando por medio del cielo, que tenia el Evangelio eterno para predicarlo á los moradores de la tierra, diciendo: *Temed al Señor, y dadle honra, porque vino la hora de su juicio.* El Eclesiástico nos aconseja: *En todas tus obras recuerda tus novísimos, y no pecarás.* El salmista rey decía: *Traspasa con tu temor mi carne, porque he temido tus juicios.* Esto es, como explica San Agustín, con tu temor casto, que permanece en los siglos de los siglos, comprímense mis deseos carnales, porque *he temido tus juicios.* Mas la caridad perfecta arroja y rechaza este temor con que se teme la pena, convirtiéndonos en hijos, no por temor del castigo, sino por el placer de la justicia. Porque este temor, con el cual no se ama la justicia, sino que se teme la pena, es un temor servil, como que es carnal y no crucifica la carne, porque vive la voluntad ó el deseo de pecar, que se descubre en la accion cuando puede verificarse impunemente; pero cuando se cree que le ha de seguir la pena, vive como oculto y escondido; pero realmente vive. Querria mejor el que tiene este temor servil que la cosa prohibida fuese lícita, y siente que esté prohibido aquello que la ley veda, porque no se deleita espiritualmente con su bondad intrínseca, sino que carnalmente teme el mal ó la pena que lo amenaza. Mas con el temor casto, la caridad arroja este temor servil y degradante, la caridad hace que se tema al pecado aun cuando de ejecutarlo no se siguiese ningun mal, y pudiese practicarse con toda impunidad; porque no juzga que ha de quedar impune cuando con el amor de la justicia no puede ménos de reputar como una pena el pecado mismo. Con semejante temor se crucifica la carne, porque los deleites carnales que los preceptos de la ley prohiben, mas bien que evitan, se vencen con el deleite de los bienes espirituales, y llegan á desaparecer y á destruirse, creciendo la victoria hasta llegar al grado de la perfeccion cristiana.

Aquel temor casto y liberal se une perfectamente con el deseo y el amor del dia del juicio, que algunas veces se enciende en los corazones de las almas piadosas, que exclaman como San Pablo en su carta á Tito: *Yo he peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fé. Por lo demas, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, justo Juez, me dará en aquel dia,*

y no solo á mí, sino tambien á aquellos que aman su venida. Ya ántes habia manifestado el mismo deseo el profeta David, por estas palabras: "A la manera que el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te desea el alma mía, ó Dios. Sedienta está mi alma del Dios fuerte, vivo. ¿Cuándo vendré y pareceré ante la cara de Dios? Pero lo que mas claramente manifiesta esta perfeccion de la caridad, que procedo del temor casto y liberal y no del servil, son las siguientes palabras de la primera epistola del Apóstol San Juan: *Dios es caridad, y quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él. Por esto fué consumada la caridad de Dios con nosotros, para que tengamos confianza el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En la caridad no hay temor: mas la caridad perfecta ocha fuera el temor; porque el temor tiene pena; y así el que teme no es perfecto en la caridad. Pues amemos nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero.*" Y es claro que aquel que ama la venida del Señor, que la aguarda con toda la sinceridad de su fé, con toda la firmeza de su esperanza y con todo el ardor de su caridad; el que viviendo piadosamente se prepara con toda vigilancia para el último día de su vida, y por consiguiente para el día del Señor, y de su segunda venida: "porque," como dice San Agustin, "enal muere, cada uno así será juzgado en aquel día." Luego debemos no solo temer, sino amar el día del juicio universal. Debemos tambien esperarle con confianza, pues que este día es la esperanza de los cristianos que aman á Dios y que sirven con sinceridad á Cristo. Por eso dice el mismo Salvador, segun San Lucas, despues de haber anunciado las señales que precederán al juicio: *Cuando comenzaren, pues, á cumplirse estas cosas, mirad y levantad vuestras cabezas, porque cerca está vuestra redencion.* Si amamos á Cristo, debemos desear su venida. "Pidamos, pues," dice el mismo Santo Doctor, "que venga su reino, y no temamos el no ser escuchados. ¿De dónde puede venir el temor de que haya de venir el Juez supremo? ¿Acaso puede ser un Juez injusto, malévolo ó envidioso? ¿Esperas por ventura que otro alguno conozca de tu causa mas bien que aquel á quien instruíste tu mismo, ó que te engañe por prevaricacion, ó que falto de saber ó de poder no pueda demostrar el bien de tu inocencia? Nada de esto. ¿Quién, pues, ha de venir? ¿Por qué no te alegras? El que ha de venir á juzgarte no es otro que el mismo que vino á ser juzgado por tí. No temas al acusador, de quien el

mismo Cristo dijo por S. Juan: *Ahora es el juicio del mundo, ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo.* No temas al mal abogado, porque él mismo será para tí, en cierto modo, patrono que entónces será tu juez. Tal será el juez, y la revelacion de su causa el testimonio de tu conciencia. Si temes al juez que ha de venir, corríjete desde luego en el tiempo presente." Con razon, pues, dice Tertuliano: "El día del último juicio, se llama día del gusto cristiano. Tengamos una buena causa para que no temamos el juicio venidero. Nuestra perdicion ha sido nuestro pecado, la sangre de Cristo nuestro precio, la resurreccion del Salvador nuestra esperanza, la venida de Cristo nuestro gozo. Diga nuestra alma sedienta y ansiosa por aquel día, ¿cuándo vendrá? ¿De seas que venga? Ojalá te encuentre preparado su venida." *Disto á los que temen,* dice el salmista rey, *una señal para que huyan de la faz del arco, y se libren sus amados.* "Por lo mismo," dice San Agustin, "horrorízate, porque amenaza el Omnipotente; ama, porque promete el Omnipotente." El temor, pues, el amor y la esperanza del día del juicio universal debe contener al pecador y alentar al justo.

La quinta causa del juicio universal es para que sea recuperada la fama de los justos que con frecuencia se mira defraudada por los necios en el trascurso de esta vida mortal, mientras que las glorias mundanas, y acaso los vicios, son calificados de heroismo y alabados en gran manera; por lo que la justicia divina exige que los hombres piadosos recuperen la estimacion perdida por la injuria, la critica y el sarcasmo de los perversos, en la mas pública reunion de los hombres de todos los climas y todas las naciones, y en un juicio en que, como dice San Pablo á los corintios: *El Señor aclarará aun las cosas escondidas de las tinieblas, y manifestará los designios de los corazones; y entónces cada uno tendrá de Dios la alabanza. Y Dios dará, se lee en el Apocalipsis, á cada uno la alabanza. . . . con los libros abiertos,* esto es, haciendo patentes las conciencias de cada uno: los buenos serán colmados de eterno y sumo honor: los hijos de Dios serán conocidos por todos: sus insignes hechos se patentizarán al universo, y serán coronados con el áncico laurel inmarcesible por el justísimo Juez; pero los malos, los infelices réprobos se cubrirán de confusion, en expresion de San Juan, con sus pecados, por mas ocultos que sean, con sus depravados deseos, con sus pensamientos y sus obras puestas á buena luz en su

verdadero punto de vista. Todo lo que se describe muy detalladamente en el libro de la Sabiduría, en estos términos: *Verán el fin del sabio, y no entenderán qué haya pensado Dios de él, y por qué lo haya resguardado el Señor. Lo verán, y lo despreciarán; mas el Señor se reirá de ellos. Y morirán sin honor...* Entónces los justos se levantarán con gran valor contra quienes los angustiaron, y que con sus violencias é injusticias les arrebataron el fruto de sus trabajos. Los malos, á vista de esto se llenarán de turbacion y de un horrible terror, se asombrarán viendo de repente salvos á los justos contra lo que ellos esperaban. Se dirán á sí mismos arrepentidos y suspirando por la angustia de su corazón: *Estos son á los que tuvimos en otro tiempo por objeto de nuestros escarnios, y pusimos por ejemplo de personas dignas de toda clase de oprobios. Nosotros, insensatos, considerábamos su vida como una locura, y su muerte como deshonrosa; sin embargo, hóllos aquí ensalzados al grado de hijos de Dios, y su suerte es habitar con los santos.* Esto es lo que los pecadores dirán en el infierno; este es el juicio que formarán de los bienes, de los honores y de los placeres de que habrán gozado en su vida, ó que habrán sido el vano objeto de sus deseos.

La última de las causas que hemos asignado para que despues del juicio particular siga el universal, es para que en aquel día sean separados los bienes de los inicos públicamente y delante de todos. El evangelista San Mateo nos dice: *Apartará los unos de los otros como el pastor aparta las ovejas de los cabritos y pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda.* S. Marcos agrega: *El Hijo del hombre vendrá en las nubes con gran poder y gloria. Y entónces enviará sus ángeles, y juntará sus escogidos de los cuatro vientos desde el un cabo de la tierra, hasta el cabo del cielo.* Finalmente, el mismo Cristo, nos refiere S. Mateo, dijo esta parábola: *El reino de los cielos es semejante á una red, que echada en la mar congrega todo género de peces, y cuando está llena, la sacan á la orilla, y sentados allí, escogen los buenos y los meten en vasijas, y echan fuera á los malos. Así será en la consumacion del siglo: saldrán los ángeles y apartarán los malos de entre los justos, y los meterán en el horno del fuego: allí será el llanto y el crujiir de dientes.* No es fácil concebir cuán triste y dolorosa será esta separacion, y cuán vergonzosa para muchos que parece aventajan á los demas en este mundo, y se verán colocados á la izquierda, mien-

tras que aquellos á quienes despreciaron y á quienes con odio oculto perjudicaron, estarán á la derecha. Separacion terrible, que romperá los vínculos naturales y sociales mas estrechos, y de un modo que jamas volverán á unirse por toda la eternidad. Procuremos ser justos, y que nuestras amistades sean siempre con los justos, para no separarnos de ellos en aquel día terrible.

♦♦♦♦♦

DIA QUINCE.

San Longinos, martir.

Hablando el sábio jesuita Peller, de ciertas historias de los santos, se expresa así: "No debe desconfiarse demasiado de las tradiciones apoyadas en los martirologios recibidos en la Iglesia de Dios, y acaso en otros documentos, que si no han llegado hasta nosotros, se tendrían á la vista en aquellos tiempos." Decimos esto, por cuanto en este siglo solo se emplea el tiempo en críticas, las mas ocasiones exageradas y aun perjudiciales á la religion de Jesucristo; pero como nosotros no nos proponemos en esta obra sino fomentar la piedad de los fieles, desentendiéndonos de los vanos argumentos de la incredulidad, siguiendo la respetable tradicion en aquellos puntos que no consten comprobados en la historia, hemos resuelto tomarla por guia, al referir las vidas de aquellos santos, cuyos hechos se hallan envueltos en la oscuridad de los primeros siglos del cristianismo.

Tal es la vida del Santo de este día, al cual se llamó Longinos, nombre derivado del nombre griego que significa lanza, acaso porque se ignora su verdadero nombre. Longinos era soldado gentil de la trópa que custodiaba á Pilato, gobernador romano de Judea; y habiendo pasado el día del afrentoso suplicio de Jesus en compañía de los otros soldados á quebrar las piernas de los crucificados para abreviar sus tormentos, á petición de los judíos, por la grande solemnidad del día siguiente de la muerte del Salvador, encontrándolo ya muerto, omitieron ejecutar en su divino cuerpo la operacion de que iban encargados; pero estando rodeado el Señor de las turbas, vino corriendo con gran furia, y le atravesó la lanza por el lado derecho con tanta fuerza y vehemencia, que le penetró del todo el corazón, de una á otra parte. De esta herida, co-

mo refiere el Evangelio, salió sangre y agua, las que salpicaron los ojos de Longinos que era corto de vista, ó carecia de la de uno de los ojos, y con aquel hálamo saludable recobró la vista del cuerpo, y tal vez en aquel instante la del alma, siendo uno de los que volvían del Calvario hiriendo sus pechos, y confesando á Jesucristo por Hijo de Dios, como se escribe del Centurion.

Longinos tambien, según lo dice Metastase, fué uno de los soldados que custodiaron el sepulcro de nuestro Redentor, y testigo de su resurreccion gloriosa de entre los muertos; y movido sin duda por este milagroso acontecimiento y por la portentosa curacion que en sí mismo habia experimentado, no solo no se dejó corromper por los sacerdotes judíos para que dijese que mientras la guardia se habia dormido, los discípulos de Jesus habian robado su cuerpo, sino que abrazando el cristianismo y abandonando la milicia, se convirtió en un celoso Apóstol, y predicaba por todas partes la fé de Jesucristo.

De Jerusalem, partió á Capadocia, en compañía de otros dos soldados que tambien habian abrazado la fé, y la predicó allí con el mayor fruto, asegurándose que aun fué obispo; pero habiendo los judíos quejados de él á Pilato, y éste al emperador, consiguieron lo condenase á muerte, lo que se verificó, pasando de orden del mencionado gobernador, algunos de sus ministros á Cesarea de Capadocia, lugar, donde según dice el Martirologio, se consumó el martirio de nuestro Santo, cortándole la cabeza. Sus reliquias se conservan en varias partes, principalmente en Mantua.

La epístola es del capítulo I de la del Apóstol Santiago.

Carísimos: Tanal por objeto de sumo gozo, el caer en varias tribulaciones, sabiendo que la prueba de vuestra fé ejercita la paciencia, y que la paciencia perfecciona la obra, para que así vengais á ser perfectos y cabales, sin faltar en cosa alguna. Mas si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídsela á Dios, que á todos da copiosamente, y no zahiere á nadie, y le será concedida. Pero pídale con fé, sin sombra de duda; pues quien anda dudando, es semejante á la ola del mar alborotada y agitada del viento acá y allá. Así que, un hombre semejante no tiene que pensar que ha de recibir poco ni mucho del Señor. El hombre de ánimo doble, es inconstante en todos sus caminos. El hermano, pues, que sea de ba-

ja condicion, ponga su gloria en su exaltacion, mientras el rico la debe poner en su abatimiento, porque se ha de pasar como la flor del heno. Pues así como saliendo el sol ardiente se va secando la yerba, cae la flor, y se acaba toda su vistosa hermosura, así tambien el rico se marchitará en sus andanzas. Bienaventurado, pues, aquel que sufre con paciencia la tentacion, porque despues que fuere así probado, recibirá la corona debida, que Dios ha prometido á los que le aman.

El Evangelio es del capítulo XII de San Juan.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo: que si el grano de trigo, despues de echado en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. El que ama su alma, la perderá; mas el que aborrece su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: que donde yo estoy, allí estará tambien mi siervo. Y aquel que me sirve á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

Sobre la facilidad y seguridad de hallar á Dios, cuando se le busca de veras.

Considera que si buscamos á Dios, y buscamos solo á su Magestad le hallaremos. Mas si nos buscamos á nosotros mismos, si solicitamos nuestros intereses ó gustos, jamás los encontraremos. Todos corren, dice San Pablo; pero uno solo se lleva el premio. Y para conseguir lo que buscamos en el mundo, qué grandes dificultades no hallamos! ¡Qué de desvelos! ¡Qué de enfados! Qué de fatigas! ¡Y en qué vienen á parar todas estas penas y ansias? En solicitar y buscar siempre, y hallar nunca nada. Mas cuando buscamos á Dios, le hallamos seguramente: se hace encontradizo ordinariamente, aun á los que no le buscan, y se anticipa á los que le desean aun, antes que empiecen á buscarle. Este sumo bien siempre hace mas de la mitad del camino, escuchándonos una buena parte del trabajo que debíamos aplicar en buscarle. Cuando le imaginamos mas lejos, le hallamos en medio de nosotros; pero ¡ay Señor! que yo no os puedo buscar; si vos primero no empezais á buscarme; ni puedo ir á vos, sino por vos mismo. Buscadme, pues, y os buscaré, y buscándoos os hallaré, y con vos todos los bienes.

Considera, que cuando nos buscamos á nosotros mismos, y cuando es para nuestra conveniencia y satisfacción, buscamos las criaturas, los gustos y las honras; pero aunque los lleguemos á encontrar, nunca nos pueden saciar ni contentar nuestros deseos; porque todos estos bienes son falsos, vanos y breves, que divierten nuestro corazón, pero no le llenan; irritan nuestras pasiones sin satisfacerlas; irritan nuestros deseos; pero sin contentarlos; como fueron criados para nosotros, podemos usar de ellos; pero como nosotros no fuimos hechos para ellos, no podemos entregarnos á ellos totalmente; son medios para ir al fin, y por esta razón nos pueden ser de alguna utilidad; pero como no son el fin para que fuimos criados, no pueden hacer nuestra dicha. Pero si hallamos á Dios, nuestro corazón quedará verdaderamente contento, porque su divina Magestad es el centro de todos nuestros movimientos, en quien por consiguiente hallamos nuestro reposo; es el término de nuestros deseos; con que sólo Dios los puede satisfacer; es nuestro supremo bien; con que sólo su divina Magestad nos puede contentar. Así es que, aunque hallásemos todos los bienes que deseamos y buscamos con tanta ansia, y aunque estos fuesen verdaderos, sólidos y grandes, no podían hacernos felices, porque no podrían durar siempre, ó acabarían por sí mismos, siendo como son perecederos; ó los perderíamos por mil accidentes que nos los pueden quitar, ó la muerte nos separaría de ellos con brevedad. Bienes que acaban con el tiempo, no pueden hacer una dicha que debe durar para nuestro bien, toda la eternidad. Nada perecedero puede contentar á una alma inmortal; pero vos, Dios mio, si os he hallado una vez, no os puedo perder, si no quiero. Por mas que conspiren contra mí los hombres y los demonios, no pueden separarme de mí Dios. Podrán... quitarme todos mis bienes, mi salud, mi honra, mi vida; pero no pueden quitarme á mí Dios. ¡Y el que le posee, no es acaso bastante rico? ¡No debe estar satisfecho? Si no lo estás, es porque no le posees.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Habiendo Dios criado nuestras almas con una capacidad tal que no se sacia, ni puede saciarse con ningún bien terreno, ni aun con la posesion de todo cuanto abarca el mundo, nos da bien á entender, que no debemos aspirar á otro que al sumo bien, solo capaz de llenar esta inmensa capacidad, y de formar la verdadera felici-

dad del hombre. Bien lo entendió el angélico doctor Santo Tomás, cuando preguntándole el Señor, que recompensa quería por lo bien que de su Magestad habia escrito, le respondió humilde y amorosamente. *No otra, Señor, sino vos mismo.* Este debe ser nuestro deseo, y la felicidad á que únicamente aspiramos. Poseer á Dios, es poseerse á sí mismo, y poseer todas las cosas en Dios. Pues el que á él no posee, nada posee, todo lo pierde, y se pierde á sí propio. ¡Qué deberemos, pues, hacer para evitar tan inmensa desgracia? ¡Ah! Buscar á Dios, y buscarle con la mayor solitud. Este debe ser nuestro propósito; y la petición, la perseverancia en buscarle, hasta que le hallemos, de modo que jamas le perdamos.

JACULATORIA.

Por las calles y plazas busqué al amado de mi corazón; le hallé, y no le dejaré.

LECCION.

Sobre el infierno.

La muerte eterna es la separacion perpetua de Dios; Dios es la vida de nuestra alma, como el alma es la vida del cuerpo, de manera que el alma separada de Dios se halla en estado de muerte eterna. Los condenados á esta desgraciada suerte por no hallarse inscriptos en el libro de la vida, sufrirán infinitas y distintas penas, que pueden reducirse á las siguientes. Serán eternamente privados de la vista y presencia de Dios, y no entrarán jamas en el cielo. Lo segundo, serán eternamente atormentados por los remordimientos inútiles de su conciencia; y lo tercero, habitarán en el infierno con los demonios.

La privacion de la vista de Dios y de la entrada en la gloria se manifiesta expresamente por el mismo Salvador, que segun S. Mateo, dijo así: *Quien quebrantare uno de estos mandamientos muy pequeños, y enseñare así á los hombres, será llamado muy pequeño en el reino de los cielos; mas quien hiciere y enseñare este será llamado grande en el reino de los cielos.* No obstante que son inexplicables las penas del infierno, puede concebirse que el suplicio mayor de los condenados es la pena que se llama de daño; y consiste en carecer de la vista, gracia y amistad de Dios, nuestro último fin. Para comprender esta verdad basta reflexionar que sien-

do Dios la suma felicidad del alma, es indispensable que su separación y su pérdida sea su suma infelicidad. Y así dice San Juan Crisóstomo que mil fuegos infernales juntos no causarían al alma tanto tormento, como el que padece por estar separada de Dios.

Los remordimientos inútiles de su conciencia serán un tormento insufrible y eterno, pues su arrepentimiento no los librará ya de su desgracia. Con cuánto dolor verán que violaron las reglas de la justicia y santidad, conociendo haber ultrajado al mismo Dios, de quien era aquella justicia que despreciaron sin haberla querido conocer! Conocerán que mientras vivieron, tuvieron los ojos cerrados al esplendor de la verdad, y eternamente no verán ya otra cosa que esta verdad misma que les mostrará sus iniquidades, pronunciando sin cesar el decreto irrevocable de su condenación. El pecador impenitente, aun en esta vida está separado de Dios; no puede sufrir la luz de la divina presencia, huye y se oculta del Señor como de su mayor enemigo; y si en este estado le asalta el tránsito de la vida á la eternidad, no puede dudar que encontrará su mansion, no en las celestiales regiones, ni en la sociedad de los santos y de los ángeles; tampoco en la inmediata y gloriosa presencia de Dios; sino en las tinieblas exteriores, en la casa de la muerte y del espanto, y en la compañía de los ángeles caídos, á cuyo dominio habia estado sometido.

Para poder concebir cuán terribles sean las penas de los sentidos, se deben considerar separadamente las interiores y las exteriores: por estas segundas se entiende todo aquello que pueda atormentar la vista, el oído, el olfato y todos los demas sentidos; pero el tormento mas cruel será el fuego devorador, de una violencia y actividad mucho mas eficaz, que la del fuego que conocemos; fuego tal que abraza y no consume, que penetra y que no deja parte alguna en que no cause vivísimos dolores, sin conceder tregua ni descanso el mas corto. Por lo que toca á las penas del alma, aunque no podemos comprender con toda claridad cómo ha de ser atormentada cuando está separada del cuerpo, entre tanto llega el juicio final. La Sagrada Escritura nos da fundamento para creer que el fuego del infierno obrará por una virtud sobrenatural sobre los cuerpos sin consumirlos, y sobre las almas como sobre los cuerpos; es tambien la opinion de San Agustín, y tambien de la mayor parte de los Padres de la Iglesia.

Es preciso advertir, que la fé cristiana nos enseña que los répro-

bos serán eternamente separados de Dios, y privados de la bienaventuranza, que es la mayor pena de una criatura criada para Dios. Debamos tambien creer que padecerán para siempre los cuerpos y las almas de los condenados los mas violentos tormentos con un fuego eterno, como lo hemos visto en los testimonios de la Escritura que hemos copiado. No padecerán igualmente todos los réprobos: el castigo será á proporcion de la desigualdad de los crímenes y pecados; pero todos padecerán igualmente la pena de la privación de Dios y de la eternidad en el padecer, como se manifestará mas ampliamente en la siguiente leccion; la desigualdad, pues, solo consistirá en cuanto á la pena del fuego. En el Apocalipsis se lee, hablando de Babilonia. *Tornadle á dar, así como ella os ha dado, y pagadle al doble segun sus obras: en la copa que ella os dió á beber, dadle á beber doblado. Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dareis de tormento y llanto.*

Es necesario persuadirse, que sobrepujando con tanto exceso las penalidades y los tormentos indecibles de la otra vida á todos los de ésta, jamas hemos de mirar ni de reputar como bien, sino por el contrario, como un grande mal todas las cosas que pueden conducirnos al infierno. La consideracion de aquellas terribles penas, puede tambien servirnos bastante para despreciar como ligeros y de ningun valor, los males del cuerpo. Los mismos trabajos de esta vida, deben hacernos recordar con frecuencia las penas eternas, y servirnos de advertencia continua para poder obrar de manera que las evitemos. Aun cuando estas consideraciones del infierno no nos fuesen necesarias para evitar el pecado, y afortunadamente nos encontrásemos ya en aquel grado en que la caridad ardiente expela todo temor, lo que rara vez sucede en el mundo, y es muy peligroso creer uno de sí mismo; no dejarían sin embargo de sernos útiles, y aun á veces necesarias, así para conservar por nuestra parte el agradecimiento que debemos mostrar á Dios, de habernos puesto su misericordia en aquel dichoso estado de caridad, como para despertar la compacion que debemos tener de las almas que se precipitan á estos abismos de males. De manera que el temor de las penas eternas, no solamente introduce la virtud de la caridad cuando todavia no es Señor del corazon, y la guarda y conserva cuando todavia es débil é imperfecta, sino que la alimenta tambien cuando se encuentra ya en su mayor estado de perfeccion y pureza, con solo esta distincion, que en aquellos dos primeros estados temo el

hombre mas por sí que por los demas, y en el estado de caridad perfecta, teme mas por los demas que por sí.

No olvidemos por último, la memorable parábola de los talentos, que hemos referido en las lecciones anteriores: al paso que en ella vemos la perfecta equidad con que nos tomará cuenta el justo Juez, y que la ganancia de cada hombre se computará por los auxilios que haya recibido, y al paso tambien que nos da á entender que habrá varios grados de gloria y de pena, segun los varios grados de virtud ó de vicio, en ella se nos da una clara leccion, de que cualquiera que sea la situacion del hombre en la tierra, será responsable del uso que haya hecho con los talentos que haya recibido, y que se dirá del siervo inútil. *Echadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crugir de dientes.* Y que Dios retribuirá á cada uno segun sus obras, esto es, como dice San Pablo á los romanos, con la vida eterna, á los que perseverando en obras buenas buscan gloria y honra é inmortalidad. Mas con ira é indignacion á los que son de contienda y que no se rinden á la verdad, sino que obedecen á la injusticia. *Tribulacion y angustia será sobre toda alma de hombre que obra mal; del judío primeramente y del griego: mas gloria y honra y paz, á todo obrador del bien: al judío primeramente y al griego, porque no hay acepcion de personas para con Dios, ... En el día en que Dios juzgará las cosas ocultas para los hombres.*

DIA DIEZ Y SEIS.

San Abraham, ermitaño.

San Abraham nació en la Siria ó Mesopotomia en el siglo IV de la Iglesia, y fué hijo de unos padres muy ricos, y por consiguiente demasiado apegados á las vanidades del mundo. Los sentimientos de nuestro santo eran totalmente contrarios desde niño; de tal suerte que mientras aquellos pensaban en los honoríficos puestos en que pretendian colocarlo cuando llegase á la edad competente, éste solo se ocupaba en formar su corazon para la piedad, entregándose á la oracion, el retiro y la atenta lectura de los libros sagrados.

Habiendo entrado en la edad de la pubertad, lo obligaron sus padres á contraer matrimonio; pero Abraham, movido de una supe-

rior gracia, abandonó á su esposa y huyó de la ciudad, retirándose á un lugar distante de ella tres cuartos de legua, encerrándose en una celdilla abandonada que encontró allí. Buscáronlo sus parientes con el mayor empeño, y al cabo de diez y siete dias, lo hallaron en aquel retiro haciendo oracion. Esforzándose en vano en hacerlo volver á su casa; y convencidos de la firmeza de su resolucion, desistieron de la empresa de llevarse, prometiéndole no molestarlo mas. Luego que se retiraron hizo tapar Abraham la puerta de la ermita, sin dejar mas que una ventanilla por donde le introdujesen algunos panes en ciertos dias. Separado tan completamente del siglo, se entregó con toda libertad al ejercicio de todas las virtudes, en las que hizo tales progresos, que difundiéndose la fama de su santidad por los lugares circunvecinos, acudia á visitarlo multitud de gente; á la que con la mayor caridad daba instrucciones, llenas de ciencia, sabiduria y consolacion.

A los doce años de esta vida angelical, perdió nuestro santo á sus padres, quienes le dejaron una herencia cuantiosa; pero la hizo repartir entre los pobres por medio de un amigo de su confianza, y continuando el método de vida que habia emprendido, entregado á los ejercicios mas austeros de la penitencia, á las mayores privaciones de la pobreza, á la continua meditacion de las verdades eternas, y á la práctica no interrumpida de las virtudes, pasó otros cincuenta años con un espíritu siempre igual, y que nunca se entibió en un periodo tan largo, ni por el uniforme rigor de sus maceraciones.

Pero al fin, habiendo la Providencia dispuesto colocar esta encendida luz sobre el candelero, salió Abraham de su amado retiro para el bien de muchas almas. Cerca de la ciudad que habia abandonado, se hallaba un pueblo muy poblado de gente idólatra y bárbara á quien jamás habia podido reducir ninguna clase de misioneros, por mas diligencias que el obispo habia practicado para su conversion; pero noticioso éste de la santidad de nuestro santo, pasó á verlo con su clero, y á pesar de su humilde resistencia, lo ordenó de sacerdote y lo encargó de aquella mision tan difícil, como verdaderamente apostólica.

Preparado el nuevo sacerdote con ayunos, oraciones y fervorosas súplicas para obtener la ayuda del cielo, se dirigió al lugar de su mision. Bendijo Dios sus primeros trabajos; y animado con tales frutos, Abraham edificó una iglesia, adornándola con todo lo nece-

hombre mas por sí que por los demas, y en el estado de caridad perfecta, teme mas por los demas que por sí.

No olvidemos por último, la memorable parábola de los talentos, que hemos referido en las lecciones anteriores: al paso que en ella vemos la perfecta equidad con que nos tomará cuenta el justo Juez, y que la ganancia de cada hombre se computará por los auxilios que haya recibido, y al paso tambien que nos da á entender que habrá varios grados de gloria y de pena, segun los varios grados de virtud ó de vicio, en ella se nos da una clara leccion, de que cualquiera que sea la situacion del hombre en la tierra, será responsable del uso que haya hecho con los talentos que haya recibido, y que se dirá del siervo inútil. *Echadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crugir de dientes. Y que Dios retribuirá á cada uno segun sus obras, esto es, como dice San Pablo á los romanos, con la vida eterna, á los que perseverando en obras buenas buscan gloria y honra é inmortalidad. Mas con ira é indignacion á los que son de contienda y que no se rinden á la verdad, sino que obedecen á la injusticia. Tribulacion y angustia será sobre toda alma de hombre que obra mal; del judío primeramente y del griego: mas gloria y honra y paz, á todo obrador del bien: al judío primeramente y al griego, porque no hay acepcion de personas para con Dios, ... En el día en que Dios juzgará las cosas ocultas para los hombres.*

DIA DIEZ Y SEIS.

San Abraham, ermitaño.

San Abraham nació en la Siria ó Mesopotamia en el siglo IV de la Iglesia, y fué hijo de unos padres muy ricos, y por consiguiente demasiado apegados á las vanidades del mundo. Los sentimientos de nuestro santo eran totalmente contrarios desde niño; de tal suerte que mientras aquellos pensaban en los honoríficos puestos en que pretendian colocarlo cuando llegase á la edad competente, éste solo se ocupaba en formar su corazon para la piedad, entregándose á la oracion, el retiro y la atenta lectura de los libros sagrados.

Habiendo entrado en la edad de la pubertad, lo obligaron sus padres á contraer matrimonio; pero Abraham, movido de una supe-

rior gracia, abandonó á su esposa y huyó de la ciudad, retirándose á un lugar distante de ella tres cuartos de legua, encerrándose en una celdilla abandonada que encontró allí. Buscáronlo sus parientes con el mayor empeño, y al cabo de diez y siete dias, lo hallaron en aquel retiro haciendo oracion. Esforzáronse en vano en hacerlo volver á su casa; y convencidos de la firmeza de su resolucion, desistieron de la empresa de llevarse, prometiéndole no molestarlo mas. Luego que se retiraron hizo tapar Abraham la puerta de la ermita, sin dejar mas que una ventanilla por donde le introdujesen algunos panes en ciertos dias. Separado tan completamente del siglo, se entregó con toda libertad al ejercicio de todas las virtudes, en las que hizo tales progresos, que difundiéndose la fama de su santidad por los lugares circunvecinos, acudia á visitarlo multitud de gente, á la que con la mayor caridad daba instrucciones, llenas de ciencia, sabiduria y consolacion.

A los doce años de esta vida angelical, perdió nuestro santo á sus padres, quienes le dejaron una herencia cuantiosa; pero la hizo repartir entre los pobres por medio de un amigo de su confianza, y continuando el método de vida que habia emprendido, entregado á los ejercicios mas austeros de la penitencia, á las mayores privaciones de la pobreza, á la continua meditacion de las verdades eternas, y á la práctica no interrumpida de las virtudes, pasó otros cincuenta años con un espíritu siempre igual, y que nunca se entibió en un periodo tan largo, ni por el uniforme rigor de sus maceraciones.

Pero al fin, habiendo la Providencia dispuesto colocar esta encendida luz sobre el candelero, salió Abraham de su amado retiro para el bien de muchas almas. Cerca de la ciudad que habia abandonado, se hallaba un pueblo muy poblado de gente idólatra y bárbara á quien jamás habia podido reducir ninguna clase de misioneros, por mas diligencias que el obispo habia practicado para su conversion; pero noticioso éste de la santidad de nuestro santo, pasó á verlo con su clero, y á pesar de su humilde resistencia, lo ordenó de sacerdote y lo encargó de aquella mision tan difícil, como verdaderamente apostólica.

Preparado el nuevo sacerdote con ayunos, oraciones y fervorosas súplicas para obtener la ayuda del cielo, se dirigió al lugar de su mision. Bendijo Dios sus primeros trabajos; y animado con tales frutos, Abraham edificó una iglesia, adornándola con todo lo nece-

sario para el culto divino. Luego que estuvo concluida, se encaminó al templo de los idólatras; predicóles el Evangelio, los convidó á que se reunieran en su iglesia, á adorar á Dios en espíritu y verdad; y arretado de un santo celo, despedazó los ídolos y derribó sus altares. Los infieles enfurecidos se arrojaron sobre él y lo maltrataron con muchos golpes y heridas; pero escapando de sus manos se retiró á la iglesia, y se puso á orar por los que lo habían ofendido, en cuyo cristiano ejercicio lo encontraron los gentiles al día siguiente en que su curiosidad los llevó á ver el edificio. Otra vez que les hacía las mismas exhortaciones lo golpearon cruelmente, lo sacaron arrastrando con una soga fuera del pueblo, é intentaron acabarle de quitar la vida á pedradas; mas el Señor se la conservó admirablemente, y cuando los bárbaros lo creían muerto, lo volvieron á ver con grande asombro suyo, orando por su salvación delante de las aras que había levantado al Dios verdadero. Semejantes maltratos sufrió nuestro santo repetidas veces; pero nada fué capaz de atorrarlo, para que dejase de continuar sus tareas apostólicas.

Tantos sacrificios no quedaron sin premio. Abrió el Señor los ojos de aquellos obstinados infieles, los que reconociendo sus errores por la predicación de su apóstol, movidos del ejemplo de su vida, y atraídos de su caridad, resolvieron abrazar el cristianismo, dirigiéndose todos á la iglesia en busca de Abraham. Recitádos el santo con suma alegría; dió gracias al Señor por aquel triunfo de su misericordia; y habiéndolos instruido en la religion, bautizó á todos los habitantes del pueblo, que pasaban de mil personas. Dedicó en seguida á formarlos buenos cristianos: diariamente les leía la Sagrada Escritura; explicáboles sus nuevas obligaciones; convirtió en fin aquellas fieras en discípulos de Cristo, y llegó á conseguir lo amasen con aquel tierno afecto que siempre el le había mostrado.

Al año de esta dichosa conversion, juzgando Abraham á sus néfitos bien instruidos en la fé, y bastante mente adocotrindos en los preceptos divinos, teniendo por concluida su mision, se separó secretamente de ellos, retirándose á un desierto distinto del que antes habitaba. Luego que su pueblo lo celió menos, lo buscó por todas partes; pero siendo inútiles sus indagaciones, ocurrieron á su obispo, quien les dió nuevo pastor, y ordenó á algunos de ellos para que lo ayudasen en los ministerios; lo que sabido por el santo,

volvió ya con seguridad á su antigua celda, continuando en ella sus anteriores ejercicios, venciendo terribles tentaciones del demonio, y dando admirables ejemplos de todas las virtudes.

Entre estos fué muy distinguida una accion insigue de caridad, que brillará siempre en la Iglesia. En una ermita inmediata á la suya, vivió una sobrina de Abraham, llamada María, que habiendo quedado huérfana á la edad de siete años la había recogido su santio tío, educado con el mayor esmero y dirigido por el camino de la perfeccion, que abrazó con gusto, haciendo en el progreso muy considerables.

Había llegado ya á cumplir veinte años de edad, cuando un hombre hipócrita sedujo á esta virtuosa jóven, la cual habiendo cedido á la fragilidad de su sexo, llevada de una cruel desesperacion de su culpa, abandonó la ermita, y huyendo á una ciudad se prostituyó con escándalo. Su santo tío no llegó á saber nada sino por una vision espantosa que tuvo en sueños por dos ocasiones. En la primera vió que un dragón formidable devoraba á una paloma; y en la segunda, que poniendo un pié sobre la cabeza de esa fiera, sacaba de sus entrañas al inocente animal.

Muy pronto entendió nuestro santo el misterioso sueño, pues buscando á su sobrina, conoció su fuga. Por dos años no dejó de llorar su desgracia, de pedir á Dios por María, y de solicitarla por todas partes; y habiendo sabido su paradero, á pasar de su avanzada edad, disfrazado de militar, y cubierto el rostro para no ser conocido, se dirigió á donde se hallaba su sobrina, púsosele delante, y con dulces exhortaciones y lágrimas, la movió á hacer penitencia de sus pecados y á que volviese á su antiguo retiro.

En él vivió María en lo sucesivo con tal asperanza y en la práctica de tantas virtudes, que lavando completamente sus pasadas culpas, murió en tan buen olor de santidad, que la Iglesia la tiene colocada en el catálogo de los santos, venerándola en 29 de Octubre, con el nombre de Santa Maria Penitente. Nuestro santo ermitaño vivió aún diez años mas en la observancia de su antigua disciplina, hasta que á la edad de setenta pasó al reino celestial, á recibir la eterna recompensa de sus servicios.

La Epistola es del capítulo XXXI de la Sabiduria. (Eclesiástico.)
(pág. 590.)

Bienaventurado el rico &c.

El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas. (pág. 497.)

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos &c.

MEDITACION.

Sobre el desengaño del mundo y de nosotros mismos.

Considera que es bastante conocer al mundo para menospreciarle, por lo ciego que es en sus juicios, y lo injusto que es en su estimación y premios. No tiene consideración á la virtud ni al mérito. Ordinariamente es razón para sus premios el no merecerlos. Es el mundo infiel en sus promesas, extravagante en su conducta, inconstante en su amistad: ganarle es muy costoso; conservarlo es muy difícil; pero muy fácil perderle. Amigo débil; enemigo peligroso; halaga para engañar, y acaricia solo para destruir mas fácilmente. Promete mucho, dando solo cosas superficiales que no pueden satisfacer la capacidad de nuestro corazón, y tan vanas que no pueden contentar á un espíritu capaz de razón. Son sus bienes materiales y groseros sin proporción con el alma espiritual, breves y momentáneos, que por consiguiente no pueden hacer la dicha de una alma inmortal: esto es todo lo que promete el mundo y aun rara vez lo da. No solo es menester menospreciar al mundo; es menester tambien desasirse de él. ¡Pero cuántos se ven que dan á entender no le estiman, y no obstante tienen grande asimiento á él! Discurrirán estos sobre la vanidad del mundo, y la están amando en su corazón; se quejan todos los dias de su infidelidad, y no obstante se fian en él; y aunque le echan maldiciones no dejan de hacerle su ídolo y adorarle. Verdaderamente que es ceguera el estimar al mundo; pero cómo dirémos que sea menospreciarle, al mismo tiempo que se le tiene tanto asimiento, como si se hallase en él todo lo que se puede desear? Falta de discurso el estimar al mundo; pero es señal de nuestra poca fé, ó de dar de mano á Jesucristo, cuando le tenemos asimiento, sabiendo que es el mayor enemigo de nuestro Salvador.

Considera que todos los cristianos deben desasirse del mundo; y los que desean su perfeccion, deben morir á él. Vosotros habeis muerto, decia el Apóstol á los cristianos, y vuestra vida está oculta con Jesucristo en Dios. Por desasido que uno esté de bienes y honras, no por eso deja de ser á ellos sensible: aunque no busque este gusto, le esperimenta y se saborea; pero no debe ser así: un

muerto es insensible á todo; y ni las exequias mas magnificas, ni los mausoleos mas soberbios le inmutan. Este es el modelo de un hombre muerto al mundo: ni los grandes sucesos de su vida, ni sus virtudes, ni sus acciones heroicas, ni la veneracion de todo el mundo deben trastorbarle ni inmutarle en nada; porque ha muerto al mundo, y á sí mismo; é insensible á cuanto le toca, solo desea la gloria de Dios, á quien reconoce como autor de todos los bienes, en que no juzga tener mas parte que la de estar en él.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ah Señor! que yo deseo hallarme en este estado felicísimo; pero me encuentro muy distante de él: todo me afecta, todo me interesa; á todo soy sensible, todo me lleva el corazón; y aunque conozco el modo de vencerme, y las ocasiones en que debo hacerlo, me hallo sin fuerzas para vencer mi pasión ó superar mi flaqueza. Hecha, ó buen Jesús, que tenga aliento para romper de un golpe todos los lazos que me aprisionan, y que diga un *á Dios* perpetuo y absoluto al mundo y sus delicias, sus faustos y sus pompas; á mi propio corazón con todas sus aficiones, deseos y apetitos para no buscar ni asirme mas que á vos, único dueño de mi corazón.

JACULATORIA.

¡Oh Jesús! sed para mí Jesús, y salvadme.

LECCION.

Sobre la eternidad de las penas del infierno.

Seria temible sufrir las penas del infierno no por un tiempo limitado aunque fuera muy largo; pero es sobre manera espantosa la idea de sufrirlas para siempre. Un sabio místico nos dice: "Terrible cosa es padecer, y es cosa terrible saber que se ha de padecer eternamente. Lo primero se llama eternidad de la pena, y lo segundo la pena de la eternidad. No pensemos que este es un juego de palabras; comprendamos bien y distingamos estas dos ideas. Los condenados padecen penas eternas, y al mismo tiempo el saber que son eternas, es una pena de las mayores que los atormenta. Si ellos siquiera dudaran de su duracion, tendrían algun consuelo. Se acabarían estos tormentos, dirían, mañana, dentro de un año, de ciento, de mil, de un millon; ó indefinidamente ellas han de acabar alguna vez, aunque no sepa-

mos cuándo; mas no es así: jamás han de terminar, y de esto se hallan bien convencidos, de suerte que no pueden tener la mas ligera duda acerca de ello. ¡Furoroso insuflible! El autor citado nos hace formar alguna idea de él por medio de una comparacion sensible: «La pena de la eternidad, dice, no es menos espantosa. Consiste esta en tener siempre fija en el pensamiento, sin ser posible apartarla de él, aquella interminable serie de siglos que han de durar los tormentos. El que lleva en la mano un globo pesadísimo de plomo, aunque en la realidad no le toque mas que por un solo punto, no deja de sentir todo su peso. De la misma manera en cada instante tiene sobre sí el infeliz condenado, por decirlo así, todo el peso de la eternidad, por estar bien asegurado de que jamás se ha de acabar su tormento.» Mas no solo consiste en esto la pena de la eternidad, sino en la comparacion que haremos entre ella y el tiempo que vivimos en el mundo. El citado autor prosigue diciendo: También será otra pena de la eternidad, el cotejo que estará haciendo continuamente el miserable condenado, de todo el tiempo que podia haber vivido en el mundo mortificándose un poco ó enteramente abandonado á sus pasiones, con la perdurable duracion de su desdichada suerte. ¡Con qué ojos mirará hoy el rico avariento, los cincuenta ó sesenta años que vivió entre gustos y deleites, comparados con los centenares que ha que está padeciendo? ¡Y qué le parecerán esos cincuenta ó sesenta años, cuando los compare con cincuenta ó sesenta millones, pasados todos en los mas horrosos tormentos? Pasó la vida como sombra, como el relámpago, como la saeta disparada que hiende los vientos; y por una vida tan corta, tan rápida, tan fugaz, no veo ni término, ni remedio á esta violenta muerte á que estoy eternamente condenado en este horno encendido. ¡Oh, y quién apartara de mi imaginacion este eterno pensamiento! Ya que he de padecer, que no piense en ello. Prométamelo, aunque solo sea por lisongearme, aunque me engañen, aunque despues no me lo cumplan.

En esta vida, por terribles y penosos que sean los males, la esperanza de que han de terminar, disminuye toda su actividad y fuerza; mas las penas del infierno no cesan; porque su eternidad es el mayor mal que aqueja á los condenados; y la revelacion que con respecto á otro género de penas del infierno no se encuentra espresada con tanta precision y claridad, en este punto, no deja lugar á la interpretacion. Los escritores sagrados indistintamente aseguran

de un modo incontrovertible, que la recompensa de la justicia y el castigo de la iniquidad, han de durar en el otro mundo por toda la eternidad. Vida y muerte eterna, son los términos con que en muchos pasajes de la Escritura Santa se describe la muerte que respectivamente aguarda á los hombres despues de la muerte temporal. En muchos de ellos se declara expresamente, que los que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, y generalmente todos los que en su vida permanecieron sujetos al mundo, á la carne y al demonio, sufrirán una pena eterna.

El mismo Jesucristo nos dice por San Mateo, para librarnos de estas penas eternas tanto por su bondad como por su misericordia y amor: *Si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtale y échale de tí; porque mas te vale entrar en la vida manco ó cojo, que teniendo dos manos ó dos piés ser echado en el fuego eterno.* Y en la terrible sentencia del dia del juicio, como ya hemos visto, dirá á los que están á la izquierda, á los orgullosos, á los malos que no cumplieron con sus deberes para con Dios y para con los hombres: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y para sus ángeles... é irán estos al suplicio eterno.* San Judas finalmente nos recuerda, que á los ángeles que *ya guardaron su principado, sino que desumpararon su lugar, los tiene reservados Dios con cadenas eternas en tinieblas para el juicio del gran dia.*

Aunque con razon se nos presentan las penas de los malos en el otro mundo como un castigo, pues que la principal es la separacion de aquel Sér, que es la única verdadera y real fuente de la felicidad, tambien pueden considerarse como un resultado natural y necesario de la vida del pecado. Si queremos saber en qué consisten principalmente los gozos de la bienaventuranza eterna, encontraremos en multitud de testimonios de nuestra revelacion, que es precisamente en la inmediata y gloriosa presencia de nuestro Dios y Salvador, ante quien nada puede haber que sea impuro, y el pecador impenitente está separado de Dios, y no puede hallarse en su presencia, ni en la mansion de los ángeles, como ya hemos manifestado. Porque siendo Dios eterno, é inmortal nuestra alma, y habiendo siempre la misma causa de oposicion entre Dios y el pecador, que es la culpa, la cual si no hemos borrado en esta vida, quedá indelible en la otra, es preciso que la separacion de Dios y la del pecador sea eterna.

En efecto, la razon nos manifiesta fundándose en la religion natural y revelada, que la vida presente es el único tiempo designado por Dios para nuestra prueba, y para que recobrándonos del estado de degradacion moral, nos hagamos aptos para poder disfrutar de los puros y eternos gozos de las almas justas, que han llegado á la cumbre de la perfeccion. Cuando reflexionamos sobre las aflicciones de los justos en este mundo, y pensamos sobre la frecuente prosperidad de los iníquos; cuando fijamos nuestra atencion sobre multitud de circunstancias, en las que se nos presenta como interrumpida la evidente tendencia del gobierno divino en esta vida, hácia un sistema perfecto de recompensas y de castigos; insensiblemente nos miramos conducidos, no solo á confesar la certidumbre de un estado futuro y de otra vida, sino tambien á reputar este mundo como el estado de prueba, y al mundo venidero, como el de una retribucion establecida y segura. La revelacion cristiana, fundada en los testimonios de las Escrituras Santas, nos confirma maravillosamente en la solidez de estos sentimientos; porque á la vez que los escritores sagrados inspirados por Dios, jamás hacen mencion de nuestro futuro estado de existencia, sino llamándote de felicidad ó de miseria, de recompensa ó de castigo, describen tambien la vida presente como el único periodo y la sola época en que *con temor y temblor* podemos trabajar en nuestra propia salvacion: que este es solo el tiempo aceptable y el dia de la salvacion, que ahora se ha de hacer la obra del dia, y que viene la noche en que *nadie puede trabajar*; que despues que el esposo haya entrado en la cámara nupcial, se cierra la puerta y ya no puede abrirse. Estos y otros semejantes son los principios expresados claramente y que se contienen en todas las exhortaciones que se nos hacen, para que acudamos oportunamente á la fé, al arrepentimiento, á la obediencia, é igualmente en todo precepto que se nos impone seamos diligentes y estemos vigilantes aguardando la venida del Señor, ya como un esposo que viene á las nupcias, ya como un amo que llega á tomar cuenta á sus administradores. No hay razon alguna ni aun para imaginar, que pasado el tiempo oportuno concedido al género humano, se podrá encontrar en la sociedad de los demonios, y en aquella condicion y lugar de tinieblas, en aquella degradacion y separacion de Dios, que será la suerte desgraciada de los pecadores impenitentes en el otro mundo, esto es, en la época de la futura retribucion, alguna cosa ó algun motivo que diga la menor tendencia á cumplir

naturaleza degradada, á redimirá de la esclavitud, á que pueda servir de medio para prepararnos á recibir la herencia santa y celestial.

Siendo pues inconcuso los testimonios que hemos alegado, y las razones que hemos expuesto, siendo el infierno el elemento natural de los inicuos, y esta vida el único tiempo señalado para nuestra probacion y restablecimiento moral, es indudable que los que mueren en pecado serán para siempre excluidos de los gozes que disfrutarán los que se hallen á la derecha de Cristo en el dia del juicio final. *Moriréis en vuestro pecado*, decía Jesús á los incrédulos judios; y siendo inconcuso que el hombre formado á la imagen de Dios eterno nunca dejará de existir, debemos tambien sacar por conclusion, que la pena impuesta á los malos de la exclusion de la divina presencia, no tendrá fin. Y aunque esta doctrina sea un profundo misterio para nuestra limitada comprension, sujetando nuestra creencia, debemos emprender con ardor el camino de la vida eterna, para huir de la eternidad de las penas del infierno.

DIA DIEZ Y SIETE.

San Patricio, obispo y confesor.

Nació San Patricio al fin del siglo IV, en la ciudad de Killpatrick, en Escocia, y fueron sus padres Calpurnio, noble breton del linage de romanos, y su madre Conquesa, sobrina de S. Martin de Tours. Nuestro Santo se educó en el temor de Dios, disponiéndose desde niño para los altos fines á que lo tenia señalado la Providencia.

Teniendo Patricio diez y seis años de edad, fué preso con varios sirvientes de su padre por los bárbaros, los cuales lo condujeron á Irlanda, y lo pusieron á cuidar cerdos, haciéndole sufrir todas las penalidades del cautiverio. En medio de tantos trabajos y abandono clamaba con fervor al cielo, y Dios que no desampara jamas á los que en él ponen toda su confianza, le proporcionó aun con medios milagrosos, dinero y embarcacion que le facilitase su fuga. Embarcóse Patricio para su patria; pero habiendo saltado en tierra en un lugar desierto, se vió en peligro él y los marineros de morir de hambre; mas habiendo prometido éstos, que eran paganos, convertirse á la fé católica por consejo de nuestro Santo, el mismo dia fueron provistos de alimentos, y sin tener ya mas necesidad llega-



S. Patricio Obispo.



S. Gabriel Arcángel.



El Costoso Patriarca Señor San José.



Sta. Bárbara Mártir.

ron á un pueblo donde recibieron hospitalidad, y de aquí pasó á la casa de su padre.

Cuatro años permaneció en su compañía; pero conociendo por muchas visiones que tuvo en este tiempo, que Dios lo llamaba á trabajar en la conversion de los pueblos de Irlanda, resolvióse pasar á la Bretaña. En el camino fué otra vez cautivado por unos piratas, que lo vendieron á los Pictos, de quienes recibió libertad; por tercera vez fué hecho esclavo y conducido á Burdeos, de donde su nuevo amo le remitió libre á su patria.

No se detuvo en ella mucho tiempo, y resuelto á llevar adelante sus misiones apostólicas, habiendo recibido los sagrados órdenes, y sido consagrado obispo por disposición del papa Celestino I, para suceder á San Paladio, primer prelado de Irlanda, partió á desempeñar su mision, sobreponiéndose á todos los temores que sus parientes y amigos procuraban infundirle, abandonando para servir á Dios en un país extranjero, su patria, bienes y familia.

Llegado á Irlanda, se dedicó con todo empeño á la conversion de sus bárbaros habitantes; pero sin dejarse vencer de las grandes dificultades que se le ofrecieron la recorrió toda, iluminándola con la luz del Evangelio, bautizó un gran número de infieles, y ordenando varios sacerdotes que lo ayudasen en su empresa, estableciendo conventos de religiosos de ambos sexos, y plantando todas las prácticas piadosas, volvió aquel lugar árido y espinoso un hermoso jardín del cristianismo. Pero no logró tantos triunfos contra el infierno sin sufrir una cruel persecucion de parte de sus ministros, los paganos y sus falsos sacerdotes; mas su heroica paciencia, su ardiente caridad y demas ilustres virtudes, junto con el on de milagros que habia recibido del cielo, con el qual lo obedecian los vientos y tempestades, huían á su contacto las enfermedades, y renunciaban los muertos, extendió tanto su rebaño, que le fué preciso proveerlo de pastores.

Al efecto partió á Roma el año 444, donde fué recibido por el papa San Leon Magno con el aprecio debido á un apóstol. Arrogados con su santidad los negocios espirituales á que iba, volvió á Irlanda, estableció varios obispados, erigió su metrópoli en Armagh, levantó muchas iglesias, convocó diversos concilios, y dictó tan acertadas disposiciones para el gobierno de aquella naciente Iglesia, que llamó la atencion de otras naciones.

Increíbles se hacen los trabajos de nuestro Santo. Hizo cuatro

vinges á Roma para negocios de su Iglesia, edificó mas de trescientas iglesias y ordenó tres mil sacerdotes. Su ejemplo vida correspondia á tantas tareas apostólicas: lo poco que adquiria con su trabajo lo distribuía entre las viudas, huérfanos y necesitados, sin distincion entre infieles y cristianos; llevaba siempre un áspero cilicio, ayunaba todo el año, viajaba á pié, rezaba diariamente el salterio, y una parte de él de noche, metido hasta la garganta en un estanco de agua helada. ¡Cuán grande es el poder de la gracia y la omnipotencia de su autor! La humildad de Patricio fué no ménos relevante, como lo acredita la famosa obra de su *Confesion*, en la que refiere sencillamente sus tentaciones, sus faltas, y las buenas obras que practicaba, confundiéndose en lo malo que le parecia haber hecho, y atribuyendo siempre á Dios lo bueno.

En fin, despues de tantos afanes y fatigas con que habia extendido la fé de Cristo en toda la Irlanda, murió de mas de cien años de edad. El martirologio romano y otros lo celebran el día de hoy, aunque no se sabe de cierto si fué el de su glorioso tránsito. Su cadáver fué sepultado en la iglesia de Down, en Leester, y habiéndose hallado el año de 1185, se trasladó á otro lugar mas decente de la misma Iglesia.

Al hablar de San Patricio debemos decir dos palabras sobre su célebre purgatorio, de que hacen mencion algunos autores. Lo que hay de cierto en esto, es, lo que dicen los sabios jesuitas conocidos con el nombre de Bollandos. En una pequeña isla en el lago de Dearg, en la Ultonia, hay una caverna, á la que se retiraba el Santo á hacer penitencia, y donde una vez pasó toda una cuaresma en las mas rigorosas austeridades, y en los combates mas terribles con que los demonios procuraban apartarlo del designio de convertir á los infieles. Se cree que el Santo alcanzó de Dios que mostrase en esta cueva á los paganos con algunos objetos sensible, las verdades que no podian comprender, para formarse idea del estado de las almas en la vida futura, así de los bienaventurados como de los réprobos. Estas apariciones hicieron famoso aquel lugar, al que se retiraban varias personas piadosas, á cuyo efecto se fabricaron en su rededor alguna celdillas; pero habiendo sobrevenido no pocos abusos y supersticiones entre los que concurrían á aquellos retiros, el papa Alejandro VI mandó que se cegara enteramente. Esta es la realidad de la historia; lo demas que se ha divulgado son

vulgaridades y fábulas, justamente proscritas por la Iglesia, que como columna de la verdad, jamas apoya errores de ninguna clase.

La Epistola es de los capítulos XLIV y XLV de la Sabiduría. (Eclesiástico.) [pág. 189].

He aquí un sacerdote. &c.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debía ir muy lejos de su país llamó á sus criados y les entregó sus bienes, dando al uno cinco talentos, á otro dos, y uno solo á otro, á cada uno segun su capacidad, y marchóse inmediatamente. Fué, pues, el que recibió cinco talentos á comerciar con ellos, y sacó de ganancia otros cinco; de la misma suerte aquel que habia recibido dos ganó otros dos; pero el que recibió uno fué é hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas pasado mucho tiempo volvió el amo de dichos criados, y llamólos á cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco mas que he ganado con ellos. Respondióle su amo: Muy bien, siervo bueno y leal: ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: ven á tomar parte en el gozo de tu señor. Llegóse despues el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me diste, aquí te traigo otros dos que he granjeado con ellos. Dijo le su amo: Bien está, siervo bueno y fiel: pues has sido fiel en pocas cosas, yo te confiaré muchas mas: ven á participar del gozo de tu señor.

MEDITACION.

Sobre el aprecio que debemos hacer de nuestra alma.

Considera que si conocieras el valor de tu alma, no harías tan poco caso de ella, ni te espondrias con tanta facilidad á perderla. Solo Dios que la formó conoce su valor, porque es obra digna de sus manos, la mas principal, y la que tiene mas similitud con su divina Magestad: espiritual como Dios, inteligente é inmortal como su divina Magestad por ser espiritual. El mundo entero, por hermoso y perfecto que parezca, siendo, como es, material, no puede igualarla en perfeccion, ni entrar en compacion con ella, ni por consiguiente contentar á la alma, por ser ella inmortal: todo lo que sea

ha ó puede acabar, no puede hacer su felicidad: es menester que el objeto sea inmortal, sea eterno, y solo Dios lo es. Nosotros debemos juzgar del valor de nuestra alma, por la estimacion que Dios hace de ella: su juicio debe reglar el nuestro. Todo lo que hace en el órden de la naturaleza y de la gracia, tiene relacion á la salvacion de las almas; todas las criaturas que ha producido son para este fin; todos los cuidados de la Providencia se terminan en este. Enviar su Hijo al mundo, querer que se haga hombre y que muera en una cruz, todo es por la salvacion de las almas; parece que prefiriere estas á la vida de su Hijo, aunque era divina: pues quiere que la sacrifique para la salvacion de las almas. Su Hijo santísimo derrama voluntariamente toda su sangre para redimir las, y no se para en el precio; pues se alegró de esto y quiere que le demos la enhorabuena.

Considera que si las almas en sí mismas son de tan gran valor, ¿qué serán despues que han sido redimidas con la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué gran valor! Entra tambien en la estima que Dios hace de tu alma: estimála tú tanto como ves que él la estima. Si así la apreciaras, ¿la expondrias todos los dias á perderse por tan poca cosa? Dirias al demonio como dijo Judas á los judios: *¿Qué me quieres dar, y yo os le entregare?* Este placer, esta honra, esta conveniencia, fámela, que yo te daré mi alma. Ya que no estimas tu alma tanto como Dios la estima, estimála á lo ménos tanto como el demonio la estima. ¿Por qué la consideras tan poco, cuando él la mira como cosa tan preciosa? ¿Qué no hace? ¿Qué no dá, ó á lo ménos promete para tenerla y para condenarla? Y tú no quieres hacer nada, ni padecer nada, ni dar nada para salvarla. ¿Tienes, por ventura, ménos interes en la salvacion de tu alma, que tiene el demonio en su condenacion?

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ah Señor, y qué poco he estimado una alhaja tan preciosa como tú que me has dado en mi alma, y que tú estimaste tanto, que no dudaste un punto dar por ella tu sangre y tu vida! ¡Ah! yo voy á apreciarla en adelante, no como á una alhaja mia que no merezco por mi vil comportamiento, sino como á una prenda tuya que rescataste al precio infinito de tu sangre, y que pones á mi cuidado por un efecto de la benignísima confianza que haces de mí, para que te la cuide y conserve de manera que la poseas eternamente en

la gloria. Ella es el soplo de un Dios Criador que la produjo para hacerla feliz, y la adquisición de un Dios Redentor que la rescató para que fuese suya. Bajo de este concepto propongo verla siempre para apartarla de un mal que costó la vida á su Redentor, y encaminarla á un bien, que es el fin por que la redimió. Dame, Señor, que pueda así lograrla, mediante el auxilio de tu gracia, que imploro humildemente.

JACULATORIA.

Tuyo soy, Señor, sálvame.

LECCION.

Sobre la justicia con que Dios castiga á los réprobos en el infierno.

La enormidad de la pena en una justa legislación, es la mas convincente prueba de la enormidad del delito, decía un orador cristiano. Así nosotros cuando tratamos de poner ante la consideracion de nuestros lectores las penas incomprensibles del infierno, llamamos su atencion á que contemplen que han sido estas penas decretadas y dispuestas por un Juez rectísimo, incapaz de torcer la justicia, ni hacerla exceder ni una sola linea mas allá de lo que demanda la naturaleza de la cosa; y á que por ello vengan en algun conocimiento de la gravedad enormísima del pecado mortal.

Desgraciadamente hablamos sobre una materia en que todo el mundo cree que tiene plenísimo conocimiento, y no es así: todo el mundo sabe que la malicia del pecado mortal es infinita, y que es tambien infinita la pena con que se castiga en el infierno; pero al mismo tiempo vemos que les hace fuerza que un acto que pesa en un momento, sea castigado eternamente; de donde es que desviándose de la idea de la justicia, conciben en Dios cierto rigor ó crueldad, como de quien se excede en el castigo de una falta; ó cuando no le guen á este extremo, por lo ménos se abisman no sabiendo cómo conciliar la bondad y misericordia de Dios con su justicia, de donde vienen á dar en una consecuencia que no conocen; pero que envuelve error; pues es lo mismo que si hallaran una cosa conforme á un atributo y no á otro; como si los atributos divinos pugnarán entre sí, cuando por el contrario son tan conformes entre sí, que no se distinguen realmente de la divina esencia. Es verdad que los efectos de la misericordia y de la justicia son diametralmente opuestos en

este caso, cuanto va de perdonar á no perdonar, de no castigar á castigar; pero respecto á Dios no es así; porque siendo incapaz de admitir en manera alguna ni el mas mínimo desórden, con todo su ser aborrece el pecado, y con todo su ser ama la justicia; esto es, con esa misma esencia que es misericordia y que es justicia aborrece la iniquidad y el pecado, y ama los medios de destruirlo ó castigarlo.

En el castigo eterno del pecado obra sola la justicia; porque no se dá la obra de la misericordia, que es perdonar; mas no porque la misericordia desapruébe, condene ó se resienta de la obra de la justicia; pues no es ménos bueno Dios castigando, que perdonando; ántes bien, llena toda bondad con el castigo del pecado; porque Dios que es la suma bondad, repugna necesariamente y por su naturaleza misma á la suma maldad, que es el pecado. Siendo, pues, absolutamente imposible que Dios se avenga con el pecado, ó que pueda verlo con indiferencia, de necesidad lo ha de destruir ó castigar; esto es, ó lo destruye en la vida con su gracia, mediante la conversion del pecador, ó lo castiga eternamente, porque en el infierno ya no hay reduccion.

En el perdón del pecado obra la misericordia; pero sin defraudar de sus derechos á la justicia; pues aunque al pecador le perdona la pena eterna, no es quedándose sin satisfaccion. ¿Pues con qué se paga la justicia divina? Con la passion y muerte del Hijo de Dios en el Calvario, cuya satisfaccion infinita se aplica al pecador que se convierte de veras. A este se le exige una perfecta conversion; porque mientras la misma voluntad que obró el pecado no deteste su hecho y se arrepienta de él, el pecado está vivo, y no se le puede aplicar la satisfaccion de Cristo. La naturaleza misma, por decirlo así, de una verdadera conversion y sincero arrepentimiento, pide que el pecador repare todos los daños que ha hecho con su pecado, y quite, castigue y persiga las causas de corrupcion que se lo hicieron cometer. Si así lo hace, se le aplica la satisfaccion de Cristo; la justicia divina se paga con ella, y la misericordia le perdona el pecado y la pena eterna en que habia incurrido; lo restituye á la gracia, volviéndolo al ser y vida sobrenatural, le revive sus obras meritorias, y le vuelve el derecho á la bienaventuranza que habia perdido por su culpa. Mas si el pecador no pone lo que le exige la justicia, nada se le aplica y pierde todo el efecto de la misericordia. Vemos, pues, que la misericordia no se opone á la justicia, ni la de-

frauda sus derechos. Pues del mismo modo tampoco se resiente ni se vé defraudada cuando obra la justicia castigando al pecador; porque el pecador impenitente no es objeto adecuado de la misericordia. Si la justicia obrara castigando con pena eterna al pecador contrito, se lastimaría, por decirlo así, la misericordia, y se vería defraudada de lo que le pertenecía; pero en el pecador impenitente nada se le quita porque no es su objeto propio.

Esto no quiere decir que no sean los pecadores objeto de la misericordia antes de arrepentirse. Si lo son, y á ella le deben el tiempo de penitencia que se les dá, y los auxilios con que se les socorre para su conversión; pero esto es en el tiempo aceptable, en el día de salud, esto es, en esta vida en que el hombre puede convertirse y salir de su pecado; mas no en la eternidad, en que ya no hay redención alguna. ¿Qué efecto produce entonces la misericordia sobre el pecador que se condenó por su impenitencia? Ninguno. Ni en su juicio se ejercerá misericordia con él: mucho menos dada la sentencia y reducido á la pena; y pena que punitivamente consiste en esto, en perder á Dios; en no ser ya un objeto de su misericordia, sino de su justicia para ser castigado eternamente.

Ahora, este castigo eterno en ninguna alguna puede exceder á lo que el pecado merece, porque este pecado siempre existe, siempre está vivo, dura eternamente, y como nunca se destruye, nunca cesa la pena con que es castigado. El condenado es ya incapaz de arrepentimiento: su alma quedó confirmada en el pecado, se unió á él, se adhirió á él, se identificó con él, y por mas que lo pese la pérdida del Sumo Bien de que se ve privado, no detesta su propia iniquidad: su corazón es todo malicia y pecado. ¿Qué esperanza, pues, puede haber de conversión? ¿Si acá en la tierra necesitaba de la gracia preveniente para poderse convertir, y á pesar de tenerla no se convirtió y se dejó morir en su pecado, ¿se convertirá en el infierno, donde no hay gracia alguna? Ciertamente que no: luego es preciso que siempre esté en su pecado; y este pecado siempre en pena y castigo. ¡Oh! ¿que el acto con que este hombre pecó, pasó en un momento, y qué importa eso? ¿Se arrepintió de su pecado? ¿Lo destruyó, lo lavó con la penitencia antes de morir? No. Pues su pecado está vivo y será eternamente pábulo de las llamas infernales. ¡Oh! que este castigo es eterno; esta pena es infinita, y el pecado fué un acto finito producido por un hombre! ¿Y qué importa eso? ¿Por ventura este acto del hombre se mide

por lo que es en sí, en su ser físico? No, ciertamente, sino por la infinita dignidad de Dios á quien ofendió. ¿Qué importa, pues, que lo produjera un hombre finito, si se dirigió contra un Dios infinito? Una bala es un globo pequeño de plomo; pero se disparó contra un hombre y le quita la vida; así, el pecado, le comete el hombre; pero ofende á Dios. ¿Y quién es capaz de conocer la gravedad y malicia de una ofensa que se hace á Dios? Sea cual se fuere el género de pecado que se cometa, siempre tiene por objeto á la criatura: el pecador delibera entre Dios y la criatura: ó pierde á Dios, ó renuncia de la criatura: ó goza de Dios, ó goza la criatura: ó posee á Dios eternamente, ó á la criatura por un momento: delibera pues, y prefiere á la criatura, haciendo á Dios una injuria tan grande, como posponerle á una criatura; pues dice en su corazón: Mas quiero á la criatura que á Dios; mas quiero perderme por gozar esta criatura, que renunciar de ella por no perder á Dios: esta criatura es mi Dios y mi felicidad: renuncio de Dios y de su gloria, por no perder esta criatura. ¿Qué es esto, pues, sino quitar á Dios la razón de último fin y sumo bien, y ponerla en la criatura, diciendo: Esta es mi Dios, ésta es mi último fin, ésta es mi bien sumo? ¿Podrá concebirse gravedad y malicia mas enorme? ¿Ofensa mas atroz? ¿Injuria mas atrevida é insolente? ¿Y contra quién? ¿Contra algun potentado de la tierra? ¿Contra un rey? ¿Contra un ángel? ¿Contra el espíritu mas grande y elevado de la milicia angelica? ¡Ah! Contra el mismo Dios; contra su Rey y Señor soberano; contra su Criador; contra su Redentor; contra el autor de toda su felicidad; contra aquel Dios inmenso, é infinito que no cabe en los cielos, y de tan soberana Magestad que tiemblan en su presencia y esconden sus rostros los mas encumbrados serafines. A este mismo es á quien el pecador ofende, y á quien destruye, por decirlo así, en su corazón criminal: él desobedece sus mas expresos mandamientos: él pisa su ley santa; él se atreve á ofenderle en su presencia, blasfema su nombre, desprecia sus dones, se burla de sus amenazas, y ultraja su soberana Magestad, manchando su templo, pisando su sangre, robándole sus almas, y llenando de escándalos la tierra. ¿Y despues de esto parecerá excesiva la pena con que Dios castiga á esta osada criatura? ¡Ah! si este infeliz sabe arrepentirse á tiempo y detestar sus pecados, por enormes que sean éstos, Dios le perdona, le restituye á su gracia, lo salva, y lo hace un bienaventurado, un príncipe del reino celestial; pero si se obstina en su

culpa, si vive en su pecado, si muere impenitente, Dios le castiga con la mayor justicia, lo aparte de sí porque él se apartó de su Magstad, y lo entrega á las llamas infernales que venguen los ultrages de su Dios ofendido. ¡Justa penal! ¡Mercedido castigo! ¡Ah! que no hay en el infierno un solo condenado que no esté convencido hasta la evidencia de la justicia con que Dios le castiga, y con que castiga á todos sus consortes.

DÍA DIEZ Y OCHO.

San Gabriel Arcangel.

Uno de los principales espíritus que asisten delante del trono de Dios, y cuya memoria debe ser muy grata á los hombres, es el Arcángel San Gabriel, cuya festividad celebra hoy nuestra Iglesia mexicana. Su nombre mismo y su mision manifiestan su grandeza: su nombre se interpreta *fortaleza de Dios*, y su mision fué la mas grande, la mas apreciable y benéfica que puede darse respecto del género humano.

Aunque este ángel, según aseguran los Santos Padres, es de los órdenes superiores, y no podia ser ménos, cuando se le encomendó la legacion del tan sublime sacramento de la Encarnacion del Verbo divino en las puras entrañas de María, ha sido enviado otras veces á la tierra, aunque no con la frecuencia que los de orden inferior; así porque, como dice San Pablo, todos ellos son ministros de Dios, como tambien por la dignidad y motivos de su embajada.

En el Testamento Antiguo se registra ya una de las vedadas de Gabriel, para anunciar al profeta Daniel el tiempo fijado en los divinos decretos para la venida del Mesías, su muerte, la destruccion de la ciudad santa, y la reprobacion del ingrato pueblo que le habia de quitar la vida; en la famosa revelacion de las setenta semanas de años, de que se habla en la Epístola de este dia.

Parece que este Arcángel estaba destinado para anunciar todo lo directamente relativo al Mesías. Así es que ademas de la revelacion de que acabamos de hablar, en el capítulo I de San Lúcas, hallamos nuevamente á Gabriel anunciando á Zacarías el nacimiento prodigioso de su hijo Juan, destinado á preparar el camino como precursor del hijo de Dios, añadiendo que iria *delante de él con el*

espíritu y virtud de Elias para convertir los corazones de los padres á los hijos, y los sacerdotales á la prudencia de los justos, para aparejar al Señor un pueblo perfecto.... Yo soy, añadió, Gabriel, que asisto delante de Dios; y soy enviado á hablarte, y á traerte esta nueva fé.

Pero la mas sublime embajada á que Dios tenia destinado á nuestro santo Arcángel, fué para anunciar á la immaculada Virgen Maria el asombroso misterio de la Encarnacion del Verbo divino. Esta historia que nos refiere el Evangelista San Lúcas, es admirable y digna de toda consideracion. Gabriel saluda á María, llena de gracia, y la llama bendita entre las mugeres: lo indica ser ella la destinada para dar á luz al Salvador del mundo, cuyo destino le señala; le asegura que esto será sin detrimento de su virginidad; y para disipar todas sus dudas, le manifiesta que su anciana prima Isabel eñenta ya el sexto mes de haber concebido un hijo, porque para Dios nada es imposible; últimamente recibe de los labios de la humildísima Virgen aquel *Hágase*, tan suspirado de los patriarcas y profetas, como el principio de la redencion del universo.

En fin, Gabriel, según el sentir de los intérpretes, fué el que descubrió á Señor San José la misteriosa preñez de su castísima esposa, cuando trataba de abandonarla; el que le previno se retirase á Egipto para librar á Jesus del sanguinario furor de Herodes; y quien, muerto este, le ordenó volviera á Judca á habitar á Nazaret, para evitar la tiranía de Arquelao.

Tan grandes, tan sublimes encargos no podian ménos que ser confiados á un ángel de orden superior; verdad que han conocido hasta los pueblos bárbaros, en medio de los innumerables y groseros errores con que han deturpado los dogmas del cristianismo: lo que se llama á Gabriel el *Espíritu fiel*, y el *Alcorno fulminante* anatemático al que se declare adversario de este celestial parainfante; pues, no debe ser la devocion y respeto que los católicos debemos profesar á un embajador del acontecimiento mas dichoso para toda la naturaleza humana?

Seamos devotos de este Santo Arcángel, no solo por gratitud á la parte que tuvo en el misterio de la Encarnacion, sino por nuestra propia utilidad. "Los ángeles y los santos," dice un místico, "cuanto mas próximos se hallan á Dios, tanto mas se interesan en tener cuidado de nosotros; porque cuanto mas unidos están á su Magstad, arden con mas vehemencia en su inmensa caridad, be-

nignidad y misericordia." *Stignese* de aquí que Gabriel ha de tomar el mayor empeño en que los hombres se aprovechen de la restauración de que fué nuncio, atenderá á los que se valgan de su intercesión, les alcanzará auxilios del Eterno, y derramará en sus corazones cuando los vea atribulados, los mas dulces consuelos; pues su oficio parece no haber sido otro que anunciar felices nuevas á los hombres.

La Epistola es del capítulo IX del profeta Daniel.

En aquellos dias: He aquí que Gabriel, el varon aquel que yo habia visto al principio de la vision, volando súbitamente me tocó en la hora del sacrificio de la tarde; y me instruyó, y me habló en los términos siguientes: Daniel, yo he venido ahora á fin de instruirte, y para que conozcas. La orden se dió desde que te pusiste á orar, y yo vengo para mostrártela; porque tú eres un varon de deseos. Atiende, pues, tú ahora á mis palabras, y entiendo la vision. Se han fijado setenta semanas para tu pueblo y para tu santa ciudad, al fin de las que se acabará la prevaracion, y tendrá fin el pecado, y la iniquidad quedará borrada, y vendrá la justicia perdurable, y se cumplirá la vision y la profecía, y será ungido el Santo de los santos. Sábate, pues, y nota atentamente: Desde que saldrá la orden para que sea reedificada Jerusalem, hasta el Cristo Principe, pasarán siete semanas, y sesenta y dos semanas; y será nuevamente edificada la plaza y los muros en tiempo de angustia. Y despues de sesenta y dos semanas se quitará la vida al Cristo: y no será mas tuyo el pueblo, el cual te negará. Y un pueblo con su caudillo vendrá; y destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será la devastacion; y acabada la guerra quedará establecida la desolacion.

El Evangelio es del capítulo I de San Lucas.

En aquel tiempo: Envió Dios al ángel Gabriel á Nazaret, ciudad de Galilea, á una vírgen desposada con cierto varon de la casa de David, llamado José, y el nombre de la vírgen era María. Y habiendo entrado el ángel á donde ella estaba, la dijo: Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú eres entre las mujeres. Al oír tales palabras la vírgen, se turbó, y puso á considerar qué significaria una tal salutacion. Mas el ángel la dijo: No temas, ó María, porque has hallado gracia en los ojos del Señor. Sábate

que has de concebir en tu seno; y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre Jesus. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin. Pero María dijo al ángel: ¿Cómo ha de ser eso, pues yo no conozco varon alguno? Y el ángel en respuesta la dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por cuya causa el santo que de tí nacerá será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes á tu parienta Isabel, que en su vejez ha concebido tambien un hijo; y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes: porque para Dios nada es imposible. Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.

MEDITACION.

Sobre la excelencia de la virtud de la castidad.

Considera que la virtud de la pureza nos iguala con los ángeles; su pureza es mas dichosa, pero la nuestra tiene mas generosidad; ellos no tienen carne contra quien pelear, y nosotros sí; para conservar la nuestra en medio de tantos enemigos, son menester muchos combates; ¡y qué pocos quedan vencedores! La virginidad nos acerca á Dios, y en su divina Magestad va á buscar, segun dice San Ambrosio, su modelo. El Padre Eterno es vírgen y Padre, y por eso cuando Dios se quiso encarnar, quiso nacer de una Madre Vírgen. María Santísima, que no comprendia este misterio, cuando se le propuso el ser Madre de Dios, dijo: ¿Cómo podrá suceder esto con la virginidad que yo he resuelto guardar toda mi vida? Grande debe ser el valor de esta virtud, pues María Santísima tan sabia, la preferia á la calidad de Madre de Dios, dificultando esta con la resolucion de no perder la otra. Habiendo querido tener Jesucristo un mas estrecho confidente y favorecido en la guerra, eligió á San Juan entre todos los discipulos, porque era vírgen. Nuestro Salvador, que sufrió que le levantasen tales y tantos testimonios, y que le llamasen impío, engañador y blasfemo, defendió la honra de la pureza, sin permitir que sus enemigos le levantasen sobre esto el mas mínimo testimonio. Dios mira con una ternura extraordinaria á las almas puras; se les comunica con mas particularidad, les descubre sus secretos, y les dispensa sus favores. Jesucristo hizo muchas gracias á Pedro; estimó mucho su zelo; pero so-

lo San Juan, que es puro y vírgen, tuvo la honra de reposar sobre el pecho y el corazón de Jesús, logrando por esto la entrada en aquel glorioso santuario, donde no se oculta nada de los más particulares secretos. Los confesores, los mártires, los apóstoles tienen grandes privilegios; pero parece que solo á las vírgenes fué concedido el seguir al Cordero á todas partes: son sus esposas, y esta ilustre calidad les dá universal entrada. La virginidad es aquel tesoro precioso por cuya conservación muchas almas generosas sacrificaron su sangre y su vida: la conservación de este tesoro es difícil; su pérdida irremediable: aunque se haya perdido la gracia, se puede volver á recobrar; pero la virginidad no se puede recobrar si se pierde, y no obstante, nada hay más fácil que perderla; y además de esto, exponemos con tanta facilidad este tesoro, que parece que solicitamos perderlo, aunque consiste en esto nuestra dicha; cuando por el contrario debía ser motivo para nosotros de dolor eterno, pues es irremediable.

Considera que si tenemos una poca de fé y de discurso, no debemos omitir la más mínima cosa que nos pueda ayudar á conservar la pureza. *Este es un tesoro, como dice San Pablo, que llevamos en vasos quebradizos.* ¿Cuál sería el cuidado de un hombre que teniendo un tesoro precioso en un vaso quebradizo, se viese precisado á pasar por caminos ásperos, estrechos y resbaladizos? No debe ser menor nuestro cuidado, pues nos rodean por todas partes precipicios y lazos que nuestros enemigos ponen á nuestra pureza. La mayor parte de los objetos que vemos, la mayor parte de las conversaciones que oímos, son tropezos que el demonio pone. Si no estamos en vela continuamente sobre nosotros mismos, si no observamos todos nuestros pasos, cada uno será una caída, que haciéndonos perder la pureza, nos haga perder la gracia, nuestra alma y nuestro Dios. Pero ¡ay! que tantos santos se encerraron en grutas, tantas vírgenes jóvenes en conventos; y tantos, y tantos que vertieron su sangre por conservar su pureza; y nosotros hoy en el día no queremos para conservarla, sacrificar un pasatiempo que puede ser ocasión, ni velar sobre nuestros sentidos y pasos, ni evitar algunas compañías que pueden ser contrarias á esta virtud.

PETICION Y PROPÓSITOS.

El amor á Jesucristo es ciertamente el medio más poderoso para conservar la pureza, y el que se lo tenga con la plenitud y perfec-

ción que debe, puede contar con que adquirió felizmente esta virtud inestimable. Démonos, pues, á amar á Jesucristo con aquel amor á prueba de toda fidelidad y fineza que corresponden con quien tan fino y fiel es para nosotros; y pidámonle que no permita se manche ni con la más leve lágrima el templo de nuestra alma, que purificó y consagró con su sangre preciosísima.

JACULATORIA.

Renueva sin cesar en mí, ó Señor, un espíritu recto y puro.

LECCION.

Sobre la octava parte del credo: CREO EN EL ESPÍRITU SANTO.

Habiendo tratado ya en las lecciones anteriores de los artículos de nuestra creencia, acerca de las dos primeras personas de la Santísima Trinidad, el orden natural pide nos ocupemos de los dogmas que dicen relación á la tercera, que es el Espíritu Santo, y consideremos en el símbolo de nuestra fé, despues de lo que hemos manifestado acerca de la persona del Unigénito del Padre, lo que debemos creer del Espíritu divino, para completar, como dice San Agustín, la augusta Trinidad de personas que hay en Dios.

Asunto es este de suma importancia. Desde el principio de la Iglesia se ha tenido por tan necesaria la creencia de este artículo de nuestra fé, que no puedo, sin culpa, ser ignorado por un cristiano, ni sentir ménos rectamente acerca de él, que acerca de los otros anteriores. Es necesaria, por consiguiente, la fé de este artículo para poder salvarse. Además de que, siendo de absoluta necesidad el conocimiento del misterio de la Trinidad augusta, se contiene en él indispensablemente el de las personas, y por consecuencia el del Espíritu Santo, como ya hemos visto al hablar de aquel dogma. El Apóstol San Pablo conoció que no eran cristianos algunos discípulos de Apolo, en Efeso, porque no conocían al Espíritu Santo; y los Hechos de los Apóstoles nos refieren, que habiendo hallado á algunos de estos discípulos, les dijo: *Cuando abrazasteis la fé, creísteis el Espíritu Santo? Y ellos le respondieron: Antes ni aun hemos oído si hay Espíritu Santo.* Y él les dijo: *¿Pues en qué habéis sido bautizados? En el bautismo de Juan, respondieron.* Y entónces les dijo San Pablo: *Juan bautizó al pueblo con bautismo de penitencia, diciendo que creyessen en aquel que había de*

venir después de él; esto es, en Jesús. Oídas estas cosas fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús; y habiéndoles Pablo puesto las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo. Al preguntar admirado el Apóstol, ¿pues en qué habéis sido bautizados? manifestó cuán necesario es el conocimiento distinto y especial de este artículo á los fieles, como si les dijese: La misma forma del bautismo expresamente nombra las tres personas de la Beatísima Trinidad, y no se confiere de otro modo válidamente el bautismo, sino en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Siendo, pues, inconcusa la necesidad de la creencia de este artículo, no lo es ménos su utilidad y el fruto que de él puede percibirse, pues cualquiera que piensa atentamente, dice el concilio del consejo de Trento, que todo lo que tiene lo ha conseguido por don y beneficio del Espíritu Santo, al momento siente de sí mismo con mas modestia y humildad, y comienza á poner toda su esperanza en el socorro de Dios, cuyo procedimiento debe ser en el cristiano el primer grado para la suma sabiduría y felicidad. ¿Ni cómo podrá opinar de otro modo el que escuche á San Pablo, que hablando á los corintios les dice: *Sobre las cosas espirituales no quiero, hermanos, que vivais en ignorancia. Sabéis que cuando erais gentiles os ibais á los ídolos inmundos, como erais llevados. Por tanto, os hago saber, que ninguno que habla por espíritu de Dios dice anatema á Jesús. Y ninguno puede decir, Señor Jesús, sino por el Espíritu Santo. Pues hay repartimientos de gracias, mas uno mismo es el espíritu.* En efecto, el hombre sin la gracia del Espíritu Santo, aunque esté adornado de las ciencias y de los conocimientos mas sublimes, se halla por una parte vacío de toda útil y saludable nocion de Dios y de su verdad, y por otra se encuentra enagenado, por su iniquidad, de la vida de Dios, muerto en ofensas y pecados. Aunque el Sér Supremo proveyó compasivamente á nuestra indemnizacion por medio de la muerte de su Hijo, y á nuestra eterna bienaventuranza por los méritos del mismo, sin embargo ninguno puede salvarse entre tanto continuo en su estado carnal y en su condicion, degradada por la culpa original. Los que se hallan sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, están destituidos de la herencia de los santos. Los que tienen su espíritu corrompido y manchado, y cuya propension los inclina á la ira, la malicia y la envidia, están excluidos mientras subsisten en tal estado, de toda comunicacion con su Dios y Padre. Solo estas

reflexiones pueden guiarnos para comprender aquella doctrina de Jesucristo. *Si no nace de nuevo el hombre, no podrá ver el reino de Dios. . . Sin que el hombre renazca de la agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios.* Cuyas palabras se dignó explicar el mismo Jesucristo, segun nos refiere San Juan, en estos términos: *Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de espíritu, espíritu es. No te maravilles porque te dije: Os es necesario nacer otra vez. El espíritu donde quiere sopla, y oyes su voz; mas no sabes de dónde viene, ni á dónde va: así es todo aquel que es nacido de espíritu.*

Supuestas ya la necesidad y la utilidad de este artículo, procuraremos desenvolver los dogmas que en él se contienen con la debida distincion, reduciéndonos hoy únicamente á manifestar, que esta palabra *Espíritu Santo*, no conviene de tal modo á la tercera persona de la augusta Trinidad, que no pueda atribuirse tambien al Padre y al Hijo, indicando sin embargo las razones por qué se atribuye como un nombre propio á la tercera persona divina.

Para proceder, pues, á la explicacion de este artículo, parece natural comenzar por explicar la palabra *Espíritu Santo*, su fuerza, y su extension; porque siendo igualmente el Padre y el Hijo espíritus y santos, parece no se distingue bien con este nombre la tercera persona de la Trinidad. Veamos, pues, en qué términos se expresan los sagrados escritores, y cómo aplican estos nombres con toda propiedad al Padre y al Hijo. *Dios es Espíritu*, dice el mismo Jesucristo, segun San Juan. Y San Pablo, hablando á los corintios, de Jesús, dice: *Porque el Señor es Espíritu.* Isaías nos refiere, que los serafines que estaban delante del Señor, lo saludaban, diciendo: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos.* Lo mismo refiere San Juan en el Apocalipsis, de los cuatro animales que estaban delante del trono del Altísimo. Y con respecto á los ángeles y á las almas piadosas, vemos tambien que algunas ocasiones se les llama espíritus, y que en otras se les atribuye la santidad; sin embargo, siempre en las Escrituras Santas se habla del Espíritu Santo personalizado, ó llamado así por antonomasia, ó por excelencia, se entien- de claramente de la tercera persona de la Trinidad augusta, de suerte, que aunque el Padre sea Espíritu Santo, y el Hijo sea Santo y Espíritu, nunca se usa en la Escritura de estas palabras unidas para indicar ni á la una, ni á la otra persona, y sí para designar la tercera, como se advierte en los pasages siguientes. El profeta David:

Cria en mí, dice, un corazón puro, y renueva en mis entrañas un espíritu recto. No me deseches de tu rostro, y no quites de mí tu Espíritu Santo. En el libro de la Sabiduría se lee: *¿Quién sabrá tu sentido, si no le dieres tú la sabiduría, y le enviases de lo alto tu Espíritu Santo?* San Mateo dice: *Que siendo María desposada con José, . . . se halló haber concebido . . . del Espíritu Santo.* Hablando de San Juan, refiere que exclamaba: *Yo os bautizo en agua para penitencia; mas el que ha de venir en pos de mí . . . os bautizará en Espíritu Santo.* Añade que el mismo Jesucristo aseguró: *Todo el que dijere palabra contra el Hijo del hombre, perdonada le será; mas el que la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará.* Y por último, advierte que Jesús previno á sus discípulos: *Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* San Marcos nos refiere haber dicho Cristo á sus discípulos: *Cuando os llevaren para entregaros, no premediteis lo que habeis de hablar; mas decid lo que os fuere dado en aquella hora, porque no sois vosotros los que habláis sino el Espíritu Santo.* San Juan asegura que el Bautista dió testimonio, diciendo: *Que vió el Espíritu que descendía del cielo como paloma, y reposó sobre él. Y yo no le conocía; mas aquel que me envió á bautizar en agua, me dijo: Sobre aquel que tú vieres descender el Espíritu y reposar sobre él, éste es el que bautiza en Espíritu Santo.* Finalmente, nos refiere que Jesucristo *sopló sobre sus discípulos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.* Y en otros muchos lugares, tanto de los Evangelistas como de los demás autores sagrados, siempre que se encuentran estas palabras *Espíritu Santo*, hacen relación á la tercera persona de la augusta Trinidad, sin que puedan entenderse de las otras dos, ni mucho ménos de los ángeles ó de las almas santas.

Pero veamos ya las razones porque se atribuye como un nombre propio á la tercera persona de la Trinidad el dictado de *Espíritu Santo*. Hemos manifestado que conviene con toda propiedad el significado de estas dos voces al Padre y al Hijo; pero una y otra tienen además otros nombres que son sus distintivos más propios y adecuados; pues que la segunda persona se llama Hijo, porque su origen eterno del Padre se denomina generación, como ya explicamos al tratar del misterio de la Trinidad; y así como para denotar aquel origen nos valemos del nombre de generación, así á la persona que emana la llamamos con toda propiedad Hijo, y aquella de

quien emana, Padre. Ahora bien: como á la produccion de la tercera persona no se haya impuesto un nombre propio, sino que se llama con el nombre comun de espiracion ó procession, se sigue por consecuencia que tambien la persona que se produce carezca de un nombre especial y distintivo. No teniendo, pues, un nombre propio la emanacion de la tercera persona, y como frecuentemente tomamos los nombres que atribuimos á Dios de las cosas criadas, y en ellas no conocemos otro modo de comunicar una á otra su naturaleza, sino por el poder de engendrar, por esta causa sucede, que aquella razon por la cual se comunica Dios á sí mismo por fuerza del amor, no la podemos explicar con un vocablo propio, y tenemos que valerlos del nombre comun de *Espíritu Santo*, para denominar á la tercera persona de la Trinidad augusta.

Tal es la explicacion que sobre la propiedad de este nombre nos dan San Agustín, San Dionisio Areopagita, Santo Tomás, y el catecismo del concilio de Trento. Mas porque se haya tomado este nombre comun mas bien que otro, añade el catecismo citado, va la siguiente causa: "Porque infunde en nosotros la vida espiritual, y sin el influjo de su santísimo Espíritu nada podemos hacer digno de la vida eterna." San Agustín añade, "Siendo el Padre Espíritu y el Hijo Espíritu; y el Padre Santo y el Hijo Santo, sin embargo, la tercera persona se llama propiamente *Espíritu Santo*, como la santidad substancial y consubstancial de ambos."

Por otra parte, este nombre *Espíritu* en las cosas corporales de donde lo hemos aplicado á las divinas, significa cierto vigor natural, ánimo, aliento y esfuerzo, en cuya acepcion se aplica al hábito y respiracion de los vivientes; y siendo á la vez propio del amor impeler la voluntad del amante hácia lo amado, la tercera persona de la Trinidad que procede del Padre y del Hijo como amor, como caridad y como union inefable de uno y otro en expresion de los Santos Padres, con toda precision y propiedad es llamado *Espíritu*. Igualmente la santidad se atribuye á las cosas que se ordenan á Dios, y por lo mismo la persona divina que procede como el amor con que Dios se ama, se denomina exactamente el *Espíritu Santo*, y este es su nombre distintivo con el que se conoce, y con el que es llamado mas frecuentemente en las Escrituras. En las siguientes lecciones veremos los demás nombres que igualmente se le aplican, y con que se denotan sus oficios divinos.

DIA DIEZ Y NUEVE.

El santísimo Patriarca Señor San José, Esposo de la Madre de Dios.

Nació Señor San José, este privilegiado santo, destinado por Dios para esposo de la Santísima Virgen María, y padre estimativo y legal de Jesús, en la pequeña ciudad de Nazaret, en la Judca; descendía de la tribu de Judá y de la casa real de David, aunque esta su nobleza, estaba como sepultada en el estado humilde en que la Providencia por sus altos fines, quiso que apareciese el que debía ser reputado padre del Mesías prometido. En la genealogía que dan los Evangelistas San Mateo y San Lucas, de nuestro Redentor, consta la descendencia real de Señor San José, así por Salomón como por Natán, hijos de David; y aunque uno le da por padre á Jacob y otro á Heli, los santos Padres han explicado esta diferencia, diciendo, que habiendo muerto éste sin hijos, su hermano Jacob casó con su viuda, conforme á la ley, de cuyo matrimonio nació el santo Patriarca, siendo reputado segun el espíritu de la misma, hijo y sucesor de Heli.

Se ha creído piadosamente, y con bastante fundamento, que Señor San José fué santificado en el vientre de su madre, como Jeremías y el Bautista: así es que su niñez y su juventud fueron las de un santo; jamás manchó su pureza; y aunque de profesion carpintero, oficio desdichado y humilde, jamás hubo en el mundo hombre mas noble y brillante á los ojos de Dios, por la exacta observancia de la ley, ni se acercó ninguno al mérito y á la eminente santidad de este gran Patriarca, modelo acabado y perfecto de todas las virtudes.

Tal era el insigne sugeto á quien el Evangelio junta en una sola palabra, llamándole *Varon Justo*; esto es, hombre eminente en todas las virtudes, cuando queriendo el Verbo tomar carne en las entrañas de una virgen, escogió á María por madre, y á José, virgen tambien, por esposo suyo, para que le sirviese de un fiel custodio, de un protector de su virginidad y honor, é hiciese con él los augustos y tiernos oficios de Padre.

Habiéndose desposado este santísimo Patriarca, con la Virgen María, de su misma tribu y linago real, hicieron los dos castísimos

esposos, de comun consentimiento, voto de perpetua castidad, segun el sentir del angelico doctor Santo Tomás. Ambos nobilísimos consortes vivian en la paz y union perfecta que produce únicamente la virtud, cuando habiendo concebido la purísima María, por obra del Espíritu Santo en sus entrañas al Verbo divino, observó José aquel prodigioso preñado; pero inclinándose á creer que su divina esposa era sin duda aquella doncella anunciada por Isaías para Madre del Salvador; movido no de celos indignos de su santidad y pureza, sino de aquel respeto y humildad, que andando el tiempo, obligó á decir á San Pedro: *Señor, apartaos de mí porque soy un gran pecador*, resolvió separarse de la compañía de su esposa. Esta, dice San Bernardo, es la opinion comun de los padres: pensar lo contrario, es vulgaridad, injuriosa á la elevada perfeccion del mas santo de todos los matrimonios.

En estas circunstancias, y vacilando aún el santo Patriarca en el partido que debía tomar, en el que consultase el honor de su esposa, y la indignidad que él veía en su persona para morar con la admirable Virgen que en su juicio iba á dar á luz al Redentor del género humano, el Señor, para tranquilizar su angustiado corazón, le mandó un ángel, que apareciéndosle en sueños, le revelase el misterio que él entreveía, lo asegurase en sus dudas, y le comunicara el nombre de Jesús, que debía dar al infante que habia de nacer para redimir y ofrecerse en sacrificio por los pecados de los hombres.

Instruido ya José del mayor de todos los misterios, creció en él la respetuosa veneracion y ternura hacia su privilegiada esposa. Acompañala cuando fué á visitar á su prima Isabel, y presenció los portentos del nacimiento del Bautista.

Habiendo vuelto de un viage tan dilatado y penoso, su vió precisado José seis meses despues, á pasar á Belén con su santísima esposa, en virtud del decreto del emperador César Augusto, á registrar su nombre en esa ciudad donde estaba el solar de la casa de David, cuyo descendiente era. Fueron increíbles los trabajos que sufrió en este camino, y el dolor y la amargura que sintió en su corazón, al ver que en Belén fué desechado con desprecio de todas las posadas, y que no le quedaba otro recurso para recogerse con su adorable esposa y la divina prenda que ésta llevaba en sus virginales entrañas, que las ruinas de una humilde casa destinada para establo de bestias; pero este indecente lugar designado por la Provi-

dencia para confundir el fausto y orgullo del mundo, fué el teatro de los extraordinarios favores que el cielo dispensó á José. Allí adoró al divino Infante, recostado entre pajas y acompañado de dos animales que lo entretaban con su aliento: allí presenció el regocijo de los ángeles que anunciaban la gloria de Dios y la paz al género humano: allí vió llegar á la dichosa tropa de pastores, que por celestial convite venían á adorar á su Salvador: allí, en fin, se colgó su gozo, viendo pocos días despues á los tres monarcas del Oriente que tributaban rendimientos y ofrecían misteriosos dones al Mesías prometido, que se hallaba desconocido en su misma patria, olvidado de su propio pueblo.

Cuarenta dias despues del nacimiento del niño Jesus, fué presentado en el templo en cumplimiento de la ley, por su purísima Madre, siendo José que lo acompañó, testigo ocular de las maravillas que pasaron en él. De Jerusalem dió la vuelta á Belén; pero apenas habia llegado, tuvo que retirarse por aviso de un ángel, á Egipto con su esposa y el divino Infante, para sustraerlo del furor de Herodes, el cual con el impío designio de quitarle la vida, hizo degollar multitud de niños inocentes, en aquella ciudad real y sus alrededores.

A los siete años regresó José con su santa familia á la Judea; y por nuevo aviso del cielo se estableció en su antigua casa de Nazaret, donde en una condicion verdaderamente oscura y desconocida, sustentando á su esposa y al Salvador con el trabajo de sus manos, pasaba una vida miserable á los ojos del mundo, aunque muy grata á los de Dios, respetado de la mas santa de las puras criaturas, y obedecido como padre del divino Niño que habia venido á redimir á los hombres.

Siendo José tan religioso observante de la ley, pasaba involuntariamente todos los años á Jerusalem, en compañía de su purísima consorte y su hijo putativo, para celebrar las fiestas de la Pascua; y en una de estas ocasiones, teniendo ya Jesus doce años, fué cuando se quedó en aquella ciudad, sin que lo advirtiesen sus padres. Es indecible la aflicción é inquietud de éstos, los tres dias que lo estuvieron buscando: halláronlo finalmente en el templo en medio de los doctores; diéronle amorosas quejas del dolor que les habia causado con su ausencia, manifestándole la santísima Virgen la solicitud con que ambos lo habian andado buscando. Pero con la res-

puesta del Salvador se les enjugaron las lágrimas, y comprendieron el misterio de aquella corta separacion.

Despues de este suceso nada nos dice el Eyangelio sobre el resto de la vida de Señor San José; pero se sabe que vivió todavía algunos años, retirado y desconocido en compañía de la Virgen y del Salvador, cuyo padre era generalmente reputado por todos los juicios. Se ignora el año fijo en que murió; pero se cree haber fallecido ya cuando Jesucristo comenzó su predicacion; habiendo sido esta muerte la mas santa que haya habido en el mundo, pues mereció el dichoso moribundo José tener á su cabecera al Redentor del mundo, y ser asistido por su santísima esposa, hasta que espirando dulcemente en tan celestiales manos, fué llevada su bendita alma por multitud de ángeles al seno de los Padres.

Tambien se cree piadosamente que entre los muchos santos que resucitaron cuando Cristo salió triunfante de la muerte, del sepulcro en que habia sido colocado despues de su pasion, fué uno de ellos nuestro santísimo Patriarca. Lo cierto es que en ninguna parte se han hallado las reliquias de su sagrado cuerpo, y no es verosímil que el Señor que ha hecho tantos milagros para descubrir y hacer venerables las de otros santos, hubiera privado de esta honra á las de su padre putativo, si aun estuviese en la tierra.

Aunque la Iglesia profesó siempre singular veneracion á este gran santo, su culto no fué tan público en los primeros siglos, para evitar errores en los nuevos cristianos, y pretextos de combatir la divinidad de Jesucristo á los gentiles y hereges; pero luego que gozó de paz y se consolidó la verdadera creencia en los fieles, se comenzó á hacerse familiar la devocion de Señor San José, y hace como mil años que su nombre se encuentra á los 19 de Marzo en los martirologios latinos, y desde entonces se han escrito diferentes obras llenas de los mas magníficos elogios al esposo de la Madre de Dios. Los papas Gregorio XV y Urbano VIII hicieron su fiesta de precepto, la que aun continúa siéndolo en nuestra América, despues de la reforma que se ha hecho sobre dias festivos, por la singularísima devocion que le profesa la Iglesia mexicana, en la que hay fundadas en varias partes, varias congregaciones y cofradías en su honor, y tambien no pocos templos erigidos á su culto.

La devocion á este gloriosísimo santo es de mucha utilidad, especialmente á las personas consagradas á Dios. Santa Teresa de Jesus decia: "No he conocido persona que de veras le sea devota, y

"haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Parece me ha algunos años que cada año en su día "le pido alguna cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida "la peticion, el la endereza para mas bien mio.... Quien no ha "dare maestro que le enseñe oracion, tome este glorioso santo por "maestro, y no errará en el camino." Los cristianos, todos en fin, sea cual fuere su estado, ocurran al patrocinio de Señor San José. A todos puede decirse lo que á los egipcios respecto del antiguo: *Id á José, y haced cuanto os dijere.* Mas para obtener su poderosa proteccion, imitemos su fe, castidad, caridad, obediencia, paciencia, y en una palabra seamos justos, pues en serio se comprenden todas las virtudes.

La Epistola es del capítulo XLV del libro de la Sabiduria. (Eclesiástico.)

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria se conserva en bendicion. Hizole el Señor semejante en la gloria á los santos, y engrandeciolo é hizole terrible á los enemigos; y él con su palabra hizo cesar las horrendas plagas. Glorificóle en presencia de los reyes; dióle preceptos que promulgase á su pueblo, y le mostró su gloria. Santificóle por medio de su fe y mansedumbre, y escogióle entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, é hizole entrar en la nube, donde cara á cara le dió los mandamientos y la ley de vida y de ciencia.

El Evangelio es del capítulo I de San Mateo.

Habiéndose desposado Maria, Madre de Jesus, con José, sin hacer uso del matrimonio, concibió por obra del Espíritu Santo. José, pues, su esposo, siendo como era justo, y no queriendo infamarla, deliberó dejarla secretamente. Estando él en este pensamiento, hé aqui que un ángel del Señor le apareció en sueños diciendo: José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á Maria tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo. Asi que parirá un hijo, á quien pondrás por nombre Jesus; pues él es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados.

MEDITACION.

Sobre la necesidad de la mortificacion.

Considera que la mortificacion nos es necesaria para reprimir las pasiones violentas é inclinaciones desarregladas que tenemos que vencer. Todos nacemos orgullosos, ambiciosos, coléricos, vengativos, interesados, sensuales y perezosos: esto es lo que somos por la corrupcion de nuestra naturaleza; y esto es lo que hemos de dejar de ser si queremos no ser desarreglados, si queremos salvarnos. Recibimos como infeliz herencia de nuestro primer padre, con el pecado original, una fuerte repugnancia para el bien, una inclinacion violenta para el mal. No podemos seguir los movimientos de esta repugnancia ó de esta inclinacion, sin incurrir en el desórden, ni podemos resistirla sin hacernos violencia. Miramos al mal como bien, y por eso le amamos y deseamos; es menester atender continuamente á nuestro propio corazon, para observar todos sus movimientos, para prevenirlos con la vigilancia, y para reprimirlos con la mortificacion. Es menester luchar siempre con las pasiones; somos perdidos si nos vencen; y nos vencen si no las vencemos; y no las podemos vencer, si no peleamos continuamente. Este es el ejercicio de la mortificacion cristiana.

Considera que la mortificacion nos es necesaria por los contintos peligros que tenemos que evitar, y enemigos poderosos con quienes hemos de combatir. Caminamos en medio de lazos y á la orilla de precipicios. ¿Pues cómo podremos evitar estos peligros, no caer en los lazos, y librarnos de aquellos sin continua vigilancia, temor y la mayor precaucion? Todo esto contiene y supone una mortificacion continua. Estamos rodeados de objetos agradables y peligrosos, por la impresion que hacen en nuestros sentidos y en nuestro corazon. ¿Cómo nos podremos preservar si no velamos incesantemente? Y este es el ejercicio de la mortificacion. Tenemos poderosos enemigos que resistir; al mundo que estimamos con exceso; á la carne que amamos sobrado; y al demonio, que no tememos bastante. El mundo nos ataca con bienes que nos promete, y con el esplendor de las honras con que nos embelesa; ¿cómo nos podremos defender si no nos mortificamos? La carne, enemigo doméstico, tanto mas digno de temerse cuanto la tememos menos, pues la amamos y la regalamos; nació para servir y obedecer y

quiere dominar. Si no la mortificamos, dominará y nos perderá. Tantos enemigos que nos obligan á continua guerra, nos pueden dar lugar para hacer una vida dulce y ociosa. A la verdad, siempre nos obliga para defendernos, á practicar continuamente la mortificación y la vigilancia. La mortificación nos es necesaria, porque tenemos obligaciones penosas que cumplir, ya sean estas las de nuestro estado, ó ya las unidas á la calidad de cristiano. Una muger está obligada á tener sumision y contemporizacion con su marido, cuidado de la educacion de sus hijos y gobierno de su casa; bien ha menester violentarse para esto y moderar su inclinacion al juego y diversiones, minorando las visitas inútiles; y esto no se puede hacer sin mortificación. Un marido debe tener prudente condescendencia con su muger, sobrellevar y compadecer sus flaquezas, cuidar de la educacion y establecimiento de sus hijos; para esto ha menester encargarse de mucho, hacer mucho, moderar su gusto, reglar sus diversiones. ¿Pues cómo cumplirá con todo esto sin mortificarse? Un grande, un príncipe debe sacrificar su tiempo, su reposo, sus placeres, alguna vez su salud al bien público. ¿Cómo satisfará á estas obligaciones, si solo sigue los movimientos de su genio, de la pasion que tiene á los deleites? Todo cristiano debe perdonar las injurias, amar á sus enemigos, huir de sus mejores amigos si le apartan de Dios, arrancarse el ojo si le escandaliza, hacer restituciones que avergüenzan ó incomodan. ¿Puede hacer todo esto sin hacerse violencia? ¿Y esta violencia no es la práctica esencial de la mortificación?

PETICION Y PROPÓSITOS.

Me avergüenzo, divino Redentor mio, de aparecer delante de vos con la sensualidad y el amor al regalo, de que desgraciadamente me he dejado dominar. ¿Cómo á la vista de un Dios hecho por mí posible y entregado á la austeridad mas rigorosa he podido yo estar sin la mitra saludable de la mortificación? Si vos inocente é impecable os abrazasteis con todo género de penalidad y os disteis á una perfectísima abnegacion, siendo así que no lo necesitabais para conservar vuestra santidad y virtud, ¿podré yo, inveterado pecador, dejar de castigar mis horrendas culpas, y usar de un medio indispensable y único para preservarme de otras caídas?

Ciertamente que no; ni yo lo quiero. La mortificación va á ser

de hoy en adelante mi arma y mi escudo, y vuestro ejemplo mi sostenimiento. Ayúdame con vuestra gracia para que así lo cumpla.

JACULATORIA.

Mis manos, Señor, destilarán la mirra de la mortificación.

LECCION.

Sobre la divinidad del Espíritu Santo.

Explicado ya en la leccion anterior lo conveniente acerca de las palabras *Espíritu Santo*, cuando se toman como el nombre propio y distintivo de la tercera persona de la Santísima Trinidad, lo primero que nos enseña la revelacion en este dogma y que debemos creer necesariamente, es que el Espíritu Santo es verdadero Dios, igual al Padre y al Hijo; que es igualmente omnipotente, eterno, infinitamente perfecto, sumamente bueno y sabio, en una palabra, da la misma naturaleza con el Padre y el Hijo; todo lo que se contenga en las palabras: *Creo en el Espíritu Santo*: las cuales tienen toda la fuerza bastante para expresar nuestra fé, y dar á entender que esa persona se encuentra en las tres de la Trinidad. Ademas, en el símbolo que se canta en la misa, se añade: "Señor y vivificante, y que es adorado y glorificado juntamente con el Padre y el Hijo;" para manifestar aun mas expresamente esta verdad, pues que ninguno puede creer ni fijar su esperanza en ninguna cosa criada.

Para patentizar este dogma, tenemos en el depósito sagrado de la revelacion, los testimonios mas irrecusables y auténticos. En los Hechos de los apóstoles se nos refiere, que habiendo dicho San Pedro á Ananias: ¿Por qué tanto Satanás tu corazón, para que mientes tú al Espíritu Santo? Despues añade: *Tú no mentiste á los hombres, sino á Dios*. Al que habia llamado primero Espíritu Santo, lo denominaba despues Dios. El apóstol San Pablo enumerando á los corintios las divinas obras y beneficios del Espíritu Santo, indistintamente las atribuye á Dios y al Espíritu Santo como su autor: *Hay repartimiento, dice, de gracias; mas uno mismo es el Espíritu, y hay repartimiento de misterios; mas uno mismo es el Señor; y hay repartimientos de operaciones; mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos*. Y despues de haberlas enumerado cada una de por sí, concluye: *Mas todas estas co-*

sas obra solo el que *ca uno y mismo Espíritu, repartiendo á cada uno como quiere.* Con lo que atribuye claramente al Espíritu Santo la divinidad, é igual autoridad y dignidad é indivisible operacion que al Padre y al Hijo.

Lo mismo prueba la fórmula del bautismo, en la que despues del Padre y del Hijo se agrega el Espíritu Santo, en igual consorcio de honor, dignidad y accion, de tal suerte, que si no se hace mención del Espíritu Santo, esta accion seria inútil, y ningun fruto sacarían del bautismo los que se bautizasen sin nombrarlo. Luego cuando somos bautizados en el nombre del Espíritu Santo, es preciso creer que es Dios. Por otra parte somos bautizados *en el nombre, y no en los nombres del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; y como advierte San Agustín, en donde se dice un nombre, hay un Dios.* Así como se dijo de la semilla de Abraham, y expone el Apóstol, á los de Galaacia *Las promesas fueron dichas á Abraham y á su simiente.* No dice: Y á las simientes, como de muchos, sino como de uno, y á tu simiente que es Cristo. Así, pues, como aquí dice: *Á la semilla, y no á las semillas, quiere enseñar el Apóstol que es uno Cristo; así diciéndose en la forma del bautismo en el nombre y no en los nombres, se prueba que es un solo Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.*

El mismo orden de las tres divinas personas con que se comprueba la divinidad del Espíritu Santo, se manifiesta tambien en la primera epístola de San Juan: *Porque tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa.* Lo comprueba tambien aquella antiquísima fórmula de glorificación, con la que se concluyen las divinas alabanzas y los Salmos: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, cuya fórmula se ha conservado por la tradicion de los primeros siglos, como lo comprueban Teodoro, Zoómeno y San Basilio.*

Finalmente, todas las cosas que creemos propias de Dios, nos testifican las sagradas letras que convienen el Espíritu Santo; porque á él atribuyen el honor de los templos, diciendo el Apóstol á los corintios: *¿No sabéis que sois templos del Espíritu Santo?* Igualmente la santificación y vivificación, cuando dice á los tesalonicenses: *Dios os escogió primicias para salud en la santificación del espíritu y en la fe de la verdad.* Y á los corintios: *Dios nos lo reveló á nosotros por su Espíritu; porque el Espíritu*

lo escudriña todo, aun las profundidades de Dios. Que habló por los profetas, lo asegura San Pedro, cuando dice: *Ninguna profecía de la Escritura se hace por interpretación propia, porque en ningún tiempo fue dada la profecía por voluntad del hombre, mas los hombres santos de Dios, hablaron siempre inspirados del Espíritu Santo.* Que existe en todo lugar, lo asienta el libro de la Sabiduría, cuando dice: *El Espíritu del Señor llenó el orbe todo de la tierra.* Y el Salmista exclama: *¿A donde me escaparé de tu espíritu? ¿Y á donde huiré de tu presencia? Si subiere al cielo, tú allí estás; si descendiere al infierno, estás presente; si tomare mis alas al salir el alba y habitaré en las extremidades de la mar, aun allá me tendrá tu mano.*

Con estos y semejantes pasajes de las Escrituras destruyeron los Padres de la Iglesia la heregía de los Macedonianos, que aseguraban no ser el Espíritu Santo sino una jura criatura; y aunque podíamos copiar multitud de textos de San Atanasio; San Gregorio, San Basilio, San Agustín y de otros; solo haremos mérito del siguiente de San Agustín: "Si fuese el Espíritu Santo criatura y no Criador, por lo ménos sería criatura racional, que es la clase mas perfecta de las cosas criadas por Dios, en cuyo caso la creencia en el Espíritu Santo no se colocaría en la regla de fé antes de la Iglesia santa, porque él mismo pertenecería á la Iglesia en aquella parte de ella que está en el cielo. No tendría templo, sino que él mismo lo sería, siendo así que el Apóstol nos dice: *¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo?* Habiendo dicho en otro lugar: *¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?* ¿Cómo puede dejar de ser Dios el que tiene templo? ¿Ni cómo puede ser menor que Cristo aquel que tiene á los miembros de Cristo por templo suyo? Ni puede ser uno el templo del Espíritu Santo y otro el templo de Dios, cuando el mismo Apóstol dice en otro lugar: *¿No sabéis que sois templos de Dios?* Y como para confirmacion añade: *Y el Espíritu de Dios habita en vosotros.* Dios, pues, habita en su templo, no solo el Espíritu Santo; sino tambien el Padre y el Hijo."

Por tan poderosas razones y tan terminantes testimonios de nuestra revelacion, el concilio romano y el primero de Constantinopla condenaron la doctrina impía de Macedonio, que tenia al Espíritu Santo por criatura de Dios, añadiendo al símbolo para quitar la menor tergiversacion y que quedase absolutamente rechazada aquella

heregía, las siguientes palabras: *Creemos en el Espíritu Santo, Señor y vivificante, procedente del Padre y del Hijo, y que ha de ser adorado y glorificado con el Padre y el Hijo, que habló por los profetas.* En el hecho de confesar al Espíritu Santo Señor, se declara cuánto aventaja á los ángeles, que aunque nobilísimos espíritus, han sido criados por Dios, porque todos ellos, según testifica el Apóstol, *por ventura no son todos espíritus administradores enviados para ministerio en favor de aquellos que han de recibir la heredad de salud?* Se le llama vivificante, porque el alma unida con Dios, vive mejor y mas excelentemente por medio del Espíritu Santo, que con la gracia la vivifica, que el cuerpo se sostiene y vive por el alma, y esta union del alma con Dios la atribuyen claramente las Sagradas letras al Espíritu Santo.

No hay cristiano vivificado ni resucitado por Jesucristo que no conozca la verdad de aquella doctrina del Salvador, de que aunque *el espíritu está pronto, mas la carne es floca.* En efecto, nuestras infirmitades son tan graves y continuadas, y nosotros nos hallamos tan destituidos de fuerzas propias para resistir al inevitable combate, no solo contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los gobernadores de estas tinieblas del mundo y contra los espíritus de la maldad en los aires, que por nuestras propias fuerzas no podríamos triunfar. Mas al cristiano en medio de su debilidad ó miseria se le enseña á dirigir á lo alto aquella oración del Salmista: *No me deseches de tu rostro y no quites de mí tu Espíritu Santo. Anéclame la alegría de tu salud y confortame con tu espíritu principal.* El Espíritu de Dios es por quien, como nos enseña el apóstol San Pablo, hemos de ser corroborados en virtud en el hombre interior, y conforme vaya adelantando en la vida espiritual, hay de ir en aumento la espiritual fortaleza. *Bienaventurado el varón que llama al Salmista, cuyo socorro es en tí: irán de virtud en virtud: será visto el Dios de los Dioses en Sion.*

Que procede del Padre y del Hijo, quiere decir la divinidad de su origen eterno, como mas extensamente explicaremos en la siguiente leccion. No queda pues duda alguna en este dogma de la divinidad del Espíritu Santo, expresamente contenido en los testimonios auténticos de nuestra revelacion, y declarado por la Iglesia santa expresa y terminantemente. Solo nos resta, por lo mismo, examinar algunos pasajes de la Escritura Santa, de los que quieren

inferir los hereges que el Espíritu Santo no es sino una criatura hecha por Dios.

San Juan nos refiere haber dicho Jesús á sus discípulos: *Cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad; porque no hablará de sí mismo, mas hablará todo lo que oyer, y os anunciará las cosas que han de venir.* El sentido natural de esta sentencia no es en manera alguna que el Espíritu Santo pueda hablar solamente aquello que oye; á la manera de un enviado que es comisionado ó instruido por otro; pero que no tiene conocimiento por sí mismo en el asunto para que se le envía. "El oír en sí, dice San Agustín, es saber, y el saber es ser. No procediendo, pues, de sí mismo, sino de otro de quien tiene la esencia, tiene tambien la ciencia, y en él el oír, no es otra cosa distinta del saber." El Apóstol dice á los romanos: *El Espíritu ayuda tambien á nuestra flaqueza; porque no sabemos lo que habemos de pedir como conviene: mas el Espíritu pide por nosotros con gemidos inenunciables.* Cuyas expresiones no significan que el gemido y la oracion convengan al Espíritu Santo, de manera que fuese susceptible de afliccion y de ruego, sino que por medio de su gracia y la eficaz operacion de la caridad que difunde en nuestros corazones, nos hace que pidamos, nos enseña á rogar y á gemir, como largamente explican Orígenes y San Agustín.

Por último, el mismo Apóstol, según vimos antes, dice que el Espíritu Santo lo escudriña todo, hasta las profundidades de Dios: este modo de hablar no indica la pesquisa ó la inquisicion de las cosas que están ocultas ó son desconocidas; pues que hablando Jeremías de Dios, para quien están manifestos los arcanos todos de nuestro corazon, dice que *escudriña nuestro interior y nuestros corazones.* "Ningun inferior escudriña, dice San Ambrosio, lo mas interior del que fe es superior, porque solo del poder divino es propio conocer las cosas ocultas. Del mismo modo escudriña el Espíritu Santo, que el Padre y el Hijo, y con la propiedad de esta palabra se expresa que nada hay que no vea ó que no sepa."

DIA VEINTE.

Santa Eufemia, mártir, y San Cutberto, obispo.

SANTA EUFEMIA, MARTIR.

Santa Eufemia padeció el martirio en Amisno, ciudad del Ponto Euxino, en compañía de las Santas Alejandra, Claudia, Eufrasia, Matrona, Juliana y Teodocia, en el imperio de Maximiano. Este tirano cruel y desnaturalizado había movido contra la Iglesia una de las más sangrientas persecuciones, y como sus edictos no exceptaban sexo ni edad, estas siete matronas fueron aprisionadas en la ciudad de Amisno. Presentadas al tribunal, el Espíritu Santo les infundió tanto valor y fortaleza, que no solo se confesaron cristianas, y dispuestas á derramar su sangre por Jesucristo, sino que increparon al tirano su crueldad y las malignas artes con que intentaba arrancar del seno de la religión á los verdaderos adoradores de Dios, para hacerles prestar un culto sacrilego á los nefandos ídolos. Esta santa audacia irritó de tal modo al tirano, que en el acto las mandó desnudar y azotar cruelmente con varas; hizo despues se les cortasen con agudos cuchillos las mamas de sus pechos; y colgadas luego en el potro, les mandó surcar las carnes con uñas de hierro, hasta que se les descubrieron las entrañas; en cuyo lastimosísimo estado fueron arrojadas á un horno encendido, en que terminaron su gloriosa carrera, bendiciendo al Señor.

San Cutberto, obispo y confesor.

San Cutberto era británico de nacimiento, y se había criado y educado en un lugar muy inmediato al monasterio de Mailros, que fundó el Santo obispo Aidán, desde que la religión católica se había establecido en Northumberland, y con este motivo tuvo ocasion nuestro Santo de examinar desde su niñez la vida monástica y los ejercicios cristianos que practicaban aquellos monges para servir á Dios. El fervor con que desempeñaban sus deberes aquellos santos, hacia grande impresion en el alma de Cutberto, y procuraba imitarlos en cuanto podia, aunque estaba ocupado en el cuidado de una porcion de ganado que su padre le había encargado. Como tenia á la vista nuestro Santo aquellos modelos de perfeccion, se inclinaba ya á seguir la vida monástica. Vió una noche los ángeles que conducian para la bienaventuranza el alma de San Aidán, y esta vision

lo determinó á entrar inmediatamente en el convento de Mailros, donde tomó el hábito monástico de mano del abad, que era Eata. Aquí estudió teología bajo la direccion de San Roisilo, que era el prior del convento, y practicaba con tanto fervor las distribuciones de la casa, que era la admiracion de todos los monges.

Pasó Cutberto del monasterio de Mailros al de Rippon, en compañía de Eata, que fué nombrado abad del segundo, y en este desempeñó el delicado encargo de cuidar á los extrangeros que pasaban, á quienes servia con mucha humildad, procurándoles todas las comodidas posibles. Despues de algun tiempo volvió Cutberto al monasterio de Mailros, y fué nombrado prior del monasterio en lugar de Boisilo, que había muerto en la peste del año 664. No contento nuestro Santo con que se sirviera á Dios en su convento, procuró enseñar la doctrina cristiana en el pueblo y lugares inmediatos, á cuyo efecto salia con frecuencia, y corregia algunas costumbres paganas que aun existian en algunas gentes, las que desterró con sus consejos, con su ejemplo edificante y con la sublime eloquencia que tenia en sus palabras, para anunciar las verdades santas de la religion. Adquirió tanto influjo sobre los corazones de los fieles que lo escuchaban, que nadie podia ocultarle sus maldades, y todos confesaban sus pecados para conseguir el perdon de ellos. Tambien visitaba las aldeas y lugares lejanos donde consideraba que por lo penoso del camino nadie iria, para que todos conocieran á Dios y lo adoraran.

Mucho tiempo estuvo Cutberto dedicado en esta santa ocupacion en Mailros, hasta que el abad de Lindisfarne lo nombró prior de aquel grande monasterio. En esta casa duplicó sus penitencias y mortificaciones; pasaba las noches en continua oracion, y para que el sueño no lo venciera, daba vueltas al rededor de la Iglesia. Trabajaba continuamente en la conversion de los pecadores, ya predicando las verdades santas, y ya confesando á una multitud de gentes á quienes procuraba dirigir por el camino de la perfeccion, mezclando la dulzura de sus consejos con los rigores de la penitencia. Todavía deseaba nuestro Santo mayor perfeccion y mas austeridad en la vida, y con este intento se retiró á una isla pequeña, distante nueve millas de Lindisfarne, donde formó una gruta para vivir retirado hasta de sus mismos compañeros. Aquel lugar no se había habitado nunca por ninguna gente, y no había en él sustancia que pudiera servir de alimento. Cutberto primero sent

bró trigo, y viendo que no se podía cultivar, puso cebada, la que se le dió, y con el pan de esta semilla se mantuvo todo el tiempo que permaneció allí. Edificó tambien en su isla una casa á la entrada de Lindisfarne, para alojar allí á los sujetos que lo iban á ver, y tenia con ellos grandes conferencias sobre puntos de moral místico, sin distraerse nunca con las conversaciones mundanas; pero despues de algun tiempo se encerró en su gruta, y no hablaba con ninguno de los que pasaban á la isla con el objeto de verlo.

Vacó la silla episcopal de Lindisfarne, y el concilio de obispos que se tuvo en Jwiford, convocado por San Teodoro para proveerla, nombró á Cutberto como á propósito para desempeñar tan delicado encargo. En efecto, era muy digno de ocupar este puesto; pero faltaba vencer su resistencia: se le mandaron algunos comisionados que lo convencieran, y este paso se dió en vano, porque Cutberto no queria abandonar su retiro, donde vivia lleno de gusto porque servia á Dios en la tranquilidad del desierto. Entónces el rey Egrifido, que habia asistido al concilio, y el santo obispo Trumwun, en union de otras varias personas, fueron á la isla donde se hallaba Cutberto, y le suplicaron que admitiera el obispado. Ya el Santo no pudo resistirse, y salió de su gruta para recibir en York la consagracion episcopal de mano de San Teodoro, el dia de la pascua de Resurreccion.

El cargo pastoral que habia recibido nuestro Santo, lo hacia estar siempre vigilante de su arisco. Predicaba sin cesar, y explicaba los adorables misterios de nuestra santa religion con tanta claridad, que se le hacia entender aun de los mas estúpidos. Cuidaba de servir á los pobres como si fueran sus hijos, porque consideraba que lo eran de Dios. Fué dotado del don especial de milogros, y llegó á hacer tantos, que le llamaron el Tammarugo de la Bretaña. Lo mas admirable que se veia en Cutberto era, el dominio que habia adquirido sobre sus pasiones y sentidos: no pensaba mas que en Dios, ni hablaba mas que de Dios, ni se entretenia en otras cosas que no fueran divinas. La oracion era su ocupacion frecuente, y en sus tribulaciones Dios lo consolaba y fortalecia, como hace con todos sus escogidos.

Santa Ebba, hermana de los reyes Oswaldo y Oswi, que era abadesa de los monasterios de Coldingham, solicitó de Cutberto que pasara á dar algunas lecciones de mística á sus monjas, y exhortarlas á la vida perfecta. Estuvo el Santo en el convento algu-

nos dias, pero sin abandonar sus austeridades. Todas las noches las pasaba en oracion, sin dejar á su cuerpo mas que un corto rato de descanso. Una vez lo siguió un monje cuando salia de su habitacion, y notó que se dirigia á la playa del mar, y se metió en las aguas, donde pasó toda la noche con las manos levantadas al cielo en actitud suplicante, cantando himnos al Todopoderoso; conoció nuestro Santo su muerte poco ántes de que sucediera, y renunció el obispado para retirarse á su gruta y disponerse para este tránsito. Cayó malo, y en su enfermedad lo visitó Herefrido, abad de Lindisfarne, de cuya mano recibió el viático, y le suplicó que le dejara dos monjes para que lo acompañaran en su última hora. Así se verificó, y Cutberto murió tranquilamente el 20 de Marzo del año 687.

Antes de morir dispuso que su cadáver se sepultara en la iglesia del monasterio de Lindisfarne, y en efecto fué enterrado al lado derecho del altar mayor, de donde dice Beda que lo sacaron á los once años incorrupto, flexible, y con las vestiduras intactas, y lo pusieron en un féretro sobre el pavimento del presbiterio en el lugar del sepulcro. Los monjes de Lindisfarne lo quitaron de allí en el tiempo de la persecucion de los Danos, y despues de haberlo escondido en varias partes, lo depositaron en la montaña que estaba rodeada del río Werc, donde edificaron una iglesia que se dedicó á San Cutberto en el año 993, por el obispo Aldhun, que trasladó á este lugar la silla episcopal de Lindisfarne. Esta iglesia catedral de San Cutberto fué enriquecida por la suma liberalidad de los reyes católicos, principalmente por el grande Alfredo. En el año 1080 se erigió allí la catedral que existia en estos últimos tiempos, y en la persecucion de Enrique VIII fué respetado el cadáver de Cutberto por los saqueadores, no obstante que estos quemaron el de Santo Tomas y otros varios santos que se encuentran allí. Despues de este trastorno fué sepultado el cadáver en el mismo lugar que ántes estaba, aunque no se sabe el sitio particular donde se halla.

La Epistola es del capítulo VII de San Pablo á los hebreos [pág. 479.]

Hermanos: Hubo en la ley antigua &c.

El Evangelio es del capítulo XXIV de San Mateo [pág. 479.]

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: Velad, porque no sabéis á qué hora &c.

MEDITACION.

Sobre la necesidad de la penitencia.

Considera que la fe nos enseña que no se puede salvar sin penitencia el que ha pecado. Tú sabes que eres pecador; si tu vanidad te lo hiciera negar, te desmentiría tu conciencia; pero quieres esperar á hacer penitencia en la hora de la muerte. ¡Qué disparate! No se puede hacer tan de prisa lo que necesariamente se debe ejecutar para evitar la condenacion. Si esperas á hacerla á la hora de la muerte, ¿quién te asegura de que tendrás entónces tiempo? Solo Dios, que es dueño de tu vida, podría darte tiempo; pero en lugar de prometértelo, te asegura lo contrario. Tantos que mueren todos los dias repentinamente, y tenían la misma esperanza que tú, te dicen con su muerte: lo que me sucede hoy á mí, te puede suceder á tí mañana; y si te sucediese, ¿dónde irías? Haz reflexion que se trata de tu salvacion; esto es, de una desgracia ó de una dicha eterna; ¿pues cómo aventuras una importancia tan grande, sobre un puede ser, tú que tomas tantas precauciones y seguridades para bagatelas? Pero aunque estuvieras seguro de tener tiempo, y se te revelase que no habias de morir de repente, ¿estarás en estado en la hora de tu muerte, de pensar en hacer penitencia? ¿Podrás prometerte la libertad de espíritu necesaria para aplicarte á una cosa tan difícil? Un hombre agravado con la violencia del mal, sus sentidos adormecidos, las potencias embargadas, y cuyo espíritu por la dependencia que tiene con el cuerpo, está débil, afligido por la cruel separacion de todo lo que ha amado mas tiernamente; atormentado con mil objetos funestos, espantado con la cercanía de un futuro eterno, y de incierta suerte: este hombre, vuelvo á decir, en este estado, ¿es capaz de cuidar aun de las cosas que necesitan de ménos aplicacion? ¿Pues cómo podrá aplicarse á una cosa tan difícil é importante, como es una buena confesion, acompañada de un vivo dolor de los pecados cometidos, y de un propósito firmísimo para en adelante? Una jaqueca te imposibilita á hacer una confesion de ocho dias, ¿y los dolores de la muerte te dejarán libertad para hacer una confesion que ha de decidir de tu eternidad?

Considera que aun cuando tuviesses el espíritu tan despejado, ¿tendrías libre el corazón y aquel perfecto desasimiento del pecado que es necesario para la penitencia? Para esto es menester aper-

tarse del pecado, y no esperar que el pecado te deje; es menester que un pecador para ser penitente, ame en supremo grado todo lo que en el mismo grado ha menospreciado ó aborrecido; esto es, Dios, su alma, su salvacion y los bienes eternos; que aborrezca y menosprecie en supremo grado, todo lo que en el mismo grado ha amado; esto es, el pecado, el mundo, la carne y los placeres desarreglados. Es menester que un avaro, un deshonesto, un colérico, un soberbio ó vano, sea humilde, casto, pacífico y desasido de los bienes de la tierra. ¿Se puede hacer esto en un instante? ¿Se muda de comazon con la facilidad que de vestido? Esto, de esta manera, no es posible, sin milagro de la gracia: ¿pues cómo se puede fundar, sin terrible presuncion, la salvacion en la esperanza de un milagro? La Escritura no hace mencion sino de la conversion de un Dimas á la hora de su muerte, y para eso fué menester la presencia de Dios, muriendo en la cruz para obrarle.

PETICION Y PROPÓSITOS.

El no dilatar la penitencia, y el hacerla con la solidez, constancia y perfeccion debidas, es lo que asegura la conversion de un pecador. De otro modo, ó está en un estado de formal impenitencia, ó alucinado con una penitencia falsa é insuficiente, que solo sirve para mantenerlo en su error hasta el momento de un irremediable desengajo. Para que tal desgracia no nos suceda, tratemos ya de darnos á la penitencia sin dilacion alguna, ni reserva de criatura ninguna de las que han sido para nosotros rémoras de una perfecta conversion. Temamos el ejemplo de un Saúl, que reservó del anatema al rey de aquel pueblo que Dios le habia mandado sacrificar con todo su ejército, por lo cual atrajo sobre sí la reprobacion. Seamos mas bien imitadores de Abraham que no reservó ni á su propio hijo, que Dios le mandó sacrificar.

JACULATORIA.

Aquí corta, Señor, aquí quema, aquí desprende mi corazón, para que no sea separado de tí eternamente.

LECCION.

El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.

Que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, es un dogma de la fé católica, declarado en los concilios generales de Leon y

de Florencia contra el error de los griegos, que habiendo abjurado el cisma, profesaron con la Iglesia latina la procesion del Espíritu Santo del Padre y del Hijo, á pesar de la pertinacia con que ántes habian permanecido en su error. Habiéndose vuelto á separar desgraciadamente de la unidad de la Iglesia, tornaron á caer en sus primeros extravíos; pero en el concilio Florentino fueron convencidos por los obispos y doctores latinos, con abundantes y muy claros testimonios de los Santos Padres, tanto latinos como griegos, que con unánime consentimiento asentaban que el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, que es de la misma sustancia del Padre y del Hijo.

Veamos, pues, los testimonios de nuestra revelacion consignados en los escritos sagrados de los autores inspirados por el mismo divino Espíritu, de donde han tomado los Santos Padres la fé del misterio de la procesion del Espíritu Santo. Hablando de él nuestro Redentor Jesucristo, segun nos refiere San Juan, dijo á sus discípulos: *Conviene á vosotros que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá á vosotros el Consolador: mas si me fuere, os lo enviaré... El me glorificará: porque de lo mio tomará, y lo anunciará á vosotros. Todas cuantas cosas tiene el Padre, mías son. Por eso os dije, que de lo mio tomará, y lo anunciará á vosotros.* Todas las cosas que son del Padre, son del Hijo: por lo mismo, todo lo que recibe del Padre el Espíritu Santo, lo recibe del Hijo, el poder, la ciencia y la naturaleza, todas las cuales cosas en Dios son una misma.

En las Escrituras Santas unas veces se llama al Espíritu Santo, Espíritu de Cristo, y otras Espíritu del Padre; ya se dice que ha sido enviado por el Padre, y ya que lo ha sido por el Hijo, para manifestar seguramente que con igualdad procede del uno y del otro como de un solo principio. Segun San Mateo, Jesucristo dijo: *No vais vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.* Segun San Juan, dijo el mismo: *Cuando envié el Consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí.* En los Hechos de los Apóstoles, se dice: *Que atravesando San Pablo y su discípulo Timoteo la Frigia y la provincia de Galacia, les vedó el Espíritu Santo que predicasen la palabra de Dios en el Asia. Y cuando llegaron á Misya, querian ir á Bitinia, y no los dejó el Espíritu de Jesús.* San Pablo, ha-

blando á los romanos, les dice: *Vosotros no estais en la carne sino en el Espíritu: si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Mas el que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de él. Y si Cristo está en vosotros, el cuerpo verdaderamente está muerto por el pecado; mas el Espíritu vive por la justicia. Y si el Espíritu de aquel que resucitó á Jesús de entre los muertos mora en vosotros, el que resucitó á Jesucristo de entre los muertos vivificará tambien vuestros cuerpos mortales por su Espíritu, que mora en vosotros.*

Entre las muchas autoridades de los Santos Padres, que como depositarios de la tradicion nos han confirmado desde los primitivos siglos de la Iglesia la verdad de este dogma, solo copiaremos las siguientes: San Agustin exponiendo las palabras de Cristo, en que nos refiere San Mateo haber dicho: *El Espíritu Santo que procede del Padre,* así se expresa: *¿Por qué, pues, no hemos de creer igualmente que el Espíritu Santo procede tambien del Hijo, siendo tambien el mismo Espíritu del Hijo? Porque si no procediese de él, cuando se presentó Jesús despues de su resurreccion á sus discípulos, no les habria dicho soplando primero sobre ellos: Recibid el Espíritu Santo. Porque ¿qué otra cosa significó aquel soplo divino, sino que el Espíritu Santo procede tambien del mismo Hijo? Si procede, pues, el Espíritu Santo del Padre y tambien del Hijo, ¿por qué dice el mismo Unigénito que el Espíritu Santo procede del Padre, sino porque de la misma manera que solia referir Jesucristo á su Eterno Padre no solo lo que es propio del Padre, sino aun algunas veces lo que pertenece al mismo Hijo, pudo muy bien atribuir al Padre lo que no solo conviene á él, sino tambien al Hijo? Mi doctrina, decía Jesucristo, segun San Juan, no es mia, sino de aquel que me envió.* Si en este lugar se entiende claramente que la doctrina de Cristo es la del Hijo de Dios, aun cuando dice que no es suya sino de su Padre, ¿con cuánta mayor razon debe entenderse en el texto en cuestion que el Espíritu Santo procede tambien del Hijo, cuando dice que procede del Padre, si por otra parte asentando que procede de aquel, no dice que no proceda de él mismo? ¿De quién tiene el Hijo el ser Dios, porque es Dios de Dios? Pues del mismo indudablemente tiene el que el Espíritu Santo proceda tambien de él.

Para explicar el mismo Santo doctor, por qué no puede decirse que el Espíritu Santo ha nacido, sino que procede, y por qué no

puede llamarse tampoco Hijo, dice así: "Porque si el Espíritu Santo pudiera llamarse Hijo, se diría Hijo de ambos, lo que sería un absurdo, puesto que ninguno puede ser hijo de dos, sino de un padre y una madre, lo que no puede decirse del Eterno Padre y de Dios Hijo. . . . sino que cuando procede del Padre, entónces no procede de la madre; y cuando procede de la madre, ya no procede del padre (en cuanto á su humanidad). Y en otro lugar dá esta otra razon para que el Espíritu Santo no pueda llamarse Hijo, porque procede, "no como nacido, sino como dado, porque no nació así como el Unigénito, ni fué hecho para nacer en adopcion por la gracia de Dios así como nosotros. Mas así como el Padre y el Hijo son un solo Dios, y con respecto á las criaturas un solo Criador y un solo Señor, así relativamente al Espíritu Santo son un solo principio."

San Cirilo escribió así á Nestorio: "El Espíritu es llamado Espíritu de verdad, y la verdad es Cristo; de donde se sigue que procede de él del mismo modo que procede del Padre." Fundado en estos y otros innumerables testimonios semejantes de los Santos Padres, el concilio general de Constantinopla agregó á su profesion de fé á las palabras en el Espíritu Santo. . . . que procede del Padre y del Hijo, y en el símbolo que se le atribuye á San Atanasio, se dice: "El Espíritu Santo, no hecho, ni criado, ni engendrado, sino que procede del Padre y del Hijo." Mas estas palabras, y del Hijo, no se insertaron en el símbolo por los padres del concilio constantinopolitano, sino que se agregaron oportunamente en los siguientes siglos de la Iglesia para mayor explicacion de este dogma de nuestra creencia. Porque, que el Espíritu Santo proceda del Hijo, se contiene virtualmente en la confesion de que procede del Padre. En el concilio de Letran, segun leamos en las decretales, se declara este dogma en las palabras siguientes: "Firmemente creemos que hay un solo Dios verdadero, eterno, inmenso, incommutable, omnipotente; incompreensible é inefable, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas á la verdad; pero una sola esencia, sustancia y naturaleza absolutamente simple. El Padre de ninguno, el Hijo de solo el Padre, y el Espíritu Santo igualmente de uno y otro, sin principio siempre y sin fin. El Padre engendrando, el Hijo naciendo, y el Espíritu Santo procediendo, consubstanciales y coeternos. El concilio de Leon se expresa en estos términos: "Confesamos con fiel y devota profesion, que el Espíritu Santo procede eternamente

del Padre y del Hijo, no de dos espiraciones, sino de una espiracion única."

Queda, pues, manifestada la verdad de la revelacion de este dogma cristiano, y aun cuando hemos dicho ya otra vez al tratar de otros misterios de la fé, que aunque no podamos entender ni comprender los arcanos de nuestros dogmas, especialmente el de la Santísima Trinidad, nos basta el que los creamos y que sujetemos nuestra inteligencia á lo que nos enseña la revelacion; sin embargo, indicaremos algunas semejanzas que han usado para facilitar nuestra comprension en este misterio. San Agustin, Tertuliano y San Gregorio Nazianceno, suponiendo ántes como enteramente cierto que las cosas divinas no pueden manifestarse perfecta y adecuadamente con ejemplos ó comparaciones de cosas criadas, y especialmente materiales. La comparacion primera es la de un mar ó un gran lago que se forma de un río á quien dá origen una fuente. El Eterno Padre se compara á la fuente, que divinamente produce al Hijo cual un río, y el Padre y el Hijo como la fuente y el río, producen al Espíritu Santo, comparado con el mar. La comparacion segunda es la del Padre, que como un sol eterno produce al Hijo como un rayo del Eterno Sol, y de ambos procede el Espíritu Santo, como el ardor que nace de aquel Sol y de este rayo: la tercera, por último, se toma de Adon, de cuya costilla se formó Eva, siendo producido por ambos Set.

El Espíritu Santo, en conclusion, procediendo del Padre y del Hijo, como se ha probado, es un solo Dios con el Padre y el Hijo, y debe ser adorado y glorificado con estas otras dos personas de la augusta Trinidad; y como la que procede de otras no puede ser una misma persona, de la certeza de este dogma tomamos otra razon para comprobar la distincion de las personas en la esencia divina, como probamos ya al tratar del angusto misterio de la Trinidad; pero igualmente permanece un solo Dios con el Padre y el Hijo, porque procediendo perfectísimamente de estas dos personas, es uno con ellas en naturaleza, y aunque proceda del Padre y del Hijo, no sale en manera alguna de la naturaleza del Padre y del Hijo, y por tanto permanece una sola y unica naturaleza divina, un solo Dios. Por consiguiente, el Espíritu Santo no proceda del Padre y del Hijo en el modo en que suelen proceder las cosas criadas de su Criador, ó las cosas hechas de su Hacedor; pues hay una diferencia absoluta no solo en cuanto al nombre y á las propiedades, sino tam-

bien en cuanto á la naturaleza, la que en Dios es una misma en la persona que procede y en aquellas de quienes procede.

DIÁ VEINTE Y UNO.

San Benito, abad, patriarca de los monges de Occidente.

La ciudad de Norcia en Umbria, fué la patria natal del esclarecido Benito, que nació en el año 480. Su padre, que se llamó Eutropio, lo educó en la inocencia y santo temor de Dios, teniéndolo á su lado, hasta que tuvo la edad suficiente para mandarlo á Roma á que estudiara en una de las escuelas donde mas florecían las ciencias. Allí por primera vez se presentó en el teatro del mundo y se escandalizaba con ciertos abusos que notaba en las gentes de Roma. Su alma cándida y nutrida en los principios de la sana moral, no podia ver con indiferencia la relajacion de costumbres y los extravíos de los romanos: fastidiado á poco tiempo del bullicio de la corte, y la libertad licenciosa de costumbres, resolvió apartarse de la ciudad para vivir en el desierto, y salió de Roma con este intento acompañado de su nodriza Cirila que lo amaba tiernamente y no queria separarse de su lado. En Ajilum, lugar situado á treinta millas de la ciudad, se apartó de su compañera, y caminó solo por el desierto hasta las montañas de Subiaco, que distaban cuarenta millas de Roma, donde encontró á Romano, monge de un monasterio vecino, á quien comunicó su proyecto y de quien tomó el hábito. Este mismo le sirvió de guia para buscar un sitio proporcionado en que realizar sus planes, y Benito se introdujo en una caverna profunda, situada en lo mas áspero de la montaña, cerca de un arroyo en donde proveerse de agua.

Romano, que era el único depositario de este secreto, era tambien el que solia llevarle algun alimento que ponía en una cuerda con una campanita, y lo descolgaba por la gruta, sin hablarle una palabra. Tres años vivió Benito en este estado de austera penitencia, ignorado de todos; y así hubiera vivido mucho tiempo, si Dios no permitiera que este gran santo saliera á luz para que sus virtudes sirvieran de estímulo á otros muchos. En el año 497 estaba un piadoso sacerdote disponiendo su comida para la pesca



S. Benito Abad



S. Celsus de Nocera



S. Gelasio de Gortina



S. Victoriano de Marsa

bien en cuanto á la naturaleza, la que en Dios es una misma en la persona que procede y en aquellas de quienes procede.

DIÁ VEINTE Y UNO.

San Benito, abad, patriarca de los monges de Occidente.

La ciudad de Norcia en Umbria, fué la patria natal del esclarecido Benito, que nació en el año 480. Su padre, que se llamó Eutropio, lo educó en la inocencia y santo temor de Dios, teniéndolo á su lado, hasta que tuvo la edad suficiente para mandarlo á Roma á que estudiara en una de las escuelas donde mas florecían las ciencias. Allí por primera vez se presentó en el teatro del mundo y se escandalizaba con ciertos abusos que notaba en las gentes de Roma. Su alma cándida y nutrida en los principios de la sana moral, no podia ver con indiferencia la relajacion de costumbres y los extravíos de los romanos: fastidiado á poco tiempo del bullicio de la corte, y la libertad licenciosa de costumbres, resolvió apartarse de la ciudad para vivir en el desierto, y salió de Roma con este intento acompañado de su nodriza Cirila que lo amaba tiernamente y no queria separarse de su lado. En Ajilum, lugar situado á treinta millas de la ciudad, se apartó de su compañera, y caminó solo por el desierto hasta las montañas de Subiaco, que distaban cuarenta millas de Roma, donde encontró á Romano, monge de un monasterio vecino, á quien comunicó su proyecto y de quien tomó el hábito. Este mismo le sirvió de guia para buscar un sitio proporcionado en que realizar sus planes, y Benito se introdujo en una caverna profunda, situada en lo mas áspero de la montaña, cerca de un arroyo en donde proveerse de agua.

Romano, que era el único depositario de este secreto, era tambien el que solia llevarle algun alimento que ponía en una cuerda con una campanita, y lo descolgaba por la gruta, sin hablarle una palabra. Tres años vivió Benito en este estado de austera penitencia, ignorado de todos; y así hubiera vivido mucho tiempo, si Dios no permitiera que este gran santo saliera á luz para que sus virtudes sirvieran de estímulo á otros muchos. En el año 497 estaba un piadoso sacerdote disponiendo su comida para la pesca



San Benito Abad



San Celsino de Naxos



San Gelasio Martir



San Victoriano Martir

de Resurreccion, y oyó una voz que le dijo: "Tú estas preparando para tí un gran banquete, cuando mi siervo Benito está en Subiaco pereciendo de hambre." Entonces se dirigió inmediatamente al lugar de Subiaco, y despues de mucho trabajo logró encontrar á Benito. Este, antes de hablarle sobre otra cosa, le rogó que se pusieran en oracion para alabar á Dios, y despues tomó algun alimento á instancias del sacerdote.

A poco tiempo de este suceso, vieron á Benito unos pastores, y de pronto creyeron que era una fiera, porque estaba vestido con pieles de ellas; pero despues se desengañaron, y habiéndose acercado para hablarle, notaron en su aspecto y sus palabras, que era un santo el que tenían delante. Algunos de estos ganaderos quisieron imitarlo en su vida penitente, y de este modo fué conocido de muchos que admiraban su virtud. ¿Quién pudiera pensar que en medio de las grandes penitencias que practicaba Benito y del continuo ayuno en que vivia, fuera tan cruelmente asaltado de las tentaciones del demonio? Muchas veces tuvo la idea de abandonar el desierto y seguir á una hermosa jóven que habia visto en Roma, que el demonio se la presentaba á su imaginacion muy bella; pero avergonzado de su debilidad se echaba sobre la zarza y rodaba sobre las espigas, hasta que su cuerpo lleno de heridas, se sujetaba á las determinaciones de su alma. Con estas crueles penitencias logró vencer sus pasiones, y el demonio huyó avergonzado de su presencia, conociendo que eran infructuosos sus malignos esfuerzos. Los monjes del gran monasterio de Vicovara, que se hallaban sin abad, nombraron para este empleo á Benito, quien sin mucha resistencia lo adoptó por irse á vivir con ellos. Entre estos habia muchos de costumbres relajadas, que no queriendo las reformas que deseaba introducir el nuevo abad, le declararon la guerra y lo persiguieron, hasta el grado de echarle veneno en un poco de vino que iba á tomar; pero el santo, que tenía la costumbre de hacer la señal de la cruz sobre lo que comía ó bebía, lo hizo entonces, y el vaso se despedazó de la misma manera que si hubiera caído sobre una gran piedra. El santo sin alterarse y con la grande humildad que lo caracterizó desde su niñez, se dirigió á los monjes, y les dijo: "Dios os lo perdone, hermanos, ya veis que no me engañé en deciros que vuestras costumbres y las mías no se conformaban." Benito, despues de esto se apartó del monasterio y volvió á su amable soledad en Subiaco, donde á poco tiempo tuvo muchos imitadores, con los

que fundó doce monasterios con doce monjes cada uno y su superior, y este fué el grande establecimiento de los monasterios de Occidente, que tanto aumento tuvo despues, y donde la Omnipotencia divina obró muchos milagros.

Varios viajeros ocurrían á ver este plautal de varones santos, y aun muchos nobles iban desde Roma con este objeto, y suplicaban á Benito que rogara por ellos al Todopoderoso. Otros ponían bajo su direccion á sus hijos, para que desde la edad tierna se educaran en la virtud y se encaminaran por el camino de la perfeccion. El demonio, envidioso de tanta gloria de Dios, se esforzó para combatir á estos anacoretas, y puso toda su astucia en ejecutarlo. Un sacerdote de aquella comarca, llamado Florencio, lleno de envidia por los grandes elogios que merecian las virtudes de Benito, lo calumnió atrocemente imputándole vicios que ni imaginaba, y lo comprometió á dejar aquel sitio por evitar disensiones entre los monjes que trataban de defenderlo contra Florencio, indigno de tener el carácter sacerdotal. Resolvió Benito marchar al monte Casino, y á poca distancia de Subiaco tuvo noticia de que su calumpniador habia muerto, cayendo de una galería donde se estaba recreando. Nuestro santo sintió mucho esta desgracia, y sin embargo de que podia volver á su monasterio sin riesgo de turbar la tranquilidad, continuó el camino para Casino, porque Dios lo tenia destinado para que allí formara un monasterio.

En la cumbre de este monte habia una pequeña ciudad que pertenecia al reino de Nápoles, y sus habitantes estaban imbuidos en las supersticiones de la idolatría, tributando adoraciones á una estatua de Apolo que tenían colocada en un hermoso templo, que llevaba este nombre. Mas apenas llegó Benito á esta ciudad, y comenzó á predicar el Evangelio, cuando desapareció la idolatría y consiguió destruir el templo de Apolo, edificando en su lugar dos capillas; una dedicada á San Juan Bautista, y la otra á San Martín.

Este fué el origen del monasterio del monte Casino que se fundó el año 529, y cuando Benito tenía cuarenta de edad. Fué enriquecido por un hombre poderoso que habia puesto á su hijo bajo la direccion del santo, y cedió varias posesiones para que se extendiera el monasterio en aquel lugar, y se formara otro en Sicilia, á donde fué enviado San Placido para que hiciera la fundacion. Tenia Benito á su cuidado un convento de monjas que estaba inmediato á Casino, y fundó una abadía de monjes en Tarracina. Algunos

historiadores antiguos, fundados en inscripciones del tiempo de Benito, creen que fué ordenado *in sacris*, y otros modernos opinan que fué sacerdote; pero parece que no tienen fundamento. Lo cierto es que nuestro santo predicaba el Evangelio con mucho celo por los lugares cercanos á Casino, y enseñaba como buen maestro el camino de la perfeccion. Formó una regla para que se observara en sus monasterios, y despues se adoptó por los monjes de Occidente, mereciendo la aprobacion de San Gregorio el Magno, porque decia que estaba fundada en la estricta observancia del silencio, soledad, oracion, humildad y obediencia.

Dios manifestó el grande amor que tenia á su siervo, con haberle comunicado el don de milagros y un espíritu profético. Se dice que restituyó la vida á un novicio que habia caído de los andamios de la fábrica del convento, á presencia de un gran número de gentes que admiraron el prodigio, y pronosticó tambien la destruccion que habia de sufrir su monasterio, como se verificó en la persecucion de los Lombardos en el año 580, salvándose los monjes, como lo habia predicho. La regla de San Benito era muy austera, y él la observaba y la hacia observar rigurosamente entre sus monjes, para lo cual lo favorecía mucho el cielo con revelarles algunas faltas de ellos, que corregia dulcemente y con prudentes consejos.

Totila, rey arriano que invadió y taló la Italia en tiempo que Belisario fué llamado á Constantinopla, oyendo tantos elogios de las virtudes de Benito, quiso hacer una prueba de su santidad. En el año 542 mandó decir Totila á nuestro santo que deseaba verlo, y que pronto lo tendria en su monasterio de visita. A poco tiempo envió en su lugar á Riggon, su cortesano, con todo el aparato y la grandeza de un monarca conquistador, y con el objeto de engañar á Benito que no conocia personalmente á Totila; mas apenas se hubo presentado Riggon, cuando nuestro santo le dijo: "Dejad, hijo mio, esas ropas que llevais, y que no corresponden á vos." Avergonzado entonces el cortesano y lleno de admiracion, se arrojó á los piés del santo derramando lágrimas, y comunicó á Totila el suceso. Este vino en persona, y Benito le dió muchos consejos para que se manejara con prudencia y moderacion, pronosticándole las glorias que habia de conseguir en sus conquistas, y al mismo tiempo su muerte, que seria el décimo año de su reinado. Esta leccion sirvió para que este monarca se moderara en su dominacion y tratara menos mal á sus esclavos y vasallos.

Segun opinan algunos historiadores, la muerte de Benito sucedió el año despues de haber estado Totile en el monasterio, poco despues de haber fallecido su hermana santa Escolástica; mandó abrir su sepultura seis dias antes de morir, é hizo que le condujeran á la iglesia, para recibir allí el cuerpo y sangre de Jesucristo Sacramento, y despues de haber dado saludables instrucciones á sus monjes, murió el sábado 21 de Marzo del año 543, á los sesenta y tres de su edad, y á los catorce de haberse establecido en Casino. Una parte pequeña de sus reliquias se trasladó á Francia, y la otra quedó en la iglesia del monasterio. Las que fueron á Francia en el siglo VII, se colocaron en la Abadía de Fleury, sobre el Loira, que por esta causa lleva el nombre de San Benito, y fué edificado en el reinado de Clodoveo II.

*La Epistola es del capítulo XLV del libro de la Sabiduría.
(Eclesiástico.)*

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria se conserva en bendicion. Hizole el Señor semejante en la gloria á los santos, y su grandecióle é hizole terrible á los enemigos; y él con su palabra hizo cesar las horrendas plagas. Glorificóle en presencia de los reyes: dióle preceptos que promulgase á su pueblo, y le mostró su gloria. Sintificóle por medio de su fé y mansedumbre, y escogióle entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, é hizole entrar en la nube, donde cara á cara le dió los mandamientos, y la ley de vida y de ciencia.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: Bien ves que nosotros hemos abandonado todas las cosas, y te hemos seguido: ¿cuál será, pues, nuestra recompensa? Mas Jesus les respondió: En verdad os digo que vosotros que me habeis seguido, en el día de la resurreccion, cuando el Hijo del hombre se sentará en el sèño de su magestad, vosotros tambien os sentareis sobre doce sillas, y juzgareis á las tribus doce de Israel. Y todo aquel que haya dejado su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su muger ó hijos, ó heredades por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

Sobre la luz de la gracia.

Considera que la gracia es una luz que Dios nos da para alumbrar á nuestro espíritu, quitándole las tinieblas con que lo ofuscó el pecado. Como Jesucristo es el principio de la gracia, por eso se llama el Padre de las luces, ó por mejor decir, la misma luz: *Yo soy la luz del mundo.* La gracia es una participacion de esta luz increada; un rayo que sale de este sol de justicia; los efectos de la luz corporal nos explican admirablemente los efectos de esta luz espiritual. La luz disipa las tinieblas de la noche; la gracia disipa las tinieblas de las culpas. Cualquiera que camina á oscuras, está á peligro de caer cada instante, ó de perderse. El que no está ilustrado con las luces de la gracia, no da paso que no sea caida. Si caes, y te pierdes tantas veces, es porque no tomas á la gracia por guía. Algunas veces la luz de la gracia pasa como relámpago; pero no deja de producir grandes efectos. Así fué la luz que convirtió á San Pablo. Otras veces dura mas; como la luz que apareció á los magos y los condujo á Jesucristo; pero ¡ay! ¡Cuánto ha que la luz de la gracia te alumbró y solicita, y cuanto ha que tú la resistes! Algunas veces Dios produce solo é inmediatamente esta luz sin servirse de algun objeto, y aun tambien cuando menos se piensa en ella: *El Espíritu de Dios*, dice el Salvador, *corre á donde le agrada, ignorándose de donde viene, ó á donde va.* Otras veces esta luz viene por ocasion de un buen ejemplo, de una palabra, de un sermón que se oyó con atencion, de alguna desgracia que sucedió á alguno, ó de una saludable afliccion que Dios nos envía. ¡Cuántas veces has tenido este género de gracia! ¡Pero cuántas la has menospreciado! Esta luz ordinariamente se nos concede porque la pedimos, y no la tuvieramos si no la pidiésemos. ¡Pero podremos pedir la con sobradas instancias! Dios nos la da algunas veces, aunque no la busquemos y aun cuando huimos de ella. Si esta luz no me hubiese buscado cuando yo la huía, ¿hubiera pensado jamás, Dios mio, en convertirme á vos? Esta luz nos descubre algunas veces nuevas verdades: así fué la que convirtió á grandes pecadores que solo cometian desórdenes, por haber vivido ignorando las verdades de su salvacion. Algunas veces poner estas verdades en mayor claridad, de que procede que hagan ellas mayor impresion y que conviertan á

los hombres, porque aunque las habían conocido, no las habían penetrado.

Considera que esta luz de la gracia, al mismo tiempo que nos descubre algunos objetos, nos encubre otros; cómo las estrellas, que haciéndonos ver la hermosura del cielo, parece nos ocultan la de la tierra; así la luz de la gracia, al mismo tiempo que nos hace ver las grandes ventajas que se hallan en la práctica de la virtud, parece que nos oculta, ó á lo menos nos impide tener atención al trabajo, que se puede ofrecer en dicha práctica; disminuye la idea que tenemos del gusto que los malos hallan en el pecado, descubriéndonos su vergüenza, los remordimientos y penas que son las consecuencias de la culpa. La misma luz hace crecer ciertos objetos en nuestra espíritu, y que otros se disminuyan. Hace crecer la idea de Dios y todo lo que tiene relación con Dios, los bienes invisibles y eternos; hace que todo esto nos parezca grande, y que solo esto nos lo parezca; y al contrario, disminuye en nuestro espíritu al mundo, sus bienes, sus placeres, sus honras, haciendo que todo esto nos parezca pequeño. Todo lo que el mundo tiene de mayor, parece nada á un hombre ilustrado con esta luz. Si las grandezas del mundo te embellean y te son apetecibles, es porque careces de esta luz; esto no consiste en que ella no se te haya puesto delante de los ojos muchas veces, sino que tú cerraste los ojos para que no te alumbrase.

PETICION Y PROPÓSITOS.

No permitas, Señor, que yo pierda esta esplendorosísima luz de vuestra gracia, que tan bien ilumina y hace conocer el sendero de la justicia, por donde debemos caminar; ella es la guía de nuestros pasos, y los malos se extravían si vos no los sostuvierais con vuestra virtud, y no los alumbrarais con las luces de vuestra fé y de vuestra gracia. Pronto estoy á prestar toda la obediencia y humilde docilidad que se requiere para seguir sin yerro ni extravío el camino de la virtud y de la perfección; mas siendo tanta mi inconstancia, os pido también me sostengais contra ella hasta aportar felizmente á vuestro reino.

JACULATORIA.

Ilumina Señor los ojos de mi alma, para que no los ofusque y cierre el sueño de la muerte.

LECCION.

Sobre los diversos nombres del Espíritu Santo.

Entre los diversos nombres que se atribuyen en las sagradas letras al Espíritu Santo, y de los que nos ocuparemos en la presente lección, uno de los mas distintivos y notables es el de Paracletico Consolador, nombre impuesto por el mismo Jesucristo; según nos refiere San Juan que decía á sus discípulos: “Si me amais, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que more siempre con vosotros. El Espíritu de la verdad, á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros y estará en vosotros.... Y el Consolador, el Espíritu Sabto que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo aquello que os hubiere dicho.... Porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestro corazón: Mas yo os digo la verdad, que conviene á vosotros que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá á vosotros el Consolador; mas si me fuere, os lo enviaré; y cuando él viniere argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado ciertamente, porque no han creído en mí.... Cuando viniere el Consolador, que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí.” Llábase Consolador, porque él nos consuela en todas nuestras tribulaciones, y es nuestro abogado que pide por nosotros con gemidos indecibles; igualmente nos mueve á impelo para que pidamos con santa compunción, y por esto el Profeta Zacarías dice: Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalem, Espíritu de gracia y de oración.

David le denomina espíritu recto y principal, cuando exclama: “Cria en mí, ó Dios, un corazón puro, y renueva en mis entrañas un Espíritu recto. No me deseches de tu rostro y no quites de mí tu Espíritu Santo.” “Vuele rene la alegría de tu salud, y confortame con un espíritu principal.” Con razon se llama espíritu recto el que nos conduce por el camino de los divinos mandamientos, separándonos del círculo en que andan los impios. Esta idea de la renovación de nuestro corazón que pide el Salmista, nos da á conocer una verdad demasiado importante de nuestra revelación y que hemos indicado ya otra vez, á saber: que Dios nos ha concedido un influjo

invisible, aunque no siempre perceptible, luminoso y vivificante, por el que el hombre regenerado nace segunda vez, se transforma moralmente, pasa á una nueva condicion de vida, y recupera la imágen de su Criador. Este influjo sobrenatural viene de Dios, por medio de Jesucristo vida nuestra. Seria inútil recordar que cuanto poseamos viene de la bondad del Sér Supremo, y que solo él nos concede las varias prendas corporales y mentales que nos distinguen. Sin embargo, entre estas prendas, como son la razon, la reflexion, la memoria y los donos del Espíritu Santo, hay esta distincion, que las primeras pertenecen á nuestra constitucion natural; pero las segundas son una gracia celestial que se concede á todos los que de veras quieren recibirla.

La revelacion nos enseña de un modo indudable, que en nosotros no hay cosa buena: que por gracia somos salvos por medio de la fé, y no por nosotros mismos: que el influjo por solo el cual podemos producir frutos de justicia, no es de nuestro espíritu, sino del Espíritu de Dios: que el cambio de condicion y de carácter en el hombre, se efectúa por aquel viento que sopla donde quiere y que es enteramente sobrenatural; es decir, el influjo del Espíritu de Dios; y que Jesucristo es como el canal por donde se comunica este influjo restaurador del hombre, que está dispuesto para todos: por eso San Lucas llama al Espíritu Santo, el Espíritu bueno que da Dios á los que se lo piden.

Espíritu de adopcion de hijos, por el cual llamamos á Dios Padre, le denomina San Pablo, porque el mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si hijos tambien herederos, herederos verdaderamente de Dios y coherederos de Cristo. Así es que el Espíritu Santo es la prenda que tenemos en esta vida mortal de la herencia bienaventurada. El que nos confirma con vosotros en Cristo, decía el mismo Apóstol á los corintios, y el que nos ungió es Dios, el cual tambien nos selló y dió en nuestros corazones la prenda del Espíritu. Así es como estamos sellados por el Espíritu para el día de la redencion, segun dice á los efesios: Habiendo creído en Cristo, fuisteis sellados con el Espíritu Santo que era prometido. El cual es la prenda de nuestra herencia para redencion de la posesion adquirida para loor de la gloria del mismo. Pero debemos advertir, que el Espíritu procede gradualmente en confortar y asegurar al cristiano su eterna felicidad: al paso que va éste aumentando su caridad, extendiendo

sus conocimientos y arraigando mas su fé, va creciendo por grados aquella disposicion y aquella gracia que fija su confianza en los méritos del Redentor, y que le hace regocijarse con santa serenidad en la esperanza de la vida eterna.

Se le llama Amor y Caridad, "porque es, dice San Agustin, el amor y la caridad asustancial y consustancial del Padre y del Hijo, con la que se une el uno al otro, con la que el Padre ama al engendrado y éste al Padre. . . Si la caridad hace de tantas almas una sola, y de tantos corazones un solo corazón, ¿cuánta será la caridad que hay entre el Padre y el Hijo? Mucha mayor sin comparacion que la que hay entre aquellos hombres que tienen un solo corazón. Luego si se hace un solo corazón de muchos hermanos, y una sola alma de muchos hombres por la caridad, ¿podrá decirse que Dios Padre y Dios Hijo son dos? Si fueran dos Dioses no habria entre ellos una suma caridad. Si aquí hay tanta caridad que tu alma y el alma de tu amigo no hacen sino una alma sola, ¿cómo allí no han de ser el Padre y el Hijo un solo Dios? Por eso San Bernardo llama al Espíritu Santo el ósculo del Padre y del Hijo, "el que es la paz imperturbable de uno y otro, el enlace mas firme, el amor individual y la unidad indivisible. . ." El Espíritu Santo es, dice en otro lugar, el vínculo indisoluble de la Trinidad, por el cual así como el Padre y el Hijo son una sola cosa, así nosotros seamos (aunque de diverso modo) uno con estas divinas personas."

El Espíritu Santo se denomina alguna vez *uncion*, segun aquellas palabras que dice el Mesías por boca del profeta Isaias: El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ungió el Señor. Y el Salomista exclama: "Tu trono, ó Dios, por siglo de siglo: vara de rectitud es la vara de tu reino. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría sobre tus compañeros;" cuya sentencia repite y aplica á Jesucristo el Apóstol San Pablo, escribiendo á los hebreos, San Agustin tambien dice, que "se le llama uncion por la alegría y el ardor de la caridad que suscita el Espíritu Santo en nosotros.

Fuente viva le denomina el mismo Santo Doctor porque nos lava de nuestros pecados, riega el territorio seco de nuestra alma para fructificar y crecer en las virtudes. Así vemos al Apóstol San Pedro, que lleno del Espíritu Santo, el primer día de su predicacion convierte á tres mil personas á la fé de Cristo, y en el segundo convierte á cinco mil, para que se comenzara á ver cumplida la

sentencia de Isafas: "Se alegrará la desierta, y saltará de contento la soledad, y florecerá como lirio, y la que era seca se mudará en estanque, y la sedienta en fuentes de aguas."

Llámasse también dedo de Dios. Jesucristo dijo según San Lucas: Si en el dedo de Dios lanzo los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado á vosotros. Y refiriendo el mismo pasage San Mateo, dice: Si yo lanzo los demonios por el Espíritu de Dios, ciertamente á vosotros &c., para manifestar que tiene una misma naturaleza con el Padre y el Hijo, y que procede de ambos, así como el dedo del cuerpo por el brazo, como explica San Ambrosio; y San Agustín agrega, que puede también dársale este nombre por la distribución de los diversos dones del Espíritu Santo; á la manera que los dedos son muchos, y tienen su diverso tamaño y distinta cantidad.

Finalmente, con toda propiedad se llama el Espíritu Santo *Don*, porque la donacion propiamente tal, se verifica cuando alguno da una cosa con la intencion de que al momento se haga propia del que la recibe, y en ningún caso vuelva al que la da, y que esto se ejecuta de buena voluntad, sin necesidad alguna, ni por otro motivo que el de ejercitar la liberalidad y la magnificencia. Por otra parte, la razon de toda dádiva gratuita es el amor; puesto que siempre quedamos á alguno *gratis*, alguna cosa, es porque queremos su bien; por consiguiente el amor es el primer don, por el cual se dan los dones. Ahora bien; procediendo el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, como amor, él es el primero de todos los dones que reparte Dios á las criaturas, y por él despues se dan los demás. Así nos lo testifican multitud de lugares de las Escrituras Santas. Jesucristo dijo á la Samaritana, según nos refiere San Juan: "Si supieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú de cierto le pedirías á él, y te daría agua viva." Y en otro lugar "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán rios de agua viva." Esto dijo del Espíritu que habian de recibir los que creyesen en él, porque aun no habia sido dado el Espíritu. El Apóstol en su Epístola á los efesios dice: A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia según la medida de la donacion de Cristo. Por lo cual dice: "Cuando él subió á lo alto, llevó cautiva la cautividad, dió dones á los hombres." En los Hechos de los apóstoles se refiere que San Pedro les dijo á los judíos: Arrepentios, y cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesucristo para remision de vuestros pecados, y recibiros el don del Espíritu Santo. Porque

para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos y para todos los que están lejos, cuantos llamare así el Señor nuestro Dios. El don del Espíritu Santo en este lugar, no es otra cosa que el mismo divino Espíritu; porque por el don que es el Espíritu Santo, dice San Agustín, se dividen en comun á todos los miembros de Cristo muchos dones que son propios á cada uno; porque cada uno no los tiene todos, sino unos unos, y otros otros, aunque todos tengan el mismo don del que se reparten á cada uno, esto es, el Espíritu Santo. En tanto, pues, es don de Dios, en cuanto se da á aquellos á quienes se da. Mas el Espíritu Santo en sí es Dios, y lo sería aun cuando á nadie se diera, porque siendo coeterno con Padre y con Hijo, ya existia antes que á nadie se hubiese dado. Ni porque aquellos dan, ni porque éste es dado, puede considerarse que sea menor que el Padre y que el Hijo, porque de tal manera se da como don de Dios, que también se dé como Dios. Porque no puede decirse que no tiene poder por sí mismo aquel de quien se dice por San Juan: "El Espíritu donde quiere sopla;" y cuando el Apóstol asegura á los corintios: Todas estas cosas obra uno solo y el mismo Espíritu, repartiendo á cada uno como quiere. Aquí no se observa la condicion de la cosa dada y el dominio del donante, sino una concordia absoluta del que se da y los que lo dan; por lo cual si la Santa Escritura dice según San Juan: Dios es caridad, y ella proviene de Dios, y hace en nosotros que permanezcamos en Dios, y él en nosotros; porque nos da de su Espíritu Santo, y el mismo Espíritu Santo es Dios y es caridad.

Refiriéndose en los Hechos de los apóstoles, el suceso bien sabido de Simon Mago, se lee: Y como vió Simon que por la imposicion de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: Dadme á mí también esta potestad; que reciba el Espíritu Santo todo aquel á quien yo impusiere las manos. Y Pedro le dijo: Tu dinero será con tigo en perdition; porque has creído que el don de Dios se alcanza por dinero. Queda, pues, manifestado que el Espíritu Santo es don. Mas como el don se refiere tanto á aquel que da, como aquellos á quienes se da, el Espíritu Santo es don de Dios, que lo da, y nuestro que lo recibimos; y aun cuando haya sido dado en tiempo, el es don ab eterno; porque como dice San Agustín: "Procedió ab eterno del Padre con la calidad de ser capaz de darse; porque de diverso modo debe entenderse cuando se dice don, que cuando se dice dado; puesto que

una cosa puede ser *don* antes de que se dé; mas no puede decirse dado, sino aquello que en la realidad lo ha sido ya." Admirémos y demos gracias á la infinita bondad divina, que dándonos al Espíritu Santo para que creamos en Dios, nos ha dado un *don* que en nada es inferior á sí mismo.

DÍA VEINTE Y DOS.

San Octaviano, y muchos miles de mártires en África, y Santa Catarina de Suecia.

SAN OCTAVIANO MARTIR.

En una de las persecuciones más crueles que han sufrido los fieles, dió San Octaviano el glorioso testimonio de la fé que recomienda tanto á los generosos discípulos de Cristo y que es la mayor prueba de la caridad, como dijo el mismo Salvador. Era nuestro Santo arcediano de la iglesia de Cartago, á la cual y á otras de África agitaban los vándalos, bajo el mando de sus reyes Gensérico y Hunerico. Ya algunos años ántes había desterrado Gensérico á San Eugenio, que á petición del emperador Zenon y de la emperatriz Plácidia había sido nombrado obispo de Cartago, y ya Hunerico había quitado la vida con un golpe de espada á San Vendimial, cuando encendido su furor mandó á los bárbaros que gobernaba pasasen á cuchillo al Santo arcediano y á cuantos se confesasen hijos fieles de la Iglesia católica. Verifícase así, sacrificando en pocos días por aquellos contornos muchos miles de ilustres y ferrosos católicos, que regaron la tierra con su sangre, suscribiendo y sellando con ella la fé ortodoxa contra la impiedad arriana. Masino asegura que las reliquias de San Octaviano se guardan en Bolonia, en la iglesia de San Francisco, donde son honradas con la veneración que corresponde á un tan glorioso confesor y mártir de Cristo.

Santa Catarina de Suecia.

Santa Catarina fué hija de Ulfrón de Gutmarson, príncipe de Nericia, y de la famosa Santa Brígida, y nació en el siglo XIV por los años de 1330. Apenas salió de la lactancia, la puso su santa madre en el convento de Risberg, al cuidado de su virtuosa abadesa,

correspondiendo tan bien á sus esperanzas, que á los siete años de edad era un modelo de virtud. Aunque la Santa había resuelto consagrar á Dios su virginidad, siendo ya jóven la casó su padre, sin consultar su inclinacion, con Egardo, uno de los grandes del reino; pero movido éste de las exhortaciones de su esposa, se resolvió á guardar él tambien una perfecta continencia, dedicándose ambos consortes con una santa emulacion á la oracion, al ayuno, á las obras de caridad y á la práctica de todas las virtudes; tan piadosos ejemplos hicieron tal impresion en la hermana de Egardo, enfiada de la Santa, que unidos á los consejos que ésta le daba, logró se dedicase con fervor á la virtud, renunciando las vanidades del siglo; triunfó que hizo padecer no poco á Catarina de parte de Carlos, marido de aquella.

Habiendo en viudado poco tiempo despues Santa Brígida, madre de nuestra Santa, se retiró á vivir á Roma, resuelta á no volver mas á Suecia; y á los cinco años Catarina, con licencia de su esposo, pasó á reunirse con ella en el año de 1348, y la halló en Bolonia en un monasterio. De esa ciudad volvieron juntas á Roma, donde pasaron algunos días en visitar las iglesias y los hospitales, y en practicar otros varios ejercicios de devocion.

Catarina, que tenia una vehemente inclinacion á su patria, resolvió volver á ella; pero por dar gusto á su santa madre, permaneció en Roma, dedicada siempre á la virtud, aprovechándose de los consejos y ejemplos de Santa Brígida. Envidioso el demonio del ferrosos empeño con que muestra Santa progresaba en el camino de la perfeccion, se valió de aquel amor que tenia á su país natal, y recordándose continuamente llegó á hacerle perder del todo la tranquilidad y contento, y estas tristes representaciones hicieron tal impresion en su alma, que participando de tanta turbacion el cuerpo, se enflaqueció y perdió de tal suerte la salud, que no pudo por mas tiempo ocultar su tentacion á los ojos de su santa madre; exhortóla ésta á que recurriese á la oracion, é implorase la proteccion de la Santísima Virgen, á lo que obediendo la Santa y habiendo tenido una vision que la sobresaltó demasiado, y usando de otros medios que le dictaba su confesor, logró vencer al tentador y recobrar la antigua paz y reposo de su espíritu. En esta circunstancia murió su esposo Egardo, y viendo la Santa, aunque con el dolor muy acerbo, rotos aquellos vínculos que la atraian á Suecia, olvi-

dando enteramente su patria, se unió estrechamente á su madre, cuyos consejos y ejemplos siguió lo restante de su vida.

Serenado su espíritu, comenzó á recobrar el cuerpo su primar belleza, lo que le ocasionó una molesta persecucion de muchos jóvenes de la primera nobleza romana, que noticiosos de la muerte de su esposo la solicitaban á segundas nupcias; llegando el arroyo de uno de ellos, hasta pretender robarla, lo que hubiera conseguido si el cielo no la hubiese librado. Semejantes ataques sufrió Catarina en Asis y en otros lugares donde iba en peregrinacion devota con su santa madre; pero salió siempre victoriosa de sus enemigos con la proteccion de la Santísima Virgen, y valiéndose de las poderosas armas de la oracion y penitencia, y principalmente del retiro, pues no salia mas que á las iglesias vecinas, y eso con el mayor recato. Dentro de casa alternaba sus ejercicios devotos con el trabajo de manos, la distribucion de limosnas, y la explicacion de la doctrina cristiana á los pobres ó á los extranjeros que iban de la Suecia, ó de otros lugares del norte.

Catarina, tan afectá á las piadosas peregrinaciones, tuvo al fin la satisfaccion de hacer la principal, esto es, á la Tierra Santa, en donde visitó con gran veneracion y ternura los lugares consagrados por la presencia de Jesucristo. Se hubiera detenido allí mas tiempo; pero habiéndose enfermado Brígida en Jerusalem, quiso ésta apresurar la vuelta para morir en Roma, como en efecto Dios se lo concedió, llamándola para sí el 23 de Julio del año de 1373. Catarina, soportando esta pérdida con valor extraordinario, pero que manifestaba la violencia que hacia la naturaleza, ejecutó fielmente las últimas voluntades de su bienaventurada madre, con la asistencia de su confesor y de algunas personas piadosas. Enterró el cadáver en el monasterio de San Lorenzo, aguardando oportunidad para trasladarlo á Suecia, segun una de las referidas disposiciones, y lo verificó á las cinco semanas, recibiendo en todos los lugares de su tránsito, con veneracion y respeto. Cuando llegó á Dantzich en Prusia, explicó una parte de las predicciones de Santa Brígida, contra los caballeros del Orden Teutónico, que vivian en desórdenes vergonzosos; y en varios parages el concurso del pueblo que acudia á venerar las reliquias preciosas que llevaba, le ofrecia la ocasion de dirigirlas discursos piadosos en nombre de su santa madre, para inspirarles el santo temor de Dios.

Luego que llegó á Suecia, donde fué honoríficamente recibida

por el clero, la nobleza y el pueblo, depositó las venerables reliquias en el monasterio de Watzsten, y se encerró allí para servir á Dios por el resto de sus dias, en union de otras religiosas, que tenian en el mismo un convento separado del de los hombres. Estas religiosas, edificadas con la buena fama de sus virtudes, la nombraron desde luego su directora, y Catarina no pudiéndose escusar de tal cargo, lo tomó con empeño y lo desempeñó con exactitud. Para regularizar su vida les dió la regla de San Salvador, que por espacio de veinte y cuatro años habia practicado en Roma, bajo la direccion de su santa madre. De aquel asilo de la virtud no volvió á salir sino para ir á negociar á Roma la canonizacion de Santa Brígida, por encargo del rey de Suecia, de los prelados y de los grandes del reino.

A su vuelta, que fué favorable aun para su convento, por haber traído confirmada la regla de San Salvador, comenzó á sentir indisposicion su salud, y desde entonces hasta el dia de su muerte, que sucedió al siguiente año, no tuvo un momento de sanidad. Su cuerpo se debilitaba de dia en dia; pero en la misma proporcion se aumentaba su paciencia, su fervor y su constancia en la práctica de las virtudes, hasta que al fin fué llamada al eterno descanso el domingo 24 de Marzo de 1381. Dios, que en vida le habia dispensado la gracia de los milagros, se dignó continuarla aun despues de su muerte, para que sirviesen de prueba de su santidad, y por su medio fué glorificado ante los hombres.

La Epistola es de los capítulos X y XI de la segunda de San Pablo á los corintios.

Hermanos: El que se gloria, gloríese en el Señor. Porque no quien se abona á sí mismo es aprobado, sino aquel á quien Dios abona. ¡Pluguiese á Dios que sufriséis un poco mi imprudencia! Mas toleradme ya que soy amante celoso de vosotros, y celoso en nombre de Dios; pues que os he desposado con este único esposo que es Cristo, para presentaros á él como una casta virgen.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo (pág. 371.)

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos &c.

MEDITACION.

Sobre la pereza.

Considera que la pereza es una desganada de la virtud, acompañada de una gran negligencia en instruirse y cumplir sus obligaciones por las dificultades que se hallan, y el poco valor que hay para vencerlas: es un pecado sumamente común, y poco conocido. Quiérense ignorar sus obligaciones, porque no se quieren cumplir: si las conocemos, hallamos mil pretextos de delicadeza, enfermedad, dificultad ó imposibilidad para eximirnos. De esta manera el siervo inútil del Evangelio, tomaba por pretexto de la negligencia que había tenido en hacer valer el talento que se le confió, la mala condición de su dueño. *Yo sé, decía, que eres un hombre áspero, que quieres recoger donde no sembraste.* Si lo creyésemos no tenía culpa; toda recaía en su amo. ¡Cuántos hay que esconden sus talentos aun á ellos mismos, por no tomar el trabajo de hacerlos valer! En fin, el perezoso se ciega á sí propio en las consecuencias de su pereza, recelando no le obligue el conocimiento á despertar del lastimoso letargo en que consiste su reposo; porque como no tiene pasiones violentas y no quiere tomar el trabajo que es necesario algunas veces para cometer pecados mortales, se juzga á sí mismo por muy bueno, porque no es muy malo. La pereza es algunas veces un efecto del temperamento, de un natural detenido, de una debilidad de espíritu, de un ánimo descaecado, y de una timidez natural. Los filósofos juzgaron que la magnanimidad hacía algunas veces perezosos, aunque por un principio muy contrario, por juzgar no había cosas capaces de inquietarles. La soberbia puede tener alguna vez parte en la pereza; no se quieren emprender muchas cosas por el recelo de que no salgan bien, ó de quedar humillados por siniestro suceso. Los perezosos se engañan también muchas veces, teniendo por virtudes los efectos de su pereza; juzgan humildad ó inercencia, el menosprecio que hacen de la grandeza, y de los puestos elevados ó lustrosos, aunque no sea esto sino un puro temor del trabajo que habían de tener, si los tuvieran. Juzgan por templanza, el poco ardor que tienen á diversiones y placeres, aunque en el fondo no sea sino conocer que les había de costar inquietud, y están mas contentos con su indolencia y ociosidad. El perezoso, dice el Espíritu Santo, condena la diligencia con que el

otro mira su hacienda, no por desacimiento, sino por gusto de su reposo. El perezoso, dice el sabio, es una especie de loco que se abandona á la ociosidad, sin querer trabajar por su hacienda, con el pretexto de que se debe preferir una pobreza tranquila, á una abundancia laboriosa.

Considera que los efectos de la pereza, son: lo primero, un temor demasiado de las dificultades que se hallan en la práctica de la virtud; lo segundo, un apartarse de la mayor parte de los medios para nuestra salvacion; porque son penosos: lo tercero, una cobardía y temor presuntuoso que nos impide aumentar los talentos que Dios nos ha dado, recelando no conseguirlos: lo cuarto, una grande facilidad de omitir las obligaciones mas esenciales con el menor pretexto ó dificultad, ó una lastimosa tibieza para cumplirlas: lo quinto, una continua inconstancia en las buenas resoluciones por mudarnos á la mas mínima dificultad; y esta es la razón por la cual dice el Espíritu Santo: *Que el perezoso quiere y no quiere:* lo sexto, una gran desconfianza de sí mismo, que se juzga no pocas veces por humildad; porque se piensa mas en la propia flaqueza que en el poder de Dios, sobre el cual se tiene poca confianza; y en fin, los perezosos llegan algunas veces á desesperar de su salvacion, por mirarla como una cosa imposible; pero no obstante, á todos los que la quieren, se les puede decir, lo que Judas Macabeo decía á sus soldados: "Si hay aquí algun tímido ó cobarde, retírese antes del combate, que no lo hemos menester." Para salvarse, es menester precisamente vencer pasiones violentas, superar grandes dificultades, cumplir obligaciones penosas; y nada de esto puede convenir con la cobardía ó pereza.

PETICION Y PROPOSITOS.

Conozco, Señor, que he estado lastimosamente detenido en el camino de mi aprovechamiento, por la pereza de que me he dejado dominar; y conociendo cuán grande mal es este, os pido me liberais de él, infundiéndome la virtud de vuestro espíritu que me haga empeñoso y activo en el negocio de mi salvacion. ¡Oh Dios mio! todo lo podeis; concededme esta gracia que tanto necesito.

JACULATORIA.

Inclina, Señor, mi corazón á la práctica de la virtud.

LECCION.

El Espíritu Santo habita en los justos, y es la vida de sus almas.

Habiendo manifestado en la leccion de ayer, que el Espíritu Santo es propiamente el primer don de Dios, veremos ahora los fines con que la bondad divina nos concede este don precioso é inestimable, que no solo consiste en la infusion de la gracia, de la caridad y de las demas virtudes y dones, sino en la íntima y personal habitacion de la deidad en los justos, y examinaremos tambien cómo es la vida de las almas, difundiendo la caridad en nuestros corazones, siguiendo siempre como nuestro único norte la divina revelacion consignada en las Escrituras Sagradas.

El Espíritu Santo se nos da para vivificarnos en la vida de la gracia. *La aquí, dice el Señor por Ezequiel, yo haré entrar en vosotros espíritu, y vivireis.* Por lo que los Padres de la Iglesia, y especialmente San Basilio, llaman al Espíritu Santo el *origen de nuestra santificacion*; y otros padres griegos explican, que habiendo criado Dios á Adán, le imprimió la *imagen* de Dios, que consiste en el uso de la razon y en el libre albedrío, y su *semejanza* que consistia en la virtud y santidad, y que esto segundo se le concedió por el Espíritu Santo, para lo que soplo sobre él, é inspiró en su rostro soplo de vida, juzgando que en este soplo se entendió el Espíritu Santo para que obrase en nosotros esa semejanza divina, la que habiéndose extinguido enteramente por la culpa del primer hombre, fué reparada por el segundo Adán, Cristo nuestro Señor, habiéndole sido restituído el mismo Espíritu Santo, para significar lo cual, soplo sobre los Apóstoles con su aliento despues de su resurreccion. "Hechos participantes del Espíritu Santo," dice San Cirilo de Alejandria, "fuimos formados á la imagen del Criador; porque es manifesto que esta *semejanza* con Dios no puede obtenerse sin que cada uno se haga participante del Espíritu Santo; pero segunda vez nuestro Redentor para restaurar en el hombre aquel estado que tenia á su imagen, soplo sobre sus discípulos, diciendo: *Recibid el Espíritu Santo*; y habiendo recibido esta renovacion, debe entenderse que se reparó al estado antiguo que tenia ántes, por lo que la participacion del Espíritu Santo dió al hombre la expresion perfecta de la *imagen* de la sustancia divina." Con razon, pues, se dice que el Espíritu Santo vivifica, y en el símbolo

se le llama Señor y vivificante, fundados sus autores en aquella sentençia de San Pablo á los corintios: *Pad hecho el primer hombre Adán en alma viviente, el postrer Adán en espíritu vivificante. . . . Por lo cual así como tragimos la imagen del terreno, llevamos tambien la imagen del celestial.* Y San Juan dice: *El Espíritu es el que da la vida, la carne nada aprovecha.*

Por el Espíritu Santo renacemos en el bautismo: él es el que dá á las aguas la virtud de santificar, en figura de lo cual nos dice el Génesis, que en el principio del mundo *el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.* "Ni hay que admirarse," dice Tertuliano, "si las aguas comenzaron á animarse: sobrevino el Espíritu de los cielos, y está sobre las aguas santificándolas de sí mismo, y así santificadas conciben la fuerza de santificar." Con esta regeneracion celestial nos hacemos los hombres espirituales por el Espíritu Santo: *Porque lo que es nacido de la carne, es carne; y lo que ha nacido del Espíritu, es Espíritu;* dijo Cristo, segun San Juan. Repara aquella vida espiritual, si alguna vez la perdemos por el pecado, porque no podemos, á la verdad, levantarnos del pecado sin el auxilio de la divinidad. Así es que el Apóstol, censurando algunas clases gravísimas de pecados, agrega: *Ni los afeminados, ni los de pecados nefandos, ni los ladrones, ni los avaros, ni los dados á la embriaguez, ni los maldicientes, ni los robadores poseerán el reino de Dios. Y tales habeis sido algunos: mas habeis sido lavados, mas habeis sido santificados; mas habeis sido justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y por el Espíritu de nuestro Dios.* Nuestra alma vive por la caridad, porque la vida del alma es Dios; pero *Dios es caridad, y el que permanece en caridad, segun San Juan, permanece en Dios, y Dios en él. Y la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones, como dice el Apóstol, por el Espíritu Santo que se nos ha dado.* Este es el que nos hace justos, porque creyendo en Cristo, estamos sellados con el Espíritu Santo y la promesa que es la prenda de nuestra herencia. Por la gracia santificante que nos concede nos hacemos en cierto modo participantes de la naturaleza divina.

El Espíritu Santo no solo santifica á los hombres hechos á la imagen y semejanza de Dios, sino que tambien santificó á los ángeles; no solo á los hombres santos que han vivido despues de la venida de Cristo, sino tambien á aquellos que le fueron agradables ántes de su venida, á aquellos que no estaban bajo la ley sino bajo

la gracia, y que en cierto modo pertenecian al Nuevo Testamento, cumpliendo por la fé la ley de Dios, que obra por el amor con la esperanza de los bienes eternos; creyendo principalmente en la venida del Mesías, de Cristo mediador, por medio del cual no dudaban se les suministraría el Espíritu de la gracia para cumplir exactamente los mandamientos de la ley, y que podrian ser perdonados si incurriesen desgraciadamente en el pecado, como dice San Agustín. Pero lo mas admirable en este punto, y lo que debe ocupar mas nuestra atención es, que el Espíritu Santo nos santifica no solo por la infusión de la gracia, de la caridad y de las demas virtudes y dones, como acabamos de manifestar, sino lo que es incomparablemente mas apreciable, por la íntima y personal habitacion que hace en nosotros de su deidad. De esta habitacion del Espíritu Santo en nosotros, deducen los Santos Padres la divinidad que alguna vez atribuye la Escritura á los hombres. San Cirilo Alejandrino entre otros, dice: "Por esta causa nos llamamos dioses, no solo porque estamos preparados por la gracia para la gloria sobrenatural, sino porque tenemos á Dios que habita en nosotros, segun la expresion del Profeta: *Porque habitaré en ellos mismos, y andaré entre ellos.*"

Que el Espíritu Santo es la vida de las almas, nadie podrá negarlo si reflexiona que la vida inmortal del Espíritu Santo infundida al alma alguna vez, se ha de refundir en el cuerpo para resucitar á la vida gloriosa y eterna, como enseña el Apóstol San Pablo á los romanos: *Y si el Espíritu de aquel que resucitó á Jesus de entre los muertos mora en vosotros, el que resucitó á Jesus de entre los muertos vivificará tambien vuestros cuerpos mortales por su espíritu, que mora en vosotros. . . porque todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios.* El es por quien vive el cristiano, segun aquella valiente expresion del mismo Apóstol á los gálatas: *Y vivo; ya no yo, mas vive Cristo en mí.* No basta tener el bautismo de Cristo, si no se tiene tambien el Espíritu de Cristo, como asegura él mismo á los romanos: *Vosotros no estais en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Mas el que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de él.* Parece que pertenece al cuerpo de Cristo, y que es miembro suyo, segun la forma externa; pero en la realidad es un miembro muerto. Tiene la forma, dice San Agustín; pero no tiene la vida. Si buscas en él el sacramento, lo encuen-

tras; si solicitas el bautismo, lo hallas; si desees el símbolo, lo tienes. Esta es la forma; pero si no estás animado interiormente del divino Espíritu, en vano te glorias de la forma. Por otra parte, el divino Espíritu impele las facultades todas y las habitudes del alma á las obras de vida. Esta es aquella uncion que nos enseña todas las cosas necesarias para la salvacion. El mismo Jesucristo nos dice por San Juan: *El Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho.* Y en otro lugar: *Cuando viniere aquel Espíritu de verdad os enseñará toda la verdad.* No basta la ciencia de la ley que enseña exteriormente, si no concurre el maestro que interiormente instruye, hablando al corazón el Espíritu Santo. El es el que habla por los Santos: *Porque no sois vosotros,* decia el Salvador á los Apóstoles, *los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.* El es el que rechazaba y vencía por San Esteyan á aquellos que no podian resistir á la sabiduría y al Espíritu Santo que hablaba por boca de este protomártir de la Iglesia, segun nos refieren los Hechos de los Apóstoles. Y él es, por último, sin el cual no podemos, como dice San Pablo á los corintios, decir con fruto estas dulces palabras: *Señor Jesus.*

Finalmente, veamos cómo causa esta nueva vida en nuestra alma, y cómo nos vivifica maravillosamente difundiendo la caridad en nuestros corazones, y subsistiendo en nosotros el mismo que es la caridad infable. "Abrazar el amor á Dios," dice San Agustín, "y abrazar á Dios con el amor, es aquel amor con que todos los buenos ángeles y todos los siervos de Dios nos hacemos compañeros con el vínculo de la santidad, y él nos une unos á otros y consigo mismo. Porque solo con Dios podemos amar á Dios, y Dios es á quien amamos; Dios mismo se infunde á nosotros, y se nos dá á sí mismo, para que con él le amemos, y se ha dado á sí mismo para que podamos amarle; lo que manifiesta claramente el Apóstol San Pablo, cuando dice: *Porque la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones.* Pero ha podido acaso difundirse por nosotros?" El Apóstol continúa: *Por el Espíritu Santo que se nos ha dado.* De donde se deduce claramente que no pudiendo amar á Dios sino por Dios, el Espíritu Santo es el medio con el que podemos elevarnos al amor divino, y que por él vivimos espiritual-

habían de hacer por morir; y cuando llegó el caso de que el cielo exigiera de ellos aquella terrible prueba, pidieron á sus verdugos que les concedieran esta gracia. Los colgaron con unas gruesas piedras á los pies, y pasado un poco de tiempo, uno de ellos, urgido por la vehemencia del dolor, pidió que lo desatasen y le diesen algunas treugas. Mas habiéndolo oído su hermano, temeroso de que renunciase la fe, le dijo con voz muy animada: "No, hermano mio, no emprendas tal cosa, pues no es esto lo que hemos prometido á Jesucristo; y yo te acusaría cuando hubiésemos de comparecer ante su trono formidable, porque hemos jurado sobre su cuerpo y sangre sufrir juntos la muerte por la confesion de su nombre." Estas palabras reanimaron la constancia del hermano, y exclamó en tono fervoroso: "Añadid tormentos á tormentos; descargad sobre mí todos los males que la crueldad pueda inspiraros, que sufriré gustoso todos los suplicios que hagais sufrir á mi hermano."

Les aplicaron en seguida planchas de metal ardiendo; los desgarraron con ganchos y uñas de hierro, y los atormentaron tanto y de tan diferentes maneras, que cansados los verdugos y observando que todos admiraban su constancia y el gusto con que padecian, los dejaron, exclamando: "Parecen insensibles! El pueblo léjos de intimidarse desea imitarlos, y muchos abrazan nuestra religion." Lo que obligó principalmente á los ministros á hablar de esta suerte fué, el que no aparecia en los mártires ninguna herida, ni otra señal de los varios tormentos que les habian aplicado.

Los otros dos mártires, que son igualmente el objeto de nuestros cultos, eran comerciantes, y ambos tenian el mismo nombre de Prumencio. Padecieron tambien en esta persecucion, segun todas las apariencias, en la ciudad de Cartago, y San Victor, obispo de Vava, en la provincia de Bizacena, que escribió la historia de esta horrible tormenta que sufrió la Iglesia de Africa en tiempo de los vándalos; y aunque hace mencion de ellos, no da ningun pormenor de su glorioso combate.

Con respecto á San Victoriano, se dice que sus reliquias, ó á lo ménos parte de ellas, fueron despues trasportadas á Europa; y segun el autor del martirologio francés, se conservan en Lieja.

La Epistola ex del capítulo X de la del Apóstol S. Pablo á los hebreos.

Hermanos: Traed á la memoria aquellos primeros dias, cuando despues de haber sido iluminados, sufristeis un gran combate de

persecuciones: por un lado habiendo servido de espectáculo al mundo, y por otro tomando parte en las penas de los que sufrían semejantes indignidades. Porque os compadecisteis de los que estaban entre cadenas, y llevásteis con alegría la rapina de vuestros bienes, considerando que teniais un patrimonio más excelente y duradero. No queráis, pues, malograr vuestra confianza, la cual recibirá un gran galardón: porque es necesaria la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios, obtengais lo que os está prometido. Pues dentro de un brevísimo tiempo vendrá aquel que ha de venir, y no tardará. Entretanto, el justo mio vivirá por la fe.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo (pág. 505).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No teneis que pensar que yo haya venido &c.

MEDITACION.

Sobre el recogimiento interior del espíritu.

Considera que nada hay tan necesario como el recogimiento, para los que quieren adelantarse en la virtud. El mismo embarazo de negocios que se suele alegar por disculpa de no tenerle, es la mayor razon para demostrar su necesidad. Cuanto más nos entregamos á las cosas exteriores, más necesidad tenemos de entrar en nosotros mismos de tiempo en tiempo; porque sin esto las ocupaciones, aun las mejores, disipan mucho. Los negocios, por justos que sean, ocupan el espíritu, y repartiendo su atencion le distraen y disipan. Los objetos ya enfadados ó ya agradables que se presentan en el gobierno de las dependencias, excitan pasiones, y son ocasion vehemente de disipacion al que no procura entrar en sí mismo; y en fin, la multitud de intenciones imperfectas que se mezclan en nuestras acciones cuando no velamos sobre nosotros, repartiendo al corazón, nos disipan el espíritu. Los mayores santos lloraron por la disipacion que reconocieron en sí mismos. San Bernardo, que habia reprobado este defecto á un gran papa, llora la desgracia que tuvo de incurrir en él; y nosotros no lloramos, porque nuestra misma disipacion nos impide conocer sus efectos, y temer sus consecuencias. No solamente nos disipamos en las ocupaciones más santas, que nos ponen en comercio con las criaturas, sino que ordinariamente las tomamos asimiento. El corazón del hombre no pue-

de vivir sin este, porque su vida es amar, y amar es tener asimiento: con que es menester que le tenga ó á la criatura ó á Dios. Si no tiene el espíritu de recogimiento, que consiste principalmente en la atención á Dios, no se acostumbrará á mirar á su divina Magestad en las criaturas, ni podrá elevarse desde la criatura á Dios, ni buscarle, ni entregarse únicamente á él. Si no se dá únicamente á Dios, tomará asimiento á las criaturas, en quienes hallará con quien contentar sus inclinaciones naturales; si son fútiles, se asirá por interés; si agradables, por sensualidad, y si ostentosas, por soberbia. De este modo un hombre que parecia tener zelo y amor á la virtud en medio de ocupaciones, aun las más santas, procurando desasir á otros del mundo, se hallará el mismo encadenado en él insensiblemente, por falta de recogimiento y vigilancia.

Considera que no solamente nos disipamos aun en las mayores ocupaciones y tomamos afición á las criaturas por falta de recogimiento y vigilancia; sino que por consecuencia precisa llegamos á delinquir. Basta decir que se tomó asimiento á las criaturas para que se entienda pervertido el corazón. La depravacion procede de la impureza, y la impureza de la mezcla de cosa extraña. Todo lo que no es Dios ó que no tiene relacion con Dios, debe mirarse como cosa extraña á nuestro corazón, que solo fué hecho para Dios, y esta mezcla se hace con el apego que se toma á las criaturas; empieza á pervertirse el espíritu y luego inmediatamente el corazón; porque cómo puede un espíritu enteramente disipado, y que no atiende á Dios, ni á sí, librarse de las falsas luces de la razon humana, de los engaños y discursos de todos aquellos con quienes trata, que solo estiman los honras del mundo, efímeros y perecederos? Solo la atención á Dios y la memoria de las máximas del Evangelio nos pueden defender contra este torrente; pero cómo se podrá lograr sin el retiro ó recogimiento? Si el espíritu se pervierte, el corazón la seguirá bien presto; porque cuando se estiman los bienes, los placeres, las honras del mundo, se está muy cerca de amarlos, y cuando se aman, se les cobra afición, y á esta acompaña la depravacion.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Dios, que en la Encarnacion de tu Hijo divino pones á nuestra consideracion un misterio de recogimiento! haz que lo amemos y lo solicitemos como un medio indispensable para llegarnos á tí en el secreto sagrado de tu audiencia benignísima. Tú no estas en

la conmocion de las pasiones, ni en el torbellino del mundo; sino en la aura suave de la soledad interior. En esta quiero estar y habitar siempre, para que siempre perciba mi alma las palabras de vida con que reanimas y alimentas el hombre interior.

FACULTATORIA.

Llebadme, Señor, á la soledad, y hablád á mi corazón.

LECCION.

Sobre los dones del Espíritu Santo.—DEL TEMOR DE DIOS.

Habiendo demostrado ya que aunque todas las obras de la Trinidad angusta que se hacen extrinsecamente son comunes á todas las divinas personas, y que por lo mismo, aun cuando se diga que el Padre Eterno es criador del cielo y de la tierra, tambien lo es el Hijo, é igualmente el Espíritu divino; así cuando llamamos dones del Espíritu Santo á las gracias especiales ó á la facilidad que Dios nos concede para hacer algunas obras buenas obediendo las inspiraciones divinas, debemos entender que semejantes dádivas las recibimos de las tres personas de la Santísima Trinidad; sin embargo, se atribuyen é apropian á la tercera, porque siendo ésta, como tambien hemos manifestado ya, el amor de Dios, se llaman con toda propiedad del Espíritu Santo todas las cosas que emanan para nosotros de la caridad suprema de Dios. Todos los bienes naturales y sobrenaturales que hay y puede haber en el hombre, son otros tantos dones de Dios que nos concede su bondad y misericordia infinita. ¿Qué tienes tú, decía San Pablo á los corintios, que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorias como si no lo hubieras recibido? Con todo, hay algunos de estos bienes que se dicen dones por excelencia del Espíritu Santo; porque por especial misericordia el mismo divino Espíritu obra en nosotros alguna vez ciertos efectos señalados de las virtudes, que son los siete siguientes: don de sabiduría, de entendimiento, de consejo, de ciencia, de fortaleza, de piedad y de temor de Dios. El profeta Isaías nos dice, despues de haber anunciado la venida del Mesías: Y reposará sobre el Espíritu del Señor: Espíritu de sabiduría y de entendimiento, Espíritu de consejo y de fortaleza; Espíritu de ciencia y de piedad. Y le llenará el Espíritu del temor del Señor.

Aunque el orden en que están colocados estos dones es el más

regular y comunmente usado, sin embargo, para que por medio de ellos podamos obrar mas facilmente y con mayor gusto, y subamos como por escalones a la perfeccion cristiana, comenzaremos por el temor de Dios. El es un don del Espíritu Santo, con el cual se mueve el pecador a conversion con estas ó semejantes reflexiones: "Dios, que como padre siempre es bueno é indulgente por su piedad, es tambien como Juez muy temible por su magestad," dice S. Cipriano; pero, es necesario distinguir el temor filial del servil: el servil es con el que se teme el fuego del infierno que atemoriza al pecador; mas el filial le hace desistir del pecado por no perder la gracia y los bienes de Dios. De este temor dice el Salmista: "Principio de la sabiduría es el temor de Dios. Todos los que se ejercitan en él tienen buen entendimiento: su alabanza permanece por siglo de siglo." Y en otro lugar: "Santo es el temor del Señor, permanente por todos los siglos;" sin embargo, el temor servil es bueno y útil, y algunas veces dispone y prepara para el filial. El sagrado concilio de Trento lo numera entre los primeros motivos que disponen al pecador para la justificación.

Siendo, pues, el temor servil el camino para el filial y el principio de la justificación, veamos los medios con que se puede llegar mas facilmente á conseguir este primer don del Espíritu Santo, el temor santo de Dios. El primer medio es procurar conocerse á sí mismo. Quiero que el alma, dice San Bernardo, primero se conozca á sí misma, como lo exige la utilidad y el orden; este, porque lo que somos debe ser lo primero para nosotros; y aquella, porque semejante conocimiento lejos de ensoberbecernos, nos humilla. Ni cómo podría dejar de humillarse con el conocimiento de sí propio, observándose el hombre cargado de pecados, agravado con el peso de este cuerpo mortal, atraído por la vista de las deseos carnales, ciego é inclinado por multitud de errores y preocupaciones, y expuesto, finalmente, á mil peligros. Saludablemente, pues, se dirige á Dios de esta manera el pecador, cuando conociéndose á sí mismo, advierte la necesidad en que se encuentra, y clamando al Señor, es escuchado por su bondadosa piedad. Mas es necesario advertir que si es indispensable para la salud el conocimiento de sí mismo, no lo es ménos el de Dios; porque si no te conoces, no tendrás temor de Dios, ni se encontrará en tí la humildad; pero si no conoces á Dios, si no le temes y te humillas en su presencia, en vano presumes de tu salvacion."

El segundo medio de adquirir el santo temor de Dios es la meditación frecuente de los novísimos ó postrimerias del hombre, especialmente del juicio y del infierno. El tercero es tener siempre á Dios ante los ojos. El Apóstol San Pablo dice á los filipenses: *Puesto que fuisteis obedientes, obrad vuestra salud con temor y con temblor; porque Dios es el que obra en vosotros, así el querer como el ejecutar, según su buena voluntad.* Cuyas palabras, exponiendo San Juan Crisóstomo, así se expresa: "Este temor sin duda era el que tenía el mismo San Pablo cuando decía: Temo no me suceda que cuando haya predicado á otros, yo mismo me haga réprobo. Porque si las cosas temporales no pueden compararse y disponerse sin el temor, cuánto ménos las espirituales. Pensemos que Dios está presente en todas partes, que oye y vé todas las cosas, no solo las obras y palabras, sino lo mas oculto del corazón y los pensamientos mas profundos del alma; pues que es el juez de los pensamientos y consejos del corazón; y así cuando la ira te arrebate, cuando te exciten las pasiones, cuando fueres á dormir; en una palabra, cuando comenzares cualquiera accion, piensa que te vé Dios. Servid á Dios con temor, y alabado con temblor." Para permanecer en el temor de Dios, por último, basta considerar atentamente la inestabilidad humana, recordar que aun los ángeles no dejaron de caer del elevado estado en que se hallaban. Los mismos que te sirven, decía Job, no son estables, y en sus ángeles halló Dios tormento. ¿Cuánto mas aquellos que moran en casas de barro, que tienen un cimiento de tierra, serán consumidos como de la polla...? ¿Qué cosa es el hombre para que sea sin mancha, y para que aparezca justo el nacido de muger? Mira como entre sus mismos santos ninguno hay inmutable; y ni los cielos son limpios en su presencia. ¿Cuánto mas el hombre abominable é inútil que bobo como agrua la maldad? No olvidemos jamas los ejemplos terribles de los que cayeron por demasiada confianza y seguridad, y aun por cierta oculta soberbia que los hizo fiar demasiado en su virtud y santidad.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE BIBLIOTECAS

DÍA VEINTE Y CUATRO.

San Epigenio, presbítero y mártir.

San Epigenio, ó Epigenio, existió á mediados del siglo IV: ignoránzase sus padres y el lugar de su nacimiento, siendo creible fuese romano, pues en Roma vivía y adquirió la fama que lo distinguió por un varón lleno de virtudes y de sabiduría. Su mucho mérito sobre la divina vocación le dió entrada en el clero, y ascendió hasta el sagrado orden de presbítero de la Iglesia romana. Su piedad y su ciencia le atrajeron la estimación y amor del pueblo en tanto grado, que acudía en bandadas á oír sus instrucciones, convirtiéndose muchos de los idolatras á la fé de Jesucristo, y recibiendo de su mano el bautismo. Creese que hizo un viaje á Antioquia, y que visitó otros puntos para trabajar en la conversión de las almas. Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que estaba en Roma cuando el apóstata Juliano renovó la persecucion contra la Iglesia. Alzado el pueblo gentil que aun habia en Roma, y no pudiendo sufrir el valor y constancia con que el Santo presbítero Epigenio sostenia la fé de Jesucristo y predicaba su religion, se apoderó tumultariamente de su persona, y conduciéndolo al Tiber, le precipitó por el puente en sus caudalosas aguas. Su santo cuerpo fué hallado á distancia, y una piadosa matrona, llamada Cándida, le dió sepultura en el cementerio de Ponciano, frente al palacio.

La Epistola es del capítulo II y III de la segunda del Apóstol San Pablo á Timoteo. (pág. 508).

Carísimo: Acuérdate que nuestro Señor Jesucristo &c.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo. (pág. 568).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido que no venga &c.

MEDITACION.

Sobre el fervor del espíritu.

Considera que no basta amar y servir á Dios; es menester amarle y servirle con fervor. A esto nos obligan la correspondencia y nuestro interes. La correspondencia: Jesucristo nos amó, obró por nosotros con fervor, sin perdonar ni omitir nada de cuanto podia



San Epigenio Presbítero



La Asuncion de la Virgen



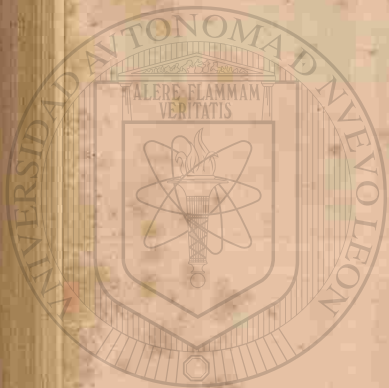
La Pasion



La Sagrada Familia

conducir á mostrarnos lo fervoroso de su amor; pues desde el primero hasta el último momento de su vida se aplicó á mostrarle, pensando, obrando, hablando, orando y trabajando solo por nosotros. ¡Qué no padeció para que conociésemos lo ardiente de su amor! Sacrificó á nuestra salvación bienes, reposo, placer, gloria y vida; podía hacernos este bien á menos costa; una gota de sangre, una sola lágrima era mas que suficiente; pero el exceso de su amor no se hubiera conocido. Este mismo amor lo hizo desear con tanto ardor el día de su pasión, prevenir sus crueldades con el dolor interior á que se abandonó, haciéndole, en fin, hallar gusto en los mayores tormentos; porque preveía nos habian de ser útiles, y que manifestándonos su amor, podria mejor merecer el nuestro. Nada pareció difícil á Jesucristo, cuando se ofreció mostrar lo que nos amaba. Mas á nosotros todo nos parece arduo, cuando es menester hacer ó padecer algo por Jesucristo. ¡Qué ingratitud! Nuestra propia conveniencia nos obliga á tener fervor. Primeramente, cualquiera que le tiene hace todas las cosas con mayor facilidad; cuando se ama á Dios fervorosamente, nada parece difícil. ¿Se ofrece algo penoso? ¿Repugnan algo los sentidos? No importa; cuando se espera agradar á Dios, y se le ama de veras, se ejecuta todo con facilidad. Cualquiera que ama, dice San Agustín, no siente el trabajo aunque trabaje. Una alma fervorosa *corre* en el camino de la salvación. En segundo lugar, el fervor no solo dá facilidad para hacer las cosas, sino que tambien dá gusto. La unción que Dios espere con su gracia en un corazón, le hace abrazar el yugo del Señor no solo como ligero, sino como agradable, hallando las mayores y mas verdaderas delicias en las mismas adversidades. En tercer lugar, cuando se tiene fervor se gana mucho tiempo. Los obreros del Evangelio que vinieron los últimos, tuvieron el mismo premio que los primeros; su fervor suplió á lo breve del trabajo; y en fin, cuando se tiene fervor, se merece, y se aprovecha mucho con poco, si se puede llamar poco las obras que hace el fervor.

Considera que el premio que debemos esperar en el cielo debe animar nuestro fervor. *Una breve y ligera tribulación*, dice San Pablo, *nos asegura una bienaventuranca inmensa y eterna.* ¿Pues cómo podemos ser tímidos? ¿Cómo podemos no ser fervorosos si pensamos que no hay momento en que no podemos ganar una eternidad, ni una acción buena, que no se haya de premiar con un grado particular de gloria? ¡Cuánto debe animarnos á ejecutar ó las



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y MUSEOS

buenas obras, ó los ejercicios de piedad fervorosamente, saber que la bienaventuranza del cielo se proporcionará con el fervor que hubiéremos tenido en esta vida mortal! Verdaderamente si pensáramos que la grandeza de nuestra gloria en el cielo, y de nuestro amor beatífico durante la eternidad, se proporcionará con el grado de amor de Dios en que nos encontrare la muerte, nos animaríamos con fervor admirable, deseados crecer cada instante en el amor de Dios, con el continuo ejercicio de los actos que le pueden aumentar en nosotros.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Nada hay que se crea mas fácil que el fervor del espíritu; muchas almas se alucinan creyendo que con solo querer tenerlo ya le tienen, porque se esfuerzan algunas veces á hacer algunas obras de virtud, ó porque se dan con alguna actividad á prácticas de devoción y de piedad. Se engañan ciertamente; pues el fervor del espíritu no es una cosa hecha á mano, ni un puro esfuerzo de la naturaleza ó fuerzas físicas: es el fervor de la caridad, es la actividad de un amor verdadero que se dá en una alma que no comete pecados mortales, ni veniales, que no sean de miseria ó flaqueza, que domina sus pasiones, que modera sus apetitos, que vence su genio, que huye del mundo y de las ocasiones, en una palabra, que ama á Dios de veras y le sirve con el arreglo de su vida y la práctica de la virtud. Todo esto supone el verdadero y legítimo fervor. ¿Como, pues, podrá darse en una persona que sea el juguete de sus pasiones, que esté llena de mundo, que viva disipada, que no guarde sus sentidos, que no arregle su conducta, en fin, que no tenga las disposiciones con que obra la caridad para el aprovechamiento? Mientras no las tengamos, en vano nos persuadimos que hay en nosotros fervor; pero si las tenemos, él existirá de hecho y no podremos menos de conocerlo en sus afectos.

JACULATORIA.

Dadme, Señor, aquel amor que no escusa sacrificios, ni mira con desidia lo que es de vuestro servicio.

LECCION.

Sobre los dones del Espíritu Santo.

Después del santo temor de Dios, de que hemos hablado ayer, sigue el don de piedad, por el cual se infunde en nuestra alma aque-

lla virtud que nuevo é incita á reverenciar, acatar, servir y honrar á Dios nuestro Señor. Este es aquel don del Espíritu divino, con el que el hombre corregido ya por el temor de Dios y horrorizado del infierno y de las penas con que amenaza á los pecadores, se determina á cumplir la voluntad y los preceptos divinos. Por el temor, huye el hombre del imperio del demonio, y por el don de piedad se acerca al reino de Dios: aquel rompe el yugo del infierno, ésta lo sujeta al suave yugo de la Divinidad. El Apóstol San Pablo exhorta á su discípulo Timoteo: Desecha, le dice, las fábulas impertinentes, y ejercítate en piedad; porque el ejercicio corporal para poco es provechoso; mas la piedad vale para todo, porque tiene promesa de la vida que ahora es, y de la que ha de ser.... Si alguno enseña de otra manera, y no abraza las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y aquella doctrina que es conforme á piedad, soberbio es, nada sabe; mas antes flaguean sobre cuestiones.... de donde se originan envidias, rencillas.... alteraciones de hombres perversos de entendimiento y que están privados de la verdad, creyendo que la piedad es una grangería. Mas tú, hombre de Dios,.... sigue la justicia, la piedad y la fe? Y para distinguir la verdadera de la falsa piedad, anuncia en otra parte, que en los últimos dias vendrán tiempos peligrosos; porque habrá hombres amadores de sí mismos, codiciosos,.... amadores de placeres, mas que de Dios, teniendo apariencia de piedad, pero negando la virtud de ella. Que la piedad es un don divino, se manifiesta por el Apóstol San Pedro, cuando se dice: Todas las cosas que miran á la vida y á la piedad nos han sido dadas de la Divina Potencia por el conocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y virtud. Finalmente, el mismo Apóstol San Pedro nos aconseja, que aplicando todo cuidado, juntos á la paciencia la piedad, y á la piedad el amor de nuestros hermanos.

La ciencia es el don del Espíritu Santo, por medio del cual consigue el hombre el conocimiento de las cosas divinas y humanas para usar bien de ellas en orden á la salud del alma. A esta virtud pertenece el conocimiento de los sacramentos, de las Escrituras, y de todo lo que pertenece á la fe y á la confirmación de nuestra creencia; y aunque el conocimiento especulativo de las ciencias de las cosas divinas se puede adquirir por el estudio de la Escritura Santa, de los Padres de la Iglesia y de los teólogos, la ciencia práctica de la Divinidad, unida con el culto de su Magestad, con el te-

mor, la obediencia y el amor á Dios, es preciso que nos vengan de lo alto; pues como dice el Salmista Rey: el Señor que enseña al hombre ciencia, que conoce los pensamientos de los hombres.... Bienaventurado el hombre á quien tú instruyes, Señor, y te enseñaras tu ley para que le suavicés en los días malos, entre tanto que se cava el hoyo para el pecador. En efecto, ¿qué aprovechan al hombre mas instruido los sublimes conocimientos de la teología, si ignora lo necesario para vivir bien y piadosamente? Porque, como se lee en el libro de la Sabiduría: "Son vanos todos los hombres en quienes no existe la ciencia de Dios." y San Pablo dice á los corintios: "Yo no he creído saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y éste crucificado." Las ventajas de este don del Espíritu Santo, se manifiestan en los Proverbios por estas palabras: Si la ciencia agrada á tu alma, el consejo te guardará, y la prudencia te conservará.... El fingidor con la boca engaña á su amigo; mas los justos se librarán por su saber. El modo de conseguir la ciencia se explica mas adelante, cuando dice: El que ama la corrección, ama la ciencia; mas el que aborrece las reprensiones es necio.... El hombre cuanto encubre el saber, y el corazón de los necios saca afuera su necesidad.... El corazón prudente poseerá ciencia, y la oreja de los sabios busca doctrina.... El justo conoce la causa de los pobres; el impío ignora la ciencia. Por eso el escalon para subir á la ciencia es la piedad.

Que el don de ciencia nos proporcione el conocimiento de las Escrituras Santas, lo declaró el Angel á Daniel cuando le dijo: "Ten selladas estas palabras, y sellas el libro hasta el tiempo determinado; muchos lo repasarán y se multiplicará la ciencia." Este admirable don nos hace gratos al Señor, pues que él mismo aseguró al profeta Oseas: "Misericordia quiero, y no sacrificios, y conocimiento de Dios mas que holocaustos." Cual sea el fin de esta virtud, cómo debemos usar de ella rectamente, y los límites que debemos poner al deseo immoderado de saber, nos lo explica admirablemente San Bernardo, exponiendo las siguientes palabras del Apóstol á los corintios: "La ciencia hincha, mas la caridad edifica; y si alguno cree saber algo, aun no ha conocido de qué manera le convenga saber." Se ve aquí que el Apóstol no aprueba el saber mucho si se ignora el modo de saber, el cual depende del orden, del empeño y del fin con que adquirimos los conocimientos. Del orden, sabiendo primero lo que mas nos importa para la salvación

del empeño, procurando aumentar nuestros conocimientos con tanta mayor vehemencia, cuanto mayor es la importancia de adquirirlos; y del fin, no dirigiendo nuestro saber por vanagloria, por curiosidad ó orgullo, sino solo por nuestra edificación ó la del próximo. Porque hay algunos que quieren saber, tan solo con el objeto de aumentar sus conocimientos; y por una torpe curiosidad: hay otros que buscan la ciencia para ostentarse sabios, y por un torpe orgullo, de quienes hablando Juvenal, dice: "De nada les sirve su saber, si no saben que otro conoce su ciencia;" y hay otros, por último, que quieren saber para edificar, y su ciencia se halla unida á la caridad, ó para edificarse á sí mismos, y su ciencia se ve rennida á la prudencia." El Apóstol advierte á los romanos: "Que no sepan mas de lo que conviene saber, sino que sepan con templanza, y cada uno como Dios le repartió la medida de la fé. ¡Cuánto daño se han causado á sí mismos y á sus próximos esos pretendidos sabios, esos espíritus fuertes y esos falsos filósofos que queriendo fundar su ciencia en otros cimientos que los de la piedad, y avanzar mas allá de lo que permite el débil entendimiento humano, pasando de la física, de la literatura y de otros conocimientos humanos en que acaso han sido la admiración de su siglo, á los conocimientos sublimes de la religion, han desbarrado notablemente y serán la execración de la posteridad! Pidamos, pues, al Espíritu Santo el don de la verdadera ciencia, que no es otra que la ciencia de Dios y de sus sagrados testimonios, clamando humildemente como el Profeta: Enseñame bondad y doctrina, y ciencia, porque he creído tus mandamientos.

Esto conocimiento de Dios, de su divina ley, sus dogmas y sus preceptos, nos conduce inmediatamente al don de la fortaleza, que es aquella virtud por la qual se resuelve el hombre decididamente á servir á Dios, á cumplir su divina voluntad, y confortado con él, vence todas las dificultades, y supera los inconvenientes todos que se oponen á su marcha, y que intentan desviarle del camino de la piedad y de la perfección. Para conseguir este apreciable auxilio, el mejor y casi el único medio, es pedirlo por una frecuente y fervorosa oracion. Mientras Moises elevaba las manos hácia el cielo, los hijos de Israel vencían á los amalecitas; mas cuando aquel caudillo las bajaba, al momento eran vencidos. Pero la oracion de nuestra alma debe ir acompañada de la continencia de nuestro cuerpo. Porque cuando estoy enfermo, decía el Apóstol á los corintios,

entonces soy fuerte, entonces me hago más valeroso con las fuerzas de la gracia, de la magnanimidad, de la humildad y de la esperanza cuando con la paciencia domo la insolencia de la carne. Por otra parte, el que se ejercita incesantemente en la práctica de las virtudes, adquiere en cierto modo el hábito de la fortaleza. La lectura, pues, de esta obra en que diariamente observamos ya el valor de los mártires, ya la constancia de los confesores, ya la pureza de las vírgenes, ya el celo de los apóstoles, ya la doctrina de los doctores, y ya el estímulo todo de las virtudes públicas y privadas que adornan la Iglesia de Dios y brillan más especialmente en algunos de sus santos, es uno de los medios que deben aumentar nuestra fortaleza, y habilitarnos á sostener con energía nuestros buenos propósitos, á pesar de las contradicciones que nos oponen el espíritu del mundo y los estímulos de la carne. Pero el don de fortaleza debe también estar unido con la más sincera humildad, si reflexionamos que la fortaleza de Sansón y de David se rindió á las débiles armas de la hermosura, y los vencedores de multitud de enemigos, de los leones y de las bestias más feroces, no pudieron vencerse á sí mismos, que es en lo que consistió la virtud de la fortaleza. Mejor es el sufrido, dicen los Proverbios, que el hombre fuerte; y el que domina su corazón, que el explorador de ciudades. Por eso San Gregorio dice: "La fortaleza de los justos es vencer la carne, contrariar los propios deseos, extinguir el demasiado aprecio de la vida presente, amar las contradicciones de este mundo por los bienes eternos y los premios celestiales, despreciar los alagos de la prosperidad, y superar en el corazón el miedo y el temor de las adversidades. Esdras nos dice: que el gozo del Señor es nuestra fortaleza. Para manifestar el Santo Job, aquel modelo de fortaleza, que el hombre por sí solo no es capaz de un esfuerzo tan constante de paciencia, pregunta: ¿Cuál es mi fortaleza para sufrir yo? ¿Cuál mi fin para portarme con paciencia? Ni fortaleza de piedras es mi fortaleza, ni mi carne es de bronce. El profeta Daniel manifiesta ser un don de Dios, cuando dice: A ti, ó Dios de nuestros padres, te doy las gracias y te alabo, porque me has dado sabiduría y fortaleza. Mas expresamente se manifiesta en este punto el profeta Miqueas, diciendo: Lleno estoy de fortaleza del Espíritu del Señor, de juicio y de virtud para anunciar á Jacob su maldad, y á Israel su pecado. En los Hechos de los Apóstoles se dice, hablando del primer mártir del cristianismo: Mas Estevan, lleno de gracia y de

fortaleza hacia grandes prodigios y milagros en el pueblo. Siendo, pues, el primero de los medios para alcanzar este precioso don, el de pedirlo, clamemos por su consecución, diciendo con David, cuando nos viéremos atacados del desaliento y de la pusilanimitad: Inclina tu oído á mí, aprestarás á librarme, sé para mí un Dios protector y una casa de refugio, para que me hagas salvo. Porque tú eres mi fortaleza y mi refugio, y por causa de tu nombre me guiarás y me sustentarás. Me sacarás de este lazo que han escudado para mí, porque tú eres mi protector.... Tengo de amarte, Señor, fortaleza mía. El Señor es mi firmeza, y mi refugio y mi libertador.... Porque tú eres, Dios, mi fortaleza, ¿por qué me has desechado? ¿Y por qué ando triste mientras me aflige el enemigo?... Guardaré para tí mi fortaleza, porque tú eres Dios amparador mio.... Porque has sido mi esperanza, torre de fortaleza contra el enemigo.... Maravilloso es Dios en sus santos, el Dios de Israel; él dará virtud y fortaleza á su pueblo: Bendito sea Dios.... Empujándose me desquiciaron para que cayera; mas el Señor me amparó. "El Señor es mi fortaleza y mi alabanza, y fué salud para mí."

Hemos visto ya como el temor de Dios nos conduce á la piedad; ésta al conocimiento divino, y la ciencia de Dios fortalece nuestra alma: veremos en la lección siguiente cómo estos dones nos guían á la consecución de los restantes.

DIA VEINTE Y CINCO.

La Encarnacion del Divino Verbo.

Habiendo llegado el dichoso momento destinado desde la eternidad para hacer la reconciliacion de los hombres con Dios, aquel mismo arcángel Gabriel que cuatrocientos años antes habia declarado al profeta Daniel el nacimiento y la muerte del Mesías, y aquel mismo tambien que seis meses antes habia anunciado á Zacarías el nacimiento del que habia de ser su Precursor, fué enviado á una tierra doncella llamada Maria, de la tribu de Judá y de sangre real, porque era descendiente de la casa de David. Aquel Señor que la habia escogido para madre del Mesías, la habia prevenido en el primer instante de su concepcion, de todos los dones celest a-

les y de una plenitud de gracia tan asombrosa, que era el pismo del cielo, y como dicen los santos Padres, excedía en mérito y en santidad á las mas perfectas criaturas.

Aunque por una rara virtud, hasta entonces sin ejemplo, habia consagrado á Dios con voto su virginidad; con todo eso quiso la Divina sabiduría, se desposase con un varon justo, llamado José, de la misma casa de David, para que fuese guarda de su honor, testigo y protector de su pureza, tutor y padre putativo del Hijo que habia de nacer de sola ella. Vivía esta doncella en Nazaret, pequeña ciudad de Galilea. Aquí fué donde el Arcángel se le apareció á tiempo, dice San Bernardo, que retirada de la vista y comercio de las criaturas, se dedicaba enteramente á su Dios, en contemplacion muy elevada. Lleno de respeto y veneracion el celestial Parainfo, á vista de la que consideraba ya como Reina y soberana suya, la saludó de esta manera: *Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mugeros.* Salutacion que comprendia el mas pomposo y magnífico elogio que podia darse á una pura criatura; porqué la aseguraba que estaba llena de todos los dones del Espíritu Santo; que poseia todas las virtudes en supremo grado; que estaba colmada de bendiciones; y que era ella la criatura mas agradable á los ojos de Dios, que habia en el cielo y en la tierra. La repentina vista de un ángel en figura de hombre, causó al principio alguna turbacion á la purísima doncella. Llenóse su virginal rostro de un vergonzoso rubor, y su corazon de sobresalto; lo que advertido por el ángel, la aseguró, diciéndola: *No temas, Marta; porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Este Señor quiere que seas Madre de un Hijo; pero sin detrimento de tu virginidad, pureza. Concébirásle en tus entrañas, darásle á luz, y le llamarás por su nombre Jesus. Será á todas luces grande; y las maravillas que obrará, le harán reconocer por Hijo del Altísimo, y por Hijo tuyo, por descendiente de David, puesto que tú eres de su sangre real. Pero no ascenderá al trono por el derecho de la sucesion; porque su soberanía se le deberá por otros títulos muy diferentes. Como Hijo de David dominará sobre los pueblos de todo el universo; aunque su corona no será como la de los reyes de la tierra. Fundará una nueva monarquía. En la Iglesia de Dios vivo, en esta misteriosa casa de Jacob reinará sin cesar; puesto que el imperio de este gran monarca no reconocerá mas límites en su estension que los de to-*

do el universo, ni mas término en su duracion que los de la eternidad misma.

Fáciles son de concebir los primeros movimientos de aquel corazon humildísimo, de aquella Virgen, la mas humilde de todas las criaturas. No podia comprender que Dios hubiese puesto los ojos en ella, para cumplimiento de tan alto y tan asombroso misterio. Por otra parte, la asustaba mucho el título de Madre, apreciando tanto el puro estado de Virgen. Esto la obligó á preguntar cómo podria ser lo que el ángel la decia, no habiendo conocido hasta entonces hombre alguno, y estando resuelta á no conocerlo jamas? Pregunta, dice San Agustin, qué no haria la purísima doncella si no hubiera hecho voto de perpetua castidad? Mas para sosegarla y satisfacerla, el ángel la declaró que solo Dios seria Padre del Hijo, de quien ella habia de ser Madre; que concebiria por obra del Espíritu Santo, el cual siendo la virtud del Altísimo, formaria milagrosamente el fruto que habia de nacer de sus entrañas, haciendo mas pura su virginidad; y en fin, que el Hijo que habia de dar á luz se llamaria y seria verdaderamente Hijo de Dios, en quien residiria corporalmente toda la plenitud de la divinidad, todos los tesoros de la santidad y de la sabiduria divina. Y en testimonio de esta verdad, añadió el ángel: pongo en tu noticia la maravilla que Dios acaba de obrar en favor de tu prima Isabel, la cual en su avanzadísima edad no podia ya esperar tener hijos naturalmente, y con todo eso está en cinta de seis meses, porque nada es imposible al Todopoderoso; y el que pudo dar un hijo á una anciana y estéril, tambien podrá hacer Madre á una doncella, sin que deje de ser virgen.

Mientras hablaba el ángel, se sintió María iluminada de una clarísima luz sobrenatural, con la cual comprendió toda la economía y todos los milagros de aquel inefable misterio, y aniquilándose delante de Dios: *Hé aquí, dijo, la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.* Al decir esto María, desapareció el ángel; y en aquel felicísimo momento formó el Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen un hermosísimo cuerpo de su misma purísima sustancia, y criando al propio tiempo la mas perfecta alma, unió el cuerpo y la alma sustancialmente á la persona del Verbo; y el Verbo por medio de esta sustancial union se hizo carne. En el mismo punto todos los ángeles adoraron á aquel hombre Dios. En aquel mismo instante se convirtió en templo del Verbo encarnado, el vientre de la mas pura entre todas las vírgenes; y en el mismo mo-

mento se cumplieron todas las profecías que anunciaban la venida del Mesías. Entonces se verificó el oráculo de David: Saltará de gozo toda la naturaleza, porque el hombre Dios se dejó ver en el mundo. En este día fué concebido en tiempo, el que es ante todos los siglos, y aunque esencialmente inmutable, comenzó á ser lo que era haciéndose hombre; pero sin perder, lo que antes era siendo Dios. En este día, dice el sabio y piadoso Gerson, fueron oídos los ardientes deseos de tantos santos Patriarcas que aspiraban por la venida del Mesías. Esta es la principal fiesta de la Santísima Trinidad, no habiendo otro día que hubiese obrado iguales maravillas. ¡Cuántos misterios se incluyen en uno solo, y cuántos prodigios en este solo misterio! En Jesucristo un hombre Dios; en María una Virgen Madre de Dios; y en nosotros, á cuyo beneficio se hicieron todas estas maravillas, unos hijos adoptivos de Dios.

Si, carísimos hermanos, dice San Agustín, tal fué el efecto de la Encarnación, que en virtud de ella y en la persona de Cristo, el hombre se elevó á ser Dios, y Dios se abatió hasta la forma de hombre. Un Dios verdadero hombre y un hombre verdadero Dios. Las dos naturalezas divina y humana unidas en una misma persona, pero haciéndose esta union de personas sin confusion de naturalezas. El Verbo se hizo carne; y por esta union real y sustancial del Verbo con la humanidad, hizo, proprias suyas todas las miserias naturales del hombre; comenzando tambien el hombre á ser participante de todas las grandezas de Dios. Misterio inefable, á cuya ejecucion se debe rendir todo entendimiento criado; porque como dice San Juan Crisóstomo: no hay que preguntar con qué virtud ni de qué manera pudo la naturaleza humana ser sublimada por el Verbo Eterno á union tan noble, á estrechez tan inexplicable: pues el orden de la naturaleza cede á todo lo que quiere Dios. Quiso Dios hacerse hombre, pudo hacerlo, lo hizo y salvó á los hombres. ¡Oh, que inagotable fondo de piadosas reflexiones, y de afectos de admiración, de amor y reconocimiento, se comprende en este inefable misterio!

Por sí el asombroso abatimiento del Verbo, dicen los Padres, es asunto grande de admiracion al mundo; la sublime elevacion de María á la dignidad angusta de madre de Dios, no incluye ni descubre inferiores maravillas. Una Virgen que concibe en tiempo á aquel mismo Hijo que Dios engendró ante todos los siglos en la eternidad,

¡María hecha madre de Dios, en sentido propio, natural y riguroso, y por esta divina maternidad! ¡María con autoridad sobre Dios y Dios con subordinacion á María! Dos grandes prodigios; un Dios con todas las obligaciones de un hijo para con su madre; y María en posesion, respecto de Dios, de todos los derechos de una madre para con su hijo, y de todos los bienes, por decirlo así, de este mismo hijo. Despues de esto no hay que admirarnos, dijo San Agustín, que entre todas las puras criaturas, ninguna hay igual á María. Calle poseida de un respetuoso temor toda pura criatura, á vista de una inmensa dignidad que no puede comprender, dice San Pedro Damiano. Ni hay que tener miedo, añade el sabio cancelario de Paris, de exceder ó de decir demasiado cuando se ensalzan las grandezas de María, porque enriquecida con los bienes de su Hijo, y solo inferior á Dios, es superior á los elogios de los ángeles y de los hombres. No debe causarnos admiracion este unánime consentimiento de los santos Padres en confesar y publicar las inesfables prerogativas de la Madre de Dios, en el día de la Encarnacion; porque la divina maternidad de que tomó posesion, incluye en sí todos los elogios. Solo con decir que María es Madre de Dios, dice San Anselmo, se dice lo mas que despues de Dios se puede decir ni se puede pensar. Esto es el origen, y como el título radical de todos los privilegios que goza. De aquí dimanó aquella concepcion sin mancha; aquella virginidad sin ejemplo; aquella plenitud de gracia sin medida; aquella elevacion, aquella universalidad de virtudes sin limitacion. De aquí los magníficos, los dulces títulos de Reina del cielo y de la tierra; de Madre de misericordia, de amparo de los pecadores. Tributado á María, escribe San Bernardo á los canónigos de Leon, las alabanzas que de justicia se le deben. Decid que para sí y para todos halló la fuente de la gracia; publicada que es la mediadora de la salvacion y la restauradora de los siglos, porque esto es lo que la Iglesia canta y todos los Padres publican. Luego que fué Madre de Dios, dice San Lorenzo Justiniano, comenzó á ser escala del paraíso, puerta del cielo, abogada del mundo y mediadora entre Dios y los hombres.

Hay Apóstoles, hay Patriarcas, hay Profetas, hay Mártires, hay Confesores, hay Virgenes; todos estos son sin duda poderosos intercesores con Dios, y yo cuento en la realidad mucho con su proteccion poderosa. Pero, ¡Virgen Santa! esclama el devotísimo Anselmo, lo que todos estos pueden juntos con tigo, tú sola lo puedes sin

ellos. ¡Y por qué puedes tú sola tanto y mas que todos juntos! Porque eres Madre de nuestro Salvador; Esposa del mismo Dios, Reina del cielo y de la tierra, y soberana Emperatriz de todo el universo. Mientras tú no hablas en mi favor, ninguno se atreve á abogar por mí. Pero luego que tú te declaras por mi causa, tendré tantos abogados como cortesanos celestiales.

¡Cuántas veces, dice el famoso abad de Celles, debieron á la clemencia de la Madre de la gracia su conversion, aquellos á quienes la justicia del Hijo estaba ya para condenar al fuego eterno! ¿Pues qué confianza no debemos tener en aquella Señora que por el mismo hecho de ser Madre de Dios, fué declarada tesorera general de sus gracias, depositando, por decirlo así, en sus manos nuestra salvacion? Este fué el dictámen general de todos los Padres, en órden á la Madre de Dios: ésta en todos tiempos la fé de la Iglesia. Solo los hereges jamas han podido tolerar que se le rinda el religioso culto que se la debe. No ha tenido enemigo el Hijo que no lo haya sido de la Madre. Habiendo sido ella la que pisó la cabeza del Dragon, no es de admirar haya sido siempre tan aborrecida de él; y siendo el misterio de la Encarnacion el fundamento de la fé, no hay blasfemia que no haya vomitado el infierno, contra este divino misterio. Los arrianos negaban la divinidad del Verbo: los nestorianos la union sustancial del Verbo con la carne, admitiendo en Cristo dos personas; los etiquianos reconocian en él una sola naturaleza; los monotelitas una sola voluntad; y los marcionistas un cuerpo fantástico. Todos estos rasgos emponzoñados, iban de rebote á borrar en María el augusto título de verdadera Madre de Dios. Fulminó rayos la Iglesia en sus concilios contra estos inpios errores, y anatematizó á los hereges, entre los cuales ninguno se declaró con mayor furor contra la divina maternidad de la Virgen que el impio Nestorio. Arrebatado del espíritu de orgullo este indigno patriarca de Constantinopla, se atrevió descaradamente á disputar á María el augusto título de Madre de Dios: mas para dorar de alguna manera, ó para endulzar la blasfemia de su error, concedió á la Señora los mas espejosos dictados que pudo discurrir, á excepcion del de *Teotoca*, ó Madre de Dios, que es como el fundamento y la basa de todos los demas. Reconociendo la Iglesia que negar esta indisputable excelencia á la Virgen, era echar por tierra el misterio de la Encarnacion, tomó la defensa de este esencialísimo punto, con todo el ardor y con todo el empeño que

correspondia á su celo. Convocó el célebre concilio Efesino el año 431, en que Nestorio fué excomulgado y degradado, sus errores condenados, quedando definido como uno de los mas principales artículos de fé, que María es verdadera Madre de Dios en sentido natural y rigoroso, sin que este dogma, tan antiguo como la Iglesia misma, pudiese padecer interpretacion *maligna*, declarándose que el término *Theotoca* seria tan consagrado y tan característico contra la heregia de Nestorio, como lo era ya el de *consustancial* contra los errores de Arrio. No se puede imaginar el aplauso y regocijo con que fué recibida esta definicion de la Iglesia universal en gloria de la santísima Virgen, y es razon no omitir aquí las demostraciones que se hicieron en Efeso el dia que se publicó.

Llegado, pues, el que se habia señalado para pronunciar definitivamente sobre la divina maternidad de María, todo el pueblo dejó las casas, ocupó las calles, llenó las plazas públicas, y concurrió á cercar la iglesia dedicada á Dios en honra de la Virgen, donde estaban congregados los Padres del concilio. Luego que se publicó la decision, llegándose á entender que María quedaba mantenida en la justa posesion del título de Madre de Dios, resonaron en toda la ciudad festivas aclamaciones y gritos extraordinarios de una devotísima alegría, siendo tan vivas y tan universales estas demostraciones de gozo, que al salir los Padres de la iglesia, para retirarse á sus casas, todo el pueblo los condujo como en triunfo, colmándolos de bendiciones. Quemábanse pastillas y otros aromáticos perfumes en las calles por donde habian de pasar; brillaban en el aire festivas luminarias y variedad hermosa de fuegos artificiales, sin que faltase circunstancia alguna á la pompa del regocijo comun, ni al esplendor de la gloriosa victoria que María acababa de conseguir contra sus enemigos, que no lo eran menos de su Hijo santísimo. Tanta verdad es, como dice San Buenaventura, que la devota ternura, el religioso culto de la Madre de Dios en todos tiempos fueron comunes á todos los verdaderos cristianos. Nació con la Iglesia la devocion á María, y siempre fué reputada como señal visible de predestinacion. Ni es ésta, añade San Bernardo, una confianza presuntuosa que fomenta la relajacion; es un religioso culto, es una piadosa esperanza, fundada en la proteccion de la Madre de Dios; pero sostenida de una vida regular, timorata y cristiana. El desgraciado fin del impio Nestorio, fué funesto anuncio del que deben esperar todos los que se declaran enemigos de la santísima Virgen.

Creese comunmente que en este concilio Efesino en que presidió San Cirilo en nombre de San Celestino papa, compuso juntamente con los demas Padres aquella devota oracion á la Madre de Dios, que despues adoptó la santa Iglesia: *Santa Maria, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén Jesus.* En todos tiempos fué muy célebre en la misma Iglesia la fiesta de la Encarnacion. Quando vivia San Agustin, estaba ya señalado para ella el dia 25 de Marzo, en el qual dice este Padre, se cree por antigua y venerable tradicion, que fué concebido y nació nuestro Redentor. El décimo concilio toledano, celebrado en el año de 656, llama á la solemnidad de este dia, la fiesta de la Madre de Dios, por excelencia, la gran fiesta de la Virgen. Porque ¿qué otra fiesta mayor de la Madre de Dios, dicen los Padres, que la Encarnacion del Verbo? Por ser incompatible el futo que arrastra la Iglesia en tiempo de pasion, y penitencia en que por lo regular cae la Encarnacion, con la alegría y la solemnidad que convenia á este misterio, los Padres del referido concilio trasladaron su fiesta al tiempo de Adviento, en que el oficio divino es casi todo de la Anunciaci6n y de la Encarnacion del Verbo. La santa Iglesia de Toledo al dia 18 de Diciembre; y la de Milan, al domingo que precede inmediatamente á la fiesta de Navidad. Pero habiéndola restituido la Iglesia Romana á su propio dia hácia el noveno siglo, casi todas las demas iglesias se conformaron con ella, bien que no por eso dejó de celebrar la mayor parte de ellas una fiesta particular en hora de la santísima Virgen, el dia 18 de Diciembre.

Por último, se ha mirado con tal veneracion la fiesta de la Anunciaci6n de nuestra Señora, que aun en Inglaterra, en medio de su funesto cisma, se observa guardar la fiesta de este dia por precepto, celebrándose con ayuno, vigilia, oficio público, y una colecta particular, y comenzándose á contar el año eclesiástico por este dia.

San Dimas ó el santo buen ladrón.

Bajo de este título se celebra en la Iglesia aquel dichoso pecador que halló en la hora de su muerte la vida de la gracia y el principio de la eterna bienaventuranza, prometida por Cristo, en las palabras con que premió su fé: *Hoy serás conmigo en el paraíso.* La tradicion conserva varios particulares de la vida de este hombre,

puesto por los judíos para deshonra é ignominia de Cristo en el patíbulo, y convertido por Cristo en confesor de su divinidad, y predicador de su gloria; pero nosotros, abstrayéndonos de unos particulares que no son de edificaci6n, nos contentamos con saber que se llamaba Dimas. Su vida ciertamente no habia sido otra que la de un facineroso que vive del robo y comete todo género de atentados. Estaba profetizado que el Salvador seria puesto entre los inicuos, para que se le reputase como uno de ellos, y esta fué la intencion con que los judíos lo crucificaron entre dos ladrones, haciendo sufrir de propósito la pena de muerte á estos dos facinerosos, para que la muerte de Cristo crucificado entre ellos se tuviese como una pena tan merecida como la que justamente se aplica á estos reos. Pero qué puede la astucia del hombre contra el consejo de la Sabiduría divina? El Hijo de Dios sabe hacer que los medios dispuestos para su deshonra, sirvan para su gloria. La santidad del hombre Dios y la fuerza de su divinidad, oculta bajo los velos de una humanidad paciente, se distingue y se hace conocer por sí misma, sin que pueda confundirse con la iniquidad é ignominia del hombre pecador y criminal. Es verdad que para iluminarse á sí mismo y abrazarse con la deshonra para nuestra redenci6n, el Salvador consiente en ser crucificado entre dos malvados; pero al mismo tiempo presenta á los ojos iluminados de la fé, un espectáculo verdaderamente grandioso y un misterio que hace conocer toda la economía de la obra admirable de nuestra redenci6n: él se deja ver pendiente de un patibulo, vertiendo su sangre, lleno de dolores, de injurias y de insultos; pero nada de esto merecido por el que es el Santo de los santos, y sí todo conveniente para redimir al hombre, pagando el inocente la pena del culpado, y ofreciendo una satisfacci6n infinita que el misero mortal no puede ofrecer. En tal estado, el Salvador no es, ni puede ser un hombre destituido de poder y autoridad, de riqueza y de dominio, de fortaleza y magestad; pues no pierde, ni puede perder lo que tiene por sí mismo, y sobre todo poder y facultad de los hombres; y si se deja ligar y clavar en una cruz, no es por imbecilidad ó falta de poder, sino porque él mismo quiso ofrecerse á los tormentos y á la muerte, como habia profetizado por Isaías. Por consiguiente, cuando aquellos ladrones están crucificados por sus delitos, Cristo está en la cruz por reparar al humano linage, y en ella misma está haciendo que comience á obrar su efecto el sacrificio que de sí mismo

ofrece á la justicia del Eterno. Por eso se vé al buen ladrón colocado á su diestra, cogiendo el primero el fruto de la redencion, que es la justificacion y salvacion de las almas; y vése tambien á la siniestra al mal ladrón, regravando su pena con la impenitencia final, pues muere obstinado á la vista de aquel que debía ser su vida si quisiera aprovecharse del beneficio que sabe lograr su venturoso compañero, y que para uno y otro habia preparado el benignísimo Jesus. Véese por tanto á Cristo en la cruz como remunerador de las almas, dando á un ladrón penitente el reino de los cielos, y condenando al infierno á un protervo obstinado que mereció blasfemarlo. ¡Oh espectáculo verdaderamente asombroso que nos hace conocer al Dios de la misericordia y de la justicia! El camino que habian traido uno y otro pecador habia sido el mismo, de iniquidad y de pecado, dice San Juan Crisóstomo; pero la cruz dividió á uno de otro: el castigo mismo habian llegado poseidos de su común iniquidad, y aun en ella blasfemó Dimas con su compañero, del inocente Jesus; mas luego reconoce su iniquidad; docilita su corazón, da oído á la voz secreta con que el Salvador le llama á penitencia, se deja mover del impulso de la gracia, confia en aquel en quien conoce está su salvacion, cree su divinidad, lo reconoce por su Dios, su Redentor y su Rey, y su corazón se convierte. ¡Oh admirable conversion del ladrón, exclama San Juan Crisóstomo: vé al Salvador, no sobre el Real Trono, no adorado en el Templo, no hablando desde el cielo, no dando á los ángeles sus soberanas órdenes; sino asociado en la pena á un ladrón; en los tormentos, en la cruz, en la agonía de la muerte; y sin embargo, lo adora como Dios, lo invoca y lo predica como Rey; siendo su conversion tan perfecta, añade San Ambrosio, que por ella mira ya con desprecio el suplicio que padecía, y solo trata de pedir el perdón de sus culpas y de la pena eterna.

En efecto, desde que este hombre feliz se convierte á su Dios, no teme ya á los hombres, ni le afligen sus dolores, ni rehusa la muerte; él reconoce la justicia con que la padece; la acepta como penitencia, y desde entonces es ya para él la cruz, una especie de martirio; pues unido á su Salvador, condena la infidelidad de los judíos, y reprueba la maldad de su desventurado compañero. ¡Es posible, le dice, que ni tú temes á Dios, aun estando ya para morir? ¡Es posible que no reconozcas la diferencia que hay entre Jesus y nosotros? Nosotros padecemos justamente lo que hemos mereci-

do; pero este inocente ¿qué ha hecho para ser así atormentado y muerto en una cruz? Una confesion tan gloriosa, se convierte toda en salud para el generoso penitente: él se vuelve á Jesus, y adorándole, le dice: "Señor, acuérdate de mí cuando estes en tu reino." No hablaba ciertamente de un reino temporal: de su perdón, de su salvacion es de lo que está solícito, y lo que conoca constituye el reino eterno de Cristo. Por eso el Señor que veia su corazón, para otorgar su peticion le dice: "Hoy serás conmigo en el paraíso." ¡Recompensa magnífica! ¡Premio inestimable de una fé viva y de una caridad ardiente, que en momentos nacieron y crecieron á virtud de un Espíritu que sabe aligerar los pasos y abreviar los términos de una justificacion extraordinaria y digna de aquella hora de salud! Despues de la muerte de Jesus, y ántes que acabase de caer la tarde, los soldados vinieron y quebraron las espaldas á Dimas; con lo que entregó su alma en manos de su Criador y Redentor; y el que ya lloraba los robos que habia hecho en la tierra, robó por fin el reino de los cielos.

La Epístola es del capítulo VII del profeta Isaías.

En aquellos días habló el Señor á Acáz, diciendo: Pide á tu gusto al Señor tu Dios, que te haga ver un milagro, sea el profundo del infierno, sea de arriba en lo mas alto. Y respondió Acáz: No pediré tal, por no tentar al Señor. Entonces dijo Isaías: Oye pues tú, ó prospera de David: ¿Acaso os parece poco el hacer agravio á los hombres, que osis hacerle tambien á mi Dios? Por tanto, el mismo Señor os dará una señal: Sabed que una vírgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel. Comerá maná y miel, para que sepa desatjar lo malo, y escoger lo bueno.

El Evangelio es del capítulo I de San Lucas (pág. 632).

En aquel tiempo: Envió Dios al ángel Gabriel &c.

MEDITACION.

Sobre el misterio del día.

Considera si podia Dios dar mayores pruebas del amor que profesa á los hombres, que haciéndose hombre para acreditar con testimonio más sensible el exceso de su amor. Si Dios hubiera de-
Tomo I. 60

jado á nuestra eleccion que le pidiésemos una prueba visible y convincente de lo mucho que nos amaba, nos hubiera pasado por el pensamiento pedirle otra semejante? ¿Hubiéramos soñado emprender que Dios se hiciese hombre, y que haciéndose en todo semejante á los hombres, se echase áuestas todas nuestras miserias, á excepcion del pecado, para compadecerse despues mas de nuestras necesidades? Pues este prodigio que jamas nos atreveriamos á pedir, ni aun á imaginar, esta maravilla que el entendimiento humano calificaria de extravagancia, este milagro fué el que obró la Sabiduria divina, para manifestarnos el exceso con que nos amaba. ¿Estamos bien convencidos de este exceso de su amor? ¿Y cuál es nuestro reconocimiento? ¿Qué interesaba el Señor en nuestra redencion? ¿Qué iba á ganar en hacerse semejante á nosotros para que fuésemos participantes de su gloria? ¿Ignoraba por ventura que iba á desperdiciar sus inmensos beneficios en unos hombres ingratos? ¿No sabia bien que por mas costa que le tuviese su obra, por mas amor que nos mostrase, por mas ejemplos que nos diese, el mundo siempre habia de ser su implacable enemigo, siempre habia de estar acostado de impíos y de disolutos? Y con todo eso ninguna cosa fué bastante á disgustarle, á entibiárselo en el amor de un pueblo tan indigno de sus favores.

Considera que si nuestro amor y nuestro reconocimiento á este hombre Dios deben ser sumos; ¿entó deberá ser nuestra confianza, nuestra veneracion y ternura á su Santísima Madre? ¿Puede ser elevada á mas alta dignidad una pura criatura? ¿Hay cosa criada, hay celestiales inteligencias que no sean inferiores á la Reina de los hombres y de los ángeles? Pero en lo que mas interesamos todos es, en que si su poder iguala á su dignidad, la ternura con que nos mira es igual á su poder. Comenzó á ser Madre de misericordia desde que comenzó á ser Madre de Dios: ¿pues con qué caridad vuelve sus piadosos ojos hácia los pecadores! ¿Qué liberal es para todos los que la invocan! ¿Oh, mi Dios, y cuánto debe consolarnos esta verdad! Sabemos que solamente Jesucristo redimió al mundo con su sangre; pero no podemos ignorar que aquella sangre preciosa que derramó, fué formada de la misma sustancia de María; y por consiguiente franquéó, ofreció, entregó por nosotros aquella sangre que sirvió para nuestro rescate. En esto se funda la Iglesia para darle el título de Mediadora y Reparadora de los hombres. Como María tiene tanto interes, tanta parte en la dicha

de los que se salvan, no puede mirar á sangre fría la desgracia de los que se pierden. ¿Cuál debe ser nuestra devocion con aquella Señora, que siendo Madre de Dios, lo es al mismo tiempo nuestra? ¿Cuál nuestro religioso culto, cuál nuestra firme confianza, en la que es fuente de vida en esta region de muerte; todo nuestro consuelo en este valle de lágrimas, toda nuestra esperanza en este tropel de escollos, en tanta confusion de peligros? Rabie la heregía; que la Iglesia siempre aclamará, siempre saludará á esta Señora con estos augustos títulos, tan llenos de consuelo como de magestad. Y con semejante Protectora, con tal Madre, ¿será posible que vivamos pobres y necesitados de bienes espirituales? ¿Será posible que desmayemos en el camino de la salvacion; que tengamos la desgracia de descaminarnos y perdernos? ¿A quién se deberá echar la culpa? Pues en este gran dia, en que María es declarada por Madre de Dios, tributémosla los cultos que merece: arrojémos á los pies de sus altares, y jurémosla una fidelidad inviolable, renovando la protesta de la mas reverente, de la mas perfecta esclavitud.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Si, Virgen Santa: el título que llevas de Madre de Dios, no es un título vano ó de pura honra, sino un título que expresa propiamente la verdadera maternidad de Dios humanado, á que fuiste elevada, y que por consiguiente abre el camino á toda nuestra esperanza; pues tampoco es vano, sino muy verdadero el título de Madre nuestra, que te constituye nuestro amparo, defensa y proteccion, y abre para nosotros las puertas de misericordia de tu corazon maternal. En tal confianza, yo el mas indigno de tus hijos, el mas humilde de tus siervos, ocurro á tu piedad, rogándote desplegues en mi favor tu proteccion soberana, y prometiéndote quitar todos los obstáculos que desgraciadamente he opuesto á las gracias de que siempre estás llena, tus manos benefactoras. Haz, Virgen pura, que no deforme en mí por la culpa la imagen de mi Dios, ni degeneré de la sima nobleza á que he sido elevado, haciéndoseme por la Encarnacion de tu Hijo Dios, nada menos que consanguíneo de la divinidad.

JACULATORIA.

Vos os hicisteis hombre, ¡Oh Verbo Divino! para que nosotros hombres nos hiciésemos dioses: ¡qué bondad!

LECCION.

Concluyen los dones del Espíritu Santo.

Por el don del Espíritu Santo, que se llama consejo, nos ilumina Dios para descubrir las asechanzas y los fraudes del demonio que frecuentemente engaña á los incautos con el aspecto del bien. Bajo la apariencia y el honesto pretexto de economía, los inclina á la avaricia; encubierto con el velo de una recreación lícita y sencilla, los impele á neciones peligrosas y á juegos ilícitos. Cuando se halla, pues, el hombre fluctuando entre las dudas, sin resolverse á obrar ni saber qué elegir, es preciso que ocurra y pida con humildad al Espíritu divino le conceda este don inestimable. Cuando vacilante el alma y ofuscado el entendimiento, no se atreva á deliberar sobre el estado de la vida, ignorando qué le será mas saludable, el Espíritu Santo le concede este don que como la columna de fuego en el desierto, le manifieste el camino mas seguro para llegar á la tierra prometida. Cuando el alma se mira circundada de peligros y de angustias en la cárcel de este cuerpo mortal, no viendo sino ilusiones y engaños en vez de la verdad, no tiene otro arbitrio que clamar como Josafat, preso y rendido por sus enemigos, segun se refiere en los Paralipómenos: Dios nuestro: en nosotros ciertamente no hay tanta fuerza que podamos resistir á esta multitud que se deja caer sobre nosotros. Mas como no sabemos lo que debemos hacer, no nos queda otro recurso que dirigir á tí nuestros ojos. Entre los muchos ejemplos que nos refiere la Escritura de los justos que ocurrieron á Dios cuando se hallaban en circunstancias tan dolorosas como difíciles, basta recordar á Ester, á Judit y al santo rey Ezequías. Ellos ocurrieron al Altísimo, elevaron sus almas por medio de la oracion mas fervorosa, y el triunfo mas completo fué el éxito de sus plegarias y el fruto de sus clamores.

Ascendiendo por esta escala de perfeccion, despues del de consejo, se sigue el don de entendimiento, por el cual el que se encuentra ya en la práctica de la vida activa y se ejercita en los combates contra el demonio, el mundo y la carne, se eleva poco á poco á la contemplacion é inteligencia de los misterios de la divinidad y de los dogmas de la religion cristiana. Para conseguir este don del Espíritu Santo, es preciso oír con humildad la palabra de Dios, y una prueba de que lo hemos logrado es el escuchar lo que nos dice,

y oír su voz. Si enderezares á Dios, dice Elin en el libro de Job, su corazon atraerá á sí el Espíritu y aliento de él. . . . Por tanto, si tienes entendimiento, oye lo que se dice, y escucha la voz de mis palabras. El Señor nos ha ofrecido este don, cuando dice por David: Inteligencia te daré, y te instruiré en este camino por el que has de andar, tendré fijos sobre tí mis ojos. No querais ser como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento. No solo la palabra de Dios, sino tambien la meditacion y declaracion de ella nos prepara á esta admirable gracia. Maravillosos son tus testimonios, exclama el mismo Profeta, por eso los ha escudriñado mi alma. La declaracion de tus palabras alumbrá y da entendimiento á los pequeños; y para manifestar que la verdadera inteligencia consiste en la contemplacion de los misterios divinos y de los dogmas del cristianismo, dice el Apóstol San Pablo á los efesios: Os requiero en el Señor que no andeis ya como andan las gentes en la vanidad de su sentido, teniendo el entendimiento oscurecido de nieblas, engañados de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la ceguedad de su corazon. Y á los colosenses: No cesamos de orar por vosotros y de pedir que seais llenos del conocimiento de su voluntad, en toda su sabiduría é inteligencia espiritual: para que andeis dignos de Dios, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra y creciendo en la ciencia de Dios. . . . Para que sus corazon sean consolados, estando guarnecidos de caridad y de todas riquezas, de cumplida inteligencia para conocer el misterio de Dios Padre y de Jesucristo, en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Para expresar la necesidad que tenemos de este don para la inteligencia de las cosas divinas, dice el mismo Apóstol á su discípulo Timoteo: Entiende lo que digo, porque el Señor te dará inteligencia en todo. Acuérdate que el Señor Jesucristo del linaje de David resucitó de los muertos, segun mi evangelio.

Para alcanzar este don debemos valerlos de la oracion, y decir con David: Dame entendimiento, Señor, para que sepa tus testimonios. . . . Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley, y la guardaré de todo mi corazon. . . . Dame entendimiento, y aprenderé tus mandamientos. . . . Dame entendimiento, y viviré; y por último, dame entendimiento, segun tu palabra. Necesitamos tambien de la fé, porque si no creyéremos, no entenderemos. Nos es indispensable la limpieza de corazon y una conciencia pura. El hombre,

dice David, cuando estaba en honor, no lo entendió; ha sido comparado á las bestias insensatas, y se ha hecho semejante á ellas. Y finalmente, humillándose el hombre, se dispone á recibir esta inteligencia. Jesucristo dijo, segun San Mateo: Day gloria á tí, Padre y Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y entendidos, y las has descubierto á los pábulos. Así es que, á pesar de los grandes conocimientos de los infieles mas sabios y famosos, nada les aprovechó su entendimiento, y así dice el Apóstol á los romanos: "Aunque conocieron á Dios, no le glorificaron como á Dios y dieron gracias: ántes se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su corazón insensato; porque teniéndose ellos por sabios, se hicieron necios, y mudaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de sierpes. Por el contrario, ventos multitud de Santos, que sin dedicacion á las letras han tenido los conocimientos mas sublimes de nuestra fé y creencia, y han podido comunicarlos á los demas. Otro tanto sucedió con la mayor parte de los Apóstoles, que de ignorantes pescadores, á virtud de este don del Espíritu Santo, ilustraron á las naciones todas en la verdadera inteligencia, que es la de Jesucristo.

El ápice de la perfeccion, el último de los dones del Espíritu Santo, es el de la sabiduría, con el cual el que conoce á Dios, el que por el don de entendimiento penetra los mas recónditos misterios de la divinidad, dirige todas sus acciones á Dios como su único fin, y reúne el afecto á la inteligencia, lo que no puede verificarse sin la caridad; porque como se lee en el libro de la sabiduría: El alma del justo es el asiento de la Sabiduría; de donde se infiere, dice San Bernardo, que aquel es sabio, que es justo. El conocimiento, pues, que se tiene por el entendimiento, es como el que se adquiere por la vista, y el que se consigue por el don de sabiduría es como el que se siente por el gusto; por lo que, dice el Salmista: Gustad y ved cuán suave es el Señor.

Este don divino fué concedido por el Señor, segun nos refiere el Exodo, á Beseebel, de la tribu de Judá, para la construccion del tabernáculo: Y lo he llenado, dijo el Señor á Moises, del Espíritu de Dios, de sabiduría, y de inteligencia, y de ciencia. Lo mismo se nos refiere de Josué en el Deuteronomio: Y Josué, hijo de Num, fué lleno de Espíritu de sabiduría, porque Moises puso sobre él sus manos. Y de Salomon no solo consta en el libro III de los Reyes,

sino mas detalladamente en los Paralipómenos: Dame sabiduría, ó inteligencia, dijo Salomon, para entrar y salir delante de tu pueblo; porque ¿quién puede juzgarlo dignamente?... Y dijo Dios á Salomon: Por cuanto esto ha contenido mas á tu corazón, y no has pedido riquezas, ni hacienda, ni gloria, ni las almas de aquellos que te aborrecen, ni tampoco muchos dias de vida, sino que has pedido sabiduría y ciencia para poder juzgar mi pueblo, sobre el que te he establecido rey, sabiduría y ciencia te son dadas; y ademas te daré riquezas, y hacienda, y gloria en tal manera, que ninguno de los reyes ni ántes ni despues de tí te será semejante. Mas ¿qué diferencia entre estos tres personajes favorecidos con inestimable gracia? Fieles á ellos los dos primeros, mueren en el Señor, mientras que Salomon prevarica y se hace indigno de ella, para manifestarnos la precaucion y temor con que debemos conducirnos aunque nos miremos colmados de favores, pues nuestra correspondencia y la cooperacion á la gracia nos es mas necesaria, haciendonos cautos el ejemplo del rey mas sabio que ha habido y habrá sobre la tierra: por eso se lee en el Eclesiástico: "Al hombre bueno en su presencia dió Dios sabiduría, y ciencia, y alegría; mas al pecador le dió afliccion y cuidado superfluo, para que acreciente, y aumente, y lo entregue á aquel que agradó á Dios; mas aun esto vanidad es, é inútil afán del ánimo. Para adquirir, pues, y conservar el don de sabiduría, se necesita una humildad confiada solo en la bondad divina, cual la que aconseja el Salvador á sus discipulos, cuando, segun San Lucas, les anunciaba que serian perseguidos y llevados ante los reyes y los jueces. Tened, pues, les decía, hijos vuestros corazones de no pensar ántes cómo habeis de responder; porque yo os daré boca y saber, el que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios.

Mas donde se manifiesta mas claramente la comunicacion de este don del Espíritu consolador, es en la eleccion de los siete cooperadores elegidos por los doce apóstoles, como se refiere en sus Hechos: Estaged pues, hermanos, dijeron, de entre nosotros, siete varones de buena reputacion, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría á los cuales encargáremos esta obra.

La admirable doctrina de este y los demas dones del Espíritu Santo se halla consignada de un modo demasiado expreso en la Epístola de San Pablo á los corintios: Sobre los dones espirituales, les dice, no quiero, hermanos, que vivais en ignorancia... Ninguno

que habla por Espíritu de Dios dice anatema contra Jesus. Y ninguno puede decir Señor Jesus, sino por el Espíritu Santo; pues hay repartimiento de gracias; mas uno mismo es el Espíritu. Y hay repartimiento de misterios; mas uno mismo es el Señor; y hay repartimiento de operaciones; mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos. Y á cada uno es dada la manifestacion del Espíritu para provecho. Porque á uno por el Espíritu es dada palabra de sabiduría; á otro palabra de ciencia, segun el mismo Espíritu. Si es, pues, un don gratuito que el Señor concede á quien le agrada, es indispensable pedirlo á su divina Magestad incesantemente, tanto para nosotros, como para los demas fieles, imitando á San Pablo que escribia á los efesios: No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria os dé espíritu de sabiduría y de revelacion por su conocimiento; iluminados los ojos de vuestro corazon para que sepais cual es la esperanza de su vocacion, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál es aquella soberana grandeza del poder que obra en nosotros, que creemos segun la eficacia de su poderosa virtud. Y el Apóstol Santiago, en su Epístola católica, se expresa en estos términos: Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale á Dios que la da á todos copiosamente y no zahiere, y le será concedida; pero pídale con fe sin dudar en nada, porque el que duda es semejante á la ola de la mar cuando la mueve el viento y la trae acá y allá. Y si no piense aquel hombre que recibirá cosa alguna del Señor. . . . Toda dádiva excelente y todo don perfecto, es de lo alto, que desciende del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variacion, porque voluntariamente nos ha engañado por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas. . . . Sed, pues, sabedores de la palabra, y no oidores tan solamente, engañándoos á vosotros mismos.

DIÁ VEINTE Y SEIS.

San Cástulo, mártir.

En la cruel persecucion que padecieron los cristianos en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, en la que para obli-

gar á todos al culto de los ídolos, se mandaron colocar en los mercados y aun en las fuentes públicas y rios, pequeños simulacros, á los cuales debian ofrecer incienso cuantos quisiesen comprar, vender, tomar agua ó moler trigo; multitud de fieles tuvieron que retirarse á lugares despoblados para no verse precisados á sucumbir á la necesidad de apostatar, y otros tuvieron que ocultarse en la misma Roma para poder proveer á las necesidades de los que no podian salir de la ciudad.

Entre estos últimos fueron el papa S. Cayo, S. Sebastian, S. Tranquilino y sus hijos, S. Tiburcio y otros ilustres mártires, como puede verse en los dias 20 de Enero, 6 de Julio y 11 de Agosto, y para habitar en un lugar seguro, libre de toda sospecha, eligieron la morada de Cástulo, mayordomo del emperador que se hallaba en su mismo palacio, y este es el Santo mártir, cuya vida vamos á compendiar sin repetir lo que tenemos escrito sobre sus otros compañeros.

S. Cástulo, que estaba casado con Irene, aquella muger piadosa que curó á S. Sebastian cuando fue dejado por muerto hecho blanco de las saetas, era un cristiano tan fervoroso, que no solo hospedó en su casa á los cristianos sin temor de los peligros á que se exponia, sino que la convirtió en templo donde concurrían ocultamente los fieles á participar de los divinos misterios, á recibir los nuevos convertidos el santo bautismo, á ser curados de sus dolencias muchos enfermos y libres del demonio no pocos endemoniados. Su morada fué un teatro continuo de maravillas, no menos que el asilo de los zelosos misioneros que desde allí salian á hacer sus excursiones apostólicas.

El mismo Cástulo á pesar de su estado no se dedicó menos que los otros á la conversion de los gentiles, y por los esfuerzos de esta santa campaña, el número de los cristianos se aumentaba diariamente no obstante la cruel persecucion. Con frecuencia presentaba nuestro Santo al papa S. Cayo los frutos de sus conquistas para que los agregase mediante el bautismo al rebaño de Jesucristo. Los ejemplos de su vida y la persuasion de sus razones tenian mucho influjo para hacer abandonar á los paganos el culto de sus falsas deidades; pero mucho mas contribuia á la felicidad de sus tareas el don de milagros con que lo habia dotado el Omnipotente. Con su ferviente oracion alcanzaba vista á los ciegos, movimiento á los tullidos, y entera sanidad á los desesperados enfermos; dándoles de esta

que habla por Espíritu de Dios dice anatema contra Jesus. Y ninguno puede decir Señor Jesus, sino por el Espíritu Santo; pues hay repartimiento de gracias; mas uno mismo es el Espíritu. Y hay repartimiento de misterios; mas uno mismo es el Señor; y hay repartimiento de operaciones; mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos. Y á cada uno es dada la manifestacion del Espíritu para provecho. Porque á uno por el Espíritu es dada palabra de sabiduría; á otro palabra de ciencia, segun el mismo Espíritu. Si es, pues, un don gratuito que el Señor concede á quien le agrada, es indispensable pedirlo á su divina Magestad incesantemente, tanto para nosotros, como para los demas fieles, imitando á San Pablo que escribia á los efesios: No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria os dé espíritu de sabiduría y de revelacion por su conocimiento; iluminados los ojos de vuestro corazon para que sepais cual es la esperanza de su vocacion, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál es aquella soberana grandeza del poder que obra en nosotros, que creemos segun la eficacia de su poderosa virtud. Y el Apóstol Santiago, en su Epístola católica, se expresa en estos términos: Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale á Dios que la da á todos copiosamente y no zahiere, y le será concedida; pero pídale con fe sin dudar en nada, porque el que duda es semejante á la ola de la mar cuando la mueve el viento y la trae acá y allá. Y si no piense aquel hombre que recibirá cosa alguna del Señor. . . . Toda dádiva excelente y todo don perfecto, es de lo alto, que desciende del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variacion, porque voluntariamente nos ha engañado por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas. . . . Sed, pues, sabedores de la palabra, y no oidores tan solamente, engañándoos á vosotros mismos.

DIÁ VEINTE Y SEIS.

San Cástulo, mártir.

En la cruel persecucion que padecieron los cristianos en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, en la que para obli-

gar á todos al culto de los ídolos, se mandaron colocar en los mercados y aun en las fuentes públicas y rios, pequeños simulacros, á los cuales debian ofrecer incienso cuantos quisiesen comprar, vender, tomar agua ó moler trigo; multitud de fieles tuvieron que retirarse á lugares despopulados para no verse precisados á sucumbir á la necesidad de apostatar, y otros tuvieron que ocultarse en la misma Roma para poder proveer á las necesidades de los que no podian salir de la ciudad.

Entre estos últimos fueron el papa S. Cayo, S. Sebastian, S. Tranquilino y sus hijos, S. Tiburcio y otros ilustres mártires, como puede verse en los dias 20 de Enero, 6 de Julio y 11 de Agosto, y para habitar en un lugar seguro, libre de toda sospecha, eligieron la morada de Cástulo, mayordomo del emperador que se hallaba en su mismo palacio, y este es el Santo mártir, cuya vida vamos á compendiar sin repetir lo que tenemos escrito sobre sus otros compañeros.

S. Cástulo, que estaba casado con Irene, aquella muger piadosa que curó á S. Sebastian cuando fue dejado por muerto hecho blanco de las saetas, era un cristiano tan fervoroso, que no solo hospedó en su casa á los cristianos sin temor de los peligros á que se exponia, sino que la convirtió en templo donde concurrían ocultamente los fieles á participar de los divinos misterios, á recibir los nuevos convertidos el santo bautismo, á ser curados de sus dolencias muchos enfermos y libres del demonio no pocos endemoniados. Su morada fué un teatro continuo de maravillas, no menos que el asilo de los zelosos misioneros que desde allí salian á hacer sus excursiones apostólicas.

El mismo Cástulo á pesar de su estado no se dedicó menos que los otros á la conversion de los gentiles, y por los esfuerzos de esta santa campaña, el número de los cristianos se aumentaba diariamente no obstante la cruel persecucion. Con frecuencia presentaba nuestro Santo al papa S. Cayo los frutos de sus conquistas para que los agregase mediante el bautismo al rebaño de Jesucristo. Los ejemplos de su vida y la persuasion de sus razones tenian mucho influjo para hacer abandonar á los paganos el culto de sus falsas deidades; pero mucho mas contribuia á la felicidad de sus tareas el don de milagros con que lo habia dotado el Omnipotente. Con su ferviente oracion alcanzaba vista á los ciegos, movimiento á los tullidos, y entera sanidad á los desesperados enfermos; dándoles de esta

suerte con la salud de sus cuerpos, la mas importante de sus almas.

La noticia de sus milagros y de sus conversiones llegó pronto á noticia del prefecto Fabiano, el que habiendo logrado sorprender por la traicion de un apóstata á aquella venerable reunion, la sacrificó á su fanatismo é impiedad, haciendo sufrir á sus individuos los mas crueles tormentos.

Se hizo ultimamente presentar á San Cástulo, exhausto con las penalidades de una larga prision, y le mandó imperiosamente sacrificar á los idolos. Burlóse nuestro santo de sus terrores y amenazas; é irritado Fabiano ordenó lo suspendiesen de los pies en el ecúleo y lo azotasen con cordales emplomados. Tres veces sufrió el invicto mártir este cruel suplicio, y otras tantas confesó constantemente el nombre de Jesucristo. Viendo Fabiano que no podia triunfar de la constancia de Cástulo, dispuso lo arrojasen en una cueva y lo enterrasen vivo en una inmensa cantidad de arena.

Sepultado de esta suerte en la *Via Lavicana*, poco distante de Roma, entregó Cástulo su alma al Señor, adornado de la palma del martirio; Dios, para manifestar lo agradable que le habia sido este sacrificio, hizo célebre este lugar con multitud de maravillas. Las reliquias de este santo fueron colocadas despues en la iglesia del monasterio de San Felix papa, en dicha ciudad, y en el de religiosas de Jesus Maria en Bolonia, conservándose en amios, veneradas siempre de los fieles, y honradas del cielo con innumerables milagros. Los griegos celebran su festividad en union de sus otros santos compañeros, á 18 de Diciembre, y el martirologio romano que hace conmemoracion particular de ellos en diversos dias, celebra la de San Cástulo el 26 de Marzo.

San Braulio, obispo y confesor.

San Braulio fué español, y pariente de los santos Hermenegildo, Leandro, Fulgencio é Isidoro. La historia no nos ha conservado ni el nombre de sus padres, ni los pormenores de su primera edad; únicamente se sabe haber sido discípulo de San Ildefonso y de San Isidoro, y que supo aprovecharse de su enseñanza, haciendo admirables progresos en la virtud y en las letras.

Conociendo su mérito Juan, obispo de Zaragoza y hermano de nuestro santo, no dudó un punto asociarlo á sus importantes ministerios: así es que, ordenándolo de sacerdote, le confirió la dignidad de arcediano, y descansó en su actividad y rectitud gran parte

del trabajoso gobierno de su diócesis que tanto lo agobiaba. Correspondió Braulio á la confianza de su hermano y prelado; y al efecto se ocupó con el mayor esmero en cuidar de la exacta y ritual celebracion de los officios eclesiásticos, en la reforma de las costumbres, en componer las diferencias con singular prudencia, y en el pronto despacho de los negocios que ocurrían en el obispado.

Tanta actividad y celo de tal suerte, lo hicieron recomendable al clero y pueblo de Zaragoza, que habiendo muerto su hermano no se halló otro mas digno para sucederlo, que Braulio. Admitió éste, aunque con dificultad, la espিনosa dignidad de obispo; y conociendo las nuevas obligaciones en que lo constituía el órden episcopal que habia recibido, se esforzó en perfeccionarse en la sobriedad, pureza, mansedumbre, paciencia, caridad y demas virtudes de su estado. Muy pronto se ofreció ocasion de dejarse admirar el resplandor de tantas prendas, pues afligida su diócesis con los terribles males de la guerra, de la hambre, y de la peste, cual pastor solícito y amante de su rebaño, por todas partes se le vió acudir, remediando, socorriendo y consolando á todos sin perdonar trabajo alguno, para que no desmayasen en su angustia. Sus ovejas quedaron edificadas con unos ejemplos de caridad y celo tan admirables, que justamente le adquirieron la mas honorífica reputacion; pero tantos elogios no fueron capaces de desvanecer á Braulio, quien con la mayor humildad se creía *sierro inútil de los santos de Dios*; y lo confesaba con la mayor sinceridad, firmando así sus cartas.

La caridad de Braulio no se limitó á socorrer las necesidades corporales de sus ovejas; ella se extendió como era debido, á auxiliarias mucho mas en las espirituales. Tomó el mayor empeño en promover la mejora de las costumbres y en reformar los abusos introducidos en la moral, en lo que se manejó con no menor prudencia y dulzura, que integridad y celo, sin consideracion alguna á los respetos humanos. Estas reformas le ocasionaron no pocos disgustos y pesadumbres, las que supo sufrir con ánimo heroico, como buen pastor, pronto á dar la vida por la salud de su rebaño. La sabiduría fué otra de las prendas de nuestro santo. Sus vastos conocimientos en las divinas escrituras, los cánones y santos Padres, le adquirieron una ilustre fama. Escribió varias cartas, cuya sublime doctrina ilustró no poco á los concilios y á los reyes: perfeccionó y revisó los célebres libros de las *Etimologias*, que escribió

su maestro San Isidoro, á ruego suyo: era en fin el oráculo universal de los obispos, los reyes y demás sujetos de primer orden de España, que ocurrían á él con difíciles consultas, seguros de encontrar la solución de sus dudas; quedando todos satisfechos no menos de su profundo saber, que edificandos de la sumisión, con que lejos de presumir con arrogancia de sus luces, pedía humildemente lo perdonasen sus yerros, y lo ilustraran sobre las mismas materias, á que había respondido con el mayor acierto.

Pero donde hizo ver que la fama de su sabiduría era muy escasa en sus alabanzas, fué en los concilios IV, V y VI de Toledo: preparándose con la oración y el estudio de las materias que se habían de tratar; brilló en ellos como antorcha muy luminosa, refutando con energía y solidez á los enemigos de nuestra santa fé. Todos los padres, reconociendo la superioridad de sus luces, libraban sus decisiones en las de nuestro santo prelado, y no dudaban encargarle las mas importantes y delicadas comisiones. Ildefonso, atendiendo al celo y eficacia con que trabajó en estos sínodos, principalmente en los dos últimos, al hacer su elogio le llama *Esclarecido é ilustre en la formación de los cánones*. No fué menos celebrado su nombre por una vindicación de los obispos de la península, que escribió por encargo del último concilio. El papa Honorio, por informes calumniosos los había hecho una reconvencción muy áspera porque no se oponían con fuerza á los avances de la heregía; y los virtuosos pastores, seguros en su conciencia de haber cumplido exactamente con las obligaciones de su ministerio, y considerando los perjuicios que puede traer consigo una calumnia cuando halla acogida en el superior, determinaron desengañar á la Santa Sede, á cuyo fin le remitieron las actas de los concilios anteriores, y la mencionada vindicación escrita por San Braulio, de la que afirmó el obispo D. Rodrigo que había causado grande admiración en Roma, por la hermosura de su estilo y la gravedad de sus sentencias.

El grande prestigio de San Braulio, la veneración que se tributaba á sus virtudes y la dócil deferencia que se prestaba á sus consejos, contribuyeron en gran parte á la felicidad temporal de la nación. Por su actividad y prudencia se libró ésta de una guerra civil desastrosa que amenazaba con la muerte del rey Chindasvinto, pues algunos ambiciosos por apoderarse del trono cuando aquella acaeciese, comenzaban á fomentar facciones tumultuarias; mas nuestro

Santo acudió con oportunidad á contener esta plaga, consiguiendo que dicho rey nombrase por sucesor á Recesvinto, como lo deseaban todos los buenos. Luego que el heredero subió al trono, no dudó valerse para el buen gobierno de la ayuda y consejos del Santo obispo. Le encargó la corrección de un eodice; mas estando tan defectuoso que, según el santo aseguraba, ménos trabajo habría costado escribirlo de nuevo, solo pudo hacerle algunas ligeras enmendaciones, y lo volvió al rey excusándose por sus muchas enfermedades, la falta de su vista y las graves atenciones que lo ocupaban; pero fué inútil el alegato, y tuvo al fin que ceder á las insinuaciones del monarca. Perfeccionó la obra con indecible trabajo, y aunque fué recibida con grande aceptación, no dejaba de pedir humildemente que le perdonasen las faltas que hubiese en ella, y que todos los aciertos se atribuyesen á aquel Señor que sabía desatar con oportunidad la lengua del animal mas rudo.

Fatigado con la penosa carga que por tanto tiempo había llevado con admirable firmeza y constancia, se rindió á los esfuerzos de una larga y molesta enfermedad, y con una dichosa muerte que acaeció por el año de 651, pasó á descansar á las mansiones celestiales. La falta tan considerable que este Santo prelado iba á hacer á la Iglesia, fué muy sentida y llorada por todos, aun de los que no estaban muy al alcance de tal pérdida. Su cuerpo fué sepultado con solemnidad en Santa María la Mayor, que al presente se llama del Pilar, en donde es venerado por todos los fieles, despues de una traslación que se verificó á los seiscientos años, del lugar de su sepultura al altar mayor de dicha iglesia.

La Epistola es de los capítulos XLIV y XLV de la Sabiduría. (Eclesiástico.) (pág. 199.)

He aquí un sacerdote grande que en sus días &c.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo (pág. 624.)

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta parábola: Un hombre que debía ir muy léjos &c.

MEDITACION.

Sobre la grandeza de Dios y nuestra pequeñez.

Considera que Dios es grande y solo su divina Magestad lo puede ser. Los hombres, si son grandes en una cosa, no lo son en otra.

Aquel es grande en su dignidad; pero no en su nacimiento; el otro lo es en su nacimiento, y no en su mérito. Uno será grande en valor; pero le faltará la prudencia. Dios es grande en todo; grande en sabiduría, grande en poder, grande en bondad y grande en santidad; y esta es la razón porque su grandeza es infinita. La grandeza de los hombres es frágil y mudable, depende de la idea y memoria de los hombres; si dan en olvidar ó menospreciar, acaba; pero la grandeza de Dios es inmutable, porque es independiente; aunque ignoremos ó olvidemos á Dios, no por eso es ménos grande. Los hombres solo son grandes por comparación. Un caballero parece grande comparado con su dependiente, pero comparado con un gran señor, es pequeño. Este gran señor, comparado con el rey, ¡qué poca cosa es! Y el mismo rey delante de Dios, ¡qué es sino nada? Solo Dios tiene grandeza absoluta, porque es soberano. Los hombres no son grandes por sí mismos. La grandeza de un rey procede de la multitud de sus vasallos; la de un general de ejército, de la multitud y valor de sus soldados; pero Dios es grande en sí mismo, porque en sí mismo tiene el principio de su grandeza, siéndole esta esencial, y por consiguiente infinita. Su divina Magestad es en sí misma tan grande, que le sobran los millones de mundos que dependen de él. Los grandes del mundo lo son solamente por nuestra ilusión. Nos parecen grandes, porque nosotros somos pequeños. Si creciésemos y llegásemos á ser grandes, ellos fueran pequeños. Mas aunque nosotros creciésemos á lo sumo, seríamos siempre pequeños delante de Dios. Las mas veces los hombres son grandes por nuestro error. Juzgamos por grandeza lo que no lo es, como las riquezas, las dignidades, y la multitud de dependientes; todo esto es una grandeza falsa, ó á lo ménos prestada; solo los méritos hacen la verdadera grandeza, y solo la virtud hace el verdadero mérito: está en la razón por la cual Dios es infinitamente grande, porque es infinitamente bueno ó infinitamente santo. La grandeza de los hombres es una grandeza que no dura mas que su vida ó la memoria de los hombres; todo esto acaba. La única diferencia que tienen es, que hacen mas ruido cuando mueren, porque caen de mas alto; pero en vos, Dios mio, vuestra grandeza subsiste siempre, porque os es esencial y no depende de nadie.

Considera que la grandeza que vemos en las criaturas, produce tres efectos en los hombres: estimacion, respeto y temor. Lo primero, la estimacion; el amor propio obra en esto de concierto con

el error, que nos hace mirar como mas perfectos los que vemos en esfera mas elevada; pero solo Dios es verdaderamente grande, porque solo su divina Magestad es sumamente perfecto: él, pues, y no otro, debe merecer nuestra estimacion. Cualquiera que estima por grande lo que no es Dios, es muy pequeño. Lo segundo, la grandeza nos inspira respeto: se tiene tanto respeto por la magestad de los reyes, que no nos atrevemos á decirles que les amamos. ¡Pues qué respeto deberemos á la Magestad de Dios en todo lugar presente! ¡Con qué reverencia debemos estar en los templos, llenos de la grandeza y magestad de Dios! En fin, la grandeza infunde temor; los grandes pueden mucho: cuando podemos mucho nos hacemos temer, porque podemos hacer mucho mal. El poder de los reyes se limita en su reino y en la vida; pero el poder de Dios no se limita con el universo, ni se cibe al tiempo, porque va y pasa á toda la eternidad. De esta razón concluyó el Salvador que no eran dignos de temerse los que solo pueden quitar la vida del cuerpo; pero al contrario, se debe temer mucho al que despues de haber quitado la vida al cuerpo, puede condenar al alma á pena eterna.

PETICION Y PROPÓSITOS.

La grandeza de Dios nos hace conocer nuestra suma pequeñez. Si Dios es infinitamente grande, nosotros somos infinitamente pequeños. Esto es por lo que mira á lo que somos de nosotros mismos; pero Dios nos dá el medio de hacernos verdaderamente grandes, porque nos hace capaces de gozarlo. Esto no quita que siempre seamos respecto de Dios, infinitamente pequeños; mas por lo que mira á nosotros, no hay duda que la gracia y la caridad nos hace grandes. Sin embargo, nunca alcanzaremos esta grandeza si no reconocemos nuestra suma pequeñez, nuestra miseria, nuestra nada. Así es, que para ser exaltados debemos humillarnos, como nos lo ordena el Señor. Sea este, pues, nuestro propósito, y pidamos á su Magestad nos conceda la verdadera humildad de corazón.

JACULATORIA.

¡Quién soy yo, Dios mio, para que te acuerdes de mí y me tengas en tu corazón?

LECCION.

Sobre los frutos del Espíritu Santo.

Explicados ya los dones del Espíritu Santo, resta que nos ocupemos de los frutos del mismo divino Espíritu. La caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longaninidad, la mansedumbre, la fé, la modestia, la continencia y la castidad son las obras del Espíritu Santo, opuestas, segun el Apóstol en su epístola á los galatas, á las obras de la carne: son los varios efectos de diversas virtudes producidas por ellas en el alma, especialmente por obra del Espíritu Santo, con el objeto de que merezcamos y consigamos por ellos el reino de Dios. Se llaman frutos del Espíritu Santo, porque confieren cierta suavidad al hombre, que obra por ellos en el alma, á la manera que una sazonada fruta de un árbol en la boca del que la come. Por otra parte, así como por sus frutos se conoce el árbol que los produce, así de los frutos del Espíritu Santo se puede conocer la bondad de los hombres, y de la falta de ellos su malicia. En los Proverbios se lee: El fruto del justo es árbol de vida. Y Jesucristo decía á los judíos, segun San Mateo: "Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura se cogen uvas de los espinos, ó higos de los aljibes? Así todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva malos frutos. No puede el árbol bueno llevar malos frutos, ni el árbol malo llevar frutos buenos. Todo árbol que no lleva buen fruto, será cortado y metido en el fuego. Así, pues, por los frutos de ellos los conoceréis. No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos." Y á sus discípulos, segun San Juan, decía el mismo Salvador: "No me elegisteis vosotros á mí; mas yo os elegí á vosotros, y os he puesto para que váyais y llevéis fruto y que permanezca vuestro fruto, para que os dé el Padre todo lo que pidiéreis en mi nombre."

La caridad entre los frutos del Espíritu Santo, ocupa el primer lugar, por ser el principal, el mas noble, y el que produce los demás. Esta virtud es el fruto del Espíritu Santo, que se difunde en nuestros corazones por el mismo Espíritu que se nos ha dado, por la cual amamos á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Sobre todas las cosas quiere decir, que preferamos su amor á todas las criaturas hasta perderlo todo, y aun has-

ta la misma vida por no ofenderlo. La caridad es el primer precepto expresado desde la antigua ley, en los términos mas expresos: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fortaleza. El ejercicio de este precepto, aunque á primera vista parezca árduo y difícil, no lo es en manera alguna. Este mandamiento, decía Moises, segun se nos refiere en el Deuteronomio, que yo te intimo hoy, no es sobre tí, ni puesto lejos, ni situado en el cielo, de manera que puedas decir: ¿Quién de nosotros puede subir al cielo para que nos lo traiga, y lo obedezcamos, y lo pongamos por obra? ni está puesto mas allá de la mar, para que te excuses y digas: ¿Quién de nosotros podrá pasar la mar, y traerlo hasta nosotros para que podamos oír y hacer lo que está mandado? Sino que está muy cerca de tí la palabra en tu boca y en tu corazón para que la ejecutes. . . . He puesto á tu vista la vida y el bien para que ames al Señor Dios tuyo, y andes en sus caminos y guardes sus mandamientos.

Como al tratar del primer precepto, y al ocuparnos de la virtud de la caridad, debe darse á esta materia tan importante toda la extension debida, solo diremos ahora que el amor á Dios y el fruto de la caridad, no es otra cosa que cierta complacencia, congratulación y aplauso, al considerar que Dios es el cúmulo de todas las perfecciones, cierta estimación y aprecio con que amamos la infinita bondad de Dios y todas sus otras perfecciones sobre todo lo criado, sin exceptuar nuestro honor, fortuna y vida; de manera que el que ama á Dios con perfecto amor, procure con mas empeño agradarle, que poseer cualquier otro bien, y conservarse limpio de todo pecado mortal, no obstante cualquier detrimento ó molestia que pueda sobrevenirle. Cualquiera, pues, que por especial gracia de Dios lo ama de este modo y estima su buena gracia y su amistad, teniendo su voluntad preparada de tal modo, que le desee toda gloria, todo honor, toda alabanza, y los obsequios todos de las criaturas, éste indudablemente ama á Dios; no obstante que en su alma sufra aquella aridez, frialdad, distracciones y aun tentaciones extraordinarias contra la castidad, la fé y otras virtudes, que permite el Señor muchas veces para probar á las almas y disponerlas si se mantienen firmes ó imperturbables, sin consentir en las tentaciones ni desmayar en su santo servicio por aquellos motivos, para que puedan recibir la suavidad y deleite de la caridad misma, fruto precioso del Espíritu Santo. En cuanto al amor del prójimo, ya

está marcado por la ley el término hasta donde debe extenderse: Amarás á tu prójimo como á tí mismo; y el Apóstol San Juan nos excita con el ejemplo de Jesucristo, cuando dice: En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso su vida por nosotros, y nosotros debemos poner nuestra vida por los hermanos. . . . Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos. . . . Si alguno dijere: Yo amo á Dios, y aborreciere á su hermano, mentiroso es. . . . Porque quien no ama á su hermano, á quien ve, cómo puede amar á Dios, á quien no ve?

El gozo es el segundo fruto del Espíritu Santo, que nace de la conciencia serena, santa y purgada ya de los pecados, de los vicios y de las perturbaciones del alma: A mi oído darás gozo y alegría, exclamaba David, y se regocijarán mis huesos abatidos. Hablando el Señor á sus discípulos, anunciándoles las aficciones que habian de sufrir, y la venida del Espíritu Santo, les dice, segun nos refiere San Juan: Vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza; mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón; y ninguno os quitará vuestro gozo. . . . Hasta aquí no habeis pedido nada en mi nombre. Pedid, y recibireis, para que vuestro gozo sea cumplido. Esta promesa se cumplió como el Señor la habia predicho. En los Hechos de los Apóstoles se lee: Y los discípulos estaban llenos de gozo y de Espíritu Santo. Escribiendo San Pablo á los romanos, les dice: Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, y paz y gozo en el Espíritu Santo. . . . El Dios de la esperanza os colme de todo gozo, y de paz en el creer, para que abundeis en esperanza y en la virtud del Espíritu Santo. A los filipenses escribe: Gozaos siempre en el Señor; otra vez digo, gozaos. A los tesalonicenses habla así: Vosotros os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, recibiendo la palabra con mucha tribulación, con gozo del Espíritu Santo. Explicando Santiago este gozo espiritual, se expresa de este modo: Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando fuereis envueltos en diversas tribulaciones: sabiendo que la prueba de vuestra fé otra paciencia. . . . Acercaos á Dios, y él os acercará á vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y los que sois de ánimo doble, purificad los corazones. Aflijos, y lamentad y llorad: conviértase vuestra risa en llanto, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos en la presencia del Señor, y él os consolará.

Para conseguir, pues, este gozo imperturbable y esta inalterable tranquilidad que admiramos en las almas justas, y que en vano

quiere imitar el filósofo estoico, no tenemos otro medio mas seguro, que vivir siempre bien y ser constantes en el camino de la rectitud y la justicia: Conoci, dice Salomon en el Eclesiastés, que no habia mejor cosa que alegrarse y hacer bien en su vida; y en el Eclesiástico se lee: El temor del Señor deleitará el corazón y dará alegría y prolongará los dias de la vida. Es tambien necesario despreciar los vanos gozos del mundo y alegrías locas de la tierra, porque vencer los deleites, dice San Cipriano, es el mayor gozo, puesto que no hay mayor victoria que la que se adquiere venciendo los placeres y las delicias. Finalmente, es preciso persuadirnos de que los gozos del mundo y las satisfacciones terrenas, á mas de ser tan momentáneas como un relámpago, y que sobre las huellas de un placer fugitivo estampa siempre sus pesadas plantas el dolor, jamas son gozos verdaderos y contentos sólidos. Esto sé desde el principio, decía el pacientísimo Job, desde que el hombre efué puesto sobre la tierra, que es breve la alabanza de los ímpios y el gozo del hipócrita, de un momento. Si subiera hasta el cielo su soberbia, y su cabeza tocara con las nubes, será arrojado al fin como basura; y los que le habian visto dirán: ¿Dónde está? Como sueño que vuela no será hallado; pasará como vision nocturna. El ojo que le habia visto, no le verá, ni su lugar le verá mas. Sus hijos serán consumidos de pobreza, y sus manos le retornarán su dolor. Los huesos se llenarán de los vicios de su mocedad, y con él dormirán en el polvo. San Crisóstomo enseña, que los gozos del mundo producen la tristeza, mientras que los gozos espirituales duran y se aumentan. Es bueno, dice, semejante gozo, mayor alegría que toda otra mundana, y semejante llanto se debe anteponer á los gozos pasajeros. Entristezcámonos mas bien con la tristeza que produce el gozo, que no gozar de una alegría que nos conduce al llanto, ni busquemos las delicias que nos atraen la tribulación y la angustia. Los límites del gozo los ocupa el llanto. Si el hombre viviere muchos años, dice el Eclesiastés, y en todos ellos se alegrare, se debe acordar del tiempo tenebroso y de los dias largos; pues cuando vinieren ellos serán convencidos de vanidad de las cosas pasadas. Alegrate, pues, muchacho en tu mocedad, y en bien esté tu corazón en los dias de tu juventud, y anda por los caminos de tu corazón y por las miradas de tus ojos; pero sabe que por todas estas cosas te traerá Dios á juicio. Aparta la ira de tu corazón, y aleja la malicia de tu carne, porque la mocedad y el deleite son cosas vanas.

Con lo que manifiesta cuán peligrosos son los goces y los deleites del mundo.

Véamos pues, y examinemos con cuidado, en qué se distinguen y cuáles son las diferencias mas notables del gozo espiritual, comparado con el mundano. Los hombres hacen constituir su gozo y su placer en las criaturas, las que pronto terminan ó varían; mas los justos se gozan en el Señor, que incapaz de mutacion alguna, es igualmente eterno. Por eso dice San Bernardo: "Solo aquel es verdadero y único gozo que no tiene origen en la criatura, sino que se concibe del Criador, y que cuando se posee, nadie puede quitárnoslo; aquel con quien comparada toda otra cualquiera alegría puede llamarse tristeza; toda suavidad puede tenerse por dolor; toda dulzura por amargura; toda hermosura por fealdad; y en una palabra, todo lo que es capaz de deleitar, por molestia." De lo dicho, se puede conocer la diferencia del gozo á que nos excita el Apóstol, y del que quiere nos separemos: quiere, pues, que nos apartemos de la alegría mundana que nos perjudica y nos estimula á que nos esforcemos á conseguir el gozo espiritual, fruto precioso de la caridad que infunde en nuestra alma el Espíritu Santo, y que es una prueba de una buena conciencia y de una alma tranquila, que aun que se aflige al considerar sus culpas y miseria, sin embargo, confiada en la misericordia divina, se goza en el Señor en medio de las tribulaciones y persecuciones.

DIA VEINTE Y SIETE.

San Ruperto Obispo.

En fines del siglo VII floreció San Ruperto, ó por otro nombre Roberto, que era frances de nacimiento y descendiente de la familia real. Se educó en la práctica de la virtud desde muy niño, y desde entonces hizo rápidos progresos en la santidad. Mortificaba su cuerpo con ayunos continuos; con crueles disciplinas y con todo género de penitencias, para no dar lugar á la tibieza ni á pensamientos impuros que mancharan su castidad, la que procuró conservar en toda su pureza.

En poco tiempo se hizo un hombre ilustre por su santidad, y por este motivo lo solicitaban gentes de lejanas tierras para conocerle y



S. Martin Muerto



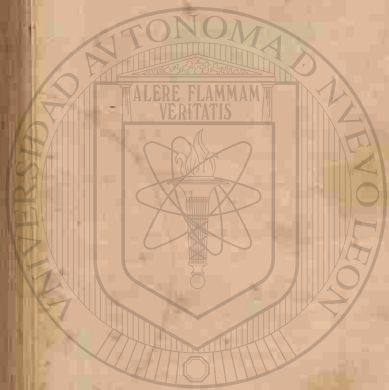
S. Ruperto Obispo



S. Sixto Papa



S. Anselmo Abad



consultar con él los negocios de conciencia que les afligian. Ruperto consolaba á todos, los sacaba de sus dudas, y los guiaba por el camino mas seguro para alcanzar la vida eterna; y sobre todo era extraordinaria su caridad para con los necesitados. Estas virtudes lo hicieron digno de ocupar la silla episcopal de Worms, cuyo pueblo estaba sumergido en los errores y supersticiones del paganismo. Procuró corregir los abusos que encontró en sus feligreses, ya con su ejemplo edificante, ya con su predicacion, ya procurando convencer en lo particular aquellas gentes en que habia echado profundas raices la falsa creencia; mas el pueblo se resistió tenazmente á la destruccion de sus ídolos, y por haberlo intentado Ruperto sufrió una cruel persecucion: lo ultrajaron de mil maneras, lo apalearon, y por último lo echaron fuera de la ciudad.

Arrojado nuestro santo de Worms emprendió su viage á Roma, y de allí pasó á Ratisbona en el año 697, porque Theodon, duque de Baviera, que habia oído hablar de las grandes virtudes de Ruperto, le habia ofrecido un asilo en aquel lugar, contra la persecucion de los supersticiosos de Worms. En este pais se habia plantado ya la religion católica hacia doscientos años; pero relajándose las costumbres paulatinamente, volvieron aquellas gentes al desorden del paganismo. El mismo duque Theodon y su hermana Bagintrudis, eran de la religion pagana, y Ruperto comenzó sus tareas apostólicas, por la conversion de estos dos, considerando que así le seria mas fácil conseguir la de los demas.

En efecto, Bagintrudis fué la primera á quien iluminó la luz del Evangelio, y ésta ayudó mucho para la conversion de su hermano y de todo el pueblo, á quien Ruperto, con algunos sacerdotes que habia llevado en su compañía, predicaba diariamente las verdades de la santa religion. Ya que todos los habitantes de Ratisbona estaban dispuestos á recibir el bautismo, dispuso un ayuno general, y despues se regeneraron en la fé Theodon, los Sres. del lugar y todo el pueblo. Planteada la religion en este lugar, su grande celo llevó á Ruperto á otros lugares, se estableció en Lanreacum, llamada despues Lorch, donde con su predicacion y sus milagros convirtió un gran número de infieles, y de allí pasó á Juvavia, que hoy tiene el nombre de Salzburgo, que estaba destinada por Dios para segunda silla episcopal de nuestro santo.

Theodon hizo cuantiosas donaciones á Ruperto, y éste las invirtió en reedificar la ciudad, que á su ingreso casi estaba destruida, y

desde entonces tomó el nombre de Salzburgo. Nuestro santo se ocupó además en edificar muchas iglesias, y fundó ricos monasterios, plantando el culto católico con toda la decencia de que es digno su objeto, porque veía las riquezas y comodidades suyas con mucho desprecio; pero procuraba que todo se convirtiera en el mejor servicio de Dios: no fué menos zeloso del culto cristiano el hijo de Theodon, llamado Theodobero ó Dioptero, que aumentó considerablemente las rentas de la Iglesia y de los monasterios, que Ruperto supo distribuir con bastante tino, para que no se viera en unos la ostentación y el lujo, y en otros la miseria. Entre las iglesias que edificó fué la principal la de San Pedro, en donde fijó su silla, estableciendo para el culto divino una comunidad eclesiástica de monges, y este fué el origen de la célebre abadía de San Pedro Salzburgo.

Habiéndose aumentado en esta ciudad el número de los fieles, era preciso que se aumentara también el de los pastores; y persuadido de esta verdad nuestro santo, emprendió un viage á Francia, de donde trajo doce misioneros que estableció en Salzburgo, para que administrasen los sacramentos y predicaran la santa doctrina. También trajo consigo á santa Eretrudis, sobrina suya, que se consagró á Dios en el estado de perfecta virginidad; y fundó un monasterio de monjas llamado Numburg, que erigió Ruperto, donde á poco tiempo se vieron muchas personas que la imitaran. Todo el tiempo que estuvo Ruperto en la silla de Salzburgo, trabajó incesantemente en la conversión de los infieles, en el fomento del culto y en el arreglo de las costumbres, y murió por fin el 27 de Marzo que fué la pascua de Resurrección de aquel año de 718, acabando de decir misa y de predicar. Sus reliquias se veneran en una iglesia edificada á su culto en la misma ciudad, de donde han sido trasladadas á la Austria y á la Baviera.

La Epístola es del capítulo V de la de San Pablo á los hebreos.

Hermanos: Todo pontífice entresacado de los hombres, es puesto para beneficio de los hombres, en lo que mira á Dios, á fin de que ofrezca dones y sacrificios por los pecados, el cual sepa condolerse de aquellos que ignoran y erran, como quien se halla igualmente rodeado de miserias; y por esta razón debe ofrecer sacrificios en descuento de los pecados, no menos por los suyos propios que por los del pueblo. Ni nadie se apropia esta dignidad, si no es llamado Dios como Aaron.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Marcos.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Estad alerta, velad y orad, porque no sabéis cuando será el tiempo. A la manera de un hombre que saliendo á un viage largo dejó su casa, y señaló á cada uno de sus criados lo que había de hacer, y mandó al portero que velase. Velad, pues, porque no sabéis cuando vendrá el dueño de la casa, si á la tarde ó á la media noche, ó al canto del gallo, ó al amanecer: no sea que viniendo de repente, os encuentre dormidos. En fin, lo que á vosotros os digo, á todos lo digo: Velad.

MEDITACION.

Sobre las pasiones que ocasionan la deshonestidad.

Considera que el demonio que tienta á la deshonestidad, queriendo hacerse dueño del corazón de una persona honesta y temerosa de Dios, hace con poca diferencia, como un capitán, que recelando no poder ganar una plaza por la fuerza, negocia en ella inteligencias secretas. De este mismo modo el demonio de la impureza se sirve de ciertas pasiones que parecen en sí mismas inocentes, y no dan sospechas de estar unidas con él, con la seguridad, de que á favor de estas pasiones, con las cuales tiene inteligencia secreta, entrará en un corazón que no está muy vigilante, y se hará infaliblemente su dueño. Estas pasiones son la vanidad, la curiosidad y la presunción. ¿Qué puede haber al parecer menos peligroso, que estas pasiones? ¿Qué puede haber al parecer menos conforme al pecado de deshonestidad? Y no obstante son las tres que establecen el reinado de la deshonestidad en el mundo. ¿Cuántas veces la vanidad que debía al parecer servir á las mugeres para conservar su honestidad, se la ha hecho perder! Una muger vana desea con exceso agradar á los hombres. Cuando desea tanto agradarles, no se disgusta de ser amada; y cuando una pretende ser amada, cerca está de amar; un corazón que está en esta disposición no es muy casto. Por otra parte, cuando una muger es vana y escucha al que sabe lisonjear su vanidad con equívocos, le cuesta gran trabajo despedir á un hombre, cuyo cortejo le hace honra, y cuyo mérito ó distinción hace brillar el suyo, aunque vea bien que sus intenciones no sean las mas inocentes. ¿Pues cómo puede ser casta, si lo tolera, conociendo que las intenciones de éste no lo son? Pero quan-

do lo fuesen puede no ser culpada? ¿No es delincuente desde que trata de agradar á un hombre que sabe que no le puede agradar sin que él sea delincuente? ¿Se puede, sin gran desórden, sufrir conservar la asistencia de un hombre, de quien se sabe que con esto se conservan deseos, y esperanzas no legítimas?

Considera que la segunda pasión, que no parece tener relacion con el pecado de deshonestidad, y que se la da entrada en muchos corazones, es la curiosidad que hace leer libros peligrosos. Nada hay mas funesto á la inocencia y pureza de la mocedad, que estos libros de galantería, que con el pretexto de la elegancia del lenguaje corrompen las costumbres, y que haciendo perder el espíritu de devocion, temor de Dios y pureza del corazon, que es el fruto de este género de lecturas, disponen insensiblemente á la pérdida de la castidad. La tercera pasión que no parece peligrosa, mas antes al parecer tiene menos conexion con el pecado de la deshonestidad, es la presuncion, y sin embargo, esta es la que ordinariamente pone en él á todo género de almas, puras é inocentes. Presúmesse de su virtud, no se temen las ocasiones mas peligrosas, se echan en ellas con temeridad, se mantienen sin precaucion, y con esto se cae en el pecado con mayor facilidad. Todo se debe temer, quando no se teme, y nunca se debe contar menos sobre su virtud, que quando se presume de ella. Quitadme, Señor, esta seguridad presumida que segun dijiste, es señal y causa mas infalible de mi próxima ruina; pero ¡ay! que si he caído tantas veces, es que me juzgaba incapaz de caer! Efecto es esto de mi soberbia; dame, Señor, un corazon humilde que custodie los bienes de mi alma; y no me entregues á un espíritu de irreverencia y desenfreno.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Es en efecto este ánimo irreverente y desenfrenado el que nos precipita en muchos pecados, y principalmente en la deshonestidad. Por eso pedía Salomon al Señor lo librarse de este espíritu, y la misma petición debemos hacer nosotros á toda hora. Animo irreverente es aquel que no teme á Dios, ni considera la persona del prójimo; y ánimo desenfrenado es aquel que abandona las reglas de la modestia y del recato, y traspasa los preceptos de la ley. Un hombre, pues, que se halle poseído de este pésimo espíritu, ¿cómo guardará la castidad y observará la honestidad debida? La modestia y recato de sus prójimos es para él un objeto de insulto; y

tiene su gloria en derrocarla por medio del escándalo, haciendo víctimas de su desenfreno la inocencia y virtud de sus hermanos. No seamos así nosotros; respetemos siempre á nuestro prójimo, y seamos escrupulosos en no darle ocasion alguna de pecado, como nos ordena el Apóstol. Temamos á Dios que nos ve en todas partes, fondee nuestros corazones, y descubre hasta el mas imperceptible de nuestros afectos; y pidámonse nos conceda el don inestimable de la castidad, para que seamos dignos templos del Espíritu Santo.

JACULATORIA.

Haz, Señor, que nuestra modestia sea tal que nos distingamos por ella, y se haga notoria á todos nuestros hermanos.

LECCION.

Sobre los frutos del Espíritu Santo.

La paz interior del alma es el tercero de los frutos del Espíritu Santo, que bondadosamente franquea á aquellos fieles, que libres ya de las perturbaciones del alma, se sientan esentos del error y del pecado, encuentran su gozo en las tribulaciones, que miran como una suave pena de sus culpas, y comienzan á disfrutar en cierto modo de la tranquilidad y de la inalterable paz de los cielos, haciéndose ya participantes de la gracia y de la amistad de Dios, y pudiendo decir con David: *En paz dormiré juntamente, y reposaré, porque tú, Señor, singularmente me has afirmado en la esperanza.* Por el contrario, hay quebranto y calamidad en los ánimos de los hijos de los hombres, y no conocieron el camino de la paz; no hay temor de Dios delante de sus ojos. La importancia de este fruto apreciable de la paz, y el empeño con que debemos buscarla, nos lo manifiesta el mismo profeta cuando dice: *Guarda tu lengua de lo malo, y tus labios no hablen engaño. Apártate de lo malo, y haz lo bueno, busca la paz y véte tras ella.... Los mansos heredarán la tierra, y se deleitarán en muchedumbre de paz.... Siete veces al día te he dicho alabanza por los juicios de tu justicia; mucha paz para los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo. Hijo mio, se lee en los Proverbios, no olvides mi ley, y guarda tu corazon mis preceptos, porque ellos te añadirán largos días y años de vida y de paz.... No declines á la diestra ni á la siniestra, aparta tu pie de lo malo, porque*

el Señor: *conoce los caminos que están á la derecha y los que están á la izquierda son torcidos. Mas él enderezará tus carreras y guiará tus caminos en paz.... Engaño hay en el corazón de los que piensan males; mas á los que tratan consejos de paz, los sigue el gozo.... Quien vitupera alguna cosa; él mismo se obliga para lo futuro; mas el que teme el precepto, en paz vivirá.*

El único medio para conseguir esta paz inapreciable, es, pues, seguir el sendero de la justicia, porque en vano buscan la paz los impíos y los que obran mal. Por eso esclama David: *No hay santidad en mi carne á causa de tu ira; no hay paz en mis huesos á causa de mis pecados.* Y para manifestar la íntima union de la paz con la justicia, dice: *La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron. Obra de la justicia, dice Isaías, será la paz, y cultivo de la justicia el silencio.... Ojalá hubiera atendido mis mandamientos, dice el Señor por el mismo Profeta, tu paz hubiera sido como un río, y tu justicia como remolinos del mar.... No hay paz para los impíos, dice el Señor, porque ellos siguen sus perversos deseos que producen guerras, convulsiones y disturbios, tanto en lo interior de sus almas, como en el seno de las repúblicas, y por la justicia del Altísimo, cuando siembran iniquidades solo se cosechan aflicción y dolores.* Entre las muchas aflicciones del alma, dice San Gregorio, y entre las innumerables molestias y aflicciones que nos rodean, ninguna hay mayor que el gusano roedor de la conciencia de nuestros delitos, sin que le quede otro recurso al pecador, que recurrir á Dios, único consuelo de los cristianos, y quien solo puede darnos la paz y la tranquilidad de nuestra alma. Por eso pedía Isaías: *Venga la paz, repose en su lecho el que anduvo en su rectitud.*

La manifestacion mas clara de este fruto precioso del Espíritu Santo, nos la da por el Evangelista San Juan el mismo Salvador, cuando dice: *El Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas.... La paz os dejo, mi paz os doy, no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde.* El Apóstol San Pablo dice á los efesios: *El mismo Jesucristo es nuestra paz.... Y viniendo evangelizo paz á vosotros que estabais lejos, y paz á aquellos que estaban cerca.* Por último, la suavidad de esta paz la da á enten-

der el mismo, hablando á los filipenses: *Y la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, guarde vuestros corazones.* En efecto, dice San Ambrosio, la paz que tiene el alma santa, y que estriba en la tranquilidad de la conciencia es tal, que aunque no hubiese concedido Dios otra gracia que ésta, ella sola sería suficiente para excitarnos á sufrir los mayores trabajos y penalidades por conseguirla. Toda pena es despreciable, decía San Tiburcio en medio de los mas cruesos tormentos, si tenemos por compañera una conciencia pura.

El cuarto fruto del Espíritu Santo es la paciencia, por la cual prudente y pacientemente sufrimos y sobrellevamos las adversidades de esta vida, y principalmente las flaquezas de nuestros prójimos. Necesitamos de la paciencia no solo para merecer la gloria prometida á los que pelean fuertemente, sino tambien para conservar la paz de que antes hemos hablado, á fin de que podamos servir á Dios; porque la paz de los cristianos no debe mirarse solo en el ataque de los enemigos, sino en el sosten y en las continuas victorias de las perturbaciones del ánimo, en que por explicarnos así, el hombre no se porta contra los enemigos del alma de un modo agresivo, sino defensivo, sosteniendo con un sufrimiento incansable, las desgracias y trabajos con que procuran hacerle perder la paciencia, y de consiguiente el mérito que adquiere con ella. Así lo enseñan Tertuliano y San Cipriano. Si se trata del modo de vencer á los enemigos que nos han perjudicado, no hay un modo mas eficaz que la misma paciencia; porque si herido por alguno te dueles ó impacientas, él te ha vencido; si lo sufres pacientemente obras bien, y tú has vencido. *Tú, alma mía, decía David, estate sujeta á Dios, porque de él es mi paciencia.... Porqué tú eres mi paciencia, Señor, mi esperanza desde mi juventud.* Explicando Jesus el reino de Dios por la parábola de la simiente, dice segun San Lucas: *La semilla cayó en buena tierra para los que oyendo la palabra de Dios con corazón bueno y muy sano, la retienen y llevan fruto en paciencia.... Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.* San Pablo decía á los romanos: *Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba esperanza.* A los de Tesalónica: *El Señor enderece vuestros corazones en el amor de Dios y en la paciencia de Cristo. Y á los hebreos: Os es necesaria la paciencia, para que haciendo la voluntad de Dios*

alcancen la promesa. El Apóstol Santiago nos amonesta: *Tened paciencia, hermanos míos, hasta la venida del Señor.... Tomad por ejemplo del fin que tiene la aflicción, el trabajo y la paciencia, á los Profetas que hablaron en el nombre del Señor.* Finalmente, San Juan en el Apocalipsis nos enseña: *El que hiciere á otro esclavo, en esclavitud parará; quien con cuchillo matare, con cuchillo es preciso que muera. Aquí está la paciencia y la fe de los santos.*

La benignidad es otro de los frutos del Espíritu Santo, que hace al hombre suave y benigno en las conversaciones, en las acciones, al hablar y al responder. De donde resulta que puede un hombre ser bueno y benéfico, sin ser benigno, cuando su carácter y modo de obrar es rudo y agreste, defectos que contraría la benignidad para inclinar su genio y su conversacion á la apacibilidad, humanidad y dulzura de palabras y costumbres. La benignidad es un indicio de santidad y de la posesion del Espíritu Santo, que como se lee en el libro de la Sabiduría, es suave y benigno. El Salmista dice: *La verdad nació de la tierra, y la justicia miró desde el cielo, porque el Señor dará su benignidad, y nuestra tierra producirá su fruto.* El Apóstol amonesta á los colosenses: *Vosotros, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, revestidos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriendo los unos á los otros, y perdonandoos mutuamente si alguno tiene queja del otro: así como el Señor os condenó á vosotros, así también vosotros.* Y á su discípulo Timoteo le advierte: *Porque habrá hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altivos.... incontinentes, crueles, sin benignidad.* Huye también de éstos.

La bondad es el sexto de los frutos del Espíritu Santo, y no es esta otra cosa que aquel afecto benévolo que procede del Espíritu divino para beneficiar al prójimo, por lo que es lo mismo que la beneficencia, virtud de que nos dió tantos ejemplos el Salvador, pues como predicaba San Pedro, según nos refieren los Hechos de los Apóstoles: *Vosotros sabéis, dijo, hablando de Jesús, como Dios le ungió de Espíritu Santo y de virtud, el cual anduvo beneficiando y sanando á todas las apriadas.* Por eso el Salmista pedía al Señor esta virtud con instancia, cuando exclamaba: *Enseñame bondad, y doctrina y ciencia porque á tus mandamientos he creído. Antes de ser humillado yo delinqué; por esto he guardado tu palabra. Bueno eres tú,*

y en tu bondad enseñame tus justificaciones. Se ha multiplicado sobre mí la maldad de los soberbios; mas yo de todo mi corazón escudriñaré tus mandamientos. Mirad, pues, decía San Pablo á los romanos, *la bondad y la severidad de Dios; la severidad para con aquellos que cayeron, y la bondad de Dios para contigo, si permanecieris en la bondad.* Y á los efesios les escribía: *En otro tiempo érais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor. Andad como hijos de luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, y en justicia, y en verdad, aprobando lo que es agradable á Dios.*

El séptimo fruto del Espíritu Santo es la longanimidad, que es la grandeza y constancia de ánimo en las adversidades: virtud de que tenemos tantos ejemplares en el Antiguo y Nuevo Testamento, desde el pacientísimo Job hasta los Macabeos, y desde Jesucristo en su pasión, y su constante Madre, hasta los últimos héroes de la religion cristiana, cuya grandeza y constancia admiráramos en el catálogo de sus vidas, que contiene este Año cristiano. El Apóstol San Pablo así exhorta á los romanos: *No demos á nadie ocasion de escándalo, porque no sea vituperado nuestro ministerio; antes en todas cosas nos mostremos como ministros de Dios en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en sediciones, en trabajos, en vigílias, en ayunos, en pureza, en ciencia, en longanimidad, en mansedumbre, en Espíritu Santo, en caridad no fingida, en palabra de verdad, en virtud de Dios, por armas de justicia á diestro y á siniestro.* A los colosenses así les escribe: *No cesamos de orar por vosotros.... para que audéis dignos de Dios, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en la ciencia de Dios, siendo confortados en toda virtud, según el poder de su gloria en toda paciencia y longanimidad con gozo.* Finalmente, á su discípulo Timoteo, escribía los preceptos prácticos mas sublimes con respecto á esta virtud, en estos términos: *Tú ya has comprendido mi doctrina, institución, intento, fe, longanimidad, caridad, paciencia, persecuciones, vejaciones, cuales me fueron hechas.... y que he sufrido, y de todas las cuales me libró el Señor. Y todos los que quieran vivir piadosamente en Jesucristo padecerán persecucion; mas los hombres malos é inoportunos irán en peor, errando y metiendo á otros en error. Mas tú persevera en las cosas que has aprendido y se te han encomendado, y que desde la*

niñez aprendiste las sagradas letras que te pueden hacer sabio para la salud por la fe que es en Jesucristo.

DIA VEINTE Y OCHO.

San Sixto III, papa.

El Santo pontífice Sixto III nació en Roma, y aunque no se sabe con certeza el año de su nacimiento, se cree con bastante fundamento que fué á fines del siglo IV. Los autores que hablan de su vida nada nos dicen de su niñez ni de los primeros años de su juventud; pero como estos mismos historiadores aseguran que cuando llegó á ser sacerdote de Roma, ya era sugeto de suma importancia y admiraba por su extraordinaria santidad, es muy verosímil que en los primeros años de su edad se ejercitara en la virtud, porque no es creíble que desecente pasara al último extremo de perfección.

El lugar tan distinguido que S. Sixto ocupaba en el clero de Roma, hizo que lo calunniaran los pelagianos de la Africa, diciendo que protegía su secta; porque así creían estos hereges darle mas impulso á sus doctrinas novadoras, asegurando que tenían el apoyo de aquel grande hombre; pero conociendo nuestro Santo las intenciones dañadas de estos hereges, se apresuró en desmentir en público la atroz calumnia que le imputaban, para desengañar de esta manera á las sencillas gentes á quien pudieran haber alucinado. Después de que el papa Zozimo condenó á los pelagianos, S. Sixto fué el primero que los excomulgó, en testimonio de que no estaba coludido con ellos. Además, S. Agustín le escribió dos cartas, felicitándole por su celo en defender la pureza de la fe, y tributando grandes elogios al Tratado que habia compuesto en favor de la gracia de Jesucristo, atacada por los pelagianos.

En el año 432 murió el pontífice Celestino, y el clero de Roma consideró que ningún otro sugeto podría llenar su lugar sino Sixto, á quien tanto recomendaban su saber, sus virtudes, y la firmeza de ánimo que siempre habia manifestado para combatir las heregias de su época. No se equivocó el clero de Roma en el concepto que habia formado de Sixto, porque este gran pontífice correspondió á sus deseos. Escribió á Nestorio, caudillo de una secta que llevaba su nombre y que procuraba extender en los cristianos, haciendo refor-

mas perniciosas en la creencia católica; y aunque se afaná mucho en separarlo de sus errores, no pudo conseguirlo, porque el orgulloso herege estaba mas satisfecho con los aplausos de sus sectarios que con las verdades que Sixto le habló repetidas ocasiones.

No sucedió lo mismo á nuestro Santo en la reconciliación que intentó entre los obispos orientales y S. Cirilo, para lo que cooperó mucho la humildad y buenas disposiciones de este Santo obispo, por lo cual vió Sixto restablecida la pureza de la disciplina eclesiástica entre los orientales, que olvidaron la division que antes los tenia separados. Era preciso que un pontífice de tantas virtudes que combatía los abusos, tuviera algunos enemigos entre aquellos amantes al desórden. En efecto, Basilio que era caballero romano, calumnió gravemente á nuestro Santo; pero este manso cordero en vez de tener algun sentimiento de su calumniador, lo absolvió de la excomunion que fulminó contra él un concilio que se formó de cincuenta y seis obispos con el objeto de conocer estos delitos que se le imputaban, y viendo que ya habia abjurado sus errores y daba muestras de arrepentimiento, lo asistió personalmente en su última enfermedad, y habiendo muerto lo sepultó con sus propias manos. Un obispo arriano llamado Juliano quiso engañar á Sixto manifestándole un falso arrepentimiento de sus errores y deseos de volver al gremio de la Iglesia católica, de donde se habia apartado por sus heregias; pero nuestro Santo conociendo que Juliano no lo movía otra cosa que el deseo de volver á su silla episcopal para diseminar los errores de su secta, no se alucinó con su hipocresía, y no quiso admitirlo.

A mas del cuidado pastoral de Sixto y de su grande celo por la observancia exacta de la disciplina eclesiástica, manifestó tambien su afecto por el aumento del culto en las iglesias. Reedificó la antigua Basílica de Liberio, que despues tuvo el nombre de Santa María la Mayor, á la que donó un altar de plata y unos vasos sagrados con otros paramentos para su mejor servicio, fundando una renta perpétua de una cantidad considerable para que se conservara el culto en todo su esplendor. Tambien extendió su liberalidad á otras iglesias, empleando en esto lo que le tocaba de sus rentas, y por fin murió en 28 de Marzo del año 440, despues de haber gobernado la Iglesia ocho años. Su cadáver fué sepultado en las catacumbas de S. Lorenzo debajo del camino de Tivoli.

La Epistola es del capítulo XIII de la del Apóstol S. Pablo á los hebreos (pág. 568).

Hermanos: Acordaos de vuestros prelados, &c.

El Evangelio es del capítulo XI de S. Lucas (pág. 569).

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Ninguno enciende una candelá &c.

MEDITACION.

Sobre la necesidad de la oracion para que nuestra fé no se debilite.

Considera cuán poca es la fé que hay entre los cristianos, y que de esto depende la mayor parte de nuestros desórdenes, el olvido de Dios y la negligencia de nuestra salvacion. No es que nos falte enteramente la fé, ó que se ñuden positivamente las verdades de nuestra religion ó las máximas del Evangelio; suponemos estas verdades sin crearlas con una fé viva, no profundizamos en ellas ni las penetramos; siendo así que para hacer á nuestra fé viva y activa, son menester las serias reflexiones que se hacen en la oracion. Es muy difícil que siendo tan importantes como son, no hagan grande impresion en nuestras almas y corazones cuando pensamos bien en ellas, obligándonos en consecuencia á poner las manos en la obra, y á trabajar en la reformation de nuestras costumbres; y siendo la meditacion la que nos hace penetrar y gustar de estas verdades, se puede decir que así como la falta de fé es el origen de la mayor parte de los pecados de los cristianos, así el origen de esta poca fé es el poco cuidado que se tiene de meditar las verdades importantes de la salvacion. La mayor parte de los hombres pecan porque viven sin hacer reflexion. Es casi imposible salir bien de un negocio importante que tiene grandes dificultades en sí mismo, y grande oposicion de enemigos poderosos, vigilantes y artificiosos, si no se piensa en él muy seriamente, y no se buscan los medios de vencer los obstáculos que se oponen y romper las medidas de los enemigos que le contradicen. El cuidado de la salvacion es de suma importancia; pues de nada ménos se trata que de una dicha ó desgracia eterna; tiene las grandes dificultades de lo corrompido de nuestro corazón, de lo débil de nuestra voluntad, de la ceguedad de nuestro espíritu, de la fuerza de nuestras pasiones y malas costumbres, y de

la multitud de ocasiones peligrosas en que nos hallamos. Por otra parte, nuestros enemigos mundo, demonio y carne, son muy poderosos, muy vigilantes, y de grande artificio. ¿Pues cómo nos podemos prometer feliz suceso en un negocio tan difícil, sin aplicar una atencion particular á observarnos á nosotros mismos y á todas nuestras acciones, y á descubrir todos los artificios de nuestros enemigos, y los tropiezos que nos ponen? Y esto es lo que hace la meditacion.

Considera que el demonio, que no ignora lo importante que es esta para nuestra salvacion, sugiere muchos vanos pretextos para apartarnos de este ejercicio; los unos dan por disculpa la multitud de negocios que no les dejan lugar para la meditacion; ¡discurso frívolo! ¿Hay acaso cosa mas importante que nuestra salvacion? ¿Puede discurrir así un cristiano? ¿Puede imaginarlo? Si la meditacion es medio necesario para salvarse, por mas ocupado que esté, ¿puede tener valor de omitirla? Otros dan por excusa la vileza de su espíritu y de su imaginacion, que les impossibilita fijarse en ningun objeto; pero aunque fuese así, y que estos mismos no pudiesen hacer una larga meditacion, podrian á lo ménos hacer algunas reflexiones: cuando tienen una dependencia de importancia, piensan los medios que les puedan ayudar para aplicarlos; los obstáculos que se les puedan ofrecer, para evadirlos ó vencerlos; ¡pues por qué no podrán hacer lo mismo para su salvacion? Y á esto se reduce toda la meditacion que se les pide.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Nunca caerian los hombres en los males en que se precipitan á mas ó ménos grado, si meditasen seriamente sobre el importante negocio de su salvacion, y por este medio avivasen su fé; pero la desgracia es que viven en una perpetua disipacion, sin pensar jamas en su fin, y siguiendo solo el ímpetu de sus ciegas pasiones; de donde resulta que debilitada su fé, y aun casi estinguida en la mayor parte, no ven las cosas á la luz de esta fé, ni juzgan de ellas sino por su exterior apariencia; viviendo por consecuencia sin amor á los bienes eternos, y con aficion, apego y aun passion por los bienes terrenos. ¡Oh necios, que no saben conocer sus verdaderos intereses, y mientras buscan la tierra pierden el cielo! No seamos nosotros de este número: veamos siempre las cosas como son delante de Dios, abramos los ojos de la fé, y con ellos contemplemos

en el espejo de la meditacion el fin para que fuimos criados y el camino por donde hemos de alcanzarlo.

JACULATORIA.

Hazme, Señor, conocer mi fin.

LECCION.

Sobre los frutos del Espíritu Santo.

La mansedumbre es el octavo fruto del Espíritu Santo, por el cual se hace el hombre suave, benigno y apacible en la condicion y en el trato, y se acostumbra á padecer, á sufrir y á sobrellevar las vicisitudes de la vida, y por el que se opone á los impulsos de la ira y de la animosidad, que nada quieren sufrir, ni sujetarse á ningún yugo, ni condescender con los demás, sino vengarse al momento que es ó que cree haber sido agraviado.

Llenas están las Escrituras Santas de ejemplares y de amonestaciones para hacer apreciable esta virtud; y así como el Eterno hace salir el sol sobre buenos y malos, así debemos conducirnos con los prójimos, disimulando sus faltas y difundiendo en todos la bondad, para que seamos imitadores de Dios, así como somos sus hijos muy amados. Moises, según se lee en el Libro de los Números, era el hombre más manso de todos los que moraban sobre la tierra. Y por eso, dice San Dionisio, fué el más amigo y familiar de Dios. El santo rey David se nos presenta como un modelo de esta virtud; dice el mismo: *Acerdate, Señor, de David en toda su mansedumbre.* ¿Pero quién es comparable con Jesucristo, vida nuestra, ejemplar el más adecuado de todas las virtudes? El que hablando de sí mismo é incitándonos á su imitacion, así se expresa *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón;* y del que hablando el Apóstol San Pablo á los hebreos, dice: *Porque no tenemos un Pontífice que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades; mas tentando en todas cosas, á semejanza nuestra, excepto el pecado.... Porque todo pontífice tomado de entre los hombres, es puesto á favor de ellos en aquellas cosas que tocan á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados: el cual se puede condoler de aquellos que ignoran y erran; por cuanto el también está cercado de enfermedad, y por esta causa deba ofrecer.*

San Pablo pregunta á los corintios, diciéndoles: *¿Qué queréis? ¿Iré á vosotros con vara, ó con caridad y con espíritu de mansedumbre? Así os ruego,* dice á los efesios, *que andéis como conviene á la vocacion con que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, sobrellevandoos unos á otros en caridad, solícitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz.* A su discípulo Timoteo le amonesta que siga la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia, la mansedumbre. Y á Tito le encarga que predique: *Que no digan mal de nadie, que no sean pendencieros, sino modestos, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres.* El Apóstol Santiago escribe en su epístola católica: *Todo hombre sea pronto para oír; pero tardo para hablar y tardo para airarse; porque la ira del varón no obra la justicia de Dios.* Por tanto, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra que ha sido ingerida en vosotros y que pueda salvar vuestras almas... *¿Quién es entre vosotros sabio é instruido? Muestre por la buena conversacion sus obras en mansedumbre de sabiduría. Mas si tenéis zelo amargo, y reinaren contiendas en vuestros corazones, no os gloriéis, ni seáis mentirosos contra la verdad, porque esta sabiduría no es la que desciende de arriba, sino terrena, animal y diabólica, porque donde hay envidia y contienda, allí hay inconstancia y toda obra mala. Mas la sabiduría que desciende de arriba, primeramente es casta, después pacífica, modesta, dócil, que se acomoda á lo bueno, llena de misericordia y de buenos frutos, y no juzgadora ni fingida, y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen paz.*

La fe es el fruto del Espíritu Santo por el cual se encuentra el hombre fiel y veraz en sus palabras y en todas sus promesas, y por el que se opone al fraude y á la mentira; porque el Espíritu Santo, como se lee en la Sabiduría, es estable, cierto, seguro, y por consiguiente fiel, haciendo á los que le reciben estables, firmes y veraces, para que sean semejantes á él mismo y participantes de las virtudes más sublimes del cristianismo.

Los levitas, Josué y Cedmihel, según se refiere en el segundo libro de Esdras, clamaron en voz alta... *Tú mismo, Señor Dios, que escogiste á Abrahám y lo sacaste del fuego de los caldeos, y hallaste fiel su corazón delante de ti, é hiciste alianza con él, que le darías la tierra del cananeo para dársela á su posteridad; cum-*

pliste tus palabras porque eres justo. Entre los Proverbios se encuentran estas: *Quien anda con doblez, descubre los secretos; mas el que es de corazón leal, calla lo que el amigo le fíe. . . . El testigo fiel no miente; mas el testigo doloso profiere mentira. . . . El testigo fiel libra las almas; mas el doble profiere mentiras. . . . Como frío de nieve en tiempo de siega, así el mensajero fiel á aquél que lo envió hace descansar su alma. Nubes y viento á que no se sigas la lluvia, es el varón jactancioso y que no cumple lo prometido. . . . El varón fiel será muy alabado. El premio ofrecido á la fidelidad aun en las cosas pequeñas, se halla manifestado por el mismo Salvador en la parábola de los talentos que nos refiere San Mateo: *Bien está, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu Señor; y según San Lucas: El que es fiel en lo menor, también lo es en lo mayor, y el que es injusto en lo poco, también es injusto en lo mucho. Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os fiará lo que es verdadero? Y si no fuisteis fieles en lo ajeno, ¿lo que es vuestro, quién os lo dará?* El Apóstol San Pablo escribe á los hebreos: *Conservemos firme la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que hizo la promesa, y consideremos los unos á los otros para estimularnos á caridad y á buenas obras. En el Apocalipsis se lee finalmente esta máxima consoladora: Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida.**

Modestia es fruto del Espíritu Santo, ó lo mas perfecto de la virtud, que pone el modo y modera todas las acciones exteriores, como el andar, el vestido, la conversacion, la risa y todo lo que compone el exterior del hombre: ella lo contiene en los límites de su estado, según lo conveniente á él: ella es la suma moderacion y templanza en el mirar, y la compostura y recato de los ojos, así como la honestidad y decencia en todas las acciones. *El vestido del cuerpo, la risa entre los dientes, y aun el modo de andar, dan á conocer al hombre, en expresion del sabio. Por los actos exteriores, decía San Ambrosio, se juzga y se conoce el estado oculto del corazón del hombre, si es ligero, si inconstante, ya con mayor pureza, ya lleno de madurez. El fin de la modestia, nos dicen los Proverbios, es el temor del Señor, las riquezas y la gloria, y la vida. Vuestra modestia, decía San Pablo á los filipenses, sea manifestada á todos los hombres; y para animarlos á ella, inmediatamente añade: El Señor está cerca. A los colosenses escribe: Reves-*

tios de entrañas de misericordia, de modestia, de paciencia. . . . Cualquiera cosa que hagais, sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando gracias por él á Dios Padre. A Timoteo dice: Al siervo del Señor no le conviene alzar, sino ser manso para con todos. . . . que corrija con modestia á los que resisten á la verdad, por si en algun dia les da Dios arrepentimiento, para conocer la verdad. El Apóstol San Pedro, al exhortar á las mugeres á esta virtud, dice: No sea el adorno de estas exterior, ó cabellera rizada, ó atavíos de oro, ó gata de vestidos; sino el hombre interior del corazón en incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto, que es rico delante de Dios. Porque así también antiguamente se ataviaban las santas mugeres que esperaban en Dios, estando sujetas á sus propios maridos, como Sará obedecía á Abraham llamándole Señor; de la cual sois hijos, haciendo bien y no teniendo ninguna perturbacion. Y á los hombres: Sed todos de un mismo corazón, compasivos, misericordiosos, modestos y humildes.

La continencia es otro de los frutos del Espíritu Santo y el complemento de las virtudes, con la cual, conteniendo el hombre las acechanzas todas de los vicios, enfrena las tentaciones, no solo contra la castidad, sino tambien contra la gula, contra la ira, la detraction, la murmuracion y la liviandad; de manera que con esta virtud se logra la reunion de todas las virtudes; por las cuales el hombre se abstiene de los vicios y pecados. Escribiendo San Pablo á los corintios, les dice: *Digo también á los solteros y á las viudas, que les es bueno si permanecen así; como tambien yo. Mas si no tienen don de continencia, cásense. Porque mas vale casarse que quemarse.*

La castidad es el último de los frutos del Espíritu Santo. Esta virtud castiga y refrena los apetitos carnales, y en cuanto se ejerce con prontitud y complacencia se numera entre las demas frutos del Espíritu Divino. De cuánta estima sea esta virtud para Dios se conoce bastante al escuchar á Cristo, que dice: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios; al leer en el libro de la Sabiduría: Toda ponderacion no es digna con una alma que tiene castidad; porque la castidad comprende la pureza del alma y la limpieza del cuerpo, ordena los sentidos y la modestia á todas nuestras acciones. Preguntando el Salmista, ¿quién subirá al monte del Señor? ¿quién estará en su lugar santo?*

responde: *El inocente de manos y de corazón limpio, el que no tomó en vano su alma, ni juró con engaño á su prójimo.* En otro lugar clama al Señor por este don inapreciable del Espíritu Santo: *Cria en mí, dice, ó Dios, un corazón puro y renueva en mis entrañas un espíritu recto. No me deseches de tu rostro, y no quites de mí tu Espíritu Santo: vuélveme la alegría de tu salud, y confortame con un espíritu principal.* San Pablo, escribiendo á Tito, le dice: *Para los limpios todas las cosas son limpias; mas para los impuros é infieles nada hay limpio, antes están contaminados sus ánimos y su conciencia.* Y á su discípulo Timoteo: *Haye de decor juveniles, y síguelo la justicia, la fé, la esperanza, la caridad y la paz con aquellos que invocan al Señor de puro corazón.* Y así pidámosle al Señor nos conceda esta virtud de la castidad, para que cuando estemos en su presencia, podamos decir como Tobías: *Guarda mi alma limpia y pura de toda mancha.* Y qué con este fruto precioso del Espíritu Santo nos conceda todos los otros, á fin de que, perfeccionados en el ejercicio mas sublime y mas suave de todas las virtudes, nos hagamos dignos templos del mismo Espíritu Consolador.

♦♦♦♦♦
DIA VEINTE Y NUEVE.

San Austasio, abad.

San Austasio, ó Eustasio, á quien otros llaman Eustaquio, fúe natural de Borgoña, descendiente de noble familia, y nació á fines del siglo VI. El entondimiento que manifestó desde tierno, y su grande afecto á la virtud, se fueron cultivando y aumentando con la edad, y por medio de una excelente educacion civil y religiosa, que recibió de San Mier, tio suyo y obispo de Langares, el cual se encargó del cuidado de esta criatura, porque reconoció en ella sus buenas disposiciones para progresar en la santidad y en las letras. Como los principales usos y costumbres de la vida, dependen particularmente de la educacion que se recibe en la niñez y de las ideas que se imprimen en este tiempo, habiendo tenido nuestro santo un excelente director en edad tan peligrosa, pudo perfeccionarse en ella, y formó la base de la santidad que tanto brilló en el resto de su vida. Todavía no llegaba Austasio á la edad de la malicia, cuando manifestó sus deseos de retirarse á las soledades de

un claustro, y luego que su edad se lo permitió, puso en práctica el proyecto, no obstante que debía esperar en el mundo una buena colocacion por el rango de su nacimiento y sus bellas disposiciones intelectuales.

Reflexionando Austasio sobre el lugar que sería mas á propósito para su retiro, conoció que era muy análogo á sus ideas el monasterio que S. Columbano habia fundado en Luxeu, lugar situado en la parte de la Borgoña, que despues tomó el nombre de Franco-Condado, y se retiró á este convento, donde fué recibido por su fundador con singulares muestras de alegría. En este sitio de perfeccion donde entró Austasio por una verdadera vocacion, siguiendo las inclinaciones de su voluntad, edificaba con su ejemplo por sus costumbres arregladas, por la austera penitencia y por la exacta observancia de la regla de aquel monasterio; pero poco tiempo duró la tranquilidad de los monges, pues ofendida la reina Brunquilde y su nieto Thierry, rey de Borgoña, por las reprensiones con que San Columbano combatia los desórdenes de su vida, persiguieron el monasterio de Luxeu, y San Columbano tuvo que embarcarse en Nántes, pasando San Austasio con San Galo á la Austria, donde tuvieron buena acogida en los estados de Teodoberto. Este monarca apreció mucho las virtudes de estos excelentes monges, y mas todavía la de Columbano, á quien una fuerte tempestad habia llevado á las costas de la Bretaña, y por súplicas de sus discipulos se habia refugiado en Austrasia, huyendo de la persecucion de Thierry.

San Columbano intentó predicar la doctrina católica en los estados de Teodoberto, y con permiso de éste se dirigió á los suizos en union de San Galo y San Austasio, escogiendo para establecer un monasterio el sitio llamado Breguent, donde en efecto hizo la fundacion; pero habiendo tenido noticia de que el monasterio de Luxeu estaba ocupado por algunos seculares, que intentaban arrojar de allí á los monges, tuvo necesidad Columbano de mandar á Austasio con la dignidad de abad; cuya medida surtió tan buen efecto, que á poco tiempo de hallarse Austasio en Luxeu, se restituyó la paz en el convento. Nuestro santo procuró restablecer las estrictas reglas de San Columbano, sin admitir relajacion ni aun en las cosas mas triviales; y como él era el principal observador de la disciplina, con su ejemplo se animaban los otros monges. Erau muy austeras las penitencias de Austasio, muy continuados sus

responde: *El inocente de manos y de corazón limpio, el que no tomó en vano su alma, ni juró con engaño á su prójimo.* En otro lugar clama al Señor por este don inapreciable del Espíritu Santo: *Cria en mí, dice, ó Dios, un corazón puro y renueva en mis entrañas un espíritu recto. No me deseches de tu rostro, y no quites de mí tu Espíritu Santo: vuélveme la alegría de tu salud, y confortame con un espíritu principal.* San Pablo, escribiendo á Tito, le dice: *Para los limpios todas las cosas son limpias; mas para los impuros é infieles nada hay limpio, antes están contaminados sus ánimos y su conciencia.* Y á su discípulo Timoteo: *Haye de descor juveniles, y síguelo la justicia, la fé, la esperanza, la caridad y la paz con aquellos que invocan al Señor de puro corazón.* Y así pidámosle al Señor nos conceda esta virtud de la castidad, para que cuando estemos en su presencia, podamos decir como Tobías: *Guarda mi alma limpia y pura de toda mancha.* Y qué con este fruto precioso del Espíritu Santo nos conceda todos los otros, á fin de que, perfeccionados en el ejercicio mas sublime y mas suave de todas las virtudes, nos hagamos dignos templos del mismo Espíritu Consolador.

♦♦♦♦♦

DIA VEINTE Y NUEVE.

San Austasio, abad.

San Austasio, ó Eustasio, á quien otros llaman Eustaquio, fúe natural de Borgoña, descendiente de noble familia, y nació á fines del siglo VI. El entondimiento que manifestó desde tierno, y su grande afecto á la virtud, se fueron cultivando y aumentando con la edad, y por medio de una excelente educacion civil y religiosa, que recibió de San Mier, tio suyo y obispo de Langares, el cual se encargó del cuidado de esta criatura, porque reconoció en ella sus buenas disposiciones para progresar en la santidad y en las letras. Como los principales usos y costumbres de la vida, dependen particularmente de la educacion que se recibe en la niñez y de las ideas que se imprimen en este tiempo, habiendo tenido nuestro santo un excelente director en edad tan peligrosa, pudo perfeccionarse en ella, y formó la base de la santidad que tanto brilló en el resto de su vida. Todavía no llegaba Austasio á la edad de la malicia, cuando manifestó sus deseos de retirarse á las soledades de

un claustro, y luego que su edad se lo permitió, puso en práctica el proyecto, no obstante que debía esperar en el mundo una buena colocacion por el rango de su nacimiento y sus bellas disposiciones intelectuales.

Reflexionando Austasio sobre el lugar que sería mas á propósito para su retiro, conoció que era muy análogo á sus ideas el monasterio que S. Columbano habia fundado en Luxeu, lugar situado en la parte de la Borgoña, que despues tomó el nombre de Franco-Condado, y se retiró á este convento, donde fué recibido por su fundador con singulares muestras de alegría. En este sitio de perfeccion en donde entró Austasio por una verdadera vocacion, siguiendo las inclinaciones de su voluntad, edificaba con su ejemplo por sus costumbres arregladas, por la austera penitencia y por la exacta observancia de la regla de aquel monasterio; pero poco tiempo duró la tranquilidad de los monges, pues ofendida la reina Brunquilde y su nieto Thierry, rey de Borgoña, por las reprensiones con que San Columbano combatia los desórdenes de su vida, persiguieron el monasterio de Luxeu, y San Columbano tuvo que embarcarse en Nántes, pasando San Austasio con San Galo á la Austria, donde tuvieron buena acogida en los estados de Teodoberto. Este monarca apreció mucho las virtudes de estos excelentes monges, y mas todavía la de Columbano, á quien una fuerte tempestad habia llevado á las costas de la Bretaña, y por súplicas de sus discipulos se habia refugiado en Austrasia, huyendo de la persecucion de Thierry.

San Columbano intentó predicar la doctrina católica en los estados de Teodoberto, y con permiso de éste se dirigió á los suizos en union de San Galo y San Austasio, escogiendo para establecer un monasterio el sitio llamado Breguent, donde en efecto hizo la fundacion; pero habiendo tenido noticia de que el monasterio de Luxeu estaba ocupado por algunos seculares, que intentaban arrojar de allí á los monges, tuvo necesidad Columbano de mandar á Austasio con la dignidad de abad; cuya medida surtió tan buen efecto, que á poco tiempo de hallarse Austasio en Luxeu, se restituyó la paz en el convento. Nuestro santo procuró restablecer las estrictas reglas de San Columbano, sin admitir relajacion ni aun en las cosas mas triviales; y como él era el principal observador de la disciplina, con su ejemplo se animaban los otros monges. Erau muy austeras las penitencias de Austasio, muy continuados sus

ayunos, y sus vigiliias diarias, porque casi toda la noche pasaba en oracion. A los afanes y esmeros de Anastasio debió, el monasterio de Luxeu, verse en el estado mas floreciente, y contar en su seno mas de seiscientos monges, á quienes animaba el mismo celo piadoso que á nuestro santo.

No contento San Anastasio con haber formado en Luxeu un seminario de varones grandes, de los cuales la mayor parte están colocados en el catálogo de los santos, quiso ser todavía mas útil á la iglesia católica con sus predicaciones, y con este intento se dirigió á los varascos, y de allí pasó á los bárbaros, recogiendo los mas saludables frutos de sus afanes y su celo; pero entre tanto que Anastasio predicaba entre los bárbaros, se introdujo una division en su monasterio, que pudo haber hecho inútiles sus trabajos. Un consejero de Barry, llamado Agrestino, que habia tomado el hábito en aquel monasterio, envidioso de la grande reputacion de santidad que disfrutaba Anastasio por su predicacion y sus milagros, intentó, él tambien adquirir igual fama, abandonando el desierto para predicar á los bárbaros. ¡Vana ilusion! ¡Como si la vanidad y el orgullo pudieran ser alguna vez el fundamento de la santidad! Viendo Agrestino que no lograba su intento, sino que antes bien era el objeto de la burla, se unió á los cismáticos de Aquileya, y dirigió principalmente sus tiros contra el monasterio de Luxeu, pretendiendo que el concilio de Maacon condenara las reglas establecidas por San Columbano, y con este objeto presentó una acusacion que comprendia varios puntos relativos á manifestar el instituto de Luxeu no adoptable á las costumbres de la Iglesia galicana. San Anastasio se presentó en el mismo concilio á defender su monasterio, y confundió al acusador, desengañando á los padres de esta asamblea de todas sus calumnias, logrando que se desechara la nensacion.

Restablecida la tranquilidad en Luxeu, se aumentó mas el fervor en los monges, y San Anastasio vió con sumo placer que se estableciera el coro perpetuo, y que dia y noche cantaran los monges alabanzas al Todopoderoso. Conoció nuestro santo la proximidad de su muerte, y se previno á recibirla, duplicando las penitencias y los ayunos, y destinando mas tiempo de lo ordinario al ejercicio de la oracion. La última enfermedad fué muy cruel, porque tuvo que sufrir agudísimos dolores; pero en medio de ellos manifestaba su alegría, porque se acercaba el momento tan deseado de gozar de la bienaventuranza en compañía de los justos, y por fin murió

en Luxeu en el año 625. Su cadáver se enterró en el mismo monasterio, y pasado algun tiempo fué trasladado á la abadía de monjas benedictinas de Verguevilla en Lorena.

La Epistola es del capítulo XLV del libro de la Sabiduría. (Eclesiástico.) (pág. 644.)

Fué amado de Dios y de los hombres &c.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Mateo (pág. 606.)

En aquel tiempo, dijo Pedro á Jesus: Bien ves que nosotros &c.

MEDITACION.

Sobre la verdadera prueba del amor que debemos á Dios.

Considera que cuando nosotros amamos á Dios por los bienes que nos hace, nuestro amor es un poco interesado, y debemos recelar si es á Dios á quien amamos; ó al bien que nos hace; pero amándole cuando nos aflige, cuando nos envia trabajos, esta es la verdadera prueba del amor. El que reparte sus bienes con amigos, hace ver que prefiere su amistad á los bienes y á las riquezas; pues se despoja de ellas por sus amigos; pero el que padece voluntariamente por el amigo, hace ver que le estima mas que á sí propio, pues le prefiere á sí mismo. Esto mismo es la mayor prueba que podemos dar á Dios de nuestro amor: las otras son ó débiles ó dudosas. Y así el demonio, para disminuir las alabanzas que Dios daba á Job, decia: ¿Por qué, Señor, alabas tanto á Job del grande amor que te tiene, cuando tu poderoso mano lo está colmando de bienes y felicidad? ¿A todos los sucedería lo mismo; trátale con un poco de aspereza, y verás si su amor es constante. Dios le dió adversidades tantas y tan grandes como se sabe; y en medio de ellas el pacientísimo Job adoraba la mano que le heria; y esto convenció al mismo demonio, de la sinceridad con que Job amaba á Dios; porque esta prueba de amar en las adversidades, hace ver la verdad del amor, y excluye toda razon de dudar. Esta es la razon porque Dios, celoso del corazon del hombre, de quien quiere no solo el amor, sino que éste sea generoso y constante, acostumbra probar con adversidades á los que ama con particularidad, y de quienes con particularidad quiere ser amado. Cuanto mas los ama, pretende mayor correspondencia, y por eso los aflige mas, para que no

solamente su divina Magestad, sino todo el mundo conoza lo que le ama, y que este amor es un amor de preferencia á todas las cosas. Su divina Magestad quiere que se le ame con un amor distinto del que se tiene á las criaturas. Amamos á las criaturas por el bien que nos hacen y por lo que esperamos de ellas; y esto mas es amar á sus beneficios que á ellas; porque en no pudiendo hacer nada por nosotros, esa nuestro amor; pero amar á Dios cuando nos aflige, no solo adorándole, sino venerando tiernamente la mano que nos azota, es un amor de distincion, que no le tenemos á las criaturas; y por mejor decir, es amar á Dios con el amor mas fino con que le podemos amar; y esta es la razon porque Cristo nuestro Señor, yendo al jardín de las Olivas para empezar su pasion, dijo: Para que todo el mundo conoza que yo amo á mi Padre, y que le amo por ser él quien es, voy á beber el caliz de la pasion. Por muy amargo que éste sea, viniendo de la mano de mi Padre, me es apetecible, porque me da ocasion de mostrar lo que le amo. De esta manera ama Jesus á su Padre; de este modo es como le debemos amar nosotros. ¿Le amamos así?

Considera que todos los santos que amaron mucho á Dios, amaron mucho las adversidades. San Pablo ponía toda su gloria en padecer por Cristo, y dice estaba en esto toda su felicidad. San Javíer protesta, que la mayor cruz de una alma que ama verdaderamente á Cristo nuestro bien, es una vida sin cruz. Santa Teresa, enamorada incomparablemente de Jesucristo, y esposa crucificada de Dios encrucificado, asegura que la impaciencia que tenía de poseer á Dios en el cielo solo le hacía sufrir esta vida, por las ocasiones que se le ofrecían de padecer por el amor de su Esposo, declarando que no reconocía por verdaderas hijas á sus religiosas, si no amaban la cruz; y así decía impacientemente: "O morir ó padecer". Por lo cual tenía por infeliz y mal empleado el día que no padecía algo por Dios; ¿pero hubo alguno en toda su vida que no padeciese? Santa Teresa padeció en todos los días de su vida, ó la pena de no estar gozando de Dios, ó el dolor de no padecer bastante para su Magestad. ¡Qué gran constancia! ¡Qué ardor! ¡Qué dilacion! Si mi corazón no se inflama debe ser enteramente de hierro.

PETICION Y PROPOSITOS.

Es indudable el mérito que se tiene en padecer por Dios; y á los ejemplos insinuados, podemos agregar los de un San Ignacio de

Loyola, que prefería vivir en la tierra mereciendo con los trabajos á morir luego para descansar eternamente: el de un San Juan de la Cruz, que pedía padecer siempre y ser despreciado: el de una Santa Magdalena de Pazzi, que de tal modo quería padecer, que por padecer no quería morir. Hé aquí los verdaderos amadores de Cristo que lo acompañan en los trabajos y llevan su cruz en pos de él. ¡Ah! esforcémonos á imitar este ejemplo nobilísimo, y sea de tal modo que no solo amemos la cruz y los trabajos, sino que los prefiramos á todo bien terreno, y llevemos á bien que se prolonge nuestro destierro por merecer en él mas y mas, y perfeccionar en nosotros la imagen del crucificado.

JACULATORIA.

¡Lejos de mí que me glorie en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo!

LECCION.

Sobre la venida del Espíritu Santo.

Después de la gloriosa Ascension de Jesucristo nuestro Salvador, se retiraron juntos todos los Apóstoles y discípulos á Jerusalem, segun la orden que él mismo les habia dado, y allí permanecieron viviendo en retiro y silencio, ocupados en orar para prepararse á recibir al Espíritu Consolador que Jesus les habia prometido. A las nueve de la mañana, diez dias después de la Ascension y cincuenta de la Resurreccion de Cristo, un Domingo en que celebraban los judíos la fiesta de Pentecostés, se verificó la venida del Espíritu Santo para hacer mas notable y visible la conexion de la verdad y de las realidades con las figuras y los símbolos. Los judíos recibieron la ley escrita por el ministerio de Moises grabada en piedra, cincuenta dias después de su salida de la servidumbre de Egipto, y desde *ab eterno* habia Dios dispuesto que viniese á grabar el Espíritu Santo la ley de gracia en el corazón de los hombres cincuenta dias después que Jesucristo por su Resurreccion nos libró de la esclavitud del demonio, figurada en la de los egipcios.

En los Hechos de los Apóstoles se encuentra la descripcion de este pasaje con aquella sencillez propia solo de los autores divinamente inspirados. *Vino de repente un estruendo del cielo como de viento que soplaban con impetu, y llenó toda la casa en donde estaban sentados, y se les aparecieron unas lenguas repartidas*

como de fuego y reposó sobre cada uno de ellos, y fueron todos llenos de Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en varias lenguas como el Espíritu Santo les daba que hablasen. Y residían entonces en Jerusalén judíos, varones religiosos de todas las naciones que hay debajo del cielo; y hecha esta voz, acudió mucha gente, y quedó pasmada porque los oía hablar cada uno en su propia lengua, y estaban todos atónitos, y se maravillaban, diciendo: ¿No veis que son galileos todos estos que hablan? ¿Pues cómo los oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en que nacimos? Partas y medos, y elamitas, y los que moran en la Mesopotamia, en Judea y Capadocia, Ponto y Asia, en Frigia y Panfilia, Egipto y tierra de la Libia que está comarcana a Cirene, y los que han venido de Roma, judíos también y prosélitos, etíopes y árabes, los habemos oído hablar en nuestras lenguas las grandezas de Dios. Se pasmaban, pues, todos, y se maravillaban, diciendo unos a otros: ¿Qué quiere ser esto? Mas otros, burlándose, decían: Estós llenos están de mosto. Mas Pedro en compañía de los once, puesto en pie, alzó su voz y les dijo: Varones de Judea y todos los que habitáis en Jerusalem, esto os sea notorio, y oíd con atención mis palabras; porque estos no están embriagados como vosotros pensáis, siendo la hora de tercia del día; mas esto es lo que fué dicho por el profeta Joel, y acontecerá en los postreros días, dice el Señor, que yo derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros muchachos verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños, y ciertamente en aquellos días derramaré de mi Espíritu sobre mis siervos y sobre mis siervas, y profetizarán; y daré maravillas arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra. Varones de Israel, escuchad estas palabras: A Jesús Nazareno aprobado por Dios entre vosotros con prodigios y señales que Dios obró por él en medio de vosotros, como también sabéis. . . . A este Jesús resucitó Dios, de lo cual somos testigos todos nosotros. Así que, ensalzado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado sobre nosotros á éste, á quien vosotros veis y oís. . . . Y osidas estas cosas, se compungieron de corazón, y dijeron: ¿Qué haremos? Y Pedro les dijo: Arrepentíos, y cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo.

Tan luego como los Apóstoles fueron inspirados recibiendo el

Espíritu divino, los convirtió en otros hombres; pues los llenó de una luz resplandeciente y viva; infundió en ellos el amor divino, más puro y más activo, excitó su celo, su fortaleza y las demás virtudes de que ántes carecían, siendo floacos, imperfectos y demasiado amantes de sí mismos. Así su los había ofrecido el Salvador, cuando les dijo, según nos refiere San Lucas: Yo envío al prometido de mi Padre sobre vosotros; mas vosotros permaneced aquí en la ciudad hasta que seáis vestidos de la virtud de lo alto. Así lo confirma San Pablo, quien escribe á los romanos: La caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.

La venida del divino Espíritu abrió los ojos del entendimiento de los Apóstoles para hacerlos capaces de los conocimientos más profundos y de la más completa inteligencia de los dogmas y de las verdades todas del cristianismo, cuando ántes eran rudos y de poca capacidad tan limitada como la que podían tener unos pobres pescadores. Así se los había prometido Jesús, cuando, según el Evangelio de San Juan, les dijo: *Aun tengo que deciros muchas cosas; mas no las podéis llevar ahora. Mas cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad; porque no hablará de sí mismo; mas hablará todo lo que oyeré, y os anunciará las cosas que han de venir. El me glorificará, porque de la mano tomará y lo anunciará á vosotros.*

Finalmente, dió el Espíritu Santo á los Apóstoles, como hemos visto, el don de hablar muchas lenguas y de hacer todo género de milagros; siendo así que ántes sin educación, como extraídos en la mayor parte de las bocas del pueblo, ni aun su propio idioma sabían con perfección; pero no recibieron los Apóstoles y discípulos el Espíritu Santo por sí solos, recibieronle también para comunicarlo con sus dones y sus preciosos frutos á todos aquellos que habían de creer en Jesucristo por su ministerio ó el de sus sucesores. En los Hechos de los Apóstoles se lee que cuando oyeron los que estaban en Samaria que Samaria había recibido la palabra de Dios, les enviaron á Pablo y á Juan, los cuales llegados que fueron, hicieron por ellos oración para que recibiesen el Espíritu Santo, porque no había venido aún sobre ninguno de ellos, sino que habían sido solamente bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces ponían las manos sobre ellos, y recibían al Espíritu Santo. El Apóstol de las gentes decía: *Los que son según la carne, gustan de las cosas de la carne; mas los que son según el Espíritu,*

perciben las cosas que son del Espíritu. Porque la prudencia de la carne es muerte; mas la prudencia del Espíritu es vida y paz. Porque el saber de la carne es enemigo de Dios; puesto que no está sujeto á la ley de Dios. . . . Y vosotros no estais en la carne sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Mas el que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de él. . . . Y si el espíritu de aquel que resucitó á Jesus de entre los muertos mora en vosotros, el que resucitó á Jesucristo de entre los muertos vivificará tambien vuestras cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.

Ya en otra vez hemos manifestado que los fieles reciben las primicias del Espíritu Santo por el ministerio de los Apóstoles ó de sus sucesores en el bautismo, y que se les confiere el mismo Espíritu divino de un modo mas perfecto en el sacramento de la confirmacion, infundiendo el amor de Dios en su corazon, como lo infundió en el corazon de los Apóstoles, armándolos como á ellos, aunque no en el grado que á ellos, de celo, fortaleza y virtud; sin embargo, no les concede siempre como á ellos ciencia extraordinaria, ni el don de lenguas, ni el de hacer milagros; porque semejantes dones extraordinarios, que eran necesarios al principio para la conversion de los fieles y para el cumplimiento de las profecías, no lo son al presente en que la verdad de la religion cristiana se encuentra establecida ya firmemente con invencibles pruebas. Escribiendo San Pablo á los corintios, les dice: *En la ley está escrito, que con otras lenguas y en otros labios hablaré á este pueblo, y ni aun así me oirán*, dice el Señor; *y así las lenguas son para señal, no á los infieles, sino á los fieles.*

La venida del Espíritu Santo y los efectos que debió producir estaba tiempo habia, anunciada por los profetas. Ya acabamos de ver que inmediatamente despues que fueron llenos los Apóstoles del Espíritu Santo, se levantó San Pedro, y manifestó á los judíos las palabras con que habia anunciado este acontecimiento que tanto les admiraba, el profeta Joel. Isaías habia predicho, que Dios derramaria su Espíritu sobre los descendientes de Jacob: *Esto dice el Señor que te hizo y te formó, tu favorecedor desde el vientre. No temas, siervo mio Jacob; y tú, ó rectísimo, á quien escogi. Porque derramaré aguas sobre la tierra sedienta, y arroyos sobre la seca; derramaré mi espíritu sobre tu linage, y mi bendicion sobre tu descendencia. . . . Esto dice el Señor, Rey de Israel*

y su Redentor, el Señor de los ejércitos: Yo el primero, y yo el último, y fuera de mí no hay Dios. ¿Quién semejante á mí que llame y anuncie; y declaréme el orden desde que establecí el pueblo antiguo: les anuncié á ellos lo que ha de venir y suceder. Jeremias habia anunciado igualmente que Dios grabaría su ley en el corazon de los hombres, y que esta maravilla habia de obrarse por el Espíritu Santo. *Esto será el pacto que haré con la casa de Israel despues de aquellos dias, dice el Señor: Pondré mi ley en las entrañas de ellos, y los escribiré en sus corazones, y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no enseñará en adelante hombre á su prójimo y hombre á su hermano, diciendo: Conoce al Señor, porque todos me conocerán, desde el mas pequeño de ellos, hasta el mayor, dice el Señor; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré mas de su pecado. De cuya profecía hace mérito el Apóstol en su epístola á los hebreos, diciendo antes de copiarla: El Espíritu Santo tambien nos lo atestigua; y despues añade: Si alguno quebranta la ley de Moises, siéndole probado con dos ó tres testigos, muera sin misericordia alguna; ¿pues de cuántos mayores tormentos creis que es digno el que hollare al Hijo de Dios, tuviere por vil y profanare la sangre del Testamento en que fué santificado, y que hiciere ultraje al Espíritu de gracia? Ultimamente, Ezequiel habia profetizado con toda claridad el mismo prodigio. *Esto dice el Señor: Os daré un corazon nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros; y quitaré el corazon de piedra de vuestra carne, y os daré corazon de carne, y pondré mi espíritu en medio de vosotros, y haré que andeis en mis preceptos, y que guardéis y hagais mis juicios.**

Segun todas estas profecías, el Espíritu Santo debía renovar á los hombres, é infundir el sagrado fuego del amor de Dios en sus corazones, para reducirlos á vivir en santidad, y esto mismo es lo que efectivamente ha obrado y obra todos los dias en los cristianos. En los Hechos de los Apóstoles se lee: *que San Pedro y sus compañeros dijeron: Nosotros somos testigos de estas palabras, y tambien el Espíritu Santo que ha dado Dios á todos los que le obedecen.* Persuadidos, pues, de la verdad de estos dogmas tan consoladores para los cristianos; no cesemos de pedir al Padre de las luces nos conceda su Espíritu Divino, á Jesucristo nos envíe este consolador prometido, y dirigiéndonos al mismo Espíritu, clamemos con la Iglesia: *Ven, ó Santo Espíritu, llena los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor.*

DIA TREINTA.

San Juan Climaco, abad.

Probablemente nació San Juan en la Palestina, en el año 625, y tuvo por sobre nombre Climaco, porque escribió un libro titulado *Climax*, que significa escala para la perfección. En su niñez y en su juventud hizo rápidos progresos en las ciencias y en las artes, hasta merecer el renombre de *Escolástico* por su grande erudición y sus vastos conocimientos en la literatura. Al estudio de las ciencias, unia la práctica de la virtud; y conociendo las ventajas que le resultarían de entrar en un monasterio para perfeccionar su vida, abandonó al mundo, y en la edad de diez y seis años se retiró al monte Sinaí, donde en un tiempo recibió Moisés de mano del mismo Dios las tablas en que estaban escritos los preceptos de la ley. Este lugar de algun tiempo atrás estaba poblado con una multitud de varones que vivían en el retiro en perpetuos ejercicios de piedad y penitencia. Había en este sitio un gran monasterio compuesto de muchos monges; pero nuestro santo no quiso entrar en él, porque consideró que la multitud es causa muchas veces de la disipación; y acomodándose mas á la soledad, quiso habitar una ermita situada en la falda del monte, donde vivía un anacoreta, llamado Martirio, que le sirvió de maestro y director.

Aquí empleó Juan toda clase de mortificaciones para domar su carne, y toda clase de virtudes para perfeccionar su espíritu. El silencio, la humildad, la paciencia y la mansedumbre formaron ciertos hábitos en su alma, que le elevaron muy pronto á la justificación. Sin embargo de las repetidas omestaciones de su director, no quiso Juan profesar en la orden hasta después de los cinco años que sufrió pruebas de todas clases para conocer su vocación, y por esta causa sin dada en uno de sus escritos reprobaba las profesiones religiosas antes de la edad madura; y sin un examen profuso en que pueda conocerse la inclinación. Después de que Juan se unió á Dios por el voto de religion, aumentó su penitencia, y adelantaba tanto en la perfección, que admiraba á su mismo maestro.

La muerte de Martirio, que sucedió en el año 660, y cuando nuestro santo tenia treinta y cinco de edad, lo privó de este compañero edificante; por lo cual, deseando nuestro santo todavía mayor



S. Juan Climaco Abad.



S. Juan Climaco.



S. Juan Climaco y Confesor.



S. Juan Climaco Obispo.

soledad, por consejo de su nuevo director formó su habitación en el plantío llamado Thola, que está cerca de la falda del monte Sinaí. Aquí vivía en la soledad; y como su gruta distaba cinco millas de la iglesia, asistía los sábados y domingos á la celebración de los divinos oficios, en union de los demas monges de aquel monasterio.

Esta vida eremítica era acomodada á las ideas del santo, porque retirado del mundo buscaba á Dios en la oración, la cual tenía en lo mas solitario del desierto, por no ser interrumpido por ninguno. Ayunaba diariamente, y no comía mas que yerbas; pero por no hacer ostentacion de esta virtud, en público comía lo que le daban, menos aquellas cosas que su regla prohibía comer, como la carne y el pescado. Los ratos que no estaba entregado á la oración, los dedicaba al estudio de la Sagrada Escritura y Santos padres, y en estas tareas encontraba muchas veces puntos para la contemplación de las verdades eternas. No obstante que estaba profundamente instruido en las ciencias; procuraba manifestar rusticidad, para no empeñar su humildad con la vanidad del saber.

Por muchas súplicas de algunos monges, admitió en su compañía á un anacoreta llamado Moises, que quiso ser discípulo del santo, y con sus lecciones llegó á perfeccionarse en el camino de la virtud. No solo á este daba Juan sus consejos, sino á todos los que se los pedían; y como Dios lo habia dotado de una grande prudencia y tino para consolar á las almas afligidas, á él ocurrían muchos en su tribulación, y ninguno volvía desconsolado. Estas obras de caridad que ejercitaba Juan, dieron causa á ciertas murmuraciones de algunos envidiosos de su santidad, que imputaban á orgullo y vanidad lo que solamente se hacia por la piedad; y recibiendo nuestro santo este hecho lo mismo que si fuera cierto, se impuso el precepto de no volver á hablar, como lo verificó por espacio de un año, con lo cual confundió á sus calumniadores; pero despues, reflexionando que si Dios lo habia dotado de talento, éste lo debia emplear en beneficio de sus semejantes, á instancias de algunos monges volvió de nuevo á hablar y á instruir al prójimo con la misma humildad que antes lo hacia.

A los cuarenta años de vivir Juan en su ermita, y cuando tenía sesenta de edad, fué nombrado abad del monasterio de Sinaí y superior de todos los monges que habitaban en aquel lugar. Nuestro santo, que tanto habia resistido el cargo pastoral, luego que lo recibió, procuró por todos los medios posibles la santificación de sus



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

monges, y para que no solamente los que existían en su tiempo recibieran sus saludables consejos, escribió un libro que tituló *Cibazar*, en donde se encuentran en un estilo sentencioso, las mejores máximas de la moral cristiana. En este tratado se deja ver entre la sencillez de su estilo, cierta magestad en los pensamientos, acompañada de una humildad extremada y una dirección perfecta de las virtudes, que no puede menos que mover los corazones de los que lo leen. Describe nuestro santo un monasterio que se llamaba la Prision y estaba á poca distancia del principal, donde se retiraban los monjes que creían haber cometido algún pecado; y hacían tantas y tan crueles penitencias, que no pueden leerse sin causar admiración y pavor. También escribió una carta en que explica las obligaciones de un pastor, y exhorta á corregir con dulzura á los pecadores.

Estableció en su abadía un hospital para peregrinos, al cual habilitó de todo lo necesario. San Gregorio el Magno, que entonces ocupaba la cátedra de San Pedro, escribiendo al santo abad, le suplica que rogase por él á Dios en sus fervorosas oraciones, para que le diera asiento en el gobierno de la Iglesia. También los habitantes de la Palestina en una seguridad que sufrieron, de que sobrevino una hambre espantosa, ocurrieron á nuestro santo para que rogara á Dios por ellos y moderara aquella calamidad. En efecto, Juan con sus fervientes oraciones, logró del cielo una abundante lluvia, que fertilizando los campos produjo después frutos con que pudieron ocurrir á sus necesidades los angustiados habitantes de la Palestina.

Poco antes de morir San Juan se apartó del monasterio, renunciando el cargo de abad, para vivir en el retiro, donde murió el 30 de Marzo del año 605, á los ochenta de su edad, y á los sesenta y cuatro de estar en el desierto.

La Epístola es del capítulo XLV del libro de la Sabiduría. (Eclesiástico.) (pág. 666.)

Fué amado de Dios y de los hombres &c.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Mateo. (pág. 666.)

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: Bien ves que nosotros &c.

MEDITACION.

Sobre los caracteres de la verdadera caridad.

Considera que la caridad con el prójimo para que sea verdadera, debe ser eficaz; para ser eficaz, debe quitar todos los defectos que se le oponen, y de que hace mención San Pablo. Primeramente, quita la cólera, el resentimiento, las acciones que ofenden y las palabras que irritan; las emulaciones que nos hacen mirar la elevación del otro, como propio abatimiento; la vanidad que nos hace mirar á los demas con seriedad ó menosprecio; la ambicion, que nos incita á derrubar á los otros para elevarnos por sus ruinas; las sospechas y juicios temerarios de las acciones de los prójimos; las secretas y malignas alegrías de las aflijciones ó trabajos ajenos; el asimiento excesivo de nuestros intereses, que ocupándonos únicamente de ellos, nos hace mirar todas las cosas con relacion á nosotros, como si fuéramos especie de divinidad á quien sacrificamos las obligaciones mas esenciales de justicia y reconocimiento, y aun de la naturaleza. ¿No reconoces algo de estos defectos en ti, ó por mejor decir, no los encuentras todos? ¡Si es así, debes reconocer que no tienes caridad, ¡y qué eres si no la tienes! La caridad no debe limitarse solamente en no hacer mal al prójimo, mas antes debe procurar é impedir el que le venga mal alguno, sollicitando remediar los que le amenazan para que no le lleguen, ó si llegaren, procurando consolarle y aliviarle, si no puede librarle totalmente, y cuando ni aun esto pudiese, compadeciéndose en sus penas, sintiendo sus aflijciones, procurando disminuir las, tomando parte en ellas, afligiéndose y llorando con los que lloran, según el ejemplo de San Pablo, que protesta padecía con todos los afligidos; y tambien debe pedir á Dios para su prójimo, el alivio ó consuelo que no lo puede dar. La caridad sufre los defectos con paciencia; procura emendar sin agraviar al culpado; disimula lo que no puede corregir, y se interpone con Dios para que su divina Magestad ponga el remedio; emplea todas las buenas obras para templar la justicia de Dios cuando está irritada; se ofrece para descargar al culpado de una parte de la pena que merece, haciéndose en algun modo víctima de la justicia de Dios, para hacer al pecador objeto de su misericordia; hasta aquí va la perfecta caridad: ¿llega aquí la tuya?

Considera que la caridad no solamente se emplea en impedir el mal del prójimo, sino también le procura todo el bien posible; porque la caridad es favorecedora, según dice San Pablo: ella nos hace estimar, venerar y amar verdadera y eficazmente á nuestro prójimo, mostrándole la estimación con hablar ventajosamente de él; el respeto, tratándole con un modo civil y afable; y el amor, deseándole todo género de bienes, alegrándose de los que posee, solicitándole los que le faltan, y haciéndole todos los buenos oficios que puede desear, principalmente en lo que mira á la salvación de su alma, sin dejar nada por hacer de lo que pudiere contribuir, estando prontos á sacrificar para esto, no solo nuestros bienes, gloria y reposo, sino la vida, con el ejemplo de Jesucristo, que San Juan nos propuso por modelo, cuando dijo: Pues Jesucristo nos amó hasta dar la vida por nosotros, debemos estar prontos á exponer nuestra vida por la salvación de nuestros hermanos. La caridad llega algunas veces á hacer olvidar, á ejemplo de Moisés y San Pablo, sus intereses espirituales. ¿Qué lejos estás de esta perfección, tú que no quieres sacrificar ni el mas ínfimo gusto, ni la mas mínima conveniencia!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Basta saber que la caridad es la vida y el alma de todas las virtudes, para que la apreciemos sobre manera y conozcamos la necesidad que tenemos de ella. Con la caridad todo vive en el hombre; y sin ella todo fenecce. Ella es como el calor del sol que fecunda toda la naturaleza, y como el alma en el hombre que le da vida, acción y movimiento. En vano piensan los hombres adquirir las virtudes morales sin la caridad: tal idea es un atecimiento, un verdadero engaño, que la experiencia les hará conocer cuando van caer y disiparse como el humo el fantasma de virtud que neciamente se habian propuesto. Sea, pues, la caridad el objeto que nos propongamos para lograr el fruto de estas reflexiones, y pidámosla con fé viva á aquel Dios que es caridad, como dice San Juan.

JACULATORIA.

Amete yo, Dios mío, á tí; que eres mi fortaleza y mi virtud.

LECCION.

Sobre la predicación de los Apóstoles, y el establecimiento de la religión cristiana.

Después del artículo que hemos explicado hasta ahora, en que se comprenden todos los dogmas relativos al Espíritu Santo, continúa el de la Iglesia católica. Este inmediato enlace de ambos artículos, se conoce mas fácilmente advirtiendo que después de la venida del Espíritu Divino, como uno de los efectos principales de ella, se siguió inmediatamente la predicación del Evangelio y el establecimiento de la religión de Cristo y de su Iglesia santa; y por lo mismo, para que se forme una idea mas adecuada de los resultados inmediatos y grandiosos de la venida del Espíritu Consolador y del establecimiento y fundación de la santa Iglesia, regida por el mismo Espíritu Santo, parece conveniente ocuparnos hoy de estos sucesos fundamentales de nuestra religión, como una introducción para el artículo de la Iglesia católica.

La predicación de los Apóstoles se dirigió primero á los judíos, después á los samaritanos, y finalmente á los gentiles derramados por toda la tierra, según se los habia ordenado su Divino Maestro, al decirles según San Marcos: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura.* Esta predicación del Evangelio es la publicación de la buena nueva de la reparación del género humano por Jesucristo y de la reconciliación de los hombres con Dios, al mismo tiempo que todas las maravillas de la vida, la muerte, la resurrección y la ascension de Jesucristo, y en fin, de todas las verdades enseñadas por el Salvador. Los Apóstoles predicaron primero á los judíos, porque éstos eran el pueblo de Dios, los hijos de Abraham, la descendencia de Isaac y de Jacob, con quienes habia hecho Dios alianza, y por último los depositarios de la ley de Dios y de las profecías de la verdadera religión. Aunque se convirtieron muchos, la mayor parte de ellos permaneció, según habian anunciado los profetas, en su obstinación é incredulidad. Los judíos convertidos observaban una vida santa y ejemplar. Tenian todos un corazón y una alma: absolutamente desprendidos de las riquezas, vendian sus bienes y llevaban su importe á los Apóstoles, quienes los distribuían según las necesidades: su celo era tal, que

se llenaban de gozo, y se tenían por dichosos en poder padecer por Jesucristo: su fervor los mantenía en una continua oración por el día y por la noche. Al contrario el resto de la nación helaca perseguía de muerte á los Apóstoles y á todos los cristianos, sufriendo en consecuencia todas las calamidades anunciadas por los profetas, como ya vimos al tratar de la vocación de los gentiles y la reprobación de los judíos.

El Evangelio fué después predicado á los samaritanos, cuando los judíos verificaron su primera persecución contra los fieles. Era justo empezar la predicación por los judíos ortodoxos, y no quiso Dios fuese á los cismáticos, cuales eran los samaritanos, sino después de haberlos rebusado aquellos. San Mateo nos refiere que Jesucristo dijo á los Apóstoles: *No váis á camino de gentiles, ni entrais en las ciudades de los samaritanos: mas id antes á las ovejas que perecieron de la casa de Israel: Id y predicad, diciendo que se acercó el reino de los cielos.* Los samaritanos lo recibieron con mucho regocijo, y se convirtió un gran número de ellos; mas el resto permaneció obstinado y sufrió la misera suerte de los demas judíos.

Entonces, es decir, al momento que los judíos despreciaron el Evangelio, comenzaron los Apóstoles á predicarlo á los gentiles, segun la órden del Señor á San Pedro, y Cornelio, un capitán romano, fué el primer gentil que recibió la luz evangélica, y algunos otros que se hallaban entonces en la Judea. Después se esparcieron por toda la tierra para instruir y bautizar á todas las naciones; pero el encargado de esta mision especial fué San Pablo, quien escribiendo á los romanos decía: *Con vosotros hablo, gentiles: Mientras que yo sea Apóstol de las gentes, honraré mi ministerio, por si de algun modo pueda mover á emularion á los de mi nacion, y hacer que se salven algunos de ellas.* No habiendo sido testigo este grande Apóstol como los demas, de la vida y milagros de Jesucristo, sino antes enemigo acérrimo de la religion cristiana, su conversion y su vocacion al apostolado fueron maravillosas. No hubo otro que predicase el Evangelio con mas provecho y que se distinguiese mas por su celo, sus escritos, sus trabajos y passion. El fruto de la predicacion á los gentiles fué la destruccion de la idolatria en que estaban sumergidas todas las naciones de la tierra, extendiéndose por todas partes el conocimiento y el culto del verdadero Dios. Nuestros padres eran idolatras: nosotros somos cristianos, dice un

sabio escritor: esto es el fruto de la predicacion apostólica. En efecto, por la virtud del Espíritu Santo adquirió esta admirable eficacia; á lo que se agrega la persuasion de sus milagros, el ejemplo de su vida y la constancia en los diversos martirios que padecieron para dar testimonio de las verdades que anunciaban. "Llenos del divino fuego de que el Espíritu Santo habia abrasado su corazón, dice San Agustin, eran semejantes á una ascua ardiendo, que arrojada por todas partes y llevada de lugar en lugar, abrasó en fin la vasta selva del universo, y llenó la tierra de la luz y el ardor del Espíritu Divino.... Su palabra fué llevada por toda la tierra, aunque la Iglesia no estaba todavía extendida en su tiempo por todo el mundo." Sus discípulos continuaron la mision, y no anunciaron sino lo que anunciaban los Apóstoles.

Mil contradicciones se oponian á cada paso al establecimiento de la religion cristiana: por todas partes era repugnada y combatida; mas por todas partes triunfaba de las potencias humanas que se le oponian, lo que hace mas admirable su establecimiento, y manifiesta mas claramente que la conversion del mundo, segun lo habian anunciado los profetas, ha sido obra del Altísimo y no de los hombres. El profeta Daniel escribió que Dios le habia manifestado la serie de los imperios que debían sucederse unos á otros, desde Nabucodonosor hasta el establecimiento de la Iglesia de Cristo. A los babilonios seguían los persas, á los persas los griegos, y á éstos los romanos, cuyo imperio estaba indicado en la vision por el hierro que todo lo doma y lo avasalla, y continúa de este modo hablando con Nabucodonosor: *Mas en los dias de aquellos reinos el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, y este reino no pasará á otro pueblo, sino que quebrantará y acabará todas estas reinos, y el mismo subsistirá para siempre.* Segun lo que viste, que del monte se desgajó sin mano una piedra y disminuyó el tiesto, y el hierro y el cobre, y la plata, y el oro, el grande Dios mostró al rey las cosas que han de venir despues. Y el sueño es verdadero y su interpretacion fiel. El sentido de esta profecía, segun la explican los intérpretes y comentaradores sagrados es, que Dios habia de enviar al mundo al Redentor, y que habia de establecer el imperio espiritual de su Iglesia sobre las ruinas del imperio romano, que se habia hecho señor de todo el mundo: que este reino de la Iglesia debia ser muy pequeño en sus principios, y en efecto, en el Evangelio se com-

para á un grano de mostaza que es al principio el mas pequeño; pero en la Palestina viene á hacerse poco á poco un grande árbol, sobre el cual descansan las aves del cielo, imágenes de los fieles en esta parábola. La Iglesia en el profeta Isaias, es comparada á un monte muy alto, al cual debian concurrir todas las naciones, y este es el monte que vió Daniel formarse de una piedra desprendida sin mano de hombre. La profecía se ha cumplido á la letra. Jesucristo vino en el reinado de Augusto, el primero de los emperadores romanos. La extension de la Iglesia al principio era muy pequeña; pero poco á poco creció despues, sin socorro alguno humano; sujetó á su yugo á los emperadores idolatras y á los grandes de la tierra desde Constantino, y hace ya mucho tiempo que está estendido el imperio espiritual de Jesucristo por todo el universo.

Mas para llegar á tal estado, cuántas persecuciones y contradicciones ha tenido que sufrir, y cuál ha sido la paciencia de los fieles sucesores de los Apóstoles! Ninguno murmuró ni se defendió con las armas; se contentaron con representar su inocencia y la verdad de la religion cristiana, con discursos y escritos llenos de celo y sabiduría. Todos los Apóstoles sufrieron por la verdad con una paciencia invencible y una fortaleza heroica, los suplicios mas crueles; y á excepcion de uno, la muerte mas horrorosa. La causa de una persecucion tan decidida no fué otra que el que la religion cristiana se oponia á sus preocupaciones y á su concupiscencia. Instigados los hombres por el demonio, no pudieron sufrir se les viniese á perturbar la posesion en que estaban de vivir á su antojo, y las miras de la falsa política de los príncipes, contribuyeron tambien para la persecucion del cristianismo.

Estas mismas persecuciones, en vez de disminuir el número de los cristianos, aumentaba los discípulos de Jesus, porque produjeron innumerables mártires, cuya sangre fecunda hacia crecer todos los dias este árbol santo; pues el ejemplo de un solo mártir, convertia muchas veces una multitud de infieles: por eso decía Tertuliano: "La sangre de los mártires es la semilla del cristianismo; porque de un grano que moria, segun la expresion del Evangelio, nacia ciento."

Las primeras persecuciones de los cristianos duraron trescientos años, hasta el imperio de Constantino, que abrazó la religion de Jesucristo, desde cuya época adoptaron los príncipes de la tierra la

verdadera religion; y la cruz que era el oprobio de los hombres, llegó á ser despues su gloria y su esperanza; sin embargo, la religion no fué perseguida por todos los emperadores que reinaron desde la época de Jesucristo hasta Constantino. La persecucion se suscitaba por intervalos, no permitiendo Dios que ninguna de ellas durase muy largo tiempo, y siempre calmaba un poco la tempestad, para dar lugar á que los fieles volviesen á reunirse durante la paz, y reparasen su disciplina. Sin embargo, en el periodo mencionado de trescientos años, se sucedieron doce persecuciones: la primera por un edicto de Neron, y duró cuatro años: la segunda, suscitada por Domiciano, y cuya duracion fué de seis: la tercera por Trajano que tardó diez y nueve: la cuarta bajó el imperio de Adriano, por ocho tanto tiempo: la quinta promovida por Antonino Pio, que cesó por un edicto á los quince años: la sexta en el imperio de Marco Aurelio, finalizada del mismo modo á los trece: la séptima imperando Severo, que no cesó sino con su muerte á los doce: la octava por Maximino en los mismos términos, aunque solo tardó tres años; la nona, mandando Décio, que murió miserablemente á los dos: la décima, ordenada por los emperadores Valeriano y Galieno, duró tres años y medio: la undécima, en el imperio de Aureliano, por el espacio de dos; y la última empezada por Diocleciano y Maximiano, continuada por Galerio, Maximino y Licinio por once años, hasta que Constantino fué señor absoluto del imperio. El martirologio y las vidas de los santos mártires de esta época, que venera la Iglesia, da una idea de la crueldad de ellas y del número admirable de estos héroes del cristianismo, que con su sangre focundaron la Iglesia de Cristo.

DIA TREINTA Y UNO.

San Félix y San Benjamin, diácono, mártires.

Ningun autor trae las actas del martirio de San Félix, y solamente aseguran algunos que nació en Africa, y allí murió por confesar la fé de Jesucristo, en union de otros compañeros que refiere el martirologio; y por eso agregamos la historia de San Benjamin diácono, de cuyo martirio pasamos á hablar.

En el reinado de Sapor II, en la Persia, á fines del siglo IV, se levantó una cruel persecucion contra los cristianos, la cual se aumentó en tiempo de Sapor III; pero el sucesor de este monarca, que lo fué Isdegerdes, contuvo la ferocidad del paganismo, y los cristianos gozaron de tranquilidad y fomentaron el culto católico, edificando templos y predicando la doctrina cristiana. Isdegerdes si no protegía directamente á la religion católica, por lo ménos no la combatía, y dejaba á los cristianos en libertad para promulgarla. En el año 420 se levantó de nuevo la persecucion por el celo indiscreto del obispo. Abdas que mandó quemar el templo que se llamaba Pirenn, dedicado á la deidad del fuego, á quien veneraban supersticiosamente los persas. Entónces Isdegerdes dijo al obispo que, ó reedificaba el templo destruido, ó mandaba demoler todas las iglesias cristianas. Se resistió Abdas á levantar el templo, y por eso Isdegerdes mandó destruir todas las iglesias católicas, siendo este hecho el primer anuncio de la cruel persecucion de Isdegerdes, que por primera victima sacrificó al obispo Abdas que la habia motivado con la destruccion del templo.

Murió Isdegerdes en el año 421, y con su muerte se creia el que se aplacaría la persecucion; pero Varanes, que fué su sucesor, la continuó con mas ferocidad, cumpliendo toda clase de martirios para perseguir á los cristianos. A unos degollaba, á otros clavaba espinas y ostacns por todo el cuerpo y los echaba á rodar; y á otros, en fin, atormentaba con suplicios raros y dolorosísimos, que no se pueden concebir, y que solo pueden considerarse, sugeridos por el mismo demonio. Pero nada de esto valió para apagar el zelo de la religion cristiana; mientras mas suplicios se levantaban, con mas firmeza se confesaba la fé de Jesucristo. El diácono Benjamin que habia predicado la religion católica, y habia animado á muchos mártires, en el momento de padecer, recibió la corona del martirio en esta cruel persecucion. Mandó Varanes que lo apalearan; y casi moribundo lo encerraron en un calabozo, donde permaneció dos años un continuo tormento, hasta que un embajador del emperador pudo conseguir su libertad, prometiendo que no volvería á predicar la religion católica; mas como Benjamin no habia hecho la promesa, luego que salió de la prision volvió á predicar las verdades de la religion, é informado el rey de esto, mandó prenderlo de nuevo, y traerlo á su presencia. En ella preguntó Benjamin al monarca, *qué opinion formaria de un vasallo que le negase la obe-*

diencia, ó formase guerra contra él? Esta pregunta indignó tanto á Varanes, que mandó á los verdugos que le metiesen espinas penetrantes entre las uñas y carne de los dedos de las manos y de los plés, cuya operacion se repitiera con frecuencia en ese lugar y en otras partes delicadas del cuerpo. Esta clase de martirios horripila el considerarlos, y solo pudo tener lugar en aquellos tiempos de barbarie, cuando los impulsos naturales seguramente estaban sofocados por la perversidad de las costumbres. En medio de este martirio, que siendo en extremo doloroso dilataba la muerte para hacer padecer por mas tiempo al ilustre Benjamin, éste entonaba alabanzas al Todopoderoso, y con su valor y firmeza causaba asombro á sus mismos verdugos. El tirano viendo que no moría Benjamin, mandó que le metieran por las entrañas un palo lleno de nudos, y en este suplicio murió, con las entrañas despedazadas, en el año 424, celebrándose en el martirologio el día 31 de Marzo.

La Epistola es del capítulo VII del Apocalipsis de San Juan.

En aquellos días: Hábíome uno de los ancianos, y me preguntó: Esos que están cubiertos de blancas vestiduras, ¿quienes son, y dónde han venido? Yo le dije: Mi señor, tú lo sabes. Entónces me dijo: Estos son los que han venido de una tribulacion grande, y lavaron sus vestiduras, y las blanquearon en la sangre del Cordero. Por eso están ante el solio de Dios, y les sirven día y noche en su templo; y aquel que está sentado en el solio habitará en medio de ellos: ya no tendrán hambre, ni sed, ni descargará sobre ellos el sol ni el bochorno. Porque el Cordero que está en medio del solio será su pastor, y los llevará á fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos.

El Evangelio es del capítulo V de San Mateo.

En aquel tiempo: Viendo Jesus las turbas, se subió á un monte donde habiéndose sentado se le acercaron sus discipulos; y abriendo su boca los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

dia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.

MEDITACION.

Sobre la dignidad de un cristiano.

Considera qué cosa es un cristiano. Es un hombre que tiene una relacion particular con Dios Padre, de quien es hijo en el bautismo. ¿Qué dignidad puede haber tan excelsa? ¿Cuál tan grande? Lo que Jesucristo es por naturaleza, es el cristiano por adopcion; porque logra en su regeneracion espiritual á proporcion, lo que el Verbo recibe en la regeneracion eterna. *Nosotros hemos recibido, dice San Pablo, el espíritu de hijos de adopcion, en virtud del cual nos atrevemos á llamar á Dios nuestro Padre, siendo verdaderamente hijos de Dios y sus herederos.* El nacimiento de Jesucristo, dice San Agustin, es el modelo del nacimiento á la gracia que logramos en el bautismo. Estas dos natividades tienen el mismo principio que es el Espíritu Santo. La una se hizo en el purísimo seno de María, que es Virgen y Madre, y la otra se hace en el seno de la Iglesia, que es pura y fecunda. El término de la primera es Jesucristo, que quiere decir, un hombre Dios: el término de la segunda es el cristiano, que quiere decir, un hombre divino. *¿Podía Dios, dice San Juan, soltar las riendas á su amor por el hombre, y aumentar la gloria de éste, de otro modo mejor, que haciendo que los hombres seámos verdaderamente hijos de Dios? ¿Pero ay! que al mismo tiempo no podemos nosotros desenfrenarnos mas en nuestra ingratitude é indignidad, como deshonrando esta gloriosa calidad de cristianos con un modo de vivir igualmente desincente, que vergonzoso! ¿Qué es un cristiano? Es un hombre que tiene una relacion esencial con Jesucristo, de quien es miembro. ¿Qué dignidad puede haber mas sagrada ni mas excelsa? Todos los cristianos, dice San Pablo, hacen un solo cuerpo, de que Jesucristo es cabeza, y de quien ellos son miembros, ó partes, por el bautismo*

que les da la union con Jesucristo: union verdaderísima; pues hace un artículo de fe sumamente cierto, porque el Espíritu Santo es el principio. Los dos términos de esta union son Jesucristo y cada cristiano; el nudo que los une, son la fé y la caridad; y los efectos son todas las gracias que el hombre recibe en el bautismo. *¿Qué puede haber mas cierto? Union la mas íntima, pues por ella somos animados con el espíritu de Jesucristo, y vivimos de su misma vida. Union, en fin, la mas elevada, pues el mismo Salvador la compara á la union que él tiene con su Padre. De manera que, como dice el Apóstol, nos hacemos por esta union participantes de la naturaleza divina. Si Jesucristo, por quien hemos logrado estas dichas, no nos lo dijese y asegurase él mismo, ¿podríamos creerlo? Pero si lo creemos, como es de fe, ¿cómo no procuramos que nuestras acciones sean santas, dignas y correspondientes á nuestra creencia?*

Considera que un cristiano verdadero es el hombre que adquiere por el bautismo un respecto particular con el Espíritu Santo, de quien es templo. *¿No sabéis, dice el Apóstol, que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que reside en vosotros? Por eso se sirve la Iglesia de las mismas ceremonias en el bautismo que en la consagracion de los templos. Arrojae el demonio con los exorcismos del alma de aquel que se hace cristiano; conságrase con el santo crisma, figura de la union de la gracia, por la cual el Espíritu Santo se derrama en su corazón, y de que toma posesion el mismo Espíritu Santo, con el misterioso aliento del ministro del bautismo. Este es despues el principio y objeto del culto que el fiel le dá en la Iglesia, con los actos de fé, esperanza y caridad. Es el Espíritu Santo quien riega en él con los gémidos mas eficaces, y por eso es siempre oido. Es el autor de todas las acciones sobrenaturales que el cristiano ejecuta, y por eso tiene tanto mérito que nos pueden dar derecho cierto á la posesion de Dios, no pudiendo haber sino Dios que nos pueda hacer poseerle. ¿Su divina Magestad ha podido hacer mayor honor al hombre, que la que le ha hecho, haciéndole hijo de Dios, miembro y hermano de un hombre Dios, y templo del Espíritu Santo que es Dios? Por eso San Juan nos dice: Que por el bautismo entramos en sociedad con el Padre y el Hijo, y consiguientemente con el Espíritu Santo.*

PETICION Y PROPÓSITOS.

Una dignidad tan elevada como la del cristiano, demanda en su
TOMO I.

conducta una virtud que le sea correspondiente. A sola esta posicion se espantan las almas cobardes y apáticas, disculpando su falta de resolucion ó de valor con decir que es imposible tener una virtud que sea en realidad correspondiente á aquella dignidad que, por decirlo de una vez, se pierde en lo infinito. Pero es que no conocen las fuerzas de la gracia y de la caridad, que desarrolladas en una alma fervorosa producen efectos de un alcance desconocido, esto es, hacen que el hombre alcance á hacer obras verdaderamente admirables cuyo mérito solo Dios lo conoce. Tampoco consideran que á quien Dios no llama á un estado de absoluta perfeccion, ó á quien no eleva á una absoluta sublimidad de virtud, no le exige mas que la perfeccion correspondiente al estado ménos perfecto á que le llama; y en suma, que nada le exige que sea sobre sus fuerzas espirituales, ni le demanda de rigorosa obligacion mas austeridad que la que corresponda á su estado. Sobre estas bases deben girar los propósitos que hagamos á consecuencia de lo que hemos meditado. La dignidad del cristiano demanda tanto, que no hay coto que poder fijar á la santidad que le corresponda; pero atendida la rigurosa obligacion, el estado de mas ó ménos perfeccion, y la vocacion de Dios á mayor ó menor grado de virtud y santidad, son los que dan la regla para ordenar nuestra conducta.

JACULATORIA.

Dame entendimiento, Señor; para que conozca tus caminos.

LECCION.

Sobre la nona parte del Credo: LA SANTA IGLESIA CATOLICA, LA COMUNION DE LOS SANTOS.

Después de los artículos de la fé cristiana, relativos á la augusta Trinidad y á cada una de las tres divinas personas, agregaron los Apóstoles el presente artículo, porque el orden de una recta profesion de fé pedía que á la creencia de la divinidad se siguiese la de la Iglesia, como la casa, la ciudad ó el templo donde especialmente asiste. Cuando por otra parte los misterios de la fé que se contienen en el símbolo, se nos proponen por la misma Iglesia, á quien debemos todos los fieles escuchar y obedecer, sigue inmediatamente al artículo del Espíritu Santo, porque este Espíritu divino rige, enseña, santifica y da vida á la Iglesia, y por esto algunos teólogos creen que éste y los tres artículos restantes pertenecen al Espíritu Santo.

La palabra Iglesia, derivada del griego, significa vocacion ó llamamiento, reunion ó congregacion de algunos individuos, ya buenos ó ya malos; por eso David dice en uno de sus salmos: *Aborrecí la iglesia de los malignos, y no tomaré asiento con los impios*; pero el uso común de la Escritura, de los Santos Padres y de los teólogos, ha aplicado esta vez para significar la república cristiana; la congregacion de los fieles, ó la sociedad de aquellos individuos que profesan la verdadera religion de Cristo, tributando á Dios el verdadero culto que se le debe; ó bien la reunion de aquellos que habiendo sido llamados, como dice el catecismo de San Pio V, por la fé á la luz de la verdad y á la noticia de Dios, desvanecidas las tinieblas de la ignorancia y los errores, adoran piadosa y santamente al Dios vivo y verdadero, sirviéndole de todo corazon: ó en una palabra, como dice San Agustín: *“El pueblo fiel disperso por todo el mundo.”* No sin misterio, pues, se ha adoptado este nombre para designar la congregacion de los fieles, puesto que en esta evocacion ó llamamiento que significa originariamente esta palabra, al momento resplandec la benignidad y la luz de la divina gracia, y conocemos la diferencia grande que hay entre esta congregacion y cualquiera de las reuniones ó asociaciones públicas, que solo estrictan en la razon, la conveniencia ó la prudencia humana, mientras que aquella ha sido constituida por la sabiduria y el consejo de Dios, quien llama por medio de la futura inspiracion del Espíritu Santo que abre los corazones de los hombres y por el medio exterior de la obra y el ministerio de los pastores y predicadores. Así, pues, la Iglesia es la congregacion de los fieles unidos para formar un mismo cuerpo, cuya cabeza es Cristo.

Esta definicion conviene á la Iglesia en general, la que comprende á los bienaventurados que se hallan en el cielo, á los justos que padecen en el purgatorio, y á los fieles que viven en la tierra en cualquier tiempo ó lugar. Se dice congregacion de los fieles unidos bajo su cabeza Cristo, porque después del pecado original ninguno pudo conseguir la salvacion sino por la fé de Cristo, que habia de venir ó que ya ha venido. Esta congregacion unida en Jesucristo, tiene tres ramas: la Iglesia del cielo, que se llama triunfante; la Iglesia del purgatorio, que se denomina paciente; y la Iglesia de la tierra que lleva el nombre de militante, y que se puede considerar cual existió bajo la ley natural antes de Moisés, ó la iglesia judaica bajo la ley escrita, llamada propiamente la sina-

goga, ó por último, la Iglesia cristiana despues de la venida del Salvador. Mas hablando con propiedad, hasta despues de la predicacion del Evangelio no se llamó Iglesia esta congregacion, y de la Iglesia tomada en este sentido, esto es, de la Iglesia cristiana, es de la que hemos de hablar en esta y las lecciones siguientes, no haciendo mencion de las otras, sino por referencia á ella.

Así, pues, la Iglesia cristiana es la congregacion de los fieles que están unidos por la profesion de una misma fé, por la participacion de unos mismos sacramentos, bajo la autoridad de los pastores legítimos, y cuya cabeza visible es el Papa, obispo de Roma, sucesor de San Pedro y vicario de Jesucristo en la tierra. Es la congregacion de los fieles, porque es la reunion de los que creen en Jesucristo; unidos por la profesion de una misma fé, porque la Iglesia no reconoce por hijos suyos á los que alteran ó dividen su creencia; por la participacion de los mismos sacramentos, porque por medio de ellos se incorporan los cristianos con Jesucristo, se unen entre sí, y forman un cuerpo sensible de religion; bajo la autoridad de los pastores legítimos, cuya cabeza es el Papa, porque disuelve los vínculos puestos por Jesucristo entre los miembros de la Iglesia el que no reconoce á los pastores que estableció para su régimen y gobierno. Oportunamente haremos ver quiénes son los pastores legítimos, y por qué debe reconocerse por cabeza de ellos al Sumo Pontífice.

Los doctores católicos comparan á la Iglesia al cuerpo vivo del hombre, y suelen distinguir en ella dos partes, una externa y visible que llaman cuerpo, la que no es otra cosa que la multitud de aquellos á quienes une la profesion externa de la fé, la participacion de los sacramentos y la sujecion exterior á los pastores legítimos: otra interior, á quien llaman alma, que es la sociedad de los santos que se unen mutuamente á su cabeza Cristo por los dones del Espíritu Santo, por la fé, la esperanza y la caridad. Aunque todos los católicos creemos que las virtudes internas son necesarias á la Iglesia, sin embargo, ni establecer el dogma de la Iglesia contra los hereges, debemos atender principalmente á lo que hay en ella de externo y de visible: lo primero, porque sin la profesion externa de la fé ninguno puede ser justo; y lo segundo, porque para manifestar á los hereges en dónde se encuentra la verdadera Iglesia, debemos detenernos para señalarla por lo externo que hay en ella. Por esta razon la Iglesia establecida por Cristo, considerada

por razon del cuerpo en el modo explicado, se puede definir en estos términos. — La sociedad de los hombres viadores y bautizados, reunidos bajo la profesion externa de una misma fé cristiana y la participacion de unos mismos sacramentos, sujetos á los pastores legítimos, y especialmente al romano Pontífice. Esta definicion comprende á todos los miembros de la Iglesia, puesto que ninguno puede ser de ella si no profesa la fé, si no está unido por la comunicacion de sacramentos y sujeto á los pastores legítimos; y al mismo tiempo separa de ella á los que no son de su gremio, como los infieles, los catecúmenos, los hereges y los cismáticos, de lo que hablaremos en otra leccion. Sin que pueda objetarse que esta definicion es nueva é inaudita porque se quiera sostener que no pertenece á la naturaleza de la Iglesia la sujecion á los pastores legítimos; supuesto que en las Escrituras Santos se dice la Iglesia, casa, ciudad, reino de Dios, cuerpo de Cristo, y finalmente, rebaño de Jesucristo, y ninguna de estas reuniones puede estar sin gefes ó directores, ni la ciudad sin magistrados, ni el reino sin rey, ni el cuerpo sin cabeza, ni sin pastor el rebaño.

En los Hechos de los Apóstoles se lee, que San Pedro exhortando á los presbíteros de Efeso, les dice: *Mirad por vosotros y por toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para gobernar la Iglesia de Dios, la cual él ganó con su sangre. Yo sé que despues de mi partida entrarán á vosotros lobos arrebatadores que no perdonarán á la grey. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que dirán cosas perversas para llevar discípulos tras sí: Por tanto, velad.* Jesucristo hablando por San Lucas, dice: *Todo el que viene á mí, y oye mis palabras, y las cumple... semejante es á un hombre que edifica una casa, el cual clavó, y ahondó, y cimentó sobre la piedra, y cuando vino una avenida de aguas, dió impetuosamente la inundacion sobre aquella casa, y no pudo moverla porque estaba fundada sobre piedra.* Y hablando con San Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* Escribiendo San Pablo á Timoteo, le dice: *Para que sepas cómo debes portarte en la casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo, columna y apoyo de la verdad. Y con propiedad se llama la Iglesia casa, porque es como una familia que se rige por el padre de ella.* San Pablo dirigiéndose á los hebreos, llama ciudad á la Iglesia, cuando dice: *Os habeis llegado al monte Sion y á la ciudad del Dios vivo, Jerusalem la del cielo, y*

á la Iglesia de los primogénitos; y el reino de Dios cuando dice á los colosenses: *Os salvada Aristarco . . . Marcos . . . y Jesus, los cuales son de la circuncision; estas solos son los que me ayudan en el reino de Dios.* Finalmente, el mismo Apóstol llama á la Iglesia cuerpo de Cristo, cuando escribe á los efesios: *Cristo dió á unos ciertamente Apóstoles, y á otros profetas, y á otros evangelistas, y á otros pastores y doctores para la consumacion de los Santos en la obra del ministerio para edificar el cuerpo de Cristo; y á los colosenses: Me gozo ahora en las aflicciones que he padecido por vosotros, y sirvo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo, por el cuerpo de él que es la Iglesia; de la que he sido ya hecho ministro segun la dispensacion de Dios.* La idea que acabamos de dar de la Iglesia cristiana, es absolutamente distinta de la que se han formado los hereges antiguos y modernos. Los pelagianos la definan la sociedad de hombres perfectos; los novacianos creian que la Iglesia era la congregacion de los hombres justos; entendiendo por tales á los que nunca hubiesen caido en los mas graves pecados acerra de la confesion de la fé. No distaban mucho de ellos en su modo de pensar los donatistas, los sectarios de Wicel y los discípulos de Huss. Muchos calvinistas han enseñado que la Iglesia solo se compone de los predestinados; y los luteranos, por último, definen á la Iglesia la reunion de los Santos que verdaderamente creen y obedecen á Cristo. Para impugnar estas definiciones, lo primero manifestaremos en la siguiente leccion que la Iglesia no se compone únicamente de solos los perfectos, justos ó elegidos; y lo segundo, que la Iglesia de que se trata es la visible; y si esta fuese la congregacion de solos los perfectos y justos, ya no sería visible, como quiera que no pueden concurrir en la tierra los justos, los perfectos y los predestinados. Ni puede dejar de ser visible una congregacion que se compara á un alto monte, al que deben concurrir todas las naciones, de la que dice Jesucristo que todos los hombres deben obedecerla para vivir; en la que da reglas San Pablo á su discípulo Timoteo; para gobernar á la cual, dice el mismo Apóstol, que estableció el Espíritu Santo á los obispos, y la que finalmente debe instruir, administrar los sacramentos y juzgar en los delitos. *Si tu hermano, decía Jesucristo por San Mateo, pecare contra tí, ve y corrígele. . . y si no lo oyere, tómalo uno ó dos. . . y si no los oyere, dilo á la Iglesia; y si no oyere á la Iglesia, ténelo como un gentil y un publicano.*

SUPLEMENTO.

DIA PRIMERO DE MARZO.

San Rosendo.

La Iglesia mexicana celebra hoy al ilustre Santo español Rosendo, nacido á principios del siglo X de una de las mas distinguidas casas de Galicia y Portugal, los condes Don Gutierrez Mendez de Arias y Doña Aldara su esposa, no ménos nobles que ricos. A su concepcion, anunciada á su madre en sueños por un ángel, mientras que orando se habia quedado dormida frente del altar ante el que dirigia sus ruegos al cielo por un herebero (pues todos los hijos de su matrimonio habian muerto poco despues de recibido el bautismo), correspondia la heróica vida de este admirable Santo.

Sus primeros años fueron tan inocentes, que muy en breve se extendió la fama de sus virtudes, tanto que á los diez y ocho años de su edad, fué elegido con universal aprobacion para la silla episcopal vacante de Dumio, y consagrado su obispo, sin admitirle la excusa de su poca experiencia, que entre otras alegaba. La conducta que siguió en el nuevo estado que le habia sido forzoso aceptar, sirvió de prueba del acierto de los electores, pues era incansable en predicar la palabra de Dios é instruir á su pueblo, zeloso en corregir las costumbres, piadoso en restaurar y edificar templos, liberal en socorrer á los necesitados, y muy amigo del silencio y soledad, á que lo llevaba su natural inclinacion.

Teniendo noticia el rey Don Sancho de las singulares prendas de nuestro Santo, lo mandó á Compostela, cuyo obispo habia sido de puesto. Obedeció San Rosendo, aunque con gran disgusto suyo, y partió á aquel obispado que estaba lleno de escándalos y malos

á la Iglesia de los primogénitos; y el reino de Dios cuando dice á los colosenses: *Os salvada Aristarco . . . Marcos . . . y Jesus, los cuales son de la circuncision; estas solos son los que me ayudan en el reino de Dios.* Finalmente, el mismo Apóstol llama á la Iglesia cuerpo de Cristo, cuando escribe á los efesios: *Cristo dió á unos ciertamente Apóstoles, y á otros profetas, y á otros evangelistas, y á otros pastores y doctores para la consumacion de los Santos en la obra del ministerio para edificar el cuerpo de Cristo; y á los colosenses: Me gozo ahora en las aflicciones que he padecido por vosotros, y siglo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo, por el cuerpo de el que es la Iglesia; de la que he sido ya hecho ministro segun la dispensacion de Dios.* La idea que acabamos de dar de la Iglesia cristiana, es absolutamente distinta de la que se han formado los hereges antiguos y modernos. Los pelagianos la definan la sociedad de hombres perfectos; los novacianos creian que la Iglesia era la congregacion de los hombres justos; entendiendo por tales á los que nunca hubiesen caido en los mas graves pecados acerra de la confesion de la fé. No distaban mucho de ellos en su modo de pensar los donatistas, los sectarios de Wicel y los discípulos de Huss. Muchos calvinistas han enseñado que la Iglesia solo se compone de los predestinados; y los luteranos, por último, definen á la Iglesia la reunion de los Santos que verdaderamente creen y obedecen á Cristo. Para impugnar estas definiciones, lo primero manifestaremos en la siguiente leccion que la Iglesia no se compone únicamente de solos los perfectos, justos ó elegidos; y lo segundo, que la Iglesia de que se trata es la visible; y si esta fuese la congregacion de solos los perfectos y justos, ya no sería visible, como quiera que no pueden concurrir en la tierra los justos, los perfectos y los predestinados. Ni puede dejar de ser visible una congregacion que se compara á un alto monte, al que deben concurrir todas las naciones, de la que dice Jesucristo que todos los hombres deben obedecerla para vivir; en la que da reglas San Pablo á su discípulo Timoteo; para gobernar á la cual, dice el mismo Apóstol, que estableció el Espíritu Santo á los obispos, y la que finalmente debe instruir, administrar los sacramentos y juzgar en los delitos. *Si tu hermano, decía Jesucristo por San Mateo, pecare contra ti, ve y corrígele. . . y si no te oyere, tómalo uno ó dos. . . y si no los oyere, dilo á la Iglesia; y si no oyere á la Iglesia, téilo como un gentil y un publicano.*

SUPLEMENTO.

DIA PRIMERO DE MARZO.

San Rosendo.

La Iglesia mexicana celebra hoy al ilustre Santo español Rosendo, nacido á principios del siglo X de una de las mas distinguidas casas de Galicia y Portugal, los condes Don Gutierrez Mendez de Arias y Doña Aldara su esposa, no ménos nobles que ricos. A su concepcion, anunciada á su madre en sueños por un ángel, mientras que orando se habia quedado dormida frente del altar ante el que dirigia sus ruegos al cielo por un herebero (pues todos los hijos de su matrimonio habian muerto poco despues de recibido el bautismo), correspondia la heróica vida de este admirable Santo.

Sus primeros años fueron tan inocentes, que muy en breve se extendió la fama de sus virtudes, tanto que á los diez y ocho años de su edad, fué elegido con universal aprobacion para la silla episcopal vacante de Dumio, y consagrado su obispo, sin admitirle la excusa de su poca experiencia, que entre otras alegaba. La conducta que siguió en el nuevo estado que le habia sido forzoso aceptar, sirvió de prueba del acierto de los electores, pues era incansable en predicar la palabra de Dios é instruir á su pueblo, zeloso en corregir las costumbres, piadoso en restaurar y edificar templos, liberal en socorrer á los necesitados, y muy amigo del silencio y soledad, á que lo llevaba su natural inclinacion.

Teniendo noticia el rey Don Sancho de las singulares prendas de nuestro Santo, lo mandó á Compostela, cuyo obispo habia sido de puesto. Obedeció San Rosendo, aunque con gran disgusto suyo, y partió á aquel obispado que estaba lleno de escándalos y malos

ejemplos, al que no solo fué muy útil en lo espiritual con sus virtudes pastorales, sino aun en lo temporal, libertándolo de los males de la guerra, haciendo retirar á los normandos que amenazaban invadirla, y contentando á los árabes en sus límites con un ejército que reunió confiado en la protección divina. Por todos estos motivos era muy amado de su pueblo; mas un suceso desagradable, cuyo autor fué castigado del cielo, según el mismo Santo se lo anunció, le hizo abandonar su nueva grey, retirándose al monasterio de San Juan Cabero, que el mismo había fundado, con resolución de terminar allí su vida.

Cuando moraba en este monasterio con suma paz y tranquilidad de espíritu, le fué ordenado por Dios en la oración, edificase otro dedicado al Salvador en el pueblo del Villar, y profesara en él la vida religiosa. Obedeció el Santo, y pasando á ese lugar, reconoció el sitio, levantó el monasterio, y congregando varios monges de conocida virtud, les puso por abad á Franquía, varón de eminente santidad, y los vistió el hábito benedictino. Los monges, muerto el abad, le nombraron su sucesor sin dar oído á sus excusas, y en los felicísimos días de su gobierno, fué llena de bendiciones celestiales y de personajes ilustres aquella nueva casa. Favorecióle el cielo con el don de milagros, de que hizo tantos, que se escribió de ellos un libro que se conservó depositado en aquel mismo monasterio que tanto había ilustrado con su presencia. Lleno, en fin, de virtudes, murió el 19 de Marzo de 977, á los setenta años de su edad: su cuerpo fué depositado en el oratorio de San Pedro de Cela-Nova, y después colocado solemnemente en una capilla del claustro del mismo monasterio, cuando el papa Celestino III lo puso en el catálogo de los Santos.

BREVE DEGRISION

SOBRE EL CULTO DE LOS SANTOS, Y. SUS MOTIVOS.

La gloria de los Santos es el asunto de la alabanza perpetua en que se ocupa la Iglesia, y con que al mismo tiempo que engrandece el Señor por la obra admirable que ejecuta su diestra soberana en la santificación de las almas, promueve la edificación de las que aun todavía pelean en la tierra, por cobrarse en la patria el lauro de la inmortalidad bienaventurada. Semejante la Iglesia á una madre que ve los adelantos de sus hijos y el gozo de sus gloriosas empresas con todo el interes que demanda el amor maternal, la Iglesia contempla con placer la felicidad inflexible de que disfrutan inanimablemente en el cielo los héroes del cristianismo, que no reconocen otro seno materno que el de esta virgen madre que los concibió y dió á luz en el tiempo y lugar del merecimiento, para que recogiesen sus frutos en la estancia de la paz y perpetua alegría. Así es que no separa la consideración del mérito de la del premio que ha adquirido, hallando en uno y otro aquella excelencia, propia de sus esclarecidos hijos, que los hace dignos del culto religioso que les tributa. Ella medita la sublimidad de sus virtudes, la heroicidad de sus empresas, la perfección de sus obras, el fruto logrado por la eficacia de sus ejemplos, por la virtud de sus palabras, por la sabiduría de sus escritos, por la santidad de sus instituciones; y de todo deduce el conocimiento de un mérito que se atrae nada menos que la aceptación y bendición del Dios de santidad y de sabiduría que rige los destinos de los mortales, y si castiga el vicio, premia la virtud. La santificación inmensa, que por la correspondencia á la gracia se produjo en aquellas almas, forma las delicias de su amorosa madre: Ella ve los progresos que en variedad de grados ha hecho en ellas la gracia santificante: contempla el ardor de su caridad, que como un gran incendio se ha apoderado de ellas, y alza su activa llama hasta los cielos: el crecimiento de sus virtudes, el desarrollo de los dones del Espíritu Santo, la dulzura, suavidad y fragancia de sus frutos, lo deleitable de sus bienaventuranzas, y lo precioso y rico de las gracias de que fueron adornados, y con que tanto trabajaron en bien de sus hermanos, y enagenada á la vista de una santificación tan prodigiosa, adora la mano salvadora y benéfica que los supo sacar del abismo de la miseria y de la cor-

ejemplos, al que no solo fué muy útil en lo espiritual con sus virtudes pastorales, sino aun en lo temporal, libertándolo de los males de la guerra, haciendo retirar á los normandos que amenazaban invadirla, y contentando á los árabes en sus límites con un ejército que reunió confiado en la protección divina. Por todos estos motivos era muy amado de su pueblo; mas un suceso desagradable, cuyo autor fué castigado del cielo, según el mismo Santo se lo anunció, le hizo abandonar su nueva grey, retirándose al monasterio de San Juan Cabero, que el mismo había fundado, con resolución de terminar allí su vida.

Cuando moraba en este monasterio con suma paz y tranquilidad de espíritu, le fué ordenado por Dios en la oración, edificase otro dedicado al Salvador en el pueblo del Villar, y profesara en él la vida religiosa. Obedeció el Santo, y pasando á ese lugar, reconoció el sitio, levantó el monasterio, y congregando varios monges de conocida virtud, les puso por abad á Franquía, varón de eminente santidad, y los vistió el hábito benedictino. Los monges, muerto el abad, le nombraron su sucesor sin dar oído á sus excusas, y en los felicísimos días de su gobierno, fué llena de bendiciones celestiales y de personajes ilustres aquella nueva casa. Favorecióle el cielo con el don de milagros, de que hizo tantos, que se escribió de ellos un libro que se conservó depositado en aquel mismo monasterio que tanto había ilustrado con su presencia. Lleno, en fin, de virtudes, murió el 19 de Marzo de 977, á los setenta años de su edad: su cuerpo fué depositado en el oratorio de San Pedro de Cela-Nova, y después colocado solemnemente en una capilla del claustro del mismo monasterio, cuando el papa Celestino III lo puso en el catálogo de los Santos.

BREVE DEGRACION

SOBRE EL CULTO DE LOS SANTOS, Y. SUS MOTIVOS.

La gloria de los Santos es el asunto de la alabanza perpetua en que se ocupa la Iglesia, y con que al mismo tiempo que engrandece el Señor por la obra admirable que ejecuta su diestra soberana en la santificación de las almas, promueve la edificación de las que aun todavía pelean en la tierra, por cobrarse en la patria el lauro de la inmortalidad bienaventurada. Semejante la Iglesia á una madre que ve los adelantos de sus hijos y el gozo de sus gloriosas empresas con todo el interes que demanda el amor maternal, la Iglesia contempla con placer la felicidad inflexible de que disfrutan inanimablemente en el cielo los héroes del cristianismo, que no reconocen otro seno materno que el de esta virgen madre que los concibió y dió á luz en el tiempo y lugar del merecimiento, para que recogiesen sus frutos en la estancia de la paz y perpetua alegría. Así es que no separa la consideración del mérito de la del premio que ha adquirido, hallando en uno y otro aquella excelencia, propia de sus esclarecidos hijos, que los hace dignos del culto religioso que les tributa. Ella medita la sublimidad de sus virtudes, la heroicidad de sus empresas, la perfección de sus obras, el fruto logrado por la eficacia de sus ejemplos, por la virtud de sus palabras, por la sabiduría de sus escritos, por la santidad de sus instituciones; y de todo deduce el conocimiento de un mérito que se atrae nada menos que la aceptación y bendición del Dios de santidad y de sabiduría que rige los destinos de los mortales, y si castiga el vicio, premia la virtud. La santificación inmensa, que por la correspondencia á la gracia se produjo en aquellas almas, forma las delicias de su amorosa madre: Ella ve los progresos que en variedad de grados ha hecho en ellas la gracia santificante: contempla el ardor de su caridad, que como un gran incendio se ha apoderado de ellas, y alza su activa llama hasta los cielos: el crecimiento de sus virtudes, el desarrollo de los dones del Espíritu Santo, la dulzura, suavidad y fragancia de sus frutos, lo deleitable de sus bienaventuranzas, y lo precioso y rico de las gracias de que fueron adornados, y con que tanto trabajaron en bien de sus hermanos, y enagenada á la vista de una santificación tan prodigiosa, adora la mano salvadora y benéfica que los supo sacar del abismo de la miseria y de la cor-

rupcion, y formar de ellos, mediante esta santificacion, una imagen hermosísima de la Divinidad.

Tan alto mérito, santificacion tan sublime, demanda de la Iglesia los honores del culto, y ella no puede negarse á tributar á los santos los que les corresponden, á vista de esta su verdadera y propia excelencia. Pero ¿quanto mas crece lo estable de este objeto magnífico cuando contempla la alta dignidad á que este cuerpo glorioso ha sido elevado por el Dios de la Magestad que forma de él su corte, y corte de príncipes exaltados, que reinan en la patria con Dios, y el Cordero de Dios con ellos, y á quienes distingue tanto el mismo Dios y Señor soberano del cielo y de la tierra, que los apellida *Dioses* é hijos todos del Eterno? *“Yo dije: vosotros sois Dioses é hijos todos del Excelso!”* Premio digno de todo un Dios infinito, que no mira á la pequeñez de su criatura, sino á la longanidad de su corazon divino; no á la entidad de las obras del hombre, sino á la estimacion que de ellas hace su bondad; no finalmente á solo el mérito de la cooperacion del hombre, sino al inapreciable de las gracias y dones con que lo santificó, y que corona en él con la magnificencia propia de un Dios.

A tal engrandecimiento y suma dignidad corresponde el bien lleno y perfecto de que disfrutan estas almas, y que siéndoles ya propio se refunde, por explicarnos así, en propia excelencia. Ellas han conseguido la verdadera y formal bienaventuranza, que consiste en la vision intuitiva de Dios, á la cual sigue el amor beatífico con que le aman, y le aman de manera que por una dulce necesidad de amarle, no pueden ya dejar de amarle. Propiedad es tambien de la bienaventuranza esencial la impecabilidad; que sigue necesariamente al amor beatífico, y que hace verdaderamente á la alma beata, un objeto digno de nuestra veneracion y acatamiento; tanto mas, cuanto que no se los tributamos precisamente por sí mismas, ó como un objeto formal de nuestra adoracion y nuestro culto, sino por Dios, que es este objeto formal, y cuya bondad respaldase en las almas. Esta bienaventuranza esencial tiene aun otras dos propiedades que llenan y perfeccionan todo el bien que disfruta la alma, y son la perpetuidad y la inamissibilidad; por la primera entendemos que se perpetúa en ellos la bienaventuranza tan absolutamente que es eterna; mas como aun esta perpetuidad no seria un bien lleno si fuera posible perderla, viene la inamissibilidad, esto es, la imposibilidad de perderla, á redondear y perfeccionar este bien, de modo que no le queda á la alma bienaventurada cosa alguna apetecible que no tenga, ni mal, daño ó peligro de que no se vea libre y asegurada de todo punto; y esto es lo que complementa el descanso eterno, é inefable quietud en que está la alma beata, disfrutando y gozando del bien sumo que es Dios, como de un bien propio suyo que adquirió con el derecho que le dió la gracia, y que posee quieta y pacíficamente sin el mas mínimo riesgo ni temor de ser jamas turbada en su dulce posesion. Si estas propiedades fueran extrínsecas al alma, y no las tuviera como una cualidad de la bienaventuranza

que disfrutan, aun no seria esta absoluta; pero no es así: la bienaventuranza que goza es abintrínseco, ó por sí misma perpetua é inamissible; y los bienaventurados son absolutamente impecables abintrínseco, si bien no con aquella especie de impecabilidad que por sí mismo y de su misma esencia tiene Dios, ni por aquella que la humanidad de Cristo tiene por la union hipostática, y que lo hizo santo por naturaleza, sino por la vision intuitiva y amor beato de Dios, que fija y confirma á la alma en el bien, de un modo inamissible.

Parece extraña esta proposicion, al contemplar por una parte lo que es el hombre en la tierra, y por otra lo que es Dios en sí mismo, esto es, que en el hombre no se puede dar la impecabilidad ó santidad esencial, que es propia solo de la Divinidad; pero repetimos que esta impecabilidad de los bienaventurados procede, no de su propia esencia, sino de la vision de Dios y de su amor: véamos cómo. No puede haber pecado en la voluntad, sin que se dé en el entendimiento un dictamen defectuoso ó por error, ó por ignorancia, ó por inconsideracion, mediante el cual propugna á la voluntad algo digno de abrazarse ó que cese en el acto, lo cual en realidad no deba ser querido ó abrazado, por ser contrario al recto y verdadero fin, ó por declinar de esta rectitud, pues hé aquí que el entendimiento que ve á Dios claramente, no puede formar este dictamen defectuoso, porque no puede haber en él ni error ni ignorancia, supuesto que ve en Dios claramente todas las cosas que pertenecen á su perfeccion. Tampoco puede haber inconsideracion, porque la vision de Dios siempre es actual, y de tanta eficacia, que el que así ve á Dios no puede pensar ó advertir mas que al mismo Dios, y aquello que es conforme á su divina voluntad. Fuera de que el entendimiento que ve á Dios claramente, ve el sumo bien y todo cuanto bien hay, y un bien tal, que no puede dejar de ser amado. Por consiguiente no puede aprender y proponer á la voluntad como bueno, aquello que sea contra el verdadero y sumo bien que está mirando y amando necesariamente. Por último, el bienaventurado que ve á Dios, no puede querer cosa alguna que no sea según Dios y en orden al mismo Dios: luego no puede pecar. La razon de que no pueda querer sino lo que es según Dios y en orden á él, es la siguiente. Por el amor beatífico el hombre se dirige de continuo á Dios como á último fin, y se le une y adhiere inseparablemente; y al contrario, por el pecado se separa de Dios como de su último fin; es así que el adherirse á Dios y el separarse de él son acciones contrarias, que no pueden darse juntamente en el acto en un mismo sujeto; luego si está, como realmente está adherido á Dios, no puede separarse de él.

Se hará mas perceptible esta asercion, si contemplamos los dotes del alma bienaventurada, que son la vision, la comprension ó tension del bien sumo y la delectacion, los cuales corresponden á las tres virtudes teologales; la vision á la fe, la comprension á la esperanza, y la delectacion á la caridad. Dánsese estos dotes al alma bienaventurada, porque la bienaventuranza es una íntima conjun-

ción del alma con Dios, y cierto matrimonio espiritual; y así como el dote se da muchas veces á la esposa por el esposo mismo que la ama tiernamente, y con el cual trata de disponerla y adornarla convenientemente, así el Señor da estos dotes á la alma, para disponerla y hacerla capaz del gozo eterno é inefable de sí mismo. Mas no se entienda que estos dotes, ó por mejor decir, sus nombres, vision, comprensión, delectación, se toman aquí por operaciones de ver á Dios, de comprenderle, de deleitarse de él; sino por los hábitos ó cualidades que adoran y disponen al alma para esta perfecta unión; aunque si mediando estos hábitos se verifican las operaciones de esto misma, que es en lo que consiste la misma bienaventuranza y compañía del alma con Dios; de modo que como dotes son la disposición, y como operaciones son la misma bienaventuranza. Estos hábitos ó cualidades no son otra cosa que la luz de gloria y el hábito de caridad que elevan al alma á la vision y fruición de Dios. La *vision* como dote es *luz de gloria* que dispone y perfecciona al entendimiento para recibir la divina esencia en lugar de especie, y lo clarifica de tal modo, que queda libre de toda oscuridad. La comprensión, según algunos teólogos, es tambien luz de gloria en cuanto á que mantiene habitualmente la misma vision actual, mas según otros es hábito de caridad en cuanto á que abraza tan firmemente el bien sumo, que esté ya en estado de nada mas esperar, sino de poseerlo todo; y éste es el estado propio de comprensor, el cual se opone al estado de viador, que es un estado de contingencia, de esperanza y deseo. Finalmente, la delectación es hábito de caridad, en cuanto dispone para percibir la delectación beatífica.

Esta vision intuitiva no es como la vision de los ojos, ni como el discurso de la mente, ó el simple entender de nuestra inteligencia en la tierra; es una vision inefable en la cual se dá el ser vision y el ser intelectual, el ver á Dios como es en sí; pero mediante la luz de gloria y la especie con que Dios se muestra al alma. En cuanto á la comprensión, no quiere decir que el alma sea capaz de comprender á Dios, sino que lo aprende, lo tiene en aquel grado que le han merecido la gracia que se le concede y la correspondencia que ella tuvo con sus virtudes y sus obras, especialmente con su caridad. Así es que, aunque se lo da el gozo de todo un Dios infinito, no por eso lo aprende infinitamente, porque el alma no tiene una capacidad infinita; pero sí lo aprende de modo que toda quede llena en toda su capacidad, en aquel grado que le ha merecido su caridad; y estas son las mansiones de que habla el Salvador á sus Apóstoles, los grados mas ó menos sublimes de glorificación correspondientes al mayor ó menor mérito de los Santos, según lo cual habla el Apóstol de la consecución de la bienaventuranza como de una adquisición tenida por débito de justicia, en lo que no quiere decir otra cosa sino que la gracia dá al hombre derecho para la gloria, y que Dios cumple fielmente en dar como paga de justicia aquello á que de antemano dió al hombre derecho en la gracia, y que se

lo dá en aquel grado correspondiente en la aceptación divina al mérito de su criatura. No por esto el alma bienaventurada resiente menoscabo en su gozo, porque el objeto que abraza es infinito, y ella no conoce en sí sus propios límites por estar perfectamente llena y satisfecha en su toda su capacidad; de donde es tambien que no puede tener envidia de las almas que están en mas alto grado de gloria, pues la plenitud que cada una tiene en sí misma, le hace que no le quede nada que desear. La delectación complementa toda la felicidad del alma, pues es la facultad de deleitarse con el objeto mismo que vé y que abraza, y siendo este la suma bondad y perfección, la suma dulzura y suavidad, causa toda delicia en el alma bienaventurada.

Aunque lo dicho hasta aquí basta para descender al objeto para cuyo esclarecimiento hemos tocado estos puntos, hablaremos algo sobre los dotes de gloria con que es adornado el cuerpo del bienaventurado; pues mas adelantarémos de esta previa reflexión. El cuerpo del bienaventurado que ayudo á la alma á procurar su salvacion, entra con ella á la parte de los gozos de la bienaventuranza, pues redunda en él en cuanto es capaz de participar la inefable dulzura y saciedad de que disfruta el alma y tiene tambien sus dotes propios, y tales cuales corresponden al cuerpo de un comprensor.

Dote del cuerpo de un bienaventurado no es otra cosa que una cualidad sobrenatural que dimana de la alma bienaventurada al cuerpo unido á sí y plenamente sujeto. Este dote lo perfecciona y dispone á la bienaventuranza y la gloria, pues así como el alma se dispone y perfecciona por ciertos dones en orden á la conjunción con Dios, así tambien el cuerpo recibe los suyos cuando en la resurrección se une de nuevo á la alma bienaventurada. Cuatro son los dotes del cuerpo glorioso: impassibilidad, sutileza, agilidad y claridad. Por la impassibilidad se excluye del cuerpo todo padecimiento, de modo que de cuanto aquí padece á causa de su corrupción, esto es de su corruptibilidad, se ve exento en la gloria por toda la eternidad. La sutileza es una cualidad que hace al cuerpo capaz de penetrarse por otro cuerpo, sin tener ó experimentar en sí descomposición ó ruptura. Por la agilidad se hace el cuerpo extremadamente movable, de modo que puede vencer en breves espacios inmensos. Finalmente, la claridad lo hace luminoso y diáfano, semejante al cristal, para que en él aparezca su admirable organización interior.

Reconocemos tambien en los bienaventurados dos especies de coronas, de las cuales la principal es el premio esencial que reciben, y se llama corona *aurea*, y la otra, llamada *aureola*, es el premio accidental, que es un gozo accidental de una victoria excelente. La *aurea*, ó premio esencial, corresponde á la victoria comun que alcanzan los justos en fuerzas de la caridad. De la *aureola* distinguimos tres clases; la de los mártires, la de los doctores, la de los virgenes, lograndola los que pertenecen respectiva-

mente á estas clases, sean hombres ó mugeres; y aunque este premio se recibe en la alma, redundá tambien en el cuerpo por cierto esplendor que lo distingue.

Mucho tendríamos aún que decir sobre la gloria del alma y del cuerpo de un bienaventurado, y especialmente de aquellos que han sobresalido por una santidad extraordinaria; pero lo dicho basta para que venganos ya á nuestro objeto. ¿Y cuál es este? Conocer de un modo mas especial y reflexivo la justicia con que la Iglesia rinde á los Santos el culto público que les tributa. Hemos visto la especial y propia excelencia de los Santos, ya en su mérito, y ya en el premio con que el Señor los decora y perfecciona; y esta contemplacion nos los coloca en aquel grado eminentísimo en que los adoratamos acreedores á nuestro respeto, á nuestra veneracion, á nuestro culto religioso; en una palabra, á nuestra adoracion.

Para entender esto debidamente, hemos de distinguir entre la adoracion que tributamos á Dios, y la que rendimos á sus Santos; pues la diferencia entre una y otra es inmensa. Adoramos á Dios por sí mismo, como á nuestro primer principio y último fin, nuestro Dios, nuestro Rey, nuestro Señor, nuestro Criador, Redentor, Justificador y Remunerador, de quien todo depende, y sin quien nada se hizo, reconociendo su infinita excelencia, suma bondad y perfeccion; excelencia, bondad y perfeccion que por sí mismo tienen recibirla de nadie, como un ser supremo, soberano independiente, que por sí mismo existe, y que es infinito, eterno, inmenso, incomprendible, y que siendo un ser purísimo y simplicísimo, tiene en sí esencialmente infinitas perfecciones; y cada una de ellas infinitamente infinita. Bajo de esta inteligencia le tributamos un culto absoluto y una adoracion ilimitada, que llamamos de *Latria*: lo ofrecemos sacrificios, le erigimos altares y templos, lo invocamos y alabamos por sí mismo, nos le consagramos y nos le sacrificamos por la penitencia, la austeridad de vida y el martirio. Mas no así con respecto á los Santos.

Es verdad que el culto que les tributamos no es solamente un culto relativo, sino que se los rendimos por su propia excelencia; pero reconociendo que esta excelencia no la tienen de sí mismos, sino que la recibieron y participan de Dios, fuente única de toda bondad, de quien se deriva á sus criaturas, y de quien ellas han tenido desde el ser natural hasta la última perfeccion sobrenatural. Así es que la adoracion que les tributamos, aunque en las acciones exteriores del cuerpo y en el ejercicio interior del alma sea idéntica á la que rendimos á Dios, no lo es en lo estimacion y concepto; sino que distan infinitamente una de otra, y tanto cuanto dista el Criador de la criatura. Jamas atribuímos á la criatura lo que es propio del Criador; pues bien conocemos que aunque haya llegado á una eminentísima santidad, y ésta haya sido premiada con la gloria mas sublime, no es mas que criatura de Dios. Celebramos á honra suya el sacrificio de la misa; pero este sacrificio se ofrece á Dios, no al Santo: erigimos templos á honra de los Santos, y aun

bajo su título ó nombre; pero la dedicacion y consagracion del templo directamente se hace á Dios, y solo cede en honra del Santo el que haya un templo bajo su título, y en que se le celebre especialmente. Oramos á Dios, y oramos á los Santos; mas á Dios oramos como á nuestro soberano dueño, y dueño de los dones que le pedimos nos dé ó conceda; y á los Santos oramos como á interesados nuestros, para que interpongan sus méritos y ruegos con nuestro Dios, á fin de que nos conceda lo que le pedimos. Finalmente, adoramos las reliquias ó imágenes de los Santos; pero sin sacarlas de su esfera; y les rendimos el culto mismo que debemos á ellas, que fueron templos vivos de Dios. Si la excelencia de los Santos hubiera sido puramente humana, ó del orden político y civil, los honraríamos con un culto civil; mas siendo, como es, espiritual, sagrada, mística, divina, los honramos con culto religioso, que llamamos de *Dulia*, á diferencia del culto de *Latria* con que honramos á Dios.

Al asignar esta diferencia entre culto y culto, debemos habernos convencido mas de la justicia con que honramos y veneramos á los Santos; pues así como hemos visto que Dios merece nuestro culto por la excelencia infinita en que excede á todos los Santos y á todo lo criado, así debemos ver tambien que los Santos merecen nuestro culto por la excelencia con que nos exceden á nosotros, que tan inferiores les somos, y que tanto distamos de la eminencia de su santidad y del cúmulo de gloria con que el Señor los ha premiado y sublimado. Por último, la gratitud exige de nosotros que los honremos; pues les somos deudores del ejemplo con que nos edifican y de la intercesion con que nos benefician.

NOMIA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL TOMO PRIMERO.

RAL DE BIBLIOTECAS

INDIGE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

ENERO.		PÁG.
DIA 1 ^o	— La Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo.	3
	Meditación.—Sobre la voluntad que tiene Dios de salvar á todos los hombres.	6
	Lección.—Sobre el conocimiento de Dios.	7
DIA 2 ^o	— San Martiniano mártir.	9
	San Macario de Alejandria.	9
	Meditación.—Sobre la fortaleza de los mártires.	12
	Lección.—Sobre el estudio de la religion.	13
DIA 3 ^o	— Santa Genoveva virgen.	14
	Meditación.—Sobre el no dilatar la conversion.	16
	Lección.—Sobre la necesidad de una religion.	18
DIA 4 ^o	— San Tito obispo.	19
	San Prisciliano mártir.	20
	San Simeon Silita.	1b.
	Meditación.—Sobre los trabajos de la vida humana.	23
	Lección.—Sobre la necesidad de la revelacion.	25
DIA 5 ^o	— La vigilia de la Epifania.	26
	San Hilario, papa.	28
	Meditación.—Sobre la preparacion para celebrar las grandes fiestas.	29
	Lección.—Sobre la existencia de la revelacion.	31
DIA 6 ^o	— La Epifania del Señor o adoracion de los Santos Reyes.	33
	Meditación.—Sobre la adoracion de los magos.	37
	Lección.—Sobre la verdad y la divinidad de la religion judaica.	39
DIA 7 ^o	— San Luctano mártir.	41
	Meditación.—Sobre la grandezza de Cristo en su misma humillacion.	43
	Lección.—Sobre la verdad y divinidad de la religion cristiana.	44
DIA 8 ^o	— San Teófilo diácono.	46
	San Apolinar obispo.	1b.
	San Luciano mártir.	47
	Meditación.—Sobre la necesidad de acreditar con las obras nuestra fé.	48
	Lección.—Sobre la evidencia de la religion cristiana.	50

DIA 9 ^o	— San Julian mártir.	52
	Meditación.—Sobre los actos de religion con que debemos honrar á Dios.	54
	Lección.—Sobre las santas Escrituras.	56
DIA 10 ^o	— San Gonzalo de Amarante.	55
	San Nicanor diácono.	60
	Meditación.—Sobre no seguir otra guia que la luz del Evangelio.	61
	Lección.—Sobre la fé.	62
DIA 11 ^o	— San Higinio papa y mártir.	64
	Meditación.—Sobre la resistencia á la divina gracia.	65
	Lección.—Sobre la vida segun la fé.	67
DIA 12 ^o	— San Arcadio mártir.	68
	Meditación.—Sobre la conducta de Dios.	70
	Lección.—Sobre el amor á las verdades que la fé nos enseña.	71
DIA 13 ^o	— Octava de la Epifania.	74
	San Gumesindo presbitero.	76
	Meditación.—Sobre la divinidad de Jesucristo.	77
	Lección.—Sobre el Credo y la profesion de la fé.	79
DIA 14 ^o	— San Hilario obispo.	81
	Meditación.—Sobre la esencia de la fé.	84
	Lección.—Sobre la primera parte del Credo.	85
DIA 15 ^o	— San Pablo, primer ermitaño.	88
	Meditación.—Sobre la dulzura de la virtud.	91
	Lección.—La existencia de Dios, probada por el admirable espectáculo de la naturaleza.	92
DIA 16 ^o	— San Marcelo papa y mártir.	95
	Meditación.—De la importancia de la salvacion.	97
	Lección.—Sobre la unidad de Dios.	98
DIA 17 ^o	— San Antonio, abad.	100
	Meditación.—Sobre las tentaciones.	103
	Lección.—Sobre el Misterio Augusto de la Santísima Trinidad.	104
DIA 18 ^o	— La Cátedra de San Pedro en Roma.	106
	Santa Prisca, virgen.	109
	Meditación.—Sobre la confesion de la fé.	110
	Lección.—Continúa la autorior sobre el Misterio Altísimo de la Trinidad Divina.	112
DIA 19 ^o	— San Canuto, rey de Dinamarca, mártir.	114
	Meditación.—Sobre que el cristiano debe vivir mortificado.	117
	Lección.—Sobre la naturaleza de Dios, su eternidad é inmensidad.	118
DIA 20 ^o	— San Fabian mártir.	120
	San Sebastian mártir.	121
	Meditación.—Sobre la obediencia que debemos á Dios.	124
	Lección.—Sobre las perfecciones divinas, sabiduria y omnipotencia.	125

DI 21.— <i>Santa Inés, virgen y mártir</i>	129
<i>Meditación.—Sobre la rehenencia del amor divino.</i> ..	131
<i>Lección.—Sobre la santidad, bondad y otros atributos de Dios</i>	132
DI 22.— <i>San Anastasio mártir</i>	136
<i>San Vicente, mártir</i>	138
<i>Meditación.—Sobre la confianza en Dios</i>	140
<i>Lección.—Sobre la creación del cielo y la tierra</i>	141
DI 23.— <i>San Jildefonso, arzobispo de Toledo</i>	145
<i>Meditación.—Sobre la necesidad de las buenas obras</i> ..	148
<i>Lección.—Continúa la anterior sobre los ángeles</i> ..	149
DI 24.— <i>Nuestra Señora de la Paz</i>	151
<i>San Timoteo</i>	154
<i>Meditación.—Sobre la paz interior del alma</i>	156
<i>Lección.—Sobre la creación del hombre</i>	157
DI 25.— <i>La conversión de San Pablo</i>	160
<i>Meditación.—Sobre la misericordia de Dios</i>	164
<i>Lección.—Sobre el dogma del pecado original</i>	165
DI 26.— <i>San Policarpo, obispo y mártir</i>	169
<i>Santa Paula, viuda</i>	171
<i>Meditación.—Sobre el aliento en defender la fe de Cristo</i>	173
<i>Lección.—Sobre la segunda parte del Credo.—Credo en Jesucristo</i>	174
DI 27.— <i>San Juan Crisostomo</i>	177
<i>Meditación.—Sobre el provecho que nos traen las persecuciones del mundo</i>	181
<i>Lección.—Continúa la anterior sobre la divinidad de Jesucristo</i>	182
DI 28.— <i>San Tirso, mártir</i>	186
<i>San Julian, obispo</i>	187
<i>Meditación.—Sobre la observancia del amor de Dios y del prójimo</i>	189
<i>Lección.—Sobre el misterio de la redención del género humano</i>	190
DI 29.— <i>San Francisco de Sales</i>	194
<i>San Valerio, obispo</i>	198
<i>Meditación.—Sobre la humildad y mansedumbre</i> ..	199
<i>Lección.—Sobre que Dios prometió en Mesías ó un Salvador del linaje humano</i>	201
DI 30.— <i>Santa Martina, virgen y mártir</i>	204
<i>Meditación.—Sobre la dicha de dar la vida por Jesucristo</i>	205
<i>Lección.—Jesucristo es el Mesías prometido</i>	206
DI 31.— <i>San Pedro Nolasco, fundador</i>	211
<i>Meditación.—Sobre el amor al prójimo</i>	214
<i>Lección.—Continúa la anterior</i>	215

SUPLEMENTO.

DI 15.— <i>San Mauro, abad</i>	220
DI 21.— <i>San Fructuoso, obispo y mártir</i>	221
DI 25.— <i>San Juvenio, y San Máximo mártires</i>	222

FEBRERO.

DI 1. ^o — <i>San Ignacio, mártir</i>	224
<i>Meditación.—Sobre las inspiraciones divinas</i>	226
<i>Lección.—Sobre el tercer artículo del simbolo de los Apóstoles</i>	228
DI 2.— <i>La Purificación de Nuestra Señora</i>	232
<i>Meditación.—Sobre la humildad de la Santísima Virgen en su purificación</i>	236
<i>Lección.—Sobre la conveniencia de la Encarnación del Verbo Divino</i>	237
DI 3.— <i>San Blas, obispo y mártir</i>	241
<i>Meditación.—Sobre la protección que nos dispensan los Santos</i>	244
<i>Lección.—Sobre la necesidad de la Encarnación del Divino Verbo</i>	245
DI 4.— <i>San Andras Corsino</i>	250
<i>Meditación.—Sobre la fuga de las ocasiones y de las malas compañías</i>	252
<i>Lección.—Sobre el motivo de la Encarnación, y en que consista esta</i>	253
DI 5.— <i>San Felipe de Jesus, y sus compañeros, protomártires del Japon</i>	257
<i>Meditación.—Sobre la fidelidad y la magnanimidad de los mártires</i>	263
<i>Lección.—Sobre la esencia de la Encarnación del Divino Verbo</i>	264
DI 6.— <i>Santa Dacota, virgen y mártir</i>	268
<i>Meditación.—Sobre el bien inestimable que encierra nuestra fe</i>	270
<i>Lección.—Concluye la anterior sobre la esencia de la Encarnación del divino Verbo</i>	271
DI 7.— <i>San Romualdo, abad</i>	275
<i>Meditación.—Sobre la excelencia de la vida monástica</i>	279
<i>Lección.—Sobre la causa moral de la Encarnación</i>	279
DI 8.— <i>San Juan de Mata</i>	283
<i>Meditación.—Sobre el abuso que hacemos de las gracias de Dios</i>	285
<i>Lección.—Sobre la causa física de la Encarnación</i>	286
DI 9.— <i>Santa Apolonia, virgen y mártir</i>	289
<i>Meditación.—Sobre el propio desprecio</i>	291
<i>Lección.—Sobre la realidad del cuerpo que tomó el Divino Verbo</i>	292

DIA 10.—San Guillermo.....	295
Meditación.—Sobre la penitencia.....	297
Lección.—Sobre el orden y modo de la ascension de la humanidad al Verbo, ó lo que es lo mismo, la Concepcion de Cristo.....	298
DIA 11.—San Severino, abad.....	301
Meditación.—Sobre la penitencia.....	304
Lección.—Sobre la devocion al sacrosanto misterio de la Encarnacion.....	306
DIA 12.—Santa Eulalia, virgen y mártir.....	309
Meditación.—Sobre el aborrecimiento del mundo.....	310
Lección.—Sobre el nacimiento de Cristo Señor nuestro.....	312
DIA 13.—San Benigno, mártir.....	315
Santa Catalina, de Ricci.....	316
Meditación.—Sobre el buen empleo del tiempo.....	319
Lección.—Sobre la pasion de Cristo Señor nuestro.....	320
DIA 14.—San Valentin, presbítero y mártir.....	324
Meditación.—Sobre los daños que causa la avaricia.....	326
Lección.—Continúa la materia sobre la pasion de Cristo.....	327
DIA 15.—Santos Eustasio y Jonita, mártires.....	330
Meditación.—Sobre la disposicion para la muerte.....	333
Lección.—Continúa la pasion de Jesus.....	334
DIA 16.—San Onesimo.....	338
Meditación.—Sobre los efectos del amor que Dios tiene á los pecadores.....	340
Lección.—Continúa la anterior sobre la pasion de Jesucristo.....	341
DIA 17.—San Tróvulo, y sus compañeros, mártires.....	345
Meditación.—Sobre la utilidad y necesidad de las tentaciones.....	347
Lección.—Continúa la anterior.....	349
DIA 18.—San Simeon, obispo de Jerusalem, mártir.....	353
Meditación.—Sobre el dominio de Dios sobre nosotros.....	355
Lección.—Continúa la anterior.....	356
DIA 19.—San Gabino, presbítero y mártir.....	360
Meditación.—Sobre las preeminencias de la humildad.....	363
Lección.—Continúa la anterior.....	364
DIA 20.—San Eleuterio, obispo de Tournay, mártir.....	368
Meditación.—Sobre la fidelidad á la gracia.....	370
Lección.—Sobre la muerte de Cristo.....	372
DIA 21.—San Severano, obispo y mártir.....	375
Meditación.—Sobre la imitacion de Jesucristo.....	377
Lección.—Sobre la sepultura del cuerpo de Cristo y descenso de su alma á los infiernos.....	378
DIA 22.—Santa Margarita, de Cortona.....	382
Meditación.—Sobre cómo venga Dios el pecado mortal.....	386
Lección.—Sobre la causa de la pasion y muerte de	

Cristo.....	387
DIA 23.—San Florencio, confesor.....	391
San Pedro Damiano.....	392
Meditación.—Sobre la resignacion á la voluntad de Dios.....	396
Lección.—Sobre la resurreccion de nuestro Señor Jesucristo.....	379
DIA 24.—San Matias, Apóstol.....	402
Meditación.—Del fin del hombre.....	405
Lección.—Jesucristo resucitó segun las Escrituras.....	407
DIA 25.—El beato Sebastian de Aparicio.....	411
Meditación.—Sobre la liberalidad con que Dios recompensa nuestros servicios.....	416
Lección.—Continúan las pruebas de la resurreccion de Jesucristo.....	418
DIA 26.—San Porfirio, obispo y confesor.....	422
Meditación.—Sobre las falsas máximas del mundo.....	425
Lección.—La resurreccion de Jesucristo es una de las pruebas mas terminantes de la verdad de nuestra religion.....	427
DIA 27.—San Leandro, arzobispo de Sevilla.....	432
Meditación.—Sobre la necesidad de la penitencia para salvarse.....	434
Lección.—Sobre la gloria y las ventajas de la resurreccion de Cristo.....	436
DIA 28.—San Roman, abad.....	440
Meditación.—Sobre que nuestra dicha consiste en servir á Dios.....	443
Lección.—Sobre la sexta parte del Credo.—Subió á los cielos.....	444
DIA 29.—La traslacion del cuerpo de San Agustín.....	448
Meditación.—Sobre el juicio particular.....	450
Lección.—Sobre el reino de Jesucristo con respecto á la Iglesia militante.....	452

SUPLEMENTO.

DIA 9.—Santa Petronila, virgen.....	457
DIA 16.—Santa Juliana, virgen y mártir.....	460
DIA 17.—San Remulo, mártir.....	461
DIA 24.—San Modesto, obispo de Tréveris.....	461
DIA 25.—San Cesario, confesor.....	463
DIA 26.—San Nestor, obispo y mártir.....	466
MARZO.	
DIA 1º.—San Albino, obispo.....	468
Meditación.—Sobre los funestos efectos del amor propio.....	470

	<i>Leccion.—Jesucristo está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso</i>	472
DIA 2.	<i>San Pablo, mártir</i>	476
	<i>San Simplicio, papa</i>	Ib.
	<i>Meditación.—Sobre el buen uso de las adversidades</i>	480
	<i>Leccion.—Sobre las causas de la subida de Cristo á los cielos</i>	481
DIA 3.	<i>Santos Emeterio y Celonio, mártires</i>	485
	<i>Meditación.—Sobre los falsos atractivos que usa el diablo para engañarnos</i>	488
	<i>Leccion.—Sobre las ventajas de la ascension del Señor</i>	490
DIA 4.	<i>San Casimiro, confesor, príncipe de Polonia</i>	494
	<i>Meditación.—Sobre la desconfianza de sí mismo, y confianza en Dios</i>	497
	<i>Leccion.—Sobre las cualidades de Jesucristo</i>	499
DIA 5.	<i>San Eusebio, presbítero</i>	503
	<i>Meditación.—Sobre la sinceridad de la penitencia y un buen propósito</i>	506
	<i>Leccion.—Sobre las cualidades de Jesucristo en orden á los hombres</i>	508
DIA 6.	<i>San Victor, mártir</i>	513
	<i>Santa Coleta, vírgen</i>	Ib.
	<i>Meditación.—Sobre la desdicha de morir en pecado</i>	517
	<i>Leccion.—Sobre las demas cualidades de Jesucristo en orden á los hombres</i>	519
DIA 7.	<i>Santo Tomas de Aquino, doctor</i>	524
	<i>Meditación.—Sobre la eternidad de Dios</i>	529
	<i>Leccion.—Concluye la anterior</i>	531
DIA 8.	<i>San Jun de Dios, fundador de los hermanos de la caridad</i>	536
	<i>Meditación.—Sobre la imitación de Cristo en la humillacion y la paciencia</i>	541
	<i>Leccion.—Sobre la séptima parte del Credo.—De la segunda venida de Jesucristo á la tierra</i>	543
DIA 9.	<i>Santa Francisca, vídua, fundadora de las colatinas</i>	547
	<i>Meditación.—Sobre la miseria y desolacion de un pecador</i>	550
	<i>Leccion.—Sobre el Juicio particular</i>	552
DIA 10.	<i>San Macario, obispo de Jerusalem</i>	556
	<i>Meditación.—Sobre la penitencia</i>	559
	<i>Leccion.—Sobre el fin del mundo, y señales que precederán al juicio universal</i>	561
DIA 11.	<i>San Eulogio, presbítero y mártir</i>	566
	<i>Meditación.—Sobre el juicio final y sentencia de los condenados</i>	568
	<i>Leccion.—Sobre el juicio universal</i>	570
DIA 12.	<i>San Gregorio Magno, papa y confesor</i>	573
	<i>Meditación.—Sobre el vencimiento de los obstáculos para prócurar nuestra salvacion</i>	577

690	<i>Leccion.—Continúa la materia de la anterior.—Última sententia</i>	579
DIA 13.	<i>San Rodrigo, mártir</i>	584
	<i>Santa Eufrasia, vírgen</i>	585
	<i>Meditación.—Sobre los males que tras al pecador el estado de prosperidad</i>	588
DIA 14.	<i>Santa Matilde, reina de Alemania</i>	590
	<i>Meditación.—Sobre las causas del juicio final</i>	595
	<i>Meditación.—Sobre el sumo mal que en sí encierra la libezza</i>	598
	<i>Leccion.—Continúa la anterior</i>	600
DIA 15.	<i>San Longinos, mártir</i>	605
	<i>Meditación.—Sobre la facilidad y seguridad de llamar á Dios, quando se le busca de veras</i>	607
	<i>Leccion.—Sobre el infierno</i>	609
DIA 16.	<i>San Abraham, eremita</i>	612
	<i>Meditación.—Sobre el desasimiento del mundo y de nosotros mismos</i>	616
	<i>Leccion.—Sobre la eternidad de las penas del infierno</i>	617
DIA 17.	<i>San Patricio, obispo y confesor</i>	621
	<i>Meditación.—Sobre el aprecio que debemos hacer de nuestra alma</i>	624
	<i>Leccion.—Sobre la justicia con que Dios castiga á los réprobos en el infierno</i>	626
DIA 18.	<i>San Gabriel Arcángel</i>	630
	<i>Meditación.—Sobre la excelencia de la virtud de la castidad</i>	633
	<i>Leccion.—Sobre la octava parte del Credo.—Creo en el Espíritu Santo</i>	635
DIA 19.	<i>El santísimo Patriarca Señor San José, Esposo de tu Madre de Dios</i>	640
	<i>Meditación.—Sobre la necesidad de la mortificacion</i>	645
	<i>Leccion.—Sobre la divinidad del Espíritu Santo</i>	647
DIA 20.	<i>Santa Eufemia, mártir</i>	652
	<i>San Cuberto, obispo y confesor</i>	Ib.
	<i>Meditación.—Sobre la necesidad de la penitencia</i>	656
	<i>Leccion.—El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo</i>	652
DIA 21.	<i>San Benito Abad, patriarca de los monges de Occidente</i>	666
	<i>Meditación.—Sobre la luz de la gracia</i>	667
	<i>Leccion.—Sobre los diversos nombres del Espíritu Santo</i>	669
DIA 22.	<i>San Octaviano y muchos miles de mártires en Africa</i>	674
	<i>Santa Catarina de Suecia</i>	Ib.
	<i>Meditación.—Sobre la pereza</i>	678
	<i>Leccion.—El Espíritu Santo habita en los justos, y</i>	

	ca la vida de sus almas.....	680
DIA 23.	—San Victoriano, procónsul de Africa, y sus compañeros mártires.....	684
	Meditación.—Sobre el recogimiento interior del espíritu.....	687
	Lección.—Sobre los dones del Espíritu Santo. Del temor de Dios.....	689
DIA 24.	—San Epigenia, presbítero y mártir.....	692
	Meditación.—Sobre el fervor del espíritu.....	Ib.
	Lección.—Sobre los dones del Espíritu Santo.....	694
DIA 25.	—La Encarnación del Divino Verbo.....	699
	San Dimas, ó el santo buen ladrón.....	706
	Meditación.—Sobre el misterio del día.....	709
	Lección.—Concluyen los dones del Espíritu Santo.....	712
DIA 26.	—San Cástulo, mártir.....	716
	San Braulio, obispo y confesor.....	718
	Meditación.—Sobre la grandeza de Dios y nuestra pequeñez.....	721
	Lección.—Sobre los frutos del Espíritu Santo.....	724
DIA 27.	—San Ruperto, obispo.....	728
	Meditación.—Sobre las pasiones que ocasionan la deshonestidad.....	731
	Lección.—Sobre los frutos del Espíritu Santo.....	733
DIA 28.	—San Sixto III, papa.....	738
	Meditación.—Sobre la necesidad de la oración para que nuestra fe no se debilite.....	740
	Lección.—Sobre los frutos del Espíritu Santo.....	742
DIA 29.	—San Anastasio, abad.....	746
	Meditación.—Sobre la verdadera prueba del amor que debemos á Dios.....	749
	Lección.—Sobre la venida del Espíritu Santo.....	751
DIA 30.	—San Juan Crisostomo, abad.....	756
	Meditación.—Sobre los caracteres de la verdadera caridad.....	759
	Lección.—Sobre la predicación de los Apóstoles y el establecimiento de la religión cristiana.....	761
DIA 31.	—San Felice y San Benjamín, diáconos, mártires.....	765
	Meditación.—Sobre la dignidad de un cristiano.....	768
	Lección.—Sobre la nona parte del Credo.—La santa Iglesia católica, la comunión de los santos.....	770

SUPLEMENTO.

DIA 1.º	—San Rosendo.....	775
	Breve digresion sobre el culto de los santos, y sus motivos... 777	

